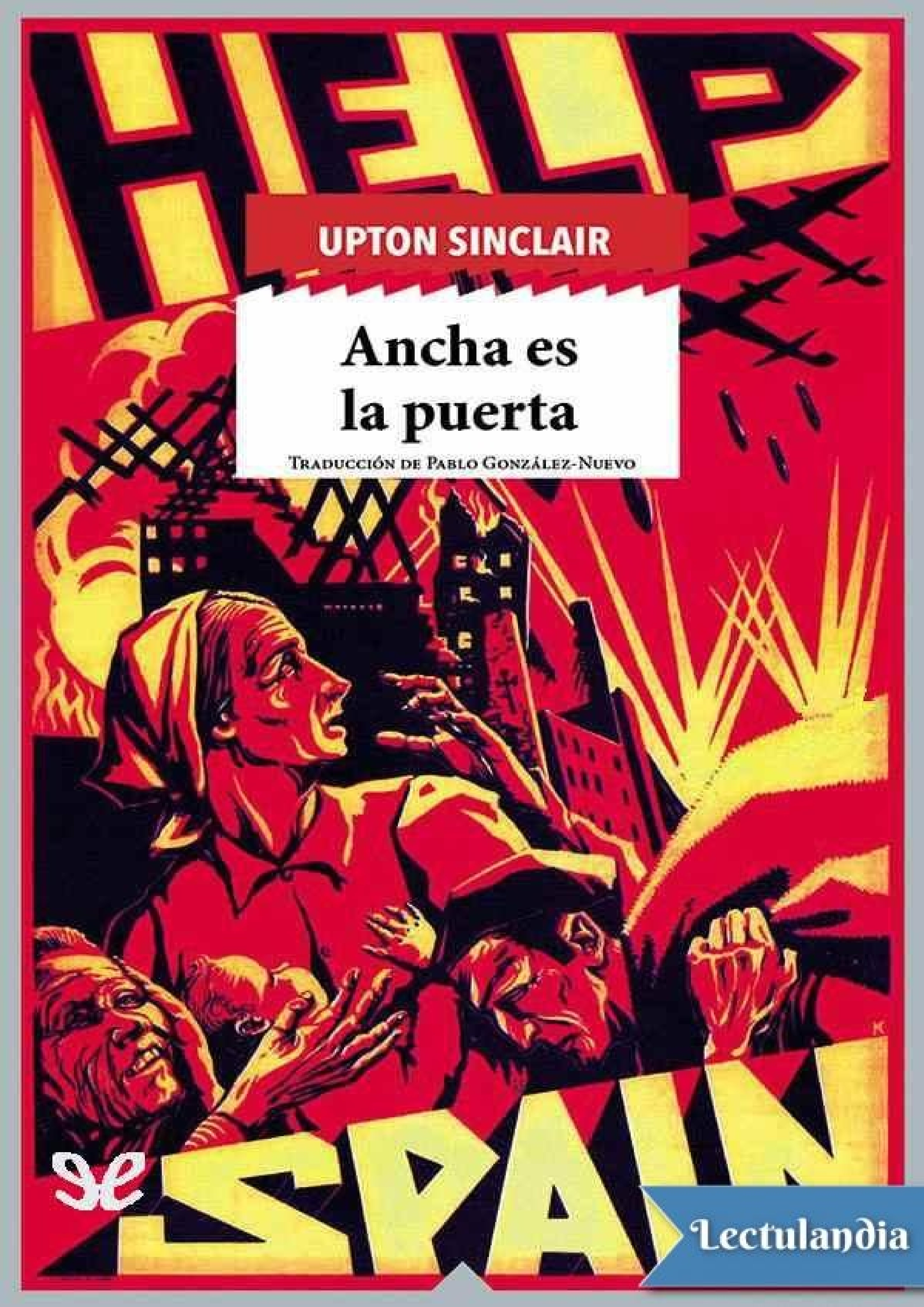

HELP
UPTON SINCLAIR
Ancha es
la puerta
Traducción de Pablo González-Nuevo
SPAIN
Lectulandia

Lanny Budd, ¡ay, nuestro Lanny Budd! El hijo ilegítimo de uno de los mayores fabricantes mundiales de armas acaba de salir de las mazmorras de la Gestapo. A pesar de su fachada de frívolo *playboy*, el señorito Budd ha pagado un alto precio por sus amistades con artistas judíos e izquierdistas.

Y es que corren tiempos inciertos en Europa. La Alemania hitleriana se ha anexionado Austria y la Italia de Mussolini se pasea victoriosa por Abisinia. Francia y Gran Bretaña no osan hacer frente a la beligerancia de nazis y fascistas por temor a un conflicto armado continental, de modo que cuando los militares africanistas dan un golpe de Estado contra la República española, ni siquiera el Gobierno del socialista Leon Blum se atreve a romper el Pacto de No Intervención.

Pero Lanny Budd, el esposo de la heredera más codiciada de los Estados Unidos, ve, al igual que tantos otros, que esta será la primera escaramuza de una nueva guerra mundial. Así pues, oculto tras su condición de marchante de arte, el dandi americano no duda en entrar en España al tiempo que la primera Brigada Internacional desfila por la madrileña calle de Atocha. Hay que conseguir fondos con los que comprar armas para la República: «*Des avions pour l'Espagne!*».

Upton Sinclair

Ancha es la puerta

Lanny Budd - 4

ePub r1.0
Titivillus 30.10.2021

Título original: *Wide is the Gate*
Upton Sinclair, 1943
Traducción: Pablo González-Nuevo, 2018
Diseño de cubierta: *Republican propaganda poster during the Spanish Civil War 1936-1939, World History Archive / Alamy Stock Photo*

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1


Índice de contenido

Cubierta

Ancha es la puerta

Libro uno - En las fauces del león
1 - Polvo al polvo
I
II
III
IV
V
VI
VII
VIII
IX
X
2 - Indoctus Pauperiem Pati
I
II
III
IV
V
VI
VII
VIII
IX
X
XI
XII
3 - Un joven casado
I
II
III
IV
V
VI
VII
VIII
IX
X
XI
XII
4 - Cuando el deber susurra
I
II
III
IV
V

VI
VII
VIII
IX

Libro dos - Un trueno escondido
5 - Des Todes Eigen
I
II
III
IV
V
VI
VII
VIII
IX
X
XI
6 - En la cima del mundo
I
II
III
IV
V
VI
VII
VIII
IX
X
XI
XII
XIII
XIV
7 - Espíritus de hombres justos
I
II
III
IV
V
VI
VII
VIII
IX
X
XI
XII
XIII
8 - Negras tormentas agitan los aires
I
II
III
IV
V
VI

VII
VIII
IX
X
XI
XII
9 - La forma del peligro
I
II
III
IV
V
VI
VII
VIII
IX
X
XI
XII

Libro tres - Lo peor aún está por llegar
10 - La cabeza que lleva la corona
I
II
III
IV
V
VI
VII
VIII
IX
X
11 - Adiós a todos los miedos
I
II
III
IV
V
VI
VII
VIII
IX
X
XI
XII
12 - La peligrosa periferia de la batalla
I
II
III
IV
V
VI
VII
VIII

IX
X
XI
XII
13 - Una antorcha celeste
I
II
III
IV
V
VI
VII
VIII
IX
X
XI
XII

Libro cuatro - La verdad para siempre en el cadalso
14 - Cuando los dos nos separamos
I
II
III
IV
V
VI
VII
VIII
IX
X
XI
15 - ¿Es necesario llorar?
I
II
III
IV
V
VI
VII
VIII
IX
X
XI
XII
16 - La supervivencia del más apto
I
II
III
IV
V
VI
VII
VIII
IX

X
XI
XII
XIII
XIV
17 - Una corona estéril
I
II
III
IV
V
VI
VII
VIII
IX
X
XI
XII

Libro cinco - Una marea en los asuntos de los hombres
18 - Los miedos de los valientes
I
II
III
IV
V
VI
VII
VIII
IX
X
XI
XII
XIII
19 - Donde los hombres se corrompen
I
II
III
IV
V
VI
VII
VIII
IX
X
XI
XII
XIII
XIV
20 - Desastroso crepúsculo
I
II
III
IV

V
VI
VII
VIII
IX
X
XI
XII
XIII
XIV
XV
21 - El azar de la suerte
I
II
III
IV
V
VI
VII
VIII
IX
X
XI
XII
XIII
XIV

Libro seis - De la masacre al trono
22 - Guárdate el dinero en el bolsillo
I
II
III
IV
V
VI
VII
VIII
IX
X
XI
23 - Sic Transit Gloria
I
II
III
IV
V
VI
VII
VIII
IX
X
XI
24 - La verdadera fe de un armero
I

II
III
IV
V
VI
VII
VIII
IX
X
XI
XII
XIII
XIV
25 - O Freude, habe Acht!
I
II
III
IV
V
VI
VII
VIII
IX
X
XI
XII

Libro siete - El látigo del verdugo
26 - Y abundaban los peligros
I
II
III
IV
V
VI
VII
VIII
IX
X
XI
XII
XIII
27 - El camino hacia el polvo de la muerte
I
II
III
IV
V
VI
VII
VIII
IX
X
XI

XII
XIII
XIV
28 - Si el dinero va delante
I
II
III
IV
V
VI
VII
VIII
IX
X
XI
XII

Libro ocho - El mundo palideció
29 - Ejércitos ignorantes
I
II
III
IV
V
VI
VII
VIII
IX
X
XI
XII
XIII
XIV
XV
30 - Mi vida en manos del azar
I
II
III
IV
V
VI
VII
VIII
IX
X
XI
XII
XIII
31 - Deja que lo toque
I
II
III
IV
V

VI
VII
VIII
IX
X
32 - ¡Y ganar o perderlo todo!
I
II
III
IV
V
VI
VII
VIII
IX
X
XI

Sobre el autor

Notas

A mis millones de amigos en la Unión Soviética que, durante la escritura de este libro, han estado defendiendo nuestra causa común.

«Ancha es la puerta y vasta es la senda que conduce a la destrucción».

Mateo 7,13-14

LIBRO UNO
EN LAS FAUCES DEL LEÓN

1
POLVO AL POLVO

I

Freddi no hubiera querido funerales pomposos ni llantos desconsolados por su cuerpo destrozado, pero los funerales no son para los muertos sino para los vivos. He aquí su devota madre judía, envejecida por la desgracia más que por el paso de los años, víctima del horror antes que de la tristeza. Las calamidades que habían golpeado a su familia y a su raza no podían ser meros accidentes, tenía que haber una causa para tanto dolor. Alguien había actuado indebidamente, y ¿qué podía ser si no el haberse apartado de los antiguos dictados de su fe desatando la ira del Dios más celoso, capaz de castigar a los hijos por los pecados de los padres hasta la tercera y la cuarta generación de descendientes de aquellos que le deshonraron? Era Yavé, Dios de los Ejércitos, el Todopoderoso, el Terrible y Atronador a lo largo de los siglos. Reconoce, pues, y ve cuán malo y amargo es haber olvidado a Jehová, tu Dios, y no tener temor de mí, dijo el Señor, Jehová de los ejércitos[1].

El Dios y Señor de los Ejércitos le había dado a Leah Robin —anteriormente Rabinowich— un marido y dos hijos esbeltos, a estos les había concedido dos bellas esposas, y a uno de ellos un hijo. Bendiciones impagables todas ellas. Sin embargo el marido, los hijos y las nueras habían osado desafiar las Leyes y a los Profetas autoproclamándose «modernos» y parloteando acerca de «reformas», alardeando de poder decidir por sí mismos lo que es bueno y adecuado sin tener en cuenta los mandamientos que el Señor Dios de Israel les había entregado en sus libros sagrados. La madre, aun con el alma llena de congoja, había consentido y, dejándose arrastrar con tal de mantener unida a

la familia y evitar desavenencias, había sido testigo de cómo, una tras otra, las más antiguas costumbres eran ignoradas y olvidadas en su propio hogar.

El Todopoderoso, implacable, había esperado, pues esa era su manera de proceder. El Señor Jehová es tardo para la ira y grande en poder y no tendrá por inocente al culpable. Jehová marcha en la tempestad y el torbellino y las nubes son el polvo que levantan sus pies. Él amenaza al mar y lo hace secar y agosta todos los ríos… Los montes tiemblan ante él y los collados se derriten; la tierra se conmueve en su presencia y también el mundo y todos los que en él habitan. ¿Quién soportará erguido su furia y quién quedará en pie en el ardor de su enojo? Su ira se derrama como fuego y ante él se derrumban las más altas montañas.

Las calamidades que habían caído sobre la más feliz de las familias judías habrían desconcertado al mismísimo Job. Los temibles nazis habían secuestrado primero al padre y después al hijo pequeño para encerrarlos en prisión; habían despojado a la familia de todo cuanto poseía en el mundo y torturado al vástago del modo más atroz antes de expulsarlo de su país prácticamente moribundo. Después de la fatal cadena de acontecimientos, la madre, que desde su más tierna infancia había aprendido que el temor a Dios constituye el principio de la sabiduría, había llegado a una conclusión: Yavé no había hecho otra cosa que actuar de acuerdo a su naturaleza: era el mismo Señor Dios Todopoderoso que había expulsado del Paraíso a Adán y Eva después de maldecirlos. ¡Y tendrás terribles dolores durante el parto y maldita será la tierra por donde pises!

La heredera de tales maldiciones recordaba ahora el Arca de la Alianza. Su hijo había sido una pobre oveja descarriada, una oveja socialista salpicada de tintes marxistas. Ya era tarde para ayudarle en esta vida, pero al menos todavía estaba a tiempo de preparar su alma para la resurrección que tanto anhelan los ortodoxos. Debía ser enterrado de acuerdo a la sagrada tradición y sin hacer la menor concesión a los funestos delirios del «reformismo». El pánico se había adueñado de la casa y la familia vivía en un permanente estado de agitación, pues la madre estaba convencida de que el cadáver de un judío estaba condenado si permanecía más de veinticuatro horas sin ser enterrado y si el sepelio tenía lugar después del anochecer.

II

Rahel Robin, la joven viuda, había cuidado y velado a su marido durante dos meses. Le había oído invocar a la muerte a voz en grito hasta convencerse de que solo así aquel desdichado podría encontrarla paz. En cualquier caso, ella no creía que su cruelmente torturado cuerpo fuera a alzarse jamás de entre los muertos, ni en el deplorable estado en que se encontraba ni habiendo recuperado su perfección original. No obstante, nada ni nadie conseguiría aplacar la histeria de la anciana madre. Mamá lloraba, retorcía las manos y se rasgaba las vestiduras, y al mismo tiempo se desvivía yendo de un lado para otro tratando de llevar a cabo los oficios que la decencia y la tradición judía exigían a la hora de dar sepultura a sus muertos.

En la Riviera francesa vivían muchos miembros de su raza pero en su mayor parte eran personas desarraigadas, parásitos y buscadores de placer tan marcados por el escepticismo y merecedores de la ira divina como la familia Robin. ¿Había entre los devotos de la moda alguno que supiera cómo debían recortarse las uñas de un fallecido? ¿Acaso las damas aficionadas al *bridge* sabían preparar la comida apropiada para un velatorio? ¿Y todos esos caballeros que jugaban al tenis a diario? ¿Sería alguno capaz de encargarse, llegado el momento, de que los asistentes al responso se lavaran las manos y los antebrazos siguiendo las disposiciones del Talmud?

En Cannes había una sinagoga, pero Mamá no quería saber nada de ella. También aquel templo había caído víctima de la «Reforma» y su rabino era tan moderno que bien podría haber sido episcopaliano. En el barrio antiguo de la ciudad, sin embargo, vivían en la más abyecta pobreza varias familias procedentes de Rusia y Polonia que se ganaban el pan como vendedores ambulantes, traperos y costureros. Esos eran auténticos judíos, igual que lo había sido Leah. En sus casas se reunían para orar ante una especie de agujero en la pared. Leah había entablado relación con ellos mientras realizaba obras de caridad y así había conocido a su líder espiritual. Se llamaba Shlomo Kolodny y no era un rabino francés de la Costa del Placer de esos que lucen brazaletes negros en los funerales, sino un auténtico erudito, un sabio y un maestro para los más jóvenes. Era además el cantor, el *shammas* —o sacristán —, el *shohet*, que llevaba a cabo los sacrificios *kosher*, y en caso de necesidad también hacía las veces de enterrador de acuerdo a los principios del código antiguo. Después de concluir sus laboriosas jornadas de trabajo, dedicaba las noches a estudiar los sagrados textos hebreos y a debatir mentalmente con los sabios que había conocido a lo largo de su vida en Polonia acerca de miles de detalles prácticos y doctrinales, fruto de los veinticinco siglos de relación entre Yavé y su pueblo elegido.

De ahí que en esos momentos el chófer de Bienvenu atravesara a toda prisa la ciudad con el versátil Shlomo de larga y negra barba, y ataviado con un raído traje estilo Príncipe Alberto que posiblemente, a su modo de ver, no desmerecía mucho al lado de un antiguo caftán. Expresándose en un yidis salpicado de francés aquí y allá, le aseguraba a la desconsolada madre que sabía todo lo necesario y que llevaría a cabo el ritual con estilo y sin recurrir en ningún momento a esos horribles trucos reformistas. «*Pas de tout, frau Robin, niemals, niemals* drenaría la sangre de un buen judío para llenar su cuerpo con esos venenos». Se frotó las manos y ronroneó, pues conocía bien a esa dama cuyo marido había sido uno de los hombres más ricos de Alemania y que aún era lo bastante importante como para ser la invitada en una de las villas más elegantes de cabo Antibes.

Aquello supuso un gran consuelo para Mamá. El hombre se apresuró a asegurarle que no debía preocuparse por el hecho de que su hijo fuera a enterrarse tan lejos de casa. Si así lo deseaba, colocarían en el interior de la sepultura una pequeña horqueta con la que el muchacho podría abrirse camino de regreso a Palestina cuando sonara la última trompeta. Y por supuesto, dejarían flojos los tornillos de la tapa del ataúd especialmente para él. En cuanto a las atroces mutilaciones que había sufrido su cuerpo, hasta la última de ellas sería reparada y el joven y noble judío se alzaría transformado en un ángel, brillante como una estrella. Sus dedos rotos quedarían soldados y podría tocar el clarinete para mayor gloria del Altísimo. Entretanto su espíritu reposaría confortablemente en una suerte de palomar en el Hades, en cuyos infinitos compartimentos se alojaban las almas de los virtuosos. Esto último no era estrictamente aceptado como parte de la doctrina judía, aunque Shlomo había leído sobre ello en un texto muy antiguo y a Mamá le resultó tranquilizador.

Hay antiguas tradiciones imposibles de poner en práctica hoy día. El cementerio estaba en lo alto de las colinas y la gente de la ciudad no es que hubiera olvidado cómo se camina sino el hecho de poder hacerlo. El ataúd y los asistentes al funeral serían transportados en automóviles, pero los hombres debían viajar en coches separados, seguidos por las mujeres, y cuando llegaran a las puertas del camposanto todo el mundo entraría a pie. Con suma delicadeza los sabios habían mencionado que entre sus feligreses había varias mujeres muy pobres que serían excelentes plañideras. Se contentarían con unos pocos francos y una comida y llorarían copiosamente, contribuyendo en la tarea de llevar a cabo un maravilloso funeral. Era demasiado pedir que todos los judíos de Cannes o incluso los de Juan les Pins interrumpieran su jornada

de trabajo para formar parte del cortejo fúnebre. De hecho, la mayoría no tenía la menor idea de que, en caso de encontrarse a la comitiva, debían unirse a ella manteniendo una respetuosa distancia de cuatro codos. ¿Quién habría sabido decirles siquiera lo que era un codo?

También estaba la cuestión del *hesped*, la oración fúnebre. Shlomo era sobradamente capaz de pronunciarla, sin embargo no había conocido al fallecido, por lo que alguien tendría que aconsejarle qué decir. Llegados a ese punto la joven viuda se secó las lágrimas e intervino en la discusión. La persona que debía recitar la oración era el mejor amigo del fallecido, el hombre que mejor le conocía y que había arriesgado su vida para sacarlo de los dominios nazis. Dicho amigo se encontraba entonces en París. Rahel le había telefoneado y él había prometido alquilar un avión y llegar a Cannes antes de que finalizara el día. Sin duda Mamá debía saber que su Freddi habría deseado que fuera el maravilloso Lanny Budd quien pronunciara las últimas palabras ante su tumba.

Esto resultaba embarazoso para el maestro de ceremonias. No obstante, no había nada en la Torá que prohibiera explícitamente a un *goy* hablar en un funeral. Sin embargo resultaba demasiado «moderno» y podía contrariar a los ortodoxos, en cuyas manos la madre insistía en poner el destino de su hijo. Pese a todo Rahel no capituló: no solamente porque estaba segura de que ese habría sido el deseo de Freddi sino también el de su padre y su hermano mayor. Ambos se encontraban entonces en Sudamérica y no había modo de consultarles. Pero Rahel no albergaba la menor duda respecto a su opinión y Mamá Robin sabía que ambos rechazaban abiertamente algunas de sus ideas más preciadas. Por tanto habría dos oraciones. Shlomo se encargaría de la parte tradicional y el querido Lanny Budd hablaría siguiendo exclusivamente el dictado de su corazón. Todos los asistentes al funeral, judíos o gentiles, sabrían de esa manera cuánto se querían y admiraban ambos jóvenes, cuántas veces habían tocado juntos el clarinete y el piano y durante cuántos meses Lanny había puesto todo de su parte para arrancar a su amigo de las garras de Adolf Hitler y Hermann Wilhelm Goering.

III

Era un día templado y hermoso de finales de octubre y el avión de Lanny llegaría a tiempo. Habían fijado la hora de los ceremoniales lo más tarde posible. Las afligidas mujeres avisaron por teléfono a los amigos más cercanos y difundieron la noticia de diversas maneras entre todos los judíos, ricos y pobres, que quisieran asistir, pues es necesario para honrar el alma del fallecido que tenga lugar una procesión con las consabidas —y convincentes— demostraciones de dolor.

Rahel tomó una decisión que a punto estuvo de echarle a perder la ocasión a su suegra. Envió un mensaje a un joven socialista de origen español que dirigía en Cannes la escuela proletaria que Freddi y Lanny ayudaban a financiar. Sí, en efecto, Raúl Palma asistiría al funeral y también muchos de sus camaradas encontrarían el modo de interrumpir su jornada de trabajo para rendir un último tributo a un alma tan valiente y leal. El funeral debería haberse retrasado varios días para que los antifascistas del Midi hubieran tenido tiempo de preparar una manifestación en señal de duelo y protesta. Sin embargo, dado que Moisés desconocía por completo las cámaras frigoríficas y el uso del formaldehído, los camaradas tuvieron que conformarse con el poco tiempo de que disponían y después de las exequias celebrarían una reunión de homenaje con música y discursos socialistas.

A media tarde los coches empezaban a reunirse frente a la avenida de entrada de la villa de estuco rosa de Bienvenu. Algunos aparcaban y esperaban respetuosamente ante las puertas, listos para ocupar sus puestos en la procesión aunque sin darse cuenta de hasta qué punto su actitud complicaba las cosas. No era fácil para la gente moderna comprender que los hombres debían encabezar la comitiva para que las mujeres siguieran su pasos. ¡Tal había sido el destino de las más antiguas y sagradas tradiciones en estos aciagos tiempos! ¡La gente ni siquiera conocía su existencia!

Seis hombres transportaron el humilde féretro de madera hasta el coche fúnebre y a continuación ocuparon sus asientos en el automóvil que lo precedería. Delante iba otro vehículo con el sabio y el hijo de cinco años del fallecido. Su madre habría preferido evitarle este suplicio pero la abuela había insistido en que la tradición requería que el pequeño se familiarizara con el dolor, y de camino al cementerio el sabio rabino tendría ocasión de enseñarle la oración hebrea que ayudaría a descansar al alma de su padre.

A continuación iban los amigos varones y varios judíos demasiado pobres para poseer su propio automóvil. Detrás del coche fúnebre les seguían la madre y la viuda, cubiertas con velos oscuros. Nadie vería sus rostros y tampoco el de Freddi, que había quedado desfigurado hasta tal punto por los

espasmos del dolor que ni el más hábil empleado de pompas fúnebres habría sido capaz de recomponerlo. En el siguiente vehículo viajaban algunas amigas de la familia, acompañadas también por varias mujeres pobres para simbolizar el hecho de que todos somos iguales ante los ojos de Yavé, del mismo modo que, tarde o temprano, todos estamos conminados a presentarnos ante él con sencillez y humildad vestidos únicamente con blancos sudarios.

El cortejo avanzaba con lentitud por las calles de Cannes y por doquier, de acuerdo a la costumbre francesa, los transeúntes se quitaban el sombrero respetuosamente y algunos se unían a la comitiva. Pero al parecer ninguno de ellos sabía que debía caminar manteniendo una distancia de cuatro codos, irnos dos metros. Siguiendo el itinerario pasaron frente a la escuela donde se había reunido un gran grupo de gente, al menos cincuenta entre hombres y mujeres —que tampoco tenían la menor idea de que el ritual ortodoxo no permitía que los sexos se mezclaran—. Eran trabajadores en su mayoría y también intelectuales. Algunos iban vestidos de riguroso luto y otros lucían en el brazo bandas de color negro. Varios de ellos portaban coronas de flores, ignorantes una vez más de los antiguos prejuicios judíos. Permanecieron de pie respetuosamente hasta que hubo pasado el último coche y a continuación se unieron caminando al cortejo fúnebre, portando una pancarta de color rojo con dos manos entrelazadas y las siglas E. T. M., École des Travailleurs du Midi.

IV

Y así siguieron avanzando hasta alcanzar las hermosas colinas que bordean la Costa Azul. Cuando llegaron a las puertas del cementerio, el cortejo se detuvo y los portadores del féretro transportaron el ataúd hasta el lugar donde recibiría sepultura. Tres acaudalados y elegantes amigos de la familia se abstuvieron de entrar en el camposanto y observaron el ritual desde el exterior, leyendo las oraciones que no tenían permitido escuchar. La razón era que pertenecían a la tribu de los sacerdotes, los *cohanim*, que no pueden entrar en necrópolis alguna, puesto que son lugares contaminados y posiblemente frecuentados por espíritus malignos.

Cada poco, los portadores del féretro se detenían y dejaban su carga en el suelo. No porque estuvieran cansados sino porque tal proceder también formaba parte del ritual. Mientras caminaban, el sabio recitaba a su lado el salmo 91, repleto de garantías y pensamientos tranquilizadores para todos aquellos capaces de depositar su confianza en el Altísimo. «Y sin duda el Señor te liberará de las trampas del cazador y de la pestilencia aniquiladora. Con sus plumas te cubrirá y bajo sus alas estarás seguro. Escudo y adarga es su verdad. No temerás los miedos de la noche ni la flecha disparada de día; ni la peste que avanza en las tinieblas ni la plaga que azota a pleno sol. Aunque caigan mil hombres a tu lado y diez mil a tu derecha, tú estarás fuera de peligro». Así declamaba el salmista. Hablaba de plagas y rocas, de leones, serpientes y dragones. ¡Pero ni una palabra acerca de los nazis!

En varias ocasiones algunos amigos varones se abrieron paso entre la gente durante las pausas y reemplazaron a los portadores del féretro, pues en el camino a la sepultura todos querían honrar al fallecido. Lanny Budd ya había llegado al cementerio y estaba esperando a las puertas. Cuando un amigo de la familia le explicó la costumbre susurrándole al oído, él se adelantó e hizo lo que le correspondía. Conocía a los Robin desde hacía veinte años y ya había visto llorar a la pobre Mamá por el aciago destino de su hijo adorado. Habría hecho cualquier cosa que aquella mujer le pidiera, incluso caminar descalzo como hacían antiguamente los portadores del féretro, siguiendo la más remota tradición, para evitar tropezar con las correas de sus sandalias.

El féretro llegó por fin a la sepultura y el rabino recitó entonces el *zidduk ha-Din*, una oración hebrea. Pocos comprendían su significado aunque pronto se dejaron llevar por el melodioso sonido de sus palabras. Cuando el ataúd reposó en el lugar convenido, los ortodoxos se adelantaron. Arrancaron del suelo raíces y tomaron puñados de tierra que arrojaron sobre el féretro como símbolo de la resurrección, mientras entonaban una plegaria hebrea que dice; «Y también los de la ciudad florecerán como la hierba de la tierra». Algunos gentiles dejaron caer flores en el sepulcro y tuvieron que ser excusados una vez más, pues desconocían la tradición. Los judíos lloraban estrepitosamente porque así lo exigían las buenas formas y también porque compartían el mismo dolor que las afligidas mujeres, como exiliados que eran de su tierra y herederos del hombre de Uz. Cuando el pequeño de ojos oscuros, hijo del fallecido, dio un paso adelante con lágrimas en las mejillas para entonar el *kaddish*, parte hebreo y parte arameo, había pocas personas entre la concurrencia con los ojos secos.

Shlomo Kolodny recitó entonces su *hesped*. Acerca del hijo de Johannes Robin dijo las mismas cosas que había dicho sobre muchos otros judíos durante sus largos años de servicio. Hizo hincapié en el carácter piadoso del joven, algo que Freddi Robin nunca había sido —a menos que uno se decantara por un significado más moderno de la palabra—, y recalcó su sentido de la responsabilidad hacia sus padres, su esposa y su hijo, virtud importantísima según la ley judía. El sabio pronunció otra oración en hebreo de melodioso sonido y a continuación cedió la palabra al joven gentil para que diera voz a la camarilla socialista que formaba parte de tan variopinta y curiosa comitiva.

V

Lanny Budd tenía treinta y cuatro años pero parecía mucho más joven. Tenía un rostro típicamente norteamericano, de rasgos francos y agradables y tez saludable, rematado por un fino bigote castaño cuidadosamente recortado, y vestía un traje oscuro de lana fina y corte elegante. No tenía madera de orador, aunque se había dirigido a los alumnos de la escuela y a otros grupos en numerosas ocasiones, por lo que no suponía ningún problema para él hablar en público cuando la ocasión lo requería y tenía algo que decir. Comprendía como nadie que los funerales son para los vivos, de modo que sus palabras iban dirigidas a Mamá y a Rahel, a los pocos que entre los presentes habían conocido bien al fallecido y también a todos aquellos obreros para los que Freddi a menudo había tocado música en la escuela.

La víctima de los nazis tenía veintisiete años. Lanny se había carteado con él desde que era un niño y le conocía personalmente desde que era un adolescente. Durante todos esos años, Lanny jamás le había oído pronunciar una palabra desagradable ni le había visto cometer un acto reprobable. «Estaba tan cerca de la perfección como puede llegar a estarlo un ser humano. Y no lo digo porque esté muerto —lo mismo le dije a mucha gente en numerosas ocasiones mientras estaba vivo—. Era un artista y un intelectual. Conocía profundamente la mejor literatura de la que llegó a considerar su patria. Obtuvo un doctorado en la Universidad de Berlín y no lo hizo por los honores ni tampoco para ganarse la vida sino porque quería saber todo lo que los

grandes sabios habían aprendido a lo largo de los siglos acerca de las causas y los remedios de la pobreza.

»El doctor Freddi Robin se consideraba socialista. Este no es lugar para discursos políticos —continuó Lanny—, pero aquellos que le conocimos y amamos tenemos el deber de estudiar y comprender sus ideas en honor a su memoria y, más aún, de no dejarnos engañar por ninguna calumnia. Freddi ha sido asesinado por las fuerzas crueles que tan bien había llegado a comprender y ante las que jamás se doblegó. También los demás deberíamos aprender lo mismo que él para descubrir así el modo de salvar el mundo de las inquinas y engaños que son raíz y origen de todas las guerras. Si lo consiguiéramos estaríamos honrando el recuerdo de este hombre y seríamos merecedores del privilegio de reencontrarnos con él en el futuro, sea cual sea el lugar que el Creador nos tenga reservado».

Eso fue todo, y no constituía exactamente un gran discurso. Los socialistas esperaban algo más y muchos de ellos se habrían ofrecido a aportar su granito de arena de haber sido invitados a hacerlo. Pero estaban en un funeral judío y el centro de las celebraciones eran las dos mujeres que lloraban desconsoladas. Los que conocían el modo de comportarse en un funeral caminaron en dirección a las puertas del cementerio formando dos filas paralelas, entre las cuales caminaban las plañideras mientras todos recitaban la fórmula hebrea que decía: «*Hamokom yehanem*», es decir, «Que Dios te consuele entre aquellos que lloran por Sion y Jerusalén». A las puertas del cementerio, aún en el interior del recinto, aguardaba el rabino con una bandeja para la colecta a la que todo el mundo contribuyó con alguna moneda en la medida de sus posibilidades. Era un simbólico acto de caridad, algo muy importante para los judíos. «*Tzedaka tatzil mimavet*», recitaba Shlomo, es decir: «Que la caridad nos libre de la muerte».

Lanny subió al taxi que le aguardaba a la salida y cuando llegó a Bienvenu se encontró con los sirvientes de la casa agrupados frente a la *porte-cochére* de la casa sosteniendo varias palanganas con agua y toallas. Era imprescindible que cada asistente al funeral se lavara las manos antes de entrar. Esto debía hacerse de acuerdo a un ritual especial que consistía en dejar que el agua cayera desde las puntas de los dedos hasta el codo en tres ocasiones —aunque solamente el sabio lo sabía—, pues los espíritus no pueden atravesar el agua corriente y de ese modo se impediría su entrada en la casa mientras durase el duelo.

A continuación, la familia y los amigos se sentaron junto al sabio y recitaron siete veces ciertos pasajes del Libro de las Lamentaciones. Después

comieron el refrigerio de pésame, que consistía en bebidas no alcohólicas, pan y huevos duros, siendo considerados estos últimos como símbolos de vida. Leah y Rahel Robin comerían exclusivamente eso durante un periodo de siete días. Llevarían zapatillas y ropas que simbolizaban el dolor de la pérdida, se sentarían en el suelo o en taburetes bajos y leerían pasajes del Libro de Job. Esto es conocido como la *shiv'ah*, y hasta que dicho periodo concluyera las dolientes recibirían visitas que les servirían de consuelo en las cuales únicamente podrían hablar de las virtudes del querido difunto.

Durante once meses no podrían bailar ni participar en ninguna celebración. Había una explicación para este periodo de luto en el Talmud: un periodo de luto de un año completo implicaría que el fallecido había sido un hombre malo y estaba en *Gehenna*, es decir, en el infierno. Nadie querría admitir tal cosa, de modo que lo más sabio era no arriesgarse y mantenerse estrictamente dentro del límite temporal establecido. Durante este lapso de tiempo se ha de leer el *kaddish* todos los días por el alma del difunto y solo un miembro de la familia podría hacerlo en este caso, el hijo de cinco años. Las oraciones de las mujeres no cuentan, por lo que era el pequeño Johannes quien debía recitar esta larga oración de la que no comprendía ni una sola palabra.

VI

Lanny salió a pasear por los jardines de Bienvenu, su hogar desde que tenía uso de razón. Cada vez que regresaba a casa tras sus estancias en *châteaux* y *hôtels particuliers* le parecía más pequeña, pero seguía adorando aquel lugar y siempre que tenía ocasión de invitar a alguno de sus elegantes amigos se la mostraba con orgullo. Ahora debía ocuparse de revisarlo todo y organizar las obras de mantenimiento necesarias en cada una de las tres viviendas que integraban la propiedad. Tendría que consultarle a Leese —la mujer de origen provenzal que con el paso de los años había ascendido desde el puesto de cocinera hasta desempeñar las funciones de una suerte de mayordomo no oficial— e informar acerca de todas las cuestiones importantes a su madre, que estaba de visita en Inglaterra pero regresaría después de las navidades para disfrutar de las diversiones de la nueva temporada en la Riviera. Finalmente se

distrajo jugando con los perros. Siempre había un buen número de ellos en la finca, pues nadie soportaba la idea de sacrificarlos.

Lanny recibió la visita de Raúl Palma, un joven y atractivo español —al menos Lanny lo consideraba joven, igual que aún se consideraba a sí mismo —. ¡Era difícil creer que Lanny fuera a cumplir treinta y cuatro años el próximo mes y que Raúl ya hubiera entrado en la treintena! El expatriado quería organizar una reunión en honor de Freddi Robin y esperaba que Lanny acudiera para pronunciar un buen discurso socialista sobre él. Lanny, sin embargo, le explicó que su padre acababa de llegar a París en una de sus visitas relámpago. Además, tenía una esposa y una hija en Inglaterra a las que no había visto prácticamente en todo el año, mientras intentaba arrancar a sus amigos judíos de las garras de Hitler y Goering. Lanny le firmó un cheque para cubrir los gastos del evento y le pidió al agradecido y solícito maestro que dijera algunas cosas en su nombre en recuerdo de Freddi.

Hablaron sobre la evolución de la escuela y comentaron la situación política en Francia y otros países. Así era como se educaba un «socialista de salón» y de ese modo lograba mantener el contacto con los obreros. Lanny no estaba orgulloso de su modo de vida: como experto en arte que aconsejaba a los ricos a la hora de comprar pinturas, había recorrido las ciudades y pueblos de este antiguo y castigado continente atormentado por el miedo; y como norteamericano que era, había decidido adoptar una posición neutral en las disputas europeas, algo muy inteligente por su parte. De ese modo tenía ocasión de conocer a los grandes hombres, de convertirse en su confidente y obtener así información muy útil que después compartía discretamente con sus amigos de clase trabajadora. El español era uno de ellos. Había nacido en una choza de campesinos y había trabajado durante años como ayudante de un humilde zapatero, pero gracias al pequeño subsidio de Lanny se había convertido en un líder que asistía a conferencias, pronunciaba discursos y suministraba noticias a varias publicaciones obreras y socialistas del Midi.

VII

Raúl habló sobre la situación en su tierra de origen, de la que había huido empujado por un cruel despotismo que llevaba al paredón a los rebeldes de la

clase obrera para fusilarlos sin el menor miramiento. No obstante, hacía ya tres años que el rey Alfonso había sido destronado. España se había convertido en una república cuyo Gobierno había obtenido en las urnas un abrumador apoyo popular. Raúl Palma se había entusiasmado de tal forma que a punto había estado de regresar, aunque Lanny había logrado disuadirlo haciéndole entender que su deber era seguir adelante con el proyecto de la escuela que había ayudado a construir.

Actualmente las circunstancias habían cambiado y de nuevo estaba profundamente decepcionado con su propio país. La vieja y trágica historia de siempre se volvía a repetir, las mismas desavenencias y rencillas doctrinales. Las distintas facciones en el poder no se ponían de acuerdo a la hora de actuar y a los afables profesores universitarios y abogados entrados en años que integraban el nuevo Gobierno les resultaba más fácil no hacer nada. El pueblo español seguía muriendo de inanición, pero ¿durante cuánto tiempo permanecerían pasivos ante el bien intencionado «liberalismo» que dejaba pasar el tiempo sin darles pan ni poner a su alcance los medios para producirlo?

Lanny no conocía muy bien España, únicamente había pisado su territorio durante las breves escalas de sus travesías en yate o de algún vuelo transoceánico de camino a Norteamérica. Sin embargo, conocía a bastantes españoles que residían o pasaban sus vacaciones aquí en la Riviera. Venían a jugar al golf y al polo; a bailar, a jugar y a flirtear en los casinos o a cazar perdices, algo que al parecer constituía su idea de un deporte viril. No leían libros y no sabían nada, pero se consideraban mejores que el resto de la humanidad. Al rey Alfonso le encantaba divertirse y durante sus vacaciones gustaba de codearse con los millonarios norteamericanos que recalaban en la Costa del Placer. Lanny había jugado con él al tenis en una ocasión. Supuestamente debía dejarse ganar pero, como era costumbre en él, no se había rendido ante las convenciones. Actualmente el exmonarca estaba en Roma, intrigando con Mussolini para recuperar su trono.

—¡Tienes que ir a España, Lanny! —insistió Raúl—. Deberías conocer a los obreros españoles. No los han matado a todos. Han visto la luz de las ideas modernas y ya nada podrá volver a cegarlos.

Lanny respondió que había pensado hacerlo en varias ocasiones.

—Hay muchas obras de arte que me gustaría conocer y estudiar personalmente. Pero será mejor esperar a que hayáis terminado de expropiar a los terratenientes para encontrar alguna que otra ganga.

Lo dijo con una sonrisa en los labios, a sabiendas de que su amigo comprendería la ironía. Cada vez que un joven sindicalista acudía a él en busca de fondos, Lanny le decía: «Acabo de vender un cuadro, de modo que puedo permitírmelo». O si no: «Espera a la próxima semana. Me está rondando una princesa del petróleo y pronto venderé un Detaze». Raúl sabía que en los sótanos de su propiedad había un almacén donde guardaba como un tesoro más de un centenar de pinturas de su difunto padrastro y, cada vez que aparecía un comprador, su acaudalado amigo podía permitirse convocar una gran asamblea o un pícnic aderezado con refrescos y discursos. ¡Pero no vayas a decirle a nadie que yo he tenido algo que ver!

VIII

Esto ocurría en el mes de octubre de 1934 y ya habían transcurrido casi dos años desde que Adolf Hitler tomara el poder en Alemania. Él era el hombre que dominaba los pensamientos de Lanny Budd, el nuevo centro de la reacción en Europa. Peligroso no solamente por su fanatismo sino también porque había conseguido aglutinar en sus manos el inmenso potencial industrial germano, y su intención era convertirlo en una temible maquinaria de guerra. «No es únicamente lo que ha hecho con los judíos», dijo el experto en arte. «Les ha hecho cosas mucho peores a los socialistas y a todo el movimiento obrero de Alemania. Sin embargo, nunca leerás nada al respecto en la prensa capitalista francesa».

Discutieron sobre el asunto de camino a Cannes, donde Lanny debía tomar el tren hacia París. Él mismo llevó a su amigo conduciendo el coche familiar, con el chófer sentado en el asiento trasero para que llevara de vuelta a casa el vehículo. Lanny, que había conocido a Hitler en persona y le había oído hablar, le dijo a Raúl que solo estaba loco a medias y que no tenía un pelo de tonto. Al contrario, era un embaucador de infinita astucia que había logrado seducir al pueblo alemán gracias a un programa de radicales reformas sociales que no tenía la menor intención de llevar a cabo. «No es posible ignorarle. Ni a él ni a sus verdaderos propósitos», insistió el norteamericano. «No podemos cerrar los ojos y seguir adelante con nuestros planes como si ese hombre no existiera. Es un reaccionario y un tratante de esclavos. Y él mismo

afirmó en su libro que la aniquilación de Francia era una parte fundamental de su programa político».

Para Raúl Palma, un internacionalista que abogaba por el desarme y la hermandad entre naciones, todo esto era terrible. Ahí estaba su amigo y mecenas afirmando que la época de semejantes ideas ya había pasado, que no se podía confiar en ningún acuerdo firmado por Adolf Hitler y que únicamente la acción inmediata y conjunta de todas las naciones podría impedir el rearme de Alemania. Y los franceses más que nadie debían unirse sin demora para llevar a cabo semejante plan antes de que fuera demasiado tarde.

—Pero, Lanny —objetó el director de escuela—, ¡los capitalistas franceses prefieren a Hitler antes que a nosotros!

—Eso es porque no conocen a Hitler —fue la respuesta.

IX

Hablaron sobre el inquietante estado en que se encontraba sumido el país donde vivían. El actual jefe de Gobierno francés era un orondo caballero entrado en años que lucía una gran barba estilo Imperial pasada de moda. Antiguo presidente de la República, se había convertido en primer ministro durante una crisis en la que el Gobierno no había podido encontrar a nadie más en quien confiar. El rasgo esencial de su personalidad era una vanidad infantil que no se molestaba en disimular. Disfrutaba dirigiéndose a través de la radio al pueblo de Francia como si de su propia progenie se tratara. Sin embargo, le había tocado una camada testaruda y el clamor popular había logrado impedir que el primer ministro Doumergue interpretara la Constitución de la nación a su antojo para actuar sin el consentimiento del resto del gabinete. Raúl albergaba sospechas sobre lo que pretendía hacer con semejante poder y Lanny las confirmó, pues sabía que el primer ministro de Francia se había reunido en secreto en varias ocasiones con el coronel De la Roque, cabecilla de la Croix de Feu, principal organización de los fascistas franceses.

El norteamericano le había restado cierta importancia al asunto al enterarse de que el ministro de Asuntos Exteriores, Louis Barthou, un

caballero francés de la antigua escuela a quien la experiencia había enseñado a desconfiar de cualquier alemán, estaba al tanto de la situación y jamás se dejaría engañar por las artimañas de Adolf Hitler. Este punto de vista era algo nuevo para Raúl, para quien Barthou no era más que otro politicucho al que conocía por sus discursos reaccionarios sobre política interna. No obstante, Lanny no tenía la menor duda respecto a las ideas que albergaba aquella redonda y calva cabeza rematada por un denso bigote gris y una poblada barba.

—Él mismo me enseñó varios cuadros de su colección y algunos volúmenes que ha ido escribiendo y publicando a lo largo de los años, entre los que hay nada menos que sendas biografías de Danton y Mirabeau. Como puedes ver, conoce las viejas tradiciones revolucionarias.

—Todos ellos las conocen —respondió con escepticismo el profesor—, para poder engañar más fácilmente a los trabajadores y después venderlos al mejor postor. Exactamente como hizo Mirabeau.

—Barthou nunca vendería a Francia, menos aún si es Alemania quien hace la oferta. Cuando le conocí, Hitler aún no estaba en el poder pero el pequeño gascón ya conocía muy bien las intenciones del Führer. En sus propias palabras: «Hitler es el hombre que dominará mientras viva la política del continente».

Lanny le recordó a su amigo el *granel tour* que Barthou había realizado recientemente por los Balcanes con el fin de convencer a Yugoslavia y a otros estados para formar una alianza capaz de plantarle cara a la nueva contrarrevolución alemana. El éxito de su gira resultó evidente en vista del esfuerzo llevado a cabo por los alemanes para colocar una bomba en su tren mientras atravesaba Austria. «Esa es la mejor manera de saber quiénes son tus aliados hoy en día», añadió el norteamericano, y prosiguió su argumentación señalando que el pequeño y tenaz abogado incluso se había mostrado dispuesto a dejar a un lado su viejo antagonismo con la Unión Soviética ante la amenaza de un peligro aún mayor. El mes pasado, sin ir más lejos, había intentado que Rusia volviera a formar parte de la Liga de Naciones y estaba trabajando muy duro para preparar a la opinión pública de cara a una posible alianza militar entre Francia y el país de los soviets.

X

El norteamericano estaba de un humor sombrío, pues el funeral le había hecho recordar todos los horrores que había presenciado desde que el Führer nazi se convirtiera en el amo de Alemania. Lanny le contó a su amigo cómo se había reencontrado en Berlín con Freddi Robin —que, huyendo de los nazis, se había escondido primero en el Tiergarten y más tarde en un refugio para desempleados— y cómo por fin había conseguido atravesar la frontera entre Francia y Alemania, junto a su cuerpo destrozado y tembloroso en el que apenas quedaba un hálito de vida, únicamente cuando el gordo general Goering había tenido a bien liberar a su presa. Los líderes nazis eran hombres de una indecible maldad y Lanny vivía atormentado por la idea obsesiva de que era su deber advertir a los habitantes de Europa Occidental del inminente peligro que los amenazaba.

Se expresaba en todo momento con una emoción difícil de contener, y cuando por fin llegaron a la estación decidió comprar el periódico de la tarde para distraerse leyendo en el tren. Al ver los titulares de la primera página soltó un grito. «¡EL REY ALEJANDRO Y BARTHOU ASESINADOS!».

Los ojos de Lanny recorrieron rápidamente el artículo de arriba abajo y leyó en voz alta para su amigo los hechos más destacados. El rey de Yugoslavia estaba de visita en Francia para celebrar la firma del tratado de alianza entre ambos países. El ministro de Asuntos Exteriores había acudido a recibirle a su llegada al puerto de Marsella. A bordo de un coche descapotable recorrían la ciudad acompañados por los vítores del gentío que ocupaba las calles. Al llegar frente al edificio de la bolsa un hombre había salido de entre la multitud saludando a gritos al rey y, antes de que la policía pudiera hacer nada para detenerlo, el sujeto había saltado al estribo del vehículo y había disparado a quemarropa con una pistola automática matando al rey e hiriendo mortalmente a Barthou, que había intentado proteger con su cuerpo al regio invitado.

La muchedumbre había apaleado al asesino hasta matarlo a pesar de los esfuerzos de la policía por salvarlo. Había sido identificado como miembro de una organización terrorista croata, pero Lanny añadió: «¡Enseguida descubrirán que los nazis estaban detrás de él!». Y efectivamente, así fue. Hacía tiempo que los conspiradores reaccionarios habían empezado a publicar un periódico en Berlín gracias a los fondos aportados por el jefe del departamento de Política Exterior del partido de Hitler. El asesino viajaba con un pasaporte falso obtenido en Múnich y el arma que había utilizado era una Mauser, de fabricación alemana.

Esas eran las nuevas técnicas para la conquista del poder. Engañar a los estúpidos, comprar a los que estuvieran en venta y asesinar al resto. Este era el tercer hombre de estado asesinado por los nazis en lo que iba de año. El primero había sido el primer ministro Duca, de Rumania, asesinado a tiros. Después una banda de matones había irrumpido en el despacho del canciller Dollfuss de Austria, el líder católico responsable de la matanza de obreros socialistas en Viena y del bombardeo de los bloques de edificios que habían sido objeto de admiración para Lanny. Y ahora los dos firmantes del tratado franco-yugoslavo habían sido eliminados.

—¡Santo cielo! —exclamó Raúl—. ¿Qué más hace falta para despertar a esa gente?

—Mucho más, me temo —dijo Lanny, abatido—. ¡Tú y yo, Raúl, hemos elegido malos tiempos para nacer!

2
INDOCTUS PAUPERIEM PATI

I

En su juventud, Lanny había estudiado en la Academia St. Thomas en Connecticut, y una de las asignaturas que se había visto obligado a cursar era el latín. Había llegado a traducir varias odas de Horacio y siempre recordaba con una sonrisa aquel símil sobre un mercader cuyas embarcaciones naufragaron y él, «a quien nadie había enseñado a soportar la pobreza» las reparó y volvió a echarlas a la mar. Lanny divagaba sobre ello en el restaurante del Hotel Crillon, donde compartía mesa con otro comerciante —romano, aunque ni él mismo lo sabía— y le escuchaba planear ansiosamente la nueva expedición de sus naves. A lo largo de mil novecientos años el mundo había cambiado mucho y actualmente las embarcaciones se desplazaban por el aire, aunque esto no parecía suponer una gran diferencia desde el punto de vista del mercader.

Robbie Budd estaba a punto de cumplir sesenta años, pero el orgullo y la ambición seguían siendo sus dos principales motores y continuaba decidido a demostrarle al mundo que nada podría derribarle. Hacia cinco años el colapso de Wall Street lo había puesto contra las cuerdas pero había vuelto a ponerse en pie, se había limpiado la sangre de los ojos y había seguido peleando un asalto tras otro sin bajarse del cuadrilátero. El hecho de que su padre no lo hubiera elegido como su sucesor para la presidencia de Budd Gunmakers Corporation o que la empresa ya no perteneciera exclusivamente a la familia podría haber dejado fuera de combate a un luchador más débil. Sin embargo, el padre de Lanny Budd estaba más que dispuesto a empezar de nuevo y a mostrarles a todos de qué material estaba hecho. Y al decir «todos» se refería a su familia, a sus amigos y a sus socios y rivales, muy especialmente a su

hermano mayor, que había pugnado contra él a lo largo de toda su vida por el control de Budd's, y a la corporación bancaria de Wall Street que se había apoderado del nombre de la familia y de la institución que durante casi un siglo había sido el orgullo de su estirpe.

A Robbie aún le quedaba un año de contrato como representante de ventas europeo de Budd Gunmakers pero estaba decidido a romperlo antes de que concluyera. Se había mostrado más que dispuesto a seguir trabajando para su severo y anciano padre puritano, pero no seguiría sirviendo a un puñado de entrometidos por más que valoraran sus servicios y se preocuparan por sus sentimientos. Robbie estaba reviviendo el sueño de sus años de juventud de construir una nueva y magnífica planta de fabricación en el río Newcastle, no muy lejos de la que ya poseía la empresa familiar. La tierra seguía estando disponible y quizá ahora podría comprarla más barata que nunca, pues por muchas cosas que el New Deal hubiera logrado a finales del año 1934, todavía no había conseguido que el valor del suelo se recuperara, y no parecía probable que lo hiciera.

Los maniáticos y los sentimentales se habían salido con la suya y Norteamérica yacía desarmada a merced de un mundo repleto de enemigos, o eso afirmaba Robbie. Actualmente Budd Gunmakers producía básicamente quincalla y lo que Robbie llamaba «baratijas», desde horquillas para el pelo hasta elevadores de carga. Sin embargo, lo que en esos momentos tenía obsesionado al vendedor era el arma del futuro, el avión. El mundo estaba a punto de asaltar los cielos y las naciones que quisieran sobrevivir tendrían que conquistarlo. Y al arropo de las bien protegidas aguas del estrecho de Long Island, Robbie construiría una fábrica de aviones. No tardaría en extender su firma por todo el ancho mundo y devolvería al nombre de Budd la gloria que se merecía.

Había conocido a un experto en aerodinámica que había llevado a cabo una serie de experimentos en una nave abandonada cerca de los muelles de Newcastle. Robbie le había ayudado aportando varios miles de dólares a su investigación y juntos habían patentado el diseño de un nuevo concepto de ala. Además, Robbie había descubierto a un tipo que poseía varias patentes necesarias para construir un motor radial aerorrefrigerado, y si lo conseguían conquistarían el mundo. Robbie estaba muy entusiasmado. Había organizado una compañía y actualmente estaba manteniendo reuniones con sus socios y amigos, los que habían aportado dinero años atrás para la New England-Arabian Oil y habían obtenido beneficios. Los negocios se recuperaban y la gente tenía dinero, pero las buenas inversiones no abundaban puesto que el

Gobierno seguía emitiendo bonos. Por eso a Robbie no le había resultado difícil vender acciones en Newcastle y había obtenido opciones a compra de las tierras que le interesaban. Ahora estaba en París para reunirse con Sájarov y con Denis de Bruyne y algunos de sus socios. Después viajaría a Londres para entrevistarse con algunos inversores. Y todo lo haría en el más absoluto secreto para evitar que la manada de Wall Street metiera las narices en sus asuntos. «Créeme, hijo, no seguiré siendo pobre». *Indoctus pauperiem pati!*

II

Robbie estaba sentado en una *table à deux* perfectamente dispuesta, disfrutando de su *meunière* y su chablis seco y bien frío. Los negocios jamás le quitaban el apetito. Al contrario, era de esos hombres que se toman la vida como viene y, a pesar de que trabajaba duro y su cabello había encanecido, seguía siendo un tipo fuerte y vigoroso. Disfrutaba hablando de sus proyectos. No alardeaba exactamente, pero hablaba siempre con una sobria seguridad en sí mismo, haciendo hincapié en las cosas que le habían salido bien y obviando los fracasos. Había estudiado concienzudamente el campo de batalla y estaba convencido de que la aviación sería la industria del futuro. Era posible construir meros cacharros con alas para después convertirlos en aviones de adiestramiento e incluso de combate con unas pocas modificaciones. «Nuestro país está dormido», afirmó el siempre vigilante patriota, «pero llegará el día en que todos se mostrarán agradecidos a un puñado de hombres por haber aprendido a fabricar aviones ultrarrápidos y por haberlo hecho en un tiempo récord».

El promotor de tan osado proyecto había concertado un encuentro para la mañana siguiente con el otrora rey de las armas de Europa y quería que su hijo le acompañara. «Sabes cómo manejar a esa vieja araña mucho mejor que yo», le dijo a modo de cumplido. «De paso podrías venderle un Detaze. Pero no intentes hacerlo hasta que yo pueda dar mi trato por cerrado. Si esto me sale bien nunca más necesitarás dinero».

—Tampoco lo necesito ahora —respondió Lanny, afablemente.

Robbie no pareció escuchar el comentario y continuó su monólogo para explicarle que Denis de Bruyne y su hijo mayor cenarían con ellos esa misma

noche. Se había tomado la libertad de asumir que a Lanny no le importaría que le expusiera el asunto a Denis. Robbie lo dijo con cierta delicadeza, como si el marido de la antigua *amie* de Lanny fuera alguien de su exclusiva propiedad.

—Denis es un hombre de negocios —respondió el hijo—. Si decide aportar dinero a algún proyecto lo hará después de estudiarlo cuidadosamente.

Robbie le preguntó por el funeral y, cuando Lanny le describió los ceremoniales, él no pudo evitar sonreír, aunque sentía de veras la tragedia que había vivido la familia.

—Me pregunto por qué querría alguien soportar toda esa parafernalia en un momento así —comentó—. Aunque imagino que semejante sufrimiento es capaz de hacer que cualquiera pierda los papeles.

—Mamá Robin se crio de esa manera —respondió Lanny—. Esa manera de sentir y comportarse la ayudará a superar el dolor, de modo que no es tan malo.

—Es inútil esperar que las mujeres se comporten de un modo racional —añadió el padre. Era una de sus fórmulas más repetidas—, Beauty regresará pronto de Londres para ver qué se puede hacer con algunos de sus amigos.

Lanny sabía a qué se refería sin necesidad de preguntar. Desde que era niño había visto actuar a aquel tándem cerrando todo tipo de tratos: su ambicioso progenitor y su hermosa madre —que representaba el papel de esposa divorciada de su padre— trabajaban juntos a la perfección, hasta tal punto eran compatibles que nadie comprendía por qué habían llegado a separarse. Sus encuentros siempre implicaban que había en juego grandes sumas de dinero y también generaban infinidad de chismorreos, aunque para Robbie todo se reducía a una cuestión de simple psicología. Solían ensayar tales encuentros con anticipación —tú dices esto y entonces yo digo lo otro, etcétera—, pues incluso en la más alta sociedad las personas necesitan creer que la gente busca su compañía porque les tiene cierto afecto, no únicamente porque quieren convencerles para invertir en acciones del petróleo o porque esperan que les presentes a algún alto cargo del Gobierno encargado de comprar ametralladoras para su país. La mayoría de las veces el trato se cerraba con éxito, y entonces Mabel Blackless, alias Beauty Budd, alias *madame* Detaze y actualmente señora de Parsifal Dingle, recibía como recompensa un coche nuevo o una capa de piel de armiño o un cheque por valor de dos mil dólares para que ella misma se fuera de compras.

—¿Por qué te tomas tantas molestias? —preguntó el vástago de tan curiosa asociación—. ¿Por qué no le propones simplemente tu plan a Irma?

—Esta vez necesito mucho dinero. Cinco millones como mínimo. Mi intención es construir una planta modelo y no quiero empezar pisando arenas movedizas.

—El dinero no es problema, Robbie. A Irma le sobra y sabes que tiene muy buena opinión de ti.

—Sí, hijo, pero eso es algo que nunca he querido hacer. Interferir en tu matrimonio. Si algo saliera mal en mi proyecto —aunque lo dudo—, no quiero mezclar a la familia.

Lanny comprendió al instante la táctica que el experto vendedor trataba de poner en práctica —con suma delicadeza, eso sí—. Desde el primer momento, Robbie tenía intención de presentar su proyecto a Irma pero prefería que fuera otro quien se lo propusiera. El joven sabía lo que esperaba que dijera ahora y no tuvo el menor inconveniente en hacerlo.

—Irma es más que capaz de decidir por sí misma. Está muy orgullosa de su criterio y, si tienes una buena propuesta, ella querrá escucharla. De hecho no le gustaría que la dejaras al margen.

—Está bien —dijo el padre—. Tú explícale lo que estoy haciendo y dile que no tengo la menor intención de abordarla a menos que ella muestre interés.

III

La vieja práctica francesa de la *vie à trois*, que a los norteamericanos les resultaba extraña y a los ortodoxos absolutamente inmoral, había dado pie a una amistad entre Denis de Bruyne y Robbie Budd que duraba ya diez años. En las regiones anglosajonas del mundo, un marido entrado en años y *père de famille* difícilmente habría elegido como amigo al padre del joven amante de su mujer. En París, sin embargo, las cosas eran diferentes y los dos hombres de negocios habían descubierto que las costumbres a la hora de ganar dinero eran más fuertes que las maritales. Los dos socios, que vivían y trabajaban separados por una distancia de casi cinco mil kilómetros, pensaban y sentían de un modo muy parecido en lo que a sus respectivos mundos se refería. Como gesto de cortesía por cada vez que el francés escuchaba los insultos que Robbie dirigía contra «ese Roosevelt» y su así llamado «New Deal», el

norteamericano correspondía prestando atención cuando Denis utilizaba los mismos calificativos para referirse a Léon Blum y a su Partido Socialista, que no eran más que un ejemplo del más infame comunismo.

Robbie Budd era hijo de ancestros puritanos pero siempre había sido un vástago rebelde y había salido al mundo dispuesto a conquistarlo. Había visto cómo su propio hijo representaba el papel del joven amante para más tarde enviudar —de un modo quizá algo inusual— y ahora hacer las veces de abuelo, también de un modo bastante *sui generis*. Lanny solo era unos años mayor que Denis *fils* y Charlot, pero le había prometido a su madre agonizante que cuidaría de ellos, y cada vez que iba a París rara vez no intentaba hacerles una visita. Se interesaba sinceramente por su situación y ellos a su vez le informaban diligentemente acerca de sus vidas y aceptaban los consejos que él consideraba oportuno darles —aunque en la mayoría de las ocasiones no tuvieran la menor intención de seguirlos.

Los negocios de Robbie le arrastraban a menudo a París, donde siempre se reunía con Denis y ambos debatían sobre el estado de las cosas en Norteamérica y Francia y en aquellas naciones cuyos asuntos estaban ligados a ellas de uno u otro modo. Ambos eran sensatos hombres de mundo que albergaban las mismas esperanzas y se sentían frustrados por los mismos males. A los dos les gustaba salirse con la suya en todo lo que hacían, aunque solo obtenían éxito hasta cierto punto. Los dos sentían que de algún modo no encajaban y ambos tenían hijos que se empeñaban en decirles lo que estaba bien y lo que estaba mal, por lo que cada vez que los padres se encontraban, se confortaban mutuamente y formaban una suerte de alianza contra los demagogos y contra la nueva generación.

Denis tenía más de setenta años y era un hombre atractivo de cabellos grises y rostro aristocrático. Los vicios que habían terminado con su matrimonio no parecían haber perjudicado demasiado su salud. Lanny sabía por las malas lenguas que el caballero sentía una desafortunada debilidad por las muchachas vírgenes, aunque Denis jamás había mencionado la cuestión. Tiempo atrás, e impulsado por la curiosidad, Lanny le había comentado a su padre la curiosa aflicción del francés entrado en años. ¿Cómo encontraba uno muchachas vírgenes? ¿Había comerciantes especializados en tales artículos en los lujuriosos bajos fondos parisinos? ¿O era necesario poner un anuncio en el periódico: «Se buscan vírgenes. Se pagará generosamente. Imprescindible referencias»? Habiendo vivido casi toda su vida en el *beau monde*, Lanny no había tardado en comprender que una digna e incluso austera fachada, la mejor *tournure*, la dicción y los modales más exquisitos no excluían la

posibilidad de ciertas prácticas secretas —divertidas o repugnantes, dependiendo del gusto de cada cual.

IV

La cena fue servida en el salón de la *suite* de Robbie para que los cuatro caballeros pudieran conversar en privado. Denis era una persona práctica y realista, por lo que no resultaba necesario andarse con delicadezas a la hora de dirigirse a él. En cuanto el camarero abandonó la habitación, Robbie dijo:

—Tengo un proyecto que quizá te interese.

A lo que el otro respondió:

—Cuéntamelo, no me hagas esperar.

Robbie acometió su perorata y expuso sus ideas con el mismo detalle y cuidado que Daniel Webster o Jean Jaurès habrían dedicado a alguno de sus discursos. Ya había hablado largo y tendido sobre ello en numerosas ocasiones, llevando a cabo pequeñas variaciones dependiendo del público al que se dirigía. No era necesario señalar la importancia de la aviación en el mundo moderno. Además, el francés se había pronunciado ya sobre el tema en diversas ocasiones. De hecho, señaló Robbie con suma delicadeza, la opinión de Denis había sido uno de los motivos que le habían empujado a abordar este proyecto. Se encontraba en Francia porque conocía la profunda preocupación de su amigo por los obsoletos sistemas antiaéreos franceses y Lanny le había hablado sobre la campaña de rearme que estaba llevando a cabo el general Goering, comandante de la Fuerza Aérea alemana.

—Hay una cosa de la que puedes estar seguro —dijo Robbie—, de que nunca habrá guerra entre mi país y el tuyo. De modo que si tengo éxito a la hora de construir la mejor fábrica de aviones del mundo en un lugar donde Goering no pueda alcanzarla, el resultado será beneficioso tanto para la *patrie* como para los inversores particulares. Es posible que presente mi propuesta a los alemanes, pero conoces bien mis sentimientos hacia Francia y sabes que preferiría ayudar a tu país antes que a sus enemigos.

Robbie no dijo, sin embargo, lo que haría en el caso de que los capitalistas franceses no lo apoyaran. Por otra parte tampoco manifestó que bajo ninguna circunstancia estaba dispuesto a acudir a Alemania. Algo así habría sido

excesivamente sentimental e impropio de un hombre de negocios. Además, Denis no le habría creído. Los empresarios siempre hablaban partiendo de la base de que el mercado era un campo abierto que las técnicas modernas habían ido ampliando hasta abarcar el mundo entero. Budd-Erling —así se llamaba la nueva compañía— produciría aviones para el mercado mundial y sin favoritismos.

—Tendremos unos precios y unas condiciones de pago, con una única regla eso sí: el que primero llegue, antes será atendido. Su dinero es tan bueno como el de cualquiera y no le preguntaremos por su nacionalidad, por su orientación política o religiosa ni por el color de su piel o su bandera.

El propietario de la compañía de taxis de París dijo que a su modo de ver la propuesta de Robbie era sólida. Hizo muchas preguntas que Robbie respondió en profundidad. El norteamericano tenía todos los detalles en una carpeta repleta de documentos e informes y el francés le pidió que se la dejara para estudiarlos antes de decidir lo que haría. Se ofreció a mostrársela a algunos de sus amigos y Robbie le dijo que regresaría a París después de una breve estancia en Londres. Todo había salido a pedir de boca en cuestión de negocios, de modo que pasaron a hablar de política —un terreno en el que la mayoría de las cosas no iban precisamente bien.

El asesinato de Barthou había sumido en el caos a la política francesa. El ministro de Asuntos Exteriores era uno de los últimos patriotas auténticos que quedaban en el país. ¿Quién ocuparía ahora su lugar? Se estaban llevando a cabo encuentros y reuniones y estaban tirando de algunos hilos. Denis explicó que tendría que marcharse enseguida, pues también él debía tirar de algunos. Se encontraban en un momento de extremo peligro para Francia. Hitler era un loco que estaba rearmando su país a toda velocidad y sus agentes estaban muy ocupados intrigando y provocando revueltas y conflictos en numerosos países europeos, grandes y pequeños. Entretanto, Francia se hallaba desgarrada a causa de todo tipo de conflictos internos. ¿Cómo encontraría la patria a un amigo y protector?

Una vez más Lanny Budd tenía ocasión de observar en persona el caldero hirviente de la *haute politique*, y una vez más podía oler la fétida pestilencia que de ella emanaba. Desgraciadamente, Marianne, *la douce, la belle*, ya no tenía a ojos de Lanny el mismo brillo de otro tiempo. Ya no era la romántica criatura que él había imaginado durante su feliz juventud. Entonces la había amado, a ella y a todos sus hijos, ricos y pobres, que vivían en la hermosa Costa Azul donde se encontraba su hogar. Ahora, sin embargo, la vieja gloria de Marianne había adquirido un tinte anodino y gris. Su honor se vendía al

mejor postor cada día en las plazas públicas y el clamor de los chamarileros se escuchaba día y noche. Los políticos franceses no eran más que títeres del Comité des Forges, de los grandes bancos y de las *deux cents familles*. El patriarca de una de esas familias de plutócratas había filtrado recientemente detalles sobre los precios que se habían pagado y los servicios que habían sido prestados. Estaba harto de arribistas y demagogos —exceptuando claro está a los que él mismo había contratado.

Denis les dijo que corrían rumores de que Pierre Laval sería el sucesor de Barthou, un político al que al parecer de Bruyne conocía bien. Como la mayoría de los posibles candidatos, el hijo del tendero había comenzado su carrera política defendiendo a la izquierda, pero en cuanto llegó al poder optó por llenarse los bolsillos. Ante el peligro de verse expuesto públicamente por sus reiterados escándalos, había decidido ponerse a salvo delatando a algunos de sus colegas de partido. Había comprado diversos periódicos por toda Francia y actualmente estaba adquiriendo emisoras de radio, algo extremadamente útil a la hora de obtener apoyo financiero y ocultar sus intrigas políticas. Se había convertido en un conservador en toda regla, hasta tal punto que incluso Denis parecía dispuesto a aceptar de buen grado sus actuales posicionamientos políticos. De hecho, tan ansioso se había mostrado por preservar sus propiedades que se había convertido en un objetivo evidente para los chantajistas nazis. Un hombre tan acaudalado ya no podía pensar en Francia sino únicamente en proteger su propia fortuna.

Después de decir todo esto y habiendo debatido en detalle sobre ello, de Bruyne añadió: «Ahora tendréis que excusarme, pues tengo una cita con ese *fripon mongol*», ese bribón mongol.

V

A la mañana siguiente Beauty Budd llegó en tren a París, procedente de Calais, y Lanny acudió a recibirla a la Gare du Nord. Era un hijo devoto que adoraba a su madre, una mujer en todo su esplendor, aunque él aprovechaba cualquier ocasión para burlarse de sus debilidades. Ahí estaba descendiendo de su *wagon-lit*, toda ella rosa y oro, ataviada con un vestido de gasa gris y una boa de piel a juego. Cuando la besó, ella le dijo: «Procura no despeinarme,

querido. Ya estoy hecha unos zorros». Y Lanny, sin dejarse intimidar, le respondió: «Eres una rosa imperecedera sin un solo pétalo fuera de sitio».

No pregunten su edad, sería una grosería. Era la madre de un hombre que cumpliría treinta y cinco años el próximo mes y trataba a toda costa de evitar tan recurrente calamidad. Mentalmente ella iba reduciendo la edad con que había tenido a su hijo, y no hacía mucho había leído en la prensa un artículo acerca de una muchacha indígena que había dado a luz a un hijo en Perú con tan solo cinco años. Cuando una mujer ha sido tan hermosa que incluso su nombre habla de su belleza y a lo largo de toda su vida los hombres se han dado la vuelta en hoteles y restaurantes para mirarla por segunda vez, cuando ha sido inmortalizada en numerosas ocasiones por pintores de talento y ha disfrutado durante demasiado tiempo de tales glorias, tarde o temprano ha de llegar el día en que las lágrimas caigan por sus mejillas cuando se mire al espejo por las mañanas, y entonces se apresure a coger los pinceles dispuesta a embadurnar su rostro con los mejores cosméticos.

Por otra parte, una también se ve obligada a escoger entre el *embonpoint*[2] y las arrugas, aunque en este caso el destino se había encargado de decidir por Beauty Budd. El cuenco de nata sobre la mesa era su peor enemigo. Mientras un millón de mujeres en Londres y París se esforzaban en vano por conseguir una ración diaria de alimento digno, ella fracasaba miserablemente en todos sus intentos por controlar lo que comía. Siempre estaba probando nuevas dietas. El problema era que al comer poco se sentía mareada y caía en la tentación de pecar con alguna que otra chocolatina entre comidas que consistían, por ejemplo, en una diminuta chuletilla de cordero con pera y pepino y sin ningún aliño. Después de contarle sus miserias, Beauty le preguntó por el funeral y enseguida tuvo que sacar su delicado *mouchoir* para enjugarse las lágrimas, pues Mamá y Rahel eran amigas muy queridas y compañeras de numerosas travesías en yate y ella era una mujer bondadosa y de corazón tierno. Si alguna vez le había hecho daño a algún ser humano sería únicamente porque el sistema social en el que vivía era demasiado complicado para que ella pudiera comprender las consecuencias de sus actos.

Robbie Budd siempre la había apoyado sin reparar en gastos desde que se enamorara de ella cuando la conoció siendo la joven modelo de un pintor en la ciudad del placer. El joven norteamericano en París había reconocido a su hijo a pesar de la férrea oposición de su puritana familia. ¿Cómo iba ella a negarse a hacer por él cuanto pudiera? Gracias a su perfecta combinación de belleza, amabilidad y encanto había sido capaz de cultivar la amistad de personas muy ricas e importantes. Y si Robbie necesitaba reunirse con ellos para hacer

negocios, ¿por qué no iba ella a ayudarle? Robbie nunca engañaba a nadie. Lo que él vendía era lo que ellos deseaban comprar. Y si se trataba de armas y municiones, ¿qué mal podía hacer? Ahora también vendería aeroplanos. Bueno, podría darles a elegir si los utilizaban para la paz o para la guerra. Nadie tenía más motivos que la madre de Lanny para odiar la muerte y la destrucción. No tenía costumbre de morderse la lengua y siempre había hablado alto y claro, y por ello también se había ganado algunas enemistades. Sin embargo, no había logrado cambiar el aciago destino de este viejo continente.

Robbie era un hombre casado y tenía ya varios nietos. Beauty era una mujer casada y con una nieta tenía más que suficiente. Tenía reservada su propia *suite* en el hotel, y cada vez que se encontraba con Robbie ambos se estrechaban la mano como dos viejos amigos y se comportaban con tal corrección que hacía mucho tiempo que los chismosos habían dejado de interesarse por ellos. Después de instalarse, Beauty se arreglaría para la ocasión y se dispondría a hacer un montón de llamadas telefónicas para organizar una serie de eventos. Esposas de capitalistas retirados y viudas de poderosos banqueros sabrían que Robbie Budd, el vendedor de armas norteamericano, estaba en París para poner en marcha un nuevo proyecto que sería de vital importancia para la defensa de Francia, y que por otra parte podría rendir beneficios de un veinte o un treinta por ciento en el plazo de uno o dos años.

VI

Mientras tanto Lanny se dirigía en coche con su padre al Château de Balincourt, residencia en otro tiempo del rey Leopoldo, desastroso monarca de los belgas, y actual refugio de *sir* Basil Sájarov, rey de las armas de Europa retirado y caballero comandante de la orden del Imperio británico y gran oficial de la Legión de Honor de Francia aún en activo. El anciano caballero había cumplido ochenta y cinco años y tenía por costumbre recibir a muy pocas personas. Lanny Budd, sin embargo, poseía una llave capaz de abrir las puertas de su castillo y también de su corazón. No solamente por haber conocido a la noble dama española que fuera su esposa sino porque había

recibido mensajes suyos desde el más allá por obra y gracia de una médium polaca que había conocido en uno de sus viajes. *Sir* Basil estará encantado de recibir al señor Budd y a su hijo, había dicho su secretario por teléfono. ¿Sería posible que les acompañara también en su visita *madame* Zyszynski?

Robbie discutía con su hijo acerca de cuál sería la mejor estrategia para abordar al más precavido de los hombres.

—Háblale de la duquesa —dijo el padre—. ¿Recuerdas alguna cosa que pueda hacerle entrar en calor?

—Beauty ha estado recopilando algunos mensajes interesantes en la residencia de los Caillard —respondió el hijo.

—¡Estupendo! Háblale de ello. Y si eso no funciona puedes decirle que los espíritus ahora viajan en avión. ¡Eso atraerá su atención!

Robbie dijo esto con una mueca sardónica. No pretendía que su hijo se inventara ninguna historia sobre la esposa fallecida de Sájarov en el otro mundo, aunque si Lanny le proponía hacerlo no sería él quien se lo impidiera. Está muy bien tener escrúpulos, pero es recomendable hacer uso de ellos con suma discreción, y nunca mientras se hacen tratos con una vieja araña, un curtido lobo, un viejo demonio que a lo largo de más de una generación ha manipulado el destino de las naciones de Europa con la misma facilidad con que otros hombres mueven sus piezas sobre un tablero de ajedrez.

Un lacayo salió a recibirlos y los examinó de arriba abajo. Evidentemente tenía sus órdenes y no iba a dejar entrar a cualquiera. Después el portón volvió a cerrarse tras dejarles paso y la pareja continuó a bordo del coche por la amplia avenida que conducía hacia el *château* de piedra vista: dos plantas y poca altura, pero con dos amplias y grandiosas alas que se extendían a ambos lados del cuerpo central del edificio. Un criado tocado con turbante hindú los invitó a entrar. Todos sus sirvientes eran originarios de Madrás. Era un día húmedo y frío y el amo del castillo, vestido con una chaqueta de esmoquin de color verde, estaba sentado frente a la chimenea encendida de la enorme biblioteca cuyas macizas estanterías se elevaban a dos alturas con un balcón que mediaba entre ambas protegido por una gruesa barandilla de bronce. ¡Todos esos libros!, pensó Lanny mientras los contemplaba con avidez. Dudaba que media docena de ellos hubieran sido abiertos a lo largo del último año. El anciano no conservaba ni un solo cabello en la cabeza pero aún lucía su poblada barba blanca estilo Imperial. Su piel estaba arrugada y amarillenta como un viejo pergamino. No se levantó de su asiento ni hizo ademán de saludarlos con sus temblorosas manos pero los invitó a sentarse con un cordial

tono de voz en las sillas que los sirvientes habían preparado especialmente para ellos.

—*Sir* Basil —dijo Lanny sin perder el tiempo—. ¿Se ha enterado de que hay noticias de Birdie?

—Ya nadie se molesta en contarme nada —respondió el otro con aire abatido.

—Mi madre estaba ansiosa por contárselo.

Beauty Budd y el caballero comandante de la orden del Imperio británico hablan sido invitados de *lady* Caillard en Londres poco antes de que esta falleciera. La dama había sido una fervorosa espiritista y antes de morir había prometido a sus amigos —como era habitual en esos círculos— que se comunicaría con ellos desde el otro lado. Había vivido rodeada de médiums, por lo que era inevitable que tarde o temprano alguno de ellos empezara a recibir mensajes suyos. Birdie, como era conocida, había sido una mujer muy sentimental pero con poco cerebro, de modo que era de esperar que sus palabras desde el más allá presentaran esas mismas características. Por el contrario Vinnie —como era conocido entre sus amigos *sir* Vincent Caillard —, antiguo socio de Sájarov en la firma Vickers-Armstrong, no había sido ningún idiota en vida, por mucho que se hubiera empeñado en creer que era tan buen compositor como vendedor de armas. Sájarov conocía su manera de pensar y también sabía muchos de sus secretos. Ahora, sin embargo, se limitaba a escuchar atentamente mientras Lanny le contaba todo lo que podía recordar de las sesiones de espiritismo.

—¡Oh, Dios! ¡Ojalá pudiera creer todo lo que me cuentas! —exclamó el viejo solitario.

Su barba oscilaba en el aire mientras hablaba y entonces el viejo se inclinó hacia delante hendiendo el aire con su ganchuda nariz como si esperara olfatear los verdaderos pensamientos del joven. Lanny sabía que actualmente solo era capaz de pensar en una cosa: ¿volvería a ver alguna vez a su amada duquesa, la única persona que de verdad le había importado en su larga vida? Deseaba creerlo con todas sus fuerzas pero odiaba igual de intensamente sentirse engañado. Quería saber la opinión de Lanny. Pero ni siquiera así podía tener la certeza de que el joven estuviera siendo honesto con él. No era fácil para una persona que se ha pasado tres cuartas partes de un siglo tratando de ser más listo que sus rivales creer ahora que alguien iba a ser franco con él.

Se sentaron muy cerca el uno del otro mirándose fijamente durante un largo rato. Era lo más parecido a la intimidad que jamás alcanzarían en su extraña relación.

—Dígame, *sir* Basil —preguntó el más joven—. ¿Profesa usted alguna religión?

—Ninguna, me temo —fue la respuesta—. He deseado hacerlo, pero ¿cómo puede ningún dios permitir las cosas que he visto en este mundo?

—Quizá Dios decidió que los hombres debían labrarse su propio destino.

—¿Un Dios que los ha creado de este modo?

—Entonces, en su opinión, ¿somos un accidente?

—Esa es la suposición más diplomática que me atrevería a hacer acerca de este universo.

Quizá aquello fuera una muestra de su sentido del humor, quizá pura tragedia. Aunque Lanny supuso que había un poco de cada en sus palabras.

VII

Robbie Budd no habría interrumpido esa conversación ni por todo el oro del mundo. Escuchaba, observaba y reflexionaba, como buen psicólogo empírico que era. La cuestión que sopesaba no era dónde iba a pasar *sir* Basil los años que le quedaban de vida, sino qué iba a dejar tras de sí. Una persona que no apreciara a Robbie quizá habría pensado que lo que le movía era la codicia, pero Robbie se habría limitado a despreciar en silencio semejante opinión. Solamente él sabía la respuesta, aunque también Lanny la conocía desde su más tierna infancia: Robbie era un hombre de acción y el dinero era el mejor medio para terminar lo que empezaba.

Se pusieron de acuerdo para que *madame* Zyszynski, la médium, visitara pronto Balincourt y *sir* Basil pudiera averiguar lo que Birdie deseaba decirle. En ese momento el anciano pareció darse cuenta de que no estaba siendo muy cortés con su invitado de más edad. Se volvió para mirarle y dijo: «Bueno, señor Budd, a qué se dedica últimamente».

Esa era su oportunidad y Robbie estaba decidido a aprovecharla.

—He venido a pedirle consejo, *sir* Basil —su anfitrión respondió que se lo daría si estaba de su mano hacerlo, y Robbie continuó—: Llevo tiempo estudiando la actual situación mundial, basándome en los mejores datos que se pueden obtener, y he llegado a la conclusión de que la industria del futuro es

la aviación. Creo que será para la próxima generación lo que el coche ha sido para la última.

El anciano escuchaba y asentía de cuando en cuando mientras Robbie elaboraba su tesis. Sí, era cierto. Él no estaría vivo para presenciarlo pero era inevitable. Ninguna nación que no dominara los cielos sería capaz de defenderse durante la próxima guerra. Si el señor Budd estaba interesado en comprar acciones seguras de la industria aeronáutica este era el mejor momento para hacerlo.

—No es eso exactamente lo que he estado pensado, *sir* Basil —dijo Robbie, y continuó explicándole su sueño de construir una factoría en el lugar perfecto—. Las fábricas de aviones construidas hasta ahora han sido un juego de niños y empleaban técnicas concebidas para operaciones a pequeña escala. Lo que tengo en mente es aplicar los principios de la producción en serie a este nuevo proyecto. Quiero llevar los aviones a la cadena de montaje.

—Ese es un proyecto muy ambicioso, señor Budd.

—Por supuesto. Pero si la industria es grande también lo serán los pedidos. Tarde o temprano alguien se va a convertir en el próximo Henry Ford del aire. Él mismo lo intentó, pero se rindió… justo cuando el éxito por fin era posible.

Ahora le tocaba a Lanny escuchar, observar y pensar. También él tenía algo de psicólogo, aunque en absoluto empírico. El viejo plutócrata adquirió de repente el aspecto de un gnomo de barba blanca sentado sobre una montaña de oro que observaba con ojos atemorizados a cualquier criatura que osara aproximarse. Llegados a ese punto el viejo estaba seguro de que lo que Robbie Budd quería era su dinero. ¡Y mucho! La conversación había perdido por completo el tono distendido que tenía mientras hablaban sobre Vinnie y Birdie. ¡Y eso significaba peligro!

No obstante, tampoco se sintió capaz de poner fin abruptamente a la entrevista. El visitante hablaba de beneficios, de magníficos dividendos dignos de los viejos tiempos. Hacía treinta años que el caballero comandante y gran oficial conocía a Robbie Budd y le consideraba un individuo capaz y digno de confianza. No era un especulador ni un promotor de dudosa reputación sino un hombre de negocios que ponía toda la carne en el asador para obtener de su dinero el mayor rendimiento posible. En la Conferencia de Génova, donde Robbie había hecho las veces de agente de Sájarov, había actuado con gran habilidad. Después, Sájarov había contribuido a la aventura de la New England-Arabian Oil —otro proyecto de Robbie—, exprimiéndolo hasta donde le fue posible sin llegar al punto de mostrar desprecio por su socio.

No era posible ignorar sin más la propuesta de un hombre como él. Le resultaba difícil contener la excitación, aunque solo fuera al escuchar el tono de voz y los gestos con que aquel hombre se expresaba. ¡Ah, los viejos tiempos! Zacarías Basileos Sahar o Zahar, nacido de padres griegos en una choza campesina en Turquía, se había convertido en el auténtico dueño de Europa en la sombra y podía decir, como el antiguo héroe griego, que había visto y aprendido mucho: ciudades y hombres, costumbres, climas, gobiernos y tiranías. Y casi todos le habían cubierto de honores. Aunque no podía decir exactamente que había paladeado personalmente las mieles de la batalla junto a sus compañeros en las ventosas llanuras de Troya, al menos tenía derecho a afirmar que había enviado a otros cientos de hombres a disfrutar de tan dudoso néctar. Tan ventosas llanuras estaban en las inmediaciones del pueblo de Mugía —donde Zacarías Basileos había comenzado su carrera— y también del escenario en el que hacía doce años un ejército financiado por él mismo había sido aplastado por los turcos.

VIII

Robbie Budd hablaba apasionadamente sobre la conveniencia de elegir Montauk Point, por lo sencilla que sería su defensa, y sobre la seguridad del estuario de Long Island y sus ríos afluentes como lugar idóneo para instalar un bastión de la industria bélica. Hablaba de las conexiones ferroviarias y del acero que sería transportado desde los Grandes Lagos a través del canal Eerie y del río Hudson. Describió la fábrica de acero y cristal que construiría. Una factoría climatizada que funcionaría durante las veinticuatro horas del día. Le mostró los planos de su motor radial refrigerado a Sájarov, que había sido propietario de decenas de miles de motores. Para los componentes más ligeros, Robbie iba a utilizar magnesio, un material ignorado por la industria. Una mínima parte de la sustancia era sumamente inestable pero él disponía de un método para extraer automáticamente las partículas peligrosas. En lugar de insertar los componentes a la manera tradicional, es decir, a golpe de martillo, pensaba congelarlos utilizando aire líquido, de modo que al recuperar su temperatura normal quedaban fijos para siempre. Cuando pusiera a prueba sus

motores, lo haría conectándolos a los mismos generadores que producirían electricidad para su planta.

El enérgico y apasionado yanqui exponía sus inagotables ideas y el rey del armamento le observaba fascinado como una cobra mira al encantador de serpientes.

—Soy un anciano, señor Budd —alegó con patetismo—. Mis médicos me recomiendan que evite cualquier fuente de tensión. Ya tengo mis inversiones seguras y, sinceramente, me perturba la idea de cambiarlas.

—Entiendo, *sir* Basil —concedió el promotor—. Pero este es el tipo de oportunidad que solo se presenta unas pocas veces en la vida. Se trata de una industria en auge, una industria que pronto desbancará a todas las demás. Valoraremos la facturación cada pocos meses. No quiero exagerar, pero he estudiado el asunto en profundidad y nada puede impedir que obtengamos enormes beneficios.

El efecto de aquellas palabras sobre la psique del anciano y avaricioso mercader griego fue inmediato. Era como un alcohólico que tiempo atrás renunció a la bebida pero es incapaz de resistirse al olor de su brebaje favorito. Como decía Rip Van Winkle: «¡Esta vez no cuenta!». Lanny, que no dejaba de observarlo, creyó ver cómo un destello se reflejaba en sus fríos ojos azules. Sus dedos temblorosos se estiraban para alcanzar el tesoro y la blanca barba estilo Imperial temblaba a causa de la excitación.

¿Para qué quería él más dinero? ¿Qué iba a hacer con él? Ahí estaba, con un pie en la tumba —si no los dos—. Su futuro no podía depararle ya grandes cosas. ¿Acaso iba a llevarse consigo al otro barrio sus acciones de Budd-Erling? Sin embargo, Sájarov siempre quería más. Estaba en su naturaleza.

Robbie jugaba con ventaja, pues estaba muy bien informado sobre los negocios del viejo: conocía a sus colaboradores, sus abogados, sus consejeros de más confianza. Robbie ya había hablado con uno de ellos y quizá —¿quién podría decirlo?— le había prometido un *douceur*, una pequeña propina. Sabía lo fácil que sería para Sájarov vender bonos por valor de un millón de dólares para comprar preferentes de Budd-Erling y otro tanto de acciones comunes a modo de cebo. Robbie agitaba ahora su propio señuelo ante la prominente nariz de *sir* Basil y él la seguía de un lado a otro. Lanny sabía que su padre estaba decidido a entrar a matar y el procedimiento le revolvía ligeramente el estómago, pero decidió que tan solo se estaba dejando llevar por el sentimentalismo. ¿Quién se iba a preocupar por el destino de una vieja araña, un lobo achacoso, un demonio casi centenario?

Después de todo Sájarov obtendría unos buenos beneficios por su dinero. Construirían un maravilloso edificio con una larga cadena de montaje siempre en movimiento, donde se irían ensamblando componentes que descenderían de una cinta transportadora hasta dar forma a modernos aeroplanos que abandonarían la fábrica desplazándose sobre sus propias ruedas y listos para elevarse en el aire. Todo esto perduraría mucho tiempo después de que *sir* Basil se hubiera reunido con su duquesa, tanto como la misma civilización —junto con sus títulos de propiedad—, de tal modo que sus descendientes seguirían recibiendo cheques con los beneficios de su inversión y pagaderos por el First National Bank de Newcastle, Connecticut.

Finalmente, *sir* Basil se quedó con un copia del «plan» de Robbie que prometió estudiar. Si lo encontraba interesante —y fiel a los planteamientos expuestos por el norteamericano— se uniría al proyecto, aunque no precisó cuánto dinero aportaría. En cualquier caso no tardaría más de dos días en responder a la propuesta. El promotor estaba de muy buen humor durante el viaje de regreso a París. Esta había sido su mejor jornada de trabajo desde el comienzo de la Depresión, dijo. ¡No se puede detener a un hombre decidido!

IX

Lanny debiera haber hecho honor al nombre de su padre participando en la construcción de la nueva gloria de los Budd. Robbie había albergado esa esperanza durante años pero finalmente se había rendido. En Connecticut estaban los dos hijos que le había dado su esposa. Muchachos responsables, rondando ya la treintena, que llegado el momento se convertirían en su mano derecha y su mano izquierda. Lanny vendería algunas de sus acciones y aportaría dinero al proyecto de su padre y después seguiría tocando el piano, buscando obras de arte para sus clientes y soñando con un mundo menos cruel.

Después de despedirse de su padre decidió dar un paseo vespertino por las hermosas calles de París en la más hermosa estación del año. Quería visitar a una persona aunque no podía decírselo a su padre. Quizá a su madre —ella no se opondría a que visitara a su propio hermano, que la quería y jamás le había hecho el menor daño—. En el caso de Robbie, sin embargo, supondría

entablar una discusión, ¿y de qué le serviría? Lanny tampoco se lo contaría a su esposa, pues tal cosa implicaría un nuevo enfrentamiento y una pérdida de tiempo aún mayor.

Lanny Budd, atractivo y rico —el tipo de hombre al que muchos considerarían un favorito de la fortuna—, tenía un vicio secreto. Como tantos otros aquejados del mismo mal, había descubierto con el tiempo lo que la gente opinaba acerca de su debilidad y desarrollado, en consecuencia, ciertas estrategias para protegerse. No le gustaba mentir, de modo que cada vez que se disponía a llevar su vicio a la práctica solía incluir en su periplo la inocente ocupación de buscar obras de arte. De ese modo, cuando Irma le preguntaba qué había estado haciendo, él respondía: «Mirando cuadros». Había aprendido a mantener en secreto cualquier aspecto de su vida relacionado con dicha «afición» que pudiera despertar la suspicacia de su esposa. Ojos que no ven, corazón que no siente. Ese es el lema de los maridos que pecan.

El hecho de que se negara a reconocer su vicio como tal era algo importante para él pero desgraciadamente no para Irma. Otra amarga lección que había tenido que aprender era que la diferencia entre vicio y virtud no es más que una mera cuestión de palabras cuando hace desgraciada a la persona amada. Ya habían discutido hasta lo indecible sobre la cuestión pero no habían resuelto nada. De modo que Lanny había optado por construir un muro en torno a esa parte de su vida y de su mente con el fin de ocultársela a sus amigos y sobre todo a la mujer que más quería.

El vicio de Lanny era su afición a hablar con comunistas. Le gustaba reunirse con ellos y escucharles discutir sobre el estado del mundo y sus propuestas para mejorarlo. Cada vez que expresaba su propia opinión se veía enzarzado en discusiones también con ellos, aunque para él eso era parte de la diversión. No le importaba que esos hombres atacaran el sistema gracias al cual él podía permitirse llevar una vida de lujos. Ni siquiera le importaba que le acusaran de ser un vago, un *playboy* o un parásito. Tampoco tenía nada que objetar cuando le pedían dinero y no mostraban la menor gratitud, pues consideraba que ese dinero no era suyo y no tenía ningún derecho a poseerlo, ya que pertenecía al proletariado, a los desheredados de la tierra —en otras palabras, a ellos mismos—. Ese tipo de cosas enfurecían a Irma, pero Lanny se limitaba a escucharlas con una irónica sonrisa en los labios.

Había algo extraño en él que ni Irma ni sus amigos eran capaces de desentrañar. Algunos le tildaban de «cobarde», aunque nunca delante de Irma. El nieto de los Budd estaba convencido de que no tenía derecho a poseer tanto dinero y, peor aún, tampoco lo tenía Irma. Aquello era como una espina

clavada en lo más profundo de su conciencia. Se estaba infectando y ningún tipo de cirugía podría extraerla ya. Como consecuencia de esto se comportaba como si estuviera en deuda con todos aquellos alborotadores de la paz social, lo que a menudo le convertía en su víctima propiciatoria, en una suerte de molusco de delicada cáscara en un océano repleto de criaturas de pétreo caparazón. Irma tenía sus propias ideas sobre esos «parásitos». Para ella esos hombres no eran más que los cascarrabias insatisfechos, los blandengues maniáticos que le escribían cartas a su marido y asediaban su hogar en una cruzada cuyo objetivo era volcar su miseria sobre los corazones ajenos y descargar sobre sus hombros el lastre que les impedía prosperar.

Irma había intentado aceptar todas esas contrariedades de buen grado hasta el año pasado. Pero el episodio de la familia Robin había agotado su paciencia. En su opinión, todas las desgracias de la familia eran consecuencia de las andanzas de Hansi, el comunista, de Freddi, el socialista, y de la incapacidad del cabeza de familia para controlar a sus dos hijos descarriados. Iba aún más allá y señalaba a los bolcheviques como responsables de todos los males de Europa. Sus amenazas de una guerra de clases y sus sistemáticos saqueos eran causa directa, primero, del fascismo en Italia y, después, del nazismo en Alemania. Naturalmente, en cuanto las clases acomodadas descubrieron que no estaban a salvo por las noches en sus camas habían contratado a alguien para que los protegiera. ¿Acaso no habían hecho lo mismo Irma y Lanny para proteger a su pequeña, la «niña de los veintitrés millones de dólares»? Irma estaba dispuesta a admitir que Mussolini, Hitler y Goering no eran tipos precisamente amables. Sin embargo, quizá era lo mejor que los miembros de las clases pudientes habían sido capaces de encontrar en plena emergencia. Así se expresaba, vigorosa y frecuentemente, la hija y heredera de J. Paramount Barnes, otrora magnate de los servicios públicos.

X

El tío Jesse Blackless seguía viviendo en el mismo apartamento de un barrio de clase obrera donde Lanny se había acostumbrado a visitarle. El hecho de que se hubiera convertido en diputado de la República francesa no había supuesto grandes cambios en su vida, exceptuando quizá su decisión de casarse

con la joven comunista francesa que había sido su compañera durante más de diez años. La sala de estar del piso seguía haciendo las veces de estudio, en una de cuyas esquinas almacenaba sus cuadros. Cuando Lanny llamó a la puerta estaba ocupado pintando uno. Un pequeño *gamin* le servía de modelo y en cuanto vio a su sobrino le dio unos francos al muchacho y le dijo que podía marcharse. Después encendió su vieja pipa y se sentó en su desvencijada silla dispuesto a «pegar la hebra» durante un buen rato.

Tenían muchas cosas de qué hablar: asuntos familiares, la presencia de Beauty en París y el nuevo proyecto millonario de Robbie; el negocio artístico de Lanny —lo que había vendido recientemente y lo que había visto en la Muestra de ese otoño—; los últimos acontecimientos políticos, el asesinato de Barthou y la posibilidad de que Laval ocupara su cargo; Lanny le contó lo que Denis de Bruyne había dicho acerca de ese *fripon mongol*, un dato muy útil que Jesse sin duda sacaría a colación en su próximo discurso ante la Cámara. Por supuesto, sin revelar su fuente de información.

Calvo, enjuto y arrugado, Jesse Blackless era el tipo de hombre al que la gente suele referirse como «todo un personaje». Quizá había nacido siéndolo, pero el hecho es que ahora se aferraba a esa categoría por una simple cuestión de principios. La pequeña pensión que recibía de los Estados Unidos le habría permitido vestirse con un traje nuevo y bien planchado, aunque había decidido conformarse con uno que evidenciara más fielmente los colores preferidos de su paleta. Lo mismo ocurría en lo referente a sus costumbres. La elegancia era un símbolo de casta y él había decidido hacía mucho tiempo que pertenecía a la clase trabajadora, aunque nunca se había dedicado a otra cosa que no fuera pintar cuadros o escribir discursos. Había decidido creer que todo lo que hacían los obreros era correcto y todo lo que hacían los ricos era una equivocación, pues tales eran los postulados deterministas de la doctrina económica por la que se regía.

Lanny nunca había podido encontrar una fórmula capaz de satisfacerle por completo, de modo que se divertía buscando las debilidades de su tío comunista. Los dos se soliviantaban durante sus discusiones y cada vez que se veían solían enzarzarse en una suerte de combates de boxeo mental. Jesse hablaba con ferocidad pero era básicamente un hombre de buen corazón que habría dado hasta su último franco —de hecho era algo que sucedía a menudo — para ayudar a un camarada en apuros. Lo único que quería era un mundo más justo y para lograrlo lo primero que había que conseguir era que los ricos dejaran de sangrar a los pobres. Dado que el materialismo dialéctico había resultado ser ineficaz, tendrían que conseguirlo por medios más contundentes.

La noticia del funeral de Freddi Robin había sido reseñada tanto en *Le Populaire* como en *L'Humanité*. El primero lo celebraba como un evento socialista y el segundo lo tildaba de celebración antinazi, listo empujó al pintor a afirmar que cualquier intento de derrocar a los nazis que no pasara por el comunismo supondría un completo fracaso; a lo que Lanny respondió denunciando la inutilidad de intentar algo así sin contar con el apoyo de la clase media. Jesse dijo que la clase media había quedado hecha añicos a consecuencia de la crisis económica y que si de él dependiera podía irse al infierno. Lanny argumentó que, a pesar de las fórmulas marxistas, según las estadísticas la clase media cada vez era mayor en los Estados Unidos. Y así siguieron durante un buen rato.

De haber tenido ocasión de escuchar a su marido, Irma Barnes habría pensado que por fin había logrado convertirlo a su fe. O quizá no. Pues de haber estado ella presente, el marido se habría sentido impelido a ponerse en su contra. Su comportamiento no era fruto de la perversidad, diría él. Tan solo intentaba abordar el problema desde el mayor número de puntos de vista posibles y sentía la obligación de plantarle cara a todo aquel que se empeñara en ver únicamente un lado del problema. Soñaba con un orden social justo que se pudiera alcanzar sin recurrir a la violencia. ¡Pero, al parecer, en esta vieja Europa siempre se recurría a ella!

XI

La llegada al apartamento de la nueva señora de la casa puso fin a la discusión, pues Françoise, infatigable trabajadora y miembro del Partido Comunista, carecía del sentido del humor de los dos norteamericanos y se habría puesto furiosa al ver la actitud aparentemente frívola de Lanny al hablar de la noble causa que era su religión. Lanny siguió charlando un rato más por pura cortesía hacia la recién llegada y después se excusó diciendo que había quedado con su padre para cenar. Salió a pasear por las agradables calles de París a la dulce hora del crepúsculo y se detuvo en un par de tiendas de arte a cuyos dueños conocía y que se mostraron encantados de poder enseñarle algunos de sus productos. Esto serviría para limpiar su conciencia, pues de veras había estado «viendo cuadros».

Las damas de la calle enseguida mostraron un notable interés por aquel joven atractivo y bien vestido. De hecho, caminar solo por las calles de la *Ville Lumière* no era tarea fácil en ese sentido. A Lanny le gustaban las mujeres. Se había criado rodeado de ellas y sentía lástima por muchas, ya fueran ricas o pobres. Sabía que la naturaleza las había puesto en cierta desventaja, pues este no era un mundo para todo aquel que diera muestras de debilidad o dependencia. Observaba al caminar los rostros demacrados de las muchachas que se le acercaban. El maquillaje no conseguía disimular su estado de desnutrición y sus teatrales sonrisas no ocultaban la tristeza que acongojaba sus corazones. Al contemplar sus penosos intentos por parecer gráciles y elegantes, su propio corazón se encogía al ser testigo de tan fútiles esfuerzos por sobrevivir.

Entonces se le acercó una muchacha, más menuda y frágil que las demás y cuya manera de moverse denotaba cierto refinamiento. Cogió a Lanny del brazo y le dijo: «¿Puedo caminar con usted, *monsieur*?». Él respondió: «*S'il vous plait, Mademoiselle. Vous serez mon garde du corps*»[3]. ¡Una muchacha para mantener a raya a las demás!

El desconocido sacó su cartera y le dio un billete de diez francos que ella se apresuró a guardar en la manga de su vestido. No sabía lo que él pretendía pero no estaba mal para empezar. Y mientras caminaban juntos cogidos del brazo, él le preguntó de dónde era, cómo se las arreglaba para vivir y cuánto dinero ganaba. Como muchas otras chicas trabajaba como *midinette*[4] durante el día, pero el trabajo no era un bien seguro en estos tiempos terribles y el dinero no le alcanzaba para pagarse un techo y comida, por no hablar de ropa. La muchacha se dio cuenta de que había conocido a un caballero amable, y Lanny comprendió que lo que estaba sucediendo entre ellos podría ser fácilmente explicado acudiendo a las viejas fórmulas del determinismo económico. Después de todo, ella era una mujer y el tono de su voz y la presión de su mano en su brazo le hablaban de un modo más que elocuente.

Cuando llegaron paseando al punto en que la Rue Royale desemboca en la Place de la Concorde, Lanny dijo: «Ahora debemos despedirnos, tengo un compromiso». Y la joven respondió, esta vez con absoluta sinceridad: «*Je suis desolée, Monsieur*». Ella vio cómo entraba en el Hotel Crillon y se dio cuenta al instante de que se le había escapado un pez gordo. No obstante, los diez francos le alcanzarían para una buena cena y aún le quedaría dinero suficiente para desayunar.

XII

Lanny entró en el hotel. En el vestíbulo de suelos de mármol cubiertos por una deslumbrante alfombra roja habían tenido lugar grandes acontecimientos durante la Conferencia de Paz hacía ya quince años. Para el nieto de los Budd, aquel lugar siempre estaría embrujado por los fantasmas de hombres de Estado, diplomáticos y funcionarios de toda índole, vestidos con espléndidos uniformes algunos de ellos, otros con austeros trajes de riguroso negro. Muchos estaban ya muertos y enterrados en los más remotos rincones de la tierra, sin embargo, el mal que habían causado les había sobrevivido. Habían sembrado los dientes del dragón y los gigantes armados ya emergían de la tierra en Italia, Alemania y Japón. En otros lugares el suelo temblaba y ya se vislumbraban los redondos cascos de acero abriéndose paso hacia la luz. Lanny y algunos otros que, como él, creían comprender tan nefasta agricultura vaticinaban una aciaga y excelente cosecha, quizá la mayor en toda la historia de la humanidad.

Se acercó al mostrador para recoger su correo. Había una carta para él en un sobre barato, algo poco frecuente en ese refugio de privilegiados. A pesar de ello, era bastante común en la vida de Lanny, siendo él y su esposa objetivo habitual de constantes misivas mendigando dinero. Esta tenía matasellos de Londres y estaba dirigida a su dirección de Bienvenu, desde donde había sido reenviada. La caligrafía parecía extranjera, posiblemente alemana, y a Lanny no le resultó familiar. Abrió el sobre mientras caminaba hacia el *ascenseur* y extrajo de él una nota y un pequeño boceto del tamaño de una tarjeta postal. Al examinarlo con detenimiento descubrió que se trataba de un retrato de Freddi Robin y se detuvo bruscamente al instante, pues era un dibujo excelente.

Examinó la firma que cerraba la breve misiva: «Bernhardt Monck». Pero no conocía el nombre. La leyó:

> Estimado señor Budd:
>
> Debo comunicarle algo que sin duda le interesará. He viajado a Inglaterra porque tenía entendido que se encontraba usted aquí. Espero que reciba esta carta y le agradecería que respondiera lo antes posible, pues las circunstancias de quien escribe no le permiten prolongar demasiado la espera. No se trata de mí, como pronto entenderá, sino de otras personas.

El desconocido firmaba: «Respetuosamente», y había colocado en el interior del sobre esa pequeña clave, esa consigna o contraseña, que había conseguido que Lanny se estremeciera a causa de un escalofrío. Para un

experto en arte ese pequeño dibujo hecho a lápiz sin firma alguna, ni tan siquiera una inicial, constituía un mensaje inequívoco que ni el mejor código cifrado habría podido hacerle llegar. Cada trazo del dibujo parecía gritar: «¡Trudi Schultz!». La fecha que figuraba en la parte inferior del boceto —«octubre de 1934»—, rodeada con un círculo, le decía: «Me he enterado de que Freddi se está muriendo y enviado a tu encuentro a este mensajero». Trudi, una joven artista, había sido una de las profesoras de la escuela de Freddi en Berlín, y su estilo era inconfundible.

De haber sido Lanny una persona más sensata, si hubiera aprendido algo de las lecciones que la vida parecía querer enseñarle, habría guardado cuanto antes el pequeño dibujo en un cartapacio junto a otros tesoros artísticos, incluido un retrato suyo hecho por Jacolev y varios de John Sargent. En cuanto a la carta, debería haberla roto en pedacitos antes de arrojarla a esas alcantarillas de París que tan vividamente habían sido descritas en *Les Misérables*. Por supuesto se le pasó por la cabeza llevar a cabo tan prudentes acciones. Pensó en su mujer y en cómo se sentiría al descubrir la situación. Discutió mentalmente con ella. Nunca le había prometido que no volvería a tener contacto con comunistas o socialistas. Tampoco le había asegurado que no volvería a recibir noticias de Alemania o que dejaría de pensar en la lucha contra los nazis. Lo único que había dicho era: «No volveré a meterme en problemas con los nacionalsocialistas ni te haré infeliz a cuenta de mis actividades antinazis». No hacía daño a nadie reuniéndose con el mensajero de la joven y talentosa artista para averiguar qué le había ocurrido a ella, a su marido y los demás amigos de Freddi Robin —y suyos— que aún vivían en Alemania.

Eso mismo se repetía una y otra vez el «bebedor» empedernido: «Ahora estoy rehabilitado. Todo va bien y estoy a salvo. No volveré a tocar el alcohol en ninguna de sus formas. Salvo un vaso de cerveza de vez en cuando, o quizá un vinito suave con las comidas. ¡Eso no puede hacerme ningún daño!».

Lanny hizo que le enmarcaran el retrato y lo embaló cuidadosamente antes de enviarlo por correo certificado a la atención de Mme. Rahel Robin, Juan les Pins, Alpes Marítimos. También le escribió una nota al misterioso señor Bernhardt Monck en el mostrador del Hotel Crillon, diciéndole que estaría en Londres dentro de dos o tres días y que se pondría en contacto con él. Sin aludir al asunto en la breve misiva, introdujo un billete de una libra en el sobre para asegurarse de que entretanto el señor Monck no muriera de inanición.

3
UN JOVEN CASADO

I

Tras despedirse temporalmente de sus familiares, Lanny Budd partió temprano al volante de su coche hacia Inglaterra una húmeda y fría mañana. No muy lejos de su ruta se encontraba el Château des Forêts, hogar de Emily Chattersworth, de modo que se desvió para hacerle una visita de cortesía. Esta antigua amiga de la familia no era demasiado feliz aquellos días ni se encontraba en su mejor momento en lo que a salud se refería. El conocido crítico de arte que había sido su *ami* durante un cuarto de siglo había decidido que necesitaba una mujer más joven para asegurar su bienestar, y cuando algo así le ocurre a una mujer entrada en años no le resulta fácil encontrar consuelo ni siquiera residiendo en una hermosa y regia mansión. Emily había apoyado a Beauty Budd cuando esta dio a luz fuera del matrimonio, y con el paso de los años se había convertido en una especie de madrina no oficial para Lanny. Había colaborado para que su enlace con la famosa heredera llegase a buen puerto y siempre se interesaba por el estado de la relación de los dos jóvenes. Como era habitual en ese mundo libre y algo descocado que habitan los expatriados más pudientes, la dama no ocultaba sus penas de amor cuando hablaba con el muchacho y él, por su parte, tampoco tenía secretos para ella.

Tenían muchas noticias que compartir acerca de la gente que conocían y lo que hacían actualmente. Lanny le habló del funeral de Freddi, de *lady* Caillard, que al final se había puesto en contacto con los suyos desde el otro lado, de la exitosa gira de conciertos que Hansi Robin y su esposa Bess, la hermanastra de Lanny, estaban dando por Argentina. Le habló de la Muestra Anual de arte que había visitado durante varios días y del cuadro que había

adquirido para uno de sus clientes. Cuando Emily se interesó por los negocios de Robbie, Lanny le dijo: «Mantente alejada de él. Está inmerso en una de sus fases de altas presiones». Ese tipo de cosas siempre despiertan la curiosidad de los ricos, pues están acostumbrados a que la gente los persiga y se sorprenden cuando alguien los rehúye en cuestiones de dinero. Emily habló sobre el estado de los mercados y le explicó que sus ingresos habían descendido de un modo alarmante. No obstante no quería ni pensar en modificar sus inversiones mientras los precios de sus activos siguieran estando tan bajos. Lanny le dijo que no le serviría de nada seguir recordando los tiempos en que estaban por las nubes.

De veras quería saber más sobre el proyecto de Robbie, insistió, de modo que Lanny se lo explicó en detalle y enseguida tuvo la sensación de que la *châtelaine* de blancos cabellos era víctima del mismo optimismo que se había apoderado del mercader levantino. Cuando el joven ironizó sobre el asunto, la dama respondió de igual manera a la que acostumbran a hacerlo muchos ricos: tenían que hacer frente a tantos impuestos, pagar a tantos empleados y afrontar tal cantidad de gastos imposibles de recortar… Por muy altos que fueran sus ingresos siempre iban justos de dinero.

—Sabes que no soy un hombre de negocios —dijo Lanny— pero parece que Robbie va a ganar mucho dinero.

—¿Crees que vendrá a verme si le telefoneo? —fue la respuesta de Emily.

II

Continuó su viaje de camino a Calais, una ciudad repleta de recuerdos imborrables. Fue allí, mientras Lanny esperaba la llegada de la familia Robin a bordo de su yate, cuando supo que habían sido detenidos por los nazis. Embarcó con su coche en el ferri y paseó por cubierta observando la agitada extensión de agua que a lo largo de su corta y atribulada existencia había atravesado en compañía de distintas mujeres. Marie de Bruyne, después Rosemary, condesa de Sandheven, y finalmente Irma Barnes. Pensó en cada una de ellas y se emocionó al recordar los delicados sentimientos que experimentan los amantes cuando son felices. También desde este mismo puerto había partido en compañía de su padre en tiempos de guerra,

atravesando un pasillo formado por dos redes de acero sumergidas en el océano y coronadas por boyas en la superficie, mientras los destructores británicos y franceses patrullaban día y noche aquellas aguas. Mucha gente como Lanny discutía en la actualidad acerca de cuándo volverían a suceder cosas como esas y, de ser así, ¿ocurriría pronto?

No había campos de tréboles cuando Lanny llegó al puerto de Dover. El verdor del paisaje comenzaba a desvairse y una fina llovizna caía como un velo oscureciendo la escena y dándole el aspecto de una vieja pintura cuyo barniz se ha vuelto opaco. A Lanny le gustaba esa estación de neblinas y madura opulencia y contemplaba, con la mirada de un experto en arte, las cabañas con techos de paja y los tejados de las casas de aspecto mohoso, los setos y los sinuosos caminos. ¡Pero, cuidado! ¡Porque es peligroso conducir media jornada por la derecha y la otra mitad por el lado izquierdo de la carretera! Evitó adentrarse en Londres dirigiéndose a casa por Oxfordshire. Le había enviado a Irma un telegrama y otro al señor, o camarada, Bernhardt Monck para informarle de que aún tendría que esperar uno o dos días más.

Durante sus estancias en Inglaterra residían en una encantadora mansión que Irma había alquilado a la honorable Evelina Fontenoy, tía de lord Wickthorpe. Todos se referían a ella como «la casa pequeña», aunque era bastante grande, además de moderna y confortable en comparación con el castillo Wickthorpe, que estaba justo al lado. Disponía de unos jardines deliciosos y de altos setos que aseguraban la privacidad de los inquilinos. La avenida de entrada describía un abrupto giro poco después de haber atravesado las puertas, por lo que los transeúntes no podían ver la casa desde afuera. Mientras Lanny avanzaba a escasa velocidad por el camino de entrada, ya estaba anocheciendo. Enseguida escuchó un grito y acto seguido apareció junto al coche una delicada figura cuyos cabellos castaños caían formando una doble cascada a ambos lados de su carita. Era la pequeña Frances, vestida con impermeable y chanclos, a la que habían permitido salir bajo la estricta vigilancia de uno de los mozos para aguardar la llegada de su maravilloso padre, algo casi tan inusual para ella como las visitas de Santa Claus. El padre detuvo el coche, la niña trepó hasta sentarse a su lado y juntos siguieron avanzando los escasos treinta metros que restaban para llegar a la mansión. Tenía un regalo para ella en el asiento trasero pero no debía abrirlo hasta haberse quitado toda esa ropa mojada.

La «niña de los veintitrés millones de dólares», de la que tanto había hablado la prensa, ya tenía cuatro años y medio, y una metódica y cuidadosa educación había evitado hasta el momento todas las calamidades que las malas

lenguas vaticinaban para alguien de su posición. No había sido secuestrada ni consentida en exceso, a pesar de sus dos abuelas rivales. Una experta pedagoga había tenido la última palabra sobre su educación y todos habían seguido sus dictados. Frances Barnes Budd era una niña bonita y vigorosa que crecería para convertirse en una joven Juno como su madre. Había sido instruida para valerse por sí misma y sus tutores no habían permitido que nadie le dijera que un día se convertiría en una mujer exageradamente rica.

Irma apareció en lo alto de las escaleras cuando escuchó los gritos de emoción de la pequeña. Lanny corrió a su encuentro, subiendo los escalones de dos en dos, y ambos se abrazaron. Estaban enamorados y una semana de ausencia podía hacerse muy larga. Ella se había puesto un kimono de seda roja para darle la bienvenida —su belleza radiante y morena no corría el riesgo de quedar ensombrecida por semejantes adornos—. Irma le cogió del brazo para conducirlo hasta su salón y la niña se sentó en sus rodillas para abrir su regalo, un libro con esas alegres ilustraciones al pastel que los franceses son capaces de dibujar por instinto. La pequeña no podía esperar para leerlo, pero Irma le dijo que mamá y papá tenían mucho de qué hablar, de modo que la enviaron con su gobernanta, entre cuyas variadas competencias estaba el francés.

Entonces se quedaron solos y los ojos de Irma se iluminaron. De nuevo estaban juntos y felices, como tantas otras veces. Ojalá pudiera ser siempre así y él no hiciera nada más para impedirlo. Así al menos lo veía Irma. Pero incluso estando en sus brazos el miedo se adentró en su alma igual que una negra nube oscurece el cielo azul. Ella le susurró: «¡Oh, Lanny! ¡Seamos felices por un tiempo!». Y él respondió: «Sí, cariño, te lo he prometido».

Pero el tono de su voz evidenciaba que las nubes seguían presentes. Cuando entre los amantes ha tenido lugar un fuerte choque de voluntades, una discusión durante la cual se han dicho cosas crueles, es difícil que las partes olviden lo ocurrido. Las palabras se graban a fuego en el fondo de la mente y allí permanecen, con vida propia, generando dudas y miedo. Esto ocurre especialmente cuando el motivo de la discusión no ha desaparecido, y cuando el choque de voluntades obedece a una inherente diferencia de temperamentos. Los amantes intentarán negarlo, incluso a gritos, pero la desavenencia seguirá royendo sus corazones en silencio.

¡Un duelo cruel se estaba librando en secreto en mitad de la oscuridad! Lanny pensaba: «Ella intenta encadenarme y no tiene derecho a hacerlo». E Irma se decía: «Él está convencido de que trato de ponerle cadenas pero no tiene derecho a pensar así». Y entonces, atemorizada, pensaba: «¡Oh, no puedo permitir que crea algo semejante!». Y Lanny, impulsado por el amor,

reflexionaba: «¡No debe saber que pienso de ese modo! Ya le he causado suficiente dolor». Y así seguía la lucha, como un tira y afloja, y cada uno de ellos buscaba signos de inquietud en el otro y los descubría incluso cuando no estaban presentes, siendo esa desazón motivo de resentimiento entre los dos aunque no hubiera en ello la menor premeditación. Lo mismo ocurre cuando un rayo de luz queda atrapado entre dos espejos casi paralelos y es reflejado de uno a otro infinitas veces, o cuando una onda sonora se pierde entre las rocas de una cadena montañosa y su eco se repite una y otra vez como si una pequeña horda de espíritus malignos se burlaran de la fuente de dicho sonido.

III

Lanny habló de su viaje evitando entrar en detalle sobre el funeral, pues sabía que Irma deseaba olvidar lo ocurrido lo antes posible. Sin embargo, se mostró muy interesada en Robbie y su nuevo proyecto, y en la visita a Sájarov y su resultado.

—Lanny, esto podría ser algo grande —dijo ella.

—Eso creo —respondió él.

—¿Robbie no quiere que participe?

—Ya le conoces. No se atreve a planteártelo.

—Pero eso es una tontería. Si es algo bueno, ¿por qué no iba a querer probarlo?

—Bueno, él dijo que no te lo mencionara a menos que tú se lo pidieras.

—A estas alturas debería saber que confío en él. Además es un asunto de familia y no estaría bien que me dejara al margen.

—Se lo diré —dijo Lanny.

Y así el asunto quedó solventado satisfactoriamente. ¡Por qué no podía ser todo igual de fácil!

—Me alegro de que hayas llegado pronto a casa —comentó Irma—. Wickthorpe ha invitado a cenar a los Albany y nos ha pedido que asistamos. Le dije que iríamos si llegabas a tiempo.

—Está bien —respondió el marido—. Y por cierto, ¿te gustaría venir mañana conmigo a la ciudad? He recibido una carta de un hombre de Ohio

preguntándome si podría encontrarle un *sir* Joshua. Creo que sé dónde hay uno.

Lo que el experto en arte afirmaba era cierto. Estaba decidido a no mentirle nunca a su mujer. Si Irma le hubiera preguntado: «¿Has visto al tío Jesse?», él le habría respondido: «Sí». Pero ella no se lo preguntó. Sabía que no tenía derecho a exigirle que no viera al hermano de su madre. Él, por su parte, estaba seguro de que ella se imaginaría que le habría visto, y quizá también que se habría reunido con otros comunistas e incluso les habría hecho el tipo de promesas que ellos siempre trataban de obtener de él. Ese tipo de cosas le disgustaban y le hacían especialmente infeliz, entonces se ponía de mal humor y hacía comentarios sarcásticos durante las reuniones con los amigos de su esposa. Los ecos salvajes volvían a repetirse en sus corazones, pero ninguno de ellos decía nada al respecto.

IV

El general Albany era colega de lord Wickthorpe en el Ministerio de Asuntos Exteriores. Habían estudiado juntos en Winchester y eran muy buenos amigos. Albany era hijo de un clérigo rural y, siendo muy joven, había decidido recorrer su propio camino. Quizá por esa razón era más reservado y discreto que otros miembros del cuerpo diplomático a los que Lanny había conocido. Se trataba de un hombre alto y delgado, de cara larga y expresión seria, que había encontrado la que parecía la esposa perfecta para él, una dama corpulenta que lucía un traje de noche indudablemente caro y extremadamente sencillo. La *pequeña fille de joie* medio desnutrida con la que Lanny había paseado por los bulevares era mucho más *chic* de lo que alguien como Vera Albany hubiera creído posible llegar a ser.

El marido era un ejemplo perfecto de diplomático británico, de modales fríos y juicios precisos. Sin embargo, al conocerle resultaba evidente que se trataba de un hombre sentimental, con algo de místico incluso. Sabía de memoria largos fragmentos de Wordsworth, incluso había leído los Sonetos Eclesiásticos, no una sino varias veces, y estaba dispuesto a defender que eran pura poesía. Sus opiniones eran conservadoras, no obstante ponía un gran empeño en mantener la mente abierta o al menos en creer que lo hacía. No

tenía inconveniente en permitir que Lanny manifestara las ideas menos ortodoxas y conversaba con él con actitud tolerante y prudente; con tal delicadeza, se diría, que alguien que no conociera su manera de pensar habría creído que estaba de acuerdo con su interlocutor. Sí, por supuesto, hoy en día todos somos socialistas. Somos hombres ilustrados y sabemos que el mundo está cambiando. Las clases dominantes han de estar preparadas para ceder y permitir que el pueblo tenga algo más que decir en los asuntos que les conciernen. Pero no en India o en África Central, en Hong Kong o en Singapur. Y por encima de todo, no se debía actuar con precipitación. ¡Actualmente solo los conservadores comprenden la situación y son capaces de guiar la nave del Estado en tan peligrosas aguas!

Irma estaba profundamente impresionada por los vastos conocimientos del diligente funcionario y deseó que su marido se le pareciera. Trató de sacar el tema a colación con delicadeza. Pero Lanny, siempre impaciente, pensaba que el mundo debía cambiar de inmediato. Dijo que la diferencia entre un bolchevique y un *tory* era el momento histórico en que cada uno de ellos había nacido. Quizá algún día el socio más viejo y obstinado del Carlton Club estuviera dispuesto a admitir que, dentro de unos miles de años, las razas de piel oscura que poblaban la tierra lograrían ser lo bastante ilustradas para administrar sus propios asuntos, tanto políticos como industriales. Pero, entretanto, el hombre blanco se veía obligado a seguir soportando la carga que Dios había colocado sobre sus hombros y que nuestros antepasados conocían desde tiempo inmemorial.

V

Al parecer, Lanny había estado de excursión y sus amigos se alegraron al escuchar la opinión de un hombre de negocios francés sobre las perspectivas políticas de su país y lo que el otrora rey del armamento y caballero comandante de la orden del Imperio británico tenía que decir sobre el estado de Europa. Pierre Laval acababa de tomar posesión del cargo de ministro de Asuntos Exteriores de Francia, y Lanny les contó lo que había escuchado sobre él. Conversando en la privacidad de su hogar, los británicos se mostraron de acuerdo unánimemente en que se trataba de un tipo carente de

escrúpulos y poco digno de confianza. Esa era la principal dificultad en las relaciones con Francia. Los gobiernos se sucedían a una velocidad de vértigo y sus políticas cambiaban con ellos. Uno nunca podía estar seguro de qué terreno pisaba con ellos. La política exterior británica, por el contrario, evolucionaba muy lentamente y en lo esencial nunca cambiaba. Gran Bretaña tenía actualmente un primer ministro socialista y sin embargo todo seguía igual. Los políticos vienen y van, pero los nudos de la vieja escuela jamás se aflojan.

Estos caballeros conocían las desventuras de Lanny en Alemania y por ello mostraban una inusitada deferencia ante sus extremas opiniones acerca del régimen nazi. Sin embargo, no estaban dispuestos a hacer saltar por los aires los fundamentos políticos de su imperio tan solo porque un *playboy* norteamericano con tendencias socialistas hubiera sido encerrado en una mazmorra de la Gestapo. Tampoco por el hecho de que una familia de judíos alemanes hubiera sido chantajeada y expoliada de todos sus bienes. Wickthorpe estaba dispuesto a admitir que los nazis eran un hueso duro de roer. Una plaga surgida de las alcantarillas, según sus propias palabras. Sin embargo, actualmente eran el Gobierno de Alemania, *de facto* y *de iure*, y no había más remedio que lidiar con ellos. Quizá a medio plazo les resultaran útiles a la hora de alcanzar ciertos objetivos. Para empezar, como contrapartida a la hora de lidiar con los advenedizos políticos franceses, que tenían tendencia a ser extremadamente arrogantes a causa de la enorme reserva de oro del país. Y, en segundo lugar, para mantener bajo control a Rusia. «¡Oh, por supuesto!», exclamó Lanny. «¡Hitler os ahorrará el trabajo de acabar con los bolcheviques!».

Allí donde viajara el experto en arte —ya fuera Europa, Gran Bretaña o América— se codeaba con miembros de las clases privilegiadas, los de su clase, y todos ellos parecían estar hipnotizados por los apasionados ataques del Führer contra el comunismo y la amenaza roja. El que fuera pintor de postales ponía voz a sus pensamientos en dicha materia. Era su hombre y había prometido al mundo llevar a cabo el trabajo. En vano intentaba Lanny que se dieran cuenta de que para Hitler ningún eslogan tenía la más mínima importancia. Lo único que le importaba era alcanzar el poder y mantenerlo a toda costa. Las opiniones políticas eran para él como un arsenal de armas de las que iba haciendo uso dependiendo de las circunstancias. Cuando los caballeros ingleses, concienzudos y temerosos de Dios, se subían a una tribuna para hacer promesas a su electorado por lo general creían, al menos parcialmente, en todo aquello que decían. Desde semejante punto de vista,

¿cómo podían tan siquiera imaginar que Hitler, Goering y Goebbels iban a estar dispuestos a cambiar de la noche a la mañana todo su discurso solo porque a los británicos les resultara conveniente a la hora de alcanzar algunos de sus fines políticos y militares?

A Lanny todo aquello le resultaba aterrador y se entristecía al pensar que en todos los países de su entorno pensaban igual. Sin embargo, existe un límite a la hora de discutir y protestar, incluso cuando uno se encuentra en casa de unos buenos amigos. Con semejante actitud de beligerancia incluso los más íntimos dejarán de invitarte y pronto tu esposa te acusará de sabotear su vida social. Lanny, sin embargo, había recibido desde su infancia una excelente educación, y ahora por si fuera poco también poseía una más que competente esposa, de modo que tomó asiento y se dedicó a escuchar mientras lord Wickthorpe procedía a «perfilar» —así lo dijo— la historia futura del mundo de acuerdo a los intereses del Imperio británico. «Por el amor de Dios, hombre, ¿no te das cuenta de que Hitler sabe perfectamente qué es lo que esperas de él y solo te está camelando para que creas que está dispuesto a dártelo?». Eso es lo que le habría gustado a Lanny poder gritar. Sin embargo, sabía que de hacerlo le esperaba una buena reprimenda al llegar a casa.

VI

El amo de ese antiguo y frío castillo, estampa de parada obligada para turistas y hogar privilegiado para los murciélagos, era algo mayor que Lanny pero, al igual que él, parecía más joven. Tenía las mejillas sonrosadas y el cabello ondulado y un lucía un fino bigote de color castaño claro. Cómo había conseguido permanecer soltero constituía todo un misterio para Irma desde el día que lo conoció en la Conferencia de Lausana. Sus modales eran elegantes y siempre se expresaba con rotunda seguridad. Desempeñaba un alto cargo como funcionario civil, para lo cual había tenido que superar exigentísimos exámenes, de modo que sabía qué decir y cómo actuar ante cada eventualidad. Por lo general, escuchaba cortésmente cuanto uno tuviera que decirle, y a continuación, si juzgaba que el comentario lo merecía, se tomaba la molestia

de explicarle a su interlocutor que estaba equivocado. De lo contrario, se daba la vuelta sin más para seguir conversando con otra persona.

Irma le consideraba una de las personas mejor informadas que había conocido y a veces citaba sus palabras mientras hablaba con su marido como si el inglés fuera toda una autoridad en la materia. Irma adoraba aquel romántico castillo de piedra gris a pesar de esas horribles bañeras portátiles instaladas en los cuartos de baño, a las que ella llamaba tinas. Le encantaban sus respetuosos inquilinos y criados que al verla pasar siempre se quitaban el sombrero si eran hombres o hacían una reverencia si eran mujeres. Le gustaba el carácter reservado de los ingleses, diametralmente opuesto a la emotiva volubilidad de los franceses. Le gustaba vivir en un mundo en el que cada cual conocía el lugar que le correspondía y donde nada había cambiado desde hacía cientos de años. Soñaba con que Lanny se comportara algún día con la misma dignidad, en lugar de ser un bohemio que se relacionaba con chusma de la peor ralea y se codeaba en cafés llenos de humo con radicales que discutían con él e incluso lo ridiculizaban.

En resumen, a Irma le habría gustado vivir en un mundo sin confusión, ya fuera doméstica o intelectual. Había comprobado con sus propios ojos, primero en Rusia y después en Alemania, que si uno juega con ideas peligrosas tarde o temprano se verá obligado a enfrentarse a situaciones comprometidas. A su modo de ver, Lanny ya era lo bastante mayor como para haber superado los impulsos más salvajes de su juventud y anhelaba que por fin se asentara para ocuparse de ella, de su fortuna y de su hija. Lord Wickthorpe era el perfecto modelo de cuanto ella deseaba en un marido. Y aunque la joven tenía el suficiente tacto como para manifestarlo con sutileza, Lanny comprendía muy bien sus sentimientos. Él no era en absoluto celoso pero no podía evitar pensar de vez en cuando lo maravilloso que sería que su mujer compartiera su punto de vista en asuntos que consideraba fundamentales. Su esfuerzo por mantener en secreto ese tipo de pensamientos estaba desgajando lentamente su personalidad en dos mitades y, a medida que el tiempo transcurría, su lado oculto era cada vez más grande y activo.

VII

Emily Chattersworth había logrado convencer a Irma de la importancia de mostrar interés por el trabajo de su marido, permitiéndole así tener la viril sensación de que ganaba su propio dinero, por poco que fuera. De modo que Irma decidió acompañarle al día siguiente en su búsqueda de obras maestras y se esforzó en manifestar con actitud seria sus opiniones acerca de sus méritos y sus precios. Ella deseaba convertirse en una mujer culta, y esto formaba parte del proceso. Muchas de las pinturas eran realmente hermosas y de cuando en cuando, cada vez que Lanny encontraba alguna ganga, Irma se la compraba para su colección y la almacenaba en el sótano hasta que llegara el momento de decorar su propio palacio, ya fuera en Francia o en Inglaterra, de eso aún no estaba segura.

Sir Joshua era un maestro especialmente interesante, dado que había realizado muchos y muy hermosos retratos de damas aristocráticas y de sus hijos. Irma era también una dama de su clase y Lanny le contó que desde hacía tiempo buscaba al hombre adecuado para pintar un retrato suyo de tamaño natural. De modo que ahora se veía a sí misma como una de esas duquesas y condesas, estudiaba sus poses y contemplaba sus vestidos para, llegado el momento, ser capaz de explicarle con exactitud al artista lo que quería. Así es como hay que vivir la vida, había decidido: es necesario saber cómo gastar el dinero, decir qué es lo que te gusta y granjearse el respeto de aquellos que te rodean, desde el más humilde esclavo que te provee de carbón hasta el noble más orgulloso que te invita a alegrar con tu presencia el fastuoso salón de su casa.

Lanny era muy concienzudo a la hora de atender a sus clientes. Cuando el propietario de una fábrica de cojinetes de Ohio le escribió para decirle que buscaba un *sir* Joshua para su colección, él no escogió el primero que le ofrecieron sus marchantes de arte habituales. No se dijo: «Ese tipo tiene tanto dinero que no le importará pagar lo que sea». Al contrario, consultó en su archivo la lista de obras de *sir* Joshua que conocía, consiguió fotografías de las mismas y se las envió a su cliente junto a una extensa carta en la que le explicaba en detalle las cualidades de cada una de ellas y sus posibles precios.

«Le recomiendo dejar el asunto en el aire durante algunas semanas», escribió, «hasta que se difunda la noticia de que he mostrado interés por las obras del autor. Debe comprender que el mercado de obras maestras es un mundo pequeño repleto de ávidos y atareados marchantes que chismorrean entre sí como abejas en una colmena. Ven a los norteamericanos como víctimas propiciatorias de sus chanchullos y por norma general suelen pedirles un cincuenta por ciento más de lo que le pedirían a un inglés. Con el tiempo

he conseguido que se den cuenta de que no soy una de sus presas fáciles. Suelo hacerles creer que mis clientes prefieren algún otro cuadro y no el que me ofrecen, y por lo general en cuestión de unos pocos días ellos mismos me llaman para invitarme a regatear, intentando que sea yo quien proponga un precio, algo que evito hasta haber contrastado con distintos marchantes acerca de otras obras. Todo esto puede resultarle algo escabroso, pero es la forma habitual de comprar obras de arte, y no sirve de nada dejarse desplumar».

Una carta como esa impresionaría favorablemente al empresario, pues ese era también el mejor modo de negociar antes de hacer un pedido de acero. Cuando por fin tuviera el cuadro en sus manos lo valoraría aún más, porque no le había dado quebraderos de cabeza, y les diría a sus amigos: «Ese muchacho, Lanny Budd, me lo ha conseguido. De Budd Gunmakers, ya saben, el marido de Irma Barnes, la heredera. No es difícil creer que realmente adora su trabajo». La llegada del cuadro serla celebrada en todos los periódicos locales, y no solamente sería reproducido el cuadro sino también la fotografía de su orgulloso propietario. De ese modo también otros magnates del acero de la región comprenderían que el arte es un negocio rentable. Alguna de sus esposas pronto conseguiría la dirección del buen marchante para escribirle interesándose por algún producto de primera clase disponible actualmente en el mercado, y Lanny obtendría su habitual diez por ciento al cerrar una nueva operación, lo que le aportaría una vez más dinero en efectivo suficiente para mantener su elegante tren de vida.

VIII

Después de visitar a varios coleccionistas y marchantes Irma se sintió cansada y recordó los diversos entretenimientos con que las damas de su categoría suelen pasar el tiempo libre cada vez que visitan una gran ciudad: peluqueros, manicuras, masajistas, sombrereros, modistos, peleteros, joyeros. Toda clase de astutos proveedores de lujos que se pasan día y noche urdiendo ardides para convencer a las niñas ricas de que es imposible vivir una vida romántica y digna de ser vivida sin recurrir a sus servicios. Después de comer Irma dijo que quería ir de compras, de modo que quedaron en reencontrarse por la tarde para tomar el té e ir a bailar un rato. Lanny, a sabiendas de que esto ocurriría,

ya había telegrafiado al señor o camarada Monck para preguntar a qué hora podría visitarle en el miserable barrio de Limestone, cerca de los muelles. Allí se alzaban hileras e hileras de edificios de dos plantas —exactamente iguales de extremo a extremo— típicos de las barriadas más pobres, todos ellos con sus dos chimeneas de las que salían delicados penachos de negro humo de hulla. Con la ayuda de los cientos de chimeneas industriales habían llegado a formar una gigantesca nube de contaminación que envolvía el distrito desde hacía cien años, lo que le daba al paisaje el aspecto de una enorme papelera.

En un barrio como ese, un coche deportivo habría llamado demasiado la atención, por lo que Lanny, tras su experiencia en Alemania, dio un rodeo hasta encontrar la casa y decidió buscar un lugar discreto donde aparcar. Cuando llamó a la puerta salió a abrirle una anciana mal vestida y desaseada, con los rasgos y el acento de una auténtica *cockney*. Cuando le preguntó por el señor Monck, ella le respondió: «Aah, *seee*», y mientras lo acompañaba hasta el piso de arriba, ascendiendo trabajosamente por un exiguo tramo de escaleras, la mujer comentó que *hasta* un día *mu* hermoso. Lo que hizo pensar al visitante que, hubiera o no hubiera nazis implicados en aquel asunto, esa buena *seña* no podía tener *na que ver* con ellos. Lanny no se había parado a pensar hasta ese momento que todo aquello podía ser una encerrona de la Gestapo. Quizá tenían ya en su poder a Trudi Schultz y habían utilizado uno de sus bocetos para intentar atrapar a algunos de sus amigos y obtener así información sobre las actividades de su grupo en la clandestinidad. Había leído varios artículos sobre los secuestros que habitualmente tenían lugar en Austria y Suiza. El hermano de Gregor Strasser era uno de los que se habían librado por los pelos. Aunque no creía que el poder de los nazis llegara hasta el punto de permitirles actuar en Londres con total impunidad. ¡Al menos de momento!

La anciana, que gruñía de dolor a causa del reumatismo mientras subía, no tenía por qué haberle acompañado al piso de arriba, de modo que Lanny supuso que había decidido hacerlo movida por la curiosidad que en ella habían despertado su inquilino extranjero y el ricachón que había venido a visitarle. Un hombre abrió en cuanto llamaron a la puerta y dijo sin más preámbulos: «*Bitte, keinen namen!*»[5]. Lanny entró sin decir palabra y el inquilino le cerró la puerta en las narices a la buena señora antes de colgar con cuidado una chaqueta en la manilla para cubrir el hueco de la cerradura. Le ofreció a Lanny la única silla que había en la lúgubre y sucia habitación y dijo en un tono de voz extremadamente bajo: «*Besser wir sprechen Deutsch*»[6]. Lanny había imaginado que se trataría de algún intelectual, pero un simple mirada le bastó

para darse cuenta de que ese hombre era un jornalero habituado al trabajo duro. Era corpulento y musculoso como un boxeador, de cuello robusto y ancho de espaldas. Su rostro había sido duramente castigado por los elementos y tenía las manos nudosas. Su vestimenta era la de un obrero y llevaba el pelo oscuro muy corto, al estilo prusiano. «Un marinero o quizá un estibador», pensó Lanny. Había conocido a algunos entre los socialistas de Bremen y también en la Riviera: hombres que trabajan de día y leen por las noches. Poseen una educación elemental pero a base de esfuerzo logran convertir sus escasos conocimientos en una afilada espada que sirva a sus propósitos. Saben lo que quieren y se expresan sin ambages. Si son de mediana edad, posiblemente sean socialistas. Si son más jóvenes, es más probable que se hayan decantado por el comunismo.

IX

El desconocido se sentó en el borde de la estrecha cama, a menos de un metro de Lanny, y mirándole directamente a los ojos empezó a hablar con un marcado acento del norte de Alemania.

—El nombre que escogí para escribirle no es el mío verdadero, de modo que no hay peligro si decide utilizarlo ahora. Yo en cambio evitaré llamarle por el suyo y también nos abstendremos de referirnos a nuestros amigos y a los lugares que puedan frecuentar. Como comprenderá hay sobradas razones para hacerlo.

—¿Tiene usted motivos para pensar que alguien le ha estado vigilando durante su estancia en Inglaterra? —preguntó el visitante, hablando en voz baja como había hecho el otro.

—Es algo que debo asumir en todo momento. Es la única forma de sobrevivir. Le envié una cosa a modo de credencial. ¿La reconoció usted?

—Eso creo —respondió Lanny.

—De ahora en adelante nos referiremos a la mujer en cuestión como *frau* Mueller. Tanto a la hora de escribir como al hablar de ella.

Lanny asintió mientras pensaba: «Molinero en lugar de magistrado», ese era el significado de la palabra Schultz.

—*Frau* Mueller y yo —continuó el desconocido— formamos parte de una organización cuyo objetivo es de suma importancia y tenemos una regla: no revelar ninguna información sobre ella a no ser en caso de extrema necesidad. Espero que no me haga demasiadas preguntas y que no se ofenda si no puedo responder a alguna de ellas. No son únicamente nuestras vidas las que están en juego.

—Comprendo —respondió Lanny.

—Bajo ninguna circunstancia debemos nombrar a otro miembro de la organización. Yo conozco los nombres de aquellos con quienes he de trabajar, ella conoce los nombres de sus colaboradores, etcétera.

No guardamos jamás ninguna prueba escrita. De ese modo, si somos capturados, nuestros enemigos solo nos tienen a nosotros. E incluso en el caso de que nos torturen y nos vengamos abajo traicionando a los nuestros, no podríamos decir gran cosa.

—Comprendo —volvió a decir Lanny.

—Albergo la esperanza de que confíe usted en mí basándose en el trato que ha tenido con *frau* Mueller, que fue quien me dio su nombre y me envió a su encuentro. Me habló de usted y me aseguró que era un camarada y un hombre de honor. También me dijo que ha vivido usted experiencias que le permiten comprender quiénes son en realidad nuestros enemigos, así como el peligro que supondría para nosotros ser traicionados o que alguien hablara a la ligera de nuestras actividades. Le pido ahora que no mencione este encuentro con nadie, bajo ninguna circunstancia. ¿Puedo contar con ello?

—Puede contar con ello. Por supuesto no puedo decirle hasta dónde llegaré en todo esto.

—Necesitamos amigos fuera del país y esperamos que usted pueda ayudarnos a encontrar a otros que nos ayuden. Podemos lograr grandes cosas si: conseguimos apoyo. Representamos a un movimiento popular cuyo objetivo es liberar a los ciudadanos de una esclavitud intolerable para ellos y al mismo tiempo mortífera para el resto del mundo. Doy por sentado que está usted de acuerdo y que este punto no requiere más pruebas ni discusión alguna.

—Muy de acuerdo, *herr* Monck.

—Conoció usted a *frau* Mueller en los viejos tiempos. Ella es la misma y también lo sigo siendo yo. Nosotros no hemos escogido la clandestinidad ni las intrigas. Hemos sido obligados a hacerlo por una brutal tiranía. Nuestra labor tiene un carácter educativo. No somos terroristas y estamos decididos a no serlo bajo ninguna circunstancia. Un pueblo grande y civilizado ha sido

cegado mediante viles engaños y nuestra intención es arrancarle la venda de los ojos. Lo consideramos nuestro deber y estamos dispuestos a dar nuestras vidas por la causa con tal de conseguirlo, incluso a exponernos a la tortura. Los métodos que utilizamos para lograrlo son secretos y estamos seguros de que usted entenderá que no hablemos de nada que no sea estrictamente necesario.

—Entiendo todo lo que dice.

—Conoce usted a *frau* Mueller y confía en ella como su camarada. Existen motivos para que ella no haya venido. Mi situación, por el contrario, me permite entrar y salir del país, por eso he desempeñado la función de mensajero. Espero que me acepte a mí igual que la habría aceptado a ella.

Lanny se había dedicado a estudiar el rostro que tan cerca estaba del suyo, analizando la cadencia de su voz y tratando de decidir si podía fiarse o no de aquel hombre.

—Me parece imprescindible que hablemos con plena franqueza, hoy y en el futuro, si es que volvemos a encontrarnos.

—Por supuesto, *herr*… ¿Cómo debo llamarle?

—Schmidt[7] —sugirió Lanny, añadiendo una ocupación más a las de molinero y magistrado.

—*Einverstanden, Herr Schmidt*[8].

—La mujer de la que habla es alguien en quien habría confiado sin dudarlo. Pero no puedo ignorar la posibilidad de que esos astutos enemigos de quienes habla la hayan detenido, estén ahora en posesión de sus documentos y sus pertenencias y hayan enviado a mi encuentro a uno de sus bien entrenados agentes suplantando a un miembro de su grupo.

—Tiene toda la razón y por eso espero que me haga todas las preguntas que considere oportunas con el fin de solventar sus dudas. Sin embargo, si prefiero no responder a alguna de sus cuestiones, espero que no lo interprete necesariamente como un signo de culpabilidad. Si fuera un agente enemigo las respondería todas libremente.

Lanny no pudo evitar sonreír.

—Creo que un enemigo trataría de ser algo más sutil —respondió.

X

El nieto de los Budd era plenamente consciente de que este era un momento muy importante en su vida. Llevaba esperando una oportunidad semejante desde su salida de Alemania, y no dejaba de pensar en cuándo se presentaría.

—Hay muchas cosas que ya sé sobre *frau* Mueller. Si usted conociera también ciertos detalles sobre ella me facilitaría mucho las cosas a la hora de creer que la conoce y es usted su amigo.

—Le diré todo lo que recuerde —respondió el alemán. Hablando lenta y cuidadosamente, como si estuviera escarbando en su memoria, comenzó—: *frau* Mueller es lo que se conoce como una rubia aria. Tiene, diría yo, menos de treinta años y es bastante alta para ser una mujer. Tiene una voz profunda. La conozco desde hace apenas un año y no sé qué aspecto tenía antes, pero ahora su tez es pálida y está muy delgada. Posee unos rasgos extremadamente delicados y la expresión de una persona que se entrega plenamente en todo lo que hace. Tiene un fuerte sentido del deber y le da menos importancia que la mayoría de los marxistas que he conocido a la personalidad de la gente que la rodea. Su cabello es bonito y ondulado —natural, pues no le concede demasiada atención a su apariencia—. Dibuja de manera rápida y precisa. Aunque dada mi ignorancia en cuestiones de arte, es algo que solo puedo intuir. También he de mencionar que tiene una marca de nacimiento con forma de fresa justo encima de la rodilla derecha.

—Lo siento, pero no la conozco tanto como para confirmar ese dato —dijo Lanny, sin poder evitar sonreír una vez más.

El otro respondió con seriedad.

—El verano pasado sus amigos consideraron que trabajaba demasiado y la convencieron para que pasara varios días en un lago. Allí íbamos a nadar y por eso pude ver la marca. Ella vive dedicada por entero a la memoria de su marido y se aferra con tenacidad a la idea de que sigue vivo y algún día conseguirá liberarlo de sus captores.

—¿No han sido capaces de obtener ninguna noticia sobre su paradero?

—Nadie ha vuelto a saber nada desde su detención. Estamos seguros de que lo asesinaron y se deshicieron en secreto del cadáver.

—Puede hablarme de su arresto, si sabe algo sobre el asunto.

—Fue detenido junto a su joven pariente, el judío que tocaba el clarinete y que acudió a la casa de los Mueller al caer enfermo. Debió comer algún alimento en mal estado y se había intoxicado. *Frau* Mueller había salido a comprar algunas cosas y cuando regresó descubrió que su casa había sido asaltada y se habían llevado al marido y a su familiar.

—Eso coincide con lo que ella me contó. Permítame otra pregunta, ¿le habló ella de la última vez que nos vimos?

—Ella salía de una sastrería cargada con un fardo de ropa cuando usted la alcanzó e insistió en que la conocía a pesar de que ella lo negaba. Le contó usted que su pariente estaba cautivo en Dachau y prometió intentar descubrir también dónde estaba su marido. Pero ella no volvió a tener noticias suyas.

—¿Le contó ella cómo esperaba volver a comunicarse conmigo?

—Le dijo que la esperaría en cierta esquina entre dos calles bastante concurridas y ella acudió a su encuentro todos los domingos durante un tiempo, pero nunca le vio.

—¿Le dijo si yo le había dado algo?

—Le dio usted seis billetes de cien marcos y ella desea que sepa que fueron entregados al grupo y utilizados por el bien de la causa.

—Eso nunca lo he dudado —respondió el norteamericano—. Me parece convincente todo lo que ha dicho. Ahora dígame qué es lo que quieren que haga.

—Necesitamos más de esos billetes, *herr* Schmidt. Como usted sabrá, en los viejos tiempos el movimiento obrero era fuerte porque recaudaba las cuotas de millones de afiliados. Ahora, sin embargo, nuestro grupo es pequeño y cada vez que establecemos un nuevo contacto arriesgamos nuestras vidas. Actualmente resulta difícil para los trabajadores de nuestro país ganar lo suficiente para comprar comida, por no hablar de ahorrar algo para adquirir libros. También tenemos que ayudar a nuestros camaradas en el extranjero, y *frau* Mueller tiene la esperanza de que aceptará convertirse en nuestro agente de recaudación.

Lanny no necesitaba haberle hecho esa última pregunta. Sabía lo que aquel hombre iba a decir y empezaba a remorderle la conciencia, igual que le había sucedido ya en tantas ocasiones. ¡La gente esperaba demasiado del marido de Irma Barnes, que conducía coches caros, se vestía a la última moda y vivía en elegantes mansiones en los más deliciosos lugares de la tierra!

Sin duda el camarada Monck también sabía lo que pasaba en ese instante por aquella cabeza bien formada y exquisitamente peinada. Por eso siguió hablando.

—Trabajamos por una causa por la que no solo nos arriesgamos a morir sino también a ser víctimas de las más crueles torturas que esos demonios con forma humana han sido capaces de desarrollar. Pero no es solamente nuestra causa, también es la suya, pues si esos fanáticos son capaces de transformar en armamento los recursos de que dispone el país, también usted correrá un grave

peligro. Por eso consideramos que debemos pedir ayuda a hombres decentes y morales. He llevado a cabo un largo y peligroso viaje hasta aquí y no me avergüenzo de haber venido. No soy un mendigo, soy un camarada, y le planteo la cuestión como un asunto de honor, como un deber que ningún hombre puede rehusar sin avergonzarse. Usted mismo ha visto cómo derramaban sangre inocente y la sangre de su amigo asesinado le reclama ahora, no para pedir venganza sino justicia. Clama porque la verdad se conozca y para que una larga, ardua y peligrosa tarea pueda llevarse a cabo.

XI

Ahí estaba: por fin otra persona le hablaba utilizando las mismas palabras que su voz interior repetía una y otra vez en su cabeza persiguiéndole y atormentándole, impidiéndole descansar incluso en la más alta sociedad, incluso en los brazos de la ardiente y joven Juno que tanta influencia tenía sobre él. Era una voz autoritaria, y se dijo a sí mismo: «¡Si este obrero de aspecto duro es un agente de la Gestapo, sin duda han conseguido crear una escuela de interpretación excelente!».

¡Pobre Lanny! Una vez más se veía obligado a repetir el mismo discurso que había pronunciado en tantas ocasiones.

—*Genosse*[9] Monck, desconozco si Tru… es decir, *frau* Mueller se da cuenta o no de ello, pero mis recursos económicos no son los que la gente cree. He de ganar el dinero que gasto. Y si bien es cierto que gasto mucho es debido a que obtengo mi dinero de los ricos, algo imposible si no vives igual que ellos. Mi esposa es una mujer adinerada pero yo no vivo a expensas suyas. Ella no comparte mis convicciones políticas y es una cuestión de orgullo para mí el poder mantener mi independencia.

—Comprendo lo que dice, *genosse*. En mi caso, sin embargo, el orgullo es un lujo que no me puedo permitir puesto que soy un hombre perseguido, y no solo mis miedos pesan sobre mí sino también los de toda la clase obrera, cuya necesidad es tan grande que no hace falta recurrir a hipérboles. No es mi intención exagerar sino decirle simplemente la verdad. Liberar mi país de esos bandidos es la causa más importante por la que uno puede luchar hoy día en el mundo. Nada más importa. La literatura, el arte, la civilización misma, todo

desaparecerá si fracasamos. ¡Y estoy seguro de que lo que usted ha soportado, lo que ha visto con sus propios ojos, le impedirá olvidar esa verdad!

—¿Cómo puede saber usted lo que yo he visto? —preguntó Lanny, con repentina curiosidad.

—Esa es una pregunta que no puedo responder. La gente lleva máscaras hoy en día en mi país, y habla en susurros, pero esos susurros no cesan nunca y las noticias se extienden de un lado a otro como la pólvora. Por ese motivo unos simples pedazos de papel, tan baratos de financiar, pueden ser una inmensa ayuda. Pueden iniciar un fuego que nunca se apagará. Créame, sé cómo se sienten los trabajadores y lo que podemos lograr. Denos el dinero que pueda conseguir y ayúdenos a reunir aún más.

—Tengo muchos amigos ricos —dijo Lanny, retomando su discurso— pero pocos estarían dispuestos a financiar la causa de la que hablamos. Por eso me temo que lo que pueda darles tendré que ganarlo primero.

—Haga lo que pueda. Eso es lo único que le pedimos. Nuestras vidas estarán entretanto en la balanza.

—Eso es lo que haré —dijo Lanny—. Le entregaré hoy mismo quinientos dólares. Eso es todo lo que tengo en este momento. Pero podré darles mil o dos mil de cuando en cuando, a medida que vaya vendiendo cuadros. Solo tengo una condición antes de que volvamos a vernos: debo reunirme con su amiga *frau* Mueller y escuchar de sus propios labios lo que desea que haga.

—Eso será difícil de organizar, *genosse*.

—No tanto, espero. Tengo intención de regresar a su país. Hace una hora no creía que nada en el mundo pudiera empujarme a hacerlo, pero estoy dispuesto a volver por el bien de su causa.

—¿Le permitirán entrar?

—Estoy bastante seguro de que no me lo impedirán. Tengo mi negocio como coartada, algo que nos resultará *bevorzugt*[10], pues supone la entrada de moneda extranjera muy valiosa para su país. He tenido mucho cuidado de mantener mi estatus y conozco a personas importantes e influyentes. Y permítame añadir una cosa: si voy a guardar sus secretos, espero que también usted proteja los míos. Puede usted hablarle de mí a *frau* Mueller pero a nadie más.

—No se me habría pasado por la cabeza hacerlo.

—*Sehr gut, abgemacht*[11] Que *frau* Mueller me envíe una breve nota manuscrita, conozco su caligrafía, y la firme como «Mueller». Después elegirá una hora del día o de la noche para que podamos reunirnos en el mismo lugar donde nos citamos la última vez. Dígale que lo haga con una semana de

anticipación, así dispondré de tiempo suficiente para organizarme y llegar a tiempo al encuentro. Puede asegurarle que tomaré todas las precauciones oportunas para tener la certeza de que nadie me sigue. No es necesario que camine a mi lado ni que se suba a mi coche si lo considera arriesgado. Para mí bastará si puedo verla con la suficiente claridad para poder identificarla y oírla decir tres palabras: «Confía en Monck». No creo que sea mucho pedir.

—*Das wird sich tun lassen!*[12] —dijo el visitante, en tono decidido—. Y permítame añadir, *herr* Schmidt, que admiro su manera de hacer las cosas.

XII

De modo que Lanny había vuelto a meter la pata dando rienda suelta a su vicio y haciendo gala una vez más de la misma debilidad que era motivo de consternación para sus tres familias. Esa incapacidad suya para decir «No» a todas esas personas que parlotean sobre la «justicia social» y prometen contentar a los pobres a expensas de los ricos. ¿Qué sabía Lanny realmente sobre ese hombre de aspecto duro y amenazador? Al parecer empleaba el lenguaje del idealismo revolucionario con genuina elocuencia, pero ¿qué significaba eso? En el Museo Británico había miles de libros repletos de ese mismo vocabulario, y todos los días se daban cita entre sus cuatro paredes decenas de jóvenes con aires de intelectual, mal vestidos y necesitados de un buen corte de pelo, devorando dichos volúmenes y tratando de almacenar todas esas ideas en sus cabezas. Miles de panfletos repetían hasta la saciedad lo que se podía comprar por unos pocos peniques en algunos quioscos de los distritos de clase obrera de la ciudad. Cualquiera podía aprender esa jerga —¡igual que era posible aprender a fabricar explosivos y bombas!

Lanny discutía la cuestión con su esposa y con su madre —se trataba de una disputa silenciosa que tenía lugar en su cabeza— mientras se alejaba de Limehouse en coche. Lanny ni siquiera estaba seguro de su propia posición y se veía expuesto a los ataques de esas dos personas y de otros que creían tener derecho a decidir sobre su vida: la madre de Irma, Emily Chattersworth, Sophie, Margy y todos sus amigos elegantes. «Pero, por Dios santo, ¿cómo puedes confiar en ese hombre?», le preguntarían. «Dice que no es un terrorista, pero ¡qué poco le costaría mentir si lo fuera! Tú mismo dices que

Trudi Schultz es socialista pero ha pasado un año y varios meses desde la última vez que la viste. ¿Cómo sabes que no ha cambiado de bando a causa de la persecución sufrida por los suyos? Dices que no llorarías si alguien pusiera una bomba para matar a Hitler, pero ¿estás preparado para dar la cara si la Gestapo descubriera sus actividades y tu relación con ellos apareciera en los periódicos de todo el mundo? ¡El nieto de Budd Gunmakers, también conocido por ser el marido de Irma Barnes, ha financiado las bombas! ¿Y cómo crees que nos sentiríamos nosotras cuando la gente nos reconociera como la madre, la esposa, la suegra, la amiga de ese soñador camarada de asesinos? ¿Es que los ricos no tienen derechos que un joven socialista esté dispuesto a respetar?».

Así hablaban las damas que asediaban a Lanny. Pero también los hombres, mejor informados en cuestiones políticas, entraron en la discusión. «Incluso en el caso de que ese robusto marinero autodidacta o peón, tu devoto genosse socialista, sea quien dice ser, ¿qué esperas conseguir con todo esto? Quizá él llegue a convertirse en el Ebert de la próxima revolución, mejor aún, en el próximo Kerensky —el abogado socialista que tomó el poder en Rusia pero fue incapaz de conservarlo y resultó derrocado por los bolcheviques—. ¿Estás preparado para que el mismo patrón se repita en Alemania? Si es así, dínoslo, ¡así entenderemos por fin la clase de hijo, de hermanastro, de yerno que eres!».

Todo ese clamor, ese tumulto resonaba en la mente de Lanny mientras conducía de regreso al elegante hotel donde se había alojado en varias ocasiones. Ya habían cerrado los bancos, pero la gerencia del hotel sabía que sus cheques eran de fiar y sin la menor reserva le entregaron en caja diez billetes de diez libras y dos billetes de una libra. Desde allí se dirigió a un establecimiento en el que disponían de moneda europea y norteamericana con un ligero descuento y cambió las libras por doce billetes de cien marcos y cinco de diez marcos. Con ellos enrollados y escondidos en el bolsillo interior de la chaqueta se dispuso a dar un largo paseo a lo largo del Strand, donde finalmente un obrero de aspecto rudo se aproximó a él y caminó a su lado como si pretendiera decirle: «Por favor, señor, ¿le daría a un pobre hombre unos peniques para poder comer?». Sin embargo, no era eso lo que pretendía. Lanny le entregó discretamente lo que podría haber sido un paquete de cigarrillos, pero no lo era. El camarada Monck regresó supuestamente a Alemania y Lanny se dispuso a visitar al marchante de arte más cercano para no tener que mentirle a su esposa: «Bien, he visto otro *sir* Joshua y puede comprarse por algo menos de diez mil libras».

4
CUANDO EL DEBER SUSURRA

I

Días después de su regreso a Londres, Lanny visitó la residencia de los Pomeroy-Nielson con la intención de contarle a su amigo Rick, un exaviador cojo, todo lo que pudiera acerca de sus planes e incertidumbres. Los Cauces, como era conocido el lugar, estaba situado a orillas del Támesis, en su curso alto, donde el caudal es aún relativamente pequeño pero ideal para nadar y para salir a batear en pequeñas embarcaciones, por lo general amarradas en la otra orilla del río, a la que se accedía por un sendero. El hogar de los Pomeroy-Nielson era un antiguo edificio de ladrillo rojo que había ido creciendo a lo largo de los años, con tejados a diversas aguas, ventanas abuhardilladas e innumerables chimeneas que sobresalían por doquier para fundirse con el cielo. A pesar de todo era una casa difícil de caldear y los visitantes norteamericanos temblaban de frío durante sus estancias desde principios de otoño hasta finales de la primavera. Lanny, que se había criado en Europa, no tenía ese problema.

El cabeza de familia era *sir* Alfred, un conde algo cascarrabias pero bastante sociable de blancos cabellos y gran bigote todavía oscuro, que siempre tenía dificultades para pagar sus deudas pero era feliz coleccionando objetos relacionados con el teatro inglés del siglo XX (algo que, en sus propias palabras, el resto de sus semejantes parecía ignorar sin remedio). Hacía mucho tiempo que sus hijos habían salido al mundo, todos excepto el mayor, que vivía con su familia en el hogar paterno —un arreglo no siempre agradable para todas las partes—. Sin embargo, aquel lugar laberíntico y enorme era difícil de mantener y la madre de Rick, que no estaba bien de salud, se veía obligada a recurrir cada vez más a menudo a la ayuda de su nuera para poder

sobrellevar tan pesada carga. El hijo tullido había recibido durante años el incondicional apoyo de sus padres mientras luchaba por convertirse en escritor y, ahora que al fin había logrado ser un dramaturgo de éxito, ayudaba a pagar las deudas dela familia mientras trataba de impedir que su padre siguiera gastando más de lo que tenía.

Era otro día de niebla y lluvia, de modo que Lanny se sentó con su amigo junto a uno de esos deliciosos fuegos que caldean las chimeneas inglesas, encendidos a base de hulla chisporroteante de la que fluyen jugosos aceites que arden provocando llamas multicolores. La puerta estaba cerrada y la presencia de espías era imposible en aquel castillo inglés. No obstante Lanny empezó a hablar en voz baja, algo que hacía de manera casi instintiva desde hacía un tiempo.

—Rick —dijo—. Me he puesto en contacto con un grupo que opera clandestinamente en Alemania.

—¿Es eso cierto? —preguntó su amigo, cuyo interés se despertó al instante—. Cuéntamelo todo.

—He tenido que dar mi palabra de no revelar ningún detalle. Recibí un mensaje de algunas personas que conocí estando allí. No creo que te cueste adivinar de quién se trata. Por supuesto, necesitan dinero.

—¿Estás seguro de que son de fiar?

—Bastante. Aunque espero asegurarme antes de haberles dado demasiado. Creo que regresaré a Alemania.

—¡El diablo te lleve! —exclamó su amigo. E inmediatamente—: ¿Qué crees que pensará Irma de eso?

—Quizá tenga que cerrar allí una compra o recabar información para uno de tus artículos.

—Escúchame, Lanny, no creo que llevar una doble vida te vaya a gustar.

—Lo sé, pero ya hay muchas cosas a mi alrededor que no me gustan. No puedo dejar colgados a unos camaradas, ¿verdad? Después de todo, también es nuestra lucha.

—Irma terminará por descubrirlo. Y te echará a los perros.

—Lo sé. Trataré de evitar que se entere.

El mayor de los dos sonrió. ¡Qué típico de Lanny tratar de evitar el sufrimiento de los demás en lugar del suyo! Siendo inglés, sin embargo, no podía decir todo lo que pensaba, pero su corazón sintió una gran angustia por su amigo de infancia, un muchacho tan amable y generoso que había escogido el peor momento para nacer. Por supuesto, Rick también estaba interesado profesionalmente en las aventuras de Lanny, pues el problema existencial de

su amigo se había convertido ya en una ocasión en punto de partida de una de sus obras de teatro sobre la lucha de clases. Si las cosas seguían el mismo curso, pronto sucedería lo mismo. No se puede ser escritor sin contar con fuentes de inspiración.

II

Pero Lanny no quería hablar sobre su situación matrimonial, que Rick conocía sobradamente, sino sobre los servicios que ambos podían prestar a la causa si eran capaces de reunir el coraje necesario. Él estaba en una situación privilegiada para hacerlo por varios motivos. Al ser norteamericano, la mayoría de sus conocidos presuponían su neutralidad en los conflictos de la vieja Europa. Reuniendo además muchas de las características físicas del arquetipo del héroe hollywoodiense, para mucha gente irradiaba un glamur propio de la gran pantalla. Su acaudalada mujer le había permitido acercarse a los ricos y poderosos y su genuina ocupación como marchante de arte le proporcionaba a menudo razones y oportunidades para viajar de una capital a otra. Un hombre así debía ser capaz de ayudar a la causa de la justicia social.

—No soy escritor ni orador —dijo—. Supongo que he tenido una vida demasiado fácil y nunca he sido otra cosa que un aficionado. Pero soy capaz de obtener información y ha de haber un lugar donde pueda hacerlo. Mejor aún, he de encontrar el modo de sacarle partido.

—Wickthorpe y Albany sin duda te darían manga ancha como diplomático —aseguró el inglés con una sonrisa irónica en los labios.

—No lo dudo —dijo Lanny—. Los dos me han sondeado en varias ocasiones. Pero ¿de qué les serviría a ellos la información que yo pudiera obtener? Lo único que esperan de Hitler es que luche por ellos contra Rusia. Pero a mí se me ocurren mejores maneras de utilizarle.

—¿Como cuáles?

—Bueno, conseguir que se enfrente con Mussolini a causa de Austria.

—Intenta que Robbie te consiga un puesto de diplomático —sugirió Rick —. ¡Así podrás enemistar a esos tiranos!

—En primer lugar, mi padre no tiene la menor influencia en Washington. Y en cuanto al Departamento de Estado, por lo que tengo entendido, sigue las

mismas pautas que vuestro Ministerio de Asuntos Exteriores. Lo mismo de siempre. Lo que yo quiero es que mi información sea realmente útil para la causa.

Hasta ese momento, Lanny solo había pensado en ayudar a su amigo a escribir sus obras de teatro y alguno de esos artículos quede cuando en cuando eran publicados en periódicos y semanarios más o menos abiertos a ideas de tintes socialistas. Esa era la tragedia de dos hombres de su posición: al adoptar tales ideas se condenaban a sí mismos a la futilidad. Su voz no constituía más que un grito en mitad de la selva. Nadie —salvo quizá los halcones y los ratoneros— estaba dispuesto a escucharles ni a prestarles la menor atención.

Y la situación no había hecho sino empeorar desde la llegada de Adolf Hitler al poder hacía casi dos años. Antes de que eso sucediera, Lanny y Rick creían en un partido y tenían fe en cierta prensa. El Partido Socialista de Francia y el Partido Laborista británico eran organizaciones que abogaban por la paz y el entendimiento entre las naciones y luchaban contra la explotación y el poder de las oligarquías. Pero ¿quién podía pensar en la paz cuando los nazis estaban explotando todos los recursos del país para construir armamento y el general Goering se disponía a crear una fuerza aérea capaz de sembrar el terror por toda Europa? Cada vez que Lanny y Rick comentaban dicha situación se veían obligados a escuchar todo tipo de reproches por parte de sus antiguos camaradas, quienes les decían que estaban locos. Rick descubrió, con cierto disgusto, que actualmente estaba más cerca del rimbombante imperialista Winston Churchill de lo que jamás habría creído posible, mientras Lanny empezaba a estar de acuerdo con algunos posicionamientos del Ejército y la Armada de su país.

—¿Todavía crees que serás capaz de entrar en Alemania —preguntó Rick— y hacerte pasar por amigo de Goering?

—No lo sé —respondió Lanny—. Pero no me hará ningún daño intentarlo.

—¡A estas alturas no habrá nada que no sepa ya de ti, Lanny!

—No dejaba de pensar en eso la última vez. Pero ya sabes cómo es esto. La burocracia siempre comete errores. Además, como sin duda debes recordar, el gordo Hermann es tan corrupto que es incapaz de creer que nadie sea honesto. La oferta que me hizo entonces seguirá siendo irresistible para él. Sin duda pensará: «Si el tipo ha aceptado y está decidido a seguir adelante, me hará un buen servicio haciéndose pasar por izquierdista en Inglaterra y en Francia». Esas son las normas de este juego. Engranajes que giran dentro de otros engranajes, engaños y más engaños.

—No estás preparado para algo así, Lanny —le advirtió su amigo, que le conocía bien.

—No estoy tan seguro —respondió el otro—. Un hombre honesto puede ser un buen mentiroso cuando nadie parece dispuesto a creer nada de lo que dice. Puede que los nazis nunca lleguen a confiar en mí, pero tampoco podrán saber hasta qué punto deberían hacerlo, ¡ni el verdadero alcance de mis engaños! Lo único que necesito es que una sola persona sepa en qué me estoy metiendo.

—Me da la impresión de que vas a lanzarte a una carrera muy peligrosa —dijo el dramaturgo.

III

Era viernes por la tarde y el hijo mayor de Rick volvía a casa para pasar el fin de semana. Alfy, así le llamaban todos, estaba a punto de empezar sus estudios universitarios en el Magdalen College, que los ingleses inexplicablemente pronunciaban *Maudlin*. Había tomado el autobús desde Oxford y después había caminado un largo trecho hasta casa, por lo que llegó con los zapatos embarrados y los pantalones empapados, pero con un sano rubor propio de la edad tiñendo sus mejillas. Tenía solo diecisiete años aunque era alto y esbelto como su padre y también como su abuelo, por el cual le habían puesto su nombre. Los ojos oscuros, el pelo moreno y ondulado y el rostro serio y delgado. Era un muchacho precoz, como no podía ser de otro modo en esa familia. Estudiante concienzudo y responsable, sus ideas habían derivado en poco tiempo bastante más a la izquierda que las de su padre cuando tenía su misma edad.

«¡Estupendo!», respondió cuando Lanny le preguntó cómo estaba, y «¡A eso voy!», exclamó cuando su padre le sugirió que se pusiera algo de ropa seca. Lanny le había prometido conducir los sesenta y cinco kilómetros que separaban Los Cauces de la elegante escuela en la que Marceline Detaze estaba interna, para que la muchacha pasara el domingo con ellos. A Lanny no le importaba conducir por la campiña a pesar del mal tiempo. Le tenía un gran cariño a aquel muchacho inteligente y ávido de conocimiento, y estaba más que dispuesto a llevar a cabo su parte del trato a la hora de completar la

tan ansiada unión de los dos bebés nacidos mientras el mundo estaba siendo desgarrado por la gran guerra. La hija de Beauty había perdido a su padre pocos meses después de nacer, y el hijo de Rick a punto había estado de quedarse huérfano de padre antes incluso de que sus ojos pudieran ver la luz. Ahora, tanto Lanny como Rick tenían la certeza de que la sombra oscura del conflicto se cernía de nuevo sobre el mundo. Sin embargo, de nada les serviría pregonarlo a los cuatro vientos, pues nadie parecía dispuesto a admitir lo que sucedía, y ellos sabían cómo creer en lo que habían decidido creer. Quizá un instinto escondido en lo más profundo de los más jóvenes les permitía ver con claridad la realidad de las cosas antes de que fuera demasiado tarde.

A Lanny le divertía pensar que ya era un hombre mayor, pues no se sentía así en absoluto. Alfy, por el contrario, sí le veía de ese modo y sentía un gran respeto por él, pues a su modo de ver era un hombre que había viajado, había conocido a grandes hombres y había vivido aventuras siempre envueltas en un halo de misterio dentro del círculo familiar. ¿Era cierto que había sido encerrado en una prisión nazi donde había visto cómo torturaban a un pobre banquero judío para obligarle a entregar toda su fortuna? «¿Crees que algún día tendremos que enfrentarnos a esos canallas? ¿Y es cierto que están construyendo una flota de aviones capaz de superar a la nuestra?». Lanny se dio cuenta de que hablaba con una persona que se tomaba muy en serio cuanto decía y que no lo consideraba un excéntrico. «Creo que me estoy dedicando a las matemáticas más tiempo del que debería», reveló el nieto del conde. «Aunque tengo la sensación de que todo ese conocimiento me será útil cuando me una a la fuerza aérea. Pero no hables de ello cuando Madre esté presente porque solo serviría para preocuparla terriblemente».

¡Pobre Nina! Lanny se estremeció tan solo de pensar que podía llegar el día en que tuviera que volver a pasar por la misma agonía. ¡Una sola vez era más que suficiente en la vida de una mujer! Sintió el impulso de contarle al muchacho la extraña vivencia que había experimentado cuando tenía su misma edad, mientras vivía con la familia de Robbie Budd en Connecticut y Rick volaba con su aeroplano durante la batalla de Francia. Lanny se había despertado al amanecer, a la misma hora en que Rick se había estrellado y había estado a punto de morir, y había creído ver la silueta de su amigo a los pies de su cama con una herida ensangrentada que atravesaba su frente con la misma forma de la cicatriz que desde entonces ensombrecía el rostro de su amigo. «Tu madre cuidó de él hasta qué volvió a la vida», dijo Lanny. «Sería terrible si tuviera que pasar de nuevo por todo aquello». Y hasta ahí habría podido contar cualquier buen inglés.

IV

Ahí llegaba Marceline, danzando. Siempre parecía estar bailando, siempre tan feliz, tan joven y llena de energía. Era dos meses más joven que Alfy, pero como toda mujer se había desarrollado mucho más rápido y hacía tiempo que le había dejado atrás. La hermanastra de Lanny era una joven dama en todo su esplendor, mientras él no constituía más que un muchacho torpe y desgarbado, o al menos así se sentía él estando a su lado, igual que un títere indefenso en sus manos. Cualquiera que tuviera ocasión de contemplar a la hija de Beauty Budd se habría dado cuenta de que se trataba de una criatura especial, algo aún más evidente de haber conocido también a su padre, Marcel Detaze, un hombre de un inmenso atractivo. La niña se había criado rodeada de espejos y había tenido ocasión de escuchar desde su infancia las conversaciones de las damas que visitaban a su madre y de las criadas de la casa, por lo que sabía bien lo que tenía de especial y lo que podía conseguir con ello. Una figura esbelta y llena de gracia que se ajustaba como un guante al ideal de la época; una hermosa melena rubia con destellos de oro; y ese rasgo que tanto le recordaba a su padre, las cejas mucho más oscuras que el cabello, lo que le daba un toque especial a sus ya de por sí atrevidos y coloridos encantos. Era norteamericana y francesa a partes iguales y tenía el temperamento vivaz del pueblo de su padre y la confianza en sí misma propia de su madre, que había huido del hogar baptista que su padre gobernaba con mano de hierro para convertirse en modelo de artistas cuando aún no era mayor que Marceline en la actualidad.

¡Oh, sí! ¡Pobre Alíy, profundamente enamorado y sin embargo carente de tan mundanos atractivos! Le iba a costar un gran esfuerzo mantenerla a su lado. Era la única hija de un gran artista del que todo el mundo hablaba y que de hecho iba camino de convertirse en un reconocido maestro de la pintura. Con un nivel de vida superior al de su Alfy, Marceline disfrutaría de una vida de comodidades y quizá de lujos. Sabía de la existencia de Londres y París, soñaba con yates y palacios y tenía la certeza de que todos esos lujos estaban a su alcance. Así había sido educada. Lanny lo habría hecho de un modo muy diferente de haber podido, pero había quedado pronto relegado al papel de simple espectador, igual que le sucedía en muchos otros escenarios de ese *beau monde* en el que vivía, que tanto le condicionaba y en el que se veía obligado a adoptar sistemáticamente una actitud de silenciosa aquiescencia.

El retoño en flor, como Rick solía llamarla, ocupó el asiento central de la parte delantera del coche, flanqueada por sus dos acompañantes, y Lanny se dedicó a conducir mientras los dos jóvenes charlaban. Las palabras fluían a borbotones, pues la vida era tan maravillosa que nada la podía contener. Hablaban únicamente acerca de personas: sobre chicas del colegio a las que Alfy conocía o a las que debería conocer, sobre chicos que iban de visita a Los Cauces para asistir a las fiestas y bailes algunos fines de semana. Siempre que se encontraban parloteaban de ese modo, al menos las chicas lo hacían. Se acordaban de cosas de las que habían hablado en otros sitios o repetían lo que habían oído decir a otras personas, y al escucharlos su cháchara le recordó a la de una familia de cotorras reunidas en su nido. Algo diametralmente opuesto a la conversación que había mantenido con Alfy de camino a la escuela. Y Lanny se preguntó: «¿Es que todas las mujeres tienen que comportarse como cotorras, o se debía simplemente a que eran educadas de ese modo?».

La joven pareja estaba enamorada, pero de un modo competitivo que ningún elemento externo a ella podía controlar. Marceline se resistía a aceptar que hubieran decidido su destino por ella e insistía en empezar de cero según sus propios términos. Decía que Alfy era tan solemne como un viejo búho y no se cansaba de provocarle para que hiciera todo tipo de cosas, convirtiéndole en un pobre miserable en el proceso. Ella no tenía el menor interés en asuntos como la política ni la más vaga noción sobre matemáticas. Sin embargo, no había nada que no supiera sobre las artes de la coquetería, y las ponía en práctica con cada joven simpático que se le ponía a tiro —por lo general, todos mayores que Alfy y por tanto capaces de hacerle sentir pánico—. Aquello resultaba cruel, pero así era la naturaleza, y sin duda era mucho mejor arreglar de ese modo las desavenencias que llegar a ver a dos muchachos jóvenes peleándose como venados en el bosque.

V

De regreso en Los Cauces disfrutaron de la cena y después llegaron algunos jóvenes amigos de la vecindad. Las cosas no habían cambiado desde la primera vez que Lanny, siendo un muchacho, visitó a su amigo y conoció a los colegas de Rick, incluida Rosemary, que había sido su primera novia y en cuya

compañía había soñado un maravilloso futuro sentado a su lado bajo la luz de la luna mientras Kurt Meissner tocaba el piano. Ahora se trataba de una nueva generación, los hijos e hijas de los amigos de Lanny, pero se comportaban igual que ellos. Las modas no habían variado mucho, se repetían de forma cíclica. Las faldas eran cortas y después volvían a alargarse, y lo mismo ocurría con los peinados. El amor era el mismo de siempre, con la única diferencia de que ahora hablaban de él con menos pudor. Las risas eran las mismas y nunca escaseaban, a pesar de las guerras pasadas y de las que estaban por venir. La primera visita de Lanny había sido en la primavera de 1914, y entonces nadie se preocupaba tampoco por lo que estaba ocurriendo en el continente. Ahora, en el otoño de 1934, se preguntaba si el próximo verano o el siguiente toda esa gente tendría mayores motivos de preocupación.

Retiraron las alfombras y los muebles del centro del salón y pusieron discos en el fonógrafo para bailar. El *hot jazz* ya había llegado desde Norteamérica y lo último era un nuevo ritmo llamado *swing*. Los jóvenes vibraban de pura delicia, escogían sus discos favoritos y se movían incansables al ritmo de la música como si estuvieran cargados de electricidad. Parecían ignorar que existían bailes más antiguos —todos ellos excepto Marceline, a quien Lanny había enseñado todo lo que sabía—. Cuando él bailó con ella, los demás se limitaron a observar. Esto ya había ocurrido en muchos otros salones, incluso en una ocasión en la pista de baile de un casino. Podrían haberlos contratado y no les habría costado ganarse la vida de ese modo. Cuando Marceline bailaba, algo se despertaba en su interior y la poseía. Se convertía en una criatura de música y movimiento, capaz de expresar un inmenso deleite sin perder ni por instante la noción de cuanto hacía y disfrutando al máximo de las atenciones que recibía. Era una combinación de gozo y orgullo lo que sentía, en la que ambos sentimientos se estimulaban recíprocamente.

Había sido así desde su más tierna infancia. Al verla dar sus primeros pasos, cuando no era más que un bebé, Lanny había sido testigo de cómo ella lo descubría por sí misma. Él la había elogiado y alentado —y también otros miembros de la familia— y así se había convertido en bailarina. Danzaba a solas por el mero placer de hacerlo, pero antes de practicar siempre buscaba un espejo y pensaba en todas aquellas personas que después la observarían. No había nada perverso en ello, pues también a su madre le gustaba que la contemplaran, primero como modelo de artistas y después en el mundo de la moda. Había sido durante muchos años lo que se conocía como una belleza profesional. También el padre de Marceline había pintado hermosas obras

para que fueran contempladas, y aunque él siempre se había esforzado por demostrar que era inmune a los elogios, negándose con tozudez a promocionar su obra, Lanny sospechaba que se debía a que había sufrido tantas decepciones a lo largo de los años que al final se había visto obligado a pintar exclusivamente para sí mismo. ¡No hay duda de que el principal propósito del arte es comunicarse con los otros y la creación no es un simple monólogo del artista consigo mismo!

VI

De regreso en la Residencia Wickthorpe, como todo el mundo llamaba a su hogar provisional, Lanny se dispuso a disfrutar de una vida doméstica y normal, algo de lo que no disfrutaba desde hacía mucho tiempo. Gozó de la compañía de su hermosa esposa, se vistió como Dios manda y la acompañó a todo tipo de eventos de sociedad, evitando cuidadosamente expresar cualquier idea con la que ella pudiera estar en desacuerdo. Él se repetía a sí mismo una y otra vez que, después de todo, Irma solo tenía veintiséis años y su mente aún no había madurado por completo. Era inútil esperar de ella que supiera de todo o que sintiera mayores ansias de conocimiento. Jugó con su hijita, le enseñó pasos de baile y la llevó a ver la camada de gatitos que acababan de nacer en la finca. Tocó el piano y disfrutó de interesantes lecturas pendientes. Revisó sus archivos y adelantó algo de trabajo por correspondencia con el apoyo de una mecanógrafa que acudía en su ayuda cada vez que la necesitaba. «¡Si los hombres por fin aprendieran a permitir que sus semejantes fueran felices!».

Sin embargo, todo el tiempo se sentía como un hombre a la espera de que un jurado dictara sentencia contra él o de que un *sheriff* apareciera para detenerlo. Contaba los días y elucubraba acerca de cuándo llegaría a Berlín el camarada Monck y cuánto tardaría en recibir la próxima carta de Trudi Schultz, alias *frau* Mueller. Estaba seguro de que ella le escribiría. Los conspiradores necesitarían todo el dinero que pudieran conseguir y ella no permitiría que él siguiera en la incertidumbre. Y si la carta no llegaba significaría que Monck era un farsante.

A medida que pasaban los días, Lanny empezó a plantearse seriamente la posibilidad de que todo hubiera sido una farsa. ¿Pero quién era aquel hombre? ¿Un terrorista que gracias a su dinero había conseguido nitroglicerina y tuberías de cobre, o lo que fuera que utilizaran hoy día para hacer bombas? ¿Y contra quién pretendía atentar? ¿Hitler o Stalin? ¿Trotski, Hermann Goering, Pierre Laval o quizá —Dios no lo quiera— Ramsay MacDonald o el rey Jorge de Inglaterra? Lanny no podía creer que aquel hombre fuerte e inteligente fuera un simple estafador dispuesto a despilfarrar su dinero en vino y mujeres. No, sin duda era un revolucionario. O puede que un agente bien entrenado, en cuyo caso la carta que Lanny recibiría de Trudi Schult sería una falsificación o el resultado de la tortura y la coacción. ¡No es fácil perderse en la música de Liszt o Chopin cuando uno vive atormentado por semejantes especulaciones!

¡Y por fin llegó una carta con sello alemán y matasellos de Berlín! Un sobre liso y sin remitente. Lanny se estremeció, a sabiendas de que aquella era la tan esperada sentencia. Se fue a su estudio para abrirla y, de pie en mitad de la estancia, la leyó:

> Querido señor Budd:
>
> Estoy en posesión de gran cantidad de nuevos bocetos que creo le interesarán. ¿Estaría dispuesto a ponerlos a la venta? Si se encuentra en Berlín el 6 de noviembre me gustaría reunirme con usted para mostrárselos. Si la fecha no es de su conveniencia, cualquier otra posterior sería factible para mí.
>
> Respetuosamente,
>
> *Mueller*

Una nota extremadamente cautelosa y precisa que no despertaría las sospechas de ningún agente de la Gestapo y tampoco las de una esposa que pudiera sentir el impulso de curiosear en el correo de su marido. La caligrafía, de estilo alemán, podría haber sido la de un hombre o una mujer. Lanny, que había mantenido correspondencia con Trudi en la época en que trataba de publicar sus dibujos en *Le Populaire* conservaba sus cartas. Las buscó en sus archivos y las examinó con una lupa. Junto a la carta que acababa de recibir había ademas dos pequeños bocetos. Uno de ellos era un rostro muy conocido para Lanny, el suyo, con su expresión más decidida y resuelta. Trudi, aterrada y con el corazón destrozado, parecía decir: «¡Tú, qué radiante y esplendoroso vives protegido en esa tierra feliz, en esa fortaleza construida por la naturaleza para proteger de toda infección y de la amenaza de la guerra!».

El otro dibujo era un retrato de Hansi Robin con su violín y también tenía su magia. Ludi y Trudi Schultz, una pareja de arios de pura sangre, habían

sido invitados al palacio de Johannes Robin, un *schieber* judío, un especulador, para asistir al recital en el que Hansi y su flamante esposa de Nueva Inglaterra interpretaron la música del alemán Beethoven y del judío Mendelssohn, del francés César Franck y del húngaro Reményi. El brillante boceto era un recuerdo de aquella velada, que pretendía expresar el mismo mensaje del himno de Schüler y de la *Novena Sinfonía*, que todos los hombres son hermanos cuando las dulces alas de la alegría se despliegan ante ellos.

Por supuesto, era posible que algún hábil dibujante hubiera imitado el estilo de Trudi. Una firma se puede falsificar y muchos expertos en arte se han visto humillados ante brillantes imitaciones de obras maestras. Lanny, sin embargo, estaba seguro de que los dibujos eran obra de la joven artista. Estudió atentamente los bocetos con la lupa y vio que los trazos eran limpios y claros, algo difícil de conseguir si la muchacha los hubiera realizado bajo coacción o amenazas. Por fin tenía en sus manos lo que llevaba esperando desde hacía más de un año, una oportunidad para volver a verla y quizá incluso para hacerle algunas preguntas. Solo por eso estaba más que dispuesto a adentrarse de nuevo en el mismísimo corazón de Nazilandia.

VII

Había llegado el momento en que Lanny tendría que decidir cómo iba a lidiar con su esposa. ¿Debía abordarla y decirle directamente: «He establecido contacto con un grupo clandestino que opera en Alemania y me propongo ir para asegurarme de lo que pretenden»? Esa era la opción que le habría gustado elegir. Sin embargo, resultaba incompatible con su promesa de guardar silencio para proteger a las personas que estaban arriesgando sus vidas. Había hecho bien en contárselo a Rick, que era un camarada y mantendría la boca cerrada sin necesidad de que se lo dijera explícitamente. Pero, ¿guardaría Irma el secreto en contra de su voluntad cuando ni siquiera creía que hacerlo fuera lo correcto? ¿Cuándo toda aquella situación constituía un agravio contra los de su clase y ella misma despreciaba a todas aquellas personas que ponían en peligro la vida de su marido?

Fanny Barnes, la oronda y dominante suegra de Lanny, pretendía hacerles una visita. ¿Se desahogaría Irma, resentida con su marido, contándoselo todo

a su madre? ¿Se abstendría Fanny de contárselo a su vez a su hermano Horace y a su cuñado Joseph Barnes, uno de los tres administradores de la fortuna familiar? ¿Sería capaz de morderse la lengua cuando volviera a encontrarse con las nobles viudas cuya compañía solía frecuentar durante sus visitas a Londres? Por supuesto que no, y la historia se extendería como la pólvora en cuestión de días por toda la ciudad.

La heredera norteamericana y su príncipe consorte eran gente de renombre. Las miradas más indiscretas los vigilaban día y noche y las lenguas de los chismosos siempre hablaban de ellos, y no solamente las damas que se reunían para tomar el té o que cotilleaban por teléfono durante horas para romper la monotonía, también los chicos de la prensa estaban siempre al acecho dispuestos a poner en marcha sus rotativas de alta velocidad. Si Irma tenía un mal gesto hacia su marido durante el desayuno, el criado de turno se lo susurraría a la doncella en cuanto cruzara el umbral de la puerta de la cocina; esta se lo contaría a la muchacha de *lady* Wickthorpe en el castillo, quien a su vez le pasaría el bulo a su mejor amiga en Londres y en menos de una semana la historia aparecería publicada en el *Chatterer*. Quizá no mencionaran los nombres de los implicados pero sí darían suficientes detalles como para que todo el mundo supiera de quién se trataba. «Una popular dama norteamericana millonaria, cuyo marido se divertía jugando a ser marchante de arte, vive infeliz a causa de sus continuos devaneos con los socialistas y su costumbre de hacer comentarios de izquierdas en los salones más exclusivos de la alta sociedad. Se ha sabido recientemente que, por si fuera poco, ahora se dedica a financiar, con un porcentaje de sus comisiones por la venta de obras de arte, a un grupo de *genossen* que se opone en secreto al Führer alemán. Simpatizantes del régimen nazi en Londres —que son numerosos y bien situados— han manifestado públicamente su rechazo ante semejante actitud».

No, esa no era la mejor opción. O mantenía el secreto o lo mejor sería renunciar por completo a su proyecto. Pero, ¿tenía derecho a rendirse? ¿No estaba en deuda con todos aquellos que se sacrificaban por la causa en la que él aseguraba creer? ¿Acaso las obligaciones de un hombre son únicamente para con su esposa? Más aún, ¿es lícito decir que un hombre se debe antes a su mujer que a aquello que considera una causa valiente y justa? ¿La ceremonia del matrimonio le confiere a la consorte la facultad de decidir cómo ha de pensar su marido y a imponerle sus ideas acerca de lo que es cierto y lo que es falso? ¿Tiene una esposa el derecho a intentarlo siquiera, por muy rica que sea y por muy segura que esté de sus propias opiniones?

Fueran cuales fueran sus derechos, lo cierto es que estaba en posición de ponerle las cosas difíciles si él insistía en fastidiarla. Lanny no era el primer hombre en hacer semejante descubrimiento. También los teléfonos y las rotativas de la antigua Atenas habían difundido la noticia de que un filósofo de izquierdas llamado Sócrates se bañaba a todas horas con agua caliente, los rumores afectaban incluso al jefe del Estado, el augusto y exquisito Pericles. En cuanto al nieto de los Budd, que ni era filósofo ni hombre de Estado sino solamente un *playboy* que se limitaba a hacer lo que consideraba necesario para crecer, no tenía intención de herir a nadie y se preocupaba sinceramente por la felicidad y el bienestar de su esposa. Y por eso decidió asegurarle que no se metería en líos y ocultar cualquier cosa que pudiera causarle una innecesaria ansiedad.

Tan cauteloso era que puso buen cuidado en que cada cosa que decía fuera rigurosamente cierta. Era cierto que Alemania se había convertido en la actualidad en un excelente coto de caza de obras maestras. La aristocracia estaba empobrecida y también muchos de los grandes magnates de los viejos tiempos. Los impuestos subían y las únicas personas que prosperaban eran aquellas que controlaban las materias primas y las factorías necesarias para fabricar productos de uso militar. Los estadounidenses, por otra parte, tenían el New Deai. Robbie Budd y otros cascarrabias se quejaban de la inflación, y quizá tuvieran razón al hacerlo. No obstante, ciertos grupos de la sociedad se estaban beneficiando y unos pocos habían descubierto que ciertas obras de arte poco conocidas de pintores famosos eran una inversión mucho más segura que el oro o las acciones del Estado.

Zoltan Kertezsi, el amigo y socio de Lanny que le iniciara en tan distinguido negocio, estaba en París. Lanny le conocía bien y sabía exactamente cómo conseguir de él exactamente lo que necesitaba. Le envió un telegrama: «Recordarás que te hablé de la existencia en Alemania de un pequeño y exquisito Hubert van Eyck cuya venta se podría cerrar en una sola noche. Por motivos de índole social no he podido hacerlo hasta ahora. Si me enviaras un telegrama interesándote por dicha obra me facilitarías mucho las cosas. Dividiré la comisión».

Aquello no tenía nada de extraño para Zoltan, que conocía todo tipo de estratagemas inofensivas para ponerse en contacto con *Erlauchten* y *Durchlauchten*[13] y hacerles pensar que estaban llevando a cabo un impagable servicio a la cultura por el hecho de permitir que sus tesoros artísticos formaran parte de las colecciones de famosos norteamericanos a cambio de ingentes sumas de dinero. Zoltan solía decir que era imprescindible tratar a

ese tipo de gente con la misma delicadeza que a un pedazo de papel de seda empapado. De modo que antes de que el sol se pusiera, Lanny recibió su ansiada respuesta desde París: «Posible cliente para cierto pequeño Van Eyck. Recuerdo que una vez me comentaste haberlo visto en Alemania. ¿Sería posible que me facilitaras una buena fotografía del mismo para ponerle precio?».

VIII

El conspirador le mostró el telegrama a su esposa que, como era de esperar, se disgustó terriblemente.

—¡Pero, Lanny! ¡Me dijiste que nada en el mundo te haría volver a poner un pie en Alemania!

—Lo sé —respondió él—, pero he estado dándole vueltas al asunto. Todo parece indicar que Hitler continuará en el poder durante mucho tiempo, y el hecho de que regrese o no es intrascendente. Sin embargo, me parece absurdo renunciar al mejor mercado que he tenido. Por no hablar de nuestros amigos allí.

—Pero, ¿te permitirán entrar los nazis?

—En el caso de que se fijen en mí, pronto averiguarán que lo único que hago es llevarles una buena remesa de la moneda extranjera que tanto necesitan. Si no les interesa me negarán el visado y eso será todo.

—Lanny, me aterra pensar que volverás a adentrarte en la boca del lobo. Sé bien lo que piensas sobre la actual situación allí y estoy segura de que no podrás evitar hablar o actuar al respecto.

Él esperaba que le dijera eso y había preparado cuidadosamente la respuesta.

—Si voy allí en viaje de negocios he de asegurarme en primer lugar de no ofender a mis clientes. Y puedes creer que no deseo ninguna publicidad negativa. Además, si tú estás conmigo me veré obligado a no hacer nada que te estropee la diversión.

—¿Por qué no le dices a Zoltan dónde está el cuadro y dejas que se encargue él? Estoy segura de que no necesitas el dinero.

—Dudo que Zoltan pueda ocuparse de este asunto, pues requiere cierta delicadeza extra. El cuadro pertenece a una tía del conde de Stubendorf y ya sabes cómo son las cosas cuando se trata con la nobleza, especialmente con esas ancianas damas. Ella ya me conoce aunque posiblemente no se acuerde de mí, por lo que necesitaré reunirme antes con *Seine Hochgeboren*[14] para que vuelva a hacer las presentaciones. Podríamos aprovechar la escapada para hacerle una visita a Kurt, si te parece bien.

—¡Solo de pensarlo me dan escalofríos, Lanny! ¿Aún esperas convencer a Kurt de que eres un simpatizante nazi después de todo lo ocurrido?

Él sonrió.

—Kurt y yo somos amigos desde mucho antes de que los nazis fueran inventados y él no tendrá nada que objetar si le digo que ya no me interesa la política. Pensará que es de lo más natural ahora que la familia Robin está por fin fuera de Alemania. Recuerda que yo mismo le regalé a Kurt una inmensa colección de partituras para piano a cuatro manos. Suficiente para mantenernos ocupados durante toda una semana, puestos a practicar.

A base de comentarios jocosos y mostrándose tan escurridizo como una joven e inquieta anguila, Lanny logró salir airoso de tan difícil conversación. Irma estaba tan preocupada por conseguir que —tal como ella decía— se comportara «como es debido» que decidió creerle aferrándose a su última esperanza. Habían transcurrido más de tres meses desde su huida de Alemania y durante todo ese tiempo su comportamiento había sido normal. Nada en él indicaba que estuviera trastornado por lo que había vivido. Había cumplido con su deber familiar de asistir al funeral de Freddi pero no se había mostrado angustiado por ello. Y ahora que sus parientes cercanos estaban a salvo, a Irma le costaba menos creer que él había dado por zanjada la cuestión y estaba dispuesto a permitir que su esposa disfrutara por fin de la felicidad que le correspondía por nacimiento.

Además estaba la propuesta de hacer un viaje. También ese era un aspecto indisociable de la educación de Irma, y de la psicología de todos aquellos que formaban parte de su mundo. Siempre estaban preparados para viajar. Poseían los coches deportivos más modernos que mantenían abastecidos en todo momento de combustible y aceite, agua y aire para los neumáticos; elegantes maletas de piel, además de mozos y doncellas dispuestos a prepararles el equipaje en el menor plazo de tiempo. En los momentos de ocio decían: «¡Vámonos a Miami a visitar a Winnie!» o «¿Por qué no hacemos una escapada en coche a California para ver qué tal le va a Bertie con su nueva mujer?». Aquí en Europa frecuentaban Biarritz o Florencia, Salzburgo o St.

Moritz. ¡Qué importancia tenía mientras hubiera algún lugar donde ir! Y si al llegar no había demasiado que hacer podían recoger sus cosas en cualquier momento y volver a la carretera.

El destino ahora era Berlín. La época del año era muy agradable. Quizá un poco fresca aún, pero tonificante sin duda. Y en cualquier caso Irma tenía pieles si era necesario abrigarse. Tomarían el ferri nocturno hasta Hoek van Holland y desde allí solo había un día de viaje. Visitarían Stubendorf en la Alta Silesia y serían invitados de honor en el castillo, un lugar que a los dos les parecía muy romántico.

En Berlín visitarían la Muestra Anual de Arte y asistirían a conciertos. La temporada alta estaba cerca y podrían reencontrarse con viejos amigos. Sí, era la ocasión perfecta para un viaje de placer. Como era de esperar, Irma dijo; «¡Vamos!». Pero acto seguido frunció el ceño y añadió: «Escúchame, Lanny. Y lo digo muy en serio. ¡Si haces alguna cosa que me disguste no te lo perdonaré mientras viva!».

IX

Aguardaron únicamente para ver a Robbie, que muy pronto estaría en Londres. Cuando llegó, se mostró tranquilo de cara a la galería aunque en realidad estaba exultante por dentro a causa del éxito de su proyecto. Sájarov se había comprometido a comprar acciones de la Budd-Erling por valor de un millón de dólares y le había dado permiso a Robbie para decírselo a varios de sus antiguos socios británicos. Denis de Bruyne había adquirido tres millones de francos en acciones y haría correr la voz entre sus amigos. También Emily Chattersworth se había sumado a la aventura y ahora Robbie iba a reunirse con Irma —a petición de esta— para exponerle su propuesta. La joven reconoció que le debía tanto a la familia Budd como cualquier vieja araña, lobo o demonio griego. Escribió a su tío Joseph para ordenarle que descendiera a la bóveda que albergaba todos sus tesoros. Estaba oculta a mucha profundidad en el subsuelo neoyorquino, bajo una entidad bancaria de Wall Street, protegida por varias capas de acero y hormigón separadas por estratos de agua y gases venenosos. Era un lugar que cumplía todos los requisitos bíblicos, donde ni la polilla ni la herrumbre podían actuar, ni los

ladrones entrar. De entre los innumerables fajos de activos y bonos que Irma poseía, el señor Joseph Barnes había recibido orden de escoger medio millón de dólares de las que menos beneficios hubieran rendido durante el presente año. Debía proceder a ponerlas a la venta en el mercado de valores y reemplazarlas con preferentes y ordinarias de la Budd-Erling.

Irma debía asumir el control absoluto de su fortuna al cumplir los treinta años, pero entretanto había adquirido la costumbre de manifestar sus deseos, y hasta el momento ninguno de los fideicomisarios de la misma habían considerado necesario oponerse a ellos. El tío Joseph no fue capaz de encontrar ninguna debilidad en la reputación de su suegro como hombre de negocios y tampoco vio al parecer ningún motivo que le impidiera promover la fortuna de su recién adquirida familia política. Por supuesto, la muy hábil examante de Robbie se había encargado mientras tanto de que la noticia de la inversión de Irma se difundiera entre sus elegantes amigos. De modo que Margy, la noble viuda *lady* Eversham Watson, Sophie, antigua baronesa de La Tourette, y un buen número de damas con grandes ingresos y aún mayores apetitos también se mostraron entusiasmadas ante la inmejorable oportunidad de hacer crecer sus respectivas fortunas. «¡Hijo mío!», exclamó el promotor al verle, «¡Estamos en la cresta de la ola!».

Robbie se sorprendió al saber que su hijo estaba a punto de regresar a Alemania aunque no hizo ningún comentario al respecto, pues estaba demasiado inmerso en sus propios asuntos y de todas formas nunca se preocupaba demasiado por los de los demás. Le pareció natural que Lanny no albergara ningún deseo de venganza porque era consciente de que el peor de sus ataques no podía hacerle más daño a Hitler que el picotazo de una avispa y él nunca saldría bien parado del intento. El viaje era para Robbie un síntoma evidente del regreso de su hijo a la cordura y así se lo manifestó a su joven esposa contribuyendo a confirmar de algún modo lo que a ella tanto le costaba creer. «Debes animarle a ganar todo el dinero que pueda», dijo el padre. «Ya se le ocurrirá la manera de utilizarlo y, créeme, le parecerá tan divertido como tocar el piano».

De haber estado vivo, el padre de Irma le habría hablado de la misma manera. Ella le echaba mucho de menos y sentía la necesidad de aceptar al padre de Lanny como sustituto. Le confió algunas de sus preocupaciones sin lamentarse, y Robbie, que había tenido los mismos problemas con cierto idealista demasiado ingenuo, trató de ayudarla a comprender sus debilidades. «Cuando somos jóvenes todos nos creemos capaces de cambiar el mundo», le explicó. «Al hacernos mayores nos damos cuenta de que se trata de una

hazaña imposible y al final estamos ya bastante atareados ocupándonos de nuestros propios problemas y también por los de aquellos de quienes nos consideramos responsables. El sarampión de Lanny dura más de lo habitual pero has de tener paciencia. Es él mismo quien debe encontrar la cura».

—Lo sé —respondió Irma—. La gente no quiere escuchar ciertas cosas. Quizá a mí me ocurre lo mismo.

—Recuerda esto —añadió el astuto hombre de negocios—. Lanny no gana demasiado dinero vendiendo cuadros, pero la suya es una ocupación artística e intelectual y también te permitirá conocer a gente interesante.

—Lo sé, Robbie. No pienses que me arrepiento de haberme casado.

—Tú entiendes cómo me siento. Siempre he dejado que Lanny siguiera su propio camino, pero no he perdido la esperanza de que llegue a interesarse por mis negocios. Siempre he pensado que le estaba preparando para eso. Aquí y ahora tenemos una nueva oportunidad. Si llegara a verlo por sí mismo y viniera conmigo le empujaría hasta lo más alto en uno o dos años. Ya sabes que posee una gran inteligencia.

—¡Oh, lo sé! —asintió la esposa—. Y me encantaría ser capaz de manejarla. Aunque sé que no me haría ningún bien decírselo de ese modo.

—Tenlo en cuenta y quizá encuentres la ocasión para dejárselo caer. Solo imagina lo que podría hacer por nosotros en Alemania si fuera capaz de superar sus prejuicios políticos y aprendiera a ver los negocios como simples transacciones. Con todos los contactos que tiene… Y tú podrías ayudarle como Beauty me ha ayudado a mí en tantas ocasiones.

Irma sacudió la cabeza con pesadumbre.

—Me temo que no funcionará, Robbie. El odio que Lanny siente por los nazis es algo muy personal.

—Ha estado demasiado cerca. Si hubiera visto actuar a los demás gobiernos de Europa comprendería que no hay mucho entre lo que poder elegir. Todos acaban con sus oponentes de la manera más brutal porque tienen miedo. Sin embargo, cuando se sienten a salvo actúan de un modo más discreto y apenas es posible distinguirlos. Dentro de unos años todos los nazis irán vestidos de traje y corbata.

—No puedo discutir con Lanny —dijo la esposa con tristeza—. Ha leído mucho más que yo y piensa que no soy más que una cabeza hueca.

—Tienes más influencia sobre él de la que crees, y entre los dos conseguiremos que se interese por los aviones —dijo Robbie. Y un segundo después añadió—: Dale tiempo. No hay maridos perfectos, ¿sabes?

Irma asintió. Por supuesto había cosas que no se dijeron. Ella había aprendido muy pronto el verdadero valor del dinero y sabía por qué Robbie la tenía en tan alta estima como esposa. Sin embargo los dos eran personas bien educadas, capaces de actuar con lo que se conoce como sentido común sin necesidad de expresarlo todo con palabras.

LIBRO DOS
UN TRUENO ESCONDIDO

5
DES TODES EIGEN[15]

I

En Alemania las autopistas son rectas, su asfalto es firme y están bordeadas de árboles bien cuidados, en muchos casos frutales. Se estaban construyendo nuevas carreteras y algunas de ellas eran maravillosas *autobahnen* de cuatro carriles con viaductos y pasos subterráneos. Según Lanny, se trataba de nuevas rutas abiertas para futuros usos militares y con el fin evidente de invadir los países limítrofes llegado el momento. Añadió además que estaban siendo financiadas con el dinero norteamericano concedido en préstamo años atrás a la República alemana y sus estados miembros, tras la firma del Tratado de Versalles. Lanny rara vez dejaba pasar una oportunidad para hacer algún comentario negativo acerca de lo que estaba sucediendo en Hitlerlandia, e Irma había aprendido a contenerse y permanecer callada, pues lo contrario significaría iniciar una discusión en la que Lanny terminaría por abrumarla con todo tipo de cifras y datos.

Para ella aquel era un país inmaculado, cuyas calles y edificios bien cuidados constituían un símbolo más de las buenas gentes que lo poblaban. Todo el mundo parecía bien alimentado y trabajaba desde al alba hasta el anochecer. Aquella era una tierra industriosa como no había otra. Adolf Hitler estaba cumpliendo su promesa de dar trabajo a todos sus ciudadanos. Las chimeneas de las fábricas humeaban día y noche, pero mejor no decir nada al respecto porque para Lanny aquello no eran más que los evidentes preparativos para la próxima guerra. ¡Todas esas tropas de asalto desfilando y cantando himnos por las calles! Irma desconocía el significado de las letras de sus canciones, pero se conformaba contemplando a aquellos muchachos jóvenes y hermosos, felices y pulcramente uniformados entonando sus cánticos

al unísono y marchando al paso. ¡Aunque, cuidado, tampoco sobre eso hagas ningún comentario!

Irma había vivido siempre en países libres y le resultaba difícil comprender que algunos no lo eran. Jamás había presenciado un acto violento en sus veintiséis años de vida y era incapaz de asimilar el hecho de que semejantes acciones tenían lugar frecuentemente en todas partes. Desde luego, era consciente de que a los Robin les habían arrebatado por la fuerza todas sus posesiones y ni siquiera podía imaginar el tipo de pesadilla que había supuesto para Lanny verse obligado a presenciar cómo flagelaban al anciano Solomon Hellstein en una de las mazmorras de la Gestapo. Por el contrario, Irma buscaba motivos y no excusas para tales sucesos. Sabía que Johannes Robin, a pesar de ser su amigo y una agradable compañía, había sido también un *schieber* desaprensivo, un especulador que había jugado con la economía de la República de Weimar. Para ella aquello no era lo mismo que hacerse rico creando empresas de servicios públicos al estilo de J. Paramount Barnes. Si alguien hubiera mencionado en presencia de Irma términos como licuar acciones o jerarquización de grupos empresariales, ella ni siquiera habría pestañeado. O en todo caso, habría pensado que se las estaba viendo con alguna clase de anarquista, puesto que desde pequeña había aprendido que procedimientos como esos constituían los cimientos sobre los cuales se habían construido la grandeza y prosperidad de los Estados Unidos de América.

Por otra parte, la desgracia que había caído sobre la familia Robin era consecuencia directa del comportamiento de sus dos hijos. Hansi, comunista a ultranza, se había buscado problemas durante años y había logrado escapar de Alemania en el último momento gracias a los esfuerzos de Lanny y su esposa. Los comunistas nunca habían tenido piedad con sus enemigos de clase, ¿por qué no iba a responderles Hitler con su propia medicina? En cuanto a Freddi, que se declaraba socialista, Irma estaba dispuesta a admitir que había sido un muchacho inofensivo, igual que lo era su propio marido. Sin embargo, en su opinión ambos se comportaban como meros incautos en manos de hombres astutos que se aprovechaban de su ingenuidad mientras les convenía, para olvidarse de ellos cuando llegaba el momento de la verdad. Que, en mitad de la confusión generada durante un periodo de grandes transformaciones sociales, algún inocente se viera atrapado bajo el fuego que abatía a los culpables era sin duda un trágico accidente. Pero Irma solo había sacado de ello una conclusión: la acuciante necesidad de impedir que su marido introdujera la cabeza entre las fauces del lobo.

II

Era de noche cuando llegaron a Berlín. Habían telegrafiado al Adion para hacer sus reservas y al bajar del coche los reporteros les estaban esperando en la entrada del hotel. Eran gente importante y bien conocida en la ciudad, y su presencia en la capital sería proclamada a bombo y platillo por la prensa controlada por los nazis. La «purga sangrienta» del pasado verano casi había acabado con el turismo, algo fundamental para la economía alemana, y los *regierung*[16] estaban ansiosos por difundir la idea de que lo sucedido no era más que historia antigua, una desafortunada contingencia en aquel momento que ya había sido olvidada tanto en el país como en el extranjero.

Las dos deslumbrantes *zelebritäten* originarias de los Estados Unidos fueron entrevistadas bajo el estallido de los *flashes* fotográficos y todo el mundo se tomó muy en serio sus opiniones sobre arte. Habían llegado a la capital del Reich con la intención de comprar varias obras maestras y estaban preparados para pagar con sus preciosos dólares norteamericanos. Se mostraban ansiosos por visitar a su viejo amigo el general y conde de Stubendorf, y también al compositor Kurt Meissner, amigo de infancia de *herr* Budd. Deseaban visitar el Salón de Otoño, directamente supervisado por el Führer con el fin de excluir obras modernistas y degeneradas. *Herr* Budd coincidía con el Führer en este punto. Él mismo era hijastro de un pintor francés, un artista figurativo que no suponía ninguna amenaza, y había tenido ocasión de mostrarle al Führer personalmente uno de los retratos más conocidos de Detaze. Todo esto ya había sido publicado con anterioridad y estaba debidamente guardado en el Archivo de Publicaciones, de modo que los periodistas se habían preparado con anticipación para el encuentro. Cuando, en respuesta a una de las preguntas, *herr* Budd declaró que era una persona apolítica, su afirmación fue del agrado de todos, pues los nazis deseaban que todo el mundo excepto ellos careciera de inclinaciones ideológicas.

Lanny telefoneó a Stubendorf para asegurarse de que sus dos amigos estaban en casa. *Seine hochgeboren* renovó su invitación y a la mañana siguiente partieron en coche hacia la Alta Silesia por otra flamante y amplia autopista. Era una región minera y gran número de chimeneas tiznaban de humo el aire frío del inminente invierno. El distrito de Stubendorf pertenecía a Polonia desde el Tratado de Versalles y, si alguien hubiera preguntado por qué motivo

ardía actualmente todo el carbón y por qué todas las fábricas funcionaban a pleno rendimiento, cualquier persona de habla alemana habría respondido que ningún alemán deseaba la guerra pero que todos estaban decididos a volver a formar parte de la patria. El rearme y la industrialización —algo evidente para cualquiera que viajara por aquel paisaje— pretendían demostrar al mundo no alemán la fuerza de voluntad de sus ciudadanos. Si querían guerra, la tendrían. Si querían paz, que se marcharan de sus tierras.

Este era un viejo problema para Lanny Budd. Había escuchado cómo discutían día y noche sobre él durante la Conferencia de Paz de París desde todos los puntos de vista posibles. Había visto con sus propios ojos a los ancianos hombres presidentes, conocidos como los «Tres Grandes» —Wilson, Lloyd George y Clemenceau— arrastrarse a gatas sobre un inmenso mapa desplegado en el suelo, tratando de encontrar con la ayuda de lápices de colores una solución a un problema irresoluble. Habían obligado a convivir a gentes de toda procedencia, partiendo del principio de autodeterminación que hacía inevitable seccionar distritos y pueblos que antes poseían entidad propia. Stubendorf, sin ir más lejos, tenía un gran porcentaje de población polaca, pero en su mayoría eran campesinos pobres, mientras que la minoría acomodada y educada era de origen alemán. Estos últimos estaban en posición de decidir y hacerse notar y eso hacían. Veían a los polacos como miembros de una raza infrahumana, nacidos para ser gobernados por el *Herrenvolk*, el pueblo elegido. Y ahora este *Volk* tenía un Führer que iba a hacerlo con mano de hierro. La unanimidad con que era apoyado le causó a Irma una gran impresión aunque no lo mencionó, pues Lanny le habría dicho: «Eso se explica porque los disidentes han sido asesinados o encerrados en campos de concentración. ¿Qué clase de unanimidad es esa?».

III

Recibieron una sobria bienvenida al llegar al confortable y modernizado castillo, que a Lanny no le pareció tan imponente como cuando lo había visitado por primera vez con catorce años. *Seine hochgeboren* era un prusiano a la antigua usanza, muy serio y formal pero inteligente dentro de los límites de su formación. Consideraba un gesto muy moderno por su parte el hecho de

recibir en su hogar a dos elegantes norteamericanos, aunque carecieran de título aristocrático. Los había invitado al conocerlos durante una recepción en Berlín y después de asegurarse de que su dinero era real y de que se codeaban con personas influyentes que podrían ser muy útiles a la hora de atraer discretamente a Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos hacia los actuales posicionamientos de la patria. El general y conde, oficial de alto rango de la *Reichswehr*, había aceptado al nuevo gobierno pues era su deber hacerlo, y si tenía alguna reserva al respecto ningún extranjero tendría oportunidad de percibirla en su actitud. No tenía nada de qué disculparse y había asumido la digna actitud generalizada según la cual lo que los alemanes hacían estaba bien desde el momento en que lo habían hecho.

Irma estaba impresionada por este aristócrata alemán casi tanto como por los ingleses. El tiempo los había puesto a prueba y de ahí derivaba esa sorprendente confianza que irradiaban. Comparada con ellos, Irma se consideraba poco más que una *parvenue*, una nueva rica, aunque jamás lo habría admitido, ni siquiera ante sí misma. No obstante, la joven no dejaba de tomar nota mentalmente de todo cuanto decían y hacían. Había aprendido con el paso de los años que cuando una no sabe qué decir lo mejor es guardar silencio, algo que encajaba a la perfección con su plácida disposición ante la vida en general. Después podría preguntarle a Lanny sobre el tema en cuestión y sentirse agradecida por el hecho de que su marido supiera tantas cosas. Confiaba en su opinión en todo lo relacionado con música, poesía, pintura o historia, cualquier asunto excepto política y economía. El hecho de que la aristocracia aburriera a su marido y él tuviera por costumbre burlarse de sus miembros no era quizá más que otra manera de mostrarse aristocrático. Algo que algunas veces impresionaba a su mujer y otras la irritaba.

Tras un breve lapso de cortesía, Lanny reveló el propósito de su viaje. Le mostró al conde el telegrama de Zoltan y le preguntó si podría examinar el Hubert van Eyck que estaba en posesión de la viuda baronesa Von Wiesenschmetterling. *Seine hochgeboren* se quedó helado por un instante y dijo que dudaba mucho que su anciana pariente estuviera dispuesta a separarse de ese tesoro familiar. Lanny, que se había topado con semejante actitud en numerosas ocasiones y la asumía como parte del proceso de regateo, le explicó educadamente la importancia cultural de las colecciones de arte que estaban siendo creadas en Norteamérica, algo excepcional que había iluminado las vidas de los acaudalados pero espiritualmente atrasados norteamericanos. Esa era la actitud generalizada de Europa hacia América, y Lanny había aprendido

de Sájarov que, durante cualquier negociación, uno debía pertenecer a la nación con la que pretende cerrar un trato.

La baronesa vivía en Neumark, un lugar no muy alejado de su ruta de regreso a Berlín. De haber estado en la boyante pero espiritualmente subdesarrollada Norteamérica, el general habría llamado por teléfono a su tía para comentarle el asunto y asegurarse de que estaba en casa. Sin embargo, ahora se hallaban en la espiritual aunque excesivamente sobria patria alemana, de modo que el amo del castillo liquidó el asunto escribiendo una nota que le entregó a Lanny. No obstante, el experto en arte estaba seguro de que su anfitrión enviaría al menos un telegrama para advertir a la anciana dama de la inminente visita y recomendarle que exigiera un precio mayor o quizá que se abstuviera de fijarlo hasta que él mismo hubiera tenido ocasión de informarse y pudiera aconsejarla.

IV

Kurt Meissner aún vivía en la casita de piedra de cinco habitaciones que el señor del castillo había dispuesto para su uso. El Partido Nazi era quien había financiado el estudio que Kurt había construido a modo de anexo a la casa —muy parecido, por cierto, al que Beauty Budd había construido para él en Bienvenu—. La dulce esposa rubia de Kurt se estaba poniendo gordita, como suelen decir las damas discretas, y ya le había dado a su marido cuatro hijos que eran el perfecto modelo de lo que los líderes nazis aprobaban pero rara vez ejemplificaban por sí mismos. El mayor tenía seis años, un muchachito de mejillas rosadas y mirada solemne que ya tocaba el piano mejor de lo que Irma había aprendido a hacerlo con la ayuda de los profesores más caros.

Kurt seguía siendo el mismo hombre de rostro enjuto y severo, prematuramente envejecido por la guerra y el sufrimiento. Siendo algo mayor que Lanny, siempre había mostrado una actitud afectuosamente paternalista hacia él y ahora sentía lástima al ver cómo su pupilo malgastaba su vida. Mientras Irma practicaba su alemán conversando con la *hausfrau*, la señora de la casa, Kurt llevó a Lanny a su estudio y tocó para él su nueva sonata para piano. Lanny escuchaba atentamente y pensaba: «Es bastante tediosa. Kurt imitando a Kurt. Es decir, cuando no está imitando a Bach. Las fuentes de su

inspiración se están secando. Ese adagio es prácticamente un plagio de Beethoven. Y esos atronadores pasajes resultan forzados», etcétera. Supone una gran diferencia a la hora de escuchar música el estado de ánimo y la predisposición con que lo hacemos. Esa misma sonata había sido recientemente interpretada por su compositor en Breslau ante una gran audiencia que le consideraba el nuevo y más prometedor compositor de Alemania y que escuchaba su obra con atención y embeleso.

Lanny sabía lo que el otro esperaba que dijera, y eso fue lo que dijo. Sabía cómo tratar a Kurt, pues durante quince años lo había considerado un gran hombre y una suerte de mentor espiritual. Conocía todas las frases de admiración y devoción y ahora debía utilizarlas y convencerse a sí mismo de que lo hacía por el bien de Kurt. Algún día esta pesadilla nazi quedaría atrás igual que un mal recuerdo y su noble alma volvería a despertar, se frotaría los ojos desconcertada y se sentiría agradecida de que Lanny hubiera sido fiel a esos ideales que ambos habían defendido durante su infancia —el amor y el servicio a la humanidad y no únicamente a los valores de los rubios arios.

Ambos acordaron tácitamente dejar a un lado las cuestiones políticas y no mencionaron en ningún momento a la familia del *schieber* judío. Kurt podía ahora asumir que, puesto que Freddi había sido enterrado y el resto de la familia estaba libre, tan infeliz episodio había quedado zanjado y olvidado. Cuando Irma se quedó a solas con Kurt, la joven aprovechó la ocasión para decirle que Lanny se estaba comportando de un modo mucho más sensato. Kurt se alegró al oírlo y así lo manifestó. Era un hombre amable y fundamentalmente bueno, pero débil. Así definió el compositor a su amigo de infancia, y Lanny decidió dejarlo correr cuando su mujer se lo contó.

Vivir una doble vida, había dicho Rick. Y ahí estaba. Lanny era un espía en el feudo de Hitler, un agente secreto en territorio enemigo. Se supone que es algo romántico y excitante, pero únicamente en la imaginación de la gente que no lo ha experimentado. Hay personas a las que les gusta engañar y mentir y encuentran placer en burlarse de los demás, pero Lanny no era una de ellas y sufría cada vez que se veía obligado decirle a Kurt algo que no casaba con sus verdaderos ideales.

Tenía que obligarse a sí mismo a recordar que Kurt también había hecho lo mismo como agente alemán en París justo después del armisticio. ¿Se le ocurriría ahora pensar que Lanny le estaba devolviendo el favor? De ser así, el compositor probablemente no lo revelaría. Indagaría hasta descubrir la verdadera posición de Lanny, como hacían las tropas en las trincheras en tiempos de guerra, excavando túneles y colocando minas explosivas para

sorprender al enemigo. Lanny buscaba evidencias de ello a todas horas, pues temía que Kurt fuera más sagaz que él y, posiblemente, capaz de vencerle llegado el momento de la auténtica confrontación. Serían dos antagonistas enfrentándose en la oscuridad, buscando a tientas la garganta de su oponente. Y a pesar de todo seguirían siendo amigos, utilizando el lenguaje del amor y, por extraño que parezca, sintiéndolo.

Sí, Lanny había decidido que por mucho que ahora Kurt fuera su enemigo aún anhelaba recuperar su amistad, con el mismo *schwarmerei* a la antigua usanza, aquel entusiasmo tan típicamente alemán. Mientras tocaban al piano composiciones a cuatro manos, Lanny estaba seguro de una cosa mientras oraban con Bach sumidos en un éxtasis solemne, mientras danzaban en salones dorados al rimo de Mozart, mientras sufrían la angustia espiritual de Beethoven. Los hermanos siempre habían luchado contra sus hermanos, los padres contra sus hijos, en guerras civiles. Pero este era un nuevo tipo de guerra que se extendía rápidamente por toda la tierra: el nacionalsocialismo contra el auténtico socialismo, el racismo contra la hermandad de todos los seres humanos.

V

La viuda del barón Von Wiesenschmetterling vivía en una bonita mansión completamente rodeada por campos de patatas. En esta época del año aparecían desnudos y yermos, pero de haber llegado en pleno verano los habrían visto cubiertos de verdor y salpicados por un centenar de campesinas polacas, vestidas con lo que parecían sacos de esparto, recorriendo encorvadas pacientemente los surcos desde el alba hasta el anochecer. Eran traídas cada año especialmente en largos trenes procedentes de la Alemania Oriental, y todos los alemanes estaban de acuerdo en que aquellas mujeres habían sido providencialmente creadas con dos propósitos, producir patatas y manejar la azada.

La dueña de la propiedad era una dama de pelo blanco y seno generoso ataviada con un vestido de seda negra y corte anticuado. Había rematado el conjunto para la ocasión con su mejor collar de perlas para dar a entender que no estaba tan apurada económicamente como para vender sus tesoros

artísticos a los primeros intrusos que se presentaran en su casa. Los norteamericanos eran para ella personajes de dudosa catadura. ¿Quién les había pedido que vinieran a matar alemanes? Se esforzaba por mantener una pose adusta y severa y ni siquiera se mostró dispuesta a relajarse después de leer la nota de su sobrino. No obstante, fue incapaz de encontrar nada reprobable en el aspecto de la joven pareja ni en el modo de hablar del hombre. La noble viuda, *gnädige witwe*, les permitió finalmente inspeccionar su colección de cuadros, y solamente cuando Lanny le dijo que poseía auténticos tesoros y se dispuso a describir sus cualidades a su esposa pareció darse cuenta la dama de que se encontraba ante una persona excepcional. En el campo de batalla de las bellas artes, incluso los más implacables enemigos son capaces a veces de levantarse el yelmo para saludarse.

El Hubert van Eyck tan solo medía cuarenta centímetros de alto por cincuenta de ancho, pero en tan limitado marco el artista había encontrado espacio para, plasmar muchas cosas. La exquisita obra representaba la vidriera de una iglesia, por lo que suponía un ejemplo de arte dentro del arte. Había sido realizado con extraordinaria delicadeza y precisión, hasta tal punto que enseguida hacía olvidar al observador lo pequeño que era, haciéndole sentir durante unos instantes que realmente estaba en un templo cristiano. Era también un retrato de la Virgen sentada en su trono, cubierta con un esplendoroso manto ribeteado de piedras preciosas digno de un arzobispo. Y sobre ella aleteaban tres querubines que, posiblemente porque eran jóvenes y vigorosos, no llevaban ropa. La dorada luz del sol bañaba la colorida escena, que parecía conservar el mismo brillo que cuando fue pintada hacía más de quinientos años. El artista había conseguido reproducir milagrosamente la textura del cristal y que al mismo tiempo pareciera una escena de gran realismo.

Lanny no era un negociador mezquino que despreciaba aquello que compraba. De hecho, era todo un aristócrata entre los expertos y solamente se interesaba por obras verdaderamente dignas de alabanza. Se dispuso, pues, a representar su *spiel* de rigor en tales ocasiones, su papel —curiosamente los norteamericanos utilizaban aquel vocablo alemán, mientras los alemanes decían *rolle*—. Él hacía todo lo posible para ayudar a sus compatriotas a conseguir valiosas obras de arte que algún día estimularían el talento de los artistas del otro lado del océano. Sus clientes estaban en situación de poder pagar por lo mejor aunque naturalmente, dada la cantidad de antiguos maestros, Lanny les recomendaba únicamente a los mejores y más exquisitos. Explicó que tenía por costumbre no hacer nunca una oferta por una pintura.

Por el contrario, invitaba al propietario a poner un precio por el que él o ella estuvieran dispuestos a vender. A continuación se lo comunicaba a su cliente mediante un telegrama y, si la oferta era aceptada, regresaba uno o dos días después con la suma total en efectivo.

El joven experto examinó algunas otras pinturas que la baronesa no parecía reacia a vender. Después le entregó una lista de las mismas y le dijo que estaría sumamente agradecido si tuviera la amabilidad de ponerles precio también a esas. No estaba perdiendo su tiempo ni el de ella pues, mientras las examinaba, no dejaba de pensar en las personas que podrían hallarse interesadas en unas u otras. Le entregó a la anciana dama una nota con sus respectivas direcciones en Berlín e Inglaterra y en cuanto abandonaron la mansión, mientras atravesaban en coche los campos de patatas, Irma le dijo: «¿Crees que está dispuesta a vender?». Y él respondió: «Eso dependerá del estado de sus hipotecas».

Le explicó que la mayoría de esas propiedades se habían hipotecado a causa de las deudas adquiridas durante la guerra, muchas de las cuales se habían visto afectadas por el escándalo Osthilfe, uno de los motivos que habían propiciado el ascenso de los nazis al poder.

Irma había oído hablar del asunto en su momento aunque no le había prestado demasiada atención, de modo que Lanny le explicó que el Gobierno de la República había entregado enormes sumas de dinero a los terratenientes prusianos para la reconstrucción de la región que en su mayor parte había sido malgastado. El hijo de Hindenburg se había visto implicado, lo que había supuesto la caída en desgracia del viejo presidente, quien se había visto obligado a negociar con el «cabo bohemio», como él mismo solía llamar al fundador y Führer del nacionalsocialismo. Las posibilidades de que finalmente el precioso Van Eyck pudiera ser contemplado en los Estados Unidos dependería de si la anciana tía de *seine hochgeboren* había podido o no recaudar la parte que le correspondía del dinero cedido entonces en préstamo al respetable conde.

VI

Regresaron a Berlín y llegaron al anochecer. A la mañana siguiente, Lanny revisó su correo e Irma telefoneó a sus elegantes amigas y fue invitada a comer con la princesa Donnerstein. Lanny también fue invitado pero se excusó diciendo que ellas disfrutarían mucho más cotilleando si él no estaba, y así podría hacer una visita preliminar al Salón de esa temporada. Se dio la coincidencia además de que era jueves 6 de noviembre, el día en que justo a las doce debía presentarse en cierta esquina de un barrio de clase trabajadora de la capital de Nazilandia. Casualmente también era jornada de elecciones en la tierra de los antepasados de Lanny y, según las predicciones de Robbie, el pueblo norteamericano por fin recuperaría el sentido y elegiría a un nuevo Congreso capaz de oponerse con firmeza a las locuras del New Deai.

Era de esperar que un joven y atractivo *auslander*, un extranjero de bigote castaño cuidadosamente recortado y a juego con su elegante abrigo de otoño, llamara la atención al volante de un coche deportivo en esa parte de Berlín en la que se alzaban viviendas de seis plantas habitadas por proletarios, aunque no tanto como supondría la mayoría. Los pobres no salen a pasear los días laborables y por lo general ya están bastante ocupados con sus propios problemas. Al mediodía se apresuran a encontrar algo para comer y no se quedan más de lo necesario a la intemperie cuando hace frío y el viento azota las calles. Si un joven *herrschaft*, como muchos dirían al hablar de alguien de esas características, decide aparcar su coche para darse un paseo, quizá los transeúntes le miren con curiosidad durante un instante, pero nada más. Algunos *strassenjunge*, golfillos de la calle, le seguirán para pedirle unos *pfennigs*, y eso será todo. Cuando se detenga en una esquina y se quite el sombrero ante una joven delgada y de frágil aspecto, vestida con una anodina y raída gabardina y tocada con un sombrero de fieltro sin ningún adorno, su gesto no causará sensación, pues la gente pobre de las grandes ciudades está sobradamente instruida en los misterios de la vida y los acepta sin hacer aspavientos. Si la muchacha responde al saludo y comienza a caminar junto al hombre, la *Polizei* no interferirá y el resto dará su mudo consentimiento a la transacción a sabiendas de que desde hacía ya dos décadas la vida había tratado con terrible dureza a las mujeres de Alemania.

Sin embargo, ese no era un encuentro sexual al uso sino algo por lo que la *Geheime Staats-Polizei*[17] habría pagado una pequeña fortuna por haber estado al corriente.

—¡De modo que eres tú, Trudi! —se dijo Lanny al verla al fin de cerca.

Y Trudi Schultz, caminando a buen paso y sin dejar de mirar al frente, murmuraba:

—Puedes confiar en Monck. Le conozco bien.

—¿Estás segura? —insistió Lanny.

—Confío en él más que en cualquier otra persona que conozca.

—Necesitaría saber algo más de él, Trudi…

—*Frau* Mueller —le corrigió ella, mirando rápidamente a sus espaldas—. Dime cómo ponerme en contacto contigo durante las próximas semanas.

—Espero estar en Inglaterra hasta justo antes de Navidad y después regresaré a mi casa en Francia. En cualquier caso, me reenviarán el correo allí donde esté.

—¿Estás razonablemente seguro de que nadie lo abrirá?

—Tanto como cualquiera podría estarlo. No hay nadie en casa que curiosee mi correo.

Trudi había conocido a Irma y estaba al corriente de su actitud.

—Gracias de todo corazón, *herr* Schmidt. Esto es muy importante para nosotros. Ahora debo marcharme. Llamamos demasiado la atención paseando juntos.

—Me gustaría mucho tener una charla contigo, *frau* Mueller. He recorrido un largo camino para hacerlo. ¿No podríamos dar una vuelta en mi coche?

—¡Eso sería muy arriesgado!

—No veo por qué. Sigue caminando calle abajo mientras yo voy a por el coche y en cuanto me asegure de que nadie me acecha seguiré tus pasos y me detendré junto a la acera. Entonces podrás subirte y habremos desaparecido antes de que nadie tenga tiempo para fijarse en nosotros.

—Pero en tu coche llamaré mucho la atención. No voy vestida para algo tan elegante.

—Pensarán que acabo de contratar a una nueva cocinera —dijo Lanny, que era capaz de sonreír incluso en una situación tan tensa como esa. Aún no había sufrido lo suficiente.

—Pensarán cosas mucho menos discretas… —respondió la joven—. Pero, de acuerdo, seguiré por aquí hasta que llegue.

VII

Una vez en el coche nadie les prestó atención y pronto llegaron a la campiña donde pudieron hablar sin temor a ser escuchados, por lo que ambos se desprendieron de sus poco convincentes alias de «Mueller» y «Schmidt». Trudi por fin pudo mirarle sin miedo y él tuvo ocasión de contemplarla de cuando en cuando, en la medida en que la conducción se lo permitía. Como amante del arte que era habría dicho que los rasgos de aquella mujer representaban el mayor triunfo de algún escultor idealista. Nunca en su vida había visto un rostro femenino capaz de expresar de ese modo sentimientos tan nobles y pensamientos tan profundos. Cuatro años antes, cuando tuvo ocasión de conocerla siendo ella una estudiante de arte y devota socialista, le había impactado especialmente su mirada limpia y siempre alerta —como si estuviera concentrada en cualquier nueva idea que se le acabara de ocurrir— y el modo en que mantenía erguida la cabeza. Fogosa fue el término que había escogido para describirla. Le recordaba a un caballo de carreras de pura sangre. Al verla inmersa en su trabajo había tenido ocasión de observar la intensa concentración con que ejecutaba cada pequeña tarea y la satisfacción que experimentaba cada vez que conseguía lo que deseaba, y había pensado: «¡He aquí un auténtico talento! ¡He de ayudarla a conseguir el reconocimiento que se merece!».

En aquellos días felices, ya tan lejanos, aún era posible creer en ciertos ideales y debatir libremente sobre ellos con la firme esperanza de que algún día los justos prevalecerían. En aquellos tiempos antes de Hitler, Trudi aún tenía color en las mejillas, un color que ganaba o perdía intensidad dependiendo de su grado de excitación al completar un buen retrato o durante alguna discusión sobre socialismo frente a comunismo, democracia contra dictadura, etcétera. Ludi y Trudi —a Lanny le gustaba la musical sonoridad de aquella combinación— solían argumentar, igual que Lanny lo había hecho en tantas ocasiones, que la razón por la que entre los grupos de izquierdas había tantas escisiones y tan poca cooperación no era tanto el conflicto de ideas sino el choque entre personalidades; la falta de tolerancia y comprensión y la ausencia de virtudes tan pasadas de moda como la generosidad y el amor. El motivo de que un bando fuera sistemáticamente incapaz de vislumbrar lo bueno del otro era que ambos se dejaban llevar por la envidia y las ansias de poder. El movimiento perdió fuelle y se fue desgarrando porque los hombres que lo dirigían pensaban en sí mismos y no en las masas a las que decían representar. Mientras escuchaba hablar a aquella apasionada pareja —en la escuela que Freddi Robin y él mismo habían ayudado a financiar— durante una asamblea que había reunido a toda la *intelligentsia* universitaria, Lanny

había pensado: «Este es el verdadero espíritu alemán, el que Beethoven y Schüler habían soñado difundir por todo el mundo. *Alle Menschen werder Brüder*!»[18].

Ahora Ludi había desaparecido y su mujer se habían convertido en un alma atormentada por el dolor y angustiada por el miedo que no había vivido un solo momento de paz desde hacía un año y medio. Se retorcía las manos mientras hablaba, las delicadas aletas de su nariz temblaban y de vez en cuando las lágrimas humedecían sus ojos y le corrían por la cara sin que ella hiciera el menor ademán de enjugarlas. Sus mejillas carecían de color y Lanny estaba seguro de que su trabajo, fuera cual fuera, no le dejaba tiempo ni le reportaba dinero suficiente para comer como es debido. Le habría gustado invitarla a almorzar a algún sitio, pero algo así habría supuesto una grave intromisión por su parte además de una falta de tacto.

Daba la sensación de que ella pretendía contagiarle su estado de ánimo, hacerle imposible disfrutar de la paz y la felicidad. Puesto que había asumido el riesgo de ser vista en su compañía en plena calle y en las autopistas de los alrededores de Berlín, estaba decidida a aprovechar la ocasión para hacerle entender las condiciones de extrema necesidad en que se veían obligados a trabajar ella y sus compañeros. Trataría de convencerle para que les prestara su valiosa ayuda en la tarea de salvar a Ludi —si es que seguía con vida— y, si este hubiera muerto, para salvar a sus camaradas y su causa.

VIII

Lanny nunca había tenido oportunidad de hablar con ninguno de sus camaradas alemanes de todo lo que había visto y experimentado. Y ahora además tuvo ocasión de escuchar la ya familiar enumeración de inimaginables crueldades que ningún ser humano decente sería capaz de creer. Trudi le contó el destino de algunas personas a las que había conocido en las reuniones de la escuela. Pálida y temblando de horror, siguió hablando:

—Detienen a hombres y mujeres, viejos y jóvenes. No respetan a nadie. Se los llevan a los bosques de las afueras de la ciudad y allí los golpean hasta la muerte, dejando sus cuerpos tirados a merced de los elementos o hasta que alguien más piadoso que ellos los encuentra y decide enterrarlos. Los arrastran

a mazmorras en los sótanos de las comisarías de policía y de los cuarteles del partido donde los torturan para hacerlos hablar hasta que confiesan los nombres de sus amigos y camaradas. Son cosas que ocurren cada día, tan horribles que uno ni siquiera es capaz de reunir el valor necesario para contarlo. Ni la Inquisición española ni los torturadores de los emperadores chinos ni los indios salvajes de Norteamérica han hecho cosas tan terribles.

—He oído hablar de ello —respondió Lanny.

Y decidió no decir nada más por el momento.

—Alemania se ha convertido en una tierra de espías y traidores. Nunca sabes en quién confiar. Enseñan a los niños en las escuelas a espiar a sus padres y a denunciarlos. Torturan a gente completamente inocente simplemente por algo que ha hecho un pariente suyo. No se puede confiar en ningún sirviente, en ningún empleado y apenas en los amigos. Es prácticamente imposible que más de media docena de personas se reúnan, ni siquiera en la privacidad de su propio hogar. Nadie se atreve a expresar su opinión ni a pedir información de ninguna clase. No sabes en qué momento del día o de la noche llegará a aporrear tu puerta una de esas bandas de soldados de asalto, o la Gestapo con uno de esos furgones en los que se llevan a la gente. Después de vivir un día tras otro bajo esa sombra terrible ya no puedes pensar en otra cosa. Porque soy una mujer y porque sus filas están repletas de sádicos y degenerados, siempre llevo conmigo una ampolla de veneno lista para poder tragármela antes de que me pongan las manos encima.

—Escúchame, Trudi —dijo él—. ¿Por qué no dejas que intente sacarte del país?

—¿Y abandonar a mi marido? ¡Oh, Lanny, deberías saber que no puedo hacer eso!

—Odio decirlo, pero ¿qué posibilidades hay de que siga vivo si no ha sido capaz de enviar ni un solo mensaje en un año y medio? ¡Sin duda alguno de sus compañeros ya habrá sido liberado!

—Puedes pensar lo que quieras, Lanny. Aquí todo ocurre en la oscuridad. Tienen a gente encerrada en absoluta soledad en sus mazmorras, gente de la que ni siquiera se sabe su nombre. E incluso si supiera que Ludi está muerto, tendría que quedarme por los demás. ¿Cómo podría descansar sabiendo que mis amigos más queridos están soportando semejantes tormentos y terriblemente necesitados de ayuda?

—Pero ¿no podrías ayudarles mejor estando fuera del país?

—He conocido a muchos exiliados, de Rusia y de otros países. Son personas vacías e impotentes, cercenadas de sus raíces. Han perdido por

completo el sentido de la realidad, convirtiéndose en extraños para su propia gente, y viven aislados en una especie de mundo diminuto y falso.

—Pero tú eres una artista. Podrías plasmar en tu arte todo lo que sabes y lo que sientes. Podrías ser otra Kathe Kollwitz.

—Alguien ha de permanecer aquí para mantener viva la llama de la libertad. Hay millones de alemanes que nos necesitan. Todos los viejos camaradas del partido y todos los que votaron por nosotros, los obreros y los intelectuales. Desconocemos los nombres de la mayoría, pero siguen vivos y estoy segura de que no han olvidado todo lo que les enseñamos en los viejos tiempos.

—Pero ¿cómo esperas encontrarlos, Trudi?

—Eso es algo que no deberías preguntar. He jurado solemnemente no revelar ni el más mínimo indicio acerca de nuestros métodos sin el consentimiento de al menos dos de mis camaradas más cercanos. Si les pidiera permiso y te los presentara, aumentarían las posibilidades de que se filtrara información. No quiero decir que tú vayas a hablar de nosotros. Me refiero a alguna otra persona cercana a ti. Si entonces nos descubrieran te culparían a ti. Debes comprender cómo funciona esto. Podría haber un agente de la Gestapo infiltrado entre nosotros ahora mismo y de ese modo sabrán quién eres. Lo mejor es dejar las cosas como están, sin que nadie sepa quién eres salvo el *genosse* Monck y yo misma.

—Está bien —dijo Lanny—. Sabes que confío en tu palabra.

—Debes creerme. Contamos con métodos eficaces para ponemos en contacto con la gente, con el fin de contar en el mundo exterior lo que está ocurriendo realmente en Alemania. Logramos difundir la verdad sobre el incendio del Reichstag y también sobre el número de víctimas de los meses de junio y julio pasados. Los nazis reconocen menos de cien muertos, pero nosotros hemos registrado más de mil doscientos y nuestras listas llevan ya tiempo en circulación. Los nazis lo saben y por supuesto intentan darnos caza día y noche. Hasta donde yo sé, no tienen la menor idea de quiénes somos. E incluso si descubren algo, solo será a un pequeño grupo. Nuestra organización es como un gusano que puede ser cortado en secciones más pequeñas que seguirán creciendo por sí mismas. Al final triunfaremos, porque un pueblo grande y noble no puede permitir que lo arrastren a semejante degradación.

IX

Lanny había estado leyendo libros sobre el martirio. Sabía que en ningún lugar de la tierra se había conquistado la libertad sin sacrificios y ahora estaba aprendiendo que tampoco se puede conservar sin seguir invirtiendo la misma sangrienta moneda. A veces recordaba ciertos versos que había leído y aprendido de memoria. Shakespeare, Milton, Byron; pero también fragmentos de *Egmont, Guillermo Tell, Los Bandidos*. También en Alemania habían vivido amantes de la libertad. Kurt Meissner le había recitado a su amigo norteamericano algunos versos acerca del posadero tirolés Andreas Hofer, que había liberado Innsbruck por la fuerza de las tropas de Napoleón. Cuando un grupo de estudiantes quiso celebrar sus hazañas, él pronunció ante ellos un discurso que contenía una frase que Lanny nunca había podido olvidar: «*Wir sind all des Todes Eigen*», todos le pertenecemos a la muerte.

El joven *playboy* norteamericano había crecido y era consciente de que este era un momento crucial en su vida. Algo en su interior le hacía sentirse avergonzado y humillado, y estaba convencido de que debía vivir la segunda mitad de su existencia sirviendo a un propósito más elevado.

—¿Qué es exactamente lo que esperas de mí, Trudi?

—Desde el extranjero puedes ayudarnos de muchas maneras. Quizá no tengamos siempre el éxito que hemos tenido hasta el momento y lleguemos a necesitar aparatos de radio de válvulas, prensas de impresión o papel. Cosas demasiado peligrosas de conseguir dentro del país. Por el momento lo que más necesitamos es dinero. Monck me ha contado lo que le dijiste acerca de tu posición…

—No importa lo que dije, Trudi —exclamó interrumpiéndola el nieto de los Budd en uno de esos arrebatos de emoción a los que tan proclives son a veces los idealistas—. Os conseguiré algo de dinero de vez en cuando. Asumiré esa tarea como un trabajo.

De modo que ahí estaba comprometiéndose una vez más, olvidando que era un hombre casado y que otras personas tenían ya derechos e intereses adquiridos sobre él, asumiendo la responsabilidad de una tarea que para Irma era poco menos que el *summum* de la locura: derrocar a los nacionalsocialistas del Gobierno de Alemania. ¡Su trabajo a partir de ahora sería ganar dinero para que un puñado de rebeldes que se escondían en destartalados sótanos y mugrientas habitaciones pudieran imprimir panfletos y cosas por el estilo para deslizarlos por las rendijas de las puertas o dejarlos sobre los bancos de los parques con la intención de deponer del poder a la *Geheime Staats-Polizei*, a

los *Sturmabteilung*, a las *Schutzstaffel* y la *Wehrmacht*[19] con sus todopoderosos armamentos, sus decenas de miles de expertos perfectamente entrenados, su vigilancia constante y su habilidad para la tortura y el asesinato!

—Ha de haber un modo en que pueda ponerme en contacto contigo, Trudi —dijo él.

—Me he estrujado el cerebro buscando la manera. Soy una pobre mujer trabajadora y no me parece seguro recibir cartas desde el extranjero. Y tampoco quiero confiarle a nadie el secreto sobre ti.

—¿No podría Monck viajar a Francia o Inglaterra de vez en cuando?

—Podría arreglarse, pero es difícil y arriesgado. ¿Vienes a menudo a Alemania?

—Lo cierto es que no pensaba volver a hacerlo nunca, hasta que recibí tu mensaje. En cualquier caso, puedo venir esporádicamente.

—Eso sería demasiado caro para ti, Lanny.

—Los viajes corren a cuenta de mi mujer —dijo él, sonriendo—. Ese es su deseo y hace tiempo que he perdido los escrúpulos a la hora de disuadirla. Me digo a mí mismo que el suyo es dinero capitalista: ella no ha tenido que ganarlo y disfruta gastándoselo. La mayor parte de lo que gane por mi cuenta os lo entregaré.

—¿No se preguntará tu mujer adónde va a parar tanto dinero?

—Por suerte semejante idea ni siquiera se le pasará por la cabeza. Es costumbre y un signo de elegancia entre los ricos no preocuparse por los gastos. Si se me antoja comprar un cuadro lo hago y lo guardo en mi almacén, y es posible que olvide comentárselo a mi esposa.

—Suena fabuloso. La gente de nuestra clase no puede ni imaginar ese modo de vida.

—He tenido oportunidad de observar los efectos de heredar grandes fortunas, y en la mayor parte de los casos para los jóvenes es una sentencia a la futilidad y el aburrimiento. Corta de raíz cualquier iniciativa, cualquier actividad enriquecedora. Esas personas no tienen absolutamente nada que hacer y cuando lo intentan fracasan nueve veces de cada diez. Gracias a vosotros en este momento tengo la mayor motivación de toda mi vida para ponerme a trabajar.

A ella se le escapó una sonrisa.

—¡Lanny, eres un ángel! —dijo—. Si creyera en su existencia no tendría la menor duda de que acabas de caer del cielo.

—Precisamente estoy planeando adquirir tres de esas celestiales criaturas. Son querubines que, según tengo entendido, ocupan un alto rango en la

jerarquía. El problema es que no suelen llevar abrigo y me cuesta imaginarlos en Berlín con el clima del mes de noviembre.

X

El ángel de allende los mares decidió contarle a su amiga el encuentro con la *baroninwitwe*, y así logró por fin que la joven se relajara durante unos minutos. Le explicó que el precio del cuadro difícilmente bajaría de los cien mil marcos, de modo que si lo vendiera, él mismo dispondría de varios miles de marcos para sus camaradas. La cuestión era ¿cómo iba a entregárselos a ella?

A Trudi no se le ocurría ningún otro modo seguro de hacerlo más que el que habían llevado a la práctica ese día. Le dijo el nombre de un cruce de calles muy cercano a su casa. Así podrían concertar un encuentro cualquier mediodía.

—Aprovecharé para salir a hacer la compra a esa hora —añadió—. Lo único que me impedirá hacerlo será estar enferma, y en ese caso te escribiré explicando que en ese momento no puedo enviar ningún dibujo.

—Sería un engorro que enfermaras el día en que tenga que entregaros una gran suma. Y ya que sale el tema, le harás un flaco favor a la causa si no te cuidas.

—Haré lo que pueda, Lanny…

—Solo impondré una condición como parte de nuestro trato: que me prometas usar parte del dinero para comprar un litro de leche al día y beberte hasta la última gota tú sola. Es evidente que lo necesitas, así que considéralo una orden del médico.

—Está bien —dijo ella dulcemente. Y poco después añadió—: Cuando me veas en la calle no hables conmigo, limítate a observar hacia dónde me dirijo. De ese modo podrás seguirme en coche y un par de calles más adelante te detendrás a recogerme. Caminaré por el lado derecho de la acera y llevaré un paquete en la mano. Si lo llevo en la izquierda, de manera que puedas verlo, significará que puedes detenerte. Pero si lo llevo en la mano derecha deberás seguir adelante pues algo va mal, y no pararás hasta que me coloque el paquete bajo el brazo izquierdo.

—*Sehr klug*[20] —dijo Lanny, entusiasmado—. Y ahora otra cosa: imagina que puedo entregaros grandes sumas de dinero. ¿Podríais gastarlo?

—¿A qué te refieres con grandes?

—Cien mil marcos.

—*Herrgott*![21] —exclamó ella—. Nunca había pensado en nada semejante.

—No será fácil gastar grandes sumas de dinero sin llamar la atención. ¿Sueles utilizarlo tú o se lo pasas a otros?

—La mayoría de las veces se lo entrego a otros.

—¿Y no sentirán curiosidad por saber de dónde ha salido?

—Naturalmente. Pero saben que no pueden preguntar.

—Sin duda recordarán que me conoces. ¿No pensarán en mí como una posible fuente?

—No, porque habrán leído sobre ti en la prensa nazi. Posiblemente pensarán antes en la familia Robin.

—¿Cuánto dinero podrías manejar con facilidad?

—No esperaba tener la necesidad de planteármelo. Dos o tres mil marcos de cada vez, quizá.

—¿Y cada cuánto?

—Podríamos gastar esa cantidad todos los meses.

—Está bien. Aquí tienes algo para empezar —dijo él. Sacó de su bolsillo un sobre con dos mil marcos y se lo puso en la mano—. No cometas el error de usarlo muy deprisa —le advirtió—. Gastar dinero llama mucho la atención, y cuanto mayor sea la suma mayor será el riesgo. Lamentaría ser el motivo de que tengas que utilizar esa ampolla de veneno que llevas.

XI

Durante el año y medio que Lanny Budd llevaba viviendo una doble vida le había inquietado imaginar lo que sus amigos de Berlín pensaban de él. No podía hacer nada al respecto, con la excepción de esta joven camarada y ahora quería asegurarse.

—Escúchame, Trudi —dijo él—. Quizá tardemos mucho tiempo en volver a vernos y hay algunas cosas que me gustaría aclararte.

Retrocedió en el tiempo unos trece años, hasta los primeros días del movimiento nazi, cuando Kurt Meissner le había presentado al hijo del comisario forestal de Stubendorf, un joven entusiasta que le había abastecido con toneladas de propaganda y que tiempo después le había presentado al mismísimo Hitler. Hacía un año había concertado una segunda entrevista con él, y Trudi dijo que había leído acerca de ello en los periódicos. Todos los camaradas lo sabían.

—Por supuesto, creerán que soy un renegado —dijo él.

—No saben qué pensar —respondió ella—. Saben que salvaste a Freddi Robin.

—Lo mejor será dejar que sigan con esa incertidumbre. Sabes cómo me gano el dinero y para hacerlo debo codearme con gente poderosa. En aquella ocasión en Múnich le enseñé un Detaze a Hitler, y aquello me reportó una fortuna en ventas y la oportunidad de moverme por Alemania con total libertad con el fin de conocer a la gente adecuada. Ese es el mundo en el que vivo. Quiero asegurarme de que lo entiendes y que, sin importar lo que haga o lo que oigas de mí, confíes en mi buena fe.

—Te lo prometo, Lanny.

—Mientras trataba de ayudar a la familia Robin tuve el dudoso honor de conocer personalmente al general Goering. Al parecer le caí bien, yo alabé sus proezas y él disfrutó alardeando. Eso podría serme útil algún día.

—Me parece asombroso, Lanny.

—En toda revolución y en toda guerra debe haber hombres que representen un doble papel y lidien con ambos bandos. No es algo que vaya conmigo pero comienzo a vislumbrar las posibilidades. Mi padre está a punto de empezar a fabricar aviones y tiene la esperanza de que yo pueda serle útil. A cambio yo también procuraré que él me ayude a mí. No puedo contarte nada más al respecto. Solo necesito estar seguro de que, pase lo que pase, no menciones nuestra conexión ni tampoco mis actividades.

—Moriría antes que hacerlo, Lanny.

—Tengo una idea que podría merecer la pena y me gustaría conocer tu opinión. Como sabes, nuestro gordo general arrebató a mis amigos judíos el palacio que poseían, junto a la gran colección de pintura que decoraba sus paredes. Da la casualidad de que Zoltan Kertezsi y yo mismo seleccionamos casi todas esas obras, que actualmente resultaría fácil vender en los Estados Unidos. Valen millones de dólares y yo obtendría por cada uno de ellos una comisión del diez por ciento. Esa es una manera de conseguiros dinero y sería

divertido tratar de persuadir al saqueador barón teutónico para que contribuya a su propia ruina.

—*Knorke*[22] —exclamó la mujer.

—Hay un inconveniente. Que Goering se embolsaría nueve marcos por cada uno que yo gane. Esto podría fortalecer la causa nazi en lugar de perjudicarla. ¿Y si utilizara ese dinero para comprarle aviones a mi padre?

Trudi reflexionó unos instantes antes de contestar.

—Si compra aviones lo hará con el dinero del pueblo alemán, jamás con el suyo. Se está construyendo una enorme mansión en una península del mar del Norte. Es un cerdo codicioso y no creo que compartiera un solo *pfennig* de ese dinero con el Gobierno. Al contrario, les quitará todo lo que pueda.

—Entonces, ¿no crees que sea un error ofrecerse a vender sus pinturas?

—Si se le antoja venderlas lo hará con o sin tu ayuda. ¿No te parece?

—Sí, sin duda.

—Bueno, entonces deja que gaste lo que quiera en alcanzar su propia gloria y nosotros utilizaremos nuestra parte para contarle al pueblo alemán cómo viven realmente sus falsos líderes.

—OK —dijo el norteamericano, usando una expresión que cualquier aficionado al cine conocería—. Quizá algún día tenga el honor de ser invitado a esa mansión, a la que ha bautizado como Karinhall en honor a su fallecida esposa. ¡Si tengo éxito y me convierto en su consejero artístico apareceré en nuestro próximo encuentro con una pluma en el sombrero!

—¡Que no sea demasiado grande! —dijo la ansiosa proscrita.

6
EN LA CIMA DEL MUNDO

I

Lanny visitó diligentemente la Muestra Anual de Arte y después, al llegar de nuevo al hotel, le contó a su esposa que había descubierto a un nuevo pintor que le había impresionado. Ella por su parte tenía muchas cosas que contarle acerca de las personalidades más importantes de Berlín, muchas de ellas escandalosas, cuya difusión no sería considerada como propaganda antinazi —lo mismo ocurría en cualquier capital del mundo—. La naturaleza humana era la misma en todas partes, con el pequeño matiz de que a medida que uno se dirigía hacia el este, la cosa empeoraba. Ahora, sin embargo, el este parecía extenderse hacia occidente.

—Se me ha ocurrido una idea brillante —dijo Lanny—. Todos esos cuadros que Goering le arrebató a Johannes… probablemente no le importan lo más mínimo y le gustaría venderlos.

—¿Crees que te permitiría hacerlo? —exclamó la esposa, dándose cuenta al instante de que algo así podría evitar que su marido se metiera en problemas durante mucho tiempo.

—No pierdo nada por intentarlo. He pensado en llamar a Furtwaengler.

—No le menciones tu idea —dijo la precavida esposa.

Cuando Lanny llamó a la residencia oficial del *minister-präsident* de Prusia, el joven oficial no tenía nada que hacer. Él y Lanny siempre habían mantenido una relación extremadamente diplomática y cordial, digna de dos japoneses, de modo que tuvieron una larga conversación telefónica. El *oberleutenant* estaba al corriente de la llegada de Lanny gracias a la prensa y ya había pensado en llamarle. «Pues me he adelantado», dijo Lanny. Preguntó por la familia del oficial, por su salud y también por *seine exzellenz* el *minister-*

präsident general —la lista de títulos era interminable, pero cuatro de ellos eran más que suficiente para una conversación tan mundana—. Furtwaengler respondió: «*Er sitzt auf der Spitze der Welt!*»[23], y añadió: «Creo que esa es una expresión típicamente norteamericana». Y Lanny no pudo evitar pensar de nuevo en la influencia de la gran pantalla.

—Si está libre esta noche podría venir a cenar —dijo el sutil conspirador —. Traiga a su esposa si cree que a ella le apetece.

Irma se vistió con sencilla elegancia y Lanny con frac. El oficial apareció con su uniforme negro y plata, rematado con la calavera y las tibias cruzadas, en compañía de su alta y angulosa esposa, una muchacha de pueblo ataviada con un vestido escotado que dejaba al descubierto sus huesudos hombros por delante y por detrás. Un buen modisto jamás le habría permitido revelar tanto de su anatomía, pero era la hija de un fabricante de quesos de Pomerania y aún desconocía las costumbres del *grosse Welt*, del gran mundo. En Prusia las mujeres aún tenían que pagar por sus maridos y después del matrimonio se quedaban en casa la mayor parte del tiempo para dedicarse por entero a las tres K, las tres C en inglés[24].

II

En el grandioso y elegante comedor del hotel, servidos por obsequiosos camareros que revoloteaban alrededor de la mesa presentando humeantes fuentes de comida, Irma reprodujo una versión censurada de la conversación que había mantenido con fürstin Donnerstein mientras Lanny aludía de pasada a sus amistades en los círculos financieros franceses y revelaba, a modo de confidencia, que actualmente residían junto a un castillo en la campiña inglesa donde se codeaban a diario con altos funcionarios del Ministerio de Asuntos Exteriores británico. Cuando los cuatro estuvieron a solas en la intimidad de la *suite* de los Budd, las dos damas se sentaron en un rincón para hablar de sus cosas mientras Lanny despotricaba acerca de los peligros de la política exterior francesa y sus poco fiables representantes.

El *oberleutenant* a su vez habló sin tapujos sobre el único e inigualable partido, sus planes y sus esperanzas. Un fenómeno sumamente curioso que Lanny no terminaba de comprender: el joven oficial de las SS sabía que el

norteamericano había visto con sus propios ojos hasta dónde podían llegar la crueldad e infamia de dicho partido y había perdido además a uno de sus mejores amigos después de que cayera en sus garras. Sin embargo, se diría que para el gordo general —jefe de Furtwaengler— todo lo ocurrido no había sido más que una broma macabra, y el resto de sus subordinados parecían haber decidido que Lanny opinaba lo mismo. Una curiosa anomalía psicológica que el extranjero se esforzaba por comprender: su egocentrismo como colectivo era tan desmedido que les resultaba completamente imposible ponerse en el lugar del otro y, a pesar de su formidable astucia, su actitud resultaba en última estancia ingenua, algo que los convertía en un objetivo vulnerable. Como si un hombre se pusiera una pesada armadura antes de salir al campo de batalla dejando al descubierto su plexo solar.

El Partido Nacionalsocialista de los Trabajadores de Alemania había alcanzado a lo largo de los dos últimos años triunfos nunca vistos en la historia de la humanidad y se sabían predestinados a logros aún mayores. La «fuerza de la alegría» llenaba sus corazones, de modo que nada podría vencerlos. Entonaban exultantes himnos sobre el futuro, se vestían con impecables uniformes, marchaban por las calles con estandartes y banderas para celebrarlo y organizaban colosales y magníficos desfiles para demostrárselo al mundo entero. Estaban literalmente embriagados de grandeza. «¡Hoy nos pertenece Alemania, mañana, el mundo!». Y ¿cómo no iba el mundo a compartir con ellos la misma alegría?

Ahí estaban esos dos norteamericanos, ricos por supuesto, pero ¿qué era la opulencia comparada con los títulos y los honores, la fama y la gloria, la visión de futuro y el *Geist*, el espíritu? La riqueza es algo accidental, una de las recompensas del *coraje* y la osadía, y ahora toda la riqueza del mundo estaba a los pies de los nazis, como la que Pizarro había encontrado en Perú y Clive en la India. La pareja norteamericana era lo bastante inteligente para comprender lo que estaba por venir y decidirse a aprovechar el momento para subir al gran carruaje del espíritu ario. Gozarían del enorme privilegio de reunirse con *seine exzellenz* el *minister-präsident* de Prusia, comandante en jefe de la Fuerza Aérea alemana y ministro del Aire, capitán forestal del Reich, comisionado del Reich, etcétera, etcétera. Se les permitiría dirigirse a él con familiaridad, bromear con él y ser partícipes de algunas de sus confidencias. ¿Cómo podrían resistirse a tan grandes honores y negarse a marchar siguiendo el paso del espíritu ario durante sus triunfales conquistas?

Lanny había encargado el mejor champán para la cena y a continuación sirvió *brandy* y licores en abundancia a su invitado durante el resto de la velada

mientras él bebía pequeños sorbos de los mismos néctares. El rubor tiñó las mejillas del joven nazi mientras su cháchara se volvía cada vez más ingenua y exultante. Reveló entre otras cosas que Alemania estaba a punto de ganar el inminente plebiscito del Sarre, una cuestión que había sido programada con meticulosidad típicamente alemana y cuya resolución se remataría *planmássig*[25]. No llegó a afirmar que el asesinato de Barthou también había sido planeado, pero comentó con una sonrisa que sin duda lo ocurrido había sido de lo más conveniente y que en el futuro los dirigentes franceses deberían ser más cautelosos en sus políticas de *Einkreisung*[26]. Desbarró largo y tendido acerca de las maravillas del último día del Partido y se dejó llevar por la lírica al describir el exultante estado de ánimo en que «las bases» se hallaban inmersas. *Sieg heil! Sieg heil!*

De modo que cuando finalmente Lanny Budd, socio y conocido de nobles señores y multimillonarios, consideró que había llegado el momento de empezar a mover sus fichas y dijo: «Tengo cierta información que podría ser del interés de *seine exzellenz*», el *oberleutenant* no dudó ni un momento a la hora de responder: «*Herrlich, Herr Budd*[27] Hablaré con él a primera hora de la mañana».

Después, cuando *herr* Budd le comunicó a su elegante esposa el éxito obtenido, ella le respondió: «¡Dios mío, sin duda hemos pagado un alto precio por ello! ¿Te puedes imaginar a alguien más aburrido que esa pobre tonta de pueblo que le sigue a todas partes?».

III

El todopoderoso teutón sin escrúpulos estaba sentado cómodamente en el fastuoso despacho de su residencia oficial, una estancia con una gran mesa negra y cortinas de oro diseñadas por él mismo. El cachorro de león, sin embargo, había desaparecido, púes había crecido demasiado para seguir representando su papel en aquel escenario. El orondo *minister-präsident general* iba vestido con uno de esos hermosos uniformes a cuyo diseño y confección se dedicaba actualmente una gran parte de la industria textil alemana. Este era de color azul pálido, rematado con una franja de un azul más oscuro y una insignia cuyo significado Lanny desconocía. Fuera cual fuera

el uniforme, lo que nunca faltaba era la faja de color blanco y la gran estrella de oro de ocho puntas que colgaba de dos lazos también blancos.

—*Ja, Lanny!* —rugió el gordo al ver a su invitado.

Su ancho rostro de gran papada, por lo general sombrío, se iluminó de placer y saludó al norteamericano con su manaza húmeda aunque en absoluto fláccida. ¡Estréchala con fuerza si quieres salir airoso! Al parecer le gustaba mostrarse alegre y complaciente en presencia de este favorito de la fortuna al que había utilizado como a un títere para completar con éxito uno de sus mayores golpes, el expolio de la fortuna de uno de los *judschsweine*[28] de Alemania. ¡Era imposible que Hermann Wilhelm Goering se riera para ocultar su vergüenza!

—*Grüss Gott, Hermann!* —respondió Lanny al percibir que había ascendido de estatus social ante su excelencia.

—*Also!* —exclamó el orondo guerrero—. ¡Tengo entendido que estás a punto de convertirte en el príncipe de la industria aeronáutica!

Lanny se sorprendió y no fue capaz de ocultarlo.

—Desde luego tienes un excelente servicio secreto —respondió.

—¿Acaso lo dudabas? —preguntó el anfitrión. Y después, con más seriedad—: Tu padre debería venir a verme. Los dos saldríamos beneficiados.

—*Na, na!* —dijo Lanny, desplegando una sonrisa—. No creo que estés dispuesto a financiar ninguna fábrica de aviones fuera del Reich.

—*Aber* —refutó el ministro del Aire—, compramos aviones. Y compraríamos más si fueran buenos.

—¿Qué tal uno gratis a modo de muestra? —replicó el otro.

Sabía que debía mostrar una actitud desvergonzada. Después de todo era el bufón de la corte.

—¿Cómo podría alguien creer tal cosa? ¿Quién osaría pensar que alguna vez he tomado algo sin pagar por ella?

—¿Quién si no yo?

Al oír su réplica, el robusto general se convirtió al instante en un remedo de Kris Kingle, el Papá Noel alemán, cuya oronda barriga se sacudía al ritmo de sus carcajadas igual que un gigantesco cuenco de gelatina. Resultaba difícil creer que nadie se hubiera atrevido a hablarle de ese modo desde hacía mucho tiempo.

—*Setze dich, Lanny* —dijo en tono paternal—. En serio puedes decirle a Robert Budd que si consigue completar ese motor de mil caballos le alquilaré la patente y no tendrá que negociar el precio.

Aquello era desconcertante. Lanny se sintió rodeado una vez más por una extensa y opresiva red de espionaje, y sin poder reprimir un escalofrío pensó en Trudi. Pero entonces se dio cuenta de que Robbie había estado hablando de su proyecto por todo París y Londres y por supuesto los agentes de Goering ya habrían corrido la voz. ¡Menuda eficacia! Robbie se había visto obligado a consultar con las autoridades británicas y las de su propio país y ambos le habían mirado por encima del hombro. ¡Sin embargo, este *raubtier* alemán, este depredador, había ido a buscarle para invitarle a su casa y hacerle una oferta! La situación no le hizo augurar nada bueno, ¡especialmente, pensó Lanny, teniendo en cuenta que Robbie aceptaría la invitación!

IV

Este era un asunto de hombres, por lo que Irma no había sido invitada. Prepararon para ellos una mesa con ruedas en el despacho y sirvieron una comida consistente en rodaballo hervido con una sabrosa y espesa salsa, seguido de *hasenpfeffer*, el delicioso ragú de liebre. Al gran hombre no parecía preocuparle demasiado su dieta a juzgar por el modo en que comía y su manera de insistir en que su invitado hiciera lo mismo. Hablaba muy rápido y con la boca llena, por lo que el espectáculo resultaba más repulsivo de lo habitual. Lanny, sin embargo, le reía los chistes y daba muestras de admiración ante sus habilidades, y no se dejó escandalizar con sus anécdotas sexuales. En cuanto los camareros terminaron de servir la comida el general rugió: «*R-r-aus!*» y todos desaparecieron y no volvieron a dar señales de vida hasta que reclamó nuevamente su presencia pulsando un botón.

Lanny tenía ahora la oportunidad perfecta para demostrar que estaba en situación de recabar información muy útil para el coordinador militar de Nazilandia. Había meditado la cuestión y escogido con sumo cuidado el mejor modo de proceder. No estaba dispuesto a facilitarle a Goering información que pudiera utilizar, a menos que se tratara de algo que el general ya supiera. El visitante sería pródigo en ese tipo de información y se la comunicaría del modo más preciso posible, para que *seine exzellenz* estuviera siempre alerta y ansioso por recibir más. Si le preguntaba algo concreto, Lanny se limitaría a responder que no lo sabía pero que trataría de averiguarlo. Durante cuánto

tiempo sería capaz de mantener semejante programa de acción, no lo sabía. Rick le había dicho: «No demasiado», y Lanny le había respondido que en cuanto el general se cansara de su sociedad, sin duda se buscaría a un *spitze*[29] más de fiar.

Cuando el anfitrión redirigió la conversación hacia la cuestión francesa, Lanny le habló sobre la obsesión antinazi de Barthou, explicándole cuánto había sorprendido su muerte a sus socios conspiradores. Hablando con el hombre al que suponía el auténtico asesino, Lanny describió el drama vivido por el ministro de Asuntos Exteriores, que había tratado por todos los medios de salvar a su regio invitado interponiéndose en la trayectoria de las balas y resultando herido en una arteria del brazo. Podría haberse salvado si a algún miembro de su personal se le hubiera ocurrido atarle un pañuelo alrededor del brazo y hacerlo girar con la ayuda de una pluma estilográfica a modo de torniquete. Pero a nadie se le había pasado por la cabeza tal proceder, de modo que se desangró lentamente hasta morir. Lanny no se ahorró los detalles más escabrosos con la esperanza quizá de echarle a perder al gran hombre su refrigerio de vino del Mosela, pero no percibió nada semejante.

El visitante habló también sobre el nuevo ministro de Asuntos Exteriores francés, tildado de *fripon mongol* por uno de sus promotores financieros, sin ir más lejos. La parte de «bribón» era cierta, reconoció Lanny. En cuanto a lo de «mongol», el hijo del tendero había aprendido hacía mucho tiempo a reírse de sí mismo a causa de su tez morena, sus labios gruesos y sus ojos peculiarmente rasgados. Goering le preguntó si realmente tenía sangre mongola, y Lanny le respondió: «¿Quién lo sabe? Las razas se han mezclado de tal modo en esta parte del mundo». Sabía exactamente cómo satisfacer a un rubio ario de pura raza.

El invitado le confió a su anfitrión lo que sabía sobre el carácter de Laval, y había pocas cosas buenas. Habló sobre las doscientas familias de las que se decía que gobernaban Francia en la sombra, y afirmó que Laval se había convertido en el doscientos uno por lo que, de ahora en adelante, serviría automáticamente a sus intereses. «Se preocupan tanto por sus respectivas fortunas que no les queda tiempo para pensar en el país. No se echarían las manos a la cabeza si alguien lanzara una bomba sobre Francia siempre y cuando respetaran sus minas, sus acerías y el resto de sus propiedades».

—Ya veo —dijo el asesino de masas—. Me ocuparé de ellos.

De no haber estado seguro de que el general ya sabía todo aquello, el huésped de veras se habría preocupado.

V

En cuanto los camareros retiraron la mesa con ruedas de la estancia, el orondo general encendió un grueso puro y se recostó con aire satisfecho en el confortable respaldo de su silla tapizada. Estaban solos, por lo que había llegado el momento de una nueva exhibición.

—Dime, Lanny —empezó—, ¿has tenido ocasión de valorar la idea de recabar información para mí de vez en cuando?

—He pensado mucho en ello y lo cierto es que me preocupa, porque no me siento preparado para ello. Dudo que con mis habilidades sea capaz de dar la talla.

—Deja que sea yo quien lo juzgue, amigo mío. He acumulado una notable experiencia haciéndolo.

—Creo que eres demasiado optimista. Cuando uno ha vivido ocioso durante treinta y cinco años no es tan fácil cambiar.

El juez del carácter humano miró fijamente a su invitado.

—¿Hay algo que te inquiete especialmente en este momento? —preguntó.

Lanny sonrió.

—Únicamente que acabo de engullir comida suficiente para dos personas.

—No te pediría nada diferente a lo que estás haciendo ahora mismo. Tienes el privilegio de conocer a muchas personas que me interesan. Sé que también tú sientes curiosidad por ellos y te gusta ver cómo funcionan sus mentes. ¿Crees que podrías hacerlo y contarme después todo lo que has observado? Supon, por ejemplo, que te propongo que en tu próxima visita a París conozcas a Pierre Laval, estudies su temperamento y me ayudes a encontrar la mejor manera de aproximarse a él.

—¡Pero, Hermann, estoy seguro de que ya dispones de mucha gente capaz de hacer ese tipo de trabajo!

—No he intentado ocultarte tal cosa. Sin embargo, no creo que pueda confiar en ninguno de ellos tanto como en ti.

Lanny, que no había nacido ayer, sabía perfectamente a qué atenerse con ese tipo de afirmaciones.

—Me siento honrado —dijo—. Y, como te he dicho, siempre y cuando sea una mera representación, disfrutaré haciéndolo. Sin embargo, si aceptase algún tipo de compensación por ello me sentiría de inmediato presionado. Empezaría a preguntarme si estoy a la altura y enseguida me convencería de que soy un completo *taugenichts*[30].

—¡Tu conciencia de Nueva Inglaterra! —dijo el orondo general—. Nunca había tenido ocasión de observarla en vivo.

—Algunas veces es de lo más inoportuna para el propietario —respondió el nieto de los puritanos—, aunque para quienes tienen que lidiar con el afectado resulta muy conveniente.

—Debes comprender que nosotros los prusianos también tenemos nuestros códigos, aunque quizá sean distintos. Yo no me sentiría cómodo a menos qué estuviera en posición de darte algo a cambio. ¿Puedes decirme algo que estuvieras dispuesto a aceptar?

VI

Por fin Lanny tenía al alcance de la mano lo que había estado esperando, de modo que debía aprovechar el momento para lanzar su anzuelo.

—Dado que esa es tu postura, Hermann —dijo Lanny de repente—, te daré una respuesta directa. Tengo lo que considero una especie de profesión. En cualquier caso es lo que me ha permitido ganar más dinero del que necesito a lo largo de estos años y me ha evitado el mal trago de tener que vivir de mi esposa rica. A falta de un nombre más corto, me considero un *kunstsachverständiger*[31].

—Estoy al corriente de tu reputación —respondió el *minister-präsident*, con aires de haber sido él quien acababa de lanzar el sedal—. Es posible que hayas oído que estoy construyendo un refugio de caza para mis amigos. Deseo amueblar el lugar como se merece y nada me gustaría más que contar con tu asesoramiento en esa cuestión. ¿Aceptarías la tarea de comprar obras de arte para mí?

—Lo que tenía en mente era algo distinto. Pensaba en las obras maestras que había en el palacio de Johannes Robin. No sé si alguna vez lo he mencionado, pero mi socio y yo las escogimos y compramos personalmente.

—He oído muchos comentarios sobre el excelente gusto y buen juicio del que hicisteis gala.

—Dedicamos mucho tiempo a estudiar profundamente la colección y creo que es realmente buena. Pensaba que quizá tus gustos no coincidieran con los míos y preferirías cambiar los cuadros por algo de dinero en efectivo. He

preparado una lista de lo que se pagó por ellos y me gustaría buscar compradores dispuestos a pagar los mismos precios. Permíteme añadir que por supuesto no te costaría nada.

—¡Pero pensaba que ibas a sugerirme una manera de compensarte!

—Cada comprador me pagaría una comisión del diez por ciento por transacción. Esa es la base de mi trabajo con ellos.

—Pero, ¿no te parece justo que yo también pague?

—Tengo una regla que nunca he roto, y es no aceptar comisiones de ambas partes. Represento a una o a la otra e intento servir únicamente a sus intereses.

—*Aber*… ¿Por qué no me representas a mí y dejas que sea yo quien pague la comisión?

Lanny mantuvo su sonrisa de ganador.

—Eres muy amable y te doy las gracias. Pero se da la circunstancia de que un tácito acuerdo comercial me mantiene unido a mis clientes en Estados Unidos, que llevan años creando sus colecciones. Ya cuentan con añadir ese diez por ciento a los precios que les transfiero. De modo que ¿por qué no dejar que sigan haciéndolo?

—*Famos!* —exclamó Goering—. Pero, ¿no pagarían más con tu habilidad de persuasión?

—Lo dudo, pues Johannes compró las pinturas antes del inicio de la Depresión y no será tarea fácil encontrar clientes actualmente. Mi propuesta es intentarlo y te digo con antelación que quizá me vea obligado a volver para decirte que he fracasado. Johannes era de esos hombres dispuestos a conseguir lo que querían y en varias ocasiones insistió en pagar más de lo que yo le aconsejaba desde un punto de vista estrictamente comercial. En esta lista que he preparado basándome en mis archivos he incluido los precios pagados entonces y en algunos casos he anotado a lápiz una cifra inferior que, me temo, es lo que mis clientes estarán dispuestos a pagar a día de hoy. Por supuesto, está en tus manos decidir si aceptas o no mis sugerencias.

—Cuéntame cómo lo consigues —dijo Goering—. ¿Siempre aceptan tus sugerencias esos mágicos millonarios tuyos?

—Por supuesto que no. Valoran mucho su dinero. Siempre me preguntan: «¿Estás seguro de que eso es lo que vale?», y yo les respondo: «No existe un precio incuestionable para una obra de arte. Todo depende de cuánto la desees». A veces les sugiero la posibilidad de hacer una oferta algo inferior y después me presento en casa del propietario y me limito a poner el dinero sobre la mesa. He observado que la visión de los billetes suele tener un efecto

hipnótico sobre muchas personas, y aquellos que son capaces de resistirse a un talón bancario suelen caer rendidos en cuanto le ponen la vista encima a unos cuantos fajos de mil marcos.

El *falstaff* teutónico pareció disfrutar con aquel retrato de la debilidad humana. Le dijo a Lanny que era «*ein ganzer Kerl*»[32], y añadió: «Dame la lista y la estudiaré. Muchas de ellas no me interesan y quizá decida enviarte a desvalijar a esos plutócratas tuyos».

VII

Ahora no podía hacer otra cosa que esperar, lo que no le supondría un gran esfuerzo alojándose en una *suite* de lujo con todos los servicios imaginables a su disposición. La alta sociedad berlinesa abrió sus puertas a la *glamour girl* norteamericana y, tan pronto como su media docena de arcones cargados de ropa llegó por correo exprés, ella estuvo preparada para salir día y noche.

El príncipe consorte se arregló plegándose a las exigencias de los dictadores de la moda y se dispuso a acompañar a su esposa a banquetes, *thés dansants* y elaboradísimas e interminables cenas seguidas de música y baile. Saludó a gran cantidad de caballeros de generosa talla cuya mole y perfiles le recordaban a las ballenas, empezando por sus cabezas afeitadas y descendiendo en círculos por sus orondas siluetas hasta llegar a los pies. Sus damas estaban construidas a la misma escala y sus voces habrían resultado idóneas para cualquier ópera wagneriana. En su irreverente imaginación, Lanny las vio ataviadas con sus blancas túnicas, trotando al ritmo atronador de la *Walkürenritt*[33]. Su conversación era muy seria y uno podía cometer un grave error de protocolo al confundir a un *hochgeborener* con un *hochwohlgeborener*[34] o dirigiéndose a una *frau* doktor como a una ordinaria *frau*.

Los jóvenes no eran tan orondos y grandilocuentes, ni física ni mentalmente. Jugaban al golf y al tenis, bailaban con emoción e iban en automóvil a todas partes. Admiraban el argot estadounidense y no albergaban rencores a causa de la guerra. Igual que la hija de J. Paramount Barnes, habían hecho de la diversión y el ocio su religión. No les interesaba la política, a menos que se tratara de alguna anécdota cómica sobre los líderes del fantástico y reciente *Regierung*. Después de intercambiar algunos chascarrillos ya habían

demostrado que eran personas serias y bien informadas y podían seguir bailando. El Gobierno raramente interfería en la vida de los que tenían dinero, menos aún cuando estos se limitaban a criticar a la gente adecuada, es decir, los que también tenían dinero. Cuando Lanny le preguntó al nieto de un magnate del acero qué pensaba realmente de todo lo que ocurría en su patria, el mozalbete, aquel *grünschnabel*, respondió: «*Zum Teufel*[35] Todo se reduce a conseguir el voto de varios millones de idiotas y, al parecer, el modo en que lo han hecho los nazis ha resultado perfecto para mi país».

Los grandes magnates y sus esposas eran de ideas firmes. Para ellos, el advenimiento de Hitler había significado el fin de las huelgas y la agitación de los sindicatos, y ya no había comunistas peleando en las calles. Los sueldos eran fijos e inmutables, lo que había supuesto para la industria pesada un nivel de prosperidad que nunca antes había alcanzado. En resumen, el Tercer Reich era el sueño de todo magnate, y a Lanny le sorprendió el curioso parecido de aquellas conversaciones con las que mantenía con su padre. La única diferencia era que ellos lo habían hecho realidad mientras que Robbie seguía anhelándolo y no sabía cómo conseguirlo. El resultado de las elecciones en su país había sido el contrario al que esperaba y sus esperanzas de someter a aquel tipo de la Casa Blanca se habían esfumado. Robbie no llegaba hasta el punto de desear un Hitler norteamericano pero ya predecía la inminente llegada de uno, y si el posible candidato se hubiera presentado en su casa para recaudar fondos no le habría dejado marcharse con las manos vacías.

Los amos de las inmensas industrias alemanas del acero, el carbón, los productos químicos y la electricidad se lamentaban discretamente de algunos de los excesos de su nuevo Gobierno, aunque se apresuraban a puntualizar que semejantes acontecimientos eran habituales en tiempos de cambio y reajustes sociales. Añadiendo además que lo único que verdaderamente necesitaba Alemania era recuperar los territorios perdidos durante la guerra. Solo de ese modo Europa viviría un largo periodo de paz y prosperidad. Y a Lanny le habría gustado añadir: «¿Paz y prosperidad basadas en la fabricación masiva de armamento?», pero ese tipo de comentarios debían permanecer encerrados en la mitad oculta de su personalidad.

VIII

Cuando el *playboy* norteamericano se cansaba de la alta sociedad berlinesa visitaba galerías y asistía a conciertos. Los nazis habían quemado la mayor parte de los libros modernos que merecían la pena y censurado todo tipo de exposiciones de arte, aunque las obras maestras de la pintura permanecían intactas en las paredes de los museos y aún se podían escuchar las composiciones de Bach y Beethoven, Mozart y Brahms —al contrario que las de Mendelssohn, Mahler y otros judíos—. Lanny dejaba a su esposa en la compañía de las distinguidas damas de la capital o con alguno de los innumerables jóvenes ávidos de baile que frecuentaban los eventos elegantes y se perdía en la contemplación de obras maestras que le hablaban de la Alemania que había conocido y amado cuando era un muchacho y que aún sobrevivía, se decía a sí mismo, en alguna ignota región lejos del alcance de los Gran Bertas de los nazis o del vuelo de los aviones del general Goering.

Asistió a un concierto en la Philharmonie y tuvo ocasión de escuchar una hermosa interpretación de la *Quinta Sinfonía*. Entregó su alma a la excelsa obra de Beethoven y enseguida sintió que alcanzaba la condición de algún tipo de divinidad dotada de nuevos poderes y capacidades de percepción. Participó en la lucha de la humanidad contra esas fuerzas que pretendían impedir el progreso de la raza humana y se dejó llevar por vividos sueños. Y cuando las últimas notas de tan gloriosa música murieron, regresó al mundo real renovado y fortalecido para afrontar esfuerzos venideros.

Pero Lanny ya no era el mismo joven ingenuo y feliz que había escuchado por primera vez esa clásica obra sinfónica. Había descubierto muchas cosas acerca del mundo que le rodeaba y sus pensamiento serán más complejos. Al observar a los hombres y mujeres —jóvenes y viejos— sentados a su alrededor en el auditorio, a los que se había sentido unido místicamente mientras duró la sinfonía, vio que entre ellos había varios que vestían el uniforme nazi. ¿Qué conclusiones podían sacarse de aquello? ¿Era posible adaptar los apasionados deseos de Beethoven a la ideología de Hitler? Para Lanny, aquella idea equivalía a una herejía contra el Espíritu Santo. Un pecado que sin duda había sido cometido, pues los jóvenes nazis parecían en aquellos instantes tan inspirados como la más dulce *mädchen* o el más reverente *tonkünstler*[36]. «*So pocht das Schicksal ati die Pforte*»[37], había dicho Beethoven, pero ¿qué significado tenía esa llamada del destino para un soldado de asalto? ¿A qué puerta estaban llamando y quiénes lo hacían? ¿Eran los franceses en los puentes del Rin o los rusos en los fortines de Prusia Oriental?

Indudablemente no eran esos los pensamientos idóneos para una sala de conciertos. El rebelde extranjero apeló al alma de Beethoven para que apoyara

su causa y el padre de la música moderna le explicó que los golpes en la puerta eran los de los soldados de asalto desvalijando el hogar de los Schultz y llevándose por la fuerza a Ludi y a Freddi para torturarlos hasta la muerte. El segundo tema, una sosegada súplica, era el espíritu de Freddi, que viviría en el alma de Lanny mientras este tuviera una.

El rebelde se dejó llevar por sus pensamientos hasta que recordó la anécdota que le había contado un holandés con el que había conversado a bordo del paquebote en la travesía desde Harwich hasta Hoek van Holland. Un amigo nazi le había estado cantando las alabanzas de los dominios de Hitler. Allí reinaba un perfecto orden y las calles estaban inmaculadas; todo el mundo tenía trabajo y comida para alimentarse; hasta el último ciudadano cumplía con su deber y lo hacía de buen grado; etcétera. «¡Oh, por supuesto», había respondido el holandés, «pero cuando yo escucho pasos en el porche de mi casa a las cuatro de la madrugada sé que solo puede tratarse del lechero!».

¿Qué extraña dualidad residía en el alma alemana que les permitía alumbrar los más nobles y sagrados sueños y al mismo tiempo los predisponía a cometer las más terribles atrocidades? ¿Cómo era posible que la tierra de Beethoven, Goethe y Schüler fuera también la de Bismarck, Hindenburg y Schicklgruber, alias Hitler? Al parecer los alemanes no eran capaces de poner límite a sus aspiraciones para adaptarlas a su vida diaria, especialmente en lo político. El joven norteamericano se deleitaba con tan elevadas abstracciones, a las que daba forma mediante interminables vocablos, pero sin llegar a ninguna conclusión válida. Sus ideas eran como las hélices de un vapor durante una violenta tormenta; la mayor parte del tiempo giraban en el aire sin llegar a tocar el agua, incapaces de propulsar la embarcación.

IX

Una mañana llegó con el correo una carta en un sobre anticuado con el sello del barón Vort Wiesenschmetterling. En ella se informaba a *herr* Lanning Budd de que a la *baroninwitwe* le complacería considerar una oferta de ciento veinticinco mil marcos por el Hubert van Eyck. Por supuesto, no hablaba en dólares, pero al cambio la cantidad equivalía a unos ciento cincuenta mil. A Irma le pareció monstruoso pedir semejante cantidad de dinero por aquel

pedacito de lienzo. Sin embargo, se trataba de una auténtica obra maestra doscientos años anterior a Rembrandt. Lanny dijo que intentaría regatear. Para empezar le escribió una carta cuidadosamente estudiada aludiendo a la afirmación de la anciana dama y declarando que no podía afrontar ninguna negociación basándose únicamente en la propuesta de «considerar» la oferta. Si en el plazo de los próximos treinta días le había confirmado su interés, le entregaría la suma de ciento veinticinco mil marcos en efectivo para adquirir la pintura.

Mientras esperaba una respuesta acompañó a Irma a más eventos sociales, hasta que una mañana recibió la ceremoniosa visita del *oberleutenant*, que le hizo entrega de una nota escrita en un magnífico papel —digno del *minister-präsident* de Prusia— en la que le autorizaba a vender una serie de pinturas para las que se especificaban diversos precios. Había un total de diecisiete, y al experto en arte le resultó divertido observar que estaban todas las italianas, muchas francesas y varias de autores británicos, pero ninguna de las alemanas, holandesas y flamencas. Era fácil obtener de aquello obvias conclusiones de naturaleza política. Los nazis esperaban establecer lazos con Holanda y Bélgica pero estaban terriblemente irritados con Mussolini, quien llevaba tiempo conspirando con el Gobierno austríaco para obtener el control del país, que se hallaba al borde de la bancarrota. El orondo *kommandant* de la Fuerza Aérea alemana había viajado ya en dos ocasiones a Roma, aunque sin éxito a juzgar por los informes que se habían hecho públicos.

Irma, que conocía las pinturas, estudió la lista y la comentó desde otro punto de vista: «¡Se ha quedado con todos los desnudos!». En efecto, un psicoanalista habría tenido mucho que decir acerca del desaprensivo magnate de haber tenido ocasión de examinar la lista de rechazados. No le interesaban los retratos de la Santa Virgen, tampoco los ancianos de ninguno de ambos sexos y mucho menos los proletarios de cualquier tribu o color. Lo que le gustaba eran las jovencitas con escasa ropa, especialmente las damas orondas y rubicundas al estilo de Rubens, aunque también había en su lista retratos de príncipes, hombres de estado y soldados ataviados con exquisitos uniformes, joyas, fajas y condecoraciones de toda índole. ¿Acaso pretendía utilizar todo aquello como inspiración para diseñar nuevos patrones de moda?

Sea como fuere se trataba de un trabajo, y no precisamente fácil, pues todas las sugerencias de Lanny para reducir precios habían sido ignoradas; había incluso dos casos en los que era aún mayor. El experto en arte, sin embargo, ya le había advertido a su patrón de que a menudo había contraofertas, por lo que el *minister-präsident* podría haber optado por tomar

precauciones al respecto. No había ningún peligro en proponerle alguna que otra bajada de precios. El verdugo oficial no ordenaría que le cortaran la cabeza al joven *kunstsachverstandiger*, que casualmente era ciudadano norteamericano. La suma total con que Lanny debía contribuir al erario del gran hombre ascendía a poco más de un millón de marcos, lo que a él le rendiría dinero suficiente para financiar a Trudi Schultz y a sus camaradas conspiradores durante un par de años.

X

Lanny y su esposa tenían un compromiso para comer, pero él se excusó para escribir algunas cartas y telegramas que no podían esperar. Cuando Irma se marchó decidió tomarse un respiro y se dirigió en coche al distrito de Moabit. Mientras su carruaje recorría las calles de la ciudad no dejaba de pensar en el segundo al mando del Gobierno nazi, tratando de resolver el misterio de la inusual relación que ambos mantenían. ¿De veras creía Goering que Lanny simpatizaba con su causa y que estaba dispuesto a ayudarle? Le resultaba difícil de creer. Un asesino de masas responsable de la purga sangrienta, del incendio del Reichstag y de tantos otros crímenes inimaginables sin parangón en la historia de la humanidad difícilmente trabaría una amistad casual con un extranjero desconocido o se rendiría a los encantos de un diletante de todas las artes, incluida la conversación. Con la mayor red de espías del mundo a su disposición, jamás habría aceptado recibir personalmente a un individuo sin haber investigado antes sus antecedentes y conexiones. Sin duda sabría de la existencia del tío comunista de Lanny y de la escuela socialista de Cannes, estaría al corriente de que había sido expulsado de Roma hacía diez años, de que era amigo de Blum, de Longuet, Steífens y otros, y de que su mejor amigo era un dramaturgo que había escrito una obra de teatro antinazi en Inglaterra. ¿Qué esperaba obtener Goering de una persona como él?

Un misterio lo bastante complicado para servir de inspiración a un nuevo drama de Eric Vivian Pomeroy-Nielson, en el hipotético caso de que el quisquilloso intelectual estuviera dispuesto a rebajar su arte a tan melodramática escala. ¿Era Lanny simplemente una manera de atraer a su padre con la esperanza de hacer negocios con él? ¿O acaso el general le había

echado el ojo al dinero de Irma y planeaba llevar a Lanny hasta una situación insostenible con el fin de expoliar la fortuna de su esposa igual que había hecho con Johannes Robin? ¿Era Lanny la carnada para llevar a los miembros del grupo clandestino directamente hacia las redes de la Gestapo? Trudi había avalado a Monck pero ¿y si el camarada estuviera engañando a Trudi con el fin de conocer a los amigos de Lanny y averiguar sus secretos? Todo eso era posible y desde luego mucho más probable que la idea de que ese hombre vanidoso y cruel realmente disfrutara de la compañía del nieto de los Budd.

¡Quizá incluso estuvieran siguiendo sus pasos en esos instantes por la ciudad de Berlín! Al menos de eso podría asegurarse. Decidió dar un rodeo por varias calles y cada vez que doblaba una esquina miraba el pequeño espejo retrovisor para comprobar si algún coche tomaba su misma ruta. Ninguno lo hizo, de modo que decidió que por el momento no estaba poniendo en peligro a su camarada. Se dirigió a la calle donde Trudi le había citado para llegar en la esquina exactamente al mediodía, tal como habían convenido. Allí estaba ella también, puntual como un reloj, caminando por el lado derecho de la calle con un pequeño paquete bajo el brazo izquierdo mientras el conductor avanzaba siguiendo sus pasos. Redujo la velocidad y continuó hasta dejarla atrás, y en la siguiente calle se detuvo junto a la acera y esperó hasta que ella llegó y subió al coche. En cuanto se pusieron en marcha, el conductor volvió a comprobar el retrovisor pero nadie los seguía.

XI

—No sabía dónde encontrar una pluma —dijo Lanny— pero he conseguido el trabajo con el general.

Le contó lo ocurrido durante su almuerzo en la residencia oficial y para la joven fue como escuchar un cuento de ogros, una visita al castillo de Barba Azul.

—¿Cómo fuiste capaz de tragar su comida? —exclamó ella.

—Engullendo sin parar —respondió él—. Era parte del trabajo. Si sigo yendo a menudo pronto me pareceré a él.

—*Gott behüte*[38] ¿Y de qué demonios hablaste con un hombre así?

—La mayor parte del tiempo me limité a escucharle, sobre todo alardear sobre sí mismo y sus logros, y por supuesto —y especialmente— acerca de la flota de aviones que está construyendo. Tiene un ego enorme y su meta en esta vida es obligar a otras personas a someterse a su voluntad. Es mejor compañía que algunos otros nazis porque al menos no te aburre con toda esa jerga. Se expresa como un hombre de mundo interesado fundamentalmente en el poder, que da por sentado que su interlocutor es lo bastante sensato como para comprenderle.

—¿No le quita el sueño haber asesinado a decenas de miles de personas y haber encerrado en prisión a cientos de miles que están siendo sometidos a las más crueles torturas?

—Estoy seguro de que duerme tan profundamente como cualquier otro hombre con su sobrepeso. Debes entender que nuestra concepción de hermandad entre los seres humanos le resulta ajena por completo. Es un asesino profesional, algo para lo que fue entrenado durante su juventud. Durante la Gran Guerra esa actividad se convirtió para él en el más excitante de los entretenimientos. Un juego en el que nunca temió arriesgar su vida con tal de mejorar sus habilidades y poner a prueba su arrojo. *Frau* Magda Goebbels hizo que me percatara de que muchos de los actuales líderes nazis habían sido pilotos. Para ellos el Ejército del Aire fue una escuela de iniciativa y coraje que sobre todo les sirvió para perder cualquier tipo de escrúpulo. Estoy seguro de que Goering no dudaría a la hora de quitarte de en medio más que al aplastar un mosquito.

—No me cabe duda de que así es como me vería —dijo ella, logrando esbozar una irónica sonrisa.

—Ahora este asesino de masas ha creado una escuela para jóvenes nazis con el fin de enseñarles lo mismo que él aprendió. Accidentalmente, y de un modo indirecto, está impartiendo las mismas lecciones a los jóvenes líderes de la clase trabajadora. Es una escuela despiadada.

Ella reflexionó en silencio sobre lo que Lanny acababa de decir antes de volver a hablar.

—Dime una cosa, Lanny, imagina que tuvieras la oportunidad —una sola — de dirigirte a los trabajadores de Alemania. ¿Qué les dirías?

El coche atravesó toda una calle antes de que él se decidiera a responder.

—Supongo que les aclararía que el incremento del empleo del que los nazis tanto alardean es consecuencia de la fabricación de armamento y causa del endeudamiento del país, algo que no puede continuar indefinidamente y que solo puede desembocar en una nueva matanza de obreros.

—Imagina que pudieras transmitirles un mensaje del mundo exterior. ¿Cuál sería?

—Que los trabajadores de Francia, Inglaterra y Estados Unidos son pacifistas. No pretenden rearmar a sus ejércitos y han logrado que sus gobiernos recorten los presupuestos militares. Alemania, sin embargo, sigue incrementando su número de armas, lo que automáticamente obligará a que los países vecinos hagan lo mismo. Es evidente que cuando una nación emplea todos sus recursos para fabricar materiales bélicos, como Alemania está haciendo actualmente, resulta inevitable que, tarde o temprano, esa nación tenga que ir a la guerra. Es lo único que puede hacer, dado que no está preparada para nada más y debe utilizar todo su armamento antes de quedar asfixiada por él.

—Ya no recibimos periódicos socialistas del extranjero, Lanny. ¿Podrías contarme algo que haya dicho recientemente algún gobernante extranjero acerca de todo eso y a quién se podría citar como fuente?

—Léon Blum ha estado repitiendo todo esto hasta la saciedad, tanto en sus discursos como en las páginas de *Le Populaire*.

—Muy bien —dijo la mujer—. Se lo atribuiremos a él. La próxima vez que vengas a Alemania trae algún recorte de ese tipo. Nos será muy útil.

—De acuerdo —dijo Lanny de forma irreflexiva y sin darse cuenta de que con cada pequeño paso que daba se adentraba más profundamente en la boca del lobo. Ancha es la puerta y vasta la senda que conduce a la destrucción, y suele decirse además que una vez que se ha dado el primer paso para adentrarse en dicha senda, cada vez resulta más fácil dar el segundo y el tercero.

XII

Cuando Lanny regresó al hotel le aguardaba un telegrama en la recepción, algo siempre interesante en la vida de un experto en arte. Entre los amigos de Irma en Long Island había una joven matrona conocida como «la reina de los pepinillos», pues había heredado un paquete de acciones de la gran industria del procesamiento y el enlatado de alimentos. Dos o tres años antes Lanny le había enviado un telegrama desde Viena para comunicarle el hallazgo de una

Virgen María de Jan Van Eyck y ella le había respondido inmediatamente con el precio que estaría dispuesta a pagar. Con el tiempo ella había descubierto, como les ocurre a muchos clientes del mundillo, que se trataba de una pieza única y hermosa, además de una fuente de rara distinción para su propietario. De modo que tan pronto recibió la noticia de que la baronesa estaba dispuesta a negociar, Lanny había enviado un telegrama para informar a la misma clienta de la oportunidad de obtener otra Virgen María, obra esta del hermano mayor de Jan y un objeto de incalculable valor entre los coleccionistas norteamericanos en opinión del experto. Ahora recibía la respuesta y el aviso de que se había efectuado un ingreso a su favor por valor de ciento veinticinco mil marcos en uno de los grandes bancos de Berlín, aunque especificaba que su comisión estaba incluida en dicha suma.

Ese era el tipo de cosas que ponían furiosa a Irma Barnes contra los ricos. Una «judiada»[39] lo llamó. ¿Qué significaban cinco mil dólares para Brenda Spratt? Lanny hizo una mueca y dijo que en forma de cerdo y judías enlatadas equivaldría probablemente al cargamento de todo un vagón de mercancías. Estaba acostumbrado a recibir todo tipo de contraofertas y había visto cómo algunos de sus clientes preferían renunciar a pinturas de incalculable valor antes que pagar un diez por ciento extra. Además recordó una de las anécdotas favoritas de su padre sobre una dama de Newcastle que deseaba vender su mansión y había renunciado a hacerlo porque el comprador insistía en que las cortinas debían estar incluidas en el trato.

Tendría que hacer otro viaje a Neumark para enfrentarse a uno de esos duelos que Lanny había aprendido a disfrutar. Hizo un sencillo cálculo matemático para determinar el precio de compra incluyendo su comisión. El resultado fue de ciento trece mil seiscientos treinta y seis marcos con treinta y seis *pfennigs*. Lo más recomendable sería olvidarse de los *pfennigs* y subirle un marco íntegro a la dama prusiana. Llamó a su víctima y concertó una cita para reunirse con ella al día siguiente a la hora de comer. También telefoneó a Zoltan para informarle de la situación y le dijo a Irma que había liquidado el asunto con su colega, que supuestamente tenía un cliente interesado en el cuadro pero no estaba dispuesto a pagar un precio tan elevado.

XIII

Lanny fue al banco para retirar un gran fajo de billetes que a continuación se guardó en el bolsillo interior de la chaqueta. No tendría que preocuparse porque le asaltaran, pues en Alemania los únicos atracos que tenían lugar eran los organizados por el Gobierno, y teniendo pasaporte estadounidense gozaba de inmunidad. Salieron de viaje un día de lluvia que se transformó en una fina nevada antes de que llegaran a su destino. Los campos de patatas eran un vasto y mágico manto blanco capaz de sugerirle al viajero la posibilidad de un mundo en el que jamás había existido el sufrimiento. Sin embargo, no era más que una ilusión, pues de haber sabido cuántos miles de cadáveres habían servido de abono en aquellos campos a lo largo de los siglos, a cualquiera se le habrían quitado para siempre las ganas de comer «manzanas de tierra», como las llamaban los alemanes.

En el regio y decrépito salón de la oronda aristócrata, repleto de cosas lo bastante antiguas como para tener valor por muy feas que fueran, Lanny dio comienzo al juego que se había convertido para él en un sustituto de la guerra. Un poeta había dicho en una ocasión que la dama del coronel y Judy O'Grady eran hermanas bajo los hábitos[40]. Lanny nunca había tenido que venderle un cuadro a ninguna de ellas pero había lidiado en su profesión con miembros de las clases dominantes de Francia, España, Alemania, Austria, Polonia y Rusia, y todos ellos habían demostrado que sus costumbres y modales brillaban por su ausencia en cuanto alguien ponía ante sus ojos un buen fajo de billetes de su propio país.

La *baroninwitwe* Von Wiesenschmetterling se puso furiosa al saber que el joven arribista norteamericano había dado por sentado que lo recibiría para perder el tiempo regateando por unos pocos marcos. Ella había puesto su precio y le había escrito una segunda nota —que no había tenido tiempo de enviar— para garantizarle que lo recibiría. ¿Por qué no le había comentado por teléfono que tenía intención de obligarla a reducir su oferta? Lanny le dijo que lo sentía. No había pensado que la dama considerase una ofensa el hecho de recibir una contraoferta. Y, después de todo, ciento trece mil seiscientos treinta y siete marcos no era una suma en absoluto desdeñable. Hablaba con su sonrisa más amable y añadió que estaría encantado de poder desprenderse de aquel fajo de billetes, pues pesaba tanto que le había deformado ya el forro de la chaqueta. Lo sacó del bolsillo y se dio cuenta de cómo la baronesa lo devoraba con la vista. No era probable que aquella mujer hubiera tenido delante semejante cantidad de dinero en toda su aristocrática vida.

Lo que tuvo lugar fue una lucha a muerte contra el férreo temperamento de la noble dama que puso contra las cuerdas la resistencia de Lanny. «Se trata

de una enorme suma de dinero, *gnädige Baronin*[41], cuya transferencia a Alemania ha costado un gran esfuerzo realizar, y odiaría tener que devolverla. La oferta de mi cliente es firme, y sé por previa experiencia que no cambiará de opinión. Por favor, sea tan amable de leer su telegrama». Ella se negó, pero cuando él se lo puso en la mano su curiosidad fue más fuerte. Esa fue la prueba que él necesitaba de que era posible hacerla cambiar de opinión y no era tan tozuda como aparentaba.

Había una mesa junto a la silla donde estaba sentada y él desenvolvió el fajo y lo dejó sobre ella.

—Quiero que compruebe con sus propios ojos que este no es dinero de pega —dijo él—. Aquí puede ver el lacre de la entidad bancaria. Este fajo contiene cincuenta y un mil marcos en billetes y este otro es exactamente igual. El más pequeño completa la suma total. En mis diez años de experiencia como *kunstsachverständiger* han sido raras las ocasiones en que he tenido que entregar semejante cantidad de dinero…

—*Aber*… ¡Nunca antes ha tenido en sus manos un Hubert van Eyck! —dijo casi a gritos.

—Le compré una Santa Virgen de Jan van Eyck a un pariente suyo por una suma mucho menor.

—¡Lo sé, lo sé, pero esto es diferente! Y lo sabe tan bien como yo.

Discutieron sobre los méritos de los dos hermanos flamencos y las rarezas de sus respectivas obras. Tenía ante sus ojos un tesoro desconocido del mundo del arte que llevaba en la familia trescientos años, ¡y él se presentaba en su casa como si fuera a comprarle la ropa usada de su mayordomo! En cuanto dijo eso, Lanny decidió jugárselo todo a una sola carta. Recogió los fajos de billetes y dijo con gesto digno: «Siento haberle hecho perder su precioso tiempo, *gnädige Baronía*». Irma, que había permanecido sentada, inmóvil como una estatua y en actitud de despectivo silencio, se levantó y la pareja se dispuso a abandonar la estancia. «Mañana mismo vuelvo a Inglaterra», dijo él.

Lanny había conocido a algunos hombres capaces de mantener la sangre fría ante algo así, pero a ninguna mujer que no se viniera abajo.

—*Gut denn!* —dijo la noble viuda, desgarrada entre la avaricia y la rabia—. Busquemos un término medio. Dividiré la comisión con usted. Puede quedarse con el cinco por ciento y pagarme el resto.

—No llevo encima más dinero del que le he mostrado y no estoy en posición de alterar la oferta. Tengo que dividir la comisión con mi socio…

—¿Y qué tengo yo que ver con eso?

—Él me ha ayudado, se ha ganado su parte.

—¿Entonces qué es lo que ha hecho usted? Ha venido dos veces hasta aquí, me ha escrito una carta y ha enviado un telegrama a su cliente. ¡Eso es todo!

—*Verehrte gnädige*[42], ha pasado usted por alto el detalle más importante: he dedicado más de diez años de mi vida a aprender este negocio. No solo conozco los nombres y direcciones de las personas dispuestas a aceptar mi palabra en lo referente a obras de arte sino que también me he labrado una reputación y me he ganado su confianza. ¿Cree que sería usted capaz de encontrar en todo el mundo a alguien dispuesto a ordenar una transferencia de ciento veinticinco mil marcos para comprarle un cuadro a una persona a la que jamás ha visto ni oído y de cuya existencia solo sabe por el telegrama que recibió?

Discutían de pie en esos momentos. Irma estaba asqueada y se dirigió al coche, e hizo bien.

—Le diré lo que voy a hacer. ¡Y es mi última oferta! Le cederé diez mil marcos y usted me pagará ciento quince mil. *Einverstanden?*

Aquello era una mezquindad, y ella debía saberlo. Pero el profesional debía mantener la compostura y no ser descortés, pues eso la pondría realmente furiosa.

—*Verehrte Baronin* —dijo Lanny, en el tono más amable de su repertorio —, posee usted un hermoso y excepcional cuadro y en ningún momento he tratado de ocultar mi admiración por él. Le he ofrecido un alto precio, algo de lo que saldrá usted sin duda beneficiada. Por otra parte, tengo la seguridad de haberme ganado mi parte. Nunca en toda mi carrera he recortado mi comisión porque sé que la labor que llevo a cabo es honesta y merecedora de tal recompensa. Si acepta mi oferta contará usted esta gran suma de dinero y después firmará por triplicado el documento de venta. A continuación yo le daré el dinero con una mano y usted me entregará el cuadro con la otra y los dos nos sentiremos mucho mejor que ahora.

Caminó lentamente hasta la puerta de la mansión y ya empezaba a preocuparse cuando al fin ella dijo: «*Also gut… kommen Sie zurück!*»[43]. Se sentó y contó hasta el último marco, deteniéndose para humedecerse los dedos cada dos o tres billetes. Firmó los documentos y Lanny envolvió el cuadro de la Santa Virgen en un trozo de hule que había llevado consigo. Estaba a punto de marcharse cuando de repente ella pareció recuperar parte de su humanidad e invitó a la joven pareja a una *teegesellschaft*, una taza de té. Pero Irma ya estaba en el coche y él temió que se negara a volver. Su esposa no se encontraba muy bien, dijo él, y querían llegar a Berlín antes del anochecer.

XIV

—¡Oh, esa odiosa mujer! —exclamó la heredera, cuyo dinero le había caído del cielo.

—Las he conocido peores —dijo Lanny, bastante satisfecho.

A la esposa le habría gustado decir: «No comprendo por qué insistes en aguantar semejantes escenas por el poco dinero que ganas». Pero Emily Chattersworth le había recomendado que evitara las críticas y dejara que Lanny siguiera jugando el juego que había llegado a dominar. De modo que optó por otra fórmula: «No veo por qué has de pagarle nada a Zoltan. No te ha ayudado en este asunto, ¿no es cierto?».

Lanny no quería explicarle cómo le había ayudado realmente Zoltan en aquella ocasión, de modo que dijo:

—Me ofreceré a pagarle pero no lo aceptará.

—Otra cosa —añadió Irma—. Tu dinero está en Alemania. ¿Cómo esperas sacarlo del país?

—No me importa dejarlo un tiempo aquí —respondió—. Tarde o temprano encontraré un cuadro que quiera.

No hacía falta decir nada más, y de todas formas Irma olvidaría el asunto en cuestión de unas pocas horas. A la mañana siguiente fue en coche al banco y retiró diez mil marcos antes de acudir a su cita con Trudi Schultz tomando todas las precauciones posibles. Cuando le puso el dinero en la mano ella se quedó perpleja.

—Esto me evitará tener que volver en una temporada.

—Pero, Lanny, ¿cómo voy a guardar tanto dinero?

—Busca un buen escondite en tu habitación. Uno donde a la Gestapo no se le ocurra buscar.

—Pero imagina que la casa se incendia.

—Si eso ocurre —dijo él sonriendo— preocúpate solo por salir y olvídate del dinero. Puedo conseguir más, pero me sería imposible encontrar a otra *frau* Mueller.

7
ESPÍRITUS DE HOMBRES JUSTOS

I

La Navidad en la Residencia Wickthorpe era una ocasión deliciosa, con amigos que iban y venían, mensajeros entregando regalos, sorpresas, prisas por doquier y un estado de excitación más propio de los instantes previos a la representación de una obra teatral. La casa estaba caldeada —justo como a Irma le gustaba— y los sirvientes desfilaban a todas horas con cubos de carbón para alimentar el fuego de las chimeneas. Algo que no suponía un gran exceso en esta tierra donde era posible disponer de ayudantes alegres y siempre listos para trabajar a cambio de sueldos ridículos. Lanny, el determinista económico, solía decir que era posible gracias al sistema de propiedad británico, que arrebataba a los campesinos sus derechos de nacimiento. Sin embargo, había aprendido a no hacer comentarios «gruñones» en presencia de su esposa, especialmente durante unas fiestas en las que supuestamente la paz y la bondad debían prevalecer por encima de todo.

Beauty llegó desde Londres con su marido. Era bien sabido que ella y su nuera mantenían una excelente relación, es decir, la mayor cedía siempre ante la más joven y hacía todo lo posible para no arrebatarle el interés de los medios. Este comportamiento obedecía a un código personal de la madre según el cual el mundo era para los jóvenes, especialmente cuando se trataba del sexo femenino —siempre tenían derecho a su momento—. En cuanto al marido de Beauty, ese querubín de cabellos grises y mejillas sonrosadas, jamás se interponía en el camino de nadie. Pues quién puede oponerse a ser amado, especialmente de un modo tan silencioso y discreto. Parsifal Dingle había curado a Frances de unas suaves fiebres cuando era muy pequeña. Al menos la

había tratado siguiendo su método de oración y meditación y el problema había desaparecido. Él nunca alardeó de lo sucedido atribuyéndose el mérito sino que se limitó a dejar que cada uno extrajera sus propias conclusiones. Era una especie de Papá Noel sin bigotes, ¡la perfecta compañía para una celebración como el Yuletide! En esta época del año todo el mundo ponía en práctica lo que Parsifal predicaba. ¡Pero si estuvieran dispuestos a seguir haciéndolo durante el resto del año, qué diferente sería el mundo!

Los jóvenes, de regreso en el hogar para disfrutar de las vacaciones, iban constantemente de una casa a otra. Entraban con los ojos brillantes y las mejillas cubiertas de rubor a causa del frío. Bebían ponche caliente, reían, charlaban y bailaban y se marchaban a toda prisa a algún otro lugar. Alfy seguía a Marcy, como la llamaban sus amigos, pues cuando se está tan ocupado disfrutando de la vida es imposible pronunciar más de dos sílabas seguidas. El suyo era un amor muy distinto al que el señor Dingle predicaba, y al parecer no hacía felices a todos por igual. Cada vez que la joven pareja tenía otro de sus rifirrafes, su mundo entero se venía abajo. Durante el día de Navidad no se hablaron y Marcy se lo contó a su madre entre lágrimas. A Lanny le disgustaba la situación pero nadie le pidió consejo. Beauty dijo que solo era una parte del proceso de adecuarse el uno al otro, pero Lanny pensó que estaba siendo demasiado optimista. «Yo nunca tuve ese tipo de problemas con Rosemary», dijo. A lo que su madre respondió: «¡No, pero la perdiste!».

II

En una de las habitaciones del ático de la casa se alojaba una mujer robusta y entrada en años que cualquiera habría tomado por una enfermera retirada o un ama de llaves. Todo el mundo la conocía como «*Madame*» y solía hablar en inglés con un marcado acento polaco. Nadie podría haber sido más discreto. Parecía darse por satisfecha con quedarse en su habitación jugando al solitario, y cada vez que la doncella de Irma, su amiga, iba a verla, ella le contaba los resultados de sus últimas partidas. Nadie habría adivinado que esa anciana de aspecto aburrido y aire sosegado poseía uno de los más antiguos y desconcertantes dones que la burlona naturaleza o la divina providencia habían tenido a bien conceder a la raza humana.

De cuando en cuando un miembro de la familia Budd o alguno de sus privilegiados amigos pedía verla y preguntaba si estaría de humor para una «sesión». Casi siempre decía que sí y se presentaba en la habitación de dicha persona, se sentaba en una silla cómoda, reclinaba la cabeza hacia atrás y en cuanto cerraba los ojos ¡tenían lugar los más fantásticos eventos! Enseguida se podía escuchar la voz profunda y cavernosa de Tecumseh, un jefe indio nativo nortéamericano muerto hacía doscientos años —según sus propias palabras—, ¡y que hablaba con acento polaco! Por lo general los participantes se reían al escucharle por primera vez, pero antes de que tuvieran ocasión de abrir la boca él ya estaba murmurando sobre algún tío abuelo cuyo nombre se verían obligados a buscar en los álbumes familiares, o contando en voz alta algún secreto que nadie más conocía.

Lanny Budd, demasiado franco y predispuesto a hacer chistes, se había granjeado las iras de Tecumseh en más de una ocasión a causa de su costumbre de hacerle preguntas de naturaleza, digamos, escéptica. De modo que eran raras las ocasiones en que la ancestral criatura —fuera quien fuera o fuera lo que fuera— se mostraba dispuesta a atenderle. «¡Oh, aquí tenemos de nuevo a Don Elegante!», decía el indio con voz atronadora, que desde luego no parecía ni iroquesa ni polaca. Era una lástima, pues Lanny era uno de los pocos que de veras deseaba comprender aquellos misterios y había defendido a Tecumseh en muchas situaciones ridículas. Por lo general para la gente no había términos medios en lo referente al ocultismo, o estaban totalmente convencidos de que era un engañabobos o se convertían en víctimas propiciatorias del primer charlatán con quien tenían la desgracia de encontrarse.

Lanny, sin embargo, seguía intentando creer, pues a lo largo de los años había presenciado cosas inexplicables de acuerdo a las leyes de la naturaleza, consideradas «normales» por la mayoría de la gente. De cuando en cuando el mundo cambiaba de opinión y decidía incluir nuevas cosas dentro de esa categoría, pero no iban a hacerlo a instancias de un joven *playboy* norteamericano, un favorito de la fortuna sobradamente conocido por ser el marido de Irma Barnes. Lanny sentía un gran respeto por la ciencia y esperaba que algún día apareciera un sabio capaz de descubrir una explicación para las habilidades de *madame* Zyszynski. Había conocido a científicos capaces de admitir que se trataba de algo notable, pero eso no les impedía volver como si tal cosa a sus rutinas diarias, ignorando la posibilidad de que a nuestro alrededor —o en nuestro interior o a través nuestro— existan universos

desconocidos que intentan en vano otorgarnos un conocimiento más profundo acerca de nosotros mismos.

III

En los últimos tiempos Lanny estaba especialmente interesado en establecer algún tipo de contacto con el más allá, pues creía que Freddi Robin, recién llegado al mundo de los espíritus, estaría ansioso por comunicarse con sus viejos amigos. A Tecumseh, sin embargo, había llegado a irritarle la mera mención de aquel «chico judío» y no quería saber nada de él. ¡Explorar las oscuras regiones del subconsciente podía ser una tarea lenta, tediosa y sobre todo desagradecida! Cada uno de nosotros posee la suya, al parecer conectada con los demás en un océano de contenidos mentales en el que apenas existen refugios seguros y cuyas aguas están repletas de criaturas aún más extrañas que cualquier monstruo del lago Ness. Cuando alguien lanza una red con la esperanza de capturar algo, en la mayoría de los casos sale del agua repleta únicamente de algas y medusas de serpenteantes tentáculos. Pero entonces, cuando el aburrimiento y la exasperación están a punto de hacernos abandonar, algo emerge a la superficie envuelto en una luz resplandeciente y sobrenatural —¡aunque quizá solo se trate de un simple vestigio del continente perdido de la Atlántida!

—Tecumseh —suplicaba Lanny, con abyecta humildad—, sé bueno conmigo. Sé que mi amigo judío está ahora en el mundo de los espíritus y estoy seguro de que querría hablar conmigo si tú le encontraras.

¿Qué fue lo que propició que obtuviera resultados después de tantos fracasos? ¿El poder de algún espíritu desconocido? ¿O alguna nueva línea de pensamiento en el subconsciente de Lanny? Imposible decirlo pero el día después de Navidad, sentado en su propio estudio junto a *Madame*, el investigador descubrió algo que le impactó igual que si acabara de recibir la coz de una mula. «Aquí no hay ningún judío pero hay un joven que dice ser tu amigo. Es alto y tiene el pelo corto y rubio, bastante ondulado. Está dibujando un retrato tuyo y es bueno. Dice que de ese modo sabrás quién es».

—¿Ha dicho algún nombre?

—Ha dicho algo que suena como Lood. ¿Le conoces? *¿Loodveek?*

—Le conozco bien —se apresuró a decir Lanny—. Estoy muy contento de que haya venido.

—Al oírte hablar así se ha alegrado. Ha difuminado con el dedo la boca del retrato y ahora sonríe.

¡He aquí otra de esas extrañas, confusas y desconcertantes manifestaciones del más allá! Gertrud Schultz le había confirmado a Lanny su identidad por medio de un dibujo y ahora su marido hacía lo mismo. ¿Se debía a que eran dos artistas unidos por una misma forma de pensar? ¿O era porque Lanny tenía esa idea grabada en su mente y ahora el subconsciente de *Madame* lo había incorporado a ese ente mitad fantasía mitad creación que era Tecumseh? Lanny no había hablado con nadie del asunto de Trudi ni de su dibujo.

—Dile que estoy ansioso por oír cualquier cosa que tenga que decirme —dijo Lanny. Y después, en tono lisonjero—: También te estoy profundamente agradecido a ti, Tecumseh.

—Llegará el día en que me aprecies de verdad. Este hombre ha escrito en su cuaderno de dibujo que es Ludi. ¿Es eso cierto?

—Claro que sí. Pregúntale cómo está.

—Dice que ha conseguido escapar de un terrible sufrimiento. Dice que nunca ha creído en la vida espiritual. Solía reírse de ti y de mí, pero ahora está seguro de que no volverá a hacerlo.

—Le ruego que venga a menudo para hablar con él. Hay importantes motivos por los que necesito hacerlo.

—Él dice: «¿Cómo está mi mujer?».

—Ella está bien.

—Él pregunta: «¿La has visto?».

Algo sacudió la conciencia de Lanny con la intensidad de un relámpago. No es posible llevar una doble vida sin que uno llegue en ocasiones a sospechar lo peor acerca de los eventos más inocentes. ¿Era posible que la Gestapo hubiera expandido sus redes de espionaje hasta el más allá? ¿Quizá alguno de sus agentes se había ganado la confianza de *Madame* y la estaba utilizando, con o sin su conocimiento? Ambas ideas le parecían igual de fantásticas pero Lanny no era capaz de apartarlas de su mente y, como si las hubiera pronunciado en voz alta, la voz profunda y cavernosa de Tecumseh exclamó:

—¡No confías en mí! ¿Cómo podré ayudarte entonces?

—¡Confío en ti, Tecumseh! —exclamó el agente secreto—. ¿No conoces la historia de aquel hombre que rezaba?: «Señor, yo creo. ¡Ayúdame a creer

más!»[44]. Ayúdame tú ahora transfiriéndome más mensajes de Ludi. Dile que he visto a su esposa y que solo piensa en él.

—Me gustaría comunicarme con ella, Lanny.

Era Ludi quien hablaba directamente, algo que solo ocurría en muy raras ocasiones durante una *séance*. Se expresaba con un inglés muy preciso, igual que en los viejos tiempos cuando Lanny había visitado su apartamento para conocer el trabajo artístico de Trudi.

—Sería muy difícil organizar algo así, Ludi. Conoces la situación. Quizá algún día pero no ahora, a menos que tú mismo puedas encontrarla.

—Lo he intentado pero no puedo. No hay ningún canal para llegar hasta ella.

—Espero volver a verla algún día. Dame una clave, algo que pueda convencerla de que realmente se trata de ti.

—Tiene una marca en forma de fresa encima de la rodilla derecha.

¡Un curioso «fenómeno psíquico» sin duda! Lanny siempre trataba de convencerse de que ese tipo de revelaciones eran producto de la telepatía, la lectura mental o como quiera que uno decidiera llamarla. No había hablado con nadie acerca de Monck ni había mencionado su comentario sobre la marca de nacimiento de Trudi. En ese momento le pareció obvio que *Madame* estaba extrayendo ciertos contenidos de la mente de Lanny y entretejiéndolos para urdir una historia. Era algo fascinante de observar y para cualquier psicólogo igual de difícil de creer que la existencia de los espíritus. ¡En cualquier caso aquello no le ayudaría a convencer a Trudi de que su marido le estaba enviando realmente un mensaje!

IV

El investigador seguía reflexionando intensamente sobre el asunto. Tenía que actuar con cautela, pues sabía que el quejumbroso jefe indio podía decidir en cualquier momento que la conversación se había terminado.

—Ludi —dijo Lanny, tratando de explicarle la situación—, debes tener en cuenta que tu esposa, como mucha gente, va a nadar en verano y cualquiera puede haber visto esa marca. ¿No recuerdas alguna otra cosa que solo pueda saber ella?

—Está bien —respondió la extraña voz, mezcla de una anciana polaca, un indio iroqués y un artista publicitario berlinés y miembro del Partido Soacialdemócrata—. Dile: «Chin-Chin».

—¿Ella sabrá lo que significa?

—Lo sabrá.

De repente la garganta de la anciana produjo un abrupto sonido, el ladrido de un perrito. Tan realista que Lanny creyó por un instante que la pequeña criatura estaba a punto de atacarle hecha una furia a escasos centímetros de sus tobillos y tuvo el reflejo involuntario de apartarla de una patada. El ruido se prolongó durante un minuto, al que siguió un absoluto silencio.

—¿Eso era Chin-Chin? —preguntó el investigador.

—*Eso* era yo —dijo la voz espiritual.

No era necesario que Ludi se expresara con perfecta gramática, y de todos modos muchos gramáticos habrían aceptado su frase.

—Trudi te lo contará —añadió—. La gente hace tonterías cuando es joven y alegre y está muy enamorada.

—Por supuesto —dijo Lanny, que había experimentado las tres cosas—. Ella querrá saber cómo falleciste, Ludi.

Aquella frase sería aceptada por la mayoría de espiritistas.

—Preferiría no hablar de eso. Estaba en Oranienburgo. No podía soportarlo más y una noche me mordí las muñecas hasta desgarrar las arterias.

—Dime dónde estás ahora, Ludi. Sabes que eso será muy importante para ella.

—Elia también vendrá un día y lo sabrá.

—Pero he de intentar convencerla —insistió el americano—. Puedes ayudarme a explicarle las cosas. ¿Tenéis cuerpo allí donde estás?

—¿De qué iba a servirme el cuerpo que dejé en Oranienburgo y que los nazis incineraron en un horno?

—Sabes lo que sabías en la tierra. ¿Has aprendido algo nuevo?

—Muchas cosas. Conservo mi conciencia pero ahora estoy en contacto con muchas otras mentes.

—¿Mentes de personas vivas o personas de ese lado?

Era una pregunta inadecuada, lo que de inmediato puso fin al espectáculo.

—¿De qué sirve que le preguntes eso? —atronó la voz del guerrero—. De todas formas no creerás lo que te diga. Solo estás jugando.

—¡Oh, por favor, Tecumseh! —rogó Lanny—. Tan solo intento ayudar a mi amigo y a su infeliz esposa.

—Es un buen hombre —dijo el jefe— y por él estoy dispuesto a tolerarte, pero no le haces ningún bien a nadie. Te enredas con tu palabrería y no creerías ni aunque te diera un puñetazo en el ojo.

—Intenta hacerlo algún día —dijo el atrevido *playboy*—. Quizá me vendría bien.

—Tú siéntate a oscuras con *Madame* alguna de estas noches y te demostraré lo que soy capaz de hacer. ¡De todas formas dirías que ha sido un ectoplasma! Ahora vuelve a tus asuntos.

Y eso fue todo. Lanny sabía que no le serviría de nada suplicar. Siguió un largo silencio y a continuación *Madame* empezó a suspirar. Cuando salió de su trance, como siempre, preguntó: «¿Ha habido buenos resultados?».

—Muy buenos, de hecho —dijo Lanny con gusto, pues sabía que a ella le agradaría oírlo.

Nunca preguntaba qué se había dicho o qué había sucedido. Para ella habría sido un gesto de mala educación, pues a menudo la gente recibía mensajes secretos y embarazosos durante las sesiones. En lugar de eso se recostaba en la silla y cerraba los ojos para descansar.

—Esta tarde he ganado tres solitarios —dijo finalmente.

—Seguro que ha hecho trampa —respondió él.

Era una broma habitual entre ellos y la mujer siempre se reía. Ella le había adoptado en silencio como si fuera un hijo imaginario, un sustituto de aquel al que dio a luz y perdió muchos años atrás. Él aprovechaba cada momento libre de su elegante y ajetreada vida para, charlar con ella, y *Madame* disfrutaba de cada uno de sus encuentros y siempre se despedía del joven anhelando el siguiente.

V

Robbie Budd había regresado a Newcastle, aunque este año no podría disfrutar de las navidades. Estaba trabajando más intensamente que nunca en toda su vida, empeñado en demostrarles a todos los que le conocían que no solo era un gran vendedor y promotor sino también un excelente ejecutivo, en todos los aspectos igual de bueno que su padre, que no había sabido apreciarle en vida y había muerto sin expiar su error. Robbie había recaudado grandes

sumas de dinero y ahora iba a gastarlo con una velocidad y eficacia que dejaría boquiabierta a la ciudad que le vio nacer. Iba a construir una fábrica que él mismo dirigiría y cuyos productos se encargaría de poner en el mercado sin que su padre ni su hermano mayor le siguieran los pasos ni tuvieran ocasión de supervisar lo que hacía. Robbie había pecado de optimista en varias ocasiones pero había aprendido de sus errores y no los repetiría. No habría más especulación en Wall Street, ahora permanecería en Newcastle y se dedicaría exclusivamente a la producción de un artículo que en la actualidad ocupaba el mismo lugar que el automóvil hacía treinta años. Una vez más había llegado el momento de recoger la cosecha que había sembrado y, contradiciendo la cita bíblica, esta vez la carrera sería de los veloces y la batalla de los más fuertes[45].

En la moderna patria de Robbie no era poco frecuente que un hombre fuera capaz de recaudar varios millones de dólares para una aventura empresarial y tuviera prisa por gastarlos. Había hombres que sabían diseñar plantas industriales y Robbie pasaba ahora día y noche en su compañía. Había expertos capaces de drenar pantanos y de construir dársenas y muelles; otros nivelaban terrenos y lo hacían a increíble velocidad. Robbie estaba firmando contratos con todos ellos y con otros que acudirían para rellenar cimientos con hormigón en cuanto el hielo del invierno liberase la tierra. Antes del verano, un bosque de vigas de acero se alzaría donde antes tan solo había marismas y pastos para el ganado. Este tipo de cosas eran habituales en la «tierra de las oportunidades».

Robbie dejó su trabajo en Budd Gunmakers y Johannes Robin regresó desde Sudamérica dispuesto a trabajar en las compras y en la redacción de contratos. La Firma R & R, que había comenzado como un chiste que a Lanny se le había ocurrido cuando era un muchacho, se había convertido finalmente en una realidad. Hansi y Bess estaban casados, Lanny había arriesgado su vida para salvar a Johannes y a Freddi y Robbie había ayudado a Johannes a volver a ponerse en pie. De modo que los lazos que los unían eran más fuertes que cualquier obligación legal que pudiera comprometerlos. El otrora millonario magnate judío confiaba sobradamente en su amigo, pues conocía su experiencia acumulada a lo largo de más de cuarenta años de carrera en los negocios y sabía que en ningún momento tendría que preocuparse por sus habilidades. Después de lo ocurrido no podía albergar la menor duda acerca de su generosidad y, más importante aún, ¡ahora que había escapado de las garras de los nazis podría respirar tranquilo!

Mamá y Rahel recogieron sus pertenencias y abandonaron Bienvenu tras escribir sendas cartas de agradecimiento a la señora Dingle, a Lanny y

también a Irma por su generosidad. Irma no le dijo nada a su marido, aunque este sabía que para ella era un alivio que se marcharan, pues ¿cómo podía nadie disfrutar de los placeres de la vida social en la atmósfera de miedo y tristeza que esa pobre gente judía generaba a su alrededor sin poder evitarlo? Irma se alegraba también por su hija ya que no quería que esos dos chiquillos se tomaran demasiado afecto el uno al otro. No deseaba encontrarse un día en la misma situación que Robbie Budd y su esposa, con un yerno de origen hebreo y la posibilidad de tener un nieto medio judío. Estaba bien tener amigos semitas pero la mezcla de sangres era algo completamente distinto.

VI

Justo después de las vacaciones, los Budd —o los Barnes, como preferían decir sus amigos— comenzaron a planear su regreso a la Riera para pasar el resto del invierno. Entretanto Lanny había encontrado compradores para dos de los cuadros de Goering y reflexionaba tratando de hallar la mejor manera de cerrar ambos tratos. Para Irma era muy simple, bastaba con enviarle el dinero y dejar que el orondo general enviara los cuadros directamente a sus compradores. Pero Lanny no estaba tan seguro.

—¿Cómo podría cerciorarme de lo que les envía?

—¿Quieres decir que crees que sería capaz de enviarles los cuadros equivocados deliberadamente?

Había una nota de indignación en el tono de voz de Irma, como si las clases pudientes de todo el mundo hubieran sido insultadas.

Lanny le explicó pacientemente que había mucha picaresca en el mundo del arte —no dijo en el mundo nazi.

—Hay tan buenas falsificaciones que la mayoría de las veces solo un experto es capaz de ver la diferencia. Alguien podría hacerlo incluso sin que Goering se diera cuenta. No estaría cumpliendo con mi deber a menos que supervisara personalmente cómo se envían los cuadros. De lo contrario, si el cliente tuviera alguna queja no podría defenderme y me vería obligado a devolverle el dinero y asumir las pérdidas.

—Esto se va a convertir en un verdadero incordio, Lanny… Tener que ir a Berlín cada poco.

—Dejaré que los clientes esperen hasta que mejore el tiempo —respondió él con una sonrisa.

Le habría gustado contarle a Trudi lo ocurrido durante la *séance*, pero más le preocupaba ser honesto con su mujer y evitar engañarla a menos que fuera estrictamente necesario.

Sin embargo, el día antes de que abandonaran Inglaterra llegó una carta que reunía todas las características que enseguida reconoció: el sello alemán, la caligrafía y el sobre de papel barato. Se la guardó en el bolsillo para leerla con el resto del correo cuando estuviera a solas. Decía así:

> Querido señor Budd:
>
> Si tuviera ocasión de ver a su amigo el señor Schmidt, el marchante de arte, dígale por favor que tengo algunos bocetos que me gustaría mostrarle. No son como los anteriores sino mucho mejores, espero, y están relacionados con destacadas personalidades. Es importante para mí.
>
> Gracias por sus antiguos favores,
>
> *Mueller*

Eso era todo. Más que suficiente en cualquier caso para que Lanny reconsiderase sus planes.

—Irma, he estado pensando en ello y creo que debo ir a Berlín para liquidar el asunto antes de que termine el invierno.

—¡Oh, señor, qué provocación! —exclamó ella—. ¿Por qué te empeñas de ese modo en convertirte en un esclavo?

—Solo me llevará un par de días y no será necesario que vengas. Espérame en París si lo prefieres.

París siempre era un lugar agradable para esperar. Se puede ir de tiendas —si uno tiene lo que hay que tener— y siempre hay obras de teatro a las que asistir y amigos elegantes con los que salir. La joven pareja disponía de dos coches con los que estaban a punto de regresar a la Riviera, de modo que decidieron que el chófer llevaría a Frances, a su gobernanta y a la doncella de vuelta a Bienvenu en uno de ellos. A Irma no le gustaba viajar con niños y evitaba hacerlo siempre que podía. Lanny llevaría a su esposa a París en el otro y desde allí continuaría solo hacia Berlín.

Sin embargo, aún había un punto que debían aclarar.

—Lanny, ¿de veras puedo fiarme de ti en Alemania?

—Cariño —dijo él sin perder la sonrisa—, ¿qué mejor aval puedo tener que el primer ministro del estado de Prusia?

—¡Ya sabes a qué me refiero! Volverás a las andadas con los amigos de Freddi y Hansi.

Después de pensar cuidadosamente lo que iba a decir, había memorizado unas cuantas frases de cara a la inevitable confrontación.

—Cariño, tengo importantes negocios que llevar a cabo y no voy a permitir que nada interfiera. Si llevo a buen puerto este trabajo, el viejo pirata posiblemente me encargue otros. No olvides que Alemania es un cofre del tesoro en lo que a obras de arte se refiere y en los Estados Unidos se frotarán las manos.

—Lanny, te aseguro que no podría volver a pasar por lo mismo de la última vez. Tengo que dejártelo claro. ¡No podría y no lo haré!

Él sabía que ella tenía todo el derecho a desfogarse una vez más. Es uno de los deberes de todo marido escuchar en silencio cómo les recuerdan sus pecados pasados y forma parte de su sabiduría el no discutir jamás ni cuestionar ninguna de tales afirmaciones —por imprecisas que puedan ser—, limitándose a musitar palabras tranquilizadoras y cuantas menos mejor, puesto que la Madre Naturaleza había decidido, al parecer, que las mujeres hablaran y los hombres escucharan.

—Sí, querida —repitió—. Tendré mucho cuidado y no me quedaré más tiempo del necesario.

VII

Irma estaba empeñada en que hiciera el trayecto en tren pero él adoraba conducir, incluso en el mes de enero. Nunca miraba el pronóstico meteorológico y a menos que hubiera una fuerte tormenta de nieve no pensaba detenerse. Solo necesitaría estar un día en Berlín y quería llevarse de allí personalmente las pinturas para embalarlas y enviarlas desde Francia, dado que no se fiaba de nadie en Nazilandia. Si algo le retrasaba la llamaría sin falta. Mientras tanto Irma estaría chismorreando con la *duchesse* de tal y de cual y de regreso a Bienvenu le entretendría contándole los últimos escándalos del *haut monde* parisino.

Viajó sin el menor incidente y una vez más tuvo ocasión de contemplar las chimeneas de la industria alemana que humeaban día y noche sin descanso. También a sus gentes pacientes que llevaban a cabo sin rechistar cuantas tareas les fueran encomendadas, ganándose así las simpatías de un

norteamericano que rara vez se veía obligado a hacer algo que no le gustara. Llegó tarde y pasó la noche en el Adlon. Por la mañana telefoneó al *oberleutenant*, una especie de secretario de alto *standing* con uniforme militar, con el que se citó en el palacio. Veinte meses antes ese edificio de mármol aún pertenecía a un *schieber* judío y al arropo de sus fastuosos muros Lanny e Irma habían comido y bebido deliciosamente. Ahora era la residencia de la dama favorita del orondo general, una estrella de los escenarios y de la gran pantalla. Lanny había decorado personalmente aquel lugar y esperaba que la escultural belleza rubia supiera apreciar lo que había hecho por ella.

Los dos cuadros, *La cabeza de san Juan*, un fragmento de una obra más grande de Tiepolo, y *Vista del Támesis y el Parlamento* de Monet —curioso contraste entre lo viejo y lo nuevo—, habían sido retirados de la pared y preparados para su llegada. El experto los examinó para asegurarse de que eran los que quería, después le entregó un talón bancario al *oberleutenant y se* hizo cargo de los documentos de venta que ya habían sido firmados por el pagador oficial del *minister-präsident*. Lanny envolvió las preciosas pinturas en dos paños de hule que había llevado consigo especialmente con ese propósito y dos lacayos de uniforme las transportaron hasta su coche. «Puede enseñar estos documentos en la frontera», dijo el oficial, «y si ponen alguna objeción dígales que me llamen a mí». Lanny le dio las gracias, le preguntó por su familia y respondió a las preguntas que este le hizo acerca de la suya. Después ambos sonrieron, hicieron sendas reverencias, se estrecharon la mano y se despidieron como los mejores amigos.

VIII

Lanny se dispuso a regresar a París pero antes tomó un desvío en su ruta que no aparecía en las guías para turistas y, después de realizar varios giros inesperados entre edificios cada vez más decrépitos a medida que se alejaba del centro de la capital, llegó nuevamente al distrito de Moabit exactamente al mediodía. Al doblar cierta esquina vio a una joven de abrigo marrón que llevaba un cartapacio para bocetos bajo el brazo izquierdo. Continuó a poca velocidad hasta haberla dejado atrás y detuvo el coche igual que había hecho la

última vez. Ella subió al vehículo sin decir palabra y se marcharon juntos, pero no a París.

Lanny miró por el espejo retrovisor mientras Trudi se agachó en su asiento tratando de no llamar la atención y volvió el rostro hacia él para que los transeúntes no pudieran verla.

—¡Lanny —exclamó la joven—, eres tan amable tomándote todas estas molestias!

—Vengo con los gastos pagados —respondió él afablemente—. Tengo dos cuadros en el asiento trasero por los que acabo de pagarle a vuestro *air kommandant* la suma de cuarenta mil marcos, lo que significa que dispongo de cuatrocientos para vosotros si los necesitáis.

—He usado casi todo lo que me diste la última vez, y con un buen propósito.

—OK. ¿Por eso me escribiste?

—No, se trata de algo mucho más importante. ¿Estás seguro de que no nos siguen?

—Volveré a desviarme —respondió él.

El coche callejeó sin rumbo aparente por el distrito de clase obrera de la Hauptstadt.

—¡Despejado! —dijo el norteamericano—. ¡Dispara!

—Tengo algunos documentos confidenciales que he pensado que podrían serte útiles. Son copias fotostáticas de informes enviados a la oficina de Goering que demuestran la producción de aviones militares, una flagrante violación del Tratado de Versalles. Quizá no sepas que en Alemania se están fabricando aviones de transporte de uso no militar, mientras en Suecia fabrican para nuestro Gobierno los mismos modelos pero provistos de armamento. Llevan los mismos números de serie pero los acorazados incluyen la inicial K, es decir, *Krieg*[46]. Con estos documentos puedes demostrar que Goering pronto tendrá más aviones que Francia y Gran Bretaña juntas.

—¡Santo cielo! —exclamó el experto en arte—. ¿Cómo conseguís ese tipo de cosas?

—No puedes hacerme ese tipo de preguntas. Baste decir que aún no han muerto todos nuestros amigos ni están encerrados en campos de concentración. Antiguos miembros del partido acuden a nosotros y algunos de ellos visten ahora el uniforme nazi a modo de camuflaje.

—Eso es muy arriesgado, Trudi.

—Arriesgan sus vidas y también lo hacemos nosotros. Si nos ayudas o no, será tu decisión.

—¿Qué quieres que haga con estos documentos?

—Es un campo que me resulta por completo desconocido. He supuesto que la información sería de interés para las autoridades militares de Francia y Gran Bretaña.

—Cualquiera habría pensado lo mismo. Aunque si te dijera que es posible que no hagan nada al respecto apuesto a que te sorprenderías. Sin embargo, conozco a algunos de ellos y creen exclusivamente lo que quieren creer.

—¿Incluso si les entregas esos documentos?

—Querrán saber cómo los he conseguido y me temo que, a menos que se lo diga, dudarán de su autenticidad. Los departamentos de inteligencia acostumbran a falsificar todo tipo de informes para su propio beneficio y naturalmente están seguros de que los demás hacen lo mismo. No pueden permitirse confiar en la resistencia antinazi porque tienen el mismo tipo de gente en su propio país y los temen mucho más que a Hitler y a Goering.

—Todavía no te lo he contado todo —dijo Trudi—. Tengo copias fotostáticas de informes de inteligencia de la *Wehrmacht*, enviados por agentes activos en París y Londres, en los que aportan datos sobre la localización de objetivos militares como depósitos de combustible, tanques de gas, arsenales y otros objetivos de posibles bombardeos.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó el norteamericano.

—Es evidente que son el resultado de investigaciones llevadas a cabo por expertos topógrafos, pues detallan ubicaciones precisas de objetivos importantes mediante coordenadas, longitud, latitud, ese tipo de cosas.

—¿Están en clave?

—Están compuestos íntegramente por nombres de lugares, distancias y direcciones. Están abreviados y para los nombres de lugares utilizan solamente las iniciales. La persona que nos los entregó añadió anotaciones que los aclaran bastante. Ciento cuarenta y siete metros al norte de tal y cual estación del Metro de París está situado un depósito de combustible; a tantos pies en dirección suroeste de la entrada sur del puente de Waterloo hay un almacén repleto de explosivos. Cosas por el estilo. ¿No crees que algo así puede interesar a las autoridades inglesas?

—No me cabe la menor duda de que los estudiarán con sumo interés —respondió Lanny—, y por supuesto los comprobarán cuidadosamente. Sin embargo, ¿tomarán alguna medida útil al respecto? Deberías oír hablar a mi padre sobre los mandamases del Ejército británico, su estupidez y su absoluta e infinita autocomplacencia. No es digno de ellos preocuparse o incluso tomar

precauciones por nada. Son tan orgullosos y están tan seguros de sí mismos como su peñón de Gibraltar.

IX

Lanny se llevó a su amiga a dar un largo paseo en coche para discutir la difícil situación desde todos los ángulos posibles. Finalmente decidieron que los documentos debían ser publicados en algún periódico. Los mandamases sin duda llegarían a leerlos y el clamor público los obligaría a actuar, si es que tal cosa era posible.

Trudi solo tenía una objeción.

—Será muy peligroso para la persona que nos los dio.

—¿Acaso imaginabas que podía entregar documentos robados a las autoridades militares francesas y a las británicas sin que Goering se enterara en cuestión de días? Del mismo modo que vosotros tenéis espías en sus despachos, también ellos cuentan con eficientísimos agentes en los cuarteles generales de cada ejército y cada armada del mundo.

—Supongo que sí —admitió la mujer—. Quizá tengamos que sacar a nuestro amigo del país.

—Déjame sugerirte algo que se me ocurrió mientras intentaba averiguar el modo de ayudar a Freddi. Idear un plan para suscitar las sospechas de algún oficial nazi. Servirá para confundirlos y conseguir que se den por vencidos —y al ver que ella no respondía, añadió—: Dime una cosa, ¿crees que tienes derecho a publicar esos documentos?

—Me dijeron que hiciera con ellos lo que estimara más oportuno.

—Muy bien. Me los llevaré bajo esa premisa.

—¿Grees que podrás sacarlos del país sin problemas?

—Estoy en situación de poder hacerlo. No hace falta entrar en detalles.

—Debes tener mucho cuidado para no dejar ningún rastro que pueda conducirles hasta ti, pues seguramente la Gestapo pondrá en juego todos sus recursos y si te descubren no podrás regresar.

—Lo comprendo y creo que sé el modo de hacerlo —ella misma le había dicho que evitara hacer preguntas y ahora él le demostró que había aprendido la lección—. No era esto lo que esperaba, pero es evidente que se trata de algo

muy importante y puedes tener la seguridad de que haré todo lo que pueda por llevarlo a buen puerto. Si fracaso no será por falta de haberlo intentado.

X

Solventado ese asunto él le habló acerca de una mujer entrada en carnes, viuda de un mayordomo empleado en la casa de un comerciante de Varsovia. Trudi conocía el interés de Lanny por el espiritismo. Había suscitado muchos comentarios sobre la adinerada pareja en su círculo de amigos y le había costado gran parte del respeto que los camaradas podrían haber sentido por él.

—Nunca le he dado importancia a ese tipo de cosas, Lanny —dijo ella, poniendo cuidado en no ofenderle.

—Lo sé, pero esta vez será distinto. La pasada semana participé en una sesión con la esperanza de encontrar a Freddi, pero en vez de eso me habló una voz que decía ser Ludi.

—*Ach, Gott!* —él sintió cómo ella se estremecía—. ¿De veras te pareció su voz?

—No especialmente, pero por lo general es así. Lo que hice fue pedirle una especie de contraseña, algo para que tuvieras la seguridad de que era él.

—¿Y te la dio?

—Me sugirió que te dijera: «Chin-Chin».

Ella se incorporó en el asiento, olvidándose del tráfico y de la posibilidad de que pudieran verla.

—¡Oh, Lanny, eso es asombroso!

—¿Significa algo para ti?

—Era el pequeño skye terrier que teníamos.

—¿Solía ladrar muy excitado? ¿Ladridos cortos y rápidos que harían pensar que estaba algo chiflado?

—¿Dijo eso Ludi?

—Lo hizo. Al menos hubo muchos ladridos y cuando le pregunté si era un perro, él dijo: «Era yo».

La mujer permaneció inmóvil en su asiento apretando las manos hasta que sus nudillos se pusieron blancos.

—¡Lanny, esto me ha dejado sin aliento! Ludi solía jugar con el perro. Se ponía a cuatro patas y le ladraba. Entonces el perro le devolvía los ladridos y llegaba un momento que no se sabía quién era quién. Yo pasaba mucho miedo porque el perro se ponía muy excitado y temía que le mordiera la nariz a Ludi.

—Ludi dijo otra cosa: «La gente hace tonterías cuando es joven y alegre y está muy enamorada».

La mujer enterró la cabeza en las manos y comenzó a llorar en silencio. Aquello era demasiado para asimilarlo de una sola vez. El hecho de que Ludi estuviera muerto, ¡y también vivo! Pero, ¿era él? De repente volvieron a asediarla todas las dudas que atormentan a la gente que aún considera la posibilidad de que un ser querido siga vivo, especialmente a aquellas que han cimentado su fe en el dogma de la interpretación materialista, ¡y no simplemente en la historia sino también en la psicología y en las demás disciplinas disponibles en la tierra, bajo ella o por encima de ella!

La joven comenzó a tartamudear haciéndole preguntas sin dejar de llorar. ¿De veras él creía que se trataba de Ludi? ¿Qué más había dicho? ¿Le contó lo que le había ocurrido después de que los soldados se lo llevaran? ¿Y qué le sucedía ahora? Estaba avergonzada de sus lágrimas porque tenía la seguridad de que todo aquello era absurdo, aunque el mero hecho de pensar en ello era más de lo que podía soportar. Era la más extraña paradoja imaginable: ¡no podía creer que Ludi estuviera muerto a menos que antes aceptara que estaba vivo, y no podía creer que de algún modo seguía vivo si no asumía primero que había muerto! ¿Y qué era mejor? ¿Que hubiera muerto en este mundo y siguiera vivo en el otro o que estuviera vivo a su lado pero con la certeza de que pronto lo perdería para siempre? ¿Qué era más valioso para ella? ¿El amor por su marido o el amor por las doctrinas marxistas?

Lanny no podía resolver por ella aquellos problemas. Solo podía contarle lo sucedido y repetir cada palabra que se había dicho. En esos momentos habían llegado a la campiña cubierta por un manto blanco y él detuvo el coche al borde de la carretera y consultó su cuaderno para verificar algunos detalles. Entonces ella quiso conocer la historia de *Madame* desde el principio y que le hablara de esos fenómenos extraños que tan ridículos y aburridos le habían resultado hacía dos o tres años. Sájarov y su duquesa, *lady* Caillard y su marido —«¡Vinnie, Birdie y un Beso!»—, y después Johannes y su tío Nahum y todas las demás siniestras figuras que habían atormentado a *Madame* a lo largo de su vida como una bandada de murciélagos que vuelan en el crepúsculo y pasan aleteando ante una fuente de luz antes de volver a desaparecer en la oscuridad.

—¡Lanny, tengo que conocer a esa mujer!

—La hemos traído a Berlín en más de una ocasión y sería posible hacerlo de nuevo. Entretanto hay otra cosa que podrías hacer.

Le contó cómo él y su mujer habían visitado a dos médiums al mismo tiempo en Berlín obteniendo lo que se conoce como una «correspondencia cruzada», es decir, dos partes separadas de un mismo mensaje que encajan. En este caso un versículo de la Biblia. Una de las mujeres era elegante y sus tarifas muy altas, pero la otra era pobre y poco conocida. Lanny consultó su cuaderno de notas y escribió el nombre y la dirección para Trudi.

—No hables más de lo estrictamente necesario —le aconsejó—. Si te lo pregunta dale un nombre falso. Págale cinco marcos o lo que pida y limítate a permanecer sentada escuchando sus indicaciones.

Pero la conciencia marxista de Trudi empezó a atormentarla.

—¡Lanny, me parece vergonzoso gastar dinero en estas cosas cuando la causa está tan necesitada!

—Estoy muy interesado en este asunto —respondió el joven plutócrata con una sonrisa—. Considéralo obligatorio, ¡igual que beber un litro de leche al día! Por cierto, veo que has seguido mi consejo. Puedo verlo en tu cara.

XI

Lanny le entregó a su amiga el dinero que llevaba y después la dejó en las inmediaciones de una estación de metro, desde donde podría regresar a su casa. Después se dirigió al oeste y cuando de nuevo llegó a la campiña detuvo el coche y abrió los documentos que Trudi le había entregado, una carga mucho más peligrosa que un cargamento de nitroglicerina. Con las herramientas que llevaba en el coche retiró la cubierta trasera del marco del cuadro y extendió los documentos sobre la parte posterior del lienzo antes de volver a grapar la cubierta. No era un trabajo perfecto pero contaba con que el valioso documento de venta con el membrete de la oficina del *minister-präsident* de Prusia y los sellos oficiales fuera más que suficiente para impresionar a cualquier funcionario alemán.

No se dirigía a París sino a Ámsterdam, una civilizada y tranquila capital situada a una más que prudencial distancia de Nazilandia. Mientras conducía trató de imaginar todos los posibles contratiempos que podían sorprenderle en

la frontera y reflexionó acerca de lo que podía hacer y decir para salir airoso. Ese tipo de pensamientos no eran bajo ningún concepto los mejores compañeros de viaje en un frío día de enero en el que la nieve exigía la máxima concentración al conducir. Decidió que lo mejor sería adoptar una actitud altiva y confiar en que su lujoso coche, su impecable ropa y, sobre todo, el divino documento bastarían para alejar cualquier sospecha o suspicacia por parte de los agentes del puesto fronterizo. De ningún modo iba a permitir que nadie tocara las preciosas pinturas con sus manos profanas. Si era necesario montaría una escena y amenazaría a los agentes con denunciar su actitud ante el general si se atrevían a desafiar sus órdenes explícitas. Exhortaría a la persona en cuestión a telefonear de inmediato al asistente personal del *minister-präsident* y, en caso de que se negara, Lanny insistiría en esperar hasta tener la oportunidad de hacerlo él en persona.

No obstante a la hora de la verdad nada de eso fue necesario. Semejantes contingencias son del todo imposibles bajo el *deutsche Zucht und Ordnung*[47]. El elegante coche se detuvo ante la barrera pintada que bloqueaba la autopista y el conductor bajó del vehículo para atender las exigencias de los agentes que ya salían de la cabina. Había oscurecido y seguía nevando y unas tenues sombras se proyectaron en el suelo a causa de los haces de luz de las linternas. El recién llegado extendió el brazo derecho enérgicamente y dijo: «*Heil Hitler!*». Ellos respondieron, pues era algo obligatorio, un gesto casi automático. Bajó el brazo y en su mejor alemán anunció: «Soy experto en arte» —afortunadamente, los alemanes tienen una palabra mucho más larga e impresionante, *kunstsachverständiger*, literalmente, «estudioso de obras de arte»—. Y continuó: «He viajado hasta Berlín a petición del *minister-präsident general* Goering para adquirir dos pinturas de su colección personal que ahora están en mi coche. El *oberleutenant* Furtwaengler, asistente personal del *minister-präsident*, me dio instrucciones explícitas para que les mostrara el documento de venta de dichas obras como prueba de que el asunto ha sido llevado a cabo con su conocimiento y de acuerdo a las ordenanzas» —*befehlmässig*, otro impresionante vocablo—. «Aquí tienen mi pasaporte y mi permiso de salida debidamente firmado también por la oficina del *minister-präsident*».

—*Sehr wohl*[48], mein *Herr*.

Estaban entusiasmados. No les había ocurrido nada tan entretenido en semanas.

—*Will der Herr nicht hinein komment*![49]

—Esperaré y aprovecharé para estirar las piernas —dijo Lanny—. *Heil Hitler!*

—*Heil Hitler! Heil Hitler!*

Ni siquiera le preguntaron si pensaba sacar dinero del país o alguna otra cosa que estuviera *verboten*, prohibida. Ambos se apresuraron a entrar en la cabina e inspeccionaron y sellaron los documentos con una celeridad nunca vista. Otros agentes se asomaron entonces para contemplar el maravilloso coche y echarle un vistazo al elegante caballero que escasas horas antes había tenido el privilegio de reunirse con la divinidad. No con Shaddai, el Terrible, sino el Odin teutónico, el dios furioso. Le devolvieron los documentos con una reverencia y Lanny se los guardó de nuevo en el bolsillo interior de la chaqueta con pausada dignidad. Subió al coche, levantaron la barrera para dejarle pasar y se adentró en el *Koningrijk der Nederlanden*[50].

XII

Desde una confortable habitación del Hotel Amstel Lanny llamó a medianoche a Eric Vivían Pomeroy-Nielson a su residencia en Los Cauces. Al fin se sentía a salvo. Si la Gestapo no había tenido interés en seguirle mientras estaba en Berlín tampoco iba a hacerlo ahora.

—Perdóname por despertarte a estas horas —dijo—. Estoy en Ámsterdam en viaje de negocios mientras Irma me espera en París. Necesito tu consejo en cierto asunto. ¿Podríais Nina y tú coger el ferri en Harwich mañana por la noche? Yo os esperaré en Hoek van Holland por la mañana para llevaros a París. ¡Nos lo pasaremos bien!

—¡El diablo me lleve, claro que sí! —exclamó el hijo del barón—. No puedo explicártelo pero es importante. Lo comprenderás cuando nos veamos. No le cuentes nada a Nina, dile simplemente que se trata de unas vacaciones y que yo correré con los gastos. Créeme, me compensará. Si ella no puede venir que alguien te lleve en coche hasta Harwich y déjame a mí pagar los costes.

—¡Debes de haber vendido unos cuadros de aúpa, viejo amigo! ¡Dalo por hecho!

Lanny llamó a su mujer y cuando le contó sus planes ella respondió: «¡Oh, genial!», y no se sorprendió en absoluto, pues cierta gente salta continuamente

de un lado a otro en busca de placer. Ella acababa de regresar de un evento teatral con Denis de Bruyne y Lanny le dijo: «Furtwaengler te envía su amor. Creo que has hecho una conquista», y se rio pensando en la *moue*[51] que estaría haciendo en ese momento, pues para ella el joven oficial nazi era lo que los alemanes llamaban un *emporkömmling*, un «pequeño arribista».

Lanny hizo que subieran los dos cuadros a su habitación, retiró la cubierta trasera de uno de ellos y dedicó buena parte de la noche a estudiar las fotografías, veinticuatro imágenes cuidadosamente seleccionadas. «Si esto no hace reaccionar a los británicos y a los franceses», pensó, «tendrán más que merecido lo que se les venga encima». Pensó en la fábrica de aviones que su padre estaba diseñando y sintió el repentino impulso de ir a ayudarle. Pero no, era mucho mejor lo que estaba haciendo: ¡fijar la hora de un enorme reloj despertador para que sonara bien alto!

Durmió encima de los documentos y por la mañana le pidió prestados aguja e hilo a una camarera del hotel, ¡y tuvo que dedicar un buen rato a convencerla de que no era necesario que hiciera el trabajo por él! Cosió los documentos en varios lugares del forro de su chaqueta —que al concluir la tarea más bien parecía una prenda acolchada— y llamó al servicio de habitaciones para que se llevaran los cuadros al sótano del hotel e indicó que fueran embalados por separado. Después él mismo los llevó a la oficina de correos exprés y los envió, una vez cumplimentado debidamente el seguro. A continuación salió a pasear por la hermosa ciudad de helados canales y árboles cubiertos por la nieve.

En el Ryksmuseum, las amables autoridades habían tenido a bien instalar confortables bancos lujosamente forrados y perfectos para que un experto en arte pudiera sentarse durante horas a estudiar los detalles más exquisitos de aquel pequeño mundo de obras maestras. La vida no había tratado demasiado bien al creador de esas maravillas y el artista había terminado sus días arruinado y malviviendo en la más completa miseria. Ahora, sin embargo, su talento era alabado como se merecía y sus mejores trabajos estaban expuestos de forma individual en amplias salas exclusivas perfectamente iluminadas. Inmerso en tan reverente silencio, Lanny aprovechó la ocasión para perderse en una época desaparecida hacía trescientos años e imaginó que conversaba con los cinco síndicos, pertenecientes a la Compañía de Pañeros. Dicha sociedad elaboraba excelentes telas que sus sastres utilizaban para confeccionar los más exquisitos ropajes. Los cinco caballeros habían escogido sus mejores galas para ser retratados y sus esposas se habían encargado de que llevaran los complementos adecuados mientras un excéntrico genio llamado Rembrandt

van Rijn inmortalizaba sus gestos y figuras. Desde el cuadro, sus miradas observaban ahora a Lanny con tal intensidad que se diría que estaban a punto de hablarle, y él no tuvo la menor duda de que habrían sido capaces de mantener una interesante conversación, pues era obvio que se trataba de caballeros cultivados que sabían cómo hacer un buen uso de su fortuna y cuyos conocimientos no se limitarían únicamente a las calidades y precios de las telas con que trabajaban.

En una sala adyacente y mucho mayor, el visitante tuvo ocasión de reencontrarse con un viejo conocido, un enorme lienzo que cubría toda una pared. Era el cuadro titulado *La guardia*, más conocido como *La ronda nocturna*, a pesar de que el espectador tiene la sensación de que la luz del sol se derrama sobre las vestiduras de algunos de los vigilantes. Se trataba de la obra que había arruinado al pobre Rembrandt, pues los caballeros que la habían encargado deseaban un retrato de galería en el que ninguno de los rostros destacara por encima de los demás y el atrevido artista había osado componer una gran escena. Los protagonistas marchaban en comitiva para repeler a las tropas invasoras y a Lanny le costaba concentrarse en los detalles de la obra, pues no podía dejar de pensar en la desvalida posición de un pequeño y civilizado país situado junto a otro enorme y poderoso que en la actualidad se veía arrastrado irremisiblemente hacia la barbarie. Sintió el deseo de ponerse a gritarles a todos aquellos corteses y amigables holandeses que pululaban por el museo: «No bajéis la guardia, vigilad de noche y vigilad también de día, ¡pues los nazis están haciendo inventario de vuestros objetivos militares más importantes! No prestéis atención a sus espléndidos uniformes y tantos otros detalles porque quizá pronto tengáis que escarbar en vuestro sempiterno barro para esconderos de las granadas y las bombas y de los gases venenosos».

XIII

Nina y Rick llegaron según lo previsto. Lanny los recogió y condujo de camino a París, donde llegaron a la hora de comer. Las dos damas se fueron a la habitación de Irma a hablar de sus cosas mientras Lanny y su camarada se encerraban en el suyo para que el anfitrión pudiera enseñarle lo que escondía en el forro de su chaqueta.

—Es terrible, Lanny —dijo Rick en cuanto se recuperó de la sorpresa—, aunque dudo que los británicos vayan a hacer nada al respecto, pues nuestra clase gobernante aún no ha sido capaz de decidir si Hitler es bueno o malo. En otras palabras, si pretende marchar hacia el este o hacia el oeste.

—¡Dios santo! —exclamó el norteamericano—. Si pretende ir hacia el este ¿para qué necesita elaborar planos detallados de los arsenales de Londres y París?

—Oh, en fin, todos intentan obtener ese tipo de información. Es decir, los que no son demasiado indolentes para hacerlo, como creo que es nuestro caso hasta el momento.

Rick estaba de acuerdo en que el único modo en que los documentos les abrirían los ojos era ponerlos antes en manos de la opinión pública. Un periodista experimentado no necesitaba que nadie le explicara el efecto explosivo que algo así tendría y el inglés se ofreció a llevar los informes personalmente a un periódico liberal cuyo editor estaría dispuesto a darle una total cobertura al asunto y a publicitario cuantas veces fuera necesario. Lanny, sin embargo, no estaba tan seguro de que semejante proceder fuera el correcto.

—Tú has colaborado con esa publicación por lo que serías una de las primeras personas que los nazis investigarían. Descubrirán que has estado en Ámsterdam justo después de que yo abandonara Alemania y no les costaría incluso descubrir que nos hemos alojado al mismo tiempo en este hotel.

—¡Vaya! —exclamó el inglés.

—He estado pensando mucho en ese asunto y es sumamente complicado. Como puedes imaginar Goering no escatimará esfuerzos ni recursos a la hora de aclarar lo ocurrido y pondrá en estado de alerta a toda la Gestapo. Si consigue relacionarme con esto, la próxima vez que vaya a Alemania me pondrá bajo estricta vigilancia y conseguirá atrapar a cualquier camarada que se acerque a mí.

—No te falta razón, amigo.

—Estos documentos han de ser publicados por algún periódico con el que nunca hayamos tenido relación, un periódico sin tendencias izquierdistas si queremos que Goering decida responsabilizar a espías de cualquier gobierno respetable.

—Eso hará falta pensarlo —dijo Rick—. De los dos que tengo en mente, uno se ha ido posicionando del lado de los partidarios de Hitler y el otro es prácticamente un órgano del aparato fascista.

Siguió analizando el resto de posibles publicaciones hasta decidirse por una que en su opinión era completamente reaccionaria y se había manifestado

a favor del rearme del país con el fin de preservar la seguridad del Imperio Británico.

—No me gusta la idea de promover su circulación pero en este caso me parece inevitable. ¡De un modo u otro Hitler terminará por encontrar insólitos compañeros de cama en todas las naciones que le rodean!

—No puedes ser tú quien entregue los documentos. Tendrá que hacerlo alguien que jure solemnemente no revelar dónde los consiguió.

También eso sería complicado. Hablaron acerca de varios personajes públicos a los que conocían, personalmente o por su reputación, tratando de encontrar a alguien honesto, lo suficiente al menos como para pensar en Gran Bretaña antes que en sus intereses personales. Al final Rick se decidió por un miembro del Parlamento a quien «Padre» conocía ligeramente, uno de esos caballeros ingleses capaces de aunar la piedad propia de la Iglesia anglicana con los ideales políticos de la clase capitalista y la construcción de acorazados cada vez mejores y más grandes. Rick trataría de concertar una entrevista en privado con el procer, avalaría personalmente la autenticidad de los documentos y le pediría que se los entregara al director del periódico sin revelar el menor indicio acerca de cómo habían llegado a Inglaterra.

—Por cierto —dijo Lanny—, Irma no debe saber nada de esto y lo ideal sería que tampoco le dijeras nada a Nina.

—Mejor aún —respondió su amigo, mirándole directamente a los ojos—, ninguno de los dos dirá una palabra sobre esto… jamás. ¡Dame la mano y sellemos el pacto!

8
NEGRAS TORMENTAS AGITAN LOS AIRES

I

En la finca de Bienvenu había tres confortables alojamientos: la Villa, el Albergue y la Casita. Siendo la primera el hogar de los Dingle, la segunda la de Lanny e Irma y la tercera la que solían ocupar Nina y Rick y los demás amigos mientras estaban de visita. También había dos pequeñas edificaciones que se utilizaban como estudios, una de ellas construida para Marcel y la otra para Kurt en los viejos tiempos. El estudio de Marcel había sido ocupado por Lanny tras la muerte del pintor y allí estaban su piano, su música y sus libros; mientras que el otro era utilizado por Hansi y Bess cada vez que venían y, por extensión, por cualquier aporreador de instrumentos o personaje excéntrico al que la familia creyera conveniente segregar durante sus estancias en Bienvenu. Lanny siempre terminaba por encontrarse con alguien que afirmaba tener talento e Irma había oído en numerosas ocasiones que resultaba distinguido rodearse de ese tipo de personas, siempre y cuando no resultaran ser también comunistas o socialistas que casi siempre llegaban acompañados de indeseables. Puesto que Lanny estaba decidido a no disgustar no solo a su esposa sino tampoco al orondo general nazi y a su policía secreta, comenzó a reunirse con sus amigos extremistas en un oscuro garito de la ciudad de Cannes.

Bienvenu era un lugar extremadamente humilde según los estándares de la familia Barnes, pero Irma lo soportaba por amor y también por el excelente clima de la región. El principal problema era que allí no había oportunidad de organizar entretenimientos a una escala que la acaudalada heredera considerase adecuada, y los eventos al aire libre siempre estaban a merced de los elementos. El problema, no obstante, había quedado resuelto gracias a una

alianza con Emily Chattersworth, que disponía de dos hermosos salones lo bastante grandes como para organizar bailes en Sept Chênes, su casa de la Riviera. Emily ya no estaba en condiciones de organizar ese tipo de eventos pero tampoco podía soportar la idea de no ver a sus amigos ni era capaz de resignarse a ignorar a las celebridades que pasaban por la Riviera. De modo que Irma tomó las riendas y representó gustosa el papel de anfitriona, con la anciana dama como consejera. Tras algún que otro desencuentro con la anciana, Irma se había ganado el derecho a pagar por el «talento» y también por la comida y la bebida. La plantilla de criados bien entrenados de Emily se ocupaba de todo lo demás y la hija del rey de los servicios públicos se dedicaba a observar para aprender hasta el último detalle de los sutiles deberes de una *salonniére*. Esa era la carrera que ella había escogido y la experiencia le sería igualmente útil tanto en París, como en Londres o en Nueva York.

De modo que la temporada transcurría de forma bastante placentera. Los turistas regresaban a la Riviera para lucir sus vestidos y sus joyas. La prosperidad parecía revivir tras el largo periodo de sequía financiera. Franklin D. Roosevelt era presidente desde hacía dos años y, a pesar de que la Corte Suprema de los Estados Unidos había echado por tierra algunos de sus planes, la gente volvía a gastar dinero, incluso aquellos que solían criticarle. El sistema permitía que la gente viviera una vida más digna y, después de lo que habían pasado, eso parecía suficiente. Las masas obtenían dinero del Gobierno para gastarlo en comida y en tiendas de ropa y estas a su vez compraban más productos a los mayoristas y estos a los fabricantes. Y así hasta el final de la cadena, de tal manera que los bonos que Irma poseía resultaban cada vez más atractivos y sus acciones volvían a rendir beneficios. Cada trimestre sus ingresos eran un poco mayores y todo ello reforzaba su convicción de que el dinero está para gastarlo.

La gente acudía a su llamada ansiosa por ayudarla a gastarlo y ella se mostraba generosa porque era lo más sencillo. No quería caras largas ni sombrías a su alrededor e ingresaba dinero regularmente en la cuenta de Beauty y también en la de Lanny, y si le parecía que intentaban ahorrar les decía: «¿En qué estáis pensando?». Vivir cerca de la hija de J. Paramount Barnes era como viajar a bordo de uno de esos antiguos clíper completamente equipados que navegaban por el océano con todas las velas desplegadas, aprovechando el viento favorable que hincha las blancas lonas y hace crujir sus elegantes mástiles.

II

El plebiscito del Sarre tuvo lugar en enero y el resultado fue que en una proporción de nueve contra uno los votantes decidieron volvera formar parte de Alemania. El distrito siempre había sido alemán, por lo que sin duda la población habría votado lo mismo sin necesidad de la colosal campaña propagandística llevada a cabo por los nazis. Pero los nazis adoraban ese tipo de campañas, eran su razón de ser, y además les serviría como ensayo de cara a todas las que iban a tener lugar a lo largo de sus fronteras. Incluían no solo discursos, música y desfiles sino también boicots a los comerciantes y violentas redadas para aterrorizar a sus oponentes, llevadas a cabo por los camisas pardas del Frente Alemán armados hasta los dientes con pistolas, puñales y pesadas porras de goma.

En cuanto los resultados de las elecciones fueron anunciados los nazis se dispusieron a afilar sus «cuchillos largos», por lo que la mayor parte de los habitantes de origen francés recogieron todas las pertenencias que fueron capaces de cargar y salieron por pies. Muchos llegaron hasta la Riviera, pues el clima era más cálido y se trataba por tanto de un lugar más agradable para morirse de hambre. Muchos eran de tendencias izquierdistas y antes de que el hambre hiciera mella en ellos oyeron hablar de una extraordinaria familia norteamericana cuyo hijo y heredero tenía buen corazón y nadaba literalmente en dinero, puesto que estaba casado con una de las más ricas herederas del mundo. Así empezaron a llegar innumerables cartas a Bienvenu, muchas de ellas capaces de romperle el corazón al lector más insensible. Decenas de desconocidos se acercaban a las puertas de la villa y cuando alguien les decía que el joven señor no estaba en casa se daban media vuelta y empezaban a rumiar alguna otra manera de dar con él.

La situación dio lugar a la creación de una especie de servicio secreto *amateur* que seguía los pasos de la familia Budd, de tal modo que socialistas y comunistas siempre sabían dónde encontrarlos. La madre era una mariposa un poco boba mientras que la esposa era una reaccionaria con opiniones que rayaban el fascismo. Las dos protegían el castillo como una pareja de dragones y habían dado órdenes estrictas a los criados de no permitir que ningún desconocido atravesara las puertas de la residencia. Por eso el momento idóneo para atrapar a Lanny era cada vez que se iba al pueblo. Entonces, aquellos que le abordaban y eran capaces de soltarle su dramática historia casi nunca recibían un no por respuesta. Otro modo de contactar con él era a

través de Raúl Palma, el director de l'École des Travailleurs du Midi. De ahí que el número de afiliados y alumnos del liceo hubiera crecido repentinamente y algunos incluso pidieran empleo allí como profesores aunque el salario fuera bajo. Lanny le daba dinero a su amigo español pero siempre con una condición: «Hazme el favor de fingir que conseguiste el dinero en otro sitio».

III

Pronto llegó una carta de Rick que decía: «Me he reunido con un caballero que espero se interese por tus pinturas y creo que el trato puede salir adelante». Y poco después una segunda nota: «El trato se ha cerrado y creo que estarás satisfecho con el resultado». Aproximadamente una semana más tarde los documentos fueron publicados por entregas durante varios días consecutivos y causaron un tremendo revuelo. El hijo del barón escribió sobre la noticia para la publicación con la que solía colaborar, igual que lo habría hecho de no haber sabido nada sobre el asunto con anticipación. Hubo diversas intervenciones al respecto en el Parlamento y varias respuestas más bien vagas por parte de las autoridades para dar a entender que no pretendían ignorar el asunto. En el Gobierno británico siempre había lugar para la pluralidad, aunque sus representantes también sabían mostrarse dignos e imperturbables cuando la ocasión lo requería. Los políticos y altos cargos del Estado empezaban a utilizar un nuevo término para referirse a aquellos que rehusaban criticar a los nazis. Los llamaban «conciliadores», y los nazis pronto los identificaron para intentar sacar provecho de su posición. Jesse Blackless le había dicho a su sobrino en una ocasión que, curiosamente, a todos aquellos que por norma temían disgustar a los nazis no les importaba lo más mínimo soliviantar a los soviéticos.

Lanny compró varias copias de los periódicos londinenses y le envió diversos recortes a su padre. «Esto parece auténtico», le escribió, «y debería servir para aumentar las ventas de tus productos en cuanto estén listos». La respuesta de Robbie no se hizo esperar: «¡Esto es material sensible y si pudiera creerlo enviaría a Johannes a Londres ahora mismo! Mantenme al día con cualquier novedad. ¡Y pregúntale a tu amigo el gordo la próxima vez que le veas!».

Ramsay MacDonald, que seguía aferrándose al cargo de primer ministro, pronunció un discurso crítico con el supuesto rearme de Alemania. Ramsay pronunciaba discursos sobre todo tipo de problemas y parecía dar por sentado que eso era suficiente para hacerlos desaparecer. Hitler le respondió con otro discurso declarando una vez más las pacíficas intenciones de su Gobierno, y los conciliadores aprovecharon la ocasión para saltar de nuevo a la palestra diciendo:

«¡Ya lo ven, Hitler no es más que una víctima de las malas lenguas!». Wickthorpe le dijo a Rick que Downing Street —la sede del Ministerio de Asuntos Exteriores— había exigido explicaciones a la Wilhelmstrasse, y estos a su vez habían respondido denunciando que tales documentos eran un fraude. Su señoría añadió que estaba dispuesto a aceptar su versión y Rick, por supuesto, no estaba en situación de disentir. Entre otras cosas, Rick le envió a Lanny varios recortes de una publicación londinense de izquierdas donde se afirmaba que, si se comprobaba la autenticidad de las recientes revelaciones, también saldría a la luz el hecho de que los fabricantes de aviones que trabajaban fuera del territorio alemán habían contado a su vez con ayuda del exterior. Rick señaló esto último en el margen con signos de exclamación y Lanny Budd, hijo de un fabricante de aviones en ciernes, no pudo ignorar la ironía.

Poco después recibió una de esas cartas de aspecto humilde procedentes de Berlín. «Mueller» le expresaba su gratitud por utilizar tan sabiamente sus bocetos y le prometía enviarle más. Lanny sabía que en Alemania aún estaba permitida la circulación de ciertos periódicos británicos y aunque, con toda seguridad, tan peligrosos ejemplares habrían sido inmediatamente confiscados, tanto los nazis como sus adversarios estarían ya al corriente de lo sucedido. En mitad de la red de oscuras intrigas que se extendía por toda Europa cada cual arrojaba sus miguitas de pan al agua —pequeñas migas de certidumbre y verdad—, pero uno se preguntaba entonces si el profeta que había escrito aquellos versículos no estaría equivocado y si de veras sería posible volver a encontrarlas y dónde, cuándo y cómo conseguirlo[52].

IV

Se estaba jugando una partida de ajedrez diplomática con el continente europeo como tablero. Un nuevo tipo de ajedrez en el que las piezas, en lugar de estar alineadas en dos lados opuestos, tenían un color diferente para cada uno de los diversos y numerosos bandos y se movían de acuerdo a sus propias motivaciones. Cada rey, reina, caballo o torre, incluso el más insignificante peón, atendían a los intereses de un pequeño grupo de ancianos estadistas que debatían ansiosos durante días y semanas antes de llevar a cabo el siguiente movimiento. El aspecto del tablero había cambiado por completo y los proceres que dirigían a las demás piezas discutían a su vez y agonizaban a la espera de que algún adversario ejecutara por fin una nueva maniobra. Entonces, al instante, se elevaba un clamor de protesta y el zumbido de las discusiones volvía a empezar una vez más entre todas las demás cancillerías del ajedrez.

Gran Bretaña y Francia habían jugado hasta el momento como compañeros o socios, pero eran avariciosos y desconfiados y Gran Bretaña estaba dispuesta a permitir que Alemania se hiciera más fuerte con tal de evitar que Francia le ganara terreno. De modo que Francia volvió la mirada hacia Rusia, a quien odiaba, con la intención de alcanzar un pacto de defensa común contra un peligro aún mayor. Hitler y Mussolini, dos arribistas celosos el uno del otro, estaban dispuestos a romper todas las reglas del juego con tal de obtener tajada. Pierre Laval, recién llegado a Francia tras una visita a Moscú, se dirigió de inmediato a Roma con la esperanza de sellar un pacto con Mussolini para ayudarse mutuamente en el caso de que Alemania llevara a cabo alguna «acción unilateral» en materia de rearme. Entretanto, la Secretaría de Asuntos Exteriores británica valoraba la idea de concertar un encuentro en Múnich para negociar con Hitler los términos según los cuales Gran Bretaña le garantizaría el permiso para aumentar su Ejército y su arsenal. ¡De ese modo, por supuesto, no tendría lugar ninguna «acción unilateral»!

Tal era la situación el día dieciséis de marzo cuando Hitler, en uno de esos repentinos movimientos que le caracterizaban y que Europa ya estaba aprendiendo a temer, puso patas arriba el tablero continental al anunciar el reclutamiento y el servicio militar universal en Alemania. Además el Ejército, que el Tratado de Versalles había limitado a cien mil hombres, sería incrementado hasta alcanzar los más de quinientos mil soldados. Al mismo tiempo pronunció para el pueblo alemán uno de esos flamantes manifiestos suyos. Cada vez que esto ocurría, Lanny Budd tenía la sensación de que la voz airada y chillona de Schicklgruber podía escucharse hasta en el último rincón de Europa. Por enésima vez, «Adi» desglosó las afrentas del *Diktat* de

Versalles, por enésima vez repitió la historia que se había inventado y que tantas veces había contado ya a sus súbditos: que también los aliados habían prometido desarmarse en Versalles; por enésima vez declaró sus pacíficas y honorables intenciones, algo que no le suponía el menor esfuerzo y que de todas formas siempre le hacía ganar más adeptos para él y su partido:

«En este momento el Gobierno alemán renueva ante su pueblo y ante el mundo entero la intención de no actuar nunca más allá de la salvaguarda del honor de sus ciudadanos y la libertad de Reich, y especialmente asegura que no tiene intención de rearmar a Alemania para crear una poderosa maquinaria de ofensiva bélica si no, al contrario, exclusivamente para la defensa y el mantenimiento de la paz. De este modo, el Gobierno del Reich expresa su esperanza de que el pueblo alemán, habiendo recuperado su honor, pueda tener el privilegio de contribuir, de manera independiente y en igualdad de condiciones, a la pacificación del mundo cooperando de manera libre y honesta con las demás naciones y sus respectivos gobiernos».

V

Mucha gente pensaba que Adolf Hitler Schicklgruber estaba loco y hablaban y escribían abiertamente sobre ello. Cuando los amigos de Lanny le preguntaban su opinión sobre el asunto, él les respondía que la cuestión dependía de cómo definiera cada uno la locura. Si Adi era un lunático, pertenecía a esa conocida categoría que poseía y hacía gala de una gran astucia. No le había costado mucho reparar en la costumbre de los británicos de descansar los fines de semana, por lo que había convertido en norma anunciar los sábados cada uno de sus osados y temibles movimientos. Ningún político británico estaba dispuesto a mover un dedo ese sacrosanto día y de ese modo disponían de todo el domingo para reflexionar, sopesar los horrores de una posible guerra y meditar escrupulosamente sobre la cuestión. Por supuesto, al día siguiente todos harían gala de su indignación y pronunciarían un discurso plagado de amenazas y bravuconadas, debían hacerlo si querían ser reelegidos, pero finalmente no moverían ni un dedo —tal y como Adi había previsto.

Durante un tiempo Lanny se hizo ilusiones y llegó a pensar que el Tratado de Versalles —la única ley que la pobre Europa tenía— se haría valer. El Gobierno francés hizo un llamamiento a la acción común y movilizó un gran contingente de tropas en la frontera con Alemania. Los periódicos británicos liberales y laboristas, los que Lanny solía leer, clamaron por el fin de tan intolerable amenaza. Los políticos pululaban apresuradamente de un lado para otro como hormigas nerviosas después de que un intruso se colara en su hormiguero, gritando, increpando y pronunciando altisonantes y vacíos discursos. Los franceses apelaron a la Liga de Naciones, cuyo deber era hacer cumplir la ley, y la Liga convocó un Consejo para decidir el procedimiento a seguir.

Lanny, el optimista, confiaba en que el nazismo por fin sería puesto a raya y se sintió desconcertado al leer la siguiente carta de su amigo inglés: «¿De qué sirve armar tanto jaleo por el rearme alemán cuando todo el mundo sabe que están llevándolo a cabo desde hace años? Y no cometas el error de creer que alguno de nuestros políticos va a hacer algo al respecto. El león británico está viejo y ha perdido casi todos sus dientes».

Lanny no podía creerlo y aguardaba el desenlace con un nerviosismo que amenazaba con afectar a su salud. Le escribió una larga carta a Rick que provocó las protestas de su amigo: «No trates de convencerme a mí. Convence a Ramsay, ¡el peor orador del mundo! ¡Convence a Simón!».

Los grandes periódicos conservadores estaban a favor de la «paz». Eran las publicaciones que leían nueve de cada diez británicos y de ellos extraían sus ideas. En cuanto a la Liga, no había impedido que Japón invadiera Manchuria y tampoco sería capaz de detener a ningún otro gobierno avaricioso y hambriento de nuevas conquistas. El tigre nazi estaba saliendo de su jaula, dando un pequeño paso cada vez con sus almohadilladas zarpas, ronroneando las más hermosas frases acerca de su contribución a la pacificación de la jungla y cooperando abierta y honestamente con las demás bestias depredadoras.

Lanny no podía renunciar a su esperanza. ¿Cómo podía un hombre seguir viviendo en un mundo como el que describía Rick, un mundo gobernado por bribones e idiotas o una combinación de ambos? Era necesario hacer algo y Lanny sufría al comprobar una vez más su impotencia. Entretanto, el *playboy* seguía disfrazándose para entretener a los amigos de su mujer, llevándola a fiestas cuyo único mérito era la cantidad de dinero que se malgastaba en su organización, manteniendo intrascendentes conversaciones con personas que se consideraban a sí mismas *distingués*, no por el hecho de ser sabias o buenas sino porque habían aprendido a despilfarrar su riqueza haciendo gala del peor

de los convencionalismos a la hora de vestir y de comportarse. Lanny tomaba el té, bailaba y se mordía la lengua cada vez que se tocaban ciertos temas políticos, y cuando no podía soportarlo más se encerraba en su estudio a aporrear el piano con fuerza suficiente como para despertar a los fantasmas de Marcel Detaze, cuyas pinturas decoraban las paredes de la estancia, y del tío abuelo Eli Budd, que le había legado a Lanny la mayoría de los espléndidos libros que llenaban las estanterías que cubrían el resto de espacio libre de la habitación.

Hacía mucho tiempo que Irma había llegado a la conclusión de que le había tocado en suerte un premio bastante raro en la lotería del matrimonio. Sabía que debía dejar que se desahogara y obligarse a mantener la compostura a pesar del estruendo que en esas ocasiones sacudía los muros de la propiedad. No obstante, y por lo general después de un par de horas, cuando consideraba que ya había sido suficiente se presentaba en el estudio vestida con un kimono de seda bordado con magnífica pedrería y sus sandalias de baño, cogida de la mano de su preciosa hijita que acababa de celebrar su quinto cumpleaños con una fiesta que había reunido a los hijos de todos los aristócratas de cabo Antibes, y le decía a su marido con tono firme y decidido: «¡Vámonos, Beethoven!» —o Chopin o Liszt si era capaz de adivinarlo—, y por supuesto Lanny no era capaz de resistirse a semejante exhibición de condescendencia. Se ponía su traje de baño y juntos corrían hacia el azul espejo del mar Mediterráneo, cuya temperatura era perfecta para esa época del año. Y así el nieto de los Budd se olvidaba de todas las penurias del mundo y seguía el antiguo consejo de Alejandro Magno:

La hermosa Tais a tu lado se sienta,
Toma los dones que los magnánimos dioses te otorgan.

VI

De vez en cuando, en algún periódico o revista —sobre todo de izquierdas o del tipo idealista—, Lanny descubría alguna referencia al movimiento clandestino que operaba en la Alemania nazi y a los éxitos que obtenía y entonces recobraba la esperanza y era capaz de alcanzar durante algunas horas algo parecido a la paz interior. Como parte de su rutina diaria dictaba cartas y

enviaba fotografías de pinturas recomendadas a sus clientes, y cuando llegó el mes de abril ya había encontrado compradores para otros tres cuadros de Goering. Empezaba a preocuparle no haber tenido noticias de su camarada conspiradora, pero al fin recibió otra de sus notas: «Si tiene ocasión de ver a *herr* Schmidt, el marchante de arte, dígale que tengo nuevos bocetos que espero serán de su interés. Mueller».

Lanny había estado preparando sutilmente a su esposa, hablándole de los nuevos pedidos que había recibido y sugiriendo un nuevo viaje a Alemania en primavera. Irma, por su parte, había diseñado un programa algo más elaborado. Su madre, sola en su palacio de Long Island, se quejaba porque nadie se acordaba de ella y por no haber visto a su adorada nieta desde hacía casi un año. Irma temía llevar a la niña a Estados Unidos a causa de los secuestradores pero al parecer ya los habían atrapado a todos, y en cualquier caso, no era de las que se preocupaban mucho tiempo por las cosas. «Vámonos y pasemos allí al menos parte del verano», dijo ella. «Así podremos ver cómo le va a Robbie con su nuevo negocio».

Visitarían Berlín y después partirían en barco desde Bremen, o desde Londres si Lanny quería ver antes a Rick. Por supuesto irían en coche y justo cuando trataban de decidir si hacían escala en París o en Viena recibieron una carta de Pietro Corsatti, norteamericano de origen italiano que trabajaba como corresponsal de un periódico neoyorquino en Roma. Hacía mucho tiempo que no sabían nada de él, aunque nunca le olvidarían puesto que había jugado un papel fundamental a la hora de hacer realidad su matrimonio. Ahora les escribía en una tarjeta postal ilustrada con una escena de lo más colorista: un lago azul, una pequeña isla con un palacio de rojo tejado y cubierto de enredaderas tras el cual se alzaban verdes montañas de nevadas cumbres. «Isola Bella», se llamaba el lugar —Isla Bella—, y debajo Pete había escrito: «Otro festival de charlatanes. ¿Por qué no venís a ver lo que se cuece?».

Irma, que raras veces leía los periódicos, no sabía qué significaba aquello, y Lanny le explicó que en Stresa, en Lago Maggiore junto a los Alpes italianos, iban a reunirse los mandamases de Gran Bretaña, Francia e Italia en un esfuerzo por alcanzar un acuerdo para amordazar a Hitler y obligarlo a comportarse. La sugerencia de Pete despertó en él la vena de publicista aficionado. A lo largo de muchos años había llegado a acostumbrarse a alegrar con su presencia ese tipo de cumbres internacionales. Conocía a la mayoría de corresponsales y a algunos diplomáticos y además era muy divertido poder observar en vivo cómo se escribía la historia. «Wickthorpe probablemente

estará allí con la delegación británica», dijo él. E Irma respondió al instante: «¡Vámonos, pues!».

Como era habitual, y con tan solo un día de adelanto, prepararon las maletas: ropa de invierno y de verano, por supuesto, pues aunque en Italia hacía calor aún habría nieve en los puertos alpinos. No era necesario hacer planes demasiado minuciosos, viajarían como el viento, a capricho, y a su debido tiempo escribirían a casa o enviarían un telegrama con instrucciones para que prepararan sus equipajes y tuvieran lista a la niña de los veintitrés millones de dólares junto con su comitiva. Beauty se quedaría en Bienvenu, pues aún no había decidido qué harían ella y su marido. Quizá se marchara a Inglaterra a visitar a Margy cuando Lanny e Irma regresaran. Así era la deliciosa vida de los ricos. Cuando el calor se volvía excesivo viajaban al norte y cuando volvía el frío volaban de nuevo al sur. Eran aves migratorias, hermosos y elegantes pájaros viajeros para cuyo disfrute había sido creado el mundo moderno.

VII

En primer lugar la ruta de la Costa Azul, tan familiar para Lanny como las letras que formaban su nombre. Después la Riviera Italiana, repleta de excitantes recuerdos. Todos los agentes fronterizos poseen pequeños cuadernos alfabetizados con los nombres de personas peligrosas e indeseables, pero los pecados de Lanny tenían ya once años de antigüedad y él confiaba en que esas listas no abarcaran tanto tiempo. Y así fue. Ascendieron escarpados puertos de montaña hasta llegar a Milán en la época más hermosa del año, con árboles frutales recién florecidos capaces de convertir el más humilde jardín en un lugar mágico y que perfumaban el aire con deliciosos aromas. Lanny amaba ese país y también a su gente —al menos a los más pobres, tan alegres y amistosos— y le encantaba charlar con ellos siempre que tenía ocasión. Si aborrecía a los que ostentaban allí el poder se abstenía de comentarlo, incluso cuando estaba a solas con su mujer, que consideraba que la autoridad es necesaria o de lo contrario no existiría.

Lanny conocía el hermoso lago de montaña, de unos setenta kilómetros de largo. Stresa es uno de los pueblos más pequeños situados a su alrededor,

popular entre los turistas y atestado de grandiosas villas y hoteles de rojos tejados. No había telegrafiado a ningún hotel para reservar alojamiento pues Lanny pensaba que su nombre podría atraer la atención de sus viejos enemigos, las milicias fascistas. Había muchos lugares a elegir a lo largo y ancho de la costa y él no tenía inconveniente en conducir unos kilómetros más. Sus precauciones no resultaron ser excesivas pues, nada más llegar, se dio cuenta de que nunca había asistido a ninguna cumbre de esas características con semejante presencia policial. Quizá fuera a causa del reciente asesinato del rey Alejandro y Barthou. Mussolini llevaba años dando asilo y protección a ese tipo de conspiradores, pero cuando era él quien estaba en el escenario la cosa cambiaba.

En Stresa había *carabinieri* por todas partes y los hoteles y lugares públicos estaban plagados de hombres que no costaba mucho reconocer como detectives. Las reuniones tendrían lugar en una pequeña isla con un gran palacio y poco más, para que no hubiera dificultades a la hora de proteger sus secretos. Lanchas motoras con policías armados mantenían a raya a los intrusos y un aeroplano sobrevolaba la zona para asegurarse de que ningún osado revolucionario lanzara bombas sobre los hombres de estado. Lanny y su mujer llegaron ya de noche y lo primero que llamó su atención fueron los grandes focos de luz que apuntaban al cielo y barrían la superficie del lago en busca de embarcaciones sospechosas.

Lanny decidió que sería adecuado acreditar su estatus social lo antes posible. De modo que nada más instalarse en su *suite* llamó por teléfono al hotel elegido como cuartel general de las distintas delegaciones. Era evidente por los sonidos de la línea telefónica que una o más personas estaban escuchando, y eso era precisamente lo que quería. Preguntó por el secretario de lord Wickthorpe. «Por supuesto, señor Budd, estoy seguro de que su señoría estará encantado de hablar con usted». Y a continuación, tras una breve espera: «Su señoría desea saber si usted y la señora Budd vendrán a tomar el té mañana por la tarde». Después de esa pequeña escena Lanny podía estar seguro de que, por mucho que las autoridades le vigilaran muy de cerca, no le pedirían que se marchara.

VIII

Durante las conferencias siempre había también un cuartel general para la prensa, una especie de club para el enjambre de periodistas que habían llegado para cubrir el evento, por lo que no les resultó difícil encontrar a Pietro Corsatti. ¿Le apetecía quedar para cenar? Por supuesto que sí, pero ¿por qué no iban con Pietro a conocer al resto de la cuadrilla? A Lanny le entusiasmó la sugerencia. Tenía por costumbre hacerse cargo de la cuenta, pues se sentía un privilegiado por poder escuchar mientras aquellos hombres que estaban al corriente de cuanto ocurría en el mundo compartían secretos. La mayoría de ellos conocía al nieto de los Budd desde hacía bastantes años. Él nunca había traicionado su confianza y, si de paso ellos tenían ocasión de mencionar en sus crónicas que él y su acaudalada esposa se encontraban entre los visitantes del festival de charlatanes, la noticia también contribuiría a mejorar el prestigio de la aspirante a *salonnière*. A los reporteros les caía bien Irma pues, habiéndose criado entre la *beautiful people* de los clubes de Manhattan, era una joven afable y despreocupada capaz de comportarse de manera informal cuando la ocasión lo requería.

Los corresponsales estaban trabajando a pleno rendimiento en Stresa y los peces gordos no se lo estaban poniendo fácil. Nunca se habían mostrado así de distantes todos esos hombres de Estado, por lo general tan dados a soltar discursos y a hablar por los codos, como en esa isla donde Napoleón había agasajado a cierta diva italiana. El futuro de Europa durante los próximos cien años dependía de lo que estaban decidiendo aquellos días, pero las informaciones que recibían eran contradictorias, de modo que los norteamericanos se veían obligados a aderezar sus despachos con chascarrillos acerca de los desfiles de los camisas negras y la belleza de los almendros en flor. El periodista de nombre italiano y fuerte acento de Brooklyn gritaba desesperado: «¡Por amor de Dios, a ver si consigues que Wickthorpe tire de la manta!». Y Lanny le respondía: «¡Por todos los santos, haré lo que pueda!».

Laval y Flandin representaban a Francia. ¡Extraña pareja formaban! Uno de ellos bajito y el otro más alto que la mayoría de los que le rodeaban, y feo en la misma medida. En opinión de Pete, eran los gemelos calamidad de Francia. Después estaban MacDonald y Simon por Gran Bretaña. También estaba el Duce en representación de sí mismo. Acababa de duplicar el contingente de su Ejército y ahora Francia y Gran Bretaña trataban de venderle algún tipo de programa que al menos les sirviera para aparentar que trataban de contener a Hitler. ¿Qué pediría Musso a cambio y qué iba a conseguir? Esas eran las preguntas que atormentaban a los periodistas, y el exagerado secretismo que predominaba era sinónimo de mala suerte para

todos. ¿Austria, quizá? ¿O sería Abisinia? «¡Pobres negritos!», exclamó uno de los norteamericanos. Había leído a Thoreau en su juventud y no le gustaba matar aunque el destino había querido que se convirtiera en reportero de guerra y ahora sus editores le habían enviado hasta aquí porque pensaban que se estaba «cociendo» algo.

Hacía escasos meses se había producido un «incidente» en Ual-Ual, un lugar donde no había periódicos y que se reducía a un pozo y algunas chozas de barro en el desierto de Ogadén, cerca de la Somalilandia italiana. Un contingente de soldados nativos que protegían a una comisión fronteriza habían expulsado de allí por la fuerza a un batallón italiano. El suceso había sido un insulto para la dignidad del Duce y la prensa del país, censurada y a su servicio, había denunciado el intolerable caos existente en aquella subdesarrollada región. Para los avispados corresponsales era evidente que Mussolini se estaba preparando para empezar a edificar ese Imperio que llevaba casi trece años prometiendo a sus jóvenes camisas negras. Pete señaló entonces que las fuentes del Nilo se encontraban en esa región y que indudablemente ¡Gran Bretaña no iba a permitir que nadie construyera allí una presa para desviar tan procelosas y ricas aguas de sus campos de algodón en el Sudán!

Así hablaban y debatían abiertamente mientras los detectives mal disfrazados del Duce escuchaban desde las mesas de los alrededores frunciendo el ceño. Lanny, el más vulnerable de los presentes, era el que menos hablaba. A última hora se escucharon gritos afuera en el parque y salieron todos de la *trattoria* para unirse a la multitud que jaleaba a su líder de camisa almidonada. «*Duce! Duce!*». A medida que avanzaba el desfile el griterío terminó por convertirse en una especie de cántico en el que se espaciaban y acentuaban las dos sílabas de tal modo que era imposible distinguir si decían «Duu-che» o «Che-duu». El gran constructor de imperios se alojaba en el hotel de enfrente y, tras hacerse de rogar, por fin salió a un balcón, vestido con pantalones bombachos y botas de montar. Aparecer en balcones era una de las principales funciones de un dictador, siempre con un potente foco preparado para hacerle parecer más imponente con su reluciente uniforme —a pesar de que, como era el caso del líder de los fascistas, fuera de corta estatura y algo orondo.

Habían pasado quince años desde que Lanny conociera en San Remo a este hombre elegido por el destino. Un hombre de rostro cetrino, con un bigotito moreno y vestido de traje negro y corbata; editor socialista renegado maldecido públicamente por uno de los hombres a quienes había traicionado.

Ahora, mientras paseaba por la avenida que bordeaba el lago en compañía de Irma y de su amigo, Lanny les relató su encuentro y todo lo que había descubierto sobre el «Bendito Pichoncito Llorón» gracias a un par de antiguos socios suyos. Antes de la guerra mundial había aparecido en Milán, siendo un muchacho miserable y famélico, y los socialistas lo habían acogido y alimentado y le habían enseñado todo lo que sabía. Ahora todos esos socialistas estaban muertos o agonizando lentamente en rocosas e inhóspitas islas repartidas por todo el Mediterráneo. Este nuevo César, sin embargo, había seguido creciendo hasta ser tan grandioso que aparecía públicamente en balcones iluminados ante grandes multitudes que lo aclamaban, y cada vez que los norteamericanos querían decir en voz alta lo que pensaban del déspota se referían a él como «Míster Big».

IX

En todas las ciudades donde se celebraban las conferencias internacionales siempre residía una familia inglesa socialmente aceptable a cuyo hogar acudían los exhaustos próceres a descansar después de las maratonianas sesiones. El secretario de Wickthorpe telefoneó al señor Budd para decirle que él y su esposa estaban invitados a la villa en cuestión, situada a orillas del lago. Fueron recibidos por una dama entrada en años y sus dos hijas solteras, que enseguida les presentaron a otros residentes de origen británico. La anfitriona se había ganado esos días amigos fieles y acérrimos enemigos de por vida dependiendo de si las personas en cuestión habían sido o no invitadas al evento. Llegaron miembros de la delegación diplomática, incluido el canoso primer ministro de poblado bigote que en opinión de Lanny no era más que un patético renegado, aunque el renegado no lo sabía y le saludó graciosamente con una leve inclinación, mientras decía: «¡Ah, amer-r-ricanos, de ver-ras admiro su país!». Pronto sirvieron el té en delicadas tazas de porcelana de Dresde, y además de pasteles había deliciosos bollitos en honor al primer ministro, originario de Lossiemouth, que los invitados iban cogiendo de una mesilla de mimbre con ruedas de goma, bautizada como «el vicario» pues su invención había privado a muchos afables jóvenes ingleses de su principal función social.

Wickthorpe se alegró de verlos y se mostró especialmente galante con Irma, por supuesto del modo más respetuoso y digno. Siempre se comportaba de ese modo y la madre de Lanny, que se había dado cuenta, había advertido a su hijo con mucho tacto. Pero Lanny no iba a preocuparse por algo así. Irma siempre había tenido hordas de amigos, tanto hombres como mujeres, y no era de extrañar que la gente se prendara de ella. «Ceddy», es decir, Cedric Masterson, decimocuarto conde de Wickthorpe, aprovechó la ocasión para presentarle a distinguidas personalidades, entre ellas un a un hombre muy alto y de aire clerical llamado *sir* John Simon. Lanny observó cómo las damas contemplaban la escena y a continuación juntaban las cabezas para chismorrear y no tuvo la menor duda de lo que decían: «Esa es Irma Barnes, la heredera norteamericana». Acto seguido miraron a Lanny antes de añadir: «Y ese muchacho es su marido, una especie de marchante de arte, según dicen». Era inútil esperar que la gente hablara bien de uno a sus espaldas en los saraos de la alta sociedad pues tenían que velar por su posición social, y permitir que los demás tuvieran acceso a lo que sentían y pensaban realmente habría significado rebajarse de un modo imperdonable.

Era sábado por la tarde y todo el mundo parecía tener tiempo de sobra. Una pareja de distinguidos diplomáticos jugaba al críquet en el césped con dos damas y otros formaban pequeños grupos bajo los magnolios en flor y hablaban sobre amigos comunes en Inglaterra. Wickthorpe le presentó a Lanny a dos muchachos que desempeñaban el trabajo de secretario-traductor, igual que había hecho el norteamericano en París cuando tenía quince años. Su señoría hablaba con ellos sin tapujos acerca de lo que había estado sucediendo en Isola Bella. Al parecer, esa misma mañana habían alcanzado un acuerdo y la conferencia estaba a punto de concluir. Era necesario garantizar la independencia de Austria y las tres naciones se habían comprometido a oponerse «por todos los medios posibles» al gran mal conocido como «rechazo unilateral de tratados». Evidentemente se referían a las recientes declaraciones de Hitler sobre el rearme del país, lo que hizo que Lanny se entusiasmara, al menos hasta que reparó en la palabra «posibles». Había pasado tiempo suficiente entre diplomáticos para saber que la ambigüedad era la esencia de su manera de expresarse y que utilizaban por principio palabras de escurridizo significado para evitar pillarse las manos llegado el momento de la verdad.

—¿Y qué es posible actualmente, Ceddy? —preguntó.

—Oh, bien —respondió el otro—, ya sabes que estamos dispuestos a hacer cuanto esté en nuestras manos para no ir a la guerra.

—Espero que la situación no llegue a tanto —dijo Lanny—. Pero supón que ninguna otra cosa pudiera detenerle.

—Bueno, pues tendrá que contenerse, viejo amigo. Si combatiéramos a Hitler le estaríamos siguiendo el juego a Stalin.

—Sí, lo sé. Pero si no peleáis quizá le estéis siguiendo el juego a Hitler.

No había tiempo para seguir con la discusión. Y cuando Wickthorpe se marchaba añadió:

—Por cierto, Lanny, lo que hemos estado hablando es estrictamente confidencial.

—Oh, por supuesto —dijo el otro, sintiéndolo en el alma por su amigo Pete—. Pero si ya está decidido, por qué no dejar que trascienda.

—Bueno, verás, algunos de nuestros principales periódicos no se publican en domingo, de modo que pospondremos el anuncio hasta el lunes por la mañana.

X

La noticia fue difundida según lo previsto y los diplomáticos se dispusieron a partir rumbo a Ginebra, donde el Consejo de la Liga debía reunirse y, si todo iba bien, adoptaría una firme postura contra los infractores de la ley. Las bandas de música despidieron a las delegaciones que abandonaban Stresa y las multitudes fascistas que marchaban al paso por las calles del pueblo cantaban en honor de las futuras glorias de Italia. Lanny e Irma se despidieron de sus amigos y se dispusieron a atravesar los pasos alpinos de camino a Viena. Estaban en primavera, época de avalanchas e inundaciones que no hacían distinciones de rango ni clase social, pero Lanny era un conductor experto e Irma no se ponía nerviosa con facilidad, de modo que ambos pudieron disfrutar del viaje a través de uno de los paisajes más celebrados del mundo.

En Viena tenían una cita con unos ilustres representantes de la antigua nobleza del Imperio que por fin había aceptado poner precio a sus tesoros artísticos. Fueron invitados a tomar el té en uno de esos palacios de mármol semi-abandonados de la Ringstrasse y tuvieron ocasión de contemplar algunas obras maestras mientras discutían sobre cómo serían recibidas en el mercado norteamericano. La anciana pareja de aristócratas no fue del agrado de Irma

Barnes. Sin embargo, poseían los títulos y los modales y era innegable que también habían tenido *pasta*.

Pobres almas, habían perdido la guerra y era necesario tratarlos con gran consideración. Lo que para la hija del rey de los servicios públicos eran cantidades ridículas de dinero supondrían para ellos unos ingresos de suma importancia, y ambos sufrieron una terrible agonía al verse obligados a pasar por aquel proceso de deflación al que Lanny tenía la obligación de someterlos. «Si realmente quieren venderlos», dijo, «esto, esto y esto es lo que tendrán que aceptar». Deseaban tanto recibir una oferta… Pero Lanny se mantenía firme. «Yo no hago ofertas. Les informo de que a tal o cual precio intentaré encontrarles un comprador. Pero deben ser ustedes quienes hagan una oferta». Al final, al borde de las lágrimas, cedieron.

Una noche en la ópera y al día siguiente los viajeros llegaron a la frontera de Polonia. No era de recibo pasar tan cerca de los Meissner sin hacerles una visita, de modo que Lanny telefoneó a Kurt y, al enterarse de que estaba a punto de marcharse a Berlín para dirigir una de sus composiciones, le invitó a ir con ellos en coche. De camino a Stubendorf, Lanny comentó: «Mejor será que no digamos nada sobre nuestra estancia en Stresa. Para ellos la cumbre será poco menos que un acto de conspiración contra Alemania».

Irma, una persona acomodada y satisfecha con el modo en que el mundo funcionaba, deseó entonces que la gente pudiera ser capaz de prescindir de vez en cuando de la irritante costumbre de ponerse a discutir con la menor excusa echando por tierra la tranquilidad de los demás. Por lo general no le costaba adoptar la postura de aquellos con quienes estaba, o al menos se tomaba la molestia de hacerles pensar que lo hacía. Estaba segura de que debía de haber un modo razonable de satisfacer las exigencias de Alemania, aunque no había manifestado tal cosa mientras tomaba el té en compañía del decimocuarto conde de Wickthorpe y sus colegas. Estaba de acuerdo con los Meissner en que Stubendorf debía volver a anexionarse a Alemania. Aunque quizá de haberse alojado en casa de una familia polaca de ese mismo distrito… En fin, no conocía a ningún polaco y su causa le resultaba confusa. Ambos bandos tenían fábricas y ambos necesitaban por igual el carbón que salía de las minas que había bajo esas colinas. «¿Por qué no pueden comprárselo unos a otros?», quiso saber. Y Lanny le explicó que los beneficios iban a parar a los propietarios, no a los que compran. «¡Ya deberías saberlo!», sentenció.

XI

La llegada de la elegante pareja norteamericana siempre causaba un gran revuelo en Stubendorf. *Seine hochgeboren* no estaba, de modo que pasaron la noche en casa del padre de Kurt, el contralor general del gran patrimonio. Durmieron en una pequeña habitación que había sido de Kurt y que Lanny había compartido con él en su primera visita durante unas navidades hacía más de veinte años. Los Meissner eran gente emotiva y cariñosa y todavía le veían como a aquel alegre muchacho que les había enseñado a bailar *dalcroze* y tanto les divertía al hablar en alemán con su acento norteamericano. Por supuesto, él no sabía que resultaba tan evidente y ellos nunca se lo habían dicho, y disfrutaban recordando sus pintorescas expresiones cuando ya no estaba. Ahora había regresado en compañía de su mujer, la rica heredera, y dado que ambos habían sido ya invitados varias veces en el castillo, ahora dudaban que la familia de un *beamter*, un simple oficial, fuera lo bastante buena para recibirlos. Todos estaban muy nerviosos organizando la bienvenida y preparando comida extra.

Kurt y Lanny tocaron al piano algunas de sus más queridas composiciones para cuatro manos. La familia cantó también un buen rato y fue tan hermoso que la anciana pareja no pudo contener las lágrimas. La salud del padre había decaído y no le quedaba ya mucho tiempo para seguir escuchando música, al menos no con el acompañamiento de aquel viejo piano del salón de su casa y rodeado de los que más quería. No echaron a perder la sentimental velada hablando de política ni de nada relacionado con el mundo exterior. E Irma pensó: «Ahora que conozco a auténticos alemanes, Dios mío, ¿por qué no pueden ser siempre así?».

Pero, claro, no era posible. Alemania estaba rodeada de enemigos —*Die Einkreisung*, como ellos los llamaban— y pronto estaría preparada para romper el cerco. Por la mañana, los viajeros apretujaron su equipaje en el maletero para que Kurt pudiera ocupar el asiento trasero y partieron rumbo a Alemania. En primer lugar se vieron obligados a detenerse en el control fronterizo del lado polaco, donde fueron recibidos por varios agentes poco diligentes y menos corteses aún, y Kurt dijo: «¿Veis lo que tenemos que soportar?». Después, al alcanzar la primera llanura, un grupo de jóvenes alemanes uniformados agujereaban la nieve aún sin derretir. Ninguno de los viajeros dijo nada, pero los tres pensaron lo mismo: «Es el nuevo ejército que

el Führer había prometido». Después pasaron junto a un aeropuerto y varios aviones volaron sobre sus cabezas como si pretendieran inspeccionar aquel coche extranjero y a sus ocupantes, y los tres pensaron: «¡Los nuevos aviones de combate de Goering!».

Hablaron de música pero también sobre los cuadros que ocupaban a Lanny en esos momentos y los negocios de Robbie. A Kurt siempre le gustaba saber cómo estaba Beauty. Reconoció que ella le había salvado la vida y, al estilo continental, habló con pasmosa franqueza sobre los años de felicidad que ella le había dado. A mitad de camino, cuando se estropeó una bujía y se detuvieron para cambiarla, Irma y Kurt charlaron mientras caminaban al borde de la carretera, y ella dijo: «Lanny se está portando mucho mejor y estoy muy contenta». Hablaba en serio, pues igual que a muchos seres humanos, le resultaba fácil creer lo que deseaba. A veces era difícil de creer que la vieja Europa hubiera sido capaz de salir adelante de no haber sido por esta extraña cualidad humana.

Kurt no quería alojarse en un hotel elegante y había prometido visitar a la familia de su hermano Emil, un coronel de la *Reichswehr*. Iba a estar muy ocupado con los ensayos, a los que sus amigos podrían asistir si estaban interesados. Nada le habría gustado más a Lanny, pero tenía negocios que atender. De modo que se despidieron y mientras Lanny conducía hacia el Adion se preguntaba: «¿De veras le estoy engañando? ¿Y hasta qué punto?». Estaba seguro de que había conseguido engañar a Irma, y no estaba orgulloso de ello, pero era una de esas cosas que no se podían evitar y era necesario soportar.

XII

Lanny había telegrafiado a Furtwaengler para anunciarle que él y su mujer estaban de camino. Ahora, a primera hora de la mañana, telefoneó al *oberleutenant*, cuyas primeras palabras fueron: «*Ach Schade*[53], *Herr Budd*, ¡tendría que haber estado aquí para asistir a la boda!».

—¡De haberlo sabido con tiempo! —exclamó el visitante.

Por supuesto no hablaba en serio, pero el oficial se lo tomó muy a pecho y se disculpó una y mil veces por su negligencia. Solo después de haber recibido

el perdón se permitió cantar una vez más las alabanzas del mayor evento social que había tenido lugar en Alemania en mucho tiempo: las nupcias del segundo al mando del Führer con Emmy Sonnemann, la estrella de los escenarios y la gran pantalla que desde hacía tiempo era su compañera sentimental. Después de la ceremonia había tenido lugar una recepción en el Palacio de la Ópera que había durado más de una hora, durante la cual el *minister-präsident general* Goering y la novia habían permanecido de pie en lo alto de la escalinata del gran vestíbulo estrechando la mano a la flor y nata del Tercer Reich y a lo más sonado del mundo diplomático alemán.

—He leído mucho sobre ello en la prensa extranjera —dijo Lanny—. Te he traído algunos recortes.

—*Danke Schön!* —exclamó agradecido el joven oficial de las SS—. Estamos coleccionando todo lo relacionado con el evento y preparando álbumes para la Biblioteca Nacional.

—¿Y cómo está la feliz pareja? —preguntó con galantería el visitante.

¡Los dos estaban en la cima del mundo!, informó puntualmente el oficial. El teniente parecía haberle cogido le gusto a aquella expresión, que a su juicio debía de ser lo último en argot estadounidense, y Lanny por su parte decidió abstenerse de comentar que semejante lugar no debía de ser precisamente cómodo para un hombre con la figura de *seine exzellenz*.

Lanny le explicó qué cuadros había venido a comprar y mencionó de pasada que él y su esposa habían asistido a la Conferencia de Stresa. Ningún oficial competente habría pasado por alto algo de tan vital importancia. «¡*Seine exzellenz* desea reunirse con usted! ¿Sería tan amable de mantenerse a la espera un instante?». Lanny así lo hizo y poco después el teniente le informó de que el *minister-präsident* abandonaría esa tarde la capital para pasar una noche y un día en Schorfheide. ¿Le harían el honor de acompañar a su señoría *herr* y *frau* Budd? Lanny respondió que nada les gustaría más y al colgar, le comentó a su mujer:

—¡Vamos a conocer Karinhall!

—¡Y también a Emmy, supongo! —dijo Irma.

9
LA FORMA DEL PELIGRO

I

En un palacio de mármol blanco de la elegante Kónigin Augustastrasse vivía fürstin Donnerstein, amiga de Irma y segunda esposa de un diplomático y terrateniente prusiano treinta años mayor que ella. La princesa había conocido a Irma en la Riviera antes de que esta se casara y le había tomado un gran afecto desde el principio, por lo que habían salido —y también chismorreado— juntas a menudo. Ahora la aristócrata tenía tres hijos y estaba aburrida. Echaba de menos la diversión de la Costa del Placer y la sociedad berlinesa le resultaba fría, estirada y soporífera. La posición de su marido la obligaba a viajar frecuentemente por lo que se enteraba de muchas cosas que, como es natural, sentía la necesidad de difundir a la primera oportunidad. Cuando se vieran tendrían mucho de qué hablar, aunque la norteamericana debía prometerle que no se lo contaría a nadie en Alemania.

«*Ach, meine Liebe*», dijo la anfitriona cuando por fin se encontraron. «*Na, na, meine Gute!*» exclamó la recién llegada. Hilde, una rubia alta —y bastante delgada para los cánones alemanes—, fumaba muchos cigarrillos y quizá por ello era nerviosa y muy emotiva. «*Man sagt…*»[54], empezó a decir, sin embargo a mitad de la frase miró a su alrededor y bajó la voz antes de continuar: «Quizá no debería», lo que obviamente aumentó aún más la curiosidad de la invitada. Se levantó, se acercó a la puerta del tocador y la abrió de repente para asegurarse de que no había nadie en el pasillo. «Nunca se sabe. Los criados se han convertido en *politisch gesinnt*»[55]. El noventa por ciento del tiempo hablaba en inglés y el resto en alemán. «Y los culpables sois vosotros los norteamericanos. Han oído hablar de esa *fabelhaftes Land*[56] en la que no hay diferencias de clase y donde cualquiera puede hacerse rico y, por si

fuera poco, casi todo el mundo lo consigue. De modo que ahora tenemos un *kleinbürgerliche Regierung*[57] donde el hombre corriente ha llegado a la cima y nosotros nos hemos convertido en prisioneros en nuestros propios hogares. Cualquiera podría denunciarnos y al día siguiente el oficial de turno aprovecharía la oportunidad para lucrarse a nuestra costa».

Irma había visto en algunos hogares un popular artilugio conocido como «*cozy*», una funda de tela que se coloca sobre la tetera para mantenerla caliente. ¡Y ahora descubría que los alemanes lo utilizaban también para cubrir sus teléfonos! Habían llegado a pensar que los espías del Gobierno instalaban ciertos dispositivos en los receptores que les permitían escuchar sus conversaciones mientras el aparato estaban desconectado. Hilde no estaba segura de que tal cosa fuera cierta pero tampoco sentía el menor deseo de confirmarlo. De modo que mientras hablaba con Irma cubrió el teléfono con el *cozy* y cuando salieron de la habitación lo retiró para que ningún criado lo supiera.

—¡*Wirklich*[58], esto es como vivir en Turquía en los tiempos del sultán!

Hilde Donnerstein no era una conspiradora y tampoco su marido. Solo eran dos miembros de la antigua nobleza que, como ella misma decía, había pasado de moda y que estaban resentidos con la burda turba que les había arrebatado el poder, por lo que ahora se vengaban difundiendo escándalos personales y chascarrillos sobre los despropósitos de esos *emporkömmlinge*[59].

—¡*Ach, meine Liebe,* he de confesarte que no envidio tu visita a ese monstruoso Karinhall! Aunque comprendo que sientas curiosidad por Emmy. Sin duda la habrás visto en la gran pantalla. *Ganz karyatidenhaft*. ¿Cómo decís vosotros? Escultural. Pero en lo que a actuar se refiere, *äusserst gewöhnlich*[60]. Cualquier persona con buen gusto la evitaría. Por supuesto, el palacio de la ópera es un lugar de lo más adecuado para la recepción nupcial de una actriz. ¡Es algo típico de nuestros tiempos, *eine Filmkönigin*[61] en lugar de una de verdad!

—Lanny dice que las reinas cinematográficas son mucho mejores —comentó Irma.

—En fin, ¿quién sabe? Pero cuando una se para a pensar en la vida que ha llevado esa pareja… Sabes que llevaban mucho tiempo juntos, ¿verdad?

—He oído rumores.

—Les iba la mar de bien así. *Der dicke Hermann*[62] le decía: «Sabes que no puedo casarme contigo», y Emmy, que no es demasiado brillante, no lo sabía pero temía reconocerlo. Sin embargo un día la pareja tuvo un grave accidente de tráfico —*schrecklich*—,[63] su coche se estrelló contra un árbol. Las heridas

de *der Dicke* no fueron de gravedad, *aber die Geliebte*[64] se fracturó el cráneo y tuvo que permanecer mucho tiempo hospitalizada. Algo que no es posible ocultar durante mucho tiempo, por lo que *die ganze Welt*[65] enseguida empezó a hablar. Hermann va todos los días a verla y se arma un terrible escándalo. Finalmente hace poco *unser…*[66] —la princesa estaba a punto de decir «*unser Führer*», pero no se atrevía a hacerlo ni estando en su propia habitación, de modo que dijo—: *Die Nummer Eins*[67] desea enviar a su número dos a una misión diplomática en los Balcanes —ya conoces la situación, necesitamos aliados allí, pues nuestros enemigos pretenden perjudicarnos en todas partes—, y Hermann le propone llevar a la mujer como acompañante. La pobre necesita descansar y el viaje supondría para ella unas pequeñas vacaciones. Pero *die Nummer Eins* dice: «*Bist du toll?*[68] ¿Pretendes imponerles la presencia de tu amante? Lo tomarán como un insulto. Dirán: "¿Acaso piensas que somos como los negros?"». *Die Nummer Eins* está furioso y le echa al gordo una buena reprimenda. «¡Cásate con ella!», le dice. «¡Ya he tenido suficientes escándalos en mi partido! ¡Conviértela en tu esposa o estaremos *unten durch*[69] en los Balcanes!». Y así es como hemos llegado a disfrutar de estos *Staatshochzeit mit Empfang*[70] con grandiosos presentes nunca vistos. Es lo que en Norteamérica llamáis *eine Hochzeit vor dem Gewehrlauf!*

Irma no conocía aquella expresión pero la princesa le explicó que era lo que ocurría cuando el padre o los hermanos de la novia se veían obligados a ir armados en busca del novio. E Irma, entusiasmada, exclamó: «¡Ah, una boda a punta de pistola!».

II

Mientras Irma disfrutaba de sus entretenimientos de clase alta su marido había ido a visitar una exposición de pintura y después se dirigió en coche a uno de los suburbios de Berlín. Cuando daban las doce en punto pasó frente a la esquina convenida y recogió a su amiga «clandestina». Era primavera y hacía un día luminoso. Ella había cambiado su grueso abrigo por una chaqueta de algodón gris, la menos llamativa que pudo encontrar. Llevaba el cabello recogido e iba tocada con un sombrero de paja de color negro. En resumen,

era una pobre mujer trabajadora poco dada a fruslerías y llevaba bajo el brazo una bolsa de papel.

—¿Eso que llevas es para mí? —preguntó él.

—No, esto no es más que la compra —respondió ella—. No me atreví a traerlo sin estar segura de que vendrías.

—¿De qué se trata?

Conducían por una calle pequeña y poco frecuentada, pero de todas formas Trudi miró nerviosa a su alrededor y empezó a hablar en voz baja.

—Tengo copias fotostáticas de informes confidenciales dirigidos a la Wilhelmstrasse —es decir, la sede del Ministerio de Asuntos Exteriores— con detalles de nuestras intrigas en diversas capitales. Informes de nuestros embajadores e instrucciones dirigidas a ellos.

—¡Dios mío, Trudi!

—Me temo que esta vez no será fácil utilizarlos puesto que exponen los tejemanejes de otras naciones, entre ellas Gran Bretaña. Me cuesta imaginar que ningún periódico, a menos que sea socialista, esté dispuesto a publicar algo así.

—Hay un periódico burgués, el *Manchester Guardian*, que tiene reputación de publicar la verdad sin tener en cuenta a quién perjudique.

—Bien, tú podrás juzgarlo mejor que yo. Deberías llevar los documentos a varios periódicos dependiendo de lo que contengan. Por ejemplo, los informes de nuestro embajador en Roma que revelan la verdad sobre el acuerdo entre Mussolini y Laval. Como sabes, Laval viajó a Roma a principios de año y pasó allí varios días con el Duce. Después se presentó ante la Cámara de Diputados para asegurarles solemnemente que no había hecho ninguna concesión que pusiera en peligro sus derechos sobre Abisinia.

—Me fijé especialmente en las palabras que escogió —dijo Lanny—. Se mostró muy explícito pero ni así le creí.

—Ha cerrado un pacto entre «caballeros» permitiendo al Duce tomar el país sin que Francia interfiera. Lo que a Mussolini le preocupa es que mientras él está allí con las manos ocupadas Hitler pueda ocupar Austria. De modo que también cerraron un acuerdo para cubrir esa eventualidad.

—Si pudiéramos probar eso, Trudi, haríamos saltar por los aires la tapa de la tetera diplomática.

—Nuestro embajador lo ha afirmado categóricamente. Italia ya ha enviado por barco a través del canal de Suez a treinta mil soldados completamente equipados y con avituallamiento suficiente para una campaña de seis meses.

Las operaciones darán comienzo en otoño, tan pronto como termine la estación de las lluvias.

—¿Qué más escondes en esa cajita mágica?

—¿Has leído algo sobre las decisiones tomadas en la Conferencia de Stresa?

—Estuve allí hace cinco días.

—Los tres poderes han estado negociando en secreto con el Ministerio de Asuntos Exteriores alemán a espaldas de los demás. En fin, en secreto según creen…

—¡Aunque por supuesto todos lo sabrán!

—La cuestión más importante es qué va a suceder en Ginebra. La Wilhelmstrasse tiene la seguridad de que no se llevará a cabo ninguna acción manifiesta. Por supuesto, a los nazis no les preocupan lo más mínimo los discursos. Y de todas formas, Hitler tendrá muchas oportunidades de pronunciar más sermones de los suyos y seguir jugando con la manía persecutoria de nuestro pueblo. Se convocará un comité especial de la Liga de Naciones pero ninguno de los tres grandes está dispuesto a exigir ninguna acción para impedir el rearme alemán.

—Uno de los corresponsales de Stresa me contó lo mismo —respondió Lanny—. ¡Eso significaría una absoluta traición para Francia!

—El argumento de los nazis es que no pretenden armarse para atacar a la Armada francesa sino para combatir a los rusos. Los soviéticos tienen nuevos submarinos y a los británicos no les interesa que se hagan con el control del Báltico.

—¡Una vez más, la historia se repite! —exclamó el norteamericano—. Todo se debe a su miedo a los rojos. Puestos a elegir siempre prefieren a los fascistas.

—Los británicos también han estado intrigando con Mussolini por la potestad de un lago llamado Tsana, la fuente del Nilo Azul. Algún día se construirá allí una presa gigantesca, y la cuestión es si sus aguas fluirán hacia el Sudán o hacia el este, donde Mussolini pretende asentar a sus familias fascistas. Los británicos están dispuestos a renunciar a Abisinia a cambio del control del lago y sus aguas pero Mussolini no cederá tanto y se espera el inicio de una confrontación antes de que termine el año. En la Wilhelmstrasse están muy contentos por ello, ya que de ese modo les resultará más fácil obtener el *Anschluss*[71] con Austria y quizá también cerrar el corredor polaco. Goering piensa viajar el mes que viene a los Balcanes para cimentar nuevas alianzas. Nuestras nuevas rutas comerciales pasan por allí, de esa manera

podrán utilizar el curso del Danubio para transportar maquinaria de guerra y municiones en los viajes de ida, y trigo, petróleo y materias primas en los de regreso.

III

De modo que ese era el mapa diplomático de Europa según los cartógrafos del Führer nazi. Lanny se acordó de su amigo el director deportivo de las SA, Hugo Behr, al que le habían pegado un tiro en la cara durante la sangrienta purga hacía menos de un año. El crimen de Hugo había consistido en tomarse demasiado en serio la segunda parte de su etiqueta de nacionalsocialista e insistir en que el partido debía tratar de llevar a cabo las promesas que había hecho a la gente humilde de Alemania. Durante sus últimos días sobre la tierra le había explicado a Lanny que si el Führer continuaba por el mismo camino pronto se vería prisionero de la *Reichswehr* o, en todo caso, de los magnates *junker* que poseían el control de tan disciplinado cuerpo militar. «Si basa su programa para aumentar el empleo únicamente en la fabricación de armamento, tarde o temprano nos veremos obligados a luchar, pues eso es lo único que se puede hacer con armas y tanques».

He aquí la profecía hecha realidad. Cualquier ser racional era capaz de darse cuenta de que la clase trabajadora alemana pronto se vería arrastrada a una nueva carnicería. El problema era que al parecer había muy poca gente en el mundo capaz de pensar por sí misma o al menos dispuesta a hacerlo. En Alemania muchos de ellos habían sido asesinados de un tiro en la cabeza o estaban encerrados en campos de concentración sometidos a un sistemático proceso de degradación física y mental por sus guardianes y verdugos. Lanny recordó el comentario que el Führer había hecho en una ocasión acerca de la naturaleza espiritual del ser humano: «Incluso el espíritu más fuerte puede ser destruido si quien lo posee es golpeado a muerte con una porra de goma».

—Tienes razón acerca de esos documentos, Trudi —dijo Lanny—. Son dinamita y si los tienes en un lugar seguro prefiero esperar para que me los des cuando vaya a marcharme. Cualquiera podría abrir mis maletas en el hotel. Y esta noche he sido invitado a visitar Karinhall, un lugar que —estarás de acuerdo conmigo— no es precisamente el más seguro para llevarlos.

—*Unglaublich!*[72] —exclamó la mujer—. ¿Cómo consigues ese tipo de cosas?

—Es muy sencillo. Estoy en posesión de un talón bancario por una gran suma de dinero, suficiente para que el orondo general siga siéndolo durante los próximos meses. Casualmente, su asistente personal se ha ofrecido a enseñarnos los regalos de boda, esas maravillas sobre las que han estado alardeando los medios alemanes ante el mundo entero. ¿No te gustaría venir a echarles un vistazo?

—¿Pretendes que crea en milagros cuando ni siquiera has conseguido hacerme creer en los espíritus?

—¡Ah, es cierto! ¿Has visitado a la médium?

—Lo he hecho y fue patético. Me dijo que pronto recibiría una carta de un hombre misterioso.

—Bueno, podría suceder a pesar de tus dudas. ¿Crees finalmente que lo que te conté no era un mensaje de Ludi?

—He pensado mucho en ello y me hace demasiado infeliz. Ya tengo bastantes problemas a los que enfrentarme ahora mismo en el triste mundo real.

—Yo he participado en varias *séances* últimamente pero lo único que conseguí fue un sermón de mi abuelo Samuel Budd para que atendiera a la palabra del Señor y escuchar un remedo de la voz de Marcel diciéndome que estaba pintando algunos cuadros maravillosos en el nuevo mundo, aunque la descripción que hizo de ellos carecía de la claridad que caracterizaba sus pinceladas cuando aún estaba en esta tierra.

Enseguida volvieron a hablar de los documentos que Lanny debía sacar de Alemania. «Lo haré una vez más», dijo Lanny, «pero después tendremos que buscar un nuevo sistema. La Gestapo registrará a todo aquel que entre y salga del país y no tardarán en darse cuenta de que las publicaciones coinciden con mis visitas a Alemania. De todas formas estaré en Estados Unidos durante casi todo el verano».

Lanny no le dio ninguna pista acerca de cómo había gestionado el anterior trabajo y tampoco le preguntó a Trudi cuáles habían sido las repercusiones en Berlín o si alguno de sus amigos se había metido en problemas. Ella salía a su encuentro desde la oscuridad y a la oscuridad regresaba. Sin embargo, sus reuniones transcurrían a plena luz del día y podían atraer cualquier mirada indiscreta a pesar de todas sus precauciones. Se pusieron de acuerdo para volver a verse dos días después en la esquina de siempre a las tres de la tarde. Era lo más conveniente para Lanny, pues a esa hora su mujer ya estaría

cansada de ver cuadros y lista para citarse con alguna de sus amistades. Cuando los conspiradores se vieran no se detendrían ni se dirigirían la palabra. Trudi volvería a casa para recoger los documentos y media hora más tarde se encontrarían en una esquina diferente para la entrega. Lo dos debían asegurarse de que nadie los seguía, y Lanny esperaría hasta la segunda señal de «todo despejado» antes de acercarse a ella. Una vez solventado esto, él le dio el dinero que había traído y después la llevó hasta una entrada de metro en otro vecindario. Era la misma estación en cuya escalera había visto por última vez a Freddi Robin, y el recuerdo de la escena le hizo temblar de pavor.

IV

A última hora de la tarde la enorme limusina azul celeste Mercedes del *minister-präsident general* llegó al Hotel Adion para recoger a la pareja norteamericana junto con su equipaje. Allí donde aparecía ese vehículo, los temerosos lacayos hacían una profunda reverencia, de tal modo que la reputación de la pareja extranjera quedó sellada para siempre. Los dos afortunados fueron llevados al palacio ministerial, donde el *oberleutenant* los escoltó para presenciar la ceremonia de exhibición de regalos. Tres grandes salas habían sido preparadas con ese motivo y una docena de hombres de las SS, vestidos con sus uniformes negros con remates de plata y la efigie de la calavera y las tibias cruzadas, vigilaban los tesoros expuestos en decenas de largas mesas. Era como visitar Tiffany o Gorham pero a lo grande. Cualquier joya conocida por hombre o mujer, cualquier diseño imaginable elaborado en oro y plata, estaban allí representados. El Führer le había regalado a su leal amigo uno de los tres únicos retratos existentes de Bismarck realizados por Lenbach. El novio, por su parte, le había regalado a su dama una circonita de color azul transparente de enorme tamaño y todo tipo de joyas que una mujer pueda lucir: una diadema, pendientes, un brazalete, un anillo, una gargantilla. El teniente les dijo que habían costado treinta y seis mil marcos, y no consideró necesario bajar la voz para hacerlo.

¡Esto era la gloria, esto era el éxito! El colofón de una larga ascensión por la escalera de la fama para un hombre que había empezado su carrera como humilde teniente de la *Reichswehr* sin demasiada influencia y que había pasado

como cualquier otro por las fangosas trincheras durante la guerra mundial. Pero no, incluso un momento como este era solo el principio de un vertiginoso ascenso. Hasta el último de sus gestos lo evidenciaba mientras se dirigía a sus invitados. Su paso era firme y ágil, su risa exuberante y sus apretones de manos resultaban abrumadores. Vestía un uniforme blanco con una banda azul celeste a juego con su limusina, y sus medallas y condecoraciones hicieron que Lanny se sintiera de nuevo como si estuviera ante uno de los espléndidos mostradores de Tiffany.

Cuando concluyó el evento, varios lacayos trasladaron su equipaje a un segundo coche. Junto con el general y sus invitados de honor viajarían además dos oficiales entrados en años. Furtwaengler y otro joven los seguían en el segundo vehículo, y el resto de equipajes iba a bordo de un tercero. A los pies de Lanny, bajo la alfombrilla, había un objeto que, por el modo en que se movía cada vez que lo tocaba, y como experto que era en la materia, tenía que ser sin lugar a dudas una metralleta. No podía estar seguro de si se trataba de una Budd, aunque sabía que la firma había vendido miles de ellas a los nazis para combatir a los comunistas en las calles de Alemania. *Der dicke Hermann* no dejaba nada al azar.

Durante todo el camino el gran hombre habló sobre aviones y sobre la aeronáutica como la ciencia del futuro. Hablaba utilizando muchos tecnicismos puesto que Lanny era ducho en la materia. También quiso saber cómo evolucionaba el proyecto de la Budd-Erling y Lanny, que había recibido una carta de su padre justo antes de partir hacia Berlín, no vio ningún motivo para ocultarle que el deshielo había llegado a las frías tierras de Nueva Inglaterra, por lo que los cimientos de la fábrica ya casi habían sido completados. Desde niño conocía todos los términos técnicos de la industria balística y gracias a las recientes charlas con su padre había aprendido todo lo necesario sobre la carga alar y sobrealimentación, tasas de compresión, resistencia al picado, hélices de paso controlable y un largo etcétera. Cuando mencionó casualmente que Robbie finalmente había conseguido el tan ansiado motor de mil caballos de potencia, el general exigió verlo lo antes posible. Lanny sonrió y dijo: «Será un gran placer para Robbie mostrártelo antes que a nadie».

Al parecer el jefe del estado prusiano seguía sin saber lo que era el miedo después de su reciente accidente automovilístico, pues el coche avanzaba a toda velocidad entre el tráfico haciendo sonar la quejumbrosa bocina para que los demás coches se apartaran de su camino. Ya había oscurecido cuando llegaron a los bosques de Schorfheide y lo único que los invitados pudieron ver

fueron las brillantes luces del nuevo palacio, al que eufemísticamente se referían como «pabellón de caza». Lanny ya había visto muchas construcciones como aquella tanto en el Nuevo Mundo como en el Viejo, por lo que no se sorprendió en absoluto al contemplar las enormes chimeneas, la larguísima mesa para banquetes, las pieles de oso que cubrían el suelo y las cabezas de todo tipo de criaturas astadas que colgaban de las paredes. Lo único que hacía falta era tener un cuarto de millón en cualquier moneda y una claque de arquitectos y decoradores de interiores completarían el trabajo en un plazo de tres o cuatro meses. Después un buen mayordomo se encargaría de adiestrar a toda una plantilla de criados uniformados con librea forestal, militar, medieval o digna de una *opera bouffe* si fuera necesario.

Una *filmkönigin*, sin embargo, no era tan fácil de conseguir. Para ello era necesario salir al mundo a buscarla y el precio podía ser un poco más elevado. Emmy Sonnemann era una mujer de curvas generosas, perfectamente equipada para interpretar a Brunilda o a cualquiera de las Valquirias. De hecho su voluptuosidad casi había alcanzado un punto de turgencia que rayaba la gordura. Pero ese era un detalle que ya carecía de importancia, pues había anunciado que únicamente iba a aparecer una vez más sobre los escenarios antes de retirarse de forma definitiva. Eso sería todo, y de ahora en adelante se dedicaría a cumplir su deber para con la patria, lo que constituiría además un ejemplo para todas las novias de Alemania. Tenía una abundante melena rubia, ojos de color azul claro y expresión apacible. En cuanto al color de su piel uno no podía estar seguro, pues era posible que junto al resto de su cortejo nupcial también se hubiera llevado consigo a un artista del maquillaje. Sus modales eran los de una artista más que los de un miembro de la aristocracia. Recibió a sus huéspedes con efusividad, les ofreció comida y bebida en abundancia dirigiéndose a ellos por su nombre de pila y después se sentó en el brazo de un sillón junto al novio y lo besó afectuosamente. Su primer marido había sido un líder comunista, y Lanny se preguntó qué huella habría dejado —si es que había dejado alguna— en la mente de aquella mujer. Le habría gustado estar un rato a solas con ella para intentar descubrirlo.

Resultaba obvio que se trataba de una mujer amable y algo ingenua y a Irma le gustó. Era fácil imaginar por qué el público había acudido a verla en el cine y al teatro a lo largo de los años, y también por qué los directores evitaban darle papeles que requirieran hacer gala de intensas pasiones. Cuando los dos invitados se encontraron por fin a solas en su dormitorio intercambiaron opiniones en voz baja, pues era altamente probable que el arquitecto de

Karinhall hubiera incluido en sus diseños una compleja red de escuchas por todo el edificio. No obstante, en cuanto se fueron a la cama, Irma dijo:

—¡Oh, Lanny, esa pobre mujer!

—A mí me parece que tiene exactamente lo que deseaba —se aventuró a decir el marido.

A lo que la esposa respondió, sin dejar de susurrar:

—¿Cuánto crees que pesa *der Dicke*?

V

A lo largo de sus dos años en el poder, el *minister-präsident general* había ido añadiendo un buen número de títulos a su lista. Además de *reichsminister* sin cartera, ministro de la Aviación y jefe de la Fuerza Aérea, mariscal de campo y general de la Gestapo, presidente del Reischstag y del Consejo de Estado de Prusia, era también ministro forestal y maestro cazador, lo que significaba que entre sus numerosos cometidos y responsabilidades estaba también el de poseer muchos y hermosos caballos, a pesar de que raras veces se subía a lomos de uno. Ahora deseaba enseñar su espléndida hacienda a sus dos invitados, algo de lo más aburrido para ambos, pues Irma se había criado en una mansión y no sentía el menor interés por ellas y Lanny se había visto obligado desde que era un chiquillo a entretener a todo tipo de aristócratas rurales mientras contemplaba sus magníficas propiedades; y a pesar de que no le desagradaba, consideraba que ya había tenido bastante. Emmy fue con ellos, puesto que era la novia y tenía el deber de acompañar a su hombre y decirle, cuantas veces fueran necesarias, que sus posesiones eran las más maravillosas del mundo. Lanny e Irma asentían al mismo tiempo con indiferencia y disgusto y evitaban mirarse a la cara por miedo a evidenciar lo que realmente pensaban. Uno de los hitos del lugar era el santuario en homenaje a Karin, la que fuera esposa del propietario, ante el cual se mantenía encendida constantemente una vela votiva.

A continuación, el general dedicó algo de su tiempo a gobernar Prusia por teléfono. *Como* de costumbre gritando con furia, como si esperara que pudieran escucharle sin necesidad de la línea telefónica. Después convocó a Lanny a su estudio para mantener una charla en privado, y el *playboy* percibió

al instante cómo los fríos ojos azules del asesino de masas se clavaban en él. Desde hacía cuatro o cinco años Lanny había especulado acerca de la posibilidad de la telepatía, y en ese momento pensó: «*Ach, du leiber Gott*[73], ¿y si empezara a funcionar ahora?».

Pero no ocurrió tal cosa. Hermann el Grande no era ni médium ni brujo, por lo que se veía obligado a obtener su información por los cauces habituales, y sirviéndose de gente bastante incompetente, en su opinión. Si por cada halago que recibía de sus adláteres y cada sonrisa que le dedicaba su Filmkönigin fuera capaz de obtener un informe valioso y fiable se daría por contento. Al parecer lo que deseaba era saber más sobre Stresa y sobre lo que iba a suceder en Ginebra, donde la Liga estaba llevando a cabo un solemne procedimiento de condena contra su Gobierno. ¿Habían informado sus agentes italianos a Goering acerca del encuentro que Irma y Lanny habían mantenido con los residentes británicos de Isola Bella? ¿Sabía también que había tomado el té con MacDonald y Simón? Sea como fuere, der Dicke solo debía prestar atención, pues tendría ocasión de escuchar lo que su marchante de arte tenía que decirle sobre los principales hombres de estado de los tres aliados de Stresa.

Lanny había permanecido despierto hasta altas horas de la madrugada reflexionando sobre el peculiar problema al que se enfrentaba. Como había hecho hasta el momento, debía asumir una pose de omnisciencia ante el orondo general y al mismo tiempo decirle únicamente cosas que ya supiera. También debía tener mucho cuidado para no utilizar demasiada información de cuanto Trudi le había contado. Podría revelar ciertas generalidades, que sin duda ya conocería. Pero debía evitar a toda costa exponerlas de tal modo que si alguna vez eran publicadas acudieran de nuevo a la mente de Goering: «¡Exactamente lo mismo que me contó Lanny Budd!».

VI

El experto en arte comenzó con un resumen de la situación que el cínico Pete le había dejado leer antes de enviar el artículo por cable a Nueva York. «Mi impresión general es que tú y el Führer no tenéis mucho de qué preocuparos en este caso. Os habéis salido con la vuestra, como decimos en los Estados

Unidos. Os habéis llevado un pequeño cachete en Stresa y puede que recibáis alguno más a lo largo del año, pero nadie va a ir detrás de vosotros a punta de pistola».

—Estamos en plena partida de póquer —respondió el general— y nuestras apuestas son muy altas.

—Tu juego no es muy fuerte, aunque lo mismo puede decirse de tus oponentes. Además, siempre es posible cambiar las reglas a mitad del juego — algo que no está permitido jugando a las cartas.

El general sonrió. La inteligencia de ese joven aparentemente ocioso no dejaba de sorprenderle y por eso deseaba tanto ponerle a trabajar a su servicio.

—¿Entonces no crees que nuestros adversarios vayan a «sancionarnos»?

—Saber lo que yo pienso, Hermann, no te serviría de nada. Solo te hablo de la opinión general de las personas que poseen información privilegiada acerca de la situación, tanto diplomáticos como periodistas, y conozco a un buen número de ellos. En Isola Bella dedicaron la mayor parte del tiempo a tratar de descubrir el modo de aparentar que estaban haciendo algo cuando en realidad no hacían nada. Gran parte de la opinión pública en Francia y Gran Bretaña clamaba porque sus gobiernos pasaran a la acción, y para eso es necesario parecer decidido, incluso amenazador. Sin embargo ninguno de esos países está dispuesto a actuar porque no confían los unos en los otros. Fíjate en el caso de Gran Bretaña e Italia. ¿Qué acuerdo podrían alcanzar ahora que Mussolini está decidido a ocupar Abisinia? ¿Le permitirá Gran Bretaña quedarse con el lago Tsana para meter su pezuña en el canal de Suez? ¡Por supuesto que no!

—¿De veras crees que está decidido?

—¿Con todas esas tropas en Eritrea y más de camino? Desde luego no van para disfrutar de ese calor infernal. ¿Y por qué Mussolini se ha tomado tantas molestias en llegar a un acuerdo con Laval? Sin duda el mismo Duce está anonadado por todo lo que ha conseguido. Nunca habría creído que hubiera un hombre en Francia tan tonto como para firmar semejante acuerdo.

—¿A qué acuerdo te refieres?

—*Na, na, Hermann!* ¡Sabes mucho más que yo sobre eso!

—Naturalmente he oído rumores pero me interesa saber si tu información coincide con la mía.

—Bien, lo que yo sé es que alcanzaron rápidamente un acuerdo sólido para que Francia no interfiera en la aventura de Mussolini. Y además Laval cooperará con él para asegurarse de que vosotros no avanzáis para recuperar viejos territorios.

—¿Se sabe eso en los círculos diplomáticos?

—Lo sabe quien tiene derecho a saberlo. Supe todos los detalles en cuanto se cerró el trato. Lo que sucede es que mi padre y yo conocemos a algunos de los amos de Laval antes de que ganara tanto dinero y él todavía les consulta.

—¿Qué es exactamente lo que espera conseguir Laval con este acuerdo?

—Es lo bastante idiota como para creer que ha conseguido un aliado. Yo podría asegurarle lo contrario, pues conocí personalmente a Mussolini hace mucho tiempo. Le oí hablar en público cuando yo era joven y mi padre era amigo del embajador estadounidense en Italia, en la época en que Mussolini se hizo famoso por su marcha hacia la Ciudad Eterna a bordo de un automóvil. Richard Washburn Child era lo que su segundo apellido sugiere. Pensaba que estaba salvando la civilización al conseguir que la casa Morgan le hiciera un préstamo a Mussolini por valor de doscientos millones de dólares para empezar a construir su imperio. Del mismo modo que ahora Laval piensa que está salvando a Francia haciéndose amigo del hombre que está enseñando a sus jóvenes balillas que Niza y Savoya, Córcega y Túnez no son sino provincias del nuevo Imperio romano.

—¿Cuánto tiempo aguantará esa situación el pueblo francés?

—No depende del pueblo sino del Comité des Forges. Mi padre y yo vistamos no hace mucho a Sájarov y tuvimos oportunidad de escuchar cómo describía en detalle la actual situación. La actitud de esos hombres es la misma que uno esperaría encontrarse en Alemania. He oído a Thyssen y Hugenberg explicarlo en los tiempos en que te apoyaban: quieren ley y orden y quieren acabar con los comunistas. En Francia hay actualmente un fuerte movimiento entre los rojos de todas las tonalidades para construir un Frente Popular, y los hombres de negocios buscan un líder fuerte, un movimiento, una alianza capaz de ponerles freno. Estarían dispuestos a hacer negocios contigo si les cedierais su parte en los mercados de Europa Oriental.

—¿Estarías dispuesto a entregarles a esos caballeros un mensaje de mi parte?

—No te beneficiaría que lo hiciera. De ese modo me estaría etiquetando y desde ese momento se volverían muy cuidadosos al hablar delante de mí. En resumen, soy norteamericano y por tanto neutral. Un caballero ocioso que hace preguntas ingenuas. Pero hablan más despreocupadamente incluso con mi padre, pues él pertenece a su clase y a cambio él les cuenta lo que desean saber sobre América. Debes entender la relación que tengo con mi padre. Él siempre deseó que me convirtiera en su ayudante. Me educó para ello desde la infancia y me enseñó a mantener en secreto sus negocios pasara lo que pasara.

Como vendedor de armas siempre se ha relacionado con personas de elevado estatus en multitud de países. Yo solía salir a navegar con generales y para mí un embajador era un tipo a quien podía ganar jugando al tenis porque estaba en una pésima forma física.

VII

De modo que el *playboy* norteamericano siguió largando y soltando al aire los nombres de los hombres más importantes del mundo como si fueran las pelotas multicolores del número de un malabarista. Pero ¿le había dicho a Hermann Wilhelm Goering algo que no supiera? Esperaba que no. No obstante cuanto había dicho era cierto y en cada caso Lanny aportaba varias posibles fuentes de las que podría haber obtenido esa información en particular. Tampoco había dicho que lucra amigo íntimo de Ramsay MacDonald, *sir* John Simón, Anthony Edén o ningún otro, y se limitaba a contar anécdotas acerca de sus peculiaridades personales, citando en ocasiones ciertas frases que cualquiera de ellos podría haber dicho. Era difícil dar con alguien a quien no hubiera conocido.

Habló de las negociaciones entre Inglaterra y Alemania sobre limitación naval, que supuestamente constituían el secreto de Estado mejor guardado en la actualidad. Hizo alusión, de pasada y como si se tratara de algo bien sabido, a los doce submarinos que Alemania estaba construyendo en Wilhelmshaven —a pesar de la explícita prohibición de Versalles y el *démentis* de la Wilhelmstrasse— e incluso al tonelaje de los acorazados que tenían en proyecto. Por supuesto Alemania estaba preparándose para combatir a Rusia, no a Francia, o al menos era eso lo que Laval y sus amigos habían decidido creer. «El asunto será diferente cuando estéis preparados para avanzar hacia Renania», dijo el *playboy* con una sonrisa en los labios, y el gordo general no trató de negar ni contradecir ninguna de sus poco diplomáticas suposiciones. El general se preguntaría en esos momentos si habría estado hablando en sueños o si el norteamericano había consultado a esa médium polaca a la que alojaba en su hogar ¡acerca de la cual la esposa de Lanny había estado conversando con la mujer de Hermann!

Como resultado del encuentro, Goering se dio cuenta definitivamente de lo valioso que era su amigo ¡Y a un precio ridículo! Se le ocurrió entonces que sería un sabio movimiento incrementar su remuneración de inmediato.

—*Sagen Sie mal*, Lanny —dijo—. La venta del resto de los cuadros te está causando problemas, ¿no es cierto? ¿Los precios son demasiado elevados?

—Me temo que sí. Recordarás que te lo advertí. Nadie tiene actualmente tanto dinero como hace diez años. Excepto quizá tú, Hermann.

El gordo echó la cabeza hacia atrás riendo a carcajadas. La insolencia del comentario le pareció deliciosa. El general estaba experimentando en esos momentos las mismas sensaciones que incitaban a los antiguos reyes a tener un bufón en la corte: una mezcla de aburrimiento y deseo de adulación, el empalagoso efecto de los halagos, la necesidad del espíritu humano de descubrir y experimentar nuevos sabores y sensaciones, el intenso y a veces amargo sabor que deja cualquier interacción social una vez concluida.

—Ya me ofrecí a dividir los beneficios —dijo el amo de toda Prusia— y, como recordarás, no puse límites a tus exigencias.

—Soy un experto en arte —respondió el norteamericano— y mi deseo es encontrar compradores para hermosas obras maestras.

—Bien, puesto que ese es tu deseo, reduciré el precio de las mías. ¿Servirá de algo?

—Podría, si lo que quieres es deshacerte de los cuadros.

—*Jawohl*, supón que bajo un diez por ciento el precio de todos los restantes. ¿O sería mejor el veinte?

—No deberías preguntarme ese tipo de cosas, pues como representante de los intereses de mis clientes mi deber es conseguirles el precio más bajo posible.

—No me importa arriesgarme. Limítate a vender el resto de cuadros al precio que consideres justo. Quiero demostrarte que confío en ti.

—Eso es muy amable de tu parte —dijo Lanny—. No recuerdo a ningún propietario que haya adoptado conmigo semejante actitud.

—Como comprenderás, el arte no constituye mi principal interés en estos momentos —respondió el orondo comandante.

Por un instante Lanny creyó ver un destello de humanidad en aquellos fríos ojos azules y se vio obligado a repetirse: «¡No olvides que es un asesino!».

VIII

A última hora de la tarde, uno de los coches de servicio llevó a los invitados de vuelta a Berlín y a la mañana siguiente Lanny visitó el antiguo palacio de Johannes Robin, hizo entrega del talón bancario, examinó los tres cuadros y supervisó a los lacayos mientras los transportaban hasta su coche. Recibió otro valioso documento de venta y los permisos de salida para él y su esposa. Irma le había propuesto que se marcharan inmediatamente pero Lanny le había dicho que había varias exposiciones que aún quería visitar. Irma tenía un compromiso para comer, seguido de una larga sesión de un juego llamado *bridge*, cuyas reglas son internacionales e imposibles de modificar durante la partida.

A las tres menos cuarto Lanny conducía por el distrito de Moabit, callejeando a poca velocidad y mirando el espejo retrovisor para asegurarse de que ningún otro coche seguía su excéntrica ruta. Atravesaba cañones de piedra y ladrillo, un interminable paisaje conformado por bloques de edificios de seis plantas que se habían convertido en la actualidad en las viviendas habituales para los proletarios de todas las megalópolis del mundo. Aquí estaban más limpias y parecían menos lúgubres que en cualquier otra ciudad que Lanny hubiera visitado, y en plena primavera los maceteros con flores que decoraban las ventanas conseguían que la escena resultara casi alegre. Nadie excepto los niños le prestaba atención al coche que avanzaba silenciosamente y el conductor no se veía obligado a pasar dos veces ante el mismo bloque para matar el tiempo, pues había infinidad de ellos y, de no ser por las placas que identificaban las calles por su nombre, habría resultado imposible distinguirlos. Y lo mismo ocurría con los habitantes del vecindario, criaturas monótonas y sumisas, prisioneros de la máquina, moradores de las simas del capitalismo.

Con su reloj colocado en el asiento de al lado, Lanny llegó a la ya familiar esquina cuando la aguja estaba a punto de alcanzar las quince horas, como decían en el continente. Buscó a su alrededor la figura vestida de gris tocada con su sombrerito de paja negro pero no la encontró, de modo que redujo la velocidad para observar el cruce por donde la había visto llegar en anteriores ocasiones. No estaba allí y tampoco la vio acercarse por la calle que él acababa de dejar atrás. Habían sincronizado sus relojes, aunque por supuesto uno de los dos podía dar mal la hora. De modo que después de recorrer otras dos

calles giró a la derecha y dio la vuelta para regresar al punto de encuentro. Una vez más miró en todas direcciones pero no había ni rastro de Trudi.

Empezaba a preocuparse. Elia siempre había sido puntual y él estaba seguro de que nada le habría impedido acudir a la cita, exceptuando que estuviera físicamente impedida. Habían repetido los detalles del encuentro con sumo cuidado para evitar posibles equívocos. En caso de haber llegado demasiado pronto, ella no se habría marchado sin antes esperar, o en todo caso habría regresado poco después para buscarle. Quizá era eso lo que había ocurrido mientras él daba el rodeo. Siguió conduciendo calle abajo y en esta ocasión giró hacia la izquierda, en dirección a otra serie de bloques para no llamar la atención. Miró los nombres de las placas para asegurarse de que no se había equivocado de calle. Esa era la esquina y ya habían pasado quince minutos desde la hora de encuentro.

Repitió el mismo procedimiento durante un buen rato, conduciendo de un lado a otro y rodeando una y otra vez los cuatro bloques de edificios entre los cuales discurría el cruce. Decidió que uno de los dos se había equivocado. Seguramente Trudi estaría esperándole en la otra esquina, la elegida para la entrega de los documentos. Se dirigió hacia el lugar y procedió del mismo modo, atravesando lentamente una calle tras otra antes de regresar. Pero fue en vano. Volvió al punto de encuentro original y dio varios rodeos más mirando en todas direcciones, no solamente en busca de Trudi sino esperando descubrir también a una patrulla de soldados de asalto —o cualquier otro uniforme nazi—, agentes de la policía o transeúntes ociosos que pudieran fijarse en el lujoso coche atrayendo la atención sobre su conspicuo deambular.

IX

Finalmente Lanny llegó a la conclusión de que había ocurrido lo peor. Trudi Schultz no iba a presentarse a la cita y él no sacaría nada en claro esperando más tiempo. Se rindió y siguió conduciendo al azar por los bulevares sin poder dejar de pensar en el asunto. Algo le había ocurrido a su camarada después de haber sido engullida por aquella oscuridad en la que se sumergió tras despedirse. Algo serio, pues ninguna otra cosa le habría impedido venir. Quizá la había atropellado un coche o había sufrido algún tipo de accidente.

Pero mucho más probable era otro escenario que a Lanny le hacía temblar de pavor: ¡que la Gestapo la hubiera atrapado!

Quizá llevaran tiempo siguiéndole los pasos y al darse cuenta ella se había visto obligada a huir. Quizá había pasado a ser una «célula durmiente» de su red clandestina, como solía decirse de los camaradas que ante una amenaza seria no podían regresar a casa ni pasar dos noches seguidas en el mismo lugar. Si era eso lo que había ocurrido, Trudi haría todo lo posible por enviarle una nota al Adion y encontraría el mensaje adecuado para hacerle entender que estaba en peligro. Habían hablado sobre esa posibilidad y ella debía ser muy cauta a la hora de escribir para que ni el agente de policía más astuto fuera capaz de encontrar nada comprometedor.

Por supuesto, si la Gestapo la había detenido ya estarían torturándola para sacarle por la fuerza todos sus secretos. Quizá llevara ya dos días detenida y, de ser así, su delicada y graciosa figura habría quedado reducida a un puñado de restos temblorosos y aterrorizados, una sombra irreconocible de cuanto había sido. El mero hecho de pensar en ello hizo que Lanny Budd se mareara y un sudor frío empapó su frente. Detuvo el coche cerca de la Potsdamer Platz y se cubrió el rostro con las manos rehuyendo la mirada de los transeúntes. En ese instante solo era capaz de pensar en Trudi y ni se le pasó por la cabeza su propia seguridad, pues no le cabía duda de que aquella mujer estaba dispuesta a morir una y mil veces antes de revelar el nombre de uno solo de sus amigos. Pero entonces pensó: «¡Quizá tengan también a Monck!». Pensó: «¡Monck debe de ser su agente infiltrado!». Trudi no había vuelto a mencionar a aquel hombre desde su primer encuentro y Lanny no tenía la menor idea acerca de quién era o dónde estaba. Si era un espía o si había cedido a la tortura y había hablado, entonces también Lanny corría un serio peligro y en lugar de deambular por las calles de Berlín debería estar pensando en ir a buscar a su esposa, recoger sus pertenencias y salir a toda velocidad hacia la frontera.

X

Una vez más, el amante de *die schönen Künste*[74] se enfrentaba cara a cara con la tragedia que se había cernido sobre Alemania. Uno de los pueblos más civilizados de la tierra había caído en las garras del monstruo. ¡Se hallaba bajo

el influjo del sueño convertido en realidad de ese lunático que amenazaba con destruir y hacer desaparecer cualquier rastro de decencia y humanidad en los sesenta millones de almas que habitaban el país! Todo ciudadano de esta tierra debía someterse y convertirse en su esclavo, debía sudar, sangrar y trabajar hasta extenuarse, compartir la vileza de sus crímenes y entregar a sus hijos para que él deformara sus mentes y pudiera convertirlos en monstruos a su imagen y semejanza. ¡Lo contrario significaba sacrificar para siempre su seguridad y la de los suyos, convertirse en la presa de una cacería, en un alma perseguida; vivir con la certeza de que el mal le persigue y vigila sus pasos día y noche rondando en su propio hogar, sobornando a sus sirvientes, enseñando a sus hijos a denunciar y a buscarle la ruina! La más leve equivocación, una mirada o una palabra fuera de lugar —o, peor aún, la mentira de un enemigo, un empleado despedido o un sirviente resentido, un rival en el amor o en los negocios— podía arrastrarle a una mazmorra subterránea para ser sometido a torturas tan terribles que pronto desearía la muerte.

Lanny revivió los días de la desaparición de Freddi Robin. La incertidumbre y el miedo a imaginar una y otra vez los más terribles desenlaces, a sabiendas de que ninguno podía ser tan terrible como la realidad. Llamadas y mensajes que nunca llegaban, la interminable espera de noticias que jamás se concretaban. En aquella ocasión al menos podía hablar de ello con Irma, disfrutar del privilegio de compartir con un ser querido lo que uno piensa, en la relativa privacidad del dormitorio o de un automóvil en marcha. Esta vez, sin embargo, no podía contar con nadie. Tendría que llevar a solas la pesada carga. Y no solo eso, también se vería obligado a engañar a su mujer, a representar un papel para impedir que ella se diera cuenta de lo que le atribulaba.

Al principio pensó que no podría soportarlo. En cuanto estuviera en el coche con Irma le contaría la verdad y se pondría por completo a su merced. Pero sabía que esta vez ella no tendría piedad. Le había dejado muy clara su postura y le había advertido sin ambages lo que ocurriría. Había soportado la situación en el caso de Freddi por pura obligación. Porque Freddi era hermano del cuñado de Lanny e Irma había sido una invitada en su hogar y en el yate de su padre. Esos eran lazos que no se podían ignorar por mucho que uno los aborreciera. Pero ¿qué le debía Irma a Trudi Schultz?

Se había encontrado con Trudi en dos ocasiones: una durante una reunión en la escuela, donde todo el mundo le había resultado antipático; y otra cuando la joven pareja de artistas había sido invitada a un evento en el palacio de los Robin, donde fueron ellos quienes se sintieron fuera de lugar sin ser

capaces de disimularlo. Para Irma ninguna tonalidad de rosa se diferenciaba demasiado del rojo, y si los Schultz no eran comunistas entonces eran unos ingenuos igual que Lanny. Eran ellos quienes habían traído el terror nazi, «se lo habían buscado», dicho en el actual argot estadounidense. Ahora bien, si querían derrocar al Gobierno de Alemania era asunto suyo, y si Lanny tenía intención de ayudarles eso solo le concernía a él, pero en ningún caso iba a convertirse en la responsabilidad de Irma Barnes.

No, Lanny debía regresar al hotel y dedicarse a hablar de los cuadros que había visto esa tarde. Y tendría que inventar alguna excusa para permanecer en Berlín, pues estaba decidido a presentarse una vez más en la esquina elegida para el encuentro a las doce y a las tres de la tarde. Algo había ocurrido. Trudi podría haber sufrido un desmayo a causa de la desnutrición o quizá había tropezado y se había fracturado el tobillo. Tenía que conseguir algún periódico vespertino para comprobar si había alguna noticia sobre una joven sin identificar que había perdido el conocimiento al ser arrollada por un taxi o había sido asaltada por un ladrón. También debía ocuparse de buscar alguna distracción en la sección de entretenimiento y persuadir a Irma de que debían asistir. En cuanto llegara al hotel llamaría a cualquier marchante o coleccionista y concertaría una cita con él para ver un cuadro e intentar fijar un precio.

Así mantendría su mente ocupada y evitaría darle vueltas a la posibilidad de que los sabuesos sedientos de sangre del general estuvieran en esos momentos siguiendo sus pasos, de que los torturadores del todopoderoso comandante estuvieran ya afilando sus cuchillos y haciendo silbar sus brutales látigos. Lanny Budd, que había hecho un gran esfuerzo para disfrutar de la hospitalidad de Karinhall, obteniendo un razonable éxito, no podía evitar ahora pensar en algo muy distinto: «¡Ese gordo mugriento ya habrá conseguido recuperar los documentos robados y se estará asegurando de obtener la confesión de Trudi!». Pensaba: «Debí haberle pegado un tiro al hijo de puta cuando tuve oportunidad». Pero no, en realidad eso no habría cambiado nada. Algún otro nazi perfectamente cualificado habría tomado el relevo de inmediato y el sistema se habría vuelto aún más eficiente y despiadado. Lo que hacía falta era contar la verdad, gritarla desde los tejados más altos para que el mundo entero supiera lo que estaba ocurriendo. Cuando consiguió tranquilizarse, Lanny reflexionó tratando de vislumbrar el futuro inmediato, pero era como intentar ver el fondo del cráter de un volcán en erupción.

XI

Irma aún no había regresado cuando él llegó al hotel de modo que aún tenía algo de tiempo para tratar de recuperar la compostura. Consultó sus archivos y encontró un cuadro por el que no le resultaría difícil obtener rápidamente un precio. Si lo conseguía enviaría algunos telegramas y así tendría una excusa para postergar la partida mientras esperaba respuesta. Por la noche llevaría a Irma al cine evitando así que se impacientara más de lo necesario. Las películas se proyectaban a oscuras, algo de lo más conveniente, pues de ese modo él podría cerrar los ojos y pensar en Trudi a merced de la Gestapo sin que Irma pudiera ver su rostro desencajado por el miedo y la rabia. Y si se echaba a temblar al imaginar su sufrimiento quizá Irma lo achacara a la emoción suscitada por los eventos de la pantalla.

No llegaba ningún mensaje. No ocurría nada. Y para Lanny era como estar atrapado en una de esas pesadillas recurrentes. Sin embargo, en el caso de Freddi Robin había sido capaz de obtener información, puesto que contaba con la ayuda de un nazi que no era leal a la causa. Pero ahora ese nazi estaba muerto. ¿Cómo iba a encontrar a otro? No había una sola persona en toda Alemania a la que pudiera mencionarle el nombre de Trudi Schultz sin arriesgarse a destruir no solamente a su amiga y a sus camaradas sino también cualquier oportunidad que pudieran tener de alcanzar el éxito en su empresa.

Irma se mostró inesperadamente comprensiva ante la perspectiva de quedarse un día más. Se esforzaba por ser considerada y justa. Acompañó a su marido a ver el cuadro en cuestión y se mostró de acuerdo en que era una obra que merecía la pena, aunque su precio resultaba excesivo. Tanto que Lanny enseguida supo que no podría ofrecérselo a ninguno de sus clientes. Aunque no lo comentó con su mujer y se limitó a decirle que enviaría algunos telegramas. Quizá se vieran obligados a esperar un par de días más, comentó de manera casual, y solo entonces Irma se mostró contrariada. Tendrían que fijar un límite para todos esos retrasos. Le había hecho promesas a su madre y también tenían un compromiso en Londres. «De veras quiero que hagas lo que te gusta, Lanny, ¡pero no es justo que nos conviertas a los dos en esclavos de este negocio del arte!».

Había cometido el error de escoger un cuadro con un propietario respetable —y que no era nazi—, algo que Irma aprovechó como argumento a su favor, puesto que si la venta finalmente se cerraba tendrían la seguridad de que la pintura elegida sería enviada sin necesidad de supervisar su expedición

al nuevo propietario. «¡Por Dios santo, yo misma estoy dispuesta a hacerme cargo del seguro y de los demás costes si ese hombre decidiera jugártela!». ¿Qué podía responder a eso? Rogó para que le concediera veinticuatro horas más prometiendo que se marcharían a primera hora de la mañana, y por fin ella cedió.

Después de todo, ¿qué sentido tenía permanecer allí? Si el objetivo era sacar los documentos del país, Trudi encontraría a otra persona capaz de hacerlo. Monck los podría llevar a Inglaterra para enviárselos a Lanny desde allí por correo certificado. Y Lanny se los reenviaría a Rick de la misma manera. En cuanto a la terrible angustia que le consumía, igualmente podía tratar de digerirla estando en Londres o en Long Island. Quizá le resultaría incluso más fácil, ya que al menos de ese modo se ahorraría la tensión añadida que le suponía tener que engañar a su esposa. Y si recibía un mensaje de Trudi, si se le ocurría algún modo de salvarla, podía subirse en cualquier momento a un vapor para atravesar el Atlántico y no le costaría inventarse una nueva excusa igual que la última para justificar su regreso a Berlín.

XII

¿Era un acto cobarde por parte de un socialista marcharse de ese modo abandonando a su suerte a una camarada en apuros? Esta era la misión de Trudi, se decía una y otra vez a sí mismo. Ella la había escogido y conocía perfectamente los riesgos. Se había negado a facilitarle algún medio para retomar el contacto en caso de urgencia, de modo que no podía culparle por no hacerlo ahora. No obstante eso no le impedía sentirse frustrado por el hecho de tener que retomar su papel de príncipe consorte de la famosa heredera, por volver a acompañarla a todo tipo de eventos y verse obligado a mentirle, puesto que ella no le permitía hacer gala de su conciencia social. Le había dicho a Trudi que podía conseguir dinero para la causa pero solo sería capaz de hacerlo si seguía perteneciendo a ese mundo de lujos y privilegios, y ella se había alegrado de poder contar con semejante ayuda. Sin embargo la cosa había acabado mal y, mientras ella se pudría en las mazmorras de la Gestapo, él abandonaría Berlín al volante de su elegante coche y atravesaría el océano en un crucero de lujo para pasar el verano en una mansión de Long

Island con cincuenta o sesenta criados a su servicio. ¡No existía argumento capaz de justificar semejante división del trabajo!

Se terminaba el tiempo y seguía sin recibir noticias, de modo que la mañana en que debían partir Lanny se dispuso a recoger sus cosas con el corazón abatido. Deliberadamente se lo tomó con calma por si al fin llegaba algún mensaje con el correo del mediodía. No tenían por qué darse prisa, le dijo a su mujer, hacía un día luminoso y conduciría deprisa para llegar a tiempo al ferri que debía partir de Hoek van Holland al anochecer. Entretanto le contó las últimas noticias de la cumbre de Ginebra. Con el correo de la mañana había llegado una carta de Pete y Lanny leía ahora en voz alta un artículo del periódico matinal que confirmaba lo que el periodista le había contado. El comité de la Liga de Naciones había convocado varios subcomités, una argucia bien conocida para posponer la toma de decisiones y por tanto también cualquier acción por su parte. Lanny trató de distraer a su esposa hablando sobre el reportero, nacido en Nápoles y criado en Brooklyn, y que no obstante solía mirar con desdén a todos los «espaguetis». Irma, que sentía una curiosidad innata por la gente que la rodeaba, se dejó camelar.

Finalmente llegó el momento en que el marido ya no pudo recurrir a más distracciones ni excusas. Los mozos recogieron su equipaje y lo llevaron al coche. Lanny bajó a la recepción para pagar la cuenta y le preguntó al encargado del correo si había algo para él, pero no había nada. El coche aguardaba ya en la entrada e Irma apareció con un discreto y elegante vestido de viaje, siempre consciente de su madura belleza morena y de las miradas de cuantos hombres y mujeres la rodeaban. Un espléndido personaje de gran estatura vestido de uniforme le abrió la puerta y a continuación se apresuró a esperarla junto al coche. Los botones hicieron reverencias y Lanny siguió los pasos de la dama sin escatimar propinas entre los empleados —otra de sus funciones.

Irma ocupó su asiento en el coche y, cuando Lanny se disponía a rodear el vehículo para ponerse al volante, un botones salió corriendo del hotel para entregarle una carta. «¡Oh, Dios!», pensó Lanny conteniendo el aliento y tratando de aplacar los latidos de su corazón. Era uno de esos sobres baratos que Trudi solía utilizar y tampoco había duda sobre la caligrafía. La abrió apresuradamente y leyó:

Querido señor Budd:

Circunstancias muy urgentes me han impedido completar a tiempo los bocetos que le prometí. Por favor, acepte mis disculpas.

Glückliche Überfahrt!

Se subió al coche ligeramente mareado. «¿De qué se trata?», preguntó Irma al instante, y él ya había planeado la respuesta: «Es una joven artista cuyo trabajo me ha gustado. Había prometido enviarme algunos bocetos pero al parecer algo se lo impidió». Le enseñó la carta a su esposa para evitar que le mirara al menos durante unos instantes.

—¿Era esto lo que te ha hecho esperar? —preguntó ella.

—No, no —respondió él—. Podría habérmelos enviado también por correo.

—Kornmahler —comentó ella—. Qué nombre tan extraño.

—Probablemente judío —dijo él mientras arrancaba el coche.

«Moledor de grano» en lugar de «Molinero». Trudi sabía que él percibiría el matiz. ¡Estaría escondida en algún sitio y se había visto obligada a cambiar de nombre de repente! También le decía que no había nada que pudiera hacer por ella. ¡Feliz travesía! *Bon voyage!*

LIBRO TRES
LO PEOR AÚN ESTÁ POR LLEGAR

10
LA CABEZA QUE LLEVA LA CORONA

I

Los deseos forman parte de la naturaleza humana y el proceso de civilización depende de ellos. Las criaturas dan forma a ideales, se ponen metas y a continuación dedican todo su empeño en alcanzarlas. Cuando lo han logrado miran a su alrededor y descubren que no es del todo de su agrado, que podría ser mejor. Y en ese mismo instante ya están elaborando algún nuevo ideal, ya se están fijando nuevos objetivos. Estas trágicas y desgraciadas criaturas son de dos clases: las que ocupan un estrato tan bajo de la escala social que no les permite albergar esperanzas de satisfacer sus deseos, y las del otro extremo de la pirámide, tan hastiadas de todo lo que poseen que no tienen nada que desear, por lo que no se ven en la necesidad de ponerse a prueba y nunca llegarán a desarrollar al máximo sus capacidades innatas.

Lanny Budd era una de estas últimas y desafortunadas criaturas. O al menos así se sentía al verse obligado a representar el papel de príncipe consorte en la mansión de Long Island. Era el joven señor de Shore Acres, el único varón que allí detentaba cierta autoridad. Aunque las mujeres eran las propietarias del palacio y lo gobernaban, delegaban en él algunos de sus derechos. Lo hacían porque deseaban que permaneciera el mayor tiempo posible a su lado y querían que semejante escenario fuera fuente de satisfacción de todas sus necesidades. Sin embargo, al ver que no lo conseguían se sentían desconcertadas. Le observaban ansiosamente en busca de signos de infelicidad y los sirvientes lo percibían, pues nunca se les escapaba el menor detalle de cuanto sucedía en el hogar de sus patrones, en torno a los cuales gravitaban sus vidas. Al señor Lanny no le gusta este lugar,

el señor Lanny quiere regresar a Europa y llevarse con él a su esposa y a su hija. Si se marcha recortarán el personal y muchos de nosotros perderemos nuestros agradables trabajos. De modo que tendremos que descubrir qué es lo que echa en falta el señor Lanny y se lo serviremos en bandeja de plata, o quizá con la cubertería de oro que está guardada en la caja de caudales del dormitorio de la señora. El señor es amable, de modo que saludémosle cada mañana con un alegre «¡Buenos días!». Últimamente parece estar preocupado, así que intentemos distraerle sin que se dé cuenta. Ahora frunce el ceño. ¿Es que hemos hecho algo para disgustarle?

El joven amo tiene algo especial, algo realmente insólito. El señor Binks, el segundo lacayo, afirma que es socialista. Siempre compra periódicos de ese tipo y cuando los tira a la papelera el señor Binks los lee, y también él ahora suelta discursos socialistas en la casa. Dice que los ricos son un montón de parásitos y que deberían ponerse a trabajar como todo el mundo. Por Dios santo, ¿cómo es posible complacer a un joven amo así? ¿Siendo un mal sirviente en vez de uno bueno? El señor Binks lee en voz alta una frase que el señor Lanny ha subrayado, se trata de una cita de un sujeto llamado Walt Whitman, que dice: «No me deis ni amos ni sirvientes, dadme camaradas y amigos». ¿Y qué diablos significa eso? ¿Le gustaría al señor Lanny que nos sentáramos con él en su estudio como si fuéramos sus camaradas? ¿Qué le parecería eso a la señorita Irma? Los criados más viejos aún la llamaban señorita Irma. ¿Acaso se trataba de un privilegio que señalaba su rango?

II

La directora ejecutiva de la hacienda es la señora Fanny Barnes, *née* Vandringham, y es una mujer de la vieja escuela, poco amiga de disparates. Cuando ella está en casa los criados saben bien a qué atenerse, y eso ocurre la mayor parte del tiempo. Saben cuanto hay que saber acerca de ella y su familia, pues en una de las numerosas casitas que alberga la propiedad residen ancianos pensionistas, entre ellos una mujer que había sido enfermera de la señora Barnes y era una fuente inagotable de conocimientos sobre la estirpe. Recordaba las fuertes discusiones que J. Paramount Barnes, el rey de los servicios públicos, solía mantener con su esposa, motivo por el que no le había

dejado a ella sus propiedades sino a la señorita Irma, o más exactamente a sus fideicomisarios, hasta que ella cumpliera los treinta años y se convirtiera en heredera universal. Entretanto la joven no estaba en casa la mayor parte del tiempo y no mostraba demasiado interés por sus posesiones, por lo que la señora Barnes hacía las cosas a su manera y era una patrona de armas tomar.

Sin embargo, quien se había convertido en el verdadero foco de atención de aquel lugar era la pequeña Frances, la niña de los veintitrés millones de dólares, como aún la llamaba la prensa a pesar de que el valor de su fortuna se había visto reducido a la mitad a causa de la Depresión. Pero las cosas estaban mejorando y las inversiones volvían a dar beneficios. Algo así debería de ser motivo de alegría para las clases acaudaladas, pero al parecer casi todo se les iba en pagar impuestos. Las damas y caballeros se llevan las manos a la cabeza y le echan la culpa de su ruina al presidente, dirigiéndole todo tipo de insultos. El señor Lanny se ríe y los provoca y en ocasiones se mete en discusiones. Evidentemente eso es lo que implica ser un socialista, uno puede alegrarse porque carguen con impuestos a los ricos a pesar de ser uno de ellos. ¡Algo realmente difícil de imaginar!

Para la señora Barnes su pequeña nieta es la posesión más preciada y la protege igual que un viejo dragón. La ha llevado a dormir a su habitación y no le importa que la despierte por las noches. La observa mientras come y ordena llamar al doctor cada vez que estornuda, y no le agrada lo más mínimo que la saquen de casa. Siente celos de la madre del señor Lanny, que vive en Francia y tiene a la pequeña la mayor parte del tiempo. Pero la señora Barnes no permite que el señor Lanny lo sepa. Se traga su orgullo y hace todo lo posible por complacerlo y conseguir que se sienta en Shore Acres como en su propia casa. Cada poco echa de casa a su hermano o le suelta constantes reprimendas porque habla demasiado y aburre al señor Lanny con sus opiniones, especialmente sobre política y sobre el mercado de valores y ese tipo de cosas. «¡Cierra esa estúpida boca!», dice ella, lo bastante alto como para que su doncella la oiga y por supuesto la historia se difundía por las dependencias de la servidumbre antes de que acabe la jornada. ¡Pobre Horace Vandringham! Nadie siente lástima por él porque es un tipo dominante que arma mucho alboroto y crea constantes problemas a los criados, dándoles órdenes a pesar de no tener ningún derecho a hacerlo. No se hace a la idea de que se ha convertido en un vagabundo que vive de la caridad, aunque el orgullo de su hermana le impida enviarlo definitivamente a vivir con el resto de los pensionistas de la familia.

Lanny e Irma son los auténticos privilegiados, la reina soberana y su príncipe consorte, a los que todos sirven gustosamente. Son alegres y despreocupados, se ríen mucho, son atractivos y siempre van vestidos a la última moda. ¡Sin duda los dos son la envidia del mundo entero! Y sin embargo tampoco son completamente felices, no resulta difícil darse cuenta al observarlos de cerca. Circulan historias sobre palabras malhumoradas y miradas de exasperación. Salen muy a menudo y los criados no siempre saben con seguridad qué es lo que ocurre, aunque no les cuesta suponerlo, pues sus amigos visitan Shore Acres y es fácil llegar a conocerlos al ver cómo se comportan. Suelen jugar a las cartas y algunos de ellos pierden más dinero del que tienen. Es fácil verlo en su mirada y a veces pueden oírse discusiones matrimoniales cuando salen de casa de camino a sus coches. ¡Oh, sí! ¡No hay muchas cosas que los criados no sepan! Un lugar tan grande como este es un mundo en sí mismo y, aunque no posea su propio periódico, las lenguas no descansan.

Los *playboys* y sus chicas se están haciendo mayores pero no quieren admitirlo. Muchos de ellos son infelices y beben demasiado. El señor Lanny apenas toca la bebida y no le gusta que la señorita Irma beba más de dos cócteles. Los criados lo saben y no se acercan a ella con la bandeja, al menos mientras su marido está cerca. Ese es uno de los motivos por los que discuten de vez en cuando. No hace mucho él se vio obligado a llevarla en brazos a la cama y a la mañana siguiente tuvo lugar una terrible discusión. Ella tenía los ojos irritados de llorar y debió de hacerle una promesa a su marido, pues desde entonces bebe mucho menos. Ella trata de mantenerle siempre a su lado para impedir que vaya a la ciudad a encontrarse con esa gente tan rara que le gusta frecuentar. En una ocasión él la llevó a un mitin de radicales y al volver tuvieron una bronca en su habitación. La doncella escuchó algunas partes y después subió al comedor del servicio para contárselo a los demás: él dijo y ella dijo… En ese tipo de historias siempre hay un «él» y un «ella» pero por mucho que se alarguen nunca se mencionan sus nombres, pues en una comunidad feudal son bien conocidos los nombres de los señores.

III

En las riberas del estuario de Long Island está la pequeña ciudad de Newcastle, conocida por ser la sede de Budd Gunmakers, aunque pronto lo será aún más como la cima de Budd-Erling Aircraft. Budds seguía fabricando ametralladoras, carabinas automáticas y pistolas pero actualmente producía sobre todo maquinaria y herramientas, lo que significaba que había perdido su antiguo estatus social a ojos de los veteranos. Lawford Budd, el hermano mayor de Robbie, seguía siendo vicepresidente a cargo de la producción, pero el presidente de la compañía era en la actualidad un hombre de Wall Street y el comité directivo estaba formado en su mayoría por títeres que representaban a un consorcio financiero. Robbie los despreciaba. Sus dos hijos habían abandonado la empresa y también lo habían hecho varios ejecutivos y directores de planta. Todos ellos formaban parte ahora de la nueva institución que iba a convertirse en una factoría con un solo propósito, equipada con maquinaria nueva y reluciente, diseñada y puesta en marcha siguiendo las últimas directrices postuladas por los científicos de la dirección empresarial.

Hacía menos de una generación, si un hombre anunciaba que iba a construir una gran fábrica para producir aeroplanos capaces de volar a más de trescientos kilómetros por hora, todo el mundo habría pensado que se había vuelto loco. De hecho, por aquel entonces los hermanos Wright surcaban los cielos llevando a cabo vuelos de escasos minutos sobre las dunas de Carolina del Norte a bordo de su frágil «cajón» de madera y lona y nadie les prestaba la menor atención. Lo que trataban de llevar a cabo era una tarea imposible, por lo que aquellas historias que se contaban no podían ser ciertas. Ahora, sin embargo, Robbie Budd había conseguido vender acciones por valor de cinco millones de dólares y había contratado a los mejores ingenieros del país para diseñar y construir un lugar donde solamente habría aviones en la cadena de montaje, y a pesar de todo nadie le llamaba loco. Al contrario, todos los que le conocían le consideraban uno de sus ciudadanos más modernos. Ahora le miraban y decían: «Siempre supe que conseguiría grandes cosas». Él hablaba con una renovada solemnidad, daba órdenes con sobria convicción y se aseguraba de que todo se llevara a cabo con rapidez y eficacia.

Lanny y su esposa viajaron en coche a Newcastle, tomando el ferri en New London, y la pareja tuvo ocasión de visitar el hogar de Robbie Budd. Esther, la madrastra de Lanny, les dio la bienvenida cordialmente. Sus pecados de juventud habían sido perdonados y quizá olvidados. También él había tenido éxito, y no solo por haber cazado a una esposa rica. Al menos eso se esforzaban en hacerle entender sus parientes y sus viejos amigos. Su profesión de experto en arte resultaba impresionante, su talento para la música

considerable, era políglota y viajero, prácticamente un exdiplomático y amigo de muchos grandes hombres. Los socios del club de campo cantaron las alabanzas de la pareja. De cuando en cuando el marido dejaba entrever sus tendencias socialistas, pero bueno, los Budd siempre se habían caracterizado por ser extravagantes y al parecer esta era su última excentricidad.

La oficina de ventas de la nueva empresa se encontraba en Nueva York y allí era Johannes Robin quien llevaba las riendas. Había encontrado un hogar para su familia a medio camino entre la ciudad y la fábrica para poder desplazarse fácilmente a ambas. Irma tenía el deber de acompañar a su marido cuando fuera a visitarlos y escogieron un domingo por la tarde para hacerlo. Papá y Mamá, Rahel y el pequeño volvían a estar juntos. Se habían comprado una casa confortable y anticuada al viejo estilo de Nueva Inglaterra, con dos plantas y una decena de habitaciones, donde esperaban pasar el resto de sus vidas. Irma pensó que esa era el estilo de vida adecuado para la gente de su clase —sin duda mucho más sensata que vivir en un grandioso palacio de mármol y tener un yate—. Recibió gentilmente el agradecimiento de la familia por su amabilidad mostrada en el pasado y ninguna dama podría haberse mostrado menos condescendiente con aquellos que acaban de descender bruscamente en la escala social. El pelo de Johannes se había vuelto gris y había más arrugas en su cara, pero seguía siendo la misma persona educada y discreta con aires de pertenecer al viejo mundo.

IV

Robbie escoltó a la pareja para enseñarle la nueva fábrica cuya construcción, como por arte de magia, estaba a punto de concluir. Las marismas habían sido drenadas y toneladas de barro habían sido extraídas para poder construir atracaderos y muelles de carga. Los pastos habían desaparecido bajo un lecho de hormigón sobre el que ahora se alzaba hacia el cielo un gigantesco esqueleto de acero con paredes de cristal y tejado de algún moderno material recién patentado. Del suelo emergían innumerables pernos a los que pronto se anclaría todo tipo de maquinaria, grande y pequeña. El hormigón estaba cubierto de signos cabalísticos en distintos colores. Del techo colgaban las estructuras que transportarían los componentes de los aeroplanos hasta la

cadena de montaje. Todo había sido planificado hasta el más mínimo e infinitesimal detalle y los planos del diseño original eran tan numerosos que con ellos se habría podido empapelar todo el suelo del edificio.

El complejo industrial incluía una fundición y la central eléctrica ya escupía humo negro por sus chimeneas, generando electricidad para los trabajos de construcción y la iluminación nocturna. Ya había llegado gran cantidad de maquinaria, que permanecía sellada en misteriosos embalajes impermeables. «Si volvéis en un mes», dijo Robbie, «no reconoceréis este lugar. Dentro de seis meses nuestro primer avión saldrá rodando de aquí y podréis probarlo». Estaba haciendo los honores personalmente porque Irma era su principal inversora y tenía derecho a saber lo que estaban haciendo con su dinero. Ella se mostró muy impresionada e hizo numerosas preguntas, demostrando que no solo pensaba en su dinero sino también en cómo lo utilizaban.

Lanny estaba contento y dejaba que los demás hablaran. Creía en la tecnología y en todo lo que el hombre podía conseguir gracias a ella. Soñaba con que la propiedad fuera colectiva y también lo fuera el resultado de sus conquistas, pero sería inútil decírselo a su padre y a su esposa. Los dos estaban cortados por el mismo patrón, se entendían a la perfección y se complementaban casi sin pretenderlo. Irma tenía la *pasta* y Robbie sabía cómo sacarle partido por ella. Los dos compartirían los beneficios y esperaban que los demás trabajaran para ellos limitándose a obedecer sus órdenes. Y para controlar a todos aquellos que no estuvieran de acuerdo con su modo de proceder, un cuerpo de policía especial estaba siendo organizado y entrenado por el siempre fiable y antiguo *cowboy* Bub Smith, el hombre que había enseñado a Lanny a disparar y que se había hecho pasar por socialista mientras ejercía de guardaespaldas de la pequeña Frances en Bienvenu.

V

Las consecuencias de las teorías sociales de Robbie se hicieron aún más evidentes para Lanny al recorrer el distrito que circundaba el complejo industrial. Robbie esperaba poder contar con un millar de trabajadores dentro de uno o dos meses, pero no se le había ocurrido llevar a cabo las gestiones

necesarias para proveerles de un lugar donde vivir. De eso se ocuparía, de acuerdo a la filosofía del patrón, alguna otra empresa privada. Sus empleados serían obreros cualificados que recibirían un buen sueldo y tendrían coche propio que podrían aparcar en una parcela de los terrenos de la compañía que Robbie había reservado especialmente para tal fin. De dónde iban a vivir tendrían que preocuparse ellos mismos, aunque entretanto la cuestión estaba siendo solventada por un enjambre de especuladores que, tan pronto como tuvieron conocimiento del proyecto, se apresuraron a comprar las tierras circundantes. El terreno ya había sido «parcelado» y decenas de ajetreados agentes inmobiliarios marcaban los solares con banderines de colores y fletaban autobuses desde las ciudades para que los futuros compradores pudieran visitar los terrenos mientras comían perritos calientes y tomaban café por cuenta de las empresas constructoras. Ya se estaban edificando miles de viviendas para los trabajadores y sus familias. Casas de diseño funcional y pretencioso, construidas con materiales baratos que pronto mantendrían ocupados a sus propietarios reparando goteras y paredes agrietadas y arreglando ventanas y puertas que nunca cierran debidamente. Pero también de eso tendrían que preocuparse ellos, no la compañía.

Esta era una de las premisas de los orgullosos paladines del New Deal: que los proyectos urbanísticos se desarrollaran al mismo tiempo que se construían las fábricas. Las familias de los trabajadores debían disponer de plazas, escuelas y zonas de esparcimiento desde el principio. Algo habitual en la Unión Soviética desde hacía mucho tiempo, motivo suficiente para que los feroces individualistas de Nueva Inglaterra rechazaran de plano semejante manera de proceder. Lanny sabía que era inútil sacarlo ahora a colación, pues llevaba haciéndolo dieciocho años, desde que conociera al primer socialista cuando era alumno de la Academia St. Thomas en Connecticut.

Sabía de antemano todo lo que le diría su padre. En cuanto la fábrica comenzara a producir y hubiera tenido tiempo suficiente para pensar la manera más conveniente de hacerlo, Robbie pretendía instaurar en su empresa lo que él denominaba un sistema de «trabajo asistencial». Sin embargo, no le pediría ayuda a Lanny y este sabía el por qué. Porque desde el primer día se plantearía la cuestión sindical y Robbie estaba decidido a ponerle freno de forma radical o a morir en el intento. «Trabajo libre» lo llamaba, y con ello quería decir que los obreros eran libres de hacer lo que él dijera o de marcharse a otro lugar a hacer lo mismo para algún otro pragmático y tozudo magnate de la industria. Los hombres que se ocuparían de proveer a los obreros de zonas recreativas y de ocio no serían «chalados» escogidos por Lanny sino tipos

sensatos que sabían de qué bolsillo salían los salarios. Crearían equipos de béisbol y organizarían torneos de bolos y formarían un departamento de la compañía dedicado exclusivamente a crear eslóganes para estimular a los empleados e incrementar la producción.

De modo que Robbie Budd avanzaba triunfante hacia la construcción de un nuevo núcleo de feudalismo industrial en una tierra que predicaba las bondades de la democracia y del gobierno de la mayoría. La nueva ciudad de Robbie no llevaría el nombre de una compañía y tampoco sería propiedad de ninguna empresa. En realidad sería administrada por un consorcio industrial de acuerdo a una serie de postulados y directrices que él no había tenido que inventar, pues eran el pan de cada día en la dulce tierra de la libertad. Los obreros llegarían zumbando desde todos los rincones del país —a quién le importaba de dónde— y trabajarían al pie de la cadena de montaje como completos desconocidos sin ataduras ni lealtades que defender. Tendrían libertad para elegir a sus candidatos políticos cada dos años con la certeza de que todos eran corruptos, y en la mayor parte de los casos tendrían razón. Robbie o alguno de sus agentes propondría a un jerarca para gobernar la ciudad y cuando llegaran las elecciones reuniría los fondos necesarios para que los candidatos seleccionados por dicho jerarca resultaran elegidos. A todos aquellos que se opusieran activamente a los deseos de la compañía y a sus políticas o que estuvieran afiliados a sindicatos de trabajadores se les «invitaría a marchar» y de inmediato se verían obligados a largarse. Ese era el sistema y Lanny estaba seguro de que no quería formar parte de él. Quizá tuviera intención de denunciarlo pero el buen gusto le obligaba a empezar a hacerlo en cualquier otro lugar donde el dinero de su esposa y el tiempo, la energía y la reputación de su padre no estuvieran en juego.

VI

Desde una confortable distancia de cinco mil kilómetros, el publicista aficionado observaba los eventos que tenían lugar en el desgraciado y viejo continente donde había nacido. Leía en los periódicos las noticias redactadas por hombres a los que conocía y también las cartas de su amigo Rick y Raúl Palma, e incluso una que Denis de Bruyne le envió a su padre. A principios de

mayo Francia firmó un tratado de mutua defensa con la Unión Soviética que en opinión de Denis no era más que un vano intento de engañar a Alemania. Sin embargo, para que un engaño tenga éxito es necesario tomárselo en serio, algo que Francia no había hecho. Hitler lo sabía perfectamente y consideró el tratado como un mero ataque propagandístico. Pierre Laval se había tomado tan a la ligera el pacto que ni siquiera lo había presentado ante la Cámara para su ratificación ni había sido implementado mediante las habituales disposiciones militares. Marianne no tenía intención de confiar sus secretos de defensa nacional a su nuevo aliado. Entonces, ¿qué tipo de aliado era ese?

A final de mes el *fripon mongol* fue nombrado primer ministro —como quien le regala un dulce a un niño, dijo Rick, tras haber demostrado ser el gobernante francés más inepto de la historia—. A principios de junio Ramsay MacDonald fue sustituido como primer ministro de Gran Bretaña. El viejo caballo de carga de los conservadores los había llevado tan lejos como había podido y por fin le permitirían descansar y soñar en un pasto —o puesto— conocido como Presidencia del Consejo. Su cargo había sido ocupado por un fabricante de acero llamado Baldwin, cuyas especialidades eran fumar en pipa y criar cerdos. «También Gran Bretaña ostenta sus doscientas familias», escribió Rick, «y ni siquiera tienen la necesidad de esconderse tras la máscara del hijo de un tendero». La primera actuación del nuevo primer ministro fue firmar un tratado de paridad naval con Alemania, algo tan «increíble» que los diplomáticos británicos se habían reído de Lanny cuando había mencionado tal posibilidad tiempo atrás. Ahora John Bull[75] concedía permiso amablemente a los alemanes para incrementar su flota hasta superar el treinta y cinco por ciento del poder naval británico, lo que a efectos prácticos también les daba derecho a tener el mismo número de submarinos. El tigre al que había permitido salir de su jaula ahora era invitado también a tomar el té en el salón familiar, aunque por supuesto, debía permanecer acurrucado a los pies de la mesa.

Benito Mussolini, el «Bendito Pichoncito Llorón», estaba obligado nada menos que por nueve tratados a respetar la independencia y la integridad territorial de una antigua tierra llamada Abisinia y en ocasiones Etiopía, pero estaba decidido a saltárselos todos y había enviado soldados y abastecimiento a sus bases del mar Rojo. Esto era algo de lo más conveniente para los británicos, que poseían casi la totalidad de las acciones de la Compañía del Canal de Suez y recaudaban buenas sumas de dinero por cada tonelada de mercancía y cada soldado que viajaba por el largo canal que se abría paso a través del desierto. También era una excelente noticia para la Compañía

Petrolífera New England-Arabia, que Robbie había fundado y vendido recientemente a Sájarov y sus socios. Allí estaban, en posesión de todo el combustible que Mussolini pudiera necesitar, y a cambio se quedarían con toda la comida, el vino y el aceite que debían alimentar al pueblo italiano.

Lord Wickthorpe tomó parte en una misión diplomática británica para negociar con «el sinvergüenza». A su regreso le relató a Rick lo sucedido y este a su vez le escribió una carta a Lanny en su vieja y maltrecha máquina de escribir para contárselo. Poco a poco, como cautelosos mercaderes, los británicos le habían concedido al Duce hasta el último de sus deseos, pidiéndole a cambio únicamente que procediera de acuerdo a la legalidad, permitiendo que fuera la Liga de Naciones quien le sirviera en bandeja de plata a su debido tiempo todo lo que había estado exigiendo. Pero no, él estaba decidido a tomarlo por la fuerza para conseguir un golpe de efecto en su patria. Hacía unos cuarenta años, una misteriosa raza de guerreros negros —descendientes, según algunos, de judíos errantes— había derrotado a las tropas italianas y ahora el Duce deseaba tomarse la revancha y ganarse sus laureles borrándolos de la faz de la tierra. Se veía a sí mismo desembarcando en aquella ignota tierra para obtener la capitulación sin condiciones de manos del «León de Judá» y regresando después en triunfal procesión por las calles de la Ciudad Eterna para construirse un monumento en el Foro romano.

El único obstáculo real para todo esto era la opinión pública británica. Cuatro años antes, los *tories* habían llegado al poder en unas elecciones anticipadas en las que, obteniendo el cincuenta y cinco por ciento de los votos escrutados, habían logrado hacerse con el noventa y uno por ciento de la Casa de los Comunes. Ahora el pueblo británico había decidido organizarse de manera independiente para llevar a cabo una consulta en la que participaron once millones y medio de ciudadanos, con el resultado de treinta votos a uno a favor de permanecer en la Liga de Naciones. Una proporción de trece contra uno habían votado en favor de prohibir la venta de armamento para el lucro de empresas privadas. ¡Qué pensaría Robbie al abrir el periódico y leer semejante noticia! Ante la aventura africana de Mussolini los electores aficionados habían consultado a los ciudadanos si una nación empecinada en atacar a otra debía ser detenida mediante medidas económicas y no militares y el resultado había sido el «Sí» en una proporción de quince contra uno. A la pregunta de si la nación agresora debía ser contenida mediante las armas, habían respondido que «Sí» en una proporción de tres contra uno. Ante semejantes resultados, Mussolini decidió seguir adelante con su proyecto de invadir Abisinia. ¿Y qué

iba a hacer la Liga de Naciones al respecto? ¿Qué iba a hacer el Gobierno conservador de Gran Bretaña para impedírselo?

VII

Poco después de su llegada a Shore Acres, Lanny recibió una nota de Trudi Schultz que había sido reenviada desde Bienvenu. Era el duplicado de la que había recibido justo antes de abandonar Berlín. Después de aquello no había vuelto a tener noticias de ella durante dos meses. Se había acostumbrado a pensar de una manera especial en todos aquellos que le «pertenecían a la muerte». Quizá su dueño había reclamado ya sus vidas o estaban a punto de perderlas encerrados en mazmorras o campos de concentración. Las cartas podían llegar o perderse por el camino, pero no servía de nada preocuparse entretanto.

A mediados de julio por fin llegó una. Una auténtica carta, la más larga de cuantas Trudi le había enviado: «Estoy muy ocupado ilustrando una obra de ficción sobre los tiempos del emperador Diocleciano. La heroína es una cristiana perseguida que se ve obligada a huir. Contiene varias escenas de acción frenética que me resultan especialmente difíciles puesto que, como sabes, mis dibujos representaban hasta ahora únicamente naturalezas muertas. Me gustaría conocer su opinión acerca de mi trabajo y tengo la esperanza de que pronto pueda visitar Berlín. Espero mudarme pronto, aunque no estoy seguro aún de cuál será mi nueva dirección. En todo caso me pondría en contacto con usted en cuanto me entere de su llegada. Por suerte es usted una persona famosa cuyas idas y venidas son reseñadas puntualmente en la prensa. Por cierto, mi amigo del clero lleva un tiempo enfermo y está confinado en su habitación. No sé cómo se encuentra actualmente, pues se niega a hablar de su enfermedad. Espero que usted y su familia sigan bien y que el negocio del arte siga dando sus frutos. Respetuosamente, *Kornmahler*».

Lanny no tuvo que dedicar mucho tiempo a interpretar tan elaborada parábola. Trudi había huido de la Gestapo y se había visto obligada a esconderse. No podía facilitarle su dirección pero esperaba que él volviese a Berlín y consiguiese, gracias a su fortuna y a su negocio de arte, que la prensa anunciase su llegada. El amigo del clero era por supuesto Monck, y le revelaba

la trágica noticia de que estaba recluido en un campo de concentración pero que no había traicionado a sus amigos.

Eran noticias muy serias para el nieto de los Budd. Quizá aquel hombre no había hablado todavía pero podría hacerlo cualquier día, y lo primero que iba a decir era que el dinero con que financiaban sus actividades criminales pertenecía a un *playboy* norteamericano que se hacía pasar por amigo y colaborador del general de la Gestapo que, de hecho, obtenía dicho dinero vendiendo obras de arte propiedad del segundo al mando del Gobierno nazi. Tal información resultaría de enorme interés para la policía secreta del Estado. ¿Qué harían con ella? No era difícil adivinarlo y un amante del arte de gran imaginación se pasaba horas —especialmente de madrugada— fantaseando sobre la posible reacción del orondo general y de su mano derecha en la Gestapo, un antiguo maestro de escuela llamado Himmler que se había ganado la fama de ser el individuo más temible de todo el continente europeo. Lo primero que Lanny pensó fue: «¡Tengo que ir a Alemania!».

Sin embargo, enseguida lo vio de otro modo. Trudi no tenía por qué contarle lo de Monck pero aún así se había arriesgado a hacerlo. ¿Por qué? Por supuesto, para ser justa. Le estaba diciendo: «Ahora el peligro es aún mayor. Quizá no quieras volver». Y ¿cuál debía ser su respuesta? ¿Debía decir: «Me rindo, el riesgo es demasiado grande»? Si esa era su respuesta, ¿qué pensaría Trudi de él? ¿Qué imagen de sí mismo tendría a partir de entonces? Durante más de medio año había logrado mantener su autoestima basándose en el hecho de que al fin estaba haciendo algo útil. Por una vez no sería, a ojos de los socialistas, un ocioso y un parásito. ¿Podía permitirse decir ahora: «El trabajo era demasiado arriesgado, tuve que dejarlo»? ¿O debía limitarse a guardar silencio y permitir que Rick le siguiera viendo como el tipo de hombre que no se atrevía a ser?

La situación empezaba a remorderle la conciencia sin que pudiera hacer nada por evitarlo. Llevaba años justificando su vida de lujos, escudándose en que eso era lo que le permitía conocer a sus clientes, mantener su prestigio y cerrar sus ventas de obras de arte. La confianza de sus clientes se basaba en que, socialmente hablando, le consideraban un igual, no un subordinado por muy cualificado que estuviera: así funcionaba ese mundo de esnobs. De ese modo Lanny ganaba mucho dinero con facilidad, pero ¿para qué lo necesitaba? ¿Para poder comprarse trajes nuevos cada vez que su mujer o su madre miraban con aire crítico el que llevaba puesto? ¿O cada vez que esos enemigos públicos, los creadores de moda, decidían que las chaquetas debían

llevar tres botones en lugar de dos o que las solapas debían ser dos centímetros y medio más largas que el mes pasado?

VIII

Lanny no dejaba de pensar en sus camaradas de Alemania. No solo en Trudi sino en todos aquellos que la estaban ayudando. Para él no eran meras abstracciones. Había trabado amistad con muchos de ellos. Conocía sus nombres, sus caras y su personalidad, y todo ello le atormentaba. En los días felices antes de la llegada de Hitler se había sentado en los salones de sus casas, en la sala de asambleas de la escuela. Había bebido café con ellos mientras comían *leibnitz keks* —un modesto *delicatessen* proletario— y hablaban sobre la causa, su significado y sus esperanzas de vencer. Utilizaban palabras nobles y grandilocuentes como *freiheit*, *gercchtigkeit*, *brüderlichkeit* y *kameradschaft*[76]. Discutían sobre ciertos puntos de la doctrina y las mejores tácticas a seguir, a veces se enfadaban y sacaban a relucir sus pequeñas rencillas. Pero siempre habían sido capaces de comprender que lo que les unía era mucho más profundo y poderoso que sus diferencias. Eran camaradas que perseguían una causa sagrada. Seres humanos en un mundo de lobos, hombres civilizados rodeados de bárbaros, productores en una sociedad de explotadores, ladrones y parásitos.

¿Y ahora? ¿Aún significaba algo todo aquello? ¿Subyacía a su cruzada una verdadera fuerza moral o no eran más que palabras vacías, una forma de autoindulgencia, un sistema de excusas y engaños, una coartada para que los intelectuales ascendieran en la escala social y los ricos y ociosos se entretuvieran? Lanny no podía escudarse diciendo ahora que había sido un mero observador, un investigador interesado en conocer su movimiento igual que tantos otros. No, les había dicho que era su «camarada», los había alentado a combatir el nazismo asegurándoles que sus sentimientos democráticos eran sinceros y que contaban con el apoyo de todos los hombres justos y decentes. Y ellos habían actuado en parte basándose en dichas promesas, en esas esperanzas, y habían hecho todo lo posible por conseguirlo. No todos ellos, por supuesto, pues ningún movimiento es perfecto. A causa de su debilidad y sus errores de juicio había pagado un precio terrible y aún

seguirían haciéndolo. Los más débiles habían abandonado y ahora un pequeño grupo, quizá apenas un puñado de ellos, continuaba la lucha en un intento por mantener viva la llama y salvar el alma del futuro.

Trudi no le había explicado a Lanny lo que estaban haciendo, pues parecía dar por sentado que no era necesario hacerlo. Lanny formaba parte del movimiento desde hacía años y había conocido a algunos de sus líderes más importantes. Ella y Ludi se habían sincerado, habían desnudado sus almas ante él. Le habían expuesto en detalle su ideología y él se había mostrado plenamente de acuerdo con ellos. Se había dicho a sí mismo: «He aquí dos personas que comprenden no solo las fuerzas económicas que impulsan el desarrollo de la sociedad sino que también poseen la fuerza moral necesaria para conmover el corazón de los hombres». Esa combinación era algo poco común y esos cuatro jóvenes idealistas, tres hombres y una mujer, habían unido sus almas y sus esfuerzos. Habían logrado forjar las armas del futuro, y ahora al parecer solamente dos de ellos habían sido capaces de conservar la vida y la libertad para utilizarlas.

Lanny no necesitaba imaginar lo que estaba ocurriendo pues se había escrito mucho en la prensa de los países vecinos sobre las acciones del movimiento clandestino contra Hitler. Incluso los periódicos capitalistas le daban cierta cobertura al asunto de vez en cuando. Había un «emisor relámpago», como lo llamaban las autoridades alemanas, un locutor de radio invisible oculto en algún lugar de Alemania que sin previo aviso ocupaba las ondas radiofónicas para desvelar noticias prohibidas, exponer las mentiras oficiales y atormentar a los nazis con sus burlones comentarios. De haber permanecido en un mismo lugar pronto le habrían atrapado, sin embargo, siempre estaba en movimiento. Evidentemente retransmitía desde un furgón o un coche encubierto y los poderes de la Gestapo llevaban tiempo intentando darle caza con todos sus recursos, aunque sin éxito hasta el momento.

También había imprentas clandestinas que editaban opúsculos que aparecían en los bancos de los parques para que los obreros se los encontraran a primera hora de la mañana al irse a trabajar o al mediodía en sus platos cuando se disponían a comer. Muy a menudo se trataba de los comunistas atacando a los socialistas, o viceversa —sus viejas rencillas seguían vivas incluso durante el cautiverio en los campos de concentración—. Pero Lanny estaba seguro de que Trudi no tenía nada que ver con eso, ya que en muchas ocasiones se había mostrado de acuerdo con él en que aquello era un grave error. Ella estaría intentando sacar a la luz el fraudulento socialismo de los

nazis y demostrando a los trabajadores que el Gobierno únicamente pretendía arrastrarlos hacia una nueva guerra.

Esas heroicas personas dependían ahora del dinero que Lanny pudiera aportarles. Conocía lo suficiente sobre los movimientos de izquierdas como para saber que habrían dejado de buscar dinero en otro lado para dedicarse exclusivamente a fundir lo que ya les había dado. Pero ahora su fuente de ingresos se había secado. No podía ponerse en contacto con ellos para decirles que no llegaría más dinero. Esperarían y esperarían, igual de frustrados que él se había sentido en Berlín mientras aguardaba noticias de Trudi. Las retransmisiones del emisor relámpago se interrumpirían a falta de dinero para baterías nuevas y combustible para su vehículo. Los panfletos dejarían de distribuirse porque no había papel. Trudi le escribiría, o más bien renunciaría a él con disgusto y ya no volvería a saber nada más de ella, ni siquiera si estaba viva o muerta. No obstante, el joven señor de Shore Acres seguiría a salvo y rodeado de comodidades. Y si había algo en el mundo que el dinero pudiera comprar no tendría más que pedirlo. ¡Cualquier cosa excepto su paz espiritual!

IX

Había encontrado compradores para otros dos cuadros de la colección de Goering y, después de dos semanas de continua lucha consigo mismo, le dijo a su esposa: «¿Qué te parecería regresar a Berlín?». Habría preferido ir solo pero su sentido de la diplomacia hizo que se lo propusiera.

Casualmente Irma acababa de recibir una carta de Margy, la muy elegante viuda de Eversham-Watson. Con casi sesenta años ya debería estar pensando en retirarse, sin embargo se resistía a hacerlo. La rápida recuperación del negocio del destilado de güisqui le había permitido comprarse un yate y, en lugar de conformarse con la compañía de Beauty, Sophie y otras damas de su edad, ansiaba estar rodeada de jóvenes. ¿Querrían Irma y Lanny ser sus invitados durante la regata de Cowes? Era un gran espectáculo que Lanny ya había tenido ocasión de presenciar pero Irma no. De modo que la heredera dijo: «La pobre Margy es de lo más aburrida, pero supongo que será divertido, ¿no te parece?».

Y Lanny dijo: «¡Adelante, vámonos!». Y así comenzó uno de esos agradables periodos de confusión durante los cuales se hacen planes y se toman decisiones. Dejarían a Frances con su abuela pues pronto regresarían, ya que también habían aceptado una invitación de dos semanas de cacería en una enorme finca en las marismas de Carolina del Sur. Irma iría con su doncella, ya que no se podía participar en una regata sin contar con las atenciones de una asistente personal. Pero no llevaría demasiada ropa porque dispondrían de varios días en Londres para comprarse trajes adecuados para la ocasión. Lanny estaría muy guapo vestido de almirante. Su mujer encargaría que le hicieran un traje y le ordenaría ir a la sastrería para que le tomaran las medidas. Como recompensa por ser tan dulce, ella misma le acompañaría a Berlín a ver tantos cuadros como él quisiera.

Escogieron un vapor, hicieron sus reservas y telegrafiaron a sus amigos para avisarles de su llegada. Lanny llamó a su padre para decírselo y este llamó a Johannes, que a su vez le contó que acababa de recibir un telegrama de Hansi y Bess. Los dos músicos habían abandonado Sudamérica para iniciar una gira de conciertos por todo el mundo que les llevaría hasta Japón. Allí se habían enterado de que pronto tendría lugar en Moscú un Congreso de la Komitern, el primero en siete años, de modo que partirían hacia la capital rusa a través de Vladivostok para participar en el espectáculo.

También Lanny estaba al tanto del inminente evento. La Tercera Internacional había invitado a sus partidos de todo el mundo a que enviaran delegados para llevar a cabo una consulta concerniente a la nueva amenaza a la que se enfrentaban con el recrudecimiento del fascismo y el nazismo. Se rumoreaba que posiblemente tendría lugar un cambio en la línea del partido. Pretendían crear un frente unido entre socialistas y otras fuerzas liberales, algo por lo que Lanny había abogado durante años. ¡Se podría decir que la Komintern estaba a punto de adoptar su línea de partido! Después de asistir a tantas conferencias de hombres de Estado *burgeois* le habría encantado participar en una organizada por revolucionarios. ¡Pero por desgracia no podía ir del Kremlin a Karinhall ni de Karinhall al Kremlin! De modo que le dijo a Irma: «nos reuniremos con Hansi y Bess cuando termine el evento y nos contarán todo lo sucedido allí».

—¡Te lo contarán a ti! —fue la respuesta de Irma.

X

Una mañana muy temprano, una pequeña procesión formada por dos coches y un furgón partió desde Shore Acres: en el primero iba Irma con su marido como chófer, la pequeña princesa de cinco años sentada entre los dos y *miss* Addington, la anciana gobernanta inglesa, en el asiento de atrás. A bordo del segundo vehículo viajaban la señora Barnes y el tío Horace con su chófer al volante y uno de sus pensionistas favoritos en el asiento de al lado. En el furgón iba Celeste, la doncella bretona de Irma, con un enorme cargamento de arcones de viaje. Pronto llegaron al muelle donde el estridente silbato del gran transatlántico Cunard anunciaba ya su inminente partida. Los operarios amarraron el coche de Lanny con cinchas y fuertes cadenas y lo levantaron en el aire con una grúa para cargarlo en el buque, y lo mismo hicieron con los pesados arcones, que fueron trasladados al navío en el interior de una resistente red de carga. Los tres pasajeros y sus invitados subieron por la pasarela precedidos por varios ujieres que llevaban sus maletas. Transportar el equipaje de los ricos por el mundo es una tarea que acarrea mucho trabajo para otras personas, aunque los acaudalados viajeros nunca parecen tener prisa ni pierden la calma por ello. «Los hijos de María raras veces se preocupan, pues han heredado la parte buena»[77].

Partir es morir un poco, dicen los franceses. Pero los hijos e hijas de María tienen por costumbre sufrir en privado, y en esta ocasión solamente la pequeña Frances derramó algunas lágrimas. Le gustaban mucho los barcos de vapor y se *morí* a por viajar *en uno*. Cuando anunciaron el momento de partir: «¡Todas las visitas a tierra!», la pequeña cogió una violenta rabieta y se resistía a desembarcar, toda una descortesía para con su abuela y su tío. Irma tuvo que prometerle que lanzaría desde cubierta una guirnalda de papel rojo y la niña por fin consintió en marcharse, ansiosa por ver cómo lo hacía su madre.

Esta agradable costumbre se había generalizado durante los últimos años. La tripulación preparaba en cubierta rollos de fino papel de brillantes colores y cuando llegaba el momento de zarpar, los pasajeros sostenían uno de los extremos y se lo lanzaban a alguno de sus amigos en el muelle. Entonces él o ella lo recogían y de esa manera establecían un simbólico lazo que los mantendría unidos cuando el barco saliera del puerto separándolos. Irma soltó uno de color rojo y uno de los adultos lo recogió para dárselo a la niña de los veintitrés millones de dólares. Lanny lanzó uno azul y también ese lo quiso atrapar, de modo que Frances vio cómo el barco se ponía en movimiento con una guirnalda firmemente apretada en cada uno de sus puños mientras

charlaba animadamente con sus padres, aunque ellos no pudieran oír ni una sola palabra de lo que ella decía. No obstante, la pequeña sí que pudo escuchar la voz de su padre que gritaba: «¡Volveré pronto!».

Lanny lo dijo porque era lo apropiado en semejante ocasión, pero en su interior una voz le susurraba: «¿Ah, sí?». Esa voz le hablaba últimamente a cualquier hora del día o de la noche, y era capaz de echarle a perder cualquier momento agradable que la vida le tuviera reservado. Irma se daba cuenta y le preguntaba: «¿Por qué estás tan melancólico, Lanny?». Y él le respondía: «Solo estaba pensando». También Irma había estado dándole vueltas al asunto y lo que había sacado en conclusión era que su marido no parecía del todo curado de su vicio socialista y sufría porque el mundo no funcionaba de acuerdo a sus fórmulas.

Oculto en el lado derecho del forro de su chaqueta, apretado contra su pecho, llevaba un grueso fajo de cien marcos en billetes grandes numerados envuelto en un pañuelo. Había ido adquiriéndolos en diferentes oficinas de cambio de la ciudad de Nueva York, poniendo mucho cuidado en no llamar la atención. Meditando sobre el problema con el que se veía obligado a lidiar había llegado a una conclusión: se había arriesgado *mucho yendo* a su banco habitual para extraer grandes sumas de dinero y entregárselo a Trudi. Sin duda los bancos conservaban registros con los números de serie de los billetes. Y en Nazilandia guardaban registros de todo tipo de cosas. Hasta los pelos de tu cabeza eran numerados y si demasiados gorriones caían al suelo en el jardín de tu casa también el suceso sería reportado puntualmente a la *Polizei*. ¿Y si el camarada Monck o algunos de sus colaboradores hubieran sido detenidos estando aún en posesión de uno o varios de esos billetes y el servicio secreto hubiera logrado seguir su rastro hasta llegar al origen de sus fondos? Ese era tan solo uno de los temores que trataban de echarle a perder la inminente regata a Lanny Budd.

11
ADIÓS A TODOS LOS MIEDOS

I

Durante el mes de agosto el hombre del tiempo suele mostrarse un poco más solícito con los ingleses, por lo que la regata de Cowes acostumbra a celebrarse en los primeros días. Allí se reúnen balandristas y amantes de los yates procedentes de todos los puntos de la costa de Gran Bretaña y, de hecho, también del Atlántico. El Solent está repleto de embarcaciones grandes y pequeñas, tanto de vapor como de vela. Todo es nuevo y reluciente. Velas blancas, blanca pintura y brillante cobre. El mar es de un intenso color verde o verde azulado, salpicado del blanco de las crestas de las olas. El cielo azul, y las nubes, blancas e impresionantes como velas hinchadas por el viento. Todo el mundo se viste para la ocasión con ropa náutica, dejándose empapar por un ánimo festivo y vacacional, y por ningún lado el espectador será capaz de atisbar el menor indicio del dolor, el trabajo y el sufrimiento del que tanto se habla en los cantorales ingleses.

Este año se celebraba un importante aniversario del evento, por lo que habría trofeos cortesía del rey Jorge para las mejores marcas en las diversas categorías. Tenían lugar varias carreras cada día que cubrían distintas distancias, cuyo recorrido estaba marcado con boyas y luces reflectantes. Decenas de embarcaciones de recreo salían del puerto por la mañana siguiendo a los competidores y manteniendo una prudente distancia en todo momento por indicación de los botes de escolta, cuyos guardias y oficiales advertían respectivamente con banderines blancos y megáfonos a los más descuidados y temerarios. Apoyados en las barandillas de cubierta, los espectadores disfrutaban del espectáculo mediante prismáticos —que hacían pensar que uno estaba a bordo de los balandros en competición—, conscientes

en todo momento de su atuendo marinero y tratando de mantener el equilibrio. Los más veteranos hacían gala de sus conocimientos sobre los navíos y sus dueños, y también acerca de los récords obtenidos en años anteriores. Era imprescindible conocer los «tiempos corregidos» y a los ingenieros y armadores que habían creado los navíos participantes. Era un clásico ejemplo de lo que Veblen[78] denomina «el conspicuo consumo de mercancías». Las frágiles naves eran construidas con un solo propósito: aprovechar al máximo el viento en sus velas para deslizarse a la máxima velocidad posible rasgando el agua. Costaban miles de libras y dos años después estaban obsoletos porque algún ingeniero había diseñado otro modelo aún mejor. En cualquier caso, el mero hecho de ser aficionado a las regatas ya era toda una declaración de principios, era como gritarle al mundo que uno está en la cumbre de la pirámide económica y que lleva ahí arriba mucho tiempo.

A última hora del día los osados marinos regresan a puerto quemados por el sol y con las cejas cubiertas de salitre. Se asean y se ponen sus elegantes galas de noche, algunos desembarcan para irse a tierra a cenar y a bailar, reciben invitaciones para acudir a otro yate o hacen lo propio con sus amigos. La conversación gira en torno a los eventos del día, se cobran las apuestas ganadoras y se hacen otras nuevas. Durante los tres primeros días de la regata los vientos fueron suaves, lo que favorecía a las embarcaciones inglesas. Las tres últimas jornadas azotaban con fuerza, lo que jugó a favor de las norteamericanas, más pesadas y robustas dado que tenían que atravesar el océano. De modo que las apuestas subían y se exaltaban los sentimientos patrióticos. Margy Petries, propietaria de la destilería Petries Peerless, no estaba segura de si debía apoyar al Yankee, y aunque no se había olvidado de que ostentaba el título de condesa viuda, decidió jugar sobre seguro.

Siempre había aficionados al *bridge* que no podían pasar una sola noche sin un par de partidas, y estos solían retirarse a los salones. Los más jóvenes sacaban sus gramófonos y bailaban en cubierta. Los yates estaban apretujados en sus dársenas y al anochecer se podía escuchar el ronroneo de las embarcaciones a motor deslizándose sobre las aguas. El decoro de los británicos prevalecía incluso en el mar, de modo que los bailes eran sobrios y el comportamiento socialmente impecable. El rey Jorge subió a bordo del Yankee para cenar —la segunda vez que ocurría algo parecido en las regatas de Cowes— con el fin de simbolizar la hermandad entre las naciones de ambos lados del océano y dar a entender que Gran Bretaña estaba dispuesta a compartir sus dominios marítimos. Irma estaba tan impresionada que dijo:

«Lanny, ¿no crees que sería divertido construirnos uno de esos yates y salir a navegar?». Ella siempre estaba pensando en algún tipo de artefacto capaz de atrapar el interés de su marido, y cuanto más caro mejor ya que, después de todo, si uno tenía la posibilidad de hacer cosas que nadie más podía, ¿por qué no disfrutarlas?

II

Entre los invitados estaban los que integraban lo que Margy llamaba «la vieja guardia», es decir, Beauty y su marido, Sophie y su nuevo consorte —según las costumbres europeas podría haber conservado su título a pesar de haberse divorciado y vuelto a casar, pero solía decir que los Estados Unidos eran más que suficiente para ella, algo considerado por muchos como un gesto radical, incluso revolucionario—. También estaba una vieja amiga, Edna Fitz-Laing, de cuyo escándalo matrimonial Lanny había sido testigo privilegiado cuando era tan solo un muchacho. Ahora su tullido oficial inglés había muerto y ella era viuda y bastante pobre, de modo que Margy había tenido la amabilidad de invitarla junto a otros dos solteros entrados en años que quizá, quién sabe, pudieran sentirse atraídos por los vestigios de su belleza. Dos caballeros, con la idea de que uno de ellos llegara a sentir celos del otro.

Había suficientes jugadores de *bridge*, por lo que Lanny pudo sentarse en cubierta para conversar con su amigo Rick. El hijo del barón y su mujer también habían acudido a la cita, pues la anfitriona sabía que su compañía sería del agrado de Lanny y este animaría a su esposa a participar en las veladas organizadas por Margy. Ese es el mejor sistema para mantenerse a flote en las procelosas aguas de la alta sociedad y destacar en mitad de la marea y comprender a tus semejantes, sus prejuicios y deseos, aprendiendo a mezclarse con ellos y logrando que se diviertan.

Lanny y Rick, una pareja de filósofos sociales excesivamente maduros para su edad, se reclinaron en las sillas de cubierta y contemplaron las doradas estrellas que salpicaban el despejado cielo nocturno, pensando en la distancia que los separaba de ellas y en lo insignificantes que eran esas criaturas de dos patas que se engalanaban ridículamente para pavonearse por su diminuto planeta. Las estrellas brillaban desde tiempos inmemoriales, ¡pero qué corta

era la vida de los seres que poblaban la tierra!, ¿y a qué tareas decidían dedicarla? En los periódicos que llegaban cada día desde la ciudad era posible analizar en detalle sus actividades, al menos aquellas que los señores de la prensa consideraban adecuadas. El experto en arte y el tullido aviador eran expertos estudiosos en la materia, sabían leer entre líneas y extraer conclusiones distintas a las deseadas por sus distribuidores.

Mussolini admitía haber enviado más de un cuarto de millón de soldados a Eritrea, su punto de partida hacia la tierra de Negus, también conocido como el León de Judá y el Rey de Reyes. Los jóvenes y apasionados fascistas cantaban su canción, cuyo sentido era fácil captar en inglés: «¡Con los bigotes de Negus haremos un cepillito para sacarle brillo a las botas de Mussolini!». Su héroe contaba actualmente con un millón de muchachos armados y listos para ir a la guerra, y mientras los hermosos yates se deslizaban sobre las azules aguas del Solent, él había movilizado a otras tres divisiones. En la Liga seguían representando la farsa de mediar entre bigotes negros y mandíbulas cuadradas pero no eran capaces de llegar a ninguna parte, pues los dos miembros italianos de la comisión de arbitraje se negaban a reunirse con los dos representantes abisinios con el fin de nombrar a un quinto mediador. Resultaba obvio para todo el mundo que Mussolini tan solo estaba esperando a que concluyera la estación de lluvias, dentro de dos meses, para pasar a la acción.

En los debates de Ginebra, los italianos contaban con el ferviente apoyo de su amigo, el hijo del tendero de Auvernia y actual primer ministro de Francia. En la tierra de las tradiciones revolucionarias cada día se libraban alegremente nuevos enfrentamientos de la lucha de clases. Había huelgas y violentos disturbios. Con el apoyo secreto de Pierre Laval, la Cruz de Fuego llevaba tiempo poniendo en práctica lo que denominaban «movilizaciones relámpago», además de la conversión de los aviones que poseían sus miembros para fines militares. «Ya no me preocupa lo más mínimo la legalidad», había dicho su fundador el coronel De la Roque, y a Lanny, que había asistido a algunas de sus reuniones, no le resultaba difícil imaginar los vítores con que sus seguidores habrían acogido semejantes declaraciones.

El norteamericano le contó a su amigo su reciente experiencia en Nueva York. Los nazis se estaban organizando allí rápidamente, creando grandes campos de entrenamiento. Justo antes de embarcar habían celebrado un mitin con guardias armados en Yorkville, el mayor barrio alemán de la ciudad. Los vapores de las navieras alemanas llegaban a puerto cargados de propaganda nazi, que era repartida por los cuarteles «clandestinos» que habían creado todo

el país. Esto había provocado la indignación entre los antinazis, que habían tomado al asalto el Bremen una semana antes de que Lanny abandonara los Estados Unidos.

III

En Moscú seguían celebrándose las reuniones de la Komintern y durante la tercera jornada de regatas en Cowes, mientras el viento aún soplaba con suavidad y el Enterprise ganaba la prueba de cuarenta millas en la categoría de grandes yates clase J, el delegado búlgaro Dimitrov había pronunciado un feroz discurso anunciando los planes del «frente unido» contra el fascismo por todo el mundo. Era el mismo hombre al que Lanny había escuchado defender su vida frente a las acusaciones del general Goering durante el juicio por el incendio del Reichstag hacía solo dos años. Había buscado asilo en la Unión Soviética y ahora los nazis se lamentaban del grave error que habían cometido, prometiéndose que en el futuro los hombres de su ralea debían ser silenciados de inmediato y para siempre.

El día en que el viento arreció y el Yankee terminó vencedor en las pruebas de la jornada, toda la prensa de Nazilandia lanzó un furibundo ataque coordinado contra la Komintern, incitando a todos los amigos del orden mundial a unirse al Führer en la tarea de destruir semejante nido de víboras. El último día de la regata, el norteamericano Earl Browder instó a los comunistas a seguir adelante ganándose el apoyo de los granjeros, los obreros y la clase media estadounidenses. En la prensa norteamericana se alzaron indignadas protestas denunciando que Moscú había roto la promesa que había hecho a cambio del reconocimiento de su Gobierno por parte de los Estados Unidos, es decir, no hacer propaganda comunista dentro de sus fronteras. A lo que Moscú respondió: «La Unión Soviética no tiene nada que ver con las acciones de la Komintern, dado que este es un organismo independiente integrado por delegados de todos los países del mundo».

¿Cómo interpretar semejante evasiva diplomática? ¿Cómo un descarado embuste o como una mentira piadosa? ¿Y qué se podía hacer al respecto? ¿Repudiarlos y exponerlos ante el mundo entero? En ese caso la tarea no sería sencilla, pues el mundo entero estaba eligiendo su bando en la lucha

revolucionaria y ¿acaso alguna vez a lo largo de la historia se había librado alguna guerra sin mentiras?

¡Sin duda era una estrategia habitualmente utilizada por los ganadores! Todas las naciones engañaban para conseguir sus objetivos. Todos los países enviaban espías a las naciones enemigas y el engaño constituía la esencia de su modo de actuar. Además, ¿qué derecho tenía Lanny Budd a criticarlo cuando él mismo estaba a punto de viajar a Alemania con el mismo fin?

Cualquier persona puede llegar a enfrentarse con el mismo dilema moral en tan aciagos tiempos. Pero cuando los límites se rompen y los hombres están dispuestos a mentir y engañar abiertamente, los cimientos sobre los que se construyen las sociedades civilizadas empiezan a debilitarse. Especialmente cuando uno está dispuesto a admitir el derecho de los partidos políticos a mentir y engañar con ciertos fines, pues a partir de ese momento ¿cómo es posible confiar en ellos? ¿Cómo podrán saber sus seguidores en qué se han convertido? No obstante, en la vieja Europa no existía ningún gobierno ideal en el que poder depositar la fe y la esperanza. Todos ellos estaban muy lejos de ser perfectos y no había otro remedio que conformarse con el menos malo. Todo aquel dispuesto a regirse por una serie de sólidos principios morales también deberá resignarse a vivir aislado en la cima de una montaña, lejos de los asuntos de los hombres, como si fuera un ermitaño o un místico hindú que no ve más allá de su ombligo, hasta que las bombas empiecen también a caer sobre su refugio.

IV

El domingo por la mañana la pareja norteamericana se dirigió en su coche al castillo Wickthorpe para pasar allí una noche. Era importante para Lanny, pues se encontraría con Gerald Albany y otros miembros del Gobierno para oírles debatir sobre los peligros del momento. Si después tenía ocasión de reunirse con Goering podría contarle lo que había oído, ocultándole por supuesto cualquier información confidencial. Él no tenía favoritismos pero relató a sus amigos ingleses su última entrevista con el orondo comandante de la Fuerza Aérea alemana y lo que el locuaz personaje le había revelado acerca de los maravillosos y flamantes aviones de combate que estaba construyendo,

la cantidad de hábiles pilotos que estaba adiestrando y cómo sería capaz de derribar a todos sus enemigos durante las primeras horas de una hipotética guerra. Por desgracia, nada de esto perjudicaría demasiado a Goering, pues Ceddy y sus amigos estaban seguros de que el gordo general tan solo se estaba tirando un farol en un intento de meterles el miedo en el cuerpo hasta el día en que Hitler estuviera preparado para militarizar Renania o cualquiera que fuera a ser su siguiente paso.

Irma sabía que no tenían prisa de modo que el lunes viajaron a Londres y ella se fue de compras, pasó por la peluquería para que le rizaran el pelo y disfrutó del té en compañía de algunas de sus amigas mientras Lanny cumplía con sus deberes profesionales visitando a varios marchantes y coleccionistas. Al atardecer asistieron a la representación de una comedia titulada *Tovarich* que llevaba representándose con éxito todo el verano. Contaba la historia de un gran duque ruso y su esposa que vivían exiliados en París en la más absoluta miseria ya que no podían hacer uso de la enorme suma de dinero que el duque poseía en un banco de la capital, pues estaba retenido por el inexistente Gobierno de su país. Se decía que a *herr* Hitler le había encantado la obra, ¡eso sí, después de asegurarse de que el autor era un ario de pura cepa!

Entre los numerosos refugiados blancos que había en París y en la Riviera, Lanny nunca había conocido a ninguno que tuviera el más mínimo parecido con aquellas románticas figuras de ficción. Aunque cuando al final de la obra los sentimientos patrióticos del duque le instigan a entregar su dinero al Gobierno soviético, el norteamericano pudo disfrutar al menos de un «final feliz» para aquel cuento de hadas. En los periódicos de la mañana siguiente leyó las últimas noticias sobre el congreso de la Komintern y algunos encarnizados artículos de opinión al respecto en la prensa londinense, pero nada que le resultara cómico ni romántico. La vieja Europa era una tetera desbordante de odios encarnizados en plena ebullición. La cuestión era cuándo se desbordaría y en qué direcciones salpicaría el agua hirviendo.

Ese mismo día recibieron una carta de fürstin Donnerstein, la amiga de Irma, que había abandonado Berlín para pasar la estación cálida en un pequeño chalet de Obersalzberg, cerca de la frontera con Austria. Ella lo calificaba de «pequeño», aunque sin duda contaría con un buen número de habitaciones para invitados. «Ven a visitarme», le rogaba. «Berlín es insufrible en agosto. Desde la terraza se puede contemplar el Berghof, el nido de águila donde se esconde nuestro Führer, y quizá Lanny te lleve a visitarle». Según tenía entendido, el *playboy* había tenido el gran honor de conocerle, un placer del que ni su marido ni ella habían disfrutado.

«¿Qué te parece?», le preguntó Irma a su marido. Y él respondió: «¿De veras te gustaría conocer a Hitler?». Ella dijo que resultaría divertido y desde luego sería toda una aventura que después podría contar a sus amigos. Lanny pensó que si Hitler tuviera a bien revelarle alguno de sus planes, también él tendría algo jugoso que contarle a Rick, a Blum y a Longuet, a Raúl Palma y quizá a Trudi. No había duda de que se lo tomarían mucho más en serio al saber que lo había oído de sus propios labios.

A su esposa, sin embargo, le dijo otra cosa: «Lo consultaré con Heinrich Jung en cuanto lleguemos a Berlín». No había tenido ocasión de ver a su amigo nazi más antiguo durante los últimos viajes, en parte porque Lanny había estado demasiado ocupado y en parte porque Irma consideraba a Heinrich y a su esposa unos redomados aburridos. Eso era lo único que la hija de J. Paramount Barnes no estaba dispuesta a soportar y Lanny estaba decidido a sacar partido de ello en Berlín. Tendría que escabullirse de Irma para ver a Trudi, algo que no iba a resultarle tan fácil ahora que sus amigos no estaban en la capital. No obstante, si le decía a su mujer que debía reunirse con Heinrich en su oficina y el fanático entusiasta insistía en llevarle a ver algún desfile de las Juventudes Hitlerianas, a ella no le costaría tanto decir: «¡Está bien, iré sola a ver una película!».

V

No había ninguna necesidad de enviar un telegrama para hacer una reserva en el Adion en plena canícula veraniega, pero Lanny lo hizo de todos modos informando de su hora de llegada. Tampoco tuvo que especificar que le gustaría recibir a la prensa, pues cualquier hotel de lujo sabe sacar partido de la publicidad gratuita y da por hecho que también lo harán sus clientes. De modo que cuando la pareja norteamericana desembarcó, los muchachos de la prensa ya les estaban esperando en el vestíbulo dispuestos a contemplar respetuosamente el cortejo formado por la heredera, su príncipe consorte, una doncella y tres botones cargados con cuatro maletas cada uno.

Sentado en el salón de su *suite*, Lanny pidió bebidas para los reporteros y les habló sobre la regata de Cowes, los tesoros artísticos que esperaba comprar y la visita que esperaba hacer a sus amigos, que pasaban sus vacaciones en las

inmediaciones del refugio del Führer. Hasta el último periódico de Berlín se había hecho eco de la última entrevista de Lanny con el ídolo de la nación, por lo que estaba seguro de que en esta ocasión la prensa del día siguiente también le reservaría un espacio entre sus páginas. «Kornmahler» vería la noticia y pronto recibiría una de sus cartas.

Lanny supuso que la nota llegaría a media tarde. Hasta entonces sería el más devoto de los maridos para curarse en salud ante futuras negligencias. Era un día caluroso, de mucho bochorno, y él dijo: «¿Qué te parece si cogemos el coche y nos vamos a uno de esos lagos a nadar?». En la gran llanura que era la provincia de Brandenburgo, una frondosa zona de pantanos poblada en otro tiempo por uros, osos y bárbaros, había suficientes lagos para que todos los habitantes de la gran ciudad pudieran nadar y navegar. Sin embargo, en una mañana de mitad de semana la mayor parte de la población estaría trabajando y dos norteamericanos ociosos podrían disponer de embarcaciones y zonas de baño para disfrutar en soledad. El portero del hotel les explicó dónde encontrar una zona exclusiva y tranquila y se fueron a pasar la mañana y a comer. Irma no se paró a pensar por qué se quedaban hasta tan tarde, pues ella disponía de todo el tiempo del mundo.

Cuando regresaron al hotel Lanny recogió la esperada nota, más breve que nunca: «Tengo algunos bocetos que espero le gustarán. Le estaría muy agradecida si pudiéramos vernos a las veintidós horas esta misma noche si nada se lo impide». Eso era todo. Trudi nunca le había citado por la noche y él supuso que su actual situación no le permitía arriesgarse a salir a la calle a plena luz del día.

El primer escollo de Lanny era escabullirse de Irma a las diez de la noche, pero el destino le fue más propicio de lo que esperaba. Recibieron una llamada de *frau* Ritter von Fiebewitz que casualmente estaba en la ciudad, en una breve escala de su periplo vacacional desde las montañas a la costa. ¿Les apetecería cenar con ella? Sería algo informal pues debía soportar la inconveniencia de contar únicamente con un criado. Por supuesto Irma aceptó de buen gusto, y Lanny dijo: «Te diré una cosa: te llevaré hasta allí y mientras tanto iré con Heinrich a cenar para ahorrarte el mal trago de aburrirte con su compañía. Si tú no estás, tampoco él se sentirá obligado a invitar a su esposa. Después le llevaré de vuelta a su casa y no creo que tu amiga tenga ningún inconveniente en traerte al hotel».

—¡Y sino cogeré un taxi! —dijo la joven esposa afablemente.

Todo había salido a pedir de boca.

VI

El hijo del comisario forestal de Stubendorf había llegado muy alto en la intrincada jerarquía del partido, donde ocupaba un importante cargo como educador de las Juventudes Hitlerianas. Sin embargo, Heinrich Jung seguía viendo a Lanny Budd como aquel joven afortunado y envuelto en un aura de elegancia al que había conocido hacía tantos años y al que le encantaba hablar sobre los grandes personajes del Viejo Continente, con los que solía codearse de igual a igual. Los nacionalsocialistas se consideraban a sí mismos revolucionarios y destructores de la rancia y anticuada cultura europea, pero solamente los más duros y fanáticos habían conseguido liberarse por completo de su embrujo. De ahí que, para su amigo nazi, Lanny siguiera siendo una figura romántica, un privilegiado a quien seguían recibiendo como invitado en el castillo de Stubendorf y que era sistemáticamente agasajado por la *gleichgeschaltete presse*[79] de Berlín. Antes de presentarse en el Adion para cenar, Heinrich había tenido tiempo de pasar por casa para ponerse su uniforme, una prenda muy poco adecuada para esa época del año y que apestaba a naftalina. Cuando vio a su deslumbrante amigo, los pálidos ojos azules del oficial se iluminaron de alegría y sus rosadas y nórdicas mejillas, que habían engordado desde su último encuentro, se tiñeron de un leve rubor a causa de la emoción.

—*Ach*, Lanny! —exclamó el recién llegado—. ¿Cuándo te decidirás a unirte a nosotros?

—¿Qué quieres de mí? —dijo sonriendo el anfitrión—. ¿Que me ponga el uniforme?

—*Warum nicht?*[80] Te quedaría como un guante y tendrías una distinguida carrera, créeme. En un abrir y cerrar de ojos te convertirías en el *gauleiter*[81] de Nueva Inglaterra. A nuestra gente aún no le va muy bien allí.

—Todos mis amigos de Nueva Inglaterra me consideran un extranjero —respondió Lanny—. No creo que me respetaran como líder.

Lanny quiso saber a qué se dedicaba últimamente Heinrich y al instante, como ya era costumbre, el joven se dejó llevar por su apasionada verborrea. El oficial nazi había estado a punto de llamar a Lanny para invitarle a ir a Núremberg al día siguiente. Allí había una escuela nacionalsocialista para jóvenes elegidos traídos de todas las naciones de la tierra —mil quinientos estudiantes seleccionados por sus especiales aptitudes en cincuenta y una

naciones diferentes eran los futuros führers y amos del mundo—. Heinrich había sido escogido a su vez para hablarles de las *Hitlerjugend* y para explicarles cómo había sido construida su maravillosa organización durante la pasada década. El trimestre escolar estaba a punto de concluir y tendrían lugar impresionantes ceremonias, entre ellas un acto conmemorativo ante el monumento a la guerra con banderas y estandarte, tambores y trompetas, himnos marciales y toda la parafernalia que tanto emocionaba las almas de los puros *herrenmensch*[82] nórdicos.

—¡Lanny, no serías capaz de resistirte!

—Quizá por eso es mejor que no vaya —respondió el irreverente norteamericano—. Nunca lograré asentarme y trabajar tan duro como tú, Heinrich. Pero te admiro igualmente por ello.

Las mejillas del comisario forestal volvieron a teñirse de rojo de puro placer y Lanny le hizo un gesto al camarero para que rellenara su copa. El espléndido anfitrión había pedido una botella del mejor champán y se aseguraría de que su invitado se bebiera la mayor parte.

—El hecho es que estoy muy ocupado ahora mismo —continuó el anfitrión—. He recibido el encargo de vender algunas pinturas de la colección del *minister-präsident general*. Tiene un gusto extraordinario, ¿sabes? Y la estrecha colaboración con él me está resultando muy instructiva además de rentable.

Lanny siguió hablando con total naturalidad acerca de Karinhall y Emmy, de los fastuosos regalos nupciales y también sobre las notables habilidades como cazador de jabalíes del orondo general —según sus propias palabras—. Tras la última visita de Lanny al coto de caza se había hecho público el anuncio de la intención de retirarse de la estrella de la gran pantalla para darle un digno heredero a su amado comandante y de paso al pueblo alemán, lo que una vez más despertó en Heinrich el instinto etnocéntrico que caracterizaba al pueblo elegido en su camino hacia el poder y la gloria.

Durante la cena, el norteamericano escuchó pacientemente toda aquella propaganda nazi. Después se llevó al invitado a su *suite*, donde tomaron café y brandi, y Heinrich habló sobre el triste destino de su —en otro tiempo— amigo Hugo Behr y de tantos otros que tan trágicamente se habían desviado del buen camino para oponerse a la voluntad del Führer. La actual situación, dijo, era una prueba más de que el líder nazi tenía razón. La libertad de Alemania solamente se podría obtener mediante la valentía y el arrojo, no había ninguna otra vía. Heinrich citó un fragmento de un discurso que el general Goering había pronunciado recientemente en el que afirmaba que no

toleraría el menor indicio en la patria de ese «apestoso internacionalismo». Lanny, que había abogado porque Stubendorf siguiera perteneciendo a Alemania durante la conferencia de Paz de París, siempre había sido visto por el joven oficial como un simpatizante incondicional con la causa del Führer. De modo que el paciente interlocutor siguió escuchando su perorata.

VII

Finalmente, a Lanny se le presentó la ocasión de cambiar de tema y dijo: «Irma y yo estamos planeando ir mañana a Salzburgo para visitar a una amiga que tiene una casita en las montañas. Me encantaría llevarte en coche hasta Núremberg, Heinrich, pero Irma se ha traído a su doncella y con todo el equipaje la pobre ya viajará casi enterrada».

—Oh, no es problema —respondió el otro—. Hay un coche del partido listo para llevarnos a mí y a otros dos oficiales.

—Se me ha ocurrido una cosa —continuó el otro—. Sería una muestra de buen gusto por nuestra parte presentarle nuestros respetos al Führer, si crees que podría gustarle.

—¡Oh, Lanny, estoy seguro de que le gustaría! Ojalá pudiera ir yo también, pero ya sabes cómo es esto. No puedo descuidar mis importantes responsabilidades para con las juventudes.

—Por supuesto que no. ¿Qué me recomendarías hacer? ¿Querrías telefonearle y averiguar si estaría dispuesto a recibirnos?

—*Gewiss*, si es lo que quieres.

—Bien, y ¿por qué no llamas desde aquí?

Heinrich estaba entusiasmado ante semejante honor y Lanny estaba seguro de que el personal del hotel también lo estaría, pues sabía que antes de que dieran por concluida la llamada todo el establecimiento estaría ya al corriente de lo sucedido.

Heinrich cogió el auricular y habló utilizando portentosas palabras y un enfático tono de orgullo.

—*Hallo. Heil Hitler! Bitte, des Führers Heim, Der Berghof, in Berchtesgadent, Obersalzberg*[83].

Cuando concluyó la retahila apenas era capaz de permanecer sentado en la silla y no podía hablar de otra cosa, de modo que aprovechó para preguntarle a su anfitrión si debía solicitar hablar directamente con el gran hombre o con alguno de sus allegados. Lanny, que tenía experiencia en esas lides, le dijo que lo más recomendable sería hablar antes con el secretario personal del Führer. Sin duda habría alguien de servicio a todas horas. Siempre había que evitar entregar mensajes a mayordomos y doncellas que, al no estar familiarizados con el gran mundo podían confundir nombres, sobre todo nombres extranjeros. Lanny sabía que Heinrich era un hombre importante dentro del partido y su nombre era conocido, ya que en su juventud había visitado a Hitler en la cárcel en dos ocasiones —algo que el antiguo pintor de postales nunca olvidaría.

Cuando sonó el teléfono Heinrich cogió el auricular con la mano temblorosa, y Lanny se dedicó a escuchar la conversación. «*Hallo. Ist dort Der Berghof? Heil Hitler! Hier Heinrich Jung. Wollen Sie mich bitte mit dem Sekretär des Führers verbinden? Ja? Danke Schön*»**[84]**. Esperó unos instantes, antes de continuar: «*Sekretär des Führers? Heil Hitler. Hier Spricht Heinrich Jung, Gruppenführerstellvertreter des fünten Gaus der Reichsjugendführung und ein alter Freund des Führers. Heil Hitler!*»**[85]**.

Demasiada palabrería para una simple presentación. Heinrich siguió hablando y le explicó al secretario que el norteamericano Lanny Budd y su esposa multimillonaria —no hizo falta señalarle a Heincrich que aportara ese detalle— estarían de visita al día siguiente en los alrededores del Berghof, y *herr* Budd, que ya en dos ocasiones había tenido oportunidad de reunirse con el Führer, deseaba hacerle una visita en compañía de su esposa para presentarle sus respetos. Guardó silencio y de nuevo esperó —más tiempo esta vez—, hasta que una radiante sonrisa iluminó de repente los arios rasgos del rostro del oficial de las Juventudes Hitlerianas. «*Ja, ja! Bitte, einen Augenblick*».

Se volvió hacia Lanny.

—El Führer te recibirá mañana por la noche a las veintidós horas. ¿Podrás estar allí?

—Por supuesto, estaré.

Puesto que Lanny no tenía la menor intención de preparar los cuadros hasta que llegara el momento de abandonar Alemania, no le quedaba otra cosa que hacer más que esperar a encontrarse con Trudi esa misma noche. Tendría tiempo de hacerlo a la mañana siguiente. Por otra parte no le sorprendió que la cita fuera tan tarde, pues sabía que Adi padecía de insomnio y se mantenía despierto hasta altas horas de la madrugada.

Por supuesto no se olvidó de darle las gracias a su viejo amigo por el favor. Pocas personas en Alemania habrían hecho algo así, le dijo, y añadió que él y su esposa tendrían cuidado de no decir nada que pudiera incomodar al gran hombre, menos aún mientras estaba en su retiro espiritual de las montañas tratando de alejarse de las preocupaciones del Estado.

Pasaban algunos minutos de las nueve en punto, las veintiuna horas continentales. Lanny le dijo a su amigo que debía reunirse con su esposa y se disculpó porque Heinrich tuviera que volver a casa en un taxi. El hijo del comisario forestal dijo que no le suponía ningún problema —¡además, todavía no era tan importante!—, de modo que Lanny lo acompañó escaleras abajo mientras el joven seguía hablando por los codos con las mejillas arrebatadas por la emoción y la mezcla de licores, lo metió en un taxi y le pagó al conductor el doble de la tarifa habitual antes de que se lo llevara. «*Heil Hitler für dich und grüss Gott für die Frau!*»[86], dijo Lanny, pues sabía que la menuda y rechoncha esposa de su amigo era originaria de Bavaria.

VIII

Lanny pidió que le trajeran su coche y se dirigió enseguida a los suburbios. A las veintidós horas —demasiados toques de campana— estaba en la misma esquina en la que a lo largo de los últimos ocho meses se había estado citando con su camarada. Tenía el corazón en un puño. ¿Y si no se presentaba? ¿O si en su lugar, ¡y tan solo era una suposición!, apareciera uno de los coches blindados de la Gestapo escoltado por motoristas armados?

Pero no, ¡ahí estaba! Con su sombrero de ala ancha y los rasgos de su cara al arropo de las sombras producidas por el alumbrado público y la luz de la luna. Caminaba deprisa y mirando al frente en todo momento. Lanny aparcó junto a la acera un poco más adelante y ella entró rápidamente y susurró: «¡Conduce!». El potente coche siguió la marcha y Lanny le preguntó: «¿Te estaba siguiendo alguien?».

Y su respuesta: «Me han estado siguiendo por todas partes». Al doblar la esquina él miró a su alrededor en busca de las luces encendidas —o apagadas— de algún coche a su zaga. Tras efectuar varios giros tuvo la seguridad de

que estaban a salvo y dijo: «Puedes relajarte. No despertarás las sospechas de nadie en este coche».

—¡Oh, Lanny! —exclamó ella—. Desde la última vez que te vi todo ha sido terrible. Apenas he tenido un solo día de paz. La policía descubrió nuestro rastro y ya han detenido a la mayoría de mis amigos. Es demasiado terrible para hablar de ello o tan siquiera pensarlo.

—Será mejor que me lo cuentes —dijo él con suavidad—. Después de todo yo también estoy metido en esto.

—Esa es una de las cosas que más me preocupaban. Durante dos meses traté de decidir si debía pedirte que volvieras a Alemania.

—Todos los nazis parecían bastante contentos de verme. Mañana por la noche tengo una cita para visitar al Führer en Berchtesgaden.

—*Herrgott*, Lanny! ¡Deberías matarle!

—¿Me recomendarías hacerlo?

Pensó que merecía la pena asegurarse.

—No quería decir eso. Me refiero a que no permitirían que te acercaras si tuvieran alguna sospecha sobre ti.

—He tratado de consolarme con esa idea. No creo que quiera torturarme personalmente. Cuéntame lo que has estado haciendo, así podré ayudarte.

—Estábamos a punto de sacar un panfleto, cincuenta mil copias de una pequeña publicación semanal de cuatro páginas donde contamos lo que ocurre realmente. Pero descubrieron nuestra imprenta y a nuestro impresor, y también a dos hombres clave que se ocupaban de la distribución.

—De modo que habéis tenido que parar.

—De momento. Tengo miedo de salir porque han distribuido mi foto. En dos ocasiones han arrestado a la gente que me había acogido, y eso es lo más terrible para mí. No sé qué hacer. Llevo conmigo el beso de la muerte allá donde voy.

—Trudi —dijo él, con gravedad—. ¿Conocías bien a Monck?

—Oh, Lanny, ¿quieres decir que sospechas de él? Ha sido desde el principio uno de nuestros más devotos camaradas. Es ingeniero naval. Un hombre muy hábil, todo un profesional, y ha estado en el partido desde su juventud.

—¿Y cómo te explicas que los nazis le hayan dejado libre hasta hace poco?

—Entró en la clandestinidad, igual que todos los demás. Créeme, pensé mucho antes de escoger al hombre adecuado para ponerme en contacto contigo. Estoy segura de que, de haber querido, te habría traicionado de inmediato. La Gestapo no espera para dar sus golpes y nunca te habrían

permitido regresar a Alemania y mucho menos repartir grandes sumas de dinero si hubieran sospechado algo.

—¿Sabes de alguien que conociera a Monck y que aún esté en libertad o trabajando para la causa?

Ella lo pensó durante unos instantes.

—Sí, al menos eso creo. No se puede estar seguro, pues de un momento a otro… eso es lo peor de esta forma de vida. Te diriges al cuarto de un amigo en busca de un refugio donde pasar la noche y tienes miedo de llamar a la puerta porque podría abrirla un hombre vestido de uniforme. Y es inútil correr, pues te pegarán un tiro en el pie. Así aún estás en condiciones de hablar.

—Bueno, Trudi —dijo él—. No sé qué otra cosa decirte. Si no estás en situación de seguir operando creo que ha llegado el momento de sacarte del país.

—¡Oh, no puedo abandonar a mis camaradas! ¡Tanta gente en una situación tan terrible! Todos nos comprometimos a seguir adelante.

—Sí, pero también es posible editar e imprimir en Francia o en Holanda e introducir las copias como contrabando. Yo podría ayudarte sin revelar mi postura para poder seguir ganando dinero.

—Es posible. Pero ahora me alojo en casa de una familia… El marido es un impresor con mucha experiencia y cree que puede conseguir una vieja prensa manual para que podamos continuar.

—Está bien —respondió él—, si eso es lo que quieres, aquí tienes cinco mil marcos. He tomado la precaución de cambiarlos en Nueva York y algunos en Londres, así que no creo que puedan rastrearlos.

Había escondido el precioso fajo de billetes en su coche cuando entraron en Alemania y lo había sacado de camino a la cita. Ahora se lo entregó.

—No sé si debo cogerlo —respondió ella—. No estoy segura de poder sacarle partido en mi actual situación.

—Eso no importa —replicó él—. De todas formas tienes que vivir, y también tus amigos. Además, ¿qué iba a hacer yo con el dinero de Goering?

IX

Los encuentros con Trudi Schultz eran escasos y peligrosos. Lanny no esperaba tener ocasión de verla durante este viaje, de modo que trató de pensar en todas las cosas que quería preguntarle y en las gestiones que tendría que llevar a cabo. No le preguntó por los detalles de su trabajo ni los nombres de los que habían sido detenidos por los nazis. Se acordaba de muchos a los que había conocido en los viejos tiempos y sentía la necesidad de saber qué les había ocurrido, pero finalmente optó por dejar las cosas como estaban. Ella le preguntó si su esposa estaba al corriente de sus actividades y él le respondió que lo dudaba. Defendió a Irma hasta donde le fue posible. Ella era un producto del entorno en el que se había criado y todavía era joven. Le contó a su camarada que pronto regresaría a Nueva York y le dio su dirección de allí. También se pusieron de acuerdo para utilizar ciertas palabras clave, nombres de pintores, para que ella pudiera decirle si necesitaba una prensa, papel o lo que fuera. Lanny había transportado en una ocasión hasta Alemania todos los cuadros de Marcel para una exposición y podía volver a hacerlo si fuera necesario, ocultando entre el cargamento distintas mercancías ilícitas.

—Me da miedo viajar en el metro —dijo ella finalmente— y tuve que caminar mucho para llegar hasta aquí. De modo que lo mejor será que me dejes en el distrito de Schóneberg, donde vivo ahora.

Condujo siguiendo sus indicaciones y, cuando ella ya se disponía a bajar, él le dijo:

—¿Sabes? No siento curiosidad por saber dónde vives pero no quiero dejarte sin estar seguro de que no corres peligro. ¿No sería mejor que diéramos un par de vueltas a la manzana para reconocer el terreno? Así si algo va mal nos marcharemos juntos.

Ella le dijo el nombre de la calle, una de tantas exactamente iguales como en tantas capitales modernas. Apenas se adentraron en ella Trudi le agarró del brazo y susurró: «¡Hay dos coches delante de la casa! ¡Da la vuelta!».

Él vio los dos automóviles orientados en su dirección y se dio cuenta de que les atraparían enseguida si intentaba huir marcha atrás antes de dar la vuelta en esa calle tan estrecha. «¡Quieta!», le ordenó. «¡Agáchate un poco y apoya la cabeza en mi hombro!». Él se inclinó ligeramente hacia delante para ocultar el rostro de ella, pero no el hecho de que estaba allí.

En esa posición pasaron ante los dos coches. Al volante de sendos vehículos Lanny tuvo ocasión de ver a sus conductores vestidos con el uniforme de las *Schutzstaffel*, los cascos de acero y las camisas negras con el brazalete con las calaveras y las tibias cruzadas. Una mirada fue suficiente y después siguió conduciendo con la vista fija en la carretera manteniendo la

velocidad. Supuso que un hombre a bordo de un elegante coche extranjero en compañía de una mujer una noche de verano no llamaría especialmente la atención de la Gestapo. Cuando consideró que se habían alejado bastante miró por el espejo retrovisor y los coches seguían en el mismo sitio. Entonces aceleró y dobló la esquina para salir a toda prisa del distrito berlinés de Schóneberg.

X

Trudi Schultz se hundió en el asiento y rompió en sollozos temblando de pies a cabeza. Al principio él pensó que su reacción se debía al miedo, pero enseguida se dio cuenta de que no pensaba en sí misma.

—¡Oh, Lanny, esa pobre gente! —gimió—. Esos demonios los arrastrarán hasta algún sótano y los harán pedazos para sacarles todo lo que sepan sobre mí y adónde he ido.

—¿Y saben algo? —preguntó el hombre, pensando en sí mismo por una vez.

—*Nein, ausgeschlossen!* ¡Les dije que iba a reunirme con un hombre que podría conseguirnos papel sin que la policía le siguiera la pista! ¡Son los más devotos camaradas, obreros que han trabajado toda su vida y contribuido con su escaso dinero al partido y a la causa! El marido tiene el pelo blanco y el rostro repleto de arrugas, aunque no es tan viejo, y la mujer está consumida y exhausta, con las manos destrozadas y los brazos tan delgados como cuerdas. Tienen dos hijos, un niño y una niña, y las SS no dudarán en torturarlos también a ellos. Es inútil decir que no sabes nada pues siguen golpeándote hasta hacerte perder el sentido y dejando tu cuerpo convertido en una pulpa sanguinolenta.

—Lo sé —dijo Lanny—. Lo he visto con mis propios ojos.

Dejó que se desahogara llorando, pero enseguida decidió que había llegado el momento de obligarla a recobrar la compostura.

—Escúchame, querida. Sabes que debo reunirme con Irma y que no puedo estar toda la noche conduciendo.

—Sí, sí, lo entiendo. Te estoy comprometiendo por la fuerza. Déjame en cualquier sitio.

—¿Y a dónde pretendes ir?

—No tengo la menor idea. No creo que ninguna otra familia se atreva a acogerme… no puedo seguir poniendo a la gente en peligro.

—Podría sacarte de la ciudad.

—¿Y de qué serviría eso? Si voy a un hotel o a una pensión tendré que registrarme y dar parte a la policía en un plazo de veinticuatro horas. Para eso tendría que enseñarles mi carnet de identidad, que destruí hace tiempo. Soy una proscrita.

—Está bien, querida, pero no puedes pasarte la noche vagando por las calles y ten la seguridad de que no quiero dejarte sola.

Elia no supo qué responder, y tras unos instantes él decidió que había llegado el momento de actuar.

—Escúchame, Trudi —dijo—, tenemos un viejo dicho: el que huye en mitad de la lucha vive para pelear otro día. Voy a sacarte de Alemania.

—¿Y cómo lo harás? —preguntó ella.

—Eso es algo que habrá que pensar con detenimiento. Pero antes he de saber si estás dispuesta a venir.

Hubo una pausa.

—De acuerdo —respondió ella por fin en un susurro, como si le hiciera daño el mero hecho de pronunciar esas palabras.

—*Gut!* —exclamó él—. Antes he de decírselo a mi esposa, pues necesitaremos su ayuda.

—¿Y nos la prestará, Lanny?

—No le gustará, por supuesto. Pero no podrá negarse.

—No quiero entrometerme entre vosotros, Lanny.

—No creo que la cosa se ponga tan seria. Es una persona sensata y de buen corazón. Cuando se dé cuenta de la seriedad de la situación ella no te abandonará a merced de los lobos.

—¿Le contarás toda la historia?

—Eso he de pensarlo. Lo primero que hemos de hacer es llevarte al hotel.

—*Aber*, Lanny! ¿¡Estás pensando en llevarme al Adion!?

—Te sorprenderás del cambio en cuanto te hayas puesto algo de ropa de Irma. Te quedará un poco grande, pero los dos te escoltaremos caminando bien pegados a ti y no creo que nadie se fije en ello.

—Pero si voy a pasar la noche allí tendré que registrarme de todas formas.

—Entrarás por la noche y te irás por la mañana, así que dudo que se den cuenta antes de que sea tarde.

—¡Lanny, podría meteros en terribles problemas!

—De veras lo dudo. Somos norteamericanos y muy conocidos, no creo que los nazis quieran armar un escándalo. Tengo la historia perfecta si nos descubren: eres una artista y yo soy un *Kunstsachverstandiger*. He estado ayudándote a publicar tus dibujos en Francia y te he prestado ayuda económica porque esperaba poder vender tu trabajo y ganar dinero con ello. No tenía la menor idea acerca de tu situación legal. Por cierto, será mejor que me devuelvas el dinero hasta que salgas de Alemania. Será más natural que lo tenga yo.

XI

Lanny aparcó el coche con naturalidad delante del hotel. Le había dicho a Trudi que pasara al asiento trasero y se recostara para que no le vieran la cara. Si alguien se dirigía a ella les diría que estaba esperando a *herr* Budd, aunque no creía que nadie lo hiciera a menos que el coche estuviera demasiado tiempo allí aparcado.

Las llaves de su *suite* estaban en recepción, de modo que Irma aún no había regresado. Algo de lo más conveniente. Entró en la habitación de ella y metió en una maleta vacía un vestido de seda azul oscuro no demasiado llamativo y un sombrero a juego, unos zapatos y unas medias. No importaba lo que se pusiera pero debía ser un conjunto completo. Si apareciera en el vestíbulo del hotel con un par de medias marrones llamaría tanto la atención como si llevara el carnet del Partido Socialista pegado en la frente. Tomó la precaución de llamar a Céleste, la doncella de Irma, que también estaba en el hotel, y le dijo que podía irse a la cama pues no requerirían sus servicios esa noche. Después bajó rápidamente al coche y se pusieron en marcha. Trudi corrió las cortinillas traseras y se cambió a toda prisa. Deshacerse de su ropa iba a ser un problema digno de una novela de misterio. No podían dejarla en el coche ni en el hotel. Cuando ella le aseguró que las prendas no llevaban ninguna marca o distintivo que la pudiera identificar, papeles en los bolsillos, documentos, etcétera, Lanny le dijo que lo arrebujara todo y lo anudara haciendo una bola, y al atravesar el río Spree por uno de sus numerosos puentes él lo lanzó al agua por encima del pretil.

Ahora Trudi era toda una dama, y perfecta por cierto. Pero Lanny no quería subir a la *suite* a solas con ella y tampoco que estuviera presente mientras hablaba con su mujer. Aparcó cerca del hotel y una vez más la dejó sola. Irma todavía no había llegado aunque ya eran más de las doce. Dio por hecho que seguiría disfrutando de los chismorreos de *frau* Ritter von Fiebewitz y aprovechó la ocasión para registrar a fondo la habitación de su mujer. Miró bajo la cama, debajo de las alfombras y detrás de las cortinas para asegurarse de que no había ningún cable o disco de metal que pudiera ser parte de un transmisor o micrófono. Y tomó la precaución adicional de envolver el teléfono en una gruesa toalla de baño. Todo estaba listo para la «gran escena».

Irma se lo había pasado bien y era obvio que también se había tomado un par de cócteles. Tenía las mejillas sonrojadas y hablaba por los codos.

—¡Oh, Lanny, siento llegar tan tarde pero me ha ocurrido algo de lo más curioso! ¿Alguna vez has estado en un *Thingspief*?

—He oído hablar de ellos —respondió él.

—La prima de Fiebewitz se presentó por sorpresa y nos llevó a un lugar de la campiña y allí estaba, ¡un gran teatro al aire libre! Habría unas mil personas, campesinos y aldeanos, y por primera vez sentí que estaba en la auténtica Alemania. La obra era increíblemente cruda pero todos se la tragaron hasta el final. Las mujeres no dejaban de sollozar a mi alrededor. Me hizo recordar la representación de *La cabaña del tío Tom* que vi cuando era niña en las montañas Adirondack. Según Fiebewitz, se parecía a las viejas obras de teatro de magia y misterio que representaban en Inglaterra.

—¿De qué trataba? —incluso en un momento así Lanny se sintió obligado a mostrarse cortés.

—Era sobre Hitler salvando al pueblo alemán. Se titulaba *Pasión alemana, 1933* y contaba cómo Hitler cargaba con la cruz. De hecho era bastante blasfema porque aparecía él, en lugar de Cristo, siendo crucificado por los judíos. Después resucitaba y subía al cielo para recibir instrucciones de un ángel y de nuevo bajaba a la tierra ataviado con una reluciente armadura para salvar a una hermosa doncella de ojos azules con dos largas trenzas muy rubias. Ella, por supuesto, encarnaba a Alemania. Ya sé que suena algo idiota contándolo así, pero no imaginas lo conmovida que estaba la audiencia. Estoy segura de que todas aquellas campesinas de verdad creían que el Führer había vivido esas experiencias.

—Escucha, cariño —dijo Lanny rápidamente—, será mejor que entres aquí para hablar de esas cosas.

La llevó hasta el dormitorio y cerró la puerta, la invitó a sentarse en una silla y acercó otra para él antes de empezar a hablar.

—Algo muy serio ha ocurrido. Escúchame atentamente y, sea cual sea tu reacción, por favor no levantes la voz.

XII

Y así le contó cómo había recibido la carta de una joven artista con mucho talento que necesitaba ayuda y había decidido ir a su encuentro. Ella le había hablado de sus actividades y del aciago destino de algunos de sus amigos, después al llegar a su casa se dieron cuenta de que la Gestapo la estaba esperando. Esa era la verdad y nada más que la verdad, aunque no toda la verdad. Se dio cuenta de que Irma no se acordaba de Trudi. La joven artista solo era una más de las decenas de personas que había conocido durante aquella asamblea y que no habían sido de su agrado. Era una historia consistente y mientras la contaba llegó a pensar que se saldría con la suya.

¡Pero al terminar descubrió que estaba equivocado! Su joven esposa seguía sentada, pero ahora tenía los puños cerrados y los labios apretados.

—¡Lo ves! —exclamó ella—. ¡No puedo confiar en ti! ¡Otra vez has estado intrigando con todos esos rojos!

—¡No, cariño…!

—¡No sigas tomándome por una idiota, Lanny! ¡Has estado viendo a esa mujer! Dime la verdad y deja de tratarme como a una niña.

—La he visto dos o tres veces y le he dado algo de dinero… No podía negarme, es una artista de talento…

—¡Artista, y un cuerno! La has estado ayudando porque es socialista y no eres capaz de negarles nada de lo que te piden. Has estado viniendo a Alemania por ella, no por los cuadros. Y ahora te has metido en otro lío, exactamente lo que me prometiste que no harías. Me has traído hasta aquí con esa promesa y la has roto y ahora piensas seguir adelante. ¿Qué sientes por esa mujer para que permitas que eche a perder nuestra felicidad?

—Cariño —dijo él—, deja que te aclare una cosa desde el principio. No hay absolutamente nada entre Trudi Schultz y yo. Ni siquiera le he tocado la mano. Ella solo piensa en descubrir lo que le ha ocurrido a su marido. Aún

conserva la esperanza de que siga vivo en algún campo de concentración y cree que le está ayudando con lo que hace. Por favor, Irma, no dudes de mi palabra.

Había lágrimas en los ojos de su esposa.

—¡Qué poco me comprendes, Lanny! Si me dijeras que amas a esa mujer por supuesto me romperías el corazón, pero no me interpondría entre vosotros. Si me dijeras que te has acostado con ella y que ahora te das cuenta del error que has cometido y quieres enmendarte te perdonaría e intentaría de nuevo hacerte feliz. Eso podría entenderlo y si me dijeras que lo sientes te creería. Pero no te arrepientes en absoluto de todo este asunto del socialismo porque crees que es correcto ¡y no piensas detenerte nunca! —hizo una pausa, y al ver que él no respondía insistió—: ¿No es cierto?

—Así es —admitió él en un tono de voz que daba a entender lo mucho que lo sentía.

Se sorprendió al descubrir su punto de vista. Su lógica era aplastante, pero al mismo tiempo le impresionó la ferocidad de los prejuicios que implicaba.

—¡Por eso estoy segura de que nunca volveré a ser feliz estando contigo! —exclamó la esposa ultrajada.

—Escúchame, cariño —le rogó—, hay mucho que decir sobre este asunto…

—No, Lanny, te equivocas. Se puede resumir con muy pocas palabras.

—¡Por favor, no las digas ahora! Trata de comprender la situación. Trudi no tiene ningún sitio adonde ir. Los nazis han detenido a la gente que la había alojado en su casa, gente pobre y trabajadora. Un pintor casi anciano, una madre frágil y dos niños pequeños. Con toda probabilidad ahora mismo los estarán torturando para obligarlos a revelar dónde está Trudi.

—¿Y lo saben?

—No.

—Y tú, ¿lo sabes?

—Está sentada en nuestro coche, frente al hotel. Y no puede seguir allí mucho tiempo sin llamar la atención. La policía de Berlín, los camisas pardas, las SS —la maquinaria nazi al completo— tiene su fotografía y la estará buscando en estos momentos.

—¿Y qué quieres que haga?

—Quiero que me ayudes a sacarla de Alemania.

—¡Así de simple!

—Recuerda, querida, que no es la primera vez que me enfrento a esta situación. Ya tuve que hacerlo mientras intentaba liberar a Freddi. Se me

ocurrieron varias maneras de hacerlo.

—¡Y ninguna de ellas fue suficiente!

—Entonces no contaba con tu ayuda.

—¿Y si me niego a ayudarte?

—Tendría que arreglármelas solo. Ten la seguridad de que no pienso sacar a esa mujer de nuestro coche para abandonarla en las calles de Berlín a merced de esos salvajes.

—¿Y si yo necesito el coche para volver a casa?

—En ese caso tendré que tomarme la molestia de comprarme otro. Tengo que lograr que cruce la frontera sea como sea. Hay gente que saca a refugiados del país a cambio de dinero y quizá pueda encontrar a alguno dispuesto a hacerlo.

Hubo un largo silencio. Él era consciente de la lucha que en esos instantes tenía lugar en el alma de su mujer y no le pareció justo presionarla. Finalmente ella habló:

—Me has hecho algo horrible, algo que nunca podré perdonarte. Pero no quiero ver cómo te matan y me veo obligada a elegir entre ayudar a esa mujer o arriesgarme a que te maten. Si me demuestras que hay alguna posibilidad de poder sacarla del país, haré mi parte. Pero no pienses ni por un momento que eso significa que te perdono por lo que has hecho.

—No tengo palabras para agradecértelo, cariño. Y haré todo lo que pueda hacer un hombre para compensarte.

—Nada de lo que hagas me compensará, así que no te engañes. Hace tiempo que tomé la decisión y esta vez se ha terminado. Quiero que lo comprendas. Voy a ayudarte y de cara a la galería haré lo que sea necesario, pero no quiero que ella me dirija la palabra y en cuanto a ti, cuanto menos digas mejor será. No pretendo ser desagradable… Solo quiero evitar discusiones, guardarme mi opinión para quien sepa apreciarla y dedicarme a resolver mis propios problemas mientras tú resuelves los suyos.

12
La peligrosa periferia de la batalla

I

Serenos e imperturbables, de acuerdo a los códigos de la clase a la que pertenecían, Irma Barnes y su príncipe consorte atravesaron el vestíbulo del Hotel Adion y se dirigieron a su coche aparcado en la calle. Bajo la atenta mirada del augusto portero, el marido le presentó a su esposa a la amiga que les aguardaba y esta le estrechó la mano. A continuación los tres regresaron al hotel y Lanny le dio las llaves del coche al empleado para que uno de los botones lo llevara al garaje. Los invitados subieron a su *suite* en el ascensor, y en cuanto los tres entraron en su dormitorio, con el teléfono aún oculto bajo la gruesa toalla, ella volvió a hablar:

—Señorita Schultz, mi marido me ha explicado las desafortunadas circunstancias en que se encuentra y he decidido intentar ayudarla. Pospondremos la conversación sobre los demás aspectos de la cuestión hasta que la situación se haya resuelto. Comprenderá que hago esto por mi marido y no por una desconocida, de modo que no malgaste saliva dándome las gracias y abordemos lo antes posible las cuestiones prácticas acerca de la manera de proceder.

Trudi tragó saliva y respondió:

—*Frau* Budd, su marido no me ha contado sus planes, por lo que lo único que puedo decir es que estoy preparada para hacer lo que usted y él me digan. Siento terriblemente haberles puesto en esta situación.

—No podemos retroceder en el tiempo, por lo que no sirve de nada lamentarse ahora.

Irma se volvió hacia Lanny, que contempló su rostro sombrío y no pudo evitar acordarse de la madre firme y tenaz que había intentado por todos los

medios impedir este desafortunado matrimonio. También pensó en el pirata de Wall Street, de negro bigote y ceño fruncido, cuyo retrato presidía la entrada de la mansión familiar desde lo alto de la gran escalinata y aún era capaz de intimidar a las visitas. Durante su reciente estancia en la casa, mientras revolvía en los cajones del escritorio de la biblioteca de su difunto suegro, Lanny había encontrado un puñado de panfletos exquisitamente impresos que contenían uno de los discursos que el constructor de pirámides y proveedor de servicios públicos había pronunciado durante un banquete ante la Cámara de Comercio de los Estados Unidos. En él, el gran hombre de negocios había manifestado su contundente opinión sobre los «socialistas soñadores y fanáticos», algo capaz de poner en su sitio al príncipe consorte, ¡exactamente como acababa de hacerlo Irma!

II

—No podemos irnos esta noche —dijo el marido en voz baja— ya que no disponemos de permisos de salida. Además, resultaría sospechoso que nos marchásemos de Alemania sin cerrar la venta de los cuadros, puesto que por eso hemos venido. A primera hora de la mañana llamaré al *oberleutenant* Furtwaengler para explicarle que tenemos una cita con el Führer esa misma noche. Él comprenderá la urgencia y no me cabe duda de que preparará de inmediato los cuadros y los documentos necesarios. Si disponemos de la escritura de venta con el sello de la oficina del general nos ahorraremos muchos problemas en la frontera. Lo pude comprobar la última vez que salí del país.

—¿Quieres decir que esperas cruzar la frontera sin el pasaporte ni el permiso de salida de la señorita Schultz?

—Eso es lo que pretendo. Dejaremos a Céleste en el hotel, diciéndole que regresaremos después de la visita al Führer. Sacaremos a Trudi con el visado de Céleste y podrá entrar en Austria también con el pasaporte de la doncella.

—Pero el pasaporte de Céleste tiene su fotografía y no me parece que la señorita Schultz tenga nada en común con una campesina bretona.

—Lo haremos de madrugada y la señorita Schultz estará tumbada en el asiento trasero rodeada de cuadros y maletas. Si preguntan algo les diré que ha

estado enferma y ha perdido casi diez kilos. Añadiré, por supuesto, que soy amigo personal del *minister-präsident general*, que he estado gestionando para él el asunto de los cuadros y que acabamos de visitar al Führer, por lo que pueden llamar al Berghof si lo desean para informarse, pues está a escasos kilómetros de la frontera. Estoy seguro de que todo eso hará que los agentes se echen a temblar.

—¿Y qué has pensado hacer después con Céleste? ¿Dejarla en Alemania durante el resto de su vida?

Lanny había lidiado con el mismo problema hacía más de dos años, cuando planeaba sacar de Alemania a Freddi Robin con el pasaporte de un camionero. Ya se lo había contado a Irma y no creyó conveniente volver a decírselo ahora.

—Céleste se quedará a salvo en este hotel —explicó—. Entretanto podrá ir a ver algún espectáculo y flirtear con los empleados. Recibirá una carta tuya diciéndole que tuviste que regresar a casa de manera inesperada y que con las prisas olvidaste dejarle su documentación, que pronto le enviarás junto a cierta cantidad de dinero que le permitirá regresar a Londres o a donde quieras. Celeste esperará pero los documentos no llegarán, y cuando ella te envíe un telegrama para decírtelo, tú le responderás que han debido perderse durante el envío por correo. Le indicarás que se dirija al consulado francés para que se ocupen del asunto y le enviarás un telegrama al cónsul explicándole lo ocurrido para que le facilite a la muchacha un nuevo pasaporte. Como consecuencia de todo esto posiblemente tendrás que buscarte otra doncella para que la sustituya durante un mes o quizá dos.

—Has pasado por alto un detalle: habrá un registro en el paso fronterizo como prueba de que el permiso de salida fue utilizado allí y de que tres personas salieron.

—En primer lugar, al telegrafiar a Céleste y al cónsul francés no les dirás dónde ni cuándo salimos sino simplemente que abandonamos apresuradamente el país porque teníamos una invitación del Führer y después decidiste regresar a casa de inmediato. El cónsul enseñará la carta a las autoridades cuando les presente el permiso de salida y el nuevo pasaporte, y los funcionarios no le prestarán demasiada atención tratándose de unos invitados del Führer. En el peor de los casos tampoco sería una situación grave para Céleste, pues les resultará obvio que se trata de una muchacha ignorante, una víctima de sus patrones que no tiene la menor idea de lo que le han hecho. Lo más probable es que ni siquiera llegue a enterarse de lo sucedido, y en caso de que lo haga, una pequeña suma de dinero hará que lo olvide. Si es

posible piensa en algún recado que puedas encargarle mañana por la mañana para que no vea a Trudi y no sepa que hay alguien más con nosotros.

Y dijo Irma:

—Es probable que después de esto no puedas volver nunca a Alemania.

—Veremos cómo termina —respondió Lanny—. En cualquier caso, no creo que nadie me impida entrar en Alemania cuando quiera mientras siga trayendo talones bancarios a nombre de cierto orondo general.

III

Lanny le cedió su habitación a la invitada y durmió en el sofá del salón, puesto que Irma no le invitó a su dormitorio. Durmió porque sabía que al día siguiente tendría que conducir durante muchas horas y hasta cierto punto ya estaba acostumbrado a los problemas con la Gestapo. Si las dos damas consiguieron dormir no se lo dijeron, y tampoco él lo preguntó. Por la mañana llamó a primera hora al honorable *oberleutenant* que, siendo secretario personal del gordo general, siempre estaba disponible desde muy temprano. Tal como Lanny había previsto, el joven oficial se quedó estupefacto al saber que habían sido invitados al Berghof y se comprometió a llevar al Adion los cuadros y la documentación necesaria debidamente cumplimentada.

Lanny hizo desaparecer las pruebas de que había dormido esa noche en el salón y encerró a Trudi en el dormitorio cuando las camareras llegaron para servirles el desayuno en un par de mesas plegables, mientras Irma llamaba a Céleste, que dormía en el ala de empleados del hotel, para que se presentara rápidamente en la *suite*. La recia muchacha campesina apareció enseguida, siempre sonriente y sin tener la menor idea de la miserable jugada que habían planeado. No se parecía en absoluto a Trudi Schultz, y ni el hambre ni la enfermedad habrían sido capaces de rebajar sus pronunciados pómulos o de conseguir que sus rasgos adquiriesen la delicadeza y finura de los de una santa. No obstante Lanny esperaba encontrar la manera de disimularlo ante los oficiales de la aduana y entretanto le resultó interesante observar que incluso a una mujer francesa le parecía emocionante la idea de que fueran a visitar al Führer.

La señora explicó que se llevarían solo dos maletas y que ya habían guardado sus cosas en ellas. Mencionó que ya dentro de poco sería el cumpleaños de su madre y que tenía intención de enviarle un regalo, por lo que Céleste recibió el encargo de recorrer varias tiendas en busca de algo muy alemán que fuera del agrado de la señora Barnes y que después enviaría por correo ordinario o urgente. Irma le dio un billete de cien marcos, unos cuarenta dólares al cambio actualmente, y la muchacha se marchó satisfecha y sin albergar la menor sospecha de que algo había ocurrido entre sus patrones.

Lanny pidió el coche y se apresuró al consulado austríaco donde, gracias a un modesto *douceur*, obtuvo sin la menor demora los visados necesarios para su pasaporte, el de su esposa y el de la doncella. Cuando regresó al hotel Lanny examinó los dos cuadros, entregó el dinero y puso a buen recaudo el documento de venta con el mágico sello de la oficina del general, junto con los permisos de salida. Intercambió las habituales cortesías con su amigo de las SS y se abstuvo de preguntarle si había estado recientemente en algún sótano o mazmorra azotando al editor o al impresor de cierta publicación socialista.

Los empleados del hotel llevaron los cuadros al coche y los colocaron en el asiento trasero —afortunadamente no eran muy grandes—. Lanny le dio una propina al portero para que vigilara las obras de arte y volvió al vestíbulo del hotel para llamar a Irma a la *suite* y decirle que todo estaba listo. Pagó la cuenta y como quien no quiere la cosa le mencionó al recepcionista que se dirigían a Berchtesgaden para visitar al Führer esa misma noche. En mitad del revuelo despertado por semejante noticia, Irma y otra mujer elegantemente vestida salieron del ascensor y se dirigieron al coche seguidas por un botones cargado con dos maletas. Lanny llevó a cabo el habitual ritual del reparto de propinas, de ese modo si durante el cambio de turno algún empleado de la mañana sentía el impulso irrefrenable de comentar con los de la tarde que una extraña dama había pasado la noche en la *suite* de los Budd, Lanny podría conducir con la tranquilidad de saber que ninguno de ellos se lo contaría a la *Polizei*.

IV

¡Este era sin duda el viaje más extraño que jamás había hecho el experto conductor por el viejo continente europeo! Irma no decía ni una palabra y Trudi respetaba sus deseos, de modo que Lanny se limitó a conducir como un chófer bien entrenado. Tenía más de seiscientos kilómetros por delante y ni un momento que perder. Mantuvo la mirada fija en la excelente *reischautobahn* y el pie en el acelerador. Si algún agente les daba el alto durante la ruta Berlin-Leipzig-Regensburg-Múnich, él tenía la respuesta perfecta. Si las autoridades ponían en duda su palabra, contaba con el documento de la oficina del segundo al mando. Al verlo, cualquier guardia de tráfico volvería a subirse a su vehículo tras ofrecerse a abrirles paso durante el resto del camino.

Lanny y su mujer habían recorrido juntos esa misma carretera en varias ocasiones. Las llanuras de Prusia estaban cubiertas de verdor y repletas de patatas y remolachas, con la excepción de que aquellas parcelas habían sido expropiadas por las más altas instancias y actualmente se habían convertido en polvorientos campos de entrenamiento para el adiestramiento de reclutas y las maniobras de tanques y maquinaria bélica pesada cuyo estruendo hacía pensar en la estampida de una manada de elefantes. Lanny ya había tenido ocasión de ver maniobras militares pero nunca nada parecido a esto. Apenas había una hectárea de terreno donde no pudiera verse a una unidad de jóvenes cadetes vestidos con pantalones cortos color caqui y camisas abiertas a la altura de la garganta celebrando con cánticos o manteando al aire a alguno de sus compañeros. Aviones de gran tonelaje volaban sobre sus cabezas haciendo ejercicios en el aire y cada poco los viajeros escuchaban el insistente sonido de disparos. Los turistas eran libres de visitar la patria para presenciar estos espectáculos y por supuesto entre ellos siempre había numerosos agentes británicos, franceses y de las demás naciones que habían firmado el Tratado de Versalles, aunque los dirigentes de dichos países no pudieran hacer nada al respecto salvo pronunciar airados discursos.

El hotel les había preparado un almuerzo para el camino y, después de haber pasado Leipzig, Lanny se aventuró a sugerirle a Irma que lo abriera y lo fuera repartiendo. Mordisqueó un bocadillo mientras conducía y a continuación, dado que aquel silencio le parecía de dudoso gusto durante la hora de la comida, se acordó del nuevo artilugio que Irma había hecho instalar en el coche, un aparato de radio con el que poder combatir el tedio de la conducción. Cuando se dispuso a encenderlo, con cautela y cierta timidez, ella no hizo el menor comentario, de modo que empezó a girar el dial: un orador nazi rugiendo en las ondas, un reportero nazi denunciando las recientes declaraciones británicas acerca de los asuntos de Alemania y después, como

por arte de magia, una hermosa melodía flotó en el aire: una orquesta interpretaba el primer movimiento de la *Sinfonía Pastoral. Allegro ma non troppo*. «Los agradables sentimientos que se despiertan en el corazón al llegar al campo», eso había anotado Beethoven en la partitura. Lo que el maestro tenía en mente cuando la compuso era la hermosa campiña de Viena, y en aquella época no habría soldados y mucho menos tanques blindados y estruendosos aviones desgarrando el cielo.

Resultaba difícil imaginar que hubiera en la historia de la música otra composición capaz de suscitar en el oyente sentimientos tan placenteros. Y Lanny tenía la esperanza de que ahora tuviera el mismo efecto sobre la mujer anormalmente silenciosa que viajaba sentada a su lado. Si la música es el alimento del alma, ¡que siga sonando! Quizá se tratara de una orquesta en vivo, quizá solo fuera un disco de gramófono, pero en cualquier caso siguió sonando. Pronto llegó un «*Andante con moto*. Escena en un arroyo». Lanny pensó en uno de aquellos planeadores deslizándose por el cielo, sobre colinas y valles, como si de un río se tratara y en aquellos muchachos que en lugar de pensar en lanzar bombas sobre sus semejantes se entregaban a la naturaleza y aprendían de ella para acrecentar sus conocimientos y disfrutar de la alegría de vivir. Un buen ejemplo de ello era ese mágico automóvil capaz de desplazarse de un paisaje a otro a toda velocidad, fusionando espacio y tiempo y convirtiendo la geografía en historia y el escenario en un panorama.

«*Scherzo*. Alegre reunión de campesinos». Lanny las conocía bien, pues había disfrutado de las fiestas de los aldeanos de la Provenza y aprendido a bailar la Farandola cuando era niño. La vida ofrece infinidad de inocentes placeres. ¡Si tan solo los hombres no se empeñaran en seguir robando y matando! ¡Si permitieran que Beethoven les enseñara a gozar de su propia felicidad en lugar de empeñarse en arrebatársela a sus semejantes! Aquí en la campiña el único estruendo capaz de sobresaltar a sus habitantes era el clamor del trueno. Y Lanny, a quien no le gustaba la música programática, se sorprendió disfrutando ahora del rítmico sonido de la lluvia y sintió el impulso de acompañarlo con el cadencioso metrónomo de los limpiaparabrisas. En ningún momento apartaba la vista de la carretera, de modo que no podía saber si la mujer que iba a su lado compartía su estado de ánimo.

«*Allegro*. Plácidos sentimientos después de la tormenta se entremezclan con la gratitud a Dios». ¡Era imposible que ninguna mujer siguiera enfadada mientras aquella celestial melodía asediaba sus oídos! ¡Seguramente también ella se sentiría agradecida por el mero hecho de estar viva en un mundo capaz de alumbrar y grabar para la posteridad semejante belleza! Y de un momento a

otro gritaría: «¡Oh, Lanny! ¡Amémonos! ¡Seamos felices y gocemos de la sagrada alegría de existir!». Sin embargo, si tales eran sus sentimientos ella había sido capaz de aplastarlos mientras mantenía un implacable silencio, roto únicamente de cuando en cuando por comentarios prácticos, como cuando señaló que tenían poco combustible o se ofreció a sustituir a su marido al volante.

V

Los bosques de Turingia y después el hermoso valle del río Naab, afluente del Danubio. La última vez que Lanny había recorrido esa misma ruta había sido durante la noche. Agentes de las SS le llevaban a Berlín por razones que en aquel momento solamente ellos conocían. A plena luz del día, sin embargo, aquello era mucho más hermoso, incluso a pesar de la relativa fealdad de la región del Alto Palatinado, también conocida como la Siberia bávara. Llegaron a la ciudad de Múnich un poco antes de las siete, pero aún les quedaban ciento cincuenta kilómetros por recorrer y no tenían tiempo que perder. Lanny insistió en que no estaba cansado. Conocía el camino, pues lo había estudiado mientras planeaba el rescate de Freddi Robin.

Una suave ascensión hacia las laderas de los Alpes bávaros. La carretera era cada vez más sinuosa. Había arroyos por doquier y aquí y allá podían verse lagos y lagunas que atraían a diario a turistas y ociosos. Es sol se escondía ya tras las montañas y el cielo se tiñó con los colores del crepúsculo. Los campistas disfrutaban de la cena al aire libre y los cadetes cantaban canciones nazis. Todos los jóvenes lucían actualmente la insignia militar y cada caminata formaba parte de la instrucción, pues el adiestramiento pretendía enseñarles el mejor modo de esconderse del enemigo con la intención de atacar. Lanny sabía que Irma veía las cosas de un modo muy diferente. Para ella todo aquello representaba «la fuerza a través de la alegría» mientras que para él era sinónimo de desaliento y crueldad, e implicaba la destrucción de la Alemania que siempre había amado, de su literatura y su arte, su música y su filosofía.

Por fin llegaron a la villa de Berchtesgaden, así llamada por la bruja Berchta, con cuyas historias solían asustar a los niños para que se portaran bien. A Lanny le pareció muy apropiado que Adi Schicklgruber hubiera

escogido este lugar como su refugio mientras planeaba la mejor manera de lanzar su hechizo sobre Europa. Aún quedaban doce kilómetros para llegar a la guarida del Führer. A lo lejos pudieron ver un gran foco que giraba sobre sí mismo igual que un faro y Lanny supo al instante que aquel era su destino. «En caso de tener algún problema será aquí», dijo Lanny. Y en efecto, al comienzo del desvío que conducía hacia la residencia de Hitler había una barrera pintada con rayas blancas y azules y una barraca de guardia con varios centinelas armados que lucían el uniforme negro y plata de las SS.

Lanny se detuvo a escasos metros del obstáculo y, cuando el capitán de guardia salió de la garita y le enfocó directamente con su linterna, él extendió el brazo y dijo: «*Heil Hitler!*». Todos los nazis devolvían el saludo como si fueran un solo ser. «*Heil Hitler! Heil Hitler!*».

—Tengo una cita con el Führer —dijo Lanny.

—*Ihr Name, mein Herr?*

—Lanny Budd.

—*Und die Dame?*

—*Meine Frau.*

El hombre dirigió el haz de luz hacia Irma y a continuación hacia la parte trasera del coche, deslumbrando a Trudi.

—Lleva usted otro pasajero —dijo en tono de sorpresa.

—La doncella de mi esposa.

—*Aber, Herr Budd*, no tenemos instrucciones concernientes a una tercera persona.

—No es habitual concertar citas para los sirvientes, ¿no le parece?

—*Aber, mein Herr*, ha de especificarse. Está estrictamente prohibido —*strengstens verboten*— que nadie entre si antes no ha sido debidamente notificado.

—¿Y qué es lo que espera que haga?

—La señorita tendrá que aguardar aquí hasta que termine la visita.

—*Aber* —dijo Lanny—, nos marchamos por el lado de Salzburgo. ¿No esperará que regresemos hasta aquí solo para recoger a la doncella?

—*Leider, mein Herr.*

Lanny sabía que con los subordinados de la patria alemana había que emplear un tono altivo. Es algo que esperan y respetan.

—Eso es ridículo —dijo él—. Va en contra del sentido común.

—*Leider, Herr Budd. Es ist der Befehl*[87].

—Bien, *en* ese caso la visita queda cancelada. *Wirgehen nicht hinein*[88]. ¿Qué carretera debemos tomar para seguir hacia Salzburgo?

El oficial al mando palideció, y también los guardias SS que lo flanqueaban. ¡Renunciar a una cita con el Führer era algo inaudito! *Undenkbar! Echt Amerikatiisch!*[89] Lanny arrancó el coche dispuesto a retroceder.

—*Bite, Herr Budd, einen Augenblick!*[90] —exclamó el oficial—. ¡Telefonearé!

¡Podrían degradarlo! ¡Lo decapitarían por permitir semejante calamidad!

—Llame al secretario del Führer —ordenó el capitán en tono altivo—. Dígale que informe al Führer de que *frau* Budd ha venido en compañía de su doncella y desea marcharse por el lado de Salzburgo, por lo que naturalmente no desea retroceder más de doce kilómetros y después tomar un nuevo desvío para llegar a la frontera.

—*Zu Befehl, Herr Budd*[91].

El oficial se dirigió apresuradamente a la garita y Lanny esperó. Confiaba en que Trudi no se hubiera desmayado del susto cuando le apuntaron directamente a la cara con la linterna. En cualquier caso, no se dio la vuelta para comprobarlo.

El oficial volvió a salir y se dirigió hacia el coche.

—*Ihnen ist's gestattet*[92] —dijo con alivio—. No obstante la doncella deberá permanecer en el automóvil durante la visita.

—Por supuesto —fue la respuesta—. ¿Qué motivo iba a tener para salir?

La barrera se levantó y el coche siguió adelante a buena velocidad.

VI

La carretera serpenteaba por la ladera del Obersalzberg. Había sido excavada en la roca maciza, lo que había implicado un ingente trabajo de ingeniería. Lanny conducía rápido pero atento en todo momento, haciendo sonar la bocina en todas las curvas excepcionalmente cerradas. Los haces de luz de los faros del vehículo se deslizaban sobre las laderas de las montañas a medida que ascendían, iluminando fugazmente bosquecillos de pinos y numerosos arroyos sobre los que habían construido puentes. No había mejor ingeniero en el mundo que el general Todt, a quien el Führer había encomendado la tarea de construir sus autopistas militares.

Lanny conocía bien la historia del chalet de montaña que había sido el refugio del Führer durante más de diez años. Bautizado originalmente como Haus Wachenfels, o Roca de Vigilancia, había pertenecido a un comerciante de Múnich. Hitler lo había alquilado después de terminar su plácida estancia en prisión a causa del fallido *putsch* de la cervecería. Allí había escrito —o Rudolf Hess había escrito por él, según se rumoreaba— la segunda parte de *Mein Kampf*, y poco después había comprado la residencia y cambiado su nombre por el de Der Berghof —Berg significa montaña y Hof, patio, granja, caserío, mansión, cancha, hotel, ¡o lo que uno prefiera!—. Fürstin Donnerstein les había hablado acerca de las muchas reformas llevadas a cabo allí. Adi Schicklgruber, pintor de postales paisajísticas sin un techo donde cobijarse, había estudiado arquitectura durante su juventud y ahora Alemania se había convertido en su solar de construcción particular con el presupuesto del Tercer Reich a su disposición. Ya estaba transformando Múnich y pronto haría lo mismo en Berlín, mientras en su refugio de las montañas se deleitaba con la música de los *waldweben* y la *feuerzauber*[93] y construía a su antojo el escondite perfecto para él y para la bruja Berchta.

Cuando se aproximaban al edificio se encontraron con una nueva barrera y varios guardias de las SS. Lanny se detuvo, realizó el saludo de rigor y se identificó. Ellos le preguntaron: «¿Quién viaja con usted?», y él respondió: «Mi esposa y su doncella». Comprobaron lo que decía linterna en mano y le dijeron que continuara.

Lanny siempre había considerado la puntualidad como una cuestión de prestigio, y a pesar de los retrasos sufridos aún faltaban tres minutos para las veintidós horas en punto cuando por fin vieron el chalet. La avenida de acceso se ensanchaba al aproximarse al edificio, de modo que pudo aparcar el coche a una prudencial distancia. Trudi descansaba en el asiento trasero y él ya le había dicho que mantuviera los ojos cerrados y durmiera si era capaz de hacerlo o, en caso contrario, lo fingiera. Extraños pensamientos rondarían sin duda en esos momentos la atribulada cabeza de la proscrita socialdemócrata al haber sido transportada hasta la misma puerta del hombre a quien consideraba la encarnación del mismísimo Satán. Pero este no era momento para preguntarle lo que pensaba.

Un centinela armado con un potente rifle caminaba arriba y abajo a lo largo de la avenida, y frente a la casa habían apostado una ametralladora instalada sobre un trípode a cargo de otros tres hombres con uniforme de las SS. La fachada del edificio era de estuco enjalbegado y bajo la tenue luz del crepúsculo, ligeramente más intensa gracias a la luna, Lanny pudo ver indicios

de una nueva construcción, aunque no fue capaz de distinguir los detalles. Cuando caminaba hacia la casa en compañía de Irma, uno de los guardias los deslumbró una vez más con su linterna. En cuanto dio por satisfactoria la identificación la luz desapareció tan rápidamente como había aparecido y, antes de que tuvieran oportunidad de llamar, un mayordomo con librea les abrió la puerta.

El interior de la casa era modesto. Acabados en madera oscura y muebles modernos con detalles metálicos y tubulares. Los condujeron hasta un espacioso salón de grandes ventanales con vistas a las montañas austríacas, a menos de cuatro kilómetros de distancia. Había un piano de cola, un gran aparato de radio y en el centro una gran mesa de reuniones con una docena de sillas a su alrededor. Allí se debatía y se decidía el destino de Alemania. Y Lanny estaba seguro de que, si Adi tenía éxito algún día, sería también el destino de Europa.

El amo del lugar se adelantó para recibirlos con la espléndida y atractiva sonrisa que le caracterizaba cuando estaba de buen humor. «Ha engordado», pensó Lanny. Seguramente se atracaba a base de fuentes de verduras con mantequilla coronadas con huevos cocidos. Sus mejillas, sin embargo, conservaban el mismo color ceroso y el pequeño bigote negro —que siempre daba la sensación de estar pegado— era el mismo que, muchos decían, le había copiado al famoso cómico que lo había hecho popular. «*Wilkommen, Herr Budd!*», dijo saludando al hombre en primer lugar, como era costumbre en el continente. Después le dio la bienvenida a la esposa sosteniendo su mano durante más tiempo del que dictaba el protocolo —se rumoreaba que sentía cierta fijación por las manos femeninas—. «Me preguntaba si llegaría usted a tiempo», añadió. Y cuando Lanny le dijo a qué hora habían salido de Berlín, él exclamó: «*Ach, Ihr Amerikaner!* ¡Debería encerrarle por exceso de velocidad!».

Y Lanny respondió: «Si fuera en un lugar como este no me importaría». El comentario fue del agrado del anfitrión y, sin prestar atención a las demás personas que había en la habitación, condujo a sus invitados hasta el ventanal para que tuvieran ocasión de contemplar la luz de la luna cuyo resplandor bañaba montañas y valles.

—Voy a hacer algo maravilloso en este lugar —declaró—. Tengo intención de construir el mirador más grande del mundo, y en la segunda planta además, para que el espectador no pierda detalle de este maravilloso paisaje. Los gobernantes vendrán desde todos los puntos cardinales para admirar estas vistas.

—Imagino que también vendrán por otras cosas —comentó Lanny, lo que provocó una risita de su anfitrión.

Habiendo leído el libro del Führer y tras haber escuchado sus discursos a lo largo de los años, Lanny conocía muy bien la mente de aquel hombre y podía permitirse juguetear con ella del mismo modo que habría hecho con las teclas del piano que tan incitadoramente presidía la estancia.

VII

En el salón había además un general, dos coroneles y un comandante. Lanny supuso que habría tenido lugar una conferencia militar antes de su llegada, pero enseguida supo que todos ellos eran miembros de la plantilla permanente de aquel emplazamiento. También había dos profesores, aunque no quedó claro qué tipo de clases impartían. Sin duda sobre algo relacionado con las doctrinas del nacionalsocialismo y las antiguas glorias del otrora conocido como el «cabo bohemio». Completaba la claque un tipo de aspecto agrio y sombrío, algo mayor que Lanny, con cejas pobladas y una espesa mata de pelo negro, mandíbula cuadrada y aire silencioso. Lanny había oído hablar de él en un *versammlung* y enseguida lo identificó como Rudolf Hess, lugarteniente adjunto de Hitler y uno de los dos o tres altos cargos nazis que podían permitirse tutear al Führer.

¿Se había reunido aquella pequeña comitiva por pura curiosidad para conocer a la *glamour girl* neoyorquina? No parecía muy probable. El Führer no había hecho alusión a la fortuna de Irma al presentar a Lanny.

—*Herr* Budd es un amigo de infancia de nuestro Kurt Meissner —declaró el gran hombre—. Según él mismo, de no ser por la familia Budd su carrera musical no habría sido posible.

—Kurt es demasiado generoso, excelencia —respondió Lanny—. Un hombre de genio no se rinde fácilmente. Y nuestra familia se ha visto mil veces recompensada por todo lo que él nos ha enseñado, no solo sobre la música de su patria sino también sobre la *charakterstärke und seelengrösse*[94] alemanas.

El visitante tenía intención de seguir la misma línea de pensamiento, pero se vio interrumpido por la entrada de una mujer bien conocida por él y por

Irma. *Frau reichsminister* Goebbels llevaba un vestido largo de seda china azul pálido que acentuaba la blancura de sus delicados rasgos y el hecho de que había perdido peso desde la última vez que se habían visto dos años atrás. Lanny e Irma esperaron a que los reconociera, pero Magda aguardó a que el Führer interviniera. «Magda me ha dicho que son ustedes viejos conocidos», comentó. Y Lanny respondió rápidamente: «*Frau reichsminister* tuvo la gentileza de mostrar un notable interés en la exposición de Marcel Detaze». Deseó que ella no mencionara que entonces le había pedido ayuda para sacar de prisión a cierta familia judía, pues estaba seguro de que en cuanto se tocara el tema, su anfitrión se pasaría el resto de la velada ultrajando a la raza maldita.

Magda los saludó con cordialidad y después tomó asiento y se limitó a escuchar en silencio. El Führer no pasó por alto la mención a Detaze, y comentó: «Recuerdo el retrato que usted me mostró hace años en la Braune Haus. Una obra notable, sin duda».

—Sus críticos tanto en Berlín como en Múnich fueron extremadamente considerados con la exposición —respondió Lanny—. Sin duda Marcel Detaze es el tipo de pintor al que usted habría dado su aprobación.

—Me gustaría tener una muestra en esta casa cuando se complete la reforma. Tengo entendido que su producción consiste mayormente en paisajes, *nich wahr?*

—Paisajes y marinas, *exzellenz*.

—Bien, ¿qué le parece si la próxima vez me trae una de las que usted considere sus mejores obras y me cobra lo que considere un precio justo?

—Me resultaría incómodo cobrarle por ello, *herr reichskanzler*.

—*Nanu*, ¿qué está diciendo? Si sus cuadros están a la venta, ¿por qué no habría de pagar yo por ellos? Dejaría trascender el hecho de que lo he comprado y de ese modo no solamente promovería la difusión de la obra del artista sino que podría suponer un paso hacia la reconciliación de Alemania y Francia, uno de mis sueños más preciados.

—Dicho de ese modo, no podría resistirme a hacerlo.

La *palabra führer* significa líder y, entre otras cosas, implica que él tiene el privilegio de dirigir la conversación. De modo que Lanny decidió aguardar.

—¿Sigue usted viviendo en Francia, *herr* Budd?

—La mayor parte del tiempo.

—Quizá pueda ayudarme hablándome del pueblo francés. ¿Qué es lo que esperan de mí y cómo podría persuadirlos de mis buenas intenciones hacia ellos?

—Esa no es tarea fácil, *exzellenz*. Los franceses son un pueblo mucho menos homogéneo que los alemanes, especialmente desde que usted gobierna. Debe usted tener presente que está compuesto por diversas facciones, muchas de ellas enfrentadas.

—Y aún así parecen estar dispuestos a unirse contra mi *regierung*, ¿no le parece?

—La mayoría esperan de todo corazón no tener que hacerlo. Los franceses desean la paz por encima de todo.

—Entonces, ¿por qué me cuesta tanto convencerlos para llegar a una serie de acuerdos razonables conmigo, que también deseo la paz por encima de todo? Sin duda habrá leído usted mi discurso del pasado mayo en el Reichstag…

—Lo estudié cuidadosamente, y también mis amigos de Francia y Gran Bretaña.

—En ese caso puse un especial empeño en hacerme entender por ambos países, punto por punto. ¿Puede decirme usted alguna razón?

—¿Quiere usted una respuesta sincera, *herr reichszanzler*?

—*Vollständig offen!*[95]

—*Also!* Desafortunadamente escribió usted hace años en *Mein Kampf* que la aniquilación de Francia es el principal objetivo de Alemania.

—*Ach, der Unsinn!*[96] No estamos hablando de literatura sino de política.

—Los franceses son conscientes de que su libro no ha dejado de venderse y de que su excelencia tampoco lo ha repudiado.

—*Aber!* Ese libro fue escrito mientras yo estaba en prisión, profundamente dolido. Si tuviera tiempo lo reescribiría. Pero actualmente estoy muy ocupado. Ya no soy *ein verhungerter schriftsteller*[97] sino un hombre con serias responsabilidades que revela sus ideas mediante la acción. Si fuera capaz de alcanzar un acuerdo duradero con Francia hoy en día, ¿no sería eso más importante?

Lanny podría haber respondido rápidamente a esta afirmación: «*Herr reichskanzler*, me incomoda tener que decir que al parecer yo conozco mejor su obra que usted mismo. Se da la circunstancia de que la afirmación sobre la *vernichtung* de Francia está en la segunda parte de *Mein Kampf*, que no fue escrita en prisión sino en esta misma residencia en la que ahora nos encontramos, años después de que concluyera su encierro de ocho meses, del que dicho sea de paso no tuvieron la culpa los franceses sino los alemanes». Sin embargo, no es de recibo hablarle de ese modo a ningún hombre de estado en todo el mundo. Y Lanny sabía por propia experiencia que para

Adolf Hitler los hechos no tenían la menor importancia a menos que sirvieran a sus propósitos. Sería mucho más fácil guardarse una anguila en el bolsillo del abrigo que obligarle a aceptar una realidad que no le resultara conveniente a la hora de alcanzar sus deseos y objetivos.

VIII

No fue necesario que Lanny —ni nadie más— hiciera ningún otro comentario, pues el Führer ya estaba completamente entregado a una de sus arengas. No quería aprender nada, tan solo quería hablar. Y Lanny sabía por propia experiencia que, tanto en público como en privado, una vez que empezaba no había forma de pararle sin importar si se encontraba ante una audiencia de dos personas en la intimidad de su casa, de dos mil almas en el Bürgerbraükeller de Múnich, de veinte mil el Sportpalast de Berlín o de un millón en el aeródromo Zeppelin durante el día del Partido en Núremberg —que, por cierto, tendría lugar dentro de dos semanas—. Lanny había escuchado hablar a Adi durante dos horas y media, y sabía que había pronunciado discursos de cinco horas ininterrumpidas.

Aquí se habían reunido once personas: cuatro militares, dos profesores, un cacique del partido, la mujer del *reichsminister* de Ilustración Pública y Propaganda, un *kunstsachverstandiger* franco-americano, una heredera multimillonaria perteneciente a la alta sociedad neoyorquina y por último, pero no menos importante, el *reichskanzler* y Führer del Tercer Reich alemán. Era él quien más disfrutaba del arte de la oratoria y sin duda quien más se emocionaba. Cuanto más hablaba más serio y efusivo se volvía, más fuertemente sacudía los puños en el aire, más levantaba la voz y más preocupante se volvía su aspecto.

Reveló a tan reducida y selecta compañía cuál sería finalmente el veredicto de la posteridad: que la firma del tratado entre Francia y la Rusia bolchevique era uno de los más infames crímenes y uno de los mayores desatinos de la historia de la humanidad. Como todo el mundo sabía, dicha alianza con un grupo de asesinos con las manos manchadas de sangre tan solo tenía un sentido y una finalidad. Iba dirigida contra Alemania y era una agresión injustificada, puesto que la Alemania nacionalsocialista no estaba en situación

de atacar a Francia ni tenía intención de hacerlo. La Alemania nacionalsocialista solamente deseaba reconstruir su propia economía y resolver el terrible problema del desempleo, tal como el mismo Führer le había prometido a su pueblo que haría. Sin embargo, la frontera oriental de la patria estaba bajo la amenaza del bárbaro despotismo de las hordas asiáticas que actuaban bajo la diabólica influencia de las teorías judeo-marxistas…

Y así seguía. Cada vez que Adi colocaba el prefijo *juden* a cualquier palabra esta se convertía inmediatamente en algo malo, pero cuando lo añadía a un concepto que ya es malo de por sí, entonces se volvía mil veces peor. ¡No había más que ver ese espectáculo que habían organizado en Moscú! ¿Cómo podía un hombre con sentido común poner en duda que los *juden-roten*[98] planeaban conquistar no solo Alemania sino todo el mundo civilizado? Habían reunido a sus agentes procedentes de los cuatro puntos cardinales del globo para organizar una plataforma pública donde poder alardear de los crímenes que pretenden cometer. Estaban utilizando todos los países fronterizos de Alemania como centros neurálgicos de sus intrigas y su guerra secreta contra el Reich nacionalsocialista. Imprimían propaganda incitando al terrorismo y al sabotaje que después introducían masivamente en el país. Disponían de cientos de agentes, tanto nativos como extranjeros, operando de forma clandestina en la patria con el fin de socavar sus cimientos y destruirla. «¡Ningún hombre ni mujer está a salvo en este país de las conspiraciones e intrigas de tan diabólicos enemigos!», gritó el Führer, y Lanny sintió un escalofrío recorriendo su espina dorsal al pensar que en cualquier momento un hombre de las SS entraría en el salón gritando: «¡*Mein Führer*, hemos descubierto a una conspiradora socialdemócrata oculta en el coche de sus invitados norteamericanos!».

IX

—Somos los implacables oponentes de esa nación caníbal —proclamó el dueño y señor de Alemania—. Y hemos de apelar a la gente decente de todas las naciones para que nos ayuden. Nosotros y solamente nosotros disponemos de los medios, y no me refiero a armas materiales, pues en ese sentido el *Diktat* de Versalles nos ha dejado indefensos. Los *juden-bolschewisten*

disponen de enormes unidades de tanques que superan con creces los de nuestro Ejército y poseen la mayor fuerza aérea del mundo lista para bombardear nuestras ciudades y destruirlas sin la menor advertencia. Contra todo eso nosotros los alemanes contamos con el esbozo de una nueva sociedad y disponemos además del coraje y la fe necesarios para cumplir nuestro destino. No es cierto que Alemania perdiera la última guerra por verse superada en armamento y estrategia. Nuestra derrota se debió únicamente al hecho de que nuestra fuerza moral flaqueó y fuimos víctimas de la puñalada trapera de esas víboras judeo-bolcheviques que nosotros mismos habíamos alimentado.

Adi dedicó una hora entera a desgranar toda su gama de ideas. Denunció el engaño de Francia y Gran Bretaña por no cumplir su compromiso de desarme adquirido en Versalles —una leyenda de su propia creación—. Repitió una vez más que la Alemania nacionalsocialista era el único país realmente democrático y que él era su legítimo gobernante, elegido por treinta y ocho millones de votantes. Repudió cualquier guerra con el fin de someter a otros pueblos, afirmando que Alemania solo necesitaba a los alemanes, razón por la que sus fuerzas defensivas serían la mejor garantía posible para la paz. «*Friede und Freiheit für alle, das ist Nazional Socialismus!*»[99], proclamó el campeón mundial de resistencia oratoria.

Lanny Budd, que ya se sabía todo eso de memoria desde hacía años, se permitió desviar la mirada momentáneamente para contemplar los rostros del resto de la audiencia. Los militares permanecían muy erguidos y atentos en posición de firmes, pues esa era la disciplina que habían aprendido. Los profesores, convertidos ahora en pupilos, hacían gala de ese inquebrantable respeto que siempre ha caracterizado a los alumnos de ese país. El sombrío Rudolf Hess, el más devoto discípulo, estaba sentado inmóvil igual que una estatua en pose de adoración, con los labios ligeramente separados como si pretendiera beber la sabiduría del maestro además de verse obligado a escucharla. Lo más interesante para Lanny, no obstante, era el rostro de Magda Goebbels. Dos años atrás, sus dulces rasgos le habían parecido gastados por una melancólica expresión, y ahora pensó: «¡He aquí la más triste de las mujeres!». Sabía que su pequeño y maquiavélico marido tenía a todas las jóvenes actrices del Tercer Reich comiendo de su mano, y el mero hecho de pensar en el uso que estaría haciendo de su poder ya era suficiente para justificar la expresión de mártir de su mujer. Lanny se preguntó qué estaría haciendo ella aquí. Sabía que ya antes de casarse había sido una incansable trabajadora del partido, además de haber contribuido económicamente a la

causa. ¿Acaso desempeñaba actualmente ciertas tareas oficiales que requerían su presencia durante las conferencias que allí se celebraban? ¿Era ella la única mujer en esta guarida habitada por hombres de más que dudosa catadura moral? Nadie tuvo a bien informarle sobre el asunto, y tampoco Lanny ni su mujer se atrevieron a preguntar.

X

¿Había reparado el Führer en la errabunda mirada de su invitado? ¿O acaso había llegado a descubrir con el paso del tiempo que, desgraciadamente, incluso la audiencia más fervorosa y atenta puede llegar a flaquear? De repente se volvió hacia la pareja de norteamericanos y dijo: «No es propio de un buen anfitrión agotar a sus invitados con discursos políticos».

Lanny estaba a punto de responder con alguna nadería cuando, para su sorpresa, Irma se le adelantó:

—En absoluto, *herr* Hitler. Todo lo que ha dicho me ha parecido muy interesante. He oído tantas cosas contra usted y sus ideas a lo largo de los años… y ahora que por fin he tenido oportunidad de escuchar sus propias respuestas, quiero que sepa que estoy de acuerdo con usted en todo lo que ha dicho.

El Führer de los alemanes sonrió complacido.

—Me alegra sinceramente oírla hablar así, *frau* Budd. Una persona con su influencia podría ayudarnos a aclarar muchos malentendidos en Norteamérica.

—No, *herr* Hitler, no creo tener la menor influencia. Pero puede estar seguro de que siempre que tenga oportunidad le contaré a la gente lo que ha dicho.

¡Un gratificante resultado para su pequeño esfuerzo propagandístico! Solo era necesaria una cosa más, y era que el marido también hablara.

—¿Y usted, *herr* Budd? —preguntó el orador.

Lanny recuperó la compostura y se apresuró a fingir una risa.

—Soy un devoto marido —afirmó—, y debe usted saber que jamás le llevaría la contraria en público a mi mujer en nada de lo que diga.

Eso sería más que suficiente para salir del paso. El gran hombre sonrió y los miembros de su corte hicieron lo mismo.

Por haber sido buenos pupilos ahora tenían derecho a una recompensa. El amo de la casa dio un par de palmadas, uno de los militares pulsó un botón en la pared y entonces entró en la habitación el ser más perfectamente redondo que Lanny había visto jamás. Su cuerpo era como un tonel y su cara como una luna llena o una calabaza de Halloween con su enorme sonrisa. «*Herr Kannenberg*», dijo Hitler, presentando al recién llegado con un leve gesto de la mano. Lanny había oído hablar de él. Un *restaurateur* de Berlín que se había convertido en favorito de la corte y había sido puesto al cargo de todas las residencias del Führer —el Berghof, el apartamento de Múnich y la Cancillería de Berlín—. Coordinaba a los criados, supervisaba la preparación de los platos de verduras y las bebidas no alcohólicas y, cuando *Putzi Hanfstaengl*[100] no estaba, hacía el papel de payaso.

«*Musik!*», ordenó el amo, y el regordete cogió una barroca acordeón y se sentó en el taburete del piano con una pose de lo más cómica, pues sus carnes rebosaban por todas partes de tan frágil asiento y sus piernas no llegaban al suelo. Empezó a tocar y a cantar: «*Tiroler sind lustig, so lustig undfroh!*»[101]. No tenía una gran voz pero era alegre y así había llegado a ganarse la vida. Mientras cantaba, dos criados entraron para servir un refrigerio con una bandeja especial para Hitler, que era considerado poco menos que un santo entre sus seguidores por sus hábitos a la hora de comer y beber.

«*Hab' oft die ganze Nacht an ihrer Hütten g'wacht*»[102], cantaba el trovador. Y seguía así: «*Z'Lauterbach hab' i' mein' Strumpf verlor'n*»[103]. Cantaba a la tirolesa con aire melancólico por la trágica pérdida de su media, y Lanny se preguntó qué pensaría Trudi Schultz de aquellos gorgoritos. Había sido un día caluroso, por lo que las ventanas del salón estaban abiertas y la brisa nocturna entraba cargada de aromas a pino y abeto. No sería capaz de dormir en semejante situación y aquel jolgorio no la ayudaría a calmarse. Al contrario, le haría pensar en una caterva de espíritus malignos bailando sobre los cuerpos torturados de sus camaradas. ¡El verdadero socialismo había sido asesinado y esta vil falsificación bailaba ahora sobre su tumba!

XI

La diversión seguía su curso y el rostro del orondo payaso se iluminó de alegría mientras empezaba a cantar una de esas tonadas con las que los aldeanos de todo el mundo se burlan de la gente elegante de la ciudad: «*In Berlín, sagt er, muss dufein, sagt er, und gescheit, sagt er, immer sein, sagt er, denn da habens, sagt er, viel Verstand, sagt er, ich bin dort, sagt er, viel bekannt!*»[104].

Mientras fingía escuchar, Lanny pensaba en todo lo que había dicho su mujer. ¿Realmente pensaba de ese modo o se debía a su discusión y a la aparición de aquella desconocida que le disputaba la posesión de la mente de su marido? Para Lanny sus palabras habían sido como un puñetazo en la cara, revelando sin ambages lo que Irma había estado pensando durante las últimas horas y lo que le esperaba en cuanto todo esto hubiera pasado. La *Sinfonía Pastoral* no había tenido el menor efecto calmante sobre aquel corazón salvaje.

La fiesta se detuvo momentáneamente y Hitler dijo:

—Cualquier amigo de Kurt Meissner debería ser músico, ¿no le parece, *herr* Budd?

—A una escala muy modesta en todo caso, *exzellenz*. Aunque Kurt y yo solíamos practicar juntos cuantas composiciones a cuatro manos pudiéramos encontrar. ¿Le gustaría que tocara algo?

—*Bitte sehr* —dijo el Führer.

Lanny se sentó al excelente piano. No pretendía rivalizar con ningún favorito de la corte y en esos momentos no estaba de humor, sino profundamente angustiado ante el grotesco espectáculo que constituía aquel mundo sumido en el dolor. Había visto a Loki, dios de las mentiras, engañando y saliéndose con la suya, y puesto que Lanny no podía expresar con palabras lo que pensaba y sentía, dejaría que fuera Beethoven quien lo hiciera. Beethoven era el amigo de Lanny, su último refugio en todos los enfrentamientos con el Loki nazi. Y ahora acometió los acordes iniciales de la sonata torpemente bautizada como *Claro de Luna*, capaz de expresar la más profunda y desgarradora tristeza. «¡Acércate y escucha, oh todopoderoso Führer, y descubre lo que el gran espíritu de Alemania piensa realmente de ti y de tu gloria! ¡Acércate y llora por los diez millones de pequeños monstruos que estás criando para atormentar y envenenar Europa!».

Pero no, no funcionaría. Beethoven estaba muerto y este usurpador robaría su música y la utilizaría para sus propios fines. Adi Schicklgruber escucharía esas tristes notas como un lamento por sus héroes nazis fallecidos, un tributo a sus «banderas de sangre» y a todo su ritual en honor de Moloch. ¡Dolor, dolor, infinito dolor y sangre caerán sobre el mundo afligido!

Un movimiento era más que suficiente.

—*Ausgezeichnet!* —exclamó el Führer—. Veo que no solamente sabe tocar sino también qué tocar.

—Estaría encantado de poder volver para caldear alguna de sus veladas —respondió el invitado.

No estaba seguro de si en esa casa se regían por los mismos protocolos que la realeza y por tanto debía esperar a que le permitieran retirarse, no obstante decidió que lo mejor sería despedirse antes de que se desvaneciera la calidez de la bienvenida.

—Me temo —dijo— que ya le hemos robado bastante de su precioso tiempo, *herr reichskanzler*.

—Hemos disfrutado de su visita —respondió el anfitrión— y espero que ambos vuelvan por aquí.

Esa era la despedida, de modo que los invitados se pusieron de pie.

—Siento no poder invitarles a pasar aquí la noche —añadió Hitler—. Hemos tenido a tanta gente aquí que nuestros invitados han llegado a dormir en tiendas de campaña.

—Unos amigos nos esperan en Salzburgo —respondió Lanny—. Se alegrarán mucho más de vernos en cuanto se enteren del honor que hemos disfrutado.

Si uno es capaz de pronunciar en el momento oportuno ese tipo de lisonjas, sin duda será recibido con honores en todas las cortes de la tierra.

Estrecharon la mano a toda la compañía e Irma intercambió algunas palabras con *frau reichsminister*. Y mientras el Führer los acompañaba hasta la puerta, Lanny dijo:

—Una cosa más, exzellenz: me preguntaba si la frontera estará abierta a estas horas.

—La frontera está abierta toda la noche —respondió el otro—. Si tiene alguna dificultad llame por teléfono y nosotros lo arreglaremos.

No podía esperar una respuesta mejor. Salieron hacia el coche, arrancaron y se marcharon rápidamente. En cuanto se alejaron lo suficiente, Lanny susurró: «¿Estás bien?». Trudi respondió: «¡Sí!». Lanny: «¿Alguien miró el coche?». Y ella respondió: «Un guardia estuvo todo el rato paseando de un lado para otro pero no miró».

XII

Solo quince minutos los separaban de la frontera. Antes de llegar, Lanny detuvo el coche y le dijo a Trudi: «Quiero que te agaches todo lo que puedas en el asiento y finjas dormir. Tenemos autorización de Hitler para pasar y no creo que se molesten en registrar el coche, así que espero que ni siquiera tengamos que dar explicaciones sobre ti».

—Pero supon que miran y la encuentran —objetó Irma.

—Diré que no había imaginado que pudiera interesarles una sirvienta. Trudi tendrá su pasaporte y su permiso de salida si se lo piden —dijo, y se lo entregó.

—Me parece arriesgado —dijo la esposa—, pero es tu funeral.

—Los conozco lo suficiente —respondió él—. ¡Espera y lo verás con tus propios ojos!

Siguió conduciendo hasta el puesto fronterizo, se detuvo rápidamente y bajó del coche antes de que los guardias tuvieran ocasión de salir con sus linternas.

—*Heil Hitler!* —dijo haciendo el brusco saludo que todo alemán estaba obligado a devolver al instante.

—*Heil Hitler! Heil Hitler!*

Al instante Lanny se metió de lleno en su *Rolle*.

—Venimos de visitar el Berghof y el Führer me ha asegurado que la frontera estaría abierta.

—*Natürlich, mein Herr. Dieganze Nacht*[105].

—Me dijo que si sufría algún retraso le llamara inmediatamente al Berhof para resolver el asunto.

—*Sehr wohl, Herrschaften! Was wünschlen die Herrschaften*?[106]

—Soy experto en arte y vengo en viaje de trabajo desde Berlín, donde me he encargado de vender dos cuadros de la colección del *minister-präsident general* Goering. Aquí tengo el documento de venta con el sello de su oficina. Aquí está también mi pasaporte y el de mi esposa.

—*Gewiss, gewiss. Wollen die Herrschaften eintreten?*[107]

—*Nein, ich warte hier. Bite beeilen Sie sich, es wird spät*[108].

El alemán de Lanny era tan bueno que ni se dieron cuenta de que era extranjero, y su coche era una prueba más de su evidente autoridad. Los oficiales entraron rápidamente en la garita y dos minutos después volvieron a salir con los pasaportes sellados. Lanny subió al coche y arrancó el motor. Levantaron la barrera y el coche entró en Austria.

13
UNA ANTORCHA CELESTE

I

Salzburgo tiene un «Barrio Antiguo» que se conserva exactamente igual que en los tiempos en que fue Obispado Principesco del Sacro Imperio Romano hace unos ochocientos años. Tiene una catedral, un castillo en lo alto de un promontorio y otras atracciones medievales. Además, hace casi doscientos años, Wolfgang Amadeus Mozart nació en una de sus antiguas casas. A algunos avispados hosteleros se les había ocurrido recientemente la idea de organizar un festival en torno a su figura, que con el paso de los años había llegado a convertirse en un gran evento multitudinario que se celebraba durante todo el mes de agosto. Eminentes directores de orquesta y directores escénicos solían asistir y multitud de aficionados acudían desde todos los rincones de Europa y América. Para disfrutar de unas auténticas vacaciones era imprescindible vestir también el traje tradicional alpino, que para los hombres consistía en pantalones de cuero marrón o gris oscuro con llamativos tirantes. Los pantalones se terminaban en las rodillas, algo que hacía que más de uno se sintiera incómodo pero que resultaba sumamente conveniente para los mosquitos. En el sombrero se lucía una especie de condecoración de pelo ornamentado, un *gamsbart* o un *spielhahnfeder*. Y también era recomendable añadir el *bergstock*, un bastón largo, si se tenía intención de subir a las montañas para cazar gamuzas.

Atribulado por tener que organizar la huida de Trudi, Lanny se había olvidado por completo del festival. De modo que cuando al llegar vieron las tiendas iluminadas y las hordas de gente caminando por las calles de la ciudad, el conductor dijo: «Creo que no vamos a encontrar habitación».

Trudi, que había estado llorando en silencio en el asiento trasero, por fin habló: «No deben verme con ustedes. Sin duda habrá agentes nazis por aquí y si me identifican enseguida informarán a Berlín y podría comprometerles sin remedio».

Sin duda también Irma había humedecido su almohada la noche anterior y volvería a hacerlo esta noche, pero Trudi Schultz no iba a verlo y tampoco Lanny. En un tono de voz afectado y fingidamente tranquilo, la esposa preguntó:

—¿Dónde piensa ir, señorita Schultz?

—Iré a París. Debo separarme de ustedes lo antes posible para que nadie pueda asociarles conmigo.

—En lo que a Lanny se refiere —respondió Irma fríamente— no tengo nada que decir. Mi intención es coger el primer tren que me lleve a algún puerto desde donde pueda partir hacia Estados Unidos. Quizá quiera cambiar de planes ahora que sabe que voy a viajar sola.

—No, señora Budd —respondió Trudi—, eso no cambia nada. No tengo intención de interferir en la vida de Lanny y siento terriblemente ser la causante de su infelicidad.

Podría haber seguido hablando pero, cuanto más dijera, más empeoraría las cosas.

II

Lanny sugirió que lo primero que debían solucionar era el problema del alojamiento. Debían averiguar si quedaba alguna habitación libre en Salzburgo. Condujo hasta el Hotel Austria pero estaba completo y tampoco pudieron decirles dónde encontrar lo que buscaban. Había diez mil turistas en la ciudad. Después de varias llamadas telefónicas, Lanny llegó a la misma conclusión. Cuando regresó al coche, Trudi le dijo: «Déjame aquí, sé cuidar de mí misma».

—¿Dónde irás?

—Cogeré un taxi a la estación. En cualquier momento saldrá algún tren y no quiero ser un estorbo.

Le devolvió los papeles de Céleste y bajó del coche.

Irma podría haber dicho: «No eres ningún estorbo», pero no lo hizo. Y Lanny añadió: «Quizá no te resulte tan fácil. Tendrás que conseguir algún tipo de identificación de las autoridades austriacas. Y necesitarás dinero». Sacó un fajo de billetes del bolsillo e intentó dárselo.

—Estoy segura de que no necesito tanto —afirmó—. Solo lo suficiente para llegar a París y mantenerme allí durante una o dos semanas. Hasta que encuentre trabajo y pueda arreglármelas por mi cuenta.

—No será tan fácil como crees —respondió él.

Dividió el fajo en dos mitades y le entregó una con cierta brusquedad, como sí dijera: «Cállate y no seas tonta». Y Trudi aceptó.

—Señora Budd —dijo ella—, no puedo marcharme sin decirle lo mucho que le agradezco su ayuda y que siento de todo corazón todos los problemas que les he causado.

—Si le sirve de consuelo —respondió Irma con acritud— de no haber sido usted habría sido cualquier otra persona. El problema ya venía de hace tiempo.

—Adiós, Lanny —dijo la artista.

Se dio la vuelta para marcharse, pero él la siguió e hizo que se detuviera.

—Por favor, solo quiero decirte una cosa. Cuando tengas una dirección fija debes decírmelo.

—No debería volver a verte… —empezó a decir.

—No dejaré que te vayas hasta que me lo prometas.

—Es un error, Lanny. Esto romperá tu matrimonio.

—Eso déjamelo a mí.

—No puedo soportar la idea de ser la causa de…

—Es algo que no puedes evitar, de modo que es inútil pensar de ese modo. Me niego a perderte la pista.

—Lanny, vuelve al coche. Tu mujer se pondrá furiosa.

—Tiene el coche y sabe conducir. Estoy dispuesto a seguirte ahora y si es necesario hasta París a menos que me prometas que me escribirás.

—Te escribiré —dijo ella. Y después estalló—: ¡Oh, Lanny, es horrible lo que he hecho!

III

Cuando Lanny regresó vio que Irma ocupaba el asiento del conductor. Él se preguntó si habría estado a punto de abandonarle allí mismo. Pero ella se limitó a decir:

—Deja que conduzca yo. Debemos ir a algún pueblo de los alrededores que no esté tan abarrotado.

—De acuerdo —respondió él.

Quizá se estuviera ablandando, pensó, y cuando tomaron la carretera hacia Hallein empezó a decir:

—Hay tantas cosas que quiero decirte, Irma.

—Puedes decir todo lo que quieras. No quiero ser brusca y no quiero que discutamos, pero debes saber de antemano que nada de lo que digas me hará cambiar de opinión porque estoy decidida.

—¿Vas a romper conmigo?

—Me voy a mi casa, donde pertenezco. He intentado convencerme de que podría vivir en Europa, pero sé que lo aborrezco.

—¿No quieres que vaya contigo?

—No mientras sigas pensando y sintiendo como lo haces.

—¿A qué te refieres exactamente, cariño?

—Ya lo sabes, así que es una pérdida de tiempo volver a hablar de ello.

—Dime sin rodeos cuáles son tus condiciones.

—De acuerdo, si insistes. Puedes ser mi marido y tendrás mi amor si estás dispuesto a decir una sola frase: que nunca más mientras vivas tendrás algo que ver con el comunismo y los comunistas o con el socialismo y los socialistas ni con nada que se le parezca y sin importar la etiqueta que utilicen.

Él cerró los ojos como si acabara de recibir un golpe.

—Sabes que no puedo decirlo, Irma. Están Hansi y Bess y el tío Jesse y Rick y Raúl…

—Lo sé, los conozco a todos. Y también sé que nuestra felicidad se ha terminado. Créeme, he pensado mucho en ello. Ya han pasado casi dos años y medio desde que los nazis llegaron al poder y vinimos a Alemania para conocer a Hansi y a Bess. Mi sentido común ya me lo dijo entonces y me lo ha estado repitiendo cada día: puede que Lanny esté dispuesto a ayudar a los comunistas o a los socialistas, pero eso no es para mí.

Él sintió que algo extraño le estaba sucediendo: también había estado escuchando la voz del sentido común. La mitad escondida de su personalidad había vuelto a la vida de repente, y se sorprendió al darse cuenta de que sería un alivio no tener que mentir más, poder decir lo que pensaba y hacer lo que deseaba. ¡Ser un hombre en lugar de un ratón!

Hubo un largo silencio hasta que finalmente Irma volvió a hablar.

—Hablemos de cuestiones prácticas. Por la mañana debo regresar a Salzburgo y buscar una agencia de viajes para conseguir un pasaje para el primer vapor con destino a Norteamérica. Si me das la documentación de Céleste yo misma se la entregaré o se la enviaré por correo aéreo y le diré dónde puede reunirse conmigo. ¿Debo enviar tus maletas a Bienvenu o a la atención de Beauty en Londres?

—Déjame pensarlo y ya te lo diré —respondió en voz baja.

—Espero que no tengamos que pelearnos, Lanny. He vivido momentos amargos en que he odiado tus ideas y convicciones y a punto estuve de odiarte a ti por ellas. Pero he aceptado tu derecho a tener tus propias opiniones y espero que tú seas capaz de hacer lo mismo por mí.

—Por supuesto —respondió él—. Aún te quiero, ¿sabes?

—He pensado mucho en todo esto. No creo que dos personas que no están de acuerdo en cosas tan fundamentales puedan amarse. No se puede ser feliz de esa manera. Y yo no creo en la infelicidad y sé que tú tampoco.

—No —asintió él.

Una parte de él sentía reconocerlo, pero la otra se alegraba.

—Hay detalles que resolver sobre Frances. Si somos capaces de expulsar el rencor de nuestros corazones no nos veremos obligados a pelear por ella o a enseñarle a desconfiar de sus padres.

—¡Oh, desde luego que no, Irma!

—Antes de abandonar el Adion estuve tentada a utilizar eso como condición para ayudar a esa mujer, a llevarme a Frances para siempre a Shore Acres. Pero finalmente decidí confiar en tu buen juicio. Eres libre de venir a estar con ella cuando quieras. Si no tratas de imponerle tus ideas yo tampoco me veré obligada a enseñarle a temerlas.

Ahora entendía a qué había estado dedicando el tiempo que había durado su largo viaje a través de Alemania. Odiaba tener que admitirlo pero también él había hecho lo mismo. Había pensado: «Si fuera un niño plantaría batalla por su mente, pero una hija… ¡No, tendría que ser la hija de Irma!». La niña de los veintitrés millones de dólares sería gobernada por sus veintitrés millones. Lanny había intentado ejercer cierta influencia en la educación de Marceline y había aprendido lo firmes que son las damas en ese sentido, la absoluta solidaridad y la poderosa disciplina que las caracteriza.

—Hay un grave problema en todo esto —dijo él—. Beauty sentirá que le han robado algo.

—Beauty siempre ha sido muy buena conmigo y nada de esto es culpa suya. Haré todo lo que esté de mi mano para evitar que sea infeliz. Puede venir a Shore Acres siempre que quiera. Pondré a su disposición una casa en mi propiedad, igual que ella me acogió en la suya. Y eso también te incluye a ti. Lo que quieras, mientras no discutamos ni intriguemos el uno contra el otro para conseguir el cariño de la niña. Ya has visto muchos casos parecidos y es lo peor que puede ocurrir al criar a un hijo. Puede arruinarle la vida.

—No podemos permitir nada parecido —respondió él—. De hecho, Beauty me culpará a mí de todo esto.

—Eso es lo que te dirá —dijo Irma—, aunque en su fuero interno no pensará lo mismo.

¡La hija de rey de los servicios públicos había adquirido considerables conocimientos sobre psicología a lo largo de sus seis años de asociación con la examante del vendedor de armas!

IV

Jallein es un pueblecito pobre y antiguo, sin embargo, los viajeros se las arreglaron para encontrar dos habitaciones comunicadas en un humilde hotel. En cuanto se instalaron, Irma se retiró a su cuarto con un diplomático «Buenas noches». Como muestra de cortesía no cerró su puerta con llave y Lanny, igualmente cortés, se abstuvo de acercarse a ella. Quizá si se hubiera atrevido a entrar y se hubiera sentado a los pies de su cama habría conseguido recuperarla, convencerla para que le diera una nueva oportunidad. Estuvo seriamente tentado a hacerlo. La amaba y ya sufría tan solo de pensar en cómo sería la soledad. ¿También ella se sentía igual? Tampoco él había cerrado la puerta con llave. ¿Y si fuera ella quien se atreviera a entrar en su habitación?: «¡Oh, Lanny, te amo! ¡Eres libre de creer en lo que desees, de todas formas te querré!». Podrían haber seguido juntos, jugando eternamente al ratón y al gato como tantas parejas que conocían.

Pero no, ella le había expuesto sus condiciones y se mantendría firme. Lanny pensó: «¿Puedo prometerle algo así? ¿Puedo prometerle algo remotamente parecido a lo que me pide?». La respuesta era un rotundo «No». Al menos esa era la respuesta durante la mayor parte del tiempo. Pero después

pensaba en su hermoso cuerpo tendido esperándole, deseándole incluso. Entonces tenía lugar en su interior un feroz duelo entre el demonio tentador y la conciencia, igual que le había ocurrido a Lancelot Gobbo[109]. «"Cede", dice el demonio». «"No cedas", dice mi conciencia». En este caso en particular a los casuistas les resultaría francamente difícil decidir quién era el demonio y quién la conciencia. Dependería de en qué orden de prioridad situaran los votos matrimoniales de un hombre y el afecto debido a la madre de su hija frente a lo que él creyera deberle al proletariado explotado, cuyas penurias y esfuerzos mal recompensados hacían posible que él pudiera tener cultura, disfrutar de una vida ociosa y de todas esas cosas que le diferenciaban de dicho proletariado.

Por la mañana se dieron educadamente los buenos días. Una fugaz mirada a su rostro le bastó a Lanny para saber que ella había estado llorando, y también que había dedicado largo rato a maquillarse para ocultarlo. ¿Estaba dolida porque él no había intentado nada? ¿Había herido él todavía más su orgullo al no permitirse ceder a sus impulsos? Ya nunca lo sabría. Le había expulsado de su corazón y ya no volvería a buscarle. Cuando un cirujano corta un apéndice vivo no lo hace poco a poco. Afila su bisturí y hace un corte rápido, e inmediatamente el muñón empieza a curarse, creando una nueva capa de piel y expulsando los restos de tejido muerto. Lanny recordó unos versos del *Rey Lear*: «Quien pretenda separarnos ha de robar una celeste antorcha y, como a zorros, cazarnos con su fogarada». He aquí la antorcha y su calor era ardiente, como el dolor que producía.

Irma no quiso desayunar. Tan solo una taza de café, dijo. Quería ir cuanto antes a Salzburgo para coger un tren por la mañana. De acuerdo, la llevaría, no estaba dispuesto a negarle una última cortesía. En la agencia de viajes le dijeron, tal como había imaginado, que la ruta más rápida era a través de Berlín y Bremen. Regresaría a bordo de un barco alemán, ¿por qué no? Siempre le habían gustado los alemanes, siempre se había llevado bien con ellos, y no había ningún motivo para no regresar a Alemania. ¿Acaso no había trabado amistad con el mismísimo Führer tras declararle abiertamente su apoyo la noche anterior?

Lanny empezaba a hacerse una idea acerca de las consecuencias de la aparición de esa celestial antorcha. Ella haría las cosas a su manera. Viviría su vida tal como siempre había querido. Elegiría a sus amigos, le sería fiel a sus propias ideas y convicciones y las expresaría abiertamente. Y sin duda sentiría el mismo alivio que él al hacerlo, aunque no se atreviese a reconocerlo. ¿Le ocurría lo mismo a ella? Aparentemente no. Él estaba sorprendido por la

entereza de su actitud y la firmeza de sus palabras. Tenía una tarea que llevar a cabo y lo estaba haciendo. ¿Era Irma una persona más fuerte que él, más egoísta o en todo caso menos sentimental? No podía ser de otro modo si estaba dispuesta a abrazar el nazismo o a tolerar a los nazis.

De repente pudo vislumbrar lo doloroso que sería renunciar a su hijita. ¡Pobre pequeña! Sería criada en ese mundo. ¿Se parecería a Magda Goebbels cuando cumpliera los cuarenta? Al verlo de ese modo le costaba creer que no llegara a odiar a la madre de su hija. Viviría en un mundo aborrecible y con el tiempo ella misma se convertiría en uno de sus pilares, en un artífice más. Hasta el momento obviamente no se había interesado por la política, pero Lanny ya había dejado su huella en la pequeña. De ahora en adelante comprendería el significado de la política, sería el modo de defender su fortuna y sus privilegios. Sabría quiénes eran los que amenazaban con arrebatárselos y también los medios que debería emplear para impedírselo.

¡Todo eso había pensado mientras observaba a una mujer pagando su billete de tren y el pasaje para el barco y enviando un telegrama con sus reservas! ¡Y después, mientras le escribía otro telegrama a su doncella y un cable a su madre —por supuesto sin darle a él ninguna explicación acerca de lo que le contaba!

V

Les quedaba el tiempo justo para llegar al tren. Él la llevó a la estación y permanecieron juntos en el andén, esperando al ruidoso monstruo que separaría sus vidas. Lanny había conseguido calmarse. Tenía demasiados recuerdos felices y no quería echarlos a perder por completo. «Si hemos de separarnos para siempre, concédeme tan solo una palabra amable que poder recordar», había escrito un poeta inglés[110].

—No te aflijas demasiado, Lanny. Y no eches a perder todo lo que tienes. No debemos separarnos reprochándonos nada.

—No, tienes razón —respondió él—. Has sido muy buena conmigo, quizá demasiado, y siempre te estaré agradecido.

—Yo siento lo mismo, Lanny. Me has enseñado muchas cosas, incluso aunque no lo creas.

¿A qué se refería con eso de «echarlo todo a perder»? ¿Acaso se refería a Trudi Schultz? Había visto cómo Lanny la seguía antes de que se marchara. ¿Le había dicho que le esperara en Salzburgo o en algún otro lugar? Era muy probable. Irma no creía que Trudi fuera a seguir buscando a Ludi. No, Lanny Budd era una buena «pieza» y pocas mujeres le dejarían escapar. Pero eso ya no era asunto de Irma y no tenía derecho a entrometerse. Ninguno de los dos tenía derecho a esperar que el otro se pasara el resto de su vida solo. Al abandonarlo le estaba concediendo el derecho de encontrar a otra mujer.

—Una cosa más, Irma —dijo él—. Se trata de algo de suma importancia para mí.

—¿Sí, Lanny?

—Sabes que he estado jugando a dos bandas en Alemania y no podría seguir haciéndolo si los nazis descubren lo que realmente pienso.

—Lo entiendo.

—Me gustaría que me prometieras que no le contarás a ninguna persona el verdadero motivo de nuestra separación. En realidad no le importa a nadie.

—Me parece justo.

—Comprenderás —continuó— que en algún momento podría llegar a correr un grave peligro si se descubre que me dejaste porque estaba conspirando contra los nazis.

—No deseo poner tu vida en peligro —le aseguró ella—. Puedes estar seguro de que no hablaré con nadie de tus asuntos ni de tus creencias.

Llegó el tren. Lanny acompañó a su esposa hasta su compartimento y dejó a su lado su solitaria maleta.

—¡Adiós, querida, y que Dios te bendiga!

Los dos tenían lágrimas en los ojos. Era un momento trágico pero el mundo estaba plagado de todo tipo de tragedias. El modo en que la gente las asume y las afronta es lo que las convierte en personas diferentes, hasta el punto de impedirle vivir en la misma casa, o en la misma tierra. La separación de Irma Barnes y Lanny Budd era en cierto modo como la escisión de Alemania y Checoslovaquia o la de la Unión Soviética y Finlandia; o la división entre los partidarios del New Deal y los republicanos tradicionalistas en Washington. Aquel era un fenómeno que se repetía a escala mundial y, si Lanny y Rick y el resto de sus amigos estaban en lo cierto, no se iba a detener hasta haber desgarrado el mundo entero por la mitad.

Permaneció inmóvil en el andén y contempló el tren que se alejaba de la estación aplastado por un sentimiento de desolación que nunca en su vida había sentido. Le habían arrancado una parte de su cuerpo, de su mente y de

su alma y el resto no era más que dolor. ¿Volvería a verla alguna vez? ¿Y qué iba a ocupar el vacío que ella había dejado? El coche, sin ir más lejos, le parecía diferente, como una casa vacía. El asiento que ella ocupaba estaría embrujado. Cada vez que se sentara a la mesa para comer vería la silla vacía a su lado. Y cuando se fuera a la cama solo podría aferrarse a su ausencia.

Deseó haber insistido más en que Trudi Schultz le esperara. Habría sido divertido llevarla en coche a París, como dos hermanos que se van juntos de excursión. Pensó en mirar los horarios de los trenes para esperarla en la estación. Pero no, se dio cuenta de que no debían dejarse ver juntos. Si iba a seguir ayudándola en su trabajo tendría que hacerlo en secreto. En París le resultaría fácil hacerlo, pero no en la carretera cuando uno conoce a tanta gente como Lanny Budd. Los chismosos no pierden el tiempo. Debía prepararse para eso también, entre otras muchas inconveniencias. Beauty pronto se enteraría… ¡Oh, Dios! ¡Cuántas lágrimas derramaría, cuánto dolor! ¡Lanny decidió en ese mismo instante que donde quiera que se dirigiera a continuación sería un lugar lejos de su madre!

VI

Era libre, libre como el viento. Podía ir en cualquier dirección, incluso de regreso a Alemania si lo deseaba. Tenía varios miles de marcos y un buen coche. No muchos hombres se habrían dejado hundir por la tristeza en su misma situación. Cierto que los millones de la familia Barnes ya no estaban a su alcance, pero disponía de su profesión y de su cartera de clientes —no era probable que todos los ricos le fueran a ignorar ahora por el hecho de que su mujer lo hubiera hecho—. Además, un gran porcentaje del legado de Detaze, de más de cien cuadros, era suyo, ¡y podía vender uno cada vez que necesitara una pieza del vil metal!

Pensó que sería divertido ver a Zoltan Kertezsi para hablar sobre arte. Hacía poco que Zoltan había estado en París pero era igual que una pulga, de modo que no sería sorprendente encontrárselo ahora paseando por las calles de Salzburgo. Si Lanny le enviara un telegrama enseguida se subiría a un avión para ir a verle. También le habría gustado ir a batear al río Támesis y hablar con Rick, pues su amigo era una de las únicas personas a quien podía

contar sus problemas. El mero hecho de pensar en él ya le hacía sentirse reconfortado, y casi podía oír cómo le decía: «¡Es estupendo! ¡Te convertirás en un hombre!». Pero Rick estaba a muchos kilómetros de distancia y si Lanny iba a verle ¿cómo iba a evitar encontrarse con Beauty?

Entonces pensó en Hansi y Bess. También con ellos podría desahogarse. Hacía más de un año que no los veía, ¡qué cantidad de cosas tendrían que contarle! ¡Sudamérica, Hawái, Japón y ahora el congreso de la Komintern! ¿Cuánto tiempo duraría aún? Decidió que su hermanastra y su marido eran las personas con las que deseaba estar. Se alegrarían de verlo, incluso más que Rick. Irma había llegado a caerles mal, él lo sabía por mucho que ellos intentasen ocultárselo. Lo recibirían con los brazos abiertos e irían con él a donde se le antojara. ¡Regresarían a Bienvenu y tocarían el violín y el piano durante un año y un día!

Las idas y venidas de Hansi Robin dependían generalmente de las fechas de sus conciertos. Pero ahora la pareja se había apresurado a atravesar Siberia para asistir al congreso, con la idea de poder disfrutar después de un poco de ocio y un merecido descanso. Harían todo lo posible para convertirlo en un comunista, por supuesto, pero a él no le importaría e incluso puede que les permitiera creer durante un tiempo que lo habían conseguido. ¡Sería una buena manera de asegurarse de que de veras se había librado de Irma Barnes!

Él no sabía su dirección aunque sí sabía que los distinguidos artistas eran considerados como semidioses en la Unión Soviética —esa era una de las cosas buenas que se podían decir del lugar—. Envió un telegrama dirigido a «HANSI ROBIN, VIOLINISTA NORTEAMERICANO, A LA ATENCIÓN DEL INTOURIST, MOSCÚ» QUE DECÍA: «DE VISITA EN EL FESTIVAL, IRMA DE REGRESO A NUEVA YORK INCOMPATIBILIDAD QUÉ PLANES TENÉIS SUGIERO REGRESO VÍA VIENA ESPERARÉ AQUÍ DISPONGO DE COCHE RESPUESTA A SALZBURGO A LA ATENCIÓN DE AMERICAN EXPRESS LANNY». Supuso que la palabra «incompatibilidad» les daría toda la información que pudieran necesitar, y no precisó añadir «solitario» ni nada por el estilo. El «Disponer de coche» también sería útil. Bessie Budd, que también se había criado viajando en coche a todas partes, diría: «¡Oh, pobrecito! ¡Deberíamos ir ahora mismo, Hansi!». Y Lanny, que le conocía bien, casi fue capaz de oír cómo el violinista decía: «En Salzburgo, donde se puede escuchar música día y noche, cualquiera puede ser feliz. Y el congreso aún no ha terminado».

Y por supuesto pronto recibió un telegrama que decía: «INMINENTE CONCIERTO NOS IMPIDE PARTIR DE INMEDIATO LLEGAREMOS APROXIMADAMENTE EN UNA SEMANA ANÍMATE CONCLUSIÓN INEVITABLE SE

ABREN NUEVOS HORIZONTES PARA TI CELEBRAREMOS A LO GRANDE AQUÍ SE HAN TOMADO DECISIONES CONSTRUCTIVAS SIGUIENDO TU LÍNEA DE PARTIDO NUNCA DIGAS NUNCA JAMÁS TE QUEREMOS MUCHO HANSIBESS».

¡Recibido, alto y claro! Y Lanny se alegró al comprobar que el celo revolucionario de su hermana no había echado a perder su sentido del humor típicamente yanqui. Durante muchos años Lanny había lamentado las disputas entre las diversas facciones de la izquierda, lo que las había dejado indefensas ante la creciente amenaza del fascismo. Y ahora que por fin la Komintern había votado formalmente por la formación de un frente unido contra todos los elementos antifascistas le pareció una exquisita muestra de tacto familiar el hecho de que afirmara ¡que los representantes de las cincuenta naciones reunidas en la convención hubieran decidido seguir la línea ideológica de Lanny Budd! ¡Y si la montaña decidía tan cortésmente ir a Mahoma, no iba a ser él quien rechazara sus avances!

VII

Lanny ni siquiera se molestó en buscar una habitación en la ciudad pues no le importaba recorrer en coche dos veces al día aquel hermoso paisaje de montaña. Paseaba del Platz al Residenzplatz y desde allí al Café Bazar, donde se entretuvo observando a la pintoresca multitud: damas de Hyde Park y de Park Avenue ataviadas con ropas *dirndl*, trajes típicos de las campesinas del Tirol, que consistían en delantales bordados sobre faldas de flores con corpiños de anchos tirantes que les cubrían los hombros. Los hombres que las acompañaban, algunos calvos y otros con poblados bigotes grises, deseaban que la gente los confundiera con un *búa*, un joven campesino, sin darse cuenta de que sus blancas canillas los delataban. «*Salontiroler*» los llamaban los nativos.

Lanny Budd, que había conocido a los miembros de la alta sociedad de una docena de capitales, saludó a varias personas y no le habría costado mucho «unirse a la fiesta» pero, dado su estado de ánimo prefería estar solo y reflexionar sobre su actual situación. Se detuvo junto al pretil de un puente y contempló el caudaloso río Salzach, que dividía en dos la ciudad. Callejeó hasta llegar a la Getreidegasse y subió los tres empinados tramos de escaleras

hasta llegar al pequeño apartamento de cuatro habitaciones donde había vivido la familia Mozart. Contempló la estufa de porcelana junto a la cual el pequeño genio se había calentado las manos y después, en el Museo Mozart, se deleitó examinando el clavicordio con el que siendo niño aprendió su delicado arte lleno de gracia.

Cuando le entró el apetito, el ocioso soltero sin ataduras caminó hasta el Traube y pidió *wienerschnitzel* y una *gösserbier*. Entretanto estudió el programa del Festspiel. Había pocas localidades disponibles pero si uno estaba dispuesto a pagar un poco más podía encontrar lo que buscaba, de modo que Lanny se dedicó a planificar una semana de exaltados placeres que solo se verían interrumpidos por ocasionales punzadas de tristeza y melancolía al pensar en Irma viajando sola y llorando en camas extrañas. En cualquier caso, la pequeña Frances la estaría esperando. Y también su madre Fanny Barnes y el tío Horace Vandringham, ante los cuales Lanny estaba dispuesto a renunciar a sus derechos como marido.

Con la gran fortaleza sobre un elevado lecho de rocas como telón de fondo había un hermoso rincón conocido como los Jardines de Mirabell. Allí mismo habían construido un casino donde se podía apostar en todo tipo de juegos como si uno estuviera en Montecarlo. También había un modesto quiosco de música donde por la tarde tocaban diversas orquestas. Cuando Lanny pasaba por allí, una banda gitana tocaba *Waldersrauschen* de Liszt, algo que en cualquier momento merece la pena escuchar, de modo que se sentó en uno de los muchos bancos a la sombra que la organización había instalado. Permaneció largo rato con los ojos cerrados y, aceptando la invitación de aquel gran espíritu, decidió olvidar las pompas y las vanidades de aquel mundo terrible.

Era vagamente consciente de que había alguien sentado a su lado y pronto experimentó una extraña sensación. El banco temblaba ligeramente, como si otra persona estuviera respirando muy fuerte o tuviera perlesía. La gente tenía maneras muy diferentes de responder a la música y, en cuanto concluyó la pieza, Lanny aprovechó para mirar de soslayo a su compañero de asiento. Era un caballero de mediana edad bastante robusto y enseguida se dio cuenta de que estaba sollozando. Era evidente que trataba de no hacer ruido, pero las lágrimas corrían por sus mejillas y ni siquiera se molestaba en secarlas.

En aquel lugar no se estilaba la excesiva formalidad anglosajona sino la *gemütlichkeit*[111] austriaca, de modo que Lanny comentó cortésmente: «*Schöne Musik*»[112].

«*Ach, Gott*!», exclamó el desconocido, «*Ein Meister der nicht genug gewürdigt ist*»[113]. Lanny opinaba lo mismo, así que mientras aguardaban el comienzo de la siguiente pieza conversaron sobre el *abbé* Franz Liszt, sobre las cuitas que le habían golpeado a lo largo de su vida y los sueños que le habían inspirado. Al parecer, el programa de aquella tarde estaba dedicado al músico, pues la orquesta comenzó a tocar *Liebestraum*, que de nuevo provocó las lágrimas de su orondo acompañante. Lanny se preguntó si el caballero siempre manifestaba de ese modo tan embarazoso las emociones que en él suscitaba la música. A juzgar por su acento, y también por el hecho de que no había nada típicamente austríaco en su vestimenta, Lanny sacó en conclusión que era austriaco. Su impecable traje de verano, por otra parte, evidenciaba que se trataba de un hombre con recursos.

Después de escuchar el resto del programa y comentar las obras que lo componían se hicieron amigos según la costumbre del festival, y Lanny lo invitó a tomar un pequeño refrigerio. Pasearon hasta el restaurante más cercano y, en cuanto se presentaron, *herr* Gensmann se derrumbó y lloró sobre su jarra de *münchener* fría mientras le contaba a Lanny que había sufrido uno de los peores dramas que uno pueda imaginar durante un *musikfest*. Había llegado en compañía de su esposa dispuesto a pasar unas deliciosas vacaciones, ¡y ella se había fugado con un actor que representaba un pequeño papel en el *Jedermann* de Hofmannsthal! Tan solo le había dejado una nota en la que le decía que ya no era feliz con él y le deseaba que pudiera reencontrar su *glück* en otro lugar.

«¿Y qué puedo hacer?», se lamentaba el afligido desconocido. «Ya no estamos en la Edad Media y uno no puede recuperar a su esposa infiel cogiéndola de los pelos —además, mi mujer es bastante robusta—. Y ella tiene su propio dinero, por lo que, a menos que ese actor se lo juegue todo en las mesas de los casinos, dudo que ella vuelva conmigo. ¡Oh, es una mujer tan hermosa, señor Budd! ¡Una cascada de cabellos dorados, delicados miembros como el alabastro, ojos azules como zafiros!». *Herr* Gensmann se expresaba como todo un experto en arte, pues se dedicaba en Viena al negocio de la joyería. Siguió ahondando en los encantos de su *schatz*, su tesoro, dejando muy poco espacio a la imaginación de otro hombre casado.

VIII

Para Lanny habría supuesto un gran alivio entonces decir: «¡Qué extraña coincidencia, *lieber Freund, auch ich hab' meine Frau verloren*!»[114]. Pero la discreción anglosajona no se lo permitía. Y además, tal revelación podría haber dado pie a habladurías. Quizá *herr* Gensmann conociera a alguno de los *hochgeborenen* vieneses —o a todos— cuyos tesoros artísticos Lanny había comprado. No, lo mejor sería amurallar su corazón y dejar que fuera su nuevo amigo quien pusiera el punto de sentimentalismo a la velada. Lanny se mostró afable y simpático y el resultado fue positivo para él, pues el caballero le preguntó enseguida dónde se alojaba y, al saber que no disponía de habitación en la ciudad, motivo por lo que se veía obligado a ir y venir a diario en coche desde su hotel, el ahorrador espíritu austríaco se escandalizó y dijo:

—Amigo mío, permita que le ofrezca mi hospitalidad. Mi mujer y yo disponíamos de dos habitaciones y ahora —*ach leider*!—[115] ¡una de ellas está vacía! ¿Por qué no ocuparla?

—Pero suponga —respondió Lanny— que su mujer regresara.

—No me queda esperanza. Es una mujer proclive a dejarse arrastrar por sus pasiones. Y a usted no le causaría ningún percance instalarse aquí. ¡Al contrario! Permítame explicarle que nos alojamos en el hogar de una buena familia de Salzburgo. *Herr* Pergler es funcionario en la administración de la ciudad. Y de todos modos yo había reservado los dos cuartos para todo el festival.

—¿Y estará dispuesta esa buena gente a recibir en su casa a un completo desconocido?

—Quizá desconoce usted las costumbres de este evento, *herr* Budd. Todo el mundo reserva un espacio en su casa para tantos *pensionar* como sea posible. Debe usted saber que desde la terrible guerra todo el mundo es pobre en nuestra mutilada patria y aquí en Salzburgo muchas familias viven durante los restantes onces meses del año gracias al dinero que obtienen por alojar a los visitantes que atrae el festival durante el mes de agosto. Conocerá usted a una interesante familia y, a menos que ya se haya alojado aquí en el pasado, le aseguro que le resultará una experiencia divertida.

—Es muy amable por su parte, *herr* Gensmann, y si me lo permite será un placer pagar la mitad de los gastos mientras esté con usted.

IX

En efecto, Lanny encontró muy interesantes a los miembros de la familia Pergler. Vivían en uno de esos grandes edificios de apartamentos del centro de la ciudad —con una estufa por planta— que tanto llaman la atención. Allí las calles son estrechas y por las noches se puede escuchar el bullicio de los transeúntes. Lanny supuso que los miembros de la familia debían dormir en el suelo de la cocina, pues el joyero ocupaba el salón y Lanny la habitación adyacente, separados ambos por una cortina que era necesario dejar abierta a causa del calor. El baño era compartido por propietarios y huéspedes y durante las comidas todos se apretujaban en torno a la pequeña mesa del comedor. Lanny nunca había vivido tan cerca de otros seres humanos, pero el encantador buen humor y la ingenuidad de la familia facilitaban mucho las cosas.

Todos eran jóvenes o actuaban como si lo fueran. *Mutter* Pergler era alegre y vivaracha; tenía una espesa melena negra, ojos brillantes y mejillas rubicundas. *Vater* Pergler era menudo y vivaz, llevaba quevedos y lucía un fino bigote moreno. Tenían dos hijas, Julie y Augustine, de dieciséis y catorce años. Habían sido bautizadas por los meses en que habían nacido, aunque Gusti había nacido antes. Además estaba Hansel, el hermano pequeño, que como cualquier hermano pequeño siempre estaba dispuesto a revelar todos los secretos de la familia, aunque en el caso de esta no quedaba mucho que contar. Estaban muy emocionados por tener en su casa a una estrella de Hollywood —pues eso les parecía Lanny—. Todos solían ir al cine y estaban perfectamente informados sobre aquella milagrosa tierra donde las pobres chicas trabajadoras vivían en habitaciones tan grandes como salas de baile y siempre llevaban el cabello impecablemente rizado. Lanny poseía además un coche, lo que a su modo de ver le convertía en un multimillonario, y cuando llevó a la familia a dar un largo paseo en él todos se sintieron poco menos que extasiados.

No solo ganaban veinticinco chelines austríacos al día por su alojamiento sino que además podían disfrutar de lecciones de inglés gratuitas. La familia se comportaba como un solo ser y nadie tenía permitido hablar ni una palabra de alemán, lo que dio lugar a un sorprendente fenómeno, pues todos querían hablar la lengua de su inquilino —y la mayor parte de las veces todos a la vez— pero lo hacían valiéndose de la gramática alemana y ordenaban las frases igual que si se expresaran en alemán. No les importaba que Lanny se riera, porque lo mejor de ellos era que sabían reírse de sí mismos tanto como de los demás y del resto del mundo. Constituían la más extraña combinación imaginable de sencillez y sofisticación. Estaban seguros de ser el pueblo más

artístico de la tierra pero también el más desafortunado. No servía de nada fingir, pues lo único que le quedaba al pueblo austríaco era el arte, la belleza y la risa.

Durante la tercera cena que disfrutó en aquel hogar —sencillas comidas caseras en las que los manjares más exquisitos estaban embarazosamente reservados para los huéspedes mientras que los demás fingían que no les gustaban— Lanny se fijó en que la hija mayor, ese esbelto y pálido lirio llamado Gusti, estaba sollozando. Él pensó que era debido al *schlagobers* con que había aderezado su fruta y, cuando le ofreció un poco, la muchacha se levantó de la mesa y abandonó el comedor llorando desconsolada. «*Na na*», dijo *Mutter* Pergler, «No les dé su atención, *bitte*, tan solo es que enamorada está de usted».

—¡Oh, no! —exclamó el sorprendido *pensionar*.

—No preocuparse usted —dijo la madre, tranquilizadora—. Solo la edad la culpa tiene.

—Ella cree que sois un príncipe —añadió Julie, dirigiéndose a Lanny en plural como habría hecho en alemán.

—A buscar su cámara ha ido, ¿cómo es? —dijo el hermano pequeño—. Para foto, para después *andacht verrichten…*

—Para rezarle sus oraciones —explicó la madre, olvidando que Lanny entendía tan bien el alemán como el inglés de los Pergler—. Todo pasar cuando usted no esté, *herr* Budd. Le recordará cuando música escuche. *Aber, bitte*, no permita que se fugue con usted.

—¡No tenga cuidado, *frau* Pergler!

—A menos, por supuesto, que casarse con ella usted quiera —sugirió Julie con diplomacia.

—¿Cómo iba con ella a casarse —intervino la madre— cuando esposa ya tiene en Norteamérica?

Y el cabeza de familia, que hablaba muy buen inglés, dijo entonces:

—Hay un lugar llamado Reno adonde podrían ir para hacerlo.

Y lo pronunció como lo hubiera hecho un alemán: «Rain-o».

—¿Y allí llueve[116] tanto como aquí? —preguntó Julie, por pura curiosidad y sin intención de hacer un juego de palabras.

X

Con tan cómicas escenas familiares como interludios dignos de la tradición shakespeariana, Lanny siguió disfrutando de los eventos del festival. Vio el *Fausto* de Reinhardt y también una obra de teatro moral llamada *El hombre corriente*, ¡prestando especial atención al actor que tan hospitalario se había mostrado con la esposa de *herr* Gensmann! Escuchó a la Filarmónica de Viena interpretar la *Sinfonía de la Reforma* de Mendelson y también la *Cuarta* de Bruckner. Tuvo oportunidad de asistir al *Don Giovanni* bajo la batuta de Bruno Walter y al *Fidelio* dirigido por el mismo Toscanini. En un salón de conciertos escuchó una elegante interpretación de la *Sonata Hammerklavier*, y pensó que, de haber tenido que trabajar, habría podido dedicarse a tocar el piano. Cuando comenzó el deslumbrante *adagio*, Lanny experimentó de nuevo todo el dolor por la pérdida de Irma y al final, como ocurría en todas las obras mayores de Beethoven, pudo percibir de nuevo el lamento de toda la raza humana a causa del sufrimiento ante la tiranía y la avaricia.

En algunas ocasiones se llevaba con él a sus nuevos amigos. Una hermosa noche de verano se sentaron en la terraza de la *residenz* mientras una orquesta de cuerda interpretaba las *Serenatas* de Mozart. La oscuridad era casi total, con la única excepción de las tenues luces que iluminaban los atriles de los músicos, y la enamorada Gusti se sentaba tan cerca de Lanny como podía y temblaba de pura delicia. No podía hacer nada para impedírselo, de modo que decidió aceptarlo, igual que hacían sus padres, como un simple fenómeno biológico. Las chicas eran así llegadas a cierta edad y lo único que una *Mutter* y un *Vater* podían hacer era estar pendientes de que comieran todos los días para evitar que se extinguiera como una estrella de pura debilidad. Después Lanny los acompañó a un café y obligó a la joven a comerse un bocadillo de queso y salami, y ella le obedeció mirándole con ojos devotos mientras lo mordisqueaba.

La ciudad estaba plagada de celebridades y había cazadores de autógrafos por todas partes. Los coleccionistas de chismes estaban alerta en todo momento, pues mucha gente se dejaba llevar por los adores del festival veraniego y no pasaba una hora sin que encontraran algo que contar. La gente se carcajeaba cuando el fogoso Toscanini perdió la partitura de la obertura de *La escala de seda* de Rossini que debía dirigir. Después de llevársela a casa para tomar algunas notas, había desaparecido. Decidió empezar con otras secciones del programa de esa noche mientras sus ayudantes llevaban a cabo una búsqueda frenética —dos viajes tuvieron que hacer a la villa donde residía—, hasta que finalmente apareció en el fondo de la cesta de la ropa sucia. El

chófer la había llevado a la cocina tras encontrarla en el coche y la doncella al parecer había decidido guardarla en el sitio más seguro que se le ocurrió.

Sin embargo, incluso en el santuario de las Musas, la política encontraba el modo de colarse ilícitamente. Salzburgo era un baluarte para la libertad y la creación artística, lo que significaba que a su pesar —y de hecho para su pavor— había llegado a entrar en contacto con la apisonadora nazi. En primer lugar estaba la cuestión judía. Esta era la duodécima edición en que Max Reinhardt producía los espectáculos que habían alcanzado fama mundial y atraían a miles de espectadores. Uno de los directores favoritos era Bruno Walter, de origen judío. También Toscanini se había negado a dirigir en Bayreuth en señal de protesta contra la interferencia del régimen nazi en el mundo del arte. Puesto que la música de Mendelson había sido prohibida en Alemania, el maestro había decidido resucitar *La sinfonía de la Reforma*, ignorada durante largo tiempo, que interpretó en varias ocasiones durante el festival para delicia de los asistentes. Como consecuencia, el propio Hitler había decidido cobrar una tarifa de mil marcos para conseguir los visados de salida del país, haciendo imposible que muchos artistas y visitantes pudieran asistir al festival. Y el resto de Europa había respondido ocupando todas las plazas hoteleras de la ciudad.

Aquello era la guerra y los salzburgueses temblaban de miedo cada vez que pensaban en ello. Arriba en las montañas moraba el ogro que los observaba desde las alturas. ¡El pasado verano había asesinado a su canciller Dollfuss! ¿Qué haría este año? Se había valorado seriamente la posibilidad de cancelar el festival. Pero, *in Gottes Ñamen!*, ¿cómo iban a sobrevivir entonces los Pergler y otros miles de familias durante el invierno? Y sin arte, ¿qué otro motivo encontrarían para vivir? Cada vez que resonaba el fragor de un trueno ellos temblaban en sus camas, preguntándose si el ogro ya estaba transportando sus armas por las flamantes carreteras que había construido y se preparaba para convertir su pequeña ciudad histórica en un puñado de cenizas y escombro.

A una hora de coche al norte de allí, en el valle del río Inn, estaba la pequeña ciudad de Braunau, el lugar de nacimiento del ogro —o quizá donde su cascarón había eclosionado—, algo que Papá Pergler explicaba de acuerdo a ciertos principios geofísicos. Según él, las densas nieblas del Innviertel contenían sustancias químicas que afectaban a sus habitantes con las más diversas formas de locura. Una hermosa campiña de suaves pendientes, tan peligrosa para sus residentes como para el resto del mundo, dado que su pacífica apariencia suscitaba todo tipo de sospechas. También originaria de la región era la inmensa épica alemana conocida como *Meier Helmbrecht*, que narra la historia de un muchacho campesino que abandona el hogar de sus

padres y consigue amasar una gran fortuna como bandolero. Finalmente regresa a casa a lomos de un hermoso corcel y, seguido por una procesión de bellas damiselas, sorprende a todos los habitantes del valle por el esplendor de sus regalos. «¿No le parece esa historia una profecía sumamente precisa de Adi?», preguntó el funcionario salzburgués.

Y ese era solamente un aspecto del problema. También en el Innviertel había vivido un hombre que decía ser médico y solía llevar a sus pacientes a una habitación oscura donde les aplicaba pequeñas descargas eléctricas para curar sus afecciones. El doctor en cuestión había prosperado de tal modo que las autoridades habían preferido seguir cobrándole impuestos en lugar de encarcelarle. De otro se decía que había obtenido oro a partir de agua salada. Al parecer había conseguido que el anterior káiser se interesara por su empresa y se había hecho tan rico que había comprado un castillo en Braunau, en cuyo interior había instalado el mausoleo del mismísimo Atila. «Imagine usted cualquier cosa, cuanto más extravagante mejor, y multiplíquela por un millón», dijo *herr* Pergler, y después añadió que en el escudo de armas del Innviertel estaban retratados los *stierwascher*, es decir, los «lavadores de toros». Cuenta la leyenda que en la feria del distrito se ofrecía un premio al mejor toro blanco y un grupo de ganaderos que no poseía ninguno de ese color había escogido uno de sus mejores astados negros y se había propuesto dejar blanco al animal a base de frotarlo con agua y jabón. Al final lo consiguieron y lo presentaron al concurso. «No le quepa duda de que al menos uno de esos *stierwascher* se llamaba Schicklgruber».

XI

Lanny había enviado un telegrama con su dirección a «Hansibess» y poco después recibió uno de su parte en el que le informaban de que ya habían salido de Moscú y más tarde otro para decirle que mañana llegarían. Fue a recibirlos a la estación y los llevó a visitar el hermoso Salzkammergut, parque de recreo veraniego de Austria. En el coche pudieron hablar libremente sin miedo a los fisgones, y más tarde también sentados sobre la mullida hierba junto a un caudaloso arroyo de montaña. Lanny había encargado la comida, de modo que pasaron el día entero a solas. Hacía casi dos años que no se veían

y tenían muchísimas cosas que contarse. La llegada de sus amigos fue para Lanny como una bendición. Le ayudaron a curar las heridas de su espíritu y le dieron coraje para mantener su integridad y sus propósitos.

Lanny e Irma se habían puesto de acuerdo para no mencionar a Trudi Schultz en relación a su separación. Al final todo el mundo pensaría que se trataba de un asunto de faldas, ¿y quién sería capaz de convencerlos de lo contrario? En cualquier caso dirían que se trataba de una mera cuestión de «incompatibilidad», ¡siete sílabas originarias del latín que se pueden utilizar para ocultar infinidad de pecados! Ahora, sin embargo, Lanny consideró justo contarles a los recién llegados que había prestado su ayuda a un movimiento de resistencia clandestina contra Hitler y, al descubrirlo, Irma se había puesto furiosa y había regresado a casa. Todo aquello en lo que su marido creía la irritaba y la situación había llegado a tal punto que ya no podía hablar sobre lo que ocurría en el mundo y la pareja no era capaz de tolerar a sus respectivos amigos.

—No sabes el alivio que supuso para mí tu telegrama —dijo Bess—. Teníamos la impresión de que te estabas desintegrando al someterte a esa mujer y dejarte arrastrar por ella de un lado para otro. Era una situación imposible y de veras deseamos que se haya terminado para siempre.

La nieta de los puritanos había madurado hasta convertirse en una mujer perspicaz y decidida. Tenía veintisiete años y, después de una década de continua dedicación al piano, también su mente se había convertido en un instrumento resistente y lleno de vigor. Tenía un rostro armonioso y de rasgos proporcionados, con excepción de la nariz, quizá ligeramente larga y delgada. Se parecía a su madre, una mujer a quien escandalizaban sus compañías y sus ideas, aunque se tranquilizaba pensando que la joven conservaba casi intacta la vieja conciencia de Nueva Inglaterra que caracterizaba a los suyos. Bess llevaba el pelo liso recogido en un moño y ella misma había diseñado un atuendo muy simple para todas las ocasiones. Era un vestido de una pieza que se ponía por la cabeza y con una pequeña abertura a la altura del hombro. Había encargado que se lo hicieran en distintos materiales dependiendo de la época del año pero siempre de color marrón, con un pequeño ribete dorado en los hombros y una cinturilla del mismo color pero sin el menor ornamento. Cada vez que subía al escenario en compañía de su marido y se dirigía directamente al piano para prepararse, su aspecto y cada uno de sus gestos parecían decir: «No me miréis a mí, escuchad la música de los grandes hombres». Cuando finalizaba sus acompañamientos permanecía sentada a menos que Hansi se acercara a ella y la invitara a adelantarse con él para hacer una reverencia ante el público.

Durante toda su vida había vivido del mismo modo. Trabajaba para perfeccionar su arte, su mente y su carácter. No toleraba la frivolidad ni el cinismo y, cada vez que escuchaba algún comentario de ese tipo, ella respondía encerrándose tras un muro de silencio. Acababa de vivir una experiencia excepcional y aún rebosaba entusiasmo. Los rusos le habían parecido espíritus nobles. *Seriosniye ludi*, es decir, «gente seria» interesada en reconstruir su mundo basándose en principios racionales. Por supuesto, también allí había individuos corruptos y autocomplacientes, y políticos que buscaban el propio beneficio. Sin embargo las masas de jóvenes creían en el bien común y en una tierra libre para todos los trabajadores. Todos trabajaban diligentemente, estudiaban y pensaban. Eran pioneros, no muy distintos a los antepasados de Bess que habían desembarcado en una costa rocosa y severa y habían luchado y sufrido por obtener el derecho a poseer su propia conciencia.

El joven al que Lanny solía referirse como el pastor de la antigua Judea ya era un hombre de treinta años. Alto y delgado, de grandes ojos oscuros, pelo negro y rizado y con una expresión en el rostro de gran dulzura. Aunque no por ello carecía de dureza y severidad, pues descendía de los profetas y sus antepasados habían enseñado a los de Bess. Con el Viejo Testamento en la mano, los puritanos habían encontrado el coraje necesario para atravesar el tormentoso océano, arriesgándose a morir de inanición y masacrados por los salvajes. De modo que los dos eran como uno solo en su fe y en su arte, y habían encontrado la confirmación de todo aquello en lo que creían en la asamblea de la Komintern, donde se habían reunido cuatrocientos hombres y mujeres procedentes de cincuenta naciones de toda la tierra. ¡Qué discursos, qué desfiles y celebraciones, y por encima de todo la música! Para el violinista judío y la pianista norteamericana habían merecido la pena los años de duro trabajo, cuya recompensa había sido subir por fin a un escenario para interpretar a Chaikovski ante un público tan dispuesto y agradecido.

XII

Mientras Lanny escuchaba su historia deseó ser capaz de pensar como ellos y poseer también una fe tan firme. ¡Al menos ahora podía escucharles libremente sin sentirse culpable! ¡Podía hablar con quien quisiera sin disgustar

a su esposa! Podía contarles su entrevista con Hitler, lo que había dicho el Führer sobre el Congreso de la Komintern y lo que Irma le había dicho a Hitler. Lanny seguía preguntándose una y otra vez: «¿De veras dijo lo que pensaba o sus palabras habían sido fruto de un arrebato de ira?». Cuando se lo preguntó a Hansi y a Bess esta última le dijo: «¡Dentro de poco Shore Acres estará repleto de nazis y ella será la orgullosa organizadora de un elegante *salón* para cazajudíos!».

Lanny les habló del curioso régimen bajo el cual vivía actualmente. Los Pergler habían oído hablar sobre los Robin y se morían de ganas de conocerlos, de modo que al atardecer el *pensionar* llevó a sus parientes de vuelta a Salzburgo. Hizo su equipaje y pagó sus deudas y después invitó a la familia a una cena de despedida y a un recital vocal único en su género en el que la contralto negra Marian Anderson inflamó los corazones del sofisticado público europeo con sus espirituales. Una noche perfecta exceptuando que, llegado el momento de la despedida, la joven Gusti, enferma de amor, sufrió un terrible desmayo y Lanny se vio obligado a llevarlas a ella y a su madre a casa en el coche. Y cuando subió a la muchacha hasta su habitación ella volvió a desmayarse en sus brazos. Sin duda supuso un dramático colofón para la semana del festival.

Pasada la medianoche los tres viajeros se pusieron en marcha y durmieron en un hostal de carretera. A la mañana siguiente se dirigieron hacia el sur a través del paso del Brennero, con sus empinadas laderas cubiertas de pinos, sus arroyos de atronadoras corrientes y su pequeño lago de aguas verdes. Esta es la principal entrada a Italia, la misma que utilizaron los invasores teutones. A lo largo de seiscientos años los historiadores han registrado hasta sesenta y seis emperadores que recorrieron estos cuarenta kilómetros con las más variopintas intenciones. Para Lanny Budd, la más real de todas era una emperatriz llamada Irma Barnes, a la que él mismo había escoltado en varias ocasiones, la última de ellas hacía menos de dos años, t ras su fútil intento de sacar a Freddi Robin de su cautiverio en el campo de concentración de Dachau. Lanny no se lo mencionó entonces a la severa nieta de los puritanos, pero la mitad de su ser sufría anhelando a Irma y él seguía pensando: «¿Debo dejarla marchar?».

LIBRO CUATRO
LA VERDAD PARA SIEMPRE EN EL CADALSO

14
CUANDO LOS DOS NOS SEPARAMOS

I

No había nadie en Bienvenu a excepción de los criados, que no habían tenido nada que objetar ante la idea de ser los dueños del lugar por un tiempo y además cobrar por ello. La pintura de color azul pálido empezaba a desconcharse sobre las molduras de madera de los edificios de estuco. En otras circunstancias, Lanny hubiera reunido a varios trabajadores para reparar todo lo necesario antes del inicio de la temporada, pero ahora Irma se había marchado y quizá iban a ser pobres. Ignoró las sugerencias de las cartas de su madre y ahorró su dinero. Él y sus huéspedes tomaron posesión de la villa, aunque solo la utilizaban para dormir y comer. El resto del tiempo lo pasaban en el estudio de Lanny, despertando cada día con su música al cabo Antibes y yéndose a nadar saltando desde las rocas del golfo de Juan.

Hansi y Bess llevaban mucho tiempo viajando y disfrutaron de este descanso, el más placentero que hubieran podido desear. Nadie los molestaba y estaban en la mejor compañía posible. «Un buen libro es la preciosa sangre vital de un gran espíritu, embalsamado y conservado como un tesoro con el propósito de vivir una vida más allá de la vida», había escrito John Milton. Y allí todo tipo de libros —incluidos los de John Milton— cubrían las paredes. Y los espacios vacíos estaban ocupados por cuadros de Marcel Detaze y había además varios taquillones repletos de partituras para violín y piano que Lanny llevaba coleccionando desde la infancia. Tan excelsos espíritus no tenían por costumbre entrometerse sino que aguardaban el momento en que se reclamara su presencia. Cuando alguien los sacaba de una estantería, de su interior desbordaban tesoros más preciosos que las riquezas de Ormuz e Ind, o del

hermoso Oriente que con gráciles manos derrama riquezas de perla y oro sobre sus reyes.

Era una desgracia que Lanny y sus parientes no hubieran podido vivir con poetas y compositores, dejando que los terribles problemas de su tiempo se resolvieran por sí solos. Bess bullía del espíritu propagandístico recién adquirido en Moscú y estaba ansiosa por convertir a su hermanastro de una vez por todas y conseguir que se hiciera miembro del virtuoso Partido Comunista de Francia. Todo parecía simple y obvio desde su punto de vista. Disponía de una colección de consignas y fórmulas tan cuidadosamente elaboradas como una proposición euclidiana, y a su modo de ver igual de convincentes. Lo único que había que hacer era comprenderlas y aceptarlas, por lo que cualquier otra reflexión al respecto resultaba superflua.

La suya era una visión militarizada de la sociedad. Las grandes masas obreras de todo el mundo estaban sometidas bajo el peso de las invisibles cadenas de un sistema salarial competitivo, por lo que únicamente se podían hacer dos cosas: primero, conseguir que los trabajadores tomaran conciencia de su situación; y segundo, ayudarlos a liberarse. Esta doble tarea requería una disciplina conocida como la dictadura del proletariado. Entonces, cuando ambas tareas hubieran sido llevadas a cabo, la malvada maquinaria del estado se vendría abajo y los trabajadores se gobernarían a sí mismos en una sociedad libre. Todo esto era de lo más elemental y, tras el ejemplo de la Unión Soviética, ya no se podía albergar ninguna duda al respecto. Los rusos habían establecido el patrón y ahora los obreros de otras naciones no tenían más que seguir sus pasos.

Para Lanny, sin embargo, todo era un poco más complicado. En la antigua Rusia prácticamente no existía la clase media y la clase gobernante había quedado paralizada por la derrota de la última guerra. En otros países, por el contrario, había una gran clase media, autoconsciente y poderosa, y cuando se intentaba imponer la revolución proletaria ¡el resultado eran Mussolini y Hitler! Y así discutían: ¿Quién tenía la culpa de que aparecieran dictadores? ¿Cómo habían aparecido? Lanny creía que debía saber la respuesta, pues él mismo había estado allí para verlo con sus propios ojos. Había un hecho indudable: que Mussolini y Hitler eran agentes de la clase capitalista cuya tarea no era otra que aplastar a los comunistas. Eso no ocultaba el hecho de que hubieran sido elegidos ni que su éxito se debiera a que habían fingido ser miembros y paladines de las clases medias bajas, dispuestos a salvarlas de los feroces dientes del monstruo capitalista y su sistema de trabajo.

Lanny argumentaba: «En los países de habla inglesa tenemos, al menos parcialmente, un más fácil acceso a los procedimientos democráticos. ¿Por qué no utilizarlos más y mejor con el fin de extenderlos también a la esfera económica? ¿No sería algo así más inteligente que arriesgarlo todo y quizá perderlo, como les ha ocurrido a los trabajadores de Italia y Alemania?».

No obstante, semejante proceder requería de un sistema parlamentario, lo que implicaba el sometimiento a las políticas burguesas. Era entonces cuando el debate se volvía más acalorado. ¡Mira a Ramsay MacDonald, mira todo el despilfarro, la ANR[117] y tantas otras chapuzas del New Deal! ¡Mira lo que está sucediendo en España desde hace cuatro o cinco años! El pueblo llevó a cabo una revolución, consiguió expulsar al maldito Alfonso y colocó en su lugar a un jurista, a un hombre de letras llamado Azaña que ha puesto tanta convicción a la hora de hacer las cosas gradualmente que se ha quedado completamente inmóvil. Entretanto los obreros y los campesinos perdieron de tal modo la fe que, dos años más tarde, la llamada Coalición Antimarxista ha conseguido volver a convocar elecciones.

—¡Y lo mismo ocurrirá aquí en Francia si escogen a algún esteta de salón como primer ministro! —exclamó Bess—. ¡Un abogado socialista que pronuncia elegantes discursos pero que ni siquiera en sueños estaría dispuesto a herir los sentimientos de las doscientas familias!

—¿Es así como ves a Blum? —preguntó Lanny sorprendido, o fingiendo estarlo—. Si no me equivoco, vuestro congreso de la Komintern acaba de ordenar la formación de un *front populaire*.

—Estamos dispuestos a cumplir con nuestra parte —respondió la nieta de los puritanos—. Aunque eso no significa que nos hagamos ilusiones con el resultado.

—Dudo mucho que nadie sea capaz de cooperar de manera efectiva con una causa que cree destinada a fracasar —dijo Lanny—. De ese modo resultaría imposible ocultar tu verdadera actitud, contribuyendo irremediablemente al fracaso tal como esperabas.

II

La controversia continuó hasta que, tras varios días y varias noches, lograron ponerse de acuerdo en que no iban a ponerse de acuerdo, por lo que dejarían de hablar sobre los problemas de la actualidad. ¡El mismo tipo de tregua que Lanny había alcanzado con Irma! El hecho era que esas cuestiones se habían vuelto tan urgentes y los sentimientos se exaltaban de tal modo que resultaba difícil conservar una actitud tolerante. Por toda Francia, las distintas facciones se habían ido aislando y se negaban a ir a cualquier lugar donde pudieran estar sus rivales políticos. La tarea de una *salonniére* como Emily Chattersworth excedía actualmente sus habilidades. En los viejos tiempos, ella era sobradamente capaz de actuar como moderadora y cuando las discusiones se volvían demasiado acaloradas ella siempre lograba rebajar la tensión a base de ingenio e ironía. En la actualidad, sin embargo, los intelectuales prácticamente llegaban a las manos, y los más dignos y discretos se negaban a volver a menos que les aseguraran que solo estarían presentes los de su clase.

Y lo mismo ocurría en l'École des Travailleurs du Midi. Los estudiantes socialistas y comunistas llevaban años discutiendo y, mientras Lanny se encontraba aún al otro lado del océano, al parecer habían roto definitivamente. Los comunistas habían sido acusados de sabotear la institución y expulsados. Raúl le había escrito a Lanny una larga carta contándoselo, pero el norteamericano no supo qué responder. No obstante, ahora que los primeros efectos del *front populaire* empezaban a percibirse, los comunistas querían volver a ser admitidos, una nueva oportunidad. Sin embargo, los moderados insistían en que los comunistas ya habían demostrado en más de una ocasión su incapacidad para cooperar. No podían o no querían ser leales con nadie a menos que se tratara de promover la línea del partido sin importar cuántas promesas hicieran, pues siempre resultaban estar podridas.

Por supuesto, Raúl Palma quería saber cuál era el consejo de Lanny. Ahora que Irma se había ido y que su madre no estaba, su mecenas y amigo le invitó a comer en Bienvenu, advirtiéndole eso sí, ¡que no sacara la cuestión en presencia de los dos músicos comunistas! Por supuesto que no, dijo Raúl, tenía la esperanza de que Hansi y Bess pudieran asistir a una reunión nocturna para tocar en una especie de ceremonia de reconciliación. ¡Al menos comunistas y socialistas aún podían escuchar la misma música!

Lanny salió de paseo con su amigo y disfrutó compartiendo ideas con alguien que para variar no le consideraba un holgazán y un enclenque. ¿Qué ocurría en España?, le preguntó, pues sabía que muchos refugiados iban y venían constantemente y que Raúl estaba en contacto con la mayoría de ellos. Era una situación terrible, respondió el profesor de la escuela. En una

hipotética república, los obreros y campesinos vivían bajo el yugo del Ejército y la Iglesia y treinta mil represaliados morían de hambre y frío en las cárceles infectas de aquella desgraciada tierra. Las elecciones tendrían lugar a principios del año siguiente y la campaña electoral ya había comenzado. Se habían pedido fondos a grupos y asociaciones de trabajadores de toda Francia, y si el camarada Lanny estuviera dispuesto a hacer una donación… Por supuesto, el camarada Lanny dijo que la haría.

La situación también era problemática en el Midi. Los grupos fascistas eran cada vez más activos y recurrían a prácticas propias de bandidos y delincuentes, igual que ocurría en los países fronterizos de Italia y Alemania. Recibían fondos no solo de las fuerzas capitalistas francesas sino también del extranjero. Agentes italianos operaban abiertamente, alardeando de que pretendían someter a todos los países del Mediterráneo. Hacía catorce años, Lanny había escuchado decir a Mussolini: «El fascismo no se exporta». Se lo había creído entonces, pero ahora empezaba a comprender que lo que el fascismo hacía y decía no tenían por qué coincidir.

¿Qué iban a hacer los obreros en semejante situación? ¿Armarse? Eso le daría al enemigo la oportunidad de acusarles de que pretendían arrastrar al país a la guerra civil. Los reaccionarios acumulaban el noventa por ciento del dinero y controlaban también el noventa por ciento de la prensa del país, que utilizaban sin el menor pudor para difundir el miedo y la confusión. «La extrema izquierda ha impuesto su modelo en Rusia y la extrema derecha en Italia y Alemania», dijo Raúl, «¿pero qué patrón han de adoptar los países que aún creen en el proceso democrático?».

—Hemos de crear nuestro propio sistema —respondió Lanny—. Es necesario educar al pueblo y organizarlo en un nuevo frente unido. Hay que expulsar a Laval y a su banda y poner en su lugar a Léon Blum.

¿Y qué iba a hacer Lanny entretanto? ¿Limitarse a dar consejos, que era lo más fácil y barato del mundo? No, todos esperaban algo más de los escasos socialistas con dinero. El nieto de los Budd debía contribuir hasta que le doliera. No bastaría con el presupuesto de una nueva capa de pintura para las casas de Bienvenu, también tendría que donar el dinero para ropa nueva con la que complacer a su madre y a sus amigos elegantes. Debía encontrar a un mecanógrafo, ponerse a actualizar de inmediato sus archivos y escribir un montón de cartas para encontrar más clientes dispuestos a gastar sus dólares en cuadros.

III

Al regresar a Bienvenu le aguardaban dos cartas. Una de Irma, enviada desde Bremen, en la que le decía que estaba a punto de embarcar y le deseaba felicidad y éxito en cuanto se propusiera. Ni una sola palabra acerca de sus propios sentimientos. Estaba dispuesta a dejar que su herida se curara mediante primera intención, como dicen los cirujanos, sin tocarla ni volver a abrirla innecesariamente. Lanny había perdido a su esposa y cada vez que volvía a tomar conciencia de ello se sentía hundido y conmocionado. Entonces empezaba a pensar: «¿Podría recuperarla? ¿Y de veras querría hacerlo?». Se decía: «La he ofendido mortalmente». Se preguntaba a sí mismo: «¿Acaso lo siento?», o «¿Volvería a actuar del mismo modo?».

A veces la respuesta era «Sí», otras veces «No», y a menudo ambas. Era una situación terriblemente confusa y por lo general conseguía encontrar poderosos argumentos a favor de cualquiera de las dos. ¿Acaso podía haberse negado a ayudar a Trudi? ¡Por supuesto que no! ¿Podía haberla abandonado a su suerte para que vagara de noche por las calles hasta que hubiera decidido arrojarse a algún canal? ¡Otra vez no! Por otra parte, quizá el error había sido ocultárselo a Irma. Debía haber actuado como un hombre, con franqueza y honestidad, no a sus espaldas como un embustero. Podía oírla pronunciar esas mismas palabras mientras lloraba sobre su almohada a bordo de un vapor alemán. Discutía con ella mentalmente: «Imagina que te lo hubiera contado, ¿habría supuesto alguna diferencia? Te habrías negado a viajar a Alemania, pero te habrías puesto furiosa, te habrías sentido engañada igualmente. Tarde o temprano te habrías dado cuenta de que te habías convertido en la coartada de un socialista y me habrías impedido volver a casa. ¿No es así?».

Irma admitiría que así era. De modo que ¿qué importancia tenía? El daño ya estaba hecho. Pero ¿qué daño le había hecho en realidad? Los nazis no la habían arrestado. Podrían haberla interrogado, pero ella enseguida dejaría claro que había sido engañada. Lejos de hacerle el menor daño en ese sentido, Lanny le había conseguido una entrevista con el mismísimo Hitler, algo de lo que podría alardear durante el resto de su vida. Especialmente si de veras pensaba todo lo que había dicho en el Berghof, ¡si de verdad estaba dispuesta a dejarse utilizar por los nazis!

«¡Es la humillación que me has infligido lo que me indigna!», argumentaba ella en sus debates imaginarios. Y él contestaba: «Respóndeme a una cosa: si te hubiera dejado en Shore Acres y me hubiera marchado solo a

Alemania, ¿le habrías contado a tu madre cuál era el motivo de mi viaje? ¿Y tu madre? ¿Se lo habría contado a tu tío? ¿Cómo puedes saber hasta dónde habría llegado esa información? ¿Estás segura de que no habría llegado a enterarse algún magnate alemán de Nueva York? "¡El príncipe consorte de la glamurosa heredera ha viajado a Alemania para financiar a un grupo clandestino que intenta derrocar al Führer nazi!". ¿Cuánto habrían tardado en enterarse en Berlín? ¿Cuánto habría tardado la Gestapo en ponerse a investigar el asunto?».

«¡No, no, Irma! ¡Has de admitir que si tu marido va a ser un espía, el asunto ha de permanecer en secreto!». «Pero yo no quiero esa clase de marido», respondería Irma, «de modo que adiós y buena suerte». Esa iba a ser a partir de ahora su frase de cabecera: «Te deseo buena suerte». Pero ¿lo decía en serio? ¿Le diría lo mismo a Hitler y a sus agentes en Nueva York? De lo que no había duda era de que no podía pensar las dos cosas a la vez, puesto que, si el Führer conseguía lo que quería, el nieto de los Budd lo perdería todo, ¡y viceversa! La hija del rey de los servicios públicos pretendía ser diplomática con ambos bandos en esta guerra, ¡pero llegaría el día en que se vería obligada a decidir!

IV

La otra carta era de «Kornmahler» y también era breve y formal. «Solamente unas líneas para informarle de que estoy en París y decirle una vez más lo agradecido que me siento por su amabilidad. Le volveré a escribir en cuanto tenga nuevos bocetos y disponga de una dirección permanente».

Tampoco tuvo que analizar demasiado esta nota. Trudi iba a mantener su seudónimo a pesar de que estaba a salvo en Francia. ¿Qué sentido tenía? Sin duda pretendía desempeñar algún tipo de actividad que los agentes alemanes en París no debían descubrir. Para conseguirlo debería mantenerse apartada de otros refugiados a cualquier precio, con excepción quizá de una o dos personas en quienes pudiera confiar. Quizá Lanny seguiría siendo su contacto con Alemania. O puede que quisiera tener la libertad de regresar de vez en cuando. No era descabellado pensar que quisiera que él la llevara. Solo de pensarlo Lanny tembló de pies a cabeza, aunque estaba seguro de que no la

abandonaría. Le pidiera lo que le pidiera Trudi, su conciencia culpable le obligaría a ayudarla.

No había ninguna dirección en la carta. Era evidente que ella no quería verle hasta estar preparada. Hasta tener nuevos «bocetos», es decir, un plan que requiriese dinero u otro tipo de ayuda para ser ejecutado. Bien, eso era lo que él quería. ¿O no? ¡Desde luego no esperaba ir a París para llevarla a los cafés y a ver exposiciones ni a pasear por el Bois! ¡Tampoco pretendía vestirla de manera respetable para presentársela a su madre y a sus elegantes amigos! Lo que le había atraído de ella era precisamente el hecho de que no se parecía al resto de las mujeres que conocía. Era la hija severa de la voz de Dios a la que Wordsworth había cantado. Ella y sus amigos. Y Lanny recordó una vez más el verso de aquel antiguo poema alemán que tanto le desmoralizaba: «*Mr sittd all des Todes Eigen*». Todos pertenecemos a la muerte.

Pronto recibió un telegrama de Nueva York: «HE LLEGADO SIN CONTRATIEMPOS TRAS UN VIAJE AGRADABLE FRANCES ESTÁ BIEN Y ES FELIZ BUENA SUERTE IRMA». De modo que seguía abogando por la diplomacia, tal y como habían acordado. Era su deber informarle de cómo se encontraba su hija, pero el hecho de decirle que la niña era «feliz» debía interpretarlo como una sugerencia para que se mantuviera al margen. ¡Qué fácil le habría resultado decir: «Frances está bien pero te echa de menos»! De haberlo hecho ¿cómo habría actuado él? ¿Habría comprado inmediatamente un pasaje para ir a verla? ¿O habría enviado un telegrama diciendo?: «¿Le gustaría a Frances que fuera a visitarla?».

Ninguno de los dos tenía por costumbre ahorrar en telegramas y este mensaje a su marido era sin duda el más breve que Irma Barnes había enviado jamás. «Viaje agradable», decía. Evidentemente no era el afán por economizar lo que le había impedido decir: «Agradable pero solitario». Y Lanny pensó: «¡Está dispuesta a ponerle fin a esto!». Pensaba: «Me pregunto si también ella le estará dando vueltas al problema como yo. ¿Qué es lo que piensa y ha decidido ocultarme?». Dispuesto a no ignorar su acuerdo diplomático, escribió finalmente: «HANSI Y BESS ESTÁN AQUÍ TOCAMOS A DIARIO TODO MI AMOR PARA NUESTRA HIJA SALUDOS AFECTUOSOS LO SIENTO». Podría haber dicho menos y podría haber dicho algo más. Le gustaría haber podido encontrar el punto medio.

V

La pareja de músicos partió del puerto de Marsella a bordo de un vapor. Debían encontrar un hogar en Connecticut, cerca del resto dela familia. Además, iban a tener un bebé. Mamá le había escrito a Bess hacía un tiempo para pedirle precisamente ese favor. No era la primera vez que le enviaba ese tipo de cartas, pero siempre resultaba algo incómodo. ¡Llevaban casados nueve años y sin duda… si alguna vez! Mamá hacía especial hincapié en que Freddi ya no estaba y mencionaba que Rahel se hallaba interesada en un joven muy competente que trabajaba como ayudante de Papá. Cualquier madre judía desearía que su primogénito tuviera un hijo, y la música no podía impedir eternamente que Bess cumpliera su deber para con el Dios de sus antepasados, que era el mismo de los de Hansi. ¡Juradme ahora ante la mirada del Señor que no destruiréis mi descendencia después de mí, ni borraréis mi nombre de la casa de mi padre![118]

Estando solo, Lanny tenía demasiado tiempo para pensar en lo sucedido y lamentarse por su pérdida. De modo que llamó a su viejo amigo y tutor Jerry Pendleton, a quien no le preocupaban demasiado los problemas del mundo pero poseía un estupendo saque jugando al tenis y era un apasionado de la natación y de la pesca. Su menuda esposa francesa dirigía la pensión Flavin en Cannes y los huéspedes siempre tenían pescado fresco para comer. Lanny entretuvo a su amigo contándole su estancia en Salzburgo y, a su vez, Jerry le contó sus problemas —al morir su suegra, la hermana de esta era la propietaria de la mitad de la pensión y no se llevaba demasiado bien con su sobrina—. «¡Qué tortura, las mujeres!», exclamó el extutor. Y Lanny habría asentido si con ello no hubiera dado a entender que tenía problemas con Irma.

Su madre y su padre, no obstante, tenían derecho a conocer su situación marital. Pero ¿hasta dónde debía contarles? Robbie se entristecería, aunque lo sucedido no le sorprendería demasiado. Él mismo había sido un hijo algo veleta y no podía esperar ahora que el suyo fuera un modelo de racionalidad. Lanny era el resultado de un desliz de Robbie, y los pecados de los padres siempre salpican a los hijos. Robbie ya había pagado un alto precio por ello, pero al parecer la deuda aún no había quedado saldada.

El caso de Beauty era muy diferente. Ella no estaba dispuesta a pagar por sus pecados. De hecho Beauty siempre aborrecía pagar la cuenta, fuera del tipo que fuera. Beauty ansiaba conseguir todo aquello que quería y no podía soportar que se lo arrebataran de las manos. En resumen, Beauty se iba a

poner hecha una furia y Lanny seguía dándole vueltas al asunto, tratando de encontrar el modo de evitar rendirle cuentas de inmediato. ¿Debía marcharse a dar la vuelta al mundo con Hansi y Bess, como ellos mismos le habían sugerido? ¡Quizá se viera en la obligación de hacer un repentino viaje a Londres justo el día que Beauty esperaba llegar a Bienvenu!

Escribió una breve nota a sus padres para contarles el éxito obtenido en Alemania con la venta de obras de arte, su reencuentro con Hansi y Bess y su visita a Bienvenu, y finalmente añadió: «Irma se sentía sola en Francia y decidió coger un barco para regresar a Nueva York desde Alemania. Yo he tenido que regresar también para resolver algunos problemas en la escuela». Supuso que no conseguiría engañar a ninguno de sus dos astutos progenitores. Robbie telefonearía a Irma y, al enterarse de que la situación era seria, visitaría Shore Acres para escuchar la historia de primera mano. Beauty empezaría a sentir temblores y, qué duda cabe, le escribiría a Lanny en el acto: «Lanny, ¿qué significa esto? ¿Ha ocurrido algo malo entre Irma y tú? ¡Por Dios santo, escríbeme para contarme la verdad ahora mismo porque estoy preocupadísima!».

¡La verdad, toda la verdad y nada más que la verdad con la ayuda de Dios! Lanny le contaría el principio y el final, pero sin duda omitiría el nudo de la historia. Le escribió: «Como sabes, Irma y yo solemos discrepar en lo referente a nuestras amistades y su manera de comportarse. Hemos pensado que lo mejor sería dejar de discutir durante un tiempo. No tienes por qué preocuparte, de modo que por favor no lo hagas».

¡Nada de qué preocuparse! Lanny podía imaginarse a su querida madre leyendo esa última frase y rompiendo a reír presa de un ataque de histeria. ¡No había nada preocupante ante la perspectiva de perder la estrella más brillante que jamás había brillado en la diadema de esta suegra! ¡Nada de qué preocuparse por el hecho de perder una dote de veintitrés millones de dólares, por no hablar de la niña de los veintitrés millones, sobre la que sin duda Beauty sí tenía algún derecho! ¡Todo el prestigio y la gloria! ¡Los hermosos vestidos que Irma le regalaba después de haberlos usado dos o tres veces y que únicamente tenía que aflojar un poco! ¡La sensación de seguridad ante el pánico que le causaban las deudas —no había más que ver cómo Irma había salvado a Robbie de la ruina durante el Crac de Wall Street y cómo ahora le había ayudado a financiar su proyecto de construcción de aeroplanos!—. ¡No había nada de qué preocuparse!

Beauty y Marceline habían sido invitadas a la casa de campo de Margy. Allí se relacionaban con la gente más elegante, montaban a caballo, bailaban y

se lo pasaban de maravilla. Pero todo eso no era nada ante la inminente fatalidad. Beauty se sentó a escribir un telegrama: «DEBO VERTE INMEDIATAMENTE YO IRÉ A BIENVENU A MENOS QUE TÚ VENGAS AL NORTE ENVÍA TELEGRAMA CON TUS PLANES».

Lanny le respondió por correo aéreo: «Es inútil que trates de interferir entre Irma y yo. Créeme, querida, no hay absolutamente nada que puedas hacer. Espero estar pronto en París para hacer negocios con Zoltan. Después iré a rápidamente a verte a no ser que tú regreses antes al sur. Entretanto te ruego que no te preocupes. Irma y yo no vamos a discutir ni a armar ningún escándalo. Ella misma insistió en que te dijera que siempre serías bienvenida en Shore Acres y que pondría una casa a tu disposición, igual que tú habías hecho por ella. Lo que hemos decidido categóricamente es que no vamos a discutir con nadie sobre nuestros asuntos personales, de modo que te ruego que no me preguntes más detalles. Basta decir que no logramos ponernos de acuerdo en lo referente a las cosas que nos gustan y las compañías que frecuentamos. Desgraciadamente ni tú ni yo ni nadie puede cambiar eso».

Y así continuó el rifirrafe. Por supuesto Beauty no parecía darse cuenta de que marido y mujer se habían separado por cuestiones filosóficas. Si acaso ocurrían realmente ese tipo de cosas, sin duda debía de ser en un lugar de la tierra que Beauty nunca había visitado. De nuevo le escribió: «Lanny, por amor de Dios, dime si hay otro hombre o si se trata de una mujer». A esto, su siempre desconcertante hijo respondió: «¡No hay ningún hombre ni ninguna mujer, a no ser que cuentes a Hitler como hombre o a la Estatua de la Libertad como mujer!». ¿Y qué podía pensar de aquello una madre atormentada?

VI

Una mañana, mientras Hansi practicaba en un estudio y Lanny y Bess en el otro, la armada británica había atravesado a toda máquina la costa de cabo Antibes rumbo al canal de Suez. Navegaban demasiado lejos de la costa para ser vistos, pero todos los periódicos comentaron la noticia y su vecino británico del cabo estaba tan emocionado que fletó su lancha a motor y se llevó a toda su familia de excursión para contemplar el espectáculo. Poco

después describió la experiencia con orgullo patriótico. «¡El león británico nunca fanfarronea!», declaró orgullosamente. Y Lanny, también emocionado, le creyó y se sintió más feliz que en mucho tiempo. No era probable que los británicos llevaran a cabo aquel despliegue de maquinaria naval para nada, teniendo en cuenta el inmenso consumo de combustible y de energía humana que suponía. ¡Por fin iban a pararle los pies a uno de aquellos chalados dictadores!

Mussolini había iniciado su gloriosa campaña en Abisinia y durante todo el verano los diplomáticos habían rondado de capital en capital discutiendo, rogando, amenazando e intrigando. La Liga de Naciones por fin se había posicionado y había puesto a trabajar a sus comités de arbitraje y mediación, pero todo había sido en vano. El Duce estaba decidido a conseguir su libra de carne morena y a divertirse cortándola él mismo. Había llevado a sus jóvenes camisas negras directamente a Eritrea. Eran los mismos niños a los que había enseñado en su Balilla a cantar canciones que ensalzaban el odio y la violencia. Dentro de dos semanas terminaría la estación lluviosa en el noreste de África y entonces por fin llegaría *il giorno di gloria*.

Lanny Budd no era capaz de decidir cuál de los dos dictadores le gustaba menos, aunque hacía más tiempo que conocía a Mussolini, por lo que quizá con eso fuera suficiente. Durante una década y media, aquel miserable fanfarrón había asesinado o condenado al exilio a todos los amantes de la libertad de su país. Durante el último año se había dedicado a envenenar el aire de Europa con sus bravuconadas y Lanny había llegado a despreciarlo profundamente y de un modo bastante personal. ¡Detenedle! ¡Detenedle antes de que sea demasiado tarde! Si se sale con la suya después de este desafío a la decencia las furias de la envidia y el odio camparán a sus anchas por toda Europa. Entonces la civilización desaparecerá y tan solo quedará un foso plagado de bestias luchando y tratando de hacerse pedazos mutuamente. Era necesario que Gran Bretaña adoptase una posición firme. Debían cerrar el canal de Suez al usurpador y vetar su consumo de combustible, y tan pronto estuviera indefenso se acabarían de una vez por todas sus bravuconadas.

Eso significaría la guerra, declaró el Duce sacando mandíbula e hinchando su pecho cubierto de medallas. El Bendito Pichoncito Llorón —como Lanny lo había bautizado años atrás— volvía a desafiar al mundo para que se atreviera a detenerle. Alardeó de su flota de miles de aviones con la que sería capaz de aplastar a la armada británica. ¿Podría hacerlo? ¿Se atrevería a intentarlo? ¿O solo era otra de sus bravatas? Los hombres debatían sobre ello cada vez que se encontraban paseando junto a ese mar que los fascistas

reivindicaban como suyo, y los políticos discutían en cada cancillería y en cada despacho del Ejército y la Armada. Las armas aéreas eran algo nuevo, ¿quién podía estar seguro de lo que eran capaces de hacer? Tarde o temprano llegaría su puesta a prueba y el mundo entero conocería la respuesta, aunque cada nación prefería que fuera otra la que sirviera de escenario.

El día tres de octubre dio comienzo la invasión. Y así al menos una pregunta quedó respondida: ¡el Duce hablaba en serio! ¿Iba a actuar Gran Bretaña? ¿Y qué pasaba con los acuerdos de Ginebra? En este último caso la respuesta no se hizo esperar. La Liga de Naciones señalaba unánimemente a Italia como agresor. ¡Estupendo! ¡Eso significaba que pronto pasarían a la acción! El atento observador norteamericano estaba tan entusiasmado que era incapaz de quedarse en casa leyendo y escuchando música. Quería estar en París, donde habría varias ediciones diarias de los periódicos y también discursos y manifestaciones, gritos y quizá disturbios en los cafés llenos de humo. Quería saber lo que opinaba el tío Jesse de la situación y también Blum y Longuet, los De Bruyne y todos sus amigos. Encargó que le reenviaran todo el correo y se subió al coche una luminosa mañana de otoño. Esa misma noche llegó a París y, ajustándose a su nuevo programa económico, se alojó en un hotel de precio moderado: el mismo donde hacía dieciséis años su madre había ocultado a Kurt Meissner en su huida de la *Sûreté Générale*, lo que supuso el inicio de una relación sentimental que había durado ocho años.

VII

Lanny había sido testigo de diversos tumultos en París a lo largo de los años, pero estaba seguro de que nunca hasta ahora la gente había estado tan exaltada por cuestiones políticas y al mismo tiempo tan confusa. Para él todo se reducía claramente a la profunda división entre la izquierda y la derecha. Sin embargo, para sus amigos socialistas y comunistas la cuestión no estaba tan clara. Ellos odiaban el fascismo pero también aborrecían la guerra y ahora mismo sus dos enemigos estaban enfrentados. Pocos izquierdistas compartían el entusiasmo de Lanny ante la movilización de la armada británica e incluso cuestionaban los verdaderos motivos de Anthony Edén. Ante semejante clima de dudas, la prensa proitaliana trató de sacar partido. «¿Estás dispuesto a morir por el

Negus?», era su eslogan. Y los trabajadores franceses se preguntaban: ¿lo estaban? Además, si Francia permitía que Gran Bretaña la arrastrara a una guerra para proteger las aguas del lago Tsana en beneficio del Sudán Británico, ¿qué haría Hitler mientras tanto? Ya podían imaginarse al Führer sonriendo y frotándose las manos encantado ante la perspectiva de ocupar Renania mientras los ejércitos franceses se afanaban en los Alpes Marítimos.

La mayor parte de la prensa parisina, y en realidad de toda Francia, estaba de parte de Pierre Laval y de otros políticos proitalianos. Había un motivo para ello, muy importante pero raras veces mencionado: que estaban comprados. He aquí la tragedia de Francia, la corrupción de esas entidades de las que el público dependía para conocer las noticias y las ideas en circulación. Cualquiera con el dinero necesario podía comprar un espacio diario, no solo para publicar una noticia sino también artículos de opinión, en casi cualquiera de los periódicos de París, y en esos momentos se decía que la embajada italiana había pagado sesenta millones de francos con el fin de romper la alianza franco-británica durante la presente crisis. Era repugnante leer las calumnias y las mentiras en esos periódicos, incluso las más viles obscenidades. Y entretanto el dinero ingresado permitiría que sus editores y propietarios comprasen joyas y pieles a sus amantes para que se exhibieran en la ópera y en los cabarés.

Lanny descubrió que, creyera en lo que creyera la gente, actualmente todo el mundo lo hacía con furia. Por eso decidió que ahora más que nunca era necesario elegir su papel. Pero ¿de qué manera iba a servir a su causa, como propagandista político o como agente secreto y fuente de financiación? Ciertamente si se hubiera dejado llevar por sus impulsos se habría puesto a hablar con toda la gente que le rodeaba y en cuestión de días los cancerberos de la prensa habrían empezado a morderle los talones, convirtiéndose además en *persona non grata* para la mayoría de sus clientes adinerados. ¡Se había sentido tan bien al pensar que por fin era libre de decir lo que quisiera! Sin embargo, no le había costado mucho darse cuenta del alto precio que tendría que pagar por ello un experto en arte.

Zoltan Kertezsi estaba en París dispuesto a servirle de ejemplo a su asociado más joven. El genial húngaro aborrecía la violencia y la tiranía, tal como haría cualquier creador y amante del arte. Sin embargo, tenía por costumbre morderse la lengua y, cuando la gente expresaba sus opiniones políticas, él escuchaba con mucha diplomacia y después se limitaba a hacer algún comentario inofensivo o decía que era una lástima que tales asuntos no se pudieran resolver sin desatar tantas pasiones. Alguien debía velar por los

altares de la cultura. Él había escogido ese papel y tenía la esperanza de que sus esfuerzos no fueran completamente fútiles. Los más apasionados contemplaban su rostro de bigote gris y cándidos ojos azules y se sentían amablemente reprendidos, y entonces deseaban por un instante poder habitar también en aquellas alturas morales y respirar el mismo aire fresco y puro que él disfrutaba.

Lanny, siempre impresionable, no se quedó menos sorprendido en esta ocasión. Pero cuando estuvo a solas y de nuevo reflexionó sobre la situación, no fue capaz de ver cómo el amor por el arte iba a conseguir acabar con el fanatismo de Mussolini y Hitler o con la Balilla y las Juventudes que ellos mismos habían creado. Como siempre que iba a París, hizo una visita a Les Forêts y, mientras discutía con su anfitriona sobre la crisis actual, él comentó que los dos dictadores estaban creando un ejército de diez millones de pequeños demonios a los que sería necesario matar. Su vieja amiga Emily se quedó horrorizada y le suplicó que no volviera a decir nunca algo semejante. Cuando Lanny reflexionó a solas sobre ello llegó a la conclusión de que sus palabras poseían una precisión científica, pero de que el hecho de haberlas pronunciado abiertamente no era en absoluto compatible con su rol de agente secreto.

VIII

La esperada carta de Trudi Schultz fue reenviada desde Bienvenu. En ella le decía a su mecenas que ya disponía de nuevos bocetos dignos de su consideración y esperaba que pudiera escribirle para concretar una cita, como en anteriores ocasiones. La dirección del remitente era un apartado de correos en *le treizième*, un distrito parisino de clase trabajadora. Él le escribió sin perder un minuto escogiendo para encontrarse una esquina específica del barrio, dentro de dos días al atardecer para darle tiempo. Mientras conducía hasta allí todo le recordaba a Berlín, con la excepción de que el gendarme de aspecto amable que observó a la joven subir al coche no llevaba ningún brazalete con la esvástica y su interés en la escena fue puramente sexual.

Elia llevaba el vestido azul oscuro que Lanny había cogido del guardarropa de Irma y que le quedaba bastante grande. Estaba aún más pálida y delgada

que la última vez, y él le dijo:

—Oye, Trudi, tengo la sensación de que no has estado cumpliendo tu parte en nuestro acuerdo sobre la leche.

—He estado trabajando muy duro, Lanny —respondió ella.

—Me temo que la tarea de combatir a Hitler se va a alargar durante mucho tiempo. No te servirá de nada extenuarte y morir antes que él. Fue muy difícil sacarte de Alemania, así que creo haber adquirido algún que otro derecho sobre ti.

—Sí, Lanny —admitió.

Era una persona seria y no siempre comprendía el carácter bromista del norteamericano.

—Tengo algo importante que enseñarte. Llévame a algún lugar seguro donde podamos parar y te lo leeré.

—Aquí estamos seguros en todas partes —respondió él—. Ya estás fuera de Hitlerlandia, ¿sabes?

—Pensé que quizá alguien podría reconocerte.

—Difícilmente en esta parte de París.

En ese momento pasaban junto al ruinoso edificio de una fábrica con las ventanas cubiertas de polvo y detuvo el vehículo junto a la acera.

—Este parece un buen lugar —dijo él.

Elia le entregó un pequeño panfleto de diez centímetros de largo por unos siete de ancho, de unas veinte páginas de papel muy fino y sin cubiertas. Él leyó la portada:

ABRAHAM LINCOLN. Sein Leben und Seine Ideen[119]

y después, a pie de página:

Leipzig. Deutscher Nationalsocialistischer Kulturbund[120]

Pasó a la primera hoja del texto y empezó a leer en alemán:

«Abraham Lincoln fue uno de los más grandes hombres de la historia y su vida y sus enseñanzas podrían resultar útiles e interesantes para el pueblo alemán si fueran debidamente explicadas y comprendidas. Conocido como el Gran Emancipador, dio su vida para liberar de la esclavitud al pueblo negro del continente norteamericano y para poner fin al control político de la plutocracia de terratenientes que dominaba los estados sureños. Sin embargo, el partido que fundó ha sido tomado al asalto por elementos capitalistas de la nación que utilizan su nombre e influencia para mantener su gobierno

pseudorepublicano. Pocos parecen darse cuenta de que fueron líderes alemanes y fuertes soldados inmigrantes procedentes de Alemania quienes obtuvieron las victorias de los *ejércitos* del Norte durante la guerra civil estadounidense y que por tanto la emancipación de los esclavos negros de esa tierra es una más de las contribuciones de la raza aria-teutónica que ha sido secuestrada y pervertida por la dictadura financiero-bolchevique atrincherada en Nueva York y en Washington».

—¡Santo cielo! —dijo Lanny—. ¿De dónde has sacado esta basura?

—Continúa —le exhortó la otra.

Él obedeció y, habiéndose detenido en la mitad de la segunda página, siguió leyendo:

«El imperio plutocrático norteamericano no es por supuesto el único gobierno que finge servir a la voluntad popular mientras trabaja al servicio de la clase adinerada. El Partido Republicano de los Estados Unidos no es el único caso de un partido que promete la emancipación al pueblo humilde al que amaba Abraham Lincoln para después embarcarse en una cruzada imperialista. Este es un peligro al que a menudo se han enfrentado las masas a lo largo de la historia y contra el que han de estar continuamente alerta. El militarismo ha sido siempre el enemigo de la cultura y de la auténtica prosperidad, pues la riqueza malgastada en producir máquinas de matar ya no puede ser utilizada para propósitos constructivos. Si un hombre consume todos sus recursos y esfuerzos en construir una bicicleta, quizá algún día pueda desplazarse con ella sobre el asfalto de una carretera pero nunca podrá navegar en el mar. Del mismo modo, si una nación transforma todo su hierro y su acero en rifles, pistolas, granadas y bombas, tanques, submarinos y aviones de combate, esa nación carecerá de comida, ropa y casas dignas. Más aún, dicha nación se verá abocada automáticamente a la guerra, puesto que habrá de utilizar lo que tiene y no aquello de lo que carece. Llegará un día en que su producción toque techo y entonces la nación se verá obligada a actuar o a reconocer la futilidad de sus esfuerzos.

»De este modo, pues, un enorme cañón, un submarino o un avión de combate pueden convertirse en un déspota tan poderoso como cualquier propietario de esclavos sureño o cualquier capataz armado con un látigo. Un equipo de hombres perfectamente entrenados será necesario para operar tales armas y muchos otros para reemplazarlos cuando estos mueran en combate. Otros las transportarán al frente y se ocuparán de abastecerlas de municiones y combustible. Los obreros en las fábricas seguirán produciendo recambios para los componentes dañados. Miles de hombres construirán fábricas mientras

otros cultivan la tierra para producir alimentos o confeccionar ropa y calzado para toda la población. De esa manera, por cada nueva mejora de la maquinaria de guerra moderna, millares de hombres se verán abocados a un trabajo improductivo durante toda su vida, condenando a sus hijos y a sus nietos a la misma existencia de esclavos que en su día el Partido Nacionalsocialista de los Trabajadores de Alemania se comprometió a abolir.

»Abraham Lincoln era el amigo del hombre corriente y en su discurso sobre la cuestión de la esclavitud afirmó:

»Este problema seguirá vivo en nuestro país mientras el juez Douglas y yo nos veamos obligados a seguir guardando silencio. Esta es la eterna lucha entre estos dos principios, lo correcto y lo incorrecto, que tiene lugar en todo el mundo. Se trata de dos principios que han sido antagónicos desde el inicio de los tiempos. Uno de ellos se refiere a los derechos corrientes de la humanidad, y el otro al derecho divino de los reyes, un derecho que nunca cambia por mucho que cambie de forma, es el espíritu que dice: Tú sudarás y trabajarás para ganarte el pan, y yo me lo comeré.

»El hombre que así hablaba fue el fundador del Partido Republicano de los Estados Unidos de América, pero hoy dicho partido está en manos de banqueros, magnates industriales y terratenientes. De ese modo degeneran los partidos políticos. La gente corriente deposita su confianza en una causa común para descubrir demasiado tarde que han sido traicionados. Actualmente hay líderes políticos en muchos países que han jurado solemnemente abolir el monopolio capitalista y sus salarios esclavos. Sin embargo esos mismos líderes cabalgan a hombros de los obreros, se comen su pan, viven en palacios, se visten con elegantes uniformes y conducen lujosos automóviles. ¿Conocéis alguno de esos países o a algunos de esos líderes?».

IX

—Empiezo a pillar la idea —dijo Lanny—. ¡Muy astuto!

—Léelo hasta el final, por favor —respondió Trudi—. Es importante para mí.

Ella permaneció sentada en silencio mientras él seguía leyendo una minuciosa y bien documentada acusación del programa nazi para acabar con el

desempleo mientras aumentaba la deuda nacional y derrochaba el superávit en el rearme del país. Alemania ya no hacía público su presupuesto militar pero otras naciones disponían de medios alternativos para descubrir cuánto se había incrementado, por lo que automáticamente también ellos se habían visto obligados a aumentar proporcionalmente su gasto militar. Como consecuencia, todo el continente —el mundo entero, de hecho— se había lanzado a una enloquecida carrera cuyo desenlace sería la más terrible explosión de violencia y destrucción de toda la historia. Abraham Lincoln había denunciado el militarismo, y ¡qué gran pérdida para la raza humana que su partido hubiera sido traicionado y en la actualidad actuara como agente de la plutocracia norteamericana! ¡Qué tragedia que este gran hombre del pueblo y esa gran causa a la que los alemanes contribuyeron con sus esfuerzos y con su sangre no puedan ser reconocidas como un logro alemán para mayor gloria de la raza aria-teutónica!

Llegado a ese punto, Lanny se dio cuenta de que se acercaba al final del panfleto y de nuevo el tono del mismo retomaba el habitual discurso de los nazis, de tal modo que la mayoría de los lectores pasaría por alto las peligrosas ideas que contenía la sección central del mismo.

—¿Y bien? ¿Qué opinas? —preguntó Trudi ansiosamente.

—Está construido como una trampa para osos. ¿Quién lo ha escrito?

—Yo lo escribí.

Al mirarla él se dio cuenta de que un ligero rubor había teñido sus mejillas.

—Me parece una excelente idea que sin duda dará qué pensar a muchos alemanes. Estoy de acuerdo en todo lo que dices, exceptuando el principio y el final, claro está.

—Traté de recordar todo lo que habías dicho acerca del militarismo y sus consecuencias.

—Gracias por el cumplido. Nada de eso era de cosecha propia, pero son ideas brillantes y has sido capaz de expresarlas de forma accesible que el hombre sencillo podrá comprender.

—Es mi primer intento de escribir y me he esforzado mucho para conseguir darle forma a algo que te pareciera bueno.

Lanny arrancó el coche. Era más seguro hablar en marcha.

—Dime una cosa, ¿qué has hecho con este panfleto?

—Imprimí unas pocas copias para que tú y algunos otros pudierais ver el concepto. Puedo cambiarlo si te parece que no está bien.

—No hay nada que mejorar.

—Bien, entonces haré que impriman veinte mil copias con el dinero que he conseguido ahorrar de lo que me diste en Salzburgo.

—¿Incluye eso también lo que has ahorrado no alimentándote como es debido? —preguntó él.

Ella no respondió, de modo que él decidió aplazar la cuestión hasta más tarde.

—¿Tienes algún plan para distribuirlo en Alemania?

—He pensado en varias opciones. Miles de obreros atraviesan la frontera con Alemania cada día y se importan todo tipo de mercancías. Podemos introducirlo de esa manera.

—La Gestapo no tardará en descubrir de dónde han salido, Trudi.

—Entrarán en el país desde distintos lugares si disponemos del dinero suficiente para lograrlo.

—Por mi parte haré todo lo que pueda —dijo Lanny—. Dime, ¿existe realmente alguna asociación llamada Deutscher Nationalsocialistischer Kulturbund?

—La idea nació y morirá también con este panfleto. El próximo tendrá un aspecto diferente y será impreso en Ámsterdam o Ginebra.

—Veo que ya has encontrado una ocupación. ¿Esperas poder mantener el anonimato como fuente?

—El mayor tiempo posible. Hasta ahora solo tengo dos contactos en París y estoy bastante segura de que no me traicionarán. Por desgracia hemos de suponer que la policía francesa colaborará con los alemanes.

—Cuenta con ello, mientras Laval sea primer ministro —comentó él.

—Más aún, Lanny. La policía no cambia con el gobierno de una nación. La policía está al servicio de las doscientas familias.

X

Lanny, que conducía en dirección a Versalles, comentó:

—Por esta carretera las mujeres del mercado arrastraron un día lluvioso al rey y a la reina de regreso a París. «En aquellos días no estaba tan bien asfaltada ni bordeada por hermosos edificios y María Antonieta no podía saber lo que le esperaba. ¿Has leído la historia del conde Fersen, el joven

aristócrata sueco que fue su amante y la acompañó durante su marcha hacia el patíbulo?».

—Solamente sé lo que enseñan en los libros de texto —respondió ella—. Y ahí no se mencionan los asuntos de faldas.

—En mi recuerdo de esta carretera siempre estarán los *cuirassiers* tocados con cascos de bronce y penachos de plumas protegiendo a ancianos caballeros con chistera y largos abrigos negros. Solían recorrer esta ruta en sus idas y venidas de las conferencias mientras nosotros, sus ayudantes y subordinados, especulábamos nerviosamente sobre lo que ocurría bajo esos sombreros. La mayoría de nosotros nos sentimos muy decepcionados entonces, pues al final resultó que el presidente Wilson había estado estudiando teología en lugar de economía.

—El tratado fue malo —dijo Trudi— pero ni la mitad de lo que Hitler ha resultado ser.

—El día de la firma —continuó Lanny— yo me encontraba detenido en la antigua Conciergerie de París y en cuanto escuché las salvas de disparos supe a qué se debían. Después mis amigos me describieron la escena. ¿Has visto alguna vez la Galería de los Espejos?

—Nunca había estado aquí.

—Ningún turista se la pierde. ¿Puedo llevarte a conocerla?

—¡Oh, Lanny! ¡No debemos!

—Te lo aseguro, nadie nos prestará la menor atención. En días soleados como hoy el lugar se llena de cientos de turistas norteamericanos.

—¡Pero alguno podría reconocerte!

—¿Y qué más da? Estoy visitando monumentos en compañía de una joven dama de aspecto respetable. Podrías ser la hija de una de las hermanas de mi madre, a la que dejó en Nueva Inglaterra cuando se marchó hace cuarenta años.

—¡Daría lugar a habladurías, Lanny!

—De todas formas es inevitable, puesto que mi esposa ha regresado a Nueva York.

—¿De veras se ha marchado?

—Así es, y me envió desde allí un diplomático telegrama deseándome suerte en la vida.

—¡Oh, Lanny, siento tanto haber sido la causa de esta desgracia!

—Deja que te cuente una historia, algo que sucedió en el Berghof mientras tú esperabas en el coche aquella noche, sin duda demasiado tiempo.

—Tengo que admitir que se me hizo largo.

—Sin embargo fueron menos de dos horas. Durante toda una hora Hitler pronunció un discurso. Uno de tantos que los alemanes se ven obligados a escuchar en la radio, bajo la amenaza de ser enviados a un campo de concentración. Volvió a contarnos la misma historia que contó en 1919 y que no se ha molestado en modificar desde entonces: el maldito *Diktat* de Versalles y la traición de los Aliados inspirada por los plutócratas judeo-bolcheviques. Estoy seguro de que la conoces.

—*Ach leider!*

—Bien, Irma se dedicó a escuchar durante toda esa hora y, cuando el gran hombre terminó, ella se adelantó y le dijo: «Quiero que sepa que estoy de acuerdo con usted en todo lo que ha dicho».

—¡Oh, Lanny, eso es terrible!

—No tenía por qué decirlo. Nadie le preguntó su opinión. Fue una reacción espontánea.

—¿Fue porque estaba furiosa con nosotros?

—No me cabe duda de que su estado de ánimo fue lo que la empujó a hablar, pero eso no influyó en lo que dijo. La razón por la que me rendí y la dejé marchar fue que más tarde, en Salzburgo, ella me impuso sus términos para el futuro: debía prometer que no volvería a tener ninguna relación con comunistas y con el comunismo ni con el socialismo y los socialistas. Teniendo en cuenta que mi hermanastra y su marido y también mi tío son comunistas, y que algunos de mis mejores y más antiguos amigos son socialistas, no podía esperar que le dijera que sí.

—Entonces, ¿no vas a volver con ella?

—Volveré a ver a mi hijita, de modo que supongo que también veré a Irma, pero no tengo intención de volver a sacar el tema y tampoco creo que ella me lo permitiera. Decidimos evitar escándalos, algo que te atañe directamente, pues también me prometió no hablar de ti.

—¿Crees que cumplirá su promesa?

—De momento ha conseguido todo lo que me pidió y no es una persona vengativa. Me ofreció dinero con la condición de que no lo gastara ayudando a socialistas, pero por supuesto ese sería el único motivo por el que estaría dispuesto a aceptarlo, y ella lo sabe.

—Te sentirás desolado.

—A veces, pero no más que tú y tantas otras personas que conocemos. Lo cierto es que es inútil esperar que la vida sea perfecta en tiempos como los que vivimos.

XI

Pasearon por el hermoso parque de Versalles que tiempo atrás había sido el patio de juegos del *Grand Monarque* y sus sucesores y desde hacía ya mucho se había convertido en una de las mayores atracciones turísticas del mundo. En el Petit Trianon visitaron la capilla donde María Antonieta rezaba y observaron el clavicordio que ella solía tocar como acompañamiento a la flauta de Fersten. Caminaron por los jardines contemplando el Belveder y la Orangerie, el Jeu de Bagues y el Temple d'Amour. Y al detenerse ante la entrada de los parterres Lanny comentó: «Se dice que cada diez de agosto todo aquel que tenga alguna cualidad psíquica podrá ver a María Antonieta aquí sentada con su vestido rosa y su pamela de ala ancha, y también a mucha otra gente de su tiempo paseándose con sus vestidos de época».

—Quizá estuvieran rodando una película en esa fecha —respondió Trudi sonriendo.

—El diez de agosto es la fecha del asalto de las Tullerías en París, algo que por supuesto supuso una gran conmoción para la pobre Toinette. Quizá vuelve por aquí de cuando en cuando para olvidar tan dolorosos recuerdos.

Un poco más adelante estaba el lago y el arroyo y, al llegar a uno de los rústicos puentes, Lanny volvió a detenerse.

—Este lugar juega un papel importante en lo que se podría interpretar como historia de fantasmas, aunque uno no crea en ellos. En mi biblioteca hay un libro titulado *Una aventura*, escrito por dos respetables damas británicas, profesoras de escuela e hijas de un clérigo, que estuvieron aquí a principios de siglo y, movidas por una ociosa curiosidad, pasearon por estos terrenos igual que tú y yo ahora. Casualmente era un diez de agosto, aunque en aquel momento la fecha no significaba nada para ellas. Nunca habían estado interesadas en temas psíquicos y no tenían la menor idea de lo que estaba a punto de ocurrirles. Tuvieron lo que se podría denominar una alucinación colectiva. Vieron a varias personas del *ancien régime* y algunas incluso se dirigieron a ellas. Todo les resultó muy extraño y en aquel momento no supieron qué pensar de lo sucedido. Solamente más tarde, cuando comentaron lo ocurrido, se dieron cuenta de que una de ellas había visto cosas que la otra tenía la certeza de que no estaban allí. Comenzaron a recopilar datos históricos y llegaron a la conclusión de que habían visto el parque tal como era un siglo y medio antes.

—Y tú te tomas eso en serio, ¿verdad, Lanny?

—Me he visto obligado a hacerlo a pesar de mi rechazo inicial. No me parece descabellado pensar que el tiempo quizá no sea un continuo tan fijo e inmutable como parece sino un producto de nuestra mente, una forma que imponemos a nuestra propia experiencia.

Trudi no dijo nada, de modo que siguieron caminando hasta que Lanny comentó:

—Estando en Berlín me preguntaste si sería capaz de concertar una *séance* con nuestra médium polaca.

—Ah, sí —respondió ella—. ¿Aún vive con vosotros?

—Está de visita en el castillo de Sájarov, cerca de aquí. No puedo llevarte allí pero, podría traer a *Madame* a París y reservarle una habitación de hotel para que te reúnas con ella. Lo mejor sería que yo no estuviera, pues mi presencia suele irritar bastante a su «contacto espiritual», dada mi mala costumbre de hacerle preguntas de naturaleza algo escéptica. Como ves no consigo complacer a nadie. Para los marxistas soy un necio y un ingenuo, y los espíritus creen que soy irreverente.

—Trataré de controlar mis prejuicios —respondió la marxista—, pero no puedo prometerte que me vaya a convencer.

—Sería muy ingenuo por mi parte pedirte algo así. Lo único que debes hacer es aceptar mi palabra de que no le diré absolutamente nada sobre ti a *Madame*.

—Estoy segura de que puedo creerte, Lanny.

—Y otra cosa —añadió Lanny—, me gustaría verte alguna vez cuando venga a París. Tengo la certeza de que nadie me va a seguir aquí y a ti no te costará asegurarte de lo mismo. Podemos reunimos en la misma esquina de hoy y nos iremos a algún lugar de Francia donde nadie nos preste atención. No puedes trabajar sin descanso, y si lo intentas el resultado se resentirá. Al menos podremos hacer lo que tenía pensado para esta tarde, ir a un pequeño *auberge* y asegurarme de que disfrutas de una comida en condiciones. ¿Te permitirá tu conciencia semejante exceso?

—Lanny —dijo ella—, no soy una asceta. Pero cuando pienso en lo que están sufriendo nuestros camaradas se me atraganta la comida.

—Lo sé, querida, también a mí me ocurre a menudo. Pero aquí estamos, en esta vieja y atormentada Europa, y no ha pasado una sola hora desde que nací en la que careciera de motivos para morirme de hambre por esa razón. Me di cuenta de ello de repente en julio de 1914. Siendo muy joven aún tuve que elaborar una filosofía personal que me permitiera comer, dormir y tocar el piano. La crueldad y el sufrimiento no desaparecerán mientras vivamos, y es

de sabios convertir en norma el no gastar mas energía en un día de la que puedas recuperar durante la noche. Así que vámonos, busquemos un *auberge* y así podré contarte cómo debes actuar con *madame* Zyszynski si quieres obtener buenos resultados durante la sesión.

15
¿ES NECESARIO LLORAR?

I

Beauty Budd no podía seguir soportando el suspense. Envió un telegrama diciendo que volvía a casa y a la mañana siguiente allí estaba, en el hotel de su hijo —un lugar repleto de extraños recuerdos para ella—, y sin quitarse siquiera el sombrero y el abrigo se dispuso a interrogarle.

—«¡Ahora, Lanny, por amor de Dios, cuéntame lo que ha ocurrido!».

Él había ensayado esta escena mentalmente pues, conociéndola tan bien como la conocía, le costaba tan poco anticipar las frases de su madre como las suyas propias. Ahora, paciente y amablemente, le explicó que Irma y él habían ido descubriendo poco a poco que no eran capaces de ponerse de acuerdo en las cosas fundamentales y que sus respectivos amigos les resultaban aburridos. Finalmente habían decidido que no tenía sentido seguir soportándolo.

—Dime una cosa —insistió ella—, ¿qué le hiciste a Irma mientras estabais en Alemania?

—Nada que no hubiera hecho en cualquier otro lugar. Es la historia de siempre. Quise reunirme con mis amigos de allí…

—¿Amigos o amigas?

También esto lo había previsto, por lo que tenía preparada una respuesta graciosa.

—Siempre ha de haber de los dos, pues cuantos más mejor, ¿no te parece?

—No seas bobo. No puedo creer que Irma esté interesada en otro hombre. Tiene que haber otra mujer, en algún sitio. Dime, ¿se trata de esa joven artista alemana cuyo trabajo tanto te interesaba?

Eso sí le pilló de sorpresa. No imaginaba que ella le siguiera los pasos de eso modo. Pero así era Beauty Budd. Nadie iba a persuadirla de que un hombre podía estar interesado en los dibujos de una mujer, igual que no lo estaría en su música, sus ideas o lo que fuera. Las mujeres existían por una sola razón en lo que a los hombres concernía, y toda mujer lo sabía en el fondo de su corazón, por mucho que intentara engañarse.

Lanny tuvo que reaccionar en una fracción de segundo, de manera que respondió con severidad:

—Lo siento, querida, pero si vas a seguir por ahí será mejor que lo dejemos ahora mismo. Pensé que serían otros quienes estarían dispuestos a dar pie a un escándalo.

Su madre empezó a llorar. Él estaba seguro de que tarde o temprano ocurriría y aún derramaría muchas lágrimas antes de que todo esto terminara, de modo que mejor ahora que estaban a solas y no tenía que preocuparse por el maquillaje.

—Sé que esto supone una terrible decepción para ti —dijo él, volviendo a hablarle dulcemente—. Pero has de hacerte a la idea de que esta es una de esas cosas que no puedes evitar. Irma y yo hemos llegado a conocernos bien y hemos pensado mucho en esto. Ella va a vivir en Shore Acres y yo viviré aquí y allá, igual que he hecho durante toda mi vida. Decidimos dejar las cosas como están para evitar más discusiones y esperaba poder contar con el apoyo de mi madre. Cuando alguien te pregunte sobre ello diles que a ella le gusta vivir en Long Island y yo prefiero Europa, eso es todo.

—Lanny, aparecerá otro hombre y las perderás.

—Espero que, sea quien sea, pueda hacerla feliz. He llegado a la firme conclusión de que no puede existir el amor entre dos personas que, como nos ocurre a Irma y a mí, no están de acuerdo en sus creencias fundamentales.

—Entonces, ¿has renunciado definitivamente a ella?

—Fue ella quien me dejó y acepto su decisión porque es lo mejor para los dos.

—¿Y no volverás a verla?

—Probablemente nos veremos porque es la madre de mi hija y no tengo la menor intención de renunciar a ella.

—¿Y qué pasará con mi nieta?

—Irma ha sido siempre tu amiga y no hay ningún motivo para que deje de serlo. Ve a verla siempre que quieras y ella te tratará como tú lo hiciste mientras ella era tu huésped. Aquello es enorme y no tiene por qué haber ningún problema. Jugarás al *bridge* con Fanny y no te quejarás demasiado

cuando ella haga trampas. Irma te lo agradecerá con un hermoso cheque de cuando en cuando y todo irá bien.

II

¡Pobrecilla! Ella pretendía darle una lección a su hijo sobre los sagrados lazos del matrimonio pero ya era tarde para los dos. Y él enseguida consiguió desviar el tema obligándola a ceñirse a los hechos. Sin embargo, supondría un golpe terrible para el prestigio de la familia, se lamentaba la madre —el suyo, el de Lanny y especialmente el de Marceline—. ¡Justo ahora tenía que ocurrir! ¡Qué crueldad para una chiquilla lista para entrar en el mercado matrimonial! Con el apoyo de Emily y algunas de sus elegantes amigas, Beauty había estado planificando un gran *début* en Bienvenu coincidiendo con el inicio de la temporada el próximo enero. Pero ahora, por supuesto, no sería más que una farsa. Nada podría salvarlos socialmente. Se precipitarían desde lo más alto de la escala social hasta un puesto de tercera, o algo incluso peor.

—Escúchame, compañera —dijo él—, sé un poco sensata y escríbele a Irma una amable carta. Dile cuánto sientes lo ocurrido y que deseas seguir siendo su amiga. Explícale cómo perjudicaría el escándalo a las oportunidades de Marceline y sugiérele la idea de hacer una fiesta en Shore Acres para demostrarle al mundo que todo va bien. Irma lo comprenderá sin que tengas que darle más explicaciones y estoy seguro de que te ayudará gustosamente.

—Pero, Lanny, yo no quiero que Marceline se case en Estados Unidos. Quiero que se case aquí y que viva en Bienvenu para no sentirme sola.

—¿Ha roto definitivamente con Alfy?

—La mitad del tiempo están discutiendo y la otra mitad haciendo las paces. Sería un error que se casaran. Además Alfy se pasará los próximos cuatro años en la universidad y no tiene ingresos. Marceline cumplirá dieciocho años este mes y debe casarse con un hombre mayor que ella capaz de darle ya lo que necesita.

«Lo que tú le has enseñado a necesitar», le habría gustado decir, pero no podía mostrarse tan brusco con ella. Además sería inútil, puesto que no podía cambiar a su hermanastra.

—Escúchame, Beauty —dijo—, debemos aceptar lo que este mundo esté dispuesto a darnos y no desesperar tratando de alcanzar la luna. En mi opinión es tu marido quien debe aconsejarte en este momento de tu vida. Has hablado mucho de espiritualidad, ¿qué hay de malo en aplicar ahora un poco de eso a tu propia vida?

—¡Oh, Lanny! —exclamó, echándose de nuevo a llorar—. ¿De qué sirve que me hables de esas cosas si ni tú mismo crees una sola palabra de lo que has dicho?

—Eso demuestra lo poco que conoces a tu hijo —respondió él—. Parsifal me conoce mejor, estoy seguro. Él tiene su fe y yo la mía, y cada uno de nosotros rige su vida por ella. No creo que eso vaya a hacer desaparecer las guerras y la explotación, ni a lograr que los seres humanos dejen de robarse y matarse mutuamente. Es una idea trivial, lo sé, tanto para ti como a ojos del Creador. Por cierto, creo que mi madre ha tenido una vida muy afortunada. Tienes muchas cosas por las que estar agradecida y es de sabios aprender a ser felices con lo que tenemos en lugar de atormentarnos por haber perdido cosas que en realidad no sirven para nada.

Aquella seria conversación logró asustarla un poquito, y trató de secarse los ojos.

—¡Pero, Lanny, solo estoy pensando en la felicidad de mi hija!

—Bien, si de eso se trata debes comprender dónde está la verdadera felicidad. Yo no estoy precisamente feliz por haber perdido a la mujer que amo, pero puedo vivir de acuerdo a mi fe y no tengo intención de rendirme tan solo para que me mantengan en un palacio y que todo el mundo me vea como al príncipe Fortunato.

—Lanny, esas cosas tan terribles que haces… atemorizan a las mujeres.

—Lo siento de verdad, querida, pero yo no he inventado las guerras ni este sistema basado en el lucro y la explotación.

Ella le miraba a través de un incesante velo de lágrimas.

—¡Lanny! —exclamó de repente la desconsolada madre—. ¿De verdad no has estado haciéndole el amor a otra mujer?

—Por supuesto que no.

—¿Irma sabe que no lo has hecho?

—Lo sabe perfectamente.

—Bien, entonces te diré lo que pienso. ¡Es una mujer fría y egoísta y lo que está haciendo es escandaloso y no tiene perdón!

Él se echó a reír sin poder evitarlo.

—Está bien, querida, pero no te sientas en la obligación de decírselo a ella. No espero que te conviertas ahora en un elemento socialmente subversivo. Solo recuerda que Irma es la madre de tu nieta y que, para bien o para mal, ella es la jefa. Así que pase lo que pase debes mantener una buena relación con ella.

—¿Cuándo vas a verla?

—No tengo ningún plan concreto.

—¿No le vas a pedir que vuelva contigo?

—No según sus condiciones. ¿Cómo podría?

—Recuerda su orgullo, Lanny, y dale al menos algo de lo que quiere. Las mujeres casi nunca lo consiguen, ¿sabes?

—Le diré que lo siento, por supuesto. Ya se lo dije en un telegrama, pero ella no consideró necesario aludir a ello cuando me respondió.

—¡No esperes mucho para hacerlo, cariño! ¡Recuerda que ahí fuera hay miles de hombres dispuestos a perseguirla por su dinero!

III

Llevó a su madre a Les Forêts para que se desahogara hablando con Emily y pudiera averiguar si la noble dama había sido capaz de sacarle más información —algo que, por cierto, no había ocurrido.

Cuando Lanny regresó a su hotel había un telegrama de Robbie para él en el que le decía que llegaría en barco esa noche a Cherburgo, y Lanny pensó si su visita formaba parte de la conspiración de su madre o venía para hacerle una propuesta de su esposa, o ambas cosas o ninguna. Por supuesto, también era posible que Robbie estuviera únicamente en viaje de negocios, su fábrica ya funcionaba a pleno rendimiento y sus aviones surcaban el cielo haciendo piruetas imposibles sobre el campo de aviación que había construido a orillas del río New Castle. Hasta el momento habían cumplido todas sus expectativas y Robbie estaba exultante, aunque también furioso por los impedimentos de los burócratas de turno y la estupidez de los mandamases del Ejército. ¿Acaso esperaban que detuviera la fábrica mientras ellos se peleaban por las comas de un contrato e insistían en que les mostrara indefinidamente sus productos cada vez que un nuevo comité se enseñaba interesado en ellos? Robbie se

había quejado de ese tipo de cosas desde que Lanny tenía uso de razón, y ahora estaba dispuesto a negociar con los franceses y conquistar su mercado haciendo uso de su influencia personal y del apoyo de sus inversores en Francia. Especialmente en vistas de la nueva crisis y ante la posibilidad de que Mussolini contara realmente con la superioridad aérea de la que había estado alardeando.

El encuentro con Robbie no sería tan complicado como con Beauty, pues su padre era un hombre sensato y las ideas tenían importancia para él, al contrario de lo que sucedía con la que fuera su amante. Más aún, Robbie sin duda habría hablado con Irma y Lanny sentía curiosidad por saber lo que había dicho. Entretanto se reunió con Zoltan para ponerse al día sobre el mundo del arte mientras contemplaban obras maestras, antiguas y recientes, y escribía a algunos de sus clientes. Lanny compartiría con Zoltan la comisión por el resto de los cuadros de la colección de Goering, pues su colega tenía muchos clientes propios y él podría ocuparse del negocio mientras Lanny trataba de cambiar el mundo.

Decidió que ya había llegado el momento de liquidar la cita con *madame* Zyszynski, de modo que telefoneó al Château Balincourt y acordó pasar a recogerla dos días después a media mañana. Después le escribió una nota a «Kornmahler» para decirle que la médium estaría en cierto hotel de *le treizième* a cierta hora. Lanny esperaría en su coche al otro lado de la calle, frente al hotel, y le dio instrucciones a *Madame* para que, tras la sesión, se fuera a comer y también al cine, para que él y Trudi pudieran verse y comentar los resultados.

De manera que, una mañana lluviosa y fría de noviembre, Lanny se dirigió en coche a Seine-et-Oise para recoger a la anciana, y casualmente el mayordomo le dijo al visitante que el señor del castillo estaba interesado en verle a su regreso. ¡Pobre anciano caballero comandante, sentado en su castillo esperando a que la sombría parca llegara a buscarle mientras soñaba con la mujer a la que había amado, la única persona en quien había confiado; anhelando escuchar tan solo una palabra suya, oler el más leve perfume que delatara su presencia! ¡Ven y cuéntame lo ocurrido durante la sesión, Lanny!

De camino a París, la anciana, condenada por lo general a una existencia monótona, disfrutó de la compañía del hijo adoptivo que tanto la alegraba. Con otras personas solía mostrarse silenciosa y distante, pero con él hablaba por los codos, y en esta ocasión le contó su experiencia con los criados hindúes, hombres extraños con los que resultaba casi imposible comunicarse. Le habló de su infancia en Polonia, donde había vivido en una choza de

campesinos, y de un corderito que sus padres le habían regalado y al que ella misma había criado. Le había llamado Kooba y todo lo relacionado con él era tan real para la anciana como la amada duquesa para Sájarov. Si algún día Tecumseh le transmitiera un mensaje del espíritu de Kooba la haría la mujer más feliz del mundo.

Lanny le contó lo que debía hacer ese día, le dio dinero para pagar la habitación del hotel y también una baraja de naipes para que se entretuviera haciendo algún solitario si la visitante se retrasaba. El nombre de la susodicha era *madame* Kornmahler y Lanny ya le había explicado cómo debía comportarse: no hablar a menos que fuera imprescindible, hacerlo mientras la médium estaba en trance; tratar con respeto al gran jefe amerindio y responder a sus preguntas con rapidez y sinceridad pero sin extenderse innecesariamente; esperar a que *Madame* saliera del trance antes de efectuar ningún movimiento y después limitarse a darle las gracias cortésmente, decirle que todo ha ido bien y marcharse sin darle conversación.

IV

Dejó a la mujer en el hotel, aparcó en la acera de enfrente, calle abajo, y se quedó en el coche leyendo algunos capítulos de *Treinta años de investigación psíquica* de Richet, que tenía intención de prestarle a Trudi. Nunca le suponía un problema esperar, pues siempre tenía algún libro en el coche. Tras poco más de una hora Trudi apareció de repente y se deslizó rápidamente en el asiento del copiloto. Él dejó el libro, arrancó el motor y le dijo:

—¿Y bien, cómo ha ido?

—No he sabido nada de Ludi —fueron sus primeras palabras.

—¡Qué mala suerte! —respondió él—. En fin, así es como funciona.

—¡Pero he descubierto muchas otras cosas! ¡Lanny, ha sido una experiencia muy extraña!

—¡Apuesto a que sí! Cuéntamelo todo.

—Bueno, según el indio la primera en aparecer fue mi madre. Una mujer alta, con el cabello gris y vestida de negro. Todo eso es cierto, pues mi padre murió en la guerra. Pero verás, Lanny, también yo soy bastante alta, así que no me parece difícil adivinar que también ella lo fuera.

—¿Te dijo cómo se llamaba?

—Tecumseh dijo que era algo parecido a Greta. Ella se llamaba Gretchen.

—Un nombre muy común —respondió Lanny, que sabía cómo tratar con los recién llegados a este misterioso mundo—, así que también habrás pensado que ha podido adivinarlo. ¿Te dio algún mensaje?

—Ella quería que supiera que se encontraba bien y que era feliz. Por supuesto me alegró saber que mi madre es feliz esté donde esté, si realmente se trataba de mi madre.

—¿Y después?

—Aquí empieza lo raro: me dijo que había un hombre corpulento y grueso que decía llamarse Gregor. Yo le respondí que había tenido un maestro con ese nombre, pero no era él. Dijo que tenía un mensaje para Otto, pero yo no conozco a ningún Otto.

—¿Cuál era el mensaje?

—Debía decirle a Otto que Gregor estaba intentando ayudarle y que el déspota sería derrocado, pero que aún faltaba mucho tiempo para eso.

—¿Tiene eso algún sentido para ti?

—Pensé en Gregor Strasser y su hermano, que fundaron el Frente Negro contra Hitler. Sin duda habrás oído hablar de ellos.

—Le conocí personalmente. Yo estaba en la misma habitación cuando Hitler le soltó un terrible rapapolvo en su apartamento de Berlín. Aquella fue la ocasión perfecta para estudiar su carácter, algo que me confirmó la imagen que tenía de él. También le vi pronunciar uno de sus discursos en el *versammlung* de Stutgart. Cuando fue asesinado durante la purga sangrienta, yo me encontraba en la prisión de Stadelheim y poco después recibí un mensaje sobre ello, aunque no fue por ningún cauce sobrenatural. He pensado mucho en Gregor Strasser durante estos años. Quizá este nuevo mensaje era para mí.

—¿Sabes dónde está Otto actualmente?

—No tengo la menor idea, aunque he oído que se encuentra en algún lugar de Europa intrigando contra los nazis. En lo que a mí se refiere no tengo el menor interés en él, pues nunca podría confiar en un hombre que ha sido uno de ellos.

—Estoy de acuerdo contigo —dijo Trudi—. Pero es extraordinario que esa anciana conozca a los Strasser.

—Y no los conoce —respondió Lanny—. Apostaría todo lo que tengo a que no. A ella no le preocupa en absoluto la política. Mientras veníamos en coche hacia París me habló de un corderito al que crio cuando era niña. Lo

que comía, los ruidos que hacía y la extraña sensación que la invadía cada vez que metía los dedos en el platillo de leche y dejaba que la criatura se los chuperreteara… En fin, continúa. ¿Qué más?

—Había un anciano que decía ser tu abuelo.

—Siempre encuentra el modo de aparecer en todas mis sesiones. Supongo que estaría furioso.

—Lo estaba. Dijo que quería que supieras que estás quebrantando las leyes del hombre y también las de Dios. Te ordena que vuelvas inmediatamente con tu mujer.

—No conozco ninguna ley que me obligue a vivir con mi esposa si esta no me quiere a su lado. Verás, el viejo caballero quería que Irma y yo tuviéramos hijos. Y antes de morir nos sometió a un interrogatorio en un lenguaje puramente bíblico.

—¿De veras crees que se trata de tu abuelo, Lanny?

—No sé quién demonios es. De lo que sí estoy seguro es de que *madame* Zyszynski no sabe nada de mi abuelo y menos aún que me he separado de Irma, pues llevaba varios meses encerrada en Balincourt. ¿Alguien más?

—También estaba una tal *lady* nosecuántos… ¿Ladybird?

—Eso sí que tiene gracia —dijo Lanny—. Qué lástima que nunca se me ocurriera llamarla así cuando estaba viva. Se trata de *lady* Caillard. Birdie la llamaban.

—Eso es, ese era el nombre.

—Es habitual que ella aparezca. Siempre habla con Sájarov y le dice que está en el cielo.

—Hay un mensaje para Sájarov de su esposa. Elia lo observa desde allí y lo espera, y dice que se verán pronto. No es un mensaje muy halagüeño, ¿no te parece?

—Lo será para él. Se iría encantado hoy mismo si tuviera la certeza de que iba a encontrarla allí. Por lo que sé de él, y le conozco desde hace muchos años, hay muy pocas cosas que aún le aten a este mundo.

V

Eso completó la lista de espíritus visitantes —una extraña *troupe*, sin duda—. Lanny revisó con su amiga algunos de los episodios y ella añadió algunos detalles a lo que acababa de contarle. Él deseó haber estado presente para tomar notas.

—*Madame* sabe que me conoces —dijo Lanny—, lo que quizá explica por qué los mensajes eran sobre mí o iban dirigidos a mí. Sin embargo, sigo sin entender cómo podía saber que Irma y yo estamos separados o estar al corriente de mi especial interés por los Strasser.

—Por otra parte —respondió Trudi—, incluso aceptando que se trate de espíritus, ¿sabía Gregor Strasser quién eras el día en que recibió la reprimenda del Führer?

—Es posible que le preguntase a algún miembro del personal de la casa quién era aquel joven que presenció su humillación. O podría ser que los espíritus sepan más cosas que cuando estaban vivos. En cualquier caso, al final siempre recurro a la idea de la telepatía. Todo lo que me has contado estaba de algún modo en tu mente y en la mía.

Elia reflexionó.

—Sean cuales sean sus mensajes, contendrán información conocida por alguien en algún lugar.

—Eso es. Tomemos por ejemplo el caso de la abadía de Glastonbury, que aparece en muchos libros de investigación sobre fenómenos psíquicos. Se supone que los espíritus que allí establecieron contacto pertenecían a monjes muertos desde hacía mucho y revelaron secretos acerca de ruinas que habían permanecido ocultas durante siglos. Las excavaciones demostraron que sus afirmaciones eran ciertas. Pero ¿cómo podemos estar seguros de que no existían archivos de aquellos tiempos que alguno de los investigadores podía haber estado leyendo?

—¿Alguien ha sido capaz de encontrar una respuesta a esa pregunta?

—Podría conseguirse recurriendo a lo que tú llamarías «hechos artificiales». Imagina, por ejemplo, que recorto una pequeña rendija en una hoja de papel y a continuación la introduzco al azar entre las páginas de un libro. Obviamente cuando dicho libro vuelva a ser abierto en esa página, cierta letras o palabras se podrán ver a través del corte. Sin embargo, mientras el libro esté cerrado nadie sabrá de qué letras o palabras se trata. Ahora ponle un pequeño candado al libro y guárdalo en una caja fuerte y dile a ciertas personas de Nueva York y Australia que consulten a médiums para tratar de descubrir qué es lo que se puede ver a través de la ranura.

—¿Alguna vez se ha hecho eso?

—Los archivos de la Sociedad Británica de Investigación Psíquica están repletos de experimentos de ese tipo. El problema es que nadie los ha leído excepto los miembros de dicha sociedad. Los científicos no dedican su tiempo a estas cosas y por tanto asumen que no existen. Si alguien tiene una experiencia de este género y la cuenta, dicha persona se convierte automáticamente en un chiflado más y su testimonio carece por completo de valor.

VI

Dejó a Trudi en la calle con el libro de Richet bajo el brazo y a continuación volvió al hotel para recoger a *Madame* y llevarla de regreso al castillo. No era frecuente que Sájarov pidiera ver a nadie, pero en esta ocasión había preguntado por Lanny Budd, de modo que el experto en arte entró una vez más en la biblioteca, donde el fuego ardía con fuerza en la gran chimenea, para transmitirle al rey de las armas de Europa —ya retirado— el mensaje de la duquesa, que a su vez él había recibido por mediación de una amiga cuyo nombre no reveló. Podría haberse aprovechado del anciano enviándole mensajes frecuentemente, pero Lanny había aceptado entrar en aquel juego con honestidad, y a veces se preguntaba si *sir* Basil se lo agradecía. Probablemente no confiaba en Lanny ni más ni menos que en cualquier otra persona ya que, después de todo, no podía olvidar que aquel joven e inteligente norteamericano era el hijo de un hombre de negocios, y por tanto quizá estuviera dispuesto a ayudar a su padre a sacar adelante la partida si la situación lo requería. Nadie conocía mejor aquel juego que el caballero comandante y, cada vez que alguien trataba de engañarle, él veía confirmada una vez más su desolada visión del mundo en que vivía.

Ahí estaba sentado, calentando sus viejos y doloridos huesos junto al fuego encendido con leña de aquellos majestuosos y antiguos bosques, apretando con fuerza su dentadura postiza para que el invitado no percibiera cómo le temblaba la mandíbula y con las manos sobre las rodillas para disimular sus temblores. Esas viejas manos aún poseían una inmensa fortuna, cuya cuantía solo conocía él. Ahora sabía que le quedaba poco tiempo en esta tierra, por lo que vivía con la certeza de que todo ese oro pronto sería malgastado por otros.

El castillo había pertenecido a un viejo y disoluto rey que lucía una barba blanca muy parecida a la de Sájarov. Después fue propiedad de la amante del monarca, una muchacha que descubrió en la calle y a la que había «adquirido» a través de un agente como si de un *objet d'art* se tratara. Quién sería el próximo residente que se sentaría allí junto al fuego para contar viejas historias sobre el astuto exbombero y guía de burdeles griego que había llegado a ser el amo de las mayores fábricas de armas de Europa —que después vendió al mejor postor propiciando lo que sería su suicidio colectivo— era aún una incógnita. ¿Sabía el griego lo que actualmente se decía de él? Mentiras, sobre todo. Aunque la verdad era mucho peor… ¡Si la supieran! ¿Le preocupaba la opinión que tenían de él? ¿Se enfurecería al saberlo y le subiría la presión sanguínea, igual que le ocurría cada vez que leía hasta el más inofensivo artículo de esa prensa parisina que antes compraba a diario? ¿O permanecería plácidamente sentado en su hermoso jardín, contemplando los tulipanes de su duquesa cuyas variedades y aromas tan bien conocía?

Y ahora recibía en su casa una vez más a aquel joven de modales impecables que había conocido y apreciado a la duquesa, hablaba siempre de ella amablemente y le transmitía extraños mensajes suyos desde el más allá. ¿Qué sentido tenía todo aquello? ¡Era impensable que aquel norteamericano se preocupara de forma sincera por un viejo que agonizaba lentamente en soledad! ¿De verdad estaba interesado en los fenómenos psíquicos? ¿O tan solo intentaba ayudar a su padre a cerrar nuevos contratos? Su mujer era una millonaria heredera, pero ¿quién rechazaría más dinero? ¿Acaso esperaba que un viejo amigo se acordara de él a la hora de redactar su testamento definitivo? Esa es la suprema tragedia de cualquier viejo rico. ¿Quién buscaría su compañía a menos que albergara tan mezquinas esperanzas? ¿Quién soportaría sus achaques y sus insultos sino un jugador carente de escrúpulos dispuesto a hacer fortuna sin arriesgar demasiado? ¡Al infierno todos! ¡No son más que una manada de hienas y no obtendrán de mí ni un solo sow!

VII

La marcha hacia Abisinia continuaba y un vertiginoso duelo diplomático tenía lugar en secreto en los despachos de los hombres más poderosos de Europa.

Lanny se había dejado llevar por la esperanza pero su optimismo no duró mucho, pues en cuanto llegó a París comprobó que nadie en las altas esferas parecía dispuesto a tragarse las mentiras del Duce. La Liga había impuesto sanciones muy leves —en cualquier caso no lo bastante serias como para detener a los italianos, sino más bien para soliviantarlos y empujarlos a salir a la calle a quemar efigies de Anthony Edén—. Los británicos trataron de culpar a los franceses de la actual situación dada su negativa a apoyar una política de acción. Esto enfureció a los franceses, que sabían desde septiembre que los británicos no estaban dispuestos a cerrar el canal de Suez ni a clausurar sus reservas de combustible, las únicas medidas que habrían resultado efectivas. Eso le contó a Lanny Denis de Bruyne, que lo sabía de buena tinta, pues había mantenido recientemente varios encuentros con Pierre Laval.

Había recriminaciones allí donde se reunían los diplomáticos, que en opinión de Rick no eran más que un puñado de ladrones. Todos eran imperialistas, afirmó, y solo se pondrían de acuerdo a la hora de repartirse en botín. Las elecciones generales en Gran Bretaña se celebrarían dentro de unos días, y Rick estaba haciendo campaña contra los candidatos del actual Gobierno, según decía en su última carta. «Los *tories* se ven obligados a fingir que apoyan las decisiones de la Liga, pero el día después de las elecciones les asestarán una puñalada trapera. Incluso han permitido a los italianos transportar armas químicas por el canal, por supuesto declarando que se trataba de gas, pero ¡qué importancia tenía siempre y cuando pagaran las tasas correspondientes!».

La magnífica flota aguardaba órdenes en Alejandría. Dos flotas de hecho, la mediterránea y también la que protegía las aguas territoriales de Reino Unido. Por todas partes Lanny escuchaba la misma rimbombante bravuconada: «¡El león británico nunca flaquea!». Pero Rick decía que los políticos de su Gobierno temblaban tan solo de pensar que el chiflado dictador se decidiera a enviar hacia la isla sus aviones bombarderos, sus submarinos y embarcaciones de guerra en la oscuridad de la noche, pues a la mañana siguiente ya no quedaría ni rastro del león. Había incluso rumores de que habían enviado a la Armada sin suficiente munición. ¿Y qué podía uno creer?

En mitad de esta interminable crisis Robbie Budd y su mano derecha, Johannes Robin, aparecieron en París. Había llegado para ellos el momento de recoger la cosecha. Y Robbie, siempre previsor, tenía su maquinaria perfectamente engrasada y con los motores a punto. Había transportado uno de sus nuevos aviones de combate —el Budd-Erling P7— a bordo de un

carguero, custodiado por un equipo de ingenieros listos para desembalarlo y ensamblar todas sus piezas. Además, un piloto haría despegar esa maravilla para deslumbrar al Gobierno francés y a continuación volaría a Inglaterra para repetir su exhibición. Los franceses eran un pueblo mezquino, decía Robbie, y no soportan la idea de tener que pagar ahora por aviones que dentro de dos años serán capaces de producir. Sin embargo, en el juego de la guerra aérea no se podía esperar al año que viene, pues únicamente contaba el aquí y ahora. Robbie exponía la misma amenaza en cada ministerio de guerra: si ellos no compraban el Budd-Erling P7, lo haría otro país.

Un gran hombre de negocios no tenía por qué alojarse en un hotel de segunda como habían hecho Lanny y Beauty. Él y su hombre de confianza habían escogido el Crillon, de modo que madre e hijo fueron a comer con ellos y se encontraron con que estaban tan ocupados que apenas tendrían tiempo para contarles las últimas noticias del otro lado del océano. Robbie no iba a malgastar su tiempo hablando con un subordinado, de modo que le había pedido a Denis de Bruyne que lo llevara ante el primer ministro. Beauty dijo: «Creo que podría conseguir que lo conocieras en una situación informal». Le explicó que durante una de las recepciones de Irma había conocido a una noble dama francesa que era la amante de uno de los socios más cercanos de Laval. Se ofreció a visitar a la dama en cuestión para pedirle que organizara una cena en su casa, donde Robbie podría conocer a dos o tres hombres clave del Gobierno francés y aprovechar la oportunidad para charlar con ellos en una situación distendida.

—¿Qué crees que pedirá ella a cambio? —preguntó Robbie.

—No mucho, creo yo —respondió Beauty—. Imagino que unos cinco mil francos.

—Está bien —dijo el hombre de negocios—. A ver qué puedes conseguir, pero he de saberlo hoy, pues es posible que esta crisis termine de un momento a otro.

VIII

Era como en los viejos tiempos que Lanny recordaba tan vividamente, cuando estalló la Gran Guerra y él se convirtió en el secretario personal de su padre a

la edad de catorce años. Ahora Robbie tenía otro secretario, uno que hablaba bien francés. Lanny observaba mientras el magnate leía telegramas, dictaba respuestas y hablaba por teléfono con personas importantes. Y a última hora de la tarde por fin dijo:

—Ahora, hijo, podemos hablar a solas. ¿Qué tal un poco de aire fresco?

—¡Estupendo! —respondió este—. ¿A pie o en coche?

—Caminaremos, si eres capaz de seguirme el paso —dijo el padre bromeando, pues desde hacía tiempo trataba de perder peso sin demasiado éxito.

Pasearon por la gran explanada de la plaza de la Concordia donde Lanny había visto a los soldados en sus tiendas de campaña en tiempos de guerra y el cañón alemán capturado instalado también allí tras la firma del tratado de paz y las muchedumbres soliviantadas —fascistas o comunistas— enfrentándose a los gendarmes en numerosas ocasiones. La *suite* del hotel que le habían asignado a su padre era la misma en cuyo balcón había recibido un tiro una doncella mientras observaba los disturbios hacía menos de dos años. La violencia y acritud de aquella noche de batalla aún seguía envenenando la vida pública francesa.

—Bueno, hijo —empezó Robbie—. He mantenido varias charlas con Irma y no es necesario que te diga cómo me ha entristecido todo este asunto.

—¿Te contó toda la historia?

—Eso me dijo ella, aunque por supuesto quiero oír tu versión.

—No es que tenga una versión, Robbie. Irma y yo no estamos de acuerdo en cosas fundamentales y eso la hace infeliz. Ella quiere que renuncie a mis ideas y yo no puedo hacerlo. Eso es todo.

—¿Tus ideas significan más para ti que tu mujer y tu hija?

—Más que nada en el mundo, incluida la vida.

—Eso es muy serio, Lanny. Debes tener en cuenta que meterse con gente como los nazis no es ningún juego de niños y ninguna mujer puede ser feliz sabiéndolo.

—Me doy perfecta cuenta de ello y no culpo a Irma, ni públicamente ni en mi corazón. Lo peor de todo es que no se dio cuenta de dónde se metía. Se lo expliqué claramente antes de pedirle que se casara conmigo, pero ella era joven y sencillamente no le dio importancia.

—¿Aún la amas?

—Por supuesto que la amo, pero ¿cómo puede haber amor si no hay armonía intelectual? Sé muy bien que la he hecho infeliz en el pasado y no quiero volver a hacer lo mismo. Así que ¿de qué sirve engañarse?

—¿Ni siquiera vas a intentar reconciliarte?

—¿Cómo podría, si me puso como condición romper con todos mis amigos?

—Estaba enfadada cuando dijo eso y no creo que hablara de forma literal.

—¿Te dijo ella eso?

—Lo dijo.

—¿Y por qué no me lo dice a mí?

—Me dijo que te había escrito.

—Sí, pero no tocó el tema. Se limitó a decirme que Frances estaba bien y me deseó buena suerte.

—Creo que deberías ir a verla, Lanny, y hablar del asunto con franqueza y tranquilidad.

—Sé que suena razonable, pero es porque no sabes lo mucho que hemos hablado ya. No hemos sido capaces de ponernos de acuerdo en ninguna de las cosas que de verdad me importan. Ya sabes cómo son las cosas entre tú y yo. Discutimos, pero los dos tenemos sentido del humor, nos provocamos pero seguimos adelante sin rencores. Pero Irma no es capaz de tomarse las cosas de ese modo, al menos en lo que a su prestigio intelectual se refiere. Está convencida de que no respeto su opinión en cuestiones políticas y económicas, y no le falta razón. Se siente herida pero no puedo hacer nada para evitarlo. Es muy monótono, un callejón sin salida, no poder decir lo que uno piensa y tener que soportar las críticas. Mira el tío Jesse, por ejemplo. Puedo pelearme con él y él siempre golpea con todo lo que tiene, pero ahí se acaba todo. Pero con Irma, ¡santo Dios!, es como intentar editar un periódico bajo la implacable mirada de un censor. Con el tiempo me vi obligado a elaborar una larga lista de temas que no podía tocar en su presencia y tenía que morderme la lengua una docena de veces al día. No te imaginas el alivio que me ha supuesto poder ir a cualquier sitio para reunirme con quien sea sin sentir que estaba cometiendo un crimen.

Robbie era un hombre discreto y conocía las debilidades de su atípico hijo desde hacía muchos años.

—Creo que debes ir a verla, Lanny —dijo—. No puedes dejar que Frances se olvide de ti por completo.

—Por supuesto que no. Tengo intención de ver muy pronto a Frances, pero no veo qué podemos decirnos Irma y yo que no hayamos dicho ya.

IX

Robbie quería ponerse al día sobre la situación internacional, tan importante para él, de modo que Lanny le contó todo lo que había averiguado recientemente en París. Los negros soldados descalzos del Negus estaban plantando una dura batalla por su libertad y algunos amigos izquierdistas de Lanny albergaban la esperanza de que en su propio terreno, aquella tierra montañosa y salvaje, fueran capaces de expulsar a los invasores.

—¡Pobres morenos! —dijo Robbie—. No se han enterado de cuánto han cambiado las cosas desde los tiempos de Adua[121]. Créeme, hijo, el avión ha cambiado el mundo y cualquier pueblo o nación que pierda el dominio del cielo será mejor que se rinda antes de empezar o recurra al sálvese quien pueda.

Lanny siempre había escuchado a su padre hablar con gran confianza sobre todo lo que ocurría a su alrededor, aunque sus logros distaban de ser perfectos a lo largo de los años.

—¡Tienes mucho que vender! —respondió el hijo con una mueca.

Y el padre respondió:

—¡Puedes apostar hasta tu último dólar a que sí!

Después de su cena con el *fripon mongol* y otros hombres clave del Gobierno francés, Robbie se sintió aún más seguro de sí mismo. Le dijo a su hijo que el ganso de Abisinia ya estaba asado y listo para ser trinchado. «Gran Bretaña y Francia han de llegar a un acuerdo», declaró. «Saben muy bien que no pueden permitirse que Mussolini pierda. Algo así significaría una derrota para toda la raza blanca. En Italia habría una revolución y los comunistas se apoderarían del país».

Ahí estaba de nuevo: ¡El fascismo como baluarte contra los rojos! ¡Una revolución comunista sería una calamidad, mientras que la contrarrevolución fascista era una necesidad! Robbie dijo que los generales del Ejército francés se negarían a combatir contra Italia. Antes estaban dispuestos a derrocar a su propio Gobierno. Lanny ya lo había oído antes y sabía que aquella era una opinión generalizada en los círculos fascistas. Pero ¿quién podría decir si ocurriría?

No quería discutir con su padre igual que lo había hecho con su mujer. Debía limitarse a hacer preguntas y obtener información privilegiada que poder transmitirle a sus amigos socialistas. Y ahora averiguó que, mientras los miembros de la Liga estaban atascados en Ginebra en plena elaboración de un

programa de sanciones al petróleo, el primer ministro francés y el Ministerio de Asuntos Exteriores Británico estaban trazando un plan para darle a Mussolini la mayor parte de lo que pretendía coger por la fuerza. La mera perspectiva de que tal cosa ocurriera inquietaba al mercader de muerte, que comentó: «¡Debo darme prisa y firmar algunos contratos antes de que todo esto empiece a decaer!».

Se fueron al campo de aviación de Villacoublay, al sur de París, para presenciar las pruebas del Budd-Erling P7. Robbie llegó a bordo de un coche oficial, rodeado de próceres engalanados con toneladas de condecoraciones y Lanny en el coche familiar en compañía de su madre y de la noble dama francesa que había recibido cinco mil francos (algo más de doscientos dólares) por organizar una cena. Era al mismo tiempo fascinante y aterrador contemplar a aquel hombre pájaro ejecutando piruetas en las alturas a mayor velocidad de lo que ninguna criatura se había desplazado hasta el momento por tierra, mar o aire. Tan pronto se perdía en la estratosfera como volvía a aparecer cayendo en picado con el motor rugiendo a todo gas —bajando y bajando de un modo que cortaba el aliento hasta que ya parecía demasiado tarde y uno tenía la sensación de que aquel hombre iba directo hacia la muerte— para volver a levantar el morro casi a ras de suelo y seguir planeando sobre la pista igual que un huracán como si nada hubiera pasado. Cuando por fin aterrizó, varios técnicos ayudaron a salir de la cabina al piloto que sangraba por la boca y la nariz, una estampa terrible, sin duda, ¡pero así era la guerra! La Armada de los Estados Unidos había inventado este nuevo método de ataque y ya se decía que italianos y alemanes pronto lo adoptarían para ganar sus guerras. «¿Está dispuesta Francia a perder sus guerras sin él?», preguntó el presidente de Budd-Erling dirigiéndose a los oficiales del Ejército del Aire francés.

X

Robbie dejó a Johannes en París, pues debía marcharse de inmediato rumbo a Londres, Beauty le acompañó para seguir poniendo en práctica sus habilidades sociales con el fin de ayudar en los negocios al padre de su hijo y Lanny hizo las veces de chófer. ¡Era una reunión familiar como las de los

viejos tiempos! Lanny quería ver a Rick para contarle lo ocurrido con Irma y consultarle qué podía hacer un *play-boy* adulto para impedir que los nazi-fascistas se hicieran con el control de Europa.

Pasó el fin de semana en Los Cauces y se sintió como si estuviera en casa. Allí había vivido algunos de los momentos más felices de su vida y su amigo, el escritor izquierdista, representaba para él la más sabia y saludable influencia imaginable. Rick había tenido unas semanas muy intensas a causa de las elecciones, viajando de un lado a otro y pronunciando discursos en oscuros locales ante audiencias de mayoría trabajadora. Rick había puesto todo su empeño para convencer a la gente de que era necesario desenmascarar a la serpiente fascista antes de que fuera lo bastante grande como para matar. Pero todos sus esfuerzos habían resultado inútiles. Las desavenencias entre las fuerzas de la oposición propiciaron que los *tories* obtuvieran dos terceras partes de los escaños con menos de la mitad del total de votos, por lo que las esperanzas del pueblo una vez más se verían traicionadas. El rostro de Rick ya evidenciaba más de una arruga y su pelo caneaba prematuramente en las sienes. Recibió el resultado de las elecciones como una tragedia personal y padeció con anticipación las calamidades que aún no habían llegado pero que sin duda alguna estaban a la vuelta de la esquina.

Pasearon por el jardín y Lanny le contó las noticias de París acerca de las negociaciones entre Laval y el ministro de Asuntos Exteriores británico, *sir* Samuel Hoare. Rick dijo que su padre había oído rumores sobre dicho acuerdo, un gravísimo secreto de Estado. Ahora averiguó también qué provincias iban a entregarle al Duce los «pobres morenos» y que el resto de sus territorios serían gobernados por un «consejero» italiano. Y dijo Rick: «¡Esta es la mayor traición a la opinión pública de toda la historia del país!». Cuando se aseguró de que Lanny tenía la certeza de que la noticia era auténtica, añadió: «¿Qué te parece si le pasara la noticia a algunos chicos de la prensa?».

—Es exactamente lo que había pensado —respondió el norteamericano. Y, tras reflexionar unos instantes, el *playboy* añadió—: El otro día conocí a un periodista de Nueva York. Si la noticia llegara de allí sería imposible relacionar contigo la filtración. ¿Qué te parece si voy mañana a primera hora a la ciudad y me ocupo de ello?

Lanny le habló también de sus problemas domésticos. El consejo que recibió no hubiera sido del agrado de su padre y su madre, pero a Rick nunca le había gustado su relación y había llegado a temer seriamente que podría perder a su amigo. Dijo que fortunas como la de Irma Barnes se amasaban a base de crímenes e injusticias sociales y que pocos serían capaces de resistirse a

su corrupta influencia, menos aún un amigable y dúctil amante del arte. «Mantente alejado de Irma hasta que la herida se haya curado», dijo el inglés. «Deja que ella encuentre a otro hombre o busca tú a otra mujer, alguien que comparta tus convicciones y te anime a llevar a cabo lo que quieres hacer». Lanny sabía que aquel era un sabio consejo, pero algo en su interior se removió cuando su amigo añadió: «No me sorprendería que terminara con Cédric Wickthorpe. Sería una alianza perfecta para los dos».

El código de etiqueta de los intelectuales elegantes exigía que Lanny se tomara aquellas palabras con humor.

—Mi madre me lo viene advirtiendo desde hace casi dos años —comentó —. ¿Has visto algo que te hiciera pensar así?

—Oh, ellos no permitirían tal cosa —dijo Rick—, pero puedes confiar en la intuición de Beauty en estas lides. Ceddy las está pasando canutas para hacerle frente a sus impuestos y la fortuna Barnes supondría para él un ingreso inesperado. Irma modernizaría su castillo y se convertiría en la condesa más grandiosa del reino. Y tú tendrías que encargarte de conseguir que Augustus John o Geral Brockhurst le hiciera un retrato.

—En esos dos había pensado —dijo Lanny con una sonrisa—. Pero ¿crees que estarían dispuestos?

—Se pondrían a la altura de las circunstancias. Y en cuanto a la diferencia de clase, ¡tú mantente al margen y déjalo en manos del determinismo económico!

El conspirador antinazi no podía revelarle a su amigo nada referente a su contacto parisino, de modo que se limitó a decir:

—Sigo trabajando para la causa pero he prometido no hablar de ello. Lo que sí puedo decirte es que la cosa va en serio.

—¡Bien por ti, viejo amigo! —respondió el inglés.

Se acercó a Lanny y le dio un fuerte abrazo, una demostración de afecto que no se permitía a menudo.

XI

Lanny volvió a Londres y se dejó ver en el mundo elegante en compañía de su distinguida madre. Su regreso al mundillo enseguida suscitó comentarios.

Habían pasado tres meses desde la separación de la heredera y el príncipe consorte y ciertos periódicos «especializados» ya se habían hecho eco del suceso. Las espléndidas y jóvenes damas y los brillantes caballeros cuya ocupación consistía en ir de flor en flor recolectando las mieles de los chismorreos revoloteaban alrededor de Lanny con aire astuto e insinuante para hacerle todo tipo de preguntas. Esperaban que él les respondiera del mimo modo y eso hacía. «Mi esposa tiene sus razones para estar en casa actualmente. Yo estoy aquí por negocios y espero volver pronto a Nueva York», decía con una mueca. Y después añadía: «Eso es todo». Entonces caería sobre Nueva York una lluvia de telegramas preguntando si se veían cigüeñas sobre los infinitos tejados de Shore Acres. El teléfono no dejaría de sonar en la heredad e Irma se pondría furiosa. Lanny, que no había dicho más que la verdad, pensaba que al menos tenía derecho a reírse de vez en cuando de sus miserias.

Una gran recepción con baile tendría lugar en la mansión de Margy Petries para celebrar la presentación en sociedad de Marceline Detaze, que acababa de cumplir los dieciocho años y era una de las criaturas más deliciosas que se pudieran contemplar. Su madre había decidido que debutar en Londres sería mucho más distinguido y que lo mejor sería apresurarse antes de que saltara el escándalo. Aquí Beauty estaba en su elemento natural trabajando en dos frentes al mismo tiempo, en la venta de aeroplanos y en la promoción de su propia hija. No había el menor conflicto entre ambos objetivos pues el mismo hombre podía decidirse a comprar ambos productos y así todo quedaría en familia.

A juzgar por su aspecto, modales y costumbres, nadie habría pensado que la madre tuviera una faceta profundamente «espiritual». Sin embargo, en una habitación de la primera planta de tan elegante residencia, repleta de recuerdos históricos, se alojaba un agente inmobiliario retirado, originario de un pequeño pueblo de Iowa, que pasaba las horas delante de la chimenea de su habitación con los ojos cerrados. Según él mismo explicaba, estaba rezando, una forma de ejercicio mental consistente en concentrarse en imágenes de bondad, belleza y verdad, mientras trataba de excluir de su mente todo lo malo, lo falso y lo feo del mundo. El método debía de ser eficaz, pues cada vez que Beauty entraba en la habitación, emergía de ella con la mirada iluminada por la esperanza y el corazón rebosante de amor. ¿No era el amor por Marceline lo que la había impulsado a buscar un marido adecuado para la niña? ¿No era el amor por Robbie y sus accionistas —incluida Margy, su anfitriona— lo que la había hecho decidirse a tratar de vender aviones de

combate a los británicos, que al parecer tanto los necesitaban? Verdaderamente sería terrible que la flota británica fuera destruida en el Mediterráneo. ¿Quién protegería entonces esta hermosa y antigua mansión en la campiña y tantos otros lugares encantadores en los que Beauty Budd había disfrutado a lo largo de más de treinta años, desde que la heredera de Petries Peerless se convirtiera en la esposa de Eversham-Watson, que la había traído hasta aquí y se la había presentado a la exmujer del agente de ventas de Budd Gunmakers?

Era emocionante y conmovedor contemplar a la hija de Marcel en este momento de su vida. Una hermosa y frágil mariposa que acababa de salir de su crisálida y agitaba las alas ante el sol dispuesta a volar hacia el ancho mundo. Habían preparado especialmente para ella un maravilloso tocador pintado de rosa y Lanny tuvo el privilegio de verla antes que el resto de invitados. Sería inútil tratar de mantener con ella la sesuda charla que él había planeado. Solo tenía tiempo para unas breves palabras:

—¿Vas a romper con Alfy, querida?

—¡Oh, Lanny, es tan quisquilloso! Me riñe por todo lo que hago. Y piensa que soy una completa idiota.

«Bien, ¿y lo eres?», le habría gustado decir. Pero le habría echado a perder la fiesta.

—¿Lo has invitado?

—Por supuesto que sí. Le escribí una amable nota, y eso que la última vez que le vi se portó como un viejo cascarrabias. Supongo que vendrá, si es que sus importantísimos estudios se lo permiten. De todas formas no creo que disfrute, porque piensa que las fiestas son frívolas y en su opinión yo debería dedicarme a estudiar para ser enfermera o algo por el estilo.

—Bueno —dijo Lanny—, él piensa que pronto habrá otra guerra y desea ser aviador, así que quizá necesite a una enfermera.

—¡Oh, Lanny, qué cosas tan deprimentes se te ocurren! ¡Creo que eres tú quien le ha enseñado todo eso!

XII

Beauty encontró un momento para leerle la cartilla al rebelde de su hijo. Una de las personas con las que quizá se encontraría durante el evento, dijo la madre, era Rosemary Codwilliger —pronunciado *Culliver*, aunque desde hacía algunos años no era necesario hacerlo, pues se había convertido en la condesa de Sandhaven.

—Rick me dijo que estaba en la ciudad.

—Dime honestamente, ¿piensas volver con esa horrible mujer?

—A menos que haya cambiado mucho, no tiene nada de horrible, Beauty. Siempre ha sido dulce y amable conmigo y me ha enseñado infinidad de cosas.

—Te sedujo y después te abandonó dos veces —declaró la severa moralista —. Eso es más que suficiente para cualquier madre.

—Si se hubiera casado conmigo —respondió el aludido— habría sido tan infeliz como Irma, y ¿qué bien nos habría hecho eso a ninguno de los dos?

—Dime, ¿vas a permitir que vuelva a ocurrir?

—Si te sirve de consuelo, he hecho voto de pobreza y castidad y voy a dedicarme a mejorar la raza humana.

No obstante, a Rosemary no le habló de ese modo cuando se encontraron en el salón de baile. Habían pasado siete u ocho años y él estaba listo para observar en ella los estragos del tiempo, pero no vio nada. Ella era un año mayor que él, aunque eso no tiene tanta importancia a mitad de la treintena como en plena adolescencia. Ella había estado viviendo en Argentina y en Extremo Oriente y evidentemente había encontrado tiempo para cuidarse allí donde se encontrara. Era una de esas mujeres serenas, tranquilas y despreocupadas, conscientes de que han recibido lo mejor de sus antepasados. Su densa melena rubia no había perdido brillo y los hombros y la espalda conservaban su tersa blancura de siempre. Llevaba un vestido de satén color crema con una orquídea de un profundo color púrpura en la V del escote. ¿Se la había puesto para él?

—¡Oh, Lanny! —exclamó ella—. ¡Qué alegría verte! He venido solo por ti.

—Yo tenía que venir de todas formas —respondió él— pero me alegro de que estés aquí. No has cambiado nada. ¿Dónde está Bertie?

—Está en las Rocosas canadienses intentando cazar un carnero salvaje. ¿Cómo está Irma?

—Muy bien. Está en Nueva York.

—¿Eres feliz, Lanny?

—¿Quién lo es por completo?

—Todos deseamos serlo y tú te lo mereces por ser tan bueno.

—La felicidad no siempre va de la mano de la bondad. Es algo tan salvaje como cualquier carnero de las Montañas Rocosas.

Cuando empezaron a bailar todo fue igual que en los viejos tiempos. Se movían como uno solo, sentían como uno solo, envueltos en un velo de mil agradables recuerdos: las noches a orillas del Támesis contemplando las estrellas mientras escuchaban a Kurt tocando el piano; los paseos por la costa del golfo de Juan acompañados por el rumor de una orquesta que tocaba en la distancia una barcarola de los *Cuentos* de Hoffmann. *Belle nuit, O nuit d'amour, souris á nos ivresses; nuit plus douce que les jours, O belle nuit d'amour!* Noches en las que, diez años más tarde, se sentaban junto al fuego en la villa de Rosemary mientras él le recitaba toda la poesía que conocía.

Ella era una de las mujeres más adorables que había conocido y, en caso de buscar consuelo, su cálido y dulce seno le acogería.

—Bertie ha abandonado el servicio diplomático, ¿sabes? —dijo ella—. Le exprimieron durante años, pero sus esfuerzos no se materializaron en la promoción que tanto ansiaba. Además, ahora le ha liado por ser libre y juguetear por ahí.

Lanny sabía lo que implicaban esas palabras: «Mi marido prefiere ir de caza que cuidar de su esposa». «Juguetear por ahí» significaba que había otra mujer, igual que en los viejos tiempos. Podría haberle dicho sin ambages: «Soy libre, Lanny, si me deseas».

¿La deseaba? Sí y no. Esa clase de disyuntiva era mucho más sencilla con treinta y seis que con dieciséis. Tenía tiempo para pensarlo, pues no podían pasarse la noche bailando juntos; algo así sería un escándalo. Salió a la terraza; aún no había anochecido y la temperatura era suave. Allí se encontró con el joven Alfred Pomeroy-Nielson caminando de un lado a otro con aire apesadumbrado. Su amada le había concedido un baile y eso era todo lo que obtendría en su fiesta de presentación en sociedad.

—Hola, Alfy —le dijo el viejo amigo de la familia—. ¿Cómo te van las cosas en Magdalen?

—Oh, no está mal —respondió el joven, a la inglesa. Y acto seguido, sin poder contenerse—: ¿Querrías responderme a una pregunta, Lanny?

—Lo que sea si está de mi mano, muchacho.

—¿Marcy me quiere de verdad?

—Bueno, esa pregunta no se puede responder con un sí o un no. Ella es una persona radicalmente diferente a ti y lo que para ella es amor quizá no lo sea para ti.

—Siempre me hace dudar. A veces creo que es culpa mía y otras creo que lo hace a propósito. Yo pensaba que el amor significaba paz y entendimiento pero he descubierto que es un choque de voluntades. ¿Tú qué opinas?

—Por lo general las cosas no son como esperamos.

Lanny cogió del brazo al esbelto muchacho, que en esos momentos llevaba exactamente la mitad de meses sobre la tierra que el mismo Lanny. Con su cabello oscuro y su serio y apasionado aire intelectual, le pareció una réplica de Rick cuando Lanny lo vio por primera vez con su uniforme de piloto durante un permiso de dos días en París, después de que se hubiera alistado como voluntario.

—Alfy, te diré una cosa que tu padre y tu madre saben —dijo el adulto impulsado por un repentino sentimiento de piedad—, pero que has de mantener en secreto. También mi matrimonio está contra las cuerdas.

—¡Oh, Lanny, cuánto lo siento!

Alfy estaba sinceramente emocionado, en parte porque pensaba que de veras eran felices y en parte porque consideraba un honor que el amigo de su padre hubiera decidido hacerle esa confidencia.

—Quizá sea un ejemplo más de mi pesimismo —continuó Lanny—, pero esto es lo que he pensado del matrimonio durante muchos años: que lo fundamental es que haya armonía intelectual en la pareja. Nietzsche dijo en una ocasión que la cuestión más importante que ha de considerar un hombre es si le resultará aburrido lo que le diga su mujer cada mañana durante el desayuno, pues a eso se reduce el matrimonio.

—Tengo que admitir que nunca lo había visto de ese modo, Lanny.

—Es algo a tener en cuenta de antemano, y no después, para evitar arrepentimientos.

—Entonces, ¿no crees que deba intentar casarme con Marcy?

Lanny sonrió.

—¡No me cargues a mí con semejante responsabilidad, muchacho! Solo quiero que sepas lo que me ha hecho infeliz para que puedas ver la situación desde otro punto de vista.

Después tuvieron que entrar, pues Lanny había prometido que haría una pequeña exhibición de danza con su hermanastra. Bailaron un *maxixe*, un baile de sociedad muy popular cuando Lanny era niño pero que actualmente era considerado demasiado fatigoso. No tardaron en conquistar la pista de baile y al elegante público, que observaba el espectáculo sentado en las sillas alineadas contra las paredes del salón. Los hermanastros hacían una hermosa pareja y se conocían tan bien que ni siquiera habían tenido que ensayar.

También Robbie Budd estaba allí y pensó que, después de todo, de su descarriada semilla habían germinado dos hermosas flores (consideraba suya también a Marceline, ya que había instalado a Beauty en Bienvenu y había ayudado a mantener económicamente al pintor y a la hija). Beauty observaba henchida de orgullo, pues esos dos retoños eran indiscutiblemente suyos, y ¿quién podría decir ahora que todos sus esfuerzos no habían merecido la pena? Nadie al parecer, a juzgar por el vigoroso aplauso que obligó a la pareja a hacer un bis.

Aquel era un modo muy eficaz de presentar a una debutante. Las madres de hijos casaderos observaban a través de sus impertinentes y sopesaban la posibilidad de escoger a la hija de un pintor francés que de ningún modo podía ser tan buena como parecía. El nieto del conde no le quitaba ojo y reflexionaba, igual que lo hacía su propia madre. Rosemary contemplaba el espectáculo, completamente ignorante de los problemas de Alfy, y sin dejar de pensar en Lanny: «¿Debería casarme con él? ¿O prefiero seguir siendo condesa?».

Volvió a bailar con su antiguo amor y después se retiraron a uno de los salones adyacentes. Él llevó un pequeño refrigerio y charlaron. Después de haberle dado sabios consejos al atribulado muchacho, Lanny decidió aplicarlos. La noticia sobre el Pacto Hoare-Laval, como ya era conocido, había salido a la luz por la mañana en Nueva York y la prensa londinense lo había publicado esa misma tarde.

—Rosemary —dijo Lanny dirigiéndose a la mujer del exdiplomático—, ¿de qué va todo esto del acuerdo con Francia sobre Abisinia?

—Me han hablado de ello —respondió ella—. Lástima que haya trascendido antes de tiempo. Se levantará un terrible revuelo.

—Supongo que sí —admitió él.

—¿Qué podemos hacer? —continuó ella—. Desde luego no queremos ir a la guerra por semejante lugar. Si tuviéramos allí intereses de vital importancia nos veríamos obligados a pelear para alcanzar al menos algún acuerdo razonable.

—Supongo que no os costaría mucho libraros de Mussolini —comentó él —, aunque el resultado podría ser mucho peor.

—¡Exacto! —exclamó su antiguo amor—. Sobre todo algún comunista de mirada enloquecida.

En ese momento Lanny decidió seguir sus propios consejos. Y cuando Rosemary le dijo: «¿Vendrás a verme?», él le respondió: «Me temo que no

tendré tiempo, querida. Estoy trabajando a pleno rendimiento para mi padre y debo regresar a Nueva York. ¡Lo siento pero no soy libre como tú!».

16
LA SUPERVIVENCIA DEL MÁS APTO

I

Lanny nunca había visto semejante indignación pública como la provocada por la publicación del Pacto Hoare-Laval para entregarle a Mussolini los territorios de Abisinia. Rick habló ante una inmensa multitud en Trafalgar Square y también en el Albert Hall, y en ambas ocasiones la audiencia rugió indignada ante semejante traición de la confianza del pueblo británico. La intensidad de la reacción fue aún mayor, dado que el resultado de las elecciones aún era reciente. Ni siquiera había habido tiempo para cumplir los compromisos electorales. Uno de los elementos más importantes de la campaña había sido un póster que mostraba a Baldwin enfatizando con el puño sobre la mesa su apoyo a la Alianza de la Liga de Naciones mientras proclamaba: «¡NUESTRA PALABRA ES NUESTRA GARANTÍA!». Y ahora, menos de tres semanas después, se descubría que habían vendido a la Liga convirtiendo todo el proceso en una farsa.

Lanny pensaba: «Bueno, algo he ayudado». Y cuando se lo dijo a su colega, este respondió: «¡Quédate dónde estás, amigo mío, y sigue informando en la medida de lo posible!». Esto era perfecto para Lanny en cierto modo, pues le ahorraba el tener que difundir la noticia en su entorno más próximo. Por otra parte también le resultaba difícil, pues sus emociones eran cada vez más intensas y se veía obligado a repetirse una y otra vez la vieja fórmula de Zoltan: «No soy más que un amante del arte y no puedo permitirme elegir bando en cuestiones políticas». Sin embargo, en su fuero interno se decía: «¡Esto es exactamente igual que vivir con Irma!».

Llevó a su padre y a su madre de vuelta a París. Marceline los acompañó, puesto que ella y Beauty debían instalarse lo antes posible en Bienvenu para

iniciar los preparativos de la nueva temporada. En cuanto a Robbie, esperaba pedidos tanto de británicos como franceses, aunque resultaron ser más pequeños de lo que creía y cada vez estaba más asqueado por los indolentes burócratas. Por pura y simple cortesía, el magnate se sentía obligado a informar a Sájarov, de modo que Lanny le llevó a Balincourt donde una vez más tuvo ocasión de ver cómo el anciano volvía a la vida al escuchar al norteamericano hablar sobre la distribución de sus herramientas de muerte. Se rio entre dientes mientras decía: «Recuerdo el primer submarino Nordenfeldt que vendí, que en aquellos tiempos suscitaba tan poca confianza en los altos mandos del Ejército como hoy en día los aviones. Le vendí uno a mi propio Gobierno, el griego; y a continuación me presenté ante los turcos, a los que odiaba, y les dije: "Los griegos ya tienen uno de estos, por lo que toda su Armada está en peligro. Deben comprar al menos dos, si quieren dormir tranquilos". Y dos me compraron. Desde aquel momento ningún gobierno europeo se me resistió».

Robbie conocía aquella historia y le dijo a la vieja araña que se había convertido en todo un clásico dentro de la industria, lo que complació enormemente al anfitrión. «El hombre al que debería visitar ahora mismo es Mussolini», dijo el anciano. Pero el norteamericano respondió: «Por desgracia tengo las manos atadas porque mi Gobierno ha proclamado una estúpida ley de neutralidad, prohibiendo la venta de armas a cualquiera de los países beligerantes».

—Bien, pues entonces vaya a ver a Goering —sugirió el caballero comandante—. Eso sin duda los obligará a despertar de su sopor.

—Ya me ha invitado —fue la respuesta de Robbie—. He estado esperando hasta tener algo concreto que decirle acerca de lo que están haciendo los demás.

—Dígale lo que sea —sentenció *Sir* Basil—. En mis tiempos tenía por norma decirle a la gente que las cosas estaban de tal manera y acto seguido conseguir que lo estuvieran. Cuando descubrí que la ametralladora Maxim era mejor que la Nordenfeldt le conté a todo el mundo que era mi arma la que había hecho el trabajo. No tardé en agotar las existencias, así que ¿qué importancia tiene? Poca gente había visto reírse al rey de las armas de Europa, y ahora que Lanny tuvo ocasión de hacerlo no le resultó un espectáculo en absoluto agradable.

II

Lanny estaba seguro de que su padre no dejaría escapar el mercado alemán y se había preparado para hacer las presentaciones en el caso de que el general de la Fuerza Aérea se lo pidiera. Ahora, sin embargo, supo que Goering ya había enviado a uno de sus agentes a ver a Robbie en París y que su padre saldría para Berlín en cuestión de días. Casualmente Zoltan debía comprar uno de los cuadros del general por encargo de un cliente suyo y Lanny también había recibido carta de un comerciante berlinés, antiguo socio de Johannes, en la que le decía que las penurias económicas y la presión de los impuestos habían conseguido que se decidiera a seguir la sugerencia de Lanny de ponerle precio a alguna obra maestra de su colección. De regreso a París desde el castillo de Sájarov, Lanny dijo:

—¿Quieres que te lleve en coche a Berlín?

—No creo que tenga tanto tiempo, hijo. Debo ir en avión. ¿Por qué no vienes conmigo?

Estaban a mediados de diciembre, pero la técnica aeronáutica se había perfeccionado de tal modo que los aviones de pasajeros raras veces llegaban con retraso a su destino.

—Está bien —dijo Lanny.

No podía olvidar que había sido su padre quien le había dado el soplo sobre el pacto Hoare-Laval y posiblemente el orondo general hablaría más abiertamente con un magnate de los negocios que con un amante del arte. Indudablemente, si pretendía convertirse en un espía antinazi, Lanny no podía haber escogido un padre mejor que el presidente de Budd-Erling.

Robbie le había contado a Sájarov que Goering posiblemente querría alquilarle todas las patentes, pero no estaba dispuesto a hacerlo. Quería conservar el negocio en sus manos y el viejo mercader le dijo que eso era lo correcto. «¡Hazle pagar hasta el último avión!», exclamó.

Ninguno de ellos parecía haber considerado la posibilidad de que el gordo general pudiera robar los diseños de Robbie. De camino a París, Lanny abordó la cuestión y el padre le respondió:

—Los hombres de negocios no hacen ese tipo de cosas. A largo plazo les acarrearía más pérdidas que beneficios, pues nadie querría volver a trabajar con ellos.

—¿De veras crees que Goering es un hombre de negocios, Robbie?

—Rápidamente se está convirtiendo en uno de los más grandes. Me han contado que está construyendo la acería más grande de toda Alemania, y por supuesto es una entidad privada.

—Sí, Robbie, cualquier pirata o bandido es capaz de entrar en el negocio después de conseguir el dinero suficiente. Supongo que AlCapone podría haberlo hecho, si el Gobierno le hubiera dejado en paz.

—Bien, de haberlo conseguido se habría convertido en un gran magnate. Y enseguida habría aprendido que la mejor manera de obtener beneficios es hacer negocios a gran escala, y para lograrlo debes convencer a la gente —tanto a los que les compras como a los que les vendes— de que tu palabra es de fiar. Lo que tú llamas capitalismo rinde beneficios mucho mayores que la piratería y el bandolerismo.

—Oh, lo sé —respondió el hijo disoluto, y sonrió interiormente pensando en lo ingenuo que era su padre. ¡Tan ingenuo como cualquier nazi!

Lanny sabía que sería inútil seguir insistiendo, pues el gran hombre de negocios nunca haría caso de lo que dijera un socialista. Robbie era igual que Irma, se negaba a creer que los nazis eran tan malos como parecían y buscaba excusas para todas y cada una de las maldades que cometían, o que alguien les hacía ver. Habían expoliado y humillado a Johannes Robin. Sí, por supuesto, pero Johannes había sido un *schieber* desaprensivo y como tal ni siquiera había tomado las precauciones necesarias marchándose inmediatamente de Alemania en lugar de irse a navegar en su yate.

Naturalmente Robbie nunca le diría a Johannes algo así —raras veces mencionaba a los nazis en presencia de su socio—. Pero los dos habían sido hombres de negocios durante toda su vida y daban por hecho que sus obligaciones para con los accionistas de Budd-Erling eran mucho mayores que la responsabilidad debida a la justicia, la verdad, la humanidad o cualquier otra resplandeciente generalidad por el estilo. Robbie podía manejar el mercado alemán sin ayuda de nadie y ningún nombre judío se vería asociado a la empresa. En cuanto recaudaran los beneficios esperados, bien, *pecunia non olet*, el dinero no huele, y Johannes, accionista a pequeña escala, ingresaría los cheques por sus beneficios en su cuenta bancaria sin necesidad de acercárselos a la nariz.

—Además —añadió Robbie, extendiendo su argumento—, ¿cómo podría evitar que Goering robe mis diseños si se empeña en hacerlo? Podría comprar mi modelo más moderno a través de un intermediario y, teniendo uno, los tendría todos.

—¿Qué harías si te los robara?

—Le amenazaría con una demanda y él sabría que la ley está de mi lado. Quizá no encontrase justicia en los tribunales pero llevaría mi caso ante otra corte, la del mundo de los negocios de Gran Bretaña, Francia y América y eso terminaría costándole mucho más delo que le habría rendido. Verás, hijo, nuestros hombres de negocios comercian constantemente con los alemanes sin tener en cuenta cuestiones políticas. Standard Oil alcanzó un gran acuerdo sobre derechos de patentes con IG Farben, el consorcio alemán de la industria del colorante, y también los Du Pont. AEG, la corporación eléctrica, está en la misma posición y no me cabe duda de que la Siderúrgica Hermann Goering ya ha firmado acuerdos con Norteamérica. En cualquier caso, los hombres que dirigen esas grandes empresas son los jefes de Goering, no lo olvides nunca, y pronto le harán comprender que ya no es ningún pirata sino un respetable capitán de la industria.

—Supongo que sí —respondió Lanny con resignación.

También él debía adaptar su juego a las reglas.

III

Padre e hijo desayunaron temprano en París y disfrutaron de un almuerzo tardío en Berlín, tras el cual un coche oficial recogió a Robbie para llevarle ante el orondo general. Entretanto Lanny fue a visitar a su cliente, examinó sus obras de arte y llegó a un acuerdo en cuanto a los precios. Cuando regresó al hotel le esperaba una llamada de Kurt Meissner. Lanny le había telegrafiado a Stubendorf y el mensaje había sido reenviado a Berlín, donde Kurt se encontraba para resolver algunos asuntos con su editor musical. «*Herrlich!*», dijo Lanny, «¡Ven a cenar!». Después llamó a Heinrich Jung, quien se mostró tan entusiasmado como de costumbre, y enseguida empezó a desgranar por teléfono, especialmente para Lanny, las maravillas de un nuevo libro de texto ilustrado que su organización había comenzado a distribuir a jóvenes de habla alemana repartidos por todo el mundo. Lanny tuvo que recordarse a sí mismo que era un nazi reciente, por lo que los logros del Nuevo Orden eran también los suyos.

Hacia veintidós años, durante las navidades, los tres muchachos habían retozado juntos sobre la nieve de Stubendorf y escuchado al anciano conde

mientras le hablaba a su pueblo sobre el *deutsche Treue und Würde*[122]. ¡Cuánto había amado Lanny a los alemanes en aquellos tiempos! Ahora sentía que los alemanes habían cambiado y era él el verdadero discípulo de Beethoven y Goethe. Pero nunca sería capaz de conseguir que ellos lo admitieran y, si fueran capaces de leer sus pensamientos, le considerarían poco menos que una víbora que había anidado en sus corazones para nutrirse de ellos. ¿Lo sabría Kurt? Lanny no podía estar seguro. Buscaba evidencias de ello también en Heinrich, pues estaba seguro de que, si le descubriera, Kurt no dudaría en contárselo al joven oficial. Pero Heinrich se mostraba tan ingenuo y entusiasta como siempre y seguía hablando como si Lanny fuera un nadador al borde de la piscina que tan solo necesitaba un ligero empujón para zambullirse en el agua.

Lanny tenía una historia que contarles acerca de su visita a Berchtesgaden. Les explicó quién había estado presente durante la velada y todo lo que había dicho su adorado Adolf. Le agradeció a Heinrich el haber podido disfrutar de semejante honor y el hijo del *hauptförster* estaba tan complacido y absorto en la narración que casi se olvidó del gordo faisán que su anfitrión había ordenado que le sirvieran. Lanny les contó también el motivo de la visita de su padre y los recientes logros del avión de combate Budd-Erling. Eran buenas noticias para la patria, aunque el norteamericano evitó mencionar que Robbie también había estado promocionando su avión en Francia y Gran Bretaña. Heinrich les habló del elaborado programa que estaban desarrollando, por el que miles de jóvenes alemanes recibirían instrucción para pilotar aviones planeadores como paso previo a su entrenamiento como pilotos. Lanny dijo que los había visto durante su viaje el pasado verano y Heinrich añadió que su organización había editado gran cantidad de publicaciones al respecto y que le regalaría gustoso algunos ejemplares.

Kurt les reveló que estaba planeando viajar a París antes de que finalizara el invierno. No quería acabar convertido en un músico provinciano, por lo que había decidido llevar a cabo un estudio sobre la música francesa al tiempo que daba algunos recitales en París. Eso podría significar un primer paso para cimentar una renovada amistad entre los dos pueblos, como anhelaba el Führer. Durante unos instantes, Lanny sintió que era el viejo Kurt quien hablaba y se alegró. Nunca había renunciado al sueño que había concebido en Hellerau de que algún días las artes se convertirían en un medio para unir a las naciones de todo el mundo y los buenos europeos, amantes del arte, extenderían su mensaje de hermandad y humanidad a todas las naciones de la tierra. *Einen Kuss der ganzen Welt!*[123].

Lanny les relató también su visita a Salzburgo, que para él era otro Hellerau. Pero descubrió que sus dos amigos no estaban dispuestos a aceptar ese festival como una manifestación del *geist* alemán. Para ellos no era más que el patético esfuerzo de una serie de elementos disidentes por resistirse a la solidaridad de la nación alemana. Kurt y Heinrich no solo deseaban un *Anschluss* político y económico con Austria sino también intelectual y artístico, y no les hizo ninguna gracia oír hablar de aquellas multitudes que habían impedido que Lanny y su esposa pudieran encontrar un alojamiento digno en la ciudad.

Lanny no mencionó que había roto con Irma. Se limitó a decirles que su mujer estaba en Shore Acres y que él tenía pensado ir lo antes posible. Quizá a su regreso podría hacer escala en París para ver a Kurt y promocionar su música. Emily Chattersworth también le ayudaría. Kurt preguntó cómo estaba la noble dama y expresó su admiración por ella. Pero ¿cuánto era cierto de todo lo que decía? Lanny no estaba dispuesto a olvidar que Kurt se había instalado ya en París en una ocasión como espía alemán y se había aprovechado del amor de Emily por la música. ¿Regresaría ahora como agente de los nazis? Por supuesto, él debía saber que Lanny no pasaría por alto dicha posibilidad. Sin duda su relación se estaba haciendo cada vez más complicada.

IV

Robbie Budd llegó al hotel a última hora de la tarde muy satisfecho de sí mismo, pues al parecer se había apuntado un tanto con el orondo general. Había sido invitado a quedarse a cenar en la residencia ministerial y, en compañía de varios oficiales, habían conversado sobre aviación y comentado la actitud de diversas naciones hacia el nuevo medio. Robbie había recopilado mucha información que no tuvo reparos en comentar delante de los viejos amigos de su hijo. No se veía obligado a fingir, pues su punto de vista resultaba obvio y extremadamente simple. Creía en la supervivencia del más apto y actualmente la mejor aptitud posible era saber valorar y desear adquirir el Budd-Erling P7. Puesto que Alemania parecía estar en posesión de dichas cualidades, el criterio resultó ser satisfactorio para Kurt Meissner y Heinrich Jung.

El magnate norteamericano consideraba que había sido testigo de grandes logros a lo largo de su vida, sin embargo tuvo que admitir ahora que, lo que había visto al recorrer el nuevo edificio situado en Berlín que servía de sede a la Fuerza Aérea alemana era algo inaudito. Tres mil habitaciones —si es posible imaginar tal cosa— y conexión instantánea con cada aeropuerto e instalación militar de todo el país. ¡Costaba imaginar la potencia política y administrativa que iba a requerir mantener en marcha semejante estructura! Robbie hablaba sobre tecnicismos y la pareja de alemanes escuchaba con la mirada resplandeciente y las mejillas teñidas de rubor, aunque ninguno de ellos dos fuera capaz de comprender los detalles. Lanny observaba en silencio y se decía a sí mismo: «¡No, Kurt, tú no vas a París para estudiar la música francesa ni para fortalecer los lazos de una cultura europea más unida!».

Cuando los invitados se marcharon, Robbie habló en detalle de sus negocios. Como había previsto, el gordo general estaba interesado en alquilar sus patentes. Si el Budd-Erling superaba las pruebas previstas para la mañana siguiente, el general estaba dispuesto a ofrecerle una retribución anual, con un incremento de un veinte por ciento cada año mientras las patentes siguieran en vigor. El motivo era poseer el control total de cada avión, puesto que el número de aviones fabricados sería un secreto militar. Robbie dijo que tal cantidad de dinero sería todo un dulce para la compañía, pues todos los propietarios de acciones palparían enseguida los beneficios de su inversión. Semejante situación facilitaría enormemente el crecimiento de la empresa y Lanny se dio cuenta de la tentación que aquello suponía para su padre. Por supuesto, a Robbie no le quitaba el sueño el aspecto moral de la cuestión. Si los aviones británicos y franceses eran ametrallados y derribados del cielo por Budd-Erlings, eso enseñaría por fin a ese puñado de burócratas cabezotas y mandamases del Ejército lo que Robbie Budd había intentado enseñarles desde el fin de la última guerra. ¿Qué, si no la bala de una ametralladora, sería capaz de atravesar los cascos de latón con que protegían sus tozudos cráneos para hacerles ver la luz?

—Estrictamente entre tú y yo —comentó el fabricante—, creo que Goering está cometiendo un grave error. Lo que de verdad necesita son bombarderos, pues ¿cómo si no pretende golpear a Gran Bretaña donde más le duele? Son los británicos los que necesitarán cazas para defenderse. Pero, verás, Goering fue piloto durante la última guerra y está obsesionado por sus recuerdos. Habló durante una hora o más sobre sus propias hazañas y dejó muy claro que se muere por ver un buen número de combates aéreos «cuerpo a cuerpo». Tiene a su disposición todo un enjambre de jóvenes alemanes

preparados para la gloria tal como hizo él y lo que más le importa es la velocidad y maniobrabilidad de sus aeroplanos. No es capaz de ver que pronto habrá aviones más pesados y con una enorme potencia de fuego. Pero por supuesto no me corresponde a mí enseñarle a hacer negocios. ¡Y de todas formas yo no tengo bombarderos a la venta!

—¡Haz que pague! —exclamó el hijo.

Y el padre respondió:

—¡Puedes apostar a que lo haré, hijo!

V

Lanny habría podido asistir a las pruebas, pero con una vez había tenido más que suficiente. Estaba harto de presenciar imágenes de destrucción y de escuchar conversaciones al respecto, especialmente acerca de los beneficios que de ello se podían obtener. Tenía la convicción de haber nacido en la época, el lugar y la clase social más deleznables y anhelaba poder desaparecer en una remota y pacífica isla desierta de los mares del Sur. Consciente de que tal cosa era imposible, decidió llamar al *oberleutenant* Furtwaengler —recientemente ascendido a *hauptmann*, capitán— para reunirse con él y recoger el cuadro. A continuación lo haría embalar y lo entregaría a la Compañía American Express para su envío. También informó por telegrama a varios de sus clientes sobre otros cuadros de la colección de Goering. Quizá pudiera vender alguno más antes de que Robbie estuviera listo para marcharse. Así podría darle más dinero a Trudi Schultz y tendría ocasión de recabar más datos para que Rick escribiera nuevos artículos.

Al final del día se arrepintió de no haber acompañado a su padre, que regresó a última hora dispuesto a contarle una asombrosa historia. El avión había superado sin problemas las pruebas más exigentes y el orondo general había quedado tan satisfecho que tuvo la deferencia de mostrarle a su creador algunos de los secretos mejor guardados de la Fuerza Aérea alemana. Robbie había sido invitado a visitar Kladow, una villa cercana a Berlín que había sido reconvertida en centro de investigación aeronáutica. En la actualidad consistía en una extensión circular de doce kilómetros de perímetro en cuyas modernas instalaciones y edificios trabajaban cuatro mil hombres día y noche. Era como

una inmensa universidad —dos en realidad, pues albergaba una Academia de Guerra Aérea y una Escuela Técnica de Aviación—. Allí había modelos de todos los aviones conocidos y, para consternación de Robbie, el gordo general también le mostró réplicas a escala de los siete modelos de Budd-Erling mientras se reía a carcajadas al observar la expresión del norteamericano.

También había maquetas de todo tipo de objetivos militares y estudiantes practicando bombardeos sobre ellas. Poseían una de las más poderosas estaciones de radio del mundo e incluso un club náutico a orillas del lago. El abrumado visitante había sido escoltado hasta uno de los hangares subterráneos, construido a tal profundidad que ninguna bomba podría alcanzarlo y con accesos camuflados con redes y otros sistemas para impedir que pudiera ser fotografiado desde el aire. Allí abajo había de todo, incluso barracones para los equipos de operaciones y mantenimiento, una sala de lectura con las últimas publicaciones técnicas y cuadernos para que los hombres pudieran tomar notas de lo que consideraran importante. «¡Por amor de Dios», exclamó el magnate sin salir aún de su asombro, «incluso había un lapicero recién afilado junto a cada cuaderno!».

Pero ¿qué fue lo que indujo al amo de toda aquella magia a revelar sus secretos a un extraño? ¿Qué le empujó a alardear de que actualmente Alemania gastaba cinco veces más que Gran Bretaña en investigación militar y más del doble que Francia y Gran Bretaña juntas? ¿Era pura y simple fanfarronería? Robbie consideraba que se trataba de una mera artimaña política. Los nazis deseaban atemorizar a sus oponentes y difundir una leyenda de imbatibilidad de cara al momento en que el Führer estuviera preparado para llevar a cabo su próximo movimiento.

—Ya ves que en el caso de Italia ha funcionado —comentó—. Los británicos no se atreven ni a soltar un cañonazo en Suez, ya que no están seguros de si el Duce miente o no sobre su nueva flota de aviones.

—¿Está mintiendo? —preguntó Lanny.

Y su padre respondió:

—¿Cómo puedo estar seguro?

Por supuesto, Kladow era la ocasión perfecta para Robbie Budd. Regresaría a París y Londres y les contaría la aterradora historia de todo lo que había visto. Ellos pensarían que estaba exagerando, naturalmente, pero no podían estar seguros y la angustia se colaría bajo sus cascos de latón. «Esta guerra», les diría Robbie, refiriéndose a ella como si ya hubiera comenzado, «esta guerra va a ser distinta de la última. Tendrá lugar sobre vuestras cabezas y todos vosotros diplomáticos, burócratas y ratones de oficina deberíais ir

empezando a excavar profundas madrigueras». Pero ellos no sabrían apreciar el crudo sentido del humor norteamericano.

VI

Por una vez, Lanny estaba de acuerdo con su padre y pensaba que Gran Bretaña y Francia debían disponer de aviones de combate. Le angustiaba que los nazis también pudieran conseguirlos aunque Robbie, como de costumbre, tenía la respuesta preparada.

—Si no consigo los pedidos de Goering quizá no podría seguir adelante con mi proyecto y Norteamérica perdería mi excelente planta de fabricación. Con el océano entre nosotros y nuestros enemigos, lo que necesitamos no es un gran número de aviones sino fabricarlos con rapidez. Si le vendo un lote a Goering podré permitirme volver a casa e invertir el dinero en fabricar uno nuevo. Ya dispongo del prototipo y de aquí a un año dispondré del mejor avión y Goering no tendrá nada.

—A menos que Goering utilice entretanto tus aviones para conseguir alguna otra cosa, Robbie.

—Bueno, de Estados Unidos no conseguirá nada, y eso es lo único que debe preocuparnos a ti y a mí.

Robbie había rechazado la oferta para alquilar sus patentes. Estaba en Europa para vender aviones, dijo, y al día siguiente vendió nada menos que veinte por 21 500 dólares cada uno. Prepararon un contrato con la ayuda de Lanny como traductor, un servicio que le permitió cargarle a la compañía los gastos de su estancia en Berlín. Esta era la primera gran transacción que Robbie cerraba en el nuevo sector y había muchas pequeñas trampas que debía sortear. El documento hubo de ser estudiado frase por frase y Robbie habló por conferencia telefónica en varias ocasiones con Johannes, que conocía bien la lengua alemana, los contratos y también a los nazis.

—Ya sabes cómo es —dijo el padre—. Goering sabe lo que quiere, suelta el dinero y lo obtiene. ¡Qué diferencia con Washington! Los mandamases de nuestro Ejército acaban de ver lo mismo que Goering y saben que ningún avión es rival para el nuestro, ¡pero aun así hemos de pasar por la farsa de especificar mil detalles y escuchar sus ridículas ofertas!

—Admito que los nazis saben hacer las cosas —respondió el hijo testarudo—. Pero imagina que se trate de las cosas equivocadas.

—Puedes estar seguro de que en este caso han escogido lo correcto —respondió el padre, paciente—. Te habrás dado cuenta de que el general insiste en tener los aviones antes que los demás clientes. Eso me hace pensar que algo ocurrirá en primavera.

VII

Lanny había prometido visitar a Heinrich Jung en su oficina. No era mucho pedir para devolverle el favor por la visita al Berghof. Por supuesto, Heinrich había contado a los cuatro vientos la historia de la entrevista de su amigo con Hitler y ahora el personal del Reichsjugendführung anhelaba tener el honor de estrechar la mano que había estrechado la del Führer hacía tan solo cuatro meses. Se trataba de algo espiritual, algo que no desaparecería con agua y jabón.

Al sentarse ante el escritorio de su amigo, Lanny no pudo evitar curiosear y entre los numerosos papeles vio uno que casi le hace saltar de la silla. Un pequeño y delgado panfleto de siete por diez centímetros le resultó curiosamente familiar. Desde su posición veía el texto del revés, pero fue capaz de leer las dos palabras en mayúscula e intuyó el resto: *ABRAHAM LINCOLN: Sein Leben und Seine Ideen*.

—Me ha llamado la atención ese título, Heinrich —dijo señalándolo—. ¿Puedo verlo?

—Por supuesto —respondió su amigo, y se lo entregó.

—Abraham Lincoln. ¿Estáis distribuyendo publicaciones sobre él?

—Esto no nos pertenece.

Lanny volvió a leer en voz alta: «*Leipzig: Deutscher Nationalsocialistischer Kulturbund*».

—Lo he comprobado y no existe tal organización —explicó el oficial—. Esto ha sido impreso por nuestros enemigos en la sombra y está diseñado con el fin de engañar a quien lo lea.

—*Ausserordentlich!* ¿Cómo lo conseguiste?

—Alguien lo dejó en la bandeja del comedor de un joven operario de fábrica que forma parte de nuestra organización. Se lo entregó a su *gauleiter*, que a su vez nos lo envió a nosotros.

—Creo que se trata de un caso para la Gestapo —se aventuró a decir el visitante.

—*Natürlich!* Cuando les llamé me dijeron que ya poseían copias. Tenemos razones para pensar que ha sido editado e impreso en el extranjero, puesto que apareció en diversos lugares a lo largo de la frontera.

—¡Qué será lo siguiente que se les ocurra! —exclamó el norteamericano.

—Es un documento particularmente retorcido —comentó el oficial—. Comienza siendo una breve y aparentemente honesta nota biográfica de Abraham Lincoln. He de admitir que no sabía mucho sobre él y me resultó interesante de inmediato. Pero enseguida me di cuenta de que habían modificado deliberadamente su carácter. El texto está salpicado además de venenosos comentarios. Todos muy vagos, para que el lector de clase obrera, generalmente ignorante, no se dé cuenta de que lo que está leyendo es una infamia pero al mismo tiempo sea capaz de asimilar todo tipo de dudas sobre la sinceridad de nuestro Gobierno y la realidad de nuestros logros.

—Eso puede ser muy peligroso, Heinrich.

—No tardaremos en rastrear su origen. Ya se han detectado diversos complots, cada vez más astutos, pero todos han sido descubiertos y los criminales están encerrados donde no podrán hacer más daño. En la mayor parte de los casos este tipo de propaganda se financia con dinero extranjero y nuestra tarea es descubrir de dónde sale.

—Creo que Kurt podría seros muy útil en esa labor —se arriesgó a decir Lanny.

—No, Kurt carece de los contactos adecuados para ese trabajo.

Los brillantes ojos azules arios de Heinrich contemplaron candorosamente la mirada color castaño de Lanny.

—Quizá podría hacerlo yo. ¿Sabes? Conozco a mucha de esa gente, algunos incluso son parientes míos. Suelen hablar sin reservas en mi presencia y podría descubrir algo.

—*Herrlich*, Lanny. Si te enteras de algo házmelo saber, puedes estar seguro de que trataré de sacarle partido y tú tendrás mi eterna gratitud.

—Tú ya tienes la mía —dijo el norteamericano, mientras volvía a dejar el venenoso panfleto sobre la mesa del nazi.

VIII

Lanny le contó a Trudi la interesante historia en cuanto regresó a París. Le entregó el diez por ciento de la venta de dos cuadros para que ella pudiera llevar a imprenta un nuevo panfleto que celebraba a Bismarck como fundador del moderno estado alemán. Al menos cantaba sus alabanzas a lo largo de la primera página y media para después convertirse en una denuncia cuidadosamente documentada del poder y la fuerza como cimientos del progreso del Estado en el mundo moderno. ¿Por qué el régimen nazi mantenía en secreto su presupuesto militar? ¿Pretendían engañar a sus estados vecinos o el verdadero objetivo era ocultar al pueblo alemán que su Gobierno gastaba tres veces más en armamento que el Gobierno británico?

—Puedes hacerlo aún más potente —dijo Lanny interrumpiendo la lectura—. En realidad gasta cinco veces más que Gran Bretaña y dos veces y media más que Gran Bretaña y Francia juntas. Al menos eso le dijo Goering a mi padre hace unos días.

—Tanto mejor —respondió Trudi, ¡que ya estaba aprendiendo a asumir el punto de vista del escritor!

—Los camaradas que se han encargado de distribuirlos deberían sentirse orgullosos —comentó Lanny. Repitió lo que Heinrich había dicho, y después añadió—: No me hables nunca de esas personas, es mejor que no sepa nada. ¿Quién sabe?, quizá podría hablar en sueños, pero jamás podría revelar algo que desconozco.

—Podrías adivinarlo por telepatía —dijo su amiga sonriendo.

Se fueron a dar un largo paseo en coche y almorzaron en un remoto *auberge* en las heladas orillas bordeadas de árboles desnudos de uno de los siete ríos que serpentean por las llanuras que rodean París. Él le había impuesto la obligación de comer y dormir adecuadamente y ella parecía haberle obedecido, pues había recuperado parte del peso perdido y sus mejillas habían ganado algo de color. Aún seguía angustiada por el destino de su marido y sus amigos pero ya no tenía que temer por su propia seguridad, y la mente del ser humano funciona de tal forma que su subconsciente puede sentirse aliviado sin que su mente consciente repare en ello.

—Mi padre quiere que regrese con él a Nueva York —explicó Lanny—, pero me parece que buscaré alguna excusa.

—Creo que deberías ir, Lanny —insistió la mujer—. Quizá tu esposa haya cambiado de opinión.

—Para eso se inventó el correo —respondió él.

—Lo sé, pero has de pensar en su orgullo. Ella no quiere perder su estatus ni que des nada por hecho. Quiere sentirse deseada, si es que el amor aún significa algo.

—Iré más adelante. Prometí pasar las navidades en Bienvenu y bailar con mi hermana en una fiesta. Además, he de admitir que estar con mi padre pone a prueba mi paciencia. Me he pasado dos semanas oyendo hablar de la mejor manera de asesinar a hombres en masa y sobre cómo aumentar los beneficios, y me resulta cada vez más difícil ser diplomático. Ya he filosofado demasiado sobre algo que no es más que una mera perversión del pensamiento. Mi padre es una buena persona en muchos aspectos, dotado de una inmensa energía creativa. También se supone que es un hombre educado —estudió en Yale y allí le enseñaron un código social que bien podría ser el de la Antigua Roma —. Habla sobre la supervivencia del más apto dando por hecho que el más apto es el más avaricioso. Sin embargo, en su vida personal no es así en absoluto. Es generoso y considerado con sus amigos y únicamente cuando habla de naciones y clases sociales se le podría tomar por otro Hermann Goering.

Trudi respondió con su curioso comentario:

—Me pregunto si Goering también será así.

IX

Llegó la Navidad a Bienvenu, aunque en esta ocasión no sería lo mismo, pues no había niños, y Lanny tomó conciencia más dolorosamente aún de que había perdido a su familia. Por supuesto estaba Marceline, que seguía siendo una niña incluso ahora que intentaba representar el papel de joven dama. Él le tenía mucho cariño y siempre se alegraba de verla. Trataba de enseñarle cosas útiles —nunca se rendiría— aunque era tristemente consciente de que la mayor parte de lo que decía a ella le entraba por un oído y le salía por el otro. No le faltaba inteligencia pero había sido educada por Beauty y sus amigas, incluida Irma. Durante seis años había vivido bajo el influjo de la gloria de los Barnes y, aunque no lo admitía ante Lanny, ella soñaba con un matrimonio millonario y con convertirse en una *grande dame* cuya vida de lujos suscitaría el

interés para los chicos de la prensa. Lanny podía incomodarla, incluso hacer que se sintiera culpable con sus comentarios antisociales, pero nunca sería capaz de cambiarla.

No quería volver a instalarse en la Casita, pues allí estaría rodeado por mil recuerdos de Irma y Frances, de modo que metió un camastro en el estudio y allí pasaba la mayor parte del tiempo, tocando el piano y leyendo los libros de su tío abuelo que desde hacía muchos años habían decorado las paredes. También se concentró en el negocio del arte para asegurarse de que la ilícita literatura de sus camaradas pudiera seguir fluyendo hacia Alemania; esa era actualmente su excusa para vivir. Pero estaba inquieto pues, tras años de haber sido un hombre casado, ahora se había convertido en un solitario separado que añoraba todo lo que había tenido.

Su madre se había convertido en su sombra. Le vigilaba sin descanso y trataba de infundirle ánimos, con ternura pero también con firmeza. Tan solo le decía una parte de lo que pensaba, aunque Lanny sabía perfectamente lo que le rondaba por la cabeza: debía volver con Irma, disculparse y prometerle que sería «bueno» y por supuesto reparar todo el daño que había hecho antes de que fuera demasiado tarde. Le suplicó que le escribiera una carta, que le dijera que iría a verla, y él, para conseguir que se calmara, lo hizo. Le contó a Irma su viaje con Robbie y le envió saludos de parte de Kurt y Heinrich —este último había ascendido de *oberleutenant* a *hauptmann*—; le habló de la fiesta en Londres y de la que se estaba preparando en Sept Chênes; envió mensajes de cariño para ella y para su hijita y prometió ir a visitarlas antes de que terminara el mes de enero. Para finalizar, añadía: «Lo siento y todavía te quiero», aunque se abstuvo de decirle, evitando seguir la sugerencia de su madre, que había bailado con Rosemary durante la fiesta de presentación en sociedad de su hermanastra.

X

Justo después de Año Nuevo llegó Emily Chattersworth escoltada por su comitiva de sirvientes, como era costumbre, y enseguida se ofreció a dar una gran fiesta en su casa. De modo que Beauty tendría la ocasión de su vida para dar órdenes a diestro y siniestro y organizar una lista de invitados en

colaboración con sus amigas. La Riviera era un lugar de paso para mucha gente y no había más que mirar el periódico y hacer algunas llamadas telefónicas para averiguar quién acababa de llegar. Los amigos sugerían invitar a tal o cual persona y, si el susodicho era de tu agrado, decías que sí o, en caso contrario, ponías alguna excusa, ganándote quizá algún que otro enemigo. Lo importante era que la lista no fuera demasiado larga, pues algo así sería poco *distingué*. Por otra parte, si eran muy pocos significaría que el anfitrión estaba reparando en gastos. Robbie le había dado a Beauty un cheque por sus recientes servicios y añadió diez mil francos más para Marceline diciéndole que no reparase en gastos, pues la chiquilla solo tendría una oportunidad. No sería necesario contratar a nadie para amenizar la velada porque Lanny y la muchacha estaban sobrados de talento. Aunque, eso sí, contarían con la presencia de la mejor orquesta «de color» de la Riviera y habría comida y bebida a raudales.

Lanny había colaborado en este tipo de preparativos desde que tenía uso de razón. Hacía recados y daba consejos. Su madre los aceptaba al principio por pura cortesía pero, con el paso del tiempo, había llegado a depender de ellos. Además, ahora no era únicamente el hijo de Beauty sino también el marido de Irma —lo que significaba que era toda una autoridad en los asuntos del *beau monde*— y habría sido una descortesía por su parte encerrarse en su estudio a tocar el piano y negarse a mostrar interés cuando le preguntaban si el príncipe Dimitrovich era un noble venido a menos o una especie de terrateniente, o si la señora Packingham de Chicago seguía siendo socialmente respetada desde que se veía obligada a vivir con una pequeña pensión alimenticia.

Marceline nunca había tenido responsabilidades. Su única tarea era ser hermosa, alegre y libre, y ella la llevaba a cabo a la perfección. Tras su presentación en Londres con los mejores avales, ahora recibía invitaciones de todas partes, por lo que era necesario asesorarla a la hora de decidir cuáles debía aceptar y cuáles no. Evidentemente nadie se veía obligado a decirle —habría sido vulgar— que algunas personas tenían dinero y otras no. De modo que se limitaban a recordarle con el más refinado lenguaje que algunas familias eran «deseables» o que ciertos *partís* —es decir, candidatos matrimoniales— eran «inadmisibles» mientras que otros eran un «trofeo». Si dicho *parti* era europeo, algún pariente cercano o quizá el abogado de la familia sería el encargado de llevar a cabo el primer acercamiento concertando un encuentro con Beauty o con Lanny. Por el contrario, si era norteamericano, se presentaría personalmente sin demasiadas ceremonias. Una muchacha que

acababa de cumplir los dieciocho años tenía el deber de saber cómo enfrentarse a tales varones: con quién era «seguro» flirtear, quiénes debían ser tratados con ciertas reservas y a quién debía «pararle los pies» en el acto. La Riviera estaba plagada de todo tipo de pretendientes y parásitos, nobles que ya no tenían dónde caerse muertos y refugiados de mil revoluciones —que podían o no ser permanentes—, por lo que casar a una hija podía convertirse en un problema político, además de económico.

Entre los candidatos estaba un sobrino de la marchesa di San Girolamo, que vivía modestamente en una zona poco elegante de la ciudad de Cannes. La marquesa pertenecía a una de las familias más antiguas de la nobleza toscana pero, tras un escándalo cuyo motivo casi nadie conocía, se había instalado en la Costa Azul antes de la llegada de Mussolini al poder. Recientemente había llegado a su casa este sobrino, un aviador fascista con el rango de capitán que había dirigido el primer ataque de un escuadrón italiano en Abisinia. Tras un glorioso bombardeo sobre aldeas y tropas nativas por el que fue condecorado, se había estrellado con su avión en las escarpadas montañas del país a causa de un fallo del motor. Había logrado ponerse a salvo y se había librado de una muerte segura a manos de los salvajes enemigos gracias al avance de las gloriosas tropas del Duce. Como recompensa por tan heroicos servicios ahora tenía el rostro lívido y el cuerpo cubierto de cicatrices y había perdido el brazo izquierdo. De los días felices anteriores al accidente aún conservaba sus modales aristocráticos y un bigotito negro de afiladas puntas, amén por supuesto de su orgullo, su romántico encanto y su aguerrido espíritu de conquistador.

Una persona peligrosa, como cualquier madre medianamente competente habría sabido percibir. Y la mirada de águila de Beauty Budd no pasó por alto que desde el primer momento este *elegantissimo* se había sentido irresistiblemente atraído por su incomparable hija. Vittorio di San Girolamo no podía bailar como los demás pretendientes, no obstante no le suponía el menor esfuerzo dar lánguidos paseos por la terraza a la luz de la luna ni sentarse junto al fuego de la chimenea para relatar historias que ponían los pelos de punta acerca de sus travesías en solitario sobre agrestes precipicios, bombardeos en vuelos rasantes —tan bajos que las mismas explosiones propulsaban la aeronave hacia el cielo— sobre ignotas fortalezas jamás vistas por el hombre blanco, descensos en picado a través de cañones tan exiguos que los extremos de las alas rozaban a ambos lados el follaje u ocasiones en las que se había visto obligado a ametrallar a hordas de indígenas que tenían por costumbre mutilar salvajemente a sus prisioneros de guerra.

Cuando Marceline regresaba a casa y repetía esas historias, la ansiosa madre respondía: «No olvides, hija mía, que posiblemente vive de una pensión de doscientas liras mensuales —unos dieciséis dólares— y los únicos ingresos de su tía proceden de las rentas de familias de campesinos que tratan de sobrevivir cultivando bancales en las laderas de una montaña».

XI

Lanny tuvo al menos la satisfacción de ver cómo expulsaban de su cargo al secretario de Asuntos Exteriores británico a raíz del fiasco Hoare-Laval, aunque Rick le dijo enseguida que no se hiciera demasiadas ilusiones. «Los *tories* se inclinan pero nunca se parten», sentenció el inglés. «La opinión pública de este país aún puede ponerle veto a una ofensa flagrante como esta pero es incapaz de pasar a la acción y tomar medidas eficaces. Mussolini seguirá adelante con sus conquistas y al final conseguirá incluso más de lo que el Pacto Hoare-Laval le había garantizado».

En Francia, las protestas también habían tomado las calles y centraban sus ataques en Laval. Lanny no era capaz de mantenerse al margen por completo y, cuando se enteraba de que iba a celebrarse una reunión en algún lugar del vecindario, hacía lo posible por acudir para enterarse de lo que sucedía y de lo que la gente pensaba y decía. Se mantenía discretamente en un rincón y, cuando los oradores daban muestras de no saber de lo que hablaban, él se sentía impelido a intervenir para contar toda la verdad. Un día llevó a Raúl a comer buscando alguna excusa para perderse en la campiña al volante de su coche y detenerse en algún lugar donde nadie le reconociera. Sabía que los espías alemanes revoloteaban como moscas por la Riviera y no estaba dispuesto a poner en peligro sus actividades como agente doble.

Las elecciones generales tendrían lugar en Francia en primavera y la izquierda concentraba todas sus energías en librarse del *fripon mongol* y su banda. El programa del Frente Popular estaba en marcha y los partidos obreros más poderosos, el comunista y el socialista, habían dejado de atacarse mutuamente por una vez. Era lo que el socialista norteamericano había soñado durante años y animó a su amigo español a que apoyara la alianza a pesar de todas las dificultades. Raúl dijo que en el colegio todos hacían lo

posible para que las cosas funcionaran. Estaba convencido de que los esfuerzos tendrían éxito, al menos hasta después de las elecciones, aunque no era fácil colaborar con los comunistas, pues su filosofía justificaba el engaño y las intrigas. ¿Acaso habían creído alguna vez los comunistas en los métodos de la vía parlamentaria? Lanny recordó entonces lo que Bess había dicho y guardó silencio.

Las elecciones españolas tendrían lugar incluso antes, en febrero, y Raúl estaba muy esperanzado. El frente trabajaba sin descanso y se estaba llevando a cabo una ingente labor de alfabetización entre los campesinos y los obreros. Nada sería capaz de pararlos, ni siquiera los encarcelamientos y la violencia que soportaban cada día. «Mis paisanos son orgullosos e individualistas», dijo el director de escuela. «De veras, Lanny, tienes que ir a conocerlos. Te haría mucho bien, te animaría. Puede que un hombre vaya vestido con harapos y no pueda calzarse más que unas sandalias, pero es capaz de preservar su dignidad natural, y ahora más que nunca sabe además quién es el explotador que obtiene beneficios a costa del sudor de su frente».

—Dentro de unos días debo irme a Nueva York —explicó Lanny—. En cuanto regrese me gustaría hacer ese viaje. ¿Querrías venir conmigo para hacer de intérprete?

—Me temo que ir a España sería demasiado arriesgado para mí, Lanny. Probablemente me habrán puesto en una de sus listas negras.

—No si viajas con un norteamericano rico —respondió el otro con una sonrisa—. Yo representaría mi papel de experto en arte y te llevaría a los palacios de tus enemigos. Ellos mismos te revelarían todos sus planes, igual que hacen aquí en la Riviera. Cuesta admitirlo, lo reconozco, pero no se someterán a la voluntad popular si el resultado de las elecciones no es conveniente para ellos. Eso es tan válido para España como para Francia. Si se ven obligados, buscarán a un hombre como Mussolini para manteneros maniatados y seguir cabalgando sobre vuestras espaldas.

—Lo sé —respondió Raúl con pesadumbre—. Por eso intento no discutir con los comunistas a pesar de sus provocaciones. Hemos de poder contar con ellos como último recurso. Quizá no haya un modo pacífico de conseguirlo.

XII

Marceline Detaze, mitad norteamericana y mitad francesa, se había criado en un país pero se había decantado por las ideas del otro. Deseaba vivir como cualquier chica norteamericana en la Costa del Placer: tener su propio coche y conducir cuando y adonde quisiera, decidir con quién salía y, por encima de todo, poder escoger a su marido sin tener que verse sometida al control y a los agobiantes consejos de los adultos. Era afectuosa por naturaleza pero al parecer solo superficialmente, pues dicha cualidad no se veía reflejada en la mayoría de sus acciones. Era obstinada y terca y por lo general escuchaba amablemente todas las advertencias y consejos para hacer después su santa voluntad.

Disfrutaba de la compañía de Vittorio di San Girolamo. Decía que la mera idea de que se enamorase de él era una estupidez. Ella no iba a enamorarse de ningún hombre, tan solo quería pasárselo bien y durante mucho, mucho tiempo. Tendría novios, muchos y de todas clases. Puesto que lo mejor para todos era que sus diversiones tuvieran lugar en el marco del hogar, Beauty invitó a Bienvenu al joven aviador. Solía llegar a la hora de comer y pasaba allí la tarde hasta que llegaba la hora de vestirse para la cena. Entonces Marceline le pedía que se no se marchara y él se quedaba hasta la noche. De modo que, a efectos prácticos, se fue convirtiendo en un miembro de la familia.

El desarrollo de los acontecimientos no fue del gusto de Lanny. Además, *Il Capitano* di San Girolamo era un personaje bastante desagradable. Solo tenía veinticuatro años, pero pensaba que había pocas cosas que no supiera. Había mamado hasta el tuétano la ideología fascista y su actitud de sabelotodo era aún más irritante por la seguridad y la tranquila dignidad con que se expresaba. Estaba seguro de que el fascismo estaba destinado a gobernar el *Mare Nostrum* y todas las tierras que bañaban sus aguas, y sentía lástima por todos aquellos que no fueran capaces de hacerse a la idea. En cuanto a su futuro personal, estaba claro: sus heridas, sus condecoraciones y su posición familiar le allanaban el camino hacia una carrera diplomática y pronto sería gobernador de alguna de las provincias del Nuevo Imperio Romano que el Duce estaba reconstruyendo.

Esto era conocido con el nombre de *Sacro Egoísmo*. Uno se convertía en santo en la medida en que estuviera dispuesto a ejercer la fuerza a la hora de mostrar su propia divinidad. Los italianos eran la raza escogida y el fascismo, la última creación de su genio. Por pleno derecho gracias a su recién descubierto poder y bajo la tutela y guía de su gran líder tomarían todo aquello que les viniera en gana, igual que otras razas habían hecho en el pasado, y

como la suya había hecho ya hacía más de dos mil años al construir un imperio que perduró durante siglos y que había sido resucitado por varios cientos de años más. Obviamente Vittorio había aprendido aquellas lecciones en un libro de texto fascista y al parecer nadie le había informado de que el Sacro Imperio Romano había sido poco más que un sueño, pues durante su existencia había sido gobernado por francos y teutones, no por los italianos.

El glorioso piloto que se dedicaba a bombardear chozas de barro y guerreros negros que combatían descalzos nunca antes había escuchado ideas tan bizarras como las de su anfitrión. Daba por hecho que Lanny pensaba como él, igual que tantos otros afortunados residentes de la Riviera, de modo que hablaba libremente y sin la menor inhibición. Lanny se mordía la lengua y, al observar a su hermanastra, se dio cuenta de que la muchacha había mordido el anzuelo y estaba dispuesta a tragárselo, caña y sedal incluidos. Aquella era la primera vez que Marceline se asomaba al mundo de las ideas, su primer sueño de gloria, de modo que cuando Lanny tuvo ocasión de hablar a solas con ella trató pacientemente de mostrarle que todo aquello era una gran farsa, un barato número de circo artificiosamente iluminado por las luces de los focos cuyo brillo se extinguiría con la misma rapidez que había comenzado. Pero pronto se dio cuenta de que no conseguiría nada pues, desde su infancia, Marceline había escuchado que su hermanastro había caído víctima de la sutil propaganda de los comunistas ¡y ahora intentaba contagiarle a ella la misma enfermedad! No, Vittorio era un auténtico héroe y la grandeza de su causa era evidente por la magnitud de sus gestas. En la batalla por la mente de Marceline, Lanny había resultado derrotado incluso antes de empezar.

XIII

Decidió comentar la situación con su madre.

—Ese muchacho no es más que un cazafortunas bajo el signo de las fasces. Esa carrera de la que tanto alardea requiere dinero y eso es lo que busca, dado que su propia familia no puede dárselo. Algo que jamás reconocería.

—Pero, Lanny, ¡no pensará que nosotros lo tenemos!

—Por supuesto que sí. Piensa que somos multimillonarios norteamericanos. Vivimos en una gran finca, nos relacionamos con gente elegante y estamos inmersos en la organización de una grandiosa fiesta. ¿Qué iba a pensar?

—¡Debería ver todas mis facturas sin pagar!

—Todos los ricos tienen facturas sin pagar. Ese es uno de sus privilegios. Sin duda ha oído por ahí que Robbie está lanzando una nueva industria. Y por encima de todo habrá oído hablar de Irma. Les has dado a entender a muchos de sus amigos que ella pronto volverá, así que naturalmente Vittorio imaginará que todo queda en casa.

—¿Qué quieres hacer, Lanny?

—Debería ser franco con él. Como todo continental, espera una buena dote al casarse. Considerará un favor que le diga que Marceline no tiene nada.

—¿Y te creerá?

—Le dejaré bien claro que no tengo más dinero que el que yo gano, que tu único ingreso es la pequeña pensión que mi padre te pasa, que he roto con mi esposa y que ni un céntimo de su dinero me pertenece ni me pertenecerá.

—¡Oh, Dios mío, Lanny!

—¡Ya verás cómo funciona! *Il Capitano* recogerá su tienda igual que los árabes y se marchará en silencio por donde ha venido.

—¡Pero, Lanny, qué escándalo!

—Sea cual sea el escándalo, será cosa nuestra soportarlo. Además, ¿de qué sirve seguir postergándolo?

—¡Oh, me prometiste que irías a ver a Irma!

—Lo hice y lo haré. Pero ya te he dicho que no servirá de nada y que te engañas inútilmente si aún abrigas alguna esperanza de que nos reconciliemos.

Beauty empezó a llorar.

—¡Oh, Lanny, Lanny! ¡Hemos sido una familia tan feliz! ¡Llegué incluso a pensar que[1] todos nuestros problemas se habían solucionado!

Sin duda lo había intentado, pero no era capaz de enfrentarse a la cruda realidad. ¡No, no! ¡Ni una palabra! ¡Dejad ese esqueleto encerrado en el armario familiar! Ella misma se lo diría al joven piloto, le hablaría de la pobreza que la había asediado a lo largo de toda su vida, le diría que nunca había recibido de Irma ni un solo penique ni esperaba recibirlo, que su casa estaba sepultada por las hipotecas.

—Él no será capaz de averiguar la verdad, ¿no es cierto, Lanny?

—No le costaría comprobarlo, y entonces pensará que todo lo demás también es mentira.

—Puedo decirle que todo pertenece a Robbie y que él me ha amenazado con echarme y vender la casa. Robbie me apoyará. Estoy segura de que no querrá ver casada a Marceline con un pobre gitano. ¡Así es como él le llama!

XIV

Margy Eversham-Watson llegó para ocupar la Casita durante toda la temporada y algunos amigos de Sophie alquilaron el Albergue, de modo que Beauty no iba a aburrirse y tampoco le faltarían compañeros para jugar al *bridge*. Todo el mundo estaba expectante por la fiesta y colaboraba siempre que podía. Cuando llegó la gran noche, Lanny se puso su frac y Marceline un vestido de tul rosa comprado con el dinero de Robbie. Emily, la noble dama de cabellos blancos, estaba majestuosa con su traje de terciopelo negro. Y Beauty Budd, rubia y deslumbrante de satén blanco, tuvo que responder en varias ocasiones a la lisonjera pregunta de si era ella la debutante. Música, risas y el perfume de las flores inundaban el aire de la espléndida villa. Lanny bailó con pies ligeros pero con el corazón apesadumbrado. No obstante, la tristeza del presente no le impedía reproducir las coreografías creadas en días más felices y los elegantes invitados aplaudían entusiasmados, completamente ignorantes de lo que sucedía en su interior. ¡Después de todo era una grandísima ocasión para la familia Budd-Detaze-Dingle!

Hay una vieja canción que habla del peso de la melancolía en nuestros corazones al finalizar el baile. Bien, pues lo mismo le ocurría ahora al príncipe consorte que tan recientemente había abdicado. Hizo las maletas dispuesto a salir hacia Marsella en compañía del chófer, que después regresaría a casa con el coche de la familia. Justo antes de marcharse se acercó a Marceline. Los dos se apartaron del grupo y, pasándole el brazo sobre los hombros, aprovechó para decirle: «¡Recuerda, hermanita, que si te casas con un fascista italiano te verás obligada a asumir sus códigos. Para ellos las mujeres no son más que animales de cría y tu único deber será traer hijos al mundo para que el Duce pueda tener un montón de soldados para su nuevo imperio!».

Y la hermanita respondió:

—¡Uy, qué miedo!

17
UNA CORONA ESTÉRIL

I

«Los buenos modales son muy importantes para los ricos», decía un personaje en una de las obras de teatro de Rick. «De no ser por ellos, los pobres les arrebatarían pronto toda la riqueza». Y ahora el marido recién llegado a Shore Acres descubriría que la formalidad marcaría la pauta durante su estancia allí. Irma fue al puerto con Frances para recibirle y la pequeña aportó la calidez necesaria para un reencuentro adecuado. Estaba en esa edad en que los niños crecen a una velocidad de vértigo y seis meses suponían un gran número de sorpresas. Cuatro o cinco centímetros más alta y algunos kilos más, palabras nuevas en su vocabulario, nuevas ideas y un sinfín de preguntas. «¡Oh, papá! ¿Por qué estás tanto tiempo fuera? Papá, ¿te quedarás para mi cumpleaños?».

Él le habló de la magnífica fiesta que habían dado en Sept Chênes y le describió cómo había bailado con Marceline. Frances tenía una instructora de danza y una profesora de canto y piano y le contó todas las cosas que había aprendido. Charloteaba sin cesar en su rudimentario francés y él le prometió que le enseñaría un poco más. En lo referente a esas cuestiones, la niña estaba en sus manos. Ella no pareció darse cuenta de que a él le ocurriera nada malo. Era una trágica situación y ambos padres se subieron al coche con la pequeña sentada entre ellos con una enorme pesadumbre en sus corazones.

Al llegar a Shore Acres se encontró con la misma desesperada determinación de preservar las buenas costumbres y regirse por las leyes del decoro. «Madre» y el tío Horace salieron a la puerta para recibirle. «Madre» lo besó y su hermano le dio un fuerte apretón de manos. Ningún sirviente debía percibir que su estatus había disminuido. Habiendo vivido durante treinta y

seis años en el mundo elegante, Lanny estaba más que familiarizado con el hecho de que las personas suelen decir una cosa y pensar otra. La gente ríe alegremente de cara a la galería mientras sus corazones lloran. Expresan cordialidad cuando en realidad te desprecian y tan pronto te das la vuelta aprovechan para criticarte. Por eso ahora no le costaba vislumbrar la ansiedad en los rostros sonrientes de la regia madre y del hermano entrado en años y tampoco percibir en sus voces un tono de falsa humildad.

Él comprendía muy bien la situación. Era el padre de la más preciosa de las criaturas y no había cometido ninguna ofensa que le permitiera a Irma privarle de sus derechos como padre. Quién sabe, de un día para otro podía insistir en llevársela durante seis meses al año al otro lado del océano y ningún tribunal le diría que no. Podía llevársela a dar un paseo en coche para después subirla a un barco rumbo a Francia, y en cuanto se hubieran adentrado diez millas mar adentro ya no podrían hacer nada para recuperarla. ¡De modo que lo más aconsejable sería inclinarse ante él! Atender sus caprichos, preguntarle en todo momento qué desea e intentar procurárselo. Hacerle sentir como en su propia casa y permitirle disfrutar de todos los privilegios, incluso de los beneficios espirituales del amor y el afecto, la cordialidad y la admiración. Si expresaba su disgusto por alguna persona en particular dejarían de invitarla; y si manifestaba su opinión acerca de los mercados financieros, el tío Horace, que se consideraba a sí mismo toda una autoridad sobre Wall Street, se apresuraría a secundar su opinión.

Pero ¿qué sentían realmente y cómo esperaban que actuara la joven pareja? Lanny nunca lo sabría. Irma era la dueña de aquel establecimiento y solo ella lo dirigiría, de modo que los ancianos, la viuda y el marido abandonado tendrían que adaptarse a su Gobierno lo mejor que pudieran. Así lo había decretado el rey de los servicios públicos al redactar su testamento. La madre estaba a merced de la hija y, entretanto, el gran hombre presidía la escena con el ceño fruncido desde lo alto de la gran escalinata, con la tranquilidad de haber puesto sus designios en manos de los mejores abogados y la certeza de que, como tales, serían cumplidos.

II

Dejaron a la pequeña con la gobernanta y Lanny se quedó a solas con su mujer en la intimidad de sus aposentos. Él la miró y ella le correspondió.

—¿Y bien, Irma? —dijo él.

—¿Y bien, Lanny? —respondió ella.

—He pensado mucho en ello, querida —esperó, y al ver que ella no contestaba añadió—: Fuiste tú quien se marchó.

—Lo sé, y tú quién ha esperado tanto tiempo.

Y así siguieron lanzándose golpes, como si se prepararan para el verdadero combate.

—¿No has cambiado de idea? —preguntó él.

—¿Y tú? —fue la respuesta.

De modo que estaban en un callejón sin salida y no había mucho más que decir. Tras su regreso de Europa, Irma había mantenido una larga charla con Robbie. Y Robbie, un hombre sensato, sabía que no servía de nada tratar de engañarla acerca de la actitud de Lanny. Robbie sabía guardar un secreto y ambos confiaban en él. Él había intentado hacer las veces de árbitro y la mejor opción que fue capaz de encontrar fue el acuerdo que ya tenían. Serían amigos y se mostrarían corteses el uno con el otro, pero cada uno seguiría su camino y dejarían de ser marido y mujer.

Irma ocupaba su *suite* con el cuarto de baño equipado con enseres de oro macizo, y Lanny se instaló en la *suite* con accesorios de plata. Entre ellos mediaba una sólida puerta de madera de eucalipto, muy apreciado en los tiempos de J. Paramount Barnes y conocido como «nogal circasiano». La puerta permanecía abierta día y noche pero ninguno de ellos atravesó el umbral. Lanny se acostaba en la suntuosa cama con el edredón de seda de color azul claro y trataba de adivinar: «¿Qué es lo que quiere en realidad?». Los corazones de las mujeres y los hombres no son simples y él imaginó que las emociones que ella sentía se entremezclaban con las suyas. ¿Quería sentirse deseada aunque todo fuera en vano? Si se acercaba a su cama e intentaba seducirla, ¿se sentiría ella complacida en secreto o lo consideraría una nueva brecha en su confianza?

Había muchas cosas que él habría podido decirle. «Quiero que sepas que no he estado haciéndole el amor a ninguna otra mujer. No pienso en nadie más que en ti». Podría haber dicho: «Tenemos muchas cosas en común, querida, y por el bien de la pequeña deberíamos llegar a un acuerdo». Ella se habría mostrado dispuesta a dialogar, pero ¿con qué propósito? ¿Dejaría él de ayudar a Trudi Scbultz y a los demás como ella le había pedido? ¿Estaba dispuesto a prometer que, en caso de encontrase con un antinazi o un

antifascista en peligro, no trataría de ayudar a huir a esa persona? No, él no prometería ninguna de esas cosas, y abordar de nuevo el asunto solo provocaría una nueva discusión que quizá terminaría definitivamente con su amor e incluso con su amistad. Y en cuanto a Irma, ¿diría ella: «estoy dispuesta a seguir amándote incluso a sabiendas de que haces cosas que temo y que me resultan odiosas»? Bien, si eso era cierto ¡al menos debería darle algún indicio! Y toda mujer sabe cómo hacerlo.

III

Lanny tocaba el piano para Frances y asistía como observador a sus lecciones de música, le enseñaba antiguas canciones provenzales y bailaba con ella al ritmo de los discos que ponían en el gramófono. Salían juntos a jugar a la nieve y él tiraba de ella subida en su trineo. La pequeña raras veces salía de la propiedad pues allí disponía de todo lo que una niña de su edad pudiera necesitar, incluidos varios hijos de empleados con los que jugaba bajo la supervisión de la muy fiable *miss* Addington, que ya había educado a Marceline. Los amigos de Irma iban de visita. Se suponía que también eran amigos de él y juntos jugaban al *squash*, al billar y al *bridge*; nadaban en la piscina climatizada, iban a bailar a otras mansiones o a algún salón de baile construido expresamente para diversión de los de su clase. Irma siempre había sido una mujer reservada y Lanny un perro verde, de modo que nadie sospechó que hubiera problemas entre ellos. Cuando aparecían en algún evento, en ocasiones lo hacían también en compañía de sus mayores, como gesto de consideración y al mismo tiempo para utilizarlos como pantalla para evitar conversaciones incómodas o posibles discusiones propias de una pareja separada.

Lanny viajó a Newcastle y pasó unos días con la familia de su padre, estancia que aprovechó para visitar la fábrica de Robbie. Estaban trabajando en los aparatos del general Goering, pero también en aviones de adiestramiento para el Ejército de los Estados Unidos y aeronaves de recreo para los ricos. El fenómeno de la aviación se extendía como un virus y el incansable Johannes buscaba nuevas maneras de ampliar el negocio. Volaba a Canadá, donde las materias primas se transportaban en ferri hacia las grandes

regiones salvajes del norte; a Sudamérica, donde los aviones sobrevolaban inmensas extensiones de selva y escarpadas montañas. Robbie estaba completamente inmerso en su nuevo y grandioso trabajo. Esther, para quien Lanny había llegado a convertirse en una suerte de confidente, le contó que su marido había superado la crisis; aún seguía bebiendo güisqui pero no había incrementado la dosis y, como sustituto de la bolsa, ahora disfrutaba de una partida de póquer semanal con sus compinches.

Lanny visitó a Hansi y Bess en su nuevo hogar en la costa de Connecticut. La pareja se desplazaba frecuentemente a la ciudad para dar conciertos, a menudo en beneficio de refugiados o agitadores de clase trabajadora en problemas con la policía. Aquel comportamiento en público dañaba la reputación de los dos distinguidos artistas y su agente protestaba cada vez que encontraba el valor suficiente para hacerlo. La nieta de los puritanos le respondía: «No necesitamos ser ricos». Además, pronto se vería obligada a retirarse temporalmente, a causa de su embarazo.

Lanny era un hombre libre. Podía ir a Nueva York cuando quisiera sin tener que decirle a nadie dónde ni con quién había estado. Si se le antojaba pasar la noche allí, nadie se preocuparía por ello. Podía llamar a la oficina del *New Leader*, almorzar con sus editores en la cafetería de la Escuela Rand y escuchar toda la charla socialista que pudiera desear. Incluso podía asistir a una asamblea comunista en Mecca Temple, entrar discretamente y sentarse entre la gente para observar al frente unido en acción —no perfectamente coordinada, se vio obligado a reconocer.

IV

Una mañana leyó en el periódico que Terry Hammersmith se encontraba en la ciudad. Ahí estaba la fotografía de Terry, orondo con sus gafas a mitad de la nariz y la más benevolente de las sonrisas. Lanny no había vuelto a ver a este burócrata desde el mes de junio de 1919, cuando ambos formaron parte de un pequeño grupo de disidentes que cenaron juntos para comentar el recién firmado Tratado de Versalles. Debían decidir si tenían el deber de renunciar a sus puestos en señal de protesta por el modo en que las decisiones finales se habían distanciado de los Catorce Puntos. Terry había sido uno de los que

habían pronunciado varios discursos de naturaleza algo evasiva y había optado por quedarse para hacer todo lo posible por mejorar la situación desde dentro. Ahora al parecer había obtenido su recompensa, pues ocupaba el puesto de coordinador del PDQ, o como se llamase actualmente la organización recién formada e integrada por seis grupos que durante los últimos dos años había cambiado de siglas en repetidas ocasiones.

«¡Por fin una oportunidad para saber algo más sobre el New Deal!», se dijo Lanny. Llamó por teléfono y, tras ciertas dificultades, consiguió hablar con el funcionario. Se saludaron efusivamente y durante unos minutos se dedicaron a darse palmaditas en la espalda, verbalmente hablando claro está. Terry se había enterado de lo de Irma Barnes y estaba muy impresionado. «¿Por qué no nos vemos para comer?», dijo el príncipe consorte. «Así podrás contarme cómo va tu trabajo».

El invitado llegó tarde porque había asistido a una importante conferencia. Parloteaba sin cesar con energía y entusiasmo. Estaban renovando el mundo y la felicidad de miles de personas dependía de sus esfuerzos, lo que le hacía vivir en un perpetuo estado de euforia. A medida que la conversación avanzaba, Lanny llegó a la conclusión de que el New Deal estaba siendo llevado a cabo por un montón de personas bienintencionadas atrapadas en un interminable tira y afloja donde, lo que irnos lograban, los siguientes lo echaban por tierra. Terry acababa de salir victorioso de una titánica lucha por el poder. Había conseguido llegar hasta el «Gran Jefe» en persona y le había presentado un plan de reorganización para su departamento y muchos otros. «¡Honestamente, viejo amigo, cuando me dijeron que habían aceptado mi plan y que yo mismo estaba al frente del proyecto me quedé de piedra! ¡Por supuesto el problema ahora es si seré capaz de persuadir a los demás para que cooperen o tendré que buscarme un nuevo equipo!».

Lanny trataba de averiguar de qué iba todo aquello pero su amigo se dedicaba a describirle tantos árboles que no lograba tener una perspectiva relativamente clara del bosque, y tampoco estaba seguro de que su amigo fuera capaz de hacerlo. Finalmente le pilló por sorpresa su proposición:

—Escucha una cosa, viejo amigo, ¿por qué no te unes a nosotros?

—¿Te refieres a trabajar?

—Estaría encantado de tenerte conmigo y estoy seguro de que serías extremadamente útil.

—¡Pero, Terry, no tengo experiencia!

—Muy pocos de nosotros la teníamos al empezar, al menos en este tipo de trabajo. Aprendimos sobre la marcha. Por supuesto, el salario no es muy alto,

aunque probablemente no te hará demasiada falta.

—Me temo que no estoy hecho para este tipo de trabajo estable. Además, no soy especialmente bueno para juzgar el carácter de la gente y dudo que dar órdenes sea lo mío.

—Lo principal es que eres honesto y capaz de poner el corazón en lo que haces. Tendremos que preparar a un equipo de hombres que habrá de llevar a cabo desinteresadamente una labor pública, y si cometemos errores por el camino no podrán ser enmendados así como así. Sabes tan bien como yo que no hay vuelta atrás en todo este asunto. Las industrias privadas tendrán que reconvertirse en servicios públicos. Pero no podremos hacerlo si antes no preparamos a nuestra gente para asumir sus responsabilidades cuando sea necesario. Es un trabajo duro pero es divertido, créeme.

Lanny prestaba atención con la mitad de su cerebro, mientras con la otra pensaba: «¡Menuda broma pesada sería para Robbie! ¡Me pregunto cómo se lo tomaría!». Se decía: «¿Cómo me irían las cosas con Irma? ¡Esta podría ser la solución a nuestro problema! Si acepto un trabajo para el Gobierno, sin duda ella lo consideraría algo respetable y le causaría una buena impresión». Pero en ese instante se acordó de Trudi en París y en cómo conseguiría entonces el dinero que necesitaba para la causa. Los seis u ocho mil dólares que Lanny ganaría con su nuevo empleo para el Gobierno no alcanzarían para financiar el movimiento. Pensó en Raúl y en la escuela, en Rick y toda esa gente a la que no volvería a ver si se encadenaba a un despacho en Washington.

—Lo siento, Terry —respondió—. Suena muy seductor y quizá algún día, si no es tarde, pueda aceptarlo. Pero ahora mismo tengo un trabajo que considero importante. Me he comprometido y no puedo renunciar ahora. Me dejaré caer por aquí de vez en cuando y podrás ponerme al día.

V

De regreso en Shore Acres, el joven señor del castillo descubrió que acababan de entregar un cablegrama para él. Un mensaje que recibió como un puñetazo en el pecho. Era de su madre y decía así:

«MARCELINE FUGADA CON VITTORIO DEJÓ NOTA DE DESPEDIDA SIN DESTINO ESTOY DESESPERADA ¿QUÉ PUEDO HACER?».

Lanny sintió que su mundo se estaba haciendo pedazos, piedra a piedra. Pocas cosas peores le habrían podido ocurrir a quien él aún consideraba una niña. Se sentía culpable por no haber puesto mayor empeño en convencerla. Se había marchado y la había dejado expuesta al peligro. Había descuidado a sus familias, sus hogares, mientras trataba de resolver los problemas de un mundo que no necesitaba su ayuda y no estaba dispuesto a aceptar sus consejos.

Pensó durante varios minutos antes de responder. Había llegado a conocer bien las leyes matrimoniales del continente mientras trataba de casarse con Irma y sabía que Marceline no podría casarse en ningún lugar de Europa Occidental sin el consentimiento de su madre. Además necesitaría un certificado de nacimiento y el procedimiento podía alargarse bastante dependiendo de los países. La extraña pareja llamaría la atención allá donde fuera y no resultaría difícil encontrarlos. Envió el cablegrama:

«ACONSEJO NOTIFICAR A LA POLICÍA CONCENTRAR ESFUERZO EN INTERCEPTARLOS Y PREVENIR CALAMIDAD IGNORAR ESCÁNDALO ABSOLUTAMENTE NECESARIO EVITAR QUE LA CHIQUILLA SE ARRUINE LA VIDA PUEDES HACERLO SIN MI AYUDA».

Inmediatamente después de enviarlo telefoneó a su padre. Ya le había contado a Robbie la historia del *Capitano*, por lo que no fue necesario que le diera muchas explicaciones. Pocas horas después, Lanny recibió respuesta de su madre, que le contaba que había actuado siguiendo sus indicaciones, de modo que la tarde siguiente los periódicos de Nueva York se hacían eco ya de la jugosa noticia publicada en Cannes sobre una fuga en los más altos círculos de la ciudad. Es imposible pasearse bajo los focos cuando uno es feliz y pretender que desaparezcan cuando te asalta la tragedia. Hacía tan solo dos o tres semanas, Beauty Budd había hecho todo lo posible para conseguir notoriedad, de modo que ahora tendría que asumir las consecuencias.

Al estar casada con el hermanastro de la debutante recién fugada, Irma Barnes Budd también se vio implicada en las noticias y los chicos de la prensa iniciaron el asalto telefónico de Shore Acres. Pero ella se había criado rodeada de reporteros, por lo que no se preocupó demasiado. «Después de todo, Lanny», comentó, «fugarse con un capitán del Ejército, héroe de guerra y sobrino de una marquesa, no es lo mismo que desaparecer con el chófer de la familia. Estoy de acuerdo en que es necesario detenerlos, pero si los encontramos y se han salido con la suya, acepta mi consejo y no montes un escándalo». Lanny se dio cuenta de que la etiqueta de «aviador fascista» tenía un sentido muy diferente para Irma. Para él, el término era sinónimo de odio,

y no consideraba que lanzar bombas sobre negros indefensos fuera precisamente un acto glorioso. Pero Irma era capaz de encontrar mil excusas para Mussolini, igual que lo hacía con Hitler, y sería inútil volver a discutir sobre ello.

A lo largo del día llegó otro mensaje desde Bienvenu. Decía lo siguiente:

«PAREJA PARTIÓ DESDE MARSELLA EN VAPOR FIRENZE CON DESTINO NUEVA YORK CASADOS EN ALTA MAR VE A RECIBIRLOS POSIBLEMENTE SIN UN CÉNTIMO».

Un nuevo golpe para Lanny Budd. Durante seis o siete años, la deliciosa anécdota de cómo Irma y él habían conseguido burlar al arzobispo de Canterbury embarcando en un pesquero para que su capitán los casara en aguas internacionales había llegado a convertirse en una especie de leyenda familiar. Por supuesto, Marceline no la había olvidado y le había contado a su amante el mejor modo de esquivar las estrictas leyes que Napoleón Bonaparte había diseñado con el fin de proteger a la familia francesa y sus propiedades. La joven pareja había descubierto un barco italiano que estaba a punto de partir y habían reunido el dinero necesario para el pasaje. Posiblemente habían embarcado haciéndose pasar por una pareja casada y una vez en alta mar, libres de la jurisdicción francesa, habían suplicado al capitán o le habían sobornado para que convirtiera su relación en algo «oficial». El mayor logro, desde el punto de vista de la pareja de granujas, era el hecho de que ni Irma ni Lanny tendrían derecho a reprocharles nada. Y si alguno de los dos se atrevía a hacerlo, los recién casados le responderían con una inocente sonrisa en la cara: «Pero los dos pensamos que no tenía nada de malo actuar así». ¡De tal palo, tal astilla!

VI

—Debes ir a recibirlos —declaró la dueña de Shore Acres—. Y yo te acompañaré. Es la única manera de evitar un escándalo.

—No tienes por qué pasar por esto, Irma —respondió él.

—He vivido en casa de tu madre la mitad de mi vida de casada y siempre me ha tratado como a una hija. ¿Qué clase de persona sería si no acojo a mi propia cuñada?

—¿Te refieres a invitarla a venir aquí?

—¿Qué otra cosa decente podría hacer?

—Bueno, eso es decisión tuya, Irma. Quiero que sepas que no te lo estoy pidiendo.

—¿Y qué diablos propones si no?

—Le dejaría claro a ese hombre que su deber es llevársela a Italia y empezar a ganarse la vida por ella.

—¡Pero tú mismo me has dicho que es un mutilado de guerra, Lanny! ¡No esperarás que se ponga a trabajar antes de haber tenido tiempo de recuperarse!

—Está lo bastante recuperado como para hacer el amor y si ha decidido venir aquí es porque sabe que tienes mucho dinero y que no eres quisquillosa a la hora de gastarlo.

—¿Estás seguro de que no son tus prejuicios los que hablan? No creo que ningún fascista fuera capaz de ganarse tu aprobación fuese cual fuese su proceder, tanto en tiempos de paz como de guerra. Lo más justo es que yo vaya a recibirles para formarme al menos una opinión sobre él y ver si hay alguna posibilidad de que haga feliz a Marceline.

Menuda broma pesada para Lanny Budd después de haber abandonado Bienvenu para alejarse del *Sacro Egoísmo* que tanto detestaba. Ahora la misma plaga se cernía sobre su otro hogar, el lugar donde únicamente esperaba poder disfrutar de la compañía de su hijita. Comprendía, y hasta cierto punto quizá había sido capaz de prever, lo que le estaba ocurriendo: estaba siendo expulsado de su propio mundo. «Dadme un punto de apoyo y una palanca lo bastante larga y moveré el mundo», había dicho Arquímedes —o al menos la sentencia se le atribuía al físico griego—. Adi Schicklgruber había conseguido una larguísima palanca y con ella había arrancado a Lanny Budd, primero del hogar de los Meissner y después del lecho de su esposa. Y ahora aparecía el Bendito Pichoncito Llorón con su palanqueta para expulsarlo de Shore Acres y quizá muy pronto también de Bienvenu, pues sin duda Lanny no iba disfrutar viviendo allí si Vittorio di San Girolamo se iba a convertir en el gallo del corral.

VII

La heredera norteamericana había visitado al Führer en su nido de águila y le había manifestado su simpatía y apoyo. ¿Era posible que un incansable y hábil propagandista como Adi lo hubiera pasado por alto? ¿Habría dejado correr la oportunidad de avisar a su principal publicista, el retorcido y bajito *reichsminister doktor* Goebbels, que también conocía personalmente a la heredera y a su príncipe consorte, que habían sido invitados de honor en su propia casa? ¡Por supuesto que no! Hacía tiempo que Lanny esperaba las consecuencias de aquella escena en el Berghof y se preguntaba qué forma adoptarían.

Mientras esperaban la llegada del barco de Marceline, la esposa dijo:

—Lanny, esta noche tengo invitados a cenar y querría asegurarme de que son de tu agrado.

—¡Bendita seas! —replicó él—. No pretendo censurar tu lista de invitados. ¿De quién se trata?

—Forrest Quadratt, el poeta.

—Nunca he oído hablar de él, aunque quizá sea culpa mía.

—Es bastante conocido en Nueva York, según me han dicho. Vino a mí con una carta de Donnerstein.

—¿Es alemán?

—Nacido en Estados Unidos de padres alemanes. Reparte su tiempo entre los dos países, tratando de comprenderlos.

—¿Es nazi?

—Supongo que podrías ponerle esa etiqueta. Prefiere ser conocido como un hombre de letras.

—Es comprensible. ¿Le has hablado de mis ideas?

—Ni una palabra. Lo prometí y pretendo mantener mi promesa.

—Bien, no veo por qué no habría de conocerle. A menos que prefieras que me vaya a la ciudad, por supuesto.

—Claro que no, me gustaría saber lo que opinas de él. Aunque tampoco querría obligarte a pasar un mal rato sin advertirte antes.

—Gracias, querida —dijo él. La situación no se diferenciaba demasiado de cuando eran marido y mujer—. ¿Tienes alguno de sus libros?

—Él mismo me regaló uno, aunque no he tenido tiempo para hojearlo. Habla sobre todo del amor y tengo la sensación de que no será de tu agrado.

—Estoy dispuesto a soportarlo si tú puedes —respondió él con una sonrisa.

Ella le entregó el delgado volumen, *Eros desencadenado*. Lanny miró la fecha de publicación y comprobó que tenía más de treinta años.

—¿Es un hombre mayor?

—Unos cincuenta años, diría yo. Está casado y sus hijos ya son mayores.

Irma no aclaró si los había conocido y la cortesía le obligó a abstenerse de preguntar.

El poeta cantaba a la juventud decandente, una fruta podrida antes de madurar. Cantaba a la futilidad de la vida antes de haber comenzado a vivirla. Se identificaba a sí mismo con los imperios que ya habían caído, con las rosas que se marchitan antes de florecer. Sus palabras reflejaban una profunda tristeza aunque el poeta las había escogido con precisión y con la certeza de que eran las adecuadas. Tenía un gran don para la melodía y rimaba versos cadenciosos acerca de la futilidad de cualquier canto. En resumen, era el producto de una sociedad enferma y completamente ignorante de su enfermedad.

Forrest Quadratt resultó ser un hombre delgado y de baja estatura, miope y con gafas de gruesos cristales. Sus manos eran suaves al tacto, tenía el cabello gris, modales amables y voz melancólica. Poseía el encanto propio del viejo mundo que Lanny conocía tan bien. El hombre le resultó desagradable desde el primer momento, aunque no se le pasó por alto que debía resultar atractivo a las mujeres y que las numerosas aventuras románticas de las que alardeaba en su poesía podrían haber ocurrido fácilmente. Era un poeta muy leído, tenía sentido del humor y hablaba algo ansiosa y apresuradamente, como si temiera que sus interlocutores pudieran adelantarse a sus agudas ocurrencias. ¿Qué pretendía de una mujer con poca cultura y a la que le doblaba en edad? ¿Era a causa de su riqueza o había sido fruto de la casualidad que se presentara en su casa mientras el marido estaba ausente?

Forrest Quadratt pareció dar por sentado que el susodicho se encontraba también entre sus simpatizantes. Explicó que en otro tiempo había sido poeta —quizá aquellos habían sido los mejores años de su vida— pero que desgraciadamente la llama de la inspiración se había apagado y él había sido lo bastante inteligente como para no tratar de reavivarla inútilmente. Ahora se había convertido en lo que el mundo conoce injustamente como un «propagandista». Como legítimo heredero de dos culturas, intentaba dar a conocer la tierra que le vio nacer a los ciudadanos de la patria de sus antepasados, y viceversa. Quería hermanar a Emerson con Goethe y a Goethe con Emerson. Dos razas dominantes, preparadas ambas para gobernar y guiar a todo un hemisferio, dos naciones que no tenían por qué ser rivales sino cómplices, algo que sin duda ocurriría en cuanto ambas comprendieran sus respectivos ideales y destinos.

Y así siguió divagando: la vieja cháchara nazi, pero en esta ocasión revestida de hermosas palabras cuidadosamente escogidas y expresadas con una voz refinada sin rastro de acento. «¡Qué fantástica elección la de Goebbels!», pensó Lanny. «Conseguirá el dinero de Irma y ella se convertirá por fin en el espíritu guía de futuros salones tal y como había soñado. ¿Será capaz también de ganarse su amor? Sin duda lo intentará. Ni su mujer ni sus hijos se interpondrán en su camino». Desde ese punto de vista, solo había un paso a la siguiente pregunta: «¿Debo quedarme e interferir? ¿Debo intentarlo siquiera o solo servirá para provocar un nuevo enfrentamiento?».

VIII

El vapor Firenze por fin llegó a puerto. Irma y Lanny aguardaban en el muelle pero los fugitivos ya no estaban a bordo. El capitán del navío les dijo que la pareja se había casado pero que la novia no disponía de pasaporte ni de ningún tipo de documento, por lo que había sido retenida en Ellis Island y sería devuelta a su país en el próximo barco con destino a Europa. Los chicos de la prensa también habían ido a esperarla y habían fotografiado a la pareja en cubierta, por lo que cuando la edición de los periódicos de la tarde salió a la calle, ya contenía la pintoresca historia.

Irma estaba indignada. Se tomó como un insulto a su familia que una pariente suya, aunque fuera política, hubiera sido detenida como una vulgar campesina. Insistió en telefonear a su abogado para que la acompañara de inmediato a Ellis Island. Lanny le siguió la corriente, pues lo contrario habría significado repudiar a su hermana públicamente. El aviador fascista era un héroe para la mayor parte de la población italiana de Nueva York y también para los amantes de la prensa del corazón. Tan pronto como se enteraron de que la heredera y antigua *glamour girl* estaba interesada en el asunto, la anécdota se convirtió en historia de primera plana y su desarrollo fue seguido casi en vivo por toda la prensa de la ciudad. La hija de un lamoso pintor francés no había cometido ningún crimen contra el augusto Gobierno de los Estados Unidos y era una mujer legalmente casada. ¡Sin duda tenía derecho a gozar de la hospitalidad de la patria de su madre!

El experimentado abogado y el comisario de Inmigración descubrieron diversos obstáculos añadidos a la situación. Al parecer, de acuerdo a las leyes italianas ella era ciudadana de Italia; según la ley francesa era ciudadana de Francia; y bajo las leyes estadounidenses se encontraba en una delicada y embarazosa situación. Su estatus dependía de la ley de 1907 de los Estados Unidos, y si en el momento de su nacimiento la madre estaba legalmente casada con su padre, la muchacha era ciudadana francesa. Por otro lado, en el caso de que fuera declarada ilegítima podría disfrutar de la misma nacionalidad de su madre, que era norteamericana. El hecho de que acabara de casarse con un italiano carecía de importancia legal pues, según el acta matrimonial de 1922, tal situación no afectaba al estatus legal de ningún ciudadano. Según el honorable comisario: «De acuerdo a dicha ley, una mujer se convierte en ciudadana por derecho propio y su nacionalidad no se pierde ni se adquiere por matrimonio».

Lanny tuvo que admitir que había estado presente en la boda de la madre con el pintor francés casi dos años antes del nacimiento de Marceline, por lo que la situación no tendría fácil solución. El único modo de que Marceline obtuviera el derecho a desembarcar en el gran puerto de Nueva York era estar en posesión de un pase especial expedido por el Congreso que la declarase ciudadana de los Estados Unidos. Irma estaba dispuesta a conseguirlo, pero desafortunadamente algo así requeriría mucho tiempo según las autoridades. No obstante, la situación mejoró cuando alguien sugirió que Marceline entrara en el país como visitante. Ella y su marido podrían quedarse durante seis meses y el permiso de residencia sería tramitado por el fiscal general.

Puesto que el marido disponía de un visado en regla, lo único que su esposa necesitaba acreditar era algún tipo de «documento de viaje», y el comisario dijo que se daría por satisfecho con una declaración jurada del capitán en la que declarase que él mismo había desposado a la pareja. Por tanto, si la señora Irma Barnes estaba de acuerdo en abonar un aval de quinientos dólares para garantizar que su pariente política no intentaría permanecer en el país durante más tiempo del establecido, el comisario de Inmigración expediría inmediatamente un visado de visitante con una validez de seis meses. «Pagaría quinientos mil si fuera necesario», declaró la altiva heredera. Y de ese modo la joven pareja perseguida pudo salir de su cárcel flotante.

La llegada fue cuidadosamente estudiada, como la entrada en un escenario. Lo bastante al menos para suscitar el más apasionado interés de los curiosos. Los amigos de Irma quisieron conocer a la pareja de fugitivos.

Cuando visitaron el club de campo, la gente se daba la vuelta para mirarlos. Marceline estaba en las nubes, pues de repente había conseguido todo lo que había soñado. Los reporteros la seguían a todas partes y cuando descubrieron que era bailarina le hicieron incluso más fotos. De no haber estado de luna de miel habrían construido un escenario nupcial especialmente para la novia. Le pidió a su hermano que bailara con ella y, por supuesto, negarse habría sido una falta de tacto.

Y entretanto allí estaba el héroe fascista herido, digno y aristocrático, gozando de todos los honores imaginables, no a título personal sino en nombre de la causa por la que había luchado. Su charla era muy parecida a la de Quadratt, aunque sus perspectivas de futuro eran muy diferentes. Mientras los alemanes avanzaban hacia el este para destruir el bolchevismo, la raza italiana recién resucitada ocuparía los Balcanes y el Mediterráneo. Finalmente Alemania dominaría Asia e Italia se quedaría con África. Esto no solo dejaría Canadá y México bajo el dominio de los Estados Unidos, sino también toda América Central y Sudamérica. ¿Qué más podía desear cualquier pueblo razonable? Mientras *Il Capitano* vaticinaba el futuro mundial inmediato, la gente que le escuchaba parecía encontrar sus predicciones muy razonables, y entre ellos estaba la heredera de la fortuna Barnes, con la que acababa de emparentar.

IX

Ahora no había una sino dos palancas empujando al príncipe consorte, y él tuvo la convicción de que finalmente habían conseguido destruir las débiles raíces que aún le unían a Shore Acres. ¡Todas con la notable excepción de la pequeña y desgraciada Frances! ¿Estaba dispuesto a llevársela a Bienvenu para cuidar de ella? ¿Estaba preparado para renunciar a sus otras actividades para dedicarse por entero a criar a su hija? Estaba seguro de que Beauty terminaría por hacerse responsable de su educación, y no tenía más que mirar a Marceline para saber cuál sería el resultado final. La pequeña era feliz donde estaba y no veía más opción que dejarla allí.

Lanny leyó en los periódicos que el Frente Popular[124] había obtenido una gran victoria en las elecciones españolas y se imaginó a Baúl exultante de

alegría por los resultados. También Laval había sitio expulsado del Gobierno de Francia y el *Front Populaire*, como era denominado en francés, estaba planificando una campaña electoral que se convertiría en todo un espectáculo. Entonces recibió una nota de Trudi. Tenía nuevos bocetos que mostrarle. Lanny había visitado a algunos de sus clientes y había recibido nuevos pedidos por los que obtendría jugosas comisiones, de modo que había dinero a la vista. Había llegado el momento de seguir adelante.

¿Iba a marcharse sin hablar con su esposa una vez más? Había pensado múltiples maneras de abordar la cuestión pero había ido renunciando a ellas una tras otra. Ella parecía estar satisfecha con Quadratt como mentor y con su nuevo cuñado y su esposa como compañeros de juegos. Era obvio que *Il Capitano* le resultaba convincente en su papel de héroe y como tal lo alababa delante de las visitas, y ella se sentía halagada por su aprobación. ¿Qué tenía de malo el muchacho, exceptuando que su ideología no casaba con las ideas subversivas de Lanny? El hecho de que existiera un conflicto entre el sueño teutónico y el latino no parecía tener mucha importancia para Irma. Ella no era una experta en relaciones internacionales y se daba por satisfecha apelando al vago concepto de que Italia y Alemania eran naciones pobres y terriblemente superpobladas que se veían en la acuciante necesidad de ampliar sus territorios.

Por supuesto, Lanny podía haber aceptado su derrota. Haber dicho: «Lo siento, vieja amiga, he sido un estúpido y estoy dispuesto a renunciar. Claro que tendré que mostrarme cortés con mis parientes pero evitaré apoyarlos y también renunciaré a toda esa gente que te hace infeliz». Lo diría con elegancia e Irma volvería a recibirle con los brazos abiertos. Hasta el momento ninguno de los dos había dicho nada irreparable, no habían cometido ninguna falta imperdonable. Todo sería como al principio. Podría incluso proponerle un trato: «Renunciaré a mis socialistas y a mis comunistas si tú renuncias a tus nazis y fascistas. Dales un cheque a los recién casados y envíalos de vuelta a Italia. Dile a Quadratt que estás ocupada. Cortaremos de raíz con los causantes de nuestras diferencias y nuestras discusiones se acabarán».

¿Y qué respondería Irma? Él imaginó una escena de alivio y felicidad. «Esa gente no significa nada para mí», diría ella. «Solo quería que comprendieras cómo me siento cuando te veo con gente que me disgusta y me asusta». Sellarían su pacto con una lluvia de besos y Lanny seguiría siendo el príncipe consorte durante el resto de su vida, con su trabajo de experto en arte como amable entretenimiento y asegurándose de que su familia y amigos fueran

felices y vivieran seguros. Tendría un yate privado, una orquesta privada, todo lo que quisiera.

Podría dedicarse a la caridad para ayudar a los pobres honestos. Financiaría la investigación psíquica, posibilitando quizá descubrimientos de gran importancia. Lo que fuera mientras no intentara socavar los cimientos de la fortuna del rey de los servicios públicos, mientras no pusiera en peligro el valor de los paquetes de acciones y los bonos escondidos a más de sesenta metros bajo uno de los bancos más importantes de Wall Street.

Pero no, él no creía en ese tipo de fortuna, no creía en ninguna clase de fortuna ni privilegio. Por tanto debía abdicar y retirarse y era su deber hacerlo con elegancia y moderno desenfado. «Bien, cariño, ya es hora de que me vaya. He pasado unas agradables vacaciones y estoy en deuda contigo. Desearía haber sido un mejor marido, pero ya sabes que los leopardos no pierden las manchas. ¡Cuídate mucho y no permitas que los duendes te atrapen!»[125]. No era necesario echarle mucha imaginación. Sin duda los duendes serían los nazis y los fascistas y ella prestaría tanta atención a sus consejos como su «hermanita».

X

Zoltan estaba en Londres y Lanny tenía negocios pendientes allí, de modo que envió un cablegrama informando de su llegada y compró un pasaje para Southampton. Había pensado ahorrar dinero para dárselo a Trudi viajando en un camarote de segunda pero debía conocer a la gente «adecuada» y un transatlántico era tan buen lugar como cualquier otro para hacerlo. Un pasajero de segunda clase se convertiría de inmediato en un experto en arte de segunda y ahora más que nunca debía mantener la moral bien alta.

No conocía a nadie a bordo, de modo que disfrutó leyendo durante horas y paseando a solas por cubierta bajo el azote del viento de alta mar mientras pensaba en el futuro. Sin embargo, otros pasajeros lo reconocieron enseguida y trataron de arrastrarlo a jugar al *bridge* y a conversar. Mujeres jóvenes de mirada radiante y ávidas de conversación o muchachas reservadas de ojos melancólicos. Mujeres maduras que no habían perdido la esperanza. Sabían que estaba casado pero también conocían la existencia de la ciudad de Reno y

no se resistían a probar suerte. Un hombre atractivo cruzando solo el Atlántico y en viaje de negocios para comprar obras maestras de la pintura. La mayoría se sorprendía al descubrir su distinguida ocupación y, cuando él mismo reconocía que solamente trabajaba con los más ricos y expertos clientes, todas quedaban impresionadas. Antes de que el barco llegara a puerto, una acaudalada viuda de Chicago le suplicó que le mostrara en Londres el arte más selecto con la promesa de pagarle lo que fuera necesario a un buen profesor.

Dos días antes de abandonar Shore Acres Lanny había viajado a Newcastle para despedirse. Allí supo que el último Budd-Erling P7 había salido urgentemente rumbo a Bremen a bordo de un carguero. El orondo general estaba tan ansioso por recibirlos que había enviado a algunos de sus hombres a la planta de producción para suplicar que trabajaran más rápido. Habían llevado a cabo las pruebas necesarias y ellos mismos se habían ocupado de cargar los aviones. Robbie Budd desconocía el motivo de tanta urgencia pero Lanny lo descubrió en los periódicos de la mañana nada más llegar a Londres: «¡HITLER AVANZA!».

El Führer marchaba hacia Renania, tal y como venía planeando cuidadosamente desde hacía mucho tiempo. ¡Un sábado como era habitual, para que los gobernantes británicos no pudieran reaccionar! Al amanecer había puesto en marcha a sus tropas y al mediodía lo había anunciado públicamente ante el Gobierno reunido en el Reichstag. Como siempre que llevaba a cabo una maniobra militar, el motivo era mantener la paz. En esta ocasión, de nuevo repitió: «¡Paz! ¡Paz!». Con una perfecta cara de póquer declaró: «No tenemos ninguna ambición territorial en Europa». Apeló a los hombres del Reichstag alemán a «unirse a él en dos sagrados juramentos»: «Primero, juramos no ceder ante ningún poder en la tarea de restaurar la dignidad de nuestro pueblo y preferimos sucumbir con honor ante las mayores dificultades antes que capitular. Segundo, nos comprometemos, ahora más que nunca, a esforzarnos por alcanzar un entendimiento entre todos los pueblos de Europa, especialmente con nuestras naciones vecinas occidentales».

Lo que estaba haciendo era obvio: se preparaba para fortificar una frontera estratégica, con el fin de contener a Francia mientras atacaba Polonia y Checoslovaquia. Lanny Budd, igual que cualquier ciudadano razonable de Europa, estaba seguro de que el destino del Viejo Continente quedaría sellado ese sábado. ¿Iban a detenerle Francia y Gran Bretaña o iban a rendirse ante él? Según el Tratado de Versalles, Gran Bretaña, Francia, Bélgica e Italia se

habían comprometido a impedir esta acción específica. «El mantenimiento y la movilización de fuerzas armadas, tanto de manera permanente como temporal» sería considerado «un acto hostil» contra todos los poderes del continente y estaban obligados a oponer resistencia. Hitler conocía muy bien ese punto del tratado y había dado órdenes a sus comandantes de rendirse inmediatamente si se encontraban con la oposición de los franceses. Entretanto se dirigía al Reichstag para proclamar: «¡Juramos no ceder jamás ante nadie!».

XI

Lanny estaba tan exaltado que se olvidó de sus propios asuntos y telefoneó a Rick, que llegó a la ciudad en el siguiente tren. Trató de localizar también a Wickthorpe en Downing Street, pero le dijeron que su señoría estaría fuera durante el fin de semana y solamente más tarde le informaron de que estaba de regreso en la ciudad. Rick quería enviar telegramas a todos sus conocidos, quería convocar un mitin y dar un discurso, organizar una manifestación y portar pancartas. Pero al mismo tiempo estaba desesperado, y dijo: «Todo está perdido. Lord Londonderry ha viajado a Berlín y ha cenado con Ribbentrop, con Goering y después con Hitler y le han lavado el cerebro convenciéndole de que su intención es acabar con el bolchevismo y de que son los únicos capaces de hacerlo».

La única esperanza ahora era apelar a los laboristas y a las demás fuerzas antinazis británicas. El problema era que la suya era una llamada a la guerra, y los laboristas eran pacifistas que miraban de reojo a los «belicistas», ¡especialmente a aquellos cuyos padres vendían aviones militares! Lanny observó en Londres el mismo fenómeno que en París: la derecha era militarista mientras que la izquierda se limitaba a hablar. ¡Como si a Hitler fueran a detenerle sus palabras! El domingo por la noche Hitler ya había movilizado a treinta y cinco mil soldados en Renania, y a mitad de semana ya tenía allí a noventa mil. Se paseaba por los pasillos de la cancillería frotándose las manos exultante mientras los políticos franceses discutían agonizando de miedo e incertidumbre. Temían que los bombarderos alemanes asediaran París, temían verse obligados a desembolsar los millones de francos que

costaría movilizar a su ejército —¡precisamente ahora que trataban desesperadamente de salvar el franco y perdían su precioso oro cada día que pasaba!

La madrugada del sábado, el gabinete francés anunció que apelaría al Consejo de la Liga. Todo el mundo sabía lo que eso significaba: ¡Hitler se había salido con la suya! El domingo por la mañana Lanny y Rick leyeron con desesperación la exultante prensa conservadora de Gran Bretaña —a efectos prácticos un engranaje más del aparato fascista— en cuyos editoriales se celebraba el hecho de que «Locarno» estaba muerto, al igual que sus «sanciones», y que los británicos no tendrían que morir para ayudar a sus aliados soviéticos. Varios meses antes ya se regocijaban porque los británicos no tuvieran que morir para despejar el camino de los rojos hacia Italia. El domingo, el primer ministro de Gran Bretaña se dirigió a la Cámara de los Comunes: «Nuestro único deseo es mantener la calma, conservar la cabeza e intentar que Francia y Alemania se alíen y sean nuestros amigos».

¡Fueron horas trágicas para dos lúcidos hombres de izquierdas! El lunes, el Consejo de la Liga de Naciones condenó la acción del país infractor, con lo cual comenzó un largo intercambio de protocolos y exigencias contra Alemania, un interminable proceso de indignante futilidad. Era increíble comprobar cuántas formalidades y cuánta palabrería podían inventar, cuántos pretextos para posponer lo inevitable, mientras Hitler organizaba a sus batallones en Renania y los ponía a trabajar excavando y construyendo fortificaciones día y noche. Se podían ver las luces blancas de los equipos de construcción resplandeciendo desde el otro lado del río. En cuestión de pocas semanas Alemania estaría protegida de cualquier ofensiva por parte de los ejércitos franceses y el resto de Europa pertenecería a los nazis. El primer ministro francés y su ministro de Asuntos Exteriores viajaron a Londres para negociar y obtuvieron exactamente lo que ellos les habían dado a los británicos cinco meses antes. Nos dieron de lado en la cuestión del lago Tsana y ahora les pagaremos con la misma moneda. ¿Qué les parece, *messieurs les mangeurs de grenouilles*?[126]

XII

Lanny liquidó sus negocios pendientes y después le escribió a Trudi Schultz para concertar un encuentro en París. Era la primera persona a la que quería ver y la única en toda Francia con la que podría hablar con plena franqueza. Cuando por fin se vieron, ella trataba de contener las lágrimas mientras hablaban de lo ocurrido y él no le pudo ofrecer ningún consuelo mientras explicaba cuál era la actitud de los británicos. Hombres implacables controlaban el imperio, salvajes con sombreros de seda, como los llamaba Rick. Únicamente pensaban en los de su clase y en sus privilegios, en sus posesiones y en su sistema de propiedad. Más allá de eso, poco les importaba. Estaban asustados porque su sistema se hallaba actualmente amenazado en todos los países del mundo y, como es habitual, odiaban aquello que temían. La clase tenía prioridad sobre la patria y el enemigo dentro de sus fronteras era más peligroso que el que campaba a sus anchas en el extranjero.

El éxito del golpe de Hitler constituía, qué duda cabe, un durísimo revés para Trudi y sus amigos y podría añadir años de esfuerzos a una ya de por sí imposible tarea. «No sirve de nada engañarse», dijo Lanny. «Quizá ninguno de nosotros sobreviva para ver el final de lo que Adi está construyendo. La victoria le convertirá en el milagroso amo de Alemania. Por eso debemos dar un paso atrás para empezar de nuevo y planear una guerra a largo plazo».

Trudi le explicó lo que había estado haciendo y él le contó el resultado de su visita a Shore Acres. Desolador pero inevitable, el asunto estaba cerrado. Él no podía vivir en el mundo de Irma ni ella en el suyo, y ninguno de los dos deseaba ya intentarlo.

Se marcharon a la campiña y pasearon rodeados por el esplendor de la primavera. La vida se renovaba incluso a orillas del río Marne, cuyas aguas se habían teñido con la sangre de los patriotas franceses en dos ocasiones durante el último conflicto. Sin duda volvería a ocurrir, dijo Lanny. La inteligencia de los hombres no estaba a la altura de la capacidad de la que hacían gala al crear sus grandes empresas, y su sentido moral no era lo bastante fuerte para poner freno a las armas de destrucción que habían inventado. «Nosotros, los que nos preocupamos por la gente, somos un grupo muy pequeño», dijo, «y pronto seremos aplastados por los tanques».

¿Qué iba a hacer Trudi de ahora en adelante? No podía seguir viviendo completamente sola, escondiéndose en una jungla de acero y ladrillo y pensando únicamente en la redacción y distribución de panfletos antinazis. De seguir así, pronto levantaría sospechas entre sus vecinos en estos tiempos de inquietud. Estaría mucho más segura, recomendó Lanny, si llevara una vida más normal a modo de camuflaje.

—¿Ya no te interesa dibujar?

—Me interesaría —respondió ella— en la medida en que fuera útil para la causa.

—Hazlo sin ponerle etiquetas —sugirió él—. Utiliza la misma astucia que el enemigo. ¿Por qué no buscas un estudio en Montmartre o en la orilla izquierda para vivir como tantos miles de artistas? Podrías decir que eres austríaca, nadie te prestará atención. Ni en tiempos de paz ni de guerra. De cuando en cuando puedes desaparecer durante algunas horas para reunirte con tus camaradas. Eso también sería bueno para mí, pues así podría verte cada vez que venga a París y no tendríamos que reunirnos en las esquinas.

—¿Qué piensas hacer tú, Lanny?

—Mi casa en el cabo seguirá tranquila durante un tiempo —respondió él—. Mi madre por fin aceptará que no estaba de su mano ayudarme y yo me dedicaré a escribir cartas a mis clientes y a ganar todo el dinero que pueda para nuestra propaganda. Pasaré mi tiempo de ocio en compañía de Beethoven y Liszt y algún que otro viejo amigo. Tengo una biblioteca repleta de libros cuya lectura llevo posponiendo mucho tiempo: *La República* de Platón y *Utopía* de Tomás Moro, *Guerra y paz* y *Jean-Christophe*…[127] La lista es larga. Debemos encerrarnos tras un muro, Trudi, y aprender a hibernar como los osos para vivir de nuestro espíritu, de nuestra propia esencia espiritual. Nos aguarda un largo invierno, quizá toda una era glacial, ¿quién sabe?

LIBRO CINCO
UNA MAREA EN LOS ASUNTOS DE LOS HOMBRES

18
LOS MIEDOS DE LOS VALIENTES

I

La vida era tranquila y agradable en Bienvenu a principios de la primavera de 1936. La naturaleza celebraba su deslumbrante desfile anual y los jardines de la villa bullían de esplendorosas llores, el escondite perfecto para abejas y mariposas. Los frutales de la finca se transformaron silenciosamente en fascinantes lienzos salpicados de explosiones de color rosa y blanco. Lanny practicaba al piano en el estudio y leía sus libros. Parsifal paseaba meditando o se sentaba en algún agradable rincón a la sombra de los frondosos árboles para rezar sus oraciones. Beauty jugaba al *bridge* con sus amigas y combatía a su incansable y eterno enemigo, el demonio del *embonpoint*. Este año se vio obligada a participar de una manera más discreta en las habituales celebraciones de la temporada, dado que no disponía del monedero de Irma. Emily no se encontraba demasiado bien de salud para organizar grandes eventos, de modo que Beauty frecuentaba Sept Chênes para encargarse de coordinar la preparación de cenas y bailes, ayudando así a mantener el buen nombre y el prestigio de la Costa del Placer.

Lanny Budd, soltero *pro tempore*, evadía hábilmente toda cuestión relacionada con tales eventos. Esto era muy irritante para las damas que le conocían porque no sabían qué actitud adoptar con él, ya se tratara de abordar los intereses de sus hijas o los estrictamente personales. ¿Estaba disponible, dado que ya no vivía con su esposa? ¿Y estaba dispuesto a concederle el divorcio o no lo estaba? ¿Y ella? Nadie estaba seguro. Casi cinco mil kilómetros separaban Cannes de Long Island. Sin embargo, estaban conectados por cables y ondas de radio, por lo que las columnas de cotilleo de ambos extremos podían seguir la historia sin grandes impedimentos. Según se

veía, la pareja había decidido separarse discretamente y los cónyuges parecían dispuestos a seguir adelante con sus vidas ignorando que en el mundo existían cosas como el amor y el matrimonio. Los redactores de la prensa rosa, no obstante, sabían que tal cosa no era cierta.

Lanny permanecía en casa el mayor tiempo posible. Cuando su madre le suplicaba él consentía en vestirse, la llevaba a alguna fiesta y bailaba con ella y con la anfitriona de turno. Después, considerando que había cumplido con su deber, se iba al salón de fumadores o a la galería y conversaba con caballeros que estaban al corriente de lo que sucedía en el mundo. ¿Cuáles eran las predicciones para las próximas elecciones? ¿Había alguna posibilidad de que venciera el *canaille* y, si tal cosa ocurría, qué iban a hacer al respecto los grandes propietarios? ¿Cuáles iban a ser las consecuencias de las nuevas leyes que prohibían a las organizaciones políticas llevar uniformes o portar armas? ¿Qué efectos tendrían las declaraciones del coronel De la Roque a la sazón de que la Cruz de Fuego actuaría siempre de acuerdo a la más estricta legalidad? ¿Era cierto que las *Jeunesses Patriotes* habían decidido unirse a una organización rival a resultas de la metedura de pata del coronel?

Durante años, el nieto de los Budd había sido sospechoso de inclinaciones izquierdistas, dada su costumbre de hacer cínicos comentarios sobre el *statu quo*. Ahora, sin embargo, y como él mismo explicaba, había llegado a la conclusión de que la política no era un ámbito adecuado para los amantes del arte y había decidido ceñirse al papel de espectador del eterno tira y afloja europeo. Una evolución perfectamente normal para un hombre de treinta y seis años, en especial después de haberse casado con una mujer millonaria. Los miembros de las doscientas familias que pasaban sus vacaciones en la Riviera no encontraban nada extraño en ello y reconocían sin ambages su intención de no someterse al dominio del populacho por muchos votos que obtuvieran en las elecciones. Se quejaban de la rapacidad de sus representantes políticos que, por si fuera poco, se autodenominaban «socialistas radicales».

Si más adelante este tipo de declaraciones se filtraban a *Le Populaire* de París y de allí a panfletos políticos menores, mítines y *réunions*, a nadie se le pasaría por la cabeza relacionar con ello a Lanny Budd. Los grandes hombres de negocios expresaban abiertamente sus ideas en los más diversos ámbitos y ante todo tipo de gente, y en un clima de guerra civil es frecuente que tengan lugar filtraciones, pues las facciones antagonistas se confunden y el espionaje y las más abyectas intrigas son el pan de cada día. En cualquier caso, nadie creía las mentiras que publicaban esos periodicuchos socialistas y comunistas. Por lo general se trataba de meras suposiciones que no dudaban en publicar, como si

fueran hechos probados. ¿Eso dicen? ¿Y qué más dicen? ¡Que digan lo que quieran!

II

«Ceddy se ha marchado a Washington», decía Rick en una de sus cartas. «Supongo que intentará obtener algún tipo de compromiso por parte del Gobierno estadounidense para que nos apoyen a la hora de imponer sanciones, solo por si acaso. Al menos eso es lo que Padre ha estado oyendo en los clubes».

Cuando Lanny lo leyó se lo contó a su madre, y esta exclamó: «¡Eso no se lo cree ni él! ¡Se ha ido a por Irma!».

Beauty había recibido una cordial carta de Fanny Barnes en la que invitaba a la otra abuela a pasar el verano en Shore Acres y le ofrecía una residencia exclusiva durante su estancia.

—No creo que te hubieran invitado si Irma tuviera pensado dejarse cortejar —señaló Lanny.

Y la madre respondió:

—Cuando llegue el verano estará en Reno, te lo digo yo.

Beauty no se olvidó de la conversación y poco después tuvo la dudosa satisfacción de saber que no se había equivocado, cuando varias amigas de Inglaterra y del continente le enviaron un artículo del *Tatler* en el que se decía que el decimocuarto conde de Wickthorpe había sido invitado por la señora Irma Barnes a su mansión de Long Island, Nueva York, mientras el marido de la dama vivía en la villa de su madre en Juan les Pins, cabo Antibes.

—¿Ves lo que te decía? —gritó Beauty—. ¡La estás perdiendo, Lanny!

—Me quitas un peso de encima —respondió el incorregible—. Temía que pudiera tratarse de cierto poeta germano-norteamericano.

—¡Oh, Lanny, qué grosería!

—Irma volverá a casarse, no me cabe duda. Y Ceddy es un caballero. Un poco cursi, eso sí, pero no muy diferente de ella. Cuando hayas tenido tiempo de asimilarlo llegarás a la conclusión de que el hecho de que Frances se convierta en la hijastra de un conde no está tan mal después de todo. No sé en qué te convierte eso a ti, pero estoy seguro de que será algo honorable.

Beauty optó por ignorar el impropio comentario.

—¿Ya te has hecho a la idea de perderla, Lanny?

—Ella está decidida y eso es más que suficiente. Lo único que puedo decir es que prefiero que la madre de mi hija sea feliz y no lo contrario, así que te aconsejo que vayas y hagas gala del *savoir-faire* que siempre te ha caracterizado.

Beauty había tenido ya medio año para hacerse a la idea y aceptar esta calamidad, y el hecho es que odiaba admitir que lo había logrado. No obstante, no estaba dispuesta a darse por vencida.

—Lanny, ¿no puedes ser franco con tu madre?

—Me encantaría… si fueras capaz de aceptarme tal como soy y no como tú quieres que sea.

—Deja de sermonearme y contéstame honestamente: ¿piensas pasar el resto de tu vida sin una mujer?

—No pienso a tan largo plazo, madre. El caso es que he tenido una sobredosis de un tipo de matrimonio al que dejé que me empujaran. Ahora estoy decidido a tomarme un descanso y, cuando esté preparado para volver a buscar a alguien, será el tipo de mujer que yo deseo, no lo que los demás piensan que me conviene.

—¿Tienes idea de cómo ha de ser?

—Es algo tan simple que resulta incluso infantil tener que decirlo: una mujer a quien le interesen las mismas cosas que a mí.

—Dime la verdad, ¿se trata de esa mujer a la que ayudaste a salir de Alemania?

Lanny supuso que lo había averiguado gracias a su padre.

—Por el amor de Dios —respondió él—, el marido de esa mujer está encerrado en un campo de concentración, o eso cree ella, y su vida gira en torno a la idea de salvarlo.

—¿Y piensas ayudarla?

—Lo haría si no pensara que las probabilidades de que esté muerto son de cien contra una.

—¿Y si ella llegara a convencerse de que está muerto? ¿Qué pasaría?

Lanny reflexionó unos instantes.

—¡Por favor, querido! —rogó la madre—. ¡Confía en tu madre como hacías en los viejos tiempos!

—El asunto es demasiado confidencial para poder darte alguna pista.

—Lanny, te doy mi palabra de honor de que no hablaré de esto con nadie aparte de ti. Quiero saber si mi hijo está enamorado, y si es así, de qué clase de

mujer se trata.

—No estoy enamorado. He pensado mucho en ello, naturalmente. He llegado a la conclusión de que soy dos personas que viven simultáneamente en dos mundos diferentes. Me gusta vivir ociosamente como siempre he hecho, pero entonces siento el impulso de dedicarme a una causa que merezca la pena. Y me pregunto a mí mismo: «¿Deseo ser la misma persona todo el tiempo?». Cuando leo acerca de Juana de Arco, su historia me emociona tremendamente y siento que la vida es sagrada y maravillosa. Pero si descubriera que voy a enamorarme de Juana de Arco creo que no lo soportaría, pues pienso que pronto me hartaría de escuchar su voz y querría desaparecer para escucharme solo a mí *mismo* aunque fuera durante un rato.

—¿Tan buena opinión tienes de esa mujer?

—A veces me hace pensar en Florence Nightingale y también me recuerda a Bárbara Pugliese, la sindicalista italiana que tanto me impresionó cuando era joven. También ella era un alma consagrada que me inspiró para intentar ser como ella. Sin embargo, me pregunto si soy lo bastante bueno para eso. Mi vida ha sido demasiado fácil durante demasiado tiempo y me temo que me he vuelto blando. Me falta carácter —Lanny hizo una pausa y después añadió—: Precisamente tú deberías entenderlo, porque te has sentido igual con Parsifal, o al menos eso me has dicho.

—Es cierto que me he sentido así —reconoció la madre con humildad—. ¡Pero cuesta tanto renunciar a las cosas!

—Me vi atrapado en una situación en la que no tuve más opción que ayudar a esa mujer, pues de lo contrario habría sido un canalla.

De modo que hice lo que pude. Sin embargo me pregunto: «¿Quiero seguir haciendo ese tipo de cosas?». Y de inmediato empiezo a poner excusas y a decirme a mí mismo que esa no es mi guerra.

—Pero, Lanny, ¿cómo podría serlo? —dijo la madre asustada, apretando el puño contra su pecho.

—Cada vez está más cerca. Y estoy seguro de que, antes de que termine, se habrá convertido en la guerra de todos los hombres decentes.

III

La Riviera italiana, la francesa y la española formaban parte de una sola costa bañada por el mismo mar azul y protegida por escarpadas montañas de los fríos vientos del interior. Tenían el mismo clima y en ellas se llevaban a cabo las mismas actividades, se pescaban los mismos peces y se cultivaban igualmente aceitunas, naranjas y uvas.

También la gente era muy parecida, sus sangres se habían mezclado a lo largo de los siglos y sus lenguas y dialectos procedían del latín. Del mismo modo, en cada una de las tres naciones se libraba una interminable lucha a muerte entre ricos y pobres, entre los que poseían la tierra y el capital y los que la trabajaban de sol a sol a cambio de un salario de hambre.

Naturalmente, cada una de estas naciones se interesaba por los asuntos de sus vecinos. Cuando las damas y caballeros del mundo de Lanny se hartaban de hablar de las perspectivas políticas de Francia, comentaban lo que ocurría en Italia y España. El ferrocarril recorría toda la costa y embarcaciones grandes y pequeñas entraban y salían a diario de sus puertos. A lo largo de los siglos, los refugiados que eran expulsados de un país solían huir a alguno de los otros. Y Francia, al estar en el centro, recibía a la mayoría de las víctimas de dicha persecución. Durante los últimos quince años habían sido los pobres y los partisanos de Italia. Ahora, tras un nuevo e imprevisto giro de la rueda de la fortuna, eran los ricos los que escapaban de España.

En el círculo social de Lanny tenían lugar a diario acaloradas discusiones que, a medida que pasaba el tiempo, se volvían cada vez más apasionadas. ¿Qué debían hacer las clases acomodadas? En Italia tenían un protector que se había comprometido a defender sus intereses. El hecho de que él mismo hubiera sido en el pasado el más rojo de todos los rojos no era sino una gran ventaja, pues de ese modo conocía sus debilidades y sabía cómo engañarlos. Había restaurado el orden, limpiado las calles y conseguido incluso que los trenes de su país fueran puntuales. Ahora, después de haber instaurado la armonía en la patria, se disponía a expandir su territorio. Para la mayoría de la gente del mundo de Lanny, este parecía ser un procedimiento razonable. Los salvajes debían ser sometidos y puestos a trabajar. ¿Cuál era si no el propósito de su existencia —para sí mismos tanto como para los demás?—. Cuando los hijos del Duce arrojaban gas mostaza desde sus aeroplanos sobre guerreros negros que combatían descalzos y se daban a la fuga, no hacían otra cosa que demostrar que eran seres superiores, y su rápido avance a través de aquellas escarpadas montañas solo era un ejemplo más de la supervivencia del más apto.

Si uno deseaba ver la otra cara de la moneda, no tenía más que viajar hacia el oeste de la Costa Azul en lugar de hacia el este. El dictador español no había sido lo bastante «firme», lo que no era más que un modo sutil de decir que no había matado a suficientes campesinos y trabajadores. Los rojos habían tenido oportunidad de llevar a cabo una campaña política y habían ganado las elecciones. ¡El resultado no se había hecho esperar! Un abogado de inclinaciones socialistas, Azaña, se había convertido en presidente y ahora treinta mil agitadores y bandidos que el anterior régimen había encerrado en la cárcel habían sido liberados de repente. Cualquiera sería capaz de prever las consecuencias. La prensa francesa hablaba de iglesias y monasterios incendiados, de campesinos que se disponían a expropiar a los terratenientes para repartirse la tierra y ararla y cultivarla en su propio beneficio. Los grandes propietarios españoles recogían sus pertenencias y se fugaban a Francia con sus familias. Y allí estaban ahora, acampados en los hoteles y villas de Cannes, dispuestos a olvidar sus cuitas asistiendo a tés vespertinos, cenas con baile y otras elegantes modalidades de entretenimiento.

De manera que, casi sin pretenderlo, Lanny Budd estaba en una situación privilegiada para descubrir los secretos mejor guardados de las clases dominantes españolas, escuchando a diario todo lo que decían, lo que hacían y lo que pensaban hacer. Por lo general aseguraban que no tenían la menor intención de residir en el extranjero de forma permanente ni de agachar la cabeza mientras veían cómo les arrebataban sus propiedades y sus legítimos privilegios. Iban a luchar por los que habían llegado a considerar sus derechos naturales.

Habían dejado en la patria a los miembros más jóvenes y activos de su clase mientras ellos, los más sabios y ancianos, se marchaban en misiones confidenciales a París y Londres, y más especialmente a Rorna y Berlín, donde esperaban encontrar importantes apoyos. Los que residían en la Riviera recibían cartas frecuentemente y hablaban sin tapujos sobre su contenido. Después de todo, decían, nosotros, la gente *du gratín*[128], formamos una gran fraternidad sin importar de dónde vengamos. Tenemos los mismos gustos, disfrutamos de los mismos placeres y tenemos los mismos miedos. Sería insólito que no pudiéramos confiar los unos en los otros y recibir al menos apoyo moral en tiempos de angustia y peligro.

IV

Lanny fue a ver a Raúl Palma y se lo llevó a dar un largo paseo en coche hasta las colinas, donde estarían a salvo de miradas y oídos indiscretos. Le dijo: «¿Saben tus amigos de España lo que está sucediendo actualmente en su Ejército y en su Gobierno? ¿Saben que una delegación de reaccionarios ha salido de Madrid para reunirse con Mussolini y planificar los detalles de una revuelta? ¿Qué recibirán asesoramiento sobre el dinero que necesitan y la cantidad de armamento y municiones que tendrán a cambio? ¿Saben que el general Sanjurjo está en Berlín en misión similar y que en cuanto resuelvan todos los detalles y salven los inevitables escollos tendrá lugar en España un *coup d'état* tan seguro como que mañana por la mañana saldrá el sol?».

—He oído esos informes y he escrito a todos los camaradas que conozco. Sin duda también ellos lo habrán averiguado a través de otras fuentes. Pero ya sabes cómo es nuestra gente. No nos gusta la violencia y nos cuesta creer en ella. Con una honda tristeza empiezo a preguntarme si nosotros los socialistas nos habremos quedado atrapados entre las ruedas de un molino dispuestas a triturarnos. Pensábamos que, por el hecho de haber alfabetizado al pueblo y haber obtenido la mayoría de los votos, el asunto estaba arreglado. Se supone que esas son las reglas del juego político.

—Ni para Mussolini ni para Hitler lo son, y tan solo han comenzado sus respectivas carreras. Mussolini ha conseguido que la Liga ceda ante sus bravuconadas, de modo que ahora saca pecho y dice: «Así es como se hacen las cosas. No hay más que asustar a esos viejos chochos y enseguida se pondrán de rodillas».

—¿De veras crees que Gran Bretaña y Francia permitirán que Mussolini y Hitler derroquen a nuestro Gobierno legalmente elegido en España?

—No podemos contar con los políticos capitalistas. Debemos encontrar nuestra propia vía para llegar a las masas y enseñarlas a defender sus intereses.

—Pero, Lanny, según creo los británicos tienen grandes intereses en las minas españolas: hierro, cobre y mercurio.

—Los capitalistas siempre son capaces de alcanzar pactos que sirvan a sus prerrogativas. No hay más que ver cómo franceses y alemanes protegieron las acerías de la cuenca del Briey durante la guerra. Los capitalistas británicos no quieren que la izquierda gobierne en España, pues temen que suban sus aranceles. Desean lo que ellos llaman un gobierno fuerte, uno que sea capaz de contener a los trabajadores e imponga los impuestos a los consumidores.

—Lanny, deberías ir a España para advertir del peligro al Gobierno. No te costaría llegar hasta ellos.

—Desde luego, pero pronto se sabría aquí y todas mis fuentes de información me pondrían en su lista negra. Te lo cuento para que tú mantengas viva la cadena.

—Pero si no puedo revelar la fuente de información, los camaradas pensarán que no son más que cotilleos de los ociosos de la Riviera. Todo el mundo sabe que los refugiados se engañan a sí mismos. Son capaces de creer cualquier cosa que mantenga viva su esperanza.

—Puedes decirles a tus amigos que aquí en el cabo hay parientes de Juan March. ¿Has oído hablar del rey del tabaco de Mallorca? Me han dicho que ha financiado la rebelión con varios millones de pesetas y que Francisco Franco es el Caudillo[129] que ha escogido.

—¡Pero he leído que nuestro Gobierno ha enviado a Franco a las islas Canarias!

—Es posible, pero ¿cuántas horas crees que tardaría en volar desde allí hasta Marruecos? ¿Qué crees que haría Franco si descubriera que algunos de sus oficiales planean expulsarlo del Ejército?

—Ahí es donde los intelectuales están en grave desventaja —comentó el director de la escuela profundamente desanimado—. Nuestros oponentes son capaces de cometer asesinatos cuando y donde sea. Pero si lo hiciéramos nosotros, ¿adónde irían a parar nuestros ideales?

—¡Ah, sí! —respondió el experto en arte, igual de apesadumbrado—. ¡No somos capaces de cometer asesinatos, por tanto hemos de sufrirlos!

V

Paúl insistió en que Lanny debía visitar España pero este le respondió que antes precisaba resolver unas importantes negociaciones concernientes a varias obras de arte. El director de la escuela le contó que la primavera allí era hermosa, una estación agradable, pero el verano era muy caluroso. Lanny dijo que no le importaba el calor, pues se había criado en un clima muy parecido. Había escrito a varios de sus clientes para consultarles si estarían interesados

en la pintura española. Así, pronto podría combinar el negocio del arte con los placeres de la investigación sociológica.

El director de la escuela plasmó las advertencias de Lanny en un artículo que fue publicado en un periódico de izquierdas de Barcelona y en una gaceta socialista en Francia. Rick utilizó la información para un semanal londinense y el mismo artículo apareció también en Nueva York. De modo que Lanny sintió que de verdad estaba sirviendo a la causa de los pueblos democráticos, lo que le permitió seguir representando su papel en la sociedad elegante sin que la conciencia le importunara demasiado. Su madre se aseguraba de que conociera a gente importante y él aprendió a dirigir las conversaciones con delicadeza. Recopiló los nombres de muchos colaboradores nazis y fascistas en la Riviera y logró hacerse una idea bastante fiable sobre la cantidad de dinero que se estaban gastando para manipular las elecciones francesas. Por mucho que los dictadores se aborrecieran mutuamente, estaban demostrando que eran capaces de unirse contra su enemigo común. Ribbentrop, el vendedor de champán que se había convertido en el viajero diplomático de Hitler, se había reunido con el yerno de Mussolini, el conde Ciano, y acordaron manipular a la prensa para que los diversos países adversarios se atacaran mutuamente.

Cuando las elecciones francesas eran ya inminentes Lanny poseían mucha información, de modo que se montó en su coche y salió hacia París dispuesto a reunirse con Léon Blum. Muchos años atrás, en tiempos de paz, se habrían reunido en algún café, pero ahora Lanny se dirigió en secreto al hogar del líder socialista en la Île St. Louis y le pidió que no contara nada de lo que iba a decirle. Blum se encontraba en esos momentos en el punto álgido de una extenuante campaña y las secuelas eran evidentes en su aspecto físico. Siempre había sido delgado y de aspecto frágil pero ahora parecía exhausto. Esta es una de las trágicas consecuencias del sistema democrático, que para conseguir un cambio profundo en la sociedad, un hombre ha de pasar antes por un *vía crucis* capaz de arrebatarle la energía necesaria para llevarlo a cabo. Los líderes reaccionarios, contando con el apoyo de las grandes fortunas y del noventa por ciento de la prensa, pueden tomarse las cosas con más tranquilidad, mientras que el paladín del pueblo se ve obligado a arrastrarse de un mitin al siguiente, gritando hasta quedarse sin voz, y a permanecer de pie noche tras noche durante las reuniones y comités del partido.

Si Léon Blum hubiera podido decidir habría sido poeta y coleccionista de arte. En su antigua casa repleta de *bibelots*, de baratijas, el viejo miraba con patética envidia al hombre más joven que, a pesar de sus convicciones socialistas, era capaz de encontrar tiempo para las Musas. Valiente y

desafiante en la tribuna, Blum era sin embargo bastante tímido y poco seguro de sí mismo en la intimidad. Tenía la sensación de que su partido había asumido una carga innecesaria al elegir a un judío para dirigirlos, pero sus afiliados no opinaban lo mismo, por lo que seguía liderando la lucha. A punto había estado de pagarlo con su vida cuando una banda de fascistas pendencieros lo había asaltado en su coche, haciendo saltar cristales que le habían cortado la vena yugular.

Lanny lo notó muy preocupado por la situación internacional, aunque se veía obligado a dedicar casi todo su tiempo y sus pensamientos a los problemas domésticos. Se había comprometido a poner freno a las ligas fascistas y a acabar con el poder del Banco de Francia, el auténtico gobernante de la República. Estaba dispuesto a nacionalizar la industria armamentística, declaró. Y Lanny respondió: «Eso está bien, pero ¿está usted seguro de que de ese modo sería capaz de conseguir más municiones en menos tiempo?».

El político pacifista se sorprendió visiblemente al descubrir que su amigo norteamericano había adoptado una posición tan militarista. Y Lanny tuvo que asegurarle que su actual postura no tenía nada que ver con el hecho de que su padre hubiera entrado en el negocio de los aviones de combate, sino a que había averiguado lo que eran capaces de hacer los aviones y el uso que los dictadores pretendían hacer de ellos. Lanny no estaba violando ninguna confidencia al mencionar que el general Goering había comprado varias unidades del nuevo modelo de Budd-Erling. Estaba seguro de que los servicios de inteligencia franceses ya lo sabían, aunque posiblemente no se habían tomado la molestia de mencionárselo al líder del Frente Popular y posible primer ministro del país. Quizá fuera un secreto que las compañías petroleras estadounidenses habían aceptado el dinero de Hitler y estaban construyendo enormes refinerías en Hamburgo con el fin de disponer de combustible suficiente para sus aviones. Y también que productores norteamericanos de magnesio se lo estaban vendiendo a Hitler para la fabricación de bombas. ¡Pero esos eran los secretos de Hitler, no los de Lanny Budd!

VI

Trudi Schultz había seguido el consejo de Lanny y había encontrado un estudio en la Orilla Izquierda, cerca de la famosa escuela de arte. Era un lugar muy pequeño, pues la joven se dedicaba exclusivamente al dibujo y para ello no necesitaba más que un caballete y un poco de papel, Ya había hecho algunas amistades y formaba parte de la vida estudiantil de París; todo el mundo la aceptaba y nadie la atosigaba con preguntas indiscretas. Sobre todo dibujaba retratos de los trabajadores del vecindario que, por cierto, gustaban tanto que habían sido expuestos en un café cercano a su casa y varios incluso habían sido vendidos por cincuenta francos cada uno, unos dos dólares norteamericanos —aunque la artista no tenía mucho de norteamericana—. Trudi se sentía satisfecha por ser capaz de ganarse un pequeño sueldo para pagar la renta y comprar comida, y de ese modo dedicar el dinero de Lanny exclusivamente a la causa.

Todo para que su caballeroso amigo pudiera visitarla sin que la situación le resultara extraña. Preparó cacao y una cena a base de pan y queso, aceite, aceitunas y endivias frescas. Mientras tanto, Lanny le habló sobre España y las calamidades que amenazaban a su pueblo. Esta vez su audiencia sería más fácil de convencer. Le habló de Blum y de los miedos que en este bondadoso idealista despertaba una tarea que requería un carácter a todas luces más duro que el suyo. Trudi le contó su vida en el barrio y habló sobre algunos de sus vecinos y su compromiso con la lucha política. Muchos estudiantes llevaban la *béret basque*, que se había convertido en un símbolo de los fascistas franceses, y otros llevaban la gorra roja. Ambos solían enfrentarse en las calles y no era infrecuente que hubiera que reparar algún que otro cráneo fracturado.

Los comentarios de Beauty le habían hecho reflexionar sobre si estaba o no enamorado de Trudi. El estudio era un lugar agradable, con sus ventanas abuhardilladas abiertas y la suave brisa del anochecer colándose en la estancia. A cualquier joven con predisposición romántica le habría resultado encantador llamar estudio a aquel cuartito situado en un ático e instalarse indefinidamente allí para cultivar sus talentos y preparar sus propias comidas al estilo campesino. El cuarto de Trudi, sin embargo, era muy distinto de las habitaciones de los estudiantes bohemios que Lanny había conocido, pues estaba limpio y ordenado. Y lo mismo podía decirse de ella. Mientras contemplaba sus rasgos delicadamente cincelados, sus cándidos ojos azules y su hermoso cabello ondulado y brillante, Lanny pensaba en encontrar al pintor adecuado para retratar a esa muchacha, ejemplo modélico de la raza aria que los nazis habían conseguido mancillar.

Trudi era una extranjera en tierra extraña. Observaba a la gente a su alrededor y era capaz de hablar durante un rato sobre lo que veía, pero enseguida volvía a pensar en la patria que había dejado atrás. Estaba obsesionada con los campeos de concentración, las mazmorras donde torturaban a hombres y mujeres y los horrores que soportaban, no solo los obreros e intelectuales alemanes, sino la civilización alemana al completo, sus ideales y su decencia. Cada vez que hablaba de ello, sus delicados labios empezaban a temblar y sus ojos se humedecían. Ella no quería hablar de arte, ni siquiera del suyo, sino del próximo mensaje que escribiría para denunciar las crueldades de los demonios nazis. Lanny se dio cuenta de que, si alguna vez le hacía el amor a Trudi Schultz, alias *Mueller*, alias *Kornmahler*, tendría que acostumbrarse a comer el pan de cada día mojado en lágrimas y se vería en la necesidad de adquirir los divinos poderes a los que Goethe había cantado.

Poco antes de visitar a su amiga, Lanny había estado en el apartamento parisino de Zoltan, repleto de tesoros de todas clases; dibujos autografiados y fotografías decoraban las paredes, y libros de arte y literatura con hermosas encuadernaciones llenaban las baldas de las estanterías. Había también un piano y Lanny se había pasado gran parte de la tarde tocando para su amigo las sonatas para violín de Mozart. Siempre le resultaba encantador interpretar aquellas melodías de infinita variedad y delicadeza. Cuando llegaba a un *andante*, sus almas se llenaban de melancolía, pero con una cualidad encantadora y hermosa que nacía de la nostalgia y no de la cruda y brutal realidad de la que hablaban los periódicos cada mañana. Si se trataba de un *allegro*, sentían la alegría y ligereza de la brisa primaveral sobre los campos floridos donde correteaban corderillos, conejos y otras criaturas de pies ligeros. Un placer, al mismo tiempo físico e intelectual, se apoderaba de los artistas, una sensación de triunfo y confianza en sí mismos y de unidad con el resto de la creación. *Seid umschlungen, Millionen!*[130]

Sin embargo, si Lanny le hiciera el amor a Trudi, tendría que despedirse de tan inocentes placeres. Tendría que aprender a llorar por los padecimientos del mundo y a considerar el ocio y la búsqueda del placer como una traición a sus mártires camaradas. El mero hecho de que estuviera en su casa hablando de Mozart ya debía de suponer una tentación para Trudi. Era difícil creer que ella no hubiera contemplado en algún momento la posibilidad de amar a aquel agradable norteamericano, o en cualquier caso lograr que él la amara. ¿Se sentiría ella igual que él se había sentido al reencontrarse con Rosemary?

VII

A primera hora de la mañana fue a visitar a su tío Jesse para conseguir pillar al viejo guerrero antes de que se dispusiera a afrontar sus deberes electorales. Para su sorpresa, se encontró con el diputado postrado en la cama, pues había caído víctima de la gripe. Algo de lo más inoportuno ya que en esa situación se sentía completamente indefenso mientras sus enemigos atacaban sus posiciones políticas. La fiel esposa de Jesse estaba sentada junto a su cama mientras él le susurraba el orden del día. En cuanto terminó se mostró dispuesto a disfrutar de la compañía de su sobrino, que se dedicó a ponerlo al día acerca de lo que los malditos fascistas y los condenados socialistas habían estado diciendo y haciendo.

El Frente Popular trabajaba de un modo bastante peculiar en Francia. En primer lugar se llevaba a cabo una votación en la que todos los partidos presentaban a sus candidatos y, una semana más tarde, tenía lugar una segunda vuelta en la que se enfrentaban los dos candidatos más votados. Esto significaba que, hasta el día veintiséis de abril, comunistas y socialistas serían encarnizados rivales. Después, y hasta el tres de mayo, serían los mejores amigos, unidos contra el enemigo común. Superada esa fecha, «Bueno, bueno, ya veremos cómo funcionan las cosas», dijo el diputado comunista. Habiendo servido fielmente al proletariado de un *faubourg* de París durante cuatro años repletos de traiciones, *Zhess Blocléss*, como los franceses pronunciaban su nombre, creía que había llegado el momento de exigir las debidas disculpas, aunque no le parecía justo pensar que algún joven socialista de salón fuera a aprovecharse de su condición de enfermo para robarle votos o incluso arrebatarle el puesto de diputado.

Como el paciente tenía prohibido hablar, Lanny aprovechó para monopolizar la conversación por una vez. Le contó las últimas noticias de Bienvenu y Connecticut, y también de Inglaterra, Italia y España. Y descubrió que su tío estaba al tanto de todo lo que ocurría en este último país. También los comunistas tenían sus propios canales de información. Y lo que habían descubierto encajaba a la perfección con las fórmulas comunistas. De hecho, sonaba casi igual que el viejo disco rayado que Lanny había estado escuchando desde su infancia. Ansaldo y Fiat le habían dado dinero a Mussolini, con un poco de ayuda de la casa Morgan, claro está. Thyssen y otros reyes del acero habían financiado a Hitler. Y ahora un excontrabandista que poseía el monopolio gubernamental del tabaco iba a frustrar las esperanzas de los

españoles ignorando el resultado de las urnas con el fin de devolver el trono ibérico a los reaccionarios.

Para el pintor reconvertido en político esta era la prueba definitiva de la futilidad de toda política, con excepción de la suya propia, que recurría a métodos como la agitación social y la propaganda para alcanzar sus objetivos. Las clases pudientes jamás renunciarían a sus privilegios, nunca dejarían de luchar, y esperar lo contrario sería pecar de la misma ingenuidad de la que adolecía su sobrino o, peor aún, una deliberada traición a la clase obrera propia de los socialistas que trataban de echar del Gobierno a Jesse. El enfermo pronto se olvidó de las órdenes del médico y empezó a recordar algunas de las cosas que le habían sucedido durante sus cuatro años en la cámara de diputados. Cómo las doscientas familias controlaban las leyes del país mediante una organización conocida como «Unión de Intereses Económicos», aunque debiera haberse llamado «Casa de Sobornos de Francia». Todo hombre de negocios necesitaba dinero, de modo que cada vez que la organización quería tumbar alguna medida en particular, los diputados recibían cierta cantidad para pagar sus deudas de juego o para comprarle una pulsera de diamantes a su *amie*.

—Denis de Bruyne me lo ha contado —dijo Lanny— así que no es necesario que te excites, te pondrás aún peor.

Al contemplar a aquel viejo luchador arrugado, calvo y consumido, pensó: «Sí, un hombre puede renunciar a sus placeres. Un hombre puede lanzarse a la batalla. ¿Qué es lo que les impulsa a hacerlo?».

Obviamente, la intensidad de sus convicciones. Jesse Blackless sabía que tenía razón, tenía la respuesta a todas las preguntas y el mundo se salvaría si seguía sus prerrogativas. Un hombre con semejantes certidumbres era capaz de convertir sus ideas en una afilada espada capaz de atravesar las mentes de sus semejantes, algo que no podría hacer si permitiera que las dudas y las opiniones ajenas echaran a perder el filo de su acero. Así era como Adi Schicklgruber había conseguido conquistar al desconcertado e infeliz pueblo alemán.

Había grabado a fuego en sus mentes unas pocas consignas y las había repetido millones de veces, sin tregua ni descanso. Cuando dos hombres como esos profesaban ideas opuestas, la única opción era una guerra como la que actualmente tenía lugar entre comunistas y nazi-fascistas. Quizá era inútil albergar la esperanza de que ambos dejaran de pelear y se sentaran a exponer sus argumentos con el fin de alcanzar acuerdos por el viejo método del diálogo abierto y el voto a mano alzada. Pero Lanny sabía que eso jamás ocurriría a

menos que alguien propusiera dicho sistema públicamente con la misma determinación de la que hacían gala aquellos fanáticos.

VIII

Una lluviosa mañana de domingo unos diez millones de franceses —varones— acudieron a las urnas para que contaran sus votos. Los obreros comunistas del distrito del tío Jesse lo apoyaron lealmente y consiguió el mayor número de votos. Sin embargo, no obtuvo una mayoría absoluta, por lo que tendría que celebrarse una segunda vuelta. Esta vez ni todos los *médecins* de París serían capaces de obligar al viejo caballo de batalla a bajarse del estrado. Jesse necesitó ayuda para acceder a la tribuna y solamente pudo hablar durante unos minutos, pero fue suficiente para que las masas rugieran de entusiasmo. Prometió seguir luchando contra la reacción capitalista en cualquiera de sus formas y declaró su lealtad al Frente Popular mientras este siguiera el programa establecido. El domingo siguiente, de nuevo bajo la lluvia, los votantes volvieron a acudir en masa y salió vencedor. Setenta y dos diputados comunistas resultaron elegidos, en lugar de diez. ¡Era casi increíble!

La coalición popular había conseguido más del sesenta por ciento de los diputados, lo que significaba que Blum sería primer ministro con toda certeza. Habiendo donado varios miles de francos a la campaña de Blum, Lanny sintió que había contribuido a la victoria y consideró que podía regresar a Bienvenu con la conciencia tranquila. Y eso fue lo que hizo. Al llegar tuvo la satisfacción de descubrir que sus ociosos amigos de la Riviera no salían de su asombro por lo sucedido y empezaban a temer por sus ingresos y por su seguridad. Eso incluía también a los españoles, pues ¿cómo podrían llevar a cabo su *coup d'état* mientras un socialista judío estuviera al frente de la política de Exteriores y fuera a todos los efectos comandante del Ejército y la Armada franceses?

Beauty había aceptado la invitación para disfrutar del verano en Shore Acres, pero antes pasaría el mes de junio con Margy ayudándola a preparar la temporada londinense. Beauty era una mujer sensata a pesar de su aparente necedad. Sabía que a mitad de la cincuentena ya no la invitaban a ciertos eventos a causa de su belleza, de modo que decidió dedicarse a ser útil para sus amigas, asesorándolas durante la elaboración de listas de invitados, mediando

en reuniones complicadas y esforzándose en ser agradable para su entorno. Ahora deseaba poner en práctica sus habilidades sociales para reparar el daño que había sufrido la posición de su hijo, por lo que le suplicó que la acompañara durante su estancia en Londres. Lanny sabía exactamente lo que aquello suponía, pues ya le había presentado a varias muchachas casaderas cuyos padres tenían dinero.

Beauty Budd no seguía fielmente todos los preceptos de las antiguas escrituras judías, aunque sí había uno que avalaba fervientemente: el que afirmaba que ningún varón debería vivir solo. Estaba segura de que alguna astuta fémina acabaría pillando a Lanny incluso antes de que Irma hubiera cortado definitivamente sus lazos legales. Pues bien, si era inevitable, al menos que fuera una a la que Beauty hubiera tenido ocasión de examinar. Haciendo todo lo posible por adecuarse a los extraños gustos de su hijo, buscó a una candidata del tipo intelectual, una de esas desgraciadas muchachas con anteojos que, según la leyenda profana, no suelen ser cortejadas. La joven en cuestión era hija de un banquero retirado y había publicado un par de novelas. Beauty se había tomado la molestia de invitarla a comer para después dejarla a solas con Lanny. La angustiada madre descubrió más tarde que sus novelas pertenecían a la llamada escuela del monólogo interior, que su hijo consideraba el epítome de la futilidad y un síntoma más de la decadente vitalidad creativa de las clases parasitarias. Tras varios intentos fallidos de entablar conversación, Lanny optó por invitar a la joven dama a jugar al *croquet*.

IX

No obstante, tampoco había nadie en Londres con quien pudiera conversar. Por supuesto estaba Rosemary, condesa de Sandhaven, y cada vez que pensaba en ella sentía un hormigueo recorrer de arriba abajo su sistema nervioso. Llevaba casi un año entero viviendo sin amor y ahora por fin volvía a mirar a las mujeres y a pensar en ellas. El amor moderno es una invención complicada y pocos lo conocían mejor que el desastroso nieto de los Budd. Había alcanzado una edad en la que empezaba a darse cuenta del precio que había pagado por su tozudez. No en dinero, por supuesto, pues para él nunca había

sido un problema. La Riviera estaba repleta de damas disponibles a cualquier precio, desde los diez francos hasta los diez mil. Otras, las más descocadas, pululaban por los círculos de la más alta sociedad sin especificar importe alguno, en cuyo caso bastaba con dejar una suma adecuada sobre la mesilla antes de salir de la habitación. En cuanto al modo de saber cuál era dicha justa cantidad, era bastante parecido a escoger el billete que había que darle al mayordomo después de una estancia en la residencia de unos amigos.

Pero lo que a Lanny le preocupaba eran los lazos emocionales, las obligaciones sociales e intelectuales que estaba dispuesto a invertir. Desde el momento en que se hacían ciertas concesiones, uno perdía la libertad de salir de casa a su antojo o de encerrarse en el estudio a leer o a tocar el piano. Acompañar a la dama a los casinos y a los cabarés se convertía en una obligación. Si era aficionada a los deportes era de ley jugar al tenis con ella, aunque Jerry Pendleton jugara mucho mejor y los partidos fueran más disfrutables teniéndole como rival. Las escapadas con Raúl Palma serían motivo de sospecha, ¡sin duda se trataría de otra mujer y la dama en cuestión le pagaría con la misma moneda flirteando con otro! Por no hablar de viajar solo discretamente a París y Londres. La susodicha se empeñaría en ir también ¡y el viaje se convertiría de inmediato en un desfile digno de la prensa rosa!

Con Rosemary, sin embargo, todo sería más simple. Rosemary era apasionada y al mismo tiempo serena. Se tomaba las cosas como venían, incluido el amor, y quizá era esa la mejor manera de afrontarlo si uno no quería problemas. Rosemary disfrutaba de una posición social en la que nadie podía herir sus sentimientos. Era una buena compañía en cualquier situación, lo que para Lanny significaba que solía quedarse callada y le dejaba hablar, y nunca trataba de imponerle su visión de las cosas. Realmente era una amante excelente. Lo sabía desde que tenía dieciséis años y lo había confirmado diez años después. ¡Y ahora la rueda de la fortuna había vuelto a girar! Le enviaría un telegrama: «¿Puedo ir a visitarte?». Y ella le respondería: «¡Encantada!». Ella viajaría a Londres y buscaría un rinconcito encantador. Lanny nunca olvidaría la primera vez, mientras las bombas caían sobre la ciudad. Aún conservaba en un cajón un fragmento de metralla que había guardado como *souvenir* de aquella *belle nuit damour*.

Pero incluso así podían surgir complicaciones. Bertie podría enterarse y se armaría un gran escándalo. Rosemary nunca había estado segura de cómo reaccionaría su inquieto marido en ese caso, de acuerdo a los modernos estándares del amor gentil. Por otra parte, Lanny debía pensar en Frances y en

sus derechos como tutor y padre de la pequeña. Si algo así se descubriera estaría en seria desventaja a la hora de conservar su custodia. Finalmente estaba también la otra mitad de su personalidad, la que anhelaba sacrificarse por la causa y sin duda le miraría con desdén si se dejaba arrastrar a otro romance elegante. Deseaba fervientemente la aprobación de esa otra mitad y, cada vez que esta le decía que debería encontrar a una mujer dispuesta a unirse a su lucha contra el fascismo, él no sabía qué responder, y al instante empezaba a pensar en Trudi. ¿Qué estaría haciendo, cómo sería vivir con ella, sería capaz de hacerla feliz?

X

Cuando por fin llegó el momento de partir, Beauty se resistía a dejar solo a Lanny en Bienvenu, y no había quien la convenciera de que irse a pescar y a navegar con su extutor sería suficiente para mantener a su hijo alejado de los problemas. Cuando ella le sugirió que la llevara en coche a Londres, él supo perfectamente lo que pretendía. Lo llevaría a Bluegrass, la casa de campo de Margy, y no pasarían dos días antes de que una bandada de misteriosas jovencitas comenzaran a revolotear por la casa a la hora de comer.

Sin embargo, a Lanny siempre le costaba resistirse a una invitación para conducir, de modo que lo hizo, y de camino se detuvieron durante dos noches y un día en Les Forêts para visitar a Emily. Y ese fue precisamente el día, a principios de junio, en que Léon Blum tomó posesión del cargo de primer ministro, un día marcado en rojo en el calendario de Lanny. Tuvo ocasión de hablar sin tapujos con Emily y le contó que acababa de recibir una carta de Kurt Meissner, que esperaba llegar a París en menos de dos semanas. Lanny consideró su deber advertir a Emily, bajo la más estricta confidencialidad, de sus sospechas en lo concerniente a las intenciones de Kurt. Si la *pionnière* no veía ningún inconveniente en entretener a un agente nazi, eso era decisión suya, pero Lanny no quería que lo hiciera con la falsa premisa de estar promocionando la fraternidad entre naciones o el arte musical.

Lanny le habló de Forrest Quadratt, que estaba representando el mismo papel en los Estados Unidos. Los alemanes extendían por todo el mundo su red de intrigas y, bien se tratara de un sutil y refinado artista, del más humilde

esclavo del hogar o de un fornido estibador de los muelles, todos llevaban a cabo su trabajo con fanática devoción. Beauty recibió una carta de su hija, que al parecer había decidido instalarse alegremente en Shore Acres por un periodo indefinido. Vittorio enseguida se había hecho amigo de Quadratt, y Lanny comentó: «Sin duda ambos obedecen órdenes como consecuencia de la reciente reunión entre Ribbentrop y Ciano». Para Beauty Budd, el comentario no era más que otro síntoma del patológico estado mental de su hijo. La diplomática Emily, por su parte, no dijo lo que pensaba pero prometió respetar la confidencia de su amigo.

Lanny llevó a su madre a Bluegrass pero consiguió evitar la compañía de las damas. Debía cerrar dos ventas en Londres para recaudar algo de dinero. Después fue a Los Cauces para pasar algunos días con Rick. Salieron a batear al Támesis y el norteamericano compartió con su amigo sus cuitas acerca del deplorable estado de Europa. Le contó las noticias que había ido recopilando de las más diversas fuentes y el inglés tomó nota con notable satisfacción, pues de ese modo el tullido exaviador podría volver a sentarse ante su máquina de escribir para teclear furiosamente un nuevo artículo que leerían miles de personas o quizá cientos de miles. Así es como funciona la democracia y ese el modo de protegerla. Los dos estaban de acuerdo en la suprema importancia de la propaganda.

XI

Lanny también se desahogó con su mejor amigo hablándole de sus problemas sentimentales. Ya no pensaba en Irma, pero su lugar había sido ocupado por Rosemary. No había día o noche que no pensara en ella y algo en su interior le empujaba a llamarla o a ir a visitarla. Estaba seguro de que podrían retomar su antigua relación saltándose los tediosos preliminares.

—Pero sabes que ahí no hay nada, Lanny. Ya lo intentaste y la relación no te llevó a ningún lado.

—Nos lo pasamos muy bien —respondió Lanny, resumiéndolo algo groseramente.

—Lo sé, pero no puedes seguir jugueteando para siempre. Sabes que ella nunca abandonará a Bertie a menos que se vea obligada a hacerlo. Le gusta su

gran mansión, su título y todo lo que conlleva. No serás para ella más que un pasatiempo.

—Siempre he escogido a las chicas equivocadas, es mi sino.

—Es porque te mueves en el círculo equivocado. Si frecuentaras a los socialistas conocerías a mejores chicas.

—No puedo hacerlo, Rick, pues si me descubrieran perdería todos mis contactos.

Entre las visitas que habían pasado ese día por Los Cauces se encontraba un joven profesor de la Universidad de Londres, y Rick comentó:

—Ese es el tipo de lugar donde conocerías a mujeres interesadas en nuestras ideas. Ve a dar un par de charlas y se lanzarán sobre ti como un enjambre.

Lanny no pudo evitar echarse a reír.

—¿Yo dando una conferencia en la universidad? ¡Si ni siquiera tengo un título!

—No es raro que inviten a especialistas para hablar sobre los temas más peregrinos. Podrías instruirles acerca de cómo se construyen actualmente las grandes colecciones de arte en Norteamérica. Les contarías tus experiencias y enseguida tendrías a una docena de expertas en arte en ciernes siguiéndote por los pasillos.

A Lanny, sin embargo, la idea no le resultaba tan atractiva. No quería docenas, tan solo quería a una. Y la muchacha en cuestión debía tener la dulce sonrisa de la Mona Lisa, una exhuberante y larga melena dorada y el aspecto de Minerva, diosa de la sabiduría. Rosemary era quien le había hecho desear todas esas cosas cuando era un adolescente y su hechizo nunca había llegado a romperse.

—¡Pero no puedes hacerlo! —exclamó Rick—. De veras, viejo amigo, eso sería vergonzoso. Solo serviría para que volvieras a distanciarte del movimiento. No aportaría absolutamente nada a tu vida y además podrías meterte en un entuerto de mil demonios.

Eso resolvió el problema. Lanny jamás podría dejarse llevar por algo que su amigo considerase vergonzoso. En materia de ética socialista y buenas costumbres británicas, Rick siempre había sido la autoridad. Y ahora el más joven respondió:

—Supongo que lo mejor será que me aleje de Inglaterra durante una temporada. Raúl lleva tiempo rogándome que vaya a España y quizá ese sea mi siguiente trabajo.

—¡Estupendo! —exclamó el hijo del barón. Y acto seguido añadió—: ¡Pero no vayas a volver acompañado por alguna señorita andaluza!

XII

Lanny condujo de regreso a casa de Margy para despedirse de su madre. Por una mera cuestión de cortesía debía quedarse un par de días y conocer al menos a una damita encantadora. No tardó en rendirse a su embrujo, dadas sus circunstancias, pero en cuanto empezaron a hablar sobre asuntos menos mundanos decidió que más le valdría hacerse cargo de un canario.

Se alegró al recibir la carta de un cliente del Medio Oeste que le preguntaba si sabía de la existencia de alguna obra representativa de Greuze que pudiera añadir a su colección de artistas franceses. El experto guardaba en el maletero del coche su archivo de imágenes y entre las numerosas reproducciones encontró el retrato de una mujer que había tenido ocasión de examinar en Ginebra hacía más de una década, durante una convención de la Liga. «Hermoso y sentimental», había escrito al dorso. Y el precio era de dieciséis mil dólares. Envió un telegrama a Ginebra para averiguar si el cuadro aún estaba disponible y la respuesta no se hizo esperar: «¡Sí!». Envió un cablegrama a su cliente ofreciéndose a examinar de nuevo la obra para informarle con más detalle. Y como respuesta recibió otro «¡Sí!», de modo que se le había presentado la ocasión perfecta para huir de los intentos de Margy y Beauty por buscarle alguna potranca. Margy, que era originaria de Kentucky, criaba purasangres en un intento por mantener a raya la nostalgia de su tierra, por lo que Lanny no había podido evitar asociar el mercado matrimonial con las ferias ecuestres.

¡Atravesar los Alpes en automóvil en pleno mes de junio era una forma ideal de ganar dinero! Lanny cruzó el Rin en Estrasburgo, una ciudad que le traía aciagos recuerdos pues, en ese mismo puente, los nazis le habían entregado el cuerpo destrozado y moribundo de Freddi Robin. En esta ocasión no le invitaron a visitar las fortificaciones que se apresuraban a completar trabajando sin descanso. Sin embargo, cuando llegó al anochecer pudo ver las luces eléctricas de los sitios de construcción a lo largo del curso del río y escuchó el rugido atronador de la maquinaria pesada. Habían

transcurrido poco más de tres meses desde que Hitler movilizara a sus tropas hasta allí, pero en ese breve lapso de tiempo había adelantado tanto el trabajo como los franceses en su lado de la frontera en el mismo número de años. Esa era la eficiencia alemana, ¡lástima que no hubiera sido puesta al servicio de fines menos odiosos!

Las cumbres nevadas se teñían de rosa al amanecer y al atardecer y durante el crepúsculo adquirían una intensa tonalidad purpúrea. El gran lago era de un azul agranatado y los cisnes y las embarcaciones de recreo de un blanco deslumbrante. Lanny pensó, no por primera vez, que cuanto le rodeaba era de su agrado, todo resultaba hermoso, y sin embargo, el hombre en una criatura vil. El grandioso y nuevo palacio de la Liga de Naciones estaba casi terminado, y rara vez la historia se había mostrado tan salvajemente irónica. Era como si un monarca hubiera construido un majestuoso templo para sus placeres y, nada más terminarlo, se hubiera muerto y le hubieran emparedado en su interior metido en un ataúd.

Las legiones del Duce habían llegado a Addis Abeba y no había nada que la Liga pudiera hacer salvo agachar la cabeza y reconocer su derrota. Cuando Lanny llegó a la antigua ciudad de Calvino, hombres de Estado de todo el mundo se habían reunido en asamblea especial para condonar el crimen y retirar las sanciones. Lanny Budd, que había presenciado el nacimiento de la Liga, podría haber asistido a sus exequias, pero la mera idea le ponía enfermo. Podía imaginar la anodina hipocresía de los *tories* británicos y la débil plegaria del pobre Blum en pro del desarme y la seguridad colectiva, llorando por la paz mientras más al sur, en los valles, los batallones de trabajo nazis producían día y noche preparándose para la guerra. En el alma del propagandista aficionado no quedaba ya el menor rastro del ingenuo entusiasmo que le había arrastrado a más de una docena de convenciones internacionales e impulsado a unirse a las multitudes para agasajar a hombres de estado que largaban promesas sobre el desarme y la seguridad de las naciones vestidos con levita y tocados con chistera.

XIII

Lanny estaba allí para comprar un cuadro. Lo examinó y envió un cable a su cliente describiendo el producto y especificando el precio que, en su opinión, merecería la pena pagar. Dos días más tarde el dinero había sido ingresado en el banco para él, pagó y guardó debidamente el recibo por duplicado, ordenó que lo llevaran a su automóvil y a continuación lo embaló, lo aseguró y lo envió a los Estados Unidos. Eso fue todo. Descendió por el valle del Ródano y continuó por Bourg hacia París, la misma ruta que había recorrido junto a Marie de Bruyne antes de ser mayor de edad. Los recuerdos de Lanny por las carreteras de Europa estaban indisociablemente ligados a sus amores y a la búsqueda del placer, a los negocios, a la lucha política y a las negociaciones diplomáticas, a la guerra y a la necesidad de huir de ella, a la agonía, al miedo y al odio. En resumen, el alma de Lanny Budd era el alma del Viejo Continente.

Durante la mayor parte del camino pensó en Trudi y se decidió a hablarle de amor cuando la viera. Ella era una mujer sensata y también inteligente y comprendería sus sentimientos. Podrían charlar con franqueza sobre lo que la situación implicaba para ambos. Llegó al anochecer y se fue directo a verla.

El verano había llegado y hacía una noche cálida. Los parisinos que eran demasiado pobres para marcharse a la campiña estaban sentados en los escalones de sus casas o paseando en busca de algún rincón donde refrescarse. Lanny había enviado un telegrama y ella le esperaba en su estudio. Él se ofreció a llevarla a dar un paseo en coche —no, no estaba demasiado cansado, le encantaban los viajes largos en coche—. Se fueron al Bois y buscaron un lugar fresco. Le habló del Mont Blanc al atardecer, de los cisnes del lago Lemán y de la vieja y sobria ciudad protestante, cuna de fabricantes de relojes y prestamistas. Habían ganado mucho dinero gracias a una atracción turística como la Liga de Naciones, aunque nunca habían depositado demasiada confianza en ella. Todos los hombres eran buenos tiradores en esa tierra montañosa, durante más de cuatrocientos años su libertad había dependido de su puntería y no temían que sus ciudadanos estuvieran fuertemente armados. Actualmente llevaban a cabo un elaborado plan para el almacenamiento de trigo y otros alimentos básicos en enormes *caissons* hundidos en el fondo de sus lagos, en los que la comida se preservaría a gélidas temperaturas en previsión del día en que los nazis o los fascistas pretendieran atravesar sus puertos de montaña. Los suizos se lo dificultarían todo lo posible.

Trudi le contó qué había estado haciendo hasta donde la discreción se lo permitía. Lanny le habló de Inglaterra y le contó lo que Rick le había explicado sobre la situación mundial. Después le dio todo el dinero del que

podía prescindir y de repente sintió el impulso de hablarle de Rosemary, aunque sin mencionar su nombre. Era el tipo de historia que a cualquier mujer le gustaría escuchar. No le contó que se había sentido cruelmente tentado, sino que a veces sentía nostalgia de aquellos días y él quería dejarlo todo atrás. Le habló de su madre y de Margy y de sus intrigas, incluido el breve encuentro con la dama del «monólogo interior». En general, Trudi pudo hacerse a la idea del amplio abanico de opciones que se le ofrecían en el ámbito romántico y no pasó por alto que sin duda había un motivo para que precisamente ahora él le estuviera hablando de esas cosas.

Ella manejó el problema con una delicadeza que habría impresionado incluso a Beauty Budd. Comenzó a contarle su vida con Ludi, cómo se habían conocido en la escuela de arte y solían hacer excursiones en verano para nadar en los lagos. Los padres de ella se habían opuesto a su relación, pues Ludi era hijo de obreros y él se había visto obligado a trabajar para pagarse sus estudios y convertirse en artista publicitario, mientras que los padres de Trudi pertenecían a la clase funcionarial. Él era atento e inteligente aunque demasiado dependiente de ella, y ahora no podía dejar de pensar en su trágico destino. No era capaz de convencerse de que realmente estaba muerto e imaginaba una y otra vez que regresaba a su lado en unas lamentables condiciones físicas, igual que Freddi Robin, y ella debería cuidar de él.

Lanny se dio cuenta de que ella trataba de evitarle un momento embarazoso y parecía dispuesta a ayudarle a encontrar una esposa, igual que solían hacerlo ciertas damas entradas en años. Aunque no creía que pudiera serle de gran ayuda en esta tierra extraña donde conocía a poca gente. No obstante, reconoció que Rick tenía razón, debía conocer a mujeres que pensaran como él y resistirse al embrujo que las clases parasitarias aún ejercían sobre él. «Son mujeres muy hermosas, Lanny. Pero mantenerse así les exige mucho esfuerzo y muchas molestias, lo que no les deja demasiado tiempo libre para cultivar sus mentes». Trudi hablaba en un tono decidido y severo, aunque con cierta dulzura, como lo habría hecho una madre.

Lanny se mostró de acuerdo. Tenía razón y por eso iba a regresar a Bienvenu en lugar de a Londres. Quizá al llegar habría recibido alguna carta que le abriría por fin las puertas del mercado artístico español. De ser así, prepararía rápidamente el viaje con Raúl Palma y ganaría algo de dinero extra para la causa. Eso sí, ¡se abstuvo de repetir el comentario jocoso de Rick sobre las señoritas andaluzas!

19
DONDE LOS HOMBRES SE CORROMPEN

I

En las colinas con vistas a Niza, en un distrito llamado Californie, una dama española acababa de instalarse en una suntuosa villa alquilada. Se trataba de la señora Villareal, una viuda descendiente de dos familias de terratenientes. Cuando Lanny llegó a Bienvenu la prensa local aún se hacía eco de la noticia y dos días más tarde recibió una nota de dicha dama recordándole que ambos habían sido presentados en la mansión de la baronesa de La Tourette. Ahora la señora invitaba a *monsieur* Budd a tomar el té y le decía que deseaba hablarle de un asunto que podría ser de su interés.

La majestuosa dama morena del sur de España parecía tener sangre morisca corriendo por sus venas, como muchas otras mujeres de su tierra. Tenía dos hermosas hijas en edad casadera, de tez sedosa y largas pestañas. Bebían el té a pequeños sorbos y se ruborizaban cada vez que Lanny les dirigía la palabra. No era frecuente que las vírgenes españolas conocieran innecesariamente a varones de mediana edad o fueran arrojadas a sus brazos. Por lo general permanecían discretamente tras las *rejas*[131] o barrotes de hierro de sus ventanas. Ahora, al observar las evidentes palpitaciones de las muchachas, Lanny se preguntó si conocerían la existencia de la ciudad de Reno, Nevada, y si su madre estaría considerando someter a sus hijas a un proceso de americanización de la mano de un caballero que no estaba legalmente separado de su esposa.

Pero no, España seguía siendo una fortaleza de decencia y virtudes virginales. Las dos arreboladas damitas se retiraron y la madre procedió a revelar que el propósito de la invitación era hacer negocios, no concertar un matrimonio. Se refirió a los disturbios que se extendían como una plaga por su

tierra natal. Los campesinos se habían embarcado en una absurda cruzada y se negaban a pagar sus rentas, recogían las cosechas para su propio beneficio y únicamente tras mucha insistencia se podía convencer a la Guardia Civil para que les disparara. Lanny informó a su anfitriona de que, en efecto, estaba al corriente de tan aciaga situación y podía comprender los trastornos financieros que le estaría causando. «Con dos hijas tan hermosas le resultaría complicado renunciar a su actual nivel de vida», dijo el invitado. Era evidente que la señora le agradecía sus considerados comentarios, de modo que, sin más preámbulos, le explicó que en la mansión de una de sus fincas poseía algunas pinturas excelentes y, dado que conocía la fama de Lanny como experto en ese campo, había pensado que quizá él estaría dispuesto a examinarlas en persona y a prestarle dinero usándolas como aval.

Esto no era nuevo para el marido de una acaudalada heredera y nieto de los Budd. Le explicó cortésmente a la noble dama que él tenía poco dinero y lo que ganaba lo gastaba rápido, pues debía reconocer que la prudencia no era una de sus virtudes. Tampoco conocía a nadie que prestara dinero con obras de arte como aval. En cualquier caso no sería fácil, pues antes debería entregarle los cuadros al prestamista en cuestión como garantía y el embalaje, envío y almacenamiento de los mismos, así como la prima por su seguro, iban a salirle caros. Lo mejor sería que la señora escogiera uno o dos por los que no sintiera especial apego, les pusiera precio y dejara que Lanny intentara venderlos. Dicho servicio no le costaría nada.

La señora respondió que los cuadros eran un legado familiar y parte de la herencia de sus hijas, por lo que le resultaba difícil separarse de ellos. Por supuesto, tampoco esa actitud era nueva para Lanny. Todas las *grandes dames* decían lo mismo y por lo general eran tan hábiles que nunca resultaba fácil precisar hasta qué punto hablaban en serio. Por tanto no había más remedio que iniciar un paciente asedio, lo que exigía tanto tiempo y pericia diplomática como intentar hacerle el amor a la dama. Debía convertirse en el epítome de la cortesía y la amabilidad y al mismo tiempo mostrarse tan altivo como cualquier viuda de un Grande de España. Debía dejar claro que su profesión era muy digna y que él mismo se regía por unos estrictos e inquebrantables principios. También debía hacerle comprender que los millonarios norteamericanos no se dejaban engañar fácilmente, al contrario, eran hombres de negocios astutos y prácticos que insistían en saber con exactitud qué estaban comprando y únicamente volverían a comprar en caso de quedar satisfechos con lo que recibían.

La señora Villareal describió sus tesoros: un busto de Antonio Moro, según ella auténtico; un Lucas lleno de vida; una escena de cosecha de Sorolla y tres Zuloagas cuyas bondades describió con gran entusiasmo. Por añadidura poseía también varias obras francesas, incluido —para sorpresa de Lanny— un Detaze que ella misma le había comprado a un marchante de Cannes hacía unos veinticinco años. Lanny le aseguró que todas ellas eran obras de artistas reconocidos por los que podría obtener buenos precios. Él mencionó que el nuevo gobierno español había aprobado una ley similar a la italiana que prohibía la exportación de tesoros artísticos nacionales. Desconocía en ese momento si se aplicaba o no de manera estricta, pero la señora parecía segura de que no sería necesario tomársela muy en serio, pues aún tenía amigos entre las actuales autoridades de Sevilla.

Ante la insistencia de la dama, el experto hizo una estimación de las cantidades que le podría reportar cada obra. Elia le confesó que aquellas cifras eran muy inferiores a lo que le habían dicho que valdrían sus pinturas y él le respondió que los que hacían este tipo de comentarios no solían contar con el importe añadido que supone encontrar compradores para los cuadros. «Lo que hay que tener en cuenta es que se ha producido una grave crisis financiera mundial, por lo que dudo que los antiguos maestros recuperen algún día el valor que tenían en 1929 —al menos mientras usted y yo vivamos».

Así se expresaba el experto, persuasivo y convincente, tal como Zoltan le había enseñado a hacerlo, hasta que finalmente descubrió que la señora no tenía tanto apego por su legado familiar como le habría gustado hacerle creer. La dama le propuso viajar a su hacienda tras prometer que fijaría un precio justo para al menos dos cuadros y a continuación escribió una breve nota a su administrador con instrucciones de permitir que el *señor* Budd examinara su colección con tanto detenimiento como fuera necesario.

II

De modo que Lanny ya no pudo seguir postergando su viaje a España. Condujo de inmediato hacia la escuela, le contó a Raúl lo ocurrido y le dijo que preparase sus cosas para partir de inmediato, por lo que este pareció encantado. No hacía mucho tiempo, el profesor de escuela se había casado con

una competente muchacha de Arlés que se ocuparía de sus asuntos durante su ausencia. Lanny dijo que saldrían por la mañana y se fue a casa para escribir algunas cartas y cablegramas y preparar el equipaje. Para él era ya un viejo entretenimiento que le resultaba divertido. ¡Cuándo uno está aburrido, se siente desanimado o sospecha que tiene problemas de hígado, no hay nada mejor que empaquetar algunas cosas en varias maletas, repostar combustible, aceite y agua para el automóvil y lanzarse a la carretera en dirección a algún rincón desconocido de Europa!

El intelectual español resultó ser un excelente compañero de viaje. No era un consentido y tenía un carácter afable que le hacía mostrarse agradecido ante el menor gesto. Creía fervientemente en la misma causa que Lanny y además consideraba al norteamericano una persona maravillosa, lo que facilitaba mucho las cosas. Con los pasaportes en orden y la cartera de Lanny repleta de billetes, el viaje sería fácil. Se detendrían siempre que lo desearan, visitarían palacios y catedrales y, por encima de todo, conocerían a las gentes de España.

Esta tierra de antiguos tiranos se había convertido temporalmente en un lugar seguro para Raúl Palma. Los refugiados de la izquierda habían regresado a casa en masa, cruzándose en el camino con los de derechas que ahora salían apresuradamente del país. Lanny le explicó que este debía ser un viaje apolítico, pues representaba a sus clientes y no debía ofenderles. «No obstante», añadió, «podremos sacar partido de todo lo que veamos y oigamos».

Primero Barcelona, después continuarían hacia Valencia y Sevilla y desde allí regresarían al norte en dirección a Madrid. Ese era su itinerario. Lanny le prometió a su compañero que harían una parada en el pueblecito donde Raúl se había criado. Era hijo de un profesor de escuela que había sido asesinado a tiros «mientras intentaba escapar» tras haber sido arrestado por protestar contra la guerra de Marruecos. Raúl tenía un hermano mayor, marino de profesión, que había vivido unos cuantos años en Argentina y también acababa de regresar al hogar. Raúl le habló de su infancia y de la penosa pobreza que había padecido su familia. Era un hombre delgado y algo raquítico y la delicadeza de sus rasgos, que Lanny tanto admiraba, era debida sin duda a la desnutrición sufrida cuando era niño. Una terrible emoción hacía que le temblaran las aletas de la nariz mientras describía cómo solía apalear a los campesinos la Guardia Civil, un austero y cruel cuerpo armado que siempre había servido fielmente a los terratenientes. *La Benemérita*, la llamaban los amos.

Pero ahora todo eso había cambiado, o al menos eso esperaba Raúl. Estaba ansioso porque todos los cambios se llevaran a cabo y le resultaba difícil aceptar la premisa de Lanny de que los políticos necesitan tiempo para acomodarse en la silla antes de empezar a cabalgar. Los hombres que recibían un sustancioso sueldo por su tiempo podían permitirse abordar con calma sus compromisos. Entretanto, los labradores sin tierra seguían careciendo de pan para alimentar a sus hijos a pesar de que les habían prometido ayuda inmediata, y si no la conseguían se verían obligados a pasar personalmente a la acción. Lanny respondió con una sonrisa en los labios: «Según los principios marxistas, también yo estoy a punto de pasar a la acción directa. ¡Sacando antiguas obras maestras al mercado!».

III

No resulta difícil saber cuando uno ha entrado en España, pues las carreteras son visiblemente más pobres y también la gente que camina por sus veredas. Los dos sociólogos aficionados se dispusieron de inmediato a discutir las razones. Raúl, el racionalista, dijo que era la Iglesia Católica la que mantenía a las masas cegadas por la ignorancia y bajo las cadenas de la superstición. Raúl, el marxista, añadió que la iglesia no era sino uno más de los grandes terratenientes y banqueros de España. Bajo la monarquía, los jesuitas eran los propietarios de la Banca Agraria Estatal así como de todas sus ramificaciones, y cuando un campesino pedía un préstamo para financiar sus cultivos no le preguntaban si era honesto y trabajador sino si era republicano o socialista. Hacía cuatro años que los jesuitas habían sido legalmente disueltos, no sin antes haber transferido sus propiedades a propietarios ficticios con el fin de mantener vivo el antiguo sistema.

Lanny, que conocía el evangelio de Marx pero sabía que no era el único, comentó que era una vieja costumbre de la humanidad civilizada desnudar las colinas y las orillas de los ríos de los árboles que la naturaleza había hecho crecer allí. De ese modo la superficie de la tierra queda arrasada y nada puede contener el agua. Las inundaciones lo anegan todo cada primavera y las sequías lo queman en verano. Así crecieron las más antiguas civilizaciones: China y Próximo Oriente y los antiguos imperios que se extendieron por el

mar Mediterráneo. Lo mismo sucedía ahora en los Estados Unidos y exactamente el mismo sería el resultado: verdes colinas convertidas en laderas yermas y rocosos desiertos, poblados por gente que lucha por vivir de una tierra de la que no crecen más que piedras, bajo la constante amenaza de una muerte por inanición.

—Quizá sea así —respondió el marxista convencido—. Pero ¿es ese motivo para que un duque posea ochenta mil hectáreas de tierra, por muy pobres e infértiles que sean?

—Podría ser una ventaja —dijo Lanny—, si aplicara las técnicas de la ciencia moderna para reparar la tierra con el fin de obtener de ella la máxima productividad.

—¡Pero no lo hace! —exclamó el otro—. La deja a cargo de supervisores y capataces que la ponen en alquiler con el único fin de exprimir de los campesinos hasta la última *peseta*, dispuesto a darles la patada en cuanto no puedan pagar la renta. Y mientras tanto, el duque está en Cannes jugando al polo o al bacará y disparando a los pichones.

—¡Creo que tengo el honor de conocer a alguno de esos! —dijo el norteamericano sonriendo—. Estoy completamente a favor de las nuevas leyes agrarias.

Dichas leyes limitaban la cantidad de tierra que un solo individuo podía poseer, lo que dejaba el resto para uso de los campesinos, compensando a los propietarios y permitiendo a los agricultores pagar al estado con el pingüe beneficio de sus cosechas.

—Los terratenientes siempre encuentran formas de saltarse la ley —dijo Raúl—. Ceden porciones de sus latifundios a sus hijos e hijas y a otros parientes en los que pueden confiar para aparentar que no tienen tanto.

A Lanny le hizo gracia darse cuenta de que su amigo parecía haber olvidado dónde había obtenido esa información. No se lo recordó, pero dijo:

—Debería existir un impuesto sobre el valor total de arriendo de la tierra. Eso pondría fin a la especulación y permitiría trabajar una pequeña parcela de tierra a todo aquel que quisiera hacerlo.

IV

Prosiguieron su viaje hacia Barcelona, sobre la que Raúl dijo que era la menos española de todas las ciudades de España. Tenía un gran puerto de mar, que bien podría haber sido el de Marsella. Lanny observó, como ya le había ocurrido en muchas otras ocasiones, cómo los inventos de la modernidad y el mercantilismo iban dejando su sello en todos los lugares accesibles de la tierra. Aquí había los mismos barcos, tranvías y automóviles, los mismos artículos de moda para todos aquellos que pudieran permitírselos y los mismos productos que se anunciaban en cualquier lugar del mundo.

Aparcaron su coche y pasearon por las Ramblas, el amplio bulevar arbolado que atraviesa el barrio antiguo de la ciudad, animado por vendedores de flores y por jaulas repletas de pájaros cantores. Los visitantes con dinero en los bolsillos podrían haber comprado allí productos procedentes de cualquiera de esos otros puertos distribuidos por toda la tierra. Podrían ir al cine a ver la última producción norteamericana sobre una rica heredera que huye de su hogar para casarse con un joven mecánico o sobre un reportero que, ignorando los procedimientos de la policía, consigue acabar con una banda de maleantes sin ayuda de nadie. En ese tipo de películas, el *barcelonés* descubriría toda clase de inventos cuya existencia desconocía, desde apisonadoras hasta encendedores para cigarros, y si se lo proponía, no le costaría encontrarlos a la venta en alguna tienda de su propia ciudad. En el quiosco de la esquina podría comprar la última edición de algún periódico para informarse de los eventos que habían tenido lugar escasas horas antes en Nueva York o Singapur. Si deseaban comunicarse con alguno de dichos lugares y podían permitírselo, tan solo les llevaría unos pocos minutos. Y en caso de que se vieran obligados a viajar hasta allí tendrían a su disposición toda una flota de aviones que podrían llevarles a Singapur —y dentro de muy poco tiempo habría incluso vuelos intercontinentales con destino a Nueva York.

Pero Lanny no deseaba ninguna de esas cosas, lo que quería era conocer España, de modo que callejearon por los bulevares y bajaron hacia los muelles, hasta el distrito conocido como La Barceloneta, donde se sentaron en un bar frecuentado por trabajadores. Mesas de madera sin manteles, serrín en el suelo, humo de tabaco en el aire y chipirones fritos con aceite de oliva en el menú. También esto lo habrían encontrado en los puertos de Génova, Marsella o Nápoles, lugares en los que Lanny había cenado anteriormente con curiosidad y sumo placer.

Era inevitable que dos hombres vestidos como ellos llamaran la atención. *Extranjeros*, por supuesto. *¿De dónde vienen*? Un fornido obrero con la cara sin afeitar se lo preguntó educadamente desde la mesa de al lado, y cuando

escuchó la palabra mágica *americano*, se mostró encantado. Había ido al cine muchas, muchas veces, y lo sabía todo sobre aquella tierra de maravillas. También tenía un primo en San Francisco, ¿quizá el señor lo conocía? No era tan sencillo comunicarse, pues él era catalán y solo sabía un poco de castellano. No obstante pronto apareció un trabajador de los muelles murciano, de poblado bigote negro y camisa roja, que se acercó a su mesa para ayudarles. Pronto se extendió la noticia. «*Él es americano*», y todos los clientes del bar se interesaron por la conversación. Cuando terminaron de comer su menú de arroz con salchichas o bacalao con tomate, en lugar de marcharse como hubieran hecho habitualmente, los demás clientes se sentaron alrededor de su mesa. Lanny pidió una botella extra de vino tinto y después otra más, y pronto todos estaban hablando por los codos.

Nadie tenía ningún inconveniente en hablar sobre la situación política en Cataluña. La revolución era inminente y había comenzado con el derecho a decir lo que a uno le viniera en gana, y dando un puñetazo sobre la mesa mientras lo decía si lo consideraba necesario. En cada uno de los pequeños grupos de obreros y pescadores había alguno que acababa de salir de la cárcel y todos estaban decididos a aprovechar su libertad. La mayoría de ellos eran anarquistas, de un modo bastante rudo y elemental, y pertenecían a asociaciones de trabajadores dominadas por el pensamiento sindical. El gobierno debía ser derrocado para que los sindicatos tomaran el control y dirigieran la industria. Con ellos no había tiempo para teorizar. Había que observar directamente a los políticos para averiguar lo que hacían —o lo que no hacían— desde el momento en que llegaban al poder. ¡*Al diablo* todos ellos! Estos llevaban ya cuatro meses en el gobierno y ¿qué habían hecho aparte de hablar? A este paso, ¿cuánto tiempo haría falta para que expulsaran a los *patrones* y los *trabajadores* ocuparan su lugar?

¡No había mayor engaño en este mundo que la idea de que los obreros serían capaces de cambiar su condición mediante el simple gesto de depositar su voto en una urna! «No es que nos opongamos a hacerlo», dijo el catalán que había iniciado la conversación y que había apostado su silla muy cerca de la botella de vino. «A mí me pagaron cincuenta pesetas para que cumpliera con mi deber de ciudadano. Un agente de la CEDA[132] me dio el dinero para que votara por los suyos, yo lo acepté y voté a los republicanos». Hubo risas y aplausos y Lanny se dio cuenta de que también en España habían descubierto aquel sencillo método para expropiar a los expropiadores. Puesto que, por propia experiencia, sabía que la misma práctica era algo habitual en la tierra del orgullo de los peregrinos y no podía escandalizarse demasiado.

V

Durante el viaje, Raúl Palma iba a vivir una experiencia totalmente inédita: alojarse en el hotel más caro de cada ciudad que visitaran. La elección no se debía únicamente a que Lanny estaba acostumbrado a hacerlo, tampoco porque en ese tipo de sitios les resultara más fácil mantenerse a salvo de los insectos, sino por los clientes que los frecuentaban y por el qué dirán. Pintar cuadros era un arte pero venderlos era puro artificio y Lanny le contó a su compañero de viaje cómo había empezado su carrera por pura casualidad al conocer a la esposa de un fabricante de vidrio de Pittsburgh en un lujoso hotel londinense. Para encajar en ese tipo de lugares era necesario llevar la ropa adecuada, y esto también era aplicable a cualquier secretario o traductor. De modo que, antes de registrarse en el Hotel Ritz, Lanny llevó a Raúl a una tienda para comprar camisas y corbatas y tres trajes blancos de seda de tussah para combatir en la medida de lo posible el calor del verano español.

«No permitas que esto te corrompa», dijo el anfitrión con una mueca, y el español respondió con gran seriedad que no lo haría. Era evidente que odiaba todo aquello con el más sincero ardor proletario. Sin embargo, Lanny había observado la actitud de muchos alumnos de la escuela hacia las prácticas de las clases acomodadas, y lo que sucedía era muy parecido a lo que ocurría con el monstruo del Vicio: «Tras tolerarlo y padecerlo, llegamos a aceptarlo»[133].

Esa misma mañana tenían una cita con un acaudalado armador retirado. Hacía muchos años, el mismo caballero había comprado por mediación de Lanny un retrato de la Virgen obra de un pintor italiano menor. Como muestra de cortesía había decidido hacerle una visita para preguntarle si había quedado satisfecho y de paso examinar su colección particular. Cabía la posibilidad de que el señor Armengol se hubiera cansado de alguno de sus cuadros o incluso de que estuviera interesado en el Lucas de la señora Villareal. ¡Nunca se sabe! No necesitaría que Raúl tradujera pues el anciano caballero hablaba francés, más o menos. Pero Lanny le explicó que la presencia de un secretario siempre causaba buena impresión y, además, a Raúl no le haría ningún mal aprender algo sobre las costumbres, la moda y la decoración de interiores propias de la burguesía catalana. Debía limitarse a inclinarse cortésmente, sonreír a menudo y escuchar con atención, aunque por supuesto nadie le prohibiría pensar lo que quisiera.

Condujeron hacia las afueras y en una gran villa en lo alto de una colina se encontraron con un rechoncho y rubicundo caballero que podría haber servido

como modelo para cualquier caricaturista de las clases explotadoras. No obstante era un hombre extrovertido y de trato afable que evidentemente comprendía que un experto en arte norteamericano era un personaje importante. Se sintió halagado por la benévola opinión de Lanny sobre su colección e insistió en que se quedaran a comer. Agasajó a sus invitados con la mejor comida y bebida e insistía en que comieran con el mismo ardor con que él mismo se dedicaba a engullir.

Durante la comida los entretuvo con el sombrío relato del actual estado de su patria, por cuyo futuro no albergaba la más mínima esperanza. Era el reverso de la estampa que habían tenido ocasión de contemplar la noche anterior. El anciano patrón había dejado el negocio en manos de sus hijos, pero su alma aún soportaba el peso de la responsabilidad. Se quejaba de los *imbéciles* que, sin un ápice de educación y sin preparación ninguna en materia de comercio y finanzas, pretendían decirles a los empresarios cómo dirigir sus negocios y qué sueldos podían permitirse pagar. Más furiosamente aún, arremetió contra esos *canallas* comunistas y rojos de todo pelaje que llegaban desde el extranjero y mediante sutiles intrigas incitaban a los trabajadores al descontento y la rebelión contra sus amos legítimos.

El señor Armengol les reveló enseguida que el motivo de sus cuitas no era otro que las recientes exigencias del sindicato de estibadores para conseguir una subida salarial. Y para colmo de males, ahora contaban con el apoyo de los políticos del gobierno. Cuando Lanny le preguntó, con mucho tacto, si creía que existía alguna posibilidad de derrocar al actual gobierno de izquierdas, el armador reconoció que no tenía ninguna esperanza, al menos en lo que a Cataluña se refería. Estaba seguro de que los rojos prenderían fuego a sus propiedades y asesinarían a los ricos a la menor oportunidad por puro y simple odio. El anciano caballero no solo no tenía la menor intención de adquirir nuevas pinturas sino que estaba valorando seriamente la idea de embalar todas las que ya tenía e intentar cruzar la frontera hacia las más civilizadas tierras de Francia. «Pero en Francia también ha ganado la izquierda», comentó Lanny. Al parecer, el señor no estaba al corriente de lo sucedido, por lo que su rostro adoptó inmediatamente un rictus aún más desolado y durante un par de minutos incluso se olvidó de la fuente de pollo con arroz y pimientos rojos que tenía delante.

Raúl Palma no dijo una sola palabra durante toda la comida, pues tal era el comportamiento apropiado para un empleado que tiene el honor de compartir mesa con sus patrones. Lanny dirigió la conversación a su antojo para sonsacar al viejo burgués y se reía interiormente, a sabiendas de que su amigo estaría

ciego de rabia. «*Ah, le sale cochon!*»[134], exclamó Raúl en cuanto se alejaron lo suficiente de la villa. «¡Se atiborraba de comida suficiente para alimentar a una docena de hombres! ¡Y ya has visto a todos esos chiquillos famélicos vestidos con harapos que nos seguían por la calle suplicando por un céntimo!».

VI

Mientras caminaban por uno de los parques de Barcelona tuvieron ocasión de contemplar una escena que consiguió que Raúl recuperase la esperanza en el proletariado de esta ciudad. Bajo las majestuosas ramas de un roble había una pequeña tarima, y ante esta, media docena de bancos. Sobre la tarima había un hombre alto y delgado de mediana edad que se protegía con gafas oscuras del resplandor del sol de la calurosa tarde, y los bancos estaban ocupados por una veintena de pillastres flacuchos y vestidos con andrajos. Estaban aprendiendo las letras para que en el futuro fueran capaces de leer periódicos socialistas, panfletos y manifiestos y supieran cómo habían sido explotados sus padres. Al menos así lo veía Raúl, que quiso quedarse a escuchar todo lo que decían y después entabló conversación con el maestro para saber si aquella escuela al aire libre funcionaba habitualmente y desde cuándo.

Mientras tanto, Lanny fue a visitar la catedral de Barcelona, oscura, majestuosa y llena de misterio, con sus vidrieras del siglo quince. Desde ese momento, en cada ciudad a la que llegaban, cuando el norteamericano iba a ver arte religioso Raúl aprovechaba la ocasión para visitar las escuelas y recopilar información que enviaba a casa con intención de utilizarla más adelante en una serie de artículos para la prensa socialista. Un acuerdo muy beneficioso para él, pues Raúl no tenía el menor interés en contemplar decenas de retratos de la Virgen y Cristos crucificados, ni siquiera en compañía de un experto *connoisseur* dispuesto en todo momento a explicarle hasta el último detalle sobre la técnica del artista y las particularidades de la obra. El joven era capaz de apreciar el arte realista, especialmente cuando su objeto de contemplación eran los humillados y ofendidos, pero el arte católico era una de las maldiciones de España, superada únicamente por los perversos efectos de la educación católica, la política católica y los estragos cometidos por los terratenientes y banqueros que profesaban ese mismo credo.

VII

Continuaron su periplo hacia Valencia, una antiquísima ciudad azul y blanca salpicada de cúpulas doradas que a Lanny le recordó a Constantinopla y a otras ciudades de Levante. Había ruinas romanas como las que él solía ver en Antibes y también edificios modernos construidos con piedras de otros tiempos. Era la ciudad del Cid, héroe de las guerras contra los moros sobre las que Lanny había leído durante su niñez. Actualmente habían florecido todo tipo de industrias que instalaban sus sedes en antiguos edificios mal adaptados para tal fin. Entretanto, los obreros se hacinaban en viviendas de apartamentos, en la mayoría de los casos de una sola habitación. Fuera de la ciudad había plantaciones de naranjos y olivos e incontables y altísimas palmeras datileras. Esta era la región más fértil de España y el lugar donde la tierra había sido más injustamente parcelada. Las casas de los campesinos eran primitivas, pero la gente parecía bien alimentada. Muchos eran incluso rechonchos y solían vestir la *blusa*, una camisola de tela fina y casi siempre de color negro.

El experto en arte recibió una carta de presentación de parte de Emily Chattersworth para una vieja amiga de colegio que se había casado con un terrateniente español de esa región y poseía algunas excelentes pinturas. No habría necesidad de traductor durante la reunión, de modo que Raúl se dedicó a visitar colegios. Lanny condujo hasta la propiedad y conoció a una dama de la vieja escuela, de carácter compasivo y cordial e infeliz a causa de la lucha y el sufrimiento que veía por doquier en su patria de adopción. Su marido era un miembro activo de la CEDA local, la coalición política reaccionaria que acababa de ser derrotada, y uno de sus hijos era líder de la Falange, el grupo fascista español, financiado con fondos italianos como sucedía en Francia. La señora Artieda se mostró muy feliz de conocer a un experto en arte del mundo exterior y, aunque no podía hablar con franqueza dado que apenas se conocían, dijo que temía un derramamiento de sangre y lamentaba la reticencia a comprometerse que detectaba a su alrededor, un defecto de carácter nativo a lo largo de su larga y trágica historia.

La dama poseía algunas hermosas obras de arte españolas y francesas y, cuando él le preguntó con su acostumbrada diplomacia si estaría dispuesta la separarse de algunas de ellas, ella le respondió que la decisión debía tomarla su marido. No se opondría, pues vivían tiempos duros e inciertos. Como era habitual, ella tenía una vaga idea de lo que podrían costar las pinturas, por lo

que Lanny se vio obligado a tantearla. Preparó por duplicado una lista de las mismas con sus precios estimados y ella le prometió decirle algo definitivo antes de que él abandonara Valencia.

Raúl había descubierto otra escuela y se había hecho amigo de la joven maestra. Él le había hablado sobre su colegio en Cannes y sobre las maravillas de enseñar a leer a los obreros adultos. Era como enseñar a los ciegos a ver, con la diferencia de que siempre lo conseguía. Cualquier persona capaz de pronunciar palabras era capaz de leerlas tarde o temprano. La maestra española le rogó que se dirigiera a un grupo de amigos suyos y Raúl quiso saber si se trataría de algo de carácter «político». Lanny se vio obligado a llevar a cabo la desagradable tarea de recordarle que, en tiempos de lucha como los que vivían, hablar de educación sin duda haría que las autoridades locales se fijaran en el orador, lo que provocaría que pusieran espías a seguir sus pasos. El hecho de que los reaccionarios hubieran perdido el control del gobierno no significaba que Valencia se hubiera vuelto republicana. Lo mejor que podía hacer Raúl era obtener la dirección de la maestra y enviarle libros y textos diversos en cuanto estuvieran a salvo fuera del país.

VIII

Continuaron su viaje a lo largo de la costa mediterránea, un largo camino a través de áridas montañas por caminos polvorientos y tortuosas carreteras hasta el valle del río Guadalquivir, y por fin se detuvieron en Sevilla. La más española de todas las ciudades, decían de ella, lo que significaba que sus calles eran estrechas y sus blancos edificios se alzaban decrépitos y apretujados por los antiguos barrios. Aquí se encontraba la catedral más grande del país, pero a Lanny no le resultó fácil estudiar las características del templo a causa del constante ir y venir de innumerables figuras femeninas, muchas de las cuales llevaban la cabeza cubierta por una *mantilla* de encaje negro. Se utilizaba para ocultar el rostro, pero las damas también debían ver por dónde caminaban para no tropezar con las enormes columnas de piedra, lo que permitía al visitante atisbar de cuando en cuando una fugaz mirada y otros fascinantes atractivos. Las damas acudían a este lugar para que les perdonaran los

pecados, aunque daba la sensación de que muchas de ellas no habían tenido demasiadas oportunidades de pecar.

Raúl se sintió impelido a hablar sobre la situación de las mujeres en el país, que rápidamente estaba cambiando pero a su modo de ver constituía el segundo problema más grave después de la miseria de los pobres. Sus visitas al confesionario eran prácticamente la única oportunidad de salir a la calle que tenían las mujeres de clase media y alta, y el uso de la mantilla era obligatorio. El resto del tiempo permanecían tras los muros de sus casas, raramente visitadas por hombres que no pertenecieran a la familia. Raúl le mostró a su amigo las *rejas*, los gruesos barrotes de hierro que cubrían los bajos ventanales de las viviendas, a través de los cuales se permitía que las vírgenes fueran cortejadas por sus pretendientes. El sexo y la superstición eran los cimientos de sus vidas, si uno podía fiarse de la opinión de un ferviente marxista. Los curas y las *mujeres* habían mantenido a España a salvo de la corriente del progreso moderno.

Lanny había leído muchos poemas y había escuchado música sobre Sevilla y estaba preparado para deleitarse con el tañido de las guitarras, el sonido de las castañuelas y las voces alegrando las calurosas noches de verano. Sin embargo, la mayoría de las veces las canciones eran tristes y el aspecto de los cantantes le hizo pensar que no expresaban su arte demasiado espontáneamente. Por lo general, los hombres que caminaban por las calles vestían ropas europeas convencionales, a menos que fueran a participar en algún tipo de celebración. Los obreros llevaban blusas o camisas que podrían haber salido de las factorías textiles de Nueva York o Londres y generalmente estaban desgastadas y sucias. Lanny decidió que los poetas habían mentido y comprendió por qué Platón los había excluido de su República ideal.

Los viajeros se alojaron en el Hotel Alfonso XIII, a pesar de sus prohibitivas tarifas y de que Raúl aborrecía el nombre. A la mañana siguiente se dirigieron en coche a la finca de la señora Villareal, atravesando las marismas del famoso río y la propiedad que se extendía a lo largo de kilómetros y kilómetros por las colinas, algunas de las cuales estaban salpicadas de olivos centenarios, mientras en otras pastaban rebaños de ovejas y cabras. El administrador estaba en plena ronda de inspección matinal cuando llegaron, por lo que el *gañán*, un criado que se ocupaba de los toros, se subió al asiento trasero del coche y los guio a través de valles y cañadas hasta que Lanny sintió que habían llegado al mismo corazón de España. Aquí y allá se veían las habituales casuchas de adobe y chiquillos semidesnudos de pelo negro alzaban la vista sorprendidos ante tan extraña aparición, pues quizá

aquella era la primera vez que veían un vehículo moverse por sí solo. Los hombres que faenaban en los campos apenas les prestaban atención, pues fueran quienes fuesen, el asunto no era de su incumbencia. Vivían a base de pan y cebollas, una dieta gracias a la cual conseguían seguir adelante y levantarse cada día pero que no les permitía conservar ni un solo gramo de grasa. Lanny recordó el diario de viaje de un inglés, Arthur Young, durante los últimos días del *anden régime* de Francia y deseó que esos tiempos también llegaran pronto a España.

IX

El administrador, un robusto jinete de bigote negro, llevaba el *traje corto*: pantalones largos y estrechos cubiertos con *zahones* —una especie de mandil de cuero—, una camisa de lino de cuello estrecho, una chaquetilla corta con una banda ancha en torno a la cintura en lugar de cinturón y un sombrero de ala ancha de fieltro gris. El hombre saludó a los recién llegados con cortesía y formalidad y los siguió hasta el caserío a lomos de su caballo. Entraron en el edificio y le ordenó al gañán que abriera las contraventanas y corriera las cortinas. La intensa luz de la provincia de Sevilla asaltó hasta el último de los oscuros rincones de la casa y, al entrar, Lanny descubrió sobre uno de los gruesos muros una deslumbrante representación de la recogida de la uva en Valencia, lugar de nacimiento de Sorolla y Bastida, que habían insuflado nueva vida al arte de su tierra natal. En el cuadro relucían todos los colores del Arcoíris, y quizá España había sido así en otro tiempo, poblada por gentes fuertes y alegres. Sin embargo, actualmente no lo era, y a Lanny siempre le resultaba difícil renunciar a la sociología a la hora de analizar una obra de arte.

Era imprescindible tomar algunas fotografías para promocionar debidamente los cuadros, de modo que llamaron a otro criado y entre los dos fueron retirando de las paredes una a una todas las pinturas para colocarlas bajo una luz adecuada. El experto posó su cámara sobre una silla y fue haciendo las fotografías. El administrador observaba silenciosa y sobriamente mientras el visitante medía cada lienzo, hacía anotaciones en su cuaderno y en ocasiones examinaba las pinceladas a través de una lente. Debía asegurarse de cuáles de esas obras eran auténticas y descubrió que, desgraciadamente,

algunas firmas de los lienzos habían sido falsificadas y fragmentos de algunas pinturas habían sido retocados.

Fue un largo proceso y, cuando por fin terminaron, el administrador los invitó a su vivienda, donde una doncella les sirvió pan, vino y aceitunas y un delicioso y maduro melón que habían mantenido frío envolviéndolo en paños mojados. El señor López no hablaba inglés ni francés, pero al experto traductor no le costó averiguar su opinión sobre el actual estado del país. A su modo de ver no había ningún problema relacionado con la agricultura que no se pudiera solucionar con la ayuda de una pistola de fabricación alemana. Y desde un punto de vista más amplio, siempre podían contar con la Guardia Civil, cuyas patrullas a caballo Lanny había visto aquí y allá con sus grises uniformes rematados con franjas amarillas y negros sombreros de cuero acharolado. En cuanto al conjunto de la nación, este fervoroso partidario de la ley y el orden estaba seguro de que ya había tenido bastante de ese Gobierno integrado por anarquistas disfrazados. En cualquier caso, sabía de buena tinta que tenían los días contados y tanto él como sus vecinos estaban preparados para desempeñar su papel cuando llegara el momento. Se expresaba sin la menor reserva pues estaba ante un amigo de la señora, un *hombre rico* que sin duda le comprendería.

—Si hemos de sacar estas pinturas del país, será mejor que empecemos ya con los preparativos —sugirió Lanny—. ¿Debemos decírselo a la señora?

—Aún faltan dos o tres semanas para su regreso —respondió el administrador—. Y en cualquier caso, no creo que en esta región vaya a haber grandes problemas. Nuestros amigos desembarcarán en Cádiz y toda la región será nuestra en unas pocas horas. No vamos a permitir a esa *perrería* que nos arrebate Sevilla.

Y eso fue todo. Lanny condujo de regreso a la ciudad y se dispuso a aporrear las teclas de su máquina de escribir portátil para enviarle un informe lo antes posible a la propietaria de las pinturas. Partiría enseguida hacia Madrid, le decía, y le dio su dirección en el Hotel Palace. Envió la carta y paseó con su amigo hacia el Kursaal Internacional, aprovechando el frescor del anochecer, para disfrutar de una sesión de música y baile andaluz. Y allí descubrió que al menos algunos españoles aún acariciaban el sueño de vivir felices, aunque la cruda realidad fuera tenebrosa y amarga.

X

A la mañana siguiente, a primera hora, los viajeros retomaron su camino siguiendo el curso del río hasta llegar a Córdoba, donde volvieron a separarse para visitar la catedral y algunas escuelas, y al día siguiente cruzaron una vasta región conocida como La Mancha en su periplo hacia Madrid. Durante todo su viaje a través de campos de trigo y solitarias colinas, cabalgando a lomos de un huesudo jamelgo, les precedía una cadavérica figura lanza en ristre y cubierta por una pesada armadura. El anciano caballero había abandonado su confortable hogar para lanzarse al mundo azotado por la injusticia, movido por el empeño de reparar algunos de sus innumerables males. Lanny sentía que era hermano de sangre de aquel lastimoso hidalgo, pues ambos compartían las mismas fútiles intenciones y eran vistos como chiflados por cuantos les rodeaban. Igual que le había sucedido al desgraciado Don Quijote de la Mancha, este viajero idealista no se encontró con hermosas damiselas en apuros en este *camino real*. Del mismo modo, los gigantes y opresores de estos tiempos modernos tampoco serían vencidos en noble combate por el más valeroso y noble de los caballeros.

El compañero de Lanny no era un Sancho Panza dispuesto a contener sus apasionados lances sino otro soñador, nacido para la aflicción como las chispas se esparcen por el cielo[135]. Raúl sentía remordimientos de conciencia, pues cada día dormía en regias camas y se alimentaba de los mejores manjares de la tierra mientras su patria se precipitaba hacia el abismo, y se preguntaba si debería separarse de Lanny para despertar las conciencias de sus compatriotas y advertirles del peligro o regresar al extranjero para informar al resto del mundo de lo que allí sucedía. Lanny le tranquilizó prometiéndole que en cuanto llegaran a Madrid volvería a sacar su máquina de escribir para contarle todo lo que habían averiguado a Jean Longuet, editor de *Le Populaire*. El mensaje no iría firmado, por supuesto, pero Lanny incluiría una frase en clave que le identificaría como su viejo amigo.

De acuerdo, entonces. El más joven y apasionado Don Quijote aceptó el programa. Viajaron tan rápido como las carreteras les permitían hacerlo y solo hicieron un alto en el camino para visitar Toledo, una antigua ciudad que es como una fortaleza excavada en granito rodeada casi por completo por una profunda garganta por la que fluye el río Tajo. También sus casas estaban construidas como fortalezas, con gruesos muros sin ventanas y grandes portalones con remaches de acero. Las calles eran tan estrechas y sinuosas que

el caminante tenía la sensación de estar atravesando un único edificio en todo momento. En muchas de esas vías, si un coche se detenía todo el tráfico quedaba interrumpido hasta que volvía a ponerse en marcha, aunque era difícil ver algún otro automóvil. Toledo es famosa por fabricar afilados aceros cuyo fin es hendirse en el cuerpo de los hombres y al viajero le resultó difícil ignorar que aquel lugar rezumaba miedo y crueldad.

En la cima de una alta colina estaba el Alcázar, construido sobre los cimientos de una antigua fortaleza árabe. Una inmensa estructura de planta cuadrada que actualmente era sede de una academia militar. Lanny contempló sus inmensos muros de granito y sintió al instante que aquel no era sino otro producto del miedo. Careciendo de dones psíquicos, pensó en antiguas batallas y asedios. Durante los quinientos kilómetros que separaban Sevilla de esta ciudad, los dos viajeros habían reflexionado y conversado sobre el Cid y sus enemigos, sobre el caballero de la triste figura, sobre los crueles y fanáticos reyes de Castilla. Sin embargo, no habían escuchado el paso de las milicias marchando sobre los secos y polvorientos caminos, y tampoco el martilleo de las armas modernas ni el estruendo de camiones y tanques. Los muros del Alcázar de Toledo únicamente repetían el eco de los pasos de los turistas. Sus torres no temblaban y sus bloques de granito no se derrumbaban. El velo del futuro era aún más impenetrable que todas las fortificaciones construidas por los moros o los españoles y no permitía escuchar el sonido de los disparos ni los gritos y gemidos de los falangistas moribundos.

XI

Confortablemente instalado en una *suite* del Hotel Palace, Lanny se sentó ante su máquina de escribir portátil y tecleó apasionadamente una carta para el editor socialista de París. La primera frase decía así: «Soy el amigo que le envió los bocetos de la joven artista alemana». Al leerle la carta en voz alta a Raúl, omitió la mención a Trudi y se limitó a explicarle a su compañero que se había identificado aludiendo a un asunto personal que Longuet recordaría. Puso un sobre de correo aéreo a la carta y echó el sobre al buzón de correos de un tranvía que tenía parada en la esquina frente al hotel. Esta era una de las contribuciones de Madrid a la civilización, un buzón de correos en cada uno

de sus antiguos tranvías, y Lanny se preguntó por qué las ciudades norteamericanas no habrían adoptado ya esa idea.

Durante el mes de julio, en Madrid ocurría lo mismo que en cualquier otra de las grandes capitales europeas: «todo el mundo» se iba de la ciudad. Obviamente se refería a todos los que tenían el suficiente dinero para hacerlo. Si a los vástagos de las familias adineradas les gustaba nadar en el mar, la familia tenía una villa de reposo en San Sebastián o en Biarritz, o quizá en la costa de Normandía. Si a los adultos les gustaba escalar montañas entonces se iban a una quinta en la sierra del Guadarrama o quizá a un chalet en Suiza. Lanny había enviado por correo varias cartas de presentación y al llegar recibió respuestas con los permisos para visitar varias colecciones privadas.

Sin embargo, en esta gran capital eran muchos más los que no poseían villas, quintas o chalets y se veían obligados a quedarse en la urbe a pesar del calor. Las tiendas estaban cerradas desde el mediodía hasta las tres en punto para que todos pudieran dormir la siesta. Cuando el sol se ponía y el calor empezaba a disiparse del pavimento y de las fachadas, la gente salía a la calle y se sentaba en los escalones de sus casas para charlar o para pasear por los bulevares y saludar a sus amigos. Hablaban en voz muy alta y discutían con gestos expresivos y escuchaban la radio en transistores a todo volumen.

La cena era a las nueve o las diez de la noche y los teatros y otros entretenimientos comenzaban a las diez y media u once.

Los dos viajeros salieron de su hotel y pasearon por las calles iluminadas, contemplando las vistas inéditas para los dos. Raúl había nacido a menos de cien kilómetros de esta ciudad y solo había abandonado su pueblo natal tras el asesinato de su padre durante la dictadura de Primo de Rivera. Entonces había huido sin dinero a través tic los Pirineos. Al llegar a la Riviera se había ganado el pan trabajando como empleado de una zapatería y había aprendido por su cuenta francés e inglés escribiendo palabras en trozos de papel que memorizaba cuando no había clientes.

Mientras paseaban por las calles de Madrid, los dos viajeros pensaron que parecía más una ciudad europea que española. Aquí no había un intricando barrio antiguo y medieval de calles estrechas y casas hacinadas como en Sevilla y Toledo, y los suburbios se extendían hasta perderse en la vasta llanura. Había amplios bulevares, metro y otros modernos elementos que uno era libre de considerar mejoras, o lo contrario. No obstante, era fácil disfrutar desplazándose en coche e imaginar que muchos de sus habitantes poseían bañera en sus hogares. Los hombres de la era mecanizada podían entretenerse y pasar el tiempo contemplando ruinas y reliquias, mazmorras e instrumentos

de tortura, espadas, lanzas y armaduras. Pero, como es bien sabido, menos es más y al final la gente siempre regresa al mundo que conoce y en el que alberga esperanzas para sus hijos.

XII

No obstante, de un modo u otro, a un turista franco-norteamericano no le resultaba difícil entrar en contacto con los miembros de las clases prósperas. Muchos de ellos permanecían encerrados en sus mansiones de piedra y no salían ni a sol ni a sombra. Sin embargo, un decadente aristócrata podía acercarse a la ciudad para conocer al que, imaginaba, sería un norteamericano fabulosamente rico haciéndose pasar por experto en arte. O quizá algún joven heredero que ostentaba un puesto de alto rango en el Ejército. Por lo general, la conversación pronto derivaba hacia la política y pocos de ellos tenían algo bueno que decir sobre el actual Gobierno, que llevaba ya cinco meses en el poder. Para los más caritativos, el Ejecutivo pecaba cuando menos de incompetente, una desgracia sin duda, y más aún teniendo en cuenta su abyecto programa de reformas. Todos estaban de acuerdo en que debía ser reemplazado, y lo más rápido posible, pues el país se precipitaba inevitablemente hacia la bancarrota y el caos. Sin embargo, no se expresaban con tanta crudeza como en el sur al manifestar sus deseos sobre el futuro político. Quizá porque no gozaban de la confianza de los conspiradores o simplemente porque tenían motivos para mostrarse más cautos.

Lanny y Raúl habían decidido no comer en restaurantes elegantes, pues en ese tipo de lugares el camarero escoltaba a los recién llegados hasta su *table à deux* y además habría sido una gravísima falta de educación hablarle a un extraño en tales circunstancias. Sin embargo, si uno iba comer a un sitio barato siempre tenía plena libertad para hablar con los demás clientes y la palabra mágica *americano* disparaba su sinceridad y sus ganas de conversar. También aquí muchos criticaban al gobierno, aunque por razones diametralmente opuestas, pues sus representantes no se decidían a actuar. La nueva administración estaba compuesta por ancianos que no osaban alterar el orden de las cosas ni disgustar a sus subordinados, los burócratas, sin importarles cuál hubiera sido el resultado electoral. Los gobernantes de la

España moderna se parecían al clero de los tiempos dorados del rey Charles, que cantaban:

¡Reine quien reine, señor,
Yo seguiré siendo el vicario de Bray![136]

A los viajeros les agradó descubrir lo bien informado que estaba el madrileño de a pie en lo referente a los asuntos de su patria. Se veían a sí mismos como portadores de oscuros secretos pero comprobaron que todo tipo de obreros, e incluso funcionarios y maestros, sabían quiénes eran sus enemigos y conocían sus nombres y títulos o sus rangos en el Ejército. Sería difícil no hacerlo cuando esos personajes se reunían en los cafés de más rancio abolengo y soltaban discursos y brindaban por la contrarrevolución. Abogaban por la violencia y, noche tras noche, sus jóvenes matones contratados asesinaban a los amigos de la República a la puerta de sus casas.

La vida en Madrid se convertía en una pesadilla. La gente estaba desconcertada e indefensa, pues los hombres y mujeres civilizados acostumbran a dejar la ley y el orden en manos de su gobierno. ¿Serían capaces los obreros, los dependientes y los maestros de escuela de salir a la calle para luchar? ¿Cómo lo harían? ¿Dónde conseguirían sus armas y quién les enseñaría a disparar?

XIII

Mientras paseaban por la calle Santa Catalina, Raúl se fijó en un letrero: «*Arte Popular Español*». Y dijo: «Esa debe de ser la tienda de Constancia de la Mora». Le explicó a su acompañante que se trataba de un miembro de la clase dirigente —nieta de Maura, líder conservador y presidente bajo el reinado de Alfonso XIII— que se había rebelado contra el control de su familia y se había hecho socialista.

—¡Oh, sí! —exclamó Lanny—. La recuerdo. Se divorció de su marido. Los españoles de la Riviera no sabían cómo asimilar lo sucedido. Según decían, era la primera vez que algo así sucedía en España.

—Ahora está casada con un oficial del Ejército al mando de la Fuerza Aérea que podría sernos muy útil llegado el momento de una confrontación

con los fascistas. Ella se gana la vida vendiendo productos hechos a mano por campesinos.

—Entremos a conocerla —dijo Lanny.

A Raúl le sorprendió la propuesta y al principio no supo cómo reaccionar. Estaba familiarizado con las costumbres de los trabajadores pero nunca había conocido en persona a la nieta de un presidente, al menos que él supiera.

—¿Le dirás quién eres? —preguntó.

—¿Para qué? Si ella tiene cosas que vender y nosotros deseamos verlas, con eso bastará.

Una mujer alta y morena de unos treinta años se acercó amablemente para recibirlos.

—*Buenos días, señores* —dijo.

Cuando Lanny le preguntó si hablaba inglés ella le respondió afirmativamente sin hacer alusión a que había recibido gran parte de su educación en Gran Bretaña.

—Estoy de visita en su país por primera vez —explicó el viajero— y me gustaría comprar para mi madre algo característico de aquí.

En la tienda había gran diversidad de productos hechos a mano por campesinos: bordados, sábanas y mantelerías, cerámica, muebles, todos ellos con un toque evidentemente español. La nieta del presidente no mostró el menor celo como vendedora sino que se limitó a dejar que el recién llegado examinara el género antes de escoger.

—Creo que las mantelerías siempre son un regalo aceptable —dijo él finalmente.

—Estas duran toda una vida —respondió la mujer.

Lanny escogió media docena de manteles y dos docenas de servilletas. Ya podía imaginar a Beauty diciéndole a sus invitados: «Estos me los trajo mi hijo de Madrid». Hablarían sobre ellos y quizá Beauty añadiría: «Son de la tienda de Constancia de la Mora. Sí, ¿la recuerdan? La que se divorció y volvió a casarse con el oficial de Aviación».

Era frecuente que algunas damas de la nobleza francesa y británica entraran en una especie de circuito comercial exclusivo para las clases acomodadas. Sus amigos lo consideraban algo valiente y las apoyaban por una cuestión de principios. Los turistas solían visitar sus locales movidos por la curiosidad, para ver qué aspecto tenía cierta duquesa o condesa y poder contarles después a sus amigos lo que había dicho. Sin embargo, abrir una tienda en el centro de Madrid y después, por si eso fuera poco, divorciarse,

para los conservadores españoles representaba poco menos que el fin de una era.

La contribución de Lanny al movimiento feminista alcanzó un total de casi mil pesetas, suficiente como para que la nieta de cualquier ministro marcara en rojo el día en el calendario. La señora Constancia, no obstante, no se mostró eufórica sino que se limitó a devolverle el cambio a su cliente y a preguntarle dónde debían entregar el paquete.

—Vendré a recogerlo personalmente en mi coche —respondió Lanny.

XIV

De nuevo en la calle, los dos aventureros comentaron la escena.

—Una mujer franca y decidida, sin duda. Alguien en quien poder confiar. ¿Dices que su marido es comandante del Ejército del Aire?

—Eso me han dicho.

—Bien, podría ser un hombre clave. Debemos asegurarnos de que sabe lo que está ocurriendo.

Y cuando Raúl asintió, Lanny añadió:

—Creo que voy a arriesgarme con ella. Espérame en el coche y le preguntaré si podemos hablar a solas.

Fueron a por el coche y regresaron a la tienda. Al entrar, Lanny se dirigió a la dueña diciendo:

—Señora, soy extranjero y después de tres semanas viajando por su país, creo que tengo cierta información que podría interesarle. ¿Puedo hablar con usted en privado?

Los modales del desconocido eran excelentes y ella no pareció sorprendida, pues vivía en un mundo en el que las conspiraciones son el pan de cada día. Había otra mujer en la tienda, al parecer una empleada, y sin decir palabra la señora acompañó a su cliente hasta un despacho y cerró la puerta.

Lanny fue directo al grano.

—Debo decirle que mi conducta obedece a un impulso repentino, pues comulgo con sus ideas y he tenido la sensación de que podía confiar en usted. No puedo permitirme revelar mis inclinaciones políticas a cualquiera, pues de

ser así perdería inmediatamente mis fuentes de información. Por ese motivo he de pedirle que no me pregunte mi nombre y que no hable de mí con nadie. Haga lo que crea oportuno con la información, pero olvide que he sido yo quien se lo ha dicho.

—Por supuesto, señor. Como desee.

—La mayor parte de lo que sé lo he averiguado antes de llegar a España. Digamos que la he obtenido directamente de aquellos que conspiran contra su Gobierno. Mientras viajaba por el sur no he hecho otra cosa que confirmar lo que ya sabía y algunos detalles más. Pronto tendrá lugar un alzamiento contra su Gobierno financiado por Juan March, el duque de Alba y otros de su clase. El general Francisco Franco es el líder que han escogido y pronto volará desde las islas Canarias hasta Maruecos con intención de desembarcar después en Cádiz para acaudillar el movimiento. Ya queda poco tiempo.

La expresión de la mujer no se alteró lo más mínimo.

—Hace tiempo que tan terrible noticia llegó a nuestro conocimiento —respondió ella—. Estamos muy preocupados y hemos hecho lo poco que hemos podido, que no ha servido de mucho.

—Pero, señora, cuentan ustedes con el apoyo de su Gobierno, ¿no es cierto?

—Por desgracia no tenemos Gobierno. Hemos sido generosos poniendo el poder en manos de un puñado de ancianos sabios y nobles. Al menos así son considerados por la mayoría y eso hemos decidido creer. Pero la verdadera izquierda no tiene un solo representante en el Gobierno. Sin duda habrá escuchado las acusaciones de que el Gobierno es un nido de anarquistas y comunistas…

—Por todas partes.

—No hay ni un solo anarquista, ni un comunista, ni siquiera un socialista en el Congreso. Nosotros, la izquierda, hemos querido ser corteses, moderados y avanzar de manera gradual, sin caer en provocaciones. Por eso nuestro Gobierno está formado por abogados y profesores, liberales y demócratas de la vieja escuela, hombres que han dedicado su vida a la causa de la ilustración de España, de una República española. Pero ahora están cansados y no quieren molestarse demasiado. Son nobles y de confianza y parecen empeñados en ignorar la maldad del ser humano. Hemos acudido a ellos y les hemos advertido, les hemos rogado, lo único que nos ha faltado es ponernos de rodillas. Pero es imposible conseguir que pierdan la fe en los procesos establecidos, que renuncien a la creencia de que el voto depositado en

la urna es sagrado, de que la voluntad del pueblo español es y debe ser inviolable.

—¡Pero el pueblo, señora! ¿No pueden inducirlo a actuar, organizado?

—Esa es nuestra única esperanza, que los trabajadores defiendan a su Gobierno a pesar de todo. Pero no pueden hacer nada si antes no son atacados, de lo contrario serían acusados de insurrectos y criminales.

—¿Y su marido?

—Mi marido ha apelado una y otra vez a sus superiores, arriesgando su influencia y su autoridad. El escaso poder que posee ya lo ha utilizado. Los fascistas conocidos han sido expulsados del Ejército del Aire y creemos que los que actualmente están en servicio son leales. Eso, esperamos, nos permitirá ganar algo de tiempo.

—Pero sus enemigos dispondrán de aviones italianos y alemanes y los aplastarán.

—¿De veras lo cree, señor?

—Lo sé de primera mano, gracias a una fuente absolutamente fidedigna. Enviarán aviones de transporte y traerán tropas desde Marruecos y sus trabajadores serán vencidos antes de que puedan llegar a organizarse siquiera. Ya sabe lo que han hecho en sus respectivos países, y piensan seguir haciéndolo en una nación tras otra mientras existan gobiernos democráticos que se les opongan y movimientos obreros que los denuncien.

Lanny estaba preparado para ver en el rostro de la dama española la misma expresión desvalida de tristeza y desesperación de aquellos que conocía y que habían huido de Italia y Alemania. Pero lo que vio en esta ocasión fue furia, pues pertenecía a una raza que no se rendía fácilmente.

—¡Nuestro pueblo luchará! —afirmó—. ¡Con las armas de que disponga, luchará! ¡No permitiremos que nos arrebaten nuestro Gobierno!

—Entonces deben actuar cuanto antes, señora.

—Hablaré con mi marido —dijo Constancia—. Y de nuevo acudiré a los pocos amigos que me quedan.

—Si el Gobierno quiere sobrevivir debe arrestar a los conspiradores. Debe llevar a cabo cientos de arrestos: Franco, Sanjurjo, Mola. ¡Todos ellos! Y de inmediato.

—No actuarán, señor. Son incapaces de la menor iniciativa. ¡Son demasiado buenos, o demasiado estúpidos, demasiado indecisos, demasiado débiles! Dirían de ellos que habían llevado a cabo un *coup detat* y temen el escándalo, el desorden, los insultos.

Cuando el visitante se puso en pie para marcharse, ella dijo:

—Gracias, señor. Si es posible, páseme toda la información que consiga. Me aseguraré de utilizarla si está de mi mano.

—Muy bien —respondió él—. Le daré un nombre en clave cada vez que le escriba. Será *Popular*.

Pronunció la palabra a la manera española, con el acento en la última sílaba. Significa del pueblo o que tiene que ver con el pueblo. Lanny Budd no entraba en esa categoría, pero sí sus sueños y también los de ella. Las palabras *Arte Popular Español* tenían un significado más profundo que el de aquellos manteles y sábanas bordados a mano por campesinas que después eran vendidos a damas ricas. Significaba que los obreros españoles estaban destinados a ser los propietarios de las grandes cooperativas y que dispondrían de la mejor maquinaria y serían capaces de salir adelante. «Construirán casas y las habitarán; plantarán viñas y comerán de su fruto. Ya no construirán casas para que otros las habiten, ni plantarán viñas para que otros coman. Porque los días de mi pueblo serán como los de un árbol y mis escogidos disfrutarán de las obras de sus manos»[137].

20
DESASTROSO CREPÚSCULO

I

Una de las visitas obligadas en Madrid era el Museo del Prado, un lugar del que había oído hablar desde que era niño. Había allí dos mil quinientos cuadros que habían sido reunidos bajo un mismo techo por diversos reyes de España desde el siglo XVIII. No se trataba de una colección exclusivamente española sino también europea: Murillo, El Greco y Velázquez tenían sus respectivos salones; Goya su sala abovedada; Van Dyck y Rubens ocupaban una larguísima galería; Rafael y Correggio, Tiziano y Tintoretto, cada uno de ellos tenía un gabinete exclusivo.

No es posible conocer la fuerza y la pasión de Velázquez hasta que se visita este lugar, pues el enorme salón y los pasillos que conducen hasta él contienen más de la mitad del total de sus obras, desde su juventud hasta su muerte. Había retratos, paisajes, temas históricos, religiosos y mitológicos. ¿Sabía él distinguir estos últimos en lo más íntimo de su corazón? Ahí estaba su *Adoración de los magos*, una escena religiosa convencional; también *La fragua de Vulcano*, en la que el mensajero de los cielos visita a los antiguos herreros griegos. Se trata supuestamente de Apolo que les cuenta la infidelidad de Afrodita, aunque Lanny prefería pensar que el dios de la luz les pide que dejen de forjar sus armas mortales. El mismo Lanny habría estado dispuesto a rezarle a la divinidad de haberle prometido algo semejante.

Después estaban *Los borrachos*, un grupo de campesinos gozando con desenfreno de su homenaje a Baco, un dios con el que Lanny nunca había comulgado. Y el famoso retrato de la infanta con sus damas, en el que el mismo Velázquez aparece retratado mientras pinta el cuadro. También *La rendición de Breda*, que representa una escena histórica, el final de una batalla

de la que Lanny nunca había oído hablar. Los nombres de los príncipes no significaban nada para él y sin embargo observó que se comportaban con cierta cortesía y dignidad que el mundo parecía haber olvidado. En aquellos días la lucha era un juego y los vencedores daban las gracias a los vencidos por una digna competición. En los tiempos modernos, sin embargo, era un odio mortal lo que movía a los contendientes, que se enfrentaban entre gases venenosos que nublaban sus mentes.

También estaba Goya, un pintor que no había amado su época. Estaba representado aquí por numerosas obras, entre ellas *La familia de Carlos IV*. Era extraordinario observar la degeneración de un cuerpo humano y darse cuenta de que, por lo general, dicha anomalía va de la mano de la decadencia del intelecto. Esta familia real había sido caricaturizada del modo más cruel y encarnizado. ¡Y a pesar de todo ellos habían pagado por el cuadro y les había gustado! Esta obra era capaz de revelar más cosas sobre la realeza española que todos los palacios que Lanny había visitado.

Y más adelante el gentil Murillo, con sus hermosos sueños de seres celestiales. Esas eran las imágenes que albergaban en su corazón las mujeres que se cubrían el rostro con velos negros de camino a la catedral de Sevilla, ciudad que vio nacer al pintor. Lanny se alegró de poder olvidar por un rato la bajeza de la religión para pensar que una madre y su hijo no cambiaban por el hecho de que un pintor colocara sobre sus cabezas doradas aureolas. Tampoco tenía importancia que en la mayoría de los casos la mujer que había servido como modelo fuera la amante del artista, pues la madre de Lanny había representado con éxito el mismo papel durante buena parte de su infancia.

Esas horas en el Prado, sin duda entre las más memorables de toda su vida, Lanny las pasó rodeado de turistas, muchos de ellos norteamericanos, que vagaban por los largos salones contemplando con embeleso —real o fingido— toda la belleza que había a su alrededor. La mayoría de ellos guardaban silencio aunque dos damas con acento, que a él le pareció del Medio Oeste de los Estados Unidos, hicieron que el experto en arte sonriera durante largo rato. Una de ellas sostenía en la mano un catálogo que estudiaba con expresión preocupada.

—¿Dónde está Oney? —le preguntó a su acompañante—. Alguien me dijo que no me fuera de aquí sin ver la *Virgen con el niño* inacabada de Oney, pero no la encuentro en el catálogo.

—¿Oney? —repitió la otra—. ¿Estás segura de que se llama así?

—Lo anoté —respondió la primera—. George O-n-e-y. ¿Cómo se pronuncia si no?

Lanny consideró que no había nada de malo en mostrarse amable y acudió al rescate.

—Disculpe, señora —dijo—. Giorgione es un nombre italiano y de ese modo aparece en el catálogo.

—¡Oh, gracias, gracias! —tartamudeó la dama y se alejó rápidamente, tratando de ocultar su confusión.

II

Lo que más deseaba Raúl era visitar la Ciudad Universitaria de Madrid, cuyas obras aún no habían concluido. Estaba situada al noroeste, en las inmediaciones de la capital. Una extensión de más de cuatrocientas hectáreas de terrenos llanos, con las sierras azules como telón de fondo y el inmenso Escorial formando parte del paisaje. De ese modo, el pasado y el futuro se encontraban en un mismo escenario. El Escorial había sido el centro religioso de la corte, palacio e iglesia al mismo tiempo que había sido construido por el fanático y cruel Felipe II y aún hoy seguía siendo un foco de reaccionarismo, mientras la universidad se convertía rápidamente en un centro para el progreso científico y para una literatura y un arte libres. Era imposible evitar que el pensamiento moderno se abriera paso allí, que se abriera camino hasta cualquier lugar de la tierra donde hubiera teléfonos, imprentas y otros medios para difundir el conocimiento entre la raza humana.

Resultaba embarazoso para un marxista verse obligado a admitir que tan magnífico concepto debía atribuirse al odiado Alfonso XIII. Pero era cierto, él había sido su promotor y había decidido recaudar fondos de un modo muy curioso: mediante la Lotería Nacional. Cada primavera, los españoles compraban cincuenta y cinco mil boletos valorados en cien pesetas cada uno. Se vendían en pequeñas fracciones en un ambiente de inmensa expectación, y se estimaba que, en un periodo de diez años, los beneficios obtenidos por su venta serían suficientes para financiar la vida intelectual del pueblo español.

Lanny llevó a su amigo a visitar las instalaciones. Ocho o diez de los edificios ya habían sido completados. Los necesitados con más urgencia eran los de Medicina y Farmacia, por lo que su construcción había comenzado primero. No eran imitaciones del gótico, como habría ocurrido en

Norteamérica, sino modernas estructuras adaptadas para el trabajo de los científicos. El edificio de la Facultad de Letras, recientemente finalizado, había costado tres millones de dólares. Se alzaba formando tres lados de un planta cuadrada y, anexo a su fachada trasera, había un auditorio circular. Raúl quedó deslumbrado por la estructura interior. En pleno verano estaba vacío, pero al español no le costó demasiado imaginárselo repleto de jóvenes, hombres y mujeres, absorbiendo el conocimiento y construyendo ideales. Las energías aquí generadas se expandirían por toda la nación acabando por fin con la interminable noche de la superstición y la reacción. La luz de la humanidad y la justicia penetrarían en los rincones más oscuros de España. Ese era el sueño de Raúl. Entretanto, Lanny comprobó una vez más que no tenía dotes de clarividente, pues mientras caminaba de un elegante edificio a otro seguía sin escuchar el atronador estallido de cañones ni el estruendo de los muros destruidos, y tampoco los gritos agonizantes de jóvenes socialistas o comunistas, demócratas o liberales.

III

Como cuando una tormenta de verano está a punto de estallar y nubes negras se reúnen en el horizonte, elevándose cada vez más alto igual que enormes ruedas rodando en el cielo que pronto arrojarán densas cortinas de lluvia gris. Gradualmente se expanden y el cielo azul desaparece engullido por la negrura. El rumor del trueno es cada vez mayor, más amenazador, y los gigantescos dardos de luz apuñalan la tierra. Los hombres interrumpen su trabajo y miran hacia el cielo con preocupación, los pájaros enmudecen, creyendo quizá que la noche se ha adelantado o que su mundo se acaba: lo mismo ocurría en la capital de España durante la segunda semana de julio de 1936.

Una de las ventajas de pagar ciento cincuenta pesetas diarias por una *suite* de hotel era que los huéspedes podían disponer de un aparato de radio. Lanny lo tenía en su habitación y se sentaba en compañía de su amigo para escuchar todo aquello que el Gobierno democrático de España quería que su pueblo supiera. Se estaba gestando una larga huelga y el Gobierno deseaba que los trabajadores volvieran a trabajar, pues de lo contrario estarían siguiéndole el juego a los reaccionarios que aseguraban que el pueblo no conoce la

moderación y es incapaz de autogobernarse. Otra emisora, propiedad de sindicatos marxistas, aconsejaba a los trabajadores que se mantuvieran firmes porque ese era el único modo de obligar al Gobierno burgués a actuar por fin contra los reaccionarios. Semejante conflicto de opiniones debía de resultar cuando menos confuso para el madrileño de a pie.

Trascendió la noticia de que un grupo de falangistas de Valencia había asaltado una emisora de radio. Al parecer se habían confundido de fecha y se disponían a anunciar antes de tiempo el triunfo de la contrarrevolución. Al darse cuenta de su error, avergonzados, se habían retirado. Y dijo Raúl: «¡Sin duda eso despertará por fin al Gobierno!». Pero tal cosa no sucedió.

Una madrugada, de regreso al hotel tras asistir a un concierto, los viajeros encendieron la radio y escucharon la noticia de que José Castillo, comandante de un grupo de la policía escogido por su integridad, había sido asesinado. Había salido a pasear con su esposa y una banda de maleantes fascistas le habían disparado por la espalda. El crimen fue denunciado por la radio y los dos oyentes supieron de inmediato que el suceso provocaría la furia de los trabajadores. Una vez más Raúl dijo: «¡Ahora deben actuar!».

Todo Madrid clamaba al día siguiente para que el Gobierno reaccionara. La conspiración ya había sido probada en numerosas ocasiones, tanto con hechos como con palabras. Todo el mundo sabía quién había asesinado a Castillo. Todos excepto los dirigentes del Gobierno, que creían firmemente en la paz y la democracia, en las libertades civiles y en la libertad de expresión. Tanto era así que no eran capaces de llevar a cabo el más mínimo movimiento contra los enemigos jurados de todas esas bendiciones.

Esa misma noche llegaron noticias aún más graves. Los agentes de Castillo se habían presentado en el cuartel general de los fascistas de Madrid, se habían llevado a su líder, de nombre Calvo Sotelo, y le habían disparado a quemarropa. Ojo por ojo y diente por diente, reza la vieja fórmula conocida en España desde mucho antes de que se impusiera la religión cristiana. Raúl dijo que aquella forma de actuar no era válida en la lucha de clases. «Ellos tienen derecho a asesinar, pero si somos nosotros quienes lo hacemos… Verás la diferencia».

Y así fue ciertamente. Calvo Sotelo y muchos otros de su clase habían disparado a cientos de obreros y campesinos de toda España, pero eso no había trascendido en la prensa burguesa nacional ni extranjera. Sin embargo, ahora se trataba de un hombre importante, un miembro de las clases dirigentes, el hombre que había sido nombrado *presidente* cuando el *coup d'état* triunfó: de modo que aquello era un asesinato, «un acto de locura, retorcido y

antinatural». Al día siguiente en las Cortes, el líder fascista Gil Robles se puso en pie y dijo: «Su sangre ha salpicado las manos de todos aquellos que apoyan al frente Popular. No tardará en llegar el día en que la violencia que habéis desatado se vuelva contra vosotros». Desde ese mismo instante la contrarrevolución se puso en marcha.

IV

Lanny había planificado abandonar Madrid a la mañana siguiente. Tendría que cerrar sus ventas rápidamente, antes de que alguna de las partes se echara atrás. Tenía varios frentes abiertos con clientes de las clases pudientes que albergaban la esperanza de poder sacar sus tesoros de España a pesar de los decretos del gobierno. Los dos viajeros ya habían guardado en el coche sus maletas y sus paquetes de manteles y partieron hacia Barcelona.

Se detuvieron para conocer Alcalá de Henares, lugar de nacimiento de Cervantes, que había recibido el póstumo honor de que el mejor hotel de la ciudad llevara su nombre. Después hicieron una parada en Guadalajara para visitar el Palacio[138], actualmente un orfanato. Otro lugar donde Lanny esperaba percibir algún tipo de vibración psíquica, ¡pero también sin éxito en esta ocasión! La mayor parte del tiempo estaba concentrado en lo que escuchaba en la radio. Un magnífico invento con el que uno podía viajar y sentirse como en casa, o dondequiera que deseara estar. Los fascistas de Madrid habían anunciado públicamente la celebración del funeral de su héroe caído, pero había sido prohibido. Una indignante violación de las libertades civiles, según dijo un caballero en un pequeño café donde los viajeros se detuvieron a almorzar.

Después se aproximaron a una villa llamada Calatayud, con construcciones de barro marrón procedente de las colinas que la rodeaban, que parecían amenazar con derrumbarse de un momento a otro y en las que la gente había excavado grutas que aún estaban habitadas. Los viajeros abandonaron la carretera principal en ese punto, pues en aquellas colinas, a bastante distancia aún, se encontraba el pueblo donde había nacido Raúl y que habían prometido visitar. El español le había escrito a su hermano mayor para avisar de su llegada y como respuesta había recibido una nota mal escrita —pues en la

familia Palma, dijo Raúl, la educación no era algo congénito sino que debía ser adquirida—. El hermano, que había regresado de Argentina, se autodenominaba *sindicalista* y trataba de organizar a un grupo de campesinos muy pobres para montar una cooperativa con el fin de construir una presa en un pequeño arroyo, primero para la irrigación de sus cultivos y más adelante para producir energía y luz artificial.

El coche traqueteaba fatigosa y lentamente por la carretera que era poco más que un camino de mulas. Lanny había sido testigo de mucha pobreza, en España y en los más diversos lugares, pero nunca había visto a seres humanos tan demacrados y consumidos como los que conoció en este solitario valle de las recónditas montañas de Aragón, castigadas por un gélido frío en invierno y un sol abrasador durante los largos veranos. «Olvidadas por la Virgen María y la Santísima Trinidad, pero no por los recaudadores de impuestos», dijo Esteban Palma al conocerlos. Era un hombre de aspecto recio, moreno como un árabe y con el cuerpo y la cara generosamente cubiertos de vello negro y rizado. Lucía una magnífica y poblada barba y, cuando su hermano hizo alusión a ella jocosamente, el mayor entonó una vieja canción andaluza sobre «bigotes que no se han visto en la tierra desde los tiempos de Jesucristo». No había ningún afán blasfemo en sus palabras, tan solo ingenuidad española, pues de veras creían en sus muchos santos y en los detalles que sobre su aspecto físico habían trascendido a lo largo de los siglos.

Esteban era un gran hombre para aquellos *patanes* olvidados. Había sido marino y visitado innumerables puertos del mundo entero, y lo que él decía iba a misa. Esta vez les había dicho a sus paisanos que un millonario americano salido de una película estaba a punto de llegar a bordo de un automóvil que corría como el viento y cuyo interior era tan lujoso como el *Palacio Real*. Los campesinos habían tenido ocasión de ver algún que otro Ford cuando iban al mercado y muy pocos habían ido al cine en toda su vida. Ahora se reunieron y contemplaron el coche como si fuera un carruaje recién llegado del cielo cuyos pasajeros vestían ropajes de luz. No obstante, en ningún momento perdieron su dignidad. Se mantenían erguidos en pose orgullosa y parecían decir: «Es cierto que vestimos harapos, pero nadie se burlará de nosotros ni nos humillará».

Raúl se acordaba de algunos de aquellos hombres, con los que había jugado siendo niño. Intercambiaron recuerdos y los visitantes dieron un paseo para conocer los alrededores. Después entraron en una cabaña oscura y de techos bajos, que Estaban llamaba hogar, y comieron pan duro, aceitunas secas, queso y algunas verduras que las gallinas del vecino no habían echado a

perder. Una de las mejoras con las que soñaba la cooperativa era la construcción de un corral donde todas las gallinas de la comunidad pudieran ayudarse mutuamente. En cuanto a las gallinas humanas, Esteban no se hacía demasiadas ilusiones. También debían convivir y ayudarse, pero era necesario que aprendieran a hacerlo mejor y este era el momento idóneo, pues España estaba a punto de abrirse al mundo moderno.

Esteban anunció a los patanes un nuevo milagro. El *señor americano* poseía una de esas maravillosas cajas en las que se podían escuchar las voces de personas que hablaban en Madrid e incluso en Barcelona. El *señor* se ofreció gustosamente a hacerles una demostración de sus poderes, de modo que todos los niños y los hombres y mujeres que no estaban faenando en los campos se apiñaron en torno a la radio y escucharon las últimas noticias sobre la inminente tormenta de una guerra civil: un portavoz del Gobierno anunciaba que las Cortes habían sido suspendidas y apelaba al pueblo para que permaneciera tranquilo y confiara en sus autoridades. Cuando se apagó la radio fue Esteban quien pronunció un discurso, explicando por qué los terratenientes y los prestamistas deseaban destruir el Gobierno del pueblo y por qué obreros y campesinos debían estar preparados para defenderlo con sus vidas. La determinación de los miembros de su audiencia era evidente, sin embargo Lanny y Raúl no imaginaban con qué armas iban a enfrentarse aquellas desnutridas víctimas de la erosión de la tierra a los aviones de combate y las ametralladoras traídas desde Italia y Alemania con el dinero de Juan March y el duque de Alba.

V

«Esteban nos invitará a pasar la noche», había dicho Raúl antes de llegar, «pero si nos quedamos te devorarán las pulgas». De modo que cuando llegó la hora, Lanny explicó que tenían poco tiempo y que debían seguir viajando de noche igual que habían hecho durante el día. Le entregó al velludo exmarinero un par de billetes de cien pesetas para que los utilizara en beneficio de la cooperativa y, cuando este se lo comunicó a resto, el entusiasmo iluminó por primera vez los rostros de aquellos deprimidos paisanos. La pareja se marchó

envuelta en un halo de gloria y Lanny sintió que había aprendido más sobre España en aquella aldea que en ninguna de sus grandes ciudades.

Descendieron por el sinuoso sendero de mulas al anochecer mientras los faros del coche iluminaban los baches y surcos creando sombras que se alzaban como negros cañones en mitad del camino. Avanzaban con desesperante lentitud cuando de repente escucharon gritos a sus espaldas y el eco de los cascos de un caballo al trote.

Lanny guardaba su automática Budd entre los asientos delanteros y al detener el coche colocó su mano sobre ella. Sin embargo, el asalto resultó ser inofensivo. Era un campesino, un *criado* vestido con ropas raídas y remendadas que se acercaba al coche a lomos de una mula alta y huesuda a la que evidentemente había forzado durante la persecución, pues su pelaje estaba cubierto de espuma blanca y resoplaba como los fuelles de una forja. «*¡Deténganse ustedes, señores!*», había estado gritando el desconocido, y ahora: «*¡Perdone usted!*», resolló. Pues a pesar de sus andrajos podía mostrarse educado.

Se puso a hablar atropelladamente y Lanny, que hacía lo que podía por comprender algo, creyó escuchar varias veces la palabra *pintura* y también el nombre de *mi amo, el señor* don Pedro Ruiz Bustamante y Bastida, que vivía en algún rincón de aquellos andurriales y se había enterado de la llegada de cierto *gentilhombre americano*, por lo que había enviado a su sirviente con motivo de invitarle a examinar una pintura que él, don Pedro Ruiz Bustamante y Bastida, poseía y que quizá el *señor americano* podría estar interesado en comprar. *Pintura espléndida*, declaró el mensajero, que explicó además que, al llegar a la aldea y descubrir que los señores ya se habían marchado, había salido en su busca tan rápido como aquel *mulo perezoso* le había permitido hacerlo.

En cuanto Raúl terminó de traducir, Lanny dijo: «Pregúntale de quién es la *pintura*». Pero el *criado* sacudió la cabeza de un lado a otro. Ni siquiera el cultivado don Pedro Ruiz Bustamante y Bastida lo sabía. Aunque sin duda era una *pintura magnífica, grande*, dijo extendiendo los brazos en el aire a ambos lados de su cuerpo. Era el retrato de un antepasado de don Pedro, el gran comendador Humfredo Fernando Bustamante y Bastida.

—¿Qué probabilidades crees que hay de que se trate de una pintura valiosa? —le preguntó Lanny a su amigo.

—Podría ser algo importante —respondió Raúl—. Estos valles fueron fértiles en otro tiempo y se trata de una antigua familia cuyo nombre recuerdo

de cuando era niño. Su mansión posiblemente estará en ruinas actualmente, pero eso no tiene por qué haber estropeado el cuadro del que habla.

Y dijo Lanny:

—Adelante, pues. ¡Vámonos!

—Pero no pasemos allí la noche —advirtió de nuevo Raúl—. Además de pulgas podría haber chinches.

VI

Maniobraron cuidadosamente para dar la vuelta al vehículo y siguieron al *mulo perezoso* y tras una hora de camino a una lentitud desesperante por fin llegaron a una hacienda de portón destartalado cuyo camino de entrada había sido devorado casi completamente por las malas hierbas. En la oscuridad apenas se veía el caserón pero a la luz de los faros del coche pudieron apreciar fugazmente un gran fragmento de cornisa inclinado sobre la puerta principal. Nadie se había tomado la molestia de repararlo ni retirarlo. Lanny tomó la precaución de guardarse rápidamente la pistola en el bolsillo antes de bajar del coche y a continuación se adentró en la negrura del edificio, en cuyo interior la única luz visible procedía de una lámpara de parafina en el vestíbulo de entrada.

«*Sírvase usted entrar*», dijo una voz. Y acto seguido Lanny tuvo ocasión de conocer a uno de los especímenes humanos más deprimentes que había visto en toda su vida. Don Pedro Ruiz Bustamante y Bastida medía alrededor de un metro noventa pero era enjuto y raquítico y tenía los hombros caídos como si se esforzara en mantenerse al mismo nivel que los demás para hablar más cómodamente. Tenía el pelo negro como las plumas de un cuervo y daba la impresión de que se lo había cortado él mismo hacía mucho tiempo y no se lo había vuelto a cepillar desde entonces. Al parecer se había afeitado para la ocasión y se había hecho dos cortes en la barbilla. Tenía la cara larga como un zorro y la mandíbula colgante, labios gruesos y húmedos y ojos vidriosos y con legañas. «O ha estado de juerga o se droga», pensó el visitante.

El amo de la hacienda se había puesto para la ocasión un traje negro de terciopelo con pantalones bombachos y una camisa con puños avolantados muy sucios, que más bien parecía un disfraz que hubiera sido utilizado por

toda una generación de actores de un teatro de provincias. Indudablemente se trataba de un legado familiar que acababa de sacar un algún arcón polvoriento. El caballero hizo una leve reverencia y soltó un discurso de bienvenida que podría haber pronunciado aquel rey de Castilla que había sido el causante de que millones de españoles pronunciaran la letra «c» de forma incorrecta. Se llevaron a cabo todas las formalidades de rigor, incluida la invitación a tomar una copa de vino caliente y avinagrado, y los recién llegados fueron escoltados a una gran estancia que en otro tiempo pudo haber sido un salón de baile. Parecía completamente vacía y Lanny llegó a la conclusión de que don Pedro había sobrevivido a base de vender los muebles uno por uno y quizá utilizando los zócalos de su casa para alimentar el fuego de la chimenea.

Apoyada contra la pared, junto a la puerta, había una pintura sin enmarcar. Sin duda en otra época había tenido un espléndido marco dorado que también habrían llevado al pueblo en un carro para vendérselo a algún coleccionista. El lienzo aún estaba sujeto a la pared por cuatro clavos, uno en cada esquina, y tenía un gran bulto que marcaba la zona por donde lo habían doblado. El polvo que cubría la pintura, que solamente habían limpiado parcialmente, sugería que había estado almacenado en un ático o quizá incluso en un rincón de esa misma habitación. En cualquier caso ahí estaba, de modo que Lanny se acercó para examinarlo mientras don Pedro sujetaba la lámpara, lo cual fue una suerte, pues Lanny podría haberla soltado a causa de la impresión. Una sola mirada le bastó para reconocerlo y su alma pegó un grito inaudible para el resto de los allí presentes:

¡Un Goya!

Una buena muestra de ese tipo de obras —Lanny había vendido un par de ellas en su vida y había tenido ocasión de contemplar varias en el Prado— en las que un pintor adelantado a su tiempo había retratado a sus amos y gobernantes con la suficiente habilidad como para convertirlos en verdaderos esperpentos sin que ellos se percataran. Los pintaba excesivamente altos, con manos largas y menudas y pies pequeños, síntomas todos ellos de la degeneración que ellos mismos estimaban como pruebas de su sangre noble. Pintaban engolados uniformes y condecoraciones, con cordones de oro y chorreras, empuñaduras de espadas cubiertas de pedrería, tan realistas y magníficas que, llegado el momento, el modelo se olvidaba de contemplar sus propios rasgos. Los retrataba como si fueran el reverso de un ideal: eran astutos, crueles, bestiales, avariciosos, estúpidos, o como quiera que fueran, pero mucho más. Varios reyes, diversas cortes, ¡y no había registros de nadie

que hubiera tenido algo que objetar al hecho de pasar de ese modo a la posteridad!

He aquí el retrato del *Gran comendador Humfredo Fernando Bustamante y Bastida*. Lanny jamás había oído hablar de él, pero eso no demostraba nada. Era la viva imagen de su tataranieto, con la diferencia de que uno parecía ser un hombre vital y enérgico y el otro un tipo enfermo y acabado. Había sido retratado con el hermoso uniforme de la orden española del Toisón de Oro y llevaba un espléndido collar con gruesos eslabones de oro y motivos heráldicos entrelazados y una letra B, por Borgoña, donde la orden había sido fundada hacía más de quinientos años. ¡Cuántos comendadores había tenido la rama española en aquellos años, y todos y cada uno de ellos habrían ordenado que les retrataran con su uniforme!

Lanny limpió con su pañuelo el polvo de la esquina inferior derecha del lienzo en busca de la firma pero no había ninguna. Incluso aunque hubiera estado allí no habría sido prueba suficiente, pues muchos pintores permitían que sus pupilos imitaran su estilo, a menudo con ayuda del propio maestro, por lo que con aquella oscuridad y con la suciedad que cubría la pintura incluso al mejor de los expertos le habría costado certificar la autenticidad de la obra. Lanny, sin embargo, estaba casi seguro de que se había topado con un Goya.

VII

Se enfrentaba, pues, a un dilema moral, y no precisamente insignificante. Si Lanny estaba en lo cierto, el cuadro podría alcanzar un valor de veinte o treinta mil dólares. Hasta ahora nunca se había lucrado al cerrar una venta en toda su carrera como marchante. Siempre había explicado al detalle qué era lo que compraba o vendía y únicamente ofrecía precios razonables. En caso de decidir ahora tratar del mismo modo a este grande de España en decadencia le habría dicho: «Tendría que examinar el cuadro a la luz del día y quizá pedirle a algún colega que viniera para poder contar con una segunda opinión. Si es un auténtico Goya, podría encontrar a un coleccionista norteamericano dispuesto a pagarle cien o doscientas mil pesetas por él, de las cuales me

abonaría usted una comisión y no me debería nada. Todo ello, por supuesto, en el caso de que me permitan sacar el cuadro de España».

Sin embargo Lanny percibió entonces la presencia de otra persona en la casa. Trajinando en la penumbra había una joven de ojos oscuros y aspecto de gitana, con las mejillas y los labios excesivamente maquillados. El visitante no tardó en adivinar qué papel desempeñaba aquella muchacha en la hacienda y adonde iría a parar el dinero. Un enjambre de parientes se presentaría de repente en la heredad con la avidez de una manada de carroñeros y el pobre degenerado bebería hasta morir, o acabaría en la tumba antes de tiempo por la ruta mucho más rápida del consumo de cocaína o morfina. Al mismo tiempo, Lanny recordó las noticias que habían estado escuchando en la radio y el terrible peligro que corrían sus amigos no solo en España sino también en Francia y en otros lugares. No podía competir con el rey del tabaco de la península Ibérica pero, si poseía un auténtico Goya, podría permitirse comprar un Budd-Erling P7 —o incluso dos, si Robbie se los vendía a precio de coste— ¡qué quizá servirían para equilibrar ligeramente la balanza durante la lucha que estaba por comenzar!

—Se trata de un cuadro muy antiguo —dijo Lanny finalmente— y la mayoría suelen ser baratijas.

—*De ningún valor* —tradujo Raúl con aire digno.

—Me han dicho que es un cuadro muy valioso —insistió don Pedro.

—Es un riesgo —declaró Lanny.

Y su amigo, con más diplomacia aún, añadió:

—*No es seguro*.

—¿Cuánto pagaría usted por él? —preguntó el amo.

—El precio ha de ponerlo usted —respondió el experto.

Lo que una vez traducido se convirtió en lo siguiente:

—Preferiría que fuera su señoría quien especificara el precio que le parece oportuno.

Por muy diplomáticamente que se expresara, aquella era una petición capaz de torturar el alma de cualquiera. Siguió un largo silencio durante el cual Lanny pudo observar cómo el tataranieto del comendador babeaba ligeramente. Sus puños apretados se movían en el aire como si estuviera sujetando un ratón vivo en cada uno. Contuvo el aliento varias veces pero no fue capaz de emitir ningún sonido, hasta que por fin fue otra voz la que rompió el suspense:

—Diez mil pesetas —dijo la gitana aún entre las sombras.

Lanny esperó. No estaba dispuesto a negociar con ella. Ella repitió el precio con un tono de voz más rotundo, y solo entonces don Pedro fue capaz de hablar:

—Diez mil pesetas.

Lanny estaba seguro de que si aceptaba la primera oferta ellos se arrepentirían y quizá incluso serían capaces de retirarla. La única manera respetable de cerrar la venta sería regatear y mantenerse firme cediendo únicamente ante una fuerza moral superior. Le dijo a Raúl: «Me temo que el señor tiene una idea algo exagerada acerca de la cantidad de dinero que poseen los norteamericanos. Explícaselo, por favor».

De modo que Raúl pronunció un breve discurso del que su amigo pudo entender aproximadamente la mitad. El caballero no era rico, se veía obligado a ganar lo que gastaba y estaba de viaje en representación de ciertos clientes. En resumen, una historia complicada y triste de escuchar.

—¿Cuánto estaría dispuesto a pagar el *señor americano* entonces? —preguntó don Pedro.

Y Lanny respondió que seis mil pesetas sería una suma excelente a pagar por un polvoriento retrato de un hombre enterrado hacía cientos de años. ¡Y el cuadro ni siquiera tenía marco! «¿Dónde está el marco?», preguntó el visitante, exagerando el asunto todo lo que pudo hasta averiguar que su suposición había sido correcta. Había sido vendido al alcalde de Calatayud, que deseaba enmarcar una exquisita ampliación de una fotografía de su madre recientemente fallecida. Aunque quizá podrían recuperarlo si el *señor americano* tenía un especial interés por él.

Siguieron regateando arriba y abajo y Raúl, que nunca había presenciado la venta de un cuadro, sin duda debió de quedarse muy sorprendido por la complejidad de este antiguo arte. Lanny incluso llegó a dirigirse hacia la puerta, amenazando con marcharse —con Raúl siguiendo sus pasos—, cuando la joven gitana volvió a intervenir exigiendo con firmeza nueve mil pesetas. Sin embargo, antes de que Lanny alcanzara los destartalados escalones de la entrada, ella dijo: «*¡Bueno, ocho mil!*», lo que dio por concluida la negociación.

VIII

El siguiente problema fue el pago del dinero. Lanny llevaba encima unas tres mil pesetas en efectivo. El resto tendrían que conseguirlo en alguna entidad bancaria, bien en Calatayud o en Zaragoza, no estaba seguro. Pero ¿quién se quedaría entretanto con el cuadro? Era una cuestión delicada que Raúl se vio obligado a manejar con extremo cuidado y diplomacia en su lengua materna. Don Pedro insistió en que la dama exigía ver de inmediato las tres mil pesetas, aunque en cualquier caso no estarían dispuestos a permitir que un completo desconocido norteamericano se llevara su preciada obra de arte hasta que la suma total fuera pagada. Esto lo había dicho Raúl y a continuación esperó a que don Pedro dijera que no le importaba, pero no lo hizo. En lugar de eso propuso que los viajeros pasaran la noche en su casa, pero Lanny se apresuró a decir que tenían un compromiso ineludible en la ciudad.

Finalmente decidieron que irían los cuatro a Calatayud. Lanny y Raúl movieron su equipaje para dejarle sitio a la señorita Rosa —ahora debidamente presentada— en el asiento trasero del coche, La pintura, una vez enrollada con sumo cuidado, fue colocada a la larga de tal modo que, desde el salpicadero, reposaba entre el conductor y el acompañante hasta la bandeja trasera del automóvil. Don Pedro viajaría a lomos de su fiable *mulo*.

Antes de comenzar el viaje ambas partes decidieron que lo mejor sería formalizar el trato. Raúl sacó del coche la máquina de escribir y un maletín del que extrajo varios folios y papel de calco y procedió a mecanografiar en un castellano administrativo y formal el documento de venta del retrato del *Comendador Humfredo Fernando Bastamante y Bastida* por la suma de ocho mil pesetas. «La firma del presente documento hará las veces de recibo por las tres mil pesetas a modo de anticipo y el resto habrá de ser abonado en un plazo máximo de tres días en la ciudad de Calatayud. Si por causa de fuerza mayor o debido a alguna dificultad en la transferencia del dinero tal cantidad no pudiera ser abonada en el plazo establecido, el cuadro será depositado a modo de garantía en el Ayuntamiento de Calatayud, al cuidado del alcalde, durante un plazo no superior a treinta días, a lo largo de los cuales la suma habrá de hacerse efectiva». Lanny exigió realizar este trámite al escuchar durante el trayecto el boletín de noticias, según el cual el Gobierno estaba contemplando la posibilidad de tomar ciertas medidas contra los líderes derechistas de Madrid.

Le entregaron a don Pedro una copia del documento para que pudiera estudiarlo. ¿Sabía leer? Lanny supuso que no, pero esperó pacientemente mientras el otro fingía hacerlo. Tras un prudencial lapso de tiempo, el noble venido a menos declaró que el acuerdo le parecía satisfactorio. Aceptó la

estilográfica que Lanny le ofrecía y con dolorosa lentitud escribió su nombre en la copia de papel carbón. Lanny también firmó y Raúl hizo las veces de testigo cuando el comprador sacó su billetera y contó el dinero que, según el plan original, debía llevarles a él y a su secretario desde Madrid hasta la frontera con Francia. La cantidad equivalía a cuatrocientos veinte dólares, pero a los habitantes de aquel hogar decadente les parecerían miles. Los largos y huesudos dedos de don Pedro temblaban al contar los billetes y Rosa no les quitaba ojo, absorta en una suerte de fiebre de avaricia. Estaba dispuesta a asegurarse de que su amo no se separaba del cuadro hasta haber recibido el resto del dinero y, después, de que nadie más que ella le pusiera las manos encima.

En cuanto a la pintura, en toda la casa no había un solo cabo de cuerda, de modo que Lanny utilizó parte del rollo con que habían atado las mantelerías. Él y Raúl enrollaron el lienzo, sin apretarlo demasiado, y lo ataron por el centro y por ambos extremos. Después lo llevaron, al coche con extremo cuidado y actitud reverencial y colocaron una toalla sobre cada asiento para proteger la tapicería. La señorita ocupó su sitio y don Pedro abrió la marcha montado en su huesuda mula que, entretanto, había tenido ocasión de descansar y quizá también de alimentarse. Avanzando penosamente a lomos del animal, con sus deshilachados bombachos de terciopelo negro y sus arrugadas medias, el español extremadamente delgado y larguirucho tenía un aspecto decididamente quijotesco. Lo único que le faltaba era una lanza y algunos molinos y cualquier turista habría pensado que formaba parte del rodaje de una película en la tierra natal de Cervantes.

IX

Era ya tarde cuando llegaron a Calatayud, una ciudad con mil años de antigüedad, pero el Hotel Fornos abrió sus puertas para ellos. Lanny había invitado a la pareja a que fueran sus huéspedes y se ocupó de que les dieran una *suite* con habitaciones comunicadas, para no evidenciar que daba demasiadas cosas por sentadas entre ellos. Tras las inevitables deliberaciones, decidieron que la pintura pasaría la noche en el coche cerrado aparcado en el garaje del hotel.

Una vez a solas con su amigo en la habitación, Lanny dijo:

—Este cuadro me va a salir por mil dólares y ni siquiera estoy seguro de que las autoridades nos permitan pasarlo por la frontera o dondequiera que vayan a registrar el coche si lo consideran un tesoro artístico nacional.

—¿Y lo es? —preguntó Raúl.

Y Lanny respondió con una frase en español que acababa de aprender:

—*No es seguro*. Tendré que limpiarlo y pedirle a Zoltan que lo examine. Es un riesgo que he de correr. Solo quiero asegurarme de que sacar de España un cuadro de contrabando no supone ninguna afrenta para tu conciencia revolucionaria. Mi idea es que, si resulta ser valioso y obtengo algún beneficio, utilizaré el dinero para la causa. No creo que el cuadro fuera a hacerle ningún bien a nadie escondido en una mansión en ruinas perdida en estas colinas y el dinero le traería más problemas que beneficios a don Pedro.

—Estoy de acuerdo —dijo Raúl—. En cuanto a mi conciencia revolucionaria, no tienes de qué preocuparte. Solo en la frontera habrá motivos para inquietarse.

A la mañana siguiente, el comendador seguía en el coche por lo que Don Quijote y Dulcinea pudieron respirar tranquilos y los cuatro *compañeros* desayunaron y después se dirigieron a la oficina bancaria de Gaspar e Hijo, en la zona comercial de esa ciudad construida con barro.

El propietario, un hombre regordete de papada amarillenta y bigote gris, se mostró muy alarmado cuando el norteamericano le explicó su idea. Diez mil pesetas, ¡y por teléfono! Sin duda el banquero había ido al cine y sabía que los *americanos ricos* solamente tenían que agitar las manos para que el dinero cayera del cielo. ¡Pero diez mil pesetas! ¡Y esa misma mañana! El banquero no conocía el banco de Cannes donde Lanny guardaba su fortuna. No obstante, la entidad aparecía registrada en un volumen que poseía la firma. Pero ¿cómo podían estar seguros de lo que había ocurrido desde que aquel libro había sido impreso? ¡Diez mil pesetas! *¡Perdone usted, señor!*

Lanny preguntó el nombre del banco de Madrid con el que el señor Gaspar estaba asociado y si tenía la certeza de que aún era solvente. Después propuso llamar a sus banqueros de Cannes, por supuesto utilizando las instalaciones del señor y pagando por ellas. Depositó un billete de cien pesetas sobre el escritorio y el asunto quedó solventado. Los banqueros de Lanny estaban acostumbrados a transferir grandes sumas de dinero a diversos lugares del mundo y no se sorprenderían. El cliente se identificó con una frase en clave y les dio instrucciones para que transfirieran por telegrama la cantidad de diez mil pesetas, algo más de treinta mil francos, a una entidad bancaria de

Madrid con orden de ingreso en la cuenta de Gaspar e Hijo, Calatayud, España. El banco madrileño debía telefonear a la oficina de Gaspar en cuanto recibiera el telegrama, y el coste del mensaje sería cargado al total del importe por la transacción. Así de simple. Entretanto el señor Gaspar se secaba el sudor de la frente comentando que era una mañana calurosa.

Lanny se dio cuenta de que sus nuevos amigos no le perdían de vista ni un momento, ante la eventualidad de que se le ocurriera subirse al coche y desaparecer con la pintura. De modo que permitió que les acompañaran, a él y a Raúl, durante su visita a la iglesia de Santa María. Contemplaron un pórtico del siglo XVI y subieron a lo alto de su torreón octogonal para disfrutar las vistas. Don Pedro se excusó por motivos de salud y esperó abajo en compañía de su dama, pues al menos podía estar seguro de que el *americano* no sabía volar. Después regresaron al hotel para cenar por un total de veinte pesetas —nunca en toda su vida había disfrutado el tataranieto del comendador de semejante lujo, ni había soñado con hacerlo—. Comió suficiente como para alimentar a un hombre durante al menos dos días, y Lanny se dio cuenta de cómo se guardaba discretamente varios terrones de azúcar en el bolsillo de su chaqueta de terciopelo negro.

El dinero aún no había llegado por lo que fueron a conocer más iglesias y se enteraron de la existencia de las torres mudéjares, construidas por los moros después de que esas tierras fueran reconquistadas tras siglos de dominio de los de su raza. Luego Lanny telefoneó al banquero y este le informó de que el mensaje acababa de llegar, por lo que los cuatro viajeros volvieron a presentarse en la oficina, donde el cliente recibió sus diez mil pesetas menos el coste de la transferencia. Contó cinco mil pesetas que acto seguido le entregó al tembloroso espantapájaros y obtuvo por fin el recibo firmado por el importe total de la transacción, habiendo tomado la precaución de contar con la presencia de don Gaspar como testigo de los trámites. Todos se despidieron con una reverencia del banquero, quien a su vez les aseguró que estaba *honradísimo de haberles conocido* y, antes de que se marcharan, trató de convencer a don Pedro y a Rosa para que dejaran el dinero a su cuidado.

Lanny dejó a sus invitados en el establo donde descansaba el pobre animal que iba a llevarlos de vuelta a casa por aquellas áridas colinas, ¡y de inmediato, para evitar que don Pedro cayera en la tentación de ir a un casino o a algún otro banco! Lanny pagó la cuenta del hotel, distribuyó sus *propinas*, ordenó que llevaran su equipaje de nuevo al coche y partió hacia Zaragoza en compañía de su secretario y del comendador de la orden del Toisón de Oro.

X

Sintonizaron la radio en busca de la emisora del Gobierno de Madrid. Era viernes y pronto se enteraron de que en Melilla, capital del Marruecos español, las tropas de la Legión habían sido abucheadas por los socialistas desde su sede mientras estas desfilaban. Los soldados habían roto la formación para cargar contra el edificio y habían arrojado a varios socialistas desde sus propias ventanas. Después tuvo lugar un portentoso anuncio. Los cronistas conminaban al pueblo de Madrid a que se mantuviera a la escucha en esa misma emisora: graves sucesos estaban teniendo lugar y el Gobierno pronto haría un comunicado. «¡Manténganse a la escucha!», insistían. Y después una melodía, bastante exasperante dadas las circunstancias.

Raúl, que tenía la radio justo delante, sintonizó la emisora de Sevilla en la que escucharon alarmantes noticias: el general Francisco Franco había volado desde las islas Canarias hasta Melilla para asumir el mando de veinte mil soldados de la Legión y de las tropas moras. La emisora que retransmitía la noticia estaba en manos de los rebeldes, que se llamaban a sí mismos *nacionalistas* y alardeaban de hablar en nombre de todo el pueblo español. Sevilla y Cádiz ya estaban en su poder, decían, y pocos minutos después llegó un comunicado según el cual Madrid se había rendido al nuevo movimiento.

Lanny y Raúl permanecieron mudos ante la radio mientras el locutor anunciaba un triunfo tras otro para el contingente de Franco, que se autodenominaba el Caudillo, el equivalente del Duce y del Führer. Lanny entendía la mayor parte de lo que escuchaba. De cuando en cuando gritaba alguna pregunta impaciente y Raúl respondía con escasas palabras. «¡Son todo mentiras!», exclamó este último. «No hemos de creer ni una palabra».

—Regresa a Madrid —sugirió Lanny.

Raúl volvió a girar el dial y escucharon a un representante del Gobierno que afirmaba que los rebeldes estaban haciendo circular rumores completamente falsos. La gente debía permanecer tranquila. Era rotundamente falso que el general Franco se hubiera levantado contra el Gobierno. El general Franco era un soldado leal y un patriota merecedor de toda su confianza. «¡Oh, Dios mío!», exclamaron los dos.

Buscaron de nuevo la emisora rebelde y escucharon el final del discurso del general Franco en el que se autoproclamaba defensor de las libertades españolas e instaba a las tropas de todo el país a sublevarse para derrocar al Gobierno compuesto por los criminales rojos que habían traicionado a la

patria. La radio anunciaba nuevas victorias. Barcelona estaba en manos de las fuerzas nacionales. Burgos, en el norte, también se había rendido. El locutor enumeraba una ciudad tras otra cuyos batallones se habían unido al nuevo movimiento. Y entre ellas estaba Zaragoza, hacia donde se dirigían los viajeros en esos momentos.

De vuelta a la emisora madrileña, supieron que el Gobierno había dimitido y se había formado uno nuevo encabezado por un profesor universitario. Después un nuevo anuncio: «¡Manténganse a la escucha en esta emisora!», seguido del último éxito musical de Hollywood: *¿Quién teme al lobo feroz?* Lanny y Raúl sin duda estaban muy asustados. Era obvio que el golpe durante largo tiempo planeado había llegado y al parecer los insurgentes se estaban saliendo con la suya mientras las tropas del Gobierno daban la impresión de estar sumidas en el caos y la confusión.

—Esto puede ser muy serio para nosotros, Raúl —dijo su amigo—. Es posible que toda esta provincia esté ahora mismo en manos de los fascistas.

—Bueno, nosotros no les hemos hecho nada malo, ¿verdad?

—No, pero podrían requisarnos el coche. Es habitual en tiempo de guerra y nos costará Dios y ayuda regresar a Francia. Hemos esperado dos días más de lo debido.

XI

¡Los dos socialistas camuflados tenían mucho de qué hablar mientras Radio Madrid retransmitía una selección de clásicos del *jazz*! Lanny cogió su automática y la guardó bajo el asiento. Era perfecta para disuadir a algún bandido pero no le serviría de nada a la hora de enfrentarse a un ejército. Se acordó entonces de la copia de la carta que había sido lo bastante imprudente como para escribirle a Longuet. Le pidió a Raúl que abriera una de sus maletas para sacarla y romperla en pedacitos que el viento se ocuparía de repartir por las áridas llanuras de Aragón. Debatió con su amigo la posibilidad de tomar un desvío para evitar la ciudad de Zaragoza, pero desgraciadamente las carreteras españolas no habían sido construidas de ese modo. En cuanto uno se desviaba del *camino real* lo más probable era que se perdiera por algún

sendero de cabras. Cualquier ramal de la ruta principal les conduciría hacia algún pueblo que también podría haber caído en manos de los rebeldes.

Las tropas que se hicieran con el control de una ciudad sin duda montarían controles de carreteras e interrogarían a todo aquel que entrara o saliera. Lanny le pidió a su compañero de viaje que estudiara el mapa Michelin con la idea de aproximarse a Zaragoza por una ruta poco frecuentada. Debían evitar a cualquier batallón de soldados, ya fueran blancos o rojos. De hecho, desde el punto de vista de los viajeros, los rojos eran aún más peligrosos, pues estarían más necesitados de vehículos. A ninguno de los dos les resultaría fácil identificarse como «camaradas» y en cualquier caso sería extremadamente peligroso ya que, en tal caso, estarían tomando partido en una guerra civil, la más desconcertante y cruel de todas las guerras. ¿Cómo podían estar seguros de a quién se enfrentaban? ¿Cómo adivinar quién iba a cambiar de bando —si los soldados les dispararían a sus oficiales o si los prisioneros decidirían unirse al enemigo?

No, decidió Lanny, serían dos turistas, uno de ellos un acaudalado norteamericano. Debían mantenerse fieles al papel que habían representado hasta el momento y reclamar su inmunidad ante cualquier desconocido. Raúl sería su secretario, lo que dotaría a su patrón de una mayor respetabilidad. El comendador era una garantía de neutralidad. ¡No era probable que ni blancos ni rojos se preocuparan lo más mínimo por el arte ante semejante crisis! «Quizá el cuadro sea nuestra mejor arma», dijo Lanny, «de modo que si nos quitan el coche debemos exigir al menos conservar la pintura». Seguirían a pie por la carretera con el lienzo enrollado a hombros, lo que constituiría un espectáculo no menos fantástico que don Pedro a lomos de su *mulo*. En caso de declararse una guerra abierta, el tráfico de autobuses y trenes se vería afectado del mismo modo que el de automóviles ¡y quizá estuvieran obligados a caminar hasta Francia como porteadores del comendador de la Orden del Toisón de Oro! ¡O si conseguían llegar a la costa buscarían un bote de remos para seguir por mar en su compañía!

XII

Radio Madrid parecía haber recuperado la compostura. Un nuevo locutor anunció que el alzamiento contra el Gobierno estaba a punto de ser sofocado y también que el mismo general Francisco Franco podría ser el autor de los manifiestos que se habían hecho circular en su nombre. Sin embargo, advertía al público que desconfiara de las retransmisiones de la emisora que decía ser Radio Sevilla, pues no emitía desde allí sino desde Ceuta, al otro lado del estrecho de Gibraltar, ¡ocupando la misma frecuencia y haciéndose pasar por dicha estación! Radio Ceuta había anunciado en las ondas la rendición de Madrid, pero aquello era un sinsentido. En Madrid reinaba la calma, pues el pueblo se aseguraría de mantener el orden y ya se estaban llevando a cabo redadas en los hogares y cuarteles de los conspiradores derechistas.

Mientras descendían siguiendo las gargantas del río Jalón, Lanny y Raúl seguían atentamente la guerra civil en las ondas. Raúl traducía las palabras e intentaba distinguir los colores de quienes hablaban, rojos o blancos. Con un poco de práctica era fácil diferenciarlos. Radio Barcelona reveló que varias copias de un manifiesto monárquico habían sido descubiertas y confiscadas. Un regimiento de infantería se había sublevado en Miralbes[139] pero había sido controlado. Todos los civiles del Frente Popular se apresuraban a unirse a las tropas lealistas. Era evidente que la emisora estaba en manos del Gobierno semiautónomo de Cataluña, posicionado mucho más a la izquierda que el de Madrid.

Poco después, Radio Burgos proclamaba que todo el norte de España se había unido al movimiento nacional. Santander, San Sebastián, Asturias, patriotas todos ellos se habían sumado al general Mola para secundar su llamada a la libertad. «Eso es pura propaganda», dijo Raúl. «Asturias está repleta de minas de carbón y hierro y los fascistas masacraron a los mineros después de las huelgas hace tan solo un par de años. Pero no los mataron a todos porque no se pueden explotar las minas sin trabajadores, y todos los mineros son rojos desde el primero al último».

El río Jalón desemboca en el plácido Ebro de aguas ocres y, no muy lejos de este último, los viajeros pudieron contemplar, recortadas contra el cielo, las dos catedrales de Zaragoza. Había un motivo especial para la existencia de una de ellas: la Virgen se había aparecido al apóstol san Jaime a orillas del Ebro en lo alto de un pilar de mármol y le había ordenado construir una iglesia en su honor. La catedral había sido edificada en torno a aquel sagrado pilar en lo alto del cual reposaba una pequeña efigie de madera negra de la Virgen María que atraía a miles de fieles que acudían desde toda España para rogarle sus favores. La imagen estaba vestida con hermosos ropajes que cambiaban

asiduamente y, durante las ceremonias de ordenación, los sacerdotes bajaban la vista para no quedar cegados por su magnificencia y su divina mirada. Casi igual de increíbles eran los milagros concedidos a los devotos que besaban el santo pilar. El eminente cardenal de Retz vio una vez a un hombre tullido frotar su pata de palo con el aceite de una de las lámparas que arden ante la Virgen y el miembro se hizo de carne y el hombre se había puesto en pie y había bailado de alegría para darle las gracias a la bienaventurada. Raúl dijo que ese era el tipo de cosas por las que un beato fanático como el general Franco estaba dispuesto a luchar, valiéndose de sus bárbaros guerreros moros ¡para mantener eternamente a la Santa Virgen en lo alto de su pilar!

XIII

Según los últimos comunicados, Zaragoza estaba en poder de ambos bandos, rojos y blancos. De modo que no tenían la menor intención de visitar torres mudéjares y columnas de alabastro, coros labrados en maderas nobles, retablos ni sagrados pilares de mármol. Avanzaban con la vista al frente en todo momento y, al aproximarse a los límites de la ciudad, descubrieron a un grupo de hombres en mitad de la carretera con lo que parecía ser una ametralladora. Un carril se desviaba hacia el sur, alejándose del río, y Lanny continuó por él conduciendo tan rápido como su sentido de la prudencia le permitía hacerlo. Avanzaban a tientas por las afueras de la ciudad, entre barriadas y vergeles. La urbe estaba a su izquierda, compuesta por grandes edificios blancos con tejados de diversos colores y torres octogonales que resplandecían bajo el sol poniente. Sabían que cualquiera de esos edificios podría ser un cuartel militar, un lugar que por motivos obvios preferían evitar. También había altas chimeneas escupiendo humo, pues Zaragoza se había convertido en un importante núcleo industrial con miles de trabajadores que vivían hacinados en las habituales viviendas de cinco plantas. Lanny contempló calles y calles formadas por innumerables edificios de ese tipo, con largas cortinas que colgaban de las ventanas y que en algunos casos los inquilinos extendían sobre los balcones para bloquear el sol.

Mientras se dirigían hacia el sur dejando atrás la ciudad, se detuvieron a repostar *la gasolina*, a una peseta el litro, algo más de un cuarto de galón. Raúl

aprovechó la ocasión para preguntarle al empleado qué había estado ocurriendo, pero el hombre no lo sabía con certeza. Había escuchado disparos que parecían proceder del centro de la ciudad y desde entonces no había pasado ni un solo coche, algo sin duda alarmante desde el punto de vista de los viajeros.

Se suponía que debían cruzar el Ebro por el puente de Nuestra Señora del Pilar, sin embargo, eso les conduciría directamente al centro de la ciudad. De modo que siguieron el curso del río recorriendo oscuras callejuelas, pero la estrategia fue en vano pues, en cuanto volvieron a la carretera, se encontraron con una unidad de soldados que la bloqueaba, y cuando intentaron retroceder para tomar un desvío escucharon el rugido del motor de un vehículo que avanzaba tras ellos para darles el alto. Los cañones de los fusiles que les apuntaban no les dejaron otra opción, de modo que se detuvieron.

—*Viajero americano* —dijo Raúl, haciéndose cargo al instante de la situación. Y acto seguido, haciendo gala de la debida cortesía española, añadió —: Hagan el favor de no apuntarnos con sus armas.

Los soldados hicieron lo que les había pedido. El oficial al mando era un muchacho de rostro lampiño, aparentemente un cadete. Al observar sus modales elegantes, Lanny consideró que pertenecía a la clase pudiente y por tanto al bando nacional. El joven observó a los turistas y les preguntó:

—¿Hacia dónde se dirigen los señores?

—Regresamos a Francia desde Madrid —respondió Raúl.

—¿Qué es lo que llevan ahí?

—Es una pintura al óleo que hemos comprado.

—¿Enrollada como una alfombra?

—Es únicamente el lienzo, sin el marco. De lo contrario no habríamos podido meterlo en el coche. El señor Budd es experto en arte y yo soy su secretario.

—¿Qué hacían ustedes en esa calle que acaban de abandonar?

—El hombre que nos sirvió *la gasolina* había escuchado disparos en el centro de la ciudad y naturalmente tratábamos de evitarlos.

—Permítanme ver sus pasaportes.

Eso era de esperar, de modo que ambos se los entregaron. Lanny no dijo nada. El joven y atractivo cadete examinó sus documentos y después se pronunció:

—Tenemos órdenes de detener a todos los viajeros que se dirijan a Lérida. Es muy peligroso, señores, pues la ciudad ha caído en manos de los rojos y no son más que un puñado de *bandidos*.

—Dile que estamos dispuestos a arriesgarnos —respondió Lanny, pero antes de que el secretario pudiera traducir, el joven oficial continuó.

—Además, es posible que tengamos que requisar su coche.

—¡Oh, pero no pueden arrebatarle su medio de transporte a un visitante! —protestó Raúl—. Este hombre es uno de los más respetados expertos en arte de los Estados Unidos y una persona muy importante.

—No será por mucho tiempo. Necesitamos automóviles para transportar a nuestras tropas a lugares donde los rojos han conseguido llevar armamento y no acatan la autoridad de nuestro Gobierno nacional. No será más que una ligera inconveniencia y le será recompensada.

—Pero, *señor capitán* —Raúl supuso que no le haría ningún mal subir de rango al muchacho—, este caballero norteamericano no piensa en el dinero que, dicho sea de paso, no tendría ningún inconveniente en donar a la causa. Pero asuntos urgentes le reclaman en Francia. Ha concertado la venta de varias obras de arte que podrían reportar una importante suma a su movimiento nacionalista. Algunos de sus más notables partidarios son socios y amigos personales de sus líderes. Además no podremos transportar este lienzo de grandes dimensiones sin el vehículo. Y tampoco nuestro voluminoso equipaje, como puede ver. Sería de lo más impropio hacernos llegar tarde y una gran descortesía para con la nación estadounidense. Este caballero es amigo del presidente Roosevelt y de su embajador, el señor Bowers.

Raúl siguió añadiendo motivos, hablando deprisa como hacen los españoles, con la esperanza de abrumar al joven e inexperto oficial.

—Debo consultarlo con mi superior —respondió el muchacho con dignidad. Y después, dirigiéndose al norteamericano—: ¿Sería tan amable de dar la vuelta y dirigirse hacia el lugar donde puede ver a las tropas apostadas en la carretera? Yo les seguiré. Y, por favor, no intenten desviarse, pues me veré obligado a dar orden de abrir fuego y no me gustaría hacerlo.

XIV

Un escuadrón del Ejército español había montado una barricada en la carretera, dejando el espacio imprescindible para el paso de un coche. Tenían una ametralladora montada en su trípode y Lanny, experto en la materia, se

dio cuenta de que se trataba de una Bofors, de fabricación sueca. El oficial al mando no era tan educado como su joven subordinado y afirmó con rudeza que los turistas que habían elegido un momento como este para viajar por España lo hacían bajo su cuenta y riesgo. Lanny estaba a punto de disculpar al oficial de cualquier responsabilidad cuando el grito de uno de los soldados le interrumpió. Señalaba carretera abajo hacia un punto en el aire. Se trataba de un avión que volaba bajo y a cierta distancia pero su estruendo era cada vez mayor, se estaba aproximando a toda velocidad.

¿Amigo o enemigo? Fuera lo que fuera, no era el momento adecuado para plantearse preguntas de ningún tipo. Aunque los soldados parecían estar seguros de que ningún amigo asustaría a los suyos con una maniobra de ese tipo en tiempos de guerra. Algo así era una provocación y únicamente recibiría una salva de disparos como respuesta.

¡Pero no en este caso, en vistas de su reacción! Oficiales y soldados actuaron como uno solo saltando de la barricada en busca de cobijo y corriendo hacia el edificio que habían ocupado como cuartel.

En cuanto a los viajeros, no tenían tiempo para moverse, de modo que permanecieron en el interior del coche. La tormenta cayó sobre ellos y escucharon un violento tableteo y vieron cómo el polvo saltaba en línea recta a lo largo de la carretera. Todo ocurrió en una fracción de segundo y después el avión desapareció. Lanny aún tardó unos segundos en darse cuenta de que habían sido disparos de ametralladora. Lo primero que pensó fue: «¿Me han dado?». Y acto seguido: «¿Han herido a Raúl?». Cuando se dio la vuelta vio que también su amigo lo estaba mirando. Los dos se encontraban aún ligeramente conmocionados por el impacto de la sorpresa pero al parecer por nada más; ni siquiera el miedo, ya que todo había sucedido tan deprisa.

Al instante, Lanny se dio cuenta de otra cosa. Los soldados habían desaparecido. No dedicó ni un segundo más a pensar. Con el pie izquierdo pisó el embrague que mantenía el vehículo en punto muerto y accionó la puesta en marcha. El motor se encendió y Lanny presionó con el pie derecho el acelerador y la máquina comenzó a rugir. Movió la palanca de cambios para meter primera, levantó el pie izquierdo del pedal de embrague y el coche se puso en movimiento atravesando el hueco abierto en mitad de la barricada. Otro cambio de marcha y ya avanzaban a buena velocidad por la carretera.

—¡Mira hacia atrás! —exclamó Lanny, sin atreverse a apartar la mirada de la carretera ni siquiera para comprobar el espejo retrovisor—. ¿Nos sigue alguien?

—Nadie por el momento —respondió Raúl, y al doblar una curva salieron por fin del campo visual del puesto militar.

Lanny tenía un coche rápido pero al no conocer la carretera optó por continuar a poca velocidad y en ese mismo instante decidió que, si finalmente les perseguían, se detendría en el acto, pues no quería que nadie volviera a dispararles. El asunto no era tan serio después de todo. De repente pisó el freno al ver un desvío hacia la izquierda que se aproximaba de nuevo al río. Cuando lo tomó iba bastante despacio para no dejar huellas de neumáticos y siguió adelante a escasa velocidad por una suave pendiente hacia la orilla del Ebro bordeada por exuberantes sauces. Enseguida llegaron a un tramo llano, donde posiblemente abrevaba el ganado y al parecer algunos coches habían subido a bordo de algún tipo de embarcación o ferri. Había sitio suficiente para dar la vuelta y Lanny detuvo el coche en un punto imposible de ver desde la carretera.

—¡Si nos encuentran, que así sea! —dijo.

XV

La pareja permaneció sentada aún unos minutos en el interior del vehículo. Acababan de vivir una aventura —la dosis exacta de emociones para no echar a perder la diversión— y se sentían orgullosos de haber actuado con inteligencia y rapidez, lo que quizá había evitado que el coche cayera en manos de los odiados fascistas. El crepúsculo se cernía lentamente sobre el paisaje cuando Lanny volvió a hablar:

—Quedémonos aquí —dijo Lanny—. En caso de que nos persigan avanzarán un largo trecho, pero sin duda volverán.

—Cuando regresen —sugirió Raúl— posiblemente lo harán despacio para comprobar si hemos dado la vuelta.

¡No eran buenas noticias!

El español miró por casualidad el grueso rollo de lienzo que estaba entre él y Lanny, cuyo extremo delantero estaba justo a la altura de sus ojos. Enseguida vio algo que le llamó la atención y al tocarlo con los dedos exclamó:

—¡Cielo santo, Lanny! ¡Mira esto!

El otro levantó la mano y descubrió un agujero perfectamente redondo que atravesaba el lienzo, cuyo diámetro le permitió introducir el dedo meñique. Había visto miles de ellos desde su infancia, con la misma forma y tamaño.

—Balas de ametralladora —sentenció—. ¡Justo entre nosotros!

Deslizó la mano hacia atrás sobre la superficie del lienzo hasta donde pudo alcanzar sin moverse.

—¡Aquí hay otro! ¡Menuda puntería!

Salió del coche, abrió la portezuela de atrás y comprobó el extremo del rollo.

—¡Aquí hay un tercer agujero! —dijo—. Si supiera la marca de la ametralladora podría calcular la velocidad del avión. O sabiendo la velocidad del avión sería capaz de decirte qué clase de ametralladora nos disparó.

Raúl agradeció en silencio que estuviera oscureciendo para que su amigo no pudiera ver lo asustado que estaba, ¡incluso ahora que el avión se encontraría a más de un centenar de kilómetros de distancia! Por supuesto, Lanny era capaz de tomarse las cosas de otra manera. Y dentro de unos minutos también Raúl se habría calmado lo suficiente como para pensar en algún chiste.

Las balas habían atravesado limpiamente el techo del automóvil y vieron los tres orificios sobre sus cabezas. Uno de los proyectiles también había atravesado el paquete con la mantelería. ¡Qué lástima que se hubieran echado a perder aquellos hermosos manteles y servilletas! Los agujeros del techo serían un serio problema si llovía, de modo que Lanny sacó de la guantera un rollo de cinta para sellar neumáticos y los cubrió cuidadosamente mientras la superficie aún estaba seca.

—¡Pobre comendador! —exclamó Lanny—. ¡Si fuera posible reparar esos doce agujeros!

—¿Por qué estás tan seguro de que son doce? —preguntó el otro.

—Enrollamos dos veces el lienzo, por lo que habrá cuatro orificios por cada bala.

—¿Y el cuadro se habrá estropeado por completo?

—Los restauradores hacen verdaderas maravillas —explicó el experto—, aunque por supuesto tendré que decírselo al comprador y es posible que la obra pierda automáticamente la mitad de su valor.

Después de reflexionar unos instantes añadió:

—A menos que alguien esté muy interesado en un *souvenir* recién llegado de la última guerra europea.

21
EL AZAR DE LA SUERTE

I

Sábado dieciocho de julio, segundo día de la guerra civil española. Los dos viajeros se instalaron en el Hotel Palace de la antigua ciudad de Lérida y, ante un desayuno a base de zumo de naranja y café, huevos y pan tostado, discutían tratando de tomar una decisión que podría afectar al resto de sus vidas. En esos instantes disponían de todas las comodidades, el desayuno servido en sus habitaciones y España entera a sus órdenes. Pero ¿cuánto tiempo podía durar aquello? La guarnición acuartelada en el castillo de lo alto de la colina aún no había llevado a cabo ninguna acción. Cuando por fin lo hiciera, ¿sería en favor de la derecha o de la izquierda? Nadie en el hotel se atrevía a hacer predicciones, o en todo caso no lo hacían delante de los desconocidos. En cualquier momento, el batallón podía recibir órdenes de Madrid; por ejemplo, de avanzar y acabar con los rebeldes de Zaragoza. Entonces la decisión estaría en manos de los oficiales pero también de las tropas. Quizá empezaran a dispararse unos a otros como había ocurrido ya en otras ciudades. En cualquier caso, estarían necesitados de automóviles y uno especialmente lujoso, estacionado en el garaje de un hotel, sería sin duda objeto de su interés.

Está bien, en ese caso lo mejor sería terminar de desayunar lo antes posible y abandonar rápidamente la ciudad. Pero ¿en qué dirección? Hacia el noreste la carretera ascendía siguiendo el curso del río Segre en dirección a los Pirineos. Un hermoso recorrido que culminaría cruzando la frontera con Francia en Puigcerdá —Raúl lo conocía bien, pues él mismo había escapado por allí cuando era un muchacho—. Esa era la ruta más rápida y segura porque los pueblos que había por el camino eran pequeños, las tropas

desplegadas aún serían escasas y los rebeldes no serían especialmente activos en esta región. La otra opción era dirigirse al este hacia Barcelona, a unos ciento noventa kilómetros. En esa ruta encontrarían aventuras, en esa ruta se estaría escribiendo ya la historia, quizá en esos mismos instantes. Lanny Budd, un hombre de buena posición con asuntos importantes entre manos, realmente no podía dejarse distraer por ese tipo de cuestiones. Pero a pesar de todo lo hizo y exclamó: «¡Escuchemos las noticias!».

Pagaron la cuenta, se subieron al coche y cruzaron el río Segre, que se alzaba sobre antiguos pilares romanos. Avanzaban despacio mientras Raúl giraba el dial de la radio tratando de escuchar ambas versiones del conflicto, cuyos efectos se propagaban como una enfermedad por todo el territorio español. Ya no había duda de que estaban teniendo lugar numerosos combates y en muchos sitios la situación era incierta, por lo que uno podía optar por creer lo que se le antojara. Al parecer los rebeldes se habían hecho con el control de Cádiz y Málaga. El general Queipo de Llano también había tomado Sevilla para los sublevados, pero la lucha continuaba. Los moros estaban en La Línea, el pueblo fronterizo entre España y Gibraltar. En Madrid y Barcelona, el Gobierno estaba armando a los trabajadores.

Un dato importante: varias fuentes sostenían que en las dos grandes ciudades la aviación había permanecido fiel al Gobierno. «¡Ese es el comandante de Cisneros, el marido de Constancia!», exclamó Raúl. Se habían enviado aviones a bombardear Ceuta y Melilla en Marruecos, o eso decía Radio Madrid. En Barcelona anunciaban con orgullo cómo el comandante en jefe de su aviación había bombardeado con éxito a las guarniciones rebeldes de Zaragoza y Huesca, y anunciaba a los traidores que seguirían recibiendo el mismo tratamiento día tras día. El locutor no sabía, y por tanto no podía mencionarlo, que el avión en cuestión ¡también había acribillado con tres balazos a un comendador de la orden española del Toisón de Oro muerto hacía más de cien años!

Parte de lo que escuchaban eran noticias, pero en su mayoría se trataba de propaganda: denuncias al enemigo, incitaciones al odio y llamadas a la acción contra él. Raúl estaba sentado muy quieto con las manos apretadas y ese peculiar temblor de las aletas de la nariz que le caracterizaba cuando estaba especialmente nervioso. La radio sindical de Madrid leyó un editorial aparecido en el periódico *El Socialista* que apelaba a todos los obreros a alistarse para defender al Gobierno e iniciar huelgas en las fábricas allí donde los rebeldes obtuvieran el control.

—¡Ahora sí, Lanny, este es el momento de la verdad! —exclamó el profesor de escuela—. Esto decidirá el futuro de España para el resto de nuestras vidas.

—Eso y quizá más —respondió el otro.

II

A poco más de un kilómetro a las afueras de Lérida llegaron a una bifurcación en la carretera en la que realmente debían decidir cuál sería su futuro. ¡Puigcerdá y la seguridad o Barcelona y solo Dios sabía qué! El coche se detuvo en la orilla de la carretera mientras los dos viajeros trataban de decidir.

—Lanny —dijo Raúl—, ¿crees que podrías arreglártelas para llegar solo a Francia?

—Sí, ¿por qué? —respondió el otro, sorprendido—. ¿Estás pensando en quedarte?

—Sentiría que estoy huyendo de mi responsabilidad si me marchara ahora.

—¿Te refieres a luchar?

—Soy español y debería ponerme al servicio del Gobierno para hacer lo que me ordenen. No sé si sería un buen soldado, pero he recibido una educación y podría ayudar a los obreros a comprender lo que esta crisis significa para ellos.

—¿Y qué haremos con la escuela, Raúl?

—Encontrarás a alguien para que se haga cargo de ella. Por supuesto, todo esto podría terminar en unos pocos días, pero debería quedarme hasta estar seguro.

—¿Y tu mujer?

—Ella vendrá conmigo si me quedo. Ha aprendido algo de español y podría ser útil como enfermera. Todo tipo de gente acudirá desde Francia para ayudar.

—Está bien —dijo Lanny—, si eso es lo correcto para ti, no me opondré.

—Te acompañaré hasta la frontera…

—No, eso sería una tontería. Esta misma noche estaré allí si decido marcharme. ¿Crees que debería quedarme también para ayudar?

—¿Estarías dispuesto a hacerlo?

Ahora era Raúl el sorprendido.

—Lo he pensado. Sabes que podría ser un buen tirador.

—¿Pero soportarías la dureza de este tipo de vida?

—¿Quién sabe lo que uno puede hacer hasta que no se pone a prueba?

Abordaron el asunto desde varias perspectivas y finalmente Raúl dio su veredicto.

—Podrías ser cien veces más útil desde afuera, Lanny. Ve a ver a Longuet y cuéntaselo todo. También a Blum e intenta persuadirle para que nos envíe ayuda. Que Rick también lo sepa para que pueda escribir artículos. Y quizá consigas que tu padre nos venda alguno de sus aviones. No, Lanny, tenemos a cientos de muchachos que pueden aprender a acertarle a un blanco, pero a nadie que pueda hacer las cosas que tú haces.

Aquello era lo que siempre ocurría en la vida de Lanny. ¡Cada vez que sentía un impulso heroico, alguien le decía que se marchara para asistir a una fiesta, para almorzar con un político o para contarle una historia a un periodista! Cosas que ya había hecho en el Crillon, en el Adion o en el Dorchester, en alguna mansión o casa solariega o mientras viajaba a bordo de un crucero o un coche de lujo. Nada que implicara peligro o incomodidades, a menos, por supuesto, que accidentalmente ¡el comandante en jefe del Ejército del Aire del Gobierno semiautónomo de Cataluña volara sobre ellos y agujereara con tres disparos el techo de su coche, uno de los cuales había pasado a menos de dos centímetros de su hombro!

—¿Dónde te alistarás, Raúl? —preguntó la víctima de tan buena fortuna.

Su amigo respondió que iría a Barcelona, pues le resultaría muy difícil regresar a Madrid con tantas ciudades entre medias en manos de los rebeldes.

—Está bien —dijo Lanny—. Los dos iremos a Barcelona.

Arrancó el coche y tomó el desvío de la derecha.

—Te estás arriesgando mucho —le advirtió Raúl—. El Gobierno podría confiscar tu coche si lo considera necesario.

—Si tanto lo necesitan, yo mismo se lo daré.

—¿Y entonces cómo volverás a casa?

—Supongo que los trenes seguirán circulando hasta la frontera y en cuanto llegue a Francia habrá muchos coches a la venta.

Raúl tuvo ocasión de ver bajo una nueva luz lo que realmente significaba pertenecer a las clases privilegiadas. Sabía que aquel lujoso coche debía haber costado casi cien mil francos. Y sin embargo, Lanny proponía deshacerse de él como quien le regala un abrigo viejo a un mendigo.

—¿Y qué pasará con el comendador?

—¡Ah, bueno! —exclamó Lanny con una sonrisa—. Cuando vean que está gravemente herido supongo que le darán un trato especial. ¡Lo envolveré bien y quizá me permitan viajar con él en el vagón de equipajes!

III

No era una tarea sencilla atravesar el antiguo principado de Cataluña en tiempos de guerra civil. Les dieron el alto una docena de veces antes de llegar a su destino. Siempre eran partisanos leales al Gobierno, pues inevitablemente su lujoso coche despertaba sospechas y no podían arriesgarse a permitir que espías o enemigos se adentraran en su territorio. En más de una ocasión, las patrullas insistieron en examinar el gran rollo de lienzo para asegurarse de que no contenía ametralladoras ni otras armas letales. Aquellos hombres no siempre comprendían el pulido castellano de Raúl, ya que hablaban únicamente un catalán bastante rudimentario, y fue Lanny quien reconoció algunas palabras, pues su lengua se parece mucho al provenzal. Los campesinos de más edad llevaban la *barretina*, un gorro alargado como un calcetín de intenso color rojo que dadas las circunstancias había adquirido un nuevo significado. En estas colinas azotadas por el viento crecían alcornoques y olivos y, allí donde hubiera un lugar para cobijarse, sus habitantes se instalaban y trabajaban de sol a sol para «sacar el pan hasta de las piedras», como ellos mismos decían.

Dondequiera que hubiera industrias, los obreros habían tomado el control de las carreteras para proteger a su Gobierno sin pedir permiso a nadie. Entre ellos siempre había algún hombre que hablaba español y, cuando se enteraban de que los viajeros habían estado en Madrid hacía tan solo dos días, querían saber todo lo que sucedía en la capital y lo que se habían encontrado por el camino. En una de esas paradas, Raúl aprovechó para asegurarse de que las fuerzas del Gobierno tenían bajo su control todo el camino hasta Barcelona y después, para distender el ambiente, les contó su aventura en Zaragoza e incluso les enseñó las heridas del comendador como prueba. Cuando los trabajadores de las curtidurías que protegían la carretera de acceso a Igualada descubrieron que aquellos dos desconocidos tenían un aparato de radio en su

coche, clamaron todos a una para escuchar las noticias y Raúl buscó en el dial la emisora de Barcelona para ellos. Cuando escucharon por sí mismos la voz de su presidente, Companys, comunicando que los moros de La Línea estaban asesinando a sangre fría a cientos de inocentes, todos se decidieron a marchar hacia la capital con tantas armas como pudieran conseguir. Algunos de ellos se sorprendían al saber que esos *señores ricos* eran capaces de escuchar lo que ocurría en Barcelona gracias a aquel aparato, pero sin poder responder. Y llegado el momento de partir, les pidieron solemnemente a los viajeros que cuando llegaran a Barcelona informaran al presidente de que los refuerzos estaban de camino.

A través de sinuosas y profundas gargantas, los viajeros descendieron hacia el valle del río Llobregat, dejando atrás las escarpadas montañas de Montserrat. Allí había un famoso monasterio, construido en el emplazamiento de uno de esos antiguos milagros que tan a menudo ocurrían en torno a humildes efigies de madera de la Virgen. Atravesando aquellas salvajes y fantásticas montañas en su huida de los moros, los fundadores se habían negado a seguir huyendo y desde entonces era parada obligada para ermitaños y peregrinos y lugar de referencia para turistas que se alojaban en hoteles y albergues de los alrededores. Estos dos viajeros no tenían tiempo en mitad de la crisis para preocuparse por el arte religioso ni por la arquitectura, de modo que permanecieron en la carretera sin desviarse en ningún momento, muy atentos a la posible aparición de controles militares o centinelas que quizá estuvieran dispuestos a disparar primero y preguntar después.

Según la radio, los rebeldes admitían seguir luchando por Sevilla aunque alardeaban de estar venciendo en todas partes del sur de España y de que más tropas estaban a punto de desembarcar en Cádiz. En resumen, el movimiento por la «liberación» había triunfado y el general Franco advertía que serían severamente castigados no solo aquellos que se resistieran sino también los que permanecieran neutrales. Por otro lado, Radio Madrid informaba de que cada vez era mayor el número de milicianos que se alistaba e instaba a obreros y campesinos de todas partes a organizarse y combatir con las armas que pudieran conseguir. «El Frente Popular se ha convertido en un ejército», proclamaba el locutor. Según la misma fuente, la Armada era leal al Gobierno y el buque de guerra Cervantes estaba bombardeando Cádiz. El Gobierno también tenía bajo control toda la costa vasca hasta la frontera con Francia. De modo que, una vez más: «¿Quién teme al malvado lobo feroz?».

IV

Habría sido una pena correr tantos riesgos y haber recorrido tantos kilómetros para perder el coche a manos de los rebeldes en el último momento. Preguntando a la gente por el camino recabaron mucha información, pero el problema era que en la mayor parte de los casos resultaba ser contradictoria. Los rebeldes campaban por la ciudad de Barcelona. ¿Habían tomado también la Ciudadela? Eso se rumoreaba. ¿Y dónde estaban los cuarteles de los sublevados? Al parecer, también estos estaban dispersos por muchos lugares. Daba la sensación de que, cuanto más se acercaba uno a una guerra civil, menos sabía acerca de lo que estaba ocurriendo. Volvieron a escuchar la radio, pero la emisora barcelonesa se dedicaba mayormente a denunciar los crímenes de los enemigos y a alentar a todos los varones sanos a unirse a las fuerzas armadas. Aparentemente el Gobierno catalán no quería que el resto del país supiera que los rebeldes habían tomado una parte de la capital.

Lanny y Raúl sabían gracias a los milicianos que los rebeldes habían ocupado el barrio de Pedralbes, situado en una zona elevada al oeste de la ciudad, cerca del Real Club de Golf y del Palacio Real. Sin duda, ese parecía un vecindario idóneo para los fascistas, de modo que los viajeros consideraron la posibilidad de tomar un desvío para entrar por el Hipódromo, cerca de la costa. Sin embargo, esa ruta les obligaría a pasar junto a la fortaleza de Montjuic, que posiblemente hubiera caído en manos de los insurrectos. Finalmente optaron por un término medio y entraron por uno de los principales bulevares, la calle de las Cortes Catalanas, donde jugarían con ventaja ya que, en caso de ver problemas más adelante, estarían a tiempo de desviarse a toda velocidad por alguna de las calles adyacentes.

Pronto se toparon con una barricada protegida por obreros armados con una bandera roja colocada en lo alto. Aquello era como estar en casa y Raúl se asomó por la ventanilla del coche agitando su pañuelo y gritando «*¡Amigos!*» mientras seguían aproximándose al improvisado muro construido con cascotes y adoquines. Cuando se detuvieron, Raúl salió del coche y se presentó diciendo que durante años había sido el director de la Escuela de los Trabajadores del Midi. Aquellas palabras fueron como música para los oídos de los obreros. ¡Así que también en el Midi, igual que en Cataluña, los trabajadores tenían sus propias escuelas! Muchachos jóvenes con sus carnés del sindicato levantaron el puño derecho para mostrar que eran comunistas y otros alzaron las dos manos entrelazadas para identificarse como anarquistas.

Movieron unos metros el camión de gran tonelaje que formaba parte de la barricada y les ordenaron pasar. Al ver a aquellos soldados voluntarios de piel color aceituna, desnudos hasta la cintura bajo el sol ardiente y con pañuelos atados alrededor de la frente para que el sudor no les cayera sobre los ojos, Lanny pensó por un instante que había retrocedido en el tiempo hasta la Revolución francesa, tal y como la había retratado el pintor David. Evidentemente, aquellos revolucionarios no eran capaces de asimilar por completo que los pasajeros de aquel aristocrático vehículo se dirigieran a ellos llamándoles «*compañeros*», de modo que una vez más les pidieron educadamente que sacaran del vehículo aquel extraño objeto alargado que había en su interior para asegurarse de que no contenía nada de contrabando. Concluido el trámite, todos le estrecharon la mano a Raúl y le dieron la bienvenida. Le asediaron con todo tipo de preguntas sobre lo que habían visto por el camino y a cambio ellos les contaron lo que sabían. Un regimiento rebelde se estaba preparando para atacar desde los barrios del suroeste de la ciudad con el apoyo de una unidad de artillería. Otro regimiento de infantería se había encerrado en su cuartel por orden de sus oficiales y trataba de decidir cómo actuar. La auténtica lucha podía estallar en cualquier momento.

V

Lanny, que había tenido oportunidad de observar en persona el fallido *putsch* de la cervecería llevado a cabo por Hitler hacía unos trece años, había llegado a la conclusión de que las revoluciones consisten en grandes masas de hombres corriendo por las calles de un lado a otro. Ahora comprobó que lo mismo ocurría en Barcelona. Pequeños grupos, uniformados o no, marchaban en una dirección mientras otros lo hacían en dirección contraria. Coches y camiones se desplazaban lentamente por las principales vías de la capital haciendo sonar las bocinas en los cruces, como si sus propietarios trataran de expresar de ese modo el gran estado de excitación en que se encontraban. Se escuchaban canciones aquí y allá a las que los transeúntes se unían de manera espontánea, algo que emocionó especialmente a Raúl, pues durante años él mismo había estado enseñando canciones socialistas y ahora descubría que su voz había

logrado llegar hasta aquí, recorriendo casi cuatrocientos kilómetros a lo largo de la costa mediterránea.

Él y Lanny debatieron sobre la actual situación y decidieron que lo mejor sería que se alojaran en distintos hoteles ahora que Raúl se había alistado para la guerra. No sería tarea fácil convencer a aquellos furiosos marxistas de que un *playboy* norteamericano era uno de ellos y, en cualquier caso, Lanny tampoco tenía la menor intención de hacerlo. La ciudad sin duda estaría repleta de espías italianos, alemanes y del bando nacionalista, por no hablar de los periodistas norteamericanos, que encontrarían la mar de pintoresco descubrir al hijo del presidente de la Budd-Erling prestando apoyo moral y quizá militar al Gobierno comunista de Cataluña. No, Lanny se alojó en el Hotel Ritz como en la anterior visita y ordenó que subieran a su *suite* las maletas y el retrato del comendador y que aparcaran su coche en el garaje. Entretanto Raúl visitaría el cuartel general de los marxistas y averiguaría lo que sus camaradas necesitaban de él.

Después de asearse y refrescarse con una bebida fría Lanny decidió salir a dar un paseo. El sol estaba a punto de ponerse y las Ramblas se encontraban repletas de gente contemplando las vistas de la ciudad. Era sábado y por tanto un día de fiesta y, por si fuera poco, había estallado la guerra, lo que constituía un doble espectáculo. Todo el mundo llevaba lazos o escarapelas rojas, todos estaban dispuestos a ponerse a cantar a la menor provocación y nadie parecía temer al lobo Franco. La mayoría eran obreros, pues los ricos sí tenían miedo y aquellos que no habían huido todavía se escondían en sus casas. Los hombres no llevaban sombrero, pues era una costumbre burguesa, y Lanny, que raras veces se lo ponía, se encontraba allí como pez en el agua. Nunca le había costado entablar conversación con hombres y mujeres y además a esas alturas ya había aprendido bastante español, algo que le resultaba fácil por su parecido con el francés y el italiano. En cuanto decía la palabra clave *americano* los obreros le estrechaban la mano y enseguida empezaban a charlar de su maravilloso bebé de cinco meses de edad —el Gobierno semiautónomo de Cataluña, encabezado por un menudo y vitalista abogado llamado Luis Companys.

A Lanny le parecía natural que la gente saliera a las calles para celebrar su semiautonomía, por lo que cuando regresó al hotel y le dijeron que un grupo de hombres con brazaletes rojos se había presentado en el garaje con intención de requisar todos los vehículos para uso de las tropas, tampoco se sorprendió. Al parecer ya no había demasiados, pues la mayoría de los huéspedes de tan lujoso alojamiento habían huido. *Los oficiales* —así se refirió el aterrado

empleado del hotel a los asaltantes— habían dejado un resguardo, tras asegurar que el propietario recibiría a su debido tiempo el pago correspondiente por el alquiler de su automóvil. Lanny, que desde su infancia había abogado por la expropiación de los explotadores, había probado al fin una dosis de su propia medicina, ¡y no pudo evitar imaginar cómo sonreirían sus parientes y sus amigos que simpatizaban con los fascistas al enterarse de lo ocurrido! Incluso las mantelerías habían desaparecido, aunque por supuesto aquellos manteles y servilletas exquisitamente bordados ya carecían de valor para los de su clase, dado que estaban agujereados.

VI

Raúl se presentó en el hotel para informar a la hora de cenar. Estaba decepcionado porque no había conseguido entrevistarse con los importantes oficiales por los que había estado preguntando. Todos se hallaban demasiado ocupados recibiendo gente dada la situación. Aparentemente la ciudad estaba sumida en el caos: la gente corría de un lado para otro chillando órdenes cuando no había nadie para obedecerlas. También ese era un fenómeno típico de cualquier revolución. Había que hacer un centenar de cosas en el mismo plazo de tiempo que en circunstancias normales requería una sola. La ciudad se mantenía alerta ante un inminente ataque que podía tener lugar de un momento a otro y lo único que había que hacer era coger un arma y luchar. Todo aquel que no poseyera un arma, un camión o suministros médicos debía salir a la calle y encontrar una manera de resultar útil, si es que podía.

No obstante Raúl se había sentido reconfortado al encontrarse con uno de los maestros que había conocido en su anterior visita a la capital. Tenía un cargo de responsabilidad en el sindicato de profesores y le había comentado que estaba a punto de celebrarse un mitin en la plaza de Cataluña, a dos o tres calles del hotel. Había concentraciones por toda la ciudad para concienciar e instruir al pueblo y era posible que Raúl tuviera ocasión de hablar. El secretario y traductor estaba tan ilusionado que ni siquiera probó su cena y se fue a caminar para reflexionar sobre el mejor modo de ayudar a los ciudadanos de Barcelona a despertar ante el peligro al que se enfrentaban.

El norteamericano ocioso paseó al día siguiente por la Barceloneta, un barrio del puerto, y comió en el mismo restaurante en que él y Raúl habían hecho algunas amistades durante su última visita. En esta ocasión los fornidos obreros comían apresuradamente pues debían cargar camiones con suministros de todo tipo para los trabajadores que se habían unido al ejército. Algunos se mostraban ahora desconfiados con el extranjero, ya que podía tratarse de un espía.

Mero Lanny comenzó a hablarles sobre los proletarios de Francia y lo que pensaban sobre la insurrección del general Franco y todos se mostraron interesados enseguida. No le resultó difícil volver a hacer amigos y, cuando mencionó el mitin de la plaza de Cataluña, un par de marineros se animaron a acompañarle con intención de asistir.

VII

Aún no había anochecido del todo cuando dieron comienzo los discursos. Los oradores estaban subidos a un camión y unas doscientas personas se habían reunido a su alrededor. El tráfico de tranvías se había suspendido en la gran plaza, de modo que nada interrumpiría el desarrollo del evento. Cantaron *Bandera Roja* y a continuación habló el líder del sindicato de profesores, al que le siguieron diversos representantes de otras organizaciones. Lanny no había conseguido ver a Raúl hasta que fue presentado en último lugar como una de las víctimas del terror de Primo de Rivera que había regresado para defender su patria.

Lanny había oído hablar a su amigo en muchas ocasiones pero nunca con tanta pasión. Su aparición ante los trabajadores unidos contra la contrarrevolución fascista era la culminación de toda una vida para aquel muchacho campesino que se había visto obligado a huir de su tierra. Toda su educación y sus esfuerzos le habían conducido hasta aquel momento. Esta era la prueba de que nada había sido en vano, ni para él ni para los demás. Comenzó hablando someramente sobre su vida, tan solo para hacerles comprender que era uno de ellos y que con ellos compartía también la amarga experiencia del hambre y la opresión. Les contó cómo la luz del conocimiento había conseguido despertar su alma y cómo, igual que Prometeo, se había

esforzado por compartirla con otros. Había hombres que pretendían extinguirla para sumir al pueblo en la oscuridad de la ignorancia y el miedo, hombres que veían a sus semejantes como bestias de carga, simples máquinas de las que extraer la fuerza del trabajo para su beneficio exclusivo. Hombres en cuyos corazones no había lugar para el amor a su prójimo ni esperanzas para su futuro, ningún impulso generoso que elevara su espíritu; tan solo el avaricioso deseo de extraer ganancias materiales del sufrimiento ajeno.

Raúl había sido presentado para hablar durante algunos minutos y, transcurrido un tiempo, intentó acabar, pero la multitud no se lo permitió. «*¡Más! ¡Más!*», gritaban. Su florido lenguaje era exactamente lo que el ardiente temperamento de sus oyentes necesitaba en aquel momento. Las grandilocuentes palabras que empleaba —*libertad, igualdad, fraternidad, humanidad*—, ponían nombre a los sueños que alimentaban sus almas. Gritaban cada vez más fuerte y los aplausos enardecieron aún más al orador. Antes de que concluyera, todos aquellos hombres y mujeres estaban por completo en sus manos y si les hubiera ordenado que prendieran fuego en ese mismo instante a la iglesia de Santa Ana lo habrían hecho sin pestañear. Sin embargo, lo que hizo fue animarlos a organizarse para defender a su Gobierno, a coger adoquines para lanzarlos desde los tejados contra los invasores fascistas, a enfrentarse a ellos con picos, cuchillos de cocina y porras con clavos, a hacer suyo el eslogan de los franceses en Verdún: «*Passeront pass! ¡No pasarán! They shall not pass!*».

La gente se arremolinaba en torno al orador, aclamándole, estrechándole la mano y dándole afectuosas palmadas en la espalda, diciéndole que estaban completamente de acuerdo con lo que había dicho y prometiéndole que seguirían su consejo. En resumen, fue todo un triunfo y el lugar de Raúl Palma en el movimiento obrero español había quedado asegurado. Era como el aguilucho que se resiste a abandonar el refugio y a saltar de rama en rama como las demás aves, que permanece inmóvil en el borde del nido y ejercita sus alas día tras días hasta estar completamente preparado. Entonces se lanza al vacío y levanta el vuelo, majestuosamente pues desde ese mismo instante se ha convertido en un águila.

Los dos marineros que habían acompañado a Lanny desde el puerto animaron a aquel orador de pico de oro a asistir al mitin que allí se celebraría para pronunciar el mismo discurso. Alguien trajo un coche y subieron a Raúl a bordo. Otros se apretujaron en su interior y los demás se subieron a la parte trasera y a los estribos de ambos lados y se marcharon haciendo sonar la bocina en dirección a La Barceloneta.

Lanny no los siguió. Ya había escuchado el discurso en más de una ocasión, pues Raúl había estado ensayando varios fragmentos durante las pasadas tres semanas. Es más, no tuvo que pensar mucho para darse cuenta de lo peligroso que sería vagabundear de noche por aquellas calles. Durante el día podía servirse de su afable sonrisa y su *savoir-faire*, pero en la oscuridad de la noche los hombres tienen miedo y disparan rápido para disparar primero. Caminó, pues, a lo largo de una manzana por el paseo de Gracia y otras dos más por la calle de las Cortes Catalanas hasta llegar a su hotel. Mientras se desvestía decidió que ya había presenciado suficiente historia de España.

Raúl estaría ocupado de ahora en adelante y Lanny no podía seguir a su lado sin arriesgarse a que alguien le reconociera. Después de todo, las revoluciones son eventos en los que reina la confusión, especialmente cuando se contemplan desde fuera.

Tendido en la cama, reflexionó: «¡Bueno, he perdido el coche! Algún oficial del Ejército o representante sindical estará encantado de poder quedárselo. Además ya tiene tres años y a Beauty le encantará comprar otro».

La vida doméstica de Lanny siempre había sido así, ya fuera su madre o su esposa quien tuviera la sartén por el mango. Sus trajes, sus camisas, sus corbatas, sus coches siempre se pasaban de moda, todo aquello a lo que se acostumbraba había que cambiarlo por algo que los publicistas hubieran decidido que estaba más *à la mode*. Conducir un coche durante tres temporadas seguidas en la Riviera era una auténtica desgracia socialmente hablando. De modo que compraría un último modelo y, aunque había perdido el dinero que habría obtenido por la venta del anterior, no sería demasiado teniendo en cuenta que ya tenía tres años.

¿Qué marca elegiría? Ese era un problema que siempre preocupaba a los ricos y por ello constituía uno de sus principales temas de conversación. Todo hombre tenía su favorita, por la que ponía la mano en el fuego. No obstante Lanny, siempre transigente y de mente abierta, no tenía preferencias. Aunque podía estar seguro de que, escogiera el que escogiera, sería veloz y capaz de llevarle a cualquier rincón de este Viejo Continente. Perdido en tan agradables meditaciones se fue sumiendo en un placentero letargo.

VIII

No sabía cuánto tiempo había dormido cuando un estruendo apagado y seco le despertó: ¡Bum, bum, bum! Abrió los ojos y sin incorporarse pensó: «¡Están disparando!». Había escuchado ese sonido muchas veces durante la Gran Guerra. En París y en Londres cuando llegaban los zepelines, en Bienvenu cuando los submarinos salían a cazar o eran cazados. Con el asesoramiento de otros había llegado a convertirse en todo un experto. «Es fuego de artillería», se dijo. «Los fascistas están avanzando».

Se quedó muy quieto, escuchando. No había absolutamente nada que él pudiera hacer en esa batalla. Su coche se lo habían llevado los marxistas y su automática Budd con todos los cartuchos se la había dado a Raúl. Trató de estimar si los disparos se aproximaban. Probablemente no, pues las baterías de artillería no avanzaban mientras abrían fuego. «Podría volver a dormirme», pensó. Pero enseguida se dio cuenta de que estaba demasiado ocupado tratando de adivinar quién disparaba y contra qué.

Al mirar por la ventana vio una luz pálida y gris. El ataque coincidía con el amanecer, una práctica militar muy común. Se escuchaba el tráfico bajo su ventana, de modo que decidió levantarse para echar un vistazo. Un convoy de autobuses municipales avanzaba calle arriba y los vehículos iban cargados de hombres, en el interior y en los techos, que cantaban *La Internacional*. «¡Agrupémonos todos en la lucha final!». Bajo la tenue luz del alba, aquellos compases le resultaron emocionantes. Los hombres se precipitaban hacia la muerte proclamando un futuro que quizá nunca llegarían a ver. «¡El género humano es la Internacional!».

Comunistas, pensó Lanny. Pero no, ahora todos se habían mezclado para formar un frente unido y cantar sus canciones: comunistas, socialistas, anarquistas, sindicalistas, demócratas, republicanos, liberales. Marchaban juntos para combatir la opresión y la explotación en todas sus formas. Esto era lo que Lanny había anhelado desde que tenía uso de razón. Sintió cómo la pasión de aquellos hombres le enardecía y en aquel mismo instante renovó su compromiso con la causa.

Aunque no durante mucho tiempo, por supuesto. Los grandes momentos no perduran en este mundo confuso y caótico. El idealista sueña cómo deberían ser las cosas pero sus anhelos nunca se cumplen, pues las criaturas humanas no son perfectas y menos aún los grupos que constituyen. De repente Lanny vio un fulgor rojizo sobre los tejados y a continuación coches de bomberos que se dirigían hacia allí. Se dio cuenta de que el fuego estaba cerca y, trazando un mapa mental del barrio, decidió que se trataba de la iglesia de Santa Ana, cuya mole había contemplado al anochecer recortada

contra el cielo como telón de fondo durante el discurso de Raúl. ¿Alguien había decidido quemarla incluso sin que el apasionado orador lo aconsejara? No era la primera vez que quemaban iglesias y propiedades eclesiásticas en España con el propósito de poner fin al apoyó del clero a la reacción política y la esclavitud industrial. Lanny lo sintió profundamente, pues para él aquellos antiguos templos eran santuarios del arte y de la cultura tal como habían existido en su día. Lo que él quería quemar no eran antiguas iglesias sino las viejas costumbres y los rancios contratos sociales.

IX

El empedernido excursionista pensó que podría salir para ver lo que sucedía. Se vistió y bajó al vestíbulo, donde se encontró con los demás huéspedes que aún no se habían marchado, algunos de los cuales no habían tenido tiempo ni para vestirse. ¿Qué estaba ocurriendo? El portero les recomendó encarecidamente que no salieran a la calle, pues él lo había hecho y alguien había disparado contra él, y la bala había impactado en la pared junto a su cabeza con un terrible y agudo silbido que le había taladrado el oído. Los jóvenes se habían vuelto locos y no sabían lo que hacían. El hombre dijo esto en español, después en inglés y por último en francés. Su trabajo le exigía ser capaz de expresarse en los tres idiomas. Su voz temblorosa y sus expresivas y gesticulantes manos añadieron color y convicción a su relato. Lanny decidió regresar a su habitación desde donde podría ver lo que sucedía sin correr riesgos innecesarios.

Contempló el amanecer y vio cómo el sol se elevaba atronando sobre la ciudad de Barcelona y su «mar interior» de aguas azules. Atronando literalmente, pues en esos momentos se había recrudecido la batalla por los suburbios del suroeste de la capital. Siendo como era un «cliente estrella» del hotel, Lanny pidió un aparato de radio que enseguida pusieron a su disposición. Y en cuanto los demás huéspedes se enteraron, se apresuraron a buscar su hospitalidad. De ese modo disfrutó de una agradable compañía durante la mayor parte de la mañana, damas y caballeros procedentes de diversos lugares del mundo que habrían encajado a la perfección en el salón de Bienvenu y que se expresaban exactamente como lo habrían hecho allí.

Radio Barcelona emitía boletines de noticias cada pocos minutos. Regimientos rebeldes avanzaban hacia la ciudad con el apoyo de una unidad de artillería. Las fuerzas gubernamentales, compuestas por la Guardia Civil, la policía y la milicia marxista resistían con firmeza el asedio. Los hombres y mujeres capacitados para luchar eran alentados a dirigirse rápidamente al frente. Los civiles debían permanecer en sus casas. El único tráfico permitido en las calles eran los coches militares, los camiones cargados con suministros para los combatientes y los vehículos médicos con doctores y enfermeras. Pronto aplastarían la revuelta y el orden sería restablecido.

A continuación noticias del exterior. Los rebeldes estaban siendo derrotados en Valencia, Cádiz y Sevilla. Desde el norte, los mineros asturianos marchaban hacia Madrid armados con cartuchos de dinamita en lugar de pistolas y fusiles. Después de ese boletín, la emisora hizo una pausa con las canciones de un viejo disco norteamericano: *Chu-chin-Chow, Rose Marie* o alguna otra aria de ópera ligera. Las damas y caballeros aprovecharon el inciso para comentar lo terrible de la situación. Se preguntaban si los marxistas los asesinarían a todos y cómo demonios se las arreglarían para salir de allí. Lanny no pudo decir nada que los tranquilizara, pues sabía que las guerras civiles no eran un escenario pródigo en diplomacia y, a diferencia de aquellos hombres y mujeres que siempre habían vivido rodeados de privilegios, él era muy consciente de los ancestrales agravios que a lo largo de los siglos habían encendido el fuego del odio en los ardientes corazones de los esclavos del capital.

Poco después del mediodía, la avalancha roja cayó sobre los huéspedes del Hotel Ritz en forma de un batallón de hombres armados que se identificaron como *sindicalistas* y anunciaron que el hotel iba a ser ocupado como cuartel general u hospital, en ese sentido aún parecían existir ciertas dudas, pero no en cuanto a la imperiosa necesidad de que todos los presentes se largaran de allí con todo lo que pudieran cargar a sus espaldas. *¡Y pronto! ¡Enseguida!*

Lanny se encontraba en el mismo brete que los demás. No sería capaz de convencerlos de que era un camarada y de todas formas se habrían reído de él si lo hubiera intentado. Había previsto lo que podría ocurrir y había tomado la precaución de coser una faltriquera con el dinero en la parte interior de la cintura del pantalón y envolver el lienzo en hule. Todo lo demás podía ser reemplazado: su precioso fichero, del cual tenía un duplicado en Bienvenu, y su correspondencia, de la que había tomado notas que ya había enviado a casa. Todo lo demás estaba a disposición de los invasores. «Sírvanse ustedes, *compañeros*».

De todas formas iban a hacerlo. Empezaron a hurgar entre sus pertenencias y enseguida le encontraron sospechoso, con tantas cosas caras y elegantes y tantos papeles. ¿Qué mejor coartada podía haber para un agente fascista que hacerse pasar por norteamericano? ¿Tenía armas? ¿Tabaco o licores? Cuando les aseguró que el largo cilindro que había en su habitación tan solo contenía una pintura al óleo les resultó difícil de creer, pues para ellos un cuadro era algo rígido dentro de un marco. Lanny estaba destinado a tener que explicarlo una y otra vez, hasta hartarse, pero no podía permitirse perder la urbanidad y las buenas formas ni por un momento. ¡No hace falta mucho más que eso para caer muerto en una guerra civil!

X

El experto en arte salió del Hotel Ritz con el comendador al hombro y una de sus maletas en una mano. Durante un par de minutos miró la amplia *calle* arriba y abajo, preguntándose por dónde debía ir. Enseguida decidió que en cualquier sitio estaría más seguro que donde ahora se encontraba y echó a andar en dirección a la plaza de Cataluña, pensando que quizá podría instalarse en el Colón. La iglesia de Santa Ana aún estaba ardiendo pero lo más extraño era que no había nadie observando el incendio. Eso debería haberle servido como advertencia, sin embargo, Lanny no estaba acostumbrado a las revoluciones ni a enfrentarse a situaciones que implicaran un peligro real. No se percató de la situación hasta que ya estuvo muy cerca de la plaza y observó a varios hombres con rifles agachados tras la esquina de un edificio, uno de ellos apuntando y disparando hacia el hotel.

Desde las ventanas de la gran fachada llegó la respuesta en forma de más disparos, uno de los cuales pasó rozando la cabeza de Lanny y aullando como un alma en pena.

El visitante no fue capaz de hacerse una idea clara de lo que sucedía. Quizá la milicia había intentado asaltar el hotel y algunos de los huéspedes se habían resistido o puede que los fascistas lo hubieran tomado como baluarte al verse en una situación desesperada. En cualquier caso, no necesitaba certezas y no iba a quedarse a averiguar lo que ocurría realmente. Sin dedicar un instante a pensar en su dignidad ni en la inmunidad diplomática echó a correr por

donde había venido tan rápido como pudo cargado con sus toscos bultos hasta desaparecer por una bocacalle. Los grandes espacios abiertos de las plazas y las alargadas vistas de las *ramblas* habían perdido para él todo su encanto y el esplendor de los hoteles de lujo ya no le atraía.

Decidió que se convertiría en un proletario por un tiempo y se arriesgaría con las chinches en lugar de exponerse a las balas.

Esta parte de Barcelona había sido diseñada recientemente. Las viejas murallas de la ciudad habían sido derribadas y las exiguas callejuelas habían sido sustituidas por anchos bulevares llamados *rondas*. No había ningún lugar donde esconderse y, mirase donde mirase, parecía haber tiroteos. Los fascistas utilizaban casas particulares, clubes e iglesias a modo de fortines improvisados y disparaban desde las ventanas y los tejados. Los voluntarios marxistas recorrían las calles buscando a sus enemigos por todos los rincones, asediando edificios y ocupando los bloques cercanos para protegerse antes de contraatacar. Lanny se dio cuenta de que había hecho algo muy estúpido al meterse de ese modo en la boca del lobo.

Sin aliento y sudando profusamente bajo un sol casi tropical, atravesó tan rápido como pudo la ronda de San Pedro en dirección suroeste, hacia donde sabía que encontraría una intrincada zona de oscuras callejuelas. Aún se aferraba al comendador y a la maleta. En una calle donde no se oían tiros vio un pequeño hotel y se precipitó al vestíbulo donde tropezó con un grupo de personas que posiblemente habían entrado por el mismo acuciante motivo que él. Miraron sorprendidos a aquel extranjero bien vestido y con tan extraña carga sobre los hombros.

Lanny se acercó al mostrador y se dirigió al recepcionista con su mejor español: «*Por favor, una habitación con baño*».

El hombrecillo lucía un cuidado bigote negro cuyas afiladas puntas retorció suavemente antes de preguntar: «*¿El señor es americano?*». Y después: «Quizá prefiera que hablemos en inglés». ¡Un gran alivio en cualquier emergencia!

—Me vi atrapado en mitad de un tiroteo —explicó Lanny— y tuve que echar a correr.

—Una vez trabajé en Chicago —dijo el hombrecillo con un brillo en sus ojos oscuros— y allí tuve la misma experiencia. Con los contrabandistas.

Lanny se rio con gusto. Y después, pensando en una explicación verosímil:

—Llevo conmigo una pintura al óleo y la gente parece creer que se trata de un ametralladora o algo por el estilo. Me gustaría dejarla en la habitación donde nadie se empeñe en tirotearla.

Consiguió una habitación por una décima parte de lo que le habría costado en un sitio elegante, y mucho más segura. Examinó al comendador y después a sí mismo para comprobar que ninguno de los dos tenía heridas. Después compró los periódicos del domingo y con ayuda del pequeño diccionario de bolsillo del que nunca se separaba leyó los detalles sobre los acontecimientos de la noche anterior. Después bajó las escaleras hasta el teléfono y trató de encontrar en la guía el sindicato de profesores, pero no sabía el nombre exacto ni se le ocurrió ningún modo de averiguarlo. Raúl estaría preocupado por él pero sería inútil tratar de encontrarle mientras siguieran los tiroteos y para entonces Raúl podría estar muerto o en manos de los fascistas, lo que significaba lo mismo.

XI

Desde la ventana de su habitación, Lanny pudo escuchar durante todo el domingo, y hasta bien entrada la noche, el estruendo de los cañones y el tableteo de las ametralladoras. En este hotel barato no había restaurante pero sí había uno al otro lado de la calle y no se atrevió a aventurarse más allá. Le pidió al portero del hotel que enviara dos cablegramas, uno para Robbie y otro para Beauty, diciendo que estaba sano y salvo. Después se sentó en el vestíbulo y trabó conversación con el propietario de un estanco cercano y un ganadero que había llegado a la ciudad con sus *vacas* y ahora estaba preocupado porque los anarcosindicalistas se las habían requisado tras entregarle un pedazo de papel que no le valdría de nada si ganaba el otro bando. Todos estaban de acuerdo en que las guerras civiles eran malas para cualquier negocio, ya vendieras *cigarrillos, vacas* o *pinturas*.

Ese día no hubo más noticias pero, a la mañana siguiente, los titulares de todos los periódicos hablaban del intento de los fascistas de tomar la ciudad. Los aviones del Gobierno habían bombardeado el arsenal y las posiciones de la artillería y durísimos combates se estaban librando aún en muchos lugares donde los rebeldes se habían parapetado en edificios civiles. El general Goded, comandante de los regimientos insurgentes, había sido hecho prisionero de guerra y algunos oficiales rebeldes se habían suicidado antes de rendirse. La milicia formada por los sindicatos marxistas patrullaba las calles arrestando a

sospechosos, una indicación más de que Lanny debía permanecer donde estaba.

Envió al recepcionista del hotel a una tiendecita a la vuelta de la esquina para que le comprara un pequeño aparato de radio y, una vez en su habitación, los demás huéspedes del hotel subieron a visitarle en busca de información, por lo que nuevamente tuvo oportunidad de mejorar su español e incluso su catalán. Marineros de la Armada se habían amotinado a bordo de varios buques de guerra, encerrando a sus oficiales en las bodegas o arrojando a los fascistas por la borda. Cinco de esos buques habían bombardeado a los rebeldes en Ceuta. El general Mola, que marchaba desde Pamplona hacia Madrid, había sido retenido en las montañas del Guadarrama, a cincuenta y cinco kilómetros de la capital. Se informaba de duros combates en Sevilla y otras ciudades que Lanny había visitado. Pensó en la gente que había conocido en el camino y en qué papeles estarían desempeñando en la contienda. Escuchó con interés los comentarios de sus invitados, gentes de clase media destinadas a ser el eje entre las ruedas superior e inferior del terrible engranaje que se había puesto en marcha. Guardaban para sí mismos sus miedos y sus esperanzas y Lanny se limitó a decir que lo único que le interesaba en esos momentos era salir con vida de la zona de guerra. No mencionó la pintura al óleo del olvidado y desde hacía largo tiempo fallecido grande de Aragón por miedo a que alguien señalara la prohibición de exportar obras de arte.

Los combates continuaron durante la mayor parte del lunes y cada pocos minutos se emitían boletines de noticias, no siempre fiables, aunque la pauta general resultaba obvia. Los obreros organizados de la ciudad habían defendido con éxito a su Gobierno con la ayuda de los líderes que simpatizaban con su causa. En Madrid la situación era diferente, pues los miembros del Gobierno temían terriblemente que los tildaran de comunistas e incluso de socialistas y seguían intentando apaciguar a Franco acongojados, ya que él seguía empecinado en luchar contra ellos. Allí el pueblo se vio obligado a forzar a sus gobernantes a actuar. Los sindicalistas habían exigido armas al Gobierno y, tan pronto las consiguieron, se lanzaron al asalto de los barracones de la Montaña, cuartel general de uno de los regimientos insurgentes, y aún mantenían el asedio con ayuda de un viejo cañón. Al mediodía habían obligado a rendirse a la guarnición y al mismo tiempo al contingente de Getafe en las afueras de la ciudad. Camiones cargados de milicianos patrullaban las calles de la capital en esos momentos, asaltando los edificios donde los rebeldes aún oponían resistencia.

XII

A última hora de la tarde apareció Raúl Palma. Terriblemente preocupado por su amigo, había llamado por teléfono a todos los hoteles de la ciudad. Este era el último en el que había probado y le había resultado difícil imaginar a Lanny en un lugar tan pequeño y recóndito. El norteamericano dijo que se encontraba bien. Si los combates continuaban durante el tiempo suficiente sería capaz de aprender las dos lenguas que se hablaban en Barcelona. Había hecho algunos amigos, ¡y lo mejor sería que Raúl no los disgustara con malas noticias!

Encerrados en su habitación pudieron hablar con total libertad y Raúl le contó que había recorrido la ciudad de punta a punta pronunciando discursos en mítines obreros. En cuanto finalizaran los combates procederían a hacerse cargo de las principales industrias para reorganizarlas. Algunas serían dirigidas según el principio anarquista de autonomía local y otras socialistas de acuerdo al principio de control estatal. Los fascistas se darían cuenta demasiado tarde de lo que habían conseguido con su golpe de Estado. Habían dejado a Cataluña y quizá a toda España en manos de una clase obrera inspirada y guiada por líderes marxistas. Raúl estaba entusiasmado, flotando en las nubes y saltando de cumbre a cumbre en las más altas montañas. España iba a convertirse en la nueva Unión Soviética, dirigida, eso sí, con más habilidad y menos violencia.

—¡Oh, Lanny! —exclamó el español—. Siento que te hayas perdido todas estas cosas. Si pudieras venir conmigo y me permitieras presentarte a los compañeros en el cuartel general todos te recibirían con los brazos abiertos.

—Quizá sí —respondió Lanny—, pero la historia llegaría a Francia y mi negocio artístico iría directo a la quiebra.

—Supongo que sí —reconoció Raúl apesadumbrado—. Pero te estás perdiendo unos acontecimientos maravillosos.

Relató lo sucedido en el paseo de Colón, la amplia explanada ante los muelles de Barcelona, el domingo por la mañana mientras Lanny contemplaba el incendio de la iglesia desde su ventana. «Casi al final del paseo hay un puesto militar», dijo. «Pues bien, se corrió la voz entre los trabajadores del puerto de que las tropas del cuartel se habían unido a los rebeldes y estaban montando una barricada». Los trabajadores habían acudido en masa desde sus casas; hombres, mujeres y niños, muchos de ellos a medio vestir. Las únicas armas de que disponían eran las que habían podido encontrar en sus

hogares o por el camino. Palos y piedras, cuchillos de cocina y porras con clavos, que Raúl les había enseñado a preparar. Armados de esa guisa se habían lanzado contra las barricadas defendidas por doce ametralladoras. A pesar de la masacre habían seguido atacando una y otra vez. Unas mil doscientas personas yacían en la explanada muertas o heridas pero finalmente habían conseguido capturar las ametralladoras que comenzaron a disparar contra el cuartel.

Así se escribía la historia y así habían salvado los trabajadores las ciudades de Madrid y Barcelona luchando por la causa. El orador socialista estaba tan excitado que sin darse cuenta se lanzó a soltarle un nuevo discurso a su amigo. Pero de repente se detuvo y dijo: «Cuídate amigo mío. También tú tienes un trabajo que hacer. Mantente alejado de las calles y llámame si tienes problemas». Le dio su número de teléfono y después dijo con emoción: «¡Adiós!».

XIII

Lanny pasó los dos días siguientes observando confortable y alegremente lo que suponía la victoria de su bando en un intento fallido de guerra civil. Leyó en los periódicos de la mañana y también en los de la tarde, ahora rojos todos ellos, cómo la milicia había asaltado el Club Náutico y descubierto cuatro mil granadas de mano y un gran cargamento de dinamita. Habían incendiado el Club y también varias iglesias que eran utilizadas como arsenales por los conspiradores. Escuchó que cuatro mil milicianos se dirigían a Zaragoza a bordo de camiones y autobuses para sofocar la rebelión de los regimientos insurgentes. Posiblemente su coche estaría en esos momentos recorriendo el camino de regreso hacia esa ciudad, quizá con el comandante de la expedición en el asiento del copiloto. También vio una fotografía del enorme edificio del Hotel Colón considerablemente dañado, aunque se abstuvo de salir para contemplar la escena en persona.

El miércoles por la mañana Raúl volvió a verle, pero en esta ocasión su fervor había disminuido bastante.

—Lanny —dijo—, creo que deberías salir de aquí lo antes posible.

—¿Qué ocurre? —preguntó el norteamericano—. ¿No los habíais vencido?

—Hemos vencido a Franco, pero me temo que ese no era más que el principio de nuestros problemas. Es la vieja historia de siempre, las diferencias entre distintas facciones. Los marxistas y los anarcosindicalistas están enfrentados por la cuestión del poder y el modo de volver a poner en marcha las industrias.

—¡Pero acabo de escuchar por la radio que el presidente ha ordenado a todo el mundo volver al trabajo!

—Lo sé, pero ¿lo harán? ¿Y durante cuánto tiempo seguirán haciéndolo? Me temo que el enfrentamiento no va a terminar y ¿de qué sirve arriesgarse cuando no puedes hacer nada al respecto?

—¿No quieres venir conmigo, Raúl?

—Oh, no puedo hacerlo. Tengo trabajo que hacer aquí. He conseguido cierta influencia y lucharé día y noche para intentar reconciliar a los diferentes grupos y persuadirlos de que han de hacer concesiones. Los españoles somos terriblemente poco comprometidos pero hemos de aprender si queremos que la democracia funcione. Ha de enseñarles alguien que haya vivido fuera.

—Está bien —dijo Lanny—. ¿Y cómo voy a salir de aquí? Según tengo entendido la carretera de la costa está bloqueada y probablemente me pararían un centenar de patrullas antes de conseguir llegar a la frontera.

—Hay un barco que acaba de llegar de Francia para llevar de regreso a casa a los atletas. Creo que deberías intentarlo.

«Los atletas» tenían que ver con una extraña situación que había aportado cierto alivio cómico a la batalla de Barcelona. Los Juegos Olímpicos se celebraban ese verano en Berlín, para regocijo de los nazi-fascistas e indignación de todos los seres humanos decentes. Trabajadores de toda Europa trataban de boicotear los juegos y, para conseguirlo, habían organizado un evento paralelo en Barcelona. Allí donde hubiera sindicalistas y obreros suficientes como para financiar semejante lujo se había organizado una delegación de deportistas que viajaron hasta la dudad. Los franceses habían enviado a más de cien con la esperanza de alcanzar el éxito en las competiciones. La inauguración iba a celebrarse el sábado, el día después de que los fascistas iniciaran el golpe. El domingo, la jornada para la cual estaban programados los principales eventos, habían tenido lugar los combates más duros en las calles de la ciudad y los atletas se habían visto obligados a pasar el día igual que Lanny, sentados en sus habitaciones de hotel sin atreverse a mirar por la ventana.

Ahora el Gobierno francés había enviado un vapor para llevarlos de vuelta a casa sanos y salvos. El puerto estaba oficialmente cerrado pero habían hecho

una excepción para que dicha embarcación pudiera atracar temporalmente en los muelles.

—¿Crees que me admitirán? —dijo Lanny.

—Sabes cómo sacarle partido a tu dinero —respondió Raúl.

Eso era cierto. Lanny había aprendido de su padre que todo capitán de barco dispone de su propio camarote y que estará dispuesto a compartirlo a cambio del incentivo adecuado. Lanny estaba seguro de que el dinero que llevaba cosido a la cinturilla de su pantalón le bastaría para semejante propósito llegado el caso. De modo que hizo la maleta, desconectó el aparato de radio y se lo regaló a Raúl y entre los dos cargaron a hombros al comendador y bajaron al vestíbulo. Lanny pagó la cuenta, se despidió de sus conocidos y la pareja salió en dirección al puerto sin perder un minuto. Era inútil buscar un taxi o cualquier otro lujo por el estilo de modo que fueron a pie. En el caso de que se encontraran con alguna patrulla, Raúl les explicaría la situación.

XIV

Y así fue la poco heroica retirada de Lanny Budd de la batalla de Barcelona. Ninguna bala perdida pasó volando junto a su cabeza y tras el largo paseo por fin vio el buque de pasajeros Chella atracado en el muelle. Un miembro de la tripulación le dijo que estaban admitiendo pasajeros extra por doscientos cincuenta francos cada uno —alrededor de diez dólares— que Lanny se apresuró a abonar. Constantemente llegaban extranjeros con intención de embarcar, algunos de ellos a bordo de coches del consulado francés con grandes banderas identificativas a modo de protección. Antes de partir había más de mil personas a bordo de la modesta embarcación y Lanny supo que habría de compartir camarote con otros cinco hombres. No tenía importancia, pues hacía una noche cálida y despejada y el *douceur* apropiado le procuró una tumbona en cubierta con su nombre en una etiqueta. Otra propina le permitió guardar la pintura en un rincón del camarote privado del capitán, un habitáculo en consonancia con la dignidad y el prestigio del comendador.

Lanny disfrutó de la conversación de varios miembros de los sindicatos franceses con ambiciones deportivas: pequeños y peludos los que corrían los

cien metros de velocidad, altos y fibrosos los que competían en los cinco mil y diez mil metros y gigantes de poderosos músculos que participaban en los lanzamientos de peso y disco o en los enfrentamientos de lucha libre. Todos ellos estaban seguros de haber batido algún récord mundial, dejando así a los juegos olímpicos nazis a la altura del betún y reivindicando el honor de todo el proletariado del mundo con conciencia de clase. Todos ellos como uno solo estaban seguros de que el alzamiento de Franco no había sido ningún accidente sino parte de una conspiración nazi para privar a los obreros de la gloria internacional. Y todos se sentían orgullosos de poder volver a casa para contar la historia de las victorias militares de los trabajadores, a pesar de que se hubieran visto obligados a permanecer encerrados en sus habitaciones de hotel mientras las batallas se libraban.

El Chella llegó a Marsella al día siguiente y todos desembarcaron. Corresponsales de las asociaciones de prensa norteamericanas aguardaban su llegada para tomar buena nota de las últimas noticias de Barcelona que el mundo entero estaba ansioso por conocer. Los reporteros, sin embargo, desconocían la presencia a bordo del hijo del dueño de la Budd-Erling y, antes de que tuvieran ocasión de revisar la lista de pasajeros, Lanny estaba en tierra con su maleta y su pintura. Pasó por la aduana sin que las autoridades portuarias tuvieran nada que objetar y consiguió un taxi que no había sido requisado. Cuando le dijo al conductor que su destino era cabo Antibes, aquel hijo del cálido sur de Francia se sorprendió, aunque se limitó a decir: «*Je m'en fiche*», lo que en esencia venía a decir que le importaba un pimiento el destino mientras su pasajero pudiera pagarle la tarifa por un recorrido de doscientos kilómetros. Lanny le aseguró que tenía más que de sobra.

Pero antes debía pasar por una oficina de correos. Allí escribió un cablegrama para su padre diciendo que estaba a salvo y que por favor se lo notificara a Irma, uno a su madre para decirle que se encontraba bien y que por favor se lo dijera a Rick y por último otro a Zoltan Kertezsi en París.

«RECIÉN LLEGADO CON UN GOYA DE MI PROPIEDAD DOCE AGUJEROS DE BALA HAN ATRAVESADO EL LIENZO YO ESTOY INTACTO NECESITO TU ASESORAMIENTO VENDRÁS AL SUR SI NO ES ASÍ YO IRÉ A VERTE ME DIRIJO A BIENVENU ENVIAME UN TELEGRAMA ALLÍ GRAN HISTORIA PERO LAS REVOLUCIONES NO SON DIVERTIDAS».

LIBRO SEIS
DE LA MASACRE AL TRONO

22
GUÁRDATE EL DINERO EN EL BOLSILLO

I

Uno de los mensajes que Lanny se encontró al llegar a Bienvenu fue un cablegrama de Joseph Barnes preguntándole si tenía planes para viajar a Nueva York. De lo contrario, el «tío Joseph» deseaba viajar a Europa y reunirse con él donde mejor le conviniera. «Supongo que esto significa que Irma quiere el divorcio», se dijo Lanny. No tenía a nadie con quien comentarlo, pues estaba solo en la finca con excepción de los criados. Respondió por cable explicando que tenía pensado partir pronto hacia Londres, tras una breve estancia en París, por lo que estaría encantado de reunirse con el tío Joseph en cualquiera de las dos ciudades durante el plazo que especificaba. Después llamó a Jerry Pendleton para charlar y jugar al tenis. Fueron a nadar, a cenar y a pescar con bichero al anochecer. Debía ser razonable y convencerse de que lo mejor era apartar por completo a Irma de su vida, sin embargo, emocionalmente hablando, todavía la extrañaba como un miembro recién amputado cuyo muñón aún dolía.

Zoltan Kertezsi se había tomado unos días de descanso en un balneario en Bélgica y envió un telegrama diciendo que viajaría a París de inmediato. Lanny se compró un coche nuevo, menos caro que el anterior, además de otro juego de maletas y algo de ropa. Contrató a un secretario y se concentró en poner al día su correspondencia. Dictó el relato de sus aventuras para su padre y su madre, con copias para Bess, Rick y Trudi. Visitó a la señora Villareal para ponerla al día acerca de sus pinturas. Ella había seguido su consejo y había ordenado que le enviaran el Zuloaga desde España. Lanny, por su parte, ya había encontrado un comprador, vía cablegrama, y ahora recibió el dinero de su cliente, hizo el pago efectivo entregándoselo en mano a la señora y se

ocupó del transporte del cuadro. Llamó a la mujer de Raúl y le dio algo de dinero. Una vez resueltas todas esas gestiones, era libre de viajar al norte con el comendador y sus pensamientos como única compañía.

Le asaltaron sentimientos encontrados a raíz de la lectura de las últimas noticias en los periódicos. Según todas las fuentes, Madrid y Barcelona estaban a salvo bajo la firme tutela del gobierno. Sin embargo, tanto en el norte como en el sur los rebeldes seguían ganando. El general Mola mantenía sus posiciones en la sierra del Guadarrama, a una hora de coche de Madrid, mientras Franco seguía desembarcando destacamentos de soldados en Cádiz, consiguiendo, al parecer, un firme dominio en el suroeste del país. Sin duda España estaba inmersa en una auténtica guerra civil, y especialmente atroz puesto que Franco no estaba dispuesto a tomar prisioneros.

La noticia más alarmante, que Lanny tuvo ocasión de leer en la prensa de izquierdas, fue que, durante la primera semana del alzamiento, dieciocho bombarderos pilotados por aviadores italianos habían volado desde Italia hasta el Marruecos español, al parecer con el fin de transportar tropas a través del estrecho. Una situación embarazosa para Mussolini pues dos de sus pilotos se habían visto obligados a aterrizar en el Marruecos francés y el Gobierno de Francia exigía explicaciones. Según el Duce, eran meros «voluntarios» que habían volado por su cuenta y riesgo, motivados por la intensa simpatía hacia sus hermanos fascistas amenazados por los malditos rojos. Cuando uno trataba de imaginarse a dieciocho oficiales de Mussolini robando sus aviones y huyendo con ellos hacia España era imposible no reírse, a menos que uno se sintiera asqueado ante la desfachatez de aquellas mentiras acerca de cuestiones de interés internacional. Lanny se preguntaba: «¿Será esta la próxima estrategia del fascismo: destruir gobiernos elegidos por el pueblo en otros países con ayuda de voluntarios?».

II

París tenía un aspecto estupendo aquella tarde veraniega, cálida y sosegada: era una ciudad sin edificios en llamas y sin balas que imitaban los gemidos de almas en pena, una ciudad en la que todo el mundo decía lo que pensaba y podía imprimirlo en periódicos y panfletos, gritar públicamente ante una

muchedumbre o escribirlo en pancartas y estandartes desfilando por las calles. A veces, por supuesto, alguien te golpeaba mientras lo hacías, pero siempre había ocasión de devolver el golpe —lo que no era más que otro ejemplo de igualdad—. Lanny, como de costumbre, no era capaz de decidir cuál de los males era peor. Deseaba con todas sus fuerzas acabar con el capitalismo, aunque aborrecía ver cómo la gente mataba o moría a manos de sus semejantes.

Llegó con su preciada carga a su *suite* del hotel —la misma que había tenido durante su última visita, pues a finales del mes de julio uno podía permitirse el lujo de escoger—. Había comprado un marco de madera, de modo que desenrolló el retrato del comendador, lo colocó y después invitó a Zoltan para que lo viera. Era un gran momento en la vida de un dandi adulto, pues tenía la sensación de que había encontrado algo extraordinario y ardía en deseos de confirmarlo. Mientras Zoltan lo examinaba, pequeños escalofríos recorrían su espalda y creyó escuchar campanillas cuando su mentor exclamó: «¡Es auténtico, Lanny! ¡Tienes un Goya, no hay la menor duda!».

Era una desgracia que el Grande de España hubiera recibido esas modernas heridas de guerra, pero Zoltan dijo que ninguna de ellas era mortal desde el punto de vista de un restaurador. Si hubiera un agujero en un ojo o en algún otro lugar del rostro sin duda habría sido difícil, pero en cuanto a las condecoraciones y la tela del uniforme, el brillo de las botas y el oscuro fondo de cortinajes, los expertos doctores de obras de arte podrían cubrirlos sin problemas, especialmente cuando su diámetro no era mayor que el calibre de una bala de ametralladora.

Lanny había imaginado que colocarían pequeños retales de lienzo bajo cada agujero, pero Zoltan le dijo que eso no serviría porque podrían formarse pequeñas burbujas de aire y a lo largo de los años las zonas restauradas terminarían mostrando irregularidades. La técnica de restauración que llevarían a cabo con una obra tan valiosa era conocida como «revestimiento». Se colocaría un nuevo lienzo completo detrás del antiguo. Zoltan se lo llevaría a una hábil *demoiselle* que había acumulado una gran experiencia en el *nettoyage* —o limpieza de antiguas obras de arte— en el Louvre. Trabajaba directamente con sus delicados dedos, frotando suavemente la suciedad y los antiguos barnices, dejándose guiar por una estricta ética profesional, y jamás repintaba una obra salvo en los casos en que el daño era excepcional, como ocurría con el hallazgo de Lanny. Y tampoco se limitaba a cubrir los óleos con una nueva capa de reluciente barniz, como solían hacer muchos marchantes para vender rápidamente antiguas obras maestras.

Lo primero que debían hacer, insistió Zoltan, era obtener buenas fotografías de la parte delantera y trasera del lienzo para que el comprador pudiera saber en todo momento en qué lugares se habían producido los daños y conociera la verdadera naturaleza de los mismos.

En este caso, el comendador en cuestión había escrito en la parte posterior su nombre y los títulos que ostentaba, su edad y las fechas en que había posado para el retrato; algo de suma importancia a la hora de probar su autenticidad. Lástima que no se tratara de un retrato femenino o infantil, pues siempre reportaban más dinero. No obstante, este estaba muy bien y quizá podría conseguir por él hasta veinte mil dólares.

Lanny le contó lo que había pagado por el cuadro, aunque le pidió discreción a su amigo. No iba a contárselo a nadie más, pues le resultaba embarazoso. Zoltan le dijo esa era una cuestión delicada. ¿Cuánta información está uno dispuesto a compartir acerca de la obra? Por supuesto, cuando se trataba de un menor o de una persona senil o incapaz de valerse por sí misma, la situación era excepcional. Pero tratándose de un adulto, si este se mostraba dispuesto a pagar cierto precio sin haber sido coaccionado ni intimidado, el nuevo propietario podía tener la conciencia tranquila. Lanny le explicó que don Pedro había demostrado ser un negociante bastante nefasto, y que igual de incapaz sería a la hora de conservar el dinero. Probablemente ya habría perdido o gastado lo que le había dado. En cualquier caso, y para limpiar su conciencia, Lanny iba a entregar hasta el último céntimo de lo que obtuviera por el cuadro a la causa que llevaba en su corazón, sin descontar tan siquiera los gastos del viaje a España.

Durante un rato hablaron sobre política y Zoltan se mostró bastante pesimista acerca del futuro de dicha causa. Había oído hablar del asunto a algunas personas en el balneario belga donde se había alojado, miembros de las clases altas de Francia, Alemania y Gran Bretaña. Sin apenas excepciones en ningún lugar, los gobernantes y los grandes hombres de negocios consideraban el nuevo gobierno del pueblo recién instaurado en España como una grave amenaza a sus intereses, un nido de agitación e intrigas comunistas colocado en el mismo centro del mundo occidental. No creían ni por un momento las afirmaciones de Madrid cuando se autodenominaban como «liberales» y «republicanos» en el sentido tradicional. En la actualidad, esos términos eran un mero camuflaje para el marxismo. Cualquier socialista, por honesto y sincero que fuera, terminaba por convertirse en un instrumento de los rojos.

—Eso podría haberlo dicho mi padre —comentó Lanny.

—Todos ellos son hermanos de sangre, en los seis continentes y en los siete mares —dijo Zoltan.

—¡No hermanos de sangre, hermanos de oro! —replicó el hijo del presidente de la Budd-Erling.

III

Lanny le había escrito a Trudi Schultz para decirle que ya estaba de regreso y, tan pronto como hizo fotografiar el cuadro debidamente y comenzaron los trabajos de restauración, fue a visitarla a su pequeño estudio con intención de invitarla a cenar. Sin embargo, cuando llegó, ella ya había preparado algo de comer por lo que se quedaron en casa y charlaron tranquilamente. Cuando terminó de contarle la historia, a ella le pareció la más impresionante del mundo. España se había convertido de repente en una segunda patria para los refugiados alemanes. En esta ocasión el pueblo no estaba indefenso, poseían armas y estaban dispuestos a defender su causa. «Son luchadores tenaces», dijo ella, «Hace poco he leído un libro sobre su historia. ¿Conoces la crónica del sitio de Zaragoza?».

Lanny respondió que había leído recientemente sobre ello, pues deseaba saber más cosas sobre la desesperada resistencia de los españoles contra las tropas napoleónicas, que había sido una de las causas de la derrota final de los franceses. Al contrario que Napoleón, él no se había atrevido a entrar en la ciudad y las únicas personas con las que había hablado habían sido un empleado de gasolinera y dos oficiales fascistas. Trudi le hizo todo tipo de preguntas acerca de las agrupaciones obreras de Madrid y Barcelona, y también sobre Raúl y Constancia de la Mora. ¡Oh, cómo anhelaba su victoria y su libertad, cómo le habría gustado escribir sobre esos heroicos camaradas para mostrarles su simpatía! La joven había conseguido un pequeño aparato de radio, aunque pocas veces conseguía sintonizar las emisoras españolas y, por otra parte, desconfiaba de las que ella llamaba emisoras «capitalistas». Todos los días leía *Le Populaire*, y Lanny le había enviado una nota para pedirle que guardara algunas copias para él. Ahora le contó que también le había enviado a Longuet una carta por correo aéreo, que acababa de publicarse en los medios

socialistas de París como: «Comunicado por correo aéreo de nuestro enviado especial a España».

¿Qué iba a ocurrir ahora? Los labios de Trudi temblaban mientras escuchaba la respuesta de su amigo. No serviría de nada engañarse, una durísima lucha tendría lugar. Ese mismo día había trascendido la noticia de que aviones alemanes de la Legión Cóndor se dirigían hacia el norte de España para apoyar al general Mola. «¡Oh, Dios mío!», exclamó ella, aunque no podía creer que fuera cierto. «¿Es posible que Longuet permita que ocurran cosas como esa?».

—Blum se encuentra en una difícil posición —respondió Lanny—. Representa a una coalición y en Francia las decisiones no las toma el primer ministro sino la Cámara de Diputados.

—Pero, Lanny, ¿es que no se dan cuenta de lo que supondría que Mussolini y Hitler crearan un segundo frente en la puerta trasera de Francia?

—Solamente los militares ven las cosas de ese modo —respondió él— y Blum se ha comprometido por la paz desde el principio —repitió entonces lo que su amigo y mentor le había dicho—: Los hombres de negocios de Francia temen a Stalin mucho más que a Mussolini y Hitler juntos.

—¡Pero acaban de firmar una alianza con Stalin!

—Eso fue a causa de las presiones del Frente Popular. Los grandes empresarios no la querían y no la secundarán. Francia está dividida por la lucha de clases y, llegado el momento de una confrontación entre comunismo y fascismo, la pobre Marianne no será más que una campesina subida a un carro, con un buey en cada extremo tirando en direcciones opuestas.

IV

Trudi le contó los progresos que había hecho en su trabajo. Hasta el momento había encargado imprimir más de doscientos mil panfletos antinazis que había logrado distribuir por toda Alemania. Algunos de los colaboradores que los repartían habían caído en manos de la Gestapo —ella no los conocía, aunque lo sabía gracias a sus fuentes—. Hasta el momento no había evidencias de que los agentes alemanes en París la hubieran descubierto a ella ni a sus colaboradores, aunque por supuesto algo así podía suceder en cualquier

momento. Estaba a punto de explicarle a Lanny cómo llevaban a cabo la distribución, pero él la interrumpió diciéndole que no quería cargar con esa responsabilidad. «Me doy por satisfecho con que tú lo sepas», dijo él, y le dio parte del dinero que había ganado con la venta del Zuloaga. «Debo quedarme con algo», le explicó, «pues tengo que costear un delicado trabajo de restauración de un cuadro que he traído de España».

Mientras hablaban, alguien llamó de repente a la puerta del apartamento y ella le indicó a Lanny con un gesto que se escondiera. Él la oyó decir: «Lo siento, André, pero no puedo verte esta noche. Hay alguien aquí por una cuestión de negocios». En cuanto el visitante se marchó, ella dijo: «Se trata de un joven estudiante al que conocí en la escuela de arte. Es un muchacho muy dulce a quien me gustaría que conocieras si las circunstancias fueran otras».

—Lo mejor es que mantengas tus dos vidas separadas —respondió Lanny, asintiendo.

—Me parece que se ha enamorado de mí —añadió Trudi—, lo cual es de lo más inconveniente. Puedes estar seguro de que no he hecho nada para suscitar en él esos sentimientos.

Ella lo dijo con su habitual seriedad. Lanny, a quien le gustaba sonreír, miró sus cándidos ojos azules y comentó: «Probablemente lo has hecho, aunque no lo sepas». Después, decidiendo que podría ser el momento adecuado, añadió:

—Es fácil que un hombre se enamore de ti, Trudi. Yo mismo lo haría si me dejaras.

—¡Oh, no, Lanny! —exclamó ella.

Sentados junto a la ventana abierta del pequeño estudio, la luz de la luna iluminaba la mitad del rostro de la joven, dejando la otra en la oscuridad, y él tuvo la sensación de que su pálida mejilla se había ruborizado.

—Ya sabes —continuó él— que rompí con Irma porque no comulgábamos con las mismas ideas. En aquel momento decidí que si alguna vez volvía a enamorarme sería de una mujer con quien no tuviera diferencias en el plano intelectual. Da la casualidad de que tú eres la única mujer que conozco que se ajusta a esas características.

—¡Deberías conocer a más mujeres, Lanny!

—Mi querida y preocupadísima madre lleva a cabo un constante proceso de selección. Todas ellas tienen dinero y encantos cuidadosamente cultivados que las convierten a todas en una trampa mortal para mi vida intelectual. Mi madre y sus elegantes amigas hablan de ello en secreto y cada dos por tres escogen una nueva perla, aunque antes de presentármela la ponen al corriente

de mis excentricidades. Ya sabes que las ideas no suelen tener demasiada importancia para la mayoría de las mujeres, al menos no en la alta sociedad, y por lo general uno tiene la sensación de que se las ponen y se las quitan como si de un vestido nuevo se tratara. De modo que si a una debutante le gustan mi aspecto y mis modales no tendrá escrúpulos a la hora de fingir que tiene conciencia social y le preocupan los problemas del mundo. Es realmente patético. Y cuando alguna de ellas te pide que le cuentes algo acerca de Rusia a los quince minutos de empezar a tomar el té, la cosa ya resulta trágica.

—Deberías conocer a mujeres más serias, Lanny.

—Mi amigo Rick me dijo lo mismo. Si fuera a visitarle, su mujer estaría encantada de invitar a su casa a algunas damas feministas o socialistas y se aseguraría de hablarles bien de mí. Esas son las artes que cultivan las clases para las que el amor no significa únicamente romance sino también la transferencia de derechos de propiedad, en algunas ocasiones de gran valor. Hace siete años, este mismo mes, el capitán de un cochambroso barco de pasajeros del mar del Norte me declaró marido de Irma Barnes, concediéndome de ese modo el usufructo de muchos millones de dólares. Un día de estos un juez me liberará de dichos privilegios, devolviéndome al punto de partida.

—Lo sé, Lanny. Debe de resultarte aterrador el mero hecho de pensar en ello.

—Nuestro sistema de propiedad tiene muchos aspectos aterradores. A lo largo de veinte años he tenido ocasión de observar su poder para distorsionar o destruir la mente y el carácter de los seres humanos. Constituye una fuerza tan arrolladora que únicamente una pequeña porción del género humano es capaz de oponerle resistencia y yo no estoy seguro de pertenecer a esa categoría. Siento que estoy atrapado en el interior de una red, tratando de luchar, y cada vez que creo que estoy a punto de liberarme descubro que un nuevo problema envuelve mi cabeza y que estoy más irremisiblemente enredado que nunca.

V

Extraño modo de cortejar, cierto, pero así era Lanny. Y su ardor, aun cuidadosamente controlado, era fácil de percibir por una mujer como Trudi.

—Me sorprendes —dijo ella—. Siempre he creído que eras una persona con una gran determinación. Desde luego no conozco a nadie que haya hecho tanto por ayudarnos.

—Te he entregado grandes sumas de dinero y quizá ese te parezca un extraordinario servicio a la causa. Pero te aseguro que todo ese dinero no le bastaría a mi mujer para costearse sus apariciones durante ninguna de las cuatro estaciones del año. En cuanto a mi supuesta fuerza de carácter, no te puedes imaginar cómo flaqueo cada vez que he de enfrentarme a los encantos de alguna de esas hermosas criaturas, vestidas para el sacrificio como el cordero de un antiguo ritual pagano.

Trudi no pudo evitar sonreírle.

—De verdad, Lanny, deberías vivir en Inglaterra durante un tiempo y permitir que la mujer de Rick lleve a cabo para ti tan importantes servicios.

La cosa había empezado bien, por lo que él decidió seguir adelante con su discurso.

—No puedo vivir en Inglaterra, Trudi. Lo cierto es que temo volver porque allí vive un antiguo amor que aún me atribula.

—¿Quieres decir que hay una mujer allí que tiene algún derecho sobre ti?

—No en el sentido habitual del término. Ella es demasiado orgullosa para reclamar algo que sabe que no puede conseguir. Pertenece a la nobleza británica y fue mi primer amor. Ocurrió durante la guerra, cuando yo solo era un muchacho y no comprendía que las mujeres de su clase se permiten de cuando en cuando el lujo de alejarse de sus privilegios para salir a jugar, pero no para casarse. Ahora es la mujer de un conde y la madre de un futuro conde. Sin embargo, no vive con su marido y creo que desea que vuelva con ella.

—¿Y serías feliz a su lado?

—La historia con Irma volvería a repetirse. Sus sentimientos de clase son, inevitablemente, algunos de sus más enraizados instintos. Me permitiría hacer lo que quisiera, actuar a mi antojo, porque forma parte del carácter británico ser transigente con las excentricidades ajenas y dejar que uno haga su santa voluntad. Pero estoy seguro de que no comprende ninguna de mis esperanzas ni proyectos. No he sabido nada de ella durante las últimas semanas, pero estoy seguro de que si le diera algún indicio de mi opinión sobre la rebelión de franco, ella diría: «Pero, Lanny, no podemos permitir que los rojos tengan bases aéreas y flotas de submarinos en el Atlántico».

—¿Y a pesar de todo es posible que estés enamorado de ella?

—Eres una santa, Trudi, y una persona de una sola pieza. Sabes exactamente cuáles son tus convicciones y es imposible para ti actuar o pensar

de otro modo. Imagino que te resultará difícil comprender, por no decir perdonar, a alguien como yo que desde que nació ha vivido desgarrado por dos conjuntos de ideas, dos conjuntos de inclinaciones, dos mundos en conflicto que tiran en direcciones opuestas y tienen derechos adquiridos sobre mí. En los viejos tiempos, cuando las ideas no eran tomadas tan en serio, la situación era tolerable. Ahora, sin embargo, ambos mundos han entrado en guerra y tiran de mí con tal violencia que no parece importarles hacerme pedazos.

Quizá ella no le comprendiera, pero era evidente que se esforzaba por hacerlo.

—¿Tienes un amor en cada uno de esos mundos?

—Actualmente en ninguno de ellos, Trudi.

—Me refiero a si sientes la necesidad de amar.

—Ah, bien, si hablamos de impulsos debes aprender a no tomarte el asunto demasiado en serio o prepararte para ciertas sorpresas. El hombre corriente siente muchos impulsos de ese tipo y siempre que habla de amar a una mujer y atarse a ella durante el resto de su vida, por lo general, está bajo la influencia de una intensa excitación que la naturaleza ha puesto en su corazón para que sirva a sus propósitos. Si es capaz de serle fiel a ese compromiso durante años no será gracias a ninguno de esos impulsos sino a la presión de la opinión pública, a la fe religiosa, a las convicciones intelectuales o quizá a algún profundo lazo fruto de experiencias compartidas. Desgarrado entre dos mundos como me siento, naturalmente mis impulsos amorosos también se ven inmersos en el conflicto junto con todo lo demás. ¿Te escandaliza todo esto?

—No, pero me interesa mucho.

—Te digo la verdad tal y como la siento porque la única cosa que he sacado en claro de mis desventuras amorosas y matrimoniales es que es imposible alcanzar la felicidad en pareja si no hay sinceridad y comprensión. Cuando un hombre está muy enamorado hará toda clase de promesas que después puede cumplir, pero a costa de su propia felicidad. Lo mejor es que una mujer sepa desde el principio quién es ese hombre y qué es lo que realmente desea. ¿Puedes estar de acuerdo conmigo hasta ahí?

—Sí, por supuesto.

—Bien, acabo de pasarme aproximadamente un mes viajando por un país extranjero, durante el cual he sufrido ciertas incomodidades y algún que otro peligro. Viajé en compañía de un hombre y tuve pocas ocasiones de hablar con mujeres. Sin embargo, vi muchas y naturalmente pensaba en ellas. Pocas veces dejo de pensar en lo que Goethe llamaba *das ewig weibliche*, el eterno

femenino. Dudo que ningún hombre sea capaz de hacerlo realmente. Visité lugares desconocidos y tuve entretenidas aventuras, y de cuando en cuando me sorprendía pensando: «¡Cómo habría disfrutado Trudi con todo esto!». Veía a algún pillastre de la calle o a algún agotado jornalero, a un robusto miliciano de piel tostada por el sol con el fusil colgado a la espalda, y me decía: «¡A Trudi le habría encantado retratarlos!». Puesto que tal cosa era imposible, me consolaba pensando lo agradable que sería estar sentado junto a esta misma ventana, contemplando los tejados de París iluminados por la luna llena y contándote las cosas que había visto. Estarás de acuerdo conmigo en que ese es uno de los síntomas reconocibles del amor.

—¿Pensaste alguna vez en tu dama inglesa? —preguntó la mujer, con ligero toque de malicia en su voz.

—Lo cierto es que ella no encajaba con el paisaje español. Para ella solamente habría supuesto inconvenientes. Ella está acostumbrada a sirvientes que saben cuál es su sitio, y de haber visto a una muchedumbre de ellos alzarse en armas sé muy bien cuál habría sido su reacción, telefonear al almirantazgo para que enviaran un buque de guerra.

—Pero ¿piensas en ella en Londres?

—Oh, por supuesto. El Londres elegante está repleto para mí de recuerdos felices de los días que pasamos juntos. Pero ¿cómo podría regresar de la guerra de España y disfrutar asistiendo a cenas, bailes y obras de teatro? Me sentiría como un miserable.

VI

Tuvo lugar un largo silencio. Después Trudi volvió a hablar con voz dulce y triste.

—Lanny, sinceramente no deberías pensar en mí de ese modo. Ya sabes que no dejo de pensar en Ludi.

—Lo comprendo —respondió él con suavidad—. Pero tendrás que hacerlo tarde o temprano. Ya han pasado más de tres años desde que tuviste noticias de él por última vez. ¿Durante cuánto tiempo vas a seguir engañándote pensando que sigue vivo?

—¿Cómo iba a encontrarme, Lanny? Casi todos nuestros amigos en Alemania han desaparecido sin dejar rastro. Si quisiera comunicarme con ellos no se me ocurriría el modo, y lo mismo ocurriría si tuvieran que hacerlo ellos.

—Yo sé cómo comunicarme fácilmente contigo y también podría hacerlo Ludi. De estar vivo no le costaría imaginar que has escapado al extranjero y se le ocurriría que tienes un amigo en Francia que vendió algunos de tus bocetos y seguramente podría estar ayudándote ahora. Conoce mi dirección o, en el caso de haberla olvidado, recordará la de Budd Gunmakers en Newcastle, Connecticut, Estados Unidos.

—Pero podría estar incomunicado, Lanny.

—Hay pocos prisioneros que estén completamente incomunicados. Hay carceleros y también camaradas y a medida que transcurre el tiempo idean maneras de hacerlo. Cuando estuve en la cárcel municipal de Múnich las tuberías de agua resonaban a todas horas y todo el mundo en el edificio estaba al corriente de la sangrienta purga que estaba teniendo lugar en el exterior. Créeme, a lo largo de tres años Ludi habría encontrado a alguien a punto de salir capaz de recordar un simple mensaje: «Escribe a Lanny Budd, Juan les Pins, Francia, y cuéntale que estoy aquí, pídele que encuentre a mi esposa y se lo diga».

—Admito que tu argumento es sólido —respondió ella—, pero no puedo dejar de pensar que podría estar vivo y, de ser así, cuanto más tiempo pase en prisión más me necesitará cuando salga.

—Está bien, querida, si así es como te sientes esperaré un poco más. No quiero presionarte de ninguna manera ni darte más motivos para que seas infeliz. Me voy a Londres y mientras tanto podrás pensar en ello.

—¿Verás a esa dama inglesa?

—Es posible que me la encuentre en uno de los eventos organizados por mi madre. Pero no habrá problemas ahora que te lo he contado y tú estarás entre nosotros.

—¿Por eso me lo has contado?

—¿Por qué si no? He decidido que quiero ayudar a España y ahora mismo estoy construyendo una barricada como las que me encontré en las calles de Barcelona.

—¿Estás seguro de que no existe ninguna posibilidad de que Irma y tú seáis felices?

—He de reunirme en Londres con el tío de Irma y no creo que vaya a atravesar el océano solo para charlar o escucharme hablar sobre mis viajes. Ya

ha pasado casi un año desde que Irma y yo nos separamos y pienso que está interesada en otro hombre y quiere el divorcio.

—Será ella quien lo obtenga, imagino.

—Eso es lo habitual.

—He estado pensando, Lanny… ¿Crees que deberías seguir viniendo aquí? Nadie creería que somos solo amigos.

—Ya se me ha ocurrido —respondió él— y suelo asegurarme de que nadie me sigue. Algunos miembros de la familia de Irma podrían haber tomado tales medidas, pero no creo que a ella se le ocurriera algo así. No va con su carácter buscarse problemas ni crearlos. Se limitará a alquilar una confortable casita en Reno, Nevada, y se llevará a alguna amiga como compañía y a algunos sirvientes para que se ocupen de ellas. Solo tendrá que quedarse un par de meses.

—¡Qué extraordinario montaje! —dijo Trudi.

—Nunca he visitado el Lejano Oeste —respondió el futuro soltero—, pero he oído hablar mucho sobre California. Quizá un día tú y yo podríamos hacer un viaje por allí.

La ocurrencia tenía poco de improvisada.

VII

Lanny organizó un encuentro con Jean Longuet. Dieron un largo paseo en coche, comieron en un tranquilo lugar de los suburbios y el recién llegado le contó su experiencia en Barcelona. Esperaba poder hacer lo mismo con Léon Blum, pero el primer ministro estaba en Londres para consultar la actual emergencia con el Gobierno británico. Longuet le dijo que la Cámara de Diputados estaba dividida a causa de la cuestión de la ayuda a España. Los diputados radicales socialistas se oponían a tomar ninguna medida que pudiera conducir al país a la guerra y estaban dispuestos a dimitir, lo que habría provocado la caída del Gobierno de Blum. Blum había amenazado con lo mismo, pero no lo había cumplido. Longuet citó las palabras del primer ministro: «Todo es complicado. Francia no está preparada para la guerra y tampoco yo la deseo. Si estallara, echaría a perder todo nuestro programa de reformas sociales».

—*Mon Dieu!* —exclamó Lanny—. ¿De qué sirven las reformas sociales si Hitler y Mussolini consiguen establecer un frente occidental contra ustedes? Alemania se está preparando para la guerra como ninguna otra nación lo ha hecho jamás en toda la historia y si logra construir una fortaleza nazi en el norte de España, ¿qué repercusiones tendrá eso para Francia y Gran Bretaña?

—Tendrás que ir tú mismo a Londres para preguntárselo. Downing Street le ha dicho a Blum que no espere el apoyo británico si se mete en una guerra con Italia y Alemania por la cuestión del apoyo a España y, por supuesto, Mussolini y Hitler aseguran que habrá guerra si vendemos armas a España.

—¡El mismo farol que tan bien les funcionó con Abisinia y después con Renania! Cualquier oposición a alguno de sus objetivos significará la guerra. Y por esa regla de tres irán adueñándose de toda Europa pedazo a pedazo.

Era una situación trágica para los editores y los líderes de los partidos que tan duramente habían luchado durante la campaña con el fin de reformar el Banco de Francia, nacionalizar la industria del armamento y garantizar una jornada laboral más corta. Habían obtenido una aplastante victoria gracias a ese programa de reformas. Sin embargo, ¡ahora llegaba la enorme maquinaria militar amenazando con arrollarlo y aplastarlo todo!

Tras este encuentro, Lanny fue a una *réunion* en la gran Salle Wagram, convocada por diversos elementos de la izquierda, para los que la situación era obvia y no temían enfrentarse a ella. Descubrió que los comunistas, hombres de acción siempre ansiosos por llevar cada punto del programa hasta sus últimas consecuencias, se habían apoderado del mitin. La multitud coreaba las viejas canciones revolucionarias de Francia, *La Marsellesa* y la *Carmañola*; sin embargo, cantaban *La Internacional* con mucha más fuerza y asiduidad. Levantaban el puño y gritaban: «*Les soviets partout!*» —los soviets en todas partes—. Los oradores pertenecían a diversas facciones de la izquierda, al movimiento sindical e incluso a agrupaciones feministas. A través de sus propias fuentes habían averiguado también lo que estaba ocurriendo en España, y uno de los representantes que subieron a la tribuna habló sobre los pelotones de ejecución en los pueblos que Franco había tomado. Excavaban grandes fosas en los cementerios, transportaban a los prisioneros a bordo de camiones y después los tiroteaban y los arrojaban allí mismo. La multitud chillaba de horror y furia, y el grito: «*Des avions pour l'Espagne!*» —aviones para España— resonaba tan alto que sin duda podría escucharse en el Ministerio de Asuntos Exteriores, al otro lado del Sena. Lo coreaban muy despacio, poniendo el mismo énfasis en cada una de las siete sílabas.

Lanny había asistido al mitin en compañía de Trudi, aunque no habían entrado juntos. Una vez concluido, él se subió al coche y se encontraron en una esquina previamente concertada. Ella estaba muy alterada por todo lo que había escuchado, y en cuanto se vieron exclamó:

—¡Lanny, debemos ayudar al pueblo español sin importar que repitan una y otra vez que se trata de una lucha de comunistas!

—Por supuesto que sí —respondió él—. Eso es aplicable a la lucha del pueblo en cualquier lugar del mundo. Si nos rendimos solo porque nos llamen rojos más nos valdría entregarles el mundo entero ya mismo a Hitler y a Franco y acabar con todo de una vez.

VIII

Lanny fue a ver cómo evolucionaba la restauración del comendador y se quedó durante horas contemplando el fascinante trabajo. Era asombroso comprobar cómo resplandecían los tonos púrpuras de las vestiduras, el oro de los botones y los galones, ¡igual que si el mismo Goya acabase de pintarlos! Lanny había pensado que el anciano y lúgubre Grande de España llevaba un uniforme de color verde de una tonalidad mortecina, pero en cuanto cayó el amarillento barniz descubrió que era de un azul muy vivo. Los orificios no iban a constituir un gran problema, insistió la hábil *demoiselle*, pues las balas habían dejado bordes limpios y afilados y cuando el trabajo estuviera terminado sería necesario un aparato de rayos X para poder apreciar los daños.

La experta le explicó a su cliente el complicado proceso de revestimiento. Cubrirían de papel la parte delantera de la pintura para colocarla boca abajo con el fin de proceder a limpiar cuidadosamente el dorso. Se aplicarían dos capas de cola de piel de conejo y a continuación una gasa especial con otro tipo de cola hecho a base goma de pescado, centeno, harina de trigo y trementina veneciana. El nuevo lienzo de lino puro sería extendido en un marco especial, más grande que la pintura, que se colocaría pegado a la misma antes de ser alisado con una pesada plancha ligeramente caliente.

Cuando esta fase del trabajo estuviera completamente seca se extendería en un nuevo marco permanente y a continuación se procedería a la delicada tarea del rellenado y pintado de los orificios del lienzo original. El rellenado se

realizaba con una masilla especial y las pinturas se mezclaban con clara de huevo, no con óleo. Toda pintura cambia de color con el paso del tiempo y esta pintura al temple cambia rápidamente para que los resultados puedan ser observados. La *demoiselle* explicó que era extremadamente difícil escoger los tonos, pues al ser aplicados no parecían adecuados, pero sí lo hacían una o dos semanas después.

Lanny permaneció sentado a su lado durante horas observando el fascinante proceso de *nettoyage*, infinitamente complacido por cada nuevo descubrimiento. Uno de ellos bien valió la gran suma de dinero que costaba llevarlo a cabo. La *demoiselle* estaba frotando suavemente con sus delicados dedos el oro de la leontina del reloj de bolsillo del comendador cuando dejó escapar una exclamación de placer y dijo:

—Creo que tenemos aquí algo muy importante, *monsieur*. Sabrá usted que este pintor tenía la costumbre de firmar en los lugares más extraños.

—Sí —respondió Lanny—. Lo vi en una ocasión en un anillo en las manos del modelo.

—En este caso se trata de un sello y tiene un extraño diseño.

Desde ese instante, Lanny siguió con atención cada una de las pinceladas que daban aquellos ágiles dedos hasta que, poco a poco, aparecieron varias letras en el oro resplandeciente. Una vez completa, la inscripción decía: «F.J. de Goya y L.», lo que por supuesto zanjaba la cuestión acerca de la autenticidad de la pintura.

De buen humor gracias al hallazgo y la recompensa que eso le supondría, Lanny fue a visitar a su tío comunista y descubrió que ya estaba levantado y trabajando sin descanso. Un viejo hueso duro de roer, en sus propias palabras, que afirmaba vivir su vida a base de fe, esperanza y caridad —por supuesto, dirigida exclusivamente al proletariado—. Deseaba escuchar la historia de su sobrino para extraer conclusiones de acuerdo a los postulados del partido. Sin duda alguna, en esta ocasión tenía todos los argumentos a su favor, pues aquí había explotadores capitalistas y aristócratas, asesinos profesionales y sacerdotes de Dios unidos contra la fórmula leninista. Parecía que en aquella ocasión no se encontraban ante un pedacito de historia sino frente a ¡un experimento de laboratorio con el fin de llevar a cabo una demostración ante el mundo entero!

—¿Cuántas veces te he dicho que las clases propietarias nunca se someterían a las decisiones obtenidas mediante el voto de la mayoría —dijo el tío Jesse— sino que se alzarían en armas para proteger sus privilegios?

Lanny no pudo evitar sonreír.

—Un montón de veces, tío Jesse.

Le contó al envejecido guerrero lo que Raúl le había escrito recientemente. En la sacristía de la catedral de Barcelona habían encontrado un tesoro de sesenta millones de pesetas en oro. También esto parecía encajar más con la fórmula bolchevique que con la cristiana. «No acumuléis riquezas en la tierra, donde la polilla destruye y las cosas se echan a perder, y donde los ladrones entran a robar». ¡Después de todo, Jesse Blackless era hijo de un predicador y conocía las Sagradas Escrituras tan bien como el mismo demonio!

IX

Desde el barrio de Montmartre, el viajero se dispuso a partir hacia Londres, pero antes hizo una breve parada para pasar la noche en Les Forêts. Emily se encontraba mejor que en mucho tiempo y disfrutó escuchando las aventuras de su *protégé*. Cuando se enteró de su cita con Joseph Barnes se entristeció, pues aquello suponía el fin de uno de sus esfuerzos por conseguir la felicidad de los otros. Dada su fe en el dinero, le dijo a Lanny que era de locos dejar escapar la fortuna de los Barnes sin reclamar la parte que le pertenecía. Sin duda alguna él había ayudado a conservarla durante los siete años que había ejercido como príncipe consorte. Cuando él le respondió que ese dinero significaría tan poco para él en el futuro como lo había hecho en el pasado, el norteamericano se expresó en un lenguaje que aquella mujer anciana, que pertenecía a un mundo antiguo, era incapaz de traducir.

Tenía una interesante noticia: Kurt Meissner estaba en París.

I labia ido a visitarla y había tocado para ella sus nuevas composiciones, muy hermosas, en su opinión. Se había ofrecido a tocar en una de sus *soirées* y, a pesar de las advertencias de Lanny, la *salonniére* no había sido capaz de negarse.

—De verdad, Lanny —dijo ella—, me resulta difícil creer que el gobierno alemán sea capaz de contratar a un músico distinguido como Kurt para una tarea semejante.

—Kurt es un antiguo oficial de artillería y agente secreto y debes entender que cuando un alemán ha sido alguna de estas cosas ya nunca será un hombre

libre. Y ahora Alemania va de nuevo a la guerra y por supuesto él deberá cumplir las órdenes.

—¿Alemania en guerra, Lanny?

—Al parecer tus periódicos no te lo han dejado lo bastante claro.

Hitler y Mussolini se han embarcado en una guerra para derrocar al gobierno de España elegido por el pueblo. Lo han estado planeando durante los últimos seis meses y ya hay aviones alemanes combatiendo allí. Sin duda los pilotos pertenecerán a compañías comerciales y los técnicos se identificarán como turistas, etcétera, pero en realidad serán oficiales nazis y hombres bajo las órdenes del alto mando de la Gestapo.

—¿Y qué podría hacer Kurt en París?

—No lo sé, pero imagino que está aquí para evitar que el Gobierno francés interfiera en esta guerra. Está aquí para alentar y activar a todos esos reaccionarios y nativos de Francia que tratan de asustar a Blum. Kurt se reunirá con miembros de la Cámara de Diputados, políticos y editores de periódicos, con sus esposas y amantes y con damas influyentes que organizan salones literarios. Interpretará su música para ellos, los engatusará con sus distinguidos modales y después, mientras toman el té, aludirá al grave peligro que supone que los rojos consigan apoyos en Europa Occidental. Dirá que Alemania es el único país que está en posición de proteger a Europa contra el avance de las hordas bolcheviques. Y señalará que el *Front Populaire* francés es idéntico en todos los aspectos al Frente Popular español y que los rojos de Francia planean hacer lo mismo que han hecho los españoles, es decir, quemar iglesias y confiscar propiedades del clero y repartir entre los campesinos los latifundios de los terratenientes. ¿Qué te parecería tener que repartir tus propiedades entre tus arrendatarios?

La señora Chattersworth se echó a reír y, cuando Lanny la miró intrigado, dijo:

—¡Debe de ser una coincidencia, porque Kurt me dijo prácticamente todas esas cosas!

—No hay coincidencias en los asuntos nazis. Se han apoderado de la burocracia alemana, del Ejército y de los laboratorios científicos, y todo está planeado hasta el más mínimo detalle y es llevado a cabo con suma precisión.

—¿Y crees que a Kurt le pagan para que me exponga semejantes argumentos?

—No me cabe la menor duda de que disfruta de un buen salario y de una jugosa cuenta de gastos. Tocará en tu *soirée* y conocerá a tus amigos, estableciendo de ese modo lazos en los círculos más selectos. Tocará para otras

damas y así irá ampliando su círculo y adentrándose en los hogares de cierta gente y en sus asuntos privados. Debes comprender que no es el único, no está solo. Es un miembro más de una poderosa organización que cuenta con cientos de agentes a sueldo en París, y no todos son músicos y hombres de genio. Su maquinaria incluye espías y ladrones e incluso asesinos. No olvides que los nazis ya han asesinado a tres primeros ministros y a un rey en el continente europeo; además del ministro de Asuntos Exteriores francés, por no mencionar a un incontable número de anónimos idealistas. Poseen dosieres sobre ti y tus amigos y sobre miles de personas influyentes. A algunas las intimidarán y a otras las sobornarán. Irán devorando como termitas el tejido social de las altas esferas hasta llegar al mismo centro de la vida pública francesa y conseguirán encarrilar la política del país de manera que sirva a sus intereses o de lo contrario destruirán Francia.

Emily Chattersworth conocía a Lanny y lo quería desde que era un bebé, lo había visto crecer y había observado cómo se desarrollaba su mente siempre curiosa y ávida de conocimientos. Ahora, sin embargo, no sabía qué pensar. Se había ido adentrando en una región tan extraña y aterradora para ella como los pantanos del Amazonas infestados de cocodrilos o las montañas de Nueva Guinea repletas de cazadores de cabezas. No conocía a ningún otro explorador de dichas regiones y sabía que el padre de Lanny, su madre y su esposa estaban de acuerdo en que no era más que una víctima de agitadores e insidiosos conspiradores.

—Querido Lanny —dijo ella—, soy una anciana, no me encuentro demasiado bien y me cuesta comprender este nuevo y terrible mundo que se está gestando. Todo lo que me cuentas parece sacado de una película de terror.

—Créeme cuando te digo que ni todos los guionistas de películas de terror de Hollywood habrían sido capaces de imaginar algo parecido al nazismo. Y, precisamente porque es real, ni siquiera Hollywood se ha atrevido a atacarlo. Las redes de control que los nazis están extendiendo por todo el mundo sin duda alguna han alcanzado la todopoderosa industria cinematográfica. Por eso tenemos películas sobre todo tipo de malvados criminales, pero ninguna sobre el sistema mundial que se ofrece a la clase capitalista como el medio definitivo para acabar con el movimiento obrero y mantenerlo a raya durante mil años.

X

El primer destino de Lanny en Inglaterra fue Los Cauces. Llegó a la hora de cenar y durante la sobremesa la familia salió a la terraza para conversar a la luz de la luna y escuchar las últimas noticias de España y de París. Aquello serviría de material para diversos artículos de un periodista y Rick se pondría a trabajar ante su máquina de escribir a primera hora de la mañana. Cada vez dedicaba más y más tiempo a los temas políticos y sus amigos no se cansaban de advertirle que su prestigio como autor teatral ya estaba sufriendo las consecuencias. Acababa de concluir una nueva obra que nadie estaba dispuesto a producir porque era demasiado cruda y amarga. Rick les respondía a sus amigos que si permitían que los nazis y los fascistas se repartieran Europa pronto no habría ningún tipo de obra de teatro.

Allí estaban el conde y su esposa, ahora inválida, y Nina y Rick con sus tres hijos. Alfy ya tenía diecinueve, su hermano diecisiete y la chica dieciséis. Los tres habían sido educados para observar el mundo y sacar sus propias conclusiones. Los tres eran socialistas, aunque con diversos matices. Ángela, la hija, se parecía mucho a Bessie Budd, lo que suponía una fuente de preocupaciones para su madre —aunque Rick siempre decía que la mayoría de esos casos se recuperaban en cuestión de uno o dos años.

Lanny había sido amigo íntimo de esta familia desde antes de que los jóvenes nacieran, y todos le veían como a un personaje romántico. Paladearon cada palabra de su historia que, por cierto, no iba a hacer nada por alejarlos del camino de la izquierda. Incluso el anciano conde, siempre cortés y apasionado, llegó a exaltarse y dijo que deberían enviar al primer ministro a vivir junto a esos camisas negras a quienes había permitido que humillaran al Imperio británico. La esposa de *sir* Alfred, una mujer de dulce temperamento que se había pasado los últimos cuarenta años tratando de apaciguar el carácter de su marido, le rogó que recordara que Baldwin había tenido sus motivos para actuar de ese modo. Defendiendo su proceder en privado, el político argumentaba que el Imperio no estaba lo suficientemente armado, y la razón era que los laboristas y los liberales se habían vuelto pacifistas.

—Yo era una de ellos —dijo la mujer del conde—, y también tú, Alfred.

—¿De qué nos serviría construir una flota o una fuerza aérea para que después la utilizaran los *tories*? —exclamó de repente el nieto mayor.

Lanny se daba perfecta cuenta de que la situación podía resultar confusa. Un gran número de británicos había firmado un compromiso de que nunca tomaría parte en futuras guerras. ¡Y ahora, de repente, se aproximaba una guerra que la mayoría de ellos apoyaban! ¡Una guerra para defender de los invasores a un Gobierno legalmente elegido en las urnas!

—Debemos dejar de referirnos a esto como una guerra civil —dijo Rick —. También se podría decir que la invasión de Abisinia lo fue, puesto que Mussolini contaba con el apoyo de nativos abisinios que luchaban de su lado. Franco tiene a algunos españoles, pero sobre todo son los soldados de la Legión Extranjera y los moros los que están siendo utilizados para aplastar al pueblo español.

XI

Cuando la velada terminó y Lanny subió a su habitación, Alfy fue a verle. Ya era tarde y el muchacho le preguntó si podían hablar de algo importante para él.

—¡Dispara! —respondió Lanny.

Primero el joven quiso saber cómo estaba Marceline: ¿era feliz y seguiría siéndolo? Lanny pensaba que lo era y seguiría siéndolo, al menos mientras ella y su marido siguieran residiendo como invitados en Shore Acres. No quería resultar cínico, pero era inútil dejar que Alfy llorase por una Marceline que nunca había existido. Alfy estuvo de acuerdo en que esa era la mejor manera de ver el asunto, aunque odiaba pensar que la muchacha había caído en manos de un fascista H. D. P.[140] «No es tan sencillo», dijo Lanny. «Vittorio se ajusta muy bien a lo que ella quería. Ella le ve como un héroe, como mucha otra gente del mundo en que ambos se mueven».

Alfy le confesó lo que más le preocupaba. Había recibido entrenamiento como piloto el pasado verano y ahora quería partir de inmediato para perfeccionarse y servir como piloto en España. Varios tic sus amigos ardían como él en deseos de marcharse. Si Mussolini enviaba a sus «voluntarios», ¿por qué no iba Gran Bretaña a enfrentarse a él de hombre a hombre? ¿Cómo debían actuar si no?

Lanny respondió que la cuestión de los voluntarios para España había sido debatida en la *réunion* de París, en la que los oradores habían pedido luchadores para la causa. Lo único que tenían que hacer era llegar a la frontera, pasado Perpiñán, en el sur de Francia. Los trenes a Portbou no circulaban, pero cualquiera podía caminar durante un kilómetro y medio a través del túnel y los milicianos los esperarían al otro lado con los brazos

abiertos. El único problema era la madre de Alfy. El muchacho quería que le ayudara a convencerla para que no le impidiera ir. «Creo que ya se lo imagina. Me he fijado en como te observaba mientras hablabas esta noche».

¡Pobre Nina! Hacía tiempo que Lanny veía llegar este momento. Las Nornas, o quienquiera que le hubiera asignado su fecha de nacimiento, habían sido poco benignas. Había sufrido siendo una novia y ahora volvería a hacerlo como madre. Sin embargo, ella apoyaba la misma causa que su marido, que ahora era también la de su hijo, por lo que no podía impedirle actuar.

—¿Se lo has dicho a tu padre? —preguntó Lanny.

—Acabo de decidirme al oírte hablar esta noche. Me gustaría traer mañana a casa a algunos de mis amigos. Si les cuentas lo mismo que a mí, créeme, todos irán.

—¡Eso me hará muy popular entre todas las madres del vecindario! —exclamó Lanny—. ¡Querrán saber por qué no voy yo mismo!

—No, no —respondió Alfy—. Tú déjanos esa tarea a nosotros los jóvenes. Tienes tu trabajo y lo estás haciendo muy bien.

—¿Y eso? —preguntó Lanny, que sentía curiosidad por lo que pensaba la nueva generación.

—No tienes idea de todo el bien que le haces a Padre trayéndole noticias como has hecho esta noche. A él le resulta difícil tener acceso a toda esa información, ¿sabes? La rodilla le duele mucho más de lo que está dispuesto a reconocer. Pero cada vez que vienes le infundes ánimos renovados y de nuevo vuelve a trabajar.

—Tengo la sensación de que soy un mensajero de lo más deprimente —comentó el mayor de los dos—. Hace años que no traigo buenas noticias.

—Eso no es culpa tuya. Son estos tiempos en los que vivimos. Debemos prepararnos, animarnos unos a otros y estar dispuestos a trabajar. Todos pensábamos que íbamos a tenerlo muy fácil, pero está claro que no va a ser así.

—*¡Claro que sí, Alfy! ¡Yo animo a tu padre, tú me animas a mí y cuando tu padre decida darte el último impulso, el círculo se habrá completado!*

23
SIC TRANSIT GLORIA

I

Lanny viajó a la ciudad para reunirse con el fideicomisario principal de la fortuna de los Barnes. El tío Joseph era un caballero de aire distinguido y cabellos plateados. Era un devoto guardián de la propiedad ajena, capaz de reportarle a Irma unos ingresos anuales de más de un millón a cambio de un sueldo de mil dólares mensuales, tal y como había sido especificado en el testamento. Su trabajo estaba relacionado con unos trocitos de papel impreso llamados valores, aunque en su tiempo libre también coleccionaba otro tipo de obras conocidas como la Biblioteca de Cinco centavos. Habían sido impresas hacía medio siglo, cuando eran leídas en sus ratos libres por todo un ejército de jóvenes mensajeros, al que el mismo loe Barnes había pertenecido. Cuando estaban recién editadas costaban tan solo un níquel cada una, pero actualmente el canoso Joe pagaba hasta cinco dólares por las aventuras de Deadwood Dick, Hawkshaw o Frank Merriwell.

«El tío Joseph» —Lanny asumió que así era como él desearía que siguiera dirigiéndose a él— jamás aparecía en público sin su inmaculada vestimenta habitual, ya fuera invierno, verano o alguna de las demás estaciones que median entre estas. Ahora estaban a principios de agosto y el anciano le dio la bienvenida a su invitado ataviado con un traje de seda *shantung* color crema. Según los londinenses hacía un calor espantoso, pero en realidad no era nada para alguien que ha vivido en Nueva York. Así lo expresó Joseph Barnes, lo que les dio la oportunidad de aferrarse al menos durante un rato a ese tema de conversación. Lanny le habló del tiempo en España y el otro manifestó un inesperado interés en el tema. Evidentemente, le incomodaba el asunto que le habían encargado resolver.

Lanny pensó que constituiría un noble gesto facilitarle un poco las cosas, de modo que dijo:

—¿Tienes un mensaje de Irma? —Sí, Lanny.

Y después una pausa.

—He cumplido todas las condiciones de Irma, tío Joseph, y la he dejado tranquila. Espero que eso no la haya disgustado.

—No, pero piensa que es necesario regularizar la situación —dijo. Y después, agarrando al toro por los cuernos, añadió—: Quiere el divorcio.

—Es lo que suponía —respondió el otro amablemente.

—Me alegra que estés de acuerdo —replicó visiblemente aliviado el anciano caballero—. Como sabes, siempre te he tenido mucho afecto y espero que esto no impida que siga siendo así.

—Por supuesto, tío Joseph. No hay ningún motivo para culparte a ti de mis problemas. Adelante, por favor, cuéntame lo que ha pensado Irma.

El albacea principal le explicó que su sobrina había propuesto instalarse en una residencia en algún estado donde el divorcio pudiera llevarse a cabo con rapidez y sin demasiados cargos fiscales. Florida no era una opción en verano, por lo que se había puesto en contacto con una reputada firma de abogados de Reno. Lo más importante era definir la naturaleza de la queja que ella debía presentar y este era el punto más espinoso de la tarea que le había sido encomendada al tío Joseph. Obviamente era un asunto delicado, pues a pocos maridos les agrada escuchar una lista de sus ofensas comentadas en detalle.

—No te preocupes —dijo este jovial infractor—. Sé que no soy la pareja ideal para Irma. Permíteme decir, y tengo razones importantes para hacerlo, que no quiero que mis inclinaciones políticas salgan a relucir.

—Lo comprendo.

—Muy bien, entonces. Dime con franqueza qué es lo que los abogados piensan que es necesario que haya hecho.

—El cargo será incompatibilidad de caracteres.

—Eso me parece bien.

—Tendrá que alegar que has sido poco sociable.

Lanny pensó en las innumerables ocasiones en que había querido leer el periódico o tocar el piano cuando Irma deseaba chismorrear sobre sus amigas y su ropa o planificar lo que harían durante el día.

—Eso es cierto —reconoció.

—También dijo que eres, o que habías sido con ella, extremadamente poco colaborador.

—También eso es cierto.

—Y que eras poco cordial con sus amistades.
—Perfecto, tío Joseph.
El embajador sonrió.
—Eso es todo —dijo—. Por supuesto has de entender que Irma tendrá que citar ejemplos de todas estas cosas que hemos mencionado.
—Obviamente. ¿Tienes una copia de la propuesta, tío Joseph?
—La tengo. Y esperamos que no debas hacer demasiadas modificaciones, pues según los abogados estas alegaciones representan el mínimo acostumbrado en estos casos. Como comprenderás, habría sido una pérdida de tiempo venir hasta aquí con la demanda para que resulte rechazada.

II

Mientras el señor Joseph Barnes hojeaba el periódico vespertino, Lanny leyó un ensayo acerca de sus faltas maritales. Por supuesto, a medida que avanzaba, sintió el muy humano deseo de replicar, pero eso habría supuesto echar para atrás todo el proceso de divorcio.
—Está bien —dijo finalmente—. Me declaro culpable de todos los cargos. ¿Qué debo hacer ahora?
—Tendrás que buscar a un abogado que te represente en el juzgado y presentar una notificación de comparecencia.
—¿Y cómo encontraré a un abogado en Reno?
—Los nuestros nos han sugerido uno. Lo único que tienes que hacer es escribirle y contratarlo, previo acuerdo del pago de cien dólares por sus servicios. Por supuesto yo mismo me ocuparé de que te sean reembolsados.
—No es necesario, tío Joseph. También a mí me interesa acabar cuanto antes con este triste asunto.
—Irma desea que te diga que la cuestión económica sigue siendo la misma que te propuso en Alemania.
—Lo recuerdo. No quiero su dinero.
—Solamente hay un problema —comenzó a decir el embajador con aire dubitativo—. A Irma le gustaría mucho que dieras tu consentimiento para cederle a ella la custodia de la niña.

—Lo siento, tío Joseph, pero eso es imposible. Irma y yo también discutimos sobre eso en Alemania. La custodia de la niña ha de ser compartida por los dos a partes iguales.

—¿Puedes explicarme por qué eso es tan importante?

—Porque soy el padre de la niña y pienso que todo hijo necesita de la influencia de su padre tanto como la de su madre. No he hecho nada que me obligue a renunciar a mis derechos en esta cuestión y no voy a hacerlo.

—Hablemos con franqueza, Lanny.

—Por supuesto. No tengo nada que esconder e Irma me aseguró que respetaría mis derechos, confiando en que haría un uso sabio y adecuado de los mismos.

—¿Y cuál sería ese uso que esperas hacer de ellos, Lanny?

—Recientemente fui a visitar a la niña para pasar algún tiempo con ella. Espero poder hacer lo mismo de cuando en cuando, según mi conveniencia. Si os resulta incómodo que me instale en Shore Acres, estoy más que dispuesto a llevármela a cualquier otro lugar.

—No, a decir verdad, eso es lo que más teme Irma. Está convencida de haber creado un ambiente seguro para ella. Conoces bien su miedo a los secuestradores, chantajistas, periodistas y demás ralea.

—Irma sabe perfectamente que hice todo lo posible para aliviar esos miedos. Sin embargo, Frances se hace mayor y en mi opinión esas restricciones han llegado a impedir un desarrollo adecuado en ella. Un ser humano ha de ser algo más que una caja de caudales segura para paquetes de acciones.

He aquí una de esas afirmaciones poco ortodoxas que con el paso del tiempo habían llegado a preocupar al director del fondo fiduciario. Pero no había por qué discutir. Su misión era llevar a cabo un sondeo para averiguar lo que pensaba aquel hombre que aún poseía un interés del cincuenta por ciento sobre la heredera de los Barnes y que, desafortunadamente, también se apellidaba Budd. Extendiéndose de forma penosa e innecesaria, explicó que los miembros de las familias Barnes y Vaudringham estaban terriblemente preocupados no solo a raíz del amor que sentían por la pequeña sino por el hecho de que Frances era la única heredera. El tío Joseph esperaba que no se tomara aquello como una ofensa…

—No, no —respondió Lanny, con cierta impaciencia—. Dime lo que estás pensando.

—Irma desea que te pregunte si una suma razonable de dinero te induciría a cederle el control total de Frances.

Lanny respondió sin dudar ni un instante:

—No existe dicha suma. No voy a vender a mi hija —sentenció. Y después—: Escúchame, tío Joseph, ¿por qué no dejamos de hablar con tanto remilgo? ¿Qué es lo que le preocupa a Irma? ¿Tiene miedo de que algún día Frances llegue a estar de acuerdo con mis ideas en vez de con las de ella? Ese es un riesgo que todo padre ha de asumir. Si nuestros hijos fueran exactamente iguales que nosotros ¿cómo podría evolucionar el mundo?

Este era un campo de especulación sociológica en el que el chico de los recados entrado en años nunca se había aventurado.

—Debes entender, Lanny —respondió este—, que la fortuna Barnes es para Irma mucho más que dinero. Es la herencia que su padre le dejó y con la que debe cumplir ciertos deberes.

Lanny decidió que había llegado el momento de ponerse agresivo.

—Dime una cosa, ¿está pensando Irma en volver a casarse?

—Siempre es posible que algo así ocurra —respondió el diplomático negociador.

—Debes entender que mis ideas acerca del futuro de la niña dependen en gran medida de que clarifique quién puede ser el futuro padrastro de la pequeña.

—Ese es un asunto en el que sinceramente espero que no me presiones demasiado.

—¿Te ha dado Irma instrucciones para que no me lo digas?

—De veras, Lanny, yo…

Joseph Barnes se detuvo en seco.

—Por tu modo de comportarte deduzco que lo ha hecho. Desconozco si has venido en calidad de ministro plenipotenciario o eres un mero mensajero, pero he de aclararte que conozco bien a Irma y en mi última visita a Shore Acres tuve ocasión de observar lo que allí sucedía. No puedes culparme si deseo aclarar si el futuro padrastro de Frances va a ser el conde de Wickthorpe o *herr* Forrest Quadratt.

—Puedo al menos aclararte ahora mismo esa incertidumbre. Te aseguro de que no hay la menor posibilidad de que sea *herr* Quadratt.

—Vamos bien hasta el momento. ¿Y qué me dices de Ceddy?

—Sin necesidad de ignorar mis instrucciones —dijo el anciano caballero esbozando una sonrisa—, ¿sería suficiente si no negara que pueda tratarse de lord Wickthorpe?

—Puedes felicitar a Irma de mi parte y decirle que en más de una ocasión comenté las bondades de este excelente caballero con mi madre, una mujer de

mundo cuyo excelente juicio todos admiramos. Ella está de acuerdo en que su señoría sería un excelente candidato para ayudar a Irma a olvidar la infeliz experiencia de convivir con un hombre tan poco sociable, colaborador y cordial como yo.

El rostro de Joseph Barnes se iluminó y fue capaz de reunir el coraje suficiente para seguir hablando.

—Ya que hablamos del futuro de Frances, debo señalar que también nos ayudaría mucho saber si contemplas la posibilidad de ofrecerle a la pequeña una madrastra.

—Tu comentario es muy razonable, tío Joseph. Puedes decirle a Irma que desde que me abandonó a mi suerte he tenido ocasión de disfrutar de la compañía de dos mujeres. Pero desafortunadamente un marido se interpone en ambos casos, de modo que siento decir que mi hija tendrá que seguir adelante sin disfrutar del lujo de una madrastra, al menos por el momento.

III

Lanny fue de visita a casa de Margy, donde su madre había estado descansando tras los agotadores esfuerzos de la temporada en Cannes y antes de partir hacia Nueva York. Le contó su entrevista y se limitó a escuchar mientras ella se enfurecía hablando sobre el clan Barnes-Vandringham. Acto seguido dijo que ella y su marido debían viajar cuanto antes para que la pequeña Frances no se olvidara del clan Budd-Dingle. Aún no había sido capaz de decidir si debía o no permitir que alguien, aparte de sus íntimos amigos, conociera la inminente desgracia de Lanny. ¡Como si esos íntimos amigos no se lo hubieran susurrado ya a su vez a sus íntimos amigos! Dos días más tarde, los periódicos neoyorquinos informaban de que la reina de todas las herederas estaba a punto de partir hacia Reno, y por supuesto todo el mundo sabía que solo había un motivo por el que alguien quisiera viajar a ese lugar. La historia también llegó a Londres vía cablegrama y toda la gente elegante que se encontraba en la ciudad pudo leer la noticia a la hora del desayuno. Los que estaban en esos momentos en Escocia, en Biarritz o en Davos la recibirían a su debido tiempo, quizá con un subrayado especial de algún amigo.

Lanny asumió la pérdida del trono con notable buen humor. Jugaba al tenis, cabalgaba a lomos de los caballos de Margy, bailaba o jugaba al *bridge* y, cuando alguien le preguntaba acerca de la ruptura, él respondía: «Irma y yo éramos muy diferentes». Se dio la casualidad de que uno de los líderes del llamado Grupo de Oxford se presentó en una de las fiestas organizadas en casa —una «sesión», como solían llamarlas—, por lo que resultó perfectamente natural que el visitante le prestara especial atención a un *playboy* cuyo corazón se encontraba en condiciones particularmente vulnerables. Todo el mundo esperaba que Lanny «cambiara» y por una vez se decidiera a «compartir», es decir, que les contara lo que había hecho para espantar a su esposa. Sin embargo, el incorregible provocador se limitó a escuchar y después sacó a colación la historia del pecador que volvía a casa después de una de sus interminables correrías y estaba tan cambiado que su propio perro le mordió.

Esta nueva oleada de religión había comenzado con un norteamericano llamado Buchman y últimamente estaba muy en boga en Inglaterra. Las primeras sesiones se habían celebrado en Oxford y por eso se habían autoproclamado como el Grupo de Oxford, lo que había provocado la indignación de los círculos académicos de la respetable universidad. A pesar de todo, Buchman y los suyos se habían apropiado del histórico nombre para sacar partido de su prestigio. Practicaban una técnica denominada la Guía Divina, consistente en escuchar una supuesta voz interior para, después, seguir sus indicaciones. Por regla general, las instrucciones solían sugerirles perseguir a las personas más ricas e importantes de cada país para ganarse su confianza y conseguir que se unieran al grupo con el fin de explotar sus nombres con propósitos publicitarios.

La voz interior los había enviado recientemente a reclutar a alemanes notables y habían regresado a casa exclamando: «¡Gracias a Dios por Adolf Hitler!». De ese modo, el Grupo de Oxford y el de Múnich habían aproximado sus posiciones, y las nobles damas y caballeros que se reunían en los salones de sus casas para confesar públicamente sus indiscreciones sexuales y hablar sobre cómo Dios los había reformado moralmente ahora acogían con los brazos abiertos a *herr* Ribbentrop, el nazi vendedor de champán, que les contaba cómo un Führer guiado por Dios había llegado para traer la paz a Europa y un nuevo orden para toda la humanidad.

IV

A Lanny le llamó la atención que Parsifal Dingle, su padrastro, no parecía sentir un gran entusiasmo por ese nuevo género de ejercicios espirituales. Era evidente que Dios no le decía el mismo tipo de cosas a un agente inmobiliario retirado, originario de Iowa, que a los favoritos de la fortuna de la alta sociedad londinense. Parsifal, igual que Lanny, escuchaba cortésmente, pero cuando estaba a solas con su hijastro solía recordar un antiguo mandato divino que dice que cuando oras, no seas como los hipócritas. Porque ellos aman orar en las sinagogas y de pie en las esquinas de las calles, para ser vistos por los demás hombres. Mas tú, cuando oras en tu habitación, y cerrada la puerta, oras a tu Padre en secreto.

Madame Zyszynski estaba en Bluegrass y algunos de los huéspedes quisieron experimentar con ella. También la anciana médium había cosechado prestigio después de pasar por los hogares de Sájarov, *lady* Caillard y otras personas acaudaladas y haberse ganado su confianza. Ella no se había dejado arrastrar por aquellos suntuosos escenarios, pues había sido educada como sirviente y no albergaba el menor deseo de ascender de esa categoría. Desde el principio se había sentido muy cerca de Parsifal debido a su carácter dulce y amable, y se alegraba cada vez que tenía ocasión de celebrar una sesión con él. Ahora este le contó a Lanny una serie de revelaciones que habían tenido durante el mes pasado, supuestamente de mano de un monje fallecido hacía mucho tiempo, que había vivido y orado en el monasterio budista de Dodanduwa, en Ceilán. Parsifal jamás había leído nada ni había oído hablar sobre Ceilán, al menos que él pudiera recordar, y no tenía la menor idea de por qué el *bhikkhu* Sinanayeke habría podido señalarle desde el otro mundo. No obstante, Parsifal estaba haciendo todo lo posible para averiguar si realmente había existido aquel monasterio y, si aún estaba en funcionamiento, pretendía escribirles para descubrir si los detalles eran correctos.

Muy curioso, reconoció Lanny. Sin embargo, en esos momentos su mente estaba en España, de modo que no se le ocurrió sugerir la posibilidad de viajar hasta Ceilán para llevar a cabo investigaciones de naturaleza psíquica. Escuchó las elaboradas descripciones de los rituales y la vida cotidiana de aquellos arios de piel oscurísima, que vestían túnicas de algodón de color azafrán y ostentaban largos nombres en lengua Tamil. También conoció los detalles acerca de los diversos infiernos budistas, en los cuales ardían los pecadores en rugientes hogueras avivadas por feroces vientos, eran ensartados por afiladas

jabalinas o atormentados de otras maneras en virtud de la gravedad de sus ofensas.

No obstante, pronto apareció un detalle en la historia de Parsifal que hizo que Lanny se pusiera de pie. El *bhikkhu* Sinanayeke había preguntado en una ocasión si Parsifal Dingle conocía a un hombre llamado Ludi. Según el espíritu, este hombre insistía en que había conocido a Parsifal, se habían visto en una ocasión, aunque no pudo decir dónde había sido.

—Conozco a un Ludi —declaró Lanny—. Es más, estoy seguro de que tú también le has conocido. No te refrescaré la memoria hasta que vuelvas a encontrarte con tu amigo el monje para ver si juntos sois capaces de sacarle a la luz.

Parsifal aceptó la sugerencia, y Lanny añadió:

—Será mejor que yo no asista a la sesión, pues ya sabes cómo se pone Tecumseh cada vez que estoy presente.

Cuando la prueba por fin tuvo lugar, Parsifal le informó de que su amigo de Ceilán no sabía absolutamente nada de Ludi, excepto que un espíritu que afirmaba llamarse así se había manifestado diciendo que era Ludi y que estaba buscando a su esposa. Aparentemente este oscuro reino estaba repleto de espíritus errantes —decepcionados, sin refugio o que no habían recibido la extrema unción— y fueran cuales fueran los métodos que habían desarrollado para comunicarse, eran tan imperfectos como los de esta tierra. Sin duda poseían un terrible sistema de archivos, en vistas de que un artista publicitario y socialdemócrata berlinés que intentaba encontrar a su esposa ¡se veía obligado a recurrir a la ayuda de un monje budista de Ceilán, a una viuda polaca, a un jefe indio norteamericano y a un agente inmobiliario retirado originario del cinturón del maíz y los cerdos de los Estados Unidos de América!

Todos los días al anochecer, mientras duró la visita de Lanny, tenía lugar una de esas *séances*, de modo que aquella extraña fantasía continuó: si la «Isla Hermitage», en Dodanduwa, no era real, sin duda alguien se había tomado muchas molestias a la hora de inventarla. Las comunicaciones se volvieron más directas, es decir, la voz de Tecumseh quedó anulada y era la de Bhikkhu, el monje mendicante, la que escuchaban. Lanny se aventuró a participar en la sesión procurando no causar ningún inconveniente. El hombre de Dios hablaba libremente con los dos norteamericanos, y cuando Lanny quiso saber si el monasterio todavía existía, la respuesta fue que sí. No obstante, en la actualidad eran alemanes, conversos recientes al budismo, quienes habían

encontrado solaz tras sus muros, aunque desatendían flagrantemente sus ejercicios espirituales.

—¿No podría ser que estuvieran trabajando en otra cosa? —preguntó Lanny, siempre desconfiado.

Y Bhikkhu respondió:

—Podría ser, pero no me dicen nada.

—Y en cuanto a ese Ludi —continuó Lanny—, ¿es alemán?

—Podría serlo. ¿Se trata de un nombre alemán?

—En algunos casos. ¿Podría haber acudido a ti porque los alemanes han ocupado tu monasterio?

—No sé por qué vino a mí. Trataré de averiguarlo —respondió.

Pero no lo hizo.

V

El devoto hijo llevó en coche a su madre para que embarcara en el vapor en Southampton, se aseguró de que subía a bordo sin contratiempos y se dirigió a París sin perder un minuto. La restauración del cuadro había concluido con éxito y únicamente tendría que esperar a que finalizara la fase de secado. El efecto al observarlo era curioso, pues los colores no encajaban del todo y aún se podían apreciar los doce orificios de bala. Al percibir la reacción de su cliente, la eficiente restauradora comentó: «Ayer era aún peor. Habrá que esperar otros tres o cuatro días». Para ella era una especie de juego y estaba visiblemente excitada. Pocas veces había disfrutado tanto con un encargo, confesó la joven, pues de veras llegaba a experimentar un dolor físico cada vez que veía una pintura tan maravillosa dañada de ese modo.

—La guerra es algo terrible —añadió la muchacha—. Me alegro de que en Francia no suceda nada.

—Señorita —respondió Lanny—, cuando la casa de al lado está en llamas no hay tiempo de alegrarse porque la propia esté a salvo.

De nuevo la joven pareció experimentar la misma sensación de dolor físico.

Después Lanny fue a visitar a Trudi. Era el final de un día inusualmente caluroso y él sugirió ir a dar un paseo en coche. Caminaron a lo largo de varias

calles, alejándose del vecindario, hasta donde había dejado aparcado su automóvil. Condujo hacia el suroeste, dejando atrás Versalles y dando un rodeo en dirección al Château de Bruyne. Le habló a su acompañante sobre la dama francesa que había sido su *amie* durante casi siete años y que tantas cosas le había enseñado. Habló sobre el marido de Marie, que se había convertido con el tiempo en amigo de Lanny y de Robbie, y sobre sus dos hijos, que Lanny se había comprometido a proteger. No había demasiado que pudiera hacer por ellos, pues se habían convertido en fascistas franceses, por lo que cada vez que los veía se veía obligado a representar un papel.

—Lanny, ¿cómo consigues seguir jugando a ese juego? —exclamó la mujer.

Y él respondió:

—Llevo haciéndolo tantos años que se ha convertido en mi segunda naturaleza. Soy como un actor que representa el papel de Yago durante dos horas y media por la noche y el resto del tiempo hace de Romeo o de Mercucio, del melancólico Jacques, de Próspero el mago o de quienquiera que sea realmente el actor en la intimidad de su imaginación.

—Ya he olvidado a la mayoría de esos personajes —confesó Trudi—. Tengo la sensación de que la época en que iba al teatro pertenece a otra vida.

—Pues yo acabo de asistir a la representación de un extraño drama —dijo él—. Sea quien sea o sea lo que sea lo que opera en el subconsciente de *Madame*, ha estado intentando superar a Shakespeare.

Describió el antiguo monasterio situado en la costa bordeada de palmeras de una tierra cálida y húmeda, y la fantástica teología y los rituales que ese pueblo ario de piel casi negra había estado desarrollando desde hacía veinticuatro siglos.

—No he sido capaz de encontrar ninguna mención a esa isla —explicó él —. Puede tratarse de algún lugar pequeño junto a un río o un muelle. O quizá sea por completo imaginario como los numerosos infiernos repletos de enrevesados horrores con los que mi padrastro ha ido elaborando una larga lista.

Cuando repitió para ella alguna de sus fantásticas descripciones, la mujer exclamó:

—¿Y de dónde crees que proceden todas esas pesadillas?

—Del desconcierto y el terror de una raza. Los hombres primitivos no sabían mucho sobre el mundo en el que vivían e imagino que menos aún acerca de lo que sucedía en sus propias mentes. No podían distinguir la realidad de la fantasía y cuando uno de ellos tenía un sueño ¡cómo iba a tener

la certeza de si había conocido a ángeles o demonios, a adorables huríes o a dioses con dos cabezas, seis brazos o lo que quiera que sea!

—¿Pero de dónde saca *Madame* todas esas historias budistas?

—Parsifal ha leído mucha literatura mística a lo largo de los años. Quizá haya leído acerca de monasterios budistas e infiernos y lo ha olvidado, del mismo modo que ha olvidado que una vez conoció a Ludi en Berlín.

—¿A Ludi? —exclamó la mujer.

—Enseguida llego a esa parte. Ludi ha elegido este galimatías para volver a manifestarse.

Le contó esa parte de la historia y la mujer le escuchaba inmersa en un océano de emociones contradictorias.

—¡Lanny! —exclamó ella—. No serías capaz de inventar algo así, ¿verdad?

—Es natural que lo preguntes —respondió él sonriendo—. Pero te aseguro que prefiero renunciar a cualquier cosa de este mundo que no sea capaz de conseguir honestamente.

—Lo sé, pero podrías haber pensado que dejar de lamentarme por Ludi era lo mejor para mí.

—Te considero una mujer adulta y como tal te estoy tratando. Eres tú quien ha de escoger su propio destino y tú decidirás lo que piensas sobre estos fenómenos psíquicos. Yo te cuento lo que ha ocurrido, pero no puedo decirte el por qué ni el cómo es posible. Por supuesto, también yo pienso continuamente en Ludi y tengo firmes convicciones sobre él. Es posible que mentalmente le haya introducido en los pensamientos del monje budista o influyera sobre las imaginaciones de mi padrastro acerca de él. Lo fascinante del asunto es que nuestras mentes parecen entremezclarse o en todo caso comunicarse, explotan y se lanzan pensamientos entre sí. No sé lo que es, pero ojalá algún científico lo descubriera y me lo explicara.

VI

Hablaron sobre la víctima de los nazis y su probable destino, y también sobre la esposa de la víctima, o viuda, y su futuro. Trudi volvió a decir que no era capaz de convencerse de que Ludi estaba muerto y que no podía hacerle frente al dolor que sentiría si lo hiciera.

—Piensas que no serás capaz —respondió Lanny—, pero el hecho es que lo haces cada día. Lo sé, porque a mí me ocurrió lo mismo con Marie. No sabía cómo iba a poder vivir sin ella, pero aprendí a hacerlo. En tu caso la incertidumbre podría durar eternamente. Cada día renuevas tu dolor y lentamente estás echando a perder toda tu vida. Creo que deberías plantearte si Ludi desearía que siguieras viviendo de ese modo.

—Probablemente no, Lanny, pero ¿qué puedo hacer? Imagina que decido aceptar que ha muerto y un día reaparece.

—Es una historia muy conocida de un poema de Tennyson. Enoch Arden miró por la ventana y vio lo feliz que era su esposa y se marchó para no echarla a perder.

—Sí, pero Ludi estará enfermo y me necesitará. Quizá no fuera capaz de marcharse, igual que le habría sucedido a Freddi Robin.

—Ludi no es ningún marino Victoriano sino un hombre moderno y sensato. No esperará que destroces tu vida por una posibilidad tan ínfima. Él sabe que conoces a esos demonios nazis y cuántos camaradas han sido torturados por ellos hasta la muerte y después arrojados a fosas comunes.

—Pero, si vuelve, ¿qué puedo hacer?

—Sé sensata, Trudi. Sabes que si Ludi apareciera yo estaría tan ansioso por ayudarle como tú. Y si eso significara hacerme a un lado y apartarme de ti, lo haría. Serías tú quien tomara la decisión y ten por seguro que no te lo reprocharía del mismo modo que no lo estoy haciendo en el caso de Irma.

Le contó su encuentro con el tío embajador y para Trudi fue como atisbar brevemente otro mundo fabuloso a través de una rendija. Adoptó el punto de vista del determinismo económico.

—Supongo que tanto dinero hace a la gente egoísta automáticamente.

—Poco a poco —explicó Lanny— he comprendido lo que ha sucedido en la cabeza de Irma. De veras creo que ha estado ocurriendo durante años, desde que conoció a cierto conde inglés en una de las convenciones de la Liga de Naciones, en Ginebra. Ese era el tipo de hombre con el que habría deseado casarse. Cuando vio su espléndido y antiguo castillo ella se entusiasmó con la idea de instalar un moderno sistema de cañerías con bañeras encastradas en el suelo igual que piscinas, con mármoles de color verde y focos eléctricos que iluminaran cada uno de sus pasos. En Shore Acres, los acabados y accesorios de su cuarto de baño son de oro y los del mío de plata. Ese tipo de cosas infundían en su padre un sentimiento de esplendor y grandeza, que sin duda Irma heredó junto con dichos accesorios. Naturalmente, para ella la casa de mi

madre en la Riviera es un lugar chapucero de poca categoría. Allí no puede entretenerse y ¿de qué le serviría entonces tener tanto dinero?

—Lanny, yo creo que ese tipo de gente es malvada. ¡Malvada!

—Irma es la hija de un hombre que sabía lo que quería y decidió ir a cogerlo. Ella le admira y está siguiendo su ejemplo. Modernizará el castillo y añadirá un salón de baile de medio millón de dólares y quizá un pabellón de deportes de un millón. Se distraerá con todo tipo de entretenimientos y poco a poco irá adquiriendo cierto estatus intelectual. Durante siete años ha estado entrenándose y preparándose para presidir un salón, igual que ha visto hacerlo en París a una amiga de mi madre. Irma hará suyas las ideas de su nuevo marido y su segundo hogar será el cuartel general de esa rama de los *tories* que tanto anhela la paz y espera salir adelante cerrando algún tipo de acuerdo con Hitler. Su mayor logro será conseguir que su marido abandone la carrera diplomática y se convierta en ministro de Asuntos Exteriores. Como puedes ver, se trata de algo mucho más glorioso que ser la mujer de un chamarilero que trapichea con obras de arte, y entenderás por qué su familia y amigos pensaban que se estaba echando a perder al unir su vida a la de un segundón.

¡A pesar de sus sonrisas, Lanny estaba resentido!

VII

Era difícil pensar en el arte, en el amor o en las investigaciones sobre fenómenos psíquicos en la casa de locos en que se había convertido París en los últimos tiempos. Nadie que se preocupara por cuestiones políticas podía pensar o hablar de otra cosa que no fuera la guerra de España, y los periódicos hacían su propia guerra desde las columnas que publicaban cada día, acusando a sus oponentes de los crímenes más atroces. Los ejércitos del general Franco habían conseguido avanzar hacia el norte a lo largo de la frontera portuguesa y el catorce de agosto de 1936 tomaron Badajoz, reuniéndose con las tropas del general Mola que avanzaban hacia el sur. La conquista de esta pequeña ciudad fue celebrada encerrando a cuatro mil prisioneros en una plaza de toros, cerrando las puertas y tiroteándolos con ametralladoras.

Cuando las noticias de estos horrores llegaron a París, los representantes del Frente Popular se pusieron furiosos. La prensa de derechas, por supuesto,

dijo que no eran más que mentiras de los rojos. Adoptaron la habitual táctica fascista de negarlo todo, volviendo las acusaciones contra los comunistas y aduciendo que eran ellos quienes habían cometido tales crímenes y ahora trataban de ocultarlos con una cortina de humo. De modo que la guerra de acusaciones y contraataques continuaba, en la prensa y en las ondas, en mítines públicos o cada vez que un francés se encontraba con otro en plena calle. La afirmación de Rick de que la clase social se había convertido en algo más importante que la patria se confirmó definitivamente cuando la prensa derechista de París apeló a la ayuda de Adolf Hitler para evitar que Francia vendiera armas al Gobierno español.

Las tropas italianas ocupaban Sevilla, y aviones, tanques y artillería procedentes de Italia y de Alemania llegaban para ayudar a Franco desde Portugal y el Marruecos español. Por supuesto, estas tropas estaban formadas por «voluntarios» y esta farsa sería apoyada en bloque por caballeros reaccionarios de todo el mundo civilizado: la aristocracia, los banqueros y los grandes industriales, las doscientas familias que gobernaban Francia, los líderes de ejércitos y armadas y la jerarquía eclesiástica. El Gobierno del pueblo elegido legalmente en España suponía un peligroso ejemplo para las masas descontentas del resto del mundo. Su supresión era necesaria para la supervivencia del orden establecido, y Mussolini y Hitler eran los muchachos que iban a encargarse de hacer el trabajo. Las personas que comprendían el mundo moderno veían en España los preparativos y las primeras escaramuzas de una guerra civil a nivel mundial.

Hasta el momento, en las relaciones internacionales existía la ley firmemente establecida de que todo gobierno legítimo tiene derecho a comprar armas para defenderse y la requerida neutralidad impedía vender dichas armas a los rebeldes. Ahora, sin embargo, la seguridad de las clases dominantes dependía de que dicha costumbre se revirtiera de un día para otro, y así se hizo. El más increíble ejemplo de hipocresía organizada de toda la historia. Así lo denominaron, todos a una, los miembros de la familia Pomeroy-Nielson, y ni Lanny ni Trudi encontraron en París ningún motivo para contradecirlos. Trudi había recibido, gracias a una fuente clandestina, un panfleto que había sido distribuido entre los obreros alemanes. Los nazis sabían muy bien lo que se avecinaba y se habían preparado de antemano, con fotografías del fusilamiento de sacerdotes, el saqueo de las propiedades de la Iglesia y las violaciones de monjas a manos de los feroces judíos y comunistas españoles. Esta era la prueba irrefutable de la existencia de la conspiración mundial judeo-bolchevique sobre la que Hitler llevaba años advirtiendo.

Trudi, angustiada por semejante cúmulo de mentiras, preparó una respuesta con el fin de dar a conocer a los trabajadores de su país los hechos que nunca se publicaban en los periódicos ni se escuchaban en las emisoras de radio de la patria alemana. Cuando Lanny fue a visitarla ella no quería hablar de otra cosa; ni arte ni amor ni investigaciones psíquicas. Y Lanny dijo: «Sí, me parece excelente. Conseguiré el dinero para sacarlo adelante».

VIII

Para Lanny, la decepción más amarga de toda esta crisis supuso la actuación de Léon Blum. El líder del pueblo les había fallado trágicamente. Una semana después del ataque a España, la cámara de los diputados prohibió el envío de armas al país amenazado. Su Gobierno afirmaba que se trataba de una medida de no intervención, pero era exactamente lo contrario. Significaba la derogación de la ley internacional en beneficio de un grupo internacional de gánsteres. Después de dudar durante una semana, Blum propuso un acuerdo entre todas las naciones interesadas para que no proporcionaran armamento a ninguno de los dos bandos. Así comenzaron semanas de regateos y meses de engaños y mentiras que desgarraron el corazón de todo amante de la justicia. Blum mantendría sus promesas mientras Mussolini y Hitler se burlaban de ellas. ¿Quién sale beneficiado cuando un hombre honesto se muestra dispuesto a negociar con un puñado de ladrones?

Ocurrió lo que Lanny había temido. Un bibliófilo y esteta no era el hombre adecuado para semejante tarea. Era una amable y dulce víctima en manos de un puñado de matones desalmados. Todos se unieron contra él, lo amedrentaron y atacaron hasta que consiguieron agotar sus fuerzas. Lanny intentó reunirse con él, pero estaba demasiado ocupado, y quizá tampoco se atrevía a ver a sus viejos amigos de la izquierda. Su propio periódico repudiaba abiertamente su política y aquellos que más habían luchado para conseguir que saliera elegido ahora estaban llenos de amargura y desesperación.

A Lanny, que sabía bien cómo funcionaba ese mundo, no le resultaba difícil imaginar la terrible situación que debía de estar atravesando. Ahí estaba, un judío frente a una cámara de diputados integrada por reaccionarios —muchos de ellos contratados por el enemigo— que le amenazaban con

dimitir. Su política nacional, en la que había depositado todas sus esperanzas, estaba a punto de venirse abajo por completo. Los *tories* británicos le habían dicho que no contara con ningún tipo de ayuda por su parte. La derecha francesa al completo amenazaba furiosamente con una guerra civil si arrastraba al país a una guerra en el extranjero. Ni siquiera podía confiar en los generales de su propio Ejército, pues muchos de ellos estaban preparados para hacer lo mismo que había hecho Franco y no era difícil imaginar que los ejércitos fascistas marcharan sobre París como lo habían hecho sobre Madrid. La Unión Soviética era su aliado, pero desafortunadamente estaba a más de tres mil kilómetros de distancia, y entretanto Hitler y Mussolini amenazaban con reducir la brecha. El pobre hombre estaba tan hundido que ni siquiera se atrevía a proponer la celebración de una convención militar para mejorar la alianza soviética.

Lanny fue a visitar a su tío comunista con intención de descubrir cuál era la actitud de los rusos ante la crisis. Tuvo que escuchar un nuevo sermón y una especie de homilía moral. En cierto modo, la virtuosa indignación de Jesse Blackless se confundía con una malsana satisfacción, puesto que sus tesis leninistas se habían visto confirmadas en las actuales circunstancias.

—Escogisteis a vuestro perfecto candidato socialista y conseguisteis que le eligieran. ¡No lleva ni tres meses en el cargo y ya ha abandonado a su partido para rendirse a los capitalistas!

Lanny, que aborrecía cualquier clase de extremismo, por supuesto tuvo que optar por defenderle.

—Acabas de oír que Blum ha anunciado ante la cámara que pretende llevar a cabo hasta la última de las reformas domésticas que prometió a su electorado.

—¡Oh, sí! —se burló el diputado comunista—. Ha barrido el suelo, ha limpiado el polvo a los muebles y ha hecho las camas en todas las habitaciones del primer piso. ¡Y mientras tanto, escaleras abajo, un montón de pirómanos encienden fuegos bien alimentados con gasolina!

—Reconozco que ha demostrado ser bastante corto de miras, tío Jesse…

—Ha cerrado deliberadamente sus ojos de burgués porque no puede soportar lo que ve. Tiene que escoger entre comunismo y fascismo y no es capaz de decidirse, de modo que permite que el enemigo lo haga por él, ¡y por Francia!

Jesse Blackless debía asistir a una de sus *réunions* donde podría pronunciar otro de sus feroces discursos y su audiencia cantaría *La Internacional* y gritaría: «*Les soviets partout!*». Invitó a su sobrino, pero este se excusó diciendo que

tenía un compromiso previo. Era cierto, y en cualquier caso estaba harto de todo lo que ocurría y no tenía ánimos para volver a escuchar más historias acerca de obreros e intelectuales que eran asesinados a sangre fría en España.

IX

Lanny debía una visita a los De Bruyne. Heriría sus sentimientos si no iba a verlos mientras estaba en París. Chariot acababa de casarse y Lanny debía conocer a la novia. Condujo hacia el *château* para cenar en su compañía y pasar allí la noche. Ambos jóvenes se habían instalado con sus respectivas familias en casa de su padre y asumían las pequeñas fricciones que de ello derivaban como un aspecto más de la vida cotidiana. Denis, el patriarca, nunca había vuelto a casarse. Su peculiar vida amorosa la reservaba para las calles y tugurios de París, y el resto de la familia lo ignoraba o al menos fingía hacerlo.

Los tres franceses hablaron de política y el norteamericano escuchó. Hacía muchos años que Lanny se había rendido y ya no trataba de inculcar en los hijos lo que él consideraba ideas liberales. Se había dado cuenta de que sería inútil y, en el caso de haberlo conseguido, se habría convertido en el artífice de la ruptura de la familia. De modo que el norteamericano se refugió una vez más en su torre de marfil. No era más que un experto en arte que se ganaba la vida magníficamente con su trabajo, y siempre que iba de visita contaba entretenidas historias sobre sus aventuras, lo que le convertía en una grata compañía. En esta ocasión acababa de regresar de España, donde había sido testigo del comienzo de la cruzada de Franco. Contó lo que había visto, ciñéndose a los hechos y sin extraer conclusiones. Había sido testigo de cómo ardía la magnífica iglesia de Santa Ana. «*Oh, les sales cochons*!». ¡Habían incendiado hasta la última iglesia de Barcelona exceptuando la catedral! Esto era cierto, al contrario que la mayoría de las cosas que creía la familia. Lanny no hizo ningún comentario acerca de las armas que se ocultaban en sus criptas ni sobre los gruesos muros de los templos que eran utilizados como fortificaciones.

Si uno le daba la vuelta como un calcetín a las ideas de la familia Blackless, el resultado eran las ideas de la familia De Bruyne. No obstante, ambas despreciaban por igual a Léon Blum; los De Bruyne por lo que estaba

haciendo y los Blackless por lo que no era capaz de hacer. Un primo de Denis había sido elegido recientemente como uno de los doce miembros del Consejo de Regencia, el comité que gobernaba el Banco de Francia, la poderosa institución fundada por Napoleón y que había controlado las finanzas francesas y, por tanto, su vida política desde hacía más de un siglo. Ahora un judío con sus supuestas reformas les había privado de sus antiguos y honorables privilegios y poderes al insistir en que el gran banco debía ser gobernado por el voto de la mayoría de sus accionistas, más de cuarenta mil. Esto era parte de lo que los franceses llamaban *le New Deal*, y Denis odiaba tanto la versión francesa como Robbie odiaba la norteamericana.

No se trataba únicamente de su dinero o su prestigio, también estaban en juego su cultura e ideales y su religión católica. Todo aquello por lo que vivían estaba amenazado. Un cruel despotismo se estaba adueñando de toda Europa Oriental apoyándose en el escepticismo, en el espíritu de las masas y en el poder del proletariado; en todo aquello que socavaba los cimientos de la vieja Francia aristocrática. Este maligno poder parecía arder como la lava de un volcán bajo el suelo del Viejo Continente, un volcán que cada cierto tiempo entraba en erupción y estallaba en un lugar diferente, asfixiando la tierra con sus sulfurosas emanaciones. Evidentemente, era necesario que un departamento de bomberos acudiera a sofocar dichos fuegos lo antes posible.

El tío Jesse había dicho que Blum era incapaz de escoger entre comunismo y fascismo. Pues bien, los de Bruyne lo habían hecho, y sin pestañear. Tanto Denis, *fils*, como su hermano Charlot habían recibido adiestramiento militar, y ambos estaban dispuestos a ponerlo en práctica, no al servicio de su patria sino al de la clase a la que pertenecían. Si Léon Blum seguía permitiendo que grupos de voluntarios atravesaran la frontera hacia España portando armas para enfrentarse al católico general Franco, los dos hermanos estaban preparados para tomar las armas contra Blum y su Gobierno. No les preocupaba la posibilidad de ser atacados por Hitler mientras una guerra civil tenía lugar en su patria, al contrario, contaban con una feliz alianza entre Alemania, Italia, Francia y España que se enfrentaría a los judíos bolcheviques como una hermandad armada.

Fue Charlot, cuyo rostro estaba marcado por una honorable cicatriz obtenida durante la lucha de clases, quien perfiló semejante visión.

—¿Estás seguro de que puedes confiar en Hitler? —dijo Lanny sonriendo con expresión melancólica—. Sabes que en su libro escribió que la seguridad de Alemania dependía de la aniquilación de Francia.

—Eso lo escribió hace mucho tiempo —respondió el joven—. Es habitual que los políticos cambien de opinión y en este caso tenemos todas las garantías.

A Lanny le habría gustado preguntarle: «¿Qué garantías son esas?». Sin embargo, decidió que sería más inteligente esperar a ver si decía algo más. No obstante, enseguida cambiaron de tema y el joven devoto de la Cruz de Fuego no tardó en comentar:

—Por cierto, ¿sabías que Kurt Meissner está en París?

—¿De veras? —respondió Lanny—. ¿Por qué no me lo habrá dicho?

—Pretendía hacerlo. Preguntó por ti con mucho interés.

—¿Cómo te encontraste con él?

—Dio un recital en casa del duque de Belleaumont.

Ese era el palacio que Irma había alquilado durante un año para presentarse a la alta sociedad francesa, de modo que a Lanny no le costó imaginarse una escena de gran elegancia.

—¿Interpretó Kurt alguna de sus composiciones? —preguntó el norteamericano, y hablaron un rato sobre su música.

Lanny no tenía inconveniente en aguardar a que la esperada información saliera a relucir. Y, poco después, el hermano menor comentó:

—Mantuvimos una pequeña charla con él. Deberías pedirle que te hablara sobre Hitler y su actitud hacia Francia. Él es íntimo del Führer, ¿sabes?

—Sí, por supuesto —respondió Lanny con fingida indiferencia—. ¿Quién si no Kurt?

Así obtenían información los agentes secretos acerca de otros agentes rivales. Tal práctica se conoce como «contraespionaje».

X

Lanny debía ver a Kurt, aunque lo hiciera únicamente para no ofenderle y evitar despertar sus sospechas. Hacía un año que no visitaba Alemania y sentía que le importaría poco no poder volver jamás. Sin embargo, era posible que las circunstancias le hicieran cambiar de opinión y lo más inteligente sería mantener vivas sus conexiones con el régimen. Emily le había dado la dirección de Kurt y a la mañana siguiente llamó a su amigo y le invitó a

almorzar. Lanny mencionó que había estado hacía poco en España y, por supuesto, Kurt quiso que se lo contara todo; cosa que el norteamericano hizo de la manera más objetiva posible, igual que había hecho con la familia francesa.

—Ya ves —dijo el alemán— lo que ocurre cuando permites que las masas se salgan con la suya. Ese pobre país lleva años dejándose arrastrar hacia el caos más absoluto. Ahora es necesario llevar a cabo una operación quirúrgica, y será dolorosa.

—Supongo que sí —respondió Lanny, con aire sumiso—. He llegado a la conclusión de que el problema es excesivamente complicado para mí, por lo que hace tiempo que decidí seguir tu consejo y dedicarme a ser un mero amante del arte. Tuve la suerte de poder sacar del país un valioso cuadro y me siento doblemente afortunado por haber conseguido que lo restauraran.

De ese modo le dio la vuelta a la situación y consiguió salir airoso una vez más. Kurt sentía lástima de su amigo de infancia al que consideraba débil —y quizá lo fuera—. El mayor de los dos siempre había tenido una actitud condescendiente hacia el otro, pero seguía sintiendo afecto por él pues, con el paso de los años, había llegado a considerarlo una víctima de sus circunstancias. Los norteamericanos eran un pueblo autoindulgente y despreocupado, especialmente aquellos que habían nacido rodeados de riqueza y facilidades. Los alemanes eran de otra pasta: ricos o pobres, eran educados para trabajar. Y ahora, gracias a su glorioso líder, lo hacían en un estado de renovada inspiración. Así pensaba el otrora oficial de artillería reconvertido en compositor. Cuando interpretaba su atronadora música lo hacía para dirigir al *Herrenvolk* hacia su destino, que no era otro que construir un nuevo orden mundial. Lanny sabía muy bien cómo se sentía su amigo, tan bien que lo mejor era dejar las cosas como estaban.

—¿Qué es eso que he oído de que Irma y tú os vais a divorciar? —dijo finalmente Kurt.

—No había otra solución, Kurt —respondió el otro—. No hemos sido capaces de estar de acuerdo en nada durante estos años. Irma aborrece Europa, pero mi hogar está aquí y casi toda la gente a la que quiero. No soporto a sus amigos elegantes de cabeza hueca. El tío de Irma viajó a Londres para concretar conmigo algunos detalles y, no te lo vas a creer, pero colecciona novelas baratas, historias de detectives y vaqueros e indios que solía leer cuando era niño. Una auténtica basura, no te lo puedes ni imaginar. En Alemania no hay cosas como esas.

Pero sí que había algo semejante en Alemania y Lanny había estado a punto de decirlo: «Cosas como las que escribe Karl May». Sin embargo, había reaccionado a tiempo. Karl May era el escritor favorito de Adolf Hitler, y precisamente de su ingente producción de literatura barata había obtenido el Führer sus impresiones sobre la vida en Norteamérica. Habría sido una seria metedura de pata, y el agente secreto aficionado se dijo: «¡Debo aprender de una vez por todas a no hablar más de la cuenta!».

XI

A Lanny siempre le había interesado la música de Kurt y ahora, al preguntarle en qué estaba trabajando, su amigo se ofreció a tocar para él. Cuando llegaron al apartamento del alemán, Lanny escuchó atentamente y alabó las nuevas composiciones de su amigo, como siempre había hecho. Entretanto se dedicó a observar el lugar y percibió la presencia de un criado prusiano con la cabeza rapada que más bien tenía el aspecto de un sargento de instrucción y que, dicho sea de paso, no le quitaba ojo al invitado norteamericano.

Hablaron sobre el Führer, el tema más interesante y trascendental del mundo. Kurt le había visitado recientemente y había tenido el gran honor de ser el depositario de sus confidencias. Lanny había escuchado la noticia de que el Führer había contratado a un cirujano plástico para que retocara su nariz ligeramente bulbosa, con el fin de que su físico fuera aún más digno de la inmortalidad que le aguardaba. Sin embargo, Kurt no mencionó el asunto, y tampoco Lanny preguntó. Tampoco aludió al incremento de la duración del servicio militar alemán de uno a dos años, con lo que había conseguido de una sola jugada duplicar el tamaño de su Ejército. Y huelga decir que obvió comentar la velocidad con que se estaba completando la Línea Sigfrido, la barrera defensiva gracias a la cual Alemania podría considerarse casi inexpugnable ante una hipotética invasión por el oeste.

No, Kurt se dedicó a loar la magnificencia de los nuevos edificios que Adi estaba construyendo en Berlín y en Múnich, habiendo planificado él mismo hasta el último detalle.

—Un hombre extraordinario —declaró el *komponist*.

A lo que el experto en arte replicó:

—Nunca ha habido nadie como él.

Tal afirmación podía implicar un *double entendre*, pero al parecer Kurt no lo percibió.

—El aspecto del mundo entero ha cambiado para mí —declaró el alemán—. Sabes bien que yo era un hombre hundido al final de la Conferencia de Paz de París. Ahora, sin embargo, tengo esperanza y valor, y lo mismo les sucede actualmente a todos los hombres y mujeres de Alemania. El Führer me ha prometido hacer realidad todos los sueños de los que tú y yo hablábamos cuando éramos niños. ¿Te acuerdas?

—En efecto, me acuerdo, Kurt. Nos sentamos en lo más alto de la iglesia de Notre Dame de Bon Port y estábamos dispuestos a cambiar el mundo de arriba abajo.

—Bien, pues todo eso se llevará a cabo ahora. Habrá un nuevo internacionalismo que traerá al mundo paz y orden que perdurarán mil años. Una nueva religión está naciendo en Alemania y tú, antes que nadie, deberías comprenderla y ayudar a difundirla. Desde el principio fuiste capaz de ver las injusticias del *Diktat* de Versalles. ¿Por qué no puedes ver ahora lo que está haciendo el Führer, no únicamente para rectificarlas sino para unir a todas las naciones y prevenir otra absurda guerra?

Le acababa de plantear una pregunta muy directa, de modo que Lanny se vio obligado a buscar una respuesta.

—No lo sé —dijo—. Supongo que el mundo se ha vuelto una carga demasiado pesada para mí y siento la necesidad de huir de los problemas de estos últimos años. Tú has bajado de tu torre de marfil y yo me he encerrado en la mía. Me he convencido de que le rindo un importante servicio a los Estados Unidos coleccionando ejemplos del mejor gusto europeo que quizá algún día servirán para iniciar nuevos movimientos artísticos en una nación tan burda y materialista. Aunque hasta el momento he visto pocos indicios de que mis esfuerzos vayan a dar algún fruto.

Ese era el tipo de conversación que Lanny había llegado a dominar, no solamente con Kurt sino con la mayoría de la gente adinerada con la que se relacionaba. Su invención había sido fruto de la necesidad mientras trataba de salvar a la familia Robin, y le había resultado igualmente útil en los ambientes elegantes de Berlín, París y Londres. Kurt, sin embargo, más sutil que la mayoría, podría haber sospechado de la sinceridad de Lanny cuando este le dijo que estaba intentado hacer algo por Norteamérica. A su modo de ver, lo que Lanny pretendía era ganar el máximo de dinero posible para poder vivir como los amigos elegantes de Beauty. Kurt conocía muy de cerca ese modo de

vida, pues él mismo había estado inmerso en ella durante los ocho años que había sido amante de Beauty. Para él, Lanny era un caso perdido, aunque mantendría con el norteamericano una relación amistosa, incluso íntima, con el fin de alcanzar los propósitos de su inspirado Führer.

Lanny seguiría conservando la amistad de Kurt para observar de cerca a los nazis y averiguar cómo trabajaban y familiarizarse con su jerga. Estaba dispuesto a burlarse de esa amistad, de la música y el arte y de todas las nobles emociones que estas debían generar. Y lo haría porque ese era también el *modus operandi* de Kurt y por eso debía combatir el fuego con el fuego. Kurt volvería a presentarse en el fastuoso salón estilo Imperio del duque de Belleaumont, que durante un año había pertenecido a Lanny, y allí interpretaría la música que había compuesto durante su tranquila, aunque fervorosa, juventud. Dado que era, o había sido, un artista, aún podía sentir esas emociones, aunque actualmente lo haría guiado únicamente por un propósito: conseguir que el duque y su duquesa confiaran en el nazismo y de ese modo seguir induciendo a Francia a una guerra civil que la dejaría indefensa ante su antiguo y mortal enemigo. Cada nota que Kurt tocaba y cada palabra que decía —las palabras más nobles e inspiradas, paz y orden, justicia, reconciliación y seguridad mundial—, serían un veneno en las venas de Francia y una trampa para osos a los pies de su pueblo. ¡Así era la vieja Europa y esa era su cultura!

24
LA VERDADERA FE DE UN ARMERO

I

Zoltan había regresado a Biarritz para reunirse con uno de sus clientes. Ahora, a su vuelta, examinó el retrato del comendador y diagnosticó que el noble estaba completamente curado. Un lienzo nuevo y completamente limpio cubría la parte trasera del cuadro, la superficie de la pintura propiamente dicha era uniforme y los colores encajaban de tal modo que nadie habría sido capaz de decir dónde de encontraban los agujeros de bala. El húngaro, mayor y más experimentado, dijo: «No intentes vender el cuadro por correo porque nadie creerá lo bueno que es. Deja que lo vean con sus propios ojos e invítalos a adivinar dónde estaban los orificios antes de enseñarles las fotografías».

Esa manera de proceder le obligaría a viajar a Nueva York y quizá a otros lugares. Lanny llevaba tiempo pensando en ello, pues ahora que Irma estaba en Reno sería agradable pasar un tiempo con Frances.

—Había pensado pedir por él veinticinco mil dólares. Tengo motivos para necesitar esa cantidad.

—Podrías conseguirla —respondió Zoltan—, aunque no creo que al primer intento. Es posible que a algún cliente le interese especialmente la historia del cuadro.

—Ya he escogido a las víctimas. Mis amigos de la industria del vidrio de Pittsburg, Harry Murchinson y esposa. Les vendí un Goya y un Velázquez y se han labrado una buena reputación gracias a esas obras. Su negocio se está recuperando y tendrán mucho dinero en efectivo.

Lanny envió un cablegrama a la pareja diciendo que tenía algo muy especial para ellos y poco después recibió su respuesta. Se encontraban de

acampada en las montañas Adirondack, a un agradable día de viaje de la ciudad de Nueva York. Le recibirían con los brazos abiertos, decían, lo que le hizo pensar que ya estaban al corriente de lo sucedido con Irma. Compró un pasaje transatlántico. Ya era la época del año en que los turistas regresaban a casa en bandada, pero consiguió una litera en un camarote que compartiría con otro hombre. Envió un cable a su madre y a su padre para avisar de su llegada y otro a Fanny Barnes. Compró un hermoso marco de estilo español para la gran pintura e hizo que lo embalaran cuidadosamente en un arcón que sellaron con tornillos y, por último, alquiló un furgón para transportarlo personalmente hasta Le Havre, pues no estaba dispuesto a poner de nuevo en peligro la delicada constitución del anciano caballero.

II

Lanny fue a visitar a Trudi para contarle sus planes. No podía decirle cuánto tiempo estaría fuera, pero sería al menos durante un mes. Llevaría la obra maestra que esperaba poder cambiar por el último modelo del avión de combate Budd-Erling. Los modelos eran mejorados constantemente en lo que a velocidad y potencia de fuego se refiere, y este era ya el número nueve. Difícilmente esa Legión Cóndor del general Goering tendría algo que estuviera a la altura, y en el caso de Mussolini sería sencillamente imposible. Lanny recibió una carta de Alfy en la que le decía que él y su compinche, Laurence Joyce, estaban en la escuela de entrenamiento perfeccionando su técnica de vuelo. «Transportaré el avión a París», dijo Lanny, «y ellos mismos volarán con él hasta Madrid».

Lo iban a necesitar. Lanny recibió una carta de Raúl, cuya presencia habían reclamado en Madrid para que prestara su colaboración en el departamento de prensa creado por el nuevo Gobierno. Estaba frenético a causa de la decisión de la Cámara de Diputados de no enviar armamento a España. Los principales focos de la guerra eran ahora el asedio a la zona central y oriental del país, y las tropas rebeldes dominaban la mayor parte de un área que abarcaba el sur, el oeste y el norte. El desenlace dependía de los suministros que llegaran desde el extranjero, por lo que los esfuerzos políticos y diplomáticos que llevaran a cabo serían cruciales.

El Gobierno español tenía mucho dinero. No solamente oro en sus cámaras acorazadas de Madrid sino también en el Banco de Francia y en otras capitales. Tenía contratos en vigor con fabricantes de armamento franceses, pero estas empresas habían sido nacionalizadas por el Gobierno de Blum y actualmente no tenían permitido cumplir sus compromisos contractuales. El Gobierno británico, a su vez, había prohibido la exportación de armas a España. Entretanto, italianos y alemanes seguían enviando cargamentos y cuando los buques de guerra españoles los detenían en sus aguas territoriales y los registraban, ¡los periódicos nazis y fascistas se indignaban condenando sus acciones legítimas como flagrantes actos de piratería!

Lanny se había marchado de España con la impresión de que la batalla estaba a punto de ser ganada, de que en cuestión de unas pocas semanas el Gobierno conseguiría expulsar al invasor y restaurar el orden. Pero ahora se daba cuenta de que iba a ser una lucha larga y sangrienta y albergaba un gran temor por el resultado. Las clases dominantes de Europa habían escogido a Franco como su candidato y estaban dispuestas a ayudarle a alcanzar el éxito. Cuál sería el coste en vidas humanas y cuánto dolor iba a causar el conflicto eran cuestiones que no les importaban, puesto que el control del Viejo Continente estaba en juego. Lanny intuía que se avecinaba una más de esas terribles tragedias que parecía estar destinado a contemplar. Primero *II Duce*, después *Der Führer* y ahora *El Caudillo*, todos ellos abriéndose paso hacia el trono a través de la masacre.

III

A estos dos soñadores de la justicia social les resultaba difícil centrarse en sus propios asuntos mientras el mundo que les rodeaba estalla inmerso en tales acontecimientos. Sin embargo, la gente ha de comer y dormir, incluso mientras batallas y asedios tienen lugar, mientras la decepción y la derrota nos golpean.

—Tengo varias familias al otro lado del océano y siempre me alegra volver a verlas, pero estaré pensando en ti, Trudi, y en lo sola que debes sentirte.

—Estoy muy sola —respondió ella—. Pero nunca siento el impulso de lamentarme. Me acuerdo de los pobres camaradas encerrados en campos de

concentración y trato de pensar en alguna nueva manera de ayudarlos.

—Cada día que pasa, Trudi, tengo más claro que esta va a ser una lucha larga y dura. Debemos planificar nuestras vidas contando con ella, en la medida de lo posible. No durante unas pocas semanas o meses sino quizá para siempre.

—¡Oh, Lanny! —exclamó ella con voz temblorosa y grave.

Estaban sentados junto a una ventana de la pequeña buhardilla, contemplando el crepúsculo que descendía sobre los tejados y las innumerables chimeneas de París. Aún había luz suficiente para que él pudiera ver las lágrimas en los ojos de ella, algo que ocurría a menudo cuando tocaban tan trágico asunto. Ella sabía que era cierto, pero no era capaz de hacerse a la idea.

—Cada vez que me marcho —dijo Lanny—, me pregunto si estarás aquí a mi regreso o si habrás sucumbido a la tensión de este tipo de vida.

—¿Qué otra cosa puedo hacer, Lanny?

—Ya sabes a qué me refiero, querida.

Él trataba de averiguar sobre la marcha cuál era la mejor manera de abordar a una santa.

—No creo que tú y yo hagamos daño a nadie por el hecho de intentar ser un poco felices. Quizá el esfuerzo necesario le restaría algo de empeño y pasión a tus escritos. Sin embargo, la suma total de tus logros podría ser mayor.

Lo dijo con una sonrisa en los labios, como era habitual en él; y ella, a quien le costaba tanto sonreír, parecía acostumbrarse poco a poco a aceptar ese modo de enfrentarse a la vida.

—Lanny, ¿de veras crees que soy la mujer que puede hacerte feliz?

—He pensado mucho en esto, créeme, y durante largo tiempo. Incluso en Berlín sabía que no llegaría a ningún sitio con Irma, y a veces me sorprendía pensando: «¿Qué clase de mujer es Trudi, y cómo nos entenderíamos ella y yo?».

—¿Y cuál fue la respuesta?

—Para empezar, decidí que eras la mujer más sincera y lúcida que había conocido en toda mi vida.

—Eso es agradable. Y muy importante para mí. Pero no lo es todo, ¿verdad? ¿Te das cuenta de que nunca me has dicho que me quieres?

—¿Qué clase de hombre sería si tratara de hacerte el amor después de decirme que tu corazón está comprometido y que sigues pensando en tu

marido? Te agobiaría, me estaría imponiendo. Y solo habría conseguido hacerte aún más infeliz. Algo que no estoy dispuesto a hacer.

—Solo intento comprenderte, Lanny. ¿Siempre has sido capaz de controlar tus sentimientos de ese modo?

—No siempre. Pero ya soy lo bastante mayor como para conocerme a mí mismo y controlar mis necesidades. Tanto tú como yo hemos estado casados y podemos hablar basándonos en hechos. En lo que a mí se refiere, he llegado a la conclusión de que la felicidad en el amor depende de la compatibilidad y la confianza mutua. Si esto existe en una pareja lo demás vendrá rodado.

—¿Qué esperas de mí, Lanny?

—Te lo diré sin rodeos. Me gustaría que te hicieras a la idea de que eres viuda. En cuanto lo hayas aceptado, prometo aclararte por completo cuáles son mis deseos y mis sentimientos.

Hubo un largo silencio. Lanny miraba a Trudi y ella contemplaba aquel paisaje compuesto por tejados.

—Déjame pensarlo mientras estás fuera —dijo ella finalmente—. Reflexionaré sobre ello y trataré de decidirme.

—Está bien —respondió él—, es un plazo concreto.

Tomó la mano de ella entre las suyas, la sostuvo unos instantes y la besó suavemente.

—Háblame de esas familias tuyas de Norteamérica —dijo ella—, para que pueda imaginarte mientras no estás.

—Ahora mismo tengo seis —respondió él sonriendo—. Mi madre y su marido, mi padre y su familia, Marceline y el suyo, y por último la familia Robin. No sabría explicarte exactamente la naturaleza de las relaciones que mantenemos, pero sin duda somos parientes. Si alguna vez decides unirte a mí tendrás que aprender un montón de fechas de cumpleaños.

IV

Dejaría su coche en París, en parte porque le vendría bien ahorrar y en parte porque no podía transportar en él el retrato del comendador. Condujo hasta Le Havre en el furgón alquilado, un vehículo de fabricación estadounidense que se estaba haciendo muy popular. A bordo del lujoso vapor disfrutó de la

compañía de un orondo fabricante de lapiceros de una pequeña ciudad de Ohio. Había viajado por Europa en compañía de sus dos hijas en edad casadera, que ocupaban otro camarote. Al parecer lo sabían todo sobre la tragedia marital de Lanny Budd y esperaban que él mismo les contara lo sucedido. Al padre le gustaba jugar al póquer, por lo que se acostaba tarde y dormía hasta bien entrada la mañana. Cuando estaba despierto hablaban sobre la campaña presidencial, que actualmente tenía muy excitados a todos los estadounidenses. Los republicanos habían escogido como candidato a un magnate del petróleo de Kansas que trataba de parecer tan «liberal» como Roosevelt. El fabricante de lápices pensaba que era un gran error, pues lo que necesitaba el pueblo norteamericano era olvidarse de todos esos reformistas y maniáticos. Lanny decidió prescindir de su compañía y se dedicó a leer libros y revistas, a escuchar los boletines que recibía el barco sobre el avance de los ejércitos de Franco y a pasear por cubierta reflexionando sobre el Gobierno democrático recién nacido que estaba siendo estrangulado en la cuna.

Las dos abuelas habían acudido al puerto en compañía de Frances para recibir a su padre. Esto debía ser interpretado como un gesto pacificador. A pesar de las rivalidades y los celos, las dos damas iban a jugar juntas al *bridge* y a fingir que aquella tragedia era perfectamente normal, respetable y no demasiado importante. Lanny había perdido el derecho a ocupar la cama de Irma, pero no el de alojarse en su residencia. De hecho, mientras ella estaba fuera podría instalarse en su *suite* habitual con su cama con dosel y su baño con relucientes acabados. La casa y todas las instalaciones estarían a su disposición, al igual que los coches, los caballos y las pistas de juego; y los sirvientes atenderían sus necesidades con presteza y cordialidad. En resumen, aún formaba parte de la realeza. Sin embargo, Lanny se preguntaba si la situación sería la misma ¡en caso de haber cometido el error de aceptar la proposición de Irma de renunciar por completo a la custodia de la niña!

Habían transcurrido cuatro meses desde su última visita y Frances había crecido mucho, estaba deslumbrante y rebosante de curiosidad y palabras e ideas nuevas. Era incapaz de apartar la vista de ese maravilloso y casi legendario padre suyo. Le habían contado que había viajado por un extraño y lejano país que estaba en guerra, y que la bala disparada desde un avión había pasado a escasos centímetros de su brazo. Algo demasiado excitante para una niña de seis años y medio. En cuanto la vio tuvo que contarle la historia y desde entonces debía repetirla cada vez que se iba a dormir. Las dos damas entradas en años tuvieron que resignarse a ocupar un segundo plano pues, de acuerdo con el orden natural de las cosas, toda criatura femenina admira,

adora y ansia la compañía del varón —¡a pesar del hecho de que después lo devorará!

V

El comendador había quedado temporalmente bajo custodia del Gobierno de los Estados Unidos y estaba a buen recaudo en sus oficinas de tasación. Lanny fue a la ciudad al día siguiente en un furgón para hacer una declaración jurada según la cual el cuadro era «una obra de arte original pintada por Francisco José de Goya y Lucientes en torno al año 1785». Ese tipo de importaciones no estaban sujetas a impuestos, por lo que una sucinta inspección fue suficiente. De modo que Lanny volvió a casa con su tesoro, los criados lo transportaron, retiraron los tornillos y lo sacaron del cajón que lo albergaba. Otro cuadro fue retirado temporalmente de la pared, el nuevo tesoro fue colgado en el salón, bajo lo que Lanny consideró una luz adecuada, y toda la familia se reunió para examinarlo. Un espectáculo único, sin duda, que muchos de sus amigos querrían ver, declaró Fanny Barnes.

Su secretario se dispuso a hacer llamadas telefónicas y durante toda la tarde, hasta el anochecer, llegaron amigos y vecinos para contemplar la obra maestra. Era una lástima que el comendador no pudiera estar allí para compartir los honores. Incluso el malhumorado y misántropo pintor habría sabido apreciarlo. La compañía le habría resultado distinguida y sus vestimentas exóticas, y los colores de los nuevos tintes a base de alquitrán mineral le habrían parecido encantadores. Lanny descubrió que su tesoro había generado un fascinante tema de conversación; ¿dónde estaban los agujeros de bala? Se vio obligado a contar la historia una y otra vez y la gente creía estar segura de dónde se encontraban, pero nunca era así, de modo que se desafiaban unos a otros a comprobar si el siguiente lo conseguía hasta que el improvisado entretenimiento se convirtió en un juego de adivinanzas en toda regla. En un momento dado, alguien dijo: «¡Qué lástima que el retratado sea un viejo tan feo!». Aunque quizá después pensó que había quedado como un necio delante de todos, pues, acto seguido, añadió algún comentario acerca de la viveza de los colores. Muchos querían saber el precio y cuando Lanny se lo decía, respondían: «¡Vaya!». Sin embargo, estaban impresionados y más de

uno comentó: «Si tus amigos del vidrio no lo quieren, danos una oportunidad». Y Lanny pensaba: «¿Le habré puesto un precio demasiado bajo?».

A la mañana siguiente iría a visitar a sus otras familias y se llevaría consigo el tesoro. Sugirió alquilar un furgón en la ciudad, pero Fanny le dijo: «¡Oh no, ni lo pienses! Aquí tenemos tres y podemos prescindir de uno sin el menor inconveniente. Llévatelo hasta que hayas vendido el cuadro y después usa uno de los coches». Él se dio cuenta al instante de lo que aquello implicaba: el hecho de que buscara fuera alguna cosa de casa daría a entender que ya no pertenecía a la familia, lo que generaría un escándalo. Cuando entras en la realeza, esta ya nunca te abandona. Esa era la ley, y uno jamás debía decir ni hacer algo que pusiera en tela de juicio su categoría o su dignidad.

Comprendió que al aceptar tal acuerdo se ponía, en cierto modo, en manos de la familia Barnes. Al aceptar sus favores se estaba atando a ellos. Pero tampoco quería hacer nada que los perjudicara, de modo que decidió seguir jugando según las normas. «Llámame madre como si nada hubiera sucedido», le había dicho Fanny Barnes cuando se reencontraron. «Es necesario que Frances no se dé cuenta de lo que ha pasado». Lanny siempre había sido un hombre bien educado y respetuoso de su madre, y ahora tenía nada menos que cuatro: ¡Madre Beauty Dingle, Madre Fanny Barnes, Madre Esther Budd y Madre Leah Robin!

VI

En el hogar de los Budd, en Newcastle, sacrificaron un cordero en su honor a su llegada, por así decirlo. Pensaban que su esposa no le había tratado justamente y deseaban animarle. Sintieron un gran alivio al ver que estaba bastante animado. Una vez más el comendador salió de su sarcófago atornillado, fue colgado en un lugar de honor y de nuevo comenzó el desfile: los miembros de la tribu Budd, la familia Robin y Hansi y Bess, para empezar. Pero la noticia se extendió rápidamente y el número de visitantes crecía sin cesar. La mayoría eran desconocidos que rogaban ver el cuadro, pues se autoproclamaban amantes del arte. Robbie Budd, gran aficionado a las bromas, comentó: «Escúchame, Lanny, aquí tienes el mejor concurso de

adivinanzas jamás soñado. No le digas a nadie dónde están los agujeros de bala y tendrás a toda la ciudad elucubrando día y noche sobre ello». Y enseguida encontró posibilidades aún más lucrativas en aquel asunto: «¡Esther, esto puede ser una mina de oro para tu iglesia!».

La hija de los puritanos nunca estaba segura de cuándo su marido bromeaba, y preguntó:

—¿A qué te refieres?

—Organiza un sorteo, vende papeletas a cinco dólares el intento y entrega una porción del bote al que consiga estar más cerca de acertar dónde se encuentran los doce agujeros. Cada participante tendrá una fotografía del cuadro, escribirá su nombre en el dorso y pondrá chinchetas en sus opciones. Después, los jueces decidirán quién merece el premio. Es una manera segura de hacer dinero y completamente legal. No es un juego de azar sino de habilidad y las leyes del juego no tendrían jurisdicción. ¡Es una manera perfecta de apoyar a los desempleados de esta ciudad!

Esther no estaba segura de comprender qué pretendía y pronto Robbie empezó a dudar también, pues cuando se lo contaba a la gente, respondían: «¿Y por qué no?». Se ponían a discutir delante del cuadro y, cuando le preguntaban a Lanny y este tardaba en responder, empezaban a hacer apuestas con sus respectivas predicciones.

La imaginación de Robbie se disparó, pues era un hombre de negocios y un publicista y encontrar formas de hacer dinero era su especialidad. Ya podía ver cómo el cuadro se convertía en un fenómeno a nivel nacional. Alguna gran institución se haría cargo, digamos una agencia de noticias, y lo utilizaría con fines benéficos y al mismo tiempo para publicitar su empresa. Publicarían fotografías del cuadro a todo color y contarían historias sobre Goya, la guerra de España y la extraña aventura de Lanny. Exhibirían el cuadro en diversas ciudades de todo el continente y las multitudes harían cola para verlo; cada visitante dispondría de cinco minutos para decidir y colocar sus chinchetas en una reproducción facsímil de la pintura. Al final del concurso se habrían recopilado millones de copias marcadas por los participantes que se introducirían en una máquina fotoeléctrica capaz de elegir automáticamente las mejores estimaciones, si es que había alguna. De ese modo se podrían entregar los premios sin riesgo de caer en favoritismos.

—¡Es sencillamente perfecto, un éxito asegurado! —exclamó entre carcajadas el hábil promotor—. Un poco de arte, un poco de historia y algo de aventara; gente famosa e importante implicada en el asunto y la posibilidad de ganar un millón de nuevos lectores para el periódico que decida hacerse cargo

del proyecto. ¡Hazme caso y déjame intentarlo y al final podrás vender el cuadro por medio millón de dólares!

Y Lanny respondió:

—¡Adelante, pues, dame el nombre del propietario del periódico!

VII

El experto en arte le confesó a su padre lo que había pagado por aquella obra maestra y Robbie le dijo que era el mejor negocio del que había oído hablar en su vida. La reputación de Lanny creció astronómicamente ante su progenitor.

—¿Qué piensas hacer con todo ese dinero? —le preguntó—. Sigue mi consejo e invierte en acciones de Budd-Erling.

—El hecho es que quiero invertirlo en productos de Budd-Erling —respondió el hijo—. Esperaba que me vendieras un par de unidades del N.° 9 a precio de coste.

—¡Y qué piensas hacer con ellos, por todos los santos!

—Alfy y su amigo Laurence están realizando un curso de vuelo y se presentarán como voluntarios al servicio del Gobierno español. Quiero asegurarme de que vuelan con los mejores aviones.

La luz de la mirada de Robbie Budd se extinguió como si alguien hubiera apagado el interruptor de una bombilla.

—¡Dios mío, Lanny, no puedes hablar en serio!

—Por supuesto que sí. Dicen que alguien tiene que hacerles frente a los voluntarios de Mussolini y Hitler.

—Lanny, esa es la idea más terrible que he escuchado en toda mi vida. ¿Es que esos muchachos se han vuelto locos?

Y así ambos se lanzaron a discutir: la misma vieja discusión que habían mantenido desde hacía casi veinte años y que nunca los llevaba a ningún lado. Lanny le habló sobre España y Robbie le contó lo que había leído en los periódicos de Hearst, que habían iniciado una campaña sin cuartel contra el Gobierno comunista de Madrid. En la columna de Arthur Brisbane, el editor de periódicos mejor pagado del mundo, Robbie había podido leer acerca de «las monjas rociadas con aceite antes de que les prendieran fuego», y se lo había creído. ¿De qué iba a servir que Lanny le explicara que las iglesias eran

utilizadas como arsenales por una curia que poseía los mismos privilegios que los terratenientes y los banqueros? ¿De qué serviría explicarle al presidente de Budd-Erling que la Iglesia católica española no se parecía en absoluto a la Iglesia congregacional de Connecticut? Sería inútil porque Robbie creía únicamente en aquello que los intereses de sus negocios le dictaban que era correcto.

El fabricante estaba también inmerso en una guerra civil. Las mismas fuerzas corruptas actuaban en su patria y él se había convertido en el Juan March o el Sájarov de Nueva Inglaterra. La guerra contra el New Deal se había ido recrudeciendo hasta incendiarse como una enorme antorcha. Los periódicos de Hearst atacaban a Roosevelt con la misma dureza con que acusaban a los lealistas españoles. La administración de Roosevelt había establecido una alianza con los rojos y su campaña estaba infectada de principio a fin por la doctrina comunista. Arthur Brisbane no acusaba a los partidarios del New Deal de rociar a monjas con aceite para quemarlas, al menos por el momento. Pero eso era exactamente lo que los rojos pretendían hacer por todo el mundo y «ese hombre» de la Casa Blanca los estaba invitando a compartir el poder.

Robbie se había convencido, como hacía siempre, de que los suyos iban a ganar las elecciones. Había invertido ya mucho dinero para conseguirlo, pero seguían pidiéndole más y más y entretanto él asediaba cada día a sus amigos del club de campo para que aumentaran el importe de sus contribuciones. Y ahora ahí estaba sentado escuchando cómo su primogénito defendía a ese triplete de la destrucción: ¡*The New Deal* de Washington, que había subido los impuestos a los ricos hasta desangrarlos; *le New Deal* de París, que había nacionalizado la industria del armamento; y *el New Deal* de Madrid, que había obligado a los terratenientes a repartir sus fincas con los campesinos!

VIII

El resultado de la discusión constituyó la más absoluta decepción para el sociólogo aficionado. Su padre no estaba dispuesto a vender aviones al Gobierno de España ni a nadie que pretendiera entregárselos a dicho régimen. Incluso en el hipotético caso de que hubiera estado dispuesto a traicionar los

dictados de su propia conciencia, no tenía derecho a sacrificar los intereses de sus accionistas. ¡La compañía sería boicoteada por todos los gobiernos del mundo si alguno de sus aviones apareciera con esa etiqueta roja en sus flancos!

—¡Pero, Robbie —exclamó el hijo terriblemente consternado—, tú mismo estás abasteciendo a Franco con aviones por el mero hecho de vendérselos a Goering, que envía cargamentos de municiones cada semana a través de Portugal!

—Es posible que esté enviando Budd-Erlings, pero yo no tengo conocimiento de ello.

—¿Acaso te interesa saberlo? ¿Le has mencionado el asunto?

Al insistir, Lanny sacó a colación una cuestión flagrante: su padre reconocía al régimen nazi como legítimo Gobierno de Alemania, con pleno derecho a comprarle armas a los Estados Unidos, pero se negaba rotundamente a hacerlo en el caso de España.

—¡Pero, Robbie, el Gobierno español fue elegido de manera legítima, mediante unas elecciones libres y democráticas y tras una larga campaña como las que tienen lugar aquí en Norteamérica! ¡El Gobierno de Hitler fue aprobado tras una estúpida farsa que tuvo lugar después de que todos los líderes de la oposición hubieran sido encarcelados o asesinados y únicamente se pudiera emitir un voto sin que los electores tuvieran la menor oportunidad de alzar la voz para disentir! ¿Cómo un norteamericano como tú puede dar su aprobación a un puñado de gánsteres y repudiar a todo un pueblo que lucha por salir de una oscuridad propia de la Edad Media?

—Es inútil que discutamos, hijo. Yo tengo mis convicciones y mis deberes como ciudadano y director de una gran industria. Debo actuar de acuerdo con mi raciocinio.

—De acuerdo, pero creo que debes comprender lo que le estás haciendo a tu hijo. Durante toda mi vida, desde que tuve la edad suficiente para escuchar, te he oído defender a la industria armamentística y a ti mismo como vendedor, y todas tus justificaciones se basaban en el principio de libre comercio. Tus mercancías estaban en venta para cualquiera que pudiera pagarlas. ¿Cuántos años han pasado desde que te oí citar a Andrew Undershaft en *El mayor Barbara*?**[141]** ¿Acaso has olvidado cuál es «la verdadera fe de un armero»?: «Surtir de armas a todo aquel que pueda pagar un precio justo por ellas, sin respeto por ninguna persona o principio: a aristócratas y republicanos, a los nihilistas o al zar, a capitalistas y a socialistas, a protestantes y a católicos, al ladrón y al policía, al hombre negro, al blanco y al amarillo, de toda clase y condición, de todas las nacionalidades y todos los

credos, aquejados por toda excentricidad, defensores de todas las causas y artífices de todos los crímenes». En el nombre de la verdadera fe, tú mismo defendiste la venta de armas a los mandarines chinos y a filibusteros sudamericanos, e incluso a los nazis que durante diez años ni tan siquiera pretendieron formar un gobierno, sino que se limitaron a organizarse como una banda de asesinos que disparaban a sus oponentes políticos en plena calle. ¡Cuántas veces te he oído afirmar que si sospechabas de los motivos de un hombre para comprar armas informarías a la policía, aunque nunca te negarías a aceptar su dinero!

—Todo eso es cierto, Lanny. Yo defendía el libre comercio y actué según esa premisa mientras consideré que vivía en un mundo libre. Pero ahora sé que estoy rodeado de enemigos declarados del sistema de libre empresa, organizados para destruirlo en todas las naciones, y naturalmente no pienso consentir que esos enemigos disfruten de los beneficios de dicho sistema del mismo modo que no garantizaría la libertad de expresión a los comunistas que quieren acabar con ella. Si de mí dependiera, no permitiría votar a aquellos que quieren abolir el derecho al voto e impediría a toda costa la existencia de cualquier partido político que pretenda destruir a sus contrincantes. Sin duda sabes tan bien como yo que no existe el libre comercio dentro de Rusia o con Rusia.

—Eso es una mera cuestión de definiciones, pues el comercio está organizado y sistematizado allí…

—Quizá a ti puedan engañarte con palabras bonitas, pero no a mí. No hay absolutamente nada de lo que yo considero libre comercio en Rusia y tampoco lo habrá en España si los rojos se salen con la suya, no es más que un mero intento de extender el sistema soviético por Europa Occidental y permitirles construir allí una fortaleza. Fracasamos a la hora de detenerlos en Rusia porque el país era demasiado grande y nuestra gente no comprendía el peligro, pero al parecer sí es posible hacerlo en España y ten por seguro que no voy a traicionar mis principios ni los de mi clase aceptando el oro de unos hombres a los que considero enemigos de la civilización.

—Conozco a muchos de esos hombres, Robbie, y son los más nobles idealistas.

—Estoy dispuesto a concederte eso, pero, como te he dicho infinidad de veces, este mundo no puede ser gobernado por idealistas, y estoy seguro de que esos idealistas de los que hablas no son más que una tapadera para astutos criminales que no se detendrán ante nada con tal de alcanzar sus fines. Ahora mismo está ocurriendo en Rusia, donde los idealistas han sido arrojados a un

lado uno a uno y actualmente son víctimas de conspiraciones y acusados de traición con el fin de obtener una excusa para asesinarlos.

Robbie se refería a los procesos públicos que estaban teniendo lugar en la Unión Soviética y se habían convertido en objeto de una encendida controversia en el resto del mundo. Lanny había hablado sobre ellos con su tío comunista, y también con su hermanastra y su cuñado, algo que su padre no se había molestado en hacer. Habían convencido a Lanny de que los nazis y otros enemigos acérrimos de los rojos habían estado enviando a sus agentes a la República de los trabajadores, provistos de fondos y de una voluntad inquebrantable, con el fin de convertir una controversia interna en una historia de intrigas y sabotaje.

—No me resulta difícil de creer —dijo Lanny—. Y, en cualquier caso, los líderes comunistas están tan decididos a proteger su sistema como tú lo estás a proteger el tuyo, Robbie.

—Reconozco que es la guerra —fue la respuesta del padre—. Yo mismo voy a participar en ella y siento ver a mi propio hijo adentrándose sin rumbo en tierra de nadie incitando a ambos bandos a dispararle por el camino.

IX

Todo esto ya era historia antigua para los dos y sabían que discutir no servía de nada. Sin embargo, había algo que Lanny deseaba conocer y pensó que esta era la oportunidad de descubrirlo.

—Dime una cosa, Robbie —dijo el agente secreto aficionado—. Supon por un momento, solo a modo de hipótesis, que Roosevelt resultara reelegido. Imagina que Hearst, McCormick y el otro gran señor que tanto le odian pusieran el dinero y el padre Coughlin aportara su elocuencia y nuestros camisas plateadas y los miembros del Ku Klux Klan y los Caballeros de la Camelia Blanca y otros fascistas nativos se unieran con el Bund[142] y convencieran a Lindbergh o a cualquier otro para liderar una revuelta y Hitler y Mussolini enviaran sus armas a través de México, ¿les venderías a ellos tus aviones y te negarías a vendérselos al Gobierno del New Deal?

—Eso es un despropósito, Lanny, y una pérdida de tiempo.

—Discúlpame, pero es una perfecta analogía de lo que está sucediendo actualmente en España. Esos son los mismos elementos que están detrás de Franco y la única diferencia es que no tenemos un Marruecos en Long Island ni una Legión Extranjera y unas tropas moras al otro lado del estuario dispuestos a atacar Nueva York. Además, nuestro Gobierno tiene ciento cincuenta años mientras que el de España tan solo tiene unos cuantos días de antigüedad. En todo lo demás, la situación es idéntica.

—Decidiré el mejor modo de actuar ante ese tipo de problemas cuando tenga que enfrentarme a ellos —respondió el padre—. En la actualidad ya estoy bastante ocupado fabricando aviones.

Su hijo le observaba con atención. Eran viejos amigos y significaban mucho el uno para el otro a pesar de todos sus desencuentros.

—¡Sé honesto conmigo, Robbie!

—Lo intento, hijo mío…

—Dame una respuesta directa a una pregunta muy concreta. ¿Te ha hecho alguien una propuesta como la que acabo de describir?

Robbie pareció realmente sorprendido. Tras unos instantes de evidente desconcierto, respondió:

—En el mundo hay todo tipo de chalados y no todos van a estar en un solo bando.

—¡Entonces alguien lo ha hecho! Dime, ¿han sido muchos?

—Han sido varios.

—Para ellos debes de ser un blanco fácil, igual que yo para los rojos. ¿Te das cuenta?

—Supongo que sí.

—¡Entonces la idea de presionar a Washington para poner fin al New Deal no es solo un producto de mi calenturienta imaginación!

—No del todo.

Robbie intentaba sonreír, pero no con demasiada convicción.

—Dime una cosa —insistió el inquisidor—, en casa de Irma, ¿conociste por casualidad a un poeta llamado Forrest Quadratt?

—En efecto, le conocí.

—¿Y expresó entonces sus ideas?

—Lanny, por favor…

—¡Padre, por favor! ¿Le debes más respeto a un agente nazi a sueldo que a tu propio hijo?

—No es una cuestión de respeto. Quadratt es alemán y por tanto difunde ideas alemanas.

—Pero Quadratt no es alemán, es ciudadano norteamericano de nacimiento. Y cuando se aproxima a ti para susurrarte al oído los planes nazis para América sin duda está representando el papel de lobo con piel de cordero. Por supuesto, es astuto como el mismo demonio y no iba a declararlo abiertamente. Explicaría cómo se hicieron las cosas en Alemania y acto seguido pasaría a describir lo rápidamente que aquí se está gestando la misma crisis.

—No creo que vayamos a sacar nada en claro hablando de él, Lanny. Ni admiro ni comparto sus ideas.

—Muy bien, entonces ¿qué me dices de mi nuevo cuñado, *II Capitano*? ¿Lo has conocido?

—Naturalmente. Era obvio que Marceline vendría a presentárnoslo. Además, es un aviador y tenemos muchos intereses en común.

—Tengo entendido que se han ido a California. El Capitano habla con los italo-americanos allá donde va. Después de todo es un héroe de guerra y una celebridad, y me han dicho que sus gastos y muchas cosas más corren a cargo del Circolo Margio Morgantine, que no es más que otro modo de llamar al Gobierno de Mussolini en Nueva York. Ahora dime, ¿habló de ese tipo de cosas contigo?

—Me explicó su punto de vista, naturalmente. Y yo mostré interés al tratarse de alguien que sabe de lo que habla.

—Es más joven que Quadratt y no tan sutil, de modo que imagino que iría directo al grano. ¡La manera de acabar con todos tus problemas! ¡Aplastar de una vez por todas a los sindicatos e imposibilitar que el CIO[143] pueda colarse jamás en tu fábrica! ¡Impedir que el New Deal te desangre a base de impuestos y que se quede con el excedente de beneficios de tu compañía! Vittorio te ayudaría a captar a los pilotos, tú prepararías los aviones y de la noche a la mañana tomarían el control de los aeropuertos. Unidades de tanques se unirían a ellos y se apoderarían de los arsenales del Gobierno y pronto todo el país estaría bajo su control. ¿La cosa iba más o menos por ahí?

—Oh, Lanny, los dos sabemos que siempre has tenido una gran imaginación…

—No he imaginado nada, Robbie. Solo he tenido que limitarme a escuchar en los salones a los que era invitado, incluidos el de mi madre y el de mi mujer. En su momento oíste hablar a Child del golpe de Mussolini y de cómo él mismo consiguió el apoyo financiero de Wall Street. También sabes que Thyssen y Hugenberg y el resto de los magnates alemanes financiaron a Hitler, te lo contaron ellos mismos. Estoy seguro de que conoces a los

hombres que están poniendo el dinero para llevar a cabo este ataque al pueblo español. Si Juan March aún no ha enviado a algún representante a ver tus aviones… Dime, ¿lo ha hecho ya?

Robbie no quería mentirle a su hijo. Además, una parte de él no podía evitar admirar a este imprevisible idealista. ¡Por el amor de Dios, acaso hay algo que los rojos no sean capaces de averiguar!

X

Lanny fue a visitar a los Hansibess, como él los llamaba. Ya habían tenido a su bebé y Lanny pudo contemplarle en su cuna con sus enormes ojos oscuros que se desplazaban con parsimonia de un lado para otro, como si preguntaran acerca de ese extraño mundo al que los recién nacidos son proyectados tan brutalmente. Sus preguntas serían respondidas a su debido tiempo y solo hasta cierto punto. Los orgullosos padres habían llamado Freddi al recién llegado, de modo que el nombre iría adquiriendo poco a poco un nuevo significado, más alegre que el anterior, o eso esperaba el tío. «Si conseguimos expulsar a los nazis de esta parte del mundo», pensó, aunque no lo manifestó en voz alta.

Lanny telefoneó a los Murchinson, pidió que cargaran al comendador en el furgón y partió una mañana temprano ascendiendo por el valle del río Newcastle y atravesando las colinas hacia el Hudson. Siguió el curso del vasto caudal hasta Albany y después continuó hacia el norte a través de una hermosa región agrícola. Estaban a principios de otoño y cuanto más se alejaba más se apreciaban los cambios que experimentaba el follaje; magníficos pero también tristes, pues constituyen pequeños pasos hacia la muerte. Cuanto más se adentraba en los montes Adirondack menos se percibía esa recurrente tragedia, pues los pinos, los abetos y los juníperos habían desarrollado hojas pequeñas y afiladas capaces de retener la clorofila a pesar del azote del frío de los inviernos. Los valles estaban teñidos de deslumbrantes rojos y amarillos, pero las laderas de las montañas aún conservarían su verdor hasta el momento en que quedaran cubiertas de blanco.

El magnate del cristal y su familia tenían su «campamento» a orillas de un lago pequeño y remoto donde solían quedarse durante más tiempo que el resto de sus vecinos porque adoraban el aire tonificante y los paseos por los senderos

del bosque alfombrados por musgos y helechos. Se acercaba la temporada de caza y las perdices aleteaban en el crepúsculo y los ciervos resoplaban en la oscuridad de la noche. En aquellas habitaciones ardían fuegos de leña y Lanny pensó en Karinhall, pero ¡qué dos civilizaciones tan diferentes! Se lo contó a sus amigos al llegar, entre risas: aquí la caza era salvaje y la gente civilizada, mientras que entre los nazis ocurría justo lo contrario. «¡Pero no digáis que la frase es mía!», exclamó él.

Los Murchinson eran personas mucho menos pretenciosas que los Budd y los Vandringham. Harry siempre sería aquel tipo algo ingenuo y amable que había perdido la cabeza por la preciosa Beauty Budd y había estado a punto de llevársela a ella y a su hijo pequeño a Pittsburg coincidiendo con el estallido de la guerra mundial. Adella, que conocía aquella historia, siempre había visto a Lanny como una figura romántica, un manantial de cultura del que ella siempre bebía gustosa. Ahora Harry había engordado y su esposa había alcanzado esa «edad peligrosa» en la que las mujeres buscan con ansia algo nuevo y diferente. Lanny le serviría durante algunos días, aunque de un modo puramente platónico. Lanny era el arte y la música, Lanny era Europa, un lugar al que los pensamientos de aquella mujer rica y ociosa la llevaban, presa de un sentimiento de nostalgia.

Lo más cerca que estuvieron de una conversación íntima fue cuando Adella le preguntó sobre la ruptura de su matrimonio y Lanny le habló someramente de lo ocurrido —no de la parte política, por supuesto, sino de los cargos que Irma presentaría ante el juez—. La dama del vidrio, que en su juventud había sido secretaria, suspiró y comentó que lo mismo sucedía en su hogar. También Harry insistía en leer su periódico en la mesa del desayuno sin escuchar ni una sola palabra de lo que ella decía. La única solución que se le había ocurrido fue comprar dos periódicos. «Bueno, desde luego estos días están repletos de noticias interesantes», dijo Lanny.

Les contó la historia de su visita a España y no consideró necesario esconder con quién simpatizaba. Su punto de vista era nuevo para sus amigos, de modo que le hicieron numerosas preguntas. «Bueno, si llega el momento habrá que arriesgarse», dijo Harry. Y la esposa respondió: «Podría volver a practicar mi taquigrafía y ayudarte».

En lo concerniente al cuadro, el experto pronunció una pequeña ponencia: «Me incomoda tener que sacaros dinero a vosotros dos y quiero que sepáis exactamente cómo me siento. Siempre me gusta veros y estoy convencido de que disfrutaréis contemplando este cuadro. Si queréis comprarlo, muy bien, y si no, también, pues ya me han hecho un par de ofertas y es posible que pueda

venderlo por teléfono desde aquí. Voy de camino a Cleveland para visitar a dos clientes interesados en otras obras y también uno de ellos podría querer comprarlo. Es un auténtico Goya, firmado por él mismo, y Zoltan Kertezsi lo ha confirmado. Por desgracia se trata de otro anciano caballero español y no estoy seguro de que estéis dispuestos a soportar a dos en una misma casa. No quiero que os sintáis obligados a comprarlo, no lo hagáis por amistad sino pura y simplemente porque queréis hacerlo y porque creéis que vale su precio. ¿Os parece justo?».

—Permíteme que te diga, Lanny —respondió Adella—, que esos cuadros que compramos han sido las mejores inversiones que hemos hecho jamás. Gracias a ellos mucha gente visitó nuestra casa y algunos de ellos se han convertido en grandes amigos. ¡Gente de la que nunca habríamos oído hablar si no nos hubiéramos presentado como una pareja de amantes del arte!

XI

De modo que, una vez más, el comendador salió de su sarcófago, fue colgado y ceremoniosamente descubierto ante sus potenciales compradores. La fina capa de barniz que recubría el lienzo era nueva y aportaba a la obra un innegable esplendor. Cuando Adella lo vio contuvo el aliento y Lanny supuso que su visita no había sido en vano. De pie, los tres contemplaron el lienzo durante más de una hora mientras el experto explicaba ciertos detalles de la obra, haciendo gala de la autoridad que Zoltan le había conferido y de los encantadores modales que había adquirido a lo largo de los años gracias a sus andanzas por media docena de capitales del mundo entero. Comentó los principales elementos del diseño y los patrones de color, la personalidad del modelo y la velada y sutil intención satírica del artista. Explicó el significado de las condecoraciones que lucía el comendador, así como la distinción que suponía el collar con su doble trenzado. Les habló de la orden del Toisón de Oro, fundada en Borgoña hacía muchos cientos de años. Describió las tierras de Aragón y desgranó algunos detalles acerca de su historia y de la familia a la que había pertenecido esta obra maestra olvidada.

Por supuesto, les contó la aventura del ataque del avión, los agujeros de bala y el delicado trabajo de restauración. Los invitó a tratar de averiguar

dónde estaban los orificios de bala y observó, divertido, cómo fracasaban. Había un ligero defecto en la faja que llevaba el anciano caballero y casi todos los contendientes habían escogido ese punto como uno de los posibles agujeros, de modo que disfrutó especialmente diciéndoles que tampoco ese era uno de ellos. Lanny les mostró las fotografías de la pintura dañada, por delante y por detrás, y ni siquiera con ellas delante fueron capaces de percibir la menor evidencia de que había sido restaurado. Eso era algo que siempre impresionaba a la gente y se convertía en un interesante tema de conversación.

La cuestión quedó zanjada cuando Lanny les habló de las brillantes ideas de Robbie. Harry rompió a reír y exclamó: «¡Válgame Dios, habría que dejar que Jackson lo intentara algún día!», refiriéndose al editor del periódico que leía cada mañana durante el desayuno. «Podría hacerlo a beneficio de la Cruz Roja».

Y dijo Adella: «Creo que nos quedaremos con el cuadro, querido». Y es una norma establecida en la mayoría de las familias norteamericanas acaudaladas que «si la mujer de la casa lo quiere, lo tiene». Harry firmó un cheque por veinticinco mil dólares y Lanny escribió el documento de compraventa. Cuando intercambiaron ambos documentos, Adella le hizo una petición. «Si tengo preparada mi máquina de taquigrafía por la mañana, ¿me dictarías todo lo que nos has contado? Los datos de crítica de arte, historia y todos los detalles acerca de cómo se dañó el cuadro y cómo se llevó a cabo la restauración».

Y Lanny respondió: «Solo tendrás que sentarte y hacer las preguntas». Comprendía que una dama rica como ella, ávida de atenciones, solo buscaba una anécdota más que poder contar a sus amigas.

XII

El vendedor, satisfecho con su trabajo, continuó su viaje para reunirse con varios clientes, les mostró fotografías y les habló acerca de las obras que había catalogado durante su viaje por España y Alemania, Inglaterra y Francia. Contempló hermosas pinturas, algunas de las cuales él mismo había vendido. Recibió varios pedidos, cobró algunas comisiones y en general pasó momentos muy agradables. Al parecer, el episodio de Reno no iba a suponer una gran

diferencia en lo que a su estatus social se refería. A partir de ahora sería sencillamente un «ex» —aunque un exleón, al fin y al cabo—. Nada podía alterar el hecho de que a lo largo de su vida había conocido a los hombres más notables de Europa y además sus anécdotas siempre poseían un sello de autenticidad. Siempre ostentaría sus elevados conocimientos sobre arte, y gracias a ellos conseguiría salir adelante.

Durante sus largos trayectos en coche, pensaba: «¿Cómo voy a conseguir ese avión para Alfy?». Se decía: «Regresaré a Newcastle, pondré el dinero sobre la mesa de Robbie y le diré que Alfy podría perder la vida volando en algún viejo cacharro porque no había sido capaz de conseguirle un avión decente». Le diría: «Lo tendrás sobre tu conciencia durante toda tu vida». Le diría: «Se trata de un asunto crucial para mí, la prueba definitiva de todo aquello sobre lo que me has estado sermoneando desde que era niño». Pero no, Lanny conocía demasiado bien a su padre. No funcionaría. La cuestión también era crucial para él. Sin duda sufriría, pero nunca cedería. Dejando a un lado el aspecto humano y familiar de la cuestión, Lanny no podía permitirse perder una fuente de información tan importante. Robbie siempre hablaba con él sin cortapisas, pues era tal el desprecio que sentía por sus enemigos en la lucha de clases que ni siquiera le preocupaba lo que pudieran averiguar.

Está bien, se decía, entonces tendrás que conseguir aeroplanos de otra marca. La segunda mejor. Lanny las conocía todas a conciencia después de horas de conversaciones técnicas con su padre. Podría conducir hasta la ciudad donde los fabricaran, entrar en sus oficinas y sacar de su chaqueta un fajo de billetes. «Caballeros, aquí hay veinticinco mil dólares. Quiero el mejor de sus aviones de combate». ¿Se limitarían a responderle: «Está bien, señor, aquí tiene»? O quizá le examinarían de arriba abajo y le preguntarían: «¿Para qué lo quiere?». Sin duda le dirían: «¿Dónde quiere que se lo entreguemos?». ¡Y también sobre eso tendría que reflexionar seriamente!

Lanny había leído atentamente la prensa reciente y se había dado cuenta de que no era tarea fácil introducir cualquier tipo de armamento en España. La ley estadounidense no lo prohibía explícitamente, pues el Acta de Neutralidad no era aplicable a las guerras civiles, según habían hecho notar expertos abogados al Departamento de Estado, que estaba ansioso por aplicarla. Se había alzado un gran clamor para modificar la ley con el fin de evitar que la nación se viera envuelta en un nuevo conflicto armado con el que no tenía nada que ver. Entretanto, el Departamento de Estado y todas las autoridades competentes hacían todo lo posible para impedir la venta y el

transporte de armamento al Gobierno español. Para empezar, era necesario obtener una licencia de exportación, algo que podía sufrir muchos retrasos; y entretanto se filtraría publicidad embarazosa y muy negativa para cualquiera que tuviera intención de hacer negocios con los elegantes y acaudalados caballeros de Washington que frecuentaban a los *tories* británicos, a aristócratas como el duque de Alba, a magnates como Juan March y a soldados cruzados como el general Francisco Franco, todos ellos españoles.

La situación se podría tildar de fraude de primera clase. Armas estadounidenses se vendían sin la menor restricción a Alemania e Italia, pues estos eran gobiernos legítimos representados en Washington por caballeros aristócratas y hombres de negocios. Cuando dichas armas eran reenviadas a Franco desde Portugal o el Marruecos español, los diplomáticos y hombres de Estado que integraban el llamado «Comité de No Intervención» se limitaban a cerrar los ojos, negándose a ver lo que ocurría. Sin embargo, que alguien intentara vender o enviar algo a Barcelona, entonces dichos vendedores sufrirían el asedio del servicio secreto y otros agentes del Gobierno. Los armadores serían intimidados, las compañías de seguros los amenazarían, etcétera, siguiendo en orden descendente todos los eslabones de la cadena. Cuando los barcos se aproximaran a aguas españolas, los aviones alemanes e italianos los estarían esperando, submarinos alemanes e italianos emergerían del océano y exigirían inspeccionar sus cargamentos. La prensa nazi-fascista clamaba indignada por la supresión de tan flagrante contrabando —que en su opinión no era otra cosa que mera piratería— y por la prohibición de todo aquello que, en cualquier lugar del mundo, pudiera interferir con los proyectos nazis.

Las únicas naciones que habían manifestado su simpatía hacia el Gobierno de España eran Rusia y México. La primera estaba demasiado lejos, y Lanny no conocía a nadie en la segunda; a nadie, al menos, en quien pudiera confiar. Barajó la idea de presentarse en la embajada mexicana de Washington. Pero ¿y si se encontrara precisamente con alguien que simpatizara con la causa de los caballeros en lugar de la de los trabajadores? Lo mismo podía ocurrir si acudía a la embajada española. ¿Cómo iba a distinguir un extranjero a un agente de Franco de uno lealista?

Lo único que no podía permitirse era llamar la atención sobre sus actividades. Y la verdadera debilidad de sus planes residía justo en ese punto. El campo de batalla estaba iluminado en todo momento por la luz de potentes focos, por lo que cualquiera que osara adentrarse en él quedaría estigmatizado inmediatamente. Y más que nadie el nieto de los Budd, hijo del presidente de

la Budd-Erling y príncipe consorte de Irma Barnes a punto de ser destronado. Tan pronto como pusiera un pie en una embajada, en un local comunista o socialista, en una fábrica de aviones o en la sede de una empresa de transportes, los espías del enemigo empezarían a seguirle la pista, los reporteros de la prensa rondarían las puertas de Shore Acres y, sin duda, también las de la villa que Irma Barnes Budd había alquilado en Reno.

Lanny estaba atrapado como un conejo en una jaula: iba de un lado a otro, asomaba la nariz entre dos barrotes, después entre los dos siguientes y así hasta el último de ellos para volver a empezar. Pero no había ninguna salida. Las mentes que habían diseñado la trampa eran mucho más hábiles que la del pobre conejo. Lanny podía romper con los de su clase y también con cinco de las seis familias que tenía en Norteamérica, con todas excepto con Hansi y Bess. Podía renunciar a sus fuentes de ingresos e información para embarcarse en una carrera como agitador socialista-comunista. Quizá de ese modo tendría alguna oportunidad, solo upa, de comprar un avión militar y llevarlo a Madrid. No obstante, esa opción era imposible si quería seguir perteneciendo a las clases privilegiadas. Podría gastar parte del dinero recurriendo a un amigo de confianza como Jerry Pendleton para pedirle que trabajara con él, pero de inmediato la Gestapo y la OVRA, el servicio secreto del Duce, se pondrían a investigar para descubrir de dónde había sacado su amigo de confianza todo ese dinero, lo que haría muy difícil que pudiera reunirse o incluso comunicarse con él sin que de nuevo los brillantes focos del campo de batalla le delataran. Mientras valoraba sus alternativas, Lanny comprendió con más claridad la posición de su padre y por qué Robbie había dicho que se arriesgaba a llevar a la bancarrota a la Corporación Budd-Erling si vendía sus aviones para combatir el fascismo en Europa.

XIII

Distraído por semejante problemática, el viajero regresó a Nueva York, donde lo primero que hizo fue comprar y leer algunos periódicos socialistas y comunistas, repletos todos ellos de noticias sobre España. Una de las principales noticias hablaba sobre el Comité de Ayuda al Pueblo Español, creado con el propósito de enviar suministros médicos y alimentos para apoyar

la lucha de los obreros españoles. Hasta el momento la Cruz Roja no había conseguido suficientes, de modo que lo harían los simpatizantes de otros países. No hacían falta licencias para enviar antisépticos y vendajes, leche en polvo y otros alimentos que ya empezaban a escasear en Madrid y Barcelona, ya que Franco había ocupado las regiones fundamentalmente agrícolas, mientras los lealistas tenían el control de las zonas más industrializadas. Los suministros médicos podían salvar las vidas de los combatientes, permitiéndoles volver a la batalla, ¡de modo que, después de todo, también esto constituía una forma de ayuda militar!

Tales eran los argumentos que se iban a esgrimir en un multitudinario mitin que tendría lugar, por lo que Lanny decidió quedarse un poco más en la ciudad para poder asistir. Uno de los oradores era un clérigo, pastor de una iglesia frecuentada por feligreses que comulgaban con estas ideas. Un caballero que aplicaba los ideales cristianos al presente y se había convertido en director del comité, que en esa ocasión pronunció lo que se conoce *como* un «sermón de colecta». Aunque no pudiera saberlo, esa tarde había conseguido apuntarse un gran tanto, pues gracias a su elocuencia Lanny Budd decidió de repente lo que iba a hacer con su dinero.

A la mañana siguiente fue a una papelería y compró varios folios de papel y un par de resistentes sobres de papel manila, uno más grande que el otro. Pidió utilizar una máquina de escribir durante unos minutos y remitió el sobre más grande a la atención del sacerdote, detallando: «Personal. Entregar en mano únicamente al interesado». También incluyó una nota:

«El contenido del sobre ha de ser entregado íntegramente al Comité de Ayuda al Pueblo Español. El donante desea permanecer en el anonimato, por lo que la dirección del remitente es ficticia. El donante estará en su iglesia el próximo domingo por la mañana y desea le confirme la recepción de este regalo durante dicho servicio. Por favor, predique sobre el siguiente tema: "La degeneración de la religión cristiana en España y las calamidades que ha traído al pueblo español"».

Dado que había enviado el cheque de Harry a su banco de Nueva York, ahora Lanny se presentó en su sucursal, escribió un nuevo talón a su nombre y recibió veinticinco billetes de mil dólares nuevos, suaves y relucientes que al instante se guardó en el bolsillo interior de la chaqueta. Tras asegurarse de que nadie le seguía, se dirigió a pie a la oficina de correos más cercana. Envolvió el fajo de billetes en dos hojas de papel que guardó en el sobre más pequeño. Después de sellarlo, este lo introdujo en el sobre grande que, una vez cerrado, envió por correo certificado utilizando el nombre falso de John T. Jones y la

dirección 47634, S. Halstead Street, Chicago, ¡con la esperanza de que efectivamente ambos fueran ficticios! Utilizó un sobre de entrega especial para no correr riesgos y salió de la oficina riéndose al pensar en la sorpresa que iba a llevarse aquel meritorio pastor.

XIV

Esa noche, de regreso en Shore Acres, el hijo pródigo telefoneó al hogar de su padre y dijo: «Robbie, necesito que me hagas un favor. Os invito a ti y a Esther a asistir conmigo a la iglesia el próximo domingo por la mañana en Nueva York».

—¿Se trata de una de esas iglesias socialistas tuyas? —preguntó el sufrido y experimentado padre.

—Puedes llamarlo así —respondió el hijo—, pero no te invito por eso. Hay una razón muy personal que comprenderás cuando estés allí. No te estoy pidiendo un gran favor y para mí es bastante importante.

—¿Estás pensando en meterte a cura socialista? —preguntó el padre ansiosamente, pues realmente nunca sabía qué esperar cuando se trataba de su hijo.

—Ven y tú mismo lo descubrirás.

Era un lugar muy parecido a la Primera Iglesia Congregacional de Newcastle y también sus feligreses, entre los cuales por cierto no había el menor indicio de «radicalismo». Robbie había tenido que renunciar a su partido de golf y había desayunado a la siete y media para llegar a tiempo, por lo que al parecer sí había sido un gran favor. Lanny les estaba esperando en la escalinata de entrada y los tres accedieron juntos al templo y escucharon las oraciones y los himnos, que también les resultaron parecidos a los de su ciudad natal. A Esther siempre le costaba mucho llevar a su marido a la iglesia por lo que se sintió agradecida, aunque al mismo tiempo no dejaba de preguntarse qué se les venía encima.

El predicador subió al pálpito y comenzó a hablar:

—Amigos míos: el tema del que hoy vamos a hablar es la degeneración de la religión cristiana en España y las calamidades que ha causado al pueblo español. He escogido este tema a petición de un caballero que ha prometido

que estaría presente hoy en esta misma congregación. Nunca he visto al hombre en cuestión y desconozco su nombre, pero ha pagado un alto precio a cambio del favor que ha pedido. Como muchos de vosotros sin duda sabréis, he sido nombrado director del Comité de Ayuda al Pueblo Español y recientemente tuve ocasión de hablar en un gran mitin convocado con el fin de recaudar fondos para comprar los suministros médicos que tanto necesita el asediado pueblo de España. A la mañana siguiente, un mensajero me hizo entrega de un paquete especial enviado por correo certificado y, cuando lo abrí, descubrí que contenía una nota anónima y veinticinco crujientes billetes de mil dólares. Lo repetiré, por si os cuesta creer lo que acabáis de escuchar, veinticinco mil dólares en efectivo para ayudar a salvar las vidas de los soldados españoles heridos y para alimentar a sus esposas e hijos. En toda mi vida no me había ocurrido nada semejante y deseo dejar constancia de que he recibido el paquete y darle las gracias al desconocido benefactor desde el fondo de mi corazón. Me aseguraré de que su gesto de generosidad llegue a oídos del pueblo español para que así comprendan que en la República de los Estados Unidos aún existe la verdadera democracia y que aquí viven personas que creen en la libertad. De ese modo, los heroicos soldados españoles también sabrán que no todo el mundo los ha abandonado en la hora más oscura.

Lanny y sus padres escucharon verdades que el hijo sabía bien, pero que los otros desconocían por completo. Cuando terminó la reunión y salieron a la calle, Robbie dijo: «Me ha quedado claro, hijo. Gracias por invitarme». Y Esther, profundamente conmovida, exclamó: «Has sido muy amable, Lanny. Y tu padre se beneficiará de esto, incluso a pesar suyo».

25
O Freude, habe Acht!

I

Lanny regresó a Shore Acres y dedicó su tiempo a la pedagogía. Tocó el piano para la niña, la enseñó a bailar y a dar brazadas en la piscina cubierta y la llevó a montar en poni en la enorme finca. Hablaba con ella en francés para que no olvidara por completo un sinfín de agradables recuerdos que ya empezaban a desvanecerse, y tuvo buen cuidado en mencionar a las dos abuelas al recordar algunos de aquellos acontecimientos —siempre de ambas, para no caer en favoritismos—. En los ratos libres se dedicaba a leer sobre lo que sucedía en el mundo y de vez en cuando iba a la ciudad, donde se estrenaban nuevos espectáculos y la vida humana fermentaba y proliferaba como en el interior de un alambique.

Algo nuevo iba a salir sin duda de esa alquitara, pero nadie podía saber de qué se trataba. Nuevas clases de bacterias aeróbicas bullían en su interior, combatiendo con otras más antiguas. Algunos maestros cerveceros estaban seguros de que las nuevas eran mejores que las viejas, mientras otros pensaban que serían venenosas. Igual que ocurre en el alambique de cerveza o en el lagar a la hora de pisar el Adno, en este caldo se generaban incesantes burbujas, de tal modo que de esta fermentación humana emanaba un vapor de ideas, un clamor de argumentos y discusiones, incontables millones de palabras impresas y habladas. Los hombres se gritaban unos a otros en las esquinas de las calles, alquilaban salas donde se enfurecían y lanzaban acusaciones mientras millones de hombres y mujeres acudían a escucharlos y aplaudían o abucheaban según sus inclinaciones. Durante el día, la mayoría de ellos se dedicaba a trabajar, aunque muchos habían hecho de la discusión su oficio. A estos se les conocía como «agitadores», y se ganaban la vida pronunciando

discursos, imprimiendo panfletos u organizando a otras personas para que salieran a la calle a protestar.

Había una gran zona de la ciudad conocida como Yorkville, situada al este de Central Park, donde residían muchos alemanes. Allí los nazis gritaban, desfilaban y vendían sus periódicos. Más al sur estaba el conocido distrito de Little Italy, donde los fascistas hacían exactamente lo mismo. Al este de Union Square, los comunistas habían establecido su cuartel general en el viejo edificio de una fábrica. Los socialistas tenían su sede en la Escuela Rand, cerca de allí. Y algo más lejos del centro de la ciudad, los judíos socialistas tenían un periódico con más lectores que hebreos había en toda Palestina.

Ahora todos estos grupos miraban hacia España, seguían ansiosamente el desarrollo de la guerra y repartían su propaganda por toda la ciudad. Cada vez que un vapor alemán llegaba a puerto cargado de propaganda nazi en varios idiomas, o cuando partía con armas y municiones destino a Portugal, los rojos acudían en masa a los muelles para «manifestarse» y los nazis caían sobre ellos armados con palos y porras. La policía, integrada en su mayoría por irlandeses, fervientes anticomunistas, se dedicaba a mirar y a disfrutar del espectáculo. El alcalde de la ciudad, de ascendencia judía e italiana, hasta hacía poco se declaraba socialista, y ahora los periódicos de izquierdas lo acusaban de ser un renegado mientras delegaciones de obreros le instaban a obligar a las fuerzas del orden a imponer la ley.

Ninguno de los dos bandos de esta lucha se conformaba ya con recurrir a las palabras: ambos sabían que había llegado en momento de actuar y, en consecuencia, habían abierto sus respectivas oficinas de reclutamiento. La ley prohibía explícitamente reclutar a hombres para el servicio en ejércitos extranjeros. Sin embargo, nada impedía que esos mismos hombres fueran adonde quisieran, y tampoco había ninguna ley que prohibiera dar información y asesoramiento o incluso donar fondos para ayudarlos a llegar a su destino. En Madrid se estaba organizando un cuerpo de voluntarios que ya se conocía como la Brigada Internacional, en respuesta a la Legión Extranjera de Franco. Jóvenes alemanes e italianos que se habían visto obligados a ir al exilio tendrían oportunidad de enfrentarse en suelo extranjero a los que habían sido enemigos en su patria, y actualmente estaban organizando escuadrones y pelotones. Toda la prensa neoyorquina considerada «radical» hacía crónica de sus andanzas, y Lanny seleccionaba recortes que luego le enviaba a Rick. Cuando recibió una carta de Raúl, repleta de noticias, hizo copias y se las envió no solo a Rick y a Trudi sino también, anónimamente, a varios periódicos que estarían dispuestos a publicarlas. De cuando en cuando acudía

a algún mitin, discretamente y procurando no llamar la atención. Igual que el criminal regresa a la escena del crimen, también se presentó en la iglesia en la que había contratado un sermón. Cuando uno de los empleados se acercó a él para sugerirle que contribuyera con la causa, él respondió: «Soy nuevo en la ciudad», y se marchó por donde había venido.

II

I lacia finales de octubre Hansi y Bess regresaron a casa y Lanny pasó varios días en su compañía. Sus ideas se habían aproximado más que nunca. En tiempos de guerra las diferencias parecen menos importantes que los puntos en común. Lanny les contó sus andanzas y Bess le preguntó: «¿Crees que seríamos bien recibidos en Madrid?».

—¡Santo Dios! —exclamó él—. ¡Os entregarían las llaves de la dudad!

—No podríamos aceptar su dinero —añadió Hansi.

—El dinero les sobra —respondió el otro—, lo que necesitan son aviones y tanques —y después añadió—: Es posible que lleve a Alfy y a su compinche cuando terminen su adiestramiento, así que podríamos vernos allí.

En esos momentos, los ejércitos del general Franco habían levantado el sitio de Toledo y estaban a punto de iniciar su avance hacia Madrid.

—Será mejor que nos demos prisa —dijo Bess—, o será demasiado tarde.

—¡Oh, Dios! —exclamó su marido.

Se encontraban a casi cinco mil kilómetros del peligro, pero temblaron ante la mera idea de las bombas cayendo sobre los hogares de un pueblo instruido y civilizado. A salvo en su confortable hogar, se sentaron frente al fuego de la chimenea y fueron incapaces de pensar en otra cosa que no fueran sus camaradas, recién llegados a España desde una decena de naciones, atrincherados y asediados por el fuego enemigo en la sierra del Guadarrama. Tenían dinero en el banco, lama y amigos, un arte que amaban y que gozaban interpretando, y sin embargo no se permitían disfrutar de esas bendiciones porque la civilización en la que habían sido educados se encontraba al borde de un aterrador abismo. ¿Cómo podía estar segura ninguna persona civilizada en el mundo cuando se permitía que un puñado de bandidos se apoderaran de los recursos de una nación tras otra, asesinando a todos los librepensadores y

condenando a los obreros a trabajar en la fabricación de armas de destrucción masiva? ¡Aviones y bombas para destruir ciudades desde el cielo, submarinos para torpedear a los barcos, monstruosos tanques para aplastar cultivos y seres humanos y derribarlo todo a su paso! Uno sentía la imperiosa necesidad de salir al mundo para hacer sonar la alarma, pero ¿quién le prestaría atención? Vivían en un planeta habitado por personas medio ciegas que habían hecho de la ceguera más absoluta su religión y entregaban el poder y la responsabilidad únicamente a aquellos que, como ellos, no veían nada y al mismo tiempo no permitían que nadie les dijera lo que tenían delante de las narices.

III

Lanny tomó un vapor con destino a Inglaterra, pues tenía algunos negocios artísticos que cerrar allí, y Alfy le había escrito para decirle que estaba a punto de completar su entrenamiento. Lanny quería ver a Rick para contarle las últimas noticias y también a Nina para tratar de ayudarla a superar la angustia de esos momentos. Cuando un hombre tiene amigos, no solo añade a su vida sus alegrías sino también sus penas, y él sabía que debía estar preparado para asimilar los tragos dulces y los amargos, especialmente cuando uno escoge a amigos que se autocondenan deliberadamente a la aflicción.

Realmente no había ninguna necesidad de que un joven inglés, heredero de un título y de un hermoso y antiguo patrimonio, un muchacho sensato e inteligente en mitad de una prometedora carrera universitaria, arrojara todas esas bendiciones por la borda para marcharse a un país extranjero con el fin de comprometerse en la más desesperada y angustiosa ocupación conocida: el manejo de un avión de combate en plena batalla. Sin embargo, algunos ingleses son así. Allí donde haya injusticias, en cualquier lugar del mundo, se puede encontrar a un inglés haciéndoles frente. Incluso cuando las fechorías son cometidas por su propio gobierno, alzan la voz en señal de protesta obteniendo el veredicto de la historia y salvando el buen nombre de su país.

Ahí estaba este joven alto y delgado, no especialmente robusto —aunque la fuerza física no era particularmente necesaria para pilotar un avión—. Apoyaba apasionadamente su causa y al fin iba a ser capaz de hacer algo más que permanecer sentado quejándose mientras el mundo se iba al infierno.

Durante catorce años había aprendido a odiar a los fascistas, lo que significaba que había empezado muy pronto. Pero todos lo habían hecho en su hogar de intelectuales progresistas. Alfy no solía hablar de sus posibilidades de regresar y tampoco los demás miembros de la familia, que sin duda sabían que eran escasas. Nadie hacía ni una sola alusión al heroísmo. Y Alfy dijo: «Gran Bretaña tendrá que hacerles frente tarde o temprano. Y algunos de nosotros hemos de empezar el baile».

De lo que sí hablaba, y mucho, era de los aspectos técnicos de su nueva ocupación. Discutía sobre problemas de balística y sobre el carenado NACA; los motores de válvulas fabricados con tungsteno, vaciados y vueltos a rellenar con nitrato de potasio y nitrato de sodio para mejorar la refrigeración; coeficientes de carga alar —cuando volaba en modo de «caza» lo hacía con un coeficiente por encima de los treinta, y «descendía a noventa», lo cual quería decir que su velocidad de aterrizaje era de noventa millas por hora—. También hablaron sobre octanaje, que era cada vez mayor. Le pidió a Lanny que le informara sobre los aviones militares estadounidenses. Los Boeing, que habían desbancado a otras marcas, y los Douglas, que más tarde habían dejado a Boeing fuera de competición. Y ahora los Budd-Erling, que iban a dejarlos a todos fuera de combate.

Lanny contó la triste historia de su fracaso con Robbie. No tenía por qué disculparse, pero tampoco había necesidad de ahorrar detalles, pues la familia conocía a Robbie desde antes de que Alfy naciera y sabía que no era fácil tratar con él, y que los resultados no siempre eran buenos. Alfy le dijo a su amigo que no se preocupara, pues estaba seguro de que el Ejército español contaría con muchos aviones buenos. Había practicado con cuantas marcas y modelos había tenido oportunidad y también estaba aprendiendo mecánica, pues en tiempos de guerra nunca se sabe qué emergencias pueden surgir. Alfy quería llegar a Madrid y, si lo conseguía, su mando allí sería el comandante Ignacio de Cisneros, el marido de Constancia de la Mora. Alfy quiso saber si ella le había hablado de su marido o de los aviones que pilotaba. Era una lástima que Lanny hubiera pasado tanto tiempo en El Prado en lugar de visitar los aeródromos para ver lo que tenían. «En aquellos momentos ya se mostraban bastante reservados con los desconocidos».

Cuando terminó el fin de semana, Lanny cogió el pequeño automóvil de Nina y llevó al muchacho a la escuela de vuelo privada a la que asistía, a unos ochenta kilómetros. Disponía de una gran pista y un hangar, y al llegar se encontraron con un grupo de jóvenes, entre los que se encontraba un muchacho pelirrojo y robusto que era el amigo de Alfy. Utilizaban un nuevo

lenguaje que debía ser traducido a cualquier neófito, ya fuera norteamericano o inglés. Aquel lugar le transmitía a Lanny las mismas sensaciones que el campo de entrenamiento de la llanura de Salisbury que habían visitado con Robbie en el verano de 1914, pocos días antes del estallido de la Gran Guerra. Ahora los aviones eran tres veces más veloces que aquellos viejos cajones con alas de madera y lona, pero el espíritu de los pilotos era el mismo y Lanny tembló al pensar en lo mucho que se parecía la actual situación mundial a la del día en que se enteró del asesinato del archiduque austríaco y la duquesa. El Gobierno británico estaba compuesto prácticamente por la misma vieja pandilla que había aprendido lo suficiente en 1914 como para ser capaz ahora de controlar sus nervios e ignorar cada amenaza de guerra que se presentaba.

IV

En uno de los hangares les aguardaba un avión de entrenamiento biplaza, y Alfy dijo: «¿Te gustaría subir conmigo?». Y Lanny respondió: «Claro que sí». Ya había volado a bordo de un Budd-Erling en Estados Unidos, así que cualquier otra cosa sería pan comido.

Sacaron el avión a la pista y, mientras el motor se calentaba, el visitante se puso un grueso traje de piloto y el paracaídas que exigía la ley. Alfy examinó el cuadro de mandos y ambos se abrocharon los cinturones y se colocaron sendos auriculares, pues el piloto ha de comunicarse con su copiloto y, aunque vayan sentados uno al lado del otro, en pleno combate no puede permitirse apartar la mirada de su objetivo ni siquiera para decirle algo al oído. El rugido del motor siguió aumentando y el avión empezó a moverse. Ganó velocidad y se elevó con elegancia y pronto estuvieron sobrevolando la campiña de Hertfordshire mientras Alfy le señalaba algunos lugares del paisaje que debía conocer y que había estudiado mediante mapas y fotografías con el fin de reconocerlos desde el aire.

Era muy agradable charlar allí sentados, al tiempo que disfrutaban de una actividad que había sido uno de los mayores sueños de la humanidad durante veinte o treinta siglos, o quizá desde que el primer hombre contempló a un águila o a un halcón volando en las alturas, volando con exquisita elegancia y tentadora sencillez. «Nunca me aburro», dijo Alfy, «porque practico a todas

horas y siempre hay algo nuevo que aprender». Y Lanny respondió: «¡Adelante, muéstrame lo que sabes!», pues era consciente de que aquel era un lujo caro.

El avión comenzó a ascender y pequeños chasquidos, como si se estuviera friendo algo, resonaron en los oídos de ambos pasajeros. «No me dejes ascender demasiado, aún estoy en plena práctica, ¿sabes?». Lanny esperó hasta comprobar cuánta presión resistirían sus oídos y dijo: «Tranquilo, gritaré».

Al alcanzar los diez mil pies, el piloto estabilizó el aparato y sintieron un frío intenso a pesar del mono de aviación. «¿Quieres que probemos a hacer un picado?».

Lanny sabía que «entrar en pérdida» era uno de los accidentes más temidos a los que podía enfrentarse un piloto. El avión se inclina antes de caer y la aeronave queda fuera de control a menos que el aviador sepa cómo actuar y reaccione a tiempo. Un buen piloto de combate ha de conocer todos los trucos, especialmente este, pues permite salir de la zona de fuego de un perseguidor y desaparecer en cuestión de segundos. «¿Ya lo has intentado antes?», preguntó Lanny. «Muchas veces, es lo que más me gusta», respondió su amigo, fiel a la vieja fórmula que sus compatriotas habían hecho famosa en el mundo entero. «¡Adelante!», dijo el otro.

De repente el avión describió un giro de noventa grados y comenzó a deslizarse lateralmente en el aire. Al principio uno no es consciente de que está cayendo —tan lejos estaban de todo—, pero enseguida se da cuenta de que la tierra se encuentra cada vez más cerca y el aire presiona los tímpanos cada vez más fuerte, drenando la sangre de los capilares. El primer impulso del piloto es tirar con fuerza de la palanca, pues ese es el modo de equilibrar la nave, pero en estas condiciones el mando no solo no responde como debiera sino que, cuanto más se tira de él, más empeora la situación. Lo que hay que hacer es dejarse caer en picado, ganando más y más velocidad, y en caso de haber empezado a descender desde una altitud suficiente, gradualmente el piloto debe conseguir reequilibrar la aeronave. Lanny apretó los puños y trató de controlar el miedo, a sabiendas de que si su amigo fallaba no dispondría de mucho tiempo para asustarse. Entonces un terrible rugido taladró sus oídos y, cuando el avión empezó a estabilizarse de nuevo, todo se volvió negro de repente, se hundió en su asiento y perdió la consciencia durante el aterrizaje.

Cuando volvió a abrir los ojos estaba mareado, todo a su alrededor se veía borroso y escuchó la voz de su amigo que decía, muy nervioso:

—¡Oh, Lanny, no debí haberlo hecho!

Entonces se dio cuenta de que de nuevo estaba en suelo inglés y su deber era esbozar una sonrisa. Hizo un esfuerzo y comentó:

—Es curioso. Me siento como si me hubiera administrado un anestésico.

—¡Oh, qué idiota he sido!

—¡Por supuesto que no! —respondió Lanny, rápidamente—. Ha sido una experiencia interesante y me alegro de haberla tenido.

—No estás habituado, eso es todo. Yo me fui preparando poco a poco y debería haberme dado cuenta de la diferencia.

Lanny se dio cuenta de que Alfy intentaba dejarle en buen lugar delante de sus amigos, mecánicos y estudiantes, que habían acudido rápidamente para ver lo que sucedía.

El norteamericano debía plegarse a las reglas del juego, de modo que dijo: «Muchachos, ahora sé lo que sentís cada vez que os enfrentáis al enemigo». Algunos de ellos estaban recibiendo el mismo entrenamiento que Alfy y el muchacho ya había hecho las presentaciones al llegar. Lanny permaneció sentado un rato más, escuchándoles hablar sobre distintos modelos de aviones y cómo se comportaba cada uno de ellos al descender en picado, y se alegró de no tener que moverse hasta estar seguro de que sus piernas le sostendrían y no daría un nuevo espectáculo.

V

De regreso en París consiguió un coche y fue a ver a Trudi. Con mucha cautela, se habían escrito varias cartas en las que se referían a sus respectivas ocupaciones como «bocetos». Lanny le había contado que el comendador había encontrado un confortable hogar en Pittsburgh. Y Trudi le había explicado, a vuelta de correo, que una de las personas que habían estado promocionando su obra había sufrido un serio accidente.

Lanny llegó a su apartamento a última hora de la tarde y le preguntó sobre el asunto antes de abordar ningún otro tema. El hombre en cuestión, un exprofesor socialdemócrata ahora refugiado que se ganaba la vida como traductor en París, había desaparecido. Eso era todo lo que podía contar. Se había despedido de un amigo en un café al anochecer para volver a casa y no

habían vuelto a saber de él. Transcurridas más de dos semanas, la policía francesa había sido incapaz de encontrar el menor rastro.

En opinión de Trudi, la Gestapo le seguía los pasos desde hacía tiempo y lo había liquidado. Ya había ocurrido en varias ocasiones, no solo en Francia sino también en Suiza, Austria y Checoslovaquia, países todos ellos fronterizos con Nazilandia. Trudi sospechaba que a la Sûreté Générale no le preocupaba demasiado el asunto. Ella se había mantenido al margen, pero la policía se había limitado a decirles a los amigos del desaparecido que no era improbable que se hubiera caído al río o se hubiera suicidado, que hubiera huido con alguna mujer o para evitar el pago de una deuda. Se les daba muy bien imaginar excusas con tal de evitar problemas con su susceptible y peligroso vecino. ¡De un modo muy diferente habían actuado cuando un general ruso, prominente líder de los blancos, había desaparecido y enseguida sospecharon que había sido víctima del OGPU![144]

Una difícil situación para Trudi, que podía ser la siguiente. Lo único que podía asegurar era que sus encuentros con el desaparecido habían tenido lugar con la mayor discreción y nunca habían intercambiado notas ni mensajes de ninguna clase. Aún disponía de otro contacto, por lo que su trabajo no se había visto interrumpido. Seguiría llevándolo a cabo mientras estuviera viva y hubiera fondos para financiarlo. Lo que, por supuesto, dependía de Lanny. De modo que él le habló de su viaje y le contó lo que había hecho con el dinero que había ganado con la venta del comendador. Ella se quedó muy decepcionada por el asunto de la Budd-Erling, pues era consciente de las maravillas que podría haber conseguido en España.

¡Malas noticias para aquella atormentada tierra! Los italianos habían desembarcado a cien mil soldados y el general Franco avanzaba hacia Madrid en formación de a cuatro y, de acuerdo con su habitual proceder, sin tomar prisioneros. Entretanto, la farsa de la «no-intervención» continuaba. Los gobiernos implicados seguían reuniéndose en una conferencia tras otra mientras los delegados nazis y fascistas, como era habitual, lanzaban acusaciones y negaban con total descaro cada uno de sus ataques contra los «judíos bolcheviques». Dado que el Comité no recibía quejas oficiales por parte del Gobierno español ni, a título personal, por parte de ningún ciudadano acerca del incumplimiento de las leyes internacionales, las únicas denuncias procedían de la Unión Soviética, cuyo Gobierno había anunciado que, si las violaciones de neutralidad continuaban, estaría en todo su derecho de vender armas al Gobierno lealista. De ese modo, la guerra civil española se

extendía a través de la prensa y las ondas de radio hasta convertirse en una guerra civil europea.

VI

En mitad de aquel conflicto y con los peligros que amenazaban a su causa parecía una deslealtad que uno se preocupara por sus propios problemas. Lanny, sin embargo, había vivido la mayor parte de su vida —dentro de poco cumpliría treinta y siete años— en una Europa desgarrada por la guerra o por la inminencia del conflicto, de modo que había aprendido a mantener a raya los problemas cuando la situación lo requería. Dejó que Trudi dijera todo lo que tenía que decir, y después le preguntó:

—Bueno, ¿has pensado en lo nuestro?

Ella lo había hecho, y estaba preparada para la pregunta.

—Lanny, ¿cómo puedo pensar en hacer feliz a un hombre cuando he de llevar esta vida y podría desaparecer de un momento a otro en mitad de la noche sin dejar rastro?

—Deja que yo me preocupe de eso, querida —respondió él—. Yo soy el único juez en lo que a mi felicidad se refiere.

—No puedo dejar este trabajo, lo sabes.

—¿Alguna vez me has oído sugerir tal cosa?

—No, pero pensaba que…

—No era eso sobre lo que debías pensar, querida Trudi. Tenías que decidir si eres o no viuda.

Esta vez no podría evitar la cuestión. Dudó unos instantes y después murmuró:

—He decidido que soy viuda.

Eran unos extraños preliminares para hacer el amor, pero sin duda este era un caso especial en tanto que Lanny era un amante especial. Estaban sentados en dos incómodas sillas, a poco más de un metro de distancia el uno del otro, y él no hizo el menor ademán de acercarse a ella, pero miró fijamente sus melancólicos ojos azules y le sonrió con ternura. Ella llevaba una camisola de pintor, que al parecer había lavado para recibirle. Como siempre, se había recogido el cabello color trigo en un moño sobre la nuca y no llevaba ningún

adorno aparte de sus sensibles rasgos delicadamente cincelados y su hermosa y honesta mirada, azul como el cielo en verano.

Tratando de ser justo, Lanny comenzó un pequeño discurso sobre el más antiguo de todos los temas:

—A lo largo de mi vida he tenido el amor de cuatro mujeres, Trudi, y de cada una de ellas aprendí algo de lo que quizá ahora nos podamos beneficiar. El amor es uno de los dones más preciosos de la naturaleza que a menudo solemos desperdiciar a causa de nuestra necedad. Lo echamos a perder con supersticiones y tabúes, con vanidad, avaricia, egoísmo o pura y simple estupidez. Las mismas fuerzas que destruyen la mayoría de las cosas valiosas de la vida. Los mojigatos y los intolerantes lo desdeñan como algo meramente sensual. Sin embargo, la gente civilizada es, por lo general, abrumadoramente racional. El amor es únicamente lo que cada uno de nosotros y la persona amada hacemos de él. Por eso he esperado tanto tiempo para que decidieras por ti misma.

—Ha sido muy dulce por tu parte y te lo agradezco —aseguró ella.

—Es habitual que la gente joven se deje arrastrar por el amor, de forma distraída, al ver un rostro o incluso un simple tobillo. Pero cuando crecemos nos tomamos las ideas con más seriedad y he aprendido que no puedo amar a nadie con quien no comparta la fe que me motiva y me da ganas de vivir. Por eso se rompió mi matrimonio. Sencillamente no podía soportar el modo de pensar de Irma, igual que ella despreciaba el mío.

—Lo comprendo, Lanny, pero ¿no crees que has ido a parar al otro extremo? Estamos muy de acuerdo en el plano intelectual, pero desconozco por completo tu mundo. No sabría cómo vivir en él.

—No estoy seguro de querer que vivas en él. Me muevo en esos ambientes para ganar dinero u obtener información. De otro modo, dudo mucho que quisiera tener algo que ver con todo eso.

—¿De veras piensas así? ¿Y qué me dices de tu hijita, por ejemplo?

—Pensé mucho en ello durante mi última visita. Es adorable y la quiero mucho. Pero hubo un tiempo en que sentí las mismas emociones por mi hermanastra. Era una niña alegre y deliciosa. Tocaba para ella cada día y la enseñé a bailar y pensaba que esa misma inocencia sobreviviría durante toda su vida. Sin embargo, en este último viaje me alegré de que no estuviera, pues ahora le pertenece a un hombre al que desprecio y no habría sido agradable para mí fingir que le respeto y que comparto sus opiniones. Dudo que pudiera volver a vivir en Bienvenu si ella y su marido se instalaran allí. Y naturalmente temo sufrir la misma decepción con Frances. Ella será educada por su madre y

por sus dos abuelas y, si el mundo sigue siendo como es actualmente, acabará casándose con algún joven esnob y ricachón cuya conversación me dará ganas de tirarle un cojín a la cabeza. ¿Comprendes por qué quiero vivir el tipo de vida que me permita hacerlo de acuerdo con mis ideas?

—Sí, Lanny —respondió ella en voz baja—, ¡pero has escogido a una mujer que vive en unas circunstancias completamente anormales!

—Tengo la esperanza de que eso llegue a cambiar un poco. En condiciones de ansiedad y tensiones nunca conseguimos dar lo mejor de nosotros mismos.

—Yo no he escogido mis circunstancias. Después de pensar mucho en ello, día tras día, he decidido plantearte esta cruel cuestión: imagina que nos convirtiéramos en amantes y que algún día decidiera que mi deber me exige regresar a Alemania.

Interiormente, Lanny se estremeció, pero respondió de inmediato:

—Si me plantearas algo así, por supuesto, esperaría poder discutir contigo la cuestión. Me has aconsejado en muchas ocasiones que permanezca en mi mundo y siga haciendo lo que hago y quizá podría convencerte de que lo mejor sería que me ayudaras en mi trabajo. Pero si no lo consiguiera, entonces por supuesto iría contigo a Alemania a hacer todo lo que pudiera para ayudarte. Mis contactos me han sido útiles en el pasado y podrían volver a serlo.

—Pero todo eso no nos dejaría demasiado tiempo para el amor, Lanny.

—Mi querida Trudi, si a alguno de los dos le hubieran preguntado en qué clase de mundo le habría gustado vivir, dudo mucho que hubiéramos escogido este. Pero aquí estamos, y se trata de un lugar en el que el amor suele conducir a una existencia sumamente precaria. Hay un antiguo poema alemán que aprendí cuando era un muchacho sobre los dos compartimentos en que se divide el corazón y lo que contiene cada uno de ellos. ¿Lo conoces?

—No lo recuerdo.

—Los anatomistas dicen que el corazón posee cuatro cavidades, pero el poeta solo habla de dos. En una de ellas se aloja la alegría y en la otra la tristeza. Cuando la alegría se despierta en una, la tristeza se duerme en la otra, y el poeta le susurra a su alegría que sea cuidadosa y hable con suavidad para que la tristeza no se despierte. *O Freude, habe Acht! Sprich leise, dass nicht der Schmerz erwacht!*[145]

VII

Lanny sabía que la última dama que había escogido era un ser eminentemente ético. Se guiaba por el intelecto y por un hondo sentido moral. Había pensado durante mucho tiempo en lo que iba a decirle. De hecho, lo había hecho tan a menudo que casi había llegado a aprenderlo de memoria. Supuso que precisamente a Trudi no le molestaría que sonara como un discurso. Ella no querría que se mostrara demasiado sentimental y tampoco que la empujara a perder el control de sus emociones. Escucharía con atención cada palabra que él dijera, deseando asegurarse de que estaba dispuesto a entregarle lo mejor de su naturaleza y a apreciar lo mejor de ella. Él deseaba encontrar las palabras adecuadas y al mismo tiempo ser capaz de mantener su amigable sonrisa y no resultar demasiado ceremonioso, pues esperaba enseñarla a relajarse y disfrutar y a recuperar algo del color de esas mejillas que el miedo había hecho palidecer.

Le dijo que la práctica del amor era extremadamente antigua y que la naturaleza había establecido sus pautas atendiendo a su propio beneficio.

—Los ascetas le han dedicado siempre los peores epítetos —dijo él—, pero el caso es que se trata de la más delicada y graciosa de todas las artes y sus delicias son capaces de penetrar cada fibra del ser, convirtiéndose al mismo tiempo en la base de la simpatía y el entendimiento, la camaradería y la cooperación, la lealtad y la devoción entre dos personas. El amor es como el fuego bajo las calderas, que produce la energía necesaria para poner en marcha las máquinas. Sin él la vida es como una película en blanco y negro; con él las imágenes relucen con todos los colores del arcoíris.

—Creo que puedo detectar en tus palabras esos efectos de los que hablas —respondió ella.

—He sido bendecido con el don de la palabra. Sin embargo, convertir los sueños en realidad requiere mucha reflexión y un denodado esfuerzo. No basta con honestidad y buenos propósitos; es necesario tener profundos conocimientos de psicología, pues no hay dos seres humanos iguales ni capaces de comprenderse el uno al otro por completo. ¿Cómo iba a ser eso posible con lo mucho que nos cuesta comprendernos a nosotros mismos? Lo principal es ser capaz de apreciar la posibilidad de alcanzar la felicidad y estar dispuesto a pagar el precio por obtenerla a base de amabilidad y paciencia y una preocupación desinteresada por el bienestar del otro. Uno de los grandes secretos que he aprendido sobre la aceptación del amor es que es más sabio no

pensar en el que recibimos sino en el que damos. Y esta actitud ha de ser mutua, por supuesto. De no ser así, se convierte en abuso, que es justo lo contrario.

—Estoy de acuerdo con todo eso, Lanny.

—Te estoy pidiendo un regalo y tienes derecho a saber lo que espero hacer con él. No soy una persona en absoluto depredadora y siempre espero corresponder, con justicia y amistad, por todo aquello que recibo. No puedo prometer pagar en placer, pues sería profundamente egotista por mi parte asumir que puedo darte tanto en ese sentido como tú a mí.

Volvió a sonreír, pero ella no le correspondió. Sus serios ojos azules miraban con intensidad los color castaño de él. Los rasgos finamente cincelados de la joven, con expresión concentrada, le hicieron preguntarse si habría elegido el método adecuado para dirigirse a una santa.

—Para empezar —continuó él— es fundamental que haya franqueza. Haré todo lo que esté en mi mano para decirte quién soy, lo que siento y lo que deseo. Si tú haces lo mismo seremos capaces de comprendernos el uno al otro y evitaremos cometer muchos errores que en ocasiones pueden resultar nefastos. Una de mis convicciones más firmes es que el amor ha de basarse en realidades y no en ninguna modalidad de autoengaño. Y ya que has sido una mujer casada, podrías considerar esto como un curso de posgrado en el arte del amor. ¿Puedes decirme con franqueza qué es lo que sientes ahora mismo?

—Por encima de todo, Lanny, he de decirte que no quiero tener ningún hijo. No podría soportar traer a una criatura al mismo mundo que habitan los nazis.

—Los nazis han estado teniendo muchos hijos. Así es como planean perpetuarse.

—Lo sé. Ellos están en situación de hacerlo. Tienen un Gobierno, educación, dinero, todo. Y yo, que he de combatirlos, tengo muy poco, y eso he de reservarlo para mi trabajo.

—Está bien —respondió él—. Por el momento, y aunque nos resulte difícil, no tendremos hijos. Y ahora otra cuestión práctica: sabes que no puedo casarme contigo hasta que reciba un cablegrama desde Reno, Nevada.

—No creo que sea necesario que te cases conmigo, Lanny.

—¿Por qué no?

—Porque no quiero atarte. Quizá sea capaz de hacerte feliz y quizá no. Si no voy a entrar en tu mundo, ¿para qué íbamos a pregonarlo arriesgando tu prestigio y tu trabajo?

—¿No crees que la ceremonia del matrimonio sea necesaria para sellar nuestro amor?

—Nunca se me habría ocurrido semejante idea. Lo único que me importa es lo que hay en tu corazón y eso ya me lo has dicho en alguno de tus pequeños discursos.

—Te honraré y te respetaré. Trataré de comprenderte y de comprender tus necesidades para poder darte lo que me pidas. Te ayudaré poniendo de mí todo lo mejor. Y si alguna vez estás en peligro te apoyaré igual que lo he hecho hasta ahora. ¿Es eso lo que querías escuchar?

—Sí, querido —respondió ella—. Eso lo aclara todo.

—¿Y esta es nuestra ceremonia?

Ella bajó la mirada y susurró:

—Sí.

—¿Sabes, Trudi? —dijo él, sin dejar de sonreír—. Nunca te he besado.

Se incorporó, la cogió de la mano y la condujo hasta el sofá que estaba en una esquina de la estancia. Se sentó a su lado y dijo:

—Y creo que sería muy agradable hacerlo.

Se sorprendió ante la reacción de Trudi. Se inclinó hacia él y dejó que la abrazara mientras rompía a llorar suavemente.

—¿Es así como te sientes, querida? —preguntó él.

—¡Oh, Lanny! —exclamó ella—. ¡He estado tan sola! ¡Y me he pasado tanto tiempo tratando de evitar que lo supieras!

VIII

Después de lo ocurrido, Lanny no quería marcharse a Bienvenu. Deseaba permanecer exactamente donde estaba. Le habría encantado buscar un estudio más grande donde poder instalarse, pero debía ser discreto mientras siguiera siendo legalmente el príncipe consorte, y Trudi insistió en que era necesario que continuaran reuniéndose en secreto con el fin de evitar atraer la atención de los nazis sobre Lanny Budd, de modo que el *modus operandi* sería el mismo que hasta ahora: ella caminaría por una determinada calle y él llegaría a buscarla en su coche.

Había tantas carreteras y deliciosos paisajes que recorrer al abandonar París, hacia todos los puntos cardinales; tantos lugares idóneos para cenar, antiguas y discretas fondas en las que una pareja que disfrutaba de una informal luna de miel podría pasar la noche sin responder preguntas.

—¡Oh, Lanny! —exclamaba ella de cuando en cuando—. ¡Estás gastando tanto dinero!

A lo que él respondía:

—Nunca, desde que nací, he vivido tan económicamente.

Leían los periódicos y escuchaban la radio en el coche, y sobre la mayoría de sus pensamientos pesaba la negra sombra de la muerte y destrucción que se arrastraba sobre España. Sufrían al contemplar el fútil e hipócrita espectáculo protagonizado por el Comité de No Intervención reunido en Londres y por la Liga de Naciones en Ginebra. Asistieron a un multitudinario mitin convocado por los sindicatos de París en el gran Luna Park. Se sentaron en lugares separados para escuchar cómo Léon Blum defendía su política, mientras la mayor parte de la audiencia coreaba: «*Des avions pour l'Espagne!*». Estaban seguros de que tal consigna no sería escuchada, pero de algún modo su amargura era más fácil de soportar cuando hablaban de ello. El dolor cuando es compartido se reduce a mucho más de la mitad.

—Uno no puede ser completamente infeliz cuando tiene amor —dijo Lanny.

De inmediato, la conciencia de Trudi le hizo responder:

—¡Pero, Lanny, debemos ser infelices!

—¡Inténtalo, si puedes! —respondió él.

Y ella lo intentó, pero no lo consiguió. El hombre que había conseguido ser feliz en cuatro relaciones diferentes, a lo largo de dos décadas en las que Europa había vivido aplastada por la miseria, le aseguró que también ese era un arte que requería práctica. Y cada vez que la estrechaba en sus brazos le decía: «La naturaleza ha dejado claro que desea que sigamos intentándolo, incluso en tiempos de guerra».

IX

El señor y la señora Dingle se detuvieron en París, a su regreso de Nueva York, y Beauty sugirió que Lanny los llevara en coche el resto del camino, pero él dijo que se había ofrecido a llevar a Alfy y a su amigo a Madrid. Eso parecía peligroso y su madre trató de disuadirlo, pero sin éxito. Ni siquiera estaba seguro de si regresaría a Bienvenu el próximo invierno, lo que despertó aún más las sospechas de su madre, por lo que en cuanto tuvo ocasión de estar a solas con él le dijo:

—¿Se trata de esa mujer alemana?

No creía que fuera a servir de nada mentirle. Además, hacerlo sería cruel, pues ella seguiría buscándole muchachas casaderas, de modo que respondió:

—Es alto secreto, vieja amiga, y no debes mencionárselo absolutamente a nadie. Hay varias razones para ello.

—¡Oh, Lanny! ¿Pero qué cosas tan terribles estás haciendo?

—No pasará nada mientras no se hable de ello. Lo único que has de decir si alguien pregunta es que sigo trabajando intensamente en la venta de obras de arte, con el fin de ahorrar para cuando me haga viejecito.

—Dime la verdad, cariño, ¿eres feliz con esa mujer?

—Más feliz que nunca desde que Marie murió.

Eso lo justificaba todo a ojos de Beauty. El amor era el medio ideal para alcanzar la felicidad.

—¿Es una buena mujer? —preguntó ella.

Y el hijo descarriado le respondió:

—Tan buena que sin duda alguna da miedo. A menudo pienso que no seré capaz de mantenerme a la altura de su entereza moral.

Él sonreía, pero su madre le miraba con mucha seriedad.

—Sé muy bien lo que es eso —confesó ella—. ¡Tengo al más devoto de los maridos y a veces me siento igual!

Beauty había llegado en compañía de *madame* Zyszynski, que iba a pasar uno o dos meses en Balincourt. Su madre estaba a punto de telefonear para que pasaran a recogerla cuando Lanny se adelantó.

—Haré primero una prueba con ella y después podrá marcharse.

Condujo hacia la orilla izquierda con la médium y la dejó en un pequeño hotel, con una copia de *Le Rire* para que se entretuviera mientras esperaba. Después fue al estudio de Trudi y le dijo:

—*Madame* está a la vuelta de la esquina, preparada para una *séance*.

Trudi se sorprendió, incluso pareció alarmada.

—Pero, Lanny, ¿de veras crees que debo hacer eso justo ahora? Llevo tiempo esforzándome para no pensar en Ludi.

—Lo sé, pero él sigue estando en tu subconsciente y recibir algún mensaje suyo del más allá no creo que vaya a hacerte pensar que está vivo. Además, podrían aparecer otros espíritus. Bhikkhu o tu tío abuelo Wilhelm, si es que se llamaba así, o quizá Tecumseh lance algún grito de guerra para ti… Es capaz de ponerte los pelos de punta.

Trudi se quitó la bata de trabajo, se puso un vestido y un sombrero y salió caminando hacia el hotel mientras Lanny esperaba en el coche leyendo *Le Populaire*. En esa época era sin duda el periódico más extraño del mundo, pensó mientras lo hojeaba. Longuet lo había fundado durante la guerra mundial y había gastado su fortuna para hacerlo despegar. Después, Blum se había convertido en director adjunto y a base de esfuerzo y habilidad política había llegado a convertirse en un factor dominante para la publicación. Durante la presente crisis española habían decidido sacar partido a sus desacuerdos, de modo que cada editor daría rienda suelta a sus propias convicciones. Como consecuencia tenía lugar un constante debate cuyo resultado era como escuchar a una docena de bandas de música tocando al mismo tiempo una melodía diferente. En una columna, el primer ministro explicaba que la *chère Marianne* debía poner su casa en orden y que solo de ese modo se volvería inexpugnable ante cualquier ataque. En la siguiente columna, el editor que se ocupaba de los asuntos internacionales declaraba que el garrafal error que estaban cometiendo los actuales dirigentes europeos sería fatal para todas las instituciones republicanas, no solo en España sino también en Francia y en el resto de Europa. Una admirable demostración de libertad de discusión, aunque a Lanny le parecía que aquello era como celebrar un debate entre la tripulación de un barco que se dirige hacia las rocas de un acantilado.

X

Madame quería asistir a la proyección de una película, uno de sus pasatiempos favoritos, por lo que Lanny tendría tiempo para disfrutar del informe de su *amie* antes de recogerla. Al verla llegar no tuvo la menor duda de que algo importante había ocurrido. Tenía las mejillas sonrojadas y no únicamente a causa del frío aire otoñal.

—¡Oh, querido! —exclamó ella—. ¡Qué experiencia tan increíble! ¡No sé cómo contártelo!

—¿Ludi? —preguntó él.

—¡Ludi vivo y hablando conmigo, respondiendo preguntas y haciendo algunas!

—¿Y su voz?

—Eso es aún más extraño. Era la voz de *Madame* y la del viejo indio, pero con la mente de Ludi, su personalidad. ¡Lo sabe todo sobre nosotros!

—Espero que esté de acuerdo.

—Nos da su bendición. Dice que es lo mejor que podía ocurrir y que llevaba mucho tiempo esperándolo. —Hubo una pausa y de repente la mujer exclamó en tono ansioso—: ¡Lanny, tú no me engañarías con algo así!

Ella ya se lo había preguntado antes, de modo que él no se sorprendió.

—Es difícil dejar de pensar en ello, querida. Pero debes saber que no me gusta engañar a la gente.

—Podrías estar intentando ayudarme a ser feliz.

—Esa sería la vía fácil y rápida, pero yo he escogido la más dura. Nuestro amor ha de cimentarse sobre la verdad.

—Lanny, ¿me das tu palabra de que no le contaste a *Madame* nada sobre nosotros?

—Mi palabra de honor como caballero, amante y amigo. Nunca le he dicho tu nombre a *Madame* ni a nadie fuera de Alemania desde que supe que estabas operando en la clandestinidad hace más de cuatro años. Nunca he mencionado el nombre de Ludi, excepto en la sesión con Bhikkhu de la que te hablé.

—Tengo que creerlo, Lanny.

—¡Por supuesto que sí! Me tomo estos fenómenos psíquicos muy en serio. Siempre tomo notas y los estudio, me esfuerzo en averiguar lo que significan poniendo lo mejor de mí. Intento no dejarme engañar y por supuesto jamás se me ha ocurrido engañar a nadie. Lo que busco es quizá la clave a un nuevo ámbito de conocimiento. Pueden ser los espíritus de los muertos o quizá nuestros recuerdos que adquieren vida propia. Puede tratarse de una especie de plasma mental que funciona de manera independiente de ti y de mi, construyendo nuevas formas del mismo modo que tú dibujas o yo interpreto música. Puede existir otro proceso de creación subyacente. No sé de qué se trata, pero sé que es real. Me fascina y pretendo descubrir todo lo que pueda acerca de ello. Cuéntame ahora lo de Ludi.

—Habló sobre nosotros de una forma muy realista. Sabe cómo vivimos. Incluso mencionó el *auberge* donde pasamos el último fin de semana y también el *armoire* que dijiste que le encantaría a tu madre.

—¿Dijo cómo sabía esas cosas?

—Dijo que no podía explicármelo porque yo no lo entendería. Lo dijo varias veces, aunque a mí me pareció una evasiva.

—No necesariamente. ¿Cómo le explicarías una fórmula algebraica a un niño?

Lanny había tomado la precaución de llevarse un cuaderno de notas e iba garabateando palabras como *armoire* o *oeufs á la coque*, que habían pedido para desayunar durante su última excursión, y también el nombre de «Estaire», el esfuerzo de Ludi a la hora de pronunciar el nombre de la madrastra de Lanny, lo que parecía sugerir que una mente o una lengua francesa estaban implicadas en todo aquello. Ludi no dijo nada sobre Alemania, excepto que estaba al corriente del trabajo de Trudi y la apoyaba. Quería asegurarle que, en el lugar donde ahora se encontraba, no la necesitaba y que se alegraba de que ella fuera feliz. Se expresaba de un modo espiritual que nada tenía que ver con el lenguaje marxista. Cuando ella lo comentó, él respondió: «Cuando yo soy alguien, soy consciente de ello, ¿no es así?». Después se echó a reír y siguió tratando de convencerla de que realmente era él, mencionando varios detalles domésticos, que incluían un cepillo de dientes con el mango de plástico de un brillante color púrpura.

XI

—Bien, al fin lo has conseguido —dijo Lanny—. Pensaba que te ocurriría tarde o temprano. Y ahora, ¿qué opinas de todo esto?

—He estado intentando recordar todo lo que dijo, para asegurarme de si había algo que yo no sabía.

—Y de ese modo creer que se trata de telepatía. Pero no te engañes con esa palabra. No olvides lo que estás dando por sentado: que tu mente o la de *Madame*, de algún modo oculto, son una sola. O, al menos, se comunican la una con la otra, o se mezclan de manera que no puedes ocultarle tus secretos. Sin duda eso es algo nuevo y merece la pena saber más sobre ello.

—Sí, pero no se trata de Ludi.

—A mí me parece que si dos mentes se pueden comunicar sin necesidad de medios materiales resulta más fácil creer que también puedan existir sin medios materiales.

—Teóricamente estoy de acuerdo. Pero supondría una gran diferencia emocional para mí pensar que esta tarde he estado hablando con *Madame* y no con Ludi.

Lanny sonrió.

—El pobre y viejo Sájarov ha estado atormentándose con esa diferencia durante los últimos seis o siete años.

—¡Oh, por cierto! —recordó Trudi—. ¡Creo que tengo un mensaje para él! Al final Ludi pareció desvanecerse y dijo algunas cosas absurdas que no pude comprender. Entonces Tecumseh irrumpió en la sesión y dijo que había una dama morena y de baja estatura que intentaba hablar, pero lo hacía en otra lengua extranjera. En su opinión era una tontería tener tantas. En su tierra las consecuencias habían sido terribles, pues los indios habían luchado entre sí porque no eran capaces de entenderse. La dama seguía diciendo: «*¡Coraje!*». Eso es español, ¿no es así?

—Sí. Valor.

—Después pronunció algunas palabras en francés y Tecumseh las repitió. Quería que su marido tuviera *coraje* para ir con ella. Pronto llegaría su hora y no debía tener miedo.

—*Madame* sabe que esta misma noche tiene que ir a Balincourt, así que parece bastante obvio.

—Díselo de todas formas —respondió Trudi—. No hay duda de que el pobre hombre necesita coraje en estos momentos.

—Según Robbie, el viejo ha contribuido a la causa de Franco —comentó su acompañante—, así que dudo que tengas demasiados motivos para querer ayudarle.

XII

Esa misma noche, Lanny volvió a sentarse en la gran biblioteca con galerías y barandillas de bronce ante el fuego de la chimenea que calentaba los huesos de

ochenta y seis años del rey del armamento retirado. Su piel había adquirido la apariencia de un viejo pergamino terriblemente arrugado y muy pocas veces levantaba las manos, que reposaban sobre sus rodillas. Sujeto a su silla, había un cable con un botón para que pudiera llamar a su ayudante en cualquier momento. Con la excepción de este hombre y los sirvientes orientales, el viejo parecía estar completamente solo. Si había en la casa alguna mujer, el visitante no tuvo ocasión de verla.

Sájarov siempre se alegraba de ver al hijo del presidente de Budd-Erling. Le dio las gracias por traer una vez más a la médium, preguntó cómo le iban las cosas a Robbie y expresó su opinión sobre la situación en Europa. El mismo Sájarov encontraba terriblemente alarmante cuanto estaba sucediendo. Todo el mundo occidental estaba amenazado por una revolución que seguía las pautas de Rusia y era en extremo dudoso que dicha avalancha pudiera ser contenida. Lanny se limitó a comentar que el problema era complejo y que su padre estaba muy interesado en conocer el punto de vista de sus socios.

En el borde de la alfombra estaba tumbado un pastor alemán, una criatura hermosa de brillante pelaje negro y marrón, impecablemente cepillado y limpio. Lanny no lo había visto nunca allí, aunque era evidente que se trataba de un perro viejo, familiarizado con la casa y que se tomaba muy en serio sus deberes de guardián. En ningún momento apartaba la mirada del extraño, pero el calor de la chimenea era excesivo para él y poco a poco su cabeza se iba hundiendo hasta reposar sobre sus patas, al tiempo que los párpados le caían lentamente sobre los ojos. Entonces, de repente, recuperaba la consciencia, levantaba de nuevo la cabeza y retomaba su guardia. Al levantar la vista hacia el amo después de observar al perro, Lanny percibió en él el mismo fenómeno consecuencia de la edad. El viejo escuchaba el principio de cada frase de Lanny, pero solo a medias el final. Sin duda ya era su hora de irse a la cama, de modo que el invitado decidió transferirle el mensaje lo antes posible.

—*Sir* Basil —dijo—, creo que la duquesa ha llevado a cabo otro intento de comunicarse.

El efecto fue inmediato. El anciano se despabiló y entrelazó sus temblorosas manos sobre el hueco que tiempo atrás había ocupado una notoria panza.

—¿Qué es lo que ha dicho, Lanny?

El joven le contó lo sucedido, haciendo alusión a una mujer amiga de la familia. Una persona minuciosa y concienzuda, afirmó, por lo que no tenía la menor duda de que el episodio había tenido lugar. ¡Pero había sido un mensaje de lo más insatisfactorio! Lanny, que ahora no apartaba la vista de su

anfitrión, se sorprendió al ver lágrimas corriendo por sus mejillas; algo que no había observado nunca en los veintitrés años que duraba ya su extraña relación con este «hombre enigma de Europa».

—Dime, *mon garçon* —exclamó—. ¿Qué es lo que debo creer sobre ella? Daría toda mi fortuna por saberlo, pero nadie me dice nada. ¡En nadie puedo confiar!

Su voz se elevó hasta convertirse en un grito y extendió las manos hacia su invitado. Una visión difícil de olvidar. ¡Diez garras cubiertas por arrugado pergamino marrón se agitaban ante el rostro de Lanny! ¡La mayor fortuna de Europa —Robbie le había dicho que aún lo era— ofrecida a cambio de que alguien le dijera qué nos sucedía al morir!

—¡Si tan solo pudiera saber si hay o no algo después! —gimió el anciano con gesto suplicante—. Si pudiera saber que voy a verla me marcharía esta misma noche sin dudarlo. Pero si eso no va a ocurrir prefiero quedarme aquí y disfrutar de mis recuerdos. ¡Mejor eso que nada!

El angustiado tono de su voz parecía rogar una respuesta, y Lanny intentó ofrecerle la más amable que se le ocurrió.

—Al menos todos tenemos esa certeza, *sir* Basil. Si no hay futuro, nunca lo sabremos. Y los días posteriores a nuestra existencia no han de preocuparnos demasiado.

—Eso no es suficiente para mí, Lanny. No quiero desaparecer en el olvido. Tengo tantas responsabilidades y no conozco a nadie capaz de hacerse cargo de ellas, ni siquiera de concebir en qué consisten. Te pasas toda una vida sosteniendo las riendas con tus propias manos y después te ves obligado a soltarlas con la certeza de que el vehículo se irá directo a la cuneta o se caerá por un barranco. Quieres gritar, advertirle al mundo, pero nadie te escucha. ¡O quizá es que has perdido la voz! Uno comete errores y aprende de ellos, pero ¿es posible enseñarle todo eso a alguien? ¡Imposible, imposible! ¡El mundo te da la espalda! ¡Nadie se acerca a ti a no ser por tu dinero! Y si hay alguien en quien puedas confiar, esa persona carece por completo de nervio, no tiene ambición para utilizar todo ese poder. ¡De modo que todo está perdido, todo!

La vieja araña, el viejo lobo, el viejo demonio estaba sollozando, no era una ilusión óptica. Sollozaba y las lágrimas seguían fluyendo ele sus ojos. El invitado estaba desconcertado e incómodo, después de todo se trataba del caballero comandante de la orden del Imperio británico y esto no era parte del ritual. Al contrario, su conducta era decididamente levantina, ¡el tipo de comportamiento esperable en razas inferiores que carecen de orden y moral!

Lanny no se habría sorprendido más si el viejo plutócrata se hubiera rasgado la verde chaqueta de su esmoquin con solapas y puños color púrpura, los pantalones de franela color tostado y las zapatillas con bordados de hilo de oro, seguidos por su ropa interior —fuera esta cual fuera—; en resumen, hasta la última prenda con que cubría su en otro tiempo oronda y actualmente arrugada desnudez.

—¡La vida es demasiado cruel, te lo digo yo, *mon fils*! Todo se reduce a una serie de trampas y peligros ¡Es incomprensible, es intolerable, es absolutamente inexcusable! —Sájarov hablaba ahora en francés, y esta larga y trastabillante serie de sílabas se convirtió en una especie de letanía de protesta —. ¿Qué era aquello que decía la Biblia sobre la vanidad y la aflicción?

El vasto legado del tío abuelo de Lanny, Eli Budd, le permitió citar el pasaje con razonable precisión:

—«Y entonces contemplé las obras que habían llevado a cabo mis manos y los trabajos que con esfuerzo había desempeñado, y me di cuenta de que todo era vanidad y aflicción y de que es imposible obtener provecho en esta tierra».

—Eso es —dijo el anciano. Y después, con un hilo de voz—: Esa es la última palabra.

Después de una pausa, al parecer se le ocurrió que su comportamiento se había desviado de los cánones debidos.

—Debes perdonarme —dijo—. Estoy perdiendo las fuerzas. Es terrible tener que admitirlo y he luchado contra ello, pero ya no puedo seguir haciéndolo. Soy un hombre solitario y agotado que se va con las manos vacías a la tumba.

—Eso puede sucedemos a todos, *mon ami* —dijo el más joven.

Una nueva pausa, y el anciano respondió:

—¿Y qué más sucedió durante la *séance*?

Lanny no podía mencionar a Trudi, de modo que decidió hablarle de Bhikkhu y del monasterio en la costa salpicada de palmeras. Tenía la sensación de que su anfitrión se sentiría incómodo si le miraba directamente, así que se dedicó a observar al perro, y en ese preciso instante vio cómo de nuevo bajaba la cabeza y se le cerraban los ojos. Cuando tuvo la seguridad de que el animal estaba profundamente dormido miró de soslayo a su amo y descubrió que había hecho lo mismo. La orgullosa cabeza que en otro tiempo había dominado a todos los gobiernos de Europa ahora colgaba inerte, inclinada hacia adelante, y los ojos que tantas oportunidades de beneficio habían visto estaban firmemente cerrados.

Lanny siguió bajando la voz hasta quedarse callado. Después se levantó y con sigilo se dispuso a salir de la habitación. Ni el amo ni la bestia se despertaron, y cuando abrió la puerta que comunicaba con el pasillo descubrió al ayudante que aguardaba en una silla.

—*Le maître s'est endormi* —dijo.

—*Oui, Monsieur* —respondió el hombre—. *Cést sa coutume. Il est devenu très faible*.

El visitante se encaminó de puntillas hacia la puerta principal y se dirigió a su coche.

LIBRO SIETE
EL LÁTIGO DEL VERDUGO

26
Y ABUNDABAN LOS PELIGROS

I

Entre los clientes que Lanny había conseguido en Madrid estaba un tal señor Sandoval, que se dedicaba a exportar diversos productos de España a las Américas. Poseía media docena de obras de la escuela impresionista francesa y, muy preocupado por la subida de impuestos y otros problemas financieros, necesitaba venderlas urgentemente. Sin embargo, la idea que se había formado acerca de su valor había hecho que Lanny perdiera el interés en ocuparse de ellas. Ahora el señor había huido a París y le había escrito a Lanny a Bienvenu para decirle que estaba dispuesto a reducir los precios a la mitad. Al recibir la carta en París, Lanny fue a visitarle y descubrió al español en tal estado de ansiedad que era incapaz de ocultarlo.

Los ejércitos de Franco seguían su avance hacia Madrid. Entretanto, el general había empezado a enviar bombarderos para asediar la capital y uno de ellos había dejado caer a uno de sus emisarios de la muerte sobre una casa situada frente a la mansión del señor Sandoval. Como resultado, este se había decidido a vender, no solo la media docena de pinturas francesas sino también toda su colección de objetos de arte, muebles antiguos ¡e incluso la mansión! Era un ferviente simpatizante de Franco, pero eso no iba a servirle de nada, pues los lealistas estaban dispuestos a continuar la lucha y Francia enviaba armas en secreto para apoyar su causa, por lo que Madrid iba a ser destruida. Esa, al menos, era la conclusión que el señor había sacado leyendo diversos periódicos parisinos durante los últimos días. ¡Imagínese que mi mayordomo resultara ser un cobarde y hubiera huido abandonando mis propiedades! ¡O, peor aún, un traidor que hubiera entregado todos sus bienes al Gobierno!

Hacía una semana que el señor no tenía noticias suyas, a pesar de que le había escrito cada día para darle órdenes sobre cómo proceder.

Lanny no tenía alma de jugador en lo que al negocio del arte se refería. Sin embargo, su aventura con el comendador había terminado bien, por lo que ahora se sintió tentado. Había comprobado personalmente lo fácil que resultaba sacar pinturas del territorio español. Como marchante de arte, las leyes contra la exportación le parecían una falsa muestra de patriotismo, una barrera que impedía la difusión de la cultura. ¡Cuantas más obras maestras pudieran verse en Norteamérica, mejor! Además, utilizaría el dinero que ganara para apoyar la causa española. De haber podido explicárselo al Gobierno ellos le habrían dado su consentimiento. Puesto que en plena crisis eso era imposible, él se tomaría la libertad de actuar por ellos. Una actitud característicamente norteamericana, dicho sea de paso.

De todos modos, quería regresar a Madrid y el resultado de la entrevista fue que le hizo la siguiente propuesta al comerciante: vendería el lote de seis cuadros por trescientos mil francos, exactamente una cuarta parte de lo que había pedido inicialmente. La oferta, por supuesto, estaba condicionada a que pudiera llegar a Madrid para obtener las pinturas. Redactó un contrato según el cual se comprometía a partir hacia la capital de España dentro de tres días y llevar a cabo el viaje en el plazo de una semana. El señor le entregó una nota con instrucciones para su mayordomo y, desde el momento en que el marchante estuviera en posesión de los cuadros, estos serían responsabilidad suya por lo que, en el caso de que sufrieran algún percance, se comprometía a compensar económicamente a su propietario.

Este orondo caballero español de mediana edad había alojado a su familia en un pequeño apartamento y estaba terriblemente angustiado, pues apenas tenía dinero para pagar la renta. En la ciudad de Madrid, bajo las bombas, aún poseía los más diversos tesoros, como un antiguo reloj de ormolu y oro que había pertenecido al rey Felipe IV, que llegó a ofrecerle a Lanny por mil francos en efectivo, unos cuarenta dólares. Lanny lo tranquilizó diciéndole que la venta de los cuadros le reportaría todo el dinero que necesitara sin demasiados contratiempos y que debían evitar coger cualquier otra cosa de valor para los bandidos. La gente corriente, por el contrario, no imaginaría que los cuadros tuvieran un especial valor. De hecho, posiblemente pensarían al verlos que eran la obra de algún demente.

Lanny sabía desde hacía mucho que en tiempos de guerra siempre surgían oportunidades de ganar dinero rápido. A menudo había oído hablar a Johannes Robin de las sumas de dinero que había ganado importando

aparatos eléctricos desde Holanda hacia Alemania, y sabía que la firma R & R, Robin y Robbie, como Lanny solía llamarla, había hecho una fortuna comprando suministros militares norteamericanos en Francia después del armisticio. Había sido testigo desde la infancia del modo de actuar de Sájarov, *sir* Vincent Caillard, *sir* Henri Deterding y otros. Ahora había llegado el momento de sacar partido de esas lecciones, pero por una buena causa. Se convertiría en una especie de Robin Hood *schieber*, un contrabandista que robaba a los ricos para dárselo a los pobres. Tenía fe en que su causa vencería, de modo que, cuando se convirtiera en un anciano caballero y calentara sus huesos junto al fuego de la chimenea, no tendría que decir, como aquel profeta pesimista, que todo era vanidad y aflicción de espíritu y que era imposible obtener provecho en esta tierra.

II

Para Beauty, la idea de Lanny de llevar a Alfy a Madrid en compañía de su amigo era poco menos que quijotesca. Sin embargo, Lanny había averiguado en París cómo llegaban en realidad a la zona en conflicto los jóvenes que se alistaban en la Brigada Internacional. Se escondían en graneros durante el día y eran escoltados por guías aldeanos en plena noche a través de los Pirineos. Un viaje peligroso, pues era habitual tropezar o quedar atrapado en el barro o la nieve e incluso caerse por algún precipicio en la oscuridad. Los hombres dispuestos a pasar el resto de sus vidas en las trincheras no tenían mucho que objetar ante tales riesgos, pero los que habían recibido una educación o algún tipo de adiestramiento especial y cuyos servicios dependían de determinada pericia, podían ser considerados demasiado importantes como para exponerse a las tormentas de noviembre en aquellos desfiladeros.

Ya habían escrito para informarle de que estaban preparados y Lanny les envió un cablegrama para decirles que se pusieran en marcha. La respuesta fue que tomarían un avión de pasajeros en Croydon a la mañana siguiente. Fue a recibirlos y al ver a los dos muchachos, tan jóvenes, se le hizo un nudo en la garganta. Se repetía el antiguo patrón que traza los caminos de los hombres. Iban en busca de aventura y estaban convencidos de que se saldrían con la suya. Pero el destino tendría algo que decir, y posiblemente también los

aviadores de Franco. Llevaban sus escasas pertenencias en dos petates de lona, y Lanny se aseguró de que hubieran incluido entre ellas algún tupido jersey de lana para protegerse del frío implacable que encontrarían en Madrid.

«Saludos de parte de todos los de casa», dijeron, y sin más preliminares se concentraron en la tarea de conseguir sus visados para la tierra prohibida. Era necesario disponer tanto de visado francés como español. Para conseguir el español había que convencer a las autoridades de que eras lealista; en cuanto al francés, era necesario parecer neutral, aunque con muchos funcionarios solía ayudar la condición de simpatizante de Franco. Para los franceses, Lanny había seleccionado una pequeña colección de documentos de negocios: su recibo por el vehículo requisado en Barcelona, su contrato con la señora Villareal, según el cual la dama estaría encantada de que vendiera más cuadros de su propiedad en el caso de que obtuviera el permiso para traerlos desde Sevilla. Esto último le ayudaría especialmente si, por una jugarreta del destino, se diera la circunstancia de que cayeran en manos de las fuerzas de Franco, pues la ciudad de Sevilla era actualmente territorio franquista y la señora era bien conocida allí. En lo concerniente al lado español, el truco sería llevado a cabo por el tío comunista de Lanny, diputado de la República francesa. Lanny le manifestó su deseo de seguir siendo neutral, como hasta ahora, y el tío Jesse envió a su secretario a la delegación del Partido Comunista que se ocupaba de introducir ilegalmente a los voluntarios en España. El secretario declararía que dos jóvenes aviadores ingleses deseaban servir y que habían conocido a un burgués, un vejestorio que compraba y vendía obras de arte, que había aceptado llevarlos como ayudantes. En cuanto llegaran a Madrid lo dejarían abandonado a su suerte burguesa. Ese tipo de maquinaciones eran habituales en tiempos de guerra, y los comunistas vivían en un perpetuo estado bélico. Los tres pasaportes fueron sellados para España sin que sus tres propietarios tuvieran que hacer acto de presencia.

III

Lanny pasó una última noche con su amada. Le contó sus planes y prometió escribir a menudo. Cualquier información vital sería transferida en un código referente a obras de arte. Alfy sería Romney, por el retrato de su bisabuelo que

colgaba en el salón de su casa, y en cuanto a Laurence solo sería necesario cambiar una letra de su nombre para hacerle pasar por un pintor. El viaje resultaría peligroso y los dos amantes lo sabían, pero el peligro era parte de su acuerdo y Trudi no iba a derramar ni una lágrima. «¡El amor lo mejora todo mientras estás aquí, pero también hace las cosas más difíciles cuando lias de marcharte!», exclamó ella. Le dio un último abrazo en el umbral de la puerta, regresó rápidamente al estudio y cerró sin mirar atrás.

Los periódicos del mes de noviembre publicaban noticias sombrías para la causa. Los ejércitos rebeldes se encontraban a quince kilómetros del sur de Madrid y aproximadamente a la misma distancia por el oeste. Hacia el noroeste, el frente se extendía por las montañas del Guadarrama a lo largo de unos cincuenta kilómetros, y desde allí hacia el este hasta Huesca y Zaragoza. Las principales fuerzas rebeldes se aproximaban desde el sur y el suroeste, donde los lealistas habían llevado a cabo un fortísimo contraataque que había hecho retroceder a los moros, a pesar del hecho de que esos defensores de la cristiandad con turbante contaban con el apoyo de tanques y aviones.

Los tres viajeros solamente querían pensar en esas operaciones militares. Alfy, que iba sentado junto al conductor, maldecía cada vez que encontraba una emisora *de jazz* al girar el dial y se quedaba petrificado escuchando cuando empezaba un noticiario. Sin embargo, los boletines resultaban confusos e insatisfactorios. Si la fuente de información era el bando rebelde, entonces Franco estaba arrasando con todo lo que se interponía en su camino; mientras que, si la emisora estaba del lado del Gobierno, el enemigo había sido detenido y había sufrido numerosas bajas. Lo único en lo que estaban de acuerdo era en el tiempo meteorológico, que era delicioso en pleno veranillo de San Martín.

Lanny viajó por la *route nationale* que había utilizado durante toda su vida entre París y la Riviera. Seguirían el curso del Ródano hasta Avignon y después se desviarían hacia el suroeste. En esta ocasión habría tres conductores, de modo que podrían turnarse y viajar día y noche durmiendo en el coche cuando lo necesitaran. No obstante, la mayor parte del tiempo no lo hicieron. Querían hablar sobre la guerra y sobre lo que harían cuando llegaran. Ni siquiera se detenían para comer; compraban y comían en ruta. Las arenas del tiempo no dejaban de correr y ¡Madrid podría estar perdida sin la ayuda de tíos hábiles pilotos!

Se adentraban en una tierra extraña y debían comunicarse en una lengua que apenas conocían. Los dos estudiantes habían estado practicando, pero no se sentían muy seguros en lo referente a la pronunciación. Igual que Lanny

había hecho durante su viaje con Raúl, ahora se pusieron de acuerdo para hablar únicamente en español, y con ayuda de los libritos que se habían llevado aprendían diligentemente diversas expresiones: «*¿Es esta la carretera para Madrid?*», o «*Quiero una habitación para dos personas*». Los libros no contenían jerga socialista ni comunista, pero Lanny ya había aprendido las frases más importantes y se las enseñó: «*¡Sah-lood!*», que era la manera de saludar a los lealistas, «*¡Vee-vahn los trah-bah-hah-do-rays!*», para alentar a los obreros, y «¡*Moo-ay-rah Franco*!», que era bastante elocuente. Los tres estaban acostumbrados a estudiar y a concentrarse, lo que no les impedía divertirse al mismo tiempo.

Lanny tuvo la oportunidad de analizar a la nueva generación. La vida se renueva y está en constante cambio. Los viejos se quedan atrás y, al parecer, actualmente con treinta y siete ya lo eras. No obstante, los dos jóvenes se sentían profundamente agradecidos por la ayuda de Lanny y le trataban como a un igual. Se dio cuenta de que los mismos acontecimientos mundiales que tan profundamente le habían afectado a él habían suscitado en Alfred Pomeroy-Nielson y en Laurence Joyce una desbordante repulsa moral e intelectual. Querían acabar por completo con las viejas ideas y con los viejos dirigentes. Anhelaban un profundo cambio social, pacíficamente si fuera posible, aunque cualquier forma de conseguirlo era mejor que permanecer de brazos cruzados. No eran comunistas, pero tampoco les tenían miedo, especialmente en tiempos como los actuales, que requerían hombres de acción que tomaran las riendas. No lo decían, pues habría sonado demasiado heroico, pero odiaban el viejo mundo tan intensamente que estaban dispuestos a morir antes de aceptar que no iba a cambiar nunca. Ambos se habían mirado mutuamente a los ojos y habían descubierto en el otro la misma determinación, que ahora daban por sentada en silencio e incluso con alegría. Observándoles y escuchando sus palabras, Lanny pensó: «El sistema social está produciendo anticuerpos contra el fascismo».

IV

Llegaron a la costa después de la puesta de sol, justo a tiempo para contemplar las aguas azules, las embarcaciones de pesca con sus redes rojas y los sucios

cargueros de muchos tamaños, que dejaban negras estelas en la corriente al alejarse de la costa. Ya era de noche cuando llegaron a la frontera. En el lado francés les dijeron que la caída de Madrid era inminente, ¿deseaban los señores continuar en tales circunstancias? Lanny les enseñó el recibo toscamente manuscrito que le habían entregado cuando su coche fue requisado en Barcelona. Estaba dispuesto a llegar al menos hasta allí, y después los jóvenes *messieurs* regresarían con el vehículo. La mayoría de los franceses eran capaces de comprender el motivo de su viaje e incluso de desearles suerte.

En el lado español, el pequeño puerto de Portbou, las cosas fueron diferentes. Allí los funcionarios se mostraron muy desconfiados ante su llegada. Por supuesto, los *extranjeros* tenían sus visados en regla. Sin embargo, ese tipo de cosas se podían falsificar, algo que a menudo se hacía. Por su aspecto podrían ser agentes de Franco, y ni siquiera cuando Lanny dijo que era *americano* consiguió aliviar la tensión, pues había muchos americanos reaccionarios, especialmente *periodistas* que publicaban odiosos reportajes contra el Gobierno del pueblo y el Frente Popular.

Finalmente fueron admitidos y partieron hacia Barcelona, pero no llevaban ni una hora de camino cuando un grupo de *milicianos* les dio el alto en un control de carretera y los sometió a un nuevo interrogatorio. Un procedimiento irritante y también peligroso, pues ya era de noche y, a la luz de las linternas, los extranjeros parecían aún más siniestros que a pleno sol. ¿Burgueses que entraban en el país con intención de reclamar dinero a la República en su hora más aciaga? Sin duda esa no era la mejor manera de abrirse camino hacia la Cataluña roja. Cuando de nuevo se pusieron en marcha, Lanny les dijo a sus compañeros de viaje: «Esto no funciona. Tendremos que contar vuestra historia en lugar de la mía».

—Pero ¿no interferirá eso después con tu trabajo? —preguntó Alfy.

—No demasiado. Esos muchachos de la carretera no recordarán nuestros nombres, y mientras pueda mantenerme neutral cuando llegue a Madrid creo que todo irá bien.

De manera que en el siguiente puesto de vigilancia los tres prepararon sus más cordiales semblantes y, alzando el puño derecho, exclamaron: «*¡Salud!*». Y Lanny declaró en su más pulido castellano: «*Compañeros*, soy un *americano simpatizante*, que transporta a dos pilotos británicos para la defensa de Madrid». Los rostros sonrieron, se intercambiaron frases exultantes y todos ellos extendieron sus manos morenas, sudorosas y encallecidas por el trabajo, para saludarles.

Lanny preguntó por el líder de la organización política a la que pertenecían o por la sede local del sindicato de trabajadores. Ante dicho personaje el viajero declaró sus intenciones y mostró las credenciales que los dos muchachos se habían procurado: certificados de la Escuela Británica de Aviación y sendas cartas de recomendación del secretario del Partido Socialista de su localidad de residencia. Una presentación inmejorable, por lo que enseguida les entregaron un *salvoconducto* adecuado que les evitaría posteriores complicaciones.

¡Todas salvo las derivadas de la excesiva hospitalidad! Incluso en tiempos de guerra, a los españoles les costaba entender que los viajeros tenían verdadera prisa. «¿Qué nuevas traen los señores?», preguntaban los *milicianos*. «Dicen que Madrid está en peligro». Y Lanny evitaba mencionar que tenía un aparato de radio en el coche, pues de lo contrario la cortesía habría requerido que les dejaran escuchar el último boletín de noticias. En más de una ocasión los invitaron a detenerse a comer, o al menos a tomarse un vaso de vino, pero ellos insistían: «Tenemos poco tiempo, *compañeros*». Si los guardias eran jóvenes, les respondían: «*Buena suerte*»; mientras los mayores se despedían más ceremoniosamente: «*Le deseo a usted toda la felicidad*».

V

La ruta de Barcelona a Madrid estaba cerrada pues los rebeldes controlaban Zaragoza, la ciudad donde el comendador había resultado herido. De modo que tuvieron que continuar por la costa hacia Valencia. Desde allí hacia el noroeste, atravesando el corazón del país, el Gobierno mantenía el control. Esta tercera ciudad más grande de España había sido salvada a base de duros combates, cuyas consecuencias aún eran visibles en muchos casos. A su puerto llegaba la mayoría de los suministros que eran enviados después a Madrid, todos los que los lealistas pudieran comprar con los setecientos millones de dólares en oro que el Gobierno poseía.

—Supongo —dijo Alfy— que a las naciones capitalistas les parece inmoral que el Gobierno de los trabajadores tenga tanto dinero.

—Cualquier cantidad de dinero —respondió «Laury», con un brillo de ironía en sus traviesos ojos azules.

En las afueras de esta ciudad de naranjas y flores fueron escoltados hasta el cuartel general por un oficial que hablaba algo de inglés y disfrutaba practicándolo. Los dos incautos y jóvenes amigos de Lanny explicaron su deseo de volar por España y presentaron sus credenciales. El oficial al mando les entregó un salvoconducto para llegar a la capital y a Lanny otro para regresar. Le preguntaron al español sobre las últimas noticias y este les dijo que una flota de aviones de carga Junkers con pilotos alemanes estaban transportando a un contingente de moros desde Ceuta hasta Cádiz. Les dijo que el Alfonso XIII, el hotel más grande de Sevilla, había sido ocupado exclusivamente por oficiales italianos. Al principio iban vestidos de dril blanco como civiles, pero actualmente lucían sus uniformes sin el menor reparo. También les contó que había llegado a Cartagena un barco procedente de Rusia cargado con aviones de combate que estaban siendo ensamblados por técnicos soviéticos y volarían hasta Madrid pilotados por aviadores rusos. Se esperaba que llegaran a tiempo para salvar la ciudad. Los dos británicos hicieron preguntas técnicas sobre los aeroplanos, y el oficial solo les pudo decir que se trataba de cazas de un solo motor que, a causa de sus morros aplastados, recibían el sobrenombre de *chatos*.

Los tres viajeros se alegraron inmensamente al conocer la noticia. Por fin el estúpido engaño de la «no intervención» había terminado. Los representantes soviéticos del Comité habían anunciado formalmente que, si los suministros procedentes de Portugal y Marruecos para Franco no cesaban, la Unión Soviética establecería su propio cauce de abastecimiento, y ahora habían cumplido su amenaza. «Quizá esto haga que Francia y Gran Bretaña entren en la guerra», comentó Lanny. Y el robusto Laurence, con su lengua siempre afilada, respondió: «¿Y con qué bando crees que lo harán?».

Por mediación del amable oficial consiguieron llenar el depósito de combustible en Valencia, al doble del precio normal. Les advirtieron que quizá tuvieran problemas para repostar en el interior, y el siempre diligente Alfy mostró su preocupación ante la posibilidad de que su amigo se quedara atrapado en Madrid. Sugirió que sería mejor que Lanny se olvidara del viaje y dejara que ellos hicieran el resto del camino en tren. Pero el norteamericano seguía teniendo fe en los billetes de cinco y diez dólares norteamericanos que llevaba ocultos en el forro del pantalón, justo debajo del cinturón, y dijo que en el peor de los casos podría donar otro coche a la casa de España.

La radio emitió un boletín sobre los últimos acontecimientos que habían tenido lugar en la tierra de los preciosos dólares. Las elecciones generales se habían celebrado el día anterior y unos cuarenta millones de ciudadanos

habían registrado su voto. El presidente Roosevelt había sido reelegido, obteniendo la mayoría en todos los estados excepto en dos. «¡Pobre Robbie», dijo Lanny, «las cosas le van bien en los negocios, pero nunca en política!». Hablaron un rato sobre los Estados Unidos y Lanny les explicó a los británicos ciertas cosas sobre el New Deai. Habían metido la pata en alguna que otra ocasión, dijo, pero estaban estableciendo en Norteamérica el principio de responsabilidad pública ante la inseguridad económica. Además, estaban creando un gran ejército de hombres y mujeres socialmente concienciados para ocupar cargos públicos. «Nadie es capaz de dirigir un gobierno sin saber cómo funciona su maquinaria», dijo el herético hijo de Robbie Budd.

VI

Desde que abandonaron Valencia, raras eran las ocasiones en que no veían refugiados. Mujeres, niños y ancianos huían de Madrid y de los territorios que los moros ya habían ocupado. Aquellos que poseían vehículos de cualquier tipo o que podían permitirse alquilarlos lo hacían por su cuenta y riesgo. Automóviles en los más diversos estados de deterioro, carretas campesinas, burros e incluso carretillos, iban cargados con todo lo imaginable: ollas y sartenes, jaulas de pájaros y bebés. Cada familia se había lanzado a la carretera con todo aquello de lo que no podía soportar desprenderse, pero el agotamiento había obligado a muchos de ellos a cambiar de opinión y las orillas del camino estaban repletas de objetos suficientes para abastecer a una horda de chamarileros.

Esto era historia antigua en el Viejo Continente. Desde que el hombre había empezado a registrar sus anales, por todos sus territorios la gente pobre y en ocasiones la rica había huido tratando de dejar atrás a ejércitos invasores. En la actualidad era aún peor, pues la humanidad se había ablandado y había llegado a dar por sentados un sinfín de lujos y comodidades. Incluso los pobres habían adquirido con el tiempo ciertas ideas acerca de sus derechos a poseer bienes y a no ser importunados. Y ahora su miseria se desplegaba en las carreteras y en los caminos, donde se veían automóviles averiados o sin combustible, ancianos sufriendo bajo enormes cargas, bebés que gemían de

pura debilidad y niños que extendían las manos pidiendo algo de comida. Los idealistas de buen corazón se sentían tentados a parar, pero si lo que querían era ayudar a ganar una guerra tendrían que seguir tocando la bocina y proseguir su camino.

Al anochecer llegaron a Cuenca, un lugar muy antiguo que había sobrevivido casi intacto al paso del tiempo. A Lanny le habría gustado detenerse para visitar el barrio viejo, construido sobre las gargantas por las que fluían dos ríos. La ciudad tenía siete puertas y una catedral famosa por sus enrejados. Pero también en esta ocasión tuvo que resistirse a las tentaciones. Preguntaron por la mejor ruta y les aconsejaron continuar a través de las montañas de Guadalajara, ya que de ese modo se aproximarían a Madrid por una carretera a salvo de posibles peligros, con la excepción quizá de ataques desde el aire.

Durante la noche, el tiempo que había sido tan agradable se volvió tormentoso y se encontraron con un coche tirado en la cuneta, lira probable que fuera a quedarse allí indefinidamente y a Lanny se le ocurrió que podría haber algo *de gasolina* en el depósito. Después de hacer tres ofertas a sus propietarios consiguió lo que quería. Mientras transferían el combustible de un depósito al otro, escucharon por primera vez un leve rumor en el horizonte, hacia el oeste: bombas, sin duda, o artillería; quizá ambas. Los dos aviadores se habían estado preparando para esto y habían hablado mucho sobre ello, pero esta era la primera vez en su vida que escuchaban ese sonido. Lanny ya era perro viejo, pues había vivido en primera persona el bombardeo de Londres hacía casi veinte años. El distante sonido despertó en ellos un torrente de emociones, no todas ellas agradables, aunque procuraron no dar el menor indicio de ello.

Al llegar a Guadalajara descubrieron que también allí la carretera estaba plagada de refugiados, incluso en plena noche, por lo que les resultó imposible viajar deprisa. La estampa era cada vez más desoladora, y sus historias, si uno se detenía a escucharlas, no podían ser más tristes. En cierto modo, parecía adecuado atravesar Alcalá de Henares, lugar de nacimiento de Cervantes, presenciando semejante espectáculo. Había pocos aspectos de la miseria humana que aquel infeliz escritor no hubiera visto, y su triste semblante acompañó a los tres *extranjeros* durante el resto del camino.

VII

La radio continuaba emitiendo un refrito de noticias contradictorias, aunque finalmente habían encontrado un sistema para averiguar quién iba ganando: anotar los nombres de los lugares que se mencionaban y cotejarlos con los del día siguiente. En el coche había un mapa de la capital y sus alrededores que todo aviador debía conocer en detalle. Ahora supieron que Franco había tomado el aeropuerto de Getafe, a unos doce kilómetros al sur de la ciudad, y también el de Cuatro Vientos, a poco más de seis kilómetros al oeste. No les sirvió de consuelo escuchar poco después las declaraciones del Gobierno. Los aviones y suministros habían sido salvados y los hangares y pistas dinamitados. Al parecer, la emisora de radio de Cuatro Vientos había sido capturada intacta y enseguida pudieron escuchar el siguiente boletín, en el que daban cuenta de cómo los moros estaban avanzando a través de la espesura del Parque Real, justo al oeste de Madrid. Los dos pilotos socialistas apretaban los puños mientras el vehículo traqueteaba por la calzada, e impacientes decían: «¡Vamos a llegar demasiado tarde!».

En busca de alguna noticia reconfortante, sintonizaron la emisora del Gobierno, pero se encontraron con la crónica del bombardeo de los edificios de ladrillo rojo de la Ciudad Universitaria por las columnas de Franco que se aproximaban por la carretera de La Coruña. Lanny les contó a sus compañeros de viaje que había visitado aquel lugar inspirador junto a su amigo Raúl Palma. «¡Franco habrá escogido esa ruta a propósito para barrerlo del mapa!», dijeron los jóvenes. Y Lanny asintió apostillando que el Caudillo tenía la inteligencia justa para saber que el peor de sus enemigos era la ciencia moderna.

El sonido de las armas ya no abandonó sus oídos en ningún momento y la corriente de fugitivos no menguaba. Al parecer, Madrid estaba siendo evacuada y muchos de los refugiados miraban atónitos a aquellos tres perversos extranjeros empeñados en avanzar en la dirección equivocada. Lanny seguía muy de cerca a un camión del Gobierno que aparentemente se dirigía al frente. Sin duda su cargamento incluía municiones, lo que lo convertía en un peligroso guía. No obstante, cualquier obstáculo se apartaba de su camino nada más verle aparecer, y entretanto el vehículo turístico que le seguía iba haciendo sonar la bocina a su zaga. De ese modo, entre nubes de polvo, no de gloria, continuaron su camino hacia la capital de España,

adentrándose en la ciudad por la misma calle de Alcalá que Lanny y Raúl habían utilizado para abandonarla cuatro meses antes.

Ya habían decidido cómo actuarían a partir de entonces. Lanny no debía tener ninguna conexión pública con los dos voluntarios. Sabían que la ciudad estaba llena de espías. De hecho, el general Mola, que encabezaba una de las cuatro columnas que avanzaban hacia Madrid, había alardeado de que contaba con una «quinta columna» de infiltrados. De modo que Lanny dejó a sus pasajeros en las inmediaciones del aeródromo de Barajas con sus respectivos petates, y a partir de ese momento tendrían que arreglárselas solos. Lanny se alojaría en el Hotel Palace. Si necesitaban comunicarse, por teléfono o por escrito, tendrían que hacerlo valiéndose de la jerga del mercado del arte. Si querían verle lo harían en un lugar previamente acordado, en una calle tranquila donde los recogería en su coche. Su idea era permanecer solo unas horas en la ciudad, pues en cuanto estuviera en posesión de los seis cuadros no tenía la menor intención de arriesgarse a que las balas los atravesaran.

Así que «*¡Adiós, amigos!*», y recordad la frase crucial: «*¿Dónde está el aeródromo?*». No os olvidéis añadir: «*¡Muchas gracias!*», pues los españoles son un pueblo extremadamente cortés y para sus gentes la dignidad y las ceremonias son importantes, incluso en mitad de la batalla. Lanny sintió que se le encogía el corazón al ver cómo aquellos dos muchachos de aspecto algo patético, con sus petates al hombro, desaparecían de su vista. Sabía que era posible que no volviera a verlos y, en cualquier caso, marcharse siempre es morir un poco. El incesante fragor en sus oídos le recordaba una y otra vez que no habría un lugar seguro o tranquilo en toda la capital de España.

VIII

Se registró en el hotel y pidió que aparcaran su coche en el garaje, con la esperanza de que en esta ocasión no corriera la misma suerte que en Barcelona. Supuso que después de casi cuatro meses, el Gobierno habría tenido tiempo de organizarse. Más aún teniendo en cuenta que actualmente era incluso menos rojo que entonces, a pesar de que los socialistas eran mayoría. No quería hacer llamadas desde el hotel, de modo que salió a la calle y caminó hasta encontrar un teléfono público desde el que llamó a Raúl

Palma, la única persona a la que deseaba ver además del mayordomo del señor Sandoval.

Raúl ocupaba actualmente un puesto importante en la Oficina de Prensa Extranjera. Puesto que hablaba varios idiomas, se dedicaba a censurar los despachos de la prensa francesa y también recibía a las delegaciones de trabajadores franceses que llegaban para examinar las condiciones en que vivía el pueblo español bajo la nueva república. Cuando Lanny escuchó su voz al otro lado del hilo telefónico, exclamó: «¡Soy tu viejo amigo el comendador!». Raúl comprendería la necesidad de hablar en clave.

—*Bienvenu!* —exclamó Raúl, haciendo uso también de un código sobradamente conocido por los dos—. ¿Dónde estás?

Lanny le dijo dónde se encontraba, y añadió: «Solo puedo quedarme unas horas. ¿Podemos vernos ahora mismo?». Su amigo estaba encantado y le dijo hacia dónde se debía dirigir para que pudieran encontrarse a mitad de camino. «¡Y cuidado con las bombas!», añadió.

A Lanny le resultó agradable estirar las piernas después de pasar tantas horas sentado en el coche. Las calles no eran seguras, ¿pero acaso había algún lugar que lo fuera? Las cuatro columnas fascistas se encontraban literalmente a las puertas de la ciudad, aproximándose por el oeste y el suroeste. Por ese lado desciende el curso de un pequeño río llamado Manzanares. En esta época del año sus aguas no tendrían más de sesenta centímetros de profundidad, y en verano Lanny había visto cómo los niños chapoteaban en las orillas y hacían navegar a sus pequeños veleros de juguete. Un río como ese no sería un gran obstáculo para la infantería, aunque había parapetos de piedra y hormigón que frenarían el avance de la artillería y los tanques. Había, además, varios puentes que las fuerzas de Franco estaban a punto de atacar, según afirmaba con atrevimiento su emisora de radio.

Los lealistas aseguraban que los puentes habían sido minados y volarían por los aires en cuestión de minutos si no había otra opción. Quizá fueran esas algunas de las explosiones que hacían temblar el suelo bajo los pies del recién llegado y le hacían pitar los oídos. Era evidente que en algún lugar se estaba llevando a cabo un ataque a gran escala, y quizá en esos momentos los moros ya habían cruzado los puentes y marchaban atravesando los escasos tres kilómetros que separaban el río del *paseo* por el que Lanny caminaba. En cada esquina tomaba la precaución de mirar hacia el oeste. Trataba de hacerlo sin resultar sospechoso pues, por algún motivo, el nieto de la Budd Gunmakers e hijo del presidente de la Budd-Erling sentía que debía demostrar que estaba a la altura de las circunstancias.

Dos mareas humanas se desplazaban por las calles de la ciudad. Una de ellas se movía hacia el este, huyendo de los disparos, y la otra, directamente hacia ellos. Ambas avanzaban con rapidez, y Lanny parecía el único que podía permitirse pasear ociosamente. Los que se dirigían hacia el oeste eran hombres armados, algunos de ellos uniformados, aunque la mayoría tenían que conformarse con llevar brazaletes en las mangas de sus abrigos. Muchos de ellos disponían de pistolas y fusiles, mientras los demás los seguían desarmados, sin duda con órdenes de utilizar las armas de los caídos en combate. También había mujeres con picos y palas para ayudar a excavar trincheras. Algunas llevaban porras claveteadas y horcas e incluso cuchillos, que tan útiles habían resultado en Barcelona. Pocas mujeres estarían dispuestas a quedarse si la ciudad era tomada por los moros. El Gobierno había proclamado la movilización de todos los obreros que no estuvieran ocupados fabricando armas y municiones, y ahora estos habían salido a tomar las calles para defender sus hogares. Pasaban camiones cargados con tanta gente como podían alojar, y los que no podían viajar en su interior lo hacían en el techo o en los estribos, mientras otros vehículos transportaban suministros para la lucha.

Lanny miraba siempre hacia delante, esperando que Raúl apareciera de un momento a otro, cuando de repente sucedió algo extraordinario. Se escuchó un terrible bramido, seguido por una enorme deflagración de humo y llamas, y la fachada lateral de un pequeño edificio comercial voló en pedazos convirtiendo la calle en un amasijo de polvo y escombros. A cualquier hombre moderno le resultaría difícil aceptar que una ciudad, parte inmutable del mundo en que vive, sea de repente bombardeada y volada en pedazos. Pero las evidencias eran innegables, y Lanny, en un momento de pánico, sintió el intenso deseo de estar en otro lugar. Sin embargo, al instante pensó: «¡Raúl podría estar ahí delante!». De modo que echó a correr hacia el lugar. Resultaba extraño contemplar un edificio cuya fachada acababa de desaparecer. Las habitaciones estaban a la vista de los transeúntes, igual que si fueran parte del decorado de una obra de teatro. En ellas había camas, muebles de oficina y quizá también personas, aunque no era posible estar seguro a causa del polvo y el humo que lo cubría todo. También se percibían olores extraños, resultado del calor producido por la explosión combinado con la cal, la escayola y otros materiales de construcción.

Lanny vio a su amigo corriendo en dirección contraria, sin duda pensando también que él podría estar herido. Los dos se abrazaron haciendo gala de una inesperada efusividad, y Lanny dijo: «¡Lo mejor será que nos larguemos de

aquí!». Por supuesto, podrían haberse quedado para ayudar en los trabajos de rescate, pero no disponían de herramientas y ambos tenían ya cosas que hacer.

—¿Quieres que vayamos a por el coche para salir de la ciudad? —preguntó Lanny.

—¡Oh, no! No puedo dejar mi trabajo —respondió el otro.

—Está bien, caminemos hacia el este —dijo Lanny, sonriendo.

En cualquier caso, no les serviría de mucho alejarse, pues los proyectiles de artillería eran de largo alcance y se escuchaban explosiones por todas partes.

—¿Crees que el enemigo está avanzando?

—No estoy seguro. Cuando disparan de un modo tan aleatorio suele ser el resultado de la desesperación más que de una estrategia definida.

—Eso espero. A punto hemos estado de rendirnos a la desesperación nosotros mismos.

—Los trabajadores no se rendirán, te lo aseguro. La Brigada Internacional está al llegar. El adiestramiento se ha llevado a cabo en Albacete, ¿sabes?

Raúl siguió hablando durante unos minutos, poniéndolo al día sobre ese gran momento en la vida del país, cuando de repente preguntó:

—¿Qué demonios estás haciendo aquí, Lanny?

Su amigo le habló de los dos aviadores. Raúl conocía a Rick y había visto a su hijo en un par de ocasiones en Bienvenu. Lanny le pidió que buscara a los muchachos en cuanto tuviera ocasión para ayudarles en lo que pudiera. Quizá tuvieran dificultades para llegar al aeródromo de Barajas a pesar de sus credenciales.

—Probablemente los enviarán a Albacete —dijo Raúl—. La mayor parte de nuestro ejército del aire ha sido trasladado allí durante los últimos días.

IX

Tenían muchas cosas de qué hablar, pero no resultaba fácil hacerlo mientras las bombas caían sobre las casas y reventaban el pavimento sin tener en cuenta quién pasaba por allí.

—Esta situación dura ya casi tres días —dijo Raúl—. Hace meses que soportamos los bombardeos aéreos. Resulta extraño, pero uno se acostumbra y sigue haciendo su trabajo como puede.

Lanny supuso que a su amigo no le sería fácil vivir así. Durante el camino había visto a decenas de miles de personas aterrorizadas, y en el hotel le habían dicho que la sede del Gobierno estaba a punto de trasladarse a Valencia. No obstante, algunos corresponsales extranjeros iban a permanecer en la capital y evidentemente Raúl tendría que quedarse con ellos y correr el riesgo si los moros conseguían entrar en Madrid.

Además del sonido de disparos y explosiones escucharon un estruendo apagado sobre sus cabezas. Al mirar hacia el cielo vieron una escuadra de bombarderos negros, a unos mil quinientos metros de altitud, nueve de los cuales volaban en formación de cuña. Media docena de aviones de combate los seguían, sobrevolando a más altura, llevando a cabo labores de vigilancia. Cuando los bombarderos volaban de ese modo, a la altitud idónea para llevar a cabo un ataque, no era tarea fácil controlar los nervios. Era inevitable pensar que de un momento a otro soltarían sus mortíferos huevos y que esos huevos irían directos hacia ti. Sin embargo, en esta ocasión no sucedió tal cosa. El escuadrón se dirigía hacia otro objetivo más lejano.

—Esos tipos grandotes son Junkers alemanes —comentó Raúl—. Hemos llegado a conocerlos bien.

—Son los cazas lo que me ha desconcertado —dijo Lanny—. Parecían Budd-Erlings, pero no del todo. Los de Robbie no tienen ese estabilizador de cola.

—¡Mira, mira! —exclamó el español—. Están combatiendo.

Y así era. Un par de aviones de combate lealistas había descendido inesperadamente de una nube y había dado comienzo lo que se conocía como una refriega. Los aviones se deslizaban a toda velocidad de un lado a otro, llevando a cabo extraordinarias acrobacias, cada uno de ellos intentando ponerse a la cola de su oponente. Se podían ver pequeñas nubes de humo blanco antes de escuchar el tableteo de los disparos de ametralladora. Todo el mundo se detuvo para contemplar el espectáculo. La curiosidad era mayor que el miedo y los transeúntes forzaban el cuello mirando al cielo y hablaban entre sí, aunque no se conocían de nada. Se escucharon vítores cuando uno de los odiados gigantes nazis empezó a tambalearse, abandonó la formación y descendió en picado dejando tras de sí un rastro de humo negro. Antes de llegar al suelo se incendió, para regocijo de muchas de aquellas personas que se habían visto obligadas a abandonar sus hogares por culpa de las bombas.

Cuando Lanny volvió a levantar la vista, el escuadrón había puesto rumbo al este. Todos los aviones excepto uno de los cazas enemigos, que se movía de un modo peculiar describiendo círculos irregulares en el cielo.

—Ese avión tiene problemas —dijo Lanny. Y tras unos instantes—: Se comporta como si se le hubiera atascado la dirección.

Era uno de los aparatos que le habían llamado la atención por su parecido con los Budd-Erling.

—¡Les está bien empleado por haber modificado el estabilizador de cola! —exclamó.

Observaron la escena con visible expectación. El avión perdía altitud y aparentemente se vería obligado a tomar tierra.

—Está sobre El Retiro —dijo Raúl. Era el hermoso parque del que los madrileños estaban tan orgullosos—. ¿Crees que será capaz de aterrizar allí?

—No recuerdo que haya muchos lugares lo bastante despejados —respondió Lanny—. Demasiadas estatuas, fuentes y estanques, por no hablar de los árboles.

Observaron cómo el aparato salía de su campo visual al aproximarse a los edificios, y entonces Lanny exclamó:

—Pagaría una buena suma por encontrarlo y echarle un buen vistazo.

—¿Por qué no? —respondió el otro—. No puede estar lejos y mucha gente lo ha visto caer. Sin duda habrá un buen corrillo alrededor suyo.

—Podría averiguar algo importante para mi padre —explicó Lanny—. Vendió aviones a Alemania y le advertí de que le robarían las patentes. Entonces no me creyó, pero me vendría bien demostrarle que estaba en lo cierto. Aunque tendrás que venir conmigo, pues resultaría sospechoso ver a un extranjero como yo curioseando entre los restos del aparato.

Exaltado por el espectáculo que acababan de presenciar, Raúl ansiaba ver el desenlace. Dijo que le había pedido a un compañero que le sustituyera en el trabajo durante una hora, y si se quedaba más tiempo tendría que compensarle. Se fijaron en la dirección en que había descendido el avión y se apresuraron hacia el hotel para coger el coche de Lanny. Recorrieron el paseo de Coches que atravesaba un parque muy elegante y ornamentado. Vieron a gente corriendo y enseguida descubrieron a un gran grupo de transeúntes reunidos en un pequeño claro entre los árboles. Dejaron el automóvil y corrieron hacia el lugar. Al acercarse vieron un fragmento de ala en la copa de un árbol y el resto del avión en el suelo. El piloto estaba inconsciente y se lo habían llevado. En esos momentos, una pareja de *milicianos* con brazaletes rojos trataba de mantener a la gente a distancia.

Lanny había cogido su cámara del coche y siguió a Raúl mientras este se abría paso entre la pequeña multitud. El español se identificó como oficial y presentó a su amigo como «*periodista americano*». La profesión de reportero

justifica cualquier clase de intrusión, de manera que los milicianos se limitaron a saludar y dijeron: «Sí, sí, *señor*». Y Lanny se puso a trabajar con rapidez, fotografiando los restos del aparato desde todos los ángulos posibles.

Sin duda era un Budd-Erling, pero con modificaciones que Lanny estaba seguro de que no habían sido llevadas a cabo en Newcastle. Con ayuda de Raúl consiguió dejar el motor al descubierto y también tomó una fotografía. Lanny había desayunado, comido y cenado con el motor del Budd-Erling «Tornado» cada día que había pasado encasa de su padre, y conocía cada detalle de la máquina y los motivos por los que había sido diseñada de ese modo. Sabía exactamente qué partes de la aeronave debía fotografiar y dónde encontrar los números de serie, el carburador y otros componentes. Cuando terminó, le dijo a su amigo:

—Tanto el avión como el motor han sido fabricados en Alemania y estoy seguro de que mi padre estaría dispuesto a pagar una suma considerable por el contenido de este rollo de película. Es más, quizá sea el modo de convencerle para que deje de comerciar con los nazis.

—Creo que me he ganado una pequeña comisión por mi colaboración, ¿no te parece?

—¡Puedes apostar tu vida a que sí! —dijo Lanny con seriedad.

—¡Está bien, dile que aceptaré un avión para mi Gobierno!

Lanny hizo una mueca y prometió presentarle a su padre la petición.

X

El bombardeo sobre la ciudad continuaba, pero poco a poco Lanny se había dado cuenta de que Raúl tenía razón. Uno seguía adelante con su vida y su trabajo y era capaz de olvidarse de todo lo demás. De nuevo en el coche, mientras se alejaban del parque, Raúl encendió la radio y escucharon una emisora sindical según la cual el enemigo aún no se había aventurado a llevar a cabo un ataque sin cuartel y, en cuanto lo hiciera, sin duda lograrían hacerle retroceder. Cinco mil milicianos habían llegado desde Barcelona, parte del contingente en tren y parte en camiones. Los tanques rusos vendrían desde Cartagena, por lo que muy pronto el enemigo ya no tendría el monopolio de esas armas. También la Brigada Internacional había desembarcado en la

estación de Atocha y pronto marcharía sobre el puente de Toledo. «¡Dadles la bienvenida!», decía la voz de la radio.

—¿Crees que es inteligente facilitarle al enemigo tanta información militar?

—Tiene muchas otras formas de obtenerla —replicó su amigo—. Esta es una guerra del pueblo y hemos de infundirle coraje y decirles cómo actuar.

—Me encantaría ver ese desfile —dijo Lanny—. ¿Dónde tendrá lugar?

—Por la calle de Atocha —respondió el otro, y Lanny condujo hacia allí sin perder un minuto.

Enseguida vieron a la multitud más adelante y escucharon los vítores. «*¡La Brigada Internacional!*». Era un gran momento en las vidas de dos idealistas que habían dirigido una escuela obrera y editado un periódico y que tanto se habían esforzado por promover el ideal de la hermandad entre los hombres. Al fin la idea había tomado cuerpo, se había calzado las botas y marchaba con paso firme por un amplio bulevar de aquella misma ciudad. «¡El género humano es la Internacional!», prometía el himno de los trabajadores y hasta allí habían llegado hombres procedentes de prácticamente todas las naciones de Europa y América, por su propia voluntad e impulsados por sus ideales, para defender a la república del pueblo de España.

Durante dos meses, la prensa de izquierdas había contado las gestas de esta brigada de héroes. No era probable que una tropa tan reducida hubiera recibido nunca tanta publicidad, pues sus filas estaban integradas por multitud de novelistas y aspirantes a escritores. En los campos de entrenamiento se habían gestado numerosos relatos de primera mano en decenas de lenguas, algunos de las cuales con la suficiente calidad literaria para ser publicadas en periódicos y revistas capitalistas. Era un sueño que había saltado desde los corazones de los hombres para pasearse por las páginas de la historia. Cada uno de esos miles de hombres tenía su propio anhelo. Habían decidido unirlos para hacer de todos uno solo, que ahora hacía temblar el pavimento de Madrid y estremecía los corazones de los espectadores. Su propósito era hacer que la quimera de poder nazi-fascista se tambaleara y continuara despertando las almas de los amantes de la libertad y la justicia hasta el fin de los tiempos. «Esto es lo más grande que he visto en toda mi vida», pensó Lanny, «y debería estar junto a toda esa gente para decírselo». Él y Raúl salieron del coche y se subieron al estribo para sumar sus voces al clamor. ¡Al infierno la Quinta Columna!

Como muchos otros eventos que la historia considera importantes, no constituía exteriormente un gran espectáculo. Los uniformes de lana color

caqui habían sido utilizados para el adiestramiento, para excavar trincheras y arrastrarse por el polvo. Compañías enteras de hombres no habían tenido tiempo para conseguir uniformes, de modo que desfilaban con las mismas ropas que habían vestido en Nueva York, en La Habana o en Budapest. Unos pocos llevaban la indumentaria habitual del obrero español, una prenda de mezclilla de una sola pieza conocida como *mono* que se abrochaba con una larga cremallera en la parte delantera. Lanny esperaba que también llevaran debajo alguna prenda más cálida. No obstante, todos ellos tenían rifles y cinturones de balas y caminaban con expresión sombría, a sabiendas de que este no era un desfile de gala y el enemigo estaba a tres kilómetros de distancia. La mayoría de las columnas portaban la bandera roja, amarilla y violeta de la República Española. Había algunas banderas rojas y soviéticas, pues se trataba de un ejército en el que se permitía la libertad de expresión y de opinión. Muchos grupos portaban estandartes que indicaban la nación a la que pertenecían y Lanny observaba sus rostros con atención mientras desfilaban. Raúl le había dicho que varios estudiantes y antiguos alumnos de la escuela se habían alistado, y también algunos refugiados italianos a los que Lanny había ayudado durante los catorce años de gobierno de Mussolini.

Entonces se aproximó una columna que portaba un estandarte en el que se leía la palabra «Thaelmann». Eran alemanes que habían bautizado a su batallón en homenaje al líder comunista encarcelado por Hitler. Lanny escudriñó con atención las filas de rostros, porque había conocido a muchos izquierdistas en Berlín y otras ciudades y quizá podrían tener noticias para Trudi. Y algo encontró, pues desfilando a la cabeza de una de las compañías y luciendo una insignia de capitán estaba un robusto prusiano de pecho fornido y piel curtida por los elementos, pelo rapado y con una peculiaridad que parece ser la marca de muchos nativos del norte de Alemania: su nuca carecía por completo de curva, de tal modo que la cabeza se unía con el cuello en línea recta. Hacía dos años, Lanny había tenido ocasión de observar aquel rostro autoritario durante un par de horas y desde entonces había pensado en él ocasionalmente.

—¡Mira a ese oficial! —le dijo a Raúl—. ¿Sabes quién es?

—Es el capitán Herzog. ¿Le conoces?

—Lo vi en una ocasión —respondió Lanny.

No trató de decirle nada más en aquel momento, pues apenas podían escucharse a causa del griterío. Pero en cuanto los últimos brigadistas pasaron ante ellos y los dos amigos regresaron al coche, Lanny dijo:

—Conocí al capitán Herzog en Londres y bajo circunstancias muy peculiares. Entonces se hacía llamar Bernhardt Monck.

—Se presentó en nuestra oficina y dijo que había conseguido escapar del campo de concentración de Oranienburgo. Combatió en el ejército alemán durante la última guerra.

—Debo reconocer que tenía mis dudas sobre él —añadió Lanny—. No estaba seguro de que fuera de confianza.

—Bueno, ahora ya lo sabes —respondió el español—. Ningún espía ni traidor estaría dispuesto a lanzarse a ese horno ardiente, puedes apostar por ello.

XI

«Odio tener que marcharme durante una crisis como esta», dijo Lanny. Pero su amigo enseguida respondió: «No hay nada que puedas hacer aquí y tienes tus responsabilidades que atender fuera del país. Lo mejor es que te marches cuanto antes. Franco podría rodearnos por completo de un momento a otro y estarías atrapado aquí durante un largo asedio».

Lanny no había tenido tiempo de hablar con su amigo acerca de los cuadros y ahora aprovechó la ocasión.

—Raúl, me han hecho una proposición muy parecida a la que nos hicieron con el comendador. Aquel resultó ser un auténtico Goya por el que conseguí veinticinco mil dólares. Doné todo el dinero para la compra de suministros médicos que sin duda estarán siendo utilizados en estos momentos en Madrid. Ahora tengo una oportunidad muy parecida, solo que en este caso se trata de artistas franceses y no creo que se puedan considerar parte de los tesoros nacionales de España.

—A mí me parece bien, Lanny —dijo Raúl—. Ahora mismo necesitamos más antisépticos que obras de arte.

—De acuerdo, entonces. Intentaré cerrar el trato. Pero hay un problema importante, el combustible suficiente para llegar a Valencia.

—Eso requerirá un permiso oficial —dijo el español—, pero creo que podré solucionarlo. Ya he tenido que hacerlo en el caso de unos periodistas. Y

si tú has traído a España a dos pilotos, sin duda te has ganado el derecho a salir de aquí.

El hogar de los Sandoval era una pretenciosa construcción de estilo renacentista francés situada en la plaza de la Independencia, un barrio elegante de la capital. Lanny llamó al timbre y al no obtener respuesta volvió a hacerlo en varias ocasiones. Comenzaba a perder la esperanza, pues parecía evidente que el cobarde mayordomo había huido. ¿Cómo iba a conseguir entrar en la casa un perfecto extraño para coger seis muestras del impresionismo francés colgadas en las paredes del salón? Lanny volvió a llamar varias veces y, entre timbrazo y timbrazo, pateó la puerta de un modo muy poco cortés, pero estaban en tiempos de guerra. Estaba a punto de sugerirle a Raúl que se acercara a la siguiente casa para preguntar cuando escuchó un leve clic y vio que se había abierto una pequeña rendija en la puerta y un ojo de iris oscuro lo observaba.

—*Buenos días* —dijo Lanny—. *¿Es esta la casa del señor Sandoval?*

—*Sí, señor* —fue la respuesta.

Lanny le explicó en un cuidadoso y pausado castellano que estaba en posesión de una carta de su patrón. Y añadió:

—Quizá me recuerde usted. Estuve aquí el pasado verano para ver los cuadros.

—*Sí, sí, señor*. —El hombre empezó a abrir la puerta mientras se disculpaba—. Son tiempos peligrosos y nos hemos escondido en el sótano.

—El patrón está preocupado porque usted no le ha escrito.

—Teníamos miedo de salir, señor. Los *anarquistas* son hombres terribles y los *moros* aún peores.

El mayordomo, se dijo Lanny, era al parecer un alma fiel. En ningún momento se le había ocurrido pensar que tenía el mismo derecho que su patrón a salir por pies. Había recogido a su esposa y a su hijo y se habían encerrado en la mansión, donde habían permanecido escondidos de las bombas y los disparos y de los seres humanos, que eran aún más terribles.

—Aquí está la carta —explicó Lanny.

Probablemente el hombre no sabría leer los nombres de las pinturas, pero reconoció el papel y la firma y era evidente que recordaba el rostro de Lanny. Permitió que el visitante seleccionara los cuadros —cada uno de ellos con un marco adecuado esta vez— y pidió que le proporcionaran ropa de cama para envolverlos. Después el hombre los transportó cuidadosamente hasta el coche y los colocó en el maletero, por lo que recibió una buena propina, mostró el debido agradecimiento y volvió a desaparecer en el interior de la casa. La plaza

de la Independencia parecía encontrarse en plena línea de fuego y el estruendo era tan grande como si doce tormentas hubieran estallado al mismo tiempo. Semejante violencia quedaba notablemente amortiguada al cerrar la puerta de la casa, un poco más al encerrarse en el sótano y más aún al esconderse bajo un colchón.

Solo quedaba un asunto que solucionar, *la gasolina*. Raúl le dijo a Lanny hacia dónde debía conducir. Después la autorización y la reserva de pesetas de Lanny cubrió el importe requerido. «Ahora sigue mi consejo», dijo el español, «cierra las puertas y conduce sin parar.

Te encontrarás con miles de personas que te suplicarán que las recojas, pero si lo haces es posible que agotes el combustible antes de tiempo y no puedas conseguir más».

Parecía un consejo cruel, pero así era la guerra. Lanny sabía que el dinero que iba a conseguir con la venta de las pinturas sería muy útil para la causa. Por otra parte, si los cuadros resultaban dañados, la deuda de doce mil dólares le dejaría en una difícil posición económica. Además, el rollo de película sin revelar supondría un importante golpe para Robbie y por ende una ayuda para la causa, aunque lo fuera de un modo indirecto.

—Está bien —dijo—, lo haré.

Pero no lo hizo.

XII

Dejó a Raúl a un par de calles de distancia de su oficina y a continuación se dirigió al Hotel Palace para pagar la cuenta. El inmenso edificio situado en la plaza de las Cortes —ochocientas habitaciones y un baño en cada una— estaba prácticamente vacío, con la excepción de la recién llegada delegación de técnicos rusos. Pronto llegarían más, según lo prometido, pues los soviets estaban decididos a superar a los italianos en el Hotel Alfonso XIII de Sevilla. Aquí en Madrid, los camareros vestidos con librea blanca y corbata negra atendían a sus huéspedes con presteza y amabilidad, aunque se veían obligados a disculparse cada poco, pues la reserva de café se había agotado por completo y no habría más pan hasta el día siguiente.

Lanny dijo *adiós*, repartió *propinas* y se subió al coche. Cerró las puertas, subió todas las ventanillas excepto la del conductor. El veranillo de San Martín había terminado y un viento helado soplaba en la meseta castellana, de modo que se puso el abrigo para llevar a cabo el largo trayecto. Guardó su preciada y pequeña cámara en una bolsa de lona junto a su juego de herramientas y lo ocultó en el hueco bajo el asiento del conductor, el lugar más seguro que se le ocurrió. Todos esos pequeños gestos los llevaba a cabo tan rápido como podía, pues desde que saliera de casa del señor Sandoval media docena de bombas y proyectiles habían caído lo bastante cerca de él como para sentir las sacudidas de sus explosiones, y quizá la siguiente acertaría de pleno sobre ciertas pinturas de los impresionistas franceses arrastrando a Lanny a la bancarrota.

Libre al fin, condujo hacia el este por la calle de Alcalá, que pronto se convertía en una carretera nacional. El estruendo fue decreciendo gradualmente y mientras el rumor de la batalla moría en sus oídos, decidió escuchar en la radio las últimas noticias sobre su evolución. La emisora de Franco aseguraba que la verdadera lucha aún no había comenzado. Lo que había tenido lugar hasta el momento no era más que un bombardeo preliminar, un procedimiento conocido en la jerga militar como «suavizado». Durante la primera hora de trayecto después de abandonar la capital, Lanny escuchó en Radio Lisboa que una bandera blanca había sido colocada en lo alto del edificio de Correos de Madrid. Algo que no le pareció muy creíble, a menos que tal cosa hubiera sido obra de algún agente de la Quinta Columna, de la que todo el mundo hablaba en la capital.

Igual que en el viaje de ida, las carreteras estaban plagadas de fugitivos, por lo que se veía obligado a tocar la bocina constantemente, y llegó a la conclusión de que la lucha de clases también se libraba entre campesinos que llevaban carros tirados por burros y turistas a bordo de lujosos automóviles. Especialmente cuando hay un solo turista que ha cerrado a cal y canto su corazón y su coche y avanza sin detenerse, salpicando barro a ambos lados del camino y dejando a su paso una apestosa estela de combustión. Lanny escudriñaba carretera adelante con la esperanza de descubrir algún camión del Gobierno al que poder seguir, pero al parecer estos se veían obligados a ir tan despacio como él.

La noche cayó sobre el viajero cuando atravesaba las montañas entre Guadalajara y Cuenca. La lluvia había arreciado y el frío era cada vez más intenso, la carretera era resbaladiza y peligrosa, por lo que se vio obligado a extremar las precauciones. Lanny se había topado con un accidente en el viaje

de ida y lo mismo le ocurrió ahora. Un carro de campesinos había sido arrollado por algún vehículo que no se había detenido a prestarles ayuda. Toda una familia estaba sentada al borde de la carretera, una mujer con un bebé en brazos y tres niños que se acurrucaban a ella, mientras el marido permanecía de pie en plena calzada, con los brazos extendidos como si estuviera rezando. Apenas había espacio para evitar el obstáculo, por lo que Lanny tuvo que detenerse. Salió del coche con intención de ayudar al hombre a levantar el carro, pero enseguida descubrió que el burro tenía una pata rota, de modo que no había nada que pudiera hacer. El bebé había salido despedido del carro a causa del impacto y era posible que estuviera herido. Y ahí estaba toda la familia empapada bajo la lluvia y enfrentándose a la posibilidad de morir por congelación antes del amanecer.

—Está bien —dijo Lanny—, los llevaré conmigo si quieren venir.

Una dolorosa decisión por la que todos lloraron, pues allí estaba todo lo que poseían en el mundo y cualquiera podría robarlo. ¡El carro! ¿No podría el señor remolcar el carro? No, el señor no podía, de modo que se subió al coche y dijo «*Adiós*». Entonces la mujer comenzó a gritar. La vida de su pequeño podía estar en peligro. La mujer subió a la parte trasera del vehículo y Lanny colocó su equipaje cuidadosamente sobre las pinturas en un extremo del asiento. Los demás niños se apretujaron junto a la madre. ¿Y qué iba a hacer el padre mientras tanto? ¿Quedarse junto al carro y sus pertenencias? ¿Quién le ayudaría a moverlas? ¿Cómo podrían prescindir del burro en los tiempos que corrían? ¿Y cómo encontraría después a su familia? ¡Virgen santa! ¿Qué iba a hacer un *labriego* en semejante situación?

Lanny volvió a decir «*Adiós*» y entonces el hombre se precipitó torpemente hacia el coche y ocupó el asiento del copiloto, enterró la cara entre las manos y comenzó a sollozar mientras su cuerpo temblaba de rabia e impotencia. Con sus preciadas pertenencias podrían empezar de cero en otro lugar, pero sin ellas ¡serían pobres! Lanny se acordó del pobre burro y salió del coche empuñando su automática. El campesino se quedó estupefacto, pues jamás había visto nada semejante. Montar en *borrico*, sí, por supuesto, pero darle misericordia… ¡Qué ideas tan extrañas tienen los extranjeros! «¿Cree que en esas condiciones podrá volver a montarlo?», dijo Lanny. «¿No? De acuerdo, entonces ¿qué le importa lo que haga?». Le disparó un tiro en la cabeza a la pobre bestia y la mujer gritó, los chiquillos se echaron a temblar y durante un tiempo todos temieron al extranjero.

XIII

Lanny siguió conduciendo con su carga extra y recordó la advertencia de Raúl acerca del combustible. Sin embargo, estaba seguro de que Raúl habría actuado de la misma manera en su situación. El coche estaba impregnado de olores desagradables, pues los *labriegos* ya huelen bastante mal en seco y al aire libre, pero cuando están empapados y apretujados en un espacio tan reducido, la situación se vuelve aún peor. Todos temblaban de frío, por lo que no podía sugerir abrir otra ventanilla. Seguían gimiendo y llorando mientras le contaban a Lanny un montón de cosas que solo comprendía a medias, pues jamás había oído las anticuadas palabras y expresiones que utilizaban. Sin embargo, había algo que tenían que enseguida reconoció y que no era necesario nombrar: las *pulgas* españolas. Las activas y diminutas criaturas no tardaron en encontrar un nuevo vergel donde campar a sus anchas, que debieron de encontrar especialmente exquisito a juzgar por los picores. Aquello era un suplicio, se dijo Lanny, ¡pero así era la guerra!

Pensó en dejar a sus pasajeros en Cuenca. Sin embargo, «¿Quién cuidará de nosotros, señor?», le preguntaron. Y qué podía responder él. Sabía que la antiquísima ciudad, prácticamente intacta a pesar del paso de los siglos, tenía siete puertas de acceso y una catedral, famosa por sus enrejados, pero ¿disponía también de un hospital? No lo sabía y al parecer en mitad de la noche no había manera de averiguarlo. Su desgraciado cargamento humano tenía la certeza de que jamás recuperaría sus pertenencias y ahora solo pensaba en una cosa, alejarse lo más posible de la guerra. ¿Quién podía decir cuándo aparecerían los *moros* en Cuenca? La noche era oscura y fría y no dejaba de llover, pero en el interior del coche hacía calor, y los pasajeros nunca en su vida habían soñado con la existencia de asientos tan confortables ni que fuera posible viajar a semejante velocidad. «¿Sería tan amable el señor de llevarnos tan lejos como pueda?».

De modo que Lanny los llevó hasta Valencia. Allí hacía calor y lucía el sol, compró comida y leche para los niños, les dio algo de dinero a los padres y se despidió de todos ellos en un parque público que ya estaba repleto de refugiados. Es bien sabido que la miseria siempre busca compañía, y en este caso el Gobierno se ocuparía de que no les faltara de nada. Le dieron las gracias y él hizo lo mismo, pues durante el viaje habían hablado con franqueza y le habían enseñado muchas cosas acerca de los campesinos españoles. Habían tenido una vida difícil y ahora tan solo podían esperar lo peor, pero no

por ello iban a dejar de ser corteses. Además, habían llegado a la conclusión de que un *señor americano* que viajaba a bordo de un carro autopropulsado y equipado con voces mágicas procedentes de Madrid, Barcelona y Sevilla debía de ser al menos primo carnal de la familia celestial.

Lanny se dirigió al cuartel general del Ejército y se presentó ante un afable oficial. Le contó lo que había visto en Madrid, obtuvo el permiso para atravesar la frontera y también ayuda para llenar por última vez el depósito *de gasolina*. Después visitó una *botica* y compró algunos polvos para protegerse de las *pulgas* y los *piojos* que espolvoreó generosamente por todo el coche y con los que a continuación se embadurnó él mismo bajo la ropa. Con intención de completar el trabajo, abrió todas las ventanillas para dejar que la brisa mediterránea eliminara de su celestial carruaje el olor a humanidad.

Entretanto, la radio informaba de que los ejércitos de Franco habían comenzado su asalto en el río Manzanares. Dependiendo de qué emisora sintonizara, los puentes habían sido dinamitados y la Brigada Internacional resistía con firmeza o, por el contrario, los nacionales avanzaban arrasando todo a su paso. «Nacionalistas» o «Nacionales» era el término que Franco había escogido para sus moros y su Legión, apoyada por la artillería, los tanques y aviones italianos y alemanes. O quizá dicha etiqueta había sido acuñada por la prensa capitalista internacional especialmente para él. En cualquier caso, era imprescindible que todo periodista extranjero la utilizara bajo la amenaza de represalias contra cualquier corresponsal que osara referirse a sus tropas como «rebeldes» o contra cualquier periódico que incluyera dicho término en sus despachos de guerra.

Mientras escuchaba la guerra civil de las ondas y atravesaba la frontera para entrar de nuevo en Francia, Lanny llegó a la conclusión de que resultaba mucho más agradable formar parte del público que del reparto de la obra. En Perpiñán, se alojó en un hotel y se dio un baño con jabón carbólico. Después envió telegramas a su madre y a Rick y también al señor Sandoval para informarlo de que le enviaría un cheque. Había acordado con Trudi que no era seguro enviarle telegramas, de modo que le escribió una breve nota diciéndole que estaba a salvo y que su misión había tenido éxito, pero que se encontraba cansado después de haber conducido casi mil kilómetros sin dormir.

Esa noche durmió de un tirón y soñó que podía escuchar el fragor de doce tormentas simultáneas. Por la mañana examinó su ropa a conciencia, se dio otro baño con jabón y disfrutó del desayuno, su primera comida en condiciones desde que abandonara París. Después encargó que revelaran lo

antes posible el rollo de película y, mientras observaba todas las fotografías, redactó un telegrama «en clave» que enviaría esa misma noche a su padre:

«TU AMIGO EL SEÑOR OBESO EL QUE DESEABA ALQUILAR PATENTES LAS HA ROBADO TAL COMO PREDIJE HE TENIDO OCASIÓN DE OBSERVAR SUS FALSIFICACIONES EN EL AIRE Y OBTENIDO DATOS FOTOGRÁFICOS INCLUIDO NÚMERO DE SERIE DEL MOTOR ENVÍO POR CORREO CERTIFICADO CONSERVARÉ DUPLICADO ESPERO COMISIÓN RECUERDA PETICIÓN PREVIA SERÁ POSIBLE ESTA VEZ ME DIRIJO A BIENVENU. LANNY».

27
EL CAMINO HACIA EL POLVO DE LA MUERTE

I

Habría sido una crueldad por parte de Lanny estar tan cerca de su madre y no ir a visitarla para contarle sus aventuras. Es más, había cierta información que necesitaba consultar en sus archivos y además Zoltan quería mostrarle dos Detazes a uno de sus clientes. De modo que Lanny se dirigió a Bienvenu, y lo primero que hizo al llegar fue enviar toda su ropa a la lavandería. Después llenó un balde con formaldehido, lo colocó en el suelo del coche y lo cerró para que los vapores acabaran con todos los parásitos durante la noche. Beauty quedó horrorizada cuando su hijo le contó sus entomológicas desventuras, más sin duda que cuando le habló de las bombas que caían sobre Madrid. «*Nom de Dieu!*», exclamó la madre. «¡No permitas que nadie se entere!». El hecho de que los campesinos españoles convivieran con pulgas, chinches y piojos durante toda su vida era para ella una prueba más de la futilidad de intentar ayudarlos a ascender en la escala social. Quizá lo ocurrido serviría al menos para que Lanny se decidiera a abandonar de una vez por todas sus preocupantes tendencias socialistas.

—Querida mía —dijo Lanny—, ¿no crees que si les pagaran dinero suficiente para poder comprarse insecticidas estarían encantados de hacer lo mismo que tú y yo hemos hecho siempre?

Madre e hijo se lanzaron una vez más a una de sus habituales discusiones. ¿Quién era el culpable de la guerra en la península ibérica y quién debía ganar? Beauty estaba de acuerdo con el padre de su hijo en que Alfy estaba cometiendo un terrible error, de consecuencias quizá irreparables, al lanzarse a esa aventura. Beauty había escuchado hablar a sus elegantes amigos sobre las atrocidades que se estaban cometiendo y no se dejó convencer de lo contrario

cuando Lanny le dijo: «No, querida, no han quemado a monjas en España. Sencillamente las han privado del derecho a enseñarles todo tipo de supersticiones a los niños españoles». Lo máximo que consiguió con sus argumentos fue obligarla adoptar de nuevo su antigua opinión de que toda guerra es cruel y malvada y por tanto se opondría a ella por principio en todo momento y lugar.

—Está bien —dijo Lanny—, pues dile eso al general Franco, que está invadiendo España con un ejército compuesto casi íntegramente por extranjeros.

—Lanny, sabes que es imposible que yo pueda reunirme con el general Franco.

—Dios te bendiga, querida, no te hagas la tonta. Tienes la mala costumbre de hacerlo cuando no quieres aceptar los hechos. Los fascistas están difundiendo su propaganda por todo el mundo y tú te la tragas porque es más fácil que analizar el asunto por ti misma, y además te resulta socialmente ventajoso creer lo que te cuentan tus amigos ricos. Así que no me hagas perder el tiempo obligándome a escuchar sus mezquinas y manidas historias de segunda mano porque hace mucho que mi profesión es destapar verdades, y cuando te las cuento al menos podrías tener el sentido suficiente como para prestarme un poco de atención.

El rapapolvo pareció tranquilizarla un poco y dijo:

—¿Quieres decir que los comunistas no han estado matando a sus oponentes por toda España, Lanny?

—Yo no he dicho nada semejante. Ha habido muchos asesinatos, igual que los hubo durante la Revolución francesa y la rusa, y siempre los habrá mientras se oprima y se degrade al ser humano y este se vea obligado a obtener su libertad mediante la insurrección. Ahora mismo Madrid está siendo asediada y la ciudad se encuentra repleta de espías y traidores que han escondido armas por todas partes y están aguardando la señal para atacar. No me cabe la menor duda de que la milicia comunista les estará dando caza y ejecutándolos, exactamente igual que lo haría cualquier ejército del mundo. También lo harían en Londres y en Nueva York si sucediera lo mismo. Lo que hemos de hacer es pararnos a pensar cuál de los dos bandos defiende la libertad y la ilustración y cuál de ellos lucha por mantener el medievalismo y la superstición.

—¡Oh, Lanny, eso es demasiado para mí! —exclamó la madre.

Y él respondió:

—¡Esa es la primera cosa sensata que has dicho sobre el tema, así que dejémoslo ya!

II

Beauty Budd había sido amante de un pintor y más tarde su esposa durante una década, y antes había ejercido como modelo de artistas, por lo que había tenido ocasión de escuchar sus conversaciones. Además, desde el nacimiento de Lanny se había relacionado con coleccionistas de arte y gente que tenía buen gusto a la hora de decorar su hogar. Ahora Lanny colgó en las paredes de Bienvenu los tesoros que había salvado de las bombas y Beauty invitó a su amiga Sophie y a otras damas ricas que casualmente habían llegado pronto a la Costa Azul esa temporada. Lanny no dijo cuánto dinero había pagado por los cuadros, lo que enseguida despertó la curiosidad de las invitadas. Cuando la vivaz y algo bulliciosa Sophie le preguntó: «¿Cuánto esperas obtener por ellos?», él le dijo: «No tengo intención de exprimir a mis amigos, querida». Pero ella insistió, de modo que el experto le respondió: «Si alguien estuviera interesado en los seis, los vendería por treinta mil». «¡Santo cielo!», exclamó ella, y preguntó si se refería a francos, aunque sabía perfectamente que no era así. Lanny decidió dejarlo correr con una sonrisa.

Había pagado trescientos mil francos por los cuadros, unos doce mil dólares, y esperaba conseguir por ellos el máximo posible para financiar la causa, aunque tenía una reputación que mantener y no podía permitirse hinchar los precios. Había pensado en varias personas que podrían estar interesadas en el lote completo, de modo que escogió la opción más plausible y escribió el borrador de un cablegrama en el que detallaba para cada obra el nombre del pintor, el tema y el tamaño y añadía además un adjetivo que, suponía, sería del gusto del comprador cuando por fin desembalara y tuviera ocasión de contemplar lo que había adquirido. Si a Lanny le parecía espléndido y brillante, también él o ella dirían lo mismo; si era una obra representativa y típica de cierta tendencia, así lo expresarían sus nuevos propietarios; y si era un pobre y banal ejemplo de su escuela, Lanny sencillamente no se haría cargo de él.

Estaba a punto de enviar el cable cuando Sophie le telefoneó y le pidió que esperara. Ella y su marido habían estado hablando acerca de su colección y ahora ella quería discutir el asunto con el experto. Cuando Lanny colgó el teléfono y se dio la vuelta para contárselo a su madre, esta le dijo: «Sophie es un tiburón cuando se trata de regatear, pero ahora le sobra el dinero así que no permitas que te doblegue».

Sophie Timmons, descendiente de una familia de ferreteros de Cincinnati, otrora baronesa de La Tourette y actualmente señora de Barney Armitage, ya había cumplido los cincuenta y ocho, aunque no había celebrado su cumpleaños. Su en otro tiempo deslumbrante melena teñida con jena había perdido parte de su lustre y su rostro ya tenía arrugas imposibles de ocultar. Las glorias pasadas se habían desvanecido y los viejos placeres ya no despertaban en ella ninguna excitación. Durante años había observado la profesión de Lanny y le había escuchado hablar sobre arte con grandilocuentes palabras. De haberse tratado de cualquier otra persona, ella habría despachado todo lo relacionado con aquel mundillo como un mero timo. Sin embargo, sabía que Lanny era honesto y vivía holgadamente gracias a su buen gusto y a sus vastos conocimientos. Ella se había familiarizado con la idea de que los antiguos maestros representaban una forma de invertir que no se veía afectada por la inflación ni por los pánicos financieros, al menos no de forma permanente. Había sido testigo de cómo gente corriente compraba pinturas y se ganaba la consideración de todos los que les rodeaban, mostrándolas a amigos y conocidos. Con la excepción de los Detaze, todo lo que había comprado había resultado ser un fiasco. Sin embargo, ahora parecía haberse topado con algo auténtico. En cualquier caso, se trataba de algo nuevo de lo que poder hablar. ¡Oh, Dios! ¡Y cómo se aburría una cuando no tenía absolutamente nada que hacer salvo buscar distracciones y además poseía la inteligencia suficiente para percibir las pretensiones de los demás!

Se había presentado con la intención de ofrecer veinticinco mil dólares por la colección de Lanny. Y este le había dicho: «No acostumbro a regatear, y menos aún con mis amigos. Creo que podría conseguir treinta y cinco o cuarenta mil si vendiera las pinturas por separado, de modo que si estoy dispuesto a aceptar treinta mil por el lote completo es únicamente para ahorrarme tiempo y molestias innecesarias. Uno de mis clientes sin duda me enviaría el dinero por cable. Le he dicho que se trata de una oferta exclusiva y que él ha sido el primero en recibirla. Sabes que la oferta no iba dirigida a ti y que en aquel momento me limité a responder a la pregunta de una amiga acerca de lo que esperaba ganar con los cuadros».

En Francia constituye una cuestión de prestigio el hecho de conseguir una bajada de precio, por lo que Sophie se sintió decepcionada y algo desconcertada. Este era un nuevo Lanny Budd. El niño al que había conocido se había convertido en un firme y decidido hombre de negocios. Durante un rato dudó, frunció el ceño, vaciló, volvió a examinar las pinturas y finalmente se acercó al escritorio y rellenó un cheque por treinta mil dólares. «Ya está bien de negocios», dijo con alivio. «Ahora los cargaremos en el coche y me enseñarás a colgarlos. Será divertido».

Este es el tipo de cosas que ocurren cuando vives en el mundo elegante y frecuentas a la gente adecuada. Beauty Budd se había dedicado a esto como una forma de hacer negocios desde que conociera a Robbie. Él le había enseñado y ella se había beneficiado, y después había hecho todo lo posible para que su hijo también aprendiera. Siendo fiel a este método le había conseguido la esposa más deseable, pero él había decidido arrojar el tesoro a la basura y ahora la madre no pudo resistir el impulso de decirle:

—¿Ves cómo de vez en cuando te resulta útil vivir rodeado de plutócratas?

—Lo sé, querida —respondió el vástago, dándole un beso en su cálido, suave y mullido cuello—. Estoy dispuesto a enviarles todas las pinturas que quieran comprar, pero no les venderé mi cerebro ni mi conciencia.

III

—Debo irme —anunció Lanny—. Tengo una cita en París.

Beauty sabía que se refería a «aquella mujer», de modo que comenzó a asediarlo a base de preguntas, sintiéndose dolida porque el lujo ya no confiaba en su madre. ¡Pero si ni siquiera le había dicho cómo se llamaba! No le enseñaba sus cartas y le juraba y perjuraba que no tenía ninguna fotografía suya. Aquello era demasiado misterioso e incluso algo alarmante. Beauty hasta había llegado a preguntarse si no se trataría de una nueva Marjorie Daw, la mujer a la que Lanny se había inventado con el fin de evitar que su madre y sus amigas siguieran tratando de encontrarle otra esposa rica.

Pero él le respondió que no, que se trataba de una mujer real, pero había prometido guardar el secreto e iba a mantener su promesa.

—¿Es que no quiere conocer a tu madre? —dijo ella—. ¿Acaso no le preocupa ganarse el respeto de la mujer que te trajo al mundo?

A lo que el hijo respondió:

—Le contaré lo que me has dicho y la próxima vez que vengas a París quizá te la presente.

Pero Beauty no iba a detenerse.

—¿Por qué no la traes aquí?

Elia solo pretendía ser generosa, como lo había sido en el caso de Marie de Bruyne.

—¡Si hiciera tal cosa ya no sería un secreto, querida! —exclamó Lanny, esbozando una sonrisa.

Otro problema para su alma maternal: Marceline y Vittorio, después de pasar varios meses en Shore Acres y haber recorrido California en automóvil por pura diversión, estaban actualmente de camino a Bienvenu, vía Londres. Probablemente harían una parada en París. ¿Qué pensaba hacer Lanny? No debía ser grosero con Vittorio, especialmente si no quería que el joven conociera sus inclinaciones socialistas y comunistas. Los eventos familiares seguirían celebrándose, y Marceline no debía darse cuenta de que su hermanastro despreciaba a su marido.

—Seré cortés con él en todo momento —prometió Lanny—. Mientras haga feliz a Marceline ten por seguro que no interferiré.

—Deberías hablar con él, Lanny. Te sorprendería descubrir en cuántas cosas estáis de acuerdo.

—Fui generoso regalándole mi tiempo en Shore Acres, pero si hubo algo en lo que estuviéramos de acuerdo, se me ha olvidado.

—¿Le has oído alguna vez hablar de Hitler?

—No, pero sé que Hitler y Mussolini han firmado un acuerdo sobre Austria y que están luchando codo con codo en España. Si el Capitano aún tuviera los dos brazos estaría allí ahora mismo ayudando a sus colegas nazis.

—De todas formas, Vittorio dice que a los italianos no les gustan nada los alemanes y que sus objetivos son completamente diferentes. En su opinión, dejar que Hitler se apodere del Adriático constituiría una enorme calamidad para Europa.

—Para el hipotético imperio del Duce, no me cabe duda.

—No es solo eso. Insiste en que Hitler es absolutamente irresponsable y no se puede confiar en que respete ningún acuerdo.

Lanny no pudo evitar echarse a reír.

—¡Y por eso han desatado una guerra que le entregará a ese lunático la potestad sobre el mineral de hierro del País Vasco y el cobre de Riotinto! No, no, querida, si he de llevarme bien con mi cuñado nazi-fascista tendré que permanecer en mi torre de marfil y seguir haciendo gala de mi desprecio por el sórdido asunto del imperialismo.

IV

Las cuatro columnas franquistas no habían conseguido entrar en Madrid. La Brigada Internacional había detenido su avance en el río y mantenía sus posiciones tras varios días de intensa lucha. El general rebelde, que contaba con barrerlo todo a su paso, estaba profundamente irritado; y sus partidarios y promotores, que esperaban obtener grandes beneficios a cambio de casi nada, montaron en cólera, acusando a los rojos de estar llevando a cabo una guerra cruel. Los comunistas, por su parte, mantenían que de no ser por los italianos y los alemanes no habría guerra y que, si desistían de sus propósitos en ese mismo instante, los enfrentamientos cesarían en el plazo de una semana. Resultaba obvio para cualquier persona que no tuviera intereses en el conflicto que la mayoría de los ciudadanos de España eran partidarios del Gobierno al que había elegido democrática y pacíficamente. La guerra que les había sido impuesta era una guerra civil mundial, al menos en lo que a propaganda se refería, y nadie era capaz de prever en qué momento el fuego se extendería dando lugar a un enfrentamiento mucho peor que el que supuestamente había finalizado dieciocho años atrás.

De camino a París, Lanny siguió atentamente por la radio la batalla verbal que se libraba en las ondas. Todas las noticias eran pura propaganda actualmente, de modo que era necesario descubrir el bando al que representaba cada emisora para discernir el grado de falsificación y censura de cada noticia. Las naciones pequeñas temían a las grandes y las naciones más prósperas y orondas sentían recelo de las huesudas y famélicas. Los católicos tenían miedo de los nazis, pero aún más de los rojos. Los trabajadores no eran capaces de decidir qué les producía más pavor, si los nazi-fascistas o la posibilidad de una guerra, ni qué amaban con más intensidad, si la libertad o la paz. La complejidad de la situación parecía infinita, e igualmente lo era la

diversidad de opiniones entre clases, partidos, sectas, etcétera, fueran cuales fueran las creencias que uno profesara, lo hacía con fervorosa pasión. Había que actuar y era necesario hacerlo de inmediato o no hacer nada, pues ya sería demasiado tarde. En semejantes condiciones, los que se salen con la suya son aquellos que saben lo que quieren y van a por todas. Y, desgraciadamente, esos eran los enemigos de Lanny, nunca sus amigos.

En un mundo que se dirigía sin freno hacia su propia destrucción, al menos había encontrado una minúscula parcela de tierra firme donde lanzar su ancla, y era el corazón y la mente de Trudi. Con ella nunca tendría que discutir, con ella nunca se vería obligado a ocultar quién era en realidad. El estudio de una habitación situado en la margen izquierda se había convertido en el lugar al que se dirigían sus pensamientos cada vez que tenía un momento de asueto. Cuando intentaba ganar dinero era para que Trudi pudiera gastarlo, y tan pronto lo conseguía, ya imaginaba lo divertido que sería contarle cómo lo había hecho. Lanny había sido criado por mujeres y, como resultado, sentía una fuerte inclinación a admirarlas y a dejarse influir por ellas. A lo largo de los años, muchos habían llegado a considerarle un mujeriego, pero ahora había conocido a una dama de una clase muy diferente, una que difícilmente sería reconocida como tal, pues carecía de las artes y los atractivos que solían caracterizarlas. Lanny, sin embargo, había decidido que lo que definía a una verdadera dama era su aplomo y su firmeza moral, su falta de pretensiones y una mente capaz de discernir por sí misma la esencia de los problemas y de distinguir lo verdadero de lo falso. Fuera cual fuera el nombre que uno decidiera ponerle a semejante compañera, era conveniente saber en todo momento dónde vivía y asegurarse de que siempre te abriría la puerta.

V

Pero ¿cuál es el protocolo adecuado para amar a una santa? ¿Cómo acercarse a una mujer que se preocupa tanto por las miserias del mundo que se olvida de las suyas? Lanny no estaba seguro, pero lo supo tan pronto como llegó al apartamento y la vio en el umbral esperándole con una sonrisa en los labios. Entró, cerró la puerta y no le hizo ninguna pregunta sobre ella ni sobre el mundo que la rodeaba. La rodeó con sus brazos, la besó y dijo: «Te quiero».

Sin romper el abrazo, volvió a decirle: «Te quiero», y lo repitió sin ser capaz de contenerse. Quizá a otra persona le habría parecido monótono y poco original, pero en ese instante no era necesario nada más. Ella era feliz, y eso era lo que él pretendía y lo que le había prometido intentar. En realidad, resultaba sencillo. Y si marcharse es morir un poco, regresar era revivir con plena intensidad.

Después se sentaron en el sofá sin dejar de abrazarse —para recuperar el tiempo perdido— y él le contó sus aventuras. Ella tembló a causa de los detalles militares, no de los entomológicos. Sin duda era una dama muy especial, y dijo: «Eso es sinónimo de pobreza en todo el mundo por igual. Los hijos de los obreros de Berlín siempre los tenían». Le resultó especialmente apasionante el asunto de la falsificación del Budd-Erling, y se tomó en serio la sugerencia de Lanny de que quizá esta vez Robbie le recompensaría con uno de sus aviones. Sin embargo, el hijo del gran hombre de negocios sonrió melancólicamente y dijo: «No cuentes con ello. Si mi padre saca algo de todo esto quizá compre para mí algunas acciones de la Budd-Erling, ¡pero no aviones para España!».

Cuando le habló del deseo de Beauty de conocerla, ella se mostró muy turbada.

—¡Oh, Lanny, no puedo hacerlo! ¿Qué podría decirle yo a tu madre?

Y él respondió:

—Es fácil. ¡Háblale de su hijo!

Había ganado más dinero, pero ¿qué iban a hacer con él? Trudi tenía dos amores, y le resultaba difícil escoger. ¿España o Alemania?

—Quien quiera ayudar a España ha de hacerlo rápido —dijo él.

—Sí, pero si conseguimos que los trabajadores alemanes se enteren de lo que está ocurriendo, entonces se negarán a fabricar armas para Franco o a enviárselas.

Ella aún se aferraba a la idea de que en Hitlerlandia había un movimiento obrero fuerte, con conciencia de clase y dispuesto a actuar. A Lanny, sin embargo, ya no le quedaba fe, pero no podía soportar la idea de decírselo. Ella había escrito otro pequeño panfleto explicando el sitio de Madrid al pueblo alemán, y él le dijo:

—Adelante con él. Ahorraremos algo de dinero para eso.

Había llegado una postal a Bienvenu procedente de Albacete, firmada por «Romney», y decía: «Hemos encontrado temas muy interesantes para nuestros dibujos, pero por el momento las buenas pinturas son imposibles de encontrar. Si pudieras conseguir alguna te lo agradeceríamos». Por supuesto, el mensaje

estaba en clave. Lo que quería decir era que Alfy quería un Budd-Erling P9. Lanny le reenvió la carta, explicándole la situación, al hombre que podía satisfacer su petición. Después se lo contó a su *amie* y añadió: «No creo que Robbie vaya a ablandarse, pero al menos servirá para que le remuerda la conciencia. Tengo pensado indagar un poco aquí en París, a ver si es posible encontrar la pista de algún tipo de avión».

VI

Lanny fue a ver a su tío comunista, que había ayudado a los dos jóvenes pilotos a llegar a su destino, por lo que ahora tenía derecho a que le informaran sobre su situación. Lanny le contó lo sucedido, pero sin mencionar lo que había pagado por los cuadros ni que ya los había vendido. Sabía que la propaganda del tío Jesse era un pozo sin fondo y prefería entregar su dinero a los socialistas.

El diputado comunista le explicó el inesperado desarrollo de los acontecimientos. Las reuniones masivas de trabajadores y sus incesantes cánticos de «Aviones para España» habían surtido cierto efecto. No podía ser de otro modo en una democracia, donde los políticos están a merced de sus votantes cada pocos años. La constante exposición de la ayuda que Alemania e Italia le estaban prestando a Franco había impregnado la palabra «no-intervención» de un hedor insoportable, y, como consecuencia, la «neutralidad» de Blum comenzaba a debilitarse. Y eso era todo lo que necesitaban, un poco de debilidad, pues el incesante esfuerzo para pasar armas ilegalmente a través de la frontera seguía siendo llevado a cabo por los lealistas, y gran parte de las tropas del Ejército francés y muchos oficiales de bajo rango también simpatizaban con los intentos.

Léon Blum no podía salir a la palestra y decir abiertamente, como hacían los rusos: «Tenemos intención de enviar armas a los lealistas mientras Alemania e Italia sigan abasteciendo a los rebeldes». Eso habría supuesto una ruptura con el Gobierno británico y Francia habría sido etiquetada como una nación «roja». En un mundo de hipócritas ¿quién puede permitirse ser honesto? Había hombres tratando de comprar armas y otros que vivían de venderlas, y no era tan fácil conseguir que mantuvieran las distancias. Si un

cargamento de armas era detenido en la frontera, era posible que también hubiera alguien dispuesto a aceptar una *pourboire*, una propina, y, siendo el mundo como es, quizá tuviera derecho a ella. Los salarios de los funcionarios franceses son notoriamente bajos, y si un pobre tipo podía quedarse unos pocos francos de más y al mismo tiempo ayudar a la causa, ¡por Júpiter que lo haría! Por la mañana, las armas habrían desaparecido y si se presentaba alguna queja, en las oficinas de los burócratas franceses siempre había muchos casilleros donde perderse.

El tío Jesse le contó que cierto novelista francés, que simpatizaba de corazón con los lealistas, estaba comprando armas para el Gobierno español. Tenía un apartamento en París repleto de tesoros artísticos que estaba vendiendo uno a uno y utilizando los fondos para comprar aviones que, siendo piloto, conocía bien. Lanny sintió el impulso de acudir a él, pero de inmediato se dio cuenta de que se enfrentaba a las mismas dificultades que le habían atado de pies y manos en Nueva York. Un hombre como ese viviría rodeado de espías fascistas, y ¿cómo podría un norteamericano, con contactos en las altas esferas, acercarse a él sin que lo averiguaran? Por no hablar del hecho de catalogar la compra diciendo: «Tengo dos amigos, ambos pilotos, que aguardan en el aeropuerto de Albacete y quiero asegurarme de que reciben este avión». ¡No sería menos disparatado pensar que un hombre era capaz de conducir hasta el Arco del Triunfo, excavar un agujero debajo y volarlo con dinamita sin que nadie se preocupara por su identidad!

De modo que Lanny seguiría haciendo lo que había hecho durante años, repartir un poco aquí y otro poco allá. Le daría algo a Trudi, si se lo pedía; enviaría algo a la escuela de Cannes, que tenía un nuevo director, y algo a Longuet, para el periódico; algo a Rick, para que siguiera adelante con su tarea de despertar a los trabajadores británicos; y también a Hansi y Bess a Nueva York, con el mismo propósito. Escribiendo, como siempre: «¡Considéralo una contribución, pero no me menciones!».

VII

Sájarov se había trasladado antes de lo habitual al hotel que poseía en Montecarlo, pues sus viejos huesos ansiaban la luz del sol y temían el frío de

noviembre. *Madame* Zyszynski se encontraba actualmente en casa de Olivie Hellstein, a la que tiempo atrás Emily había escogido como candidata para casarse con «su hijo adoptivo». Actualmente Olivie tenía un marido francés y media docena de hijos, pero uno de ellos había «pasado al otro lado» recientemente y la madre había oído hablar de la médium, por lo que actualmente disfrutaba cada día de los inofensivos comunicados desde el más allá del supuesto espíritu de su pequeño. También estaba Solomon, el tío de Olivie, que había muerto a causa de las torturas de los nazis. El orondo y anciano banquero «se aparecía» de vez en cuando haciendo gala de un asombroso conocimiento acerca de los asuntos financieros de la familia en todas las capitales de Europa y discutiendo sin reservas sobre el problema del antisemitismo en el mundo espiritual. No había nazis en ese reino, afirmaba, porque allí nadie quería tener nada que ver con ellos. ¿Adónde iban entonces? Él no lo sabía.

Desde hacía años, *Madame* era «prestada» aquí y allá, y de ese modo había recorrido algunos de los más insignes hogares de la clase alta londinense y parisina. Mientras fueran amables con ella, no tenía importancia de quién se tratara. Elia se entretenía con su baraja de naipes y, para hacer un poco de ejercicio, salía cada día a pasear hasta el quiosco más cercano con intención de comprar alguna revista popular o periódico barato, con el único requisito de que estuviera profusamente ilustrado. El extraño don que le permitía ganarse la vida jugaba en realidad un papel muy pequeño en su vida personal, y ya estaba un poco cansada de tener que asegurarle a la gente que no tenía la menor idea de cómo había llegado a adquirirlo ni de cuánto tiempo lo conservaría aún.

Trudi había pensado mucho en esa cuestión en ausencia de Lanny. Él le había prestado un ejemplar de *Las facultades paranormales del hombre* de Osty, y su lectura le había hecho pensar que el universo era mucho más vasto y complicado de lo que Karl Marx había soñado.

—Lanny —dijo ella—, me preguntaba si podría volver a reunirme con *Madame* para comprobar si Ludi tiene algo más que decir.

—Por supuesto —respondió Lanny, pues él y su madre habían sido los descubridores de la médium polaca y por tanto siempre tenían prioridad.

Telefoneó a Olivie, fue a recoger a la anciana y reservó la misma habitación en el hotel que se encontraba a la vuelta de la esquina, cerca de casa de Trudi. En esta ocasión había decidido intentar estar presente durante toda la sesión, sentado discretamente en una esquina con la esperanza de que Tecumseh no se fijara en él. Trudi llegó y se sentó en la silla que había sido

colocada frente a la de *Madame*. Esta última entró en trance de inmediato y todo quedó en silencio mientras Trudi intentaba llevar a cabo el experimento de concentrarse en su difunto marido para hacerle aparecer.

Sin embargo, esta no era la tarde de Ludi. Y, de repente, Tecumseh dijo:

—Hay aquí un anciano, un desconocido. Creo que acaba de llegar. Tiene una curiosa barba blanca y picuda que se mece suavemente cada vez que habla. Creo que te está buscando, Lanny.

Era inútil tratar de engañar al jefe indio sentándose en un rincón de la habitación. Y si uno decide estar presente, lo mejor es saber comportarse.

Obedientemente, Lanny acercó su silla y Tecumseh le preguntó:

—¿Sabes quién puede ser?

Él respondió de inmediato:

—Conozco a una persona, pero no está en el mundo de los espíritus.

—Nunca se sabe quién está en el mundo de los espíritus —respondió la profunda voz con acento polaco—. Uno puede pasar al otro lado en cuestión de segundos, así que no seas tan fanfarrón. También yo conozco a este anciano. Hace años me lo trajiste, pero se marchó corriendo asustado. ¿No lo recuerdas? El Soldado Desconocido apareció y habló con él y hubo un terrible estrépito de disparos. Según dijo, el viejo se dedicaba a fabricar armas. ¡Y sin embargo al oír el sonido de los disparos huyó!

—En efecto, lo recuerdo muy bien —respondió el nieto del fundador de Budd Gunmakers—. Si ese anciano caballero está aquí, estaré encantado de hablar con él.

Miró a Trudi y ella a él, pues podían estar a punto de vivir algo importante.

—Dice que está buscando a su esposa. No quiere hablar con nadie más. La llama María. ¿Es eso correcto?

—Ese es uno de sus nombres.

—Al principio pensé que se refería a la Virgen María. Aquí hay una fuerte influencia católica. ¿Él es católico?

—No lo creo, pero ella sí.

—El viejo no deja de llorar, las lágrimas corren por sus mejillas. Parece muy turbado y no creo que entienda nada de lo que le digo.

—Dile que Lanny Budd está aquí. Él me conoce muy bien y tú mismo me diste mensajes para él en el pasado.

Entonces hubo una pausa y después se escuchó una débil voz: «*Mon garçon!*».

¿Eran imaginaciones de Lanny o la voz le recordaba realmente a la de Sájarov? Sin duda había en ella elementos de la de Tecumseh en labios de *madame* Zyszynski. La explicación más común de este fenómeno era que los espíritus utilizaban las cuerdas vocales del médium. Esto suena algo estúpido hasta que uno se para a pensar: «¿Cómo usa una persona sus cuerdas vocales?». Una idea se forma en la mente e instantáneamente se convierte en una vibración de las cuerdas vocales. El aire es el causante de dicha vibración, decimos. Pero ¿cómo es posible que una idea genere una corriente de aire? En algún momento del proceso, la idea intangible crea el movimiento físico. Sin embargo, cuál es la causa de que esto ocurra es algo que ni los más brillantes y sabios científicos son capaces de explicar o concebir. Lanny, entretanto, elucubraba: «El mismo proceso que hace posible que Sájarov utilice las cuerdas vocales de Sájarov podría permitirle utilizar las cuerdas vocales de *madame* Zyszynski».

VIII

Sea como fuere, allí estaba la vieja araña, el viejo lobo, el viejo demonio, llamando a Lanny Budd con el más lamentable y penoso tono de voz. Hablaba de un modo extremadamente frágil y, al mismo tiempo, hacerlo parecía suponerle un terrible esfuerzo, por lo que no era capaz de decir más que unas pocas palabras cada vez.

—Lanny, no puedo encontrarla. ¡Díselo! ¡Díselo a Tecumseh! ¡Necesito ayuda! ¡Aquí estoy perdido!

—No te preocupes tanto, viejo amigo —dijo Lanny, tratando de calmarlo—. Las cosas serán más fáciles dentro de poco. Eres nuevo en ese mundo, supongo.

—Nunca había estado aquí… buscándola. Pero… no puedo quedarme. Se ha ido, Lanny. ¡Está muerta!

—Estás confuso, amigo mío. Ella lleva muerta mucho tiempo.

—¡Ha muerto de nuevo!

—Pero eso no tiene sentido. ¿Acaso puede alguien morirse dos veces?

—¿Por qué no? Si se muere una vez, ¿por qué no dos? ¡Se ha ido! • No soy capaz de encontrarla… nunca… ¡nunca más!

Hubo otro breve silencio, y Lanny siguió hablando:

—Habla con él, Tecumseh. Ya ves que el anciano está sufriendo terriblemente.

—La gente le grita —declaró el jefe indio—, igual que la otra vez. Nadie le quiere aquí y eso le asusta.

—¿Tan crueles son los espíritus, Tecumseh?

—Tú no comprendes nuestro mundo. Es la naturaleza de los espíritus la que los hace actuar de ese modo a pesar suyo. Él lo percibe y eso le consume. Intenta hablar contigo, pero le falta energía.

—Tú tienes mucha energía. Por favor, averigua qué es lo que trata de decirme.

Una pausa.

—Está intentando hablar acerca de su testamento. Cree que es muy importante. Está disgustado porque no te ha dejado nada.

—Dile que nunca esperé obtener nada de él.

—Él creía que sí. Dice que nunca pudo comprenderte.

—Es una lástima, Tecumseh. Yo solo intentaba ser amable. Intentaba ayudarle a él y a su esposa. Dile eso.

—Dice que nunca sabía en quién podía confiar. Y que ahora es demasiado tarde.,—Dile que no es así. Le ayudaremos, tú y yo y sus otros amigos.

—Sigue llorando y dice que no tiene amigos. Tenía mucho dinero, pero ahora no tiene nada y nadie le trata con respeto. Dice que se siente desnudo.

—Ocúpate de él. Tú eres una persona poderosa.

—Deja de dorarme la píldora. Este hombre quiere castigarse y nadie puede impedírselo. Dice algo acerca de un trato, papeles que tenía que firmar esta mañana. Llegó aquí de forma muy repentina. Está preocupado por ello. No confía en sus herederos. No confía en ti, en mí ni en nadie. ¿Quién era este hombre? ¿Algún gran criminal? Se retuerce las manos y grita diciendo que no lo fue. Dice: «¡Si supieras lo que tuve que hacer para comer un poco de pan cuando era un muchacho! ¡Y no era precisamente pan del bueno!».

IX

Esas fueron las últimas palabras, al menos durante largo tiempo, de *sir* Basil Sájarov, caballero comandante de la orden del Imperio británico y gran oficial de la Legión de Honor de Francia. Tecumseh guardó silencio y *Madame* enseguida salió del trance, abrió los ojos y suspiró.

—¿Algo ha salido mal? —preguntó, aún un poco confundida—. Me siento rara.

—Uno de los espíritus era infeliz —dijo Lanny.

—Ah, eso siempre me afecta.

Él se ofreció a traerle un poco de vino y algo dulce. Ella era una persona tranquila, de modo que bebió un vasito de vino y mordisqueó unas galletas y, en cuanto empezó a sentirse mejor, una deliciosa idea comenzó a perfilarse en su mente aún abotargada por el sopor: ¡el cine situado a la vuelta de la esquina! Ella siempre buscaba películas norteamericanas. Había vivido tiempos difíciles en Nueva York, pero los Estados Unidos eran un lugar maravilloso y sus películas siempre eran las mejores. Lanny dejó un billete de veinte francos en su regazo y dijo:

—En cuanto acabe la película tome usted un taxi para volver a casa de *madame* Olivie. Gracias por su ayuda.

—*Bonjour, Monsieur Lanny*.

Su afición por el cine le hizo sospechar que aquellos dos jóvenes atractivos se amaban, por lo que en cuanto empezara la película sin duda compararía su imagen con las de la pantalla.

Entretanto, Trudi y Lanny se apresuraron a salir del hotel. Ambos estaban pensando lo mismo, pero no se atrevían a decirlo. ¿Había muerto Sájarov? «¡Si es cierto es algo increíble, Lanny!», exclamó ella. Y él se echó a reír. Aquella era la frase que mejor expresaba la reacción instintiva ante ese tipo de fenómenos del submundo inconsciente. ¡Si no era cierto era fácil de comprender, pero si lo era, quién podría creerlo!

—En una ocasión se me presentó una aparición, y supe que era real. Esta vez he sentido lo mismo. Aunque, por supuesto, el viejo iba a morir tarde o temprano.

Caminaron hacia el quiosco de la esquina, donde vieron los periódicos con la noticia en primera plana: «¡Sájarov ha muerto!». El que fuera rey del armamento de Europa había sufrido un ataque al corazón en el cuarto de baño a primera hora de esa mañana y había muerto en los brazos de su fiel criado. Había sido conocido como «el hombre misterio de Europa», pero los periodistas habían logrado descubrir muchas cosas sobre él y, como era

habitual, lo habían editado rápidamente para imprimirlo en las tiradas vespertinas de los periódicos. Lanny se dirigió a la mujer del quiosco:

—¿Cuánto tiempo llevan estos periódicos a la venta? —preguntó.

—Una media hora, señor.

Y dirigiéndose a Trudi:

—Eso elimina cualquier posibilidad de que hubiera podido ver los titulares sin darme cuenta. De hecho, de haber sido así me habrían llamado la atención al instante, pues Sájarov siempre ha sido una persona importante en mi vida. Le conozco y he frecuentado su compañía desde que era un muchacho. Me fascinaba que hubiera llegado a aglutinar semejante poder y no dejaba de preguntarme lo que significaría para él y qué ocurría realmente en su interior. Los encuentros con él llegaron a convertirse para mí en una especie de sermón dominical sobre la futilidad de las grandes fortunas.

—Algo ha causado que apareciera en nuestra *séance* —comentó ella.

—Posiblemente mi subconsciente. Pero algo del exterior ha debido sugerirme antes que había muerto. Te puedo asegurar que no pensaba en él. Estaba concentrado en Ludi y deseaba que apareciera.

—Todo ese asunto de su testamento… ¿Es posible que estuvieras pensando en ello?

—El viejo se sentía acosado por los cazadores de herencias y, por supuesto, yo sabía que me consideraba uno de ellos. Esa fue la auténtica maldición de su enorme riqueza: no podía evitar pensar que cualquier hombre o mujer que se le acercaba lo hacía en busca de su dinero. En mi opinión, la duquesa fue la única persona en quien confió en toda su vida. Por eso su pérdida lo aplastó de tal modo, y la posibilidad de volver a encontrarse con ella se convirtió en una obsesión para él. Por eso se castigaba de ese modo, como Tecumseh dijo hace un rato.

—*Denn alle Schuld rächt sich auf Erden*[146] —dijo Trudi, citando a Goethe.

El cuerpo del gran hombre se depositó en un ataúd de metal, revestido de plomo en el interior y de plata en el exterior. Un cortejo fúnebre lo sacó de Montecarlo a las cuatro de la madrugada, seguido por un vehículo de escolta, y llegó al Château de Balincourt la medianoche siguiente. Una vez allí, por motivos nunca explicados, el féretro permaneció en la casa durante cinco meses, hasta que una mañana tuvo lugar un sepelio en la capilla de la propiedad al que solo asistieron miembros de la familia y del servicio. Desde el estanque situado frente al castillo partía una avenida de álamos al final de la cual estaba el mausoleo, en cuyo interior yacía el cuerpo de la duquesa y donde

el cuerpo del marido por fin reposaría a su lado. Esas habían sido sus órdenes y quizá era eso lo mejor que un hombre podía hacer en presencia de tan misterioso y humillante fenómeno como es la muerte.

Dos años más tarde, mientras Lanny paseaba ocioso por París, se dirigió por curiosidad al número 53 de la avenue Hoche. La mansión, donde Lanny había presenciado cómo el rey del armamento de Europa prendía fuego a su chimenea mientras quemaba documentos privados, estaba entonces vacía y con todas las contraventanas cerradas. Un gendarme hacía su ronda en silencio, caminando delante del edificio, y Lanny entabló conversación con él. ¿Quién era el actual propietario de la casa? El agente no lo sabía. Cuando Lanny mencionó a Sájarov, el hombre le miró impasible. Jamás había oído ese extraño nombre extranjero. Byron preguntó una vez: «¿Cómo termina la fama?», pues bien, ¡he aquí la respuesta!

X

Vittorio de San Girolamo llegó a París con su esposa y se alojó en uno de los hoteles más elegantes de la ciudad. Tal como había prometido, Lanny fue a visitarlos y descubrió que un año de descanso y ocio habían devuelto el color a las mejillas del joven italiano. Le contaron su viaje a California y Lanny les habló de España, aunque desde un punto de vista despolitizado. El Capitano consideraba la lucha española como el primer paso para la supresión definitiva de la conspiración obrera a nivel mundial, cuyo centro neurálgico estaba en Moscú. El Capitano se veía obligado a aceptar a Hitler como colaborador en dicha tarea, pero incluso así despreciaba al Führer y desconfiaba de él, tal y como Beauty había contado. Lanny pudo mostrarse de acuerdo al menos en eso, por lo que el encuentro transcurrió amigablemente.

Marceline pidió ver a solas a su hermano y, como era de esperar, necesitaba dinero. Irma les había dado un generoso cheque en Reno —al parecer habían pasado por allí, en el viaje de ida y en el de vuelta, durante su periplo californiano—, pero se lo habían gastado ya casi todo, así que, ¿qué iban a hacer ahora? Lanny le explicó que Zoltan posiblemente pudiera vender un par de Detazes. Si eso ocurría y cuando lo hiciera, un tercio del precio, menos la comisión, le correspondería a Marceline. Ella quería que Lanny le

adelantara el dinero, pero él, anticipando la jugada, había tomado la determinación de decir que no.

La hermanastra de Lanny acababa de cumplir diecinueve años y era la más hermosa criatura imaginable, siempre vestida del modo más exquisito y por supuesto a la última moda. Se había criado rodeada de elegancia y lujos y ahora lo iba a pasar mal, pues tendría que acostumbrarse a vivir sin todo eso. Lanny observó el efecto que tan solo unos meses viviendo sola habían causado en ella. Se había endurecido visiblemente. Sus necesidades eran acuciantes y ella perseguía sus deseos sin la menor consideración por el decoro. Sabía que Lanny ganaba mucho dinero, ¿y qué hacía con él? ¿Por qué no podía darle algo a su hermana que se veía obligada a cargar con un marido lisiado? Lanny le dijo que tenía ciertas obligaciones que atender, pero no podía o no quería decirle cuáles eran, por lo que el pretexto no le parecía creíble. Sin duda todas esas pinturas del sótano podían venderse. ¡Y, por supuesto, la hija del pintor tendría algo que decir al respecto! ¿No podía hacer un esfuerzo para librarse de algunas?

Lanny le explicó pacientemente que crear la reputación de la obra de Marcel Detaze había sido una compleja tarea en la que él y Zoltan Kertezsi habían invertido mucho esfuerzo, conocimientos y destreza durante un periodo de más de quince años. Con las obras de arte ocurría lo mismo que con otros tipos de mercancías: si empezaban a ponerlas a la venta sin control destruirían su posible mercado, quizá para siempre; mientras que, si lo hacían de forma metódica y gradualmente —una por una y a precios elevados—, conseguirían incrementar el valor de las que aún quedaran. Gracias a este sistema, Marceline podría vivir cómodamente durante el resto de su vida con la parte que le correspondía de la venta de la obra de su padre.

—¡Pero necesito el dinero ahora, Lanny! —exclamó ella—. ¿Cómo vamos a vivir Vittorio y yo?

Y él respondió:

—Id a Bienvenu, quedaos allí y vivid ajustando los gastos a vuestros ingresos.

Sin embargo, sabía que sus palabras se las llevaría el viento, pues Marceline había tenido una mala maestra. Beauty Budd raramente había vivido de esa manera y tampoco lo hacía en la actualidad, a pesar de los consejos de su marido y de su hijo. En cuanto a Marceline, Beauty consideraría que una muchacha como ella tenía derecho a «disfrutar» mientras era joven, bonita y popular. Debía participar en lo que se conocía como «el

torbellino social», lo que implicaba codearse con gente que vivía a golpe de talonario y ponerse a su altura. Ser pobre era como estar muerto.

Lanny estaba seguro de que Beauty le daría dinero a Marceline y pronto las dos estarían endeudadas. Había tomado la determinación de mantenerse firme desde el principio, mostrándose duro y desagradable si era necesario; y eso hizo. El resultado fue una rabieta de Marceline. Pero Lanny no perdió la compostura ni se enfadó, ni siquiera cuando ella le reprochó haber echado a perder su matrimonio con la más generosa de las esposas, que había estado dispuesta no solo a cuidar de él sino también de toda su familia. Cuando se separaron, Marceline lloraba y la expresión de su rostro mostraba pocos de aquellos sentimientos que habían marcado la relación de ambos hermanos a lo largo de los años.

XI

Después de su larga charla con Joseph Barnes, Lanny había escrito una carta al bufete de abogados de Reno que le iba a representar especificando los términos del acuerdo de divorcio. Había enviado un cheque para cubrir el coste de sus servicios más el precio de dos cablegramas que habrían de enviarle: el primero como acuse de recibo de sus instrucciones y el segundo para informarle en cuanto el divorcio estuviera cerrado. A principios del mes de diciembre, Lanny recibió el segundo telegrama y al día siguiente leyó la noticia en varios periódicos parisinos. De modo que ese episodio de su vida estaba clausurado y de nuevo era un hombre libre después de siete años y medio. El doctor Samuel Johnson dijo una vez que un segundo matrimonio supone el triunfo de la esperanza sobre la experiencia, y Lanny citó esas palabras cuando le contó a Trudi la noticia.

—Creo que deberíamos casarnos —concluyó.

—Pero ¿de qué serviría, Lanny?

—En primer lugar, me resultaría más fácil ayudarte si alguna vez estás en apuros. Podrías obtener la ciudadanía norteamericana tras un solo año de residencia en el país, y eso podría ser muy útil para ti.

—No lo sabía —admitió ella.

—Además, te aportaría seguridad económica. En la actual situación, si me ocurriera algo, te quedarías desamparada.

—Podría volver a trabajar, Lanny, y espero hacerlo.

—No es fácil para un refugiado conseguir trabajo y, en el caso de que lo consiguieras, no te quedaría mucho tiempo para servir a la causa. A mí me corresponde un porcentaje de lo que reporten las pinturas de Marcel y poseo algunas acciones y bonos que están en poder de mi padre. Me gustaría que lo tuvieras y que pudieras usar el dinero para seguir financiando nuestra lucha. Sería absurdo dejárselo a mi hija, pues para ella sería como una gota de agua en un cubo lleno y ni siquiera se daría cuenta.

—¿No lo querría tu madre?

—Mi madre tiene quien vele por ella, y no haría otra cosa que gastárselo en más ropa cara. Y lo mismo vale para Marceline. Con el mundo a punto de arder se me ocurren cosas más importantes que comprar exquisitos tejidos para vestir a niñas mimadas.

—¡Pero, Lanny, me odiarán!

—Quizá durante un tiempo, pero ninguna de las dos es maliciosa. Y mi madre, al menos, ha aprendido con el paso de los años que le ha tocado en suerte un hijo, cuando menos, voluble. En el fondo de su corazón se culpa a sí misma por haber traído al mundo a un hijo bastardo y, después de todo, fue criada en una estricta fe fundamentalista según la cual los pecados de los padres recaen sobre los hijos. Cada vez que algo sale mal, una voz interior le dice que Dios la está castigando y, por más que luche contra esa concepción de la vida, no puede evitar guiarse por ella.

—Lanny, ¿cómo podemos casarnos sin que trascienda haciendo imposible mi trabajo?

—Soy de la opinión de que siempre se puede encontrar un modo de hacer las cosas. ¿Sabes que puedes casarte con un nombre falso?

—¿Y aun así el matrimonio sería válido?

—Lo único que importa es si tú eres o no la persona que contrajo matrimonio.

—¿Se lo dirías a tu padre y a tu madre?

—Eso depende de si tú quieres o no que lo haga. Podría escribirle una carta a mi padre explicándole las circunstancias y adjuntando una fotografía tuya. Sellaría la carta y dejaría instrucciones para que únicamente se abriera en el caso de que yo muriera. Es una persona honrada y la guardaría en su caja fuerte.

—Todo suena muy formal y complicado, Lanny. Pero supongo que así son las cosas cuando posees un patrimonio. Déjame pensarlo.

XII

Pasaron un par de días, y una mañana, mientras Lanny disfrutaba del lujo de leer los periódicos y un par de semanarios británicos antes de levantarse, sonó el teléfono. Era la voz de Trudi, hablando en inglés muy rápido y en tono angustiado.

—Escúchame atentamente. No utilices nombres. Me están siguiendo. No puedo entrar en detalles, pero creo que se trata de algo grave. No te acerques a mi casa.

—¿Dónde estás? —preguntó él.

—Estoy llamando desde una cabina telefónica. Temía que pudieras venir a verme.

—¿Qué vas a hacer?

—Tengo que quitármelos de encima.

—Escúchame —dijo. A lo largo de los años había tenido mucho tiempo para planificar el modo de actuar si alguien le seguía—. Permanece en todo momento donde haya mucha gente. No entres sola en ninguna habitación o en calles poco transitadas. ¿Me entiendes?

—Sí.

—El lugar ideal serían unos grandes almacenes o un lugar público con muchas salidas para que no puedan controlarlas todas. Muévete en zigzag entre la multitud y camina con la cabeza agachada y los hombros encogidos, siempre rápido. Entra de repente en un ascensor o baja por una boca de metro y súbete a un tren, o sal en cuanto veas que tus perseguidores están a bordo. Si te quedas sin opciones acude a un gendarme. Explícale tu situación desde el punto de vista sexual. Di que se trata de un acosador, la palabra francesa es *suiveur*. Y mientras el gendarme le lee la cartilla, súbete a un taxi.

—De acuerdo.

—Cuando te sientas a salvo vuelve a telefonearme y dime alguna esquina donde pueda recogerte. Tendré listo el transporte.

—Está bien. Gracias.

Después de la llamada, Lanny ya no pudo permanecer en la cama ni fue capaz de seguir leyendo. Ordenó que sacaran su coche del garaje, se puso algo de ropa y guardó el resto en las maletas. Pidió que le preparasen *la addition* y en cuanto la tuvo envió al botones de nuevo escaleras abajo con un cheque por una gran suma. Hacía muchos años que él y su madre se alojaban en ese hotel, por lo que le darían el cambio en efectivo. Iban a salir de viaje y no quería quedarse corto.

Mientras solventaba todos esos detalles, caminaba por la habitación como un tigre enjaulado. ¿Son capaces esas criaturas de tener visiones de la jungla y de las delicias que se le niegan durante su cautiverio? Lanny únicamente era capaz de ver a Trudi Schultz, alias *Kornmahler*, en manos de la Gestapo. Una vez más, revivió los horrores que había experimentado durante la agonía de la familia Robin y después con la misma Trudi. La celebrada organización gansteril que había arrebatado su nombre al socialismo había extendido su influencia por todos los países situados a lo largo de su frontera. También había llegado hasta España, y ahora sus pegajosos tentáculos alcanzaban incluso los escondites que sus víctimas habían encontrado al huir a Francia.

Lanny reflexionó sobre los nazis asentados en París y su forma de actuar. ¿Hasta dónde podrían llegar? Era una situación complicada y lo mejor sería no acudir a las autoridades francesas. En todas las grandes capitales europeas, en todo el mundo de hecho, agentes secretos de la derecha se enfrentaban a los de izquierdas, y había una fuerte predisposición en los cuerpos de policía de toda ciudad a trabajar en colaboración contra lo que denominaban «elementos subversivos», sin tener en cuenta el color o tendencia política de sus respectivos gobiernos. De ese modo, en París, incluso con el Frente Popular al mando, tanto la Sûreté Générale como el Deuxième Bureau toleraban las actividades de los agentes nazis e incluso compartían con ellos información y les prestaban ayuda —por supuesto, en la más estricta confidencialidad—. Esto formaba parte de la inminente política que sería conocida como de «apaciguamiento», consistente en cultivar la amistad con Hitler basándose en la teoría de que, desde que él estaba en el poder, se había convertido en el principal responsable a la hora de actuar y había hecho suya la misión de acabar con el bolchevismo, en beneficio de todos los estados capitalistas amenazados.

Lanny le había explicado la situación a Trudi. Podía acercarse en plena calle a un gendarme y decirle: «Soy una mujer decente y un desconocido me está persiguiendo. ¿Sería tan amable de decirle que me deje en paz?». Sin embargo, en ningún caso podría abordarle diciendo: «Soy una refugiada

socialista de Alemania y un agente nazi me está espiando», pues en ese caso el pobre gendarme se echaría a temblar, a sabiendas de que se enfrentaba a un gran poder, a un posible escándalo, a algo que pondría en peligro su carrera. La mujer podría ser una anarquista o una terrorista, y quizá se le ocurriera que tenía el deber de acompañarla hasta la comisaría más cercana. Los que ocupan los asientos en ese tipo de lugares, por lo general, llevan mucho tiempo haciéndolo y tienen un modo definido de actuar. ¡Sería estúpido creer que iban a cambiarlo por el mero hecho de que un esteta judío con un don especial para escribir *feuilletons*[147] hubiera conseguido convertirse en primer ministro de Francia hacía escasas semanas o meses!

XIII

Por fin sonó el teléfono y Lanny saltó para coger el auricular. Era la voz de Trudi, ahora hablando en francés con un tono alegre y cordial. Estaba almorzando en un pequeño café del distrito de Passy, dijo, y le encantaría poder disfrutar de su compañía. Y él respondió: «*Tout de suite, Mademoiselle*».

Poco después por fin Trudi estaba a salvo en su coche y comenzaron a atravesar oscuras callejuelas para asegurarse de que nadie los seguía. Entretanto, ella le contó su historia atropelladamente. Durante dos días había notado que vigilaban su apartamento. Al otro lado de la calzada había un estanco, un lugar del que por lo general entran y salen hombres a todas horas y a cuyas puertas se reúnen para charlar. Por supuesto, el hecho de que un desconocido siguiera por la calle a una mujer atractiva no implicaba necesariamente que se tratara de un agente de la Gestapo, especialmente si esta tenía la costumbre de mirar hacia atrás al caminar. Fue, sin embargo, cuando una mujer empezó a seguirle los pasos —una desconocida que dobló doce esquinas consecutivas tras ella y que se detenía en los escaparates cada vez que Trudi lo hacía— cuando tuvo la certeza de que sus enemigos la habían descubierto. Lo que de veras la había asustado esa mañana fue descubrir a tres tipos de aspecto alemán a bordo de un automóvil, pues le hizo recordar cómo habían asesinado a Hugo Behr en Múnich y secuestrado a Lanny en cuestión de segundos. Había seguido el consejo de Lanny de entrar en unos grandes almacenes. Con los hombros encogidos y la cabeza agachada, se había abierto

paso a la fuerza entre el gentío, lo que había despertado las iras de muchos clientes, que incluso le habían gritado a su paso. Al dejar atrás el grueso de la multitud siguió avanzando detrás de los mostradores hasta que consiguió abandonar el edificio por una salida lateral sin que nadie la siguiera. «¡Oh, Lanny, espero no haberles llevado hasta ti!», exclamó ella, y siguió explicándole que recientemente había ayudado en la compra de varios aparatos radiofónicos de válvulas y diverso equipamiento para una emisora secreta que emitía desde varios lugares en Berlín y sus alrededores. Los nazis estaban poniendo todos los recursos a su alcance para localizarla. «Me temo», dijo Trudi, «que mis días útiles en París han terminado».

Ya habían salido de la ciudad y viajaban por la carretera de Saint Denis, la principal vía automovilística que discurre hacia el norte del país. Ella se fijó en las señales y preguntó:

—¿Adónde me llevas, Lanny?

—A Inglaterra, para casarme contigo —respondió él.

Dejó el coche en un garaje en Calais, pues no quería llamar la atención. Cruzaron hasta Dover en el ferri y viajaron humildemente en autobús, como hacían muchos turistas, hasta uno de los numerosos pueblos de la costa, casi vacío en el mes de diciembre. Caminaron por el paseo marítimo mientras Lanny llevaba sus dos maletas. Muchas casas tenían carteles que anunciaban habitaciones en alquiler, de modo que entraron en una que les pareció especialmente pulcra. Se registraron como el señor y la señora Rudd y pagaron una semana por adelantado por una habitación con sala de estar y derecho a baño por una pequeñísima suma. Por un poco más tendrían carbón para encender la estufa durante todo el día y parte de la noche. Las estancias eran pequeñas y algo recargadas, con numerosos muebles de mediados de la era victoriana y baratijas increíblemente feas como elementos decorativos. Sin embargo, el arte del amor les bastaría para suplir la ausencia de todas las demás.

XIV

Las noches más largas del año estaban próximas, y con ellas llegaría una estación de densas nieblas y fuertes tormentas. Sin embargo, la gente joven y

vigorosa disfruta paseando bajo la lluvia, especialmente cuando tiene un lugar cálido y seco al que regresar. Entre las cosas que Lanny había guardado en sus maletas había varios libros. Uno de ellos era *La casa más embrujada de Inglaterra*, de Harry Price, un investigador psíquico que, armado con todas las herramientas de la ciencia moderna, había llevado a cabo en una casa rectoral inglesa una serie de precisas observaciones capaces de dejar boquiabierto a cualquiera que fuese consciente de la verdadera trascendencia de dichas pruebas.

Otro era la autobiografía de Lincoln Steffens, cuya lectura fue para Lanny como vivir por segunda vez una parte de su existencia. ¡El pobre y viejo Stef! Había sufrido un infarto poco después de la publicación de su libro y había fallecido no hacía mucho en un bungaló en la costa californiana. Lanny leyó la historia en voz alta para Trudi y le habló sobre aquellos días de la Conferencia de Paz, durante los cuales Stef había sido amigo y guía de un secretario de diecinueve años. Había sido enviado en una misión a Rusia por el presidente Wilson y, a su regreso, había dicho: «He visto el futuro y funciona». Se había esforzado por detener la guerra de las naciones aliadas contra ese nuevo futuro. Ahora, sin embargo, diecinueve años después, la guerra continuaba. «Quizá ninguno de los dos vivamos para ver el final», dijo Lanny con tristeza.

Leyeron juntos y disfrutaron de unas vacaciones que ambos se habían ganado. Trudi, por supuesto, estaba preocupada ante la posibilidad de que sus colaboradores hubieran sido descubiertos por la destapo. Necesitaba saber qué les iba a ocurrir y cómo conseguiría a establecer el contacto con ellos. Lanny no se preocupaba por nada, pues los cuervos siempre le habían dado de comer, y estaba seguro de que la bandada descendería del cielo en el momento adecuado.

Solo tuvieron un par de visitantes. Lanny convenció a su prometida de que podían confiarle su secreto a Rick y a Nina. Durante alguna emergencia podrían necesitar un lugar donde esconderse, reenviar correo, conseguir la publicación de una noticia importante. Lanny le reveló que había sido Rick quien se había ocupado de los documentos sobre el rearme nazi que Trudi había conseguido. Ahora que su hijo estaba comprometido con la causa de España, la lealtad y la discreción del inglés estaba asegurada. Trudi asintió y Lanny envió una misteriosa nota a Rick para invitarles a él y a Nina a dirigirse en coche a cierta dirección sin comentárselo a nadie.

A estas alturas, Rick ya estaba acostumbrado a ese tipo de notas, de modo que los dos acudieron a la cita. En cuanto llegaron, la pareja de novios llevó a sus amigos a dar un largo paseo para poder hablar con completa libertad. Esto

era romance y también aventura, y el hijo del *baronet* y su nuera disfrutaron de la jornada más de lo que se permitían manifestar. Habían estado muy preocupados por Lanny, pues le consideraban demasiado confiado y susceptible de dejarse llevar por los encantos femeninos. Temían que Beauty y Emily, Sophie y Margy consiguieran finalmente atraparlo en otro matrimonio elegante. Sin embargo, era evidente que esta mujer inteligente y lúcida nunca permitiría que volviera a descarriarse por los primorosos caminos de las clases ociosas.

Lanny sabía todo lo que precisaba para casarse en Gran Bretaña, pues se había visto obligado a indagar sobre ello durante su fuga con Irma Barnes. ¡El acta matrimonial de 1836 no había cambiado desde 1929! Cuando la pareja contrayente llevaba ya quince días «residiendo» en el país, Lanny hizo una visita al registro civil del distrito y firmó una declaración concerniente a sí mismo y a su futura esposa. Landon Preston Rudd, natural de Nueva York y divorciado, y Gertie Corning, viuda originaria de Zúrich, Suiza, deseaban contraer matrimonio según la ley británica. Tras un periodo de veinticuatro horas, el contrayente regresó para obtener la licencia, y poco después, dos o tres días antes de Navidad, Trudi se convirtió en su esposa. Lanny tomó una fotografía suya —la primera, pues nunca se sabía quién podía llegar a registrar sus pertenencias—, pidió que la revelaran e imprimieran y después destruyó el negativo. Redactó un testamento en su favor y lo introdujo, junto con la fotografía, el certificado de matrimonio y una carta dirigida a su padre, en su sobre sellado y con la siguiente nota en el exterior: «Para ser abierto en caso de mi fallecimiento». Metió el sobre en otro más grande y se lo envió a Robbie por correo certificado. Para animar a Trudi tras estas gestiones testamentarias, la besó y recitó un verso para ella: «¡Oh, mucho más bella es la esposa que la novia!».

28
SI EL DINERO VA DELANTE

I

Trudi quería volver a París. Deseaba llegar cuanto antes para descubrir qué había sido de sus colegas conspiradores. Incluso en el hipotético caso de que fuera a continuar su labor en otra ciudad, no podría empezar a menos que encontrara algún contacto de la organización clandestina. Era como la red de túneles de una mina que se extendía por toda Europa. Para poder adentrarse en ella, era imprescindible saber dónde encontrar un acceso.

El acceso de Trudi era en la actual situación un músico de mediana edad que había sido clarinetista en una de las principales orquestas de Berlín. Miembro del Partido Socialista desde hacía muchos años, actualmente ganaba unos pocos francos al día dando lecciones en París, sobre todo a niños. Vivía en un miserable desván y gestionaba con extrema discreción las grandes sumas de dinero que Trudi le entregaba. Ella nunca le había dicho de dónde salía el dinero, pero había conocido a Freddi Robin y estaba seguro de que el dinero procedía de su familia. El clarinetista entregaba cada manuscrito de Trudi a un impresor socialista francés, que preparaba los tipos por las noches en su taller, Como no sabía ni una palabra de alemán cometía muchos errores, que después eran pacientemente corregidos. Él mismo compraba el papel, en diversos lugares y en pequeños lotes para no llamar la atención, y su hijo, también miembro del partido, imprimía la versión definitiva y dormía en el taller con una pistola bajo la almohada.

De modo que el suyo era un secreto bien guardado. Cuando el trabajo estaba hecho, los fajos de octavillas eran entregados al agente sindical que se ocupaba de su distribución. Miembros del sindicato de ingenieros del

ferrocarril los transportaban en vagones hasta la frontera alemana. Los nazis nunca permitían que los extranjeros condujeran trenes en su territorio, pero en los equipos ferroviarios alemanes aún quedaban socialistas de los viejos tiempos a quienes confiaban los lotes de panfletos. También había camaradas camioneros que transportaban hasta Alemania mercancías de importación procedentes de Holanda, Bélgida y Suiza. Había obreros de todas clases, mineros, etcétera, que viajaban habitualmente de Francia a Alemania y llevaban los opúsculos escondidos en el interior de sus fiambreras. De un modo u otro, los trabajadores libres de los estados fronterizos mantenían vivo el flujo de esta «literatura» hacia el interior de Nazilandia. Y cada vez que un obrero alemán —cuya organización había sido barrida sin piedad y sus periódicos *gleichgeschaltet*, «sincronizados» según las nuevas directrices políticas— conseguía tener acceso a noticias del mundo exterior, el hallazgo era más precioso para él que un lingote de oro. Entonces se aseguraba de que toda la gente de confianza que le rodeaba pudiera leerlo y el pedazo de papel pasaba por tantas manos que llegaba a deshacerse.

Los nazis, por supuesto, también contaban con una intrincada red subterránea a su servicio. Sus agentes se mezclaban con los obreros alemanes, manejaban su argot y se hacían pasar por leales camaradas. Se ganaban la confianza de algún hombre o mujer ingenuos y conseguían infiltrarse en un grupo. Entonces, durante la madrugada, la Gestapo se colaba en los hogares de las personas implicadas, registraban sus pertenencias, llevaban a cabo detenciones y se llevaban las pruebas a sus cuarteles. Después, en el interior de sus mazmorras subterráneas, las torturas se prolongaban durante días y semanas. La carne humana era mutilada y las almas atormentadas hasta que algún prisionero, más débil que los demás, cedía y confesaba los nombres de los cabecillas —o quizá, como resultado de la desesperación, revelaba los nombres de personas completamente inocentes, los de cualquiera, cualquier cosa con tal de escapar del interminable dolor.

Tal era el mortífero conflicto que tenía lugar actualmente en la tierra que había visto nacer a Goethe y Schüler, a Beethoven y a Bach. Para Trudi y Lanny, se trataba de una lucha por el futuro, no solamente de Alemania sino de toda la civilización. Desde hacía ya cuatro años los nazis se habían estado preparando para la guerra. Mientras hablaban de paz y reconciliación, trabajaban día y noche invirtiendo toda la energía de un país industrializado en su militarización a una escala hasta ahora nunca vista en la historia de la humanidad. Bajo su régimen ya no existían derechos personales de ninguna clase. El Estado lo era todo y ese Estado era un Moloch, una bestia insolente

con el vientre lleno de fuego y unas enormes fauces abiertas dispuestas a alimentarse con todos los productos de la industria de la nación y también de los cuerpos, las mentes y las almas de todos los alemanes, ya vivieran en la patria o en el extranjero.

Pero había una cuestión aún sin resolver. ¿Lo soportaría el pueblo alemán? ¿Podían ser suprimidos los elementos disidentes y eliminado todo rastro de oposición? De ser así, una terrible guerra sería inevitable. El mundo exterior estaba ciego y era imposible hacerle ver lo que estaba ocurriendo. Su única preocupación era ganar dinero y a nadie parecía inquietarle demasiado dónde o cómo lo hacía. ¡Bastaba con preguntarle al padre de Lanny! Robbie seguía proclamando a los cuatro vientos que estaba fabricando el avión más mortífero del mundo y había vendido a los nazis tantos como quisieron pagar. Si no habían comprado más era porque el general Goering pretendía diseñar uno aún mejor, utilizando a su antojo las ideas de Robbie e ignorando por completo la existencia de las leyes internacionales sobre patentes.

Al hijo y la nueva nuera de Robbie Budd les parecía que el magnate estaba ayudando a los nazis a destruir todo lo que les parecía precioso en el mundo, todo el legado cultural y moral de la humanidad. Los nazis estaban llevando a cabo en España una pequeña exhibición de lo que pretendían hacer en el resto del mundo. Para ellos era un laboratorio en el que poner a prueba sus planes, su propaganda y los nuevos instrumentos de destrucción que habían estado diseñando. Todo lo que funcionara sería utilizado más adelante, y lo que resultara ser inútil sería descartado y destruido —ya se tratara de material humano o militar.

De modo que, para la joven pareja, igual que para los miles de personas que pensaban como ellos, el destino de la humanidad se estaba decidiendo en esos momentos a lo largo del río Manzanares, en el frente de Madrid, y en los edificios académicos de la Ciudad Universitaria, que actualmente se habían convertido en fortificaciones contra los salvajes moros sedientos de sangre. Eso en el aspecto militar. En el frente propagandístico, no menos importante, una emisora de radio secreta emitía noche tras noche para contar la verdad al pueblo alemán y decenas de miles de panfletos eran distribuidos en las fábricas y en los hogares de los trabajadores por un puñado de hombres y mujeres devotos, tras haber sido introducidos ilegalmente en Hitlerlandia.

II

Trudi nunca regresó a su estudio de la orilla izquierda. No merecía la pena arriesgarse por sus escasas pertenencias. Alquiló un apartamento algo más espacioso en Montmartre, utilizando su reciente «nombre de casada», Corning. Prometió a su marido actuar con la mayor precaución, por lo que únicamente saldría de noche. Lanny se encargaría de hacer la compra y de llevarle todo tipo de suministros, aparcando siempre el coche a una distancia prudencial y manteniéndose vigilante en todo momento para cerciorarse de que nadie le seguía.

Trudi escribió una nota al clarinetista, cuyo nombre no había revelado a Lanny. Le decía que esperara delante de cierto edificio a cierta hora de la noche y que tomara las precauciones necesarias para asegurarse de que estaba solo. Lanny llevaría a Trudi hasta el punto de encuentro en el asiento trasero de su coche, con las cortinillas cerradas casi por completo, para que pudiera otear la escena. Si el hombre no estaba, seguirían adelante y se marcharían. Si estaba allí, Lanny daría la vuelta a la esquina y se detendría un instante para que Trudi bajara del automóvil. Después rodearía la manzana y volvería a pasar para asegurarse de que todo iba bien. Tendría a mano su pistola automática Budd, pues no iba a permitir que la Gestapo secuestrara a su mujer sin disparar.

Este era un momento crítico en la carrera clandestina de Trudi, pues si su camarada se había visto obligado a desaparecer igual que ella no sería fácil volver a encontrarle. Sin embargo, allí estaba, y Trudi salió del vehículo para reunirse con él. Lanny observó cómo se alejaban por una calle oscura y tuvo que convencerse de que todo iba bien. Después ella le contó que el clarinetista, al sentirse amenazado, había abandonado su hogar, igual que había hecho ella, dejando atrás todas sus pertenencias, incluido su amado instrumento. No obstante, uno de sus alumnos, un inteligente muchacho francés, había conseguido entrar en su edificio para comprobar si tenía correo. Por tanto, podrían empezar de nuevo y, una vez más, volverían a jugar al ratón y al gato con los nazis durante un tiempo. Ninguno de los dos conocería la dirección del otro, pero se reunirían una vez a la semana en un lugar previamente acordado. Trudi le había entregado un fajo de billetes y le había dicho que lo utilizara para sus gastos personales.

Ese era el juego de engaños y traiciones que tenía lugar por toda Europa y en el mundo entero. Nazis y antinazis, fascistas y antifascistas, «nacionalistas» españoles contra lealistas; rojos, «rosados» y socialistas de todo pelaje contra monárquicos, miembros de la Croix de Feu y Jeunesses Patriotes; y políticos en venta al mejor postor o a todo aquel que estuviera dispuesto a ofrecerle la

debida recompensa en forma de trabajo, publicidad o dinero en efectivo. Cuando uno entraba en ese juego tenía que estar dispuesto a abandonar el mundo civilizado y sus reglas para regresar a una jungla repleta de bestias feroces acostumbradas a merodear y acecharse mutuamente. Su capacidad para traicionar, engañar y poner trampas no tenía límites, por lo que era imprescindible ser muy astuto para enfrentarse a criaturas que únicamente pensaban en embaucarte con el peor de los propósitos. Y muy pronto uno descubría que el único modo de sobrevivir era actuar del mismo modo.

III

Entre los mensajes que Lanny había recibido en el hotel durante su ausencia había uno bastante antiguo de su padre, en el que decía que estaba a punto de partir en barco hacia Alemania y le sugería la idea de que se reunieran en Berlín. Habría sido interesante, pero también repulsivo, decidió Lanny, ver a su padre pelearse con el «señor Obeso», igual que dos chacales por un cadáver. Ni siquiera el hecho de que Lanny también tuviera derecho al menos a un hueso le habría ayudado a disfrutar del espectáculo. Le envió a Robbie un telegrama al Adion y pocas horas después recibió respuesta de su padre. Le decía que regresaría haciendo escala en París, por lo que podrían verse dentro de un par de días. Robbie añadía: «Yo llevo el beicon, tú pones la sartén», lo que era una especie de mensaje en clave, a menos que uno fuera norteamericano.

«Veo cambio y decadencia en todo lo que me rodea». Así rezaba un conocido y apreciado himno, y sus tristes palabras se adecuaban a la perfección a la relación de Lanny Budd con el héroe más importante de su vida. Más alegres que las navidades, más divertidos que las fiestas de cumpleaños, habían sido aquellos días en que un telegrama o una postal llegaban a Bienvenu anunciando que el adorado y brillante vendedor de armas estaba de camino. Eso había sido válido durante su infancia y su juventud, incluso al principio de la edad adulta, cuando Lanny aún hacía las maletas apresuradamente y corría hacia París o Londres solo para ver a su padre. Pero ahora los años habían borrado todo el glamur. La tranquila seguridad en sí mismo de Robbie Budd, su manera de controlar todo aquello que quería, la regia prodigalidad con que

solía derrochar cuando la ocasión lo requería; ahora todo eso resultaba vulgar y de segunda categoría. Era evidente que Robbie bebía demasiado güisqui y, cada vez que empezaba a sermonear a Lanny sobre el tipo de mundo en que vivían, demostraba ser poco más que una dogmática y mal informada víctima de un instinto adquirido.

Sin embargo, Lanny había contraído el deber de codearse con muchas personas como su padre, con el fin de escuchar sus conversaciones y conocer sus puntos de vista, y asumía que eran un producto de su ambiente. En esta ocasión su deber consistía en escuchar la crónica del último viaje de su padre y recabar toda la información posible acerca de los preparativos de Alemania para la guerra, especialmente en lo referente a España y a la lucha en el aire. Lo que averiguara constituiría la base de un nuevo artículo de «Cato», el sobrenombre que Rick utilizaba actualmente para escribir sus artículos para diversos semanarios británicos. De pasada, Lanny le recordaría a su padre su petición de un avión de combate y, aunque sabía que no lo conseguiría, al menos obtendría una considerable suma de dinero fruto del trabajo de Robbie para financiar su propia causa.

Considerada estrictamente como un relato, la historia que Robbie Budd tenía que contarle era magnífica. Al recibir el cablegrama de Lanny sobre las patentes robadas se había puesto furioso, y más aún cuando los datos recabados *a posteriori* confirmaron que su hijo estaba en lo cierto. Sin embargo, durante su travesía en barco, el gran hombre de negocios había meditado con calma la cuestión y recordó el antiguo refrán que comparaba la miel con el vinagre como cebo para atrapar moscas. Después de todo, ¿para qué hacía negocios Budd-Erling? Desde luego no para que su presidente se peleara inútilmente con un gordo egotista. Lo mejor sería entrar en el juego con el fin de obtener una tajada aún mayor. Esa era la filosofía de Robbie Budd y así se hacían las cosas al estilo norteamericano.

Decidió abordar al condecorado comandante representando el papel del experimentado vendedor de armas que dispone de las mejores mercancías para vender y no ha recibido los pedidos esperados. «Como bien sabes, Hermann» —tan íntima había llegado a ser su relación—, «no puedo mantener la planta en funcionamiento sin pedidos, y no puedes negar que te ha resultado muy útil que los ingenuos yanquis se hayan lanzado a construir aviones más veloces y manejables».

Sí, el gordo Hermann podía mostrarse de acuerdo con tal afirmación sin perder su dignidad. El Budd-Erling era un producto excelente, pero muy caro. Y Alemania, como bien sabría, era un país pobre, que había sido expoliado

mediante un fraude internacional conocido como «compensaciones» de guerra…

—Escucha, amigo mío —había dicho Robbie Budd—, tú y yo somos hombres adultos y hemos de tratarnos como iguales. Ambos sabemos que Alemania dejó de pagar muy pronto esas indemnizaciones. Alemania tomó dinero prestado de nuestros bancos —el de mi cuñado en New Castle, sin ir más lejos—, y si ahora te preguntara cuándo pensáis devolverlo, posiblemente nuestra sociedad terminaría antes de tiempo.

El general, que actualmente ya ostentaba el rango de *feldmarschall* o mariscal de campo, tenía un gran sentido del humor, de modo que esbozó una mueca parecida a una sonrisa.

—Sin embargo, mi siguiente afirmación no le resultó tan divertida —dijo Robbie, continuando la historia con buen humor—. Le dije que era muy consciente de su posición. Inmerso actualmente en la guerra de España, tendría que hacer frente a unos costes mayores de lo esperado. Por supuesto un avión ha de ponerse a prueba en combate con el fin de corregir sobre la marcha los errores que se manifiestan en la práctica. De ese modo le facilité una coartada, por lo que aún podíamos seguir hablando como caballeros, de igual a igual. Tendrías que haber visto su cara cuando empecé a contarle todo lo que sabía acerca de lo que había hecho con el motor del Tornado y sobre el nuevo ensamblaje de cola que había instalado en su imitación del P9. Tenía ampliaciones de tus fotografías, que por cierto eran extraordinariamente nítidas y nuestros expertos habían estudiado en profundidad, por lo que conocía hasta el último detalle de cuantas modificaciones habían llevado a cabo en nuestro avión.

—¿Le enseñaste las fotos?

—Ni siquiera le dije lo que tenía, y menos aún cómo había llegado a mis manos. Dejé que pensara que podía haber conseguido los planos de su propio despacho. Le di el número de serie del motor y de otros componentes mientras le decía que sabía perfectamente que había estado enviando aviones a combatir a España, pilotados por aviadores escogidos personalmente por él. Por supuesto, eso complicaba aún más la situación para Goering. No me cabe duda de que ha estado disparando a sus mejores pilotos para ponerlos a prueba, o al menos presionándolos para llevarlos hasta situaciones imposibles.

—¿Y qué te respondió? —preguntó Lanny, tratando de mostrar interés en el melodrama.

—Me saqué el aguijón delante de él sin hacer un drama de lo ocurrido. Le dije que no estaba allí para discutir, considerando que al combatir el

bolchevismo para expulsarlo del mundo occidental me estaba ayudando a mí, al tiempo que luchaba por sus propios intereses. Sin embargo, esperaba que también él comprendiera mi posición. Tenía que mantener la fábrica en funcionamiento, y quizá algún día llegara a considerarse afortunado por el hecho de estar en buenas relaciones con un país neutral al que podría comprarle cuanto necesitara. «Me resultaría imposible hacerlo de todos modos», dijo él. «Los británicos nos bloquearían». Ya ves qué es lo que le preocupa.

—No me pilla de sorpresa —replicó el hijo.

—Yo le respondí que no faltaba mucho tiempo para que dispusiéramos de aviones capaces de atravesar el Atlántico. Y en cuanto eso fuera posible, los británicos ya no estarían en condiciones de bloquear a nadie. Ten la seguridad, le dije, de que podrás seguir haciendo negocios con Budd-Erling en igualdad de condiciones. Nemea he sido un admirador de los británicos. Han sido mis rivales comerciales durante toda mi vida y si empezara a contarte las jugarretas que me han hecho seguiríamos aquí sentados el resto de la noche.

—¿Y entonces qué pasó?

—Era consciente de que tenía todas las bazas en mi mano para montar un gran escándalo. No me habría costado colgarle el sambenito de ladrón ante todos los magnates norteamericanos. Pero no había ido hasta allí para eso. Simplemente quería obtener un porcentaje justo de lo que él está sacando de la guerra de España, tanto en beneficios como en experiencia. ¡Y, créeme, lo conseguí!

—¿Y piensas que esta vez cumplirá su parte del trato?

—En lo que se refiere a los diseños de sus prototipos, no lo creo. Sin embargo, nos comprometimos a trabajar juntos a partir de ahora para mejorar los aviones, y él debe informarme de cualquier novedad relacionada con nuestras patentes o derivada de nuestras ideas para los modelos Budd-Erling. Es un terreno bastante cenagoso, por lo que no dudo que intentará jugármela hasta donde pueda, pero no puede desligarse de nuestro contrato en lo que a los pagos se refiere. A partir de ahora pagará cuatro veces más *royalties* de los pactados el año pasado y se ha comprometido a abonar en efectivo a la entrega por veinte aviones al mes durante un periodo de al menos cinco años, en tanto en cuanto siga utilizando nuestros conceptos. Eso significa que las cosas van a irnos bien.

A Lanny le habría gustado decir: «Eso significa que a partir de ahora estarás comerciando en pleno distrito rojo». Pero eso no habría servido de

nada, de modo que decidió esperar a que su padre llegara a la parte de la historia que tenía que ver con él.

—Me prestaste un servicio muy valioso, Lanny, y estoy orgulloso de la rapidez y el ingenio que demostraste. No obstante, lo ocurrido me pone en una situación difícil, puesto que eres mi hijo. Lo que voy a hacer es convocar una reunión de directivos, les explicaré la situación y dejaré que decidan. Mi predicción es que votarán por entregarte una prima de entre diez y veinte mil dólares en acciones de la Budd-Erling.

—Bien, gracias —respondió el hijo—. Como podrás imaginar, preferiría uno o dos aviones, y de ese modo la empresa se ahorraría el dinero.

—No, no lo haría. Sabes perfectamente lo que nos ocurriría si uno de nuestros aviones apareciera en España luchando por el bando equivocado. Lo siento muchísimo por esos dos muchachos, pero han tomado su decisión y tendrán que afrontar las consecuencias por sí mismos. Y le pido a Dios que no te lances tú también en esa loca aventura, comprometiendo el nombre de tu familia.

IV

Robbie le habló también de la situación en los Estados Unidos. El pueblo norteamericano estaba aterrado ante la posibilidad de una nueva guerra. Habían adoptado una posición «aislacionista», y exigían quedarse en casa preocupándose de sus propios asuntos mientras el resto del mundo se iba al infierno si era eso lo que decidía. El Congreso recién elegido en las urnas acababa de reunirse y la primera medida tomada consistía en reformar el Acta de Neutralidad, para que también pudiera aplicarse en el caso de las guerras civiles o de cualquier otra clase. De ahora en adelante no se enviarían suministros de ningún tipo a los insurgentes ni a los lealistas.

Había tenido lugar una pugna bastante cómica entre el Congreso y un carguero amarrado en el muelle de Brooklyn, llamado Mar Cantábrico, que había llegado a acumular una carga por valor de dos millones de dólares en municiones y aeroplanos. El Ejército, según su práctica habitual, había subastado motores de avión que habían sido comprados por desconocidos y se sospechaba que estaban a bordo de la embarcación que pronto saldría rumbo a

Valencia. Las autoridades portuarias habían retrasado su partida todo lo posible, pero el capitán y su tripulación habían opuesto resistencia, hasta el punto de que había tenido lugar una refriega en cubierta. El barco abandonó el puerto a toda prisa, sin llegar a cargar algunos de los aeroplanos, y las lanchas rápidas de la Guardia Costera lo habían perseguido con ayuda de un avión para evitar que llegara a aguas internacionales, en el caso de que el acta se diera de paso y fuera firmada en el Congreso. De no ser posible, en cuanto la embarcación se aproximara a las costas españolas, un buque de guerra italiano o alemán podría interceptarlo —o algún submarino torpedearlo y hundirlo—, y en ese caso, ¿qué nos veríamos obligados a hacer para preservar la dignidad y el honor del Gobierno de los Estados Unidos? El pueblo norteamericano aún recordaba cómo la dignidad y el honor nos habían metido de lleno en la última guerra, de modo que tenían miedo de ese tipo de incidentes.

Padre e hijo discutieron sobre esos y otros problemas mientras conducían para pasar la noche en casa de los De Bruyne. La nueva acta no afectaría demasiado a Robbie, pues él seguiría vendiendo sus productos a Alemania, Italia y Portugal, y en cualquier caso se oponía por principios a que los políticos les dijeran a los hombres de negocios lo que podían o no podían hacer. Semejante interferencia era un atentado contra el sistema de libre empresa norteamericano, como Robbie denominaba aquello a lo que su hijo se refería como «capitalismo». En los últimos tiempos, el padre lo había llamado «democracia» en un par de ocasiones, algo que a su hijo le pareció especialmente divertido, dado que durante toda su vida había oído a Robbie denunciar la democracia como el mayor peligro al que se enfrentaba su tierra natal. Pero los tiempos habían cambiado, el New Deal había sido elegido de nuevo y los grandes hombres de negocios norteamericanos habían decidido que capitalismo y democracia eran una y la misma cosa.

Hacía tiempo que Lanny no visitaba a la familia de Bruyne, de modo que ahora tuvo la oportunidad de escuchar cómo Denis hablaba con Robbie sobre la actual situación política francesa: los desatinos del régimen de Blum continuaban y las doscientas familias planeaban contraatacar, con el fin de sumir en la confusión al Front Populaire. Cuando los más jóvenes hablaron lo hicieron, como era costumbre en ellos, sin morderse la lengua, de modo que Lanny pudo volver a sumergirse en las procelosas aguas de la reacción que habían conseguido arrastrar a todos los jóvenes aristócratas y acaudalados de Europa. Odiaban y temían tanto a la izquierda que habían olvidado por completo los viejos antagonismos nacionales, por lo que actualmente era

posible que dos jóvenes franceses vieran con esperanza al hombre que reivindicaba la aniquilación de Francia. ¡Clase antes que patria!

Tanto Denis, *fils*, como Charlot habían frecuentado recientemente la compañía de Kurt Meissner, por lo que, sin necesidad de encontrarse con su viejo amigo, Lanny tuvo la oportunidad de seguir sus correrías por París. En los días en que Kurt había sido el amante de Beauty, este consideraba la cultura francesa como un ejemplo más de la decadencia del país y siempre la había contemplado con desprecio. Ahora, sin embargo, cantaba públicamente las alabanzas de la *vieille gloire française* y afirmaba que toda Europa miraba hacia Francia como una fortaleza asediada que resistía los avances de las hordas bárbaras procedentes de Moscú. Kurt abogaba contra la alianza franco-soviética, que calificaba de acto de traición contra toda la civilización occidental. Como amigo personal del Führer, que gozaba de su completa confianza, estaba en situación de asegurar a los ciudadanos de Francia que todos sus esfuerzos por derrocar al actual gobierno traidor izquierdista tenían el apoyo y la simpatía de Hitler y, de ser necesario, podían contar con su ayuda. Alemania deseaba enterrar para siempre los antiguos rencores y unirse a Francia y a Gran Bretaña para construir un nuevo orden mundial basado en la cooperación honesta y voluntaria entre las naciones superiores y las clases superiores de dichas naciones.

Kurt no pronunciaba ese tipo de discursos ni mostraba una actitud explícitamente política en público, por supuesto. Él era un *komponist* y un virtuoso del piano que de vez en cuando interpretaba su música en los fastuosos salones de las élites. Casualmente podría conocer a algún dúctil maestro de la prosa francesa y quizá inspirar algún capítulo del nuevo libro de tan puntilloso autor. También podría reunirse con el director de uno de los grandes diarios nacionales para manifestarle el total apoyo de Hitler, y al día siguiente esa persona reuniría a todo su equipo de colaboradores para darles una nueva directriz editorial. También podría tratarse de un procer capitalista del Comité des Forges, cuyas iras despertaría sacando a colación una vez más la ayuda secreta que el Gobierno francés estaba prestando a los comunistas españoles, y al que después aliviaría prometiéndole una gran suma a modo de contribución a la noble causa de La Croix de Feu. Esta y otras organizaciones fascistas habían sido disueltas por orden de Blum, pero sus partidarios continuaban su labor en secreto y habían conseguido convertir las calles de París en un hervidero de violencia y enfrentamientos.

V

Lanny habló de su periplo por España, convirtiéndolo obviamente en un mero viaje de negocios. Robbie les contó su entrevista con Goering, pero suprimiendo el papel que su hijo había desempeñado en el asunto. Como accionista de la Budd-Erling, Denis, *pére*, se alegró de su triunfo financiero, aunque como patriota que era mostró su gran preocupación ante la evidente eficiencia y vigor de Alemania. El país vecino, dijo, había estado construyendo una flamante maquinaria bélica, y ahora tenía la oportunidad de poner a prueba todos sus avances y también a sus técnicos en combate real. Un oficial del Estado Mayor francés le había dicho que Goering había instaurado la política de enviar durante dos meses a todos sus aviadores a España con el fin de convertirlos en instructores a su regreso a Alemania, y antes de mandar un nuevo lote al extranjero para entrenarse.

—Es terrible tener que decirlo —declaró el padre de familia, cuyo pelo había encanecido por completo—, pero me temo que los alemanes son una raza en auge mientras la nuestra está en declive. Nuestro ejército se ha quedado obsoleto y nuestros efectivos están con la moral por los suelos. Pero ¿qué se podía esperar con un judío internacionalista y pacifista larga-discursos como cabeza de gobierno?

¡Pobre Blum!, pensó Lanny. ¡Llevaba en el cargo solo siete meses, pero al parecer había sido tiempo suficiente para que ahora le culparan por las condiciones del ejército! Sin embargo, Lanny no podía decir nada. Su papel le exigía permanecer sentado en lo alto de su torre de marfil y dejar que los de Bruyne gobernaran Francia.

—Por supuesto, soy consciente de que el problema ya viene de lejos —admitió el atribulado hombre de negocios—. Obligamos a Alemania a desarmarse en Versalles mientras nosotros conservábamos nuestras armas. Con nuestra típica frugalidad nativa, pensamos que siguen siendo armas, y nadie es capaz de convencernos de que actualmente no son otra cosa que chatarra.

Eso era justo lo que Robbie necesitaba oír, de modo que comenzó a hablar sobre el motivo de su viaje a París. ¿Qué posibilidades había de que el ministro del Aire francés le hiciera un pedido de aviones Budd-Erling PIO, que contarían con las mejoras fruto de las experiencias de los alemanes en España? El contrato que Robbie tenía con Goering no era ningún secreto. Al contrario, el norteamericano se lo mostró con la intención de que este hablara

de él con influyentes funcionarios del gobierno. El hecho de que Goering fuera a tener veinte de esos aviones nuevos cada mes quizá fuera la causa de que los franceses desearan adquirir al menos cincuenta.

Sin embargo, el propietario de la compañía de taxis de París sacudió la cabeza con pesadumbre. Como patriota y accionista estaría encantado de que se firmara un contrato con Budd-Erling, pero como conocedor de los asuntos públicos franceses debía decir que la reciente política de «nacionalización» había arrojado a la industria aeronáutica a un terrible estado de confusión. Por otro lado, el Ministerio del Aire había asumido a la desesperada una política de «prototipos». Actualmente diseñaban, construían y probaban los mejores aviones de todas las clases. Disponían de las herramientas necesarias para tenerlos listos rápidamente, fabricaban los suficientes con el fin de practicar con ellos y eso les bastaba para sentirse seguros.

—¡Un nuevo ejemplo de nuestra nativa austeridad! —exclamó Denis—. Los aviones se quedan obsoletos tan rápidamente que no podemos permitirnos tener muchos, a sabiendas de que dentro de uno o dos años serán poco menos que chatarra.

—Pero eso significa que, en caso de necesidad, prácticamente no tendréis aviones —respondió Robbie, para quien ese tipo de cosas eran motivo de verdadera tristeza—. Hoy en día, cuando la guerra estalla lo hace de la noche a la mañana, y los primeros objetivos de bombardeo serían las factorías donde ensambláis esos prototipos.

—*Dieu sauve la patrie!* —fue la respuesta del francés.

VI

Robbie Budd había regresado a París para intentar por todos los medios despertar a Marianne. Después viajaría a Londres para tantear a John Bull. El contrato alemán era un poderoso argumento a su favor, de modo que pronto enviaría a Johannes Robin a Europa y comenzarían a vender a países pequeños apoyándose en la misma premisa. Sin embargo, los franceses se mantuvieron en sus trece y los oficiales de la Fuerza Aérea británica que se encargaban de las compras se mostraron dudosos, echando por tierra el entusiasmo de los pilotos más jóvenes. ¿Para qué estaban si no esos militares cabezotas de

mediana edad? Llevaban más de treinta años haciendo lo mismo con Robbie, y sus monóculos y sus modales de Sandhurst siempre habían sido para él una china en el zapato. Eran caballeros y, por tanto, se abstendrían de robar sus patentes. Aunque Robbie casi deseaba que lo hicieran, pues así tendría al menos una excusa para hablarles sin rodeos. «Hacía falta el señor Obeso para hacerles despertar», le había escrito Robbie a su hijo.

Justo después de que su padre abandonara París, Lanny recibió un cablegrama de Beauty. Se trataba del reenvío de un mensaje de Irma desde Shore Acres. Irma informaba a Beauty de que acababa de contraer matrimonio con Ceddy Wickthorpe y añadía que pronto se trasladaría a vivir a Inglaterra, lo que significaba que Frances estaría mucho más cerca de su abuela. Hacía tiempo que Beauty anhelaba que esto sucediera, de modo que telegrafió a su hijo diciéndole que Irma había tenido un generoso gesto con ella, por lo que ahora era su deber corresponderle lo antes posible con un mensaje. No era necesario que se lo dijera, y Lanny envió un cable con sus felicitaciones, sus mejores deseos de felicidad y sus agradecimientos por la cortesía demostrada. Después deseó no haberse mostrado demasiado efusivo con la que ahora era una condesa inglesa. El hecho de que se refiriese a su nuevo cónyuge como «Ceddy» en lugar de «lord Wickthorpe» era un indicio de que deseaba que las cosas continuaran según los viejos cánones.

Los periódicos y las revistas de chismorreos informaron sobre la boda, pues la heredera se había convertido en una figura de renombre internacional y el hecho de haber comprado un título aristocrático significaba la culminación de su carrera, su coronación, por así decirlo. Describían la ceremonia como discreta y poco ostentosa, presumiblemente a causa del reciente divorcio. Oficiado por un ministro congregacionalista del vecindario, el enlace había tenido lugar en la palaciega residencia de la novia. Las publicaciones sensacionalistas mencionaban que la familia Barnes era episcopaliana y, bajo los preceptos de dicha Iglesia, una divorciada según las leyes de Reno no podía volver a contraer matrimonio. Un chismoso con mucha memoria recordaba lo sucedido a principios de siglo y mencionaba que un conde inglés que había viajado a Reno para librarse de su esposa y adquirir otra había sido acusado de un delito menor y sentenciando a tres meses de prisión. Sin embargo, añadía el memorioso cronista, no era probable que ni el decimocuarto conde de Wickthorpe ni su esposa norteamericana fueran a ser sometidos a semejante humillación.

El marido repudiado era mencionado brevemente como nieto de los Budd e hijo del presidente de Budd-Erling. Hacía mucho tiempo que se

comportaba con suma discreción, por lo que sus antiguas tendencias socialistas habían sido olvidadas. No parecía resultarle especialmente molesto a nadie, por lo que le habían despachado con unas pocas líneas, cosa que al aludido le pareció perfecto. Cuando le mostró los artículos a su nueva pareja, comentó:

—Irma solía darle los vestidos que ya no le gustaban a mi madre y ahora te ha dado a ti a su marido.

Y Trudi respondió:

—¡De otro modo jamás lo habría conseguido!

VII

Habían transcurrido seis meses desde que el general Franco partiera desde las islas Canarias para derrocar al Gobierno de España. Sin embargo, no había obtenido el éxito esperado, lo que suponía para él una fuente de profunda irritación, pues le resultaba difícil comprender las fuerzas que habían impedido el avance de sus ejércitos y que actualmente los mantenían prácticamente inmovilizados. La libertad y el anhelo de esta eran conceptos desconocidos para el Generalísimo. No obstante, sí creía en el demonio y tenía la firme convicción de que el maligno estaba presente en el mundo moderno e inspiraba las acciones de todos esos hombres, procedentes de una veintena de naciones, que se habían unido a la Brigada Internacional y ahora mantenían a sus tropas fuera de Madrid. El mismo ser malvado y rebelde era el causante de que un «matacristos» se hubiera convertido en primer ministro de Francia, un hombre que permitía el envío de cargamentos de tanques y aviones, bombas y municiones a Cartagena y Alicante. Era obvio que los comunistas no podrían seguir adelante sin el apoyo extranjero y el suministro de armas desde el exterior. Esa era la opinión del Generalísimo y sus partisanos, aunque omitía que lo mismo era válido para sus ejércitos. Los lealistas tenían cierta capacidad para seguir fabricando armamento, mientras los insurgentes carecían de ella casi por completo.

Franco era católico, un devoto creyente español chapado a la antigua, de esos que a lo largo de los siglos hicieron posible la existencia de la Inquisición y torturaron a decenas de miles de personas por el bien de sus almas. La ideología de Franco estaba firmemente arraigada en la creencia de que lo que

uno hiciera en este mundo tenía poca importancia comparado con toda la eternidad. El único propósito de la existencia en esta tierra era salvar tu alma y la manera de conseguirlo era aceptar y profesar con firmeza la verdadera y única fe. De ahí que la muerte no tuviera una especial trascendencia, puesto que si uno moría en la fe podía tener la seguridad de obtener una vida más feliz e infinitamente más larga en el más allá. Tampoco matar al prójimo era demasiado importante, pues si eran buenos católicos pasarían el resto de la eternidad en la divina morada, donde presumiblemente, todo sería mejor. Si se trataba de enemigos de la le, matarlos era la más noble de las acciones, puesto que cada día que siguieran vivos en la tierra dedicarían todas sus energías a destruirla fe de otras almas; mientras que si estaban muertos irían directamente al infierno, donde ya no podrían hacer ningún daño.

Francisco Franco era un hombre de baja estatura y aspecto bastante corriente, de rostro redondeado y afable y modales discretos. Durante años, los demás generales del Ejército le habían mirado con displicencia. Sin embargo, al obtener el apoyo de Juan March se había convertido en el amo y hasta el momento no había mostrado poca competencia a la hora de desempeñar el trabajo para el que había sido adiestrado. Por extraño que pueda parecer, no era un hombre sediento de sangre y no disfrutaba especialmente matando. Lo hacía, eso sí, sin que le temblara el pulso, con firmeza y de forma sistemática, pues tal era su profesión y su deber religioso. Mataba no solo para salvar su alma sino también las almas de los hijos de España, que de lo contrario serían educadas en el ateísmo condenándose así a arder en las eternas llamas del infierno. Mataba con el fin de restaurar el poder de la santa madre Iglesia española, para que todo el mundo se sintiera impelido a volver a su seno y para poner fin definitivamente a la enseñanza de las doctrinas ateas.

Del mismo modo que para Franco la terrible palabra «rojo» incluía a todo aquel que negara el derecho de la monarquía, el Ejército y la Iglesia a gobernar el Estado y a ostentar la propiedad de la tierra y de las entidades bancarias, la palabra «ateo» servía para etiquetar a todos aquellos que ponían en tela de juicio la autoridad de la santa madre Iglesia. Y estos no eran únicamente los comunistas, los anarcosindicalistas y demás alimañas, sino también aquellos que se autodenominaban socialistas, liberales, republicanos, demócratas, protestantes o masones. Franco los fusilaba a todos o los encerraba en cárceles infectas donde morían lentamente a causa de las enfermedades y la desnutrición. Disparaba a todos aquellos que fueran sospechosos de pertenecer a alguna de esas categorías y no le preocupaba equivocarse, pues siempre había

sacerdotes disponibles para darle la extrema unción a todo el que lo pidiera, para que toda víctima de sus errores tuviera oportunidad de presentarse con el alma ungida ante un tribunal cuyas fuentes de información eran menos falibles que las de la Quinta Columna.

VIII

Hacer uso del demonio para mayor gracia de Dios era una antigua y honorable práctica de la santa madre Iglesia, un arte que los jesuitas habían cultivado durante cuatrocientos años. Por tanto, para el general Franco no constituía una grave afrenta al Altísimo el hecho de que los fondos para financiar su ofensiva procedieran de las arcas de un contrabandista de tabaco cuyo único interés en la guerra no era otro que ganar más dinero. El Generalísmo no había tenido ningún inconveniente a la hora de prometer monopolios que permitieran al excontrabandista hacerse aún más rico que todos los demás millonarios españoles juntos. Juan March era católico y practicaba fielmente la simple rutina imprescindible para salvar su alma. De esa manera, cuando decidiera que ya había ganado suficiente dinero podría asegurarse un lugar preferente en el cielo donándole a Dios parte de su fortuna. Y en el caso de dejársela a su esposa, sus relaciones con Dios serían aún mejores, pues las mujeres suelen aceptar de buen grado los consejos de su confesor. Tarde o temprano en España todo volvería al seno de Dios, y su agente en esta tierra, la Iglesia, administraría diligentemente sus bienes.

Con permiso de la Iglesia, en España solo era necesario un poder, y ese era el Ejército. Siempre fiel a sus preceptos, la santa madre Iglesia jamás asesinaba. Lo que hacía era entregar a los condenados al llamado «brazo secular». Naturalmente, deseaba que dicho «brazo» fuera siempre obediente y que no se quedara obsoleto. La Iglesia es una institución antigua y su lema: *semper eadem*, siempre igual. Sin embargo, el diablo cambia continuamente y una de sus prácticas más habituales es inventar nuevas formas de matar: aviones Budd-Erling y tanques Krupp, munición antiblindaje y cohetes explosivos. Por tanto, y para proteger a la santa Iglesia de Dios, el brazo secular debe proveerse de gran cantidad de dichas herramientas del diablo. Con el fin de ayudar al general a conseguirlas, la Iglesia estaba sacando a la luz

sus más preciados tesoros, sus sacerdotes bendecían sus armas y estandartes y, en todos los países del mundo, la influencia católica se utilizaba para promocionar la santa cruzada contra los rojos.

Todos, con la excepción de un puñado de católicos de Nueva York, Londres y París que se consideraban «liberales» y sugerían públicamente que la acaudalada y orgullosa Iglesia católica no había demostrado ser el representante ideal del humilde y modesto carpintero de Nazaret. Para Franco y sus partisanos, estos católicos no eran más que otra modalidad de comunistas disfrazados, una artimaña más del diablo para generar confusión entre los elegidos de Dios. Satanás era tan diabólicamente inteligente que ni la Iglesia ni el mismo paraíso estaban a salvo de sus ardides. ¿Quién sino el mismo diablo había tramado que cuando Dios descendió a la tierra, adoptando la forma de un hombre, se comportara y hablara de un modo tan parecido al de los comunistas? Como resultado de esta calamidad, ¡ahí estaban esas huestes de católicos «liberales» y esos socialistas disfrazados de protestantes oponiéndose a la masacre de hombres y mujeres en el nombre del Príncipe de la Paz; cuestionando a la jerarquía eclesiástica por vestirse con boato en nombre de aquel que les dijo a sus seguidores que vivieran humildemente; criticando a los obispos que vivían en palacios para mayor gloria de quien no tenía en la tierra un lugar donde recostar la cabeza!

Más confuso aún si cabe era el espectáculo que constituía ver a esos piadosos cristianos blancos sirviéndose de hordas de bárbaros mahometanos de piel oscura para asesinar a otros cristianos. Para el Generalísimo Franco, sin embargo, aquello no tenía ningún misterio: los «otros» no eran verdaderos cristianos, sino sirvientes del diablo convenientemente disfrazados. No obstante, para los moros no había ninguna diferencia. Para aquellas hordas de pobres e ignorantes paganos de piel oscura todos eran infieles y disfrutaban matándolos. Los moros profesaban su auténtica fe y el hecho de que fuera diferente a la suya no era más que un mal chiste para los cristianos, que confiaban en ir al cielo cuando en realidad se precipitaban hacia el infierno. Los moros disfrutaban combatiendo, la única ocupación propia de un hombre, y no les importaba morir haciéndolo, pues también ellos habían firmado un contrato con su dios. Cuantos más cristianos enviaran al infierno, más alto sería su rango en el reino celestial y más bellas las huríes a las que podrían seducir durante el resto de la eternidad. Hasta que llegara ese momento podrían disfrutar de las mujeres de las ciudades y pueblos que conquistaban. De modo que el contrato parecía ser satisfactorio desde todos los puntos de vista, y si alguien le encontraba algún defecto sin duda debía de tratarse de un

comunista, que pronto sería llevado a un cementerio donde cavaría su propia fosa antes de que le dispararan y le arrojaran a ella junto al resto de sus camaradas.

IX

Durante su viaje a Inglaterra con Trudi, Lanny había leído las cartas de Alfy a su madre y a su padre. El piloto voluntario no había tenido oportunidad de contarles muchas cosas sobre la guerra a causa de los censores. Sin embargo, había escrito que estaba viviendo una gran aventura y aprendiendo muchas cosas que le resultarían útiles tanto a él como a Gran Bretaña. «Estamos haciendo nuestro trabajo y espero que gracias a la prensa podáis seguir al menos una pequeña parte de los acontecimientos. Madrid sigue siendo nuestra y seguirá siéndolo».

Al escucharle, Rick había comentado: «Yo me arriesgué por aquello en lo que creía, y él está haciendo lo mismo». La pobre Nina había permanecido sentada con los labios apretados, y después le había dicho a Trudi: «Supongo que he de conformarme con seguir viviendo y cuidando de los otros».

Ahora Lanny recibió una postal firmada por «Romney», en la que este le ponía al día sobre el desarrollo de los acontecimientos en España. La carencia de buenos colores le impedía llevar a cabo su trabajo, las cosas no habían cambiado en ese sentido, de modo que se limitaba a hacer dibujos bastante elementales con tinta. Había tenido ocasión de ver algunas pinturas excelentes de Lawrence, un gran pintor al que admiraba. Después de enseñarle la carta a Trudi, Lanny escribió a Rick, que a vuelta de correo le envió algunos recortes en los que el corresponsal de un periódico londinense destinado a Albacete mencionaba al nieto de *sir* Alfred Pomeroy-Nielson como uno de los pilotos que se habían unido a la causa de los lealistas. Las asociaciones de prensa y los grandes periódicos tenían corresponsales en ambos ejércitos, de modo que uno siempre tenía la posibilidad de elegir lo que deseaba leer. Desafortunadamente, varios de los que estaban en Madrid eran simpatizantes fascistas y procuraban perjudicar al Gobierno dentro de los límites de su propia osadía, por lo que los despachos de los partidarios lealistas de Londres y Nueva York habían causado un gran revuelo. De ese modo la guerra civil se

extendía también a las sedes de los periódicos, igual que se había abierto camino hasta los púlpitos de las iglesias, los parlamentos y las manifestaciones en todos los rincones del mundo.

Lanny tenía un pariente que siempre estaba al tanto de todo aquello que no aparecía en la prensa capitalista y también de los motivos por los que algunos decidían ignorarlo. Ese era Jesse Blackless y, de cuando en cuando, Lanny decidía dejarse caer por su apartamento para hacer acopio de noticias que poder compartir con «Cato». Jesse y Lanny se entendían a la perfección, aunque evitaban hablar de sus respectivas andanzas —pues quizá Jesse se avergonzaba tanto de la existencia burguesa de su sobrino como este de ciertas actitudes de su tío comunista—. Los dos se atacaban mutuamente por pura diversión, y a veces incluso tenían alguna bronca, pero ambos se respetaban y nunca habían llegado a las manos.

En esta ocasión, el diputado comunista tenía noticias interesantes para Lanny. El tío Jesse había conocido en la sede del partido a un joven piloto comercial francés, comunista, que había viajado a España como voluntario y había volado desde el inicio del sitio de Madrid. El muchacho había estado pilotando lo que describió como un modelo *vintage* de Bréget, un antiguo modelo de fabricación francesa, que era lo mejor que el Gobierno español había podido conseguir en la actual situación. En un principio le habían prometido un caza más moderno, por lo que quizá podría haberse tomado a mal la negligencia, pero era un camarada y comprendía bien la desesperación del gobierno por conseguir pilotos a cualquier precio. La mayoría de los hombres que habían contratado únicamente estaban interesados en el salario de mil quinientos dólares al mes que les habían prometido. Casi cuarenta mil francos, hablando en francés, lo suficiente como para que cualquiera se mareara.

Este francés había estado con Alfy y Laury en el aeropuerto de Albacete, y juntos se habían dedicado a discutir sobre las tácticas socialistas y comunistas mientras los demás aviadores jugaban a los dados. Describió a la pareja como buenos muchachos que nunca decían que no a una operación por muy peligrosa que fuera. Pilotaban aviones deportivos de fabricación británica que habían sido modificados para portar bombas en la panza. Las aeronaves carecían por completo de blindaje y ni siquiera tenían ametralladora, por lo que el piloto debía conformarse con llevar una pistola automática en la carlinga. Sobre ellos, sin embargo, volaban los cazas rusos, que habían demostrado ser los mejores de la guerra, incluidos los Junker y los Heinkel, por no hablar de los Fiat italianos. El bombardero aficionado ganaba altura y

soltaba su carga, prácticamente a tientas, y si no le seguían demasiados aviones enemigos por lo general regresaba sano y salvo a la base. Justo antes de que el informante de Jesse se marchara de permiso, varios aviones de carga bastante antiguos habían llegado al aeródromo de Albacete, por lo que los ingleses habían comenzado a pilotarlos. Lanny le transmitió la información a Rick y envió una copia de la carta a su padre sin el menor comentario. Por primera vez en su vida, ¡Lanny deseaba que su padre sufriera, si es que era capaz de hacerlo!

X

Dada la situación, Lanny y su mujer residían físicamente en París, pero intelectual y emocionalmente vivían en Alemania y España.

Trudi no podía reunirse con otros refugiados, ni siquiera suscribirse a sus periódicos. Todo lo que no podían comprar en algún quiosco, Lanny se lo pedía a Rick para que se lo reenviara, bien empaquetado, a su hotel. En el nuevo estudio de Trudi disponían de un aparato de radio en el que seguían, a un volumen muy bajo, la evolución de la guerra propagandística. Lanny solo se codeaba con las clases elegantes cuando era estrictamente necesario, es decir, para hacer negocios. Trudi no asistía al teatro ni se dejaba ver en otros lugares públicos, de modo que Lanny pocas veces lo hacía. Pasaban la mayor parte del tiempo leyendo y reflexionando sobre el mundo en que vivían, qué demonios le ocurría y si había alguna posibilidad de cambiarlo que no empeorase aún más las cosas.

Y entonces, un día de febrero, la tristeza y el dolor volvieron a llamar a su puerta. Llegó en forma de telegrama enviado por Rick. El inglés había recibido un mensaje del comandante del Ejército del Aire español en la base de Albacete: sentía informarle de que Alfy había «desaparecido en combate».

Era lo que tanto habían temido. Estaban seguros de que tarde o temprano ocurriría, aunque no quisieran reconocerlo, dado que no eran muchos los que escapaban sanos y salvos de la guerra. En muchos sentidos estar «desaparecido» era mucho peor que estar «muerto». Implicaba demasiadas posibilidades, lo que por lo general sume a sus seres queridos en un insoportable tormento. Para cada uno de ellos supone un problema

psicológico distinto que debe afrontar a su manera. Algunos rezan y otros viven a base de esperanza; muchos se convencen pronto de que lo peor ha sucedido, por lo que cualquier noticia medianamente esperanzadora puede ayudarles a recuperar el optimismo; el resto se resiste a pensar en ello, lo que los empuja a librar una batalla perdida de antemano contra sus propios miedos y esperanzas.

Lanny ya había conocido ese tormento en muchas ocasiones desde su infancia: primero con Marcel, después con Rick y una vez más con Marcel; en Italia con Matteotti y, más recientemente, durante los últimos años, con Johannes Robin, después con Freddi y por último con Trudi. La misma Trudi había soportado esa angustia durante cuatro años. Era como estar condenado a permanecer sentado mirando fijamente un muro, tratando de adivinar qué hay al otro lado. El muro se extiende hasta el infinito en todas direcciones y es completamente impenetrable, por lo que no se puede hacer otra cosa salvo mirar, sin la menor posibilidad de actuar, mientras uno espera a que el muro se caiga por si solo, a que aparezca una grieta o quizá a que desaparezca de repente como si únicamente hubiera sido fruto de una pesadilla.

Lanny envió un telegrama expresando su más profunda simpatía a la familia, y escribió una carta en la que trató de plasmar todo el amor y el apoyo que fue capaz de expresar —o que Trudi, licenciada en la escuela del dolor, le pudo sugerir—. Luchaban por una buena causa, en ningún momento de la historia había existido otra más importante, e independientemente de lo que le ocurriera a Alfy, él había sido consciente de lo que hacía. Si aún estaba vivo asumiría las consecuencias y convertiría su alma en un témpano de hielo para soportar el sufrimiento que tendría que afrontar. La carta iba dirigida a toda la familia. No únicamente a los padres sino también a los abuelos y a sus hermanos. Lanny también se aventuró a decir que Franco no fusilaría a los prisioneros ingleses, menos aún a los oficiales, pues necesitaba el apoyo del Gobierno británico —y, como todos sabían, lo estaba obteniendo.

La nieve cubría los tejados y las chimeneas de París y una galerna procedente del mar del Norte aullaba en los aleros del estudio. Sentado con Trudi junto a la pequeña estufa de hierro, Lanny le contó cómo había conocido a Rick cuando ambos eran tan solo unos niños en Hellerau, donde aprendieron deliciosos bailes. Solía visitarle en la casa familiar, situada en la ribera del Támesis. Rick había conocido a Nina mientras esta servía como enfermera de guerra, cuando él tenía diecinueve años y ella aún menos. Alfy había nacido después de que derribaran el avión de su padre en Francia y Lanny le había conocido por primera vez durante los últimos días de la

Conferencia de Paz. Desde entonces le había visto crecer, había hablado con él de sus problemas cada vez que el muchacho lo había necesitado y, en cierto modo, había ayudado a moldear su mente.

—¿Crees que habría ido a España de todas formas si hubiera conseguido a Marceline? —preguntó Trudi.

—¿Quién sabe? Estaba decepcionado, pero no creo que le rompiera el corazón. Siempre ha sido un muchacho serio y la política fue algo muy real para él desde que era niño. Es un tema recurrente en su casa y toda la familia habla de ello. En una ocasión le cité a Napoleón, que decía que la política es el destino de todo hombre, y aquello causó en él una profunda impresión.

Después de reflexionar unos instantes, Trudi dijo:

—Sin duda son palabras profundas.

—Cualquiera dirá que muchas otras cosas constituyen el destino del hombre, pero en estos tiempos modernos la política es una fuerza tan tremenda que uno está tentado de concentrarse en ella exclusivamente. Tú y yo lo hacemos.

XI

La primera grieta en el muro fue una carta de Laurence Joyce a Rick, en la que le contaba todo lo que sabía sobre el destino de su camarada. Entre los aviones que el Gobierno español había conseguido y que formaban parte de la pequeña flota de la base de Albacete, había un viejo aeroplano Nieuport que había sido equipado con un compartimento para bombas para llevar a cabo misiones con el fin de interferir las comunicaciones y suministros de Franco. La red de espionaje había dado parte de que al sur de Toledo las fuerzas rebeldes habían ido acumulando munición hasta crear un importante arsenal. Después de recibir instrucciones precisas, Alfy había sido enviado con un cargamento de bombas, escoltado por tres chatos rusos. Según el informe de los escoltas, había partido al amanecer y había soltado su carga directamente sobre el objetivo. Justo después, la expedición había sido atacada por media docena de cazas enemigos y durante la refriega sus compañeros vieron cómo el avión de Alfy caía en picado, sin duda a causa de una ráfaga de disparos de ametralladora. Los rusos no habían sido capaces de dar más detalles, pues en

pleno combate aéreo uno no tiene más remedio que preocuparse por su propio aparato y por los enemigos que hacen todo lo posible por derribarle.

La grieta permite adentrarse ligeramente en el muro, pero no atravesarlo; lo que únicamente servía para engañarse pensando que la rendija seguiría creciendo. Rick ya había viajado a Londres para comprobar si sus colegas de Fleet Street[148] podían facilitarle alguna nueva información sobre la España de Franco. Cualquier periodista admitiría que lo que le había sucedió a Alfy era noticia, pues su abuelo era un *baronet* inglés y él era uno de sus herederos directos. Su viaje como voluntario ya había trascendido y su destino se convirtió rápidamente en una cuestión de interés público. La agencia Reuters había sondeado a sus hombres en un intento de averiguar qué le había sucedido, pero al parecer sin resultados. También sin esperanzas había regresado *sir* Alfred después de su visita al Ministerio de Asuntos Exteriores. ¡Era imposible que un avión de combate se estrellara en plena batalla sin que nadie pudiera encontrarlo! El episodio representaba un gran éxito para los insurgentes, de modo que ¿para qué iban a ocultarlo? De haber matado al joven piloto, podrían haber salido del paso argumentando que había intentado escapar —un *modus operandi* frecuente en España— o simplemente diciendo que había muerto al estrellarse el avión, y casi nadie habría dudado de su palabra.

Ya habían transcurrido diez días de este terrible suspense, cuando una noche Rick recibió una llamada telefónica de un periódico londinense. Acababan de recibir el despacho de un corresponsal de Sevilla que mencionaba que Alfy estaba prisionero en Cáceres. Había resultado herido y se estaba recuperando. Rick telegrafió a Lanny para contárselo y al día siguiente, en una carta, añadía que la familia estaba dispuesta a indagar acerca de la posibilidad de un intercambio de prisioneros.

Eso fue todo durante varios días. Lanny sabía que sus amigos se adentraban en un laberinto trazado con infranqueables líneas rojas por el que podrían estar vagando inútilmente durante mucho tiempo. Se imaginó a Alfy, que no era precisamente un muchacho fuerte y robusto, indefenso entre enemigos dispuestos a hacer gala del odio que sentían y prácticamente incapaz de comunicarse en su lengua. De haber llevado dinero encima, ya se lo habrían arrebatado. La comida sería grotesca: lentejas infestadas de gusanos que, no obstante, le convendría comer. Lanny pensó en Nina, llorando en silencio y comiendo muy poco, como solía hacer cuando sufría. Su propia comida empezaba a perder el sabor, de modo que le dijo a Trudi: «Creo que debo ir a España para intentar encontrar una solución».

Una forma de heroísmo que Trudi había tomado la resolución de adoptar era no impedir que su nuevo marido hiciera lo que considerara necesario en pro de la causa por la que ambos luchaban. De modo que respondió: «Por supuesto que sí». Y ni siquiera tuvo que preguntarle: «¿Qué vas a hacer?», pues durante las últimas dos semanas ambos habían analizado la situación desde todos los ángulos posibles y Lanny ya había pensado en varias posibilidades.

XII

Viajó a Inglaterra primero en tren y después en barco durante una jornada de fuertes tormentas. Nina y Rick se reunieron con él en Londres y en cuanto llegaron a su habitación de hotel, Lanny les dijo: «Estoy pensando en ir a España para buscar a Alfy y tratar de averiguar si es posible hacer algo para sacarle de allí».

No parecieron muy sorprendidos, pues también ellos habían estado sondeando la situación.

—¿De veras crees que podrás volver a entrar? —preguntó Rick.

—No me hará daño intentarlo —respondió Lanny—. Uno de mis clientes es una mujer bien conocida en los círculos fascistas y he seguido carteándome con ella en previsión de que algo así ocurriera. No veo ningún motivo por el que un experto en arte norteamericano no pueda viajar a Sevilla para ver algunas pinturas con intención de adquirirlas.

—¿Crees que aún es posible que no sepan nada de ti, Lanny?

—Esa es una pregunta que me corroe cada vez que he de reunirme con un fascista o un nazi. ¿Cuánto sabe Goering sobre mí? ¿Qué sabe Hitler? ¿Y Quadratt? ¿Y Kurt? ¿Y Vittorio? Etcétera, etcétera. Algunas veces me parece inconcebible que la Gestapo no lo sepa ya todo. Sin duda deben de haber descubierto que he estado financiando la escuela de Cannes, y aquí en Londres no es ningún secreto que tú y yo somos amigos. Entonces me pregunto: ¿acaso me tolera Goering a causa de mi padre? ¿O simplemente porque le divierto? ¿Cree que obtendrá más de mí que yo de él? ¿O quizá he conseguido hacerle creer que soy un cazador de trofeos que se enorgullece de codearse con gente importante? Soy incapaz de responder a ninguna de esas preguntas. Lo único que puedo hacer es seguir representando mi papel

mientras me permitan hacerlo y tratar de impedir que obtengan cualquier evidencia definitiva sobre mí. Creo que hay bastantes probabilidades de que lograra salirme con la mía la última vez que estuve en España. En fin, mis dos visitas fueron estrictamente viajes de negocios, y no veo cómo nadie podría demostrar que hice algo más.

—Se cebarían contigo si descubrieran algo, Lanny.

—Cuento con varios recursos en el caso de que llegara a verme en apuros. Después de todo, tengo un cuñado fascista, ¿sabes? Y podría serme útil.

—¡No creerás que Marceline no le ha hablado ya de tus verdaderas opiniones!

—No, pero los dos están faltos de dinero. Además, sospecho que Marceline siente más afecto por Alfy de lo que está dispuesta a reconocer. Eso podría ser de gran ayuda.

Discutieron la situación. Lanny no estaba seguro de que Vittorio lucra a vender a los suyos por dinero, aunque quizá se dejara convencer de que no le hacía ningún daño al fascismo por el hecho de liberar a Alfy, a condición de que el prisionero prometiera no volver a ayudar al gobierno de España. Lanny no sabría a qué atenerse hasta haber hablado con Marceline y Vittorio. Rick hizo la misma objeción que había hecho en el caso de Freddi Robin: sería un acto inmoral pagar un rescate a los rebeldes españoles. Lanny respondió, como había hecho en aquella ocasión, que no se trataría de un rescate sino de un soborno. El dinero no iría a parar al movimiento de Franco sino al bolsillo de uno o más individuos.

—Puedes contar con que Padre y yo haremos todo lo que esté de nuestra mano —dijo Rick—. Pediremos una nueva hipoteca sobre la casa. Como sabes, ya he pagado una gran parte.

—Ahora mismo tengo algo de dinero —respondió Lanny—. Llevaré un cinturón bien hinchado de billetes, pues una vez allí no me será posible consultar contigo ni con nadie más. Y tengo una excusa perfecta para ello, ya que siempre llevo dinero encima cuando voy a comprar obras de arte. Llevaré mi portafolio repleto de pruebas de mis actividades.

Pasaron el día y gran parte de la noche hablando sobre los detalles de su empresa y desarrollando un código en el que los nombres de artistas servirían para referirse a diversas situaciones. Al marcharse, Lanny les dijo con seriedad:

—No os dejéis llevar por la esperanza. Quizá no sea capaz de llegar, e incluso si lo hago cabe la posibilidad de que no logre hacer nada. Lo único que puedo aseguraros es que mantendré los ojos bien abiertos y aprovecharé cualquier oportunidad que se me presente.

LIBRO OCHO
EL MUNDO PALIDECIÓ

29
EJÉRCITOS IGNORANTES

I

Era el punto álgido de una próspera temporada en la Costa del Placer y no se percibían demasiados signos de preocupación por los ejércitos que se arrastraban entre la nieve y el frío helado de las trincheras en las montañas de Guadarrama, ni por las mujeres y niños que morían cada noche a causa de las bombas y las balas en Madrid. Las damas y caballeros de la alta sociedad parecían haber aprendido bien la misma lección que Lanny Budd: que el sufrimiento es una antigua costumbre europea y que uno ha de concentrarse en su trabajo, ya sea planeando la reconstrucción de un mundo mejor o dando fiestas más elegantes que tus rivales en la escala social.

Beauty Budd seguía representando su papel en esta última competición y la esposa del Capitano hacía las veces de ayudante. Ambas tenían nuevos y hermosos vestidos, y Lanny podía estar seguro de que se estaban endeudando. Pero su papel no era ser un aguafiestas. Al contrario, debía ponerse sus mejores galas y dejarse ver en todos los eventos organizados por su madre para entretener a los asistentes con las deliciosas aventuras del comendador Humfredo Fernando Bustamante y Bastida. Lanny había recibido una carta de Adella Murchinson en la que le contaba que había llevado a cabo su juego de adivinanzas con los agujeros de bala del retrato del anciano caballero y había recaudado varios cientos de dólares para la Cruz Roja local. Había resultado ser tan popular que iban a repetir la experiencia a gran escala, lo que suponía un divertido desenlace para la historia de Lanny.

La familia, por supuesto, se interesó por la situación de Alfy, de modo que Lanny les contó lo que sabía. El pobre muchacho había cometido un grave error y el castigo podría ser terrible. El mismo Lanny adoptó públicamente

una actitud olímpica en el asunto: era una lástima no poder hacer nada. Mientras lo decía, observaba a su hermanastra con disimulo. ¿Estaría en desacuerdo? No lo parecía. ¿Le preguntaría después en privado acerca de lo sucedido? Una vez más, no. Sin duda debía preocuparle que su amor de la infancia estuviera encarcelado en tan terribles circunstancias, pero ella no podía hacer nada al respecto y los problemas del mundo no debían interferir en sus bailes. Quizá no fuera consciente de la gravedad de las circunstancias. Quizá había aceptado la versión de las clases acomodadas según la cual Franco era todo un caballero, *un preux chevalier*, un valiente caballero que trataría a un joven hidalgo del aire según el mismo código de Don Quijote. O quizá ni siquiera pensara en ello en absoluto. Lanny no estaba seguro y no era el momento de preguntar.

II

Lo que Lanny quería era renovar su relación con la señora Villareal. Había obtenido muy buenos precios para dos de sus cuadros, de modo que actualmente la dama había recuperado el tren de vida al que estaba acostumbrada. Había casado a la mayor de sus hijas con un francés, y, conociendo el país como lo conocía, a Lanny no le costó imaginar la cuantía de la dote que habría tenido que aportar, por lo que muy pronto volvería a estar necesitada de fondos. Tomó el té en su casa e inevitablemente ella enseguida mostró interés por hablar sobre su tierra y las cosas terribles que allí sucedían. Lanny le explicó en detalle todo lo que había hecho por el señor Sandoval, cuya reputación ella conocía. Le describió la situación en Madrid y le contó las cosas que había visto. No le haría ningún bien subestimar a sus enemigos, le dijo a su anfitriona, y mucho se temía que la península ibérica iba a sufrir una larga y devastadora guerra.

Eran muy malas noticias para una refugiada acostumbrada a leer la prensa de derechas y a la que sus amistades habían convencido de que la *canaille* pronto sería dispersada de su patria a cañonazos. Lanny no estaba revelando ningún secreto al contarle que todo tipo de armas estaban siendo introducidas subrepticiamente en la España comunista. Aunque se tomó la libertad de exagerarlo ligeramente. Era difícil resistirse al poder de seducción de

setecientos millones de dólares en oro. Estaba sucediendo —y Lanny lo explicó con todo lujo de detalles— lo mismo que en los Estados Unidos durante la Prohibición. Contrabandistas y traficantes que habían ganado dinero comprando y vendiendo armas en China y durante la guerra del Chaco habían vuelto su mirada hacia España. Compraban materiales en Bélgica e incluso en Alemania que después llevaban a Francia, desde donde eran transportados hasta España ocultos en lotes de comida y otros productos, en las lanchas y embarcaciones de los pescadores vascos, contrabandistas griegos, turcos, argelinos y todos aquellos que conocían como la palma de su mano las cuevas y ensenadas del Mediterráneo español y de la costa de Vizcaya.

Y después estaban los rusos, cuyos barcos llegaban desde Odessa cargados de armas y munición. Lanny describió sus aviones y lo bien que combatían sus expertos pilotos. Habían enviado no solo cazas sino también bombarderos y muy pronto nadie tras las líneas nacionales estaría a salvo. Lanny mencionó todo esto de pasada y dejó que la imaginación de aquella noble refugiada hiciera el resto. «Me temo que esta es una conversación demasiado deprimente», dijo el invitado de repente, brindándole una oportunidad para cambiar de tema. Pero ella respondió: «*Pas du tout*. Es mucho mejor conocer los hechos. Supongo que sería conveniente sacar de España el resto de mis cuadros».

—Si se le ocurre un modo de hacerlo, señora. Dudo que los habituales medios de transporte estén disponibles. Comprenda que Sevilla se ha convertido actualmente en base militar para un contingente de entre cien y doscientos mil hombres, por lo que el ferrocarril y los vehículos pesados estarán colapsados. Posiblemente todo haya sido requisado, igual que en el bando del gobierno.

—¿Le interesaría sacar mis pinturas del país para ponerlas a la venta, señor Budd? —preguntó la señora.

—No estaba seguro de proponérselo —respondió él—, pues creo que no me conoce usted lo suficiente. Aunque, si confía en mí, estaría dispuesto a viajar a Sevilla para recoger sus pinturas y, si fuera posible, transportarlas hasta Nueva York, donde se las mostraría a mis clientes. Confío en poder venderlas, por lo que estoy dispuesto a cubrir los gastos y solamente le cobraría el habitual diez por ciento del precio final. Tendrá usted que determinar un mínimo aceptable por cada obra y, si no soy capaz de conseguirlo, volveré a traerle los cuadros que no se vendan.

La señora se apresuró a afirmar que confiaba lo suficiente en *monsieur* Budd y que estaría encantada de volver a contar con su ayuda. Se ocuparon de

cada cuadro individualmente. Lanny le decía lo que esperaba obtener y la señora especificaba el mínimo que estaba dispuesta a aceptar. Cuando se pusieron de acuerdo, Lanny dijo:

—Redactaré un contrato con todos los detalles y se lo enviaré. Le sugiero que lo estudie con calma durante dos o tres días, o que lo ponga en manos de su abogado o de alguna otra persona de su confianza si le surgen dudas. Me sentiría más cómodo si lo hiciera, pues no me gustaría que tuviera la sensación de que la he presionado.

Ella le aseguró que no se sentía en absoluto presionada, aunque por supuesto, como la viuda solitaria que era, le agradecía sus esfuerzos por tranquilizarla. Él hizo hincapié en que el éxito de su misión dependía de la posibilidad de entrar en la España «nacional» y sacar las pinturas del país. Sería necesario especificar eso también en el contrato y esperaba que ella pudiera prestarle ayuda en ese aspecto, a lo que ella asintió, ofreciéndole cartas de presentación para varias personas en Sevilla cuya influencia podría resultarle útil. Y eso era, por supuesto, lo que había ido a buscar.

III

El siguiente paso de Lanny fue hacer partícipe a su madre de la conspiración. Beauty nunca había sido una persona política. Sus motivos eran siempre personales, y cuando se trataba de alguien conocido, obviamente se oponía a que estuviera en la cárcel. Conocía íntimamente a la familia Pomeroy-Nielson y estaba muy conmovida por su sufrimiento. Desesperaba al pensar que Lanny iba a volver a adentrarse en el peligro, pero cuando vio que no conseguiría hacerle cambiar de opinión decidió ayudarle y guardar el secreto.

Lo que Lanny quería, antes de actuar, era comprender a la rama extranjera de la familia, los San Girolamo. Lo expresó en esos términos porque sentía que Marceline se había convertido para él en una extraña desde su matrimonio y no estaba seguro de cómo abordarla.

—A mí me ocurre lo mismo con todos los jóvenes —dijo Beauty—. Son tan duros y egoístas. No tienen corazón y están orgullosos de ello.

—Corazones y lujos —respondió Lanny—, como los adornos de tus vestidos y los bordados de tus pañuelos. Tú puedes permitírtelos porque

naciste en un tiempo y en una sociedad segura en la que los ideales y las normas estaban firmemente establecidos y sabías qué era lo correcto. Pero ahora el mundo está cambiando y los jóvenes no saben a qué atenerse. Tienen la certeza de que los viejos criterios eran falsos, pero no han descubierto unos nuevos.

—He llegado a la conclusión de que sus criterios se reducen a perseguir únicamente aquello que les produce placer. Marceline es feliz mientras baila y la gente la contempla. No le importa quién sea su pareja, siempre y cuando baile bien. Uno de los problemas de Vittorio es que no sabe bailar, o ni siquiera lo intenta con un solo brazo.

—Entonces ¿crees que no son felices?

—¿Quién es del todo feliz? Marceline finge serlo y alardea de ello, porque sabe que ha hecho su santa voluntad en este asunto y se moriría antes de admitir que ha cometido un error.

—Para mí es importante conocer la actitud de ambos antes de hacer nada. Así que, dime ¿qué es lo que falla en su relación?

—Para empezar, la falta de dinero. Vittorio está terriblemente irritado. Esperaba que sus contactos le ayudaran. Dice que tiene todo el derecho, pero hasta ahora no ha conseguido nada. Escribe cartas a Roma y recibe promesas como respuesta, pero nada más. Ahora desea ir en persona y averiguar qué ocurre. Quiere que le dé dinero para el viaje y, por supuesto, Marceline no dejará que vaya solo. Cree que le puede ayudar, aunque quizá tenga más miedo de perderle de vista. Pero es mucho dinero.

—¿Has estado dándoles dinero?

—Un poco. El otro día le di dos mil francos y los perdió jugando al *treinte et quarante*.

—¡Santo Dios!

—Era una partida abierta y no pudo retirarse a tiempo.

Beauty se sentía obligada al menos a tratar de defender al marido de su hija.

—No creo que juegue en los casinos. O al menos Marceline no me lo ha contado. Ya sabes lo que ocurre cuando un hombre necesita dinero: está seguro de que su suerte cambiará y pronto volverá a ganar, incluso más de lo que espera.

Lanny no había vivido toda su vida en la Riviera sin llegar a conocer todas las trampas capaces de destruir el espíritu y el alma de un hombre.

—¡De modo que estás pagando sus deudas de juego!

—Le solté una buena reprimenda y me juró que no seguiría jugando. Pero es difícil cuando sabes que todo el mundo está pendiente de ti. Se puede perder mucho dinero incluso jugando al *bridge*.

Lanny lo sabía. Conocía bien las poderosas fuerzas que socavaban los cimientos de la alta sociedad. Unos pocos disfrutaban de los lujos y la auténtica riqueza y colocaban el listón muy alto. Los demás, que eran mayoría, trataban de imitarlos en su manera de vestir, de entretenerse y en un millar de extravagantes costumbres. El resultado era una horda de gente ávida de dinero y dispuesta en todo momento a llevar a cabo cualquier tipo de indecencia con tal de conseguirlo. Pero este no era el momento para soltar discursos, de modo que se limitó a decir:

—Háblame sobre el carácter de Vittorio.

—Creo que en el fondo es un muchacho decente, pero es difícil acercarse a él. Y me temo que tienes razón, ha sido educado en un credo inmoral.

—Inspirado por un filósofo perverso, Sorel, artífice de un culto a la violencia y la crueldad. Estos jóvenes fascistas pretenden conquistar el mundo, creen que nadie puede detenerlos y, por supuesto, nadie es capaz de hacer que se avergüencen de ello. Son absolutos materialistas.

—Vittorio lo niega e insiste en que son auténticos idealistas porque aceptan el hecho de que la vida es una lucha ante la que permanecerán unidos y vencerán porque se lo merecen.

—Todas las cuadrillas de bandidos actúan de ese modo. Al menos las que tienen éxito. Lo que debo averiguar es si Vittorio es un gánster leal o un arribista más preocupado por su propio éxito. En ese caso podría serme útil en la España franquista y le pagaría bien por sus servicios. Sin embargo, si es un auténtico fanático despreciará mi soborno e incluso podría llegar a pensar que es su deber traicionarme. No puedo prever lo que ocurrirá a menos que le conozca mejor.

—Deja que yo me ocupe —dijo Beauty—. En mi caso es natural que hable de Alfy con Marceline. De ese modo descubriré lo que piensa al respecto y quizá me cuente algo más sobre Vittorio.

IV

Así dio comienzo una extraña intriga familiar a cuatro bandas. Lanny y su madre tenían la suficiente confianza mutua, pero no se fiaban tanto de Marceline, y de Vittorio nada en absoluto. No les costó mucho descubrir que ese tampoco era el punto fuerte de la relación entre los dos jóvenes. Marceline se sentía insultada porque ni su madre ni su hermano le daban todo el dinero que necesitaba y además trataban de controlar lo que gastaba. Vittorio la presionaba para que les pidiera a menudo y le recriminaba que ella siempre se quedara con más de lo que le daba a él. Tenían fuertes discusiones y después hacían las paces, pues estaban apasionadamente enamorados y el placer era un lujo gratuito.

El quinto habitante de la casa, el señor Dingle, flotaba como un espectro sobre este escenario. Físicamente, el caballero de cara redonda y sonrosada y blancos cabellos no tenía el menor parecido con un fantasma. Sin embargo, había algo misterioso en su manera de comportarse, dejando en paz a cuantos le rodeaban y sin percatarse aparentemente de lo que ocurría a su alrededor. Lanny se había dado cuenta hacía mucho tiempo de que en realidad era un gran observador y comprendía muy bien las rarezas del género humano. No obstante, nunca interfería, y las pocas veces que hacía algún comentario lo hacía de forma sutil e indirecta, de tal modo que, a menos que uno le conociera bien, era difícil estar seguro de cuál había sido su intención.

El destino le había regalado al señor Dingle un yerno fascista; un nuevo fenómeno, sin duda, y quizá el hueso más duro que la doctrina del Nuevo Pensamiento había tenido que roer. El Capitano repudiaba por principio todas las ideas espirituales que Parsifal había convertido en los cimientos de su ser. La lucha entre esas dos filosofías tan opuestas habría constituido un espectáculo que a Lanny no le habría importado presenciar. El joven aristócrata, adiestrado en el cinismo y el asesinato, era el producto de una cultura envejecida cuyas corruptelas habían sido recientemente renovadas. El viejo, natural de un pueblo de las praderas donde sus padres vivían en una choza, era autodidacta y a veces cometía errores al expresarse en su lengua nativa, por no hablar de su francés. Para Vittorio no era más que un bicho raro, quizá incluso un chalado, que solo servía para influir sobre Beauty, que era quien manejaba el dinero.

Parsifal, por el contrario, veía a Vittorio como a una criatura de Dios a la que no había que criticar sino tan solo amar. Vittorio no tenía el menor interés en dejarse querer por Parsifal y consideraba su actitud prepotente y paternalista. Sin embargo, el señor Dingle seguiría profesándole su amor en el nombre de Dios, y quizá un día el gran cambio tendría lugar en el alma del

muchacho, pues se daría cuenta de que el amor es un don divino e infinito y lo único verdaderamente importante en todo el universo. ¡Mucho más importante, en cualquier caso, que matar gente o construir un imperio!

Marceline le había hablado a Vittorio acerca de Alfy. Después de todo, el haber estado comprometida con el hijo de un *baronet* le aportaba un toque extra de distinción. Le había sugerido que Alfy se había ido a la guerra después de que ella le rompiera el corazón. ¿Y quién podía estar seguro de lo contrario? En su actual situación, le resultaba romántico y algo excéntrico mostrar cierta preocupación por su destino —preocupación que, en opinión de Beauty, era sincera—. Marceline buscaba cualquier ocasión para provocar los celos de Vittorio. Ella no podía evitarlo y, de todos modos, aquel sentimiento formaba parte indisociable de la naturaleza de su marido. Por si fuera poco, el joven era incapaz de bailar y Marceline estaba acostumbrada a tener cuantas parejas de baile deseara. Discutían apasionadamente después de cada pieza, pero después arreglaban las cosas con el ardor de su amor.

Otra cuestión a tener en cuenta era el socialismo de Lanny, algo de suma importancia si iba a adentrarse en territorio fascista. Marceline le había dicho a su madre que Lanny tenía parte de culpa en lo que le había sucedido a Alfy, por haber alentado en él tan excéntricas ideas. Sin embargo, Marceline no le había contado nada de eso a su marido, pues consideraba que aquel asunto no era más que otro esqueleto escondido en el armario de la familia. No obstante, era consciente de que su hermano había ido suavizando gradualmente el tono de sus otrora contundentes opiniones. Tenía todo el derecho a hacerlo y ella se alegraba de que así fuera. En parte, atribuía su cambio de actitud a los excesos de los rojos, que habían escandalizado a todos los que formaban parte de su mundo, y por otro lado a cuestiones de negocios. Aquello no era muy noble por su parte, pero no era nobleza lo que Marceline esperaba de él. Lo que más la irritaba era que parecía considerarse mejor que los demás.

—No es capaz de comprender que no consideres tu deber ayudarla a ella y a su marido tullido —le explicó Beauty más tarde.

—Estoy dispuesto a ayudarles durante un tiempo —respondió Lanny—. Siempre y cuando ellos me ayuden a mí.

V

La señora firmó el contrato y entregó a Lanny las cartas que le darían acceso a las más altas esferas de la sociedad sevillana. Le advirtió que se trataba de un mundo muy formal y reservado, en absoluto tan libre y desenfadado como la Costa Azul. Lanny dijo que lo comprendía y que sería prudente. Enseguida le llamó la atención que la hija pequeña de la señora estuviera presente en esta ocasión y que la madre condujera la conversación de tal modo que la joven dama tuviera oportunidad de hacer gala de sus visiblemente limitados conocimientos. Lanny había visto a muchas madres actuar así, de modo que sonrió mientras se decía a sí mismo: «¡Parece que ya está lista para examinar a un recién divorciado en Reno!».

Después, Lanny volvió junto a su madre para retomar otro tipo de intriga. Una vez sentados a la mesa familiar, mencionó el contrato que acababa de firmar, lo que de inmediato captó el interés de Marceline y Vittorio.

—¡Oh, Lanny, qué aventuras tan interesantes vives! —exclamó la muchacha.

A lo que él respondió:

—Perfectas para viajar con los gastos pagados.

¡Debía tener cuidado de no decir nada demasiado noble!

—¡Podrías obtener una buena suma con un negocio como ese! —intervino Vittorio, elocuentemente.

—Es como un juego de azar —respondió el experto—. Has de intentar adivinar qué coleccionistas de arte norteamericanos pueden estar interesados. ¡Unas veces aciertas y otras fallas el tiro!

—En mi país —declaró el Capitano— no permitimos que se lleven nuestras obras de arte a ningún lado.

Era evidente que no conocía las leyes españolas y Lanny no tenía la menor intención de instruirle en la materia.

—Hay algo bueno que decir acerca del otro lado —replicó Lanny—. Cuando una obra maestra de la pintura llega a los Estados Unidos, no solo ayuda a difundir el arte en un país más primitivo, sino que siempre supone una interesante publicidad *para la patria*.

—América oirá hablar de nosotros de todas formas —respondió el joven italiano orgullosamente—. Abisinia es solo el principio.

Todo parecía indicar que pronunciaría uno de sus discursos. Y así fue. Lanny escuchó diplomáticamente y dejó que fuera la frívola esposa quien le pusiera fin tan pronto como se aburriera. Después, el experto en arte comentó:

—Actualmente debes de tener a muchos camaradas y amigos en Sevilla.

—Seguro, aunque es difícil saberlo. Su presencia allí no es oficial.

—Averigúalo si puedes —dijo Lanny—. Si me das algunas cartas de presentación, estaré encantado de presentarles tus respetos.

VI

Eso fue todo durante la comida. Más tarde, sin embargo, cuando Marceline estuvo a solas con su madre, comentó:

—Ya ves lo que ocurre. Lanny siempre está ganando dinero y aún así finge que no le sobra nada.

—Se me ha ocurrido una idea —respondió la madre, con tacto—. ¿No os gustaría a ti y a Vittorio acompañarle en su viaje a Sevilla?

—En ningún momento oíste que nos invitara, ¿verdad?

—No, pero yo podría sugerírselo. Alfy está en prisión allí, en algún lugar del país, y sería una falta de delicadeza por nuestra parte no intentar hacer algo.

—¿Qué podríamos hacer?

—Vittorio podría hacer mucho con sus contactos en el Ejército y todos sus amigos. Podría ver a Alfy y quizá conseguirle una buena comida de vez en cuando. Sería todo un detalle de tu parte, teniendo en cuenta vuestra amistad de toda la vida. Es posible, incluso, que los Pomeroy-Nielson se ofrezcan a pagar si alguien entra en el país para desempeñar semejante tarea.

—No creo que a Vittorio le beneficiara en absoluto que le relacionaran con un preso comunista.

—Posiblemente no, pero Vittorio tampoco ha recibido mucha ayuda de su Gobierno últimamente y quizá ha llegado el momento de pensar en sí mismo. Incluso podría arreglar las cosas para sacar a Alfy de España.

—¡Pero esa idea es una locura! —exclamó Marceline.

Los Budd siempre habían tenido por costumbre hablar sin rodeos.

—Puede que lo sea. Desconozco las circunstancias y no puedo hacer juicios de valor. Sin embargo, los prisioneros se escapan a menudo y en todos los ejércitos hay hombres dispuestos a hacer la vista gorda por un buen fajo de billetes.

—Estoy seguro de que Vittorio nunca haría nada contra su Gobierno. Eso sería traición o algo por el estilo.

—Imagina que Alfy diera su palabra de honor de no volver a luchar contra Franco, que mantuviera la boca cerrada y regresara a Oxford para seguir estudiando lo que quiera que estudiara antes de dejarse llevar por esas ideas locas. ¿Qué daño le haría eso al Gobierno italiano o a su causa?

—Puede que tengas razón, pero ¿cómo demonios iba a conseguir Vittorio hacer algo semejante?

—Lo único que digo es que tú y Vittorio podríais ir e intentar hallar el modo de conseguirlo. No me cabe la menor duda de que *sir* Alfred estaría dispuesto a pagarle mucho dinero a cualquiera que fuera capaz de organizarlo. Y Vittorio, que está harto de no hacer nada, podría disfrutar de la aventura.

—¿Es ese el motivo por el que Lanny va a España? —preguntó Marceline, bruscamente.

Beauty esperaba esa pregunta de un momento a otro y sabía que tendría que mentir descaradamente. Desde luego, no era la primera vez en su vida que lo hacía.

—No he hablado de esto con Lanny —respondió la madre.

Como todo experto mentiroso, era consciente de que cuanto menos dijera más posibilidades tendría de salir del brete. Y de todas formas había sido Lanny quien se lo había sugerido a ella.

—En cualquier caso, es inútil seguir hablando de ello a menos que Vittorio esté interesado, pues Lanny no tendría la menor oportunidad estando solo. Un oficial italiano de uniforme podría ir a cualquier lado y hacer lo que quisiera. Incluso podría darse la casualidad de que los carceleros de Alfy sean italianos. Tendréis que ir y averiguarlo. Ni que decir tiene que todos deberíamos que cruzar los dedos y no decir ni una sola palabra a nadie acerca de esto.

VII

Como era de esperar, Vittorio no se mostró indiferente ante la propuesta de su suegra. Él y Marceline debatieron el asunto con ella en la intimidad de su habitación. La astuta mujer de mundo se limitó a observar y escuchar lo que los jóvenes tenían que decir, mientras trataban de tomar una decisión. El caso de Marceline era simple: para ella se trataba de una oportunidad para disfrutar

de unas vacaciones con todos los gastos pagados. La muchacha no habría sido una digna hija de su madre si no hubiera estado dispuesta a viajar a cualquier lugar del mundo donde hubiera hoteles de lujo y pudiera codearse con gente de la buena sociedad. La vida de la madre había sido un interminable viaje gratuito, y se había especializado en resultar útil a todas aquellas personas que quisieran disfrutar de su compañía en tales menesteres. Había intentado enseñarle a su hija todo lo que sabía. El problema era que Marceline quería gozar del viaje, pero no estaba dispuesta a pagar el precio necesario.

En cuanto a Vittorio, también él había tenido una madre dispuesta a enseñarle todas las artes mundanas. Sin embargo, también Mussolini le había entrenado para ser un fanático, un elemento nuevo y peligroso en el carácter de cualquier muchacho. Pero ¿hasta qué punto era un fanático? ¿Lo bastante como para seguir siendo pobre y ser ninguneado por los mismos oficiales que le habían enviado a arriesgar su vida y a perder un brazo en África? Beauty salpicó su discurso con astucia de pequeños comentarios de ese tipo y pronto comprobó que el joven oficial mordía el anzuelo como una trucha una mosca.

—Quiere dinero más que ninguna otra cosa en el mundo —le dijo más tarde la madre a su hijo.

Se suponía que Lanny no debía estar al tanto de estas negociaciones, pero Vittorio sugirió que también él participase en la discusión. El conspirador, por supuesto, fingió sorprenderse al escuchar la propuesta y mostró sus dudas al respecto, pues algo así podría poner en peligro su carrera. No obstante, cuando el italiano se mostró dispuesto a asumir toda la responsabilidad del proyecto, Lanny no pudo negarse a enviarle una carta a *sir* Alfred Pomeroy-Nielson. En dicha carta informaba al *baronet* de que una persona influyente estaba dispuesta a sacar a Alfy de España y deseaba saber si *sir* Alfred estaría en condiciones de adelantar los gastos del viaje para dos personas durante un mes, qué sumas autorizaría a pagar a terceras personas durante el mismo y cuál sería la recompensa en el caso de que pudiera entregarle a Alfy con vida en territorio neutral.

Eso era lo que se suponía que Lanny debía escribir, aunque por supuesto el contenido de su carta fue otro. Ya le había sugerido a Rick la idea de utilizar a Vittorio y habían escogido para él el nombre en clave de Veronés. Ahora Lanny le escribió para informarle de que se le había presentado lo que parecía una excelente ocasión de conseguir un Veronés auténtico y le pidió que *sir* Alfred escribiera a su atención la siguiente nota: «He recibido tu carta con la descripción del plan de tu amigo y pagaré gustoso los gastos, dentro de lo razonable, de dos personas durante no más de un mes. Añadiré la suma

adicional de dos mil libras que tú mismo les autorizarás a abonar a terceras personas en caso necesario. Tan pronto como pueda comprobar con mis propios ojos el resultado final de su esfuerzo, les entregaré una recompensa de dos mil libras. Efectuaré un depósito de dos mil libras en la cuenta de tu banco londinense».

No parecía el tipo de carta que escribiría un hombre juicioso, pero Lanny le había indicado a Rick en su mensaje: «Dile a tu padre que no se preocupe, pues yo mismo asumiré la responsabilidad y las consecuencias de cuanto pueda derivarse de esta carta, y le reembolsaré cualquier pérdida en la que pueda incurrir. No tiene por qué pagar ningún dinero. La carta no es más que una cortina de humo, puedes explicárselo». Sin embargo, al *baronet* no le pareció correcto actuar de ese modo, pues tenía sus propias ideas acerca de lo que significaba ser un caballero inglés, y finalmente ingresó las dos mil libras en la cuenta de Lanny —lo que sin la menor duda suponía un gran sacrificio para su familia.

Dos mil libras en esos momentos equivalían a casi diez mil dólares o más de doscientos mil francos, toda una fortuna para cualquier pareja recién casada. Entre las inusuales creencias que Lanny defendía estaba el «feminismo», de modo que, en cuanto se volvieron a reunir, insistió en que si Marceline participaba en su aventura debería llevar a cabo la parte del trabajo que le correspondiera y, por tanto, también recibiría un porcentaje equitativo del pago recibido. Vittorio decidió tomárselo como un insulto a un oficial italiano y un caballero. Aunque Marceline se mostró encantada y al instante decidió perdonarle a su hermano todos sus pecados. No obstante, Lanny se mantuvo firme e incluso le amenazó con exigir una parte también para su madre, cuya brillante inteligencia les había brindado la idea. En lo que a él mismo se refería, no quería nada, pues tenía intención de mantenerse al margen de tan arriesgado asunto, más allá de su función de intermediario con *sir* Alfred. Vittorio y su esposa debían estar dispuestos a asumir toda la responsabilidad de la aventura y a defender la inocencia de Lanny ante cualquier posible incidente.

Beauty se mostró ansiosa ante la insistencia de Lanny en este punto en cuanto estuvieron a solas, pero él dijo: «Déjales ganarse lo que desean, si es que pueden. Y en cuanto a la posibilidad de ser descubiertos, ¿de qué me serviría que me pillaran con ellos? Lo mejor será que yo siga libre para poder sacarlos del apuro».

VIII

Los cuatro conspiradores se dispusieron a trabajar en el asunto. En esos momentos las comunicaciones entre Francia y la España insurgente no eran fiables, por lo que el trayecto más rápido sería desde Marsella hasta Cádiz. La ruta estaba patrullada por numerosos buques de guerra y habían tenido lugar «incidentes» de diversa índole. La situación era confusa, pero Lanny dijo que a bordo de una embarcación con bandera francesa, británica o estadounidense estarían razonablemente seguros, pues ninguno de los dos bandos del conflicto español deseaba problemas con esas grandes potencias.

Durante los últimos cuatro años, Lanny había pensado mucho en cómo sacar a la gente de la cárcel o de países convertidos en prisiones. No mencionó ahora nada de eso, pero a raíz de las ideas que había ido acumulando, comentó: «Sin duda en el caso de que la joven pareja consiguiera sacar a Alfy de la cárcel, sería necesario llegar hasta la costa para subirle a un barco. En un país en guerra son necesarios pases militares y cualquier vehículo será cuidadosamente registrado. Me parece que uno de nosotros tendría que permanecer escondido durante un tiempo para que Alfy pueda utilizar su documentación. Alfy es alto y delgado y no pasará por una mujer, así que tendremos que ser Vittorio o yo. Al ser más alto que los dos no podrá llevar nuestra ropa, de modo que sugiero que llevemos un par de trajes para él. Conozco bien su talla y no habrá nada sospechoso en tener dos trajes de más en el equipaje. Nadie los sacará para medirlos y comprobar si son de nuestra talla».

Así que Lanny fue a ver a su sastre y dijo que quería hacerle un regalo a un amigo. Encargó un traje ligero para un hombre cinco centímetros más alto que él y con dos centímetros y medio menos de contorno de pecho. Vittorio acudió a otro costurero y le dijo que un militar amigo suyo estaba a punto de llegar en barco y, dado que tenía el compromiso de asistir a un acto oficial, deseaba encargar para él un uniforme similar al que él mismo llevaba. Cerraron los pedidos y compraron los demás accesorios para el viaje: de ese modo, en caso de necesidad, un prisionero de guerra podría quitarse la ropa que llevaba y hacerse pasar por un experto en arte norteamericano o por un oficial italiano de la Fuerza Aérea.

Entretanto, también tuvieron que solucionar la cuestión de los pasaportes. El gobierno insurgente de España no había sido reconocido por Francia; sin embargo, disponía de agentes que llevaban a cabo tareas diplomáticas y

consulares en las zonas controladas por los nacionales. Uno de estos funcionarios se había instalado en Niza, y ante él se presentó un caballero norteamericano de elegante apariencia, que le mostró un contrato con una acaudalada dama de Sevilla y cartas de presentación para algunas de las más importantes personalidades de la ciudad; también un oficial italiano con las credenciales necesarias y manco de un brazo, como resultado de su participación en la guerra de Abisinia, y una joven dama de la Costa Azul, esposa del oficial. El «cónsul» sabía que actualmente había en España varios miles de oficiales y soldados italianos, colaborando en la liberación de ese país, y el hecho de que un aviador tullido y licenciado deseara ver lo que estaban haciendo sus camaradas le pareció muy natural.

Lanny compró una considerable cantidad de dinero estadounidense y británico y lo cosió en la cara interna de un cinturón que no se quitaría ni para dormir. Había aprendido ese truco de su padre, cuando él era niño y el vendedor de armas llevaba consigo de ese modo su código secreto para comunicarse por cable. La España de Franco utilizaba papel moneda de Madrid, pero requería un sello especial, de modo que Lanny lo adquiriría al llegar en Cádiz y en Sevilla. En una de sus maletas guardó una copia de su archivo personal y una cartera repleta de correspondencia con ricos e importantes clientes. La España franquista necesitaba moneda extranjera y ninguno de sus funcionarios tendría el menor interés por imponer la ley de la República que impedía la exportación de obras de arte.

IX

El chófer de Beauty los llevó hasta Marsella, donde comenzaron a recorrer los muelles visitando las oficinas de embarque. Cualquier cosa podía ser transportada hasta Cádiz excepto armas y municiones, y muchos propietarios de barcos neutrales se mostraban encantados ante la posibilidad de recibir dinero de Juan March y del duque de Alba. Por seiscientos francos cada uno, unos veinticuatro dólares, los viajeros obtuvieron dos confortables y limpios camarotes en un vapor de pasajeros británico que debía partir al día siguiente. Entretanto se alojaron en el Hotel des Noailles y se entretuvieron viendo una de esas «comedias locas», que actualmente apasionaban a todos los aficionados

al cine de Hollywood desde Singapur hasta Buenos Aires. La heroína era la hija de un magnate del ferrocarril que vivía en una mansión que cualquiera podría haber confundido con una gigantesca estación de trenes. Tras escaparse de casa se veía envuelta en un enredo a causa del cual la confundían con la novia de un gánster y debía ser rescatada por un reportero bastante parecido a Lanny Budd. Según Vittorio, aquella historia era una prueba más de la decadencia de la sociedad pluto-democrática. Sin embargo, eso no le impidió quedarse a ver cómo el audaz reportero tiroteaba a media docena de matones con una sola mano.

El *Mare Nostrum* no es muy fiable durante el mes de febrero, pero representó su mejor espectáculo para los tres viajeros, que se sentaron en cubierta para contemplar el interminable desfile que tenía lugar sobre aquellas aguas, por las que vieron pasar desde barcos de pesca con velas latinas de color rojo hasta cruceros comerciales pintados de gris para la guerra. Era un periodo tenso y crucial en la historia de este antiguo mar que tantos habían reclamado como suyo y que algunos reivindicaban aún. Gran Bretaña acababa de firmar un tratado con Italia —cuyo objetivo no era otro que alejar a esta de la influencia de Alemania—, y además habían acordado proteger la libertad de circulación de esta autopista acuática de vital importancia para ambos. En semejante situación, un capitán inglés y un oficial italiano podían hablar como aliados y discutir con toda naturalidad sobre los peligros que los amenazaban. El británico hizo gala de una fuerte hostilidad hacia la flota española, que había arrojado por la borda a algunos oficiales compatriotas suyos. A los supervivientes de aquella refriega, dijo, no les habían quedado demasiadas ganas de pilotar ningún tipo de nave, por lo que ya no podrían hacer mucho por la causa. Los «nacionales» —finalmente, Lanny se había visto obligado a llamarlos de ese modo— habían salido de caza con los barcos que habían podido conservar, y entretanto los cruceros y destructores británicos hacían lo posible por proteger a los suyos en Gibraltar. No obstante, uno nunca podía estar seguro de lo que acechaba a la vuelta de la esquina, y un torpedo en mitad de la noche era una posibilidad que no debían excluir por completo.

El único desafío que encontraron fue una cañonera de Franco cuando se aproximaban a la costa de Cádiz. Recibieron autorización para continuar y se aproximaron lentamente al puerto, que alojaba a siete veces más barcos de lo habitual y acumulaba retrasos en igual medida. A los pasajeros les tocó pasar otra noche a bordo y, cuando por fin tuvieron ocasión de mostrar sus documentos a un funcionario del puerto y pudieron desembarcar, se vieron

obligados a pasar varias horas esperando la llegada de un tren con destino Sevilla, sin tener la certeza de poder embarcar.

Entretanto pasearon y contemplaron las vistas sin ninguna restricción, gracias al uniforme de Vittorio. Vieron a un transporte italiano «descargar» a más de un millar de *militi*, ataviados con sus uniformes de los camisas negras, y varios buques de la misma nacionalidad de los que salieron decenas de tanques, armas y cajones de munición. Después de más de medio año escuchando las solemnes protestas del Gobierno italiano ante el Comité de No Intervención en Londres, aquel era un espectáculo digno de ver. Vittorio se soltó las riendas hablando del asunto, que constituía una prueba más de la superioridad de la inteligencia italiana en comparación con todas esas democracias decadentes. Al parecer su cerebro italiano había pasado por alto cómo podía afectar su actitud a cualquier ciudadano de dichas democracias, suscitando en él una total desconfianza a la hora de compartir con los fascistas dinero, información o cualquier otra cosa.

X

Llegaron a Sevilla bien entrada la noche y se alojaron en el Hotel Bristol, pues pronto se enteraron de que el Alfonso XIII y también el Andalucía habían sido reservados íntegramente para oficiales italianos. Lo cierto es que resultaba difícil estar seguro de si uno se encontraba en Sevilla o en Nápoles, con tantas camisas negras desfilando por las calles y tanta charla en italiano. Oficiales y soldados se paseaban orgullosos, hinchando el pecho, pues habían tomado Málaga prácticamente sin ayuda y estaban seguros de que pronto avanzarían hacia Valencia, aplastando al Gobierno comunista y aislando a Madrid de su acceso al mar.

A la mañana siguiente, Lanny se dispuso a averiguar si podía alquilar un coche y Vittorio salió del hotel de buen humor con intención de buscar a sus amigos, después de prometer que volvería a la hora de comer en compañía de algunos de ellos. Y así fue. Apareció nada menos que con tres invitados: un camarada de sus días en la escuela de vuelo, un camarada de este camarada y un primo lejano, teniente en el departamento de intendencia. Los tres saludaron entrechocando los talones y doblándose por la mitad como una

navaja y besaron la mano de la esposa del Capitano. Los tres demostraron tener un excelente apetito y disfrutaron visiblemente de la comida del lujoso restaurante. Como era costumbre en el continente, los tres cubrieron de halagos a Marceline y no dejaron de mirarla ni un instante. De hecho, les resultaba difícil hacer otra cosa. Se habían quedado, según la expresión francesa, *foudroyés* —en italiano, *fulminati*—, es decir, atónitos. Hablaban sobre la guerra, tan *excitante, gloriosa*, pero sus miradas tarde o temprano regresaban a la joven novia, y tartamudeaban con cada palabra que decían, ya fuera en inglés, en francés o en italiano.

Lanny se dio cuenta enseguida de que la cosa no iba a cambiar, y también Marceline. Acababa de desembarcar en el paraíso del baile para una joven dama. Sevilla había sido tomada por una horda de *elegantissimi* arrancados repentinamente de sus hogares y enviados de forma inesperada a una tierra desconocida. La mayor parte de ellos creían que su destino iba a ser Abisinia, donde sin duda serían nombrados cónsules, en el antiguo sentido romano del término. Y sin embargo, habían desembarcado en el cráter de un volcán en erupción. Pocos de ellos habían tenido oportunidad de conocer a las damas de la clase alta española, que permanecían encerradas en sus sobrias casas de dos pisos con patios interiores azulejados y fuentes donde refrescarse. Marceline era pura elegancia y gracia, modales exquisitos y distinguida conversación; ¡el *chic* francés, el desenfado norteamericano y un espíritu moderno y atrevido! El código fascista exigía maternidad y virtudes domésticas para sus mujeres, pero no imponía semejantes restricciones a las féminas de otras nacionalidades, y tampoco a las que pertenecían a otros hombres.

¿Le apetecería bailar a Marceline? ¡Por supuesto que sí! Solo hacía falta una pista improvisada y una pequeña orquesta para que aquellos jóvenes, víctimas potenciales de todo tipo de sufrimientos y privaciones e incluso de la muerte, tuvieran ocasión de disfrutar de unos últimos instantes de placer y quizá una pizca de amor, intimidad y el remedo de un romance fugaz. Una vez más, Vittorio tendría que permanecer sentado como un simple espectador, intentando que su enfado no resultara demasiado evidente para no quedar en ridículo. Después de todo se había casado con una bailarina y no podía esperar tenerla encerrada en un castillo igual que Barba Azul. Tampoco podía negarles a sus camaradas lo que en todo el mundo civilizado se consideraba poco menos que un derecho social. Cada uno tendría su turno y terminaría su pieza henchido de placer, diciéndole a Vittorio y también a su esposa que nunca había existido una bailarina como ella.

Y siempre sería así. No había poder sobre la tierra capaz de impedir que Marceline disfrutara del baile en compañía de otros hombres y de la visible satisfacción que esto les producía. La criatura era el perfecto ejemplo de esa sublime y sofisticada clase de sensualidad conocida como «encanto femenino». Jugaba con el amor y después huía de él, entre risas. No con malicia, pues eso no formaba parte de su naturaleza, sino alegremente, pues toda su vida era un juego. La seriedad la aburría y por ello la trataba como un torero a un toro demasiado serio en los primeros minutos de una corrida, que agita su capa ante el rostro del animal y se aparta grácilmente ante cada una de sus embestidas.

De modo que la vida en Sevilla iba a ser para Vittorio igual que en todas partes, una combinación de placer y dolor. El placer incluía la estancia en un lujoso hotel, la posibilidad de invitar a un enjambre de amigos y el poder representar el papel de gran anfitrión a expensas de *sir* Alfred Pomeroy-Nielson. Por otra parte, el tormento consistía en ver cómo su amada giraba y giraba en los brazos de otros hombres, sonriendo extasiada y cerrando los ojos de puro placer. Vittorio se sentía sin duda como aquel moro de Venecia y, todo hay que decirlo, no sin motivo. Entretanto, Lanny observaba, perdido en sus pensamientos, pues no estaba en situación de oponerse a sus flirteos y extravagancias. Marceline exclamaba «*Mon Dieu!*», y Vittorio clamaba «*Diacine!*»**[149]**. Y ambos se preguntaban: «¿Cómo vamos a ayudar a Alfy si no tenemos amigos?».

XI

Lanny había sido testigo de los inicios de la educación fascista hacía más de quince años y ahora tenía ante sus ojos el producto final y la oportunidad de estudiarlo sociológicamente. Aquellos jóvenes oficiales le trataban con respeto y en ningún momento le ofendieron, pero su actitud hacia el mundo no fascista era de disciplinado y sistemático desprecio. Era muy poco lo que sabían de ese mundo y creían a pies juntillas todo aquello que les habían enseñado. Cada vez que hablaban sobre asuntos internacionales, Lanny tenía la sensación de estar escuchando la voz del mismísimo Mussolini, entrevistado por Rick durante aquella convención en Cannes que tan aciagos recuerdos le

traía. Mussolini no era un ignorante sino un editor socialista concienzudamente preparado y miembro del partido en su juventud. Conocía todas las debilidades de los países burgueses y, habiendo seleccionado las peores, se las había mostrado minuciosamente a sus seguidores. Y ahí estaba ahora su élite, repitiendo sus palabras como una bandada de loros con camisa negra.

Estaban cabalgando su ola de gloria. Eran los nuevos constructores de imperios y estaban haciendo historia. Sin duda algunos se sentían resentidos por haber sido engañados para embarcarse en ese viaje a España, aunque no lo decían, y a Lanny le habría costado demasiado tiempo ganarse su confianza. La explicación más aceptada entre ellos era que se estaban burlando de todas esas democracias. La suya era una deliciosa broma y nunca se cansaban de inventar todo tipo de variantes. Cuando alguno de ellos se refería a sí mismo como *volontario* guiñaba el otro y los demás le sonreían.

Su actitud hacia los españoles, a los que habían ido a salvar, era curiosa. Su intención era aceptar a los demás pueblos latinos como iguales en el glorioso destino del fascismo, pero no todos parecían estar de acuerdo. Los franceses eran un país decadente, podrido de hecho. No había más que ver a ese *giudeo* como cabeza del Estado; un pacifista, un sentimental que se autoproclamaba demócrata y se sometía al «chantaje de la calle» —expresión que precisamente habían aprendido de los derechistas franceses—. En cuanto a los españoles, se sentían demasiado orgullosos de sí mismos para ser capaces de autoimponerse una disciplina, y durante esta crisis no estaban haciendo gran cosa para salvar a su país. Primero habían dependido de los moros y de la Legión, y cuando estos se habían quedado atascados a las puertas de Madrid habían acudido llorando a pedirle ayuda al Duce. ¿Acaso creían que iban a conseguirla a cambio de nada? Los italianos ya habían tomado posesión de las islas Baleares. ¿Pensaban que se las iban a devolver cuando vencieran a los comunistas? Cuando los italianos arrebataran Gibraltar a Gran Bretaña, ¿iban a entregarle el Peñón a Franco, que apenas había sido capaz de tomar Cádiz sin la ayuda de la aviación italiana?

XII

Lanny hizo uso de sus cartas de presentación en Sevilla y de ese modo tuvo oportunidad de ver la otra cara de la moneda. Por supuesto, la aristocracia española se había sentido aterrada al despertarse un día a merced del Gobierno del pueblo y había sido incapaz de derrocarlo sin ayuda. Sin embargo, se resistían a admitirlo y, a salvo en el sur, a muchos kilómetros de distancia del frente, no parecían estar demasiado agradecidos ante la presencia de aquellas hordas extranjeras que habían tomado su ciudad al asalto. Tales eran los comentarios de las damas españolas acerca de los verdaderos motivos de los intrusos, y por ello Lanny se abstuvo de comentar que había viajado en compañía de su cuñado fascista.

Lo que más preocupaba a estas orgullosas señoras era que la guerra se había llevado a todos sus criados; lo que convertía a sus criadas, cada vez que tenían que salir de casa, en un blanco fácil para los varones extranjeros que pululaban a todas horas por las calles. Además, el precio de la comida ya había subido más del doble y no parecía que la cosa fuera a mejorar. Los modales y las buenas costumbres estaban en decadencia y eran tiempos difíciles, en opinión de una anciana y noble dama que había conocido a la duquesa de Sájarov y disfrutó conversando sobre ella con el nieto del fundador de Budd Gunmakers. Cuando supo que estaba interesado en la pintura, le mostró algunos de los cuadros que poseía, con la obvia esperanza de que el experto se ofreciera a comprarlos. Pero no tuvo suerte pues, aunque constituían una buena muestra del arte aristocrático, no eran demasiado artísticos.

Lanny también tuvo oportunidad de conocer al general Aguilar, recién llegado del frente del Jarama para tomarse un descanso. Tenía el cabello y los bigotes plateados, medallas de plata cubrían su pecho y también bronces, además de dos o tres cruces al mérito militar. Era un caballero muy distinguido y en esos momentos visiblemente angustiado a causa de la inesperada resistencia que la *chusma*, el populacho, estaba ofreciendo a su ejército. Algo sin duda insólito y sin el menor precedente. Ahora los *militi* italianos habían llegado a dicho frente, situado justo al sur de Madrid, y el general parecía de veras preocupado ante la posibilidad de que estos pudieran tener éxito donde las tropas de regulares del Ejército español habían fracasado. ¿Qué prestigio le quedaría entonces a un hombre que había dedicado toda su vida a aprender de la guerra y había fallado cada vez que había intentado llevarlo a la práctica? Por supuesto el general no dijo nada semejante, pero cuando Lanny mencionó su nombre a los jóvenes camisas negras todos lo abuchearon con desprecio.

Después de toda una vida relacionándose con personajes exaltados, Lanny estaba más que acostumbrado a tratar con ellos. Escuchaba diplomáticamente lo que tuvieran que decir sin demasiadas expectativas de entretenerse. Después de todo, era posible que necesitara su ayuda a la hora de sacar los cuadros de España, y también en el asunto de Alfy; de modo que se mostraba agradable y aceptaba sus invitaciones a tomar gran cantidad de *copitas de manzanilla*. Cuando la oportunidad se le presentaba, redirigía la conversación cautelosamente con el fin de obtener información acerca de los aviadores de ambos bandos y lo que ocurría con ellos, sobre los prisioneros de guerra y el trato que recibían o sobre la aristocracia británica y su actitud hacia la causa de la liberación española. Pero por mucho que lo intentaba no conseguía que nadie mencionara al hijo cautivo del *baronet* y menos aún que alguna persona diera muestras del menor descontento con Franco y con su causa.

XIII

Lanny averiguó que los hijos del general Aguilar poseían un automóvil que no había sido requisado, de modo que llevó a cabo las gestiones necesarias para alquilarlo durante varias semanas. Condujo con sus parientes a través valle del Guadalquivir, muy hermoso en plena primavera, para visitar la hacienda de la señora Villareal, donde el administrador les dio una cordial bienvenida. El recién llegado le entregó la carta de su patrona y anunció su propósito de llevarse las pinturas en el caso de no encontrar ningún impedimento administrativo para exportarlas. Había explicado a Vittorio y a Marceline que la propiedad era un lugar perfecto donde él o ellos podrían esconderse mientras el otro llevaba a Alfy hasta la costa, de modo que se mostraron amables y solícitos con el señor López y se declararon incondicionales partidarios del bando nacional. El administrador habló sin ambages sobre la guerra tal como era vista desde Andalucía, pero por desgracia tampoco sabía nada acerca de aviadores cautivos y ninguna de las personas que les presentó pareció dar indicios de querer convertirse en un traidor a su causa.

Regresaron a Sevilla, una deliciosa y antigua ciudad. No había lugar más placentero donde pasar unas vacaciones. Estrechas callejuelas repletas de pintorescos hitos arquitectónicos, flores por doquier y, por encima de todo, en

el caso de Lanny, una interminable profusión de obras maestras de la pintura. La ciudad había sido el hogar de Murillo y lugar de nacimiento de Velázquez; había Goyas y Zurbaranes, algunos de ellos en colecciones privadas cuyos propietarios se mostraban extraordinariamente receptivos en tiempos de guerra. Todos le aseguraban a Lanny que conseguirían los permisos necesarios de exportación y el norteamericano habría podido combinar negocios y placer durante semanas, si hubiera sido capaz de dejar de pensar en el nieto de cierto *baronet* que en esos momentos podría estar agonizando en alguna húmeda mazmorra.

Esperó hasta asegurarse de que Marceline no iba a hacer otra cosa que bailar e ir de compras. Vittorio, por su parte, solo parecía interesado en hablar. Después invitó a la pareja a dar un paseo en coche para estar a salvo de los espías, y dijo: «Me temo que no vamos a conseguir nada en Sevilla. Busquemos algún pretexto para visitar Cáceres y así averiguaremos si podemos hacer algo por Alfy allí».

—¿Y qué excusa encontraremos para visitar un lugar como ese? —quiso saber Vittorio.

—Hay muchas cosas que ver, como en toda España. Ruinas romanas y un antiguo castillo. Quizá sea allí precisamente donde Alfy está encerrado. Haremos alguna parada de camino y yo aprovecharé para buscar pinturas y hacer preguntas a modo de coartada.

—¡Pero allí no conocemos a nadie!

—No me costará encontrar a algún orgulloso propietario de obras de arte dispuesto a vender. Siempre consigo hacer amistades útiles cuando lo necesito.

—Pero, Lanny, ¿qué vamos a hacer en ese agujero dejado de la mano de Dios?

Esa era Marceline, y su hermano le recordó amablemente que no habían ido hasta allí para pasarlo bien sino para llevar a cabo un trabajo y ganar dinero. Hizo especial énfasis en la segunda mitad de la frase, de modo que, tras unos minutos más de discusión, acordaron cancelar sus compromisos sociales y Lanny puso manos a la obra para conseguir los pases necesarios para su viaje.

XIV

El general Aguilar, con sus cabellos plateados y su colección de medallas, le entregó una nota para que se presentara ante el comandante del distrito militar sur, el general Queipo de Llano, cuya estentórea voz había estado escuchando día sí y día no desde el estallido de la guerra. Era un militar alto y delgado de poblado bigote negro, un hombre extremadamente arrogante, pomposo y violento. La mayor parte de su lucha la llevaba a cabo a través de las ondas radiofónicas y en sus arrebatados discursos se dejaba llevar por una furia incontrolable, utilizando un lenguaje que solo los españoles más vulgares empleaban. Lanny le había escuchado denunciar a esas damas de Madrid que apoyaban a los lealistas. El general las nombraba una por una, incluyendo a Constancia de la Mora, esposa del comandante en jefe del Ejército del Aire. El general se dirigía a ellas personalmente, asegurándoles que iba a capturarlas y a dejar a cada una de ellas en manos de un centenar de moros. También había anunciado que, cada vez que uno de sus hombres fuera insultado o importunado en Sevilla, él mismo, el general Queipo de Llano, enviaría a sus soldados a Triana, donde vivían los obreros, detendría a los primeros diez hombres que se les pusieran delante, se los llevaría y los fusilaría en el acto. Y, en efecto, era algo que llevaba haciendo regularmente desde entonces.

Lanny había visto a ese general de las ondas desfilar al frente de sus tropas por las calles de la ciudad y había sido testigo de cómo decenas de mujeres beatas corrían con los brazos repletos de flores para dejarlas caer a su paso. Conocerle en persona no iba a ser agradable, estaba seguro. Sin embargo, otro oficial se encargó finalmente de lle var a cabo los trámites para concederle los permisos de viaje. Lanny le explicó como de costumbre que era un experto en arte que estaba en el país para solventar un asunto de negocios en nombre de la señora Villareal. Tenía un especial interés en visitar las ruinas romanas de Cáceres y le gustaría ir en compañía de sus dos compañeros de viaje, un aviador del Ejército italiano y su esposa, que era la hermanastra del solicitante.

El oficial del Ejército examinó los diversos documentos que Lanny le había entregado y respondió que las carreteras del norte estaban colapsadas por el tráfico militar y que la política habitual era prohibir cualquier otro tipo de tránsito. Sin embargo, en el caso de alguien que contaba con tales avales harían una excepción. Eso sí, debían estar preparados para sufrir todo tipo de interrupciones y retrasos. Lanny respondió que, por supuesto, lo comprendía y que no les supondría ningún problema en un país como España, con tantas y tan hermosas vistas que contemplar. Además, su cuñado estaba muy interesado en los procedimientos militares y tenía a muchos colegas y amigos entre las tropas italianas. Lanny sugirió que sería buena idea poder contar con

pases por separado, para él y para la joven pareja, pues sus negocios podían alargarse y quizá ellos desearan regresar antes a Sevilla. Su petición fue satisfecha al momento.

XV

Lanny regresó con sus parientes y les dijo que todo estaba listo para partir. Pero se encontró con un serio contratiempo. Vittorio se mostró dubitativo y miró a su esposa en busca de apoyo antes de acometer una larga explicación. En esencia todo se resumía a que, al reencontrarse con tantos de sus amigos y camaradas dispuestos a entrar en combate, exponiéndose a morir, se había sentido profundamente conmovido y no le parecía digno ni honorable abandonarlos de ese modo para llevar a cabo un encargo con el único fin de lucrarse personalmente y, si bien no tenía por qué perjudicar a la causa de su patria, tampoco iba a reportarle ningún beneficio. Más aún, se trataba de algo extremadamente peligroso y, después de reflexionar sobre el terreno acerca de ello, Vittorio no era capaz de atisbar la menor posibilidad de llevar a cabo con éxito la misión. Etcétera, etcétera.

Lanny había previsto esta posibilidad, entre otras, y había trazado un plan alternativo ante dicha eventualidad. Por supuesto, no debía discutir con Vittorio ni decir una sola palabra para provocarle. Y por encima de todo debía evitar mencionar el dinero que tan generosamente había estado gastando en ellos.

—Está bien, Vittorio —dijo finalmente—, si eso es lo que tu conciencia te dicta, adelante. Pero ¿qué pensáis hacer ahora?

—Deseo ayudar a mi país dando lo mejor de mí. Me han dicho en varias ocasiones que si decido utilizar un brazo artificial me concederán la oportunidad de reunirme con uno de nuestros generales.

Esta era una cuestión delicada para un hombre mutilado. Cuando se paseaba con su uniforme, la manga vacía era un recordatorio indeleble de su honor. Sin embargo, un brazo ortopédico era algo repugnante, una caricatura de la realidad. El resultado era que ni siquiera podía escribir su propio nombre porque era incapaz de sujetar el papel. No obstante, ahora su deseo de servir

era más fuerte, por lo que estaba dispuesto a hacer cuantas concesiones fueran necesarias.

—De acuerdo, está bien —respondió el cuñado—. Comprendo cómo te sientes y te deseo suerte. ¿Y qué va a hacer Marceline?

—Sin duda me asignarán alguna tarea aquí mismo, en Sevilla. De modo que los dos podemos quedarnos. ¿Qué harás tú?

—Ya que he cerrado todas las gestiones y he alquilado un coche, creo que haré el viaje yo solo de todas formas —dijo. Y después, como si acabara de ocurrírsele—: Supongo que no te importará que me lleve ese uniforme extra que no es de tu talla.

—¿Vas a intentar llevar a cabo ese plan tan arriesgado tú solo, Lanny?

—He pensado llegar a la ciudad y dejarme llevar. Las probabilidades de que sea capaz de conseguir algo son de mil contra una, pero me vendrá bien tener el uniforme por si acaso. Sea como sea, no podrías utilizarlo.

—Podría arreglarlo —sugirió este descendiente de un pueblo frugal.

—Te lo devolveré —respondió el hijo del pueblo pródigo—. Y si no es posible te conseguiré uno sin falta.

30
MI VIDA EN MANOS DEL AZAR

I

Al abandonar el valle del Guadalquivir, siguiendo la carretera nacional hacia el norte desde Sevilla, es necesario ascender atravesando ondulantes colinas y pronto se llega a la Sierra Morena. Al coronar puertos de semejante altitud, la primavera desaparece a principios de marzo y el viajero ha de estar preparado para los helados vientos que soplan desde el norte. Esta es la antigua meseta conocida como Extremadura, una tierra de pastoreo con escasa vegetación, asediada por las sequías y las plagas de langosta, igual que la región de La Mancha, con la que limita por el este, donde Don Quijote se lanzó contra los molinos. Su gesta no parece tan fantástica cuando uno visita su tierra, pues los molinos tan solo tienen dos metros de alto y no cuesta imaginar que un hombre a caballo a pleno galope pudiera amedrentarlos.

Por esta ruta circula una línea de ferrocarril, pero no está equipada para soportar el tránsito pesado propio de una guerra, por lo que la mayor parte del tráfico tiene lugar por carretera. Por ella circulaban modernos camiones muy cargados y antiguos carros tirados por caballos y mulas, y también se transportaban mercancías mediante un método más antiguo aún, sobre el lomo de los animales. Del mismo modo que existe una ley financiera según la cual una moneda de valor inferior es capaz de desplazar a otra de un valor monetario mayor, también es válido un principio aplicable al tráfico según el cual el tránsito rápido ha de adecuarse forzosamente al más lento. A fuerza de tocar la bocina incesantemente, Lanny habría podido persuadir de cuando en cuando a una recua de mulas para que se apartara dejándole continuar. Sin embargo, siendo extranjero no estaba seguro de tener tal privilegio, por lo que

se conformaba con seguir avanzando a su zaga. Cuando las mulas que se dirigían al norte se encontraban con un rebaño de ovejas y cabras que avanzaban hacia el oeste, el viajero debía resignarse a respirar enormes nubes de polvo amarillo mientras aprendía nuevas palabras con las que invocar a los santos españoles y encomendarse a sus demonios al mismo tiempo.

Había decidido no viajar de noche, pues la reacción de un centinela sorprendido por los brillantes faros de un coche en plena oscuridad era del todo imprevisible. De vez en cuando tenía que detenerse para mostrar su salvoconducto a la Guardia Civil, cuyos agentes llevaban brazaletes con los colores rojo y oro de Franco. Aún a sabiendas de que su pase era del todo fiable, el viajero optó por la luz del día, especialmente cuando unos guardias le advirtieron que el frente en esa región se encontraba muy al este y aún no era demasiado seguro. Además, no había trincheras y los rojos llevaban a cabo asaltos ocasionales. En palabras de un sargento de la Guardia Civil: «Pegan cuatro tiros, roban algunas gallinas y lo celebran como una gran victoria».

El viajero pasó la noche en Mérida, una ciudad situada en un enlace ferroviario que era necesario atravesar en el trayecto de Madrid a Lisboa, durante los buenos tiempos en que solo había una España en lugar de dos. La antigua ciudad también había sido un importante enclave para los romanos, que en tiempos del Imperio habían construido un enorme puente de granito de ochocientos metros de largo sobre el río Guadiana, con sesenta y cuatro arcadas dobles. En el pantanoso fondo del valle se encuentran los restos de un circo, un anfiteatro y un acueducto con arcos tan altos que la estructura parece caminar sobre zancos.

Muchos turistas habían contemplado aquellas vistas; sin embargo, ahora eran únicamente los militares quienes ocupaban todas las plazas del único hotel del lugar. Se mostraron sorprendidos al ver aparecer a un civil norteamericano, de modo que, mientras disfrutaban de una elaborada cena consistente en ocho platos, Lanny entró en la conversación e hizo alusión a su encargo relacionado con el negocio del arte. No hay ningún pueblo en España tan pequeño o tan pobre que no posea una iglesia con pinturas y esculturas, dijo, y les preguntó acerca de la iglesia de Santa María, para dejar claro que era una de esas personas excéntricas que están más interesadas en los acontecimientos que tuvieron lugar hace cientos o miles de años que en las cosas que están sucediendo a su alrededor. Habiendo leído acerca de la región antes de comenzar su viaje, no le resultó difícil impresionar a la burguesía militar con sus conocimientos.

Más tarde, sin embargo, cuando, bien entrada la noche, se metió en su habitación y cerró la puerta, se convirtió en una persona diferente. Después de cerrar las cortinas y asegurarse de que no había agujeros en la puerta o en las paredes por los que ser observado, el amante del arte y la arquitectura antiguos extrajo un pequeño aparato de radio de una de sus maletas, lo enchufó a su batería eléctrica y, tras poner el volumen al mínimo, se lo pegó a la oreja y se sentó dispuesto a escuchar las últimas noticias. Prefería Radio Madrid a Radio Sevilla y Radio Burgos, y uno de los últimos crímenes decretados por el fascismo consistía precisamente en escuchar las emisoras exteriores al área controlada por los insurgentes, incluso aunque uno no tuviera intención de repetir ni una sola palabra de lo que había oído.

II

Lanny llegó a Cáceres la tarde siguiente. La ciudad tenía dos hoteles y decidió alojarse en el más caro con la esperanza de que fuera un poco mejor. Le dijeron que había tenido mucha suerte al conseguir la última habitación libre. Pagó la estancia de una semana y se dispuso a hacer amistades, un arte en el que había desarrollado una gran destreza. Su ropa era la correcta, sus modales agradables y, más importante aún, tenía la cartera repleta de billetes. Conociendo a la vieja Europa y a sabiendas de lo que solía esperar de América, explicó a sus nuevos amigos cómo se ganaba su dinero y dijo que les estaría muy agradecido si le ayudaran a encontrar alguna obra maestra que estuviera en manos privadas y que pudiera despertar el interés de algún coleccionista norteamericano. No sabía si el general Franco prohibía la exportación de obras de arte, pero tenía amigos que servían al gran Caudillo y quizá pudieran ganarse sus favores.

También aquí había un barrio antiguo y una ciudad nueva. El primero está en lo alto de una colina, pues de ese modo resultaba más fácil defenderlo de las espadas, las lanzas y las flechas. La parte antigua de Cáceres posee una enorme muralla con cuatro antiguas puertas romanas. En su interior hay quizá doce calles; estrechas, sombrías y algunas de ellas prácticamente tomadas por las malas hierbas. Está repleta de palacios que datan del siglo XIV, y Lanny deambuló recorriendo la muralla sin rumbo fijo, contemplando las torres en

sus esquinas y preguntándose: «¿Será en esta dónde Franco tiene encerrados a sus enemigos?».

En el barrio antiguo también hay dos iglesias, una dedicada a san Mateo y la otra a santa María la Mayor. En esta última, un edificio gótico con una alta torre, Lanny tuvo ocasión de examinar un famoso retablo tallado en madera, y después de entablar conversación con el sacristán le preguntó si podría tener el honor de conocer a uno de los sacerdotes. El caballero se mostró solícito, y tras pagar varias veces más de la tarifa habitual, el extranjero pudo visitar los panteones de algunas nobles familias y comentó con su improvisado guía pinturas y estatuas, no solo desde el punto de vista artístico sino también humano. Habló sobre la gran contribución que la Iglesia católica había hecho a la civilización glorificando el sentimiento de la maternidad y la mejora de las costumbres y modales mediante la exaltación de la influencia femenina. Era fácil para un foráneo como él emplear frases tan altisonantes, pues las palabras derivadas del latín son muy parecidas en inglés y en español. El orondo sacerdote entrado en años sonrió gustoso al escuchar tan amables declaraciones por parte de un hereje, aunque, cuando Lanny añadió que temía por el destino de tan benéficas influencias al caer en manos de los modernos cultos al autoengrandecimiento, el sacerdote no dio ningún indicio de darse cuenta de que el visitante pudiera estar refiriéndose al fascismo italiano y al falangismo español.

En la ciudad nueva de Cáceres sucedía lo mismo, tal y como pudo comprobar el recién llegado. Las calles eran menos estrechas y sinuosas, pero la manera de pensar de la gente era la misma. Conoció a las autoridades eclesiásticas de la iglesia de Santiago y descubrió que estaban muy interesadas en el arte religioso, pero no tenían demasiado que decir acerca del mundo exterior, o al menos no se molestaban en hacerlo. Lo mismo le ocurrió con el propietario de la fábrica de las famosas salchichas rojas típicas del país —llamadas *chorizos*— y también con los *latifundistas*, los grandes terratenientes y propietarios de plantaciones de alcornoques y minas de fosfatos. Estos eran los prohombres de la ciudad, y el experto en arte norteamericano se puso en contacto con algunos de ellos y fue invitado a sus hogares para que pudiera conocer sus colecciones de arte. Manifestaban ciertas opiniones acerca de pintura, pero en lo concerniente a los tiempos en que vivían no tenían nada que decir, con excepción de atacar a los malditos rojos y el deseo de que pronto fueran exterminados, no solo en España sino también en Francia y en el nido ruso donde habían sido incubados.

III

Lanny no conocía el equivalente español de la *gleichgeschaltet* alemana, pero se dio cuenta de que había sido llevada a cabo tanto en la parte nueva de Cáceres como en la vieja. Los ejércitos del general Mola habían tomado la ciudad en agosto en su avance hacia el sur y se habían encontrado justo debajo con los ejércitos de Franco que ascendían en dirección norte, estableciendo así una línea desde el golfo de Vizcaya hasta el Mediterráneo y cortando el acceso de los lealistas a Portugal. Desde su llegada habían procedido a exterminar a todos sus enemigos, no únicamente a aquellos que habían luchado sino también a sus simpatizantes. El Generalísimo había advertido desde el comienzo que esta guerra para destruir el comunismo requeriría la participación activa de todos los españoles y que todo aquel que pensara que podía estar a salvo simplemente manteniéndose callado descubriría que había cometido un gran error.

De modo que en esta ciudad los jóvenes habían sido reclutados por el ejército y los mayores trabajaban diligentemente para producir comida y otros artículos que vendían sin rechistar a cambio del dinero con el sello de Franco; una ciudad donde los sacerdotes rezaban por la victoria desde el altar y descendían sus escalones para bendecir los estandartes con agua bendita; donde todo buen ciudadano aprovechaba la oportunidad de denunciar a la progenie de Satán, sin olvidar en ningún momento que incluso los muros de piedra de dos metros de espesor tienen oídos. En resumen, este era el tipo de ciudad que el Caudillo pretendía crear, mantener y gobernar a lo largo y ancho del territorio español: una ciudad medieval en la que nadie se permitía contradecir las ideas de la Iglesia y todo el mundo hacía lo que los curas prescribían, echándose a temblar al más mínimo indicio de una venganza sobrenatural. Un lugar donde el Caudillo en persona sería el «brazo secular», el representante de Dios envestido con el poder para juzgar todo aquello que creyera conveniente.

No tenía importancia que la ciudad fuera miserable y siniestra o que la mayor parte de sus habitantes viviera en condiciones insalubres, rodeada de pulgas, chinches y piojos; que los campesinos de las zonas rurales convivieran con sus cerdos y gallinas en pequeñas construcciones circulares de cañas y barro con tejados cónicos de paja; que no tuvieran ningún tipo de educación y que las mujeres y las muchachas caminaran descalzas y se vieran obligadas a recoger agua para el uso doméstico en pesadas *ollas* de barro, una bajo el brazo

y otra sobre la cabeza. Ninguna de esas dificultades tenía importancia porque el cielo abriría sus puertas por toda la eternidad hasta al último de ellos si se limitaban a creer todo aquello que les enseñaban y a hacer lo que les decían.

IV

El fabricante de salchichas, varios terratenientes y el director de un hospital que en otro tiempo había sido un colegio de jesuitas poseían confortables hogares en los que atesoraban sus pinturas. Todas eran obras de pintores de tercera fila, pero Lanny las examinó con seriedad, tomó notas e hizo alusión a la posibilidad de solicitar permisos de exportación para algunas de ellas. La aristocracia de la empobrecida ciudad de Cáceres se mostró encantada al descubrir que la guerra no iba a destruir por completo el interés por la cultura, y cuando supieron que el distinguido *americano* no estaba casado, incluso se atrevieron a presentarle a sus hijas. También hablaron sobre los recientes acontecimientos mundiales. En su opinión, España se había convertido en el campo de batalla de la nueva guerra contra los bárbaros invasores, aunque estos bárbaros no procedían de las llanuras de Asia sino de los arrabales de las grandes ciudades de Europa. Habiendo escuchado todo aquello casi palabra por palabra en Radio Sevilla de labios del general Queipo de Llano, Lanny no se sorprendió. Preguntó si sus anfitriones no sentían ninguna inquietud por la presencia de dos grandes ejércitos extranjeros en su territorio, y estos le respondieron que tenían plena confianza en los aliados de su país, antes de apresurarse a cambiar de tema.

Lanny disfrutaba de abundantes comidas, dormía en una cama confortable y tuvo ocasión de llegar a conocer una pequeña ciudad de los «blancos» españoles. Desde la ventana de su habitación, con vistas a la plaza de la Constitución, observaba las idas y venidas de los trenes de suministros bajo una densa llovizna, y a los desaliñados y cabizbajos camisas negras y soldados italianos con sus capotes de camuflaje. Marchaban hacia el frente del Jarama, a unos ciento cincuenta kilómetros de allí y, a juzgar por los comentarios que escuchaba, Lanny dedujo que muchos de ellos se dirigían a un nuevo frente que Franco planeaba abrir más al norte, siguiendo el curso de ese mismo río. Sin embargo, antes de llegar hasta allí, les esperaba un largo camino rodeando

el gran bucle que el Generalísimo había establecido en torno a Madrid, que comenzaba al suroeste de la ciudad, cubriendo por el oeste el llamado frente del Manzanares, y se extendía hacia el frente noroeste, que abarcaba desde la Ciudad Universitaria hasta la sierra de Guadarrama, y a través de esas montañas en dirección este hasta alcanzar el Jarama en su curso alto. El río recorría desde allí una corta distancia en dirección este hacia la capital, pero los lealistas aún tenían el control de esa zona y se aferraban a él con firmeza. En caso de perder dicho enclave perderían también su único acceso hacia el mundo exterior, desde Cartagena hasta Valencia, y con él todos los vitales suministros que recibían a través del Mediterráneo.

Esa era la situación de la guerra a grandes rasgos. Si Franco conseguía apoderarse del valle del Jarama, un área de unos ciento diez kilómetros, podría aislar por completo Madrid y obligarla a rendirse. Se decía que acababa de enviar a un gran ejército italiano, junto a algunas tropas españolas, con el fin de que se desplegaran por el gran arco que envolvía la ciudad, descendiendo desde las montañas, con la intención de abrir un nuevo frente. Ese sería sin duda el escenario de la próxima gran batalla, y Lanny deseó encontrar el modo de poder comunicar dicha información a las autoridades de la capital.

Aquel sombrío y despiadado conflicto se había convertido para él en algo personal, por lo que en cuanto tenía oportunidad se encerraba en su habitación, pegaba la radio a su oreja y escuchaba la extraña lucha dialéctica que tenía lugar durante todo el día y gran parte de la noche, una especie de foro abierto en las ondas con el mundo entero como audiencia. Un febril enfrentamiento propagandístico tenía lugar, un combate cuerpo a cuerpo en el que no parecía haber límites. ¿Sobreviviría la verdad a semejante *mêlée*? Nadie podía responder a esa pregunta, pues era la primera vez que algo así ocurría. Del mismo modo que era la primera vez que se probaban los cañones, tanques y aviones alemanes y su flamante plan para bombardear ciudades y aterrorizar a sus poblaciones para que se rindieran.

Lanny sintió una gran emoción al escuchar la voz de su amigo Raúl Palma que, desde Madrid, apelaba con elocuencia al pueblo español para que se mantuviera firme ante semejante invasión de las fuerzas de la Edad Media. También escuchó a Constancia de la Mora, que se encontraba en Valencia trabajando para el Gobierno. Sus voces irrumpieron como rayos de sol en mitad de aquella noche estigia y Lanny se preguntó si sería la única persona en Cáceres que estaba escuchándolas. ¿O quizá había otros que, tras aquellos lúgubres muros de piedra, cerraban sus puertas, tapaban los agujeros de sus cerraduras y se acurrucaban junto a la radio para escuchar aquellos susurros

cargados de luz y esperanza? Lanny pensó en las palabras de Emerson que su tío abuelo, el pastor unitarista de Nueva Inglaterra, le había enseñado:

Ni una palabra del Espíritu Santo
Este descuidado mundo ha olvidado[150].

Sería bonito pensar que aquello era cierto, pero Lanny lo dudaba.

V

El visitante se vio obligado a admitir que desgraciadamente no había conseguido avanzar ni un palmo en el proyecto que le había llevado hasta allí. No había sido capaz de encontrar una sola grieta en la mampostería mental de la España de Franco. Cada vez que trataba de presentar sutilmente alguna idea liberal, recibía la callada por respuesta. En cualquier caso, no se atrevía a ir más allá e incluso eso podía ser peligroso. Se podía correr la voz de que el agradable hereje estaba sembrando las semillas de la duda y la insatisfacción en aquel sagrado orden totalitario. Además, ¿durante cuánto tiempo permitirían los oficiales de un ejército inmerso en una lucha desesperada que un extranjero permaneciera entre ellos, por mucho que sus credenciales hubieran sido emitidas por las más altas instancias? Resultaba concebible pensar que un hombre se interesara por la pintura y la arquitectura de Cáceres durante una semana, ¡pero no eternamente!

Lanny estudiaba los rostros de la gente que veía en aquellas calles, muchos de ellos tristes y amargados, pues los españoles no son gente alegre, al menos en estas regiones áridas y salvajes del occidente, en las que habían nacido numerosos *conquistadores*. Pero había muchos problemas en Extremadura que no eran fruto de la tiranía y la explotación. Lanny, que no tenía el don de leer mentes, solo podía imaginar lo que angustiaba a aquella gente y posiblemente estaba haciendo una montaña de un grano de arena al atribuir sus cuitas a guerras y revoluciones cuando quizá únicamente se debían a un simple dolor de estómago o a un negocio mal resuelto. Fuera como fuese, sus dudas persistían, pues sabía que en cualquier momento podía dar un traspié, aunque no era fácil prever dónde caería.

VI

Cuando al fin encontró la oportunidad que había estado esperando fue por pura casualidad. A lo largo de su estancia se había vuelto descuidado en lo que se refería a su aparato de radio. Una noche, después de escuchar las noticias hasta tarde, había decidido dejarlo sobre la mesilla con intención de escuchar el boletín de la mañana. Pero durmió hasta tarde y cuando el camarero llamó a su puerta para traerle el desayuno, Lanny se levantó y abrió el cerrojo sin acordarse del aparato, y solo entonces se dio cuenta del desliz que había cometido.

El camarero se llamaba José. Era un hombre de unos cuarenta años o más, delgado y adusto, piel cetrina y cabello negro que empezaba a canear en las sienes. Tenía un pie varo y cojeaba ligeramente. Era extremadamente ducado y nunca hablaba más de lo necesario. Un siervo perfectamente aleccionado que, sin duda, llevaba mucho tiempo trabajando en el hotel. Lanny se fijó en cómo su visitante clavaba la mirada en el aparato de radio, tan solo un instante. Después se dio la vuelta y fingió que se disponía a afeitarse, pero consiguió observar al hombre en el espejo y, mientras dejaba el desayuno sobre la mesa, volvió a mirar el receptor. «Sabe lo que es», pensó Lanny, «y estoy en un lío».

El camarero se dispuso a abandonar la habitación, pero antes de llegar a la puerta se dio la vuelta y dijo en voz baja:

—¿Podría hablar un momento con el señor?

—Por supuesto —respondió Lanny.

—No es seguro dejar ese tipo de cosas a la vista. La doncella es una beata.

—Entiendo —se apresuró a decir Lanny—. Gracias. En mi país todo el mundo tiene aparatos como ese, ¿sabe? Incluso los obreros y los que trabajan la tierra.

—He oído hablar de ello, señor. Son ustedes un pueblo afortunado —respondió. Dirigió su mirada fugazmente hacia la puerta y añadió—: El problema no es que tenga usted ese aparato, sino en qué emisora lo sintoniza.

Lanny lo vio claro de repente. Había estado escuchando la emisora del Gobierno en Madrid y había dejado el dial en ese punto. ¡Y ese hombre lo había reconocido! Eso únicamente podía significar una cosa: no solo estaba familiarizado con los aparatos de radio, sino que también conocía la emisora más peligrosa de todas. ¡Quizá también él había estado quebrantando la ley!

De modo que por fin podría tener una oportunidad, la única que el destino parecía dispuesto a brindarle, y no iba a dejarla pasar.

—José, ¿puedo hablar contigo? —preguntó en voz baja.

—Es muy peligroso, señor. —El hombre volvió a mirar hacia la puerta, aunque Lanny había vuelto a cerrarla después de dejarle entrar—. Tengo trabajo que hacer, señor, y si me retraso resultará sospechoso.

—Te lo diré brevemente. Soy un hombre al que no le gusta ver morir a la gente. Provengo de una tierra donde los hombres son libres y pueden decir lo que piensan.

—Lo sé…

—Me gustaría poder hablar de esto con alguien, alguien que comprendiera mi manera de pensar. Podría compensarte por ello.

—Comprendo, señor, pero aun así sería peligroso para los dos. Me vigilan muy de cerca.

—Por eso me interesas. ¿Podríamos dar un paseo en mi coche?

—Imposible, señor. Si nos vieran me fusilarían.

—¿No hay algún lugar donde podamos vernos de noche si te prometiera ser muy cuidadoso y asegurarme de que nadie me sigue?

—Lo vigilan todo y a todos. Soy un hombre cojo y me resulta difícil ir a ninguna parte sin que me reconozcan.

—Ya he visitado varias casas de esta ciudad y no creo que vayan a seguirme. Justo detrás de la vivienda del alcalde hay un gran roble bajo cuyas ramas la oscuridad será casi total. Si aparco mi coche allí a las diez en punto de esta noche, no creo que nadie se fije en si he salido del coche o permanezco en el asiento trasero. Y si tú pasaras por allí, entraras rápidamente y yo cerrara las puertas, podríamos hablar en voz baja igual que estamos haciendo ahora y nadie se daría cuenta. Si pasas de largo entenderé que te están vigilando y no diré ni una palabra. En ese caso podrías regresar más tarde y entrar en el vehículo sin decir nada.

—Muy bien, señor, lo intentaré. Pero ha de saber que podría costarme la vida si algo sale mal.

VII

Lanny pasó el día visitando las ruinas del alcázar morisco de Cáceres, que actualmente se utilizaba como almacén. Sin embargo, mientras fingía observar las columnas minuciosamente labradas, pensaba en el peligroso paso que estaba a punto de dar. Aquel hombre podría ser un hábil agente enviado para sondearle, un embaucador dispuesto a sacarle dinero para después traicionarle, o un cobarde, un mentiroso, un chantajista… muchas cosas que podrían suponer un serio inconveniente para un hombre solo en un país hostil en plena guerra. Lanny tenía que aceptar el hecho de que lo que estaba haciendo le convertía en un espía, nada menos, y si le descubrían podía terminar ante un paredón de fusilamiento.

Pero no iba a marcharse sin intentarlo y no iba a tener otra ocasión como esta. Lo sucedido con la radio era una obvia señal de que debía actuar, y negarse a hacerlo sería oponerse a su propio destino. Estaba obligado a confiar en ese hombre, pero ¿hasta qué punto? ¿Debía intentar ponerle a prueba para comprobar si era un espía? Quizá de esa manera despertaría su desconfianza y se asustaría. Igual la mejor opción sería contar abiertamente la verdad para ganarse la confianza de aquel hombre. Como un general contemplando una batalla, Lanny se esforzaba por prever todas las posibles contingencias y el mejor modo de hacerles frente, manteniendo consigo mismo interminables conversaciones imaginarias a sabiendas de que el verdadero problema era que apenas conocía a aquel camarero cojo, por lo que sin duda tendría que enfrentarse a algún giro inesperado.

A la hora señalada, Lanny aguardó a oscuras a su hombre en el asiento trasero del coche, bajo el antiguo roble. La puerta del coche estaba entreabierta, para hacer el menor ruido posible, pero aún así se sobresaltó cuando, sin previo aviso, la puerta se abrió y una sombra oscura se sentó a su lado. La puerta se cerró de nuevo sin hacer ruido, evidenciando que el hombre estaba familiarizado con los automóviles.

—Está bien, señor.

—¿No te han seguido?

—No lo creo, pero hable rápido y en voz baja.

—No te conozco, José, pero doy por hecho que eres un hombre honesto y puedo confiar en ti. Te pido que me des tu palabra de que no le contarás a nadie lo que voy a decirte. Yo te haré la misma promesa: nada ni nadie conseguirá que diga una sola palabra sobre ti ni que revele nada de lo que me cuentes. ¿Trato hecho?

—Sí, señor, puede confiar en mí. Pero debe saber que soy un hombre pobre, un tullido, y me encuentro en una posición comprometida. El pasado

verano me metieron en la cárcel y a punto estuvieron de fusilarme cuando tomaron Cáceres. Me salvé únicamente gracias a la intervención de mi *patrón*. No le habría resultado fácil encontrar a otro hombre dispuesto a trabajar tantas horas, que conozca las necesidades de las damas y caballeros de buena cuna y que además sepa hablar un poco de varias lenguas.

—¿Fusilaron a mucha gente aquí?

—Cientos, señor. Los mataban si les encontraban hematomas en los hombros, pues era la prueba de que habían estado disparando. Los mataban si olían a pólvora o si algún enemigo personal los había denunciado por tener tratos con los rojos o por haberles vendido cualquier tipo de mercancía… Por cualquier motivo. Aún hoy hay fusilamientos cada noche.

—He escuchado disparos y me preguntaba si se trataría de eso.

—La otra noche fusilaron a una maestra de escuela, una mujer a la que acusaron de ser una espía. Llevaba tiempo escondiéndose en las alcantarillas y dos de sus alumnos le llevaban comida. Ayer alguien escuchó a uno de los niños decir: «Tengo que llevarle el chorizo a la maestra». Los soldados siguieron a la pequeña. Así es como ocurre, señor.

—Llevo tiempo tratando de encontrar a alguien dispuesto a hablar conmigo, sin éxito hasta el momento.

—No saben qué pensar de usted, señor. Algunos están seguros de que es usted un espía, pero no saben a qué bando pertenece. Otros piensan que es uno de esos ricos norteamericanos que tiene mucho dinero y les gusta hacer cosas raras con él.

VIII

Lanny comenzó su historia, modificando algunos detalles para exagerar levemente los aspectos románticos.

—Tengo un joven amigo inglés, noble y generoso. Su padre ha sido mi amigo desde que éramos niños, de modo que he visto crecer al muchacho. Desde su infancia pensé que se casaría con mi hermana pequeña, que tiene su misma edad. Sin embargo, con el tiempo se hizo socialista, un credo con el que ella no comulgaba, de modo que lo abandonó. Entonces decidió que quería venir a combatir por el Gobierno de España. Quizá fuera una locura,

no lo sé. En cualquier caso, vino a Madrid como piloto. Su avión fue derribado y tengo entendido que resultó herido y está prisionero aquí en Cáceres. Mi hermana está sufriendo mucho por él y también su madre y su padre, que son mis más queridos amigos. No hemos sido capaces de averiguar nada acerca de él, de modo que me dije: «Yo mismo iré a Cáceres para intentar descubrir dónde se encuentra y cómo le están tratando. Quizá incluso pueda llevarle comida». No creo que eso haga de mí un espía y mucho menos un ser malvado.

Hubo un largo silencio.

—Créame, señor, sí sería considerado de ese modo —dijo el hombre al fin —. Corre usted un grave peligro.

—Quizá sí, pero he de confiar en alguien. ¿Puedes decirme si hay prisioneros de guerra en la ciudad?

—Sí, señor, hay algunos. Pero se mantiene en secreto y nadie se atreve a hablar de ello.

—¿Sabes dónde encierran a los oficiales?

De nuevo, silencio. El hombre miró hacia la oscuridad de la calle antes de responder:

—Están en la torre de planta redonda de los antiguos barracones.

—¿Sabes cuántos hay?

—Unos cincuenta, creo.

—¿Sabes el nombre de alguno?

—No, señor. Hacer ese tipo de preguntas podría costarle la vida a un hombre.

—Supongo que nunca los dejan salir.

—Oh, no. ¡Es impensable!

—¿Has oído algo acerca de cómo los tratan?

—Muy mal, según tengo entendido.

—¿Sabes si alguien sería capaz de descubrir si mi amigo está entre los prisioneros?

Otro silencio, aún más largo esta vez.

—Sería extremadamente peligroso intentar algo así, señor.

—Escucha —dijo Lanny—. De veras necesito ayuda y estoy dispuesto a pagar por ella. No soy un hombre rico, pero gano dinero vendiendo obras de arte y estoy dispuesto a gastar lo que tenga o lo que pueda conseguir con tal de mejorar las condiciones de vida de este joven inglés. Estoy seguro de que los carceleros no son precisamente santos y posiblemente les vendrá bien ganar algo de dinero. Quizá uno de ellos tenga una novia caprichosa, o puede que

incluso haya alguno que no sea del todo leal al uniforme que viste. No sé a qué nos enfrentamos, pero igual tú sí. Aquí tengo un par de billetes de cien pesetas. Puedes quedarte con uno y usar el otro para conseguir información.

—Son billetes demasiado grandes, señor. Un hombre pobre no puede gastar tanto dinero en esta ciudad sin llamar la atención. Y, de todas formas, si le ayudo lo haré por la causa, no por dinero. Los españoles somos apasionados defensores de aquello en lo que creemos y no nos rendimos fácilmente. Dígame qué es lo que desea saber.

—Quiero saber dónde está mi amigo y cómo se encuentra. Si estaba herido y se ha recuperado o si, por el contrario, sigue enfermo. Quiero saber cómo le están tratando. Y me gustaría que supiera que estoy en la ciudad. Con una palabra bastaría para hacérselo saber. La palabra es «Romney». ¿La recordarás?

—Romney, por supuesto que sí.

—Es el nombre de un pintor inglés y no tiene ningún significado especial para nadie más, pero mi amigo entenderá de qué se trata. Así sabrá que estoy cerca y que la persona que se lo ha dicho es de confianza.

—Romney. ¿Y cómo se llama su amigo?

—Alfred Pomeroy-Nielson.

Lanny dijo el nombre varias veces y le pidió al camarero que lo repitiera. Después preguntó:

—¿Volveremos a encontrarnos aquí?

—Nunca en el mismo lugar —respondió el otro.

Le dio el nombre de otra oscura calle cerca de la residencia de otro de los próceres de la ciudad que Lanny había visitado.

—Se lo haré saber cuando tenga noticias y volveremos a encontrarnos. Ahora, si se adelanta con el coche hasta el callejón, yo saldré sigilosamente y usted podrá dar marcha atrás, como si estuviera dando la vuelta.

Lanny siguió sus indicaciones y en un abrir y cerrar de ojos el hombre desapareció en la oscuridad. Lanny condujo hasta el hotel, diciéndose a sí mismo que no serían necesarias muchas horas para averiguar si José era o no un espía. Pero entonces pensó: «Quizá trate de engañarme o puede que me utilicen para atrapar a otra persona». El papel de agente secreto puede hacer volar la imaginación de cualquiera, o en todo caso la de Lanny Budd.

IX

A la mañana siguiente, cuando José le llevó el desayuno consistente en café con leche bien caliente, zumo de naranja, huevos y panecillos, le susurró:

—Creo que se puede arreglar, señor. Pero llevará algo de tiempo. Y Lanny respondió:

—Trataré de mantenerme entretenido hasta entonces.

El fabricante de salchichas era propietario de un cuadro de la Virgen con un corte en el pecho, cuya hendidura dejaba entrever un corazón sangrante con una paloma posada sobre él. Parecía un «primitivo» español y realmente lo era, pues el dibujo era bastante burdo. Nadie había oído hablar del artista, pero el fabricante insistía en que era famoso y quería mil pesetas por él. No obstante, la pintura poseía un aire de autenticidad, y Lanny pensó que quizá la madre superiora de algún convento de South Bend, Indiana, la aceptaría como un genuino primitivo y pagaría mil dólares por él. Ni siquiera tendría que molestarse en venderlo personalmente, pues había multitud de marchantes especializados en arte católico. Dispuestos a hacerlo por él. Incluso si lo arrojara por la borda de camino a Nueva York valdría la pena pagar el precio que pedían por él en ese mismo instante.

Redactó el documento de compra y le ofreció un cheque pagadero por su banco de Cannes, lo que puso visiblemente nervioso al fabricante de *chorizos*. Lanny se ofreció a firmar un compromiso por el que la pintura no sería de su propiedad hasta que la validez del cheque fuera confirmada, hecho que, por supuesto, supuso la excusa perfecta para permanecer en Cáceres por un tiempo. Toda la ciudad se enteró de la transacción pocas horas después, y ello causó una gran excitación en otros coleccionistas de retratos de la Virgen de la región. Como favor personal y prueba de amistad, el caballero de las salchichas permitió a Lanny colgar el cuadro en su habitación del hotel durante el resto de su estancia, lo que tuvo un positivo efecto sobre la piadosa doncella que le atendía. Y cada mañana, antes de hacer la cama de Lanny, la muchacha se santiguaba fervorosamente ante la santa imagen. Con su pequeño éxito diplomático, Lanny había logrado satisfacer al mismo tiempo los aspectos religiosos y mundanos del carácter español, dejando en evidencia de una vez por todas el viejo dicho de que uno no puede servir al mismo tiempo a Dios y al diablo.

X

La tercera mañana después de su encuentro, José susurró:

—Tengo noticias, señor. Su amigo está aquí.

—¿Se encuentra bien?

—Tan bien como uno podría esperar en su situación, y ha recibido su mensaje. Me reuniré con usted en el lugar acordado.

Era una noche lluviosa y al parecer el camarero cojo había dado un buen rodeo por el pueblo, pues estaba empapado y temblaba ligeramente. Lanny tenía una manta en el coche y lo envolvió con ella, pues habría sido de lo más inconveniente que el pobre hombre cogiera una neumonía en esos momentos.

Le contó rápidamente lo sucedido. Durante los años previos a la llegada de la República había trabajado como empleado de uno de los comerciantes de lana de la ciudad y había vivido como pensionista en casa de una familia de clase obrera. La hija de dicha familia estaba casada con un hombre que entregaba suministros en los barracones donde los prisioneros se hallaban encerrados. José había acudido a verla y le había contado la sugestiva historia de un primo suyo que había viajado a Inglaterra y había sido contratado como sirviente en una lujosa heredad. Dicho pariente había conseguido hacerle llegar un mensaje en clave en el que le contaba que el hijo de esta familia, un piloto militar, había sido hecho prisionero en combate en Cáceres, y sus padres estaban dispuestos a pagar una generosa suma de dinero a quien pudiera ayudar al desafortunado muchacho.

—Le dije —siguió contando José— que el mensaje había llegado oculto en el interior de la caja de una maquinilla de afeitar que mi primo me había enviado desde Inglaterra. Casualmente tengo una cuchilla con el sello de «Sheffield» que compré hace tiempo en un viaje a Salamanca, de modo que nadie podrá desacreditar fácilmente mi historia. Y como ve también le protege a usted, tal como le prometí.

—Sí —respondió Lanny—, muy bien pensado. Dime una cosa, ¿esa mujer es muy religiosa?

—De haberlo sido no habría acudido a ella. Le gusta el dinero y le encanta ahorrar, por lo que es razonablemente seguro dárselo a ella. Su marido le entregó una parte a uno de los guardias.

—Pero ¿cómo podemos saber que la mujer no miente o que el guardia no le ha mentido a la mujer?

—Conozco personalmente a la mujer, señor. En los viejos tiempos fuimos íntimos, por así decirlo, lo que a lo largo de los años me permitió llegar a conocerla bien. Creo que está diciendo la verdad y motivos no le faltan para hacerlo, mientras tenga la esperanza de ganar más dinero. El señor debe

entender que, en tiempos como estos, una mujer con hijos, consciente de que el precio de los alimentos va a seguir subiendo y peores calamidades pueden llegar en cualquier momento, se aferrará a un clavo ardiendo con tal de garantizar su seguridad y la de su familia. Aunque se trate de dinero que durante la guerra podría perder todo su valor.

—¿Y qué hay del guardia?

—También el guardia querrá más dinero, y lo que ha de hacer es muy sencillo. No supuso un gran riesgo para él acercarse a la puerta de la celda para susurrar al oído del prisionero la palabra «Romney». Si el señor desea pagar algo más de dinero quizá pueda entregarle una nota de su amigo. Supongo que reconocerá su letra, pues firmarla supondría un gran peligro para él.

—Eso no será necesario. Sabe qué cosas puede escribir para comunicarme lo que debo saber. ¿Cuánto dinero hará falta?

—Un puñado de monedas como la otra vez, señor.

—Me gustaría que tú te quedaras una parte.

—No soy ningún santo, señor, pero en estos tiempos terribles los españoles hemos de decidir a qué bando pertenecemos. Un hombre tullido como yo no puede luchar por la causa en la que cree, pero cuando se presenta la ocasión de actuar puede ser tan bueno como cualquier soldado. Tengo mi orgullo, entiéndame. Uno no puede vivir en esta tierra sin orgullo.

—¿Quieres decir que no hay nada que pueda hacer por ti?

—Señor, usted tiene un hogar y es posible que también necesite allí gente que le sirva. Créame cuando le digo que prefiero servirle a usted y a sus amigos que a cualquiera de los clientes que pasan por un hotel de provincias, ya sea en tiempos de guerra o de paz. Lo que he pensado es que, si tengo ocasión de demostrarle que soy un hombre honesto, quizá en un futuro no demasiado lejano podría usted darme trabajo y de esa manera tendría la posibilidad de vivir en un lugar donde no tenga que echarme a temblar de miedo cada vez que una idea propia se me pase por la cabeza. Por supuesto, sé que no puedo viajar con usted, pero quizá un día logre llevar a cabo ese viaje si tengo la certeza de que alguna persona estaría dispuesta a recibir a un lisiado para confiarle alguna tarea que pueda desempeñar. Sé el suficiente francés para servir comidas y no me costaría aprender más.

—Bien hablado, José. Trato hecho. Tendrás que aprender otro nombre, entonces. El del lugar donde vivo: Juan Les Pins, en la Riviera francesa. No se trata del Juan español ni del francés, es provenzal, por lo que se parece más al catalán. Es mejor que no lo escribas, sino que lo aprendas de memoria.

Lanny le enseñó a deletrearlo y a pronunciarlo, algo a veces desconcertante para los extranjeros: «*Jouahn-lay-pan*», con la primera letra suave, como en francés, y las enes tan nasales como sea posible.

—Lo único que tienes que hacer es llegar a Marsella y desde allí viajar hacia el este en autobús.

Otra palabra conocida tanto en español como en francés.

XI

De modo que, la noche siguiente, Lanny pidió que le llevaran una botella de agua mineral a la habitación como excusa para que su amigo se presentara allí, y cuando el conspirador apareció tenía un diminuto pedazo de papel en la mano con tres palabras manuscritas en latín: «*Bella gerant alii*». Tan solo quince letras, pero tan útiles como todo un libro de códigos para el nieto del fundador de Budd Gunmakers. Forman parte de un verso del poeta Ovidio y habían llegado a convertirse en una broma secreta sobre la familia Budd desde los tiempos de la Gran Guerra, antes de que Alfy naciera. Un anciano diplomático suizo, fallecido hacía muchos años, se las había citado a Lanny. «¡Qué otros hagan la guerra!». Sus palabras se referían a una carta que Robbie Budd había escrito desde Connecticut a su hijo en Juan, urgiéndole a que se mantuviera neutral durante el conflicto y explicándole que, durante generaciones, los Budd se habían dedicado a fabricar armas y a venderlas, pero no a utilizarlas.

«Que los demás hagan la guerra, tú haz el amor», así rezaba el antiguo poema latino. Hacía unos doscientos años, algún ingenioso comentarista de la política europea había parafraseado el verso en referencia al éxito de la emperatriz María Teresa, que acababa de ampliar su poder por el mero hecho de casar a sus hijos e hijas. «Deja que los demás luchen, y tú, Austria feliz, cásate». A Lanny, siempre ocurrente y perspicaz y con tan solo dieciséis años entonces, le había parecido gracioso escribir: «Dejad que los demás hagan la guerra, y vosotros, felices Budd, haced dinero». A su padre no le había hecho gracia la broma, pero a *sir* Alfred y a Rick sí. De modo que a lo largo de los años solían citar el verso como un chascarrillo contra los impopulares fabricantes de armas, los «mercaderes de la muerte», como eran conocidos.

Alfy había aprovechado la ocasión para hacer gala de su sarcasmo y ahora el verso les había servido como código. ¿Era posible que en este caso tuviera un doblé sentido? Quizá el joven piloto le estaba diciendo a su mejor amigo: «Ayúdame a salir de este lío y volveré a Inglaterra y sentaré la cabeza en el Magdalen College».

XII

Los conspiradores habían escogido un nuevo punto de encuentro. Y ahora Lanny, sentado una vez más en su coche en una oscuridad casi total, susurró: «Sin duda es un mensaje de mi amigo. Lo que hemos de hacer ahora es encontrar la manera de sacarlo de España».

Sintió como el otro pegaba un bote.

—¡Pero, señor, es una locura!

—Puede parecértelo ahora, losé, pero para eso he venido. Y espero que puedas ayudarme.

—Pero eso no tiene pies ni cabeza. Los muros de la torre tienen varios metros de grosor. Hay guardias dentro y fuera a todas horas, y están armados.

—Pero son seres humanos y todos tendrán debilidades. Lo que debemos hacer es encontrar a uno con el que podamos negociar. A veces los prisioneros se escapan.

—Pero, señor, incluso en el caso de que lograra sacar a su amigo de la torre, ¿cómo piensa salir de España con él? Todas las carreteras están vigiladas y en cuanto den la alarma se pondrán en contacto con cada pueblo en kilómetros a la redonda y registrarán todos los coches.

—Es fundamental que lo hagamos de noche y, si es posible, de manera que nadie le eche de menos hasta por la mañana. Eso será tiempo suficiente para mí, yo me ocuparé del resto.

—¡Pero lo que usted pide es imposible! Las prisiones siempre están fuertemente vigiladas.

—Escucha, amigo mío, y agudiza tu ingenio. Recuerda que quienes vigilan la prisión son hombres como tú. A veces duermen, a veces son perezosos, les gusta beber y seguirán a una mujer hermosa si les sonríe. Saben que todas las comodidades y placeres dependen del dinero y que siempre viene

bien tenerlo a mano, ya sea uno joven o viejo o se encuentre en el largo tránsito entre las dos edades. No pierdas el tiempo calculando el grosor de los muros, porque no vamos a excavar un túnel bajo ellos ni los haremos volar por los aires. Encontraremos a alguien que abra la puerta para nosotros.

—Ese hombre sería fusilado en cuestión de horas, señor, y sería consciente de ello en todo momento.

—Deja que te diga que he estado pensando en este problema a todas horas desde hace un mes y he trazado un centenar de planes distintos para cubrir todo tipo de contingencias. Dices que el marido de tu antigua *novia* transporta suministros a los barracones. ¿Entra en el patio cada vez que lo hace?

—Sí, señor, pero siempre de día, nunca por la noche.

—¿Se lleva alguna cosa de allí? Digamos, cajas vacías, basura, desperdicios.

—No lo sé, señor.

—Como puedes ver, hay muchas preguntas que podría haberle planteado. ¿Sabes si hacen allí mismo la colada o si la envían a otro sitio?

—Dudo que hagan nada semejante, al menos no con mucha ropa.

—Un gran cesto al mes sería más que suficiente. ¡No pretendo rescatar a todos los prisioneros de la torre!

—¡Señor, hable más bajo, se lo ruego!

—Está bien, pero no te tomes a mal que haga bromas de vez en cuando porque así somos los norteamericanos. Es posible que en el fondo de mi corazón esté muy asustado, pero puesto que estoy decidido a llevar a cabo esta misión, no admitiré dicho miedo ni siquiera ante mí mismo. ¿Comprendes cómo funciona esto?

—*Sí, señor. Los americanos son una gente milagrosa*.

Lanny no conocía la última palabra, pero supuso que se refería a la inglesa «*miraculous*» y precisamente eso era lo que necesitaba ahora mismo, un sencillo milagro a la antigua usanza: Josué con su trompeta haciendo saltar por los aires muros de granito de varios metros de espesor, o un ángel con una espada llameante que ordenase a los carceleros que abrieran ciertas puertas.

XIII

Con cuidado y mucho tacto, Lanny consiguió que el angustiado tullido discutiera y analizara con él diversos planes para sacar a Alfy de la torre de los barracones. El norteamericano estaba especialmente interesado en saber lo que hacían con los prisioneros muertos. ¿Había ataúdes para ellos o simplemente los arrojaban a una carreta y los llevaban a una fosa en el cementerio? ¿Y esto lo hacían de día o de noche? ¿Contaban con un médico para examinar los cadáveres o simplemente se aseguraban pegándoles un tiro? ¿Había un coche fúnebre o utilizaban cualquier vehículo disponible en cada ocasión? Todas estas eran preguntas importantes, pero a José no le sirvió de nada insistir en que haría falta mucho tiempo para responderlas.

—Quizá todo se reduzca a encontrar a un guardia cuya novia necesite dinero —sentenció Lanny finalmente.

Preguntó acerca de las ejecuciones y en este punto el camarero estaba mejor informado. Al pueblo español le fascina la idea de la muerte, con la que tan familiarizado ha estado a lo largo de los siglos. El cuento de horror acerca de lo que sucedía en la torre de la prisión había sido susurrado en cada cocina y en cada posada de la ciudad.

Constantemente llegaban nuevos prisioneros y, dado que tenían órdenes de albergar al menor número posible de ellos, los liquidaban regularmente. Nadie sabía cuál era el criterio utilizado para escogerlos. No obstante, a medianoche se escuchaba la campana del reloj y el cura se acercaba a la prisión para llevar a cabo su trabajo. Se oían pasos en los corredores y después el tintineo de la campanilla del sanctus. Con esa ceremonia se salvaba el alma de todo condenado que pudiera ser creyente. No podía llevarse a cabo en grupo sino liberando, una por una, el alma de cada preso. Las puertas de hierro se abrían y se cerraban, y esto podía alargarse durante un tiempo, dependiendo de cuántos de los condenados fueran creyentes. Se oían gritos y gemidos y algunos hombres se ponían histéricos. Otros, desafiantes, gritaban a pleno pulmón: «*¡Viva la República!*». Una historia terrible en la que no convenía pensar demasiado, sobre manera todo aquel que contemplara la posibilidad de que su cabeza pudiera terminar en la picota.

Lanny creía en la posibilidad de avisar a Alfy con cierta anticipación para que tuviera oportunidad de colarse en el grupo de los condenados y después volver a salir, en el cementerio o mientras los cargaban en el vehículo. El tembloroso José, que ya se veía a sí mismo entre esos desgraciados, insistía en que aquello era impensable, pues los pelotones de fusilamiento siempre se componen de muchos soldados y no es posible comprarlos a todos.

—Alguno nos traicionará, señor, y después nos fusilará a nosotros.

—Cálmate —dijo Lanny—, vamos a usar la cabeza y demostraremos que somos mejores que esos soldados.

Esperó unos instantes, hasta que su interlocutor recobró la calma, y siguió hablando.

—Deja que te hable de mi hogar, José. Es una hermosa finca en el cabo de Antibes. Desde la galería se puede contemplar el deslumbrante mar azul y la puesta de sol tras las rojas montañas. He vivido allí desde que tengo uso de razón y nunca he sabido lo que es el peligro o los problemas, a menos que incluya el submarino espía que vi en una ocasión cerca de la costa durante la guerra mundial. Desde que tengo recuerdos, el cuidado de nuestro hogar siempre ha estado en manos de una mujer de la Provenza llamada Leese. Comenzó como cocinera y, gracias a su competencia y devoción, ha llegado a convertirse en una especie de administradora. Ya es muy anciana y pronto alguien tendrá que ocupar su lugar. Dicha persona podría trabajar como mayordomo y, tan pronto como haya demostrado su valía, podría hacerse cargo del puesto. Mi madre tiene una intensa vida social, pero hay suficientes sirvientes y nadie es explotado. También es un lugar interesante, puesto que mucha gente famosa pasa por allí. ¿Crees que te gustaría desempeñar ese trabajo?

—Nada en el mundo me gustaría más, señor.

—Además, Francia es un país libre. En tu tiempo de ocio puedes ir a Cannes y asistir a cualquier evento público que te interese. Si tienes una opinión sobre algo puedes expresarla y no es muy probable que ningún agente de policía te espíe y te denuncie.

—He de admitir que eso es algo por lo que merece la pena arriesgarse, señor.

—En tiempos como estos todos hemos de asumir riesgos, José, pues es el único modo de conseguir que nuestras libertades sobrevivan. Si ayudaras a escapar —y a salvar la vida— a un joven noble, no solo te ganarías la gratitud de dos familias, también harías algo para satisfacer ese orgullo español tuyo. Disfrutarías de un sentimiento de buena conciencia, un lujo desgraciadamente muy poco habitual.

—Señor —dijo el camarero—, mi intención es ayudarle a usted y a su joven amigo. ¡Pero ha de saber que esa fantástica posición que me ha ofrecido ha tenido cierto peso en mi decisión!

Lanny se echó a reír.

—*Amigo mío* —exclamó—, el alma humana es complicada y la mayoría de la gente actúa impulsada por varios motivos a la vez. Piensa en lo agradable

que será sentarte en un *bistro* en tus ratos libres y recordar que en una ocasión fuiste un héroe mientras lees el periódico y te tomas una copa de vino. Quizá pases un buen rato contándole al tipo de la mesa de al lado cómo salvaste al nieto de un *baronet* británico y cómo el anciano te regaló un reloj de oro con tu nombre grabado. Más aún, entre las muchachas provenzales de seno generoso que trabajan en casa de mi madre, es posible que encuentres a una que se convierta en tu esposa. Créeme, tu historia la conquistará, especialmente cuando yo mismo certifique que es completamente cierta.

—Sí, sí, señor —respondió el hombre, de tantas maneras tentado.

31
DEJA QUE LO TOQUE

I

Llegados a ese punto, Lanny ya había conseguido levantar un gran revuelo entre las clases acomodadas de la ciudad de Cáceres. Cinco familias distintas afirmaban estar en posesión de otras tantas obras maestras de la pintura y se hallaban enzarzadas en negociaciones con el experto en arte. Todas habían puesto un alto precio y ahora se veían obligadas a pasar el doloroso trago de ver cómo caía en picado. Cada una de ellas seguía, en la medida de lo posible, el desarrollo de los regateos del vecino y se ponían verdes de envidia ante la posibilidad de que fuera el otro quien finalmente obtuviera el éxito. Aunque comentaban entre sí sus temores y esperanzas, pues era difícil comprender las costumbres y caprichos de un multimillonario norteamericano y esperaban averiguar algo nuevo a cambio de lo que contaban.

Entre negociación y negociación, Lanny se encerraba en su cuarto y escuchaba atentamente los susurros de la radio con el volumen del aparato al mínimo. La guerra de las ondas continuaba con la misma ferocidad. Noche tras noche, el general Queipo de Llano ridiculizaba desde Sevilla a los líderes de Madrid, contando obscenas anécdotas sobre ellos. Y, cada noche, las emisoras del Gobierno respondían espoleando al pueblo a salvarse de los horrores del reaccionarismo medieval. Ambos bandos retransmitían noticias en la medida en que su difusión podía beneficiarlos, los dos alzaban la voz hasta donde osaban hacerlo con la esperanza de llenar de miedo y desánimo los corazones de sus enemigos. Lanny, que había llegado a conocer las distintas emisoras y las voces y personalidades de los locutores, solía buscar el

equilibrio entre las afirmaciones de unos y las declaraciones de los otros e iba señalando en un mapa los lugares donde iba teniendo lugar la lucha.

Mediante este sistema tuvo conocimiento gradualmente de un gran acontecimiento de la historia. Un ejército italiano de entre treinta y cuarenta mil hombres, compuesto por camisas negras y por regulares, había sido transportado en trenes y camiones a lo largo del cerco de Madrid, hacia el oeste y el norte de la capital, rodeando las montañas de la sierra de Guadarrama cubiertas de nieve a finales de febrero, con la intención de iniciar un ataque desde el noreste. Dos carreteras descienden en dicha dirección hasta confluir en un punto. Una de ellas era la carretera nacional que Lanny había recorrido en compañía de Raúl Palma para regresar a Barcelona desde la capital. No muy lejos, hacia el este, está Calatayud, donde había tenido lugar la compra del comendador. Esta ciudad había sido tomada por el general Mola en los inicios de la rebelión, y Raúl le había contado a Lanny que su hermano Esteban había huido hacia los Pirineos y actualmente luchaba en Cataluña, en las filas del ejército del pueblo.

A través del amplio valle del río Henares y las cuencas adyacentes, avanzaba triunfante el ejército «nacional» con intención de llegar hasta el Jarama para unirse a las brigadas italianas que ya ocupaban posiciones en ese frente. Al principio, Franco había conseguido avanzar sin encontrar demasiada resistencia, tomando Sigüenza y Brihuega. Desde ese momento las emisoras de radio habían seguido anunciando sus sucesivos triunfos, pero Lanny pronto se dio cuenta de que habían dejado de mencionar los lugares donde tenían lugar. De repente las emisoras lealistas estallaron en un clamor de puro gozo, anunciando que, en mitad de una inesperada y violenta tempestad de nieve y lluvia, su milicia había lanzado un ataque sobre una columna mecanizada italiana, una masa de tanques y baterías de artillería apelotonadas en un tramo de la carretera de Guadalajara, y después de tres días de incesante lucha los habían obligado a batirse en retirada, en una huida que no se veía desde la de Caporetto en la Gran Guerra.

Lanny se acordaba muy bien de la ciudad de Guadalajara, pues había pasado por allí en tres ocasiones. Al abandonar Madrid en compañía de Raúl, se habían detenido para visitar el Palacio, un edificio del siglo XV utilizado actualmente como orfanato. Habían pagado dos pesetas para conocerlo, y Lanny se preguntó ahora qué habría sido de todos aquellos chiquillos y chiquillas de mirada desamparada, deliberadamente apartados del mundo. Las otras dos veces habían tenido lugar durante su segundo viaje, cuando en el trayecto desde Valencia se había visto obligado a desviarse de la ruta a causa

de la amenaza de ataques aéreos enemigos. A la altura de Guadalajara se había incorporado a la carretera nacional, atestada de fugitivos miserables. A su regreso el espectáculo había sido el mismo, de modo que se había desviado hacia las montañas, en dirección a Cuenca, donde había recogido a la familia de campesinos.

Se imaginó el ancho valle fluvial, ahora totalmente enfangado a causa de la lluvia y la nieve y teñido de marrón por las rodadas de los tanques y la artillería. Día tras día había seguido el desarrollo de los acontecimientos, pues la batalla y la subsiguiente persecución se prolongó durante toda una semana. Los áridos campos y los bosques de robles estaban repletos de tanques y aviones destruidos y vehículos de todo tipo: cañones pesados, baterías antiaéreas, ametralladoras y morteros; proyectiles y cajones vacíos de proyectiles; cajas de munición, herramientas y petates. Todos los restos de una terrible contienda. Lanny escuchaba la voz de un corresponsal norteamericano que describía desde su emisora de Madrid el campo de muerte donde yacían esparcidos los cuerpos de varios miles de soldados italianos, cuyos rostros cerosos e inexpresivos se hundían en el barro, empapados por la fría lluvia.

Desde ese momento ya no había duda de que era cierto y Lanny pensó que era la mejor noticia que había escuchado en la radio desde su invención. Sentía que aquella era la sentencia emitida por todos los seres humanos decentes contra Mussolini y sus huestes; el principio del fin del monstruoso crecimiento del fascismo del que, desde hacía quince años, había sido testigo forzoso. Cuando pensaba en Mussolini veía únicamente al asesino de Matteotti, y este era su merecido castigo. Lanny escuchó atentamente la descripción de las multitudes que llenaban la Puerta del Sol, histéricas de felicidad. Tuvo que colocarse frente al espejo de la habitación para obligarse a borrar la sonrisa de su cara y adoptar la sombría expresión que hiciera juego con la del resto de los huéspedes que se encontraría en el comedor del hotel. Ocho platos seguidos de amargura tendrían que comerse esta vez, sin atreverse a expresar con palabras lo que sabían que acababa de ocurrir. Y Lanny se preguntó mientras los observaba: «¿Cómo lo habrán averiguado? ¿No han sido capaces de resistirse a la tentación de escuchar las emisoras prohibidas? ¿O quizá habían oído los susurros de alguna otra persona que acababa de enterarse?». De lo que no había duda era de que las emisoras de Franco no lo habían contado. ¡Y eso todo el mundo lo sabía!

II

José se presentó en la habitación de Lanny con el desayuno y una sonrisa resplandeciente.

—Perdóneme, señor. Este es el único lugar del hotel donde me atrevo a disfrutar de la vida.

Cuando Lanny tuvo a bien disculparle, el hombre continuó:

—Tengo noticias para usted, señor. Las cosas van deprisa. ¿Podemos reunirnos esta noche?

No era necesario que dijera nada más, pues al final de cada encuentro concretaban el lugar y la hora del siguiente. A pesar de su miedo, el español empezaba a disfrutar de la intriga. A modo de excusa con el resto de los empleados del hotel, se había inventado un romance. Una misteriosa mujer le había seducido y la historia que les contó había sido tan creíble que le había resultado difícil convencer a los demás hombres para que no le siguieran.

En efecto, José había hecho grandes progresos. Con el dinero de Lanny, el marido de su antigua novia —o querida— había conseguido emborrachar a uno de los guardias de la prisión, que había hablado sin tapujos acerca de sus superiores. José había conseguido gran cantidad de información y Lanny le escuchó con atención. Su interés se centró especialmente en el capitán Vázquez, un oficial reclutado no hacía mucho tiempo, que había pertenecido a la Guardia Civil y en la actualidad estaba a cargo de la prisión durante el turno de noche. Se decía que acababa de llegar de Barcelona y su historial dejaba bastante que desear allí.

—Ya sabe lo que ocurre en las grandes ciudades —dijo el camarero—. Igual que con los gánsteres de las películas de su país. La única diferencia es que estos matones asesinan a los líderes sindicales.

—Eso también ocurre en Estados Unidos y en Francia —respondió Lanny —. No es habitual encontrar a nobles idealistas entre los carceleros.

—Este capitán tiene a una amante en la ciudad a la que, según dicen, maltrata. Además, frecuenta las salas de juego y ha contraído deudas.

—¡Qué más se puede pedir! —exclamó el norteamericano con una sonrisa.

—Es un *hombre* muy duro, señor.

—Lo que necesitamos de él no le llevará más que unos pocos minutos y le reportará más dinero del que ha visto en toda su vida. Eso sobra y basta para satisfacer a un hombre duro.

—Da igual cuánto consigan, siempre quieren más.

Lanny se rio.

—Mi padre solía hablarme acerca de un terrateniente de su estado natal que siempre decía que no era avaricioso, simplemente quería la parcela adyacente a la suya. Supongo que también hay hombres de ese tipo en Extremadura.

Debatieron el problema de cómo abordar al gánster catalán. Era como ponerle el cascabel al gato de la fábula de Esopo. José pareció encogerse repentinamente en su asiento y dijo:

—No creo que a los pobres como yo les convenga acercarse a ese tipo de hombres. Querrá ver nuestro dinero, y en cuanto lo tenga delante exigirá saber de dónde lo hemos sacado y pedirá más. A un tipo como ese no le convencería contándole que lo tenía escondido en una caja junto a la cuchilla de afeitar.

Lanny reflexionó durante unos instantes.

—Tarde o temprano tenía que lanzarme a la piscina, y esta es la ocasión perfecta.

—Será terriblemente peligroso, señor.

—Tendré que ser muy cauteloso para no revelar demasiado al principio.

Y podría haber añadido: «Soy hijo de un vendedor de armas y desde la infancia he aprendido a lidiar con todo tipo de personajes de dudosa catadura moral». Sin embargo, también había aprendido muy pronto a no decir en voz alta lo primero que se le venía a la cabeza.

—¿Crees que este capitán aceptará reunirse conmigo en un lugar discreto?

—No creo que nos perjudique averiguarlo.

—¿Es posible entregarle un mensaje?

—Si se paga al mensajero y puede decir que le envía usted.

—Pídele a tu mensajero que le diga que el marchante de arte que se aloja en el hotel desea hablar con él en privado y que le esperará en su coche bajo el roble que hay detrás de la casa del alcalde a las diez en punto mañana por la noche. Aquí está el dinero para el mensajero. Puedes guardarte la parte que consideres que podrás gastar sin llamar demasiado la atención.

—*Sí, sí, señor* —susurró el hombre, aún nervioso.

III

La antiquísima ciudad de Alcántara se encuentra a unos cincuenta kilómetros al noroeste de Cáceres. Se alza sobre el río Tajo y tiene un famoso puente que los romanos construyeron con enormes bloques de granito macizo sin utilizar argamasa. Es el lugar de nacimiento de la orden de Alcántara, con setecientos años de antigüedad, y las ruinas de la iglesia de los caballeros templarios aún se pueden contemplar allí. En resumen, es el tipo de sitio que todo *connaisseur* que acude a la región por primera vez querría visitar. Lanny bajó a desayunar a la mañana siguiente y charló con un joven teniente del cuartel local al que había llegado a conocer bastante bien.

—¿Cree usted que podría viajar hasta allí con mi pase para Cáceres?

—No creo que le pongan ningún impedimento —respondió el otro—. No hay secretos militares en Alcántara. De todas formas redactaré un salvoconducto de nuestro cuartel si lo desea.

—Estaré en deuda con usted, *mi teniente*.

—Está muy cerca de la frontera con Portugal, señor Budd, y si consiguiera sacar de contrabando una buena botella de güisqui inglés le estaría muy agradecido.

—No sé mucho de contrabando —respondió el norteamericano—, pero lo intentaré.

—Está prohibido, señor, pero aun así algunos insisten en hacerlo.

El oficial sonrió y pareció hacerle un guiño. Era un joven alto y delgado con un bigotito negro, de mandíbula débil y descendiente de una larga familia de distinguidos ancestros.

—¿Cuándo piensa ir? —preguntó.

—Hoy mismo, si es posible.

—Bien, pase usted por mi oficina para recoger el permiso.

—Puedo llevarle en coche ahora si le parece bien.

Y así comenzó la pequeña expedición de Lanny. Las carreteras dejaban mucho que desear, pero el valle del río Tajo, salpicado de suaves lomas redondeadas, resplandecía con un verdor más propio de principios de primavera. Había mucho tráfico militar por la carretera del valle, la mayor parte en dirección este, procedente de Portugal. Lanny había adquirido la costumbre de circular a la zaga de los camiones militares, y ahora siguió la apestosa estela de combustión de un furgón vacío de camino a Alcántara. Al llegar a su destino, el viajero se dispuso a visitar las ruinas para tener algo que contar a su regreso. El puente es impresionante, con seis enormes pilares —dos de ellos en el agua—, y en el centro del viaducto hay un portalón

fortificado. La villa propiamente dicha está en lo alto de un farallón, y el río fluye a través de una profunda garganta.

A unos dieciséis kilómetros de distancia se encuentra la frontera con Portugal, y desde ese punto el mismo curso del río discurre a lo largo de setenta u ochenta kilómetros formando una frontera natural entre los dos países. Esa era la parte en la que Lanny estaba interesado. Siguió conduciendo hasta alcanzar una zona donde el caudal se ensanchaba y la tierra era más llana. Desde allí vio una pequeña granja no muy lejos de la orilla y se desvió para continuar por un camino tomado por las malas hierbas.

La familia estaba comiendo y cuando los perros comenzaron a ladrar el campesino se acercó para ver quién había llegado, limpiándose la boca con la manga de la camisa. Cuando el elegante señor le dijo que le gustaría comer, este se mostró visiblemente incómodo y se disculpó diciendo que no tenían nada que ofrecerle que fuera digno de su categoría, pero Lanny le respondió: «En Italia, de donde vengo, tengo la costumbre de salir a caminar al campo y los campesinos son mis amigos. Sé bien lo que suelen comer y no necesito nada mejor». De modo que pusieron un taburete para él y le sirvieron un plato de verduras con aceite de oliva, pan negro recién horneado, aceitunas y queso. En su honor sacaron una jarra de vino tinto y él les correspondió con su animada conversación, contándoles que era corresponsal de un periódico italiano y que estaba interesado en saber lo que opinaba sobre la guerra la gente sencilla de España. Para sorpresa de Lanny, comenzaron a discutir libremente sobre el asunto, y muchas de las cosas que dijeron no habrían pasado el escrutinio de un censor. Eran campesinos de carácter fuerte, seguros de sí mismos y reacios por naturaleza a acatar cualquier autoridad.

IV

No querían aceptar dinero a cambio de la comida, pero el visitante insistió en entregarle unas monedas al campesino y le dijo que le gustaría hablar un poco más con él. De modo que caminaron por la orilla del río, donde Lanny le preguntó si la pesca era buena y después elogió la belleza del Tajo y de sus oscuras aguas, de un tono amarronado.

—Imagino que habrá mucho tránsito de una orilla a otra —comentó.

—No, señor —respondió el otro—. Está estrictamente prohibido.

Lanny sonrió.

—Lo sé, pero aun así imagino que algunos cruzarán a pesar de las prohibiciones. No a plena luz del día, por supuesto, sino por las noches.

—Es posible, señor. No lo sé.

—Las carreteras de toda España están colapsadas de tráfico militar —comentó el visitante—, pero según me han dicho es posible llegar a Lisboa sin demasiados contratiempos. Supongo que, si pudiera encontrar un bote y estuviera dispuesto a pagar por las molestias, sería posible cruzar al otro lado.

—Podría ser, señor. No sabría decirle.

—¿Cuánto crees que me cobraría un barquero por semejante servicio?

—Pues no lo sé, señor. Sería peligroso para un hombre pobre hacer algo así.

—Tengo un amigo que desea cruzar. Por supuesto podría alquilar un bote y cruzar yo mismo, pero sin conocer el río posiblemente no sería capaz de encontrar un lugar seguro donde desembarcar en mitad de la noche. Necesitaría encontrar a un hombre dispuesto a remar hasta allí y que después me trajera de vuelta. ¿Se le ocurre alguien que lo hiciera si le pagara lo suficiente?

Silencio. Y después:

—¿Cuánto considera el señor que sería justo?

—No lo sé. No es un trecho muy grande. Sería posible ir y volver en media hora, ¿no cree?

—Posiblemente. Pero tienen guardias que patrullan el río, especialmente ahora en tiempos de guerra.

—Es un río muy largo y quizá los guardias suelan hacer sus rondas a ciertas horas. Imagine que el interesado cruzara entre las tres y las cuatro de la madrugada, ¿es posible que le vieran a esa hora?

—No, señor, no lo creo.

—Si se envuelve el extremo de ambos remos con paños de tela se amortigua considerablemente el ruido, según me han dicho.

—Eso sería una buena idea, señor.

—Supongamos que alguien pagara quinientas pesetas por el servicio. ¿Cree usted que el barquero estaría dispuesto a prestar el servicio?

—¿Le pagaría antes de empezar, señor?

—Cien pesetas antes de empezar, doscientas al desembarcar al pasajero en la otra orilla y otras doscientas al devolverme a este lugar. Y una *propina* por aquello de la buena suerte.

Hubo un largo silencio. El hombre al fin conocía el motivo por el que el atractivo extranjero se había mostrado así de sociable y también la razón por la que había pagado tan generosamente por su comida. No se atrevía a mirar directamente a la cara al desconocido, de modo que mantuvo la vista fija en la corriente del río, quizá cruzando de un lado a otro mentalmente. Finalmente dijo:

—Creo que sería posible encontrar a un hombre dispuesto a hacerlo por ese precio.

—Muy bien —respondió Lanny—. ¿Y el bote estará en este lugar?

—*Sí, señor*.

—*Bueno*. No puedo decirle cuándo podrá venir mi amigo, pero será durante los próximos dos o tres días. ¿Puedo sugerirle que mantenga a sus perros dentro de la casa para evitar ruidos innecesarios? Llamaré a la puerta. Espero no hacerlo demasiado fuerte para no despertarlos. Siga mi consejo y no hable de esto con nadie, ni siquiera con su familia.

—*Sí, señor*.

—Una cosa más. Me alojo en casa de irnos amigos y les prometí llevar una hermosa y gorda gallina para la cena. ¿Me vendería una?

—Le preguntaré a mi mujer, señor, pues las aves de corral son suyas.

—Cóbreme lo que crea necesario para que no sientan que estoy abusando de ustedes.

El campesino sonrió y, después de consultar a su esposa, cogió una gallina y le ató las patas y las alas. «Veinte pesetas», dijo. Y Lanny le dio treinta. Hacía mucho, mucho tiempo, Robbie Budd le había enseñado a su hijo que este era el mejor modo de ganarse a la gente.

V

Lanny condujo de regreso a la pequeña villa de Alcántara y encontró una tienda de licores donde compró dos botellas de güisqui inglés —que bien podían haber sido introducidas de contrabando en España— y otras dos botellas vacías, una de las cuales llenó de agua. Después buscó una oficina de cambios y divisas y compró algo de dinero portugués. En el escaparate de una papelería vio varios dibujos de muchachos y muchachas campesinos que

parecían ser obra de un artista de talento y compró algunos por unas pocas pesetas. Como medida extra de precaución decidió visitar las ruinas de la antigua iglesia de la orden de caballería, así tendría muchas cosas que contar al llegar a Cáceres. Luego condujo de regreso y llegó poco después del anochecer.

Antes de entrar en la ciudad, se detuvo en un lugar desierto junto a la carretera y llevó a cabo una operación bastante desagradable. Salió del coche, cogió la gallina y le retorció el pescuezo con un movimiento seco y preciso. Después, en cuanto el animal dejó de patalear, abrió su navaja, le cortó la cabeza a la criatura e introdujo rápidamente su cuello en el bocal de la botella vacía, manteniéndolo de ese modo hasta que la sangre dejó de fluir. Entonces arrojó el cadáver entre la maleza, para que el primer zorro o carroñero que pasara por allí pudiera dar cuenta de él. Cerró firmemente la botella llena de sangre con un corcho y se lavó las manos con el agua de la otra. Tras esconder ambas botellas en el coche siguió conduciendo y, después de enseñar su salvoconducto en el control de carretera de las afueras, por fin entró en la ciudad.

Sin embargo, no dejó su coche en el garaje del hotel. Aparcó en una calle cercana y se dirigió a su habitación. Lo primero que hizo fue lavarse las manos de nuevo y examinar su ropa para asegurarse de que no había manchas de sangre. Después llamó al servicio de habitaciones para pedir algo de comida, es decir, para que subiera José.

—Todo está preparado, señor —susurró el camarero—. Su hombre se reunirá con usted a las diez en punto de esta noche. No hizo ninguna pregunta.

—OK —dijo el norteamericano en el nuevo idioma universal.

Se presentó en la habitación del teniente y le dio las dos botellas de güisqui, asegurándole que él mismo las había sacado de contrabando —una broma que el joven español supo apreciar—. El anfitrión abrió una de las botellas y Lanny bebió únicamente lo que exigía la cortesía. Le enseñó los bocetos que había comprado, habló de los lugares que había visitado, el magnífico puente y otras ruinas romanas, y le contó, cómo los romanos habían adaptado el arco central y cómo la *pax romana* había protegido el mundo durante siglos. Al parecer, el joven oficial no había estudiado mucha historia y mostró especial interés al descubrir que la región donde ahora se encontraban había sido parte de la antigua Lusitania, la zona más rica de la gran provincia romana de Hispania. Quiso saber cuál había sido el motivo de su decadencia y Lanny le explicó la antigua costumbre del ser humano de talar los bosques,

arrasando la tierra en la que vive y creando desiertos. Dentro de algunos siglos no quedarían lugares donde los seres humanos pudieran vivir salvo en los trópicos, donde quizá volverían a instalarse en las copas de los árboles.

Mi teniente se puso algo melancólico ante semejante perspectiva —y también con un poco de ayuda del güisqui— y le confesó a su invitado que el alto mando estaba furioso por lo sucedido en Guadalajara. «No se imagina lo terrible que es la situación», declaró, y el otro permitió que se lo contara y prometió no difundir tan nefandas noticias. Finalmente Lanny dijo que se encontraba cansado después del viaje y se despidió. Lo último que oyó decir al muchacho de ojos y pelo oscuro, hijo de un burgués de provincias, fue el siguiente comentario: «Ojalá hubiera sabido que es posible ganar tanto dinero estudiando antiguas ruinas y pinturas. Jamás habría entrado en la academia militar».

VI

De nuevo en su habitación, con la puerta cerrada, Lanny se tumbó para descansar un rato, pero no durmió. Estaba practicando mentalmente la conversación que enseguida mantendría; muchas en realidad, pues de cada posible frase derivaban otras tantas con inesperadas ramificaciones. Algunas resultaban sin duda alarmantes, pero Lanny seguía diciéndose a sí mismo: «No puedo marcharme de aquí sin intentarlo al menos una vez».

Se levantó de la cama y comenzó a preparar una maleta. En el fondo puso el traje de civil que había encargado para Alfy y, sobre este, el uniforme que había comprado Vittorio. En una esquina, envueltos en una toalla, colocó una cuchilla y un tubo de crema de afeitar, una pastilla de jabón y la botella de agua. Examinó una vez más la maleta y a continuación, diez minutos antes de las diez de la noche, la llevó a su coche. Condujo a lo largo de varias calles para asegurarse de que nadie le seguía, y finalmente se detuvo al arropo del gran roble, tras la casa del alcalde. Se sentó en el asiento trasero, dejando la puerta sin cerrar, y esperó.

Casi al instante percibió cómo una oscura mole entraba en el coche y se instalaba a su lado. El coche crujió y descendió ligeramente bajo su peso, igual que el asiento en cuanto el recién llegado se acomodó. En ningún momento

llegó a ver el rostro del capitán Vázquez, pero percibió claramente su profunda y cavernosa voz y el denso y penetrante olor que con el paso del tiempo Lanny había llegado a catalogar como «olor a ejército». Los hombres que se ven obligados a marchar durante interminables jornadas o que viven hacinados en barracones y otros lugares incómodos no suelen tener oportunidad de hacer uso del agua corriente tan asiduamente como en la vida civil. El baño es una práctica fruto de las convenciones sociales y, por tanto, fácil de olvidar.

—*Buenas noches, señor* —susurró el norteamericano.

El otro le devolvió el saludo.

—¿El capitán Vázquez? —preguntó.

Y la respuesta:

—Sí.

Después, silencio.

—*Mi capitán* —comenzó a decir Lanny—. Soy un marchante de arte estadounidense de visita en Cáceres para descubrir antiguas obras maestras y comprar pinturas que después venderé en mi país natal. Casualmente oí hablar a un oficial acerca de los prisioneros que están confinados bajo su mando, y durante la conversación se mencionó el nombre de un joven al que conozco, hijo de un antiguo y muy querido amigo mío. Me tomé la libertad de pedir que se reuniera usted conmigo con la esperanza de preguntarle si sería posible verle, o al menos asegurarme de que recibe atención médica, si es que la necesita. Espero que perdone mi atrevimiento.

—¿Puedo preguntarle quién le habló de mí? —dijo la profunda voz.

—Señor, me limité a preguntar quién estaba al cargo de los prisioneros y me dijeron que usted era el responsable en turnos de veinticuatro horas.

—Lo mejor habría sido dirigirse directamente a mi *jefe de día*.

—Espero no haber hecho algo inconveniente. Soy extranjero en tierra extraña y me encuentro en una difícil posición. Estoy aquí por cortesía de ciertos amigos de Sevilla, muy distinguidos. El general Aguilar tuvo la amabilidad de interceder por mí y viajo con un salvoconducto emitido por la oficina del general Queipo de Llano. Si ahora se supiera que pretendo ayudar a un prisionero comunista sería motivo de vergüenza para muchos de mis amigos, y me expondría a despertar sospechas de que simpatizo con las ideas del preso. Durante largo tiempo he vivido la tragedia de la familia del muchacho. Supongo, mi capitán, que también aquí en España algunos jóvenes de buena familia se descarrían por culpa de esas ideas tan de moda entre los llamados intelectuales. Ese es el caso de este muchacho inglés, ni más ni menos.

—¿Cómo se llama?

—Alfred Pomeroy-Nielson.

—Sí, he oído hablar de él. Tengo entendido que su caso ha trascendido a la prensa.

—No lo sabía, pues he estado viajando. Pero el nombre es poco frecuente y estoy seguro de que se trata de la misma persona. Sus abuelos pertenecen a la nobleza británica.

—Ese mismo.

—Es un joven *loco* que ha perdido la cabeza y está pagando un terrible precio por ello. ¿Sabe si está enfermo o se encuentra bien?

—Estaba herido, pero ya se ha recuperado. Está tan bien como los demás, supongo.

—Pertenece a una familia acomodada. No rica, aunque viven holgadamente. Y están terriblemente preocupados, pues el joven es el primogénito y heredero legítimo del título nobiliario, que es muy antiguo. Se me ocurrió que mientras estaba en España podría intentar ponerme en contacto con las autoridades para proponer un posible intercambio de prisioneros.

—Asuntos de esa naturaleza están por completo fuera de mi alcance, señor Budd. No soy más que uno de los guardianes de la prisión.

—Lo comprendo, *mi capitán*. Pero es usted español mientras que yo soy un *extranjero*, y necesito desesperadamente algún tipo de asesoramiento. Aunque carezco de la autoridad necesaria para hablar en nombre de sus padres, los conozco bien y le aseguro que no dejarían sin recompensa a quien estuviera dispuesto a prestarles un mínimo de ayuda para resolver esta terrible situación.

Por fin lo había dicho. Con mucho tacto, por supuesto, pero el exgánster barcelonés no pasaría por alto la posibilidad que se le presentaba. También se daría cuenta de que estaba en presencia de alguien que sabía cómo plantear una estrategia y conocía el modo de sacarla adelante manteniendo abierta la posibilidad de una retirada. Una persona influyente, difícil de intimidar o traicionar. Una persona acaudalada, además, con la que mejor sería colaborar que ponerse a discutir.

VII

—Debe comprender —dijo el capitán— que nuestro país está siendo atacado por viciosos enemigos y no necesitamos que ningún inglés de buena familia venga aquí a arrojar bombas sobre nuestra gente.

—Lo comprendo perfectamente, *mi capitán*. Tiene usted toda la razón. Este joven *loco* ha cometido una terrible equivocación y ahora está recogiendo lo que ha sembrado. Le digo a usted lo mismo que le diría a él. Pero, si hubiera un intercambio de prisioneros, podría usted recuperar a uno de los suyos, que les sería muy útil en un futuro inmediato.

—Como le he dicho, no tengo nada que ver con ese tipo de cuestiones y tampoco podría aconsejarle al respecto.

—Lo que pienso es que las naciones en guerra siempre necesitan dinero, especialmente moneda extranjera. Existe una práctica muy conocida llamada *rescate*. —Lanny había buscado la palabra española y decidió que era perfecta para la ocasión.

La propuesta era ahora más clara y el conspirador extranjero aguardó escuchando atentamente en la oscuridad, ansioso por descubrir la reacción de su interlocutor.

La respuesta podía proceder igualmente de un militar o de un gánster.

—Haría falta mucho dinero para reparar el daño que un piloto entrenado puede haber causado a nuestro ejército y a nuestras ciudades.

—Una vez más tiene usted razón, *mi capitán*, y puedo asegurarle que mi petición nace de la plena seguridad de que el muchacho habrá aprendido la lección y no volverá a prestar su apoyo a los rojos, ni como aviador ni como propagandista.

—¿Cómo puede usted prometer algo así, señor Budd?

—Conozco a la familia desde mi infancia y al muchacho desde que nació —respondió Lanny—. Si consiguiera recuperar la libertad gracias a mis compromisos, él me dará su palabra de honor de respetarlos. No sé si ha conocido usted a algún miembro de la nobleza británica, pero rara vez engañan o rompen sus promesas.

Después de hablar, esperó la respuesta mientras se decía a sí mismo: «Si, después de todo, es un militar, aceptará la propuesta. De lo contrario se retirará inmediatamente».

—Hablemos con claridad —respondió la profunda voz—. ¿Me está proponiendo pagarme para que saque a su amigo de la prisión?

—Le repito, *mi capitán*, que soy un extranjero que necesita consejo. Lo único que puedo decirle aparte de eso es que tiene mi palabra de honor como caballero de que cualquier cosa que me sugiera será un secreto que me llevaré a

la tumba. Me gustaría tener la misma garantía por su parte, si lo considera consecuente con su honor de soldado.

Hubo un largo silencio. Había llegado el momento de la verdadera confrontación, y Lanny se dio cuenta de que su interlocutor estaba valorando las posibilidades. Por fin la voz rompió el silencio:

—Muy bien, señor Budd. Acepto su palabra partiendo de esa base y le doy la mía.

Lanny sintió un fogonazo de felicidad en el pecho. «¡Este es mi hombre!».

VIII

Sin más preámbulos se dispusieron a hacer negocios.

—Sería posible sacar a su amigo de la prisión —dijo el capitán de guardia—. Podría ayudarle a hacerlo, pero ¿de qué le serviría? Le echarían en falta y darían señal de alarma. ¿Cómo piensa sacarle del país?

—En caso de fuga, sin duda las posibilidades serían mínimas —respondió Lanny—. Por eso he pensado otras formas de hacerlo. Por ejemplo, podría morir y sacaríamos su cadáver.

—Eso tampoco sería fácil. Si un hombre muere, el cuerpo no se entierra hasta que un médico examina el cadáver.

—He intentado imaginar cómo ocurriría, mi capitán, pero me resultaba difícil, dado que no he estado en el interior de la prisión y desconozco por completo sus rutinas y procedimientos. Sin embargo, se me ha ocurrido una posible vía de escape para mi amigo, aunque soy consciente de que mis ideas pueden resultar simplistas para alguien que conoce el sistema en profundidad. En cualquier caso, no me llevaría mucho tiempo perfilar un pequeño plan de acción y usted podría ayudarme a mejorarlo.

—Adelante, cuéntemelo.

—Supongamos que mi amigo ha estado quejándose del trato recibido y usted desea interrogarle. Les ordena a sus guardias que lo lleven a otra celda o a una sala donde poder estar a solas con él. Le susurra a mi amigo un mensaje que yo le daré para que sepa que puede confiar en usted. Después le explicará que va a fingir matarle. Primero él debe gritar, lanzándole todo tipo de acusaciones y poco después usted sacará su arma y disparará un tiro, o quizá

dos o tres. Cuando el muchacho esté tendido en el suelo usted derramará una botella de sangre de animal sobre su cara. Su aspecto es horrible y nadie dudará de que ha recibido un disparo en el rostro. A su lado habrá una navaja abierta y usted dirá que él le atacó con ella. Si se hiciera un ligero corte en la mano o en la mejilla todo resultaría más creíble. ¿Me sigue?

—Hasta ahora todo bien. Sin embargo, las balas dejarán marcas evidentes en las paredes de la celda. ¿Cómo justificarlas si le he disparado en la cara?

—He pensado en eso, pues tengo bastante experiencia en lo que a munición se refiere. Mi familia es dueña de la compañía Budd Ciunmakers, que fabrica las pistolas automáticas y las ametralladoras Budd. Sin duda las conocerá.

—He oído hablar de ellas.

—Posiblemente habrá una manta en la celda. Dóblela bien y dispare sobre ella. Amortiguará las balas igual que lo haría un cuerpo humano. Después puede utilizar la manta para cubrir el cuerpo. No será fácil percibir los orificios en la penumbra de la habitación.

—Parece razonable.

—Ahora llego a la parte de la que no puedo estar seguro, puesto que depende de las normas y procedimientos de la prisión y también de personas que desconozco. Sería necesario que usted le ordene a alguien que se ocupe del cuerpo y lo entierre durante la noche. Estará usted muy excitado. No creo que le resulte difícil dadas las circunstancias y así podrá disimular el verdadero motivo de su ansiedad. Maldecirá a gritos al perro inglés y protestará diciendo que le ha disparado en defensa propia. Representará la escena y se la contará a gritos a todo aquel que se presente en la celda. Después se quejará de que aquello es un desastre y que posiblemente su *jefe* se pondrá furioso, por lo que les dirá a sus subordinados que deben librarse lo antes posible del cadáver de aquel puerco. Resulta creíble que reaccione de ese modo y, si después recibe una reprimenda por haberse saltado las normas podrá excusarse diciendo que todo fue fruto del calor del momento.

A juzgar por la voz del capitán, Lanny no estaba seguro de si sonreía o no, aunque sus palabras se lo sugirieron.

—No creo que deba preocuparse demasiado por la muerte de uno de nuestros prisioneros, señor. Ese tipo de cosas ya han ocurrido y volverán a ocurrir.

—¿Debo asumir que esa parte de mi historia es plausible?

—Resultaría extraño que me tomara tantas molestias por un cadáver, pero si lo hiciera dudo que nadie vaya a recriminármelo.

—¿Tienen un carro con el que poder transportar el cuerpo?

—Hay un establo en el patio.

—¿Pondría el cadáver en un ataúd o lo echaría directamente en el carro?

—Es indiferente.

—En este caso haría falta un ataúd o un cajón.

—Daré la orden.

—¿Se llevará a un par de hombres para excavar la tumba?

—Ya hay zanjas excavadas, pero tendría que llevarme a alguien para enterrarlo y no será fácil encontrar a un hombre a quién confiarle un secreto de esta naturaleza.

—No tengo intención de confiar en nadie, señor capitán. De camino al cementerio se encontrará usted enfermo y necesitará lo que los norteamericanos llaman un «estimulante», digamos, un vasito de *aguardiente*. Sugiera detenerse en una taberna e invite a los hombres a acompañarle. ¿Le parece factible?

—No es habitual en mí, pero en vista de las circunstancias podría resultar.

—Muy bien, entonces. Cuando los hombres estén medio ebrios, el prisionero se subirá a mi coche y yo colocaré varias piedras planas en la manta, dentro del ataúd. Si consigue que sus hombres estén lo bastante borrachos, no se molestarán con detalles y puede mantenerlos ocupados soltándoles una bronca. Enterrarán las piedras y ni siquiera recordarán dónde está la tumba.

—*¡Basta!* —exclamó el español—. Creo que lo tiene.

IX

El capitán de guardia no era hombre de muchas palabras. Necesitaba poner en orden sus ideas y Lanny no se lo impidió. Tras un largo intervalo, dijo:

—Hay una cuestión a la que no se ha referido, señor Budd. Una cuestión importante, al menos para mí.

—Lo sé —respondió el norteamericano—. Pero es inútil debatir los términos hasta que no sepa si podremos hacer algo.

—Creo que su plan puede llevarse a cabo, aunque sería extremadamente peligroso y ningún hombre se atreverá a asumir semejante riesgo a menos que esté seguro de que merece la pena.

—*Claro, mi capitán*. Para empezar, puede guardarse este pequeño regalo en el bolsillo.

Deslizó un fajo de billetes en la mano del otro, y su tacto debió de gustarle porque enseguida dijo:

—*Mil gracias, señor*.

—Ya se habrá hecho una idea de la cantidad —dijo Lanny sonriendo—. Pero comprobará que se trata de diez billetes de cien pesetas. He escogido billetes pequeños para que resulte más fácil gastarlos en una ciudad como esta. Considérelo una compensación por haber venido aquí esta noche. Incluso en el caso de que no lleguemos a un acuerdo, no quiero que piense que pretendo imponerle nada.

—Ha sido un placer conocerle, señor.

—Lo mismo le digo, *mi capitán*.

Los españoles son extremadamente ceremoniosos y Lanny supuso que los gánsteres no serían distintos del resto.

—Y ahora —continuó— hemos de enfrentarnos a la difícil tarea de decidir el valor monetario del riesgo que habrá de asumir. No existe ningún estándar para este tipo de servicio y el acuerdo que alcancemos ha de basarse tanto en lo que usted esté dispuesto a aceptar como en lo que yo pueda permitirme. Mi padre es un hombre rico, pero yo me veo obligado a ganar lo que gasto. Es más, debe entender que solo dispongo del dinero que he traído a España para comprar obras de arte y aún debo atender a ciertos compromisos.

—Sin embargo, tengo entendido que la familia del inglés es rica.

—El abuelo posee una mansión, pero ha de hacerle frente a una fuerte carga de impuestos y además la propiedad fue hipotecada después de la guerra. Le conozco desde hace veinte años y puedo dar fe de que siempre ha gastado más de lo que tiene. Le cuento todo esto para que no se haga demasiadas ilusiones acerca de millonarios británicos o estadounidenses. De ser así, me vería obligado a abandonar el proyecto y dejar que sea otro quien le saque las castañas del fuego al joven *loco*.

—¿Cuál es su oferta, señor?

—Asumo que sacará usted a mi hombre vivo de la prisión. Es decir, que no le fallará la puntería.

—Puede darlo por hecho.

—No dejará el carro delante de la *taberna*, sino en un lugar oscuro y algo apartado. En cuanto sus hombres empiecen a beber, buscará cualquier excusa para salir y les dirá que permanezcan dentro y se terminen la botella. Se acercará entonces al carro y en ese momento le daré diez billetes más, pero

esta vez serán de cien dólares estadounidenses, cuyo valor actual es de unas doce mil pesetas. En el mercado negro sin duda valen mucho más, lo que lo convierte en una suma muy jugosa con la que un español podrá disfrutar de muchas diversiones. No le recomiendo que cambie dólares estadounidenses aquí en Cáceres, pero imagino que no le costará conseguir unos días de permiso para hacer una escapada a Sevilla o a uno de esos hoteles del norte, cerca de la frontera francesa, donde hay oficinas de cambio que trabajan habitualmente con moneda extranjera.

—Esa parte me parece bien, señor Budd. Pero la suma es muy pequeña a cambio de salvarle la vida a un joven rico.

—Aún no he terminado. Después tendré que ocuparme de sacar al muchacho del país, pero en cuanto regrese a Cáceres volveremos a reunirnos y le entregaré cinco billetes más como gesto de agradecimiento por los servicios prestados y por haber guardado silencio en el ínterin.

—Me sorprende usted, señor —dijo el hombre—. Supongo que tiene intención de llevar a su amigo a Portugal. ¿Pretende regresar después a España?

—Lo que quiero decir es que no saldré de España. Tengo obligaciones en este país. He alquilado este coche a la familia del general Aguilar y mi honor me obliga a regresar a Sevilla para abonar el precio acordado. Además, aún estoy negociando el precio de varias pinturas aquí en Cáceres, que espero comprar si obtengo el permiso para sacarlas del país.

—Sin duda tiene usted una gran confianza en su habilidad para liberar a su hombre.

—Por supuesto, algo podría salir mal y entonces me vería obligado a huir con él. En ese caso me sentiría avergonzado, pues daría la impresión de haber roto mi parte del trato con usted. Y sería aún peor, dado que no le podría escribir para explicarle lo sucedido. Lo único que puedo prometer es que soy un hombre de palabra y haría todo lo posible para entregarle el dinero cuanto antes, incluso aunque tuviera que enviar a una persona de confianza desde Francia para hacerlo.

—No tendría ningún inconveniente en que una tercera persona se ocupara del asunto en tales circunstancias.

—Permítame garantizarle algo: regresaré a Cáceres a menos que tal cosa suponga para mí un peligro concreto e inmediato que me obligue a escapar. En ese caso, no le deberé quinientos dólares sino mil, que depositaré en una cuenta de mi banco de Cannes o en cualquier otro banco que usted me diga y a nombre de quien me indique. O lo retendré hasta que reciba instrucciones

suyas. Doy por hecho que sus tropas vencerán a los comunistas y quizá tenga oportunidad de disfrutar de unas agradables vacaciones en la Riviera francesa. De ser así, el dinero le estará esperando. No podemos poner nada de esto por escrito, claro está, pero espero que acepte mi palabra de honor. Juan les Pins, Alpes Marítimos, esa es mi dirección, y allí recibiré cualquier carta o cablegrama que envíe. Si no estoy en ese momento mi madre me lo hará saber, y en cuanto yo le responda ella misma le enviará el dinero. Comprenda una cosa: si consigue prestarme este servicio le consideraré mi amigo y llevaré a buen término mis obligaciones con usted con el mismo espíritu que me ha impulsado a salvar a su prisionero.

X

El capitán Vázquez se tomó su tiempo a la hora de sopesar las propuestas. Por supuesto, daba por hecho que las historias de Lanny eran puro cuento. Sin embargo, ¡esos ricos podían ser tan condenadamente persuasivos! ¡Siempre encontraban el modo de imponer a los pobres su santa voluntad! Trató de reunir coraje y por fin habló.

—Puede que todo lo que me dice sea cierto, señor Budd, pero los riesgos de este proyecto suyo son demasiado grandes. Estaría arriesgando mi carrera y posiblemente también mi vida. No creo que la compensación sea suficiente.

—¿Cuánto considera que sería justo?

—Dos mil dólares americanos cuando entregue al prisionero y otros mil cuando usted regrese de Portugal.

—Lo siento, pero no tengo tanto dinero aquí.

—Ha dicho que iba a comprar más cuadros en Cáceres…

—Ya he comprado uno y he abonado el importe con un cheque. Como comprenderá, no puedo pagarle a usted de esa manera. Las otras sumas que espero pagar son muy pequeñas.

—No me cabe duda de que hay maneras de recibir dinero desde Francia.

—No es tan sencillo transferir dinero en tiempos de guerra. Implicaría grandes retrasos, lo que sería aún peor, pues ya he llamado bastante la atención en la ciudad con mi mera presencia. Le haré una contraoferta. Le pagaré mil quinientos a la entrega del preso y quinientos más a mi regreso a

Cáceres. O como le he dicho antes, si no pudiera volver, mil dólares a pagar en Francia en cuanto usted lo considere. Eso haría un total de algo más de treinta mil pesetas para usted, o quizá cuarenta mil si cambia los dólares en el mercado negro. Es una suma con la que podría satisfacer muchos caprichos.

Hubo otro largo silencio. El capitán estaba seguro de que trataban de engañarlo. Sin embargo, el elegante caballero ya le había tomado la delantera.

—*¡Está bien!* —dijo.

—¿Cuándo cree que estará preparado?

—No hay ningún motivo para retrasarlo, en lo que a mí se refiere. Pero aún ha de conseguir la sangre de animal.

—Tengo la botella en mi coche.

—¡El diablo me lleve!

—Sacrifiqué al pobre animal esta misma tarde, de modo que aún estará fresca. Lo tengo todo, incluso la navaja con la que puede hacerse un corte si se atreve —remató Lanny, entregándole el cuchillo—. Cuidado con las venas.

—¿Quiere decir que quiere que lo hagamos esta misma noche? —preguntó el otro.

—¿Por qué no?

—*¡Jesucristo!* —susurró el capitán—. ¿En qué me estoy metiendo? —de repente parecía muy humano—. Mire, señor Budd, se está adentrando en aguas cenagosas y puede que yo me hunda con usted. ¿Está seguro de que podrá llevar al muchacho hasta la frontera?

—No habría empezado todo esto si no creyera que puedo terminarlo. Sería largo de contar y, además, es mejor que no lo sepa.

—No me beneficiaría no saberlo si le atrapan. ¿Se da cuenta de que hay patrullas de carretera que podrían registrar su coche en plena noche?

—Dispongo de salvoconductos para dos.

—No puedo ni imaginar cómo diablos los habrá conseguido, pero le creo. ¿Quién más ha tomado parte en este plan?

—Nadie más, se lo aseguro. Ha sido muy sencillo, y algún día en Juan les Pins quizá tenga el placer de contárselo.

—Eso es lo que más me preocupa. Si ese loco amigo suyo decidiera regresar algún día a Madrid para combatir…

—Tiene mi palabra de honor sobre eso, mi capitán. Volverá a sus estudios en Oxford, una universidad inglesa.

—Pero su repentina aparición llamará la atención. Los periódicos publicarán su historia y tenemos agentes en Londres que darán parte por

telegrama de inmediato. ¡Entonces irán al cementerio y desenterrarán un ataúd lleno de piedras! ¡Virgen santísima!

—También he pensado en eso, amigo mío. Es sencillo, el muchacho se limitará a decir que acaba de regresar de Madrid. En ningún momento se estrelló en territorio enemigo sino en una zona controlada por los comunistas. Después se recuperó lentamente en una cabaña de campesinos en la sierra de Toledo. La historia de que estuvo encerrado en una prisión de Franco es un despropósito y sin duda debe de tratarse de otro soldado que ha estado utilizando su nombre.

—¡Por Dios! —exclamó la profunda voz—. Sin duda es usted un hombre hábil. ¿Me jura que su hombre será fiel a esa versión?

—En mi país —respondió Lanny—, cuando cerramos un trato nos damos la mano.

Y estrechó la curtida manaza con el dorso cubierto de vello que el capitán le tendía en la oscuridad.

32
¡Y GANAR O PERDERLO TODO!

I

—Llevamos mucho tiempo aquí parados —dijo Lanny—. Los muros de esta ciudad tienen ojos y oídos.

De modo que pasó a la parte delantera del coche y se colocó tras el volante, arrancó y recorrió un par de calles sin apartar la mirada del espejo retrovisor. Después se detuvo en otro lugar y regresó al asiento trasero, donde la improbable pareja llevó a cabo un curioso simulacro. Lanny había visto a Rick dirigir alguna de sus obras y ahora sometió al capitán a un ensayo general en plena oscuridad y por supuesto en susurros.

El español reconoció que no sabía latín, con excepción de algunas frases religiosas. Y ahora Lanny le enseñó las tres palabras de la máxima de Ovidio, que le encomendó susurrarle a Alfy tan pronto entrara en su celda: «*Bella gerant alii!*». Y después añadiría: «Acabo de reunirme con Lanny Budd y voy a llevarte con él. Fingiré que te disparo y te tirarás al suelo donde permanecerás inmóvil y con el cuerpo tan flácido como sea posible. No importa lo que ocurra, no te muevas ni hagas un solo ruido. Te echaré sangre en la cara. No será agradable, pero podrás soportarlo. Dispararé tres veces, pero no sobre ti. Pero primero has de gritarme e insultarme».

—¿Qué insultos? —interrumpió el director de escena.

—¿No sabrá él qué ha de decirme? —preguntó el actor.

—No en español. Debe decírselo usted.

—Está bien, pues. Le diré: «*¡Bandido! ¡Maldito! ¡Asesino!*».

—Muy bien. ¿Y ahora?

—Le digo que se tumbe en el suelo y le echo la sangre por la cara.

—¿Y la botella?

—Me la guardo en el bolsillo.

—¿Y el corcho?

—Le pongo el corcho antes de guardarla.

—No lo olvidará dejándolo caer al suelo y dándolo por perdido, ¿verdad?

—*¡Por Dios, no!*

—¿Y después?

—Después me hago un corte en la mano.

—No, respuesta equivocada. Se ha olvidado de la manta.

—*¡Caramba!* ¡La manta! La retiro de la cama y la doblo tantas veces como pueda antes de dejarla en el suelo.

—¿A qué distancia del prisionero?

—Cerca, pero no tanto como para acertarle por error.

—¿Cuánto?

—A un metro ochenta. Después disparo sobre ella.

—No, de nuevo se equivoca. Se hace el corte.

—¡Diablos, sí! Me corto la palma de la mano. Tengo que enfrentarme a él para arrebatarle la navaja.

—¿Y después qué hace con ella?

—La arrojo a su lado y entonces disparo contra la manta.

—¡Pum, pum, pum! ¿Y después?

—Cojo la manta. Recojo los casquillos de las balas que hay debajo y me las guardo en el bolsillo. Arrojo la manta sobre la cama y al mismo tiempo llamo a gritos al guardia y empiezo a chillar como un loco.

—¿Y qué es lo que va a decir?

—Diré: «*¡Jesucristo!*». Diré: «*¡Virgen Santísima!*». Diré: «*¡El canalla traidor!* ¡Ha intentado matarme! ¡Me ha rajado! *¡Asesino!*». Las mismas cosas que él me llamó. Diré que me insultó, llamándome esto y lo otro. Me haré el *loco. Por el amor de Dios*, de todas formas, no me hará falta fingir mucho.

—Que no resulte exagerado —dijo Lanny—. Un buen actor nunca llega a perderse en su papel. Podría ocurrir algo inesperado.

—*¡Dios no lo quiera!* Después diré: «El *jefe* se pondrá furioso conmigo. Este inglés es un tipo rico e importante, así que estoy metido en un lío de mil demonios. ¡Míralo! ¡Míralo ahí, tendido en el suelo! Le he destrozado la cara. ¡Me ha puesto furioso y he perdido el control!». Después: «Ve a buscar un ataúd para meter al muy desgraciado». ¿Le parece bien?

—¿Cuántos hombres acudirán a su llamada?

—Debería haber al menos tres.

—Envíe a dos a por el ataúd y que el tercero permanezca con usted. Es mejor que no se quede a solas con el cuerpo, podría levantar sospechas. Siga caminando por la celda y soltando maldiciones.

—*Sí*, eso es fácil en mi trabajo.

—Aquí tiene un pañuelo limpio, para que pueda vendarse la mano. No tiene ninguna marca que lo identifique.

—Por Dios, ha pensado en todo. ¿Y después qué?

—Lo más importante, la manta.

—Oh, sí. Cuando traigan el ataúd —no antes— cojo la manta y envuelvo el cadáver con ella.

—Ponga especial cuidado en no alumbrarla directamente con el farol en ningún momento. Y no se la olvide después sobre la cama, pues la manta tendrá doce agujeros difíciles de justificar.

—*¡Caramba!* —exclamó el capitán—. Estoy empezando a ponerme nervioso. Ensayémoslo una vez más.

II

Cuando consideraron que ya era suficiente volvieron a estrecharse la mano, y Lanny descubrió que el apretón del capitán ya no era tan firme y que su mano estaba húmeda.

—*¡Coraje!* —dijo Lanny—. Ahora todo está claro y la cosa fluirá como las aguas del río Tajo en las montañas. Llegue hasta el final y, sin importar lo que ocurra, tenga la seguridad de que mantendré mi promesa y nada me obligará a hablar.

—*Dominus nobiscum!*[151] —dijo el piadoso gánster.

Lanny condujo a lo largo de un par de calles y después observó cómo el hombre se alejaba caminando hacia los barracones. Habían decidido en qué taberna debían detenerse a beber el aguardiente y el punto exacto donde Lanny esperaría. Primero se dirigió a las afueras de la ciudad y en un descampado recogió las piedras, una tarea fácil en esta parte de Extremadura. Escogió piedras planas para que no rodaran, y las suficientes para que equivalieran al peso de Alfy, teniendo en cuenta los kilos que podría haber perdido durante su encierro. Una vez hecho esto, condujo hasta el lugar

convenido, a unos metros de la entrada de la tasca. Aparcó el coche bajo la copa de un árbol, al arropo de la intensa luz de la luna.

Pasó al asiento trasero. A partir de ese momento no tenía otra cosa que hacer más que esperar, e imaginar todas las cuestiones que podían salir mal. El jefe de día podría presentarse antes de tiempo para hacerse cargo de las rutinas de la prisión. El médico podía llegar de forma imprevista para examinar el cuerpo. Alfy podía estornudar dentro del ataúd. ¿Y si el capitán le hubiera preparado una trampa a Lanny y apareciera con una escuadra de guardias? Lanny había leído algo a Lope de Vega y conocía la violencia y la furia que es capaz de desatar el altivo temperamento español. Una idea espantosa se le había pasado por la cabeza: el capitán de guardia podría considerar divertido gastarle una broma macabra al simpatizante comunista. ¿Y si realmente le pegara un tiro en la cara a Alfy y después lo llevara hasta allí en su ataúd para que Lanny lo descubriera? ¡Menuda historia sería esa para entretener a los guardias en los barracones! ¡Qué gran tema para un dramaturgo falangista, si es que había alguno!

III

Aquí llega la carreta campesina. Lanny observa cómo se acerca por el extremo del espejo retrovisor. La brillante luz de la luna le permite ver que una mula tira de ella y tres hombres van en la parte delantera. El vehículo se aproxima con dignidad española. Después de todo se trata de un coche fúnebre, aunque sea improvisado. Traquetea ruidosamente por la calle adoquinada. Deja atrás la *taberna* y está a punto de llegar hasta donde se encuentra el coche de Lanny, cuando la repentina sed del capitán hace que el coche se detenga en el momento preciso en un lado de la calle. Lanny había corrido las cortinas del automóvil y se había agachado en el asiento para que no le vieran. Las ventanillas están cerradas, de modo que tan solo escucha un murmullo de voces. Pero ha ensayado la escena dos veces y sabe lo que está diciendo el capitán. Que tiene los nervios disparados y no puede seguir sin tomarse un trago.

La carreta está justo detrás del coche. Hasta el momento todo transcurre según lo previsto. Lanny escucha los pasos de los hombres que se alejan y se

obliga a esperar. Cuando considera seguro asomarse a la ventanilla trasera para mirar, lo primero que ve es la cabeza de la mula a unos tres metros de distancia de él. Al parecer, la paciente criatura no hace el menor ademán de moverse a menos que la obliguen los seres superiores que la han traído al mundo y condicionan su vida. Se mantiene inmóvil con la cabeza encorvada, quizá esté dormida. Lanny no tiene intención de despertarla.

El tembloroso conspirador observa que el puesto del conductor de la carreta está vacío y no hay nadie junto a la puerta de la *taberna*. El momento ha llegado. Sale sigilosamente del coche, dejando la puerta abierta. Debe caminar, pero no demasiado deprisa. Nadie corre en España, a menos que haya guerra o quizá si una casa está ardiendo o hay que perseguir a un ladrón. Se dirige a la parte trasera de la carreta y sobre la plataforma hay un ataúd de pino. ¡En ese preciso instante descubrirá si el guión de la obra ha sido escrito por Lope de Vega! Levanta la tapa del cajón unos centímetros y susurra:

—¡Romney!

Al instante escucha un murmullo:

—¡El mismo!

Una expresión muy inglesa y el acento de su tierra.

Lanny se asegura de que nadie se acerca por la silenciosa carretera. Es casi medianoche y no debería haber ni un alma, excepto quizá alguien que saliera de la *taberna*. Si eso sucediera y un desconocido viera aquella escena sin duda exclamaría: «*¡Mil diablos!*». ¡Un muerto saliendo de su ataúd, con el rostro cubierto de sangre brillante bajo la luz de la luna!

—Sal —dijo Lanny—. No hagas ruido.

Lo ayuda a bajar del carro, pues teme que esté a punto de desmayarse. El mismo Lanny es muy consciente de que le flaquean las rodillas y le castañetean los dientes. A pesar de todo, consigue decir:

—Entra en el coche y túmbate en silencio en el asiento trasero.

Ayuda a su amigo a subir al vehículo y después cierra la puerta sin hacer ruido.

Ahora las piedras. Están apiladas en el suelo del coche, a la derecha del conductor. Lanny coge una y la lleva lentamente hacia la carreta. ¡Camina, no corras! La deja sobre la plataforma del carro y va a por otra. En cuanto haya transportado las cinco, se subirá en el lecho del carromato, abrirá la tapa del ataúd, las colocará en fila y las cubrirá con la manta que hacía las veces de sudario. Es uno de los momentos más complicados de la aventura. Si alguien saliera de la *taberna* en ese preciso instante, sería difícil dar una explicación. Las manos le tiemblan tanto que apenas es capaz de levantar las piedras.

Asume que el capitán está de guardia en el interior. Según el guión, el oficial estaría sentado en esos momentos en una mesa junto a la entrada y si alguien se dispusiera a salir de la *taberna* le daría el alto y le invitaría a tomarse un vaso. Una bebida gratis y un poco de conversación con un distinguido personaje de la localidad; no era una combinación fácil de rechazar. Si el hombre en cuestión estuviera demasiado borracho para detenerse, el capitán le desafiaría, acusándolo de descortesía, e iniciaría una discusión. Cualquier cosa con tal de mantenerle ocupado. Lanny no había tenido ocasión de ensayar el transporte de las piedras y no sabía cuánto tiempo podía tardar en hacerlo. No obstante, ¿por qué darse prisa? La mula no iba a salir corriendo y tampoco aquel cajón.

Quizá al capitán sí se le había pasado por la cabeza que Lanny podría hacerlo, pues salió de la tasca justo en el momento en que el conspirador estaba cerrando la tapa del ataúd, dándole un susto de muerte.

Lanny se baja del carro y se dirige hacia el coche. ¡Camina, no corras! Se supone que el capitán se encuentra mal, quizá está a punto de vomitar o ha de atender la llamada de la naturaleza. Sin embargo, camina hacia el automóvil con sobria dignidad y, cuando está cerca y al arropo del árbol, Lanny le susurra: «*¡Está bien!*». Extiende la mano y deposita en la del otro, todavía vendada con su pañuelo, un paquetito con forma cilíndrica.

—*Mil quinientos dólares y mil quinientas gracias* —dice.

—*Gracias a usted* —responde el capitán.

No hace ademán de contar los billetes ni de examinar el fajo bajo la luz de la luna. Quizá ha llegado a confiar en el sentido del honor norteamericano. O simplemente puede que esté demasiado nervioso.

—¿OK? —pregunta Lanny.

Y la respuesta:

—OK.

Se dan un apretón de manos y se despiden.

—*Adiós*.

Lanny sube al coche, se desliza en el asiento del conductor y cierra la puerta despacio. Después arranca el motor y se aleja.

IV

La primera y única representación de este melodrama español había salido a la perfección y el telón se cierra. Pero debían interpretar otra pieza inmediatamente después, titulada *La huida a Portugal*. La primera escena tendría lugar a las afueras de Cáceres, donde Lanny sabía que debían detenerse en un puesto militar con una barrera pintada a rayas blancas y negras que bloqueaba la carretera. Antes de comenzar, sin embargo, era imprescindible que el joven protagonista se «arreglara» rápidamente entre bambalinas.

Todas las calles son iguales a media noche en una antigua y silenciosa ciudad. De modo que Lanny recorrió algunas callejuelas y se detuvo al arropo de las ramas de otro árbol. Entonces se dio la vuelta y le preguntó a Alfy:

—¿Estás bien?

Y la respuesta fue:

—De primera —y después—: En nombre de Dios, ¿cómo lo has conseguido?

—Es una larga historia —respondió Lanny—. Ahora hemos de darnos prisa. Lo primero es limpiarte la cara. Abre la maleta. Está todo en la parte de arriba. La botella tiene agua. No la malgastes.

El fugitivo se puso manos a la obra.

—¿Eso era sangre? —susurró.

Cuando supo que pertenecía a una respetable y vieja gallina, dijo: «¡Puaj!» y comenzó a frotarse vigorosamente en la oscuridad.

—Pensé que te vendría bien un afeitado —explicó el rescatador—. Debes tener buen aspecto.

—Desde luego, tengo una buena mata.

—Tómate tu tiempo. No creo que vaya a haber ninguna persecución.

—¿No les parecerá demasiado ligero el ataúd cuando vuelvan a cogerlo?

—Lo cargué con piedras, del peso más o menos adecuado.

—¡Válgame el…! Me preguntaba qué era lo que hacías durante tanto tiempo.

—Ten cuidado de no cortarte. Ya tenemos bastante sangre.

—¿Tienes ropa para mí?

—Hay un uniforme de oficial del Ejército italiano debajo de los enseres de afeitado.

—Perfecto. Pero no sé hablar italiano.

—No será necesario. Estarás en Portugal dentro de un par de horas.

—¡Pero tampoco sé portugués!

Alfy ya había recuperado sus modales ingleses, si es que alguna vez los había perdido. Se comportaría como si le hubieran pegado un tiro y hubiera estado encerrado en el interior de un ataúd desde el inicio de la guerra.

—Tengo que decírtelo, viejo amigo —se sinceró, mientras se pasaba la cuchilla por el mentón en la oscuridad—. Lo que has hecho es algo increíble.

—Nunca en mi vida me lo había pasado tan bien —respondió Lanny, que también había representado el papel de inglés de cuando en cuando desde que conociera al padre del muchacho—. Pero aún no estamos libres de peligro, ¿sabes?

—¿Qué hacemos ahora?

—Primero tienes que parecer un perfecto capitán del Ejército del Aire italiano. Después nos dirigiremos hacia el río Tajo y te llevaré hasta la otra orilla en un bote. Todo ha de estar en su sitio, incluso tus zapatos, pues es posible que tengas que bajarte del coche en uno de los controles de carretera.

—¿Encontraremos a algún italiano?

—Lo dudo. Y si lo hacemos, estarás profundamente dormido ahí sentado y yo les diré que estás exhausto después de un largo periodo de servicio en el frente del Jarama.

Cuando el fugitivo estuvo preparado, reluciente y bien peinado, Lanny se dio la vuelta y le alumbró con la linterna para asegurarse de que pasaría la prueba. Después dijo:

—Ahora eres el *capitano* Vittorio di San Girolamo.

—¡Ah, así que se trata de él! ¿Está metido en esto?

—Se suponía que iba a estar, pero se echó atrás. La última vez que los vi, a él y a Marceline, estaban en Sevilla. El salvoconducto era para ellos dos. Si hacen alguna pregunta diré que tu esposa no está con nosotros.

—¿No sabrán dónde está Vittorio?

—No creo que nos encontremos más que con guardias civiles. Quizá un cabo con una docena de soldados patrullando las carreteras. Nunca habrán oído hablar del *capitano* y dudo que se fijen tan siquiera en el nombre. En cuanto hayas cruzado al otro lado del río romperé el documento.

Había otro problema con el que tendrían que lidiar: la ropa de la prisión manchada de sangre que Alfy acababa de quitarse y la toalla ensangrentada con la que se había limpiado la cara. No podían permitirse que alguien la encontrara, ni en el interior del coche ni junto a la carretera. Lanny la enrolló tanto como pudo y la metió en una bolsa junto con el gato y las demás herramientas del coche. La colocó bajo el asiento del conductor. Pasaría por ropa de trabajo y nadie se fijaría en ella. Más tarde la arrojarían al río.

V

Con el flamante *capitano* a su lado, Lanny inició al fin el viaje y, por primera vez, pudieron hablar sin susurrar.

—Hay un puesto de vigilancia justo a la salida —explicó el conductor—. Tendremos que enseñar nuestros pases allí. Ya he viajado una vez con el mío, pero ni siquiera me lo pidieron, así que no creo que haya problema si vuelvo a utilizarlo. Los hombres que estarán ahora no serán los mismos del turno de día. Estrictamente hablando, mi pase expiró a medianoche, pero puedo decirles que me he retrasado y dudo que se pongan en plan exigente. El pase de Vittorio solo es válido para salir de Cáceres, pero no se atreverán a ofender a un oficial italiano. Limítate a permanecer bien derecho y con aire severo. Si alguien te pregunta, yo responderé.

—Estupendo —dijo el nieto del *baronet*.

Llegaron al puesto de vigilancia y se detuvieron ante la barrera bajada. Dos guardias con aire soñoliento se asomaron y Lanny los saludó educadamente y les entregó sus documentos. Uno de los hombres los examinó primero y a continuación se los pasó al otro. Lanny dudaba que ninguno de los dos supiera leer bien. Ambos documentos resultaban bastante impresionantes, igual que los viajeros.

—*Sí, sí, señores* —dijeron los dos guardias.

Acto seguido, levantaron la barrera y el coche continuó su camino, ganando velocidad en dirección a las colinas.

—No creo que la cosa varíe mucho de aquí en adelante —afirmó Lanny —. Y en el caso de que algo ocurra, nos quedan dos horas para llegar a Portugal y aún debo explicarte lo que debes hacer allí.

—¿No vienes conmigo?

—Todavía tengo varias cosas que hacer en España.

—¿Estarás a salvo, Lanny?

—En cuanto me libre de ti volveré a ser un marchante de arte norteamericano, y mi única preocupación será averiguar si me permiten sacar mis pinturas del país. Escucha atentamente, pues esto es muy importante.

—¡Escúpelo! —dijo Alfy, que había volado con pilotos norteamericanos, una mala influencia sin duda.

—Un campesino nos llevará en su bote hasta la otra orilla del río. No sé exactamente dónde desembarcaremos, pero vi una casa al otro lado. Le diré que no se acerque mucho para no despertar a los perros. En cuanto el bote se

marche debes quitarte el uniforme italiano y ponerte el traje de civil que hay en el fondo de la maleta. Desde ese momento eres inglés. Te llamas Romney, digamos Albert. ¿Te parece bien?

—Albert Romney, para servirle.

—Enrolla el uniforme italiano y arrójalo al río tan lejos como puedas. Se hundirá enseguida. Después espera hasta que haya luz suficiente y camina hacia la granja. Es mejor que lleves una vara por si los perros se te echan encima. También te vendrá bien para apoyarte porque te has torcido el tobillo. Viajabas en coche, se ha estropeado y has seguido a pie. Págale al campesino para que te lleve a la estación más cercana.

—¿Tengo dinero?

—Encontrarás dinero portugués y británico en el traje. Debes dirigirte a Lisboa en autobús o en tren, y te alojarás en el Hotel Avenida Palace hasta que recibas un cablegrama mío. No puedo arriesgarme a que te reconozcan hasta que yo haya salido de España. De modo que te quedarás en tu habitación de hotel, con un esguince en el tobillo como excusa. Puedes colocar el pie en alto, sobre la maleta y envolverlo con una toalla. No quieres que te examine ningún médico, solo deseas estar tumbado y descansar. Hay un par de libros en la maleta y puedes pedir que te suban algún periódico extranjero a la habitación. Come bien y recupérate. Puede que tarde una semana, así que espero que no te aburras demasiado.

—Me he acostumbrado al aburrimiento —respondió el nieto del *baronet*.

—Ah, claro. Lo había olvidado. Te enviaré un cable que diga «Recuerdos de la familia» o algo por el estilo. Eso significa que ya estoy en Cádiz a punto de partir en barco. De modo que tu tobillo ya se habrá curado y podrás embarcar hacia Londres o subirte a un avión.

—¿Todavía soy Romney o vuelvo a ser Alfy?

—Sería perfecto que pudieras llegar a Inglaterra como Romney. Espero mantener esto en secreto y, cuanto menos revuelo levante tu llegada, mejor para todos. La cuestión es que he tenido que hacer algunas promesas y tú tendrás que cumplirlas. No ibas a hacer nada de provecho en esa prisión, ¿verdad?

—¿Qué tengo que hacer?

—Primero, regresar al Magdalen College y olvidarte de la guerra de España. No podía pedirle a nadie aquí que te ayudara a menos que se lo prometiera.

—Supongo que no. Entonces, ¿estoy en libertad condicional?

—Exactamente. El otro requisito es que te comprometas a no regresar a la España de Franco. Tu historia se ha difundido ampliamente en Gran Bretaña y, en cuanto aparezcas por allí, la noticia de tu fuga se conocería aquí de inmediato, por lo que no tardarían en desenterrar el ataúd lleno de piedras. Debes contar que te estrellaste en territorio lealista y que una familia de campesinos cuidó de ti en las montañas de Toledo —donde el Gobierno aún mantiene el control— y que saliste del país atravesando la frontera con Francia. Di lo menos posible, evita a los periodistas y no dejes que te hagan fotografías. Hiciste lo que pudiste y ahora se acabó. Vuelves a tus estudios y eso es todo.

—Está bien, Lanny. Y gracias de nuevo. Debes de haberle pagado a ese tipo, Vázquez, un buen montón de dinero.

—Me salió sorprendentemente barato.

—¿Cuánto exactamente?

—Hasta ahora, menos de mil setecientos dólares. Tengo que pagarle otros quinientos cuando regrese a Cáceres.

—¿Qué más tuviste que pagar?

—Solo calderilla. Con todos los costes del viaje, incluyendo los gastos de Vittorio y Marcy, dudo que el total ascienda a cuatro mil dólares.

—Mi padre te lo devolverá, Lanny, y yo se lo pagaré a él tan pronto como empiece a ganar dinero.

—Hay dos cosas que debes considerar, Alfy. Esta es también mi causa y he tenido mucho que ver a la hora de meterte en este entuerto. Y segundo, recuperaré los gastos con la venta de las pinturas que tengo entre manos.

—No es justo —dijo Alfy—. Tú ya has hecho tu contribución a la causa y no tienes por qué pagar también por mí. Y, en segundo lugar, el negocio del arte es tu forma de ganarte la vida y lo habrías llevado a cabo igualmente.

—Pero si tú pagas mis gastos, el marchante de arte viaja gratis.

—Encontraremos el modo y dividiremos esos gastos. Aunque Vittorio y Marceline corren de mi cuenta, pues supongo que no habrían venido contigo de no haber necesitado sus visados y el uniforme para mí.

Lanny se rio.

—Tendremos mucho tiempo para solucionar las cosas en cuanto regrese a Inglaterra. Entretanto, *sir* Alfred ha ingresado mil libras en mi cuenta londinense. Dile, por favor, que se las devolveré tan pronto como salga de España. Sabes tan bien como yo que una cantidad así supone mucho para él.

VI

Alfy quería saber cómo se había obrado el milagro, y la historia se prolongó hasta que llegaron a Alcántara, con la única interrupción del puesto de vigilancia a la entrada de la villa. En cada control, Alfy se sentaba bien tieso y erguido, como lo haría un oficial italiano que no se molestaba en saludar a los guardias civiles españoles y al que no le preocupaba en absoluto que ellos tampoco lo hicieran —y no lo hacían—. Tampoco les preguntaron acerca del motivo que les había inducido a viajar a altas horas de la madrugada. Las formalidades fueron breves, pues el tráfico era considerable, y todo el mundo tenía prisa. Los camiones militares transportaban suministros desde Portugal y también tanques nuevos y todo tipo de armamento para reponer el que ya se oxidaba bajo la lluvia después del desastre en el valle del Henares. Probablemente este piloto italiano se dirigía a Lisboa en busca de un nuevo aeroplano para volver a combatir. Tras una breve parada, en cuanto el coche volvió a ganar velocidad, Lanny le contó a su compañero de viaje lo sucedido en Guadalajara. Los presos de Cáceres habían oído rumores al respecto, pero el joven desconocía por completo los detalles. «Parece que, después de todo, ya no me van a necesitar», dijo el inglés.

A lo largo de la excelente carretera que discurría siguiendo el curso del río Tajo se encontraron con varios controles, y en cada uno de ellos a Lanny se le formaba un nudo en el estómago. Cabía la posibilidad de que algo hubiera salido mal durante el entierro y que hubieran dado la señal de alarma por teléfono a todos los puestos de guardia cercanos a la frontera. Pero nada de eso sucedió. No hubo retrasos ni objeciones. Lanny conocía la distancia exacta hasta la granja, pues había tomado nota del cuentakilómetros durante la anterior visita, por lo que no correrían el riesgo de pasar de largo en la oscuridad. La luna se estaba ocultando, lo que era de agradecer. Cuando llegaron al camino tomado por la maleza, apagó las luces del coche para que no fueran vistas desde la otra orilla del río. Esperó hasta que sus ojos se acostumbraron a la escasa luz de la luna que aún quedaba y siguieron avanzando despacio hacia la casa.

Los perros estaban dentro y cuando Lanny llamó a la puerta comenzaron a ladrar, causando un terrible revuelo, pero el campesino los hizo callar enseguida. Lanny ayudó a Alfy a salir del coche mientras este cogía la maleta, y después sacó el hatillo de ropa de la prisión. «*Buenas noches, señores*», dijo el

campesino, y Lanny respondió por los dos. Alfy no habló en ningún momento.

Siguieron al hombre por el sendero que conducía hasta la orilla. Había luz suficiente para ver dónde pisaban, de modo que no utilizaron cerillas ni farol durante el recorrido. El campesino sacó el bote de entre unos arbustos. Los ayudó a embarcar sin mojarse y Lanny, aceptando su ayuda, le entregó un billete de cien pesetas al aferrarse a su mano. «*Gracias, señor*», susurró el hombre, y los dos pasajeros se sentaron. El hombre empujó el bote hacia la corriente, se subió ágilmente y empezó a remar. Había forrado los remos para amortiguar el ruido del agua y su habilidad evidenció enseguida que no era la primera vez que lo hacía. Lanny, sentado en la popa, sujetaba entre sus brazos el montón de ropa de la prisión y lo arrojó al agua suavemente. Después, rompió el salvoconducto de Vittorio en varios pedazos y dejó que se perdieran en la corriente. La noche era fría y no podía evitar temblar de vez en cuando.

Alcanzaron la costa de Portugal sin ningún incidente y Alfy desembarcó. Lanny le entregó la maleta, se estrecharon la mano tan fuerte como pudieron y Lanny susurró: «*Adiós*». Alfy, tal y como habían acordado, no dijo nada. Después, Lanny volvió a sentarse y le dijo al barquero: «*Doscientas pesetas*», y se las puso en la mano. El barquero respondió: «*Muchas gracias*», y empujó de nuevo el bote con el remo para alejarse de la orilla.

Remó en silencio y, sin aparente dificultad, encontró enseguida el lugar idóneo para desembarcar. Una vez en tierra, Lanny le dio la última parte del dinero, diciendo: «*Doscientas pesetas*». Después añadió: «Le acompañaré a su casa para que lo cuente». Y el hombre podría haber dicho: «*Confío en usted, señor*». Sin embargo, pocos campesinos están hechos de esa manera. Volvió a decir: «*Muchas gracias, señor*».

Subieron hacia la casa. Cuando entraron el hombre encendió una vela y sacó los tres fajos de billetes de su bolsillo, los colocó sobre la mesa y, con visible esfuerzo, comenzó a contarlos lentamente. Lanny aguardaba sentado en un taburete y, cuando la ceremonia terminó, añadió diez pesetas más al montoncito. «*La propina*», dijo. Entonces el campesino se levantó, cogió una botella de vino y sirvió un trago para cada uno. Lanny tocó el vaso del otro con un elegante gesto y dijo: «*Buena suerte*». El campesino respondió: «*Salud, señor*». Salieron juntos de la casa en dirección al coche y el hombre le dio indicaciones a Lanny mientras maniobraba marcha atrás por el camino con los faros apagados. En cuanto llegó a la carretera encendió las luces y emprendió el camino de regreso a buena velocidad.

VII

No había recorrido demasiados kilómetros cuando decidió detenerse, pues no quería llegar al primer puesto de vigilancia antes deque hubieran relevado a los anteriores guardias. Encontró un lugar despejado junto a la carretera y aparcó, apagó las luces, se cerró por dentro y echó una cabezada. Cuando empezó a amanecer y había ya bastante luz, consideró que no había peligro de encontrarse con nadie que le hubiera visto viajando con Alfy. Si por desgracia eso sucedía, se limitaría a decir que el oficial italiano había encontrado otro medio de transporte.

Condujo de regreso a Cáceres sin incidentes y al llegar al hotel fue directo a su cuarto. Llamó al servicio de habitaciones y pidió algo de comer, pero fue otro camarero quien acudió a su llamada.

—¿Dónde está José? —dijo Lanny.

Y la respuesta fue:

—Ya no está con nosotros, señor.

Lanny, que tenía una gran experiencia a la hora de ocultar sus emociones, dijo despreocupadamente:

—¿De veras? ¿Qué le ha ocurrido?

—Se ha unido al Ejército, señor.

—¿Qué? —exclamó el huésped—. ¿Aceptará el Ejército a un hombre con un pie zambo?

—No para luchar, señor, sino como cocinero.

—¡Oh, cocinero! ¿Es bueno?

—No lo sé, señor. Lo único que sé es que dejó una nota diciendo que tenía intención de incorporarse.

—Bien, le echaré de menos. Era un buen hombre.

—Intentaré llevar a cabo sus tareas lo mejor que pueda, señor.

Era el momento adecuado para entregar una propina, y eso hizo Lanny, mientras pensaba: «¡Creo que voy a ver a José en cuanto llegue a Bienvenu!».

Lanny se enfrentaba ahora a un pequeño inconveniente. ¿Cómo diablos se pondría en contacto con el capitán? Sin embargo, no tuvo que preocuparse durante demasiado tiempo, pues mientras cenaba esa misma noche le llamaron por teléfono y escuchó una voz profunda al otro lado del hilo telefónico que dijo: «¿Señor Budd?». Tan pronto como este se identificó, la voz añadió: «En el primer sitio a la misma hora».

—*Sí, sí* —respondió el *americano*.

De modo que poco después, junto a la casa del alcalde, la imponente sombra del capitán entró en el coche.

—¿Todo bien? —preguntó la voz.

Y Lanny dijo:

—Todo bien. ¿Y usted?

—Igual —respondió el otro.

De inmediato, Lanny empezó a contar.

—*Uno, dos, tres, cuatro, cinco* —dijo, dejando uno a uno los billetes en la mano intacta del capitán.

—*Gracias, señor* —respondió el militar.

—¿Está todo correcto? —preguntó Lanny. Y al escuchar una respuesta afirmativa, añadió—: Ha sido un placer conocerle, *mi capitán*, y siempre le recordaré con gusto.

—*Lo mismo a usted, señor Budd*. ¿Puedo preguntarle qué piensa hacer ahora?

—Espero cerrar un pequeño negocio aquí en la ciudad y después regresar a Sevilla.

—*Bueno* —respondió el capitán. Y al salir del coche, susurró—: *Adiós, señor*.

Y desapareció.

Las ofertas de Lanny por las pinturas rompieron el corazón a los notables de la burguesía cacereña. No obstante, antes de llegar a ningún acuerdo, les explicó: «No tengo la certeza de que las autoridades me permitan sacar los cuadros del país. Todo dependerá de si puedo convencerlos o no de que no son obras de arte. Solo en base a esa premisa me atrevería a adquirirlas». Finalmente compró tres retratos de la Virgen de tamaño mediano y por muy poco dinero. Después pagó la cuenta del hotel, repartió *propinas*, como era su costumbre, y se despidió del teniente y de otros conocidos. Uno de ellos le dijo al verle marchar: «¡Ojalá pudiera llevarme con usted!». Aquello fue lo más parecido a un comentario revolucionario que había escuchado en todo el viaje, exceptuando al camarero cojo.

VIII

Lanny ya no corría peligro, de manera que únicamente tuvo que preocuparse por evitar el tráfico militar destinado al sitio de Madrid. Se le acababa el dinero, pero estaba seguro de poder conseguir algo en Sevilla. Reflexionó sobre el problema de las pinturas de la señora Villareal y decidió que no quería hacerse cargo de la responsabilidad de intentar sacarlas ilegalmente de España, con o sin trato de favor. Descubrió que lo que deseaba era algo muy diferente: ver a Trudi. No se había atrevido a escribirle ni una sola línea durante su estancia en España y lo único que había recibido era una nota acerca de ciertos bocetos que quería enseñarle a su regreso. Eso significaba que estaba sana y salva. Sin embargo, quería verla, y marcharse a Nueva York sin hacerlo no le resultaba una perspectiva demasiado romántica o excitante.

De modo que antes de entrar en Sevilla se dirigió a la finca de la señora Villareal y mantuvo una charla con el administrador. Le explicó que había acordado con la señora llevar las pinturas a Nueva York, pero le habían dicho que la nueva administración franquista estaba aplicando la antigua ley del Gobierno sobre la importación de obras de arte españolas. La señora era de otra opinión, pero estaba equivocada. Y en todo caso, el experto en arte era él. Su propuesta fue que el señor López, el administrador, sacara los lienzos de sus marcos, envolviera cuidadosamente cada uno de ellos y los ocultara entre la parte inferior y superior del bastidor de una cama. Esto podría ser embalado y enviado como «mobiliario doméstico». Si el administrador podía ocuparse personalmente de su traslado hasta Sevilla y lo dejaba en manos de una agencia de transporte, el envío llegaría a Marsella sin que nadie hiciera preguntas.

—Le escribiré a la señora para pedirle su aprobación —explicó el marchante—. Aunque, claro está, no puedo poner nada de esto en una carta, especialmente en tiempos de fuerte censura. Iré a verla y se lo explicaré personalmente.

El administrador asintió. Lanny le dio una generosa propina y el embalaje se llevó a cabo con sumo cuidado. Lanny aprovechó la ocasión para sacar de sus marcos a las cuatro vírgenes recién adquiridas y enrolló los lienzos en un solo paquete. En cuanto llegara a Sevilla compraría algunos pliegos de papel de dibujo para proteger las pinturas, dando por sentado que si llevaba consigo a bordo el paquete nadie le haría preguntas inconvenientes.

Antes de irse de Cáceres había recibido una breve nota de Marceline pidiendo más dinero y diciéndole que se habían trasladado a un hotel más barato.

Al llegar a Sevilla Lanny se encontró al Capitano en un estado de gran abatimiento, pues el salario que estaba recibiendo era por completo insuficiente para mantener a su elegante esposa. Al parecer, las noticias del frente de Guadalajara habían conseguido arrebatarle todo su ímpetu fascista, y dio a entender que pretendía salir del apuro en que se encontraba aduciendo motivos de salud para regresar con Lanny a Bienvenu. El experto en arte se mostró muy sorprendido y dijo:

—¡Oh, Vittorio, no puedes abandonar tu causa en el momento de la verdad!

—Va a ser una lucha larga y terrible, Lanny, y Marceline no está hecha para soportar penurias. ¿Te das cuenta de que durante el verano se alcanzan los cuarenta y ocho grados de temperatura en Sevilla?

—Lo sé, pero todo el mundo duerme la *siesta* y las noches son deliciosas.

—También han llegado los mosquitos —declaró el joven héroe fascista.

—En mi opinión, tu partido nunca te respetará si abandonas ahora, Vittorio —dijo el malicioso cuñado.

¡Ahora estás en el Ejército!

Por supuesto, la pareja quiso saber lo que había conseguido durante su viaje. Él ya había reflexionado acerca de lo que les diría exactamente, de modo que no tuvo que pararse a pensar.

—Me aseguré de que Alfy no está en Cáceres y decidí no seguir buscándole. Resultaba muy complicado establecer allí cualquier tipo de contacto y obtener la más mínima información.

—Entonces, ¿todo el viaje fue para nada?

—¡Oh, no! Visité algunas antiguas ruinas romanas fabulosas y tuve ocasión de ver muchas pinturas religiosas.

Lanny se había acostumbrado con el tiempo a decir cosas como esas con una sonrisilla en los labios, y ahora estaba aprendiendo a hacerlo sin mostrar la menor emoción.

—Ah, por cierto —comentó el Capitano—, no olvides devolverme el uniforme.

—Lo siento mucho —respondió Lanny—. Alguien se llevó la maleta y no la he vuelto a ver.

—*Diacine!* —exclamó el otro.

—Te prometí uno nuevo y te lo pagaré. Sin embargo, teniendo en cuenta que vas a pasar el resto del verano en Sevilla, quizá prefieras algo de un tejido más ligero.

IX

Lanny devolvió el coche alquilado, pagó el precio acordado e intercambió con los dueños agradecimientos y cumplidos. Ese fue su último compromiso, además, por supuesto, de darle a su danzarina hermana algo de dinero y prometerle un poco más. A la joven le resultaba difícil comprender los cambios de humor de su hermano, de la tacañería a una espléndida generosidad y vuelta a empezar.

—Aún tenemos que averiguar lo que le ha sucedido a Alfy —dijo ella, tratando de engatusarle.

Y la respuesta del marchante:

—Si lo consigues, házmelo saber y vendré enseguida.

Tomó el tren a Cádiz y, al llegar al puerto, tuvo la buena fortuna de encontrar un vapor sueco que estaba a punto de partir hacia Marsella. Compró un pasaje y telefoneó a Sevilla para localizar al señor López con el fin de indicarle que debía encargar que entregaran el «mobiliario doméstico» en la misma embarcación. Lanny subió a bordo con el rollo de pinturas religiosas bajo el brazo, como si fueran documentos, y nadie le hizo una sola pregunta al respecto. Su último acto antes de que el navío saliera del puerto fue enviar dos telegramas, uno a Beauty diciéndole que se reuniera con él, y el otro a Albert Romney, Hotel Avenida Palace, Lisboa, con el siguiente mensaje: «LA FAMILIA TE ENVÍA CÁLIDOS SALUDOS ESTAMOS TODOS BIEN».

Los dos días siguientes se convirtieron en un interminable *smörgasbord*, un enorme bufé de platos tradicionales suecos. Había estado en Estocolmo en una ocasión, durante un crucero a bordo del yate Bessie Budd, de modo que las pantagruélicas comidas suecas no lo pillaron de sorpresa. Los oficiales aprovecharon la ocasión para practicar su inglés y él, a su vez, les habló de la España de Franco desde un punto de vista estrictamente neutral. No podía olvidar que aún estaba en zona de guerra, por lo que tampoco era recomendable escribir cartas hasta que estuviera a salvo en suelo de la República francesa. Cuando el barco atracó por fin en el puerto marsellés, allí estaba su hermosa y cada vez más rechoncha madre saludándole alegremente. Solo la acompañaba el chófer y Lanny sabía lo que eso significaba, que quería escuchar la historia de sus propios labios.

Enviaron al conductor a comer y Lanny se llevó a Beauty a dar un breve paseo en coche para hablar a solas. Ella era una de las pocas personas a quien

podía contarle lo que realmente había sucedido. Su madre apretó las manos y las lágrimas empañaron sus ojos, consciente del terrible peligro que había corrido su hijo y a sabiendas de que seguiría actuando de la misma manera. ¡Su único y precioso hijo! «No te preocupes, madre», dijo. «Además, la familia se alegrará de ver a Alfy. No olvides la historia que él va a contar. Cuando llegue, puedes decir que sus padres te han puesto al día. Además, puedes escribirle a Marceline para darle la noticia».

Fueron a un buen hotel y él la invitó a un modesto almuerzo. Después escribió un par de notas. Una se la enviaría por correo aéreo a Rick, y decía: «Alfy se encuentra bien y pronto estará en casa. No se lo cuentes a nadie, exceptuando a la familia, hasta que le veas. Comprenderás el por qué cuando escuches su historia». La otra era para Trudi y se la enviaría por correo ordinario. Habían acordado evitar los telegramas siempre que fuera posible y debían utilizar papel y sobres de aspecto barato. «El cuadro grande es perfecto», escribió. «Ha sido cuidadosamente embalado y enviado a Inglaterra. Siento curiosidad por tus nuevos bocetos. Llegaré en un par de días».

Si algún agente de la Gestapo conseguía hacerse con la carta no obtendría gran cosa de ella.

X

Lanny supervisó el desembarco del «mobiliario doméstico», se encargó de llevar a cabo el consecuente papeleo en la aduana y por último dio orden de que los cuadros fueran guardados en un almacén a prueba de incendios a la espera de próximas instrucciones. Después, el chófer llevó a sus patrones de vuelta a Bienvenu y, durante el viaje, el recién llegado habló del arte y la arquitectura del sur y el occidente de España mientras Beauty le contaba los últimos chismorreos de la Costa del Placer. No había ningún inconveniente en que el chófer los oyera hablar sobre ese tipo de cosas, pues los sirvientes estaban al tanto de casi todo.

—Oh, por cierto —dijo Beauty—, he recibido un mensaje de un hombre llamado José, que dice haberte conocido en España. Estaba a punto de enviar a alguien a buscarlo cuando recibí tu telegrama.

—¿Dónde está? —preguntó Lanny.

—Se aloja en Cannes.

—Me ayudó mientras estuve en Cáceres. Te hablaré de él.

Ya le había contado su historia durante el almuerzo, de modo que ahora sacó algunos papeles de su bolsillo y discretamente escribió en el dorso de un sobre: «El camarero cojo», y se lo enseñó.

Su primera obligación en cuanto llegara a casa sería enviarle un telegrama a José para decirle que cogiera un taxi a Bienvenu. Beauty estaba muy nerviosa, pues un sirviente siempre es algo de suma importancia para una dama, especialmente un mayordomo que ha de dirigir a los demás empleados. ¡Pero a Leese cada vez le costaba más esfuerzo moverse con esas terribles venas varicosas! Y si Lanny estaba seguro de que ese pobre lisiado podría arreglárselas… No iba a dar muy buena impresión cojeando por la casa, pero ¡mientras fuera capaz de aprender a hablar francés y no le robara la plata!

—¡Oh, Lanny! ¡Qué mala costumbre tienes de hacer promesas que luego he de cumplir yo!

No obstante, todo salió bien. Con un decoroso traje de color negro y una corbata, José estuvo listo para el trabajo. Su cojera no resultaba *ofensiva* y era hombre humilde y agradecido, un hombre serio al que por desgracia el destino había maltratado. Les contó cómo había huido de Cáceres. Le había pagado al conductor de un camión vacío para que le llevara hasta Cádiz, y había viajado todo el camino escondido bajo unas mantas, con un trozo de pan y una botella de agua como único sustento. Había conseguido un pasaje en un barco con destino a Marsella, y los ahorros de toda su vida apenas le habían alcanzado para llegar hasta Cannes y comprarse un traje decente. Lanny tradujo lo que decía y su madre quedó profundamente conmovida. Le dijo a su hijo:

—Dale algo de dinero y dile que vuelva a Cannes y busque a alguien que le enseñe francés. No debe presentarse en casa hasta que yo se lo haya explicado todo a Leese y ella se vaya de casa, de lo contrario le sacará los ojos en cuanto lo vea.

José se sintió aliviado al escuchar las instrucciones, pues precisamente era esa una de sus principales preocupaciones.

Después, Lanny visitó a la señora Villareal y le contó lo que había hecho. Pronto iría a París, donde se quedaría durante una semana, le explicó, y después estaría listo para regresar a Marsella, embalar las pinturas adecuadamente y llevárselas a Nueva York. Le habló de sus amigos sevillanos y de lo bien que le habían tratado. Por desgracia tuvieron que hablar sobre el terrible desastre que los italianos habían estado causando en España, y ella se mostró de acuerdo en que sus consejos habían sido adecuados. Colmó de

elogios al experto en arte y nunca sabría con qué fines había utilizado sus contactos.

XI

¡Todos a bordo hacia París! Lanny tenía una esposa en la Ciudad de la Luz. A veces se despertaba en mitad de la noche y se sorprendía al darse cuenta de que había vuelto a casarse. Pero ¿por qué tenía que separarse de ella constantemente? Quizá ella pensaba lo mismo. Algunas esposas tienden a ocultar sus sentimientos.

Ahora por fin iba a reunirse con ella y el motor del coche zumbaba a la par que los latidos de su corazón. El viento que soplaba contra el parabrisas procedía de ella y parecía decirle: «¡Rápido! ¡Rápido!». Sin embargo, al mismo tiempo no dejaba de escuchar otra voz en su interior: «¡Tómatelo con calma!», pues está lloviendo y esta carretera del valle del Ródano puede ser resbaladiza en algunos puntos. Es mejor llegar tarde que no llegar nunca.

Trudi vivía en un mundo extraño, un mundo subterráneo formado por intrincadas galerías, como las de una mina o una madriguera. «Viejo topo, ¿cómo eres capaz de excavar tan rápido las entrañas de la tierra?»[152]. Lanny no podía telegrafiar ni llamar por teléfono para decirle que estaba de camino. Si sufría algún retraso, tampoco podría explicárselo. Cuando Trudi recibía una nota para avisarla de que alguien iría pronto a ver sus dibujos, ella salía a la calle para comprar comida y después se encerraba en su estudio a esperar. Cada vez que oía pasos en el rellano se le aceleraba el pulso. Si los pasos se detenían ante su puerta, su corazón palpitaba desbocado y ella sentía que estaba a punto de ahogarse.

Lanny llegó a su hotel y dejó el coche en el garaje. Después, maleta en mano, caminó hasta el barrio de Trudi y dio un rodeo asegurándose de que ningún espía seguía sus pasos. Se detuvo frente al escaparate de una tienda para examinar furtivamente las casas del otro lado de la calle y comprobar si había algún mirón en los portales. Después subió hasta el piso de Trudi y, según lo acordado, llamó un número específico de veces a la puerta de su apartamento. En cuanto se abrió, el recién llegado entró con sigilo, sin decir

nada, y esperó hasta que ella hubo cerrado con llave y varios cerrojos para tomarla entre sus brazos.

Desde ese momento todo transcurrió de acuerdo a un guión más convencional. Ella olvidó sus miedos durante un rato, se olvidó de la Gestapo. Por muy poderoso que fuera Himmler y por mucha influencia que tuviera la policía francesa, no podían irrumpir en su casa y arrancar a Trudi de brazos de Lanny o a Lanny de los de Trudi. Ella se aferró a él con una pasión que le sorprendió. ¡Se había mostrado tan reservada a lo largo de los años! Se había entregado con devoción a la causa y su trato con Lanny había sido en todo momento excesivamente serio e impersonal. Ahora, sin embargo, no podía ocultar que le había echado de menos, ¡y tampoco resultaba impropio confesárselo!

Los primeros arrebatos de pasión dejaron paso a las confesiones, y Lanny le contó lo sucedido. En un primer momento rápidamente, a grandes rasgos, para aliviar cuanto antes la ansiedad y el miedo que ella había sentido durante su ausencia. Después, una segunda vez con más detalle, pues era la más maravillosa historia antifascista y nadie sabría apreciarla mejor que ella, la persona a la que más ansiaba contársela. Haber logrado su objetivo constituía para él un doble motivo de satisfacción. Primero porque había ayudado a Alfy y a su familia, y en segundo lugar por el mero hecho de poder contárselo a su mujer. Ella viviría intensamente cada momento, temblaría de miedo ante los peligros que había corrido y le abrazaría contra su pecho para asegurarse de que nada le amenazaba y al fin estaba sano y salvo.

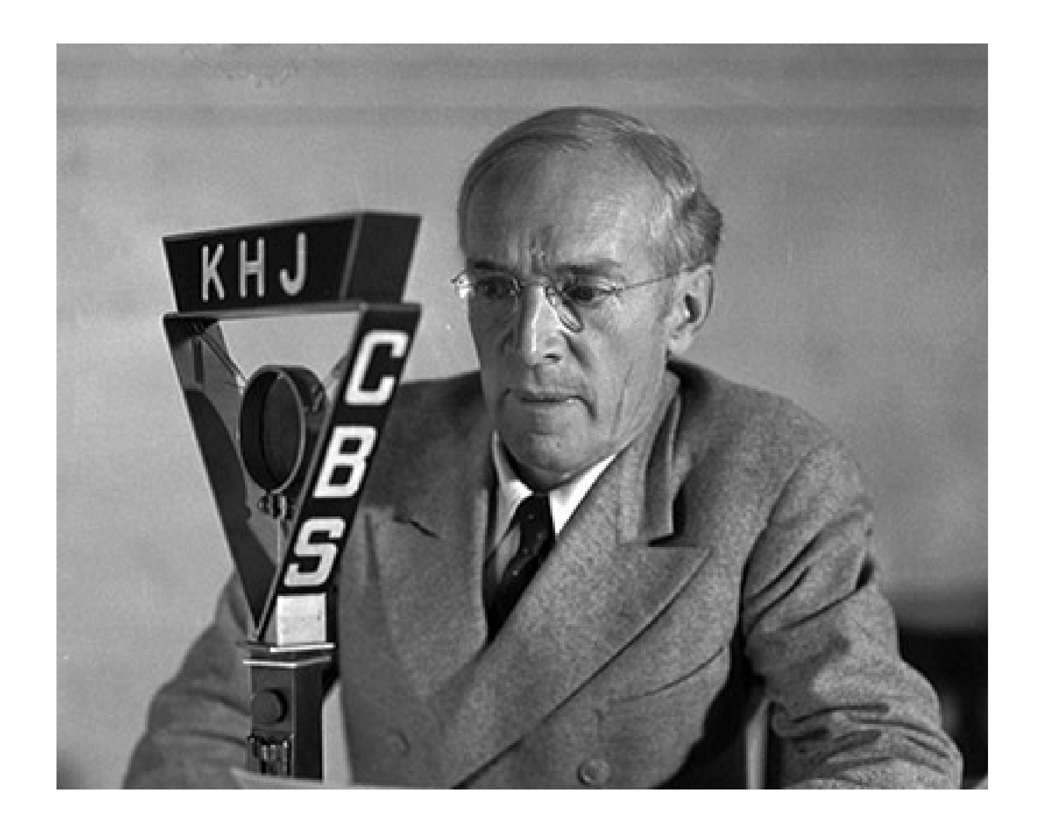
Así viven las mujeres en tiempos de guerra, balanceándose entre el dolor y el orgullo. Dejan partir a sus hombres para que cumplan con su deber y al instante siguiente los estrechan entre sus brazos para arrastrarlos de vuelta a su lado.

—¡Oh, Lanny, quédate un tiempo esta vez! —exclamó la mujer obligada a vivir en la clandestinidad—. ¡Quédate y disfrutemos un poco de esta felicidad!

Pero al momento siguiente lloraba diciendo:

—¡Oh, pobre España! ¿Será posible salvarla? ¡No podré soportar ver a otro pueblo asesinado!

Habían escogido un mal momento para nacer.



UPTON SINCLAIR: (Baltimore, 1878-Bound Brook, 1968) fue un novelista, dramaturgo y ensayista estadounidense de éxito, pionero también en el periodismo de investigación y denuncia. Novelas como *La jungla* (1906), en la que destapaba las inhumanas condiciones de trabajo de la industria cárnica en EEUU, *King Coal* (1917), sobre las compañías carboneras, o *¡Petróleo!* (1927), inspirada en un escándalo petrolero destapado en Wyoming, le consagraron como uno de los grandes escritores de literatura social de su tiempo.

En 1940 publicó *El fin del mundo*, primera entrega de la apasionante saga de Lanny Budd que, a lo largo de sus once libros, recorre la historia de la primera mitad del siglo XX y cuyo segundo volumen es *Entre dos mundos* (1941). Con el tercer título de la saga, *Los dientes del dragón* (1942) Sinclair recibiría el Premio Pulitzer. La cuarta entrega, *Ancha es la puerta*, se desarrolla en la guerra civil española, dando una sensacional semblanza de la España de los años treinta.

Notas

[1] Jeremías 2,19. (Todas las notas son del traductor). <<

[2] En francés «Sobrepeso». <<

[3] «Si es tan amable, señorita. Será usted mi guardaespaldas». <<

[4] Ayudante de modisto. <<

[5] Del alemán: «Sin nombres, por favor». <<

[6] «Será mejor que hablemos en alemán». <<

[7] «Herrero». <<

[8] «Entendido, señor Schmidt». <<

[9] «Camarada». <<

[10] «Ventajoso». <<

[11] «¡Muy bien, trato hecho!». <<

[12] «¡Delo por hecho!». <<

[13] «Ilustrísimas» y «altezas». <<

[14] «Su Excelencia». <<

[15] Pertenecer a la muerte. <<

[16] «Gobernantes». <<

[17] Policía Secreta del Estado. <<

[18] ¡Todos los hombres serán hermanos! <<

[19] Respectivamente, la Policía Secreta del Estado, las Secciones de Asalto, las Escuadras de Protección o SS y las Fuerzas armadas. <<

[20] «¡Muy inteligente!». <<

[21] «¡Dios mío!». <<

[22] «¡Estupendo!». <<

[23] Se sienta en la cima del mundo. <<

[24] «*Kinder, küche, kirche*» en Alemania, es decir, los niños, la cocina y la iglesia: «*children, cooking, church*», en Gran Bretaña. <<

[25] «Según lo esperado». <<

[26] «Acercamiento». <<

[27] «¡Magnífico!». <<

[28] «Cerdo judío». <<

[29] «Soplón». <<

[30] «Tunante». <<

[31] «Experto en arte». <<

[32] «Un hombre de una pieza». <<

[33] *La cabalgata de las Valquirias*. <<

[34] «Alta cuna» y «muy alta cuna», respectivamente. <<

[35] «¡Demonios!». <<

[36] «Muchacha» y «músico», respectivamente. <<

[37] «Así llama el destino a la puerta». <<

[38] ¡Dios no lo «quiera»! <<

[39] *Jewing down* en el original. Expresión típica del inundo de los negocios en la que se hace uso peyorativo de la estereotipada cicatería de los judíos (*jews*). <<

[40] Alusión al poema «The *Ladies*» de Kudyard Kipling. <<

[41] «Graciosa baronesa». <<

[42] «Distinguida señora». <<

[43] «Está bien… ¡Vuelva!». <<

[44] Marcos 9, 23-25. <<

[45] Alusión irónica al Eclesiastés 9, 11: «Me volví y vi bajo el sol que ni es de los ligeros la carrera, ni la guerra de los fuertes». <<

[46] «Guerra». <<

[47] «Disciplina y orden alemanes». <<

[48] «Muy bien». <<

[49] «¿Desea el señor entrar un momento?». <<

[50] «Reino de los Países Bajos». <<

[51] «Mueca». <<

[52] Alusión a Eclesiastés 11,1. <<

[53] «¡Oh, qué lástima!». <<

[54] «Se dice que…». <<

[55] «Enemigos políticos». <<

[56] «Tierra fabulosa». <<

[57] «Gobierno pequeño-burgués». <<

[58] «Realmente». <<

[59] «Advenedizos». <<

[60] «Extremadamente ordinaria». <<

[61] «Una reina cinematográfica». <<

[62] «El gordo Hermann». <<

[63] «Espantoso». <<

[64] «Sin embargo, la amante». <<

[65] «Todo el mundo». <<

[66] «Nuestro». <<

[67] «El número uno». <<

[68] «¿Estás loco?». <<

[69] «Hundidos». <<

[70] «Esponsales de Estado con recepción». <<

[71] «Anexión». <<

[72] «¡Increíble!». <<

[73] «¡Ay, Dios Santo!». <<

[74] Las bellas artes. <<

[75] Equivalente británico del Tío Sam. <<

[76] «Libertad», «justicia», «camaradería» y «hermandad». <<

[77] Alusión al poema de Rudyard Kipling «The Sons of Martha». <<

[78] Thorstein Bunde Veblen, sociólogo y economista estadounidense. <<

[79] «Prensa conformista». <<

[80] «¿Por qué no?». <<

[81] Líder de zona, similar a un gobernador en la jerarquía nazi. <<

[82] «Los hombres de la raza dominante». <<

[83] «Hola. *Heil Hitler!* Por favor, con la residencia del Führer, el Berghof, en Berchtesgadent, Obersalzberg». <<

[84] «Hola. ¿El Berghof? *Heil Hitler!* Al habla Heinrich Jung. ¿Podría ponerme en contacto con el secretario del Führer? ¿Sí? Muchas gracias». <<

[85] «¿El secretario del Führer? *Heil Hitler!* Al habla Heinrich Jung, jefe delegado de la quinta sección de Liderazgo Juvenil del Reich y viejo amigo del Führer. *Heil Hitler!*». <<

[86] «Heil Hitler para ti y mis respetos a tu esposa». <<

[87] «Lo lamento, señor Budd. Son las órdenes». <<

[88] «No vamos a entrar». <<

[89] «¡Inconcebible! ¡Típico de los americanos!». <<

[90] «Un momento, por favor». <<

[91] «¡A sus órdenes, señor Budd!». <<

[92] «Pueden pasar». <<

[93] Respectivamente, los «murmullos del bosque» y el «fuego mágico». Alusión a *El Anillo del nibelungo*. <<

[94] «La fuerza de carácter y la grandeza del alma». <<

[95] «Absolutamente». <<

[96] «¡Oh, qué tontería!». <<

[97] «Un escritor muerto de hambre». <<

[98] «Judios y rojos». <<

[99] «¡Paz y libertad para todos, eso es el nacionalsocialismo!». <<

[100] Pianista y partidario de Hitler desde antes del golpe del *putsch* de 1923 y llegó a convertirse en una especie de bufón de la corte del Führer hasta su huida de Alemania en el año 1937. <<

[101] «¡Los tiroleses son divertidos, graciosos y felices!». <<

[102] «A menudo pasaba la noche en sus cabañas». <<

[103] «En Lauterbach perdí mi media». <<

[104] «En Berlín, dicen, tienes que ser bueno, dicen, e inteligente, dicen, serlo siempre, dicen, porque allí, dicen, y tiene mucho sentido, dicen, eres muy conocido». <<

[105] «Por supuesto, señor. Toda la noche». <<

[106] «Muy bien, señores. ¿Qué desean los señores?». <<

[107] «Sin duda, sin duda. ¿Desean pasar los señores?». <<

[108] «No, ya hemos esperado demasiado. Date prisa, se está haciendo tarde».
<<

[109] Personaje de *El mercader de Venecia* de William Shakespeare. <<

[110] Thomas Otway. <<

[111] «Cordialidad, campechanía». <<

[112] «¡Hermosa música!». <<

[113] «Un maestro que no es lo bastante apreciado». <<

[114] «Querido amigo, yo también he perdido a mi esposa». <<

[115] «¡Ay de mí!». <<

[116] *Rain*, «lluvia». <<

[117] Administración Nacional de Recuperación. NKA en el original. <<

[118] Samuel 24,21. <<

[119] «Su vida y sus ideas». <<

[120] «Asociación Cultural Nacionalsocialista Alemana». <<

[121] En la batalla de Adua, en 1896, los etíopes derrotaron a los italianos. <<

[122] «La lealtad y dignidad alemanas». <<

[123] «¡Un beso para el mundo entero!», de la *Oda a la alegría* de Schiller. <<

[124] En castellano en el original. <<

[125] «*Don’t the gobble uns git you!*», en el original. Alusión al poema «Little Orphant Annie» de James Whitcomb Riley. <<

[126] «Señores comedores de ranas». <<

[127] Novela en diez volúmenes de Romain Rolland. <<

[128] «La gente bien, la gente adinerada». <<

[129] En castellano en el original. <<

[130] «¡Dejaos abrazar, millones!». <<

[131] En castellano en el original. Durante el periplo de Lanny por España los diálogos, expresiones y vocablos que aparecen en castellano en el texto original aparecerán en cursiva de aquí en adelante. <<

[132] Confederación Española de Derechas Autónomas, liderada por José María Gil Robles. <<

[133] Alexander Pope. <<

[134] «¡Ay, el muy puerco!». <<

[135] Job 5,7. <<

[136] Canción satírica inglesa del siglo XVIII sobre un vicario que mantiene su puesto a pesar de los cambios de monarca. <<

[137] Isaías 65, 21-23. <<

[138] El palacio del Infantado. <<

[139] Sinclair se equivoca. Parece claro que se refiere al cuartel del Bruc, en el barrio de Pedralbes. <<

[140] «Hijo de puta». *S. O. B.*, *son of a bitch*. En el original. <<

[141] Obra de teatro de George bernard Shaw. <<

[142] El Germán American Bund o Germán American Federation fue un grupo norteamericano de inspiración nazi fundado en los Estados Unidos en el año 1936. <<

[143] Congress of Industrial Organizations, federación de sindicatos de trabajadores de Estados Unidos y Canadá, en funcionamiento entre 1935 y 1955 y abierto a afroamericanos, que apoyó a Roosevelt y a la coalición del New Deal. <<

[144] Directorio Político Unificado del Estado, policía secreta de la RSFSR y la URSS hasta el año 1934. <<

[145] Versos de Hermann Neumann: ¡Oh, alegría, ten cuidado y habla suavemente para que el dolor no despierte! <<

[146] «Pues toda culpa se venga en la tierra». <<

[147] «*Folletines*». <<

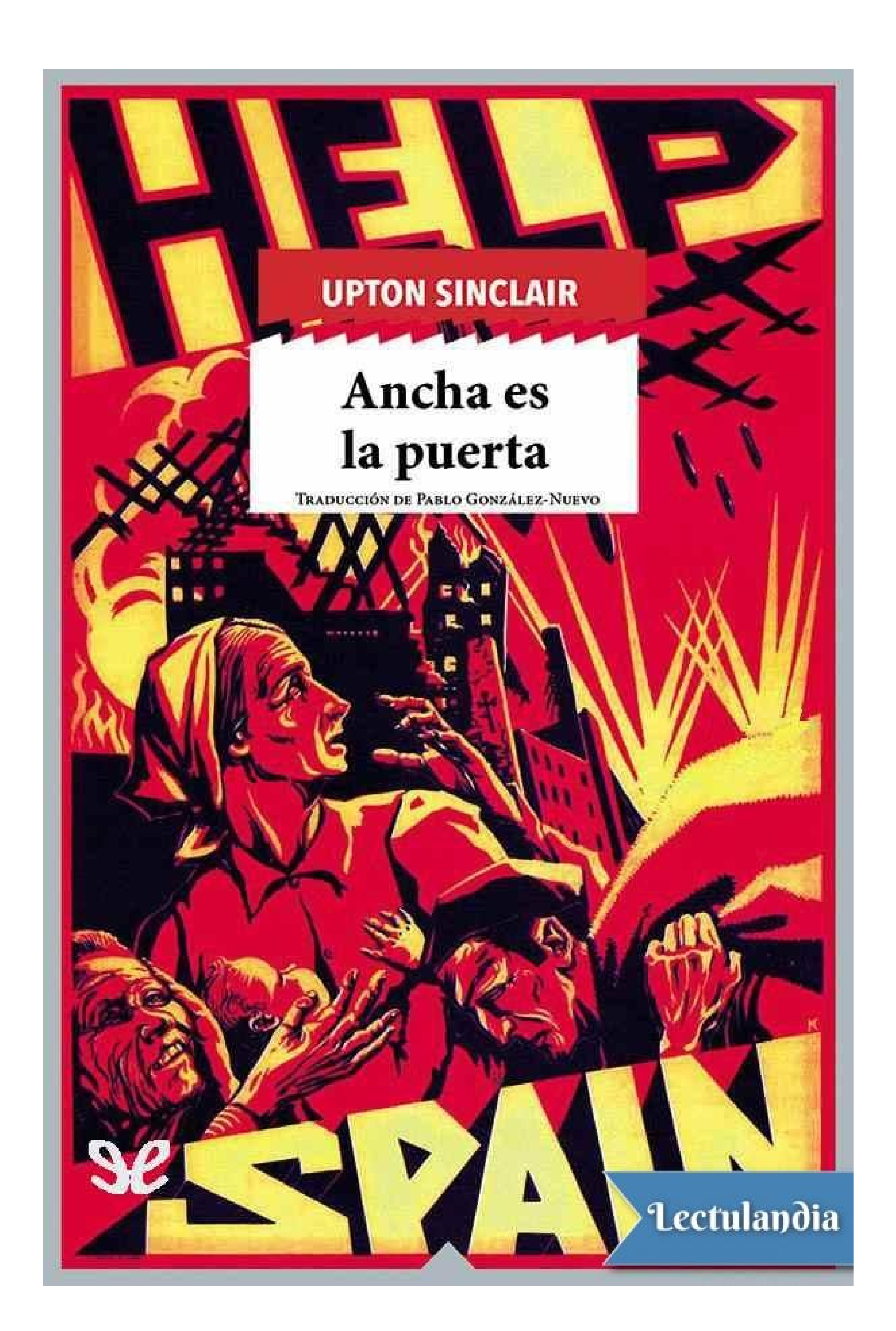
[148] Sede de la prensa londinense hasta la década de 1980. <<

[149] «¡Diablos!», interjección de sorpresa o maldición procedente del dialecto veneciano, entre otros. <<

[150] Del poema «The Problem», de Ralph Waldo Emerson: «*One accent of the Holy Ghost / A heedless world hath never lost*». <<

[151] «¡Dios nos ayude!». Una traducción del latín más literal sería: «¡El señor esté con nosotros!». <<

[152] Alusión a *Hamlet*, acto I, escena 5. <<


HELP
UPTON SINCLAIR
Ancha es
la puerta
Traducción de Pablo González-Nuevo
SPAIN
Lectulandia